EL ARCHIPIÉLAGO GULAG
(1918-1956)

Primera edición: 1973 - Edición Electrónica: 2007

Traducción
Josep M. Güel y Enrique Fernández Vemet, 1998

Prólogo Raúl del Pozo

INDICE

Prólogo

El Archipiélago Gulag es uno de esos libros que hacen Historia por el sólo hecho de atreverse a narrarla. Antes de su publicación, los simpatizantes del comunismo y los intelectuales marxistas en general podían hasta cierto punto rechazar las críticas al sistema soviético calificándolas de "propaganda capitalista". Después, hasta los más recalcitrantes tuvieron que terminar admitiendo que el régimen impuesto por la Revolución Bolchevique se apoyó en el terror y en el horror. Y, aún así, — o quizás precisamente también por eso — terminó colapsando y derrumbándose en 1989.

Esta obra de Solyenitzin trata sobre el sistema de campos de concentración y trabajos forzados diseminados por toda Rusia. GULAG es el acrónimo en ruso por "Administración Central de Campos Correccionales de Trabajo" El título original del libro en ruso es: "***Arkhipelag GULag***" con dos palabras que riman no por casualidad. (Un detalle de este "archipiélago" formado por una enorme cantidad de campos puede consultarse en la Semblanza de Alexander Solyenitzin publicada en forma separada en esta misma Editorial Virtual).

La narrativa, compuesta en parte por el testimonio personal de Solyenitzin y en parte por el de 227 testigos que aportaron sus vivencias, sigue el devenir del sistema soviético de campos de concentración y de trabajos forzados desde sus inicios en 1918 hasta, aproximadamente, 1956. Incluye el tratamiento de los decretos originales emitidos por Lenin muy poco después de la Revolución Bolchevique, las diferentes purgas y oleadas o "riadas" que alimentaron la población de los campos y llega hasta el año en que Krushev pronunció su famoso "discurso secreto" (que ya no es secreto) ante el XX Congreso del Partido de 1956 en el cual denunció el "culto a la personalidad" instituido por Stalin.

Hasta la publicación de ***El Archipiélago Gulag*** eran muchos los que afirmaban que todo el sistema de campos de concentración soviético no constituía más que una "desviación" del comunismo. Desviación ésta íntegramente imputable al Stalin quien gobernó a Rusia entre 1928 y 1953. Y precisamente, uno de los grandes méritos de Solyenitzin es el haber destruído este mito ya que su obra rastrea la estructura material y jurídica del sistema represor soviético hasta el propio Lenin. De hecho, queda demostrado que esta estructura, en sus características esenciales, no sólo fue instaurada en tiempos de Lenin sino diseñada e implantada directamente por Lenin mismo. A esta conclusión se arriba de una manera forzada considerando las leyes aprobadas y hasta redactadas en borrador por Lenin; con lo cual Stalin emerge, no como el hombre que se apartó del camino trazado por el padre del comunismo soviético, sino como un realizador práctico de procedimientos y objetivos preexistentes a los cuales, indudablemente, les impuso su terrible y siniestra impronta personal.

Ello, demás está decirlo, pone en duda toda la validez moral del comunismo soviético. No se trata, pues, de una bella utopía leninista que degeneró por culpa del stalinismo. De lo que se trata es de una utopía que nació envenenada de odios, rencores, arbitrariedades y crueldades desde sus mismos inicios y que terminó derrumbándose por su propia inviabilidad intrínseca.

Nota a la presente edición electrónica

Hemos basado nuestra traducción y la confección de los apéndices y notas en la edición francesa publicada por Fayard (revisada y aumentada a su vez por el propio A. Solzhenitsyn). El lector encontrará a lo largo del texto tres tipos de llamadas:

Las palabras en azul indican vínculos al glosario de términos. Haciendo click sobre ellas se abrirá una sub-pantalla con los términos incluídos.

Las llamadas con numerales precedidos por una "T" son notas del traductor.

Las llamadas con numerales solamente son notas del Autor.

Tanto las notas del traductor como del Autor son vínculos que abrirán otra sub-pantalla mostrando la nota seleccionada.

El editor

Aclaraciones generales sobre la URSS

Calendario

El calendario gregoriano, empleado en Occidente, va adelantado con respecto al calendario juliano utilizado en la Rusia presoviética. Los diez días añadidos en virtud de la reforma gregoriana de 1582, más el día que se añadió en cada cambio de siglo posterior (en 1700, 1800 y 1900) fueron acumulando un retraso hasta sumar una diferencia de 13 días en el siglo XX. Las fechas anteriores al 1/14 de febrero de 1918, fecha en que Rusia adoptó el calendario gregoriano, se indican mediante quebrados (la primera: estilo antiguo y la inferior estilo nuevo).

Partidos políticos

Los partidos de corte liberal surgieron de la actividad de los zemstvos. El principal de los partidos de corte liberal fue el Partido Constitucional Demócrata (en ruso *ka-de-té),* fundado en 1905, representante de la burguesía liberal y cercano a la idea de una monarquía constitucional. Obtuvieron el poder en febrero de 1917, pero lo perdieron rápidamente. Tras el triunfo de la Revolución se opusieron al régimen soviético.

Los partidos de corte socialista surgieron de los movimientos populistas *(naródniki),* y en particular de su brazo armado *(Naródnaya Volia).* El Partido Socialdemócrata Obrero de Rusia se fundó en marzo de 1898, pero durante su segundo congreso (Londres, 1903) se escindió en dos fracciones irreconciliables: *mencheviques* (partidarios de una evolución lenta, acompañada de progreso económico y apoyada en la burguesía) y *bolcheviques* (revolucionarios que no pretendían más que un mero cambio económico, basados en el proletariado).

La otra gran familia socialista (no marxista) era la del Partido Socialista Revolucionario (en ruso *es-er),* fundado en 1901 y surgido directamente de *Naródnaya Volia.* Su método fundamental de lucha era el terror individual (en 1904 dieron muerte al ministro del Interior V. Pleve) y gozaba de popularidad en el campo gracias a su programa para la redistribución de tierras. Acabaron escindiéndose en *eseristas de derecha y de izquierda,* según su disposición o no a colaborar con los bolcheviques. La izquierda eserista estuvo representada en el Sovnarkom (diciembre de 1917-marzo de 1918), pero tuvo divergencias con los

bolcheviques sobre el reparto de la tierra: unos querían que fuera entregada en calidad de propiedad al pueblo; los bolcheviques, que fuera nacionalizada. Tras romper con los bolcheviques, volvieron a los métodos terroristas (julio-agosto de 1918) y protagonizaron una insurrección. Su sofocamiento sirvió para que los bolcheviques pasaran a un sistema de partido único.

El partido comunista

Los bolcheviques adoptaron el nombre de Partido Comunista (bolchevique) de Rusia (1918), y más tarde de toda la Unión (1922-1952), PCUS. Eliminaron las instituciones de gobierno anteriores a la Revolución y persiguieron a sus titulares, así como a los miembros de otros partidos.

En 1922 el VKP(b) contaba con 400.000 afiliados, de los cuales el once por ciento tenía una veteranía anterior a 1917. Tras las purgas la vieja guardia se redujo al uno por ciento. Tres grandes procesos sirvieron para afianzar la hegemonía de Stalin:

— Primer proceso de Moscú (19 al 24 de agosto de 1936): 16 acusados de haber constituido un centro terrorista, entre ellos: Zinóviev, Kámenev y I.N. Smirnov.16 fusilados.

— Segundo proceso de Moscú (23 al 30 de enero de 1937): 17 acusados de haber formado un centro trotskista antisoviético, entre ellos Piatakov, Rádek y Sokólnikov. 13 fusilados.

— Tercer proceso de Moscú (2 al 13 de marzo de 1938): 20 acusados de haber creado un bloque trotskista de derechas y de asesinato por envenenamiento, entre ellos Bujarin, Rykov, Krestinski, Yagoda, Pletniov y Kriuchkov (estos dos últimos, respectivamente, el médico y el secretario de Gorki). 17 fusilados.

Un proceso a puerta cerrada condujo a la ejecución, el 10 de junio de 1937, de los altos mandos del Ejército.

Todos estos procesos arrastraron miles de personas (riadas). Se calcula, por ejemplo, que el proceso contra la cúpula de las Fuerzas Armadas arrastró a cuarenta mil militares. La depuración de las altas esferas políticas tiene su origen en los primeros congresos del partido. Su historia empieza conforme se acerca la muerte de Lenin (21 de enero de 1924).

— Decimosegundo Congreso (abril de 1923): la troika compuesta por Zinóviev, Kámenev y Stalin consigue bloquear el avance de Trotski, su más serio competidor, quien rechaza las concesiones que la NEP hace a los campesinos.

— Decimotercer Congreso (mayo de 1924): dos tendencias claras en el seno del partido. Zinóviev — partidario de favorecer el desarrollo de la agricultura — ataca a Trotski, defensor de la industrialización a ultranza.

(En enero de 1925 Stalin logra — con el apoyo de Zinóviev y Kámenev— retirar a Trotski del Consejo Militar Revolucionario.)

— Decimocuarto Congreso (diciembre de 1925): la actitud de Zinóviev da un vuelco inesperado. El jefe del partido en Leningrado exige la destitución de Stalin, con el apoyo de su delegación. El dictador supera el desafio de esta «nueva oposición» (la «vieja oposición», la de Trotski, ya ha sido liquidada).

(En verano de 1926 Zinóviev y Kámenev — máximo responsable en Moscú — forman con Trotski una «oposición unificada» o «bloque de izquierda» que aboga por la industrialización en detrimento del campesinado y por la revolución mundial. En febrero de 1926 Stalin destituye a Zinóviev y confía a Kírov la ciudad de Leningrado. En 1927 la oposición de izquierda sería relegada a cargos burocráticos en Siberia y Asia Central.)

— Decimoquinto Congreso (diciembre de 1927): pocas semanas después de haberse deshecho del «ala izquierda». Stalin presenta el primer plan quinquenal y la colectivización agraria. Stalin persigue la industrialización a marchas forzadas, con un terrible coste para el campo (como había propuesto la oposición trotskista). Ataque al «ala derecha» (Bujarin, Rykov y Tomski), que critica la precipitación y alto coste de esta modernización.

(En julio de 1928 un pleno del comité central denuncia al «ala derecha». En 1929, el «año de la gran ruptura», la oposición de derecha es eliminada totalmente y se aprueban el primer plan quinquenal y las requisaciones de grano. Trotski es expulsado de la URSS.)

Administración territorial

Hasta 1929 la Rusia europea se dividía en 49 gubernias (provincias) y cada gubernia, en *uyezd* (distrito) y *vólost* (comarca). Fuera de la Rusia europea la unidad territorial era la *óblast* (región). A esta estructura sucedió un sistema doble:

— Una estructura netamente territorial: 108 *óblast* (regiones) y 6 fea (territorios), por debajo de los cuales estaba el *rayón* (distrito) tanto rural como urbano, en cantidad fluctuante.

— Una estructura étnico-territorial: con repúblicas federadas, por debajo de las cuales podía haber repúblicas autónomas, provincias autónomas y distritos nacionales.

Organización del Estado y del Gobierno

La reforma territorial de 1864 introdujo un sistema de *zemstvos* (administraciones rurales autónomas) en 34 de las gubernias. Los *zemstvos* funcionaban a dos niveles: el del *Uyezd* y el de la *Guberniya. A* su vez, en cada distrito y provincia, el *zemstvo* comprendía dos organismos: una Asamblea *(Zémstvoe Sobranie)* y un Consejo *(Zémskaya Uprava).* Por encima de ellos existía la Asamblea de la Gubernia y la Asamblea del Uyezd. A nivel de todo el país, en 1905 el gobierno zarista, ante la presión revolucionaria, instituyó una Duma Estatal.

El sistema de *zemstvos* fue sustituido en 1918 por el de *Soviets* (consejos), que seguía una jerarquía territorial (municipios, distritos, regiones) y entrelazaba sus funciones con el comité ejecutivo del partido *(ispolkou)* en cada nivel de la escala territorial. En la cúspide de la pirámide se encontraba el Congreso de los Soviets, que entre sesiones delegaba su poder en el Comité Central Ejecutivo de la Unión (VTsIK). El Congreso elegía al Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom).

En 1936 el Congreso de los Soviets y el VTsIK serían sustituidos por el Soviet Supremo de la URSS, un órgano legislativo bicameral encabezado por un Presidium que detentaba el poder entre sesiones. En 1946 el Sovnarkom se convertiría en Consejo de Ministros y los comisariados en ministerios.

Los Órganos

Con excepción de la Ojrana zarista (los «gendarmes», 1881-1917), los rusos de a pie siempre se han referido a la seguridad del Estado hablando de *los órganos,* una denominación escueta y más estable que, salvo en los chistes, nunca daba pie a equívocos. Por otra parte, el término lo usaban los propios chekistas (o guebistas) con toda naturalidad. Hasta fecha reciente, Rusia contaba con un FSB (Servicio Federal de Seguridad), ahora FSK.

1917-1922: Cheká (Comisión extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje). O también Vecheká (ídem de toda Rusia).

1922-1923: GPU (Dirección Política Estatal).

1923-1934: OGPU (Dirección Política Estatal Unificada), al formarse la URSS. Integrada en el NKVD. El comisario del pueblo del Interior (Dzerzhinski, Menshinski y Yagoda) es a la vez director de la OGPU.

1934-1943: NKVD (Comisariado del Pueblo del Interior). Absorbe a la OGPU. Los órganos ya no tienen carácter de dirección política e ideológica. Como departamentos de un ministerio, se convierten en mero cuerpo ejecutor.

1943-1946: NKGB (Comisariado del Pueblo de Seguridad Estatal).

1946-1953: MGB (Ministerio de Seguridad Estatal), tras la liquidación de los comisariados.

1953: el MVD (Ministerio del Interior) posee transitoriamente competencias de seguridad estatal).

1953-1991: KGB (Comité de Seguridad Estatal).

GULAG son las siglas rusas de la Dirección General de Campos Penitenciarios *(Glávnoye Upravlenie Lagueréi).* El archipiélago no es, pues, un topónimo concreto, sino un mundo metafórico creado por Solzhenitsyn y formado por los campos de reclusión, diseminados como islas por la geografía soviética.

Los pueblos represaliados

La primera etnia fue deportada nada más iniciarse la guerra: los alemanes del Volga, asentados en la región de Sarátov entre 1764 y 1768, en tiempos de Catalina II. Stalin liquidó su república autónoma el 28 de agosto de 1941, después de que llegaran las tropas nazis.

Siguieron los pueblos del Cáucaso, sometidos durante unos meses a la ocupación alemana, conforme la Wehrmacht iba avanzando hacia el petróleo del Caspio. A medida que los soviéticos fueron liberando territorios, dispusieron deportaciones en masa, aunque no toda la población había prestado ayuda al enemigo. El desplazamiento masivo de pueblos dio origen a un nuevo vocablo: *spetsposeléniya* (zonas de población especial), en que los deportados soportaban condiciones precarias y un duro régimen impuesto por el Consejo de Ministros y el Ministerio del Interior.

Los kalmucos, una etnia de origen mongol y confesión budista, asentados en una estepa al oeste de Ástrajan, fueron deportados a Siberia y Asia Central entre el 27 y el 30 de diciembre de 1943. Perdieron su república autónoma.

Los chechenos e ingushos fueron deportados a Kazajstán y la cuenca del Kuznets el 23 de febrero de 1944, meses después de que las tropas soviéticas entraran en la república. En marzo de 1944 fue disuelta su república autónoma.

Los karachevos, una etnia de origen turco que habitaba el sur de la región de Stávropol (al norte del Cáucaso). Fueron deportados a Kazajstán, la cuenca del Kuznets y Asia Central, el 23 de febrero de 1944, después de que los soviéticos reconquistaran su república el año anterior. Perdieron su república autónoma.

Los balkaros, una etnia del Cáucaso Septentrional, cuyo territorio fue ocupado por los alemanes durante algunos meses de 1942. Fueron deportados el 8 de marzo de 1944 a Kirguistán.

Los tártaros de Crimea, descendientes de los primeros colonos de dicha península y uno de los grupos mayores (alrededor del medio millón), vieron su república autónoma liquidada en 1944 y fueron deportados a los Urales, Siberia, Kazajstán y Asia Central (principalmente Uzbekistán) el 17 y 18 de mayo de 1944.

La última riada se produjo en 1948, cuando unos cuarenta mil soviéticos de ascendencia griega residentes desde hacía siglos en Crimea y otras áreas del mar Negro fueron deportados a Asia Central. Esta vez no se trató de una acusación de traición. Stalin pretendía simplemente depurar todas las comunidades «extranjeras».

Muerto ya Stalin, los caucásicos empezaron a volver de forma espontánea a partir de 1954. Su retorno y el discurso de Jruschov en 1956 forzaron al Soviet Supremo a reconocer su inocencia el 11 de febrero de 1957. A esta decisión le siguió el restablecimiento de las repúblicas autónomas de kalmucos, balkaros, karachevos, chechenos e ingushos. Los alemanes no serían rehabilitados políticamente hasta 1964 (siete años más tarde que los pueblos caucásicos), aunque en 1955 ya habían recuperado sus derechos civiles (pero no se restableció su república autónoma). Los tártaros de Crimea consiguieron en 1967 un perdón sin derechos territoriales ni autonomía (hasta el día de hoy). A partir de los años ochenta empezarían a volver, aunque muchos siguen viviendo en Siberia y Kazajstán.

Mención aparte merecen los pueblos bálticos (estonios, letones y lituanos). Independientes entre 1919/1920 y 1940, fueron anexionados de facto por la URSS, ocupados por los alemanes en 1941-1944, víctimas de dos gigantescas oleadas de deportaciones (1940 y 1944/1945). Acabada la contienda en los estados bálticos hubo grupos guerrilleros durante largo tiempo. Obtuvieron la independencia en 1991.

Los cofrades

En Rusia los delincuentes comunes son algo más que simples «ladrones» y forman todo un submundo, la «cofradía», con sus propias leyes, lengua y código de honor. Como cuenta Solzhenitsyn, se trata de un universo desconocido por el ciudadano común, el «panoli» *(frayer),* hasta que entra en el Archipiélago.

En Rusia se distingue entre los criminales «del gremio» *(urki),* profesionales y reincidentes, y los simples delincuentes comunes — no políticos — *(ugolóuniki)* que pueden estar en prisión por un delito ocasional y hasta leve. Por su parte, los criminales dividen el mundo en primer lugar entre los «panolis» y los «cofrades» *(blatme),* los suyos, los «del gremio» *(tsvetníe).* Un *ugolóvnik* puede adoptar los usos de la cofradía y convertirse en «aguachirri» *(polutsvetnoi)* sin por ello entrar a formar parte de ella. En cambio, los que han sido cofrades y han dejado de atenerse al código se denominan «perros» *(suki)* y ya no son considerados «ladrones decentes».

Para la germanía y resto de jerga penitenciaria se ha procurado utilizar equivalentes, dada la imposibilidad de verter los términos por medio de una traducción. Se han utilizado para ello las definiciones contenidas en Baldáyev- Kuzmich-Mijáilovich, *Slovar tiurémnovo-blatnovo zhargona (Diccionario de germanía y jerga penitenciaria),* Moscú, 1992, y también Galler-Marquess, *Soviet Prison Camp Speech, a Survivor's Glossary,* Wisconsin, 1972.

A todos los que no vivieron lo bastante
para contar estas cosas.
Y que me perdonen
si no supe verlo todo,
ni recordarlo todo,
ni capaz de intuirlo todo

INTRODUCCIÓN

En el año de mil novecientos cuarenta y nueve, unos amigos y yo dimos con una nota curiosa en la revista *Priroda* de la Academia de Ciencias. Decía en letra menuda que durante unas excavaciones en el río Kolymá se había descubierto, no se sabe cómo, una capa de hielo subterránea. Esa capa había conservado congelados desde hacía decenas de miles de años especímenes de la misma fauna cuyos restos se habían encontrado en la excavación.

Fueran peces o tritones, lo cierto es que se conservaban tan frescos — atestiguaba el reportero científico — que, tras desprenderles el hielo, los integrantes de la expedición se los habían comido ahí mismo con sumo placer.

Podría parecer que la revista pretendía impresionar a sus pocos lectores con la alta capacidad del hielo para conservar el pescado. No obstante, pocos supieron captar el otro sentido, más verdadero y épico, que tenía la imprudente nota.

En cambio, mis amigos y yo lo comprendimos enseguida. Pudimos imaginarnos nítidamente la escena hasta en el menor detalle: los integrantes de la expedición quebrando el hielo ávidos y presurosos, y cómo, pasando por alto los excelsos intereses de los ictiólogos, luchaban a codazos por hacerse con un trozo de pescado milenario, derretirlo al fuego y saciar su hambre.

Lo comprendimos porque nosotros mismos fuimos en su día integrantes forzosos de este tipo de expediciones, habíamos pertenecido a la poderosa y singular estirpe de los *zeks* la única del mundo capaz de comerse un tritón con sumo placer.

Kolymá era la mayor y más conocida isla, el polo de la crueldad del GULAG, un sorprendente país de geografía dispersa como la de un archipiélago y, al mismo tiempo, con una presencia en las mentes tan compacta como la de un continente, un país casi invisible, casi impalpable, poblado por la estirpe de los *zeks.*

Un archipiélago de cotos cerrados, incrustado como una tabla polícroma dentro de otro país, impregnando sus ciudades, flotando sobre sus calles. A pesar de ello, quienes no formaban parte de él no podían advertir su presencia. Y si bien eran bastantes los que tenían de él aunque fuera una vaga referencia, sólo lo conocían bien quienes lo habían visitado.

No obstante, cual si hubieran perdido el habla en las islas del Archipiélago, éstos guardaban silencio.

Gracias a un inesperado giro de nuestra historia, afloró a la luz una parte de este Archipiélago, una porción insignificantemente pequeña. (**T1**) Los mismos puños que nos habían puesto los grilletes ahora buscaban la reconciliación abriendo las palmas: «*¡No conviene recordar! ¡No hay que revolver el pasado! ¡A quien recuerde lo pasado que le arranquen un ojo!*». Pero el proverbio termina diciendo: «*¡Y al que lo olvide que le arranquen los dos!*». (**T2**) Pasan las décadas, y las llagas y las cicatrices del pasado van borrándose irreparablemente.

En este tiempo, el resto de islas se quebró y se dispersó, quedaron cubiertas por las olas del gélido mar del olvido. Y llegará el día, en el próximo siglo, en que este Archipiélago, su aire, y los huesos de sus habitantes, congelados en un témpano de hielo, aparecerán como un inverosímil tritón.

No osaré escribir una historia del Archipiélago: no me ha sido dado leer la documentación pertinente. ¿Tendrá alguien acceso a ella algún día? Los que no desean *recordar* han tenido tiempo suficiente (y el que tendrán todavía) para destruir todos los documentos hasta no dejar rastro.

Lejos de tomar los once años que pasé allí como una deshonra o una pesadilla maldita, casi llegué a sentir afecto por aquel mundo monstruoso y, convertido ahora por feliz circunstancia en depositario de relatos y cartas tardíos, tal vez logre exhumar algunos de aquellos huesos y de aquella carne. Una carne, por cierto, viva aún, y un tritón que todavía sigue con vida.

En este libro no hay personajes ficticios ni sucesos imaginarios. Las personas y los lugares llevan sus propios nombres y si sólo se indican con iniciales es por consideraciones personales. En aquellos casos en que no se citan nombres, se debe únicamente a que la memoria humana no los retuvo.

Todo ocurrió como se relata. Escribir este libro habría sido una tarea superior a las fuerzas de un solo hombre. Pero además de lo que saqué personalmente del Archipiélago —en mi piel, mi memoria, mi vista y mis oídos—, pude contar como material para este libro con los relatos, memorias y cartas que me ofrecieron:

[sigue una lista con 227 nombres].

No voy a expresarles aquí mi reconocimiento individual: que sea éste nuestro monumento común y fraterno a todos quienes sufrieron el martirio y fueron asesinados.

Quisiera destacar de esta lista a los que pusieron gran empeño en ayudarme a conseguir que esta obra dispusiera de puntos de apoyo bibliográficos sacados de los actuales fondos de las bibliotecas, o de otros libros confiscados tiempo ha o destruidos, pues requiere gran tenacidad encontrar un ejemplar que se haya conservado; y quisiera destacar más aún a aquellos que me ayudaron a esconder este manuscrito en los momentos difíciles y a reproducirlo después.

Sin embargo, todavía no ha llegado la hora en que pueda atreverme a dar sus nombres.

Un viejo recluso de Solovleí, Dmitri Petróvich Vitkovski, debiera haber sido quien redactase este libro. Sin embargo, la mitad de su vida pasada allí (sus memorias del campo de reclusión se llaman precisamente *Media vida)* le acarreó una parálisis prematura. Cuando ya había perdido el habla, pudo leer únicamente unos pocos capítulos terminados de mi libro y convencerse de que se diría todo .

Si la libertad tarda aún muchos años en llegar a nuestro país, la mera lectura y difusión de este libro entrañarán un gran peligro, de modo que también debo inclinarme agradecido ante los lectores futuros, en nombre de quienes dieron sus vidas.

En 1958, cuando empecé este libro, no tenía conocimiento de memorias ni de obra literaria alguna sobre los campos de reclusión. A lo largo de los años que trabajé en este libro, hasta 1967, fui conociendo gradualmente los *Relatos de Kolymá*, de Varlam Shalámov, y las memorias de D. Vitkovski, E. Guinzburg, O. Adamova-Sliosberg, a quienes cito en el curso de mi exposición como si fueran obras conocidas por todos (algún día acabarán siéndolo).

A despecho de sus intenciones, y en contra de su voluntad, el chekista M.Y. Sudrabs-Latsis; N.V. Krylenko, fiscal general del Estado durante muchos años; su sucesor A.Y. Vyshinski y sus letrados cómplices, entre los que no sería posible dejar de destacar a I.L.Averbaj, proporcionaron un material inestimable para este libro, conservando muchos datos e incluso cifras importantes, así como el ambiente mismo que respirábamos.

También proporcionaron material para este libro treinta y seis escritores soviéticos, encabezados por Maxim Gorki, autores de un vergonzoso libro sobre el Canal del mar Blanco, en el que por primera vez en la historia de la literatura rusa se ensalzaba el trabajo de los esclavos.

Primera parte

La industria penitenciaria

En una época de dictadura,
de enemigos por todas partes,
a veces dimos muestra de una delicadeza
y compasión innecesarias.
(Krylenko, discurso en el proceso
contra el Partido Industrial)

1. El arresto

¿Cómo se llega a ese misterioso Archipiélago? Hora tras hora vuelan aviones, navegan barcos y retumban trenes en esa dirección, pero no llevan un solo letrero que indique el lugar de destino. Tanto los taquilleras como los agentes de Sovturist y de Inturist se quedarían atónitos si les pidieran un billete para semejante lugar. No saben nada ni han oído nada del Archipiélago en su conjunto, y tampoco de ninguno de sus innumerables islotes.

Los que van a ocupar puestos de mando en el Archipiélago proceden de la Academia del MVD.

Los que van de vigilantes al Archipiélago son convocados a través de la Comandancia Militar.

Y los que van allí a morir, como usted y yo, mi querido lector, deben pasar forzosa y exclusivamente por el arresto.

¡El arresto! ¿Hará falta decir que parte nuestra vida en dos?, ¿que se abate sobre nosotros como un rayo?, ¿que representa un duro trauma espiritual que no todos son capaces de asimilar y que a menudo conduce a la locura? El universo tiene tantos centros como seres vivos hay en él. Cada uno de nosotros es un centro del universo. Y el cosmos se desmorona cuando le dicen a uno entre dientes: «¡Queda usted detenido!».

Si alguien como usted está detenido, ¿no será que ha habido un cataclismo?, ¿habrá quedado algo en pie? Con el cerebro en blanco, incapaces de abarcar tales evoluciones del cosmos, a todos, del más simple al más despierto, no se nos ocurre en ese instante, pese a nuestra experiencia de la vida, más que balbucear: —¿Yo? ¿Por qué? Pregunta repetida millones y millones de veces antes de que la hagamos nosotros, y que nunca ha obtenido respuesta.

Una detención es un tránsito impresionante, un cambio que nos transpone de un estado a otro.

La larga y sinuosa calle de la vida nos llevaba, a veces con paso alegre y otras veces en un sombrío vagar, a lo largo de unas vallas, vallas y más vallas, cercas de hierro, tapias de cemento, de ladrillo, de adobes o de madera podrida. No nos parábamos a pensar qué podía haber detrás de ellas. No intentábamos elevar la mirada ni el pensamiento hacia el otro lado.

Pero allí, precisamente, justo a nuestro lado, a dos metros comenzaba el país del GULAG.

Tampoco observábamos en aquellas tapias el incontable número de puertas y portillos perfectamente ajustados y muy bien disimulados. ¡Todos estos portillos, todos, estaban esperándonos! Y de pronto se abría rápidamente la puerta fatal, y cuatro manos blancas masculinas, no acostumbradas al trabajo pero robustas, nos agarraban por el brazo, por *la* pierna, por la solapa, por la gorra, por la oreja, nos arrastraban como un saco, y cerraban para siempre el portillo a nuestras espaldas, la puerta de nuestra vida pasada.

¡Se acabó! ¡Queda usted detenido! Y no atinas a dar ninguna respuesta, nin-gu-na, como no sea el balido de corderito:

— ¿Yo-o? ¿Por qué?...

El arresto es un fogonazo cegador, un golpe que desplaza el presente convirtiéndolo en pasado, que convierte lo imposible en un presente con todas las de la ley.

Y no hay más. Esto es todo lo que somos capaces de asimilar, no ya en la primera hora, sino incluso en los primeros días.

Centellea todavía en nuestra desesperación una luna de papel, un decorado de circo: «¡Es un error! ¡Lo aclararán!».

Y todo lo demás, que actualmente conocemos por la imagen tradicional e incluso literaria de una detención, ya no puede almacenarse ni organizarse en nuestra turbada mente, sino en la memoria de nuestra familia y de los vecinos con quienes compartimos piso. (**T3**)

Es un estridente timbrazo nocturno o un golpe brutal en la puerta. Es la arrogancia de unos agentes que irrumpen en casa sin limpiarse las botas. Es el asustado y anonadado testigo que permanece a sus espaldas. (¿Para qué traen siempre a un testigo? Las víctimas no se atreven a preguntar y los agentes ni le prestan atención, pero lo dispone la normativa, y deberá pasarse toda la noche en vela y firmar al amanecer. También para el testigo, arrancado de la cama, es un suplicio: noche tras noche de arriba abajo, colaborando en el arresto de vecinos y conocidos.)

El arresto tradicional son también las manos temblorosas que preparan las cosas del detenido: las mudas de ropa interior, el pedazo de jabón, algo de comida. Y nadie sabe qué es preciso llevarse, qué está permitido y qué ropa es la más conveniente, y los agentes meten prisa e interrumpen: «No necesita nada. Allí le darán de comer. Allí no hace frío». (Mentira. Con las prisas quieren meter más miedo.)

El arresto tradicional son también —después, cuando ya se han llevado al pobre detenido— las muchas horas que va a ocupar nuestra vivienda una fuerza intrusa, dura e implacable. Romper, desgarrar, sacar y arrancar de la pared, arrojar al suelo desde los armarios y las mesas, sacudir, desparramar, despedazar, montones de desechos en el suelo, crujidos bajo las botas. ¡Durante un registro no hay nada sagrado! Cuando arrestaron al maquinista de tren Inoshin, había en la habitación el pequeño féretro de su hijo, un niño que acababa de morir. Los *juristas* arrojaron al niño del ataúd y revolvieron también allí. Y sacan violentamente a los enfermos de sus camas, y desenrollan los vendajes. (**1**) ¡Durante un registro no hay nada que esté fuera de lugar! A Chetverujin, un aficionado a las antigüedades, le incautaron ukases zaristas («ukases.., tantas hojas»), entre ellas, el ukase del fin de la guerra contra Napoleón, el de la formación de la Santa Alianza, y plegarias contra el cólera de 1830. A Vóstrikov, nuestro mejor especialista en el Tíbet, le confiscaron valiosos códices antiguos tibetanos (¡los discípulos del difunto a duras penas consiguieron rescatarlos del KGB al cabo de treinta años!). Cuando arrestaron al orientalista Nevski se llevaron manuscritos *tangutos* (veinticinco años después le fue concedido el Premio Lenin a título postumo por haberlos descifrado). A Karguer lo despojaron del archivo sobre los *ostiales* del Yeniséi, le prohibieron el alfabeto y la escritura que había inventado, y ese pueblo se quedó sin escritura. Sería muy largo describir todo esto en lenguaje académico, pero el pueblo habla de los registros de la siguiente manera: buscan lo que no hay.

Todo lo que les quitaban quedaba requisado y a veces obligaban al propio detenido a que lo llevara a cuestas —como Nina Aleksándrovna Palchinskaya, que cargó sobre sus espaldas un saco con documentos y cartas de su difunto marido, hombre muy laborioso, un gran ingeniero ruso— hasta *sus* fauces, para siempre, sin regreso.

Tras el arresto, los que quedan se enfrentan a una interminable vida, vacía y revuelta. Y el intento de hacerle llegar paquetes al detenido. Pero en todas las ventanillas les ladran: «Este no figura aquí», «¡No existe!». En los peores días de Leningrado había que pasarse cinco días apretujado en la cola para llegar a la ventanilla. Y sólo quizás, al cabo de medio año, o de un año, el propio detenido dejaba oír su voz. O bien te espetaban:

«Sin derecho a correspondencia».Y esto quería decir para siempre. «Sin derecho a correspondencia» significaba casi con toda seguridad que lo habían fusilado.

En una palabra, «vivimos en unas condiciones tan atroces que un hombre desaparece sin dejar rastro, y sus personas más allegadas, su madre, su esposa..., pasan años sin saber qué ha sido de él». Una verdad como un templo, ¿no? Pues lo escribió Lenin en 1910, en una nota necrológica acerca de Bábushkin. Pero dejemos clara una cosa: Bábushkin llevaba un convoy de armas para una insurrección y con ellas lo fusilaron. Sabía a lo que se exponía. Mas éste no es el caso de los simples borregos, de nosotros.

Así nos imaginamos nosotros el arresto.

Ciertamente, en nuestro país preferían el arresto nocturno, como el que acabamos de describir, porque ofrecía considerables ventajas. Todos los ocupantes del piso estaban dominados por el horror desde el primer golpe en la puerta. El detenido era arrancado de la tibia cama, por lo que se encontraba enteramente en la indefensión del sueño y su razón aún estaba enturbiada. En un arresto nocturno, los agentes disponían de superioridad de fuerzas: llegaban varios hombres, armados, contra uno solo con los pantalones a medio abrochar; durante los preparativos y el registro se tenía la seguridad de que en el portal no se congregaría una muchedumbre de posibles partidarios de la víctima. La lenta y gradual visita a una vivienda, luego a otra, mañana a una tercera y a una cuarta, ofrecía la posibilidad de utilizar de forma racional al personal operativo y de meter en la cárcel a una cantidad de ciudadanos varias veces superior al número de agentes que componían la plantilla.

Otra de las ventajas de los arrestos nocturnos era que ni los vecinos de la casa, ni las calles de la ciudad, podían ver a cuántos se habían llevado durante la noche. Aunque asustaban a los vecinos más cercanos, no eran ningún acontecimiento para los que vivían más lejos. Como si no existieran. Por aquel mismo asfalto que de noche recorrían los «cuervos» pasaba de día la juventud con banderas y flores cantando alegres canciones.

Sin embargo, los que *recolectaban*, aquellos cuya tarea consistía sólo en arrestar, aquellos para quienes los horrores de los detenidos eran una tediosa rutina, entendían la operación de detener de un modo mucho más amplio. Tenían una gran teoría; no vayan a creer, ingenuamente, que no la tenían. La ciencia de la detención es un párrafo importante del curso general de penitenciaría y se sustenta en una teoría social fundamental. Los arrestos se clasificaban según las modalidades: nocturnos y diurnos; en el domicilio, en el lugar de trabajo y en viaje; por primera vez o por segunda vez; individuales o en grupo. Los arrestos se distinguían por el grado de sorpresa requerido, por el nivel de resistencia que cabía esperar (aunque en decenas de millones de casos no se esperaba ninguna resistencia, porque no se daba). Las detenciones se diferenciaban también por la escrupulosidad del registro; por la necesidad o no de levantar inventario y confiscarlo todo; por el sellado de las habitaciones o viviendas; por la necesidad de detener a la esposa después que al marido, de enviar a los niños a un orfanato, o bien al resto de la familia al destierro, o también a los ancianos a un campo penitenciario.

Por otra parte, existe toda una Ciencia del Registro (en Almá-Atá tuve ocasión de leer un folleto para quienes estudiaban Derecho por correspondencia). El folleto se deshacía en elogios hacia los juristas a quienes durante un registro no se les caen los anillos por revolver dos toneladas de estiércol, seis metros cúbicos de leña, dos carretas llenas de heno, limpiar de nieve toda la zona aneja a la finca, arrancar los ladrillos de las estufas, vaciar los pozos negros, comprobar las tazas de los retretes, buscar en las casetas de los perros, en los gallineros, en los nidos de estorninos, agujerear los colchones, arrancar cataplasmas e incluso dientes metálicos para buscar un microfilme. Se recomendaba muy encarecidamente a los estudiantes que empezaran por cachear al detenido y que al terminar procedieran a un segundo cacheo (por si el detenido se había guardado algo que buscaban); y también que volvieran de nuevo al mismo lugar, pero a otra hora del día, para practicar un nuevo registro.

Ya lo ven, las detenciones varían en su forma. En cierta ocasión, Irma Mendel, una húngara, consiguió del Komintern (1926) dos entradas de primera fila para el teatro Bolshói, e invitó al juez Kleguel, que le hacía la corte. Estuvieron haciendo manitas durante todo el espectáculo, y después el juez se la llevó... directamente

a la Lubianka. Y si un florido día de junio de 1927, en Kuznetski Most, un joven petimetre hace subir a un coche de punto a Anna Skrípnikova, una beldad de trenza rubia y cara redonda que acababa de comprarse una pieza de tela azul marino (el cochero ya comprende de qué se trata y frunce el ceño: sabe que los Órganos nunca pagan los trayectos), sabed que no se trata de una cita amorosa, sino que es también una detención, que torcerán inmediatamente hacia la Lubianka y que se introducirán en las negras fauces del portal. Y si (veintidós primaveras más tarde) el capitán de segundo rango Borís Burkovski, con su guerrera blanca y su aroma de agua de colonia cara, compra una tarta para una muchacha, no juréis que la tarta llegará a la moza, que no la registrarán con cuchillos y que no será introducida por el propio capitán en su primera celda. No, nunca se desdeñó en nuestro país ni la detención diurna, ni la detención en viaje, ni la detención en medio de una bulliciosa multitud. Sin embargo, se realizaba discretamente y, ¡es curioso!, las propias víctimas, de acuerdo con los agentes, se comportaban del modo más digno posible para no permitir que los vivos advirtieran la perdición del condenado.

No a todo el mundo se le puede detener en su domicilio llamando a la puerta (pero si no queda más remedio, dirán que es «el administrador», «el cartero»), ni tampoco se puede detener a cualquiera en su puesto de trabajo. Si el detenido está mal predispuesto, es más cómodo hacerlo fuera de su ambiente habitual, lejos de sus familiares, de sus compañeros de trabajo, de sus correligionarios, de sus escondrijos: no se le debe dar tiempo a destruir nada, a esconder cosas o entregárselas a otros. A los altos cargos, militares o del partido, les daban a veces un nuevo destino, ponían a su disposición un vagón de lujo y los detenían por el camino. Y si se trata de un simple mortal al que aterrorizan las detenciones en masa y que lleva ya una semana soportando las miradas ceñudas de sus jefes, de pronto se le llama a la sección local del sindicato donde, radiantes, le ofrecen una *putiovka* para el balneario de Sochi. El borrego se enternece: o sea, que sus temores eran infundados. Da las gracias y parte exultante a casa para hacer las maletas. Faltan dos horas para la salida del tren, y regaña a su esposa que tarda una eternidad. ¡Ya estamos en la estación! Aún queda tiempo. En la sala de espera o en un tenderete donde venden cerveza lo llama un joven simpatiquísimo: «¿No me conoce, Piotr Iványch?». Piotr Iványch se siente confuso: «Creo que no, aunque...». El joven se prodiga en atenciones, con la más benévola amistad: «Bueno, pero cómo, pues yo sí le recuerdo...». Y se inclina con respeto ante la esposa de Piotr Iványch: «Perdone que le robe a su esposo por un minuto...». La esposa consiente y el desconocido se lleva a Piotr Iványch confiadamente del brazo... ¡para siempre o por diez años!

Y en la estación todo es bullicio, nadie advierte nada... ¡Ciudadanos a quienes guste viajar! No olvidéis que en todas las grandes estaciones hay una sección de la GPU y también unas cuantas celdas.

La insistencia de estos falsos conocidos es tan recia que un hombre que no esté curtido como un lobo en el campo penitenciario no acierta a sacárselos de encima. Y no creas que si eres funcionario de la embajada estadounidense y te llamas, por ejemplo, Alexander Dolgun, no pueden arrestarte en pleno día, en la calle Gorki, cerca de la Central de Telégrafos. Tu desconocido amigo se precipitará hacia ti atravesando la masa de transeúntes, abriendo sus enormes brazos: «¡Sa-sha!», sin disimular, a grito pelado. «¡Sinvergüenza! ¡Cuánto tiempo sin vernos! Anda, apartémonos un poco, que estamos estorbando a la gente.» Y en este lugar aparte, acaba de arrimarse al borde de la acera, en ese preciso instante, un coche Pobeda... (Al cabo de unos días, la agencia TASS comunicará irritada en todos los periódicos que los círculos competentes nada saben de la desaparición de Alexander Dolgun.) ¿Qué tiene de particular? Si nuestros bravos mozos han practicado arrestos así, no ya en Moscú sino en Bruselas (de este modo cogieron a Zhora Blednov).

Hay que reconocer a los órganos de la Seguridad del Estado sus méritos: en una época en que los discursos de los oradores, las obras de teatro y la moda femenina parecen producidos en serie, las detenciones en cambio pueden presentar múltiples formas. Te llevan aparte en la entrada de la fábrica, una vez te has identificado con el pase, y ya estás; te sacan del hospital militar con fiebre (Hans Bernstein) y el médico no protesta (¡que se le ocurra!); te sacan directamente del quirófano, en plena operación de úlcera de estómago (N.M. Vorobviov, inspector regional de enseñanza, 1936) y te meten en una celda medio muerto y ensangrentado (como recuerda Karpúnich); consigues (Nadia Levítskaya) a duras penas una entrevista con tu madre condenada, ¡y te la dan!, pero resulta que el careo precede a la detención. En el supermercado Gastronom te invitan a pasar al departamento de pedidos (**T4**) y te detienen allí mismo; te detiene un peregrino al que por caridad dejaste pasar la noche en casa; te detiene el fontanero que vino a tomar la lectura del contador; te detiene el ciclista que tropieza contigo en la calle; el revisor del tren, el taxista, el

empleado de la Caja de Ahorros, el gerente del cine, cualquiera puede detenerte, y sólo te dejan ver su carnet rojo, que llevaban cuidadosamente escondido, cuando ya es demasiado tarde.

A veces, las detenciones llegaban a parecer un juego, tan fecunda inventiva y tanta energía superflua se depositaba en ello, cuando en realidad la víctima no se resistiría aunque no hubiera tamaño despliegue. ¿Pretendían los agentes justificar así su servicio y su gran número? De hecho, parece que hubiera bastado con enviar una notificación a todos los borregos designados y ellos mismos se habrían presentado sumisamente a la hora señalada, con un hatillo, ante los negros portones de hierro de la Seguridad del Estado para ocupar su porción de suelo en la celda que les indicaran. (A los koljosianos los cogían así. O es que iban a ir de noche hasta sus cabañas por caminos intransitables? Los llamaban al consejo rural y allí los apresaban. A los obreros no cualificados los ñamaban a la oficina.) Como es natural, toda máquina tiene una capacidad de absorción determinada, y ésta, si se sobrepasa, deja de funcionar. En los tensos y febriles años de 1945-1946, cuando llegaban de Europa convoyes y más convoyes que había que engullir a la vez para enviarlos al Gulag, ya no estaban para estos juegos, la teoría había quedado muy deslucida y se habían perdido las plumas del ritual. La detención de decenas de miles de hombres se resolvía como quien pasa lista: tenían todos los nombres, llamaban a los de un convoy, los metían en otro, y se acabó **(T5)**.

Durante varias décadas, en nuestro país las detenciones políticas se distinguieron precisamente por el hecho de que se detenía a gente que no era culpable de nada y que por lo tanto no estaba preparada para oponer resistencia. Se había creado una sensación general de fatalidad, una convicción (bastante justificada, por cierto, dado nuestro sistema de pasaportes) (**T6**) de que era imposible escapar de la GPU-NKVD. Incluso en el peor momento de la epidemia de detenciones, cuando al salir a trabajar los hombres se despedían de sus familias cada día, pues no podían estar seguros de volver por la tarde, incluso entonces apenas se registraban fugas (y menos aún suicidios). Así tenía que ser: de la oveja mansa vive el lobo.

Se debía también a una falta de comprensión de la mecánica de la epidemia de detenciones. A menudo, los órganos de la Seguridad del Estado no tenían grandes fundamentos para elegir a quién había que detener y a quién dejar en paz. Se orientaban únicamente por una cifra de detenciones prevista. Para alcanzar esa cifra podía seguirse un procedimiento sistemático, pero también podían ponerse en manos del azar. En 1937 una mujer fue a las oficinas de la NKVD de Novo-cherkask para preguntar qué debía hacer con el niño de pecho de una vecina suya detenida. «Siéntese», le dijeron, «y ya veremos.» Permaneció sentada un par de horas y luego la sacaron de recepción y la metieron en una celda: debían completar rápidamente la cifra y no tenían bastantes agentes para enviarlos por la ciudad, ¡y a aquella mujer ya la tenían allí! Por el contrario, cuando el NKVD de Orsha fue a arrestar al letón Andrei Pável, éste, sin abrir la puerta, saltó por una ventana, logró escapar y se marchó directamente a Siberia. Y aunque vivió allí con su propio apellido, y su documentación decía muy a las claras que era de Orsha, nunca fue encarcelado ni citado por los órganos de Seguridad del Estado, ni suscitó sospecha alguna. En realidad, existían tres grados de busca y captura: extensibles a toda la URSS, de carácter republicano, y regional. Casi la mitad de los detenidos en esas epidemias no fueron objeto de búsqueda más allá de su región. Cuando se iba a detener a una persona por circunstancias fortuitas, como por ejemplo la denuncia de un vecino, esa persona podía ser sustituida fácilmente por otro inquilino. Y lo mismo que A. Pável, las personas que caían casualmente en una redada, o en una vivienda rodeada por los agentes, y tenían la valentía de huir en aquel mismo momento, antes del primer interrogatorio-, nunca eran capturadas ni citadas a comparecencia. En cambio los que se quedaban a esperar justicia recibían una condena. Y casi todos, la aplastante mayoría, se comportaban con pusilanimidad, indefensión y resignación.

También es cierto que cuando faltaba la persona buscada, el NKVD hacía que los parientes se comprometieran, bajo firma, a no ausentarse, y, naturalmente, luego no les costaba nada empapelar a los que se habían quedado en lugar del que había huido.

El sentimiento general de inocencia engendraba una parálisis también general. ¿Y si, a lo mejor, *a mí no me cogen? ¿Y* si todo se arregla? A. I. Ladyzhenski era jefe de estudios en la escuela del remoto pueblo de Kologriv. En 1937 un campesino se acercó a él en el mercado y le dijo de parte de alguien: «¡Márchate, Alexandr Iványch, estás *en las listas!*». Pero se quedó: «Soy yo el que lleva el peso de la escuela y da clase *a sus hijos,* ¿cómo pueden detenerme?». (Lo detuvieron al cabo de unos días.) No todo el mundo veía las cosas como Vania Levitski a los catorce años: «Toda persona honrada tiene que pasar por la cárcel. Ahora

está papá, cuando yo sea mayor, también me encerrarán a mí». (Lo tuvieron en prisión veintitrés años.) La mayoría se aferra a una fútil esperanza: Si no soy culpable, ¿a santo de qué pueden detenerme? ¡Es un error! Y cuando te estén arrastrando por las solapas, todavía exclamarás: «¡Es un error! ¡Tan pronto como se aclare me soltarán!». Y aunque a los demás los detengan en masa, lo que también es absurdo, siempre podemos dudar ante cada caso individual: «¿Quién sabe si *éste,* precisamente...?». ¡Pero tú, qué va! ¡Tú eres inocente, claro que sí! Todavía crees que los órganos de la Seguridad del Estado son un ente humano y lógico: tan pronto como se aclare me soltarán.

Entonces, ¿para qué vas a huir?, ¿para qué oponer resistencia? No harías más que empeorar tu situación, les impedirías aclarar el error. Y no sólo no te resistes, sino que incluso bajas la escalera de puntillas, como te han mandado, para que no se enteren los vecinos.

Y luego en los campos penitenciarios te reconcome una idea: ¿Qué hubiera pasado si cada agente que sale por la noche a detener a alguien no pudiera estar seguro de volver con vida y tuviera que despedirse cada vez de su familia? ¿Qué habría pasado si durante una época de arrestos masivos, como por ejemplo Leningrado, cuando metieron en la cárcel a la cuarta parte de la población (**T7**), la gente no se hubiera quedado en su madriguera, paralizada de horror al oír un portazo en la calle o pasos en la escalera? ¿Y si hubiéramos comprendido que ya no había nada que perder? ¿Y si los hubiéramos recibido con una barricada en el vestíbulo, con varios hombres armados de hachas, martillos, hurgones o lo que hubiese a mano? Sabíamos por anticipado que esas aves nocturnas tocadas con gorros no venían con buenas intenciones. No habría sido ninguna equivocación recibir a golpes a esos asesinos. O también podríamos haberles robado el coche o pincharle los neumáticos a ese «cuervo» que esperaba en la calle con sólo el chófer dentro. A los órganos de la Seguridad del Estado pronto les habrían faltado agentes y material móvil, y por más que se empeñara Stalin se habría detenido la maldita máquina.

Si se hubiera hecho tal cosa, si se hubiera hecho tal otra... Sencillamente, nos hemos merecido todo lo que vino después.

Además, ¿resistir a qué? ¿A que te confisquen el cinturón? ¿A que te ordenen retirarte a un rincón? ¿A que te manden atravesar el umbral de tu casa? La detención consta de pequeños preámbulos, de innumerables minucias, que, considerados por separado, no parecen suficiente motivo para discutir (en unos momentos en que el pensamiento del detenido se debate en torno a la gran cuestión: «¿Por qué?»), aunque, en conjunto, son todos estos circunloquios los que desembocan irremisiblemente en la detención.

¡Hay tantas cosas que ocupan el alma del recién detenido! Tantas son que llenarían un libro. Podemos descubrir sentimientos que ni siquiera sospechábamos. En 1921, cuando arrestaron a Evguenia Dorayenko, de diecinueve años, y tres jóvenes chekistas revolvieron su cama y hurgaron en la cómoda de la ropa interior, la muchacha no perdió la calma: no había nada, no encontrarían nada. Pero de pronto echaron mano a su diario íntimo, que ella no habría mostrado ni a su propia madre, y la lectura de esas líneas por tres jóvenes extraños y hostiles la impresionó más que toda la Lubianka, con sus rejas y sótanos. Para muchas personas estos sentimientos y afectos personales, destrozados por la detención, pueden tener más fuerza que las ideas políticas o el temor a la cárcel. La persona que no está interiormente preparada para la violencia es siempre más débil que el opresor.

Sólo unas pocas personas, listas y valientes, reaccionan con reflejos. En 1948, cuando fueron a detener a Grigóriev, director del Instituto Geológico de la Academia de Ciencias, éste se encerró en un cuarto y estuvo dos horas quemando papeles.

A veces, se siente sobre todo alivio, e incluso... alegría, especialmente durante las epidemias de detenciones: cuando a tu alrededor no cesan de detener a gente como tú, pero pasa el tiempo y no vienen por ti, van retrasándose. Es en verdad extenuante, es un sufrimiento peor que el de la propia detención, y no sólo para aquellos de ánimo débil. Vasili Vlásov, un intrépido comunista del que volveremos a hablar más de una vez, después de renunciar a la fuga que le proponían sus ayudantes, que no eran del partido, languidecía al ver que todos los cuadros de mando del distrito de Kady habían sido detenidos (1937) e iba pasando el tiempo y a él no lo detenían. Era de aquellos que ante el peligro ponen el pecho por delante, y encajó el golpe y se

quedó tranquilo, y durante los primeros días que siguieron a la detención se sintió maravillosamente. En 1934, un sacerdote, el padre Irakli, viajó a Almá-Atá para visitar a unos creyentes deportados. Mientras tanto, fueron por tres veces a su piso de Moscú para detenerlo. A su regreso, las feligresas acudieron a la estación y no consintieron que volviera a su casa: lo escondieron de casa en casa durante ocho años. Sufrió tanto el sacerdote con esta vida de persecución, que cuando al final lo detuvieron en 1942, cantó alegres alabanzas al Señor.

En este capítulo hemos hablado siempre de la masa, de los borregos encarcelados no se sabe por qué. Pero también tendremos que mencionar a aquellas personas que, incluso en esta época nueva, continuaban siendo auténticamente *políticos.* Cuando aún estaba en libertad, Vera Rybakov, estudiante socialdemócrata, *soñaba* con el *izoliator* de Suzdal, pues sabía que sólo ahí podría volver a ver a sus camaradas mayores (ya no quedaba ninguno en libertad) y cultivarse ideológicamente. En 1924 la eserista Yekaterina Olítskaya se consideraba incluso indigna de ser encerrada en la cárcel: en ella habían estado los mejores hombres de Rusia. Aún era joven y todavía no había hecho nada por Rusia. Pero la *libertad* estaba expulsándola ya de su seno. Y así ingresaron las dos en prisión: con orgullo y alegría.

«¡Había que resistir! ¿Dónde estuvo vuestra resistencia?», increpan ahora a las víctimas los que se libraron del arresto.

Sí, la resistencia debiera haber empezado en el momento del arresto. Pero no fue así.

Y al final, te llevan. En la detención diurna siempre hay un breve e irrepetible momento en el que, disimuladamente (si en tu cobardía has accedido a la discreción), o de manera completamente pública, con las pistolas desenfundadas, *te conducen* a través de la multitud de centenares de personas tan inocentes e indefensas como tú. Y nadie te tapa la boca. ¡Puedes gritar , no debieras dejar escapar la ocasión! ¡Gritar que se te llevan! ¡Que unos monstruos disfrazados andan a la caza de la gente! ¡Que los cogen con falsas denuncias! ¡Que están acabando en silencio con millones de seres! Y al oír muchas veces al día estos gritos, al oírlos en todas las partes de la ciudad, quizás a nuestros conciudadanos se les desgarraría el alma. Quizá las detenciones se harían más difíciles.

En 1927, cuando la sumisión aún no había atrofiado tanto nuestros cerebros, dos chekistas intentaron detener en pleno día a una mujer en la plaza de Sérpujov. Ella se agarró a una farola y empezó a gritar y resistirse. Se congregó una muchedumbre. (¡Se necesitaba para ello a una mujer como aquélla, pero se necesitaba también a una multitud como aquélla! No todos los transeúntes bajaron la vista, ni todos se apresuraron a escabullirse.) Y aquellos diligentes muchachos se quedaron de inmediato desconcertados. No pueden *trabajar* a la luz de la sociedad. Subieron a su automóvil y huyeron. (¡La mujer tendría que haberse ido rápidamente a la estación y abandonar Moscú! Pero pasó la noche en su casa. Y esa noche se la llevaron a la Lubianka.)

Pero de tus labios resecos no escapa un solo sonido, y la multitud que pasa por vuestro lado, con despreocupación, os toma, a ti y a tus verdugos, por unos amigos que van de paseo.

Yo también tuve más de una ocasión de gritar.

A los diez días de mi detención, tres parásitos del SMERSH, que transportaban con más celo las tres maletas de botín de guerra que a mi propia persona (después del largo camino hasta me tomaron confianza), me desembarcaron en Moscú, en la estación de Bielorrusia. Tenían el rango de escolta especial, pero en realidad sus metralletas eran más que nada un estorbo para arrastrar las pesadísimas maletas: unos bienes que habían saqueado en Alemania ellos mismos o sus jefes del contraespionaje SMERSH del segundo Frente Bielorruso. Un botín que ahora, con la excusa de escoltarme a mí, transportaban a la Patria, a sus familias. Yo cargaba con la cuarta maleta, a regañadientes, pues contenía mis diarios y mis obras, es decir, pruebas contra mí.

Ninguno de aquellos tres conocía la ciudad, y fui yo quien tuvo que elegir el camino más corto hasta la prisión, yo mismo hube de guiarlos hasta la Lubianka, en la que nunca habían estado (y que yo confundí con el Ministerio de Asuntos Exteriores).

Después de veinticuatro horas en el contraespionaje del Ejército, después de tres días en el contraespionaje del segundo Frente Bielorruso, donde mis compañeros de celda ya me habían puesto al corriente de todo (de las argucias de los jueces de instrucción, de las amenazas, las palizas; de que una vez detenido ya nunca te sueltan; de la inevitable condena de diez años), de pronto me encontraba milagrosamente libre, y ya llevaba cuatro días viajando como un hombre *libre* entre hombres libres, aunque mis costados ya habían descansado sobre la paja podrida que rodea las letrinas, mis ojos habían visto a hombres apalizados y privados del sueño, mis oídos habían escuchado la verdad, mi boca había conocido el rancho carcelario. ¿Por qué me callé? ¿Por qué no abrí los ojos a la multitud aprovechando mi último minuto en público?

Guardé silencio en la ciudad polaca de Brodnica, aunque, bien pensado, quizá no entendieran el ruso. No grité ni palabra en las calles de Bielostok. ¿Quizá porque lo mío nada tenía que ver con los polacos? No emití sonido alguno en la estación de Wolkowysk. Estaba poco concurrida. Me paseé con esos bandidos como si nada por los andenes de Minsk. Pero la estación estaba todavía en ruinas. Y ahora conducía a los hombres de SMERSH al vestíbulo superior de la estación de metro Bielorrússkaya, de la línea circular, una estación redonda, de blanca cúpula, inundada de luz eléctrica, donde subía a nuestro encuentro una masa compacta de moscovitas sobre dos escaleras mecánicas paralelas. ¡Parecía que todos me miraban! Subían formando una cinta sin fin desde las profundidades del desconocimiento, hacia la brillante cúpula, esperando de mí aunque sólo fuera una palabra de verdad. ¿Por qué, entonces, me callé?

Cada uno encontraba siempre una docena de razones plausibles para demostrar que tenía razón al no sacrificarse.

Unos seguían esperando un final favorable y temían echarlo a perder con un grito (téngase en cuenta que no nos llegaban noticias del mundo exterior, no sabíamos que desde el instante mismo de la detención nuestro destino ya nos deparaba lo peor, o casi lo peor, y que era imposible empeorarlo). Otros aún no habían madurado y no sabían cómo exponerlo todo en un grito dirigido a la multitud. Ya se sabe, sólo los revolucionarios tienen siempre a punto consignas que lanzar a la multitud. ¿De dónde habría de sacarlas el hombre pacífico, el hombre común que nunca se ha metido en nada? Sencillamente, no sabe qué podría gritar. Y al final, había aquellas personas que tenían el alma demasiado llena, cuyos ojos habían visto demasiado para poder verter todo este torrente en unos pocos gritos incoherentes.

Pero yo, yo me callé además por otro motivo: porque estos moscovitas apiñados en los peldaños de las dos escaleras mecánicas eran pocos para mí, muy pocos . Aquí mi clamor lo oirían doscientas personas, o el doble, ¿y qué pasa con los doscientos millones restantes? Presentía vagamente que un día podría gritar a los doscientos millones...

Pero de momento no abrí la boca, y la escalera me arrastró irremisiblemente hacia el infierno.

Y también me callaría en Ojótny Riad.

No gritaría al pasar por delante del hotel Metropol.

Ni agitaría los brazos en el Gólgota de la Plaza de la Lubianka.

-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Tuve, seguramente, el tipo de arresto más fácil que cabe imaginar. La detención no me arrancó de los brazos de mis familiares, ni me separó de la entrañable vida doméstica rusa. En un lánguido día de febrero europeo me sacó de la estrecha punta de lanza que se adentra hacia el mar Báltico, donde no sé si habíamos cercado a los alemanes o ellos a nosotros. Tan sólo me separó de mi división, y también del espectáculo de los tres últimos meses de guerra.

El jefe de brigada me llamó al puesto de mando, solicitó mi pistola sin decir por qué, y yo se la entregué sin sospechar añagaza alguna. De pronto, del tenso e inmóvil grupo de oficiales que había en un rincón, se adelantaron hacia mí rápidamente dos agentes del servicio de contraespionaje, atravesaron la estancia en un par de zancadas, y agarraron simultáneamente, a cuatro manos, la estrella de mi gorra, los galones, el cinturón y el macuto de campaña, mientras gritaban de forma histriónica:

—¡Queda usted detenido!

Aturdido, acribillado de la cabeza a la planta de los pies, no encontré nada más inteligente que decir que:

—¿Yo? ¿Por qué?

Esta pregunta no suele tener respuesta, pero, cosa sorprendente: ¡Yo sí la recibí! Vale la pena que lo explique porque es muy impropio de nuestras costumbres. Apenas los agentes terminaron de despojarme, de quitarme el macuto con las reflexiones políticas que yo iba anotando, de zarandearme lo más rápido posible hacia la salida, apurados por las detonaciones de los alemanes que hacían retumbar los cristales, sonó de pronto una voz firme que me llamaba. ¡Sí! Por encima del sordo abismo entre los que se quedaban y yo, del abismo abierto al caer pesadamente la palabra «arrestado», por encima de esa línea que ya me separaba como un apestado, y no se atrevería a pasar a través de la cual ni el sonido, pasaron sin embargo las inesperadas y mágicas palabras del jefe de brigada:

—Solzhenitsyn. Vuélvase.

Yo, girando en redondo, me zafé de los agentes del SMERSH y di unos pasos hacia el jefe de brigada. Lo conocía poco, nunca había tenido la condescendencia de entablar conversaciones intrascendentes conmigo. Para mí, la expresión de su rostro significaba siempre una orden, una disposición, un reproche airado. Y ahora en cambio brillaba meditabundo. ¿Sería por vergüenza de haber participado involuntariamente en un asunto sucio? ¿O por sacudirse de encima la mísera sumisión de toda la vida? Diez días atrás yo había sacado casi íntegra mi batería de exploración del cerco en que había caído su división de artillería, doce cañones pesados. ¿Y ahora debería renegar de mí por culpa de un pedazo de papel con un sello?

—¿Tiene usted... —preguntó muy serio— un amigo en el Primer Frente de Ucrania?

—¡No puede hacer eso! ¡No está usted autorizado! —le gritaron al coronel el capitán y el comandante del servicio de contraespionaje. El grupo de oficiales de estado mayor se encogió asustado en su rincón temiendo verse identificados con la inconcebible imprudencia del jefe de brigada (y los de la sección política se preparaban ya para suministrar *material* contra el coronel). Pero con eso me había bastado para comprender, inmediatamente, que me arrestaban por la correspondencia sostenida con mi amigo del colegio, y comprendí también por qué lado debía esperar el peligro.

¡Zajar Gueórguievich Travkin podía, pues, haberse detenido en este punto! ¡Pero no! Continuó purificándose e irguiéndose ante sí mismo, se levantó de la mesa (¡nunca antes se había levantado para acudir a mi encuentro!), me tendió la mano por encima de la línea de los apestados (¡cuando yo era libre, nunca me la había tendido!) y mientras estrechaba la mía, ante el mudo horror de los oficiales, dulcificó su rostro siempre severo y dijo sin miedo y bien claro:

—¡Le deseo a usted suerte, capitán!

Yo, no sólo no era ya capitán, sino que era además un enemigo del pueblo desenmascarado (ya que en nuestro país todo detenido queda completamente desenmascarado desde el momento mismo de su detención). ¿Deseaba buena suerte a un enemigo?

Temblaban los cristales. Las explosiones enemigas martilleaban la tierra a unos doscientos metros recordándonos que *aquello* no habría podido suceder allí, en las profundidades de nuestra patria, en el contexto de una vida normal, sino sólo aquí, bajo el hálito de una muerte próxima e igual para todos (**2**).

Este libro no va a ser un relato de mis recuerdos, de mi propia vida. Por eso no voy a contar los sabrosísimos detalles de mi singular arresto. Aquella noche, los agentes del SMERSH ya habían desistido de entender el mapa (nunca lo habían sabido interpretar) y me lo endosaron muy amablemente y rogaron que le indicara al chófer cómo se iba a la sección de contraespionaje del Ejército. Los conduje a ellos y a mí mismo a esa cárcel, y como agradecimiento no se contentaron con meterme acto seguido en una simple celda, sino en un calabozo. Pero de lo que no puedo dejar de hablar es de lo que pasó en la pequeña despensa de una casa de campesinos alemana que utilizaban como calabozo provisional.

Tenía la longitud de lo que medía un hombre, y una anchura en la que se podían tender a duras penas tres personas y, bien apretujadas, hasta cuatro. Yo era precisamente el cuarto, embutido allí después de medianoche. Los tres que estaban acostados me miraron con mala cara cuando les dio la luz de la lamparilla de petróleo, y se movieron un poco ofreciéndome el espacio necesario para pender de costado y, gradualmente, por la fuerza de la gravedad, encajarme entre ellos. De este modo, sobre la paja triturada éramos ya ocho botas cara a la puerta y cuatro capotes. Ellos dormían, pero a mí me ardía el alma. Cuanto mayor había sido mi empaque de capitán hacía media jornada, tanto más doloroso era ahora apretujarme en el fondo de aquel cuchitril. Los muchachos rebulleron un par de veces al entumecérseles los costados y nos dimos la vuelta al unísono.

Al amanecer ya habían saciado su sueño, bostezaron, carraspearon, encogieron las piernas y se metieron en los diferentes rincones. Empezaron las presentaciones.

—¿Y a ti por qué?

Pero yo ya había respirado la turbia brisa de la precaución bajo el techo ponzoñoso del SMERSH, y fingí un candido asombro:

—No tengo la menor idea. ¿Desde cuándo te dicen algo estos canallas?

En cambio, mis compañeros de celda — tanquistas tocados de negros cascos de cuero — no lo ocultaban. Eran tres honrados corazones de soldado, tres sencillotes corazones, un género de personas al que había tomado afecto en los años de la guerra quizá por ser yo más complejo y peor que ellos. Los tres eran oficiales. Sus galones también les habían sido arrancados con rabia, en alguna parte se veían aún las hilachas. En sus grasientos uniformes, unas manchas claras mostraban las huellas de las condecoraciones desprendidas; las cicatrices rojas y oscuras de sus rostros y sus manos eran el recuerdo de heridas y quemaduras. Por desgracia, su división necesitaba hacer reparaciones y para ello se habían detenido en la misma aldea donde se estacionaba el contraespionaje SMERSH del cuadragésimo octavo Ejército. La víspera habían bebido para remojar el combate que había tenido lugar dos días antes, y en las afueras del pueblo se colaron en una caseta de baño donde habían visto entrar a dos atractivas mozas medio desnudas. Las muchachas habían conseguido huir de los borrachos a quienes apenas obedecían las piernas. Pero una de ellas era nada menos que amiguita del jefe del contraespionaje del ejército.

¡Sí! Llevábamos tres semanas de guerra en Alemania y todos sabíamos muy bien que, de haber sido alemanas, podrían haberlas violado tranquilamente y fusilarlas después, y que casi se lo hubieran tenido en cuenta como un mérito de guerra; de haber sido polacas, o rusas deportadas, a lo sumo podrían haberlas perseguido en cueros por el huerto y darles unas palmadas en las nalgas, una broma ocurrente, pero no más. Pero se habían metido con la «esposa de campaña» del jefe del contraespionaje. Eso era suficiente para que un sargentucho cualquiera de retaguardia pudiera arrancar con saña los galones a tres oficiales distinguidos

en combate, unos galones refrendados por una orden del Frente, era suficiente para quitarles unas condecoraciones concedidas por el Presidium del Soviet Supremo (**T8**). Ahora, a estos valientes que habían pasado toda la guerra y que seguramente habían aplastado a más de una línea de trincheras enemigas les aguardaba la ley marcial, iban a vérselas con un tribunal que no estaría en esa aldea si antes no hubieran llegado ellos con sus tanques.

Apagamos la lamparilla, aunque, de todos modos, ya había consumido cuanto aire quedaba para respirar. En la puerta se había practicado una mirilla del tamaño de una postal, y por ella penetraba la luz indirecta del pasillo. Como si temieran que de día fuéramos a estar demasiado anchos en el calabozo, nos echaron a un quinto detenido. Llevaba un capote nuevecito y la gorra también era nueva. Cuando estuvo frente a la mirilla, pudimos ver su cara chata y fresca, con un sonrosado que abarcaba toda la mejilla.

— ¿De dónde vienes, amigo? ¿Quién eres?

— Del *otro* lado — respondió sin vacilar —. Soy un espía.

—¿Estás de broma? — nos quedamos pasmados. (¡Ni Sheinin ni los hermanos Tur habían escrito nunca sobre espías que pudieran confesar estas cosas!)

— ¿Quién va a andarse con bromas en tiempo de guerra? — preguntó el chaval con un suspiro de profunda reflexión —. ¿Y cómo tiene que apañárselas un prisionero para que le dejen volver a casa? A ver si me lo explicáis.

Empezó a contarnos que dos días antes los alemanes le habían hecho cruzar la línea del frente para que espiara y volara puentes, pero que él había ido derecho a entregarse en el batallón más próximo, y que el jefe del batallón, insomne y agotado, no quería creer de ninguna manera que fuera un espía y lo había enviado a la enfermería para que le dieran unas pastillas.

Pero de pronto nuevas impresiones se abatieron sobre nosotros:

— ¡A sus necesidades! ¡Las manos atrás! — se oyó por detrás de la puerta, que estaba abriéndose, a un fornido brigada que, él solito, habría sido perfectamente capaz de poner en movimiento la cureña de un cañón del 122.

Por todo el patio de la casa se había distribuido ya una hilera de soldados con metralletas que vigilaba el sendero por el que debíamos rodear el cobertizo. Me indignaba sobremanera ver que un brigada cateto cualquiera pudiera dar órdenes a unos oficiales: «Manos atrás», pero los tanquistas pusieron las manos a la espalda y yo les seguí.

Detrás del cobertizo había un pequeño cercado cuadrado cubierto de nieve pisoteada que todavía no se había derretido. Todo él estaba sembrado de montones de excrementos humanos, tan juntos y abundantes, que no era tarea fácil encontrar dónde poner los dos pies y agacharse. De todos modos, lo conseguimos y nos agachamos los cinco en diferentes lugares. Dos de los soldados, ceñudos, apuntaron las metralletas hacia nosotros, que estábamos agachados, y el brigada nos apremió antes de que hubiera transcurrido un minuto:

—¡A ver si termináis ya! ¡Aquí se despacha deprisa!

Cerca de mí estaba uno de los tanquistas, un teniente primero alto y sombrío, natural de Rostov. Tenía por toda la cara una capa de polvo metálico o de humo, pero se advertía perfectamente una gran cicatriz roja que le cruzaba la mejilla.

—¿Qué quiere decir «aquí»? —preguntó en voz baja, sin mostrar prisa por volver a un calabozo que olía a queroseno.

— ¡Aquí, en el SMERSH! —espetó el brigada con orgullo y con mayor estruendo del que en realidad hacía falta. (A los agentes del contraespionaje les gustaba mucho aquella palabra chapuceramente compuesta de «muerte» y «espías». Les parecía aterradora.)

— Pues allí de donde venimos se despacha despacio — respondió meditabundo el teniente primero. Su casco se había inclinado hacia atrás descubriendo una cabeza aún no rapada. Su trasero, curtido en el frente, estaba encarado al agradable y frío vientecillo.

—¿Y dónde es «allí»? —vociferó el brigada, otra vez con más fuerza de la necesaria.

—En el Ejército Rojo —respondió con mucha calma el teniente desde su posición en cuclillas, midiendo con la mirada al que podría haber sido artillero.

Éstas fueron mis primeras bocanadas de aire carcelario.

2. Historia de nuestro alcantarillado

Ahora, cuando se denuncian las *arbitrariedades del culto a la personalidad*, se citan siempre, una y otra vez, los funestos años de 1937 y 1938. La sola mención de este periodo puede dar a entender que ni *antes* ni *después* se encarcelaba a nadie, que ello sólo tuvo lugar en 1937-1938.

Puedo asegurar sin temor a equivocarme que la *riada* de 1937-1938 no fue la única, ni siquiera la principal, sino apenas una de las tres grandes riadas que colmaron las siniestras y fétidas cañerías de nuestro alcantarillado penitenciario.

Antes se produjo la riada de los años 1929-1930, todo un buen río Obi, que arrastró a la tundra y a la taiga a unos quince millones de campesinos (si no fueron más). Los campesinos son, sin embargo, un pueblo mudo y sin escritura y no nos legaron quejas ni memorias. Los jueces no penaban con ellos de noche, ni perdían el tiempo levantando actas, pues bastaba con una disposición del soviet rural. Esta riada corrió hasta quedar absorbida por el hielo perpetuo, y ni las mentes más inquietas guardan recuerdo de ellas, como si ni siquiera hubiera afectado a la conciencia rusa. Y sin embargo, éste fue el más grave crimen que cometiera Stalin (y nosotros con él).

Después hubo la riada de los años 1944-1946, larga como un buen río Yeniséi: embutieron por las cañerías a naciones enteras y a millones y más millones de hombres que habían sido prisioneros de guerra (¡por culpa nuestra!), (**T9**), conducidos a Alemania y posteriormente repatriados. (Stalin cauterizaba las llagas para que se formara cuanto antes una costra y el cuerpo del pueblo no pudiera descansar, tomar aliento ni rehacerse.) Pero también era ésta una riada de gente sencilla, de la que no escribe memorias.

En cambio, la riada de 1937 arrolló y arrastró al Archipiélago a gente de posición, a gente con un pasado en el partido, a gente culta, que dejaban atrás en las ciudades a muchas personas afectadas, de las cuales no pocas eran gentes de letras. Ahora todos escriben a la vez, todos hablan y recuerdan: ¡El treinta y siete! ¡Todo un Volga de sufrimiento popular!

Pero si a un tártaro de Crimea, a un calmuco o a un checheno le nombras el «treinta y siete» no hará sino encogerse de hombros. ¿Y qué representa en Leningrado el treinta y siete si antes tuvimos el treinta y cinco? ¿Acaso no fueron más duros los años 1948-1949 para los *reintidentes* y los bálticos? Y si las personas celosas del estilo y de la geografía me reprochan haber pasado por alto otros ríos de Rusia, sepan que aún no he nombrado todas las riadas, ¡dénme más páginas! Los afluentes formarán los ríos que faltan.

Sabido es que todo órgano que no se ejercita acaba atrofiándose.

Así pues, si sabemos también que los *Órganos* (esta abyecta palabra se la pusieron ellos mismos), exaltados y elevados por encima de todo lo viviente, no han perdido por atrofia ninguno de sus tentáculos, sino que, al contrario, han desarrollado otros y han fortalecido su musculatura, resulta fácil imaginar que ello se debe al ejercicio continuo.

En las cañerías se producían pulsaciones, ora la presión era superior a la planificada, ora era inferior, pero los canales penitenciarios nunca fluyeron vacíos. Por ellos corrían constantemente la sangre, el sudor y la orina y, con ellos, todos nosotros. La historia de este alcantarillado es la historia de un incesante tragar y fluir, sólo que las crecidas alternaban con los estiajes, y de nuevo venían las crecidas, los arroyos se juntaban, ora más grandes, ora más pequeños, y de todas partes afluían arroyos y arroyuelos, chorros de los desagües o simples gotas aisladas.

La enumeración cronológica que reproducimos a continuación, en la que se mencionan tanto riadas de millones de presos como arroyos de simples e imperceptibles decenas de personas, dista mucho de estar completa, es pobre, limitada por mis capacidades para penetrar en el pasado. Precisa aún de muchas puntualizaciones por parte de quienes conocieron aquello y continúan en el mundo de los vivos.

.-

Lo más difícil de esta enumeración es empezar. Porque cuanto más se profundiza en las décadas pasadas menos testigos quedan, más se han apagado y oscurecido las voces, y no existen crónicas o están guardadas bajo llave. Y porque no es del todo justo medir por el mismo rasero los años de máxima crueldad (la guerra civil) y los primeros años de paz, en los que sí cabía esperar clemencia.

Pero antes ya de la guerra civil era evidente que Rusia, con su estructura de población que estaba llena de porquería, no servía, naturalmente, para ningún socialismo. Uno de los primeros golpes de la dictadura cayó sobre los kadetés (el peor virus revolucionario en tiempos del zar y el peor virus de la reacción bajo el poder del proletariado). A finales de noviembre de 1917, en la primera convocatoria frustrada de la Asamblea Constituyente, el partido de los kadetés fue declarado fuera de la ley y empezó el arresto de sus miembros. Por esas fechas se llevó a cabo el *embarque* de la Unión para la defensa de la Asamblea Constituyente y de la organización Universidades de Soldados.

Por el sentido y el espíritu de la revolución es fácil adivinar que durante estos meses se llenaron las prisiones de Kresti, Butyrki, y otras hermanas suyas provinciales, con grandes hacendados, destacados hombres públicos, generales y oficiales, y también con funcionarios de los ministerios y de todo el aparato estatal que no acataban las disposiciones del nuevo régimen. Una de las primeras operaciones de la Cheká fue arrestar al comité de huelga del Sindicato de Funcionarios de Rusia. Una de las primeras circulares del NKVD (diciembre de 1917) decía: «En vista del empecimiento (sabotaje) de los funcionarios... poner en práctica la máxima iniciativa propia *in situ, sin desdeñar* las confiscaciones, la coacción ni el arresto». (**3**)

Y aunque para implantar «un riguroso orden revolucionario» V.I. Lenin exigía a finales de 1917 «aplastar sin compasión los brotes de anarquía entre borrachos, gamberros, contrarrevolucionarios y demás» (**4**) —es decir, el principal peligro para la Revolución de Octubre lo veía en los borrachos, dejando a los contrarrevolucionarios en un discreto tercer lugar— la verdad es que se planteaba el problema de un modo más amplio. En el artículo «Cómo organizar la emulación socialista» (7 y 10 de enero de 1918), V.I. Lenin proclamaba como único objetivo general *«limpiar* la tierra rusa de toda clase de insectos nocivos». (**5**) Y por *insectos* entendía no sólo a todos los enemigos de clase, sino también a «los obreros que muestren pasividad en el trabajo», como por ejemplo los cajistas de las imprentas del partido en Petrogrado. (He aquí los efectos de la lejanía en el tiempo. Hoy día hasta nos resulta difícil comprender cómo puede ser que unos obreros, recién convertidos en *dictadores,* se mostraran reacios a trabajar para sí mismos.) Y además: «¿...en qué barrio de una gran ciudad, en qué fabrica, en qué pueblo... no hay... *empecedores* que se llaman a sí mismos

intelectuales?». (**6**) Y si bien se establecía un único objetivo, en este artículo Lenin preveía en cambio diversas formas de limpieza: en unas partes, encarcelarlos; en otras, hacerles limpiar letrinas; en unas terceras, «una vez cumplida la pena de calabozo, expedirles carnets amarillos»; en otras, finalmente, *fusilar al holgazán.* También se consideraba la posibilidad de elegir entre la cárcel «o la pena de trabajos forzados del tipo más duro». (**7**) Aunque las variantes fundamentales de castigo ya las había previsto y sugerido él, Vladímir Ilich proponía que la búsqueda de las mejores medidas de castigo fuera objeto de emulación «en comunas y obshchinas».

Ya no podremos averiguar jamás en su totalidad quiénes caían bajo esta amplia definición de *insectos:* la población rusa era demasiado heterogénea, y en su seno se encontraban pequeños grupos aislados, algunos sin función e incluso ahora olvidados. Eran insectos, naturalmente, los miembros de los *zemstvos.* Eran insectos los cooperativistas. Todos los propietarios de inmuebles. Se encontraban no pocos insectos entre los profesores de los liceos. Insectos eran todos los que formaban parte de los consejos parroquiales y quienes cantaban en el coro de las iglesias. Eran insectos todos los sacerdotes y, con mayor razón, todos los frailes y monjas. Incluso aquellos tolstoyanos que al ingresar en la administración soviética, o pongamos por caso en el ferrocarril, no prestaron el obligatorio juramento escrito de defender el régimen soviético con las armas en la mano, también resultaron ser insectos (y ya veremos casos de juicios contra ellos). Puestos a hablar del ferrocarril, diremos que bajo el uniforme ferroviario mismo se ocultaban muchos insectos, que era preciso extirparlos, y a algunos darles incluso el paseo. Los telegrafistas, no se sabe por qué, eran en su casi totalidad insectos consumados, hostiles a los soviets. Nada bueno puede decirse tampoco del VIKZHEL y de otros sindicatos, a menudo abarrotados de insectos enemigos de la clase obrera. Sólo con los grupos hasta ahora enumerados nos encontramos ante un número enorme que ya requiere varios años de limpieza.

¿Y cuántos, además, endemoniados intelectuales, estudiantes inquietos, excéntricos de todo tipo, buscadores de la verdad y santones iluminados, de los que Pedro el Grande trató en vano de limpiar Rusia y que siempre estorban en un régimen armonioso y severo?

Habría sido imposible llevar a cabo esta higiénica limpieza —y además en tiempos de guerra — de haber utilizado las obsoletas formas procesales y las normas jurídicas. Se optó por una forma completamente nueva: la represión *extrajudicial,* y la Cheká, la Guardiana de la Revolución, cargó abnegadamente sobre sus hombros esta tarea ingrata. La Cheká fue un órgano represivo único en la historia humana, un órgano que concentraba en una sola mano la vigilancia, el arresto, la instrucción del sumario, la fiscalía, el tribunal y la ejecución de la sentencia.

En 1918, para acelerar también el triunfo cultural de la revolución, empezaron a destrozar y arrojar a la basura las reliquias de los santos y a requisar los objetos litúrgicos. Se produjeron revueltas populares en defensa de las iglesias y monasterios saqueados. Aquí y allá tocaban las campanas a rebato, acudían los creyentes, algunos incluso con estacas. Naturalmente, hubo que *despachar* a alguno ahí mismo y arrestar a otros.

Al reflexionar ahora sobre los años 1918-1919, tropezamos con una dificultad: ¿Debemos incluir en las riadas penitenciarias a todos aquellos a quienes *dieron el paseo* antes de llegar siquiera a la celda? ¿Y en qué capítulo incluir a otros cuando los comités de campesinos pobres se *los llevaban* detrás del porche (**T10**) del soviet rural a un patio trasero? ¿Llegaron acaso a hollar la tierra del Archipiélago los participantes en complots, que se descubrían a racimos uno en cada provincia (dos en Riazán, uno en Kostromá, uno en Vyshni Volochok, uno en Vélizh, varios en Kiev, varios en Moscú, Sarátov, Chernígov, Astraján, Seliguer, Smolensk, Bobruisk, el de la caballería de Tambov, el de Chembar, Velikie-Luki, Mstislavl y otros), o bien no les dio tiempo y, en tal caso, deben quedar fuera de nuestra investigación? Además del aplastamiento de insurrecciones famosas (Yaroslav, Múrom, Rybinsk, Arzamás), hay algunos acontecimientos de los que sólo conocemos un nombre, por ejemplo los fusilamientos de Kólpino en junio de 1918. ¿De qué se trató? ¿A quién mataron? ¿Dónde dejar constancia de ellos?

También resulta bastante difícil determinar si deben figurar aquí, en las riadas penitenciarias, o bien incluirlos en el balance de la guerra civil, las decenas de millares de *rehenes,* ciudadanos pacíficos a los que no se acusaba concretamente de nada y de quienes no se llevaba lista ni siquiera a lápiz, pero a los que se

cogía y liquidaba para aterrorizar o para vengarse del enemigo militar o de una masa insurrecta. El 30 de agosto de 1918 (**T11**) el NKVD dio orden a todas las provincias de «arrestar inmediatamente a toda la derecha eserista, y tomar una *importante cantidad de rehenes* entre la burguesía y la oficialidad».(**8**)

(Algo así como si, por ejemplo, después del atentado del grupo de Alexandr Uliánov se hubiera arrestado no sólo a este grupo sino a todos los estudiantes de Rusia y a *una importante cantidad de miembros de los zemstvos.)* Así lo explicaban abiertamente (Latsis, en el periódico *El terror Rojo,* 1 de noviembre de 1918): «No estamos en guerra con individuos aislados.Exterminamos a la burguesía como clase. No busquéis durante la instrucción judicial ni materiales ni pruebas de que el acusado haya actuado de obra o de palabra contra los soviets. La primera pregunta que debéis formularle es a qué clase pertenece, cuál es su origen, su educación, sus estudios o su profesión. Estas preguntas son las que deberán determinar la suerte del acusado. Éste es el sentido y la esencia del terror rojo». Por disposición del Comité de Defensa del 15 de febrero de 1919 (con toda probabilidad presidido por Lenin) se propone a la Cheká y al NKVD que tomen rehenes entre los campesinos de aquellos lugares en los que la limpieza de nieve de la vía férrea «no se lleva a cabo de forma completamente satisfactoria», precisando que «si la limpieza de nieve no se realizara los rehenes sean fusilados». (**9**) A finales de 1920, por disposición del Consejo de Comisarios del Pueblo, se permite tomar también a socialdemócratas como rehenes.

Pero incluso si nos ceñimos a los arrestos convencionales, podemos observar que ya en la primavera de 1918 fluye una incesante riada de socialtraidores, una riada que duraría muchos años. Todos estos partidos — socialistas revolucionarios, mencheviques, anarquistas, socialistas populares — estuvieron haciéndose pasar por revolucionarios durante décadas, ocultos bajo una máscara, y si habían estado en presidio, era también para seguir fingiendo. Y sólo bajo el impetuoso cauce de la revolución se descubrió la esencia burguesa de estos «socialtraidores». ¡Qué cosa más natural, pues, que proceder a su arresto! Tras los kadetés, tras la disolución de la Asamblea Constituyente, y el desarme del regimiento de Preobrazhenski y otros, empezaron a arrestar poco a poco, primero disimuladamente, a socialistas revolucionarios y a mencheviques.

Desde el 14 de junio de 1918, día en que fueron expulsados de todos los soviets, estos arrestos fueron más numerosos y frecuentes. A partir del 6 de julio se llevaron también a los socialistas revolucionarios de izquierdas, que de manera pérfida y prolongada se habían hecho pasar por aliados del único partido consecuente del proletariado. A partir de entonces, bastaba que en cualquier fabrica o en cualquier pequeña ciudad hubiera cierta agitación obrera, descontento o huelgas (hubo muchas en el verano de 1918, y en marzo de 1921 sacudieron Petrogrado, Moscú y después Kronstadt, que forzaron el establecimiento de la NEP), para que a la vez que se calmaba a la población, haciendo concesiones para satisfacer las justas reivindicaciones de los trabajadores, la Cheká apresara en silencio, de noche, a mencheviques y socialistas revolucionarios como auténticos culpables de aquellos disturbios. En verano de 1918 y en abril y octubre de 1919 se encarceló en masa a los anarquistas. En 1919 fueron arrestados tantos miembros del Comité Central eserista como estaban a tiro, para encerrarlos en Butyrki hasta su proceso en 1922. En ese mismo año de 1919, el prominente chekista Latsis decía de los mencheviques: «Esa gente son más que una molestia. Por eso los apartamos del camino, para que no se nos enreden entre las piernas... Los encerramos en un sitio aislado, en Butyrki, y los obligaremos a permanecer allí hasta que termine la pugna entre trabajo y capital». (**10**) En julio de 1918 fue arrestada toda una asamblea de trabajadores no comunistas por un destacamento de la guardia letona del Kremlin, y a punto estuvieron de ser fusilados inmediatamente en la cárcel de Taganka.

A partir de 1919 arraigó la sospecha ante nuestros compatriotas que volvían del extranjero (¿Para qué volvían? ¿Qué misión traían?) y, así, se encarceló a los oficiales del cuerpo expedicionario ruso (destacado en Francia).

En este mismo año 1919 se echó una amplia red sobre complots, verdaderos o falsos («Centro Nacional», Complot Militar), en Moscú, en Petrogrado y en otras ciudades y se fusiló *por lista* (es decir, arresto y fusilamiento inmediato) o simplemente barriendo hacia la cárcel a la llamada intelectualidad *allegada a los kadetés.* ¿Y qué significaba esta categoría? Pues la intelectualidad que no era monárquica ni socialista, es decir, todos los círculos científicos, universitarios, artísticos, literarios, y además los de ingeniería. Excepto los escritores extremistas, los teólogos y los teóricos del socialismo, el resto de la intelectualidad, el 80 por

ciento, era «allegada a los kadetés». Ajuicio de Lenin, pertenecía a ellos, por ejemplo, Korolenko, «mísero pequeñoburgués cautivo de los prejuicios burgueses», y «a estos "talentos" no les vendrían mal unas semanitas en la cárcel». (**11**) Del arresto de grupos aislados nos hemos podido enterar por las protestas de Gorki. El 15 de septiembre de 1919, Ilich le respondía: «...somos conscientes de que se han producido errores en este caso», (**12**) para añadir «¡Figúrate qué desgracia! ¡Menuda injusticia!», y aconsejar a Gorki «no consumirse gimoteando por unos intelectuales podridos». (**13**)

A partir de enero de 1919 se amplía la *prodrazviorstka* de productos agrícolas, y para recogerlos se crean destacamentos que en todas las provincias topan con la resistencia de las aldeas, unas veces en forma de terca pasividad y otras en forma de tumultos. El aplastamiento de esta reacción produjo también (sin contar a los fusilados en el acto) un copioso caudal de arrestados en el curso de dos años.

Hemos dejado conscientemente al margen una gran parte de la molienda de la Cheká, de las Secciones especiales y de los Tribunales Revolucionarios, que van implantándose a medida que avanza el frente y van siendo ocupadas ciudades y regiones. La misma directiva del NKVD, del 30 de agosto de 1918, señala que deben concentrarse los esfuerzos en el «fusilamiento inapelable de todo aquel implicado en las acciones de la Guardia Blanca». Pero a veces uno se siente confuso: ¿Dónde situar la línea divisoria? Si en el verano de 1920, cuando la guerra civil no había terminado por entero ni se habían extinguido todos sus focos, aunque sí en el Don, y enviaban a gran cantidad de oficiales desde allí,desde Rostov y Novocherkask, a Arjánguelsk, para seguir luego en barcazas a Solovki (algunas barcazas naufragaron en el Mar Blanco, lo mismo, por cierto, que en el Caspio), ¿debemos entender que ello entra en la guerra civil o en el principio de la reconstrucción pacífica? Cuando aquel mismo año fusilaron en Novocherkask a la esposa embarazada de un oficial por haber escondido a su marido, ¿en qué categoría debemos incluirla?

En mayo de 1920 se da a conocer una disposición del Comité Central «sobre las actividades subversivas en la retaguardia». Sabemos por experiencia que cada nueva disposición da origen a otra riada.

Una dificultad especial (¡a la vez que un mérito especial!) en la organización de estas riadas fue la ausencia, hasta 1922, de un Código Penal, de cualquier clase de legislación penal. Sólo el recto sentido revolucionario de la justicia (¡siempre infalible, eso sí!) guiaba a los confiscadores y canalizadores para decidir a quién apresar y qué hacer con él.

En este recuento no se investigan las riadas de delincuentes comunes, profesionales o no, por lo que nos limitaremos a recordar que las calamidades y la pobreza generales engendradas por la reestructuración de la administración, de los organismos y de la legislación no podían sino hacer que aumentara vertiginosamente el número de robos, atracos, agresiones, sobornos y estraperlo (especulación). Aunque menos peligrosos para la existencia de la república, estos delitos comunes también se perseguían en parte, y sus riadas de presos engrosaban las que ya formaban los contrarrevolucionarios. Pero existía un delito de *especulación* que sí tenía carácter netamente político, según indica el decreto del Consejo de Comisarios del Pueblo firmado por Lenin a 22 de julio de 1918: «Los culpables de vender, comprar o almacenar con miras comerciales productos alimenticios monopolizados por la república (los campesinos guardan el trigo para venderlo con miras comerciales, ¿para qué trabajan si no? - A.S.)... sufrirán privación de libertad por un plazo *no inferior* a 10 años, acompañada de *los más rigurosos* trabajos forzados y de la confiscación de *todos* los bienes».

Desde aquel verano, el campo, esforzándose por encima de sus posibilidades, fue entregando gratis la cosecha año tras año. Ello dio lugar a insurrecciones campesinas, que eran sofocadas y conducían a nuevos arrestos. «La parte más laboriosa del pueblo ha sido exterminada de raíz», Korolenko, carta a Gorki del 10 de agosto de 1921. De 1920 sabemos (aunque sin detalles...) del proceso contra la Unión Campesina de Siberia. A finales de 1920 tiene lugar el aplastamiento preventivo de la insurrección campesina de Tambov encabezada (como en Siberia) por la Unión del Campesinado Trabajador. Esta vez no hubo proceso judicial...

Sin embargo, la mayor parte de las levas humanas en los pueblos de Tambov tuvo lugar en junio de 1921. Por la provincia de Tambov proliferaron los campos penitenciarios para las familias de los campesinos que

habían tomado parte en la insurrección. Eran parcelas de terreno abierto rodeadas de postes con alambre de espino, y en ellas se retenía durante tres semanas a toda familia sospechosa de tener algún varón entre los rebeldes. Si al cabo de tres semanas no aparecía éste para redimir a los suyos al precio de su cabeza, la familia era deportada. (**14**) Un poco antes, en marzo de 1921, habían sido enviados a las islas del Archipiélago, tras pasar por el bastión Trubetskói de la fortaleza de Pedro y Pablo, todos los marineros insurrectos de Kronstadt, a excepción de los que ya habían sido fusilados.

Este año, 1921, empezó con la orden de la Cheká n° 10 (de 8 de enero de 1921): « ¡ intensificar la represión contra la burguesía!». Ahora una vez terminada la guerra civil, no hay que debilitar la represión, ¡sino *intensificarla!* Voloshin nos cuenta en algunos versos cómo fue la de Crimea.

En verano de 1921 fue arrestado el Comité de Auxilio a los Afectados por el Hambre (Kuskova, Prokopovich, Kishkin y otros), que intentaba detener el avance por Rusia de una hambruna sin precedentes. Su error fue que a aquellas manos caritativas no se les podía permitir alimentar a los hambrientos. Korolenko, el presidente de este Comité — y que no fue detenido —,cuando ya estaba moribundo calificó la destrucción del Comité de «la peor politiquería, una politiquería gubernamental» (carta a Gorki del 14 de septiembre de 1921). (El mismo Korolenko no puede pasar por alto una importante peculiaridad de la cárcel en 1921: «está empapada de tifus toda ella». Esto lo confirman Skrípnikov y otros que estuvieron presos en aquel entonces.)

En este año de 1921 ya se practicaban arrestos de *estudiantes* (por ejemplo, el grupo de E.Doyarenko, de la Academia Timiriázev) por «críticas al orden establecido» (no públicas, sino en conversaciones privadas). Salta a la vista que hechos así aún eran poco frecuentes, pues al grupo en cuestión lo interrogaron personalmente Menzhinski y Yagoda.

Aunque, por otra parte, tampoco eran tan escasos. ¿Cómo habría podido terminar si no es con arrestos la osada huelga de estudiantes de la MVTLP (**T12**) en la primavera de 1921? Desde los años de la feroz reacción de Stolypin era tradición en este centro que el rector fuera elegido de entre los propios catedráticos. Este era el caso del profesor Kalínnikov (volveremos a encontrarlo en el banquillo de los acusados), pero el poder revolucionario decidió poner en su lugar a un ingeniero mediocre. Ocurría esto en plena temporada de exámenes. Los estudiantes se negaron a examinarse, organizaron una agitada reunión en el patio a modo de rechazo del rector que querían imponerles y exigieron que se mantuviera el estatuto de autonomía de la institución. Después, todos los reunidos se dirigieron a pie a la calle Mojovaya para mantener un encuentro de camaradas con los estudiantes de la universidad. Todo un problema: ¿Qué podía hacer el régimen? Desde luego tenía difícil solución, pero no para los comunistas.

En la época zarista se habría puesto en ebullición toda la prensa honesta y toda la Rusia culta: ¡Abajo el gobierno! ¡Abajo el zar! Pero ahora había otras soluciones: se tomaba el nombre de los oradores, se dejaba que la reunión se dispersara, se suspendían los exámenes y, durante las vacaciones veraniegas se detenía uno a uno, a cada cual en un lugar, a todos los que les interesaban. Los demás no pudieron seguir con la carrera de ingeniero.

En este mismo 1921 se intensificaron y sistematizaron los arrestos de socialistas de otros partidos. En realidad ya habían terminado con todos los partidos de Rusia a excepción del que había triunfado. (¡Quien a hierro mata a hierro muere!) Pero para que la destrucción de cada partido fuera irreversible era preciso destruir también a los miembros de ese partido, el cuerpo físico de dichos miembros.

Ni un solo ciudadano del Estado ruso que hubiera ingresado algún día en algún partido que no fuera el de los bolcheviques podía esquivar su destino; estaba condenado (a menos que lograra, como Maiski o Vyshinski, llegar, agarrado a las tablas del naufragio, hasta donde los comunistas). Puede que no le arrestaran a la primera de cambio, o puede que hubiera seguido con vida (según hasta qué punto se le considerara peligroso) hasta 1922, 1932 e incluso hasta 1937, pero nadie había guardado las listas y, por tanto, la cola avanzaba hasta llegar su turno; lo arrestaban, o sólo se limitaban a enviarle una cordial citación para formularle una única pregunta: ¿Has militado... desde... hasta...? (Seguirían también preguntas sobre sus actividades hostiles, pero la primera pregunta era la que lo decidía todo, como hemos podido ver claramente

pasadas algunas décadas.) Después el ciudadano podía correr suertes muy diversas. Unos iban directamente a alguna de las famosas cárceles centrales zaristas (por suerte, estas centrales se habían conservado en muy buen estado y algunos socialistas dieron con sus huesos en las mismas celdas, con los mismos celadores que ya conocían). A otros les proponían el destierro, aunque no vayan a creer que mucho tiempo, unos dos añitos a lo sumo. Y había un trato aún más benigno: a algunos únicamente les imponían un *menos* (menos tal y tal ciudad), de manera que podían elegir ellos mismos su lugar de residencia, a condición de que vivieran en lo sucesivo quietecitos en aquel lugar esperando a lo que dispusiese la GPU.

Esta operación se extendió a lo largo de muchos años, pues era condición especial de la misma el silencio y la discreción. Lo importante era depurar de forma minuciosa a Moscú, Petrogrado, los puertos y los centros industriales, y después simplemente los distritos, de toda desviación en el seno del socialismo. Fue un mudo y grandioso solitario de naipes cuyas reglas resultaban del todo incomprensibles para quien vivió en esa época, y cuyas proporciones sólo ahora podemos valorar. Fue un plan urdido por alguna mente previsora y puesto en práctica por unas manos cuidadosas que, sin perder un instante, tomaban una carta que había estado aguardando tres años en un montón a que la apilaran suavemente en otro montón. El que estaba encarcelado en una central era llevado al destierro (a algún lugar lo más alejado posible), el que había cumplido un «menos» también iba al destierro (pero esta vez más allá de lo fijado por ese «menos»), de un destierro a otro destierro, y de nuevo a una central (pero no a la misma). Paciencia y más paciencia era lo que regía a quienes hacían el solitario.(**T13**) Y sin ruido, sin gemidos, iban extinguiéndose los militantes de otros partidos, privados de todo contacto con los lugares y las gentes que antes los conocieron y sabían de sus actividades revolucionarias; y así, disimulada e irremisiblemente se tramó la aniquilación de los que en otro tiempo vibraron en los mítines estudiantiles, de los que llevaron con orgullo las cadenas zaristas. (Korolenko escribía a Gorki el 29 de junio de 1921: «Algún día la Historia dirá que la revolución bolchevique reprimió a los socialistas y a los revolucionarios sinceros con métodos idénticos a los del régimen zarista». ¡Ojalá hubiera sido así! Habrían sobrevivido todos.)

Esta operación del Gran Solitario de Naipes acabó con la mayoría de los antiguos presos políticos, pues fueron los eseristas y los anarquistas, y no los socialdemócratas, quienes recibieron de los tribunales zaristas las condenas más severas, eran justo ellos quienes componían la población del antiguo presidio.

El exterminio, por otra parte, seguía un orden ecuánime: en los años veinte les proponían renunciar por escrito a sus partidos y a sus ideologías. Algunos se negaron y, como es natural, formaron parte del primer turno de exterminio; otros en cambio aceptaron abjurar de su credo, con lo que consiguieron algunos años más de vida. Pero implacablemente había de llegarles su turno, e implacablemente habían de rodar sus cabezas.

A veces das con algún artículo en el periódico tan sorprendente que no puedes evitar movimientos de cabeza. *Izvéstia*, 24 de mayo de 1959: un año después de la subida de Hitler al poder, Maximilian Hauke fue detenido por pertenecer... no a un partido cualquiera, sino al partido comunista. ¿Lo liquidaron? No, lo condenaron a *dos* años.

Después de esto, naturalmente, ¿le impondrían una nueva sentencia? Nada de eso: lo dejaron en libertad. ¿Habrá quien lo entienda? Luego vivió sin que lo molestaran y organizó la resistencia clandestina, de ahí el artículo sobre su valentía.

En la primavera de 1922, la Comisión Extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución y la especulación (Cheká), recientemente rebautizada con el nombre de GPU, decidió intervenir en los asuntos de la Iglesia. Aún estaba pendiente la «revolución eclesiástica», sustituir la vieja jerarquía por otra que tuviera una oreja pegada al cielo y la otra a la Lubianka. Eso era lo que ofrecían los de la Iglesia viva, pero no podían apoderarse del aparato eclesiástico sin ayuda externa. Para ello se arrestó al patriarca Tíjon y se organizaron dos sonados procesos con fusilamientos: en Moscú, a los que difundían la proclama del Patriarca; y en Petrogrado, al metropolita Veniamín, que obstaculizaba el paso del poder eclesiástico a manos de la Iglesia viva. En provincias y distritos, aquí y allí, se arrestó a metropolitas y obispos, y como siempre, a los peces gordos les siguieron bandadas de pececíllos, arciprestes, monjes y diáconos cuyos nombres no comunicaba la prensa. Encarcelaron a los que no prestaron juramento al impulso renovador de los *zhivotserkóvniki*.

Los sacerdotes formaron parte obligada de la pesca diaria, sus canas plateadas brillaban en cada celda, y luego en cada convoy a Solovki.

Al principio de los años veinte cayeron también grupos teósofos, místicos y espiritistas (el grupo del conde Pahlen, que levantaba acta de las conversaciones con los espíritus), sociedades religiosas, filósofos del círculo de Berdiáyev. De pasada, fueron desarticulando y encarcelando a los «católicos del Este» (discípulos de Vladímir Soloviov), y al grupo de A.I. Abrikósova. En cuanto a los católicos propiamente dichos, los sacerdotes polacos, éstos iban a prisión sin que hiciera falta causa aparente.

Sin embargo, para erradicar definitivamente la religión en este país — uno de los objetivos principales de la GPU-NKVD en los años veinte y treinta — habría sido necesario encarcelar en masa a los propios creyentes ortodoxos. Se procedió a una intensa campaña de arresto, encarcelamiento y destierro contra los monjes y monjas, cuyos oscuros hábitos habían ennegrecido la vida rusa anterior. Se arrestaba y se juzgaba a los activistas de la Iglesia. Las ondas iban ensanchándose continuamente y pasaron a apresar a simples seglares creyentes, a personas de edad, en especial mujeres — porque su fe era más obstinada — a las que durante muchos años se conoció como *monjitas* en las cárceles de tránsito y en los campos de reclusión.

Desde luego, oficialmente no se les arrestaba y juzgaba por el mero hecho de creer, sino por manifestar su fe en voz alta y educar a sus hijos en ese espíritu. Como escribió Tania Jodkévich:

«Puedes rezar *libremente,* Pero... que sólo te oiga Dios».

(Por estos versos le cayeron diez años.) La persona que creía poseer la verdad espiritual debía ocultarla... ¡a sus propios hijos! En los años veinte la educación religiosa caía en el artículo 58-10, es decir, ¡propaganda contrarrevolucionaria! Cierto es que el tribunal daba la posibilidad de abjurar de la religión. Aunque no era frecuente, podía darse el caso de que el padre abjurara y se quedara al cuidado de los hijos mientras la madre era enviada a Solovki (en estas décadas, las mujeres demostraron tener una fe más firme). A todos los creyentes les echaban diez años, la pena máxima en aquel entonces.

Con el fin de dejar limpias las grandes ciudades para la impoluta sociedad que se avecinaba, en aquellos años, especialmente en 1927, junto con las «monjitas» desterraron a Solovki a las prostitutas. A las aficionadas al pecado terrenal les aplicaban el artículo más liviano y les imponían tres años. La vida entre traslados, cárceles de tránsito y las propias Solovki, no les impedía ganar dinero ejerciendo su alegre oficio con los jefes y los soldados de escolta, de modo que a los tres años volvían cargadas de pesadas maletas a su punto de partida. A los creyentes, en cambio, les estaba vedado para siempre jamás volver con sus hijos a su hogar.

Ya en los albores de los años veinte aparecieron riadas netamente nacionales, de momento pequeñas en relación con las regiones donde se generaban, y más aún a escala rusa: musavatistas de Azerbaidzhán, dashnakos de Armenia, mencheviques georgianos y basmach turkmenos, opuestos al establecimiento del régimen soviético en Asia Central. En 1926 fue encarcelada en pleno la «Hehalutz», sociedad sionista que no compartía el universalmente arrollador impulso del internacionalismo.

En muchas de las generaciones posteriores arraigó la idea de que los años veinte fueron un paréntesis de libertad sin cortapisas. Pero en este libro encontraremos personas que vieron de modo muy diferente esa década. Los estudiantes no comunistas de esa época luchaban por la «autonomía de la escuela superior», por el derecho de reunión, por aligerar los programas de tanta instrucción política. La respuesta fueron los arrestos que aumentaban al acercarse alguna fiesta (por ejemplo, el 1 de Mayo de 1924). En 1925 unos estudiantes de Leningrado (aproximadamente un centenar) fueron condenados a tres años en un *izoliator* político por haber leído *El Mensajero Socialista* y haber estudiado a Plejánov (el propio Plejánov, en su juventud, había salido mejor librado después de pronunciar un discurso contra el gobierno ante la catedral de la Virgen de Kazan). En 1925 empezaron a encarcelar a los primeros trotskistas jovencitos. (Dos ingenuos soldados del Ejército Rojo que, recordando la tradición rusa, iniciaron una colecta para los trotskistas arrestados, fueron condenados también a un *izoliator* político.)

Como es de suponer, el golpe tampoco iba a dejar al margen a las clases explotadoras. Durante todos los años veinte siguieron atosigando a los ex oficiales que aún no habían pasado por el aro: tanto a los blancos (los que no merecieron el fusilamiento en la guerra civil), como a los blanco-rojos, que habían combatido en uno y otro bando, como a los zaristas-rojos que no sirvieron de forma continuada en el Ejército Rojo, o habían tenido interrupciones en el servicio no justificadas documentalmente. Los atosigaban porque no los condenaban de buenas a primeras, sino que eran sometidos — otro solitario de naipes — a infinitas comprobaciones, restricciones en el trabajo, en la vivienda, los arrestaban, los soltaban, volvían a arrestarlos, y sólo gradualmente iban desapareciendo en los campos de reclusión para ya no volver jamás.

Sin embargo, con la deportación de los oficiales al Archipiélago, el problema, lejos de solucionarse, nó hacía más que empezar: téngase en cuenta que atrás quedaban las madres de los oficiales, sus esposas y sus hijos. Si se emplea un análisis social infalible, resultaba fácil imaginar qué debía pasarles por la sesera tras el arresto del cabeza de familia. ¡Estaban pidiendo a gritos que los metieran a ellos también en la cárcel! Otra riada...

En los años veinte hubo una amnistía para los cosacos que habían tomado parte en la guerra civil. Muchos volvieron de Lemnos al Kubán y al Don, y se les concedieron tierras. Más tarde, todos fueron encarcelados.

También andaban agazapados los antiguos funcionarios del Estado, por lo que era necesario echarles el guante. Se camuflaban con mucha habilidad y aprovechando que en la república aún no existían ni un sistema interno de pasaportes ni la libreta de trabajo unificada, conseguían infiltrarse en los organismos soviéticos. En este caso servía de ayuda una palabra de más, alguien que los reconocía fortuitamente, un vecino chivato..., mejor dicho, el parte operativo de un vecino. (O, a veces, la pura casualidad. Cierto Mova guardaba en su casa, simplemente porque era muy meticuloso, una lista de todos los antiguos funcionarios judiciales de la provincia. En 1925 se la descubrieron por azar, los detuvieron a todos y después los rusilaron.)

Así corrían también las riadas por «ocultación de la procedencia social» y por «posición social en el pasado». Todo ello sujeto a la más amplia interpretación. Arrestaban a los nobles como estamento. Y también a las familias nobles. Al final, demostrando muy poco entendimiento, arrestaban a los que denominaban *nobles sin título hereditario*, es decir, a todo aquel que hubiera terminado una carrera universitaria. Y una vez detenidos ya no había camino de vuelta, lo hecho hecho estaba. El Centinela de la Revolución nunca yerra.

Pero de todas formas sí había ün camino de vuelta. Eran unas estrechas y escuálidas contrarriadas que a veces se abrían camino. Vamos a hablar ahora de la primera de ellas. Entre las esposas y las hijas de los nobles y de los oficiales no era raro encontrar mujeres de excepcionales cualidades personales y atractiva presencia. Algunas de ellas consiguieron abrirse paso en esa pequeña contrarriada, ¡a contracorriente de quienes les habían precedido! Estas mujeres entendieron muy bien que sólo se vive una vez y que no hay don más preciado que *la propia* vida. Ofrecieron sus servicios a la Cheká-GPU como confidentes, como colaboradoras, como lo que fuera, y las que más gustaron fueron admitidas. ¡Fueron las más fructíferas de las confidentes! Resultaron muy útiles a la GPU, puesto que los «ex» les seguían teniendo una gran confianza. Aquí podemos nombrar a la última princesa Viázemskya, la más destacada confidente de después de la revolución (su hijo fue también un chivato en Solovki); Concordia Nikoláyevna Iosse, al parecer, mujer de brillantes cualidades: su marido, que era oficial, fue fusilado en su presencia, y a ella la enviaron a Solovki, aunque supo obtener un permiso para volver a Moscú y abrir cerca de la Gran Lubianka un salón que gustaban de frecuentar los altos funcionarios de la Casa. (No sería encarcelada de nuevo hasta 1937, junto con sus clientes, los hombres de Yagoda.)

Parece de risa, pero siguiendo una absurda tradición se había conservado la Cruz Roja Política de la antigua Rusia. Tenía tres secciones: la de Moscú (E. Peshkova), la de Jarkov (Sandomírskaya) y la de Petrogrado. La de Moscú se portaba bien y no fue disuelta hasta 1937. En cambio, la de Petrogrado (el viejo *narodnik* Shevtsov, el cojo Hartmann, Kocherovski) actuaba de un modo insoportable e insolente, se entremetía en asuntos políticos, buscaba el apoyo de los antiguos presos de Schlisselburg (Novorusski, compañero de

complot de Alexandr Uliánov), y ayudaba no sólo a los socialistas sino también a los KR, los contrarrevolucionarios. En 1926 esta sección fue disuelta y sus miembros enviados al destierro.

Pasan los años y aquello de lo que no se habla acaba borrándose de la memoria. En la brumosa lejanía percibimos el año 1927 como un año de despreocupación y abundancia, el año de una NEP aún no decapitada. Pero fue un año tenso, estremecido por las explosiones de los periódicos, y lo percibimos, nos lo hicieron percibir, como la víspera de la batalla en que iba a decidirse la revolución mundial. Mayakovski (**T14**) dedicó cuatro atronadores versos al asesinato del plenipotenciario soviético en Varsovia, que inundó columnas enteras de los periódicos de junio.

Pero qué mala suerte: Polonia presentó excusas y el único responsable del asesinato de Voikov (**15**) fue arrestado allí mismo. ¿Cómo y contra quién dirigir el llamamiento del poeta?:

Solidarios,
agrupados,
mesurados,
y *vengativos*
¡A esta jauría desatada
retorcedle el pescuezo!

¿Hacer justicia contra quién? ¿A quién retorcer el pescuezo? Así comienza la *hornada de Voikov*. Como siempre, cada vez que había disturbios o tensiones, se encarcelaba a los *ex*, se encarcelaba a los anarquistas, a los eseristas, a los mencheviques, o simplemente a la intelectualidad. En realidad, ¿a quién se podrá encarcelar en las ciudades? ¡A la clase obrera no, desde luego! Por otra parte, la intelectualidad allegada a los kadetés ya había recibido lo suyo desde 1919. ¿Habría llegado el momento quizá de sacudir a la intelectualidad que se consideraba progresista? ¿De darles un repaso a los estudiantes? Una vez más, nos viene a mano Mayakovski:

¡Piensa
en el Komsomol días y semanas!
Examina
atentamente las filas.
¿Son todos
komsomoles de verdad o sólo
dicen serlo?

Una concepción del mundo cómoda engendra también un término jurídico cómodo: *profilaxis social*. Se introduce, se acepta, y enseguida resulta comprensible para todos. (Bien pronto podremos oír decir a uno de los directores del Bielo-morstror, Lazar Kogan: «Creo que, personalmente, usted no es culpable de nada. Pero siendo usted una persona culta, debe comprender que se está llevando a cabo una amplia profilaxis social».) Bien mirado, ¿qué mejor momento para encarcelar a unos compañeros de viaje poco fiables, a ese puñado de intelectuales podridos, que en vísperas de la batalla por la revolución mundial? Una vez empezada la gran guerra sería demasiado tarde. Y se empieza a peinar Moscú metódicamente, barrio a barrio. En todas partes debe haber arrestos. El eslogan era: «¡Haremos temblar al mundo de un puñetazo sobre la mesa!». «Cuervos», automóviles, camiones cerrados y coches de punto descubiertos acudían de inmediato a descargar en la Lubianka y en Butyrki, incluso de día. Atasco en las puertas, atasco en el patio. No daban abasto a descargar y fichar a tantos arrestados. (Lo mismo ocurre en otras ciudades. En Rostov del

Don, en el sótano de la casa número 33 hay tan poco sitio, que la recién llegada Boiko apenas encontró un hueco donde sentarse.) Un ejemplo típico de aquella riada: unas decenas de jóvenes organizaron unas veladas musicales sin consultar con la GPU. Escucharon música y luego tomaron el té. Para el té, reunieron a escote, voluntariamente, unos cópeks. Estaba bien claro: la música era una tapadera para sus intenciones contrarrevolucionarias y el dinero recaudado no era para pagar el té, ni mucho menos, sino para ayudar a la tambaleante burguesía mundial. Los arrestaron a todos. Las condenas fueron de tres a diez años (a Anna Skrípnikova le cayeron cinco), y a los organizadores, que no quisieron confesar (Ivan Nikoláyevich Varentsov y otros) ¡los fusilaron!

Veamos otro caso. En aquel mismo año, en París se reunieron los liceístas (**T15**) emigrados para celebrar la tradicional fiesta «pushkiniana» del Liceo. Los periódicos hablaron de ello. No cabía duda, de que se trataba de una estratagema del imperialismo herido de muerte. Y se arrestó a todos los liceístas que quedaban en la URSS y de paso a los de la «Academia Jurídica» (otra institución privilegiada).

Hasta ese momento la hornada de Voikov sólo se había visto limitada por las proporciones del SLON — Campo de Destino Especial de Soloviets —. Pero el Archipiélago Gulag tenía desde su aparición naturaleza maligna, y pronto la metástasis habría de extenderse por todo el cuerpo del país.

Quien prueba repite. Hacía ya tiempo que convenía acabar con la intelectualidad técnica, que se consideraba — exageradamente — insustituible y no había querido acostumbrarse a captar las órdenes al vuelo.

En nuestro país nunca hemos confiado en los ingenieros, desde los primeros años de la revolución ejercitamos una sana desconfianza obrera y un control sobre esos lacayos marcados por el servicio a antiguos amos capitalistas. No obstante, en el periodo de la reconstrucción les permitimos, pese a todo, que trabajaran en nuestra industria, y desviamos toda nuestra fuerza de clase contra el resto de la intelectualidad. Pero cuanto más maduraba nuestra dirección económica, el Consejo Superior de Economía Nrind y el Comité de Planificación Estatal, y aumentaba el número de planes, y a medida que estos planes chocaban entre sí y se desplazaban unos a otros, más se ponía de manifiesto la esencia empecedora de los antiguos ingenieros, su falsedad, astucia y venalidad. El Centinela de la Revolución aguzó la vigilancia y ahí donde ponía el ojo descubría al instante un nido de empecimiento.

Esta labor de saneamiento siguió a plena marcha a partir de 1927, y enseguida reveló nítidamente al proletariado la causa de todos nuestros fracasos y reveses económicos. En el Comisariado del Pueblo para los Transportes (en los ferrocarriles) había empecimiento (de ahí que fuera difícil coger un tren, de ahí los altibajos en el abastecimiento de mercancías). En la Red de Centrales Eléctricas de Moscú había empecimiento (interrupciones en el suministro eléctrico). En la industria del petróleo había empecimiento (no hay quien encuentre queroseno en las tiendas). En el sector textil había empecimiento (el obrero no tiene con qué vestirse). En la industria hullera el empecimiento es colosal (¡por eso pasamos frío!). ¡En las industrias metalúrgica, militar, de maquinaria, naval, química, minera, del oro y del platino, en los regadíos, en todas partes dábamos con purulentos abscesos de empecimiento! ¡Por todas partes había enemigos, provistos de reglas de cálculo! La GPU está ya sin aliento de tanto agarrar y arrastrar empecedores. En las capitales y provincias se organizan comisiones de la OGPU y tribunales proletarios para acabar con esta viscosa carroña, y cada mañana los trabajadores se enteraban con asombro (o a veces ni se enteraban), a través de los periódicos, de nuevas acciones abyectas. Oían hablar de Palchinski, de Von Meck, de Velichko, (**16**) pero ¡de cuántos no ha quedado ni el nombre! Cada rama de la industria, cada fabrica, cada cooperativa artesanal debía buscar el empecimiento en su seno, y apenas empezar lo encontraban (con la ayuda de la GPU). Si un ingeniero de una promoción anterior a la revolución no había sido aún desenmascarado como traidor, con toda seguridad se podía sospechar que lo era.

¡Y que hábil maldad la de esos antiguos ingenieros, de qué diversas y satánicas formas sabían empecer! En el Comisariado del Pueblo para los Transportes, Nikolái Kárlovich von Meck fingía una gran fidelidad a la construcción de la nueva economía, podía hablar animadamente largo rato de los problemas económicos relativos a la construcción del socialismo, y le gustaba dar consejos. Uno de sus más perniciosos consejos fue el de formar trenes de mercancías más largos porque el peso no era peligroso. Por medio de la GPU Von Meck fue desenmascarado (y fusilado): ¡quería conseguir el desgaste de las vías, de los vagones y de las

locomotoras, y dejar a la república sin ferrocarriles en caso de una intervención extranjera! Cuando, poco tiempo después, el nuevo Comisario de Transportes, el camarada Kaganóvick, ordenó precisamente la circulación de convoyes incluso dos y tres veces más pesados (por este descubrimiento, a él y otros dirigentes se les concedió la Orden de Lenin), entonces estos malvados ingenieros fueron denunciados como *partidarios de la restricción:* clamaban que era demasiado, que aquello desgastaba de forma perjudicial el material rodante, y fueron justamente fusilados por no creer en las posibilidades del transporte socialista.

Hubo que luchar durante varios años contra estos partidarios de la restricción. En todas las ramas de la industria esgrimían sus cálculos y fórmulas, obcecados en no comprender que los puentes y las máquinas salen ganando mucho con el entusiasmo del personal. (Fueron años de cambio radical de toda la psicología popular: se ridiculizaba la sabia previsión del pueblo, de que las cosas hechas de prisa nunca salen bien, y sacarse de encima el viejo dicho: «vísteme despacio...».) Lo único que retrasaba a veces el arresto de los viejos ingenieros era que su relevo aún no estaba suficientemente preparado. Nikolái Ivánovich Ladyzhenski, ingeniero jefe de las fábricas de material de guerra de Izhevsk, fue arrestado primero por «sus teorías restrictivas» y «su fe ciega en los márgenes de seguridad», según los cuales consideraba insuficientes los fondos asignados por Ordzhonikidze para ampliar las fábricas. (Cuentan que Ordzhonikidze nunca hablaba con los viejos ingenieros sin antes poner sobre el escritorio una pistola a la derecha y otra a la izquierda.) Pero luego lo pasaron a arresto domiciliario y lo mandaron a trabajar en su puesto anterior (sin él la empresa se venía abajo). Y aunque logró enderezar la situación, los fondos seguían tan insuficientes como antes, por lo que fue a parar de nuevo a la cárcel, esta vez por «empleo indebido del dinero»: ¡Si faltaba dinero, era porque el ingeniero jefe lo administraba mal! Al cabo de un año, Ladyzhenski moría en la tala forestal.

Así, en el curso de varios años desnucaron a la antigua promoción de ingenieros rusos que constituían la gloria de nuestro país, los personajes predilectos de Garin-Mijáilovski y de Zamiatin.

Por descontado, esta riada, como cualquier otra, arrastraba también a las personas próximas o relacionadas con los condenados, por ejemplo — no quisiera empañar la brillante y broncínea faz del Centinela, (**T16**) pero no hay más remedio — a quienes se negaron a convertirse en confidentes. Y aquí quisiéramos pedir al lector que tenga siempre en la memoria esta riada totalmente secreta, nunca desvelada al público, que en especial se produjo durante la primera década después de la revolución, cuando la gente aún tenía orgullo y muchos aún no comprendían que la moral es un concepto relativo, que tiene un sentido estrictamente clasista, de modo que se atrevían a rechazar el servicio que le proponían y era castigada sin piedad. A la jovencita Magdalina Edzhúbova le pidieron que vigilara precisamente a un círculo de ingenieros, y ella no sólo se negó, sino que se lo contó después a su tutor (a éste era al que debía espiar). No obstante, el tutor, de todos modos, no tardó en ser arrestado, y durante la instrucción lo confesó todo. Edzhúbova, que estaba encinta, fue arrestada y condenada a muerte por «divulgar un secreto operativo». (No obstante, se libró a cambio de una serie de condenas que duró veinticinco años.) Por aquella misma época (1927), aunque en un ambiente diferente del todo — entre los comunistas destacados de Jarkov —, Nadezhda Vitálievna Súrovtseva se negó igualmente a espiar y denunciar a los miembros del gobierno ucraniano. Por ello fue arrestada por la GPU y sólo un cuarto de siglo después logró salir a flote medio muerta en Kolymá. Pero no sabemos nada de los que desaparecieron.

(En los años treinta, esta riada de insumisos se redujo a cero: si exigían espiar sería porque era necesario, ¿qué remedio te queda? «A la fuerza ahorcan», «si no soy yo, será otro», «más vale que sea confidente yo, que soy bueno, que alguien peor». Por lo demás, había tantos voluntarios, que no podían sacárselos de encima: era un trabajo provechoso y bien visto.)

En 1928 tuvo lugar en Moscú el sonoro proceso Shajtí, sonoro por la publicidad que se le dio, por las anonadadoras confesiones y por la autoflagelación de los acusados (aunque todavía no todos). Dos años más tarde, en septiembre de 1930, hubo el estrepitoso juicio de los *organizadores del hambre* (¡Ellos! ¡Son ellos! ¡Ahí están!): 48 empecedores de la industria alimentaria. A finales de 1930 el proceso contra el Partido Industrial, más ruidoso aún y ya irreprochablemente orquestado: los acusados, del primero al último, cargan con cualquier infamia, por absurda que sea y ante los ojos de los trabajadores, como un monumento al que descorren el velo, aparece una gigantesca y astuta maraña de todos los empecedores desenmascarados uno a

uno hasta el presente, formando ahora un único y diabólico nudo con Miliúkov, Riabushinski, Deterding y Poincaré.

Ahora que empezamos a entender nuestra práctica jurídica, comprendemos que los procesos judiciales a la vista de todo el mundo sólo eran los montoncitos de tierra que sacan los topos al exterior y que el trabajo principal se llevaba a cabo bajo la superficie. En estos procesos se presentaba únicamente a una pequeña parte de los detenidos, sólo a los que aceptaban, de modo antinatural, calumniarse a sí mismos y a los demás, esperando indulgencia. La mayoría de los ingenieros que tuvieron el valor y la sensatez de rechazar los desatinos de los jueces de instrucción fueron juzgados a puerta cerrada, pero también a ellos — a los que no se declararon culpables — las comisiones de la GPU les cargaron los mismos *diez años* que a los otros.

Las riadas fluyen bajo tierra, por el alcantarillado, canalizando la floreciente vida de la superficie.

Y precisamente en este momento se emprendió un importante paso para hacer participar a todo el pueblo en la canalización, para repartir la responsabilidad de nuestro alcantarillado entre todos: los que no habían dado aún con sus cuerpos en las rejillas de desagüe, los que no habían sido arrastrados aún al Archipiélago por las cañerías debían desfilar por la superficie con banderas, ensalzar a los tribunales y alegrarse de la represión judicial. (¡Eso es ser previsor! (**T17**) Pasarían las décadas, despertaría la Historia, pero los jueces, los instructores y los fiscales no serían más culpables que usted o que yo, queridos conciudadanos. Pues nosotros, que ahora peinamos honrosas canas, en su momento dimos nuestro *sí* sin perder la compostura.)

Si exceptuamos el experimento Lenin-Trotski del año 1922 en el proceso contra los eseristas, podemos decir que fue Stalin quien hizo la primera prueba con los *organizadores del hambre;* y esta prueba no podía ser sino un éxito, cuando todo el mundo pasaba hambre en la ubérrima Rusia, cuando todos no hacían más que mirar a su alrededor preguntándose: ¿Adonde ha ido a parar nuestro pan? Y por fábricas y organismos, adelantándose a la sentencia del tribunal, los obreros y funcionarios votaban furiosos por el fusilamiento de los infames acusados. Y para cuando llegó el proceso contra el Partido Industrial ya fueron mítines generales y manifestaciones (a las que llevaban a los colegiales), millones de personas marcando el paso y el rugido tras los cristales del edificio del tribunal: «¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!».

En este meandro de nuestra historia se oyeron voces aisladas de protesta o de abstención. Se necesitaba mucho valor, muchísimo, para decir «¡no!» en medio de ese coro y de esos rugidos. ¡Un valor que no tiene comparación con lo fácil que es hoy día! (Aunque hoy día tampoco se protesta mucho.) En una asamblea del Instituto Politécnico de Leningrado, el profesor Dmitri Apollinárievich Rozhanski se *abstuvo* (él, miren por dónde, era contrario por principio a la pena de muerte porque, ¿comprenden?, se trata de lo que el lenguaje científico denominaría un proceso irreversible), ¡y lo encarcelaron al instante! ¡El estudiante Dima Olitski se abstuvo, y lo encarcelaron acto seguido! Ahogaron todas estas protestas desde su inicio mismo.

Por lo que sabemos, la clase obrera de bigote blanco aprobaba las ejecuciones. Por lo que sabemos, desde los entusiastas komsomoles hasta los líderes del partido y los legendarios jefes militares, toda la vanguardia aprobaba unánimemente dichas ejecuciones. Los revolucionarios célebres, los teóricos y los profetas, a siete años de su poco gloriosa caída, aplaudían este rugido de la multitud sin sospechar que su día estaba al llegar, que faltaba poco para que sus nombres fueran absorbidos al grito de «hez» y de «basura».

En cambio, la persecución de los ingenieros tocaba a su fin. En verano de 1931, Iosif Vissariónovich" enunció las «Seis condiciones» de la construcción socialista, y Su Egocracia tuvo a bien indicar como quinta condición que de la política de persecución de la antigua intelectualidad técnica se pasaba a la política de atracción y de solicitud hacia dicha intelectualidad.

¡Ser solícitos con la intelectualidad! ¿Y cómo se había evaporado nuestra justa ira? ¿Qué había sido de nuestras amenazadoras acusaciones? Precisamente en esos momentos estaba desarrollándose el proceso contra los empecedores de la industria de la porcelana (¡también allí habían hecho de las suyas!), y también los acusados se habían denunciado de forma unánime a sí mismos hasta confesarlo todo, cuando de repente oyeron al tribunal, también unánime: ¡Inocentes! ¡Y los pusieron en libertad!

(En este año se advirtió incluso una pequeña contrarriada: los ingenieros condenados o todavía objeto de investigación volvieron a la vida. De este modo volvió D.A. Rozhanski. ¿No se podría decir que le ganó el pulso a Stalin? ¿Que de haber tenido una valerosa sociedad civil no hubiera habido motivo para escribir este capítulo ni todo este libro?)

Ante una asamblea de funcionarios de la Administración el 23 de junio de 1931, Stalin insiste en la necesidad de que la clase obrera tenga una intelectualidad propia y plantea un cambio de actitud hacia los ingenieros y técnicos de la vieja escuela. Ello supone un respiro tanto para los antiguos ingenieros — siempre sospechosos de empecimiento — como para los nuevos talentos, que se estaban decidiendo por otras profesiones más seguras. Los «empecedores» vuelven a las fabricas. Años más tarde, entre los encausados de 1930 habrá diez laureados con el Premio Stalin.

En marzo de 1931 Stalin soltó todavía algunas coces contra los mencheviques — derribados tiempo atrás — en el proceso público del «Buró Unificado Menchevique» contra Groman-Sujánov-Yakubóvich (Groman era más bien un kadeté, Yakubóvich era casi un bolchevique, y Himmer-Sujánov era el teórico de la Revolución de Febrero en cuya vivienda de Petrogrado, a orillas del Karpovka, se reunió el 10 de octubre de 1917 el Comité Central bolchevique para adoptar la resolución del levantamiento armado). Y de pronto se mostró indeciso.

En el litoral del Mar Blanco, antes del reflujo, suelen decir de la marea: el agua *se muestra indecisa.* Bueno, no es que podamos comparar el alma turbia de Stalin con el agua del mar Blanco.

Además, puede que no se tratara, ni mucho menos, de indecisión. Y, por otra parte, tampoco hubo ninguna resaca. Pero ese año sucedió otro milagro. Tras el proceso contra el Partido Industrial se preparaba, en 1931, el apoteósico proceso contra el Partido Campesino del Trabajo. Supuestamente, este partido era (¡nunca lo fue!) una enorme fuerza clandestina organizada entre la intelectualidad rural, los activistas de las cooperativas de consumo y agrícolas y los círculos dirigentes del campesinado más formal, que pretendían acabar con la dictadura del proletariado. En el proceso del Partido Industrial ya se mencionaba a este PCT como organización descubierta y muy bien conocida. El aparato investigador de la GPU funcionaba de forma implacable: miles de acusados habían *confesado* ya plenamente su pertenencia al PCT y sus actividades delictivas. El total prometía llegar a doscientos mil «militantes». «Al frente» del partido figuraban el economista agrario Alexandr Vasílievich Chayánov; el «futuro primer ministro» N.D. Kondrátiev; L.N. Yurovski Makárov; Alexéi Doyarenko, profesor del Instituto Timiriázev y futuro «ministro de Agricultura».

Y quizá lo hubiera hecho mejor que los que ocuparon este cargo en los cuarenta años siguientes. ¡Lo que es el destino! ¡Doyarenko se mantenía por principio al margen de la política! En una ocasión en que su hija trajo a casa a unos estudiantes que manifestaron unas opiniones en cierto modo propias de los eseristas, él los echó de casa.

Y de pronto, una buena noche, Stalin cambió de parecer. (**T18**) Seguramente nunca sabremos por qué.

¿Quiso limpiar su alma? Para eso todavía era pronto. ¿Sería que se había despertado en él el sentido del humor, que estaba harto de tanta monotonía? Nadie se hubiera atrevido a reprocharle a Stalin que tuviera sentido del humor, pero lo más seguro es que echara cuentas y viera que pronto el campo iba a morirse de hambre de todos modos, qué no iban a ser sólo doscientas mil personas, y que por lo tanto no valía la pena esforzarse. Así pues, el PCT fue disuelto y se propuso a todos los que habían «confesado» que se desdijeran de sus declaraciones (¡imagínense su alegría!), y en su lugar se procesaron extrajudicialmente, a través de una comisión de la OGPU, al pequeño grupo de Kondrátiev-Chayánov. (**17**) (Y en 1941, cuando acusaron al martirizado Vavílov, afirmaron que el PCT había existido y que él, Vavílov, había sido su jefe en secreto.)

Van amontonándose los párrafos y van amontonándose los años, y de ningún modo conseguimos exponer de forma ordenada todo lo que pasó. (¡En cambio, la GPU sí estaba perfectamente a la altura de las circunstancias! ¡La GPU no pasaba nada por alto!) No obstante, tengamos siempre presente:

—que las detenciones de creyentes nunca cesaron, ni que decir tiene. (Emergen ahí algunas fechas y puntos álgidos. Ora la «noche de la lucha contra la religión» en la Nochebuena de 1929, en Leningrado, cuando encarcelaron a gran número de intelectuales cristianos y no para soltarlos a la mañana siguiente como si se tratara de un cuento de Navidad. Ora febrero de 1932, también en Leningrado, cuando fueron clausuradas simultáneamente muchas iglesias a la vez que se arrestaba en masa al clero. Hay más fechas y lugares pero nadie nos ha dado razón de ellos.)

— que tampoco dejaron nunca de perseguir a las sectas, incluso a las que simpatizaban con el comunismo. Así, en 1929, encerraron absolutamente a todos los miembros de una *comuna* situada entre Sochi y Josta. Todas sus prácticas eran al estilo comunista, tanto la producción como la distribución, y con una honradez que el país no podría haber conocido en cien años, pero por desgracia eran demasiado ilustrados, demasiado versados en literatura religiosa, y su filosofía no era el ateísmo sino una mezcla de baptismo, tolstoísmo y yoga. Una comuna así a la fuerza había de ser delictiva y no podía hacer feliz al pueblo. En los años veinte, un nutrido grupo de tolstoístas fue desterrado a las estribaciones del Altai, donde crearon unos pueblos-comunas conjuntamente con los baptistas. Cuando empezó la construcción de la siderúrgica de Kuznets, ellos eran quienes les suministraban los víveres. Más tarde empezaron a arrestarlos, primero a los maestros, pues no enseñaban siguiendo el programa estatal (los niños corrían gritando tras los automóviles que se los llevaban), y luego a los jefes de la comunidad;

—que de alguna manera limpiaron (y no siempre a base de medidas educativas sino a veces también con plomo) las bandadas de jóvenes sin hogar que en los años veinte se apiñaban alrededor de las calderas de asfalto de las ciudades y que en 1930 desaparecieron como por ensalmo;

— que no pasaban por alto los casos de caridad no permitida (en el taller se arrestaba por recolectar dinero para la esposa de un obrero encarcelado);

— que el Gran Solitario de Naipes de los socialistas iba barajando ininterrumpidamente las cartas, eso desde luego;

— que en 1929 encarcelaron a los historiadores que no habían expulsado oportunamente al extranjero (Platónov, Tarle, Luitovski, Gautier, Izmáilov), al destacado crítico literario M.M. Bajtín y al entonces joven Lijachov;

— que las nacionalidades fluían desde todos los confines. Encarcelaron a los yakutos después de la insurrección de 1928. Encarcelaron a los buriato-mongoles después de la insurrección de 1929. (Se dice que fusilaron a unos treinta y cinco mil, aunque no tenemos forma de comprobarlo.) Encarcelaron a los kapajos después de que la caballería de Budionni los aplastara heroicamente en 1930-1931. A comienzos de 1930 juzgaron a la Unión para la Liberación de Ucrania (profesor Yefrémov, Chejosvki, Nikovski y otros).

Conociendo la proporción habitual entre lo que se hace público y lo que se oculta, ¿cuántos más habría detrás de ellos? ¿Cuántos arrestos secretos?

Y aunque lentamente, también les llegó el turno a los miembros del partido gobernante. De momento (1927-1929) se trataba de la facción «oposición obrera» o de trotskistas cuyo pecado fue la elección de un líder caído en desgracia. De momento eran centenares, mas pronto serían miles. Todo es cosa de ponerse en ello. Del mismo modo que los trotskistas asistieron impasibles al encarcelamiento de miembros de otros partidos, ahora el resto del partido veía con buenos ojos el encarcelamiento de los trotskistas. A todos llegaba su turno. Más tarde le tocaría a la inexistente oposición «de derechas». Los jueces devoraban miembro a miembro, empezando por la cola, hasta llegar a la propia cabeza.

A partir de 1928 llega el momento de ajustar cuentas con los epígonos de la burguesía: los *nepman.* Lo más habitual era imponerles impuestos cada vez más onerosos e inasequibles hasta que se negaban a pagar, momento en que eran inmediatamente encarcelados por insolvencia y se confiscaban sus bienes. (A los pequeños artesanos — barberos, sastres y lampistas que reparaban hornillos de petróleo — se limitaban a retirarles la licencia.)

El desarrollo de la riada *nepman* tiene una causa económica. El Estado necesita bienes, necesita oro, y no dispone aún de ninguna Kolymá. A finales de 1929 empieza la célebre fiebre del oro, pero esta fiebre no la padecen buscadores de oro, sino aquellos a quienes privan de él. La peculiaridad de esta nueva riada «del oro» estriba en que la GPU, de hecho, no acusa de nada a sus borreguitos y está dispuesta a no enviarlos al país del Gulag, siempre que pueda arrebatarles su oro aplicándoles la ley del más fuerte. Por eso, las cárceles están abarrotadas, los jueces de instrucción extenuados, mientras que los transportes de detenidos, las prisiones de tránsito y los campos penitenciarios reciben un contingente proporcionalmente menor.

¿A quién se encarcela durante la riada «del oro»? A todo el que quince años atrás tenía una «empresa», comerciaba o ejercía un oficio, y a juicio de la GPU pudo haber conservado oro. Pero precisamente, muy a menudo no disponían de oro, pues habían tenido bienes muebles e inmuebles, si bien todo se había esfumado — confiscado durante la revolución — y no les quedaba nada. Se encarcelaba con grandes esperanzas, como es natural, a dentistas, joyeros y relojeros. Las denuncias ofrecían pistas para encontrar oro en las manos más inesperadas: un obrero «tornero por los cuatro costados» había conservado sesenta monedas de oro, de cuando «Nicolás II», de a cinco rublos, encontradas no se sabe dónde; Muraviov, conocido guerrillero siberiano, se presentó en Odessa con un saquito de oro (lo había robado durante la guerra civil); todos los carreteros tártaros de San Petersburgo tenían oro escondido. Y si eso era verdad o no, sólo podía aclararse pasando por la celda de castigo. Nada podía salvar a aquel sobre el que caía una denuncia «por oro»: ni su procedencia proletaria ni sus méritos durante la revolución. Todos eran arrestados, todos eran embutidos en las celdas de la GPU en unas cantidades que hasta entonces se consideraban imposibles. ¡Pero así tenía que ser para que lo *devolvieran* cuanto antes! Se llegaba a situaciones embarazosas, en que hombres y mujeres permanecían encerrados en una misma celda y debían hacer sus necesidades en una cubeta unos frente a otros. ¡Quién iba a preocuparse por estas minucias! ¡Venga el oro, canallas! Los jueces de instrucción no levantaban actas porque eran papeluchos que no le hacían falta a nadie, porque que se impusiera después una condena o no a pocos interesaba. Sólo una cosa era importante: ¡Venga el oro, canallas! El Estado necesita oro, ¿y tú para qué lo quieres? A los jueces de instrucción ya no les quedaba voz ni fuerzas para amenazar y torturar, por ello recurrían a un método general: dar a los arrestados únicamente comida salada y ni una gota de agua. ¡Quien entregue el oro beberá agua! ¡Un *chervónets* por una jarra de agua pura!

El hombre muere por el metal... (**19**)

Esta riada se distinguía de las anteriores, y de las posteriores, en que el destino, si no de la mitad, al menos de una buena parte de los arrestados, se agitaba en sus propias manos. Si uno realmente no poseía oro estaba en una situación sin salida, y tendría que aguantar palizas, quemaduras, torturas y otra vez zurras hasta morir o hasta que, en efecto, le creyeran. Pero el que sí tenía oro estaba en situación de determinar la medida del suplicio, hasta dónde llegaba su aguante y cual sería su futuro destino. Por lo demás, se trata de algo psicológicamente complicado y resulta más duro, pues si uno se equivoca siempre se sentirá culpable ante sí mismo.

Naturalmente, el que había asimilado los usos y costumbres de la casa cedía, entregaba el oro, y santas pascuas. Pero tampoco era cuestión de entregarlo demasiado deprisa, pues podrían haber sospechado que aún quedaba más y te habrían retenido en prisión. Al mismo tiempo, tampoco convenía demorarse demasiado en soltarlo: podrías entregar el alma o conseguir que, por rabia, te impusieran una condena. Uno de esos carreteros tártaros soportó todos los suplicios: ¡No tengo oro! Entonces encarcelaron a su esposa y la torturaron, pero el tártaro se mantuvo en sus trece: ¡Que no tengo oro! Encerraron también a su hija, y esta vez el tártaro ya no pudo resistir, entregó cien mil rublos. Entonces soltaron a la familia, pero a él le impusieron una condena. Estaban llevando a la vida real las más zafias novelas policiacas y óperas de forajidos, con un gigantesco país como escenario.

En los umbrales de los años treinta, la implantación de un sistema de pasaportes también contribuyó a llenar los campos penitenciarios. Del mismo modo que Pedro I había simplificado la estructura del pueblo borrando toda grieta o fisura entre estamentos sociales, (**T20**) nuestro sistema socialista de pasaportes simplemente eliminó a los insectos intermedios, (**T21**) afectó a esa parte de la población avezada en la picaresca indomiciliada y sin vida fija. Además, al principio la gente andaba muy confusa con los dichosos

pasaportes, y a los que no llevaban al día las altas y bajas de empadronamiento se les arrestaba y enviaba al Archipiélago aunque sólo fuera por un año.

Así iban barboteando impetuosas las riadas hasta que se vieron desbordadas en los años 1929 y 1930 por el caudaloso torrente — se contó por millones — de los kulaks expropiados.

Fue inconmensurablemente grande, y no podía encauzarse ni siquiera con la extensa red de prisiones preventivas (por lo demás, atestadas ya por la riada «del oro»), por lo que dicha riada pasó de largo para ir derecha al destierro, al traslado, al país del Gulag. Con su simultánea crecida, este torrente (¡este océano!) desbordó los límites que puede contener un sistema judicial-penitenciario incluso en un Estado enorme. En toda la historia de Rusia no había habido nada comparable. Era una transmigración de pueblos, una catástrofe étnica. Pero los canales de la GPU-GULAG habían sido construidos de forma tan ingeniosa que las ciudades no habrían advertido nada de no haber sentido la sacudida durante tres años de un hambre extraña, un hambre sin sequía ni guerra.

Esta riada se distinguía de todas las precedentes, también porque ahora no andaban con eso de arrestar primero al padre y ponerse después a pensar qué hacer con el resto de la familia. Ahora quemaban inmediatamente los nidos, sólo arrestaban familias enteras, e incluso vigilaban con celo que ninguno de los hijos de catorce, diez o seis años quedara al margen: todos debían ser barridos y llevados a un mismo lugar, a un mismo exterminio común. (Esta experiencia fue la primera, por lo menos en la historia contemporánea. Luego la repetiría Hitler con los judíos, y de nuevo Stalin con las naciones infieles o sospechosas.)

Esta riada contenía una cantidad insignificante de «kulaks», a pesar de lo cual empleó su nombre para apartar las miradas. En ruso se había llamado «kulak» al revendedor rural deshonesto y avaro que no vive de su trabajo sino del ajeno, mediante la usura y el comercio como intermediario. Si antes de la revolución ya se contaban con los dedos de las manos en cada lugar, ahora la revolución les había dejado del todo sin campo de acción. Más tarde, después de 1917, por extensión, se empezó a denominar «kulak» (en la literatura oficial y propagandística, de donde pasaría al uso oral) a todo el que empleara el trabajo de peones contratados, aunque fuera por una falta temporal de manos en su familia. Pero no hay que olvidar que después de la revolución era imposible pagar mal este trabajo: en defensa de los braceros estaban el Comité de Campesinos Pobres y el Soviet Rural, ¡ay de quien intentara tomarle el pelo a un bracero! Por otra parte, en nuestro país sigue estando permitido hasta hoy día el trabajo asalariado en condiciones justas.

Pero el fustigante término «kulak» iba extendiéndose de una manera imparable, y en 1930 ya se llamaba así a todos los campesinos fuertes: fuertes en la economía, fuertes en el trabajo, o incluso simplemente fuertes en sus convicciones. Se estaba utilizando el mote de «kulak» para destruir la *fuerza* del campesinado. Recordémoslo y abramos los ojos: habían transcurrido tan sólo doce años desde el gran Decreto sobre la Tierra, sin el que el campesinado no se hubiera puesto de parte de los bolcheviques, y la Revolución de Octubre no habría triunfado. La tierra había sido distribuida según el número de bocas en cada familia igualitariamente. Hacía tan sólo nueve años que los campesinos habían vuelto del Ejército Rojo para volcarse sobre la tierra que habían conquistado. Y de pronto aparecen kulaks y pobres. ¿Por qué razón? Es cierto que a veces podía deberse a una distribución irregular del material agrícola, o a una favorable o desfavorable composición familiar. ¿Pero acaso no se debía esta diferencia, la mayoría de las veces, al tesón y al amor al trabajo? Y he aquí que ahora los fracasados de cada pueblo, junto con gentes venidas de la ciudad, se lanzan a erradicar a estos campesinos cuyo pan comía Rusia en 1928. Y como fieras, perdida toda idea de «humanidad», perdidos los valores humanos acumulados durante milenios, empiezan a coger a los mejores labradores y a sus familias, y sin bienes de ninguna clase, desnudos, los arrojan al desértico Norte, a la tundra y a la taiga.

Un movimiento de tales proporciones a la fuerza tenía que complicarse. Era preciso limpiar también la aldea de los campesinos que simplemente eran reacios a entrar en el koljós, los que no mostraban predisposición hacia una vida colectiva, que nunca nadie había visto con sus propios ojos y de la que recelaban (ahora sabemos con cuánto fundamento) como administración de vagos, imposición del trabajo y hambre para todos. Era preciso erradicar también a los campesinos (algunos, de ricos no tenían nada) que por su coraje, su fuerza física, su decisión, su franqueza en las asambleas y su amor a la justicia, fueran queridos por sus

paisanos, y, por su carácter independiente, fueran peligrosos para los directores del koljós. (Este tipo de campesino y la suerte que corrieron fueron inmortalizados en el personaje de Stepan Chausov, de la novela de S. Zalyguin.) Había además en cada pueblo los que *personalmente* se habían cruzado en el camino de los *activistas* locales. Ahora se presentaba una ocasión inmejorable para saldar con ellos sus celos, sus envidias y sus agravios. Todas estas víctimas requerían un nombre, y se lo pusieron. Ya no tenía ninguna connotación «social» ni económica, y además sonaba fenomenal: *podkuláchnik.* Es decir, te consideramos secuaz del enemigo. ¡Y con esto basta! ¡Al más harapiento bracero se le podía incluir perfectamente entre los *podkuláchniks!* (Recuerdo muy bien que de jóvenes esta palabra nos parecía completamente lógica, nada vaga.)

De este modo, con un par de palabras abarcaron a todos los que constituían la esencia de la aldea, su energía, su ingenio, su laboriosidad, su resistencia y su conciencia. Los quitaron de en medio y emprendieron la colectivización.

Pero también de la aldea colectivizada habían de manar nuevas riadas:

—la riada de los *empecedores* de la agricultura. Por todas partes aparecían agrónomos empecedores que, hasta aquel año, toda su vida habían trabajado con honradez pero que ahora contaminaban intencionadamente el campo ruso de malas hierbas (por supuesto, siguiendo las instrucciones del Instituto de Moscú, desenmascarado en ese momento por completo. Se trataba de aquellos mismos doscientos mil miembros no encarcelados del Partido Campesino del Trabajo). Algunos agrónomos no ejecutaban las inspiradísimas directivas de Lysenko (en esa riada, en 1931, Lorj, el «rey» de la patata, fue enviado al Kazajstán). Otros en cambio las ejecutaban con excesiva precisión, y ello ponía de manifiesto que eran un disparate. (En 1934 los agrónomos de Pskov sembraron lino en la nieve, precisamente como había dispuesto Lysenko. Las semillas se hincharon, enmohecieron y se echaron a perder. Enormes extensiones permanecieron baldías durante todo un año. Lysenko no podía decir que la nieve fuera un kulak o él mismo un imbécil. Acusó a los agrónomos de kulaks y de haber tergiversado su tecnología. Y los agrónomos emprendieron el camino a Siberia.) Además, en casi todos los talleres de máquinas y tractores se descubrieron sabotajes en la reparación de tractores. (¡Así se explicaban los fracasos de los primeros años de existencia de los koljoses!);

— el torrente por «pérdidas en las cosechas» («pérdidas» valoradas a partir de la cifra arbitraria establecida en primavera por la «comisión de tasación de la cosecha»);

— «por no entregar al Estado la cantidad de trigo estipulada» (el Comité de Distrito del partido prometía una cantidad, y si el koljós no la cumplía, ¡a la cárcel!); (**T22**)

— la riada de los *esquiladores de espigas.* ¡La esquila manual de espigas durante la noche era una ocupación completamente nueva en el campo y una nueva forma de recoger la cosecha! Dio origen a una riada nada despreciable, de muchas decenas de miles de campesinos, a menudo ni siquiera hombres y mujeres adultos, sino mozos y muchachas, niños y niñas, a los que los mayores enviaban de noche a esquilar, porque no esperaban cobrar del koljós el trabajo realizado de día. Esta ocupación agotadora y poco rentable (¡ni en la época del régimen de servidumbre habían llegado los campesinos-siervos a tal grado de penuria!) era castigada en los tribunales con la máxima pena: diez años — como si se tratara del más peligroso hurto de bienes estatales — de acuerdo con la célebre Ley de 7 de agosto de 1932 (conocida en la jerga de los presos como *Ley del siete del ocho).*

Esta ley «siete del ocho» produjo además una gran riada a partir de las construcciones del primer y segundo plan quinquenal, del transporte, del comercio y de las fabricas. El NKVD fue encargado de perseguir las grandes apropiaciones fraudulentas. En adelante no podremos perder de vista esta riada, pues fluyó sin cesar y habría de ser especialmente abundante en los años de guerra, durante quince años (hasta 1947, cuando la ley se amplió y se hizo más rigurosa).

¡Pero al fin podemos tomarnos un respiro! ¡Por fin van a cesar todas las riadas gigantescas! El 17 de mayo de 1933 el camarada Molotov anuncia «nuestra misión no son las represiones masivas». Vayavaya, ya era hora. ¡Se acabó el terror nocturno! ¿Pero qué son esos ladridos? ¡Sus! ¡Sus!

¡Ah, vaya! Es que ha empezado la riada *Kírov* de Leningrado, dónde la tensión se considera tan grave, que se han creado estados mayores del NKVD en los comités ejecutivos de cada distrito de la ciudad y se aplica un procedimiento judicial «acelerado» (aunque antes tampoco destacaba por su lentitud) y sin derecho a apelación (tampoco es que antes se presentaran apelaciones). Se considera que una cuarta parte de la población de Leningrado fue *depurada* entre 1934 y 1935. Que refute esta estimación quien conozca la cifra exacta y se atreva a darla. (Por lo demás, esta riada no se cebó únicamente de Leningrado, sino que, de la forma habitual aunque más incoherente, tuvo importantes repercusiones en todo el país: despidieron del aparato del Estado a elementos que se habían enquistado en alguna parte del mismo: hijos de sacerdotes, antiguas damas nobles y personas con parientes en el extranjero.) A estos tumultuosos torrentes siempre iban a parar, modestos pero constantes, arroyos menores que, sin estrépito, fluían sin cesar:

— los de la Schutzbund, que derrotados en la lucha de clases en Viena habían buscado la salvación en la patria del proletariado mundial;

— los esperantistas (a esta caterva perniciosa la abrasó Stalin por los mismos años en que lo hizo Hitler);

— los restos no aplastados aún de la Sociedad Libre de Filosofía, y los círculos filosóficos clandestinos;

— los maestros disconformes con el innovador método de enseñanza a base de brigadas-laboratorio (en 1933 Natalia Ivánovna Bugayenko fue encarcelada por la GPU de Rostov, pero al tercer mes del sumario se supo por un decreto del gobierno que el método presentaba errores. Y la pusieron en libertad);

— los miembros de la Cruz Roja Política, que gracias a los esfuerzos de Ekaterina Péshkova continuaba defendiendo su existencia;

— los montañeses del Cáucaso Norte por su insurrección (1935); las nacionalidades no cesaban de fluir. (En el Canal del Volga salían periódicos en cuatro idiomas: tártaro, turco, uzbeko y kazajo. ¡Había quien podía leerlos!);

— y de nuevo los creyentes, ahora los que se niegan a ir al trabajo los domingos (habían implantado la semana de cinco días y luego volvieron a la de seis días); los koljosianos que saboteaban la jornada laboral cuando coincidía con las fiestas religiosas, como ya hacían en la era del trabajo individual;

— y cómo no, los que se negaban a ser confidentes del NKVD (incluidos los sacerdotes que se negaban a desvelar el secreto de confesión. Los órganos comprendieron enseguida lo útil que podía serles conocer el contenido de las confesiones, lo único para lo que podía aprovecharse la religión);

— y los miembros de las sectas detenidos cada vez en mayor número;

— y el gran Solitario de Naipes de los socialistas, que iba redistribuyendo continuamente las cartas.

Y, finalmente, una riada que aún no hemos mencionado una sola vez pero que fluyó también sin cesar: la riada del *Punto Diez,* llamada también KRA (Agitación Contrarrevolucionaria) o bien ASA (Agitación Antisoviética). La riada del Punto Diez quizá sea la más constante de todas, jamás se cortó y en las épocas de las grandes riadas — 1937, 1945 y 1949 — sus aguas tuvieron una crecida espectacular.

Esta incesante riada podía arrastrar a quien fuera, en el mismo instante en que fuera preciso. Pero, en 1930, a veces consideraban más refinado colgar a los intelectuales destacados algún artículo penal denigrante (como la sodomía, o como el caso del doctor Pletniov, al que acusaron de haber mordido el pecho de una paciente al quedarse a solas con ella. Lo publicó un periódico de difusión nacional, ¡quién iba a poder refutarlo!).

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Cosa paradójica: tantos años de actividad de unos Órganos omnipresentes y perpetuamente vigilantes se apoyaban en tan sólo uno de los ciento cuarenta y ocho artículos de la Parte Especial del Código Penal de 1926. (**T23**) No obstante para elogiar este único artículo no basta con todos los epítetos que empleara Turguéniev para el idioma ruso, o Nekrásov para la Madre Rusia (**T24**) : Artículo 58, grande, capaz, copioso y vertebrado, diverso y ubicuamente devastador, un artículo al que el mundo le quedaba chico, no tanto por la formulación de sus puntos cuanto por su amplia y dialéctica interpretación.

¿Quién de nosotros no ha experimentado en carne propia su abrazo que lo abarca todo? En verdad, no hay bajo los cielos hecho, intención, acción u omisión que no pueda ser castigado por la mano implacable del Artículo Cincuenta y Ocho. Hubiera sido imposible formularlo de un modo tan amplio, pero sí resultó posible interpretarlo de este amplio modo.

El Artículo 58 no constituía dentro del Código un capítulo sobre delitos políticos, y tampoco está escrito en ninguna parte que sea un artículo «político». No, figura en el capítulo de «delitos contra el Estado» junto con el bandidaje y los crímenes contra el sistema de gobierno.

De este modo el Código Penal parte de que no existen delitos políticos en su territorio, sólo existen los delincuentes comunes.

El Artículo 58 constaba de catorce puntos, Gracias al primer punto sabemos que se considera contrarrevolucionaria cualquier acción (y, según el Artículo 6 del Código Penal, cualquier omisión) encaminada... a debilitar el poder...

Si se aplica la interpretación amplia, resulta que negarse a ir al trabajo en un campo de reclusión, cuando uno está hambriento y desfallecido, es debilitar el poder del Estado. Y acarrea el fusilamiento. (Los fusilamientos de los *insumisos al trabajo* durante la guerra.)

A partir de 1934, cuando nos fue devuelto el término de «Patria», se incorporaron aquí los apartados de *traición a la Patria:* 1-a, 1-b, 1-c, 1-d. Según estos puntos, los actos que lesionaran el poder militar de la URSS se castigaban con el fusilamiento (1-b), y sólo cuando hubiera circunstancias atenuantes, y sólo también cuando los infractores eran civiles (1-b), con una pena de diez años.

Interpretación amplia: resulta que cuando a nuestros soldados los condenaban a sólo diez años simplemente por haber caído prisioneros (¡lesión del poder militar!), estamos ante una sentencia tan humana que raya en la ilegalidad, ya que de acuerdo con el código de Stalin deberían haber sido fusilados uno a uno a medida que iban volviendo a la patria.

(O veamos este otro ejemplo de interpretación libre. Recuerdo muy bien un encuentro que tuve en Butyrki en verano de 1946. Cierto polaco nacido en Lemberg cuando esta ciudad formaba parte del Imperio Austro-Húngaro había vivido hasta la segunda guerra mundial en su ciudad natal, en Polonia, y luego había pasado a Austria, donde prestó el servicio militar y fue arrestado en 1945 por los nuestros. Lo condenaron a diez años por el Artículo 54-1-a del Código Penal Ucraniano, es decir, por traición a su patria, ¡a Ucrania!, ya que Lemberg, para entonces, se había convertido en la ciudad ucraniana de Lvov. ¡Durante la instrucción el pobre hombre no logró demostrar que, si se había trasladado a Viena, no era para traicionar a Ucrania! Tal fue su mala pata que acabó siendo un traidor.)

Otra importante ampliación del punto sobre la traición era su aplicación a través del Artículo 19 del Código Penal «por intención». Es decir, aunque no se hubiera cometido traición, el juez consideraba suficiente la voluntad de cometer delito de traición para imponer la misma condena máxima prevista para la traición

consumada. Cierto que el Artículo 19 penaba la tentativa y no la voluntad de comisión, pero con una lectura dialéctica se podía entender la voluntad como tentativa. Y «la tentativa es tan punible (es decir, merece la misma pena) como el delito consumado» (del Código Penal). En una palabra, no hacemos distinción entre la intención y el propio delito; en eso consiste la *superioridad* de la legislación soviética sobre las legislaciones burguesas. (**18**)

El Artículo 16 del Código Penal, «por analogía», permitía también una inabarcable variedad de interpretaciones. Cuando un acto no estaba regulado por ningún artículo, el juez podía calificarlo «por analogía».

El punto segundo trataba de la insurrección armada, de la usurpación del poder central o local y en particular de la secesión violenta de alguna parte de la Unión de repúblicas. Por este delito, se llegaba hasta el fusilamiento (como en *cada uno* de los siguientes puntos).

Por extensión (lo que no se podía recoger en el Artículo quedaba implícito según el sentido revolucionario de la justicia): encajaba aquí todo intento por parte de una república de ejercer su derecho a separarse de la Unión. Porque al hablar de «Secesión violenta» no se especificaba *con respecto a quién*. Aunque toda la población de una república quisiera separarse, si en Moscú no lo quisieran, la escisión sería *violenta*. Así pues, todos los nacionalistas estonios, letones, lituanos, ucranianos y turquestanos se ganaban fácilmente, por este punto, sus diez o veinticinco años.

Punto tercero: «favorecer por el medio que fuera a un Estado extranjero que se encontrara en guerra con la URSS».

Este punto daba la posibilidad de condenar a cualquier ciudadano que, estando en territorio ocupado, le hubiera puesto medias suelas a un militar alemán o vendido un manojo de rábanos; así como a cualquier ciudadana que hubiera levantado el espíritu combativo del ocupante bailando y pasando con él la noche. No todos fueron juzgados por este punto (debido a la gran cantidad de territorios que quedaron ocupados), pero en principio cualquiera podía ser juzgado por él.

El punto cuarto trataba de la ayuda (quimérica) que se prestara a la burguesía mundial.

A primera vista uno se pregunta ¿a quién podían cargarle este punto? Pero gracias a una lectura generosa a la luz de la conciencia revolucionaria se encuentra con facilidad la solución: a todos los emigrados que abandonaron el país antes de 1920, es decir, algunos años antes de que se redactara el Código, y fueron alcanzados por nuestras tropas en Europa un cuarto de siglo después (1944-1945) se les condenó por el Artículo 58-4: diez años o fusilamiento. ¿Qué habían hecho en el extranjero sino ayudar a la burguesía mundial? (En el ejemplo de la sociedad de amigos de la música ya hemos visto que podía prestarse esta ayuda incluso desde dentro de la URSS.) También habían colaborado con la burguesía todos los eseristas, todos los mencheviques (para ellos precisamente se había inventado el artículo) y después los ingenieros del Plan Estatal y del Consejo Superior de Economía Nacional.

Punto quinto: inducir a un Estado extranjero a declarar la guerra a la URSS.

Una ocasión perdida: la de aplicar este punto a Stalin y a su camarilla diplomática y militar en 1940-1941. Su ceguera y su locura condujeron a esto. ¿Quién, sino ellos, condujo a Rusia a vergonzosas derrotas nunca vistas hasta entonces, sin punto de comparación con las sufridas por la Rusia zarista en 1904 o en 1915, a unos descalabros que Rusia no conocía desde el siglo XIII? (**T25**)

Punto sexto: espionaje.

Se le dio una interpretación tan amplia que si calculamos cuántos fueron condenados por él, podría llegarse a la conclusión de que en época de Stalin nuestro pueblo no se ganaba la vida ni con la agricultura, ni con la industria, ni con ninguna otra actividad que no fuera el espionaje para el extranjero, y que vivía del dinero de los servicios de inteligencia. El espionaje fue algo muy cómodo por su sencillez, asequible tanto al

delincuente poco culto como al jurista instruido, el periodista y la opinión pública. ([19]) La amplitud de interpretación consistía también en que no se condenaba directamente por espionaje sino por:

PSh- Sospecha de espionaje,

NSh- Espionaje no demostrado, por lo que te endilgaban la pena máxima. E incluso por:

SVPSh- Relaciones conducentes a sospecha de espionaje.

Es decir, la conocida de una amiga de vuestra esposa encargaba los vestidos en casa de la misma costurera (naturalmente, colaboradora del NKVD) que cose para la esposa de un diplomático extranjero.

El 58-6, el NSh y el SVPSh eran puntos contagiosos que exigían un encarcelamiento riguroso y una vigilancia siempre alerta (pues el espionaje podía extender sus tentáculos y llegar hasta sus servidores aunque estuvieran ya en campos de reclusión), por ello no era aconsejable suprimir las escoltas. En general, todos los *artículos-sigla*, es decir, los que no eran propiamente artículos sino combinaciones de mayúsculas aterradoras (en este capítulo encontraremos aún otras), iban cubiertos por una pátina de misterio, y nunca era posible distinguir si se trataba de retoños del Artículo 58 o de algo independiente y más peligroso. En muchos campos, los presos por artículos-siglas estaban aún más oprimidos que los del Artículo 58.

Punto séptimo: daños a la industria, los transportes, el comercio, la circulación monetaria y las cooperativas.

Este punto cobró auge en los años treinta, cuando abarcó a grandes masas bajo el calificativo simplificado y a todos comprensible de «empecimiento». En efecto, todos los sectores enumerados en el punto siete estaban siendo dañados cada día de manera patente y clara. ¡Alguien debía tener la culpa! Durante siglos, el pueblo había estado construyendo y creando, siempre honestamente, incluso para los grandes señores. Desde los tiempos de los Riurikov nunca se había oído hablar de empecimiento. Y he aquí que cuando por primera vez los bienes eran del pueblo, cientos de miles de sus mejores hijos se lanzaron inexplicablemente a sabotearlo todo. (El empecimiento en la agricultura no estaba previsto en este punto, pero como sea que sin él resultaba imposible explicar de forma razonable por qué los campos se llenaban de hierbajos, empeoraban las cosechas y se rompían las máquinas, la sensibilidad dialéctica introdujo también este aspecto.)

Punto octavo: el terror (pero el terror que debía «fundamentar y legitimar» el Código Penal soviético). ([20])

El terror se entendía de una manera amplia, amplísima: no se consideraba terror echar bombas bajo los carruajes de los gobernadores, ([T26]) pero, por ejemplo, partirle la cara a un enemigo personal cuando éste era del partido, komsomol o activista de la policía, eso ya se consideraba terror. Tanto más, el asesinato de un activista nunca se equiparaba al asesinato de un hombre del montón (lo mismo ocurría en el Código de Hammurabi en el siglo XVII antes de nuestra era). Si un marido mataba al amante de su esposa y éste no era miembro del partido, el marido se encontraba ante una circunstancia feliz, pues se le condenaba por el Artículo 136, era un preso común, socialmente afín, y podía andar sin escolta. Pero si el amante era del partido, entonces el marido se convertía en un enemigo del pueblo y caía bajo el Artículo 58. Aun era posible una interpretación más amplia en la aplicación del punto octavo mediante ese mismo Artículo 19, es decir, mediante la voluntad entendida como tentativa. No sólo una amenaza directa en la puerta de una cervecería —«¡Ya verás tú!»— dirigida a un activista, sino la exclamación de una desvergonzada verdulera en el mercado — «¡Anda y que te parta un rayo!» —, se calificaba de IT, intenciones terroristas, y daba motivo para aplicar el artículo en toda su rigidez. (Puede que esto suene a exageración, farsa, pero no hemos sido nosotros quienes han montado esa farsa. Esa gente ha cumplido condena con nosotros.)

Punto noveno: la destrucción o deterioro... mediante explosión o incendio (y necesariamente con fines contrarrevolucionarios), abreviadamente llamado *diversión.*

Su interpretación amplia consistía en atribuirles fines contrarrevolucionarios de forma automática (¡el juez de instrucción sabía mejor lo que pasaba por la mente del criminal!). Por tanto, cualquier negligencia, error o fracaso en el trabajo o en la producción, no se perdonaba y se consideraba diversión.

Sin embargo, ningún punto del Artículo 58 se interpretaba tan ampliamente ni con tanto ardor revolucionario como el décimo. Sonaba así: «La propaganda o agitación que incite a derribar, socavar o debilitar al régimen soviético... así como la difusión, impresión o tenencia de publicaciones con tal contenido». Y este punto estipulaba en *tiempo de paz* sólo el límite *inferior* de la pena (¡como mínimo esto! ¡no seáis en exceso indulgentes!), ¡mientras que el superior no lo limitaba!

Ésta era la entereza de una Gran Potencia ante la palabra de sus subditos.

Las más célebres y amplias interpretaciones de este célebre punto eran:

—por «propaganda con incitación» podían entenderse una conversación cara a cara entre amigos (o incluso entre cónyuges), o una carta privada; y la *incitación* podía ser un consejo personal. (Nos aventuramos a concluir que «podía ser», a partir de que *solía ocurrir así.)*

—«socavar y debilitar» al régimen era toda idea que no coincidiera con los periódicos del día o mostrara menos fervor. ¡En realidad, todo lo que no fortalece debilita! ¡En realidad, socava todo aquello que no coincide plenamente!

¡Y el que hoy no canta *con* nosotros, ése
está contra nosotros!
(Mayakovski)

— por «impresión de publicaciones» se entiende toda carta, nota, diario íntimo, incluso escrito en un único ejemplar. Tras tan afortunada ampliación ¿qué idea pensada, pronunciada o escrita, podía quedar fuera del punto décimo?

El punto decimoprimero revestía un carácter especial: careció de contenido propio, era lastre añadido para cualquiera de los precedentes cuando el acto era realizado por una organización, o cuando los delincuentes formaban parte de una.

En la realidad, este punto se interpretaba tan ampliamente que no se requería ninguna organización. Pude experimentar en mi propia carne la elegante aplicación de este punto.

Nosotros éramos *dos* que intercambiábamos opiniones en secreto, *o sea,* el embrión de una organización, *¡o sea,* una organización!

El punto decimosegundo era el que *más* incidía en la conciencia de los ciudadanos: era el punto de la *no delación* de cualquiera de los actos enumerados. ¡Para el grave pecado de la no delación el castigo no tenía límite superior ! Este punto era, por sí mismo, una ampliación tan extensa que no requería de una posterior interpretación más generosa. *¡Lo sabías y no dijiste nada,* pues como si lo hubieras hecho tú!

El punto decimotercero, agotado evidentemente tiempo ha, era haber servido en la policía secreta zarista. (Un servicio análogo, pero algo más tarde, se consideraba por el contrario un mérito patriótico.)

Hay fundamentos psicológicos para sospechar que I. Stalin debiera haber sido juzgado por el Artículo 58. Fueron muchos los documentos referentes a este género de servicio que no sobrevivieron a febrero de 1917 y no fueron ampliamente divulgados. La quema apresurada de los archivos policiales en los primeros días de la Revolución de Febrero tiene visos de deberse al arrebato unánime de algunos revolucionarios interesados. En realidad, ¿para qué quemar, en el momento de la victoria, unos archivos del enemigo tan interesantes?

El punto decimocuarto penaba «el deliberado incumplimiento de determinadas obligaciones, o su cumplimiento intencionadamente negligente». Como es natural, el castigo podía llegar hasta el fusilamiento. Para abreviar, a esto se llamaba «empecimiento» o «contrarrevolución económica».

Pero para distinguir entre acciones premeditadas no sólo estaba capacitado el juez de instrucción, que se apoyaba en su sentido revolucionario de la justicia. Este punto se aplicaba a los campesinos que no entregaban alimentos, alos koljosianos que no cumplían el número necesario de jornadas laborales y a los reclusos de los campos que no cumplían la cuota de trabajo establecida. De rebote, después de la guerra empezaron aaplicar este punto a los presos comunes que huían del campo de reclusión, es decir, interpretando por extensión que la fuga de un preso común no respondía a la sed de dulce libertad sino al deseo de dañar el sistema de campos.

Esta era la última varilla de este abanico que era el Artículo 58, un abanico que abarcaba toda la existencia humana.

Después de esta panorámica del gran artículo, en adelante nuestra capacidad de sorpresa será menor. Quien hizo la ley hizo el delito.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.

El acero damasquinado del Artículo 58 — puesto a prueba en 1927 justo después de su forjado y templado en todas las riadas de la década posterior — fue cimbrado en una ráfaga cortante y a pleno embate durante la lucha que la Ley sostuvo contra el pueblo en 1937-1938.

Hay que decir que la operación de 1937 no fue espontánea sino planeada, que en la primera mitad de ese año se produjeron cambios en las instalaciones de muchas cárceles de la Unión: se retiraron las camas de las celdas para construir catres compactos de dos y tres pisos.

(Tampoco fue casual que la Casa Grande de Leningrado se terminara en 1934, justo para el asesinato de Kírov.) Los presos antiguos recuerdan que, al parecer, el primer golpe fue masivo, poco menos que en una sola noche de agosto en todo el país (aunque, conociendo nuestra torpeza, no le doy mucho crédito). Y en otoño, cuando todos confiaban en que el vigésimo aniversario de la Revolución traería una amnistía general, el bromista de Stalin incorporó al Código Penal nuevas penas nunca vistas hasta entonces: 15, 20 y 25 años.

No hay necesidad de repetir aquí lo que ya se ha escrito profusamente acerca del año 1937 y que aún se va a repetir incontables veces: que se descargó un golpe demoledor contra la cúpula del partido, de la administración soviética, del mando militar y contra la cúpula de la misma GPU-NKVD. Es poco probable que en ninguna provincia lograra mantenerse en su puesto el primer secretario o el presidente del comité regional: Stalin estaba eligiendo a personas más cómodas.

Ahora, vista la revolución cultural china (también a los 17 años de su triunfo definitivo), podemos sospechar que muy posiblemente exista una lógica histórica. Incluso el mismo Stalin empieza a parecernos sólo una fuerza histórica, ciega y superficial.

Olga Ghavchavadze cuenta lo que pasó en Tbilisi: en 1938 arrestaron al presidente del soviet urbano, a su segundo, a todos los jefes de departamento (once), a sus ayudantes, a todos los directores de contabilidad y a todos los directores de gerencia económica. En su lugar se nombró a otros. Pasaron dos meses. Y de nuevo detenciones: el presidente, el segundo, a todos los jefes de departamento (once), los jefes de contabilidad y los jefes de gerencia económica. Sólo se libraron los contables del montón, las mecanógrafas, las mujeres de la limpieza, los recaderos...

Tras el encarcelamiento de los militantes de base del partido era evidente que se ocultaba una razón secreta que no figuraba de forma explícita en ninguna parte, ni en las actas ni en las sentencias: se trataba de arrestar principalmente a los miembros del partido inscritos *antes* de 1924. Esta labor se emprendió con especial ahínco en Leningrado porque, precisamente, todos ellos habían firmado la «plataforma» de la Nueva Oposición. (**T27**) (¿Y cómo no iban a firmarla? ¿Cómo podían «no confiar» en su Comité Provincial de Leningrado?)

Veamos ahora una imagen usual en esos años. Se estaba celebrando en la región de Moscú una conferencia distrital del partido. La moderaba el nuevo secretario del Comité Regional en sustitución del que habían encarcelado recientemente. Al final de la conferencia se adoptó una resolución de fidelidad al camarada Stalin. Como es natural, todos se pusieron en pie (como se ponían en pie, de un salto, cada vez que se mencionaba su nombre en el curso de la conferencia). La pequeña sala prorrumpió en «tumultuosos aplausos que desembocaron en una ovación». (**T28**) Tres minutos, cuatro minutos, cinco minutos, y continuaban siendo tumultuosos y desembocando en ovación. Pero las palmas de las manos dolían ya. Se entumecían los brazos levantados. Los hombres maduros iban quedándose sin aliento. Se trataba de una estupidez insoportable incluso para los que adoraban sinceramente a Stalin. Sin embargo: ¿Quién sería el *primero* que se atrevería a parar? Habría podido hacerlo el secretario del Comité Regional, que estaba en la tribuna y que acababa de dar lectura a la resolución. Pero él era reciente en el puesto y estaba en lugar del encarcelado, ¡él tenía miedo! ¡En la sala había miembros del NKVD aplaudiendo de pie y controlando *quién* paraba primero! ¡Y en aquella pequeña sala perdida, sin que llegaran al líder, los aplausos hacía seis minutos que duraban! ¡siete minutos! ¡ocho minutos! ¡Estaban perdidos! ¡Eran hombres muertos! ¡Ya no podían parar hasta que les diera un ataque al corazón! En el fondo de la sala, por lo menos, entre las apreturas, se podía hacer trampa, se podía batir palmas más espaciadamente, con menos fuerza, con menos vehemencia, ¡pero en la presidencia, a la vista de todo el mundo! El director de la fabrica de papel del lugar, un hombre fuerte e independiente, de pie en la presidencia, era consciente de la falsedad de aquella situación sin salida ¡y sin embargo aplaudía! ¡Ya van nueve minutos! ¡Diez! Miró con desesperanza al secretario del Comité Regional, pero éste no se atrevía a parar. ¡Una locura! ¡Colectiva! Mirándose unos a otros con un atisbo de esperanza, pero fingiendo éxtasis en sus caras, los jefes del distrito aplaudirían hasta caer en redondo, ¡hasta que los sacaran en camilla! ¡E incluso entonces, los que quedaran no vacilarían! Y en el minuto once, el director de la fabrica de papel adoptó un aire diligente y se dejó caer en su asiento de la presidencia. ¡Y se produjo el milagro!, ¿adonde había ido a parar aquel entusiasmo incontenible e inenarrable? Todos dejaron de aplaudir de una sola palmada y se sentaron. ¡Estaban salvados! ¡La ardilla se las había ingeniado para salir de la rueda!

Sin embargo, así es como se ponen en evidencia los hombres independientes. De esta manera los eliminan. Aquella misma noche el director de la fabrica fue arrestado. Le cargaron fácilmente diez años por otro motivo. Pero después de firmar el «206» (el acta final del sumario), el juez de instrucción le recordó:

— ¡Y nunca sea el primero en dejar de aplaudir!

(¿Y qué le vas a hacer? ¡Alguna vez hay que detenerse!) Esta es la selección de Darwin.

A eso se le llama agotamiento por estupidez.

Pero hoy se está creando un nuevo mito: todo relato o referencia impresa del año 1937 nos habla indefectiblemente de la tragedia de los jefes comunistas. Y ya nos han convencido, y sin querer aceptamos, de que el año penal 1937-1938 consistió de forma exclusiva en el encarcelamiento de los dirigentes comunistas, como si no hubieran encarcelado a nadie más. Pero de los millones de personas que cogieron entonces, los altos cargos del partido y del Estado no pueden representar más del diez por ciento. Hasta en las cárceles de Leningrado en las colas para la entrega de paquetes la mayoría eran mujeres sencillas, algo así como lecheras.

Partiendo de datos estadísticos indirectos no se puede evitar la conclusión — confirmada por declaraciones de testigos — de que los «ex kulaks» de los poblados especiales aún no liquidados del todo fueron trasladados al Archipiélago en 1937: o bien enviados a un campo de reclusión o cercados en su propio

terruño convertido en zona penitenciaria. De este modo, la gran riada de 1928 desembocó en la de 1937 acrecentándola en millones.

El perfil de los detenidos en 1937-1938 y llevados medio muertos al Archipiélago es tan abigarrado, tan caprichoso, que habría que devanarse durante mucho tiempo los sesos para encontrarle una lógica científica a tal selección. (Menos comprensible aún resultaba a los contemporáneos.)

La verdadera ley a que obedecían los encarcelamientos de aquellos años eran unas cifras establecidas de antemano, unas órdenes escritas, unas cuotas distributivas. Cada ciudad, cada distrito, cada unidad militar, tenía asignada una cifra que debía alcanzarse dentro de un plazo. Lo demás dependía del celo de los agentes.

El ex chekista Aleksandr Kalgánov recuerda que a Tashkent les llegó un telegrama: «Manden doscientos». Y ellos, que acababan de pasar el rastrillo, no parecían tener de dónde sacar «más». Bueno, a decir verdad, por los distritos habían recogido medio centenar. ¡Idea! ¡Recalificar por el Artículo 58 a los delincuentes comunes cogidos por la policía! Dicho y hecho. Pero a pesar de todo no alcanzaban la cifra estipulada. En esto llega un parte de la policía pidiendo instrucciones: en una de las plazas de la ciudad, los gitanos han tenido el descaro de levantar un campamento, ¿qué hacemos? ¡Idea! Los rodearon y se llevaron a todos los varones entre diecisiete y sesenta años cargándoles el Artículo 58. ¡Y cumplieron el plan! Sucedía también a la inversa: a los chekistas de Osetia (cuenta Zabolovski, jefe de la policía) les habían asignado una cuota de quinientos hombres que debían ser fusilados en toda la república, pero pidieron un aumento y les concedieron otros doscientos cincuenta.

Estos telegramas se enviaban por la línea telegráfica normal ligeramente cifrados. En Temriuk, la telegrafista transmitió a la centralita del NKVD, con bendita candidez, que al día siguiente enviaran a Krasnodar doscientas cuarenta cajas de jabón. Por la mañana se enteró de los numerosos arrestos y consiguientes traslados y cayó en la cuenta. Le contó a una amiga qué clase de telegrama era aquél, y acto seguido la encerraron.

(¿Era pura casualidad que designaran en clave a los hombres como *cajas de jabón?* ¿O es que conocían la saponificación?)

Naturalmente, es posible deducir alguna lógica, aunque parcial. Encerraban:

— a nuestros verdaderos espías en el extranjero. (A menudo eran fieles miembros de la Komintern o chekistas, y entre ellos había muchas mujeres atractivas. Los llamaban a la patria, los arrestaban en la frontera y luego procedían a un careo con su ex jefe en la Komintern, por ejemplo con Mirov-Korona. Este confirmaba que había trabajado para alguna red de espionaje, y por lo tanto sus subordinados automáticamente también, y eran tanto más peligrosos cuanto más fieles hubieran sido en el servicio.)

— a los del Ferrocarril Chino-Oriental (Todos los funcionarios soviéticos, absolutamente todos, de dicha línea férrea, incluidas esposas, hijos y abuelas, resultaron ser espías de los japoneses. Hay que reconocer, sin embargo, que ya habían empezado a arrestarlos algunos años antes);

— a los coreanos de Extremo Oriente (**T29**) (destierro al Kazajstán), primera experiencia de arrestos étnicos;

— a los estonios de Leningrado (eran arrestados solamente por su apellido, como espías de los estonios blancos); (**T30**)

— a todos los fusileros y chekistas letones ¡sí, a los letones, las comadronas de la revolución y, hasta hacía poco, espina dorsal y orgullo de la Cheká! E incluso a los comunistas de la burguesa Letonia que habían sido canjeados en 1921 para librarlos de las terribles condenas letonas de dos y tres años. (En Leningrado fueron clausurados: la sección letona del Instituto Herzen; la Casa de Cultura letona; el club estonio; el Instituto Técnico letón; los periódicos letón y estonio.)

En medio de este estruendo general, se acaba de barajar el Gran Solitario de Naipes y detienen a los socialistas que aún quedaban en libertad. Ya no hay por qué disimular, ya es hora de terminar con este juego. Ahora los meten en la cárcel por grupos para formar campos enteros de deportados (por ejemplo, Ufa Sarátov), los juzgan a todos juntos y los conducen en rebaños a los mataderos del Archipiélago.

Del mismo modo que las riadas pasadas no se habían olvidado de la intelectualidad, tampoco ahora se olvidaban de ella. Bastaba una denuncia estudiantil (hace ya tiempo que no suena chocante la unión de estas dos palabras) diciendo que en el instituto superior el profesor cita cada vez más a Lenin y a Marx pero nunca a Stalin, para que éste falte a la clase siguiente. ¿Y si un profesor *no cita a nadie?* Se encarcela a todos los orientalistas leningradenses de la generación joven e intermedia. Se encarcela a todo el claustro del Instituto del Norte (excepto a los confidentes). Tampoco hacen ascos a los maestros de escuela. En Sverdlovsk se fabricó un caso contra treinta maestros de enseñanza media encabezados por el jefe del departamento regional de enseñanza, Perel, en el que una de las horribles acusaciones era la de haber instalado árboles de Navidad en las escuelas *¡con el fin de prender fuego a las mismas!* (**21**)

Y la estaca arremete en la frente a los ingenieros (que ya no son «burgueses» sino de la generación soviética) con la misma precisión que un péndulo. El ingeniero de minas Nikolái Merkúrievich Mikov, por alguna anomalía de las capas del terreno, no consiguió que coincidieran dos corredores abiertos en sentidos opuestos: Artículo 58-7, ¡veinte años! A seis geólogos (del grupo de Kótovich), «por la ocultación intencionada de un yacimiento de estaño (¡es decir, por no haberlo encontrado!) y reservarlo para el caso de que llegaran los alemanes» (ésa era la denuncia): Artículo 58-7, diez años a cada uno.

Pisando los talones a las riadas principales venía un torrente peculiar: las esposas , los ChS (miembros de la familia). Las esposas de los altos cargos del partido, y, en ciertos lugares (Leningrado), las de todos los que habían sido condenados a «diez años sin derecho a correspondencia», los cuales ya no estaban entre los vivos. A los ChS, por norma general, los condenaban a ocho años. (Pese a todo, una condena más benigna que la de las esposas de los ex kulaks, y además los hijos se quedaban en el continente.) ¡Montones de víctimas! ¡Cúmulos de víctimas! Un ataque frontal del NKVD sobre la ciudad: en una misma oleada, a S.P. Matvéyeva le arrestaron al marido y a tres hermanos, aunque por «causas» distintas (de los cuatro, tres no volvieron jamás).

— a un técnico electricista se le rompió en su sector un cable de alta tensión. Artículo 58-7, veinte años;

— el obrero Nóvikov, de Perm, fue acusado de preparar la voladura del puente sobre el Kama;

— Yuzhakov (también de Perm) fue arrestado durante el día, y por la noche fueron por su esposa. Le mostraron una lista de personas exigiéndole que firmara que todas ellas acudían a su casa para mantener reuniones menchevique-eséristas (como es natural, no las había habido). A cambio le prometieron que le permitirían reunirse con los tres hijos que le quedaban. Ella firmó, causó la perdición de todos, y por supuesto continuó en la cárcel;

— Nadezhda Yudiónich fue arrestada por su apellido. A decir verdad, nueve meses después se aclaró que no era pariente del general y la soltaron (bueno, eso es lo de menos: entretanto su madre había muerto del disgusto);

— en Stáraya Russa estaban proyectando la película *Lenin en Octubre*, y alguien se fijó en la frase: «¡Esto debe saberlo Palchinski!». Y Palchinski era de los que defendían el Palacio de Invierno. Vaya, aquí trabaja una enfermera que se llama Palchinski. ¡Cogedla! Y la cogieron. Resultó que efectivamente era su esposa, que cuando fusilaron al marido, decidió esconderse en aquel lugar perdido;

— los hermanos Borushko (Pável, Iván y Stepán), que siendo niños habían venido en 1930 de Polonia, para vivir con sus familiares. Ahora, ya mozos, los condenaron a diez años por PSh (sospecha de espionaje);

— la conductora de un tranvía de Krasnodar volvía del depósito a pie, bien entrada la noche. Para su desgracia, en los arrabales pasó junto a un camión atascado alrededor del cual se agitaban unos hombres.

Resultó que estaba lleno de cadáveres, los brazos y las piernas asomaban por debajo de la lona. Tomaron su apellido y al día siguiente la arrestaron. El juez de instrucción le preguntó qué había visto. Fue sincera y lo dijo todo (la selección de Darwin). Agitación antisoviética, 10 años;

— un fontanero desconectaba el radio-altavoz de su habitación (**T31**) siempre que retransmitían una de las interminables cartas de Stalin. (¿Quién las recuerda? ¡Durante horas, a diario, ensordecedoramente iguales! Lo más probable es que las recuerde muy bien el locutor Levitán: las leía con voz afectada, con mucho sentimiento.) Un vecino lo denunció (¿Dónde estará ahora ese vecino?): SVE, elemento socialmente peligroso, ocho años;

— un fumista semianalfabeto gustaba de *poner firmas* en sus ratos de ocio, pues eso elevaba su opinión de sí mismo. Como no había papel blanco, firmaba en los periódicos. Su periódico, con rúbricas en la cara del Padre y Preceptor, fue descubierto por los vecinos dentro de un saco en el retrete comunal. ASA, Agitación Antisoviética, diez años.

Stalin y sus adláteres reverenciaban sus propios retratos, plagaban los periódicos con ellos, los producían en tiradas millonarias. Mas las moscas no tenían muy en cuenta su carácter sagrado, y además era una lástima desaprovechar los periódicos, ¡cuántos desdichados fueron condenados por eso!

Los arrestos se propagaban por calles y casas como una epidemia. Del mismo modo que la gente se contagia entre sí sin saberlo — al estrecharse las manos, con el aliento, al entregar objetos —, cuando estrechaban las manos, con el aliento, al encontrarse por la calle se contagiaban unos a otros la peste de un arresto cierto. Porque sí tú mañana te ves obligado a confesar que has formado un grupo clandestino para envenenar el suministro de agua de la ciudad, y hoy te he dado la mano en la calle, entonces yo también estoy condenado.

Siete años antes, la ciudad había contemplado cómo descargaban sus golpes sobre el campo y lo había encontrado natural. Ahora el campo podía contemplar cómo atosigaban a la ciudad, pero era demasiado ignorante para ello, y además lo estaban rematando:

— el agrimensor (!) Saunin fue condenado a quince años porque... en el distrito moría el ganado y las cosechas eran malas (!) (y los dirigentes del distrito fueron fusilados en su totalidad por el mismo motivo);

— el secretario de un comité de distrito fue al campo para estimular la labranza, y un viejo campesino le preguntó si sabía el secretario que hacía *siete años* que los koljosianos no habían recibido un solo gramo de trigo por sus días de trabajo, sólo paja, y además poca. Por esta pregunta, al viejo lo empaquetaron por ASA, Agitación Antisoviética. Diez años;

— otra fue la suerte de un campesino con seis hijos. Por estas seis bocas no escatimaba esfuerzos en el trabajo para el koljós, siempre con la esperanza de ganar algo. Y vaya si lo ganó: una condecoración. Se la impusieron en una asamblea, se pronunciaron discursos. En sus palabras de respuesta, el campesino se emocionó y dijo: «¡Ay, en lugar de esta condecoración hubiera preferido un saco de harina! ¿No sería posible?». La asamblea estalló en una carcajada lobuna, y el recién condecorado dio con sus seis bocas en el destierro.

¿Merece la pena volver ahora a todo cuanto hemos dicho para explicar que encarcelaban a inocentes? ¡Pero si es que hemos olvidado decir que el concepto mismo de *culpa* había sido abolido ya por la revolución proletaria, y que al principio de los años treinta había sido proclamado *oportunismo de derechas!* (**22**) De modo que ya no podemos especular con conceptos tan obsoletos como culpabilidad e inocencia. (**23**)

El reflujo de 1939 fue un caso increíble en la historia de los Órganos, ¡una mancha en su historial! Por otra parte, esta contrarriada fue pequeña, alrededor del uno o el dos por ciento de los anteriormente arrestados, que aún no habían sido condenados, deportados o asesinados. Fue exigua pero muy bien aprovechada. Fue devolver un cópek como cambio por un rublo pagado, fue necesario para cargar todas las culpas al sucio Ezhov, para fortalecer al entrante Beria y para mayor gloria del Supremo. Con este cópek sepultaron arteramente el rublo restante. ¡Porque si «investigaron y los soltaron» (hasta los periódicos escribían sin

cortapisas sobre casos aislados de hombres calumniados), entonces el canalla que seguía entre rejas era con toda seguridad porque lo merecía! Y los que volvían callaban. Habían firmado y estaban mudos de miedo. Y bien pocos fueron los que pudieron enterarse de alguno de los misterios del Archipiélago. La distribución seguía siendo la misma: de noche los «cuervos», y de día las manifestaciones.

Por lo demás, pronto iban a cobrarse con creces ese cópek, en aquellos mismos años y por los mismos puntos del inconmensurable Artículo. ¿Quién advirtió en 1940 esa riada de esposas que no quisieron *renegar* de sus maridos? ¿Y quién recuerda, incluso en el mismo Tambov, que en este año reposado encarcelaron a toda una orquesta de jazz que tocaba en el cine Modern, por ser todos enemigos del pueblo? ¿Y quién se percató de los treinta mil checos que en 1939 habían huido de la Checoslovaquia ocupada para refugiarse en un país eslavo hermano como era la URSS? Nadie podía garantizar que alguno de ellos no fuera un espía. Los enviaron a todos a los campos de concentración del norte (he aquí de donde surgió durante la guerra civil el «contingente checoslovaco»). Pero, permítanme, ¿no fuimos nosotros quienes tendimos la mano en 1939 a los ucranianos occidentales, a los bielorrusos occidentales, y luego en 1940, a los países bálticos y a Moldavia? (**T32**) Nuestros pobres hermanos estaban completamente descarriados, de ahí que les organizáramos riadas de *profilaxis social* hacia el destierro del norte, hacia Asia Central, y se trataba de mucha gente, de muchos cientos de miles. (Resulta curioso saber lo que *les cargaban:* a los ucranianos occidentales, «colaboracionismo con la Polonia blanca», a los de Bukovina y Bessarabia, lo mismo pero con la Rumania blanca. ¿Y a los judíos que se pasaron a los nuestros desde la parte alemana de Polonia? ;Pues colaboracionismo con la Gestapo, naturalmente! - M. Pinjásik.) Detuvieron a los demasiado acomodados, a los influyentes, y al mismo tiempo a los demasiado independientes, a los demasiado inteligentes, a los que destacaban demasiado en todas partes; prendieron a los oficiales, y especialmente a los polacos en las que fueron regiones polacas (fue por aquel entonces cuando confinamos a aquellas desdichadas gentes en Katyn, fue entonces cuando hicimos posible, en los campos de concentración del norte, el futuro ejército de Sikorski-Anders). En todas partes cogían a los oficiales. Así se sacudía a la población, se la hacía callar, se la privaba de los posibles líderes de una resistencia. Así se le imponía cordura, se agostaban las anteriores relaciones, las viejas amistades.

Finlandia nos había dejado un istmo sin población (**T33**) pero en 1940 pasaron por Carelia y por Leningrado las personas segregadas y deportadas por tener sangre finesa. Nosotros no advertimos este arroyuelo: nuestra sangre no es finesa.

Y en la guerra contra Finlandia se dio la primera experiencia: condenar como traidores a la patria a aquellos de los nuestros que habían caído prisioneros. ¡La primera experiencia en la historia de la humanidad! ¡Y ya veis qué cosas, no nos dimos cuenta!

Justo después de este primer ensayo se desencadenó la guerra y, con ella, la descomunal retirada. Era preciso apresurarse porque quedaban pocos días para seguir purgando gente en las repúblicas occidentales abandonadas al enemigo. Con las prisas, en Lituania se abandonaron unidades militares enteras, regimientos, divisiones de artillería y de antiaéreos, pero en cambio se las supieron ingeniar para llevarse algunos miles de familias lituanas sospechosas (cuatro mil de ellas fueron llevadas después al campo de Krasnoyarsk y libradas al pillaje de los presos comunes). A partir del 23 de junio les entraron las prisas con los arrestos en Letonia y Estonia. Pero aquello estaba al rojo vivo y era preciso retroceder aún más deprisa. Olvidaron evacuar fortalezas enteras, como la de Brest, pero no olvidaron fusilar a los presos políticos en sus celdas y en los patios de las cárceles de Lvov, Rovno, Tallin y muchas otras del oeste. En la cárcel de Tartu fusilaron a 192 personas y arrojaron los cadáveres a un pozo.

¿Cómo poder imaginárselo? Sin que tú sepas nada, se abre la puerta de la celda y disparan contra ti. Agonizas entre gritos, pero nadie, fuera de las piedras de la prisión, te oye ni puede contarlo. Se dice, por lo demás, que a algunos no los remataron. ¿Llegará a publicarse un día quizás un libro sobre esto?

En 1941 los alemanes cercaron y cortaron las comunicaciones de Taganrog tan rápidamente, que en la estación iban a quedarse unos vagones de mercancías con presos dispuestos para la evacuación. ¿Qué hacer? No iban a liberarlos. Tampoco iban a dejárselos a los alemanes. Acercaron un vagón cisterna, regaron los vagones con petróleo y les prendieron fuego. Los quemaron vivos a todos.

En la retaguardia, la primera riada de la guerra fue la de los *difusores de rumores y sembradores de pánico,* que eran condenados por un decreto especial, al margen del Código Penal, publicado en los primeros días de la guerra. Fue una sangría de prueba para mantener la disciplina general. A todos les caían cinco años, aunque no lo consideraban como Artículo 58 (y los pocos que sobrevivieron en los campos de reclusión en esos años de guerra fueron amnistiados en 1945).

Yo mismo estuve a punto de que experimentaran con este decreto en mi persona: en Rostov del Don me había puesto en la cola de una panadería cuando un policía me llamó y me llevó para completar el cupo. De no ser por una feliz intercesión habría ido derechito al Gulag en vez de a la guerra.

Luego vino la riada de los que no habían entregado sus receptores de radio o las piezas de los mismos. Por cada válvula que te encontraran (gracias a una denuncia) te echaban diez años.

De inmediato llegó la riada de los *alemanes:* los alemanes del Volga, los colonos de Ucrania y del Cáucaso Norte, y en general de todos los alemanes que vivieran en alguna parte de la Unión Soviética. El rasgo determinante era la sangre, e incluso los héroes de la guerra civil y los miembros más veteranos del partido, si eran alemanes iban al destierro.

El orden se establecía por el apellido, y el ingeniero proyectista Vasili Okorokov, (**T34**) que se sentía incómodo firmando los proyectos con este nombre, se lo cambió en los años treinta — cuando aún era posible — por el de Robert Stecker, ¡qué bonito!, e incluso adoptó una rúbrica filigranesca, pero ahora no encontraba forma de demostrar nada de esto y fue detenido por alemán. («¿Qué misiones le ha encomendado el espionaje fascista?») Y un tal Káverznev, de Tambov, que había cambiado en 1918 su malsonante apellido (**T35**) por el de Kolbe, ¿cuándo compartió la suerte de Okorokov?

En esencia, el destierro de los alemanes fue lo mismo que la represión contra los kulaks, sólo que más suave, pues se les permitía llevarse más cosas consigo y no eran enviados a lugares tan perdidos y de imposible supervivencia. No tuvo una forma jurídica, como tampoco la tuvo el destierro de los kulaks. El Código Penal iba por un lado, y el destierro de cientos de miles de personas, por otro. Fue una disposición personal del monarca. Además, como se trataba del primer experimento étnico de este género, para él tenía un interés teórico. (**T36**)

Desde finales del verano de 1941, y con mayor intensidad a partir del otoño, fluyó la riada de los *cercados.* Eran defensores de la patria, los mismos que unos meses atrás habían despedido nuestras ciudades con flores y orquestas, los que después tuvieron que enfrentarse a los terribles ataques de los tanques alemanes, y en medio del caos general, antes de caer prisioneros, aunque no hubiera sido por culpa suya, ¡pues no!, prefirieron formar grupos de combate aislados, resistir algún tiempo el cerco alemán y salir de él. Y a su regreso, en lugar de un abrazo fraternal (como habría hecho cualquier ejército del mundo), en lugar de dejarlos descansar y visitar a la familia para volver a filas después, los condujeron a puntos de control y clasificación en calidad de sospechosos, de dudosos, en pelotones desarmados y privados de sus derechos. Allí, oficiales de las Secciones Especiales los recibían mostrando una total desconfianza ante cada una de sus palabras, e incluso investigando si eran ellos realmente o por quién se hacían pasar. El método de comprobación consistía en interrogatorios cruzados, careos y declaraciones de unos contra otros. Después de estas comprobaciones, a una parte de los cercados les restituían los títulos, grados y confianza y los reintegraban en sus unidades. Otra parte, de momento la menor, componía la primera riada de «traidores a la patria». Les aplicaban el Artículo 58-1-b, aunque al principio, hasta la institución de la pena tipo, eso era menos de diez años.

Así se depuraba el Ejército activo. Pero había además un enorme ejército inactivo en Extremo Oriente y en Mongolia. La noble misión de las Secciones Especiales era impedir que este ejército se apolillase. A fuerza de no hacer nada, a los héroes de Jaljin-Gol y de Hassan se les estaba empezando a soltar la lengua, tanto más que ahora los habían puesto a estudiar las metralletas Degtiariov y los morteros del regimiento, hasta entonces mantenidos en secreto hasta de nuestros soldados. Con tales armas en la mano les era difícil comprender por qué retrocedíamos en Occidente. Situados más allá de Siberia y de los Urales, no podía entrarles de ninguna manera en la sesera que al retroceder ciento veinte kilómetros al día sencillamente

estábamos repitiendo la maniobra de Kutúzov. Sólo se les pudo hacer entender esto organizando una riada desde el Ejército Oriental hasta el Archipiélago. Y las bocas se cerraron y la fe se hizo férrea.

Y naturalmente por las altas esferas fluía también la riada de los culpables de la retirada. (¡La culpa, claro, no podía ser del Gran Estratega!) Fue una riada pequeña, de medio centenar de generales que estuvieron presos en las cárceles moscovitas durante el verano de 1941 y que fueron trasladados por etapas en octubre. Entre los generales predominaban los de aviación: el jefe de las Fuerzas Aéreas Smushkévich, el general E.S. Ptujin (decía: «De haberlo sabido, ¡primero suelto las bombas sobre el Padre Querido y luego a prisión!») y otros.

La victoria en los accesos a Moscú generó una nueva riada: la de los moscovitas culpables. Ahora, visto con más calma, resultaba que los moscovitas que no huyeron ni evacuaron, sino que permanecieron intrépidamente en la capital amenazada y abandonada por sus dirigentes, caían bajo sospecha por este mismo motivo: o lo habían hecho para socavar el prestigio de las autoridades (58-10), o en espera de los alemanes (58-1-a a través del Artículo 19. En Moscú y Leningrado esta riada estuvo dando de comer a los jueces de instrucción hasta 1945).

Como es natural, el Artículo 58-10, los ASA, siguió aplicándose sin interrupción y pesó sobre la retaguardia y el frente durante toda la guerra. Se aplicaba a los evacuados por contar los horrores de la retirada (los periódicos, habían dejado bien claro que ésta se llevaba a cabo de forma programada). Se aplicaba en la retaguardia a los calumniadores por decir que el racionamiento era escaso. Se aplicaba en el frente a los calumniadores por decir que los alemanes tenían buenas armas. En 1942 se aplicó por todas partes a los difamadores por afirmar que en el Leningrado bloqueado la gente se moría de hambre.

Aquel mismo año, después de los descalabros de Kerch (ciento veinte mil prisioneros) y de Jarkov (aún más), en el curso de la gran retirada del sur hacia el Cáucaso y el Volga se bombeó otra muy importante riada de oficiales y soldados que no estaban dispuestos a resistir hasta la muerte y retrocedían sin permiso: aquellos mismos a los que en palabras del inmortal decreto de Stalin n° 227 (julio de 1942) «la Patria no podría perdonar su vergüenza». De todas formas, esta riada no llegó al Gulag: manipulada de manera apresurada por los tribunales de división fue enviada íntegramente a los batallones de castigo y se diluyó sin dejar rastro en la arena roja de las trincheras. Sirvieron de argamasa para los cimientos de la victoria en Stalingrado, mas no entraron en la historia general de Rusia, sino que fueron relegados a la historia particular del alcantarillado.

(Por lo demás, aquí sólo intentamos seguir las riadas que desembocaron en el Gulag desde fuera. El incesante bombeo interno que se produjo en el Gulag, de un depósito a otro, las denominadas *condenas de campo*, que arreciaron sobre todo en los años de la guerra, no se van a tratar en este capítulo.)

No sería honesto no mencionar también las contrarriadas de la época bélica: los ya mencionados checos, los polacos y los presos comunes puestos en libertad para enviarlos al frente.

A partir de 1943, cuando la guerra cambió a nuestro favor, empezó — y se fue intensificando año a año hasta 1946 — una riada multimillonaría procedente de los territorios ocupados y de Europa. Sus dos partes principales fueron:

— los civiles que habían estado bajo dominio alemán o en Alemania (les echaban diez años con la letra «a»: 58-1-a);

— los militares que habían caído prisioneros (les echaban diez años con la letra «b»: 58- 1-b).

Pese a todo, todo ciudadano que estuvo bajo ocupación alemana quería vivir, por tanto no se quedaba de brazos cruzados y, en teoría, por ello podía estarse ganando, junto con el sustento diario, un futuro cuerpo del delito: si no traición a la patria, cuando menos colaboracionismo con el enemigo. Sin embargo, en la práctica bastaba señalar en la serie del pasaporte que esa persona había permanecido en territorio ocupado, porque arrestarlos a todos habría sido económicamente una insensatez, ya que habrían quedado deshabitados

grandes espacios. Para despertar la conciencia general era suficiente con encarcelar sólo a un determinado porcentaje: los culpables, los medio culpables, los culpables en un cuarto y aquellos que habían comido del mismo plato que los alemanes.

De todos modos, tan sólo con el uno por ciento de un solo millón tenemos ya una docena de campos rebosantes.

Tampoco debe pensarse que una participación honrada en las organizaciones clandestinas antialemanas pudiera garantizarle a uno que no iba a caer en esa riada. Hubo más de un caso como el del komsomol de Kiev al que la resistencia envió como informador a trabajar en la policía de dicha ciudad. El muchacho informó por honestidad de todo a los komsomoles, pero al llegar los nuestros lo condenaron a diez años, pues dijeron que al servir en la policía tenía que haber adquirido un ánimo hostil y cumplir las órdenes del enemigo.

Más dura y amarga era la condena para quienes habían estado en Europa, aunque fuera en calidad de *Ostarbeiter*, pues habían visto un trocito de vida europea y podían hablar de él, y estos relatos, siempre desagradables para nosotros (excepto, como es natural, cuando se trata de las notas de viaje de los escritores concienciados), lo eran mucho más en los años de posguerra, años de ruina y desorden. Y no todo el que volvía sabía contar que en Europa todo andaba mal y que ahí no se podía vivir.

Por este motivo, y no simplemente por haber caído en manos del enemigo, condenaron a la mayoría de nuestros prisioneros de guerra, sobre todo a los que habían visto en Occidente un poquito más que los campos alemanes de la muerte.

Pasaría algún tiempo hasta que esto fuera evidente. En 1943 había todavía alguna riada suelta, distinta de las demás, como la de los «africanos», como se les llamó durante mucho tiempo en los campos de construcción de Vorkutá. Eran prisioneros de guerra rusos capturados por los norteamericanos en África con el ejército de Rommel, (los «hiwi»), y que en 1948 repatriaron en camiones Studebacker a través de Egipto, Irak e Irán. En una desierta bahía del mar Caspio los instalaron inmediatamente tras alambres de espino, les arrancaron los distintivos militares y los aligeraron de los objetos que les habían regalado los norteamericanos (a beneficio naturalmente de los miembros de la Seguridad del Estado y no del propio Estado). Luego los enviaron a Vorkutá, a la espera de una disposición especial sobre ellos, y por falta de experiencia no les comunicaron ni el número de años ni su artículo penal. Estos «africanos» vivían en Vorkutá en condiciones intermedias: no estaban vigilados, pero no podían dar un paso por Vorkutá sin pases especiales (los cuales no se les daba); les pagaban un salario como a los contratados, pero disponían de ellos como sí fueran presidiarios. Y la disposición especial sobre ellos no llegó... Se habían olvidado de ellos...

Que ése era el motivo, y no el haber caído prisioneros, queda demostrado por el hecho de que siempre condenaran a quienes habían estado simplemente *internados.* Por ejemplo, en los primeros días de la guerra, un grupo de marineros nuestros fue arrastrado por el mar hasta la costa sueca. Pasaron la guerra como hombres libres en Suecia, en medio de una abundancia y un confort que nunca habían conocido ni conocerían después. La Unión Soviética retrocedía, avanzaba, atacaba, moría y pasaba hambre, mientras esos canallas llevaban una vida regalada en los muelles neutrales. Finalizada la guerra, Suecia los devolvió. Sin duda, se trataba de traición a la patria, pero la condena no acababa de cuadrar. Los mandaron a casa y luego les endilgaron propaganda antisoviética, por sus cautivadores relatos sobre la libertad y la abundancia en la Suecia capitalista (el grupo de Kadenko).

A este grupo le ocurrió después un caso. En el campo de reclusión ya habían dejado de hablar de Suecia, porque temían que les impusieran por ello una segunda condena. Pero en Suecia, no se sabe cómo, tuvieron noticia de su suerte y se publicaron artículos calumniosos en la prensa. Para entonces los muchachos ya estaban desperdigados por diversos campos, cercanos y lejanos, y de pronto una orden especial los reúne a todos en la prisión Kresty de Leningrado, donde estuvieron cebándolos durante dos meses y dejaron que les creciera el pelo. Más tarde los vistieron con sobria elegancia y ensayaron con ellos lo que debía decir cada uno, advirtiéndoles de que al canalla que se le ocurriera desafinar le darían «nueve gramos» en la nuca. De esta guisa los llevaron a una conferencia de prensa, ante periodistas extranjeros invitados y ante los que

conocían bien a todo el grupo de cuando estaba en Suecia. Los antiguos internados se comportaron con desenvoltura, contaron dónde vivían, dónde estudiaban o trabajaban. Indignados por las patrañas burguesas que habían leído recientemente en la prensa occidental (como si en la URSS se vendiera en todos los kioskos), se habían puesto en contacto por carta para reunirse en Leningrado (como si los gastos del viaje no fueran un obstáculo para nadie). Su aspecto fresco y reluciente era la mejor refutación de los infundios de la prensa. Los periodistas, avergonzados, se fueron a redactar sus excusas: una mentalidad occidental era incapaz de explicarse de otra manera los hechos. Y a los causantes de la entrevista los llevaron de inmediato al baño, los raparon, los vistieron con sus harapos de antes y los distribuyeron por los mismos campos de reclusión. Por haber representado dignamente su papel todo lo que consiguieron fue que no les cayera otra condena.

Dentro de la riada general de los liberados de la ocupación alemana siguieron, una tras otra, rápida y ordenadamente, las riadas de las nacionalidades culpables:

en 1943 – los kalmucos, los chechenos, los ingushos, los balkaros, los karacheyevos.

En 1944 – los tártaros de Crimea.

No habrían desembocado con tanta fuerza y rapidez en su destierro perpetuo de no haber sido auxiliados los Órganos por las tropas regulares y los camiones militares. Los regimientos cercaban con audacia los *aúl,* pueblos enteros, asentados durante siglos en esos lugares; en veinticuatro horas, con la celeridad de un desembarco, eran trasladados a las estaciones, y cargados en convoyes que acto seguido partían para Siberia, Kazajstán, Asia Central y el norte. Exactamente a las veinticuatro horas, la tierra y los bienes inmuebles pasaban a otros herederos.

Como ocurriera con los alemanes étnicos al principio de la guerra, ahora se deportaba a todas estas nacionalidades sólo en razón de su sangre, sin llenar cuestionarios. Los miembros del partido, los héroes del trabajo y los héroes de una guerra que aún no había terminado, iban todos a parar al mismo sitio.

Durante los últimos años de la guerra fluyó por propio pie la riada de los *criminales de guerra* alemanes, segregados del sistema general de campos de prisioneros y trasladados al Gulag tras pasar por un tribunal.

En 1945, aunque la guerra contra el Japón no duró ni tres semanas, se hicieron muchísimos prisioneros que fueron destinados a inaplazables trabajos de construcción en Siberia y Asia Central. Con ellos se completó la selección de criminales de guerra para el Gulag. (Y aun sin conocer más detalles, podemos estar seguros de que la mayor parte de aquellos japoneses no pudo ser juzgada legalmente. Fue un acto de venganza y un medio para retener mano de obra durante largo tiempo.)

A finales de 1944, cuando nuestro ejército irrumpió en los Balcanes, y sobre todo en 1945, cuando alcanzó Europa Central, por los canales del Gulag también discurrió la riada de los rusos emigrados, ancianos que habían huido de la revolución y jóvenes que habían crecido allí. Solían traerse a rastras a los hombres y dejaban en la emigración a las mujeres y a los hijos. (No los cogían a todos, eso es cierto, sino sólo a los que en aquellos veinticinco años habían manifestado por discretamente que fuera sus puntos de vista políticos, o bien a los que los habían expuesto durante la revolución. No tocaron tampoco a los que habían llevado una vida puramente vegetativa.) Las riadas principales venían de Bulgaria, Yugoslavia, y Checoslovaquia y, en menor número, de Austria y Alemania; en los otros países de la Europa del Este apenas había rusos.

Del mismo modo, en Manchuria se produjo también una riada de emigrados en 1945. (Hubo a quien no lo detuvieron enseguida: invitaron a volver a la patria a familias enteras con la promesa de libertad y, una vez aquí, las separaron, las enviaron al destierro o las metieron en prisión.)

Durante 1945 y 1946 se encauzó hacia el Archipiélago un gran torrente, de esta vez sí, verdaderos adversarios del régimen (vlasovistas, cosacos de Krasnov, musulmanes de las unidades autóctonas creadas por Hitler), a veces convencidos, a veces involuntarios.

Junto a ellos fue capturado cerca de un millón de fugitivos, huidos del régimen soviético durante los años de la guerra, civiles de todas las edades y de ambos sexos que habían logrado refugiarse en territorio aliado, pero que en 1946-1947 fueron pérfidamente puestos en manos soviéticas por las autoridades aliadas. (**24**)

Cierto número de polacos, la *Amia Krajowa* partidarios de Mikolajczyk, pasaron en 1945 por nuestras cárceles camino del Gulag.

Hubo también otros tantos rumanos y húngaros.

Desde el final de la guerra, y después durante muchos años sin interrupción, discurrió una abundante riada de nacionalistas ucranianos (los «banderistas»).

En la posguerra, con estos enormes desplazamientos de millones como telón de fondo, pocos advirtieron otras pequeñas riadas como:

— «las chicas de los extranjeros» (1946-1947), es decir, las que permitieron que las cortejaran extranjeros. A estas muchachas las marcaron con el Artículo 7-35 (socialmente peligrosas)-.

— los niños españoles, que fueron evacuados durante la guerra civil española y ya eran adultos después de la segunda guerra mundial. Educados en nuestros internados, todos se aclimataron muy mal a nuestra forma de vida. Muchos se obstinaban en volver a casa. (**T37**) Les imponían también el 7-35, el de los socialmente peligrosos, y, a los más tenaces, el 58-6, espionaje para... Estados Unidos.

Para ser justos, no pasemos por alto una fugaz contrarriada, en 1947, de... sacerdotes. ¡Un auténtico milagro! ¡Por primera vez en treinta años estaban poniendo en libertad a los sacerdotes! No es que fueran a buscarlos por los campos de reclusión, pero si alguno de los que estaban en libertad se acordaba y podía indicar nombres y lugares exactos, todos los identificados volvían en el transporte por etapas hacia la libertad, para reforzar la Iglesia restaurada.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

No olvidemos que este capítulo no pretende en absoluto enumerar *todas* las riadas que fertilizaron el Gulag, sino aquellas que tenían un matiz político. Del mismo modo que en un curso de anatomía se puede describir con detalle el sistema circulatorio para después empezar de nuevo y proceder a la descripción del sistema linfático, aquí podríamos retomar, desde 1918 hasta 1953, las riadas tanto de personas detenidas por delitos *comunes* como de *criminales* profesionales propiamente dichos. Y esta descripción ocuparía también no poco espacio. Saldrían a la luz muchos decretos famosos, hoy en parte olvidados (aunque nunca derogados), promulgados para proporcionar al insaciable Archipiélago un copioso material humano. Como el decreto sobre el ausentismo laboral. Como el decreto sobre la fabricación de productos de mala calidad. Como el de destilación clandestina de aguardiente (su momento más desenfrenado fue en 1922, aunque se aplicó con generosidad durante los años veinte). Como el que castigaba a los koljosianos que no cumplieran la norma obligatoria de jornadas laborales. Como el decreto sobre la militarización de los ferrocarriles (en abril de 1943, no al principio de la guerra, ni mucho menos, sino cuando se estaba decidiendo a nuestro favor).

Estos decretos aparecían siempre como los más recientes perfeccionamientos legislativos y sin embargo no presentaban ninguna concordancia ni tan sólo tenían en cuenta la legislación anterior. La tarea de conciliar todas estas ramas recaía en los teóricos de la jurisprudencia, pero éstos se ocupaban de ello con tan poca aplicación como éxito.

Entre latido y latido, estos decretos produjeron una imagen distorsionada de la delincuencia, profesional o no, en el país. Daba la impresión de que ni los robos, ni los asesinatos, ni la destilación de aguardiente, ni las

violaciones, se cometían en una u otra parte del país, de forma aleatoria y como consecuencia de la debilidad humana, la lujuria o las pasiones desatadas. ¡Ni mucho menos! Por todo el país los crímenes se producían, sorprendentemente, al unísono y con características uniformes. Hoy pululaban por todo el país sólo violadores, mañana asesinos, pasado destiladores, como un eco atento al último decreto gubernamental. ¡Diríase que cada especie criminal se ponía dócilmente a tiro, que estuviera esperando el decreto para desaparecer cuanto antes! Y justo emergía por todas partes aquel crimen que acababa de ser tipificado como más peligroso por nuestra sabia legislación.

El decreto sobre la militarización de los ferrocarriles hizo pasar por los tribunales a multitudes de mujeres campesinas y de adolescentes, la mayoría de los cuales habían trabajado en losferrocarriles en los años de la guerra, pero que, al no haber recibido previamente instrucción militar, eran los que más a menudo llegaban tarde y cometían infracciones. El decreto sobre incumplimiento de la norma obligatoria de jornadas de trabajo simplificaba el destierro de los koljosianos indolentes que querían como pago algo más que los *palotes* (**T38**) que les ponían frente al nombre. Si antes era preciso para ello un juicio y la aplicación de «contrarrevolución económica», ahora bastaba con una disposición del koljós refrendada por el Comité Ejecutivo del Distrito; además, para los propios koljosianos no podía dejar de ser un alivio que aún siguieran siendo deportados y no se les considerara enemigos del pueblo. (La norma obligatoria de jornadas de trabajo era distinta en cada región. La más favorable era la del Cáucaso — setenta y cinco jornadas — aunque de ahí también partirían muchos para cumplir ocho años en la región de Krasnoyarsk.)

Sin embargo, en este capítulo no pretendemos un estudio exhaustivo y provechoso de las riadas de comunes, profesionales o no. Pero llegados a 1947, no podemos silenciar uno de los más descomunales decretos de Stalin. Ya tuvimos ocasión, al referirnos a 1932, de mencionar la famosa ley 7/8, o «siete del ocho», una ley que permitió abundantes encarcelamientos, por una espiga, por un pepino, por dos patatas, por una astilla, por un carrete de hilo (aunque en el acta constaba «doscientos metros de material de costura», pues pese a todo les daba vergüenza escribir «un carrete de hilo»), siempre con la pena de diez años.

Pero las exigencias de la época, según las entendía Stalin, iban cambiando, y aquellos diez años que parecían suficientes a la espera de una guerra feroz, tras el «triunfo histórico de alcance universal» parecían una bagatela. Y de nuevo, despreciando el Código u olvidando que ya había en él innumerables artículos y decretos sobre hurtos y robos, se publicó el 4 de junio de 1947 un decreto que los abarcaba a todos y que los presos, sin perder el ánimo, enseguida bautizaron como el decreto «cuatro del seis».

La ventaja del nuevo decreto estaba, en primer lugar, en que era reciente: una vez promulgado el decreto se cometerían con más intensidad aquellos delitos concretos y quedaría asegurada una abundante riada de nuevos condenados. Pero su mayor ventaja estaba en las penas: si por miedo no era una sino tres («banda organizada») las muchachas que habían ido por espigas, o bien habían ido por pepinos o manzanas algunos crios de doce años, entonces les caían hasta *veinte* años de campo penitenciario. En las fabricas, sin embargo, la pena podía llegar a los *veinticinco* (esta pena, el *cuarto* [de siglo], pasaba a reemplazar la pena de muerte, abolida días antes humanitariamente). (**25**) Después de tanto tiempo por fin se hacía justicia: a partir de ahora ya no sólo se consideraba crimen de Estado la no denuncia política. Ahora también lo era no denunciar un delito común como el pillaje de bienes estatales o koljosianos y se castigaba con tres años de campo de reclusión o siete de destierro.

En los tiempos inmediatamente posteriores al decreto, divisiones enteras de subditos rurales y urbanos fueron enviados a desterronar las islas del Gulag, para relevar a los indígenas fallecidos. Cierto que estas riadas fluían a través de la policía y de los tribunales ordinarios, para no atascar las alcantarillas de la Seguridad del Estado, que estaban al máximo de su capacidad desde que empezó la posguerra.

Esta nueva línea de Stalin, según la cual, tras derrotar al fascismo, había que encarcelar con más saña, en mayores cantidades y por más tiempo que nunca, repercutió de inmediato, como es natural, en los presos políticos.

En 1948-1949, la sociedad asistió al incremento de la persecución y la vigilancia que se hizo notoria con la comedia, aunque trágica, de los *reincidentes*, inusitada incluso para los abusos de la justicia estalinista.

Se conoció así, en el lenguaje del Gulag, a los desdichados supervivientes de 1937, los que consiguieron superar diez años imposibles e invivibles, y que ahora, en 1947-1948, desmoronados tras el martirio, ponían su vacilante pie en la tierra de la *libertad* con la esperanza de apurar en silencio la poca vida que les quedaba. Pero la cruel inventiva (o un firme rencor, o una insaciable sed de venganza) sugirió al Generalísimo Vencedor una orden: ¡Encerrad de nuevo a todos esos inválidos, aunque no tengan nuevas culpas! Económica y políticamente le resultaba incluso perjudicial atascar la máquina devoradora con sus propios desechos. Pero Stalin lo dispuso precisamente así. Fue un caso en el que el personaje histórico se impone de forma caprichosa a la necesidad histórica. (**T39**)

Y vinieron por todos ellos, apenas aclimatados a sus nuevos lugares de residencia, a sus nuevas familias. Los fueron cogiendo con el mismo paso cansino con que ellos mismos se arrastraban. Pero ya conocían de antemano todo el vía crucis. Ya no preguntaban «¿Por qué?», ni decían a sus parientes «volveré», se ponían la ropa más sucia, echaban picadura barata en la petaca que aún guardaban del campo penitenciario e iban a firmar el acta. (Siempre era lo mismo: «Estuvo usted preso?» «Sí.» «Pues tenga, otros *diez* años».)

Cayó entonces en la cuenta el Egócrata de que era poco meter en prisión a los supervivientes de 1937. ¡Había que encerrar también a los hijos de sus enemigos jurados! O si no crecerían y se les ocurriría vengarse. (O quizá fuera que después de una cena pesada había tenido un mal sueño con esos hijos.) Examinaron la cuestión, hicieron números: habían encerrado a los hijos, pero a pocos. Habían metido entre rejas a los hijos de los mandos militares, ¡pero no a todos los hijos de los trotskistas! Y fluyó la riada de los «hijos-vengadores». (Entre los hijos que arrastró estaban Lena Kósyreva, de diecisiete años, y Elena Rakóvskaya, de treinta y cinco).

Después de la gran mezcolanza europea, Stalin consiguió en 1948 fortalecer de nuevo los muros, construir un techo más bajo y llenar este espacio cerrado con el mismo aire viciado de 1937.

Y en 1948, 1949 y 1950, cayeron:

— los espías imaginarios (hace diez años habían sido germano-nipones, ahora, anglonorteamericanos);

— los creyentes (esta vez, sobre todo las sectas);

— los genetistas y seleccionadores, vavilonistas y mendelistas que aún no habían cazado;

— intelectuales que, simplemente, pensaban por su cuenta (con especial rigor, los estudiantes) y no temían bastante a Occidente. La moda era colgarles: VAT- elogio de la técnica norteamericana, VAD- elogio de la democracia norteamericana, PZ-admiración por Occidente.

Eran riadas parecidas a las de 1937, pero con otras condenas: ahora el rasero ya no era el patriarcal *chervónets,* sino el *cuarto* (de siglo) estaliniano. Ahora los diez años eran una condena infantil comparada con las demás condenas.

No fue pequeña, tampoco, la riada que produjo el nuevo decreto relativo a los divulgadores de secretos de Estado (y se consideraban secretos: la cosecha del distrito, cualquier estadística sobre una epidemia, el tipo de producción de cualquier taller o fabricucha, mencionar un aeropuerto civil, los itinerarios de los transportes urbanos, el apellido de un preso encerrado en un campo penitenciario). Por este decreto colgaban quince años.

Tampoco se descuidaron las riadas nacionalistas. Fluyó incesante la riada de los banderistas, capturados en los bosques, en el ardor del combate. Al mismo tiempo eran condenados a diez y a cinco años de campo penitenciario o destierro aquellos habitantes de las zonas rurales del oeste ucraniano que, de alguna manera, hubieran tenido relación con los guerrilleros: por haberles permitido pernoctar en su casa, por haberles dado una vez de comer, por no haberlos denunciado. A partir de 1950, aproximadamente, se inició también la riada de las esposas de dichos nacionalistas: las condenaban a diez años por no haberlos delatado y dificultar así el rápido exterminio de sus maridos.

Por estas fechas había terminado ya la resistencia en Lituania y Estonia. Pero en 1949 surgieron de allí las poderosas riadas de la nueva profilaxis social y de la nueva campaña de colectivización agraria. Trenes enteros salían de las tres repúblicas bálticas y llevaban al destierro siberiano tanto a los habitantesde las ciudades como a los del campo. (En estas repúblicas se deformó el ritmo histórico. En breves y apretados plazos tuvieron que repetir el camino de todo el país.) (**T40**)

En 1948 fue al destierro otra riada de carácter étnico más: la de los griegos del Azov, del Kubán y de Sujumi. En los años de la guerra no habían contraído ninguna mancha ante el Padre, pero ahora se vengaba de ellos. ¿Por su fracaso en Grecia, quizás? (**T41**) Es patente, pues, que esta riada fue también fruto de su demencia personal. La mayoría de los griegos fue a parar al destierro de Asia Central. Los descontentos, a los *izoliator* políticos.

Allá por 1950, esa misma venganza por la guerra perdida, o quizás el afán de compensar el balance de desterrados, arrastró hacia el Archipiélago también a los guerrilleros del ejército de Markos, entregados por Bulgaria.

En los últimos años de la vida de Stalin empezó a observarse con nitidez una riada de judíos (desde 1950 venían ya goteando como *cosmopolitas).* Para eso mismo habían fabricado el proceso contra los médicos. Estaba preparándose a todas luces una gran matanza de judíos.

Pero por primera vez en su vida sus designios no iban a verse cumplidos. Dios dispuso — parece ser que por medio de manos humanas — que abandonara para siempre sus costillas.

Creo que con lo expuesto hasta aquí queda demostrado que en el exterminio de millones de hombres, y en su destierro al Gulag, hubo una coherencia fría y meditada y un incansable tesón.

Que en nuestro país las cárceles nunca estuvieron vacías , sino repletas o incluso atiborradas.

Que mientras vosotros andabais gratamente ocupados con los inofensivos secretos del átomo, estudiabais la influencia de Heidegger en Sartre, coleccionabais reproducciones de Picasso, viajabais en coche-cama a los balnearios o terminabais de edificar vuestra dacha en las afueras de Moscú, los «cuervos» recorrían incansables las calles y la Seguridad del Estado llamaba, con los nudillos o el timbre, a las puertas.

Y creo que con lo expuesto queda demostrado también que los Órganos jamás vivieron de la sopa boba.

3. La instrucción del sumario

Si a los intelectuales de Chéjov, siempre sumidos en cábalas sobre qué pasaría al cabo de veinte, treinta o cuarenta años, les hubieran dicho que al cabo de cuarenta años iba a haber en Rusia interrogatorios con tortura, que se oprimiría el cráneo con un aro de hierro, (**26**) que se sumergiría a un hombre en un baño de ácidos, (**27**) que se le martirizaría, desnudo y atado, con hormigas y chinches, que se le metería por el conducto anal una baqueta de fusil recalentada con un infiernillo («el herrado secreto»), que se le aplastarían lentamente con la bota los genitales, o que como variante más suave, se le atormentaría con una semana de insomnio y sed y se le apalizaría hasta dejarlo en carne viva, ninguna obra de teatro de Chéjov tendría final: todos los personajes habrían ido a parar antes al manicomio.

Y no sólo los personajes de Chéjov, porque, ¿qué ruso normal de principios de siglo, incluido cualquier miembro del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, habría podido creerlo, habría podido soportar semejante calumnia lanzada al luminoso futuro? Algo que empezó a tejerse en el reinado de Alexéi Mijaílovich, que cuando Pedro I ya parecía una barbarie, y que en tiempos de Biron ya sólo podía aplicarse a diez o veinte personas, hasta llegar a ser completamente imposible con Catalina, ahora, en pleno esplendor

del gran siglo XX, en una sociedad concebida sobre principios socialistas, cuando ya teníamos aviones y habían aparecido el cine sonoro y la radio, se había convertido en la empresa no de un único ser malvado, no en un lugar oculto, sino de decenas de miles de hombres-fieras especialmente adiestrados contra millones de víctimas indefensas.

¿Basta acaso con calificar de horrible esta explosión de atavismo que esquivamente se ha dado en llamar «culto a la personalidad»? ¿Ó que en aquellos mismos años festejáramos el centenario de Pushkin? ¿O que se representaran desvergonzadamente esas mismas obras de teatro de Chéjov, por mucho que ya se hubiera dado respuesta a ellas? ¿Y no es aún más terrible que treinta años después nos digan que no hablemos de esto? ¡Porque recordar el sufrimiento de millones de personas va a desfigurar la perspectiva histórica! ¡Porque si excavamos la esencia de nuestras costumbres, vamos a empañar nuestro progreso material! Recordad mejor los altos hornos encendidos, los trenes de laminación, los canales abiertos..., no, de los canales es mejor que no..., hablad entonces del oro de Kolymá, no, (**T42**) de eso tampoco... ¡Pues claro que se puede hablar de todo! Pero sabiendo encontrar el tono, ensalzando...

Visto así tampoco comprendo por qué condenamos la Inquisición. ¿Acaso, además de las hogueras, no organizaba solemnes ceremonias religiosas? No comprendo por qué sentimos aversión por el régimen de servidumbre. En realidad, el campesino podía trabajar todos los días.

Y podía cantar villancicos por Navidad, y las muchachas trenzaban coronas por la Trinidad... (**T43**)

.-.-.-.-.-.-.-.-.-

El carácter excepcional que hoy día la leyenda oral y escrita atribuye al año 1937 se basa en la supuesta creación por aquel entonces de los delitos imaginarios y en la tortura.

Pero esto no es cierto, no es exacto. En diferentes años y décadas, la instrucción de un sumario por el Artículo 58 casi nunca pretendía el esclarecimiento de la verdad, sino que era un procedimiento rutinario y sucio: al hombre recientemente libre, a veces orgulloso y siempre mal preparado, se le doblegaba, se le hacía pasar por un estrecho tubo en el que las lañas ¿el armazón le desgarraban los costados, donde no podía respirar, de modo que ansiara llegar al otro extremo. Pero el otro extremo lo expulsaba ya listo para habitar en el Archipiélago y lo depositaba en la tierra prometida.

(Sólo los bobos se resisten obstinadamente: creen que una vez dentro del tubo puede haber también una vuelta atrás.) Cuanto más se alejan esos años sin constancia escrita, tanto más difícil resulta reunir los dispersos testimonios de los supervivientes. Y éstos nos dicen que la creación de procesos falsos empezó ya en los primeros tiempos de los Órganos, para que fuera perceptible su imprescindible e incesante celo protector, no fuera a ser que con el descenso de enemigos llegara el aciago día en que *desapareciera*. (**T44**).

Como puede verse en el proceso contra Kósyrev, (**28**) la posición de la Cheká ya era endeble a principios de 1919. Leyendo periódicos de 1918, tropecé con un comunicado oficial que daba cuenta del descubrimiento del horrible complot de un grupo de diez hombres que querían (¡de momento sólo *querían!)* izar al tejado del Hospicio Infantil unos *cañones* (¡menuda altura!), y bombardear el Kremlin desde allí. Eran diez personas (entre ellas había, quizá, mujeres y adolescentes) y no se sabe cuántos cañones. ¿De dónde sacarían los cañones? ¿De qué calibre eran? ¿Cómo pensaban subirlos por la escalera hasta el desván? ¿Cómo los emplazarían sobre un tejado que hace pendiente? ¿Cómo impedirían que retrocedieran al disparar? Y sin embargo, esta fantasía, que superaba los montajes de 1937, ¡se leía!, ¡se le daba crédito! Igualmente falso fue el «caso Gumiliov» en 1921. (**29**) Aquel mismo año, la Cheká de Riazán montó un caso falso sobre un «complot» de la intelectualidad local (pero las protestas de unos valientes pudieron llegar a Moscú, y se cerró el caso). En ese mismo año 1921 fusilaron a todos los miembros del «Comité Sapropel» adscrito a la Comisión de Protección de la Naturaleza. Por poco que uno conozca la manera de ser y el talante de los círculos científicos rusos de aquel tiempo — y si no miramos hacia aquellos años a través de una cortina de fanatismo — seguramente podremos imaginar, sin escarbar demasiado, qué había detrás de ese proceso.

El 13 de noviembre de 1920, en una carta a la Cheká, Dzerzhinski alude a que ésta «a menudo da curso a declaraciones calumniosas».

He aquí lo que recuerda E. Doyarenko de 1921: sala de ingresos de la Lubianka, 40-50 catres, toda la noche traen mujeres y más mujeres. Nadie sabe de qué se las acusa, la impresión general es que las han detenido sin motivo. En toda la celda sólo hay una mujer que lo sabe: por eserista. Primera pregunta de Yagoda: «Así pues, ¿por qué has venido a parar aquí?». Es decir: dínoslo tú misma, ¡ayúdanos a condenarte! ¡Y cuentan exactamente lo mismo de la GPU de Riazán en 1930! Total sensación de que están encarcelados sin motivo. Hasta tal punto les faltaban motivos que a I.D.T. le acusaron-de apellido falso. (Y aunque éste era auténtico, le cayeron tres años por el Artículo 58-10 gracias a la OSO.) Cuando no sabía por dónde agarrarte, el juez de instrucción te preguntaba: «¿Cuál es su trabajo?», «Economista». «Escriba una nota explicando la planificación en su fábrica y cómo se realiza. Luego sabrá por qué le han arrestado.» (En la nota ya encontraría algún cabo suelto.)

¿No nos han acostumbrado, al cabo de tantas décadas, a que nadie vuelve *de allí?* Excepto el breve y premeditado movimiento de retroceso de 1939, sólo pueden oírse contadísimos testimonios aislados sobre la puesta en libertad de un hombre a resultas de la instrucción. Y además, a ése lo volvían a encarcelar al poco tiempo, o bien lo soltaban de verdad, pero para vigilarlo. Así se abrió la tradición de que los Órganos jamás cometían errores. Entonces, ¿cómo puede ser que encarcelaran a inocentes?

El Diccionario Razonado de Dal establece la siguiente distinción: «la *diligencia previa* difiere de la *instrucción del sumario* en que ésta se lleva a cabo con anterioridad para asegurarse de que existe fundamento para proceder a la instrucción».

¡Bendita inocencia! ¡Los Órganos nunca supieron de diligencias previas! Las listas recibidas de arriba, una primera sospecha, la denuncia de un confidente, o incluso anónima, (**30**) acarreaban la detención y luego la inevitable acusación. El tiempo destinado a la instrucción no se dedicaba a esclarecer el delito sino, en el noventa y cinco por ciento de los casos, a cansar, agotar y extenuar al acusado, hasta hacerle desear incluso que le cortaran la cabeza de un hachazo con tal de terminar cuanto antes.

En 1919 el principal método del juez de instrucción ya era poner su pistola sobre la mesa.

Ello sucedía tanto en la instrucción sumarial por delitos «políticos» como «económicos». En el proceso de la Dirección Central del Combustible (1921), la acusada Majróvskaya formuló una queja porque durante la instrucción del sumario la habían obligado a tomar cocaína. El fiscal lo rebatió: «Si hubiera declarado que la habían tratado groseramente, *que la habían amenazado con fusilarla*, mal que bien, *aún habría sido posible creerlo con reservas»*. (**31**)La pistola amenazadora sobre la mesa, a veces apuntando al detenido, y el juez sin tomarse la molestia siquiera de inventar un delito: «Dímelo tú, ¡lo sabes de sobra!». Así lo exigía en 1923 el juez Jaikin a Skrípnikova, así se lo exigían en 1929 a Vitkovski. Un cuarto de siglo después nada había cambiado. En 1952, a esta misma Anna Skrípnikova, que iba ya por su *quinta* condena, el jefe del departamento de investigación del Ministerio de la Seguridad del Estado en Ordzhonikidze, Sivakov, le dijo: «El médico de la cárcel nos ha informado de que estás a 24/12 de tensión. Aún me parece poco, canalla (la mujer tenía más de cincuenta años), te haremos llegar a treinta y cuatro para que revientes, víbora, sin moretones, sin golpes, sin fracturas. ¡Nos basta con no dejarte dormir!». Y si ya de día, en su celda después de una noche de interrogatorios, Skrípnikova cerraba los ojos, irrumpía el carcelero rugiendo: «¡Abre los ojos o te saco del catre por los pies y te ato de pie a la pared!».

En 1921 predominaban también los interrogatorios nocturnos. En esta misma época se enfocaban faros de automóvil a la cara (Cheká de Riazán, Stelmaj). Y en 1926, en la Lubianka (testimonio de Berta Gandal), se utilizaba la «calefacción Amósov» para llenar la celda, bien con aire frío, bien con aire fétido, según. También tenían una cámara de corcho en la que faltaba el aire y, por si fuera poco, se aumentaba la temperatura. Parece ser que el poeta Kliúyev estuvo en una de estas cámaras, y también Berta Gandal. Vasili Alexándrovich Kasiánov, uno de los que participaron en la insurrección de Yaroslavl en 1918, cuenta que se iba aumentando la temperatura de la cámara hasta que la sangre brotara por los poros; cuando veían por la mirilla que había llegado ese momento, metían al detenido en una camilla y lo llevaban a firmar el acta.

Conocidos son los procedimientos «calurosos» (y «salados») del periodo «del oro». En Georgia, en 1926, a los acusados les quemaban las manos con cigarrillos; en la prisión de Meteji, los empujaban a oscuras a una piscina llena de aguas fecales. La explicación resulta bien simple: si hay que mantener la acusación a toda costa, resultan indispensables las amenazas, la violencia y los tormentos, y cuanto más descabellada sea la acusación más cruel deberá ser el interrogatorio para arrancar la confesión. Y como siempre hubo falsos procesos, también son cosa de siempre la violencia y los tormentos; no son, pues, un atributo de 1937, sino una característica generalizada. Por esto extraña leer algunas veces en las memorias de antiguos presos que «la tortura se permitió a partir de la primavera de 1938». (**32**) No hubo jamás obstáculos espirituales ni morales que impidieran a los Órganos recurrir a la tortura. En el primer año tras la revolución, en el *Semanario de la Cheká*, en *La espada roja* y en *El terror rojo* se hablaba abiertamente de la posibilidad de emplear la tortura desde un punto de vista marxista. Y a juzgar por lo que vino después, la conclusión debió de ser afirmativa, aunque no universal.

Sería más exacto hablar del año 1938 en estos términos: si hasta ese año la aplicación de torturas había exigido algunos trámites y una autorización para cada caso (aunque fuera fácil de obtener), en 1937-1938, dado lo excepcional de la situación (unos millones de hombres debían ir al Archipiélago y eso requería aplicar a cada uno un proceso sumarial en el breve plazo que se había impuesto, cosa que no se dio en las riadas masivas de los «kulak» ni de las nacionalidades), se permitió a los jueces de instrucción la violencia y el tormento sin cortapisas, según su propio criterio, como requirieran su trabajo y el plazo fijado. Tampoco iban a reglamentarse las variedades de tortura: se iba a dar rienda suelta al ingenio.

En 1939 se abolió esta amplia permisividad general y de nuevo se exigió autorización escrita para aplicar la tortura (por lo demás, las simples amenazas, el chantaje, el engaño, el insomnio forzoso y los calabozos no se prohibieron nunca). Sin embargo, al final de la guerra y en los años de posguerra se establecieron por decreto unas categorías determinadas de detenidos a quienes estaba permitido aplicar una amplia gama de tormentos. Entraron en estas categorías los nacionalistas, sobre todo los ucranianos y los lituanos, especialmente cuando había o se presumía que existía una red clandestina que era preciso desenmascarar sonsacando todos los nombres a los que ya estaban detenidos. Por ejemplo, en el grupo de Romualdas Prano Skirius había cerca de cincuenta lituanos. En 1945 se les acusó de pegar octavillas antisoviéticas. Como quiera que en aquella época faltaban cárceles en Lituania, los enviaron a un campo penitenciario cerca de Velsk, en la región de Arjánguelsk. Unos fueron torturados, otros simplemente no pudieron resistir el doble régimen — de interrogatorios y de trabajos forzados — y el resultado fue que, de los cincuenta, todos *confesaron*, del primero al último. Pasó algún tiempo, y desde Lituania informaron de que se había encontrado a los auténticos autores de las octavillas, y que por tanto esos *otros ¡no tenían nada que ver!* En 1950 encontré en la prisión de tránsito de Kuíbyshev a un ucraniano de Dnepropetrovsk del que habían querido obtener «conexiones» y nombres torturándolo por muchos procedimientos, incluyendo el de un calabozo para estar de pie, con una barra que se introducía cuatro horas al día para que se apoyara (y durmiera). Después de la guerra torturaron también a Levin, miembro correspondiente de la Academia de Ciencias.

Tampoco sería cierto atribuir al año 1937 el «descubrimiento» de que la confesión del acusado era más importante que toda clase de pruebas y de hechos. Eso ya se había empezado a plantear en los años veinte. En 1937 lo único que sucedió es que maduró la brillante doctrina de Vyshinski (**T45**) De todos modos, por aquel entonces sólo la pudieron conocer los jueces de instrucción y los fiscales, para consolidar su templanza moral, mientras que nosotros, todos los demás, sólo supimos de ella veinte años después. Nos enteramos cuando los periódicos empezaron a vilipendiarla en oraciones subordinadas y en párrafos secundarios, en unos artículos que trataban de esta doctrina como si fuera algo sobradamente conocido desde hacía mucho.

Resulta que en este año de horrible recuerdo, en un informe que adquiriría fama entre los especialistas, Andrei Yanuárievich (vienen ganas de llamarlo Jaguárievich) Vyshinski, en el espíritu de la más flexible dialéctica (que no permitimos ni a los subditos del Estado, ni ahora tampoco a las máquinas electrónicas, pues para ellas *sí* es *sí* y *no* es *no*), recordaba que el hombre nunca tiene la posibilidad de establecer la verdad absoluta, sino sólo la relativa. Y de aquí daba un paso que los juristas no se habían atrevido a dar en dos mil años: por consiguiente, tampoco la verdad que establecen la instrucción del sumario y el juicio

puede ser absoluta sino sólo relativa. Por esto, al firmar una sentencia de muerte nunca podremos estar *absolutamente* seguros de que ajusticiasen a un culpable, sino sólo con cierto grado de aproximación, bajo determinados supuestos, en cierto sentido. (Quizás el propio Vyshinski necesitaba entonces de este consuelo dialéctico tanto como sus oyentes. Al gritar desde su escaño de fiscal: «¡Hay que fusilarlos a todos como a perros rabiosos!», (**T46**) él, malvado a la vez que inteligente, sabía a la perfección que los acusados estaban libres de culpa. Con tanto mayor apasionamiento, seguramente, él y ese puntal de la dialéctica marxista que era Bujarin, emperifollaban con adornos dialécticos la mentira judicial: para Bujarin subir al patíbulo sin culpa alguna era una muerte estúpida e impotente en exceso, ¡incluso *tuvo necesidad* de hallar su propia culpa! A Vyshinski le agradaba más sentirse un lógico que un canalla declarado.)

De ahí una conclusión harto pragmática: era una inútil pérdida de tiempo buscar pruebas absolutas (las pruebas son todas relativas), o testigos indudables (podrían contradecirse). Las pruebas de culpabilidad son *relativas,* aproximadas, y el juez de instrucción puede dar con ellas incluso sin conocimiento de los hechos y sin testigos, sin necesidad de abandonar su despacho, «basándose no sólo en su inteligencia sino también en su intuición de comunista, en su *firmeza moral»* (es decir, en la ventaja de un hombre que ha dormido, que está bien comido y no ha recibido palizas), y «en su carácter» (es decir, en su ansia de crueldad).

Qué duda cabe: como definición era muchísimo más elegante que las instrucciones de Latsis. Pero la esencia era la misma.

Sólo en una cosa se quedó corto Vyshinski y dejó de lado la lógica dialéctica: inexplicablemente dejó que la bala continuara siendo absoluta.

De este modo, desarrollándose en espiral, las conclusiones de la jurisprudencia progresista volvían a los puntos de vista de la época Antigua o de la Edad Media. Como los verdugos medievales, nuestros jueces instructores, nuestros fiscales y nuestros presidentes de tribunal aceptaban como principal prueba de culpabilidad las confesiones de los encausados. (**33**)

Sin embargo, el rudo medioevo no había empleado más que procedimientos pintorescos y espectaculares para arrancar la deseada confesión: el potro, la rueda, el brasero, el erizo, la picota. En el siglo veinte, con el desarrollo de la medicina y nuestra considerable experiencia carcelaria (no faltó quien tratara con toda seriedad este tema en una tesis doctoral), se llegó a la conclusión de que tanta prodigalidad de medios resultaba superflua e incluso engorrosa en caso de aplicación masiva. Y además...

Además, se daba claramente otra circunstancia: como siempre, Stalin se había guardado la última palabra; sus subordinados tenían que intuir por sí mismos, de manera que al chacal le siguiera quedando una guarida adonde escabullirse y escribir «Los éxitos se nos suben a la cabeza». (**T47**) Con todo, era la primera vez en la historia de la humanidad que se sometía a millones de personas a una tortura planificada, y a pesar de todo su poder, Stalin no podía estar absolutamente seguro del éxito. Aplicado a gran escala, el experimento podía discurrir de manera distinta a cuando se había realizado en pequeñas proporciones. En cualquier caso, Stalin debía mantener su orla de pureza angelical. (Y sin embargo las circulares del Comité Central de los años 1937 y 1939 contenían la indicación de «medidas físicas».)

Cabe suponer que por esto no existía una enumeración de torturas y vejaciones puesta en manos de los jueces recién salida de la imprenta. Se limitaron a exigir que cada sección de instrucción entregara a los tribunales en un plazo determinado un número dado de borregos convictos y confesos. Se *limitaban a decirles* (verbalmente, pero a menudo) que toda medida y procedimiento era bueno, por cuanto se buscaba un gran objetivo: no exigir responsabilidades a un juez de instrucción por la muerte de un acusado; y hacer que el médico de la prisión intervenga lo menos posible en el curso de la instrucción. Es probable que se organizaran intercambios de experiencias entre camaradas, para «aprender de los de vanguardia»; y — ¿por qué no? — que se anunciara un «incentivo material», un aumento del salario por las horas nocturnas, unas primas por reducir los plazos de la instrucción sumarial; o que advirtieran a los jueces de que, bueno, si no sacaban el trabajo adelante... Y puestas así las cosas, si en algún centro provincial del NKVD pinchaban un hueso, también su jefe estaría limpio ante Stalin: ¡El no había dado órdenes directas de emplear torturas! ¡Pero al mismo tiempo facilitaba que se aplicaran!

Al comprender que sus superiores se cubrían las espaldas, una parte de los jueces de instrucción supeditados a ellos (aunque no los que se embriagaban con la crueldad) también procuraba empezar con métodos más suaves, y si había que pasar a otros más fuertes, evitaba aquellos que dejan huellas demasiado claras: un ojo vaciado, una oreja cortada, una espina dorsal rota, e incluso un moretón que cubría todo el cuerpo.

Por eso no observamos en el año 1937 una unidad total de procedimientos — excepto el del insomnio — en los diferentes centros provinciales ni entre los diferentes jueces de instrucción de un mismo centro. Dice el rumor que se distinguieron por la crueldad de sus torturas Rostov del Don y Krasnodar. En Krasnodar inventaron algo muy original: obligaban a los detenidos a firmar hojas en blanco para luego rellenarlas con mentiras. A fin de cuentas, para qué molestarse con torturas si en 1937 no había desinfección en las prisiones, pero sí tifus, o cadáveres que permanecían hasta cinco días en aquella estrechez humana. A los que se volvían locos los remataban en el pasillo a bastonazos.

Había pese a todo algo en común: que se daba preferencia a los métodos, por así decirlo, *suaves* (enseguida veremos cómo eran), y éste era un camino infalible. Porque el equilibrio humano se mantiene dentro de unos límites muy estrechos y no se necesitaba en absoluto de un potro ni de un brasero para hacer perder el juicio a un hombre corriente.

Intentaremos enumerar algunos de los métodos más sencillos para quebrar la voluntad y la personalidad del detenido sin dejar huellas en su cuerpo.

Empecemos por los métodos *psíquicos.* Aplicados a los borregos que nunca se han preparado para sufrir prisión, estos procedimientos tienen una fuerza enorme y hasta destructora, aunque tampoco son cosa fácil para el que tenga firmes convicciones.

1. Empecemos por algo tan simple como la propia noche . ¿Por qué siempre se prefiere *la noche* para quebrar las almas? ¿Por qué desde sus primeros tiempos los Órganos escogieron la noche ? Pues porque de noche, arrancado del sueño (aunque no esté sometido a insomnios forzosos), el detenido no puede tener el mismo equilibrio y serenidad que de día, es más maleable.

2. La *persuasión* en tono sincero. Es el más simple. ¿Para qué jugar al ratón y al gato? Después de haber estado encerrado algún tiempo con otros acusados, el detenido ya ha podido captar el ambiente general. Y el juez de instrucción le dice con amistosa indolencia: «Ya lo ves, de todos modos te van a condenar. Pero si te resistes, *te pudrirás* en la cárcel y perderás la salud. En cambio, en el campo penitenciario te dará el aire, verás la luz... Así que mejor firmas ya, sin darle más vueltas». Muy lógico. Lo prudente sería acceder a firmar, siempre que... ¡Siempre que la cosa fuera sólo contigo! Pero raramente es así. Y no hay más remedio que resistirse.

Hay otra variante de la persuasión, para quienes son miembros del partido. «Si en el país hay escasez y hasta hambre, como bolchevique debes tomar una postura firme: ¿Puedes pretender que la culpa sea de todo el partido? ¿Del régimen soviético en pleno?» «¡Por supuesto que no!», se apresura a responder el director de un centro distribuidor de lino. «¡Pues ten el valor de cargar tú con la culpa!» ¡Y dijo que sí!

3. El *insulto* soez. Es un procedimiento sencillo, pero que puede ser de gran eficacia con personas educadas, delicadas, de natural sensible. Conozco dos casos de sacerdotes que cedieron ante una simple palabrota. La instrucción sumarial de uno de ellos (Butyrki 1944) la llevaba una mujer. Al principio, el sacerdote no se cansaba de alabar entre sus compañeros de celda la amabilidad de aquella mujer. Pero un día volvió apesadumbrado y estuvo dudando un buen rato antes de contar con qué arte había empezado la mujer a *soltar tacos*, con una pierna sobre la otra. (Lástima que no pueda citar aquí alguna de sus frasecitas.)

4. El ataque por *contraste psicológico*. Los cambios bruscos: todo el interrogatorio, o parte de él, ha sido extremadamente cortés, se ha llamado al detenido por su nombre y patronímico, se le ha prometido el oro y el moro. Pero, de repente, se levanta en el aire el pisapapeles: «¡Ah, reptil! ¡Te mereces nueve gramos en la nuca!», y con los brazos extendidos, como si quisiera agarrarlo por los pelos, como si las uñas terminaran en agujas, se le echa uno encima (este método resulta espléndido con las mujeres).

Una variante: se van turnando dos jueces, uno sacude y tortura, el otro es simpático, casi cordial. El detenido tiembla cada vez que entra en el despacho: ¿Con cuál me va a tocar? Con este contraste el encausado está dispuesto a firmarle al segundo juez lo que sea, incluso lo que no hubo.

5. La *humillación* previa. En los célebres sótanos de la GPU de Rostov («La casa número treinta y tres»), bajo los gruesos cristales de la acera (era un antiguo almacén) a los detenidos que esperaban interrogatorio los tumbaban boca abajo en el pasillo, prohibiéndoles levantar la cabeza y decir una sola palabra. Los tenían como mahometanos en rezo hasta que el carcelero les tocaba el hombro y los llevaba a declarar. A Alexandra Ova los de la Lubianka no consiguieron arrancarle una sola de las declaraciones que necesitaban. La trasladaron a Lefórtovo. En la sala de ingresos, la carcelera le ordenó que se desnudara, como si tal fuera la normativa, se llevó sus ropas y la encerró desnuda en un box. Llegaron entonces los celadores varones, que se pusieron a contemplarla a través de la mirilla, a reírse y hacer comentarios sobre su figura. Preguntando, seguramente podrían reunirse muchos otros ejemplos. El objetivo era el mismo: crear un estado depresivo.

6. Cualquier procedimiento para *turbar* al detenido. He aquí cómo fue interrogado F.I.V. de Krasnogorsk, en la región de Moscú (comunicado por LA. p-ev.). En el curso del interrogatorio, la juez se desnudó ante él por etapas *(¡strip-tease!),* pero siguió con sus preguntas como si nada, estuvo paseándose por la habitación, se acercó a él e insistió en que cediera y declarara. Quizá fuera una necesidad íntima de aquella mujer, pero también podría ser un cálculo frío: ¡Al detenido se le enturbiará la mente y firmará! Además, ella no se arriesgaba a nada: tenía la pistola y el timbre bien a mano.

7. La *intimidación.* Era el método más utilizado y diverso. A menudo iba acompañado de la seducción y la promesa, falsa, por supuesto. Año 1924: «¿No quiere confesar? Pues tendrá que pasarse por Solovki. Pero a los que confiesan los soltamos». Año 1944: «De mí depende a qué campo vas a ir. Hay campos y campos. Ahora, hasta tenemos trabajos forzados. Si eres sincero te pondremos en un sitio suave; si te obstinas, veinticinco años trabajando bajo tierra y con grilletes». O te podían intimidar con una cárcel más dura: «Si te resistes te trasladaremos a Lefórtovo (si estabas en la Lubianka), o a Sujánovka (si estabas en Lefórtovo), y allí no se habla con los presos de esta manera». Y es que has acabado por acostumbrarte: a fin de cuentas el régimen en esta cárcel *no está tan mal,* ¿y qué suplicios me esperarían *allí?* Además, el traslado... ¿Y si cediera?

La intimidación funciona maravillosamente con aquellos que aún no están detenidos y que de momento sólo han sido citados a la Casa Grande para declarar. A uno (o a una) aún le queda mucho que perder, uno (o una) tiene miedo de todo: teme que no le suelten hoy, teme que le confisquen sus pertenencias, su vivienda. El está dispuesto a muchas declaraciones y concesiones con tal de evitar estos peligros. Ella, como es natural, no conoce el Código Penal, pero lo menos que se hace al empezar el interrogatorio es alargarle una hoja con un extracto falso del Código: «He sido advertida de que por declarar en falso..., 5 (cinco) años de prisión (en realidad, según el Artículo 95, el máximo son dos años), por negarme a declarar, 5 (cinco) años... (en realidad, por el Artículo 92, lo máximo son tres meses, y no de reclusión sino de trabajo correccional)». De este modo llegamos — y lo seguiremos viendo continuamente — a otro método procesal:

8. La *mentira. A* nosotros, los borregos, no nos está permitido mentir, pero el juez de instrucción miente sin parar, y nada tienen que ver con él todos estos artículos. Hasta tal punto hemos perdido el sentido de la medida que no nos preguntamos: ¿Y qué le pasa a él si miente? El puede poner ante nosotros tantas actas como le venga en gana con las firmas falsificadas de nuestros parientes y amigos, y no será más que un elegante procedimiento procesal.

La intimidación acompañada de seducción y mentira es el método fundamental para influir en los parientes del detenido llamados a declarar como testigos. «Si usted no declara tal cosa (lo que ellos exigen) será peor para él..., le va a buscar usted su perdición... (¿Cómo puede escuchar esto una madre?) Sólo firmando este papel (el que le ofrecen) podrá salvarlo (perderlo).» (**34**)

9. *Especular con el afecto* por los seres queridos también funcionaba maravillosamente con los detenidos. Era incluso la más eficaz de las intimidaciones: Utilizando el amor a la familia podía quebrarse al hombre

más intrépido. (¡Oh, cuánta perspicacia: «Los enemigos de un hombre son sus familiares»!) ¿Recuerdan a aquel tártaro que lo soportó todo — sus torturas y las de su esposa — pero no las de su hija? En 1930, la juez de instrucción Rimalis empleaba esta amenaza: «¡Arrestaremos a su hija y la pondremos en la celda de las sifilíticas!».

Amenazaban con encerrar a todos los que uno amaba. A veces con acompañamiento sonoro: tu esposa estaba ya encerrada, pero su destino dependía de tu sinceridad. La estaban interrogando en la estancia contigua. ¡Escucha! Y, efectivamente, se oía llorar y chillar a una mujer al otro lado de la pared (pero entre que todos los gemidos se parecen, la pared que hay por medio, el esposo que estaba con los nervios de punta, y además no era precisamente un experto, a veces te la estaban pegando con un disco, con la voz de una «esposa-tipo», soprano o contralto, obra de algún inventor para la racionalización del trabajo. Pero a veces no había trampa y te mostraban a través de una puerta acristalada a tu esposa caminando en silencio, cabizbaja y abatida). ¡Sí! ¡Tu esposa! ¡En los pasillos de la Seguridad del Estado! ¡La has perdido con tu tozudez! ¡Ya la han arrestado! (Cuando en realidad la habían citado simplemente por algún asunto de procedimiento sin importancia y en el momento convenido la habían dejado en el pasillo ordenándole: «¡No levante la cabeza si quiere salir de aquí!».) O te dan a leer una carta de tu mujer, de su puño y letra: «¡Reniego de ti! ¡Después de las mezquindades que me han contado de ti, ya no deseo saber nada de ti!». (Y como quiera que esposas de este tipo y cartas así no son ni mucho menos imposibles en nuestro país, no te queda otro recurso que consultar con tu alma: ¿También mi mujer?)

El juez de instrucción Goldman (1944), que intentaba obtener de V.A. Kornéyeva unas declaraciones contra otras personas, la amenazó: «Te confiscaremos la casa y pondremos a tus viejas de patitas en la calle». Convencida y firme en su fe, Kornéyeva no temía en absoluto por su persona, estaba dispuesta el martirio. Pero, conociendo nuestras leyes, las amenazas de Goldman eran muy reales y ello la hacía temer por sus seres queridos. Cuando por la mañana, después de una noche de actas rechazadas y desgarradas, Goldman empezó a redactar una cuarta variante en la que la única acusada era ella, Kornéyeva firmó con alegría y con la sensación de haber obtenido una victoria moral. No hemos logrado conservar un instinto humano tan primario como es justificarse y rechazar las acusaciones falsas, ¡qué va! Somos felices si conseguimos cargar con toda la culpa nosotros solos. (**35**)

Así como ninguna clasificación de la Naturaleza tiene rígidas separaciones, *tampoco* aquí podemos separar claramente los métodos psíquicos de *los físicos. ¿A* qué método, por ejemplo, podrían adscribirse estas travesuras?

10. Procedimiento *sonoro.* Se sienta al acusado a una distancia de seis u ocho metros y se le obliga a decir todo en voz bien alta y a repetirlo. Para un hombre ya agotado no es nada fácil. O bien se hacen dos trompetillas de cartón y, junto con otro juez de instrucción al que se ha pedido ayuda, se pegan al detenido y le gritan en ambos oídos: «¡Confiesa, canalla!». El detenido queda aturdido y a veces hasta pierde el oído. Pero es un procedimiento poco económico, lo que pasa es que el trabajo de los jueces es muy monótono y también quieren divertirse, por eso le echan imaginación, a ver quién la hace más gorda.

11. Las *cosquillas.* Otra travesura. Te atan — o te sujetan — de pies y manos y te hacen cosquillas en la nariz con una pluma de ave. Al arrestado se le crispan los nervios, tiene la sensación de que le están trepanando el cerebro.

12. *Apagar un cigarrillo* en la piel del acusado (ya se ha indicado antes).

13. El procedimiento *lumínico.* Una intensa luz eléctrica las veinticuatro horas del día en la celda o en el box donde está encerrado el detenido, una bombilla de potencia desmedida para una pequeña estancia con paredes blancas (¡La electricidad que economizaban los colegiales y las amas de casa!). Se inflamaban los párpados y resultaba muy doloroso. Después, en el despacho del juez de instrucción, le enfocaban de nuevo lámparas domésticas.

14. O también esta ocurrencia. El 1 de Mayo de 1933, en la GPU de Jabarovsk, estuvieron toda la noche, *doce horas,* sin interrogar a Chebotariov. ¡No lo estuvieron interrogando sino que *lo estuvieron llevando* a

interrogatorio! ¡Fulano de tal, las manos atrás! Lo sacaban de la celda y rápidamente escaleras arriba, al despacho del juez. El vigilante se marchaba. Pero el juez sin haberle formulado una sola pregunta y a veces sin ni siquiera darle tiempo a sentarse, cogía el teléfono: ¡Llévense al de la 107! Se lo llevaban y lo conducían a la celda. Apenas se tendía en el catre chirriaba la cerradura: ¡Chebotariov! ¡A declarar! ¡Las manos atrás! Y una vez allí: ¡Llévense al de la 107! Por lo demás, los métodos coercitivos pueden empezar mucho antes de llegar al despacho del juez de instrucción.

15. La prisión empieza en el *box*, que quiere decir cajón o armario. Como primer paso en la cárcel, cogen a un hombre recién arrancado a la libertad, cuyo interior sigue aún en movimiento, dispuesto a esclarecer, a discutir, a luchar, y lo encierran en una cajita, a veces con una bombilla y con espacio para sentarse, a veces a oscuras y con un espacio en el que sólo puede estar de pie y aún aplastado por la puerta. Y lo tienen allí unas cuantas horas, medio día, un día entero. ¡Unas horas de completa incertidumbre! ¿Lo habrán emparedado para toda la vida? Jamás se ha visto en una situación así, no puede hacer conjeturas. Pasan estas primeras horas en el ardor de un intenso torbellino espiritual aún no sofocado. ¡Unos se desmoralizan, y éste es el momento de hacerles el primer interrogatorio! Otros se enfurecen, tanto mejor, acto seguido insultarán al juez de instrucción, cometerán una imprudencia y será más fácil endiñarles una acusación.

16. Cuando no había suficientes boxes, lo hacían también de la siguiente manera. En el NKVD de Novocherkask, a Yelena Strutínskaya la mantuvieron seis días en un pasillo sentada en una banqueta de manera que no pudiera recostarse en ninguna parte, sin dormir, sin caer ni levantarse. ¡Durante seis días! Intenten ustedes permanecer sentados así tan sólo seis horas.

También, como variante, podían sentar a un detenido en un taburete alto como los de los laboratorios, de manera que sus pies no llegaran al suelo y se le entumecieran de lo lindo. Lo dejaban así sentado de ocho a diez horas.

O bien, durante el interrogatorio, cuando el acusado está a la vista de todos, sentarlo en una silla corriente pero de la siguiente manera: en el extremo del asiento, en el borde mismo (¡Un poco más adelante! ¡Un poco mas!), de modo que no se caiga pero se le clave el borde dolorosamente durante todo el interrogatorio. ¿Sólo eso? Sí, sólo eso. Pruébelo.

17. Según las condiciones del lugar, el box puede sustituirse por *el foso de la división*, como era costumbre en los campos militares de Gorojovets durante la gran guerra patria. (**T48**) A esta fosa, de tres metros de profundidad por unos dos de diámetro, se arrojaba al preso, y lo tenían ahí metido varios días, a cielo abierto, a veces bajo la lluvia. Era a la vez celda y retrete. Y le bajaban con una cuerda trescientos gramos de pan, y agua. Imagínese en esa situación, además recién arrestado, cuando eres un manojo de nervios.

Ya sea porque todas las Secciones Especiales del Ejército Rojo recibieron las mismas instrucciones o bien porque compartieran una situación similar en campaña, el caso es que este procedimiento tuvo una gran difusión. Así, en la 36ª División de infantería motorizada, que había participado en la batalla de Jaljin-Gols y que en 1941 estaba destacada en el desierto de Mongolia, al recién arrestado, sin más explicaciones, le alargaban una pala (el jefe de la Sección Especial Samuliov) y le ordenaban excavar una zanja de las medidas exactas de una tumba (¡un procedimiento que *enlaza*, pues, con el psicológico!). Cuando el detenido había profundizado hasta la cintura, detenían la excavación y le ordenaban que se sentara en el fondo: la cabeza ya no quedaba visible. Un solo centinela vigilaba varias zanjas de este género y parecía que no hubiera nada a su alrededor. (**36**) En aquel desierto los acusados soportaban el tórrido calor mongol con la cabeza descubierta, y el frío nocturno sin abrigo, sin torturas, eso sí. ¿Para qué iban a malgastar energías en ellas? Y mirad qué ración: *cien gramos de pan y un vaso de agua* al día. El teniente Chulpeniov, un gigantón de veintiún años, boxeador, estuvo así un mes. A los diez días estaba plagado de piojos. A los quince días lo llamaron por primera vez a declarar.

18. Poner al acusado *de rodillas*, pero no en sentido figurado sino en el literal: arrodillado sin apoyarse en los talones y con la espalda recta. En el despacho del juez de instrucción o en el pasillo se le podía obligar a permanecer así doce horas, veinticuatro y hasta cuarenta y ocho. (El juez podía marcharse a casa, dormir, divertirse; era un sistema bien elaborado: junto al hombre de rodillas se ponía un puesto de guardia y se

relevan los centinelas.) (**37**) ¿A quien convenía poner de esta manera? Al que ya estaba desmoralizado, al que ya se inclinaba a ceder. Daba buen resultado con las mujeres. Ivanov-Razúmnik comunica una variante de este método: después de haber puesto al joven Lordkipanidze de rodillas, ¡el juez de instrucción se le meó en la cara! ¿Y qué pasó? Después de haberlo aguantado todo, con esto, Lordkipanidze se desplomó. Por lo tanto, también funciona espléndidamente con los orgullosos...

19. O basta con obligarle a *estar de pie.* Se le puede dejar de pie sólo durante los interrogatorios, y eso cansa y quiebra lo suficiente. También se le puede dejar que preste declaración sentado, pero siempre que permanezca de pie entre interrogatorios (se coloca un centinela y el vigilante cuida de que no se apoye en la pared, y si se duerme y se derrumba le propina unos puntapiés para que se levante). A veces, veinticuatro horas seguidas de pie son suficientes para que un hombre desfallezca y declare lo que haga falta.

20. Es habitual que, cuando a un detenido se le tiene de pie durante tres, cuatro o cinco días *no se le dé de beber.*

Cada vez resultan más claras las posibilidades de combinación entre procedimientos psicológicos y físicos. Se comprende también que todas las medidas precedentes puedan combinarse con:

21. El *insomnio,* que no supieron valorar en la Edad Media: no sabían que los márgenes dentro de los cuales el hombre conserva su personalidad son muy estrechos. El insomnio (unido además al estar de pie, la sed, la luz cegadora, el terror y la incertidumbre. ¿En qué quedan tus torturas ante esto, Edad Media?) nubla la razón, socava la voluntad, el hombre pierde su «yo». (Es el *Ganas de dormir,* de Chéjov, aunque ahí era mucho más suave, pues la niña podía tenderse un poco, dar reposo a su conciencia durante un minuto que le refresca salvadoramente el cerebro.) (**T49**) Cuando un hombre actúa medio inconsciente, o completamente inconsciente, no debemos culparle por las declaraciones que haya podido hacer...

Imagínense en este estado de turbación a alguien que además es extranjero y no conozca el ruso, y que le den algo a firmar. Así fue como el bávaro Jupp Aschenbrenner firmó que había trabajado en una cámara de gas. Sólo en 1954 consiguió demostrar, ya en el campo penitenciario, que en aquella época estaba en Munich asistiendo a unos cursos de soldadura eléctrica.

Te lo decían así: «No ha sido sincero en sus declaraciones, por tanto no se le permite dormir!». A veces se mostraban más refinados, no te ponían de pie sino que te sentaban en un sofá mullido que predisponía de forma especial a dormir (el vigilante de turno se sentaba a tu lado en el sofá y te daba una patada cada vez que fruncías los ojos). He aquí cómo describe una víctima (que previamente había pasado días enteros en un box lleno de chinches) sus sensaciones después de esta tortura: «Tenía escalofríos por la gran pérdida de sangre. Tenía las membranas oculares secas, como si alguien sostuviera un hierro candente ante mis ojos. Se hincha la lengua de sed y pincha como un erizo al menor movimiento. Los espasmos de la glotis te rajan la garganta».

El insomnio es un gran medio de tormento y no deja ninguna huella visible, ni siquiera motivos de denuncia si se presentase mañana mismo una improbable inspección. (**38**) «¿Que no le dejan dormir? ¡Y qué se cree, que está en un balneario ! Los agentes que han estado con usted tampoco han dormido» (pero descansaban de día). Podemos afir-mar que el insomnio se convirtió en el procedimiento universal de los Órganos, que dejó de ser un tipo de tortura para convertirse en método reglamentario y que se utilizó de la forma más económica, sin recurrir a ninguna clase de centinelas. En todas las prisiones judiciales no se permitía dormir ni un minuto entre el toque de diana y el de retreta (en Sujánovka y en otras prisiones más, de día retiraban los catres contra la pared; en otras, sencillamente, no dejaban tenderse, ni siquiera bajar los párpados estando sentado). Y los principales interrogatorios eran siempre de noche. Era automático: el que estaba sometido a la instrucción del sumario no tenía tiempo para dormir por lo menos durante cinco días a la semana (la noche del sábado y del domingo los jueces de instrucción procuraban descansar).

22. Como perfeccionamiento del punto anterior: la *cadena de jueces.* El detenido no sólo no dormía, sino que durante tres o cuatro días lo interrogaban sin cesar varios jueces que iban turnándose.

23. El *box piojoso* que ya hemos mencionado. Un oscuro armario de tablas infestado de piojos, los había a centenares, puede que a miles. Se le quitaba la chaqueta o la guerrera al acusado y acto seguido se abatían sobre él los hambrientos piojos, arrastrándose por las paredes y cayendo desde el techo. Primero, luchaba encarnizadamente contra ellos, los aplastaba sobre su cuerpo, contra las paredes, ahogándose con su hedor, pero al cabo de unas horas desfallecía y se dejaba chupar la sangre sin protestar.

24. Los *calabozos.* Por mal que se esté en una celda, el calabozo siempre es peor, y en él la celda siempre se te antoja el paraíso. En el calabozo te desgastan de hambre, y muchas veces de *frío* (en Sujánovka hay también calabozos *ardientes).* Por ejemplo, los calabozos de Lefórtovo no tienen calefacción y sólo hay radiadores en los pasillos, aunque, de todos modos, en estos pasillos «calientes» los celadores no se están quietos y hacen la ronda con botas de fieltro y chaquetas enguatadas. En cambio, al preso lo dejaban en paños menores y a veces sólo en calzoncillos, y debía permanecer inmóvil (por la estrechez del lugar) en el calabozo de tres a cinco días (sólo al tercer día le daban un bodrio caliente). En los primeros minutos uno pensaba: no lo aguantaré ni una hora. Pero no se sabe por qué milagro el hombre permanecía allí sus cinco días, aunque contrayendo quizás una enfermedad para toda la vida.

Los calabozos tenían sus variantes: los había con humedad y con agua. En la cárcel de Chernovitsi, después de la guerra, tuvieron a Masha G. dos horas descalza con *agua helada hasta el tobillo.* ¡Confiesa! (Tenía dieciocho años. ¡Cómo lamentaría el mal que sufrieron sus pies, y cuánto debía vivir con ellos aún!)

25. ¿Cabe considerar como una variedad del calabozo el *encerrar a uno de pie en un nicho?* Ya en 1933, en la GPU de Jabarovsk, le aplicaron esta tortura a S.A. Chebotariov: lo encerraron desnudo en un nicho de cemento de forma que no pudiera doblar las rodillas, ni extender los brazos o cambiarlos de posición, ni volver la cabeza. ¡Y eso no era todo! Empezó a gotear agua fría sobre su coronilla (¡Digno de una antología de la tortura!) hasta correr por todo su cuerpo. Como es natural, se guardaron de decirle que aquello iba a durar sólo veinticuatro horas. No vamos a discutir aquí si era o no un suplicio cruel, pero el caso es que perdió el conocimiento, que al abrirle al día siguiente estaba más muerto que vivo y que no recobró el conocimiento hasta que lo metieron en una cama del hospital. Le hicieron volver en sí con amoniaco, cafeína y masajes. Tardó mucho en recordar de dónde había salido y qué había sucedido la víspera. Estuvo todo un mes incapacitado, incluso para los interrogatorios. (Nos atrevemos a suponer que ese nicho y el dispositivo de goteo no fueron construidos expresamente para Chebotariov.) En 1949, mi amigo de Dnepropetrovsk estuvo encerrado en uno semejante, aunque es cierto que sin goteo. ¿Podemos suponer que hubo más nichos, dada la distancia entre Jabarovsk y Dnepropetrovs y la diferencia de dieciséis años?

26. El *hambre* ya la hemos mencionado al describir los métodos combinados. No es que tuviera nada de raro obtener confesiones a fuerza de hambre. Para ser exactos, el elemento hambre, al igual que el uso de la noche, había pasado a formar parte del sistema general de coerción. La parca ración penitenciaria — 300 gramos en 1933, un año en que no había guerra, y 450 en 1945 en la Lubianka —, el juego de permitir y prohibir los paquetes y la cantina, se aplicaba a todos sin excepción, era universal. Pero había también un hambre más feroz: así tuvieron a Chulpeniov todo un mes a cien gramos, y luego, cuando lo sacaron del foso, el juez Sókol puso ante él una marmita de *borsch* y media hogaza de pan blanco cortado de través (al parecer, no tiene ninguna importancia como esté cortado el pan, ¿verdad?, pero Chulpeniov insiste aún hoy en día en que estaba cortado de una forma muy apetitosa), y sin embargo no le ofreció ni una sola vez.

¡Qué antiguo es todo esto, qué feudal y cavernario! La única novedad es que se aplicaba en una sociedad socialista. Otras personas relatan métodos parecidos, que eran frecuentes. Pero nosotros abundaremos en el caso de Chebotariov porque presenta un alto grado de combinación. Lo tuvieron 72 horas en el despacho del juez y sólo le permitieron ir al retrete. Nada más: ni comer, ni beber (a su lado había una jarra con agua), ni dormir. En el despacho había siempre tres jueces de instrucción que iban turnándose.

Uno escribía continuamente (en silencio, sin inquietar al acusado), el segundo dormía en el sofá, el tercero se paseaba por la habitación y golpeaba a Chebotariov apenas este se adormilaba. Después cambiaban de papel. (¿Estuvieron quizá tam bién ellos, por su ineficacia, en régimen de cuartel?) Y de pronto le trajeron la comida a Chebotariov: un sustancioso *borsch* ucraniano, una chuleta con patatas fritas y vino tinto en una jarra de cristal. Chebotariov, que toda la vida había sentido repugnancia por el alcohol, no probó el vino por

más que le instó el juez (no podía forzarle demasiado, habría estropeado el juego). Después de comer le dijeron: «¡Y ahora firma lo que *has declarado ante dos testigos!* Es decir, lo que un juez había redactado en silencio ante otro que dormía y un tercero que estaba despierto. Desde la primera página, Chebotariov vio que había sido uña y carne con todos los generales japoneses destacados, y que cada uno de ellos le había encomendado misiones de espionaje. Y empezó a tachar hojas. Le dieron una paliza y lo echaron del despacho. Pero en cambio Blaguinin, otro empleado de los Ferrocarriles Chino-Orientales que habían detenido con él y había pasado por lo mismo, bebió el vino, y bajo los efectos de una dulce embriaguez firmó los documentos y fue fusilado. (¡Lo que hace una sola copa después de tres días de ayuno! Y allí había toda una jarra.)

27. Los *golpes* que no dejan huellas. Pegaban con gomas, con porras, con sacos de arena. Es muy doloroso cuando te dan en los huesos, por ejemplo, las patadas del juez en la espinilla, donde el hueso está casi a flor de piel. Al jefe de brigada Karpúnich-Braven estuvieron pegándole veintiún días seguidos. (Ahora dice: «al cabo de treinta años aún me duelen los huesos y la cabeza».) A partir de su caso y de los relatos de otros, llegó a la cifra de 52 procedimientos de tortura. Por ejemplo, éste: sujetan las manos con un aparato especial de forma que las palmas queden planas contra la mesa, y entonces golpean con el canto de una regla en los nudillos, ¡hay como para aullar! ¿Ponemos aparte de las palizas la extracción de dientes? (A Karpúnich le arrancaron ocho.)

A G. Kupriánov, secretario del Comité Regional de Carelia, encarcelado en 1949, le arrancaron algunos dientes. Unos eran naturales y no contaban, otros eran de oro. Al principio le dieron un recibo conforme se los quedaban en custodia. Luego cayeron en la cuenta y le quitaron el recibo.

Como todo el mundo sabe, un puñetazo en el plexo solar corta la respiración y no deja la menor huella. En Lefórtovo, el coronel Sídorov, después de la guerra, ejecutaba un tiro libre golpeando con sus chanclos los atributos masculinos desprotegidos (los que juegan al fútbol ya saben lo que es un balonazo en la ingle). No hay dolor comparable y se suele perder el conocimiento. (**39**)

28. En el NKVD de Novorossisk inventaron una maquinilla para aplastar las uñas. Más tarde se pudo ver por las prisiones de tránsito a muchos hombres de Novorossisk que habían perdido las uñas.

29. ¿Y la *camisa de fuerza?*

30. ¿Y *romperte la columna vertebral?* (En esta misma GPU de Jabarovsk, en 1933.)

31. ¿Y el *embridado* (la «golondrina»)? Es un método de Sujánovka, pero también se conoce en la prisión de Arjánguelsk. (El juez instructor Ivkov, 1940.) Se le pone al preso en la boca una toalla larga y recia (**T49**) (la brida) y los extremos se le atan a las plantas de los pies pasando por la espalda. Y de este modo, hecho una rueda, tumbado sobre el vientre, crujiéndote la espalda, pásate un par de días sin comida ni agua.

¿Seguimos enumerando? ¿Nos hemos dejado algo en el tintero? ¿Qué no serán capaces de inventar unos hombres ociosos, ahitos, e insensibles? ¡Hermano! No censures a quien fue débil en tales situaciones y firmó más de la cuenta...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Pero ¡mira por dónde!: resulta que ni estas torturas, ni siquiera los procedimientos «más suaves», son necesarios para hacer que la mayoría confiese, para atenazar con dientes de acero a unos borregos mal preparados que ansian volver a su tibio hogar. Es demasiado desigual la correlación de fuerzas y posiciones.

¡Oh, bajo qué nueva perspectiva — repleta de peligros, una auténtica jungla africana — vemos desde el despacho del juez de instrucción nuestra vida anterior! ¡Y nosotros que la creíamos tan simple!

Usted, llamémosle A, y su amigo B, se conocen y se han tenido confianza durante años, y cada vez que se han visto han hablado sin tapujos de la pequeña y la gran política Sin testigos, sin nadie que pudiera escucharlos a escondidas. Y ustedes no se denunciaron uno a otro, por supuesto.

Mas he aquí que por alguna razón se fijaron en usted, lo sacaron por las orejas del rebaño y lo encerraron Y por alguna razón, puede que por alguna denuncia, porque teme por las personas queridas, por una pequeña tanda de insomnio o por haber estado en el calabozo, decide finalmente darse por rendido, ¡pero por nada del mundo denunciar a otros! Y en cuatro actas ha reconocido y firmado que es un enemigo jurado del régimen soviético, ya que contaba chistes del Guía deseaba elecciones con varios candidatos y aunque sí se metía en la cabina, no marcaba al único de la lista, excusándose con que no había tinta en el tintero, y además tenía un aparato de radio con banda de 16 metros y con él procuraba coger alguna de las retransmisiones occidentales pese a las interferencias con que las tapábamos. Diez años no se los quita nadie, pero sus costillas están enteras, todavía no tiene pulmonía, no ha vendido a nadie y al parecer ha salido del paso con inteligencia. Enla celda ya ha comentado que probablemente la instrucción de su caso toca a su fin.

¡Y un cuerno! Recreándose sin prisas en su bonita caligrafía, el juez de instrucción empieza a redactar el acta n° 5 Pregunta: ¿Era usted amigo de B? Sí. ¿Hablaba abiertamente de política con él? No, no, no le tenía confianza. ¿Pero se veían ustedes a menudo? No mucho. ¿Cómo que no mucho? Según el testimonio de los vecinos, sólo en el último mes lo tuvo de víate los días tal, tal y tal. ¿Estuvo o no? Bueno, puede ser. Además, se observó que ustedes, como siempre no bebían, no armaban escándalo, hablaban muy bajo, no podía oírse desde el pasillo. (¡Bebed amigos! ¡Romped botellas! ¡Soltad tacos cuanto más alto mejor! ¡Así seréis personas de fiar!) ¿Bien, y no cree que eso da que pensar? Además usted también estuvo en su casa, mire si no lo que le dijo por teléfono: hemos pasado una velada muy interesante. Luego los vieron en la esquina a los dos, media hora de plantón con el frío que hacía, con el rostro apesadumbrado como expresando descontento, por cierto, hasta tenemos fotos de ese encuentro. (La técnica de los agentes, amigos míos, la técnica de los agentes.) Así pues, ¿de qué hablaban en estas entrevistas?

¿De qué? ¡Vaya preguntita! Lo primero que se te ocurre es decir que no te acuerdas. ¿Acaso tienes el deber de recordarlo? Muy bien, ha olvidado usted la primera conversación. ¿La segunda también? ¿Y la tercera? ¿Incluso esa velada tan interesante? Y la de la esquina. ¿Y las conversaciones con C? ¿Y las conversaciones con D? No, pensará usted, lo de «no me acuerdo» no es salida, no me puedo agarrar a eso. Y su cerebro enturbiado por el insomnio y el hambre, pellizcado por el miedo, sobresaltado por el arresto, busca cómo ingeniárselas de una manera lo más verosímil posible y burlar al juez de instrucción.

¿De qué? Ojalá hubierais hablado de hockey (¡En todos los casos es lo que trae menos disgustos!), de faldas o incluso de ciencia, porque en ese caso se lo podríais repetir al juez (hablar de ciencia es como hablar de hockey, pero en nuestros días todo asunto científico es confidencial y te pueden pillar por el Decreto sobre divulgación de secretos de Estado). ¿Y si realmente habíais estado hablando de las nuevas detenciones habidas en la ciudad? ¿O de los koljoses? (y hablando mal, ni qué decir tiene, porque ¿quién va a hablar bien de ellos?), ¿o del descenso de las primas por productividad? Os habíais pasado media hora en una esquina con la cara bien larga, ¿de qué estaríais hablando?

Puede ser que a B también lo hayan arrestado (el juez de instrucción le asegura a usted que sí, que ya ha declarado contra usted y que ahora lo traen para un careo). También puede ser que esté tranquilamente en su casa, pero lo arrancarán de allí para interrogarle y confrontar: ¿Por qué fruncía usted el ceño en aquella esquina?

Ahora, al echar la vista atrás, comprende una cosa: tal como está la vida, hubiera sido conveniente al despedirse ponerse de acuerdo y recordar con detalle *de qué habían hablado hoy*. Entonces, en cualquier interrogatorio, las declaraciones habrían coincidido. Pero no se os ocurrió. No os imaginabais en qué selva vivíais.

¿Decir que hablabais de ir a pescar? Pero B habrá dicho que de pesca no hubo ni una palabra, que hablasteis de los cunos a distancia. En lugar de hacer más llevadera la instrucción os estaréis apretando el nudo: ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué?

Y resplandece en vuestra mente una idea. ¿Afortunada? ¿Fatal? Hay que contar lo más parecido a lo que en realidad sucedió (naturalmente, limando las asperezas y omitiendo todo lo peligroso), por algo dicen que a veces hay que decir mentira para sacar verdad. Quizá B tenga la misma idea y cuente algo por el estilo, las declaraciones coincidirán bastante y os dejarán en paz.

Al cabo de muchos años comprenderá usted que fue una idea completamente insensata y que habría sido mucho mejor, aunque no resultara creíble, dárselas de tonto de remate: no recuerdo un solo día de mi vida aunque me maten. Pero llevaba tres días sin dormir. Apenas le quedaban fuerzas para seguir su propio pensamiento y para mantener imperturbable el rostro. Y además no le dejaban ni un minuto para pensar. Dos jueces de instrucción a la vez (les gusta hacerse visitas) se echaron sobre usted: ¿De qué? ¿De qué? ¿De qué?

Y usted hace una declaración: hablamos de los koljoses (de que no todo funciona aún muy bien pero pronto se arreglará). Hablaron de las primas. ¿Exactamente en qué términos? ¿Se alegraron de que las rebajaran? La gente normal no puede hablar así, de nuevo resulta inverosímil. Hay que darle credibilidad: nos quejamos un poquito de que estén apretando un poquitín con las primas.

Y el juez, que escribe el acta de propia mano, traduce a su lenguaje: en este encuentro calumniamos la política del partido y del Gobierno en materia de salarios.

Y, algún día, B le reprochará: ah, zoquete y yo que les había dicho que nos habíamos puesto de acuerdo para irnos de pesca...

¡Pero usted quiso ser más astuto y más inteligente que el juez! ¡Usted, con sus ideas sutiles y rápidas! Usted es un intelectual. Y se pasó de listo...

En *Crimen y castigo,* Porfiri Petróvich hace a Raskólnikov una observación sorprendentemente sutil que sólo puede ocurrírsele al que haya participado en este juego del ratón y el gato: con vosotros, los intelectuales, ni siquiera debo construir mi propia versión, vosotros mismos la construís y me la ofrecéis ya lista. ¡Es así! El hombre inteligente es incapaz de responder con la cautivadora incoherencia de *El malhechor,* de Chéjov. Procurará que, a la fuerza, la historia de que le acusan sea congruente, por más mentiras que le eche.

Pero lo que busca el juez-carnicero no es la coherencia sino sólo dos o tres frasecitas. ¡A él sí que no se la dan con queso! ¡Y nosotros no estamos preparados para nada!

Desde la juventud nos educan y nos preparan para una profesión; para los deberes cívicos; para el servicio militar; Para la higiene de nuestro cuerpo; para la urbanidad e incluso para apreciar la belleza (bueno, esto último no tanto). Pero ni la enseñanza, ni la educación, ni la experiencia, nos preparan para la mayor prueba de nuestra vida: el arresto injustificado y la instrucción sumarial arbitraria. Las novelas, las obras de teatro y las películas (¡sus autores debieran probar el cáliz del Gulag!) nos presentan a las personas que podemos encontrar en el despacho del juez como paladines de la verdad y del amor a la humanidad, como verdaderos padres. ¡La de conferencias que llegan a darnos! ¡Si hasta nos obligan a ir a ellas. Pero nadie nos dará una conferencia sobre el verdadero sentido — así como la amplia interpretación — de los artículos del Código Penal, además, los códigos no se encuentran en las bibliotecas, ni se venden en los kioskos, ni caen en manos de la juventud despreocupada.

Sería rayar en la ficción decir que, en un confín apartado, el acusado pueda disponer de un abogado. ¡Con lo que significaría tener al lado — en el momento más duro de la lucha — una mente lúcida que domine todas las leyes!

Otro de los principios de nuestra instrucción sumarial es privar al acusado incluso del conocimiento de las leyes.

Te presentan el acta de acusación... (ya saben cómo: «Fírmela». «No estoy de acuerdo con ella.» «Firme.» «¡Pero si no soy culpable de nada!»), «Se le acusa de transgredir los artículos 58-10 apartado 2 y 58-11 del Código Penal de la Federación Rusa». «¡Firme!» «¿Pero qué dicen esos artículos? ¡Déjeme leer el Código!» «No lo tengo.» «Entonces, pídaselo al jefe del departamento.» «Tampoco lo tiene. ¡Firme!» «¡Le ruego que me lo enseñen!» «No procede mostrárselo, el código no lo han escrito para usted sino para nosotros. Además, no lo necesita, ya se lo explico yo: dichos artículos tipifican precisamente todo de lo que usted es culpable. Además usted no firma ahora que esté de acuerdo, sino que ha leído el acta, que se le ha formulado la acusación.»

De golpe, entre tanto papelucho aparece fugazmente una nueva sigla: LEC. Esto te alarma: ¿En qué se diferencia el CP (Código Penal) del LEC? Si aciertas con un momento en que el juez esté de buenas te explicarán: La Ley de Enjuiciamiento Criminal. ¿Cómo? ¡O sea que ya no es un código, sino dos códigos completos los que desconoces, ahora que te van a ajustar las cuentas con ellos en la mano!

Pasaron desde entonces diez años, después quince. Creció hierba sobre la tumba de mi juventud. Cumplí la condena e incluso el destierro a perpetuidad. ¡Y en ninguna parte, ni en los centros «cultural-educativos» de los campos penitenciarios, ni en las bibliotecas de distrito, ni siquiera en ciudades medianas, en ninguna parte pude ver con mis propios ojos, ni tener en mis manos, no logré comprar, conseguir o tan siquiera *pedir* un código del Derecho soviético! ¡Y centenares de presos conocidos, que han pasado por la instrucción del sumario y el tribunal — incluso más de una vez —, que han conocido los campos y el destierro, ninguno de ellos ha visto tampoco el código ni lo ha tenido en sus manos! (Los que conocen el clima de suspicacia de nuestro país comprenden por qué no se puede pedir el Código en el tribunal popular o el Comité Ejecutivo de distrito. Vuestro interés por el Código sería un fenómeno excepcional: ¡O estás preparando un crimen o estás borrando sus huellas!)

Y sólo cuando ambos códigos tenían los días contados tras treinta y cinco años de existencia e iban a ser reemplazados de un momento a otro, sólo entonces, los vi, dos hermanos desencuadernados, el CP y la LEC, en un kiosko del metro de Moscú (los habían sacado a la venta por inservibles).

Y ahora me conmueve leer por ejemplo, en la LEC:

Artículo 136 - El juez no tiene derecho a arrancar declaraciones o confesiones a un acusado mediante violencia o amenazas. (¡A eso se le llama dar en el clavo!)

Artículo 111 - El juez está obligado a poner en conocimiento del acusado las circunstancias atenuantes o eximentes que concurran en su caso.

(«¡Pero si yo estuve en la proclamación del poder soviético en octubre! ¡Yo fusilé a Kolchak! ¡Yo desterré a los kulaks! ¡Gracias a mí el Estado ahorró diez millones de rublos! ¡Me hirieron dos veces en la última guerra! ¡Tengo tres condecoraciones!»

«¡No le estamos juzgando por eso! — la Historia de nuestro país nos muestra sus fauces por boca del juez — . Lo que haya podido hacer de bueno ahora no viene al caso.»)

Artículo 139 - El acusado tiene derecho a escribir de propia mano sus declaraciones y exigir que se introduzcan enmiendas en el acta levantada por el juez.

(¡Ay, de haberlo sabido entonces! O mejor dicho: ¡Si hubiera sido realmente así! Pero como implorando limosna, y siempre en vano, pedíamos al juez que no escribiera «mis repugnantes y calumniosos infundios» en lugar de «mis juicios erróneos», o «mi almacén de armas clandestino» donde habíamos dicho «mi navaja oxidada».)

¡Ay, si al acusado le hubieran impartido primero un curso de ciencia penitenciaria! Si primero hubieran hecho una instrucción sumarial de ensayo y después la verdadera... Con los reincidentes de 1948 no organizaban todo este juego judicial: habrían pinchado en hueso. Pero los primerizos no tenían experiencia, ¡no tenían ni idea! Y a nadie podían pedir consejo.

¡La soledad del acusado! ¡Otra de las condiciones para el buen desarrollo de una instrucción injusta! Sobre una voluntad solitaria y oprimida debía abatirse todo un aparato demoledor. Desde el momento del arresto y durante todo el primer período importante de la instrucción, lo ideal es que el detenido se encuentre solo: en la celda, en los pasillos, en las escaleras, en los despachos, en ninguna parte debe tropezarse con otros semejantes a él, ni percibir compasión, consejo o apoyo en ninguna sonrisa, en ninguna mirada. Los Órganos ponen todo su empeño en eclipsar el futuro y deformar el presente: dar por arrestados a parientes y amigos, dar por encontradas las pruebas materiales. Exageran acerca de sus posibilidades de castigarle a él y a su deudos y sobre su derecho a indultar (posibilidades y derecho que los Órganos no tienen en absoluto). Vincular la sinceridad del «arrepentimiento» con la atenuación de la condena y del régimen penitenciario en el campo de reclusión (una relación que no ha existido nunca). En el corto espacio de tiempo en el que el acusado está atribulado, extenuado y no es dueño de sus actos, le arrancan el mayor número posible de declaraciones sin posibilidad de enmienda, involucran el mayor número posible de personas inocentes (algunos se desmoralizan hasta el punto de suplicar que no les lean el acta en voz alta, carecen de fuerzas para escucharla, sólo desean que se la den a firmar, nada más firmar). Hasta entonces no los habrán sacado de su incomunicación, para pasar a una celda grande, donde desesperados descubrirán sus errores — cuando ya sea tarde — y harán recuento de ellos.

¿Cómo no cometer errores en semejante ordalía? ¿Quién no los cometería?

Hemos dicho que «lo ideal es que el detenido se encuentre solo». Sin embargo, en las cárceles atiborradas de 1937 (y también de 1945), éste era un ideal que no podía alcanzarse. Prácticamente desde las primeras horas, el detenido se encontraba en una celda común densamente poblada.

De todos modos, esto presentaba más ventajas que inconvenientes. La celda sobresaturada permitía prescindir de tantos boxes — estrechos pero individuales — y además resultaba ser una *tortura* de primera clase, especialmente valiosa porque duraba días y semanas enteros, sin que fuera necesario ningún esfuerzo por parte de los jueces de instrucción: ¡Los mismos presos torturaban a los presos! Embutían en una celda a tanta gente que no todos podían hacerse con un pedazo de suelo, unos pisaban a otros, o ni siquiera podían moverse, o bien se sentaban en las piernas de los demás. Así, en las CPP («celdas de prisión preventiva») de Kishiniov, en 1945, embutían en una celda individual hasta *dieciocho* personas, y en Lugansk, en 1937, quince. (**40**) En 1938, Ivanov-Razúmnik estuvo preso en una celda corriente de Butyrki para veinticinco personas en la que había *ciento cuarenta*. Ivanov-Razúmnik ha descrito muy bien la vida cotidiana en las celdas de 1937-1938. Los retretes estaban tan sobrecargados, ¡que sólo los llevaban a hacer sus necesidades una vez al día, a veces cuando ya era de noche, y lo mismo ocurría con el paseo! Ivanov calculó que en la «perrera» de recepción de la Lubianka, durante semanas enteras tocaba a un metro cuadrado para tres hombres (¡Echen cuentas, acomódense!). (**41**) La perrera no tenía ventana ni ventilación, con el calor corporal y la respiración la temperatura alcanzaba los 40-45 grados, todos estaban en calzoncillos (se sentaban sobre su ropa de invierno), sus cuerpos desnudos estaban apretujados unos contra otros, y el sudor ajeno hacía salir eccemas en la piel. Y así permanecían *semanas enteras* sin aire ni agua (excepto un bodrio y té por la mañana).

Este mismo año, en Butyrki, los recién detenidos (que ya habían pasado por los baños y los boxes) esperaban varios días sentados en los peldaños de la escalera hasta que los traslados por etapas dejaran libres las celdas. T-v, que ya había estado preso en Butyrki siete años antes, en 1931, nos refiere: «Todo estaba atiborrado, hasta debajo de los catres, yacíamos en el suelo de asfalto. Siete años más tarde, en 1945, cuando me volvieron a arrestar, nada había cambiado». Por otra parte, hace poco recibí de M.K.B-ich un valioso testimonio personal del hacinamiento en la prisión de Butyrki en 1918: en octubre de ese año (segundo mes del terror rojo) estaba tan llena la prisión, ¡que llegaron a habilitar una celda para setenta mujeres en la lavandería! ¿Cuándo, pues, ha sobrado sitio en la cárcel de Butyrki?

Si a todo esto añadimos que por todo retrete había una cubeta (o al revés: que había que aguantarse hasta que tocaba salir a la letrina, porque la celda no tenía ningún recipiente, como ocurría en algunas prisiones siberianas); si añadimos que comían cuatro en una misma escudilla, y unos encima de las rodillas de otros; que a cada tanto sacaban a alguien para llevárselo a interrogatorio y devolvían a otro apalizado, insomne y deshecho; que el aspecto de esos hombres destrozados era más convincente que cualquier amenaza de los jueces de instrucción; y que quien pasaba meses sin que lo llamaran a declarar pensaba en cualquier muerte y cualquier campo penitenciario como un alivio a tantas apreturas, ¿acaso no quedaba suplida con creces aquella soledad teóricamente ideal? Y en ese revoltijo humano no siempre se atrevía uno a sincerarse con alguien, y tampoco era sencillo encontrar a quién pedir consejo. Es más fácil creer en torturas y golpes cuando te los muestran los propios reos que cuando se trata de las amenazas de un juez.

Uno se enteraba por las propias víctimas de que ponían lavativas saladas en la garganta, y de que luego, en el box, se sufría de sed durante veinticuatro horas (Karpúnich). O de que frotaban la espalda con un rallador hasta que brotaba la sangre y luego te la mojaban con aguarrás. Al jefe de brigada Rudolf Pintsov le hicieron ambas cosas, y por si fuera poco le metieron agujas bajo las uñas y le rociaron con agua hasta que se le ensancharon. Le exigieron firmar que *había querido* lanzar su brigada de tanques contra la tribuna del gobierno durante el desfile de octubre. (**42**) Por Alexándrov, el ex director de la sección artística de la VOKS (Sociedad rusa de relaciones culturales con el extranjero), que anda encorvado porque tiene la columna vertebral rota y no puede contener las lágrimas, hemos tenido noticia de cómo pegaba (en 1948) el propio Abakúmov.

Sí, sí, el propio ministro de la Seguridad del Estado, Abakúmov, no le hacía ascos a este trabajo sucio (¡Un Suvórov en primera línea de fuego!), le había cogido gusto a la porra de goma. Con mayor afición aún pegaba su ayudante Riumin. Lo hacía en Sujánovka, en el despacho de instrucción «del general». La estancia tenía las paredes revestidas de nogal, cortinas de seda en ventanas y puertas, y una gran alfombra persa en el suelo. Para no estropear tanta belleza, se extendía sobre la alfombra, para el arrestado, una estera sucia que ya estaba manchada de sangre. En las palizas, Riumin tenía un ayudante, pero no un vigilante cualquiera, sino todo un coronel. «De modo», decía cortésmente Riumin, acariciando la porra de goma de un diámetro de unos cuatro centímetros, «que ha superado dignamente la prueba del insomnio (Alexandr Dolgun se las había ingeniado astutamente para soportar un mes de insomnio forzoso: dormía de pie). Ahora probaremos con la porra. Aquí nadie aguanta más de dos o tres sesiones. Bájese los pantalones y tiéndase en la estera.» El coronel se sienta en la espalda de la víctima. Dolgun se dispone a contar los golpes. Todavía no sabe qué es un porrazo en el nervio ciático cuando el glúteo ha enflaquecido después de un largo ayuno. No duele en el lugar del golpe, sino que estalla en la cabeza. Después del primer golpe, la víctima, loca de dolor, se rompe las uñas contra la estera. Riumin golpea procurando acertar. El coronel presiona con su corpachón. ¡Buen trabajo, para alguien con tres estrellas grandes sobre sus galones, el de asistir al todopoderoso Riumin! (Después de la sesión, el apaleado no podía caminar, pero no se lo llevaban a cuestas, sino que lo arrastraban por el suelo. Las nalgas no tardaron en hincharse de tal modo que era imposible abrocharse los pantalones, pero casi no quedaron cicatrices. Tuvo una diarrea tremenda, pero sentado en la cubeta de su celda individual Dolgun se desternillaba de risa. Aún le esperaba una segunda sesión, y una tercera, su piel reventaría; Riumin, enfurecido, le golpearía el vientre hasta romperle el peritoneo, le bajarían los intestinos y producirían una enorme hernia, y sería conducido al hospital de Butyrki con peritonitis. Provisionalmente cesarían los intentos de obligarle a cometer una bajeza.)

¡Así era como podían martirizarle a uno! Después de esto que el juez de instrucción Danílov de Kishiniov golpeara al sacerdote Víktor Shipoválnilkov con un hurgón en la nuca y lo arrastrara tirándole de la trenza es simplemente una caricia paternal. (Es cómodo arrastrar así a los sacerdotes; a los seglares puede tirárseles de la barba y arrastrarlos de un rincón a otro del despacho. A Richard Ajóla, un soldado rojo finés que participó en la captura de Sidney Reilly y era jefe de una compañía cuando aplastaron el motín de Kronstadt, lo levantaron con unas pinzas, primero por un extremo de sus grandes bigotes y después por el otro, y lo mantuvieron diez minutos sin tocar el suelo con los pies.)

Pero lo más terrible que pueden hacerte es desnudarte de cintura para abajo, ponerte de espaldas contra el suelo, separarte las piernas, sobre las que se sentarán los ayudantes (el glorioso cuerpo de sargentos) sujetándote los brazos, mientras el juez de instrucción — no desdeñan hacerlo tampoco las mujeres — se

coloca entre tus piernas abiertas y con la punta de la bota (o de los zapatos) va apretando gradualmente contra el suelo, primero moderadamente y luego cada vez con mayor fuerza aquello que en otro tiempo te hacía varón, va mirándote a los ojos y repitiendo sus preguntas o propuestas de traición. Si no aprieta un poco más antes de tiempo, aún tienes quince segundos para gritar que lo confiesas todo, y que estás dispuesto a llevar a la cárcel a aquellas veinte personas que te exigen, o a calumniar en la prensa la cosa más sagrada...

Y que te juzgue Dios, no los hombres...

—¡No hay otra salida! ¡Hay que confesar lo que haga falta! — susurran los falsos arrestados que han introducido en la celda.

—¡La cosa está clara! ¡Hay que conservar la salud! — afirman las personas sensatas.

—Nadie puede devolverte los dientes — asiente uno que ya no los tiene.

—De todos modos te condenarán, tanto si confiesas como si no —concluyen los que saben de qué va —. ¡A los que no firman los fusilan! — profetiza otro, desde el rincón —. Para vengarse. Para que no quede rastro de cómo se llevó la instrucción.

—Morirás en el despacho y comunicarán a tus parientes: enviado al campo penitenciario sin derecho a correspondencia. (**T50**) ¡Y que te busquen!

Y si se trata de un comunista ortodoxo, se acercará a él otro ortodoxo y, tras lanzar a su alrededor una mirada hostil, para no ser escuchado por los profanos, empezará a embutirle ardientemente en la oreja:

—Nuestro deber es apoyar la instrucción sumarial soviética. La situación es grave. La culpa es nuestra: fuimos demasiado indulgentes y por eso se ha propagado esta plaga por todo el país. Estamos en una guerra oculta, sin cuartel. Incluso aquí dentro estamos rodeados de enemigos. ¿No oyes qué cosas dicen? El partido no tiene la obligación de rendir cuentas ante cada uno de nosotros, por qué esto y por qué esto otro. Si lo exigen es que hay que firmar y punto.

Y en esto se acerca otro ortodoxo:

— Yo he firmado contra treinta y cinco personas, contra todos mis conocidos. Y a usted también se lo aconsejo: ¡Arrastre con usted a cuantos pueda, cuantos más nombres mejor! Entonces será evidente que se trata de un absurdo y nos soltarán a todos.

Justo lo que buscan los Órganos! La conciencia del comunista ortodoxo coincide de manera natural con los objetivos del NKVD, que necesita precisamente un amplio abanico de nombres, una minuciosa enumeración. Es un marchamo de calidad para su trabajo, más sogas para otros tantos pescuezos. «¡Cómplices! ¡Cómplices! ¡Correligionarios!», exigen insistentemente a todos los arrestados. (Dicen que R. Rálov señaló como cómplice al cardenal Richelieu, constó en el acta, y hasta su interrogatorio de rehabilitación en 1956 nadie se mostró sorprendido.)

Y ya que hablamos de comunistas ortodoxos, digamos que para una purga como aquélla era preciso un Stalin, pero que también se necesitaba un partido como aquél: la mayoría de los que estaban en el poder encarcelaban de manera implacable a otros hasta que ellos mismos eran arrestados, liquidaban obedientemente a sus semejantes siguiendo esas mismas normativas y llevaban al patíbulo a cualquier amigo o camarada de ayer. Y todos los bolcheviques destacados que ahora reverencian como a mártires, tuvieron también ocasión de ser los verdugos de otros bolcheviques (eso sin contar que antes unos y otros habían sido verdugos de los no militantes). Quizás el año 1937 haya servido para demostrar lo poco que valía toda su *concepción del mundo,* de la que tanto alardeaban cuando pusieron Rusia patas arriba, cuando destruyeron sus baluartes y pisotearon sus lugares sagrados, una Rusia, por otra parte, en la que ellos nunca se habían visto amenazados por semejante castigo. Las víctimas de los bolcheviques desde 1918 a 1936 nunca fueron

tan pusilánimes como los líderes bolcheviques cuando la tempestad cayó sobre ellos. Si se examina en detalle toda la historia de los encarcelamientos y procesos de 1936-1938, se siente repugnancia no sólo por Stalin y sus adláteres, sino también por la repulsiva mezquindad de los acusados, asco por su bajeza espiritual después de tanta soberbia e intransigencia.

¿...Y cómo? ¿Cómo puedes resistir? ¿Cómo puedes resistir tú, que sientes el dolor, que eres débil, que mantienes afectos, que estás desprevenido?

¿Qué se necesita para ser más fuerte que el juez, que todo este cepo?

Debes ingresar en la cárcel sin dejar que te agite la vida cómoda que dejas atrás. En el umbral tienes que decirte a ti mismo: la vida ha terminado, un poco pronto, pero no hay nada que hacer. Nunca más volveré a la libertad. Estoy condenado a desaparecer, ahora o un poco más tarde, pero más tarde será más penoso, es mejor que sea antes. Ya no tengo bienes. Mis familiares han muerto para mí y yo para ellos. A partir de hoy, mi cuerpo me resulta inútil, es un cuerpo ajeno. Mi espíritu y mi conciencia son lo único que aprecio y que me importa.

¡Ante un detenido así, la instrucción sumarial se tambalea!

¡Sólo triunfará aquel que haya renunciado a todo!

¿Pero cómo hacer de tu cuerpo una piedra?

A los hombres del círculo de Berdiáyev los convirtieron en marionetas del tribunal, pero con él no lo consiguieron. Quisieron meterlo en un proceso, lo detuvieron dos veces, lo llevaron (en 1922) a un interrogatorio nocturno ante Dzerzhinski, allí estaba también Kámenev (o sea, que tampoco le resultaba extraña la labor ideológica por medio de la Cheká). Pero Berdiáyev no se rebajó, no imploró, sino que les expuso con firmeza los principios religiosos y morales que le impedían aceptar el régimen implantado en Rusia. Y no sólo tuvieron que renunciar a utilizarlo en un juicio, sino que lo pusieron en libertad. ¡Era un hombre con opiniones propias!

N. Stoliarova recuerda a su vecina de catre en Butyrki, en 1937, una anciana. La interrogaban cada noche. Dos años antes había pernoctado en su casa de Moscú un ex metropolita que estaba de paso tras haberse fugado del destierro. «¡Mejor dicho, no era ningún "ex", sino que seguía siendo metropolita de verdad! Cierto, tuve el honor de recibirlo en mi casa.» «Muy bien. ¿Y después de Moscú, en casa de quién estuvo?» «Lo sé, ¡pero no lo diré!» (A través de una cadena de creyentes, el metropolita huyó a Finlandia.) Los jueces iban turnándose e incluso se reunían en grupo, sacudían el puño ante el rostro de la anciana y ella les decía: «No vais a poder sacarme nada, aunque me cortéis a pedacitos. Porque tenéis miedo de vuestros superiores, tenéis miedo unos de otros y hasta tenéis miedo de matarme ("perderían un eslabón de la cadena"). ¡Pero yo no tengo miedo de nada! ¡Estoy preparada para presentarme ante el Señor aunque sea ahora mismo!».

Los hubo, sí, hubo personas así en 1937, gentes que no volvieron del interrogatorio a recoger el hatillo que habían dejado en la celda. Hubo quienes prefirieron la muerte que firmar contra alguien.

No cabe decir que la historia de los revolucionarios rusos haya ofrecido los mejores ejemplos de firmeza. Pero es que tampoco hay punto de comparación, porque nuestros revolucionarios jamás se las vieron con una verdadera instrucción *bien hecha*, con cincuenta y dos procedimientos distintos.

Sheshkovski no torturó a Radíschev. Y Radíschev sabía perfectamente, dadas las costumbres de la época, que sus hijos continuarían sirviendo como oficiales de la Guardia, y que nadie les arruinaría la vida. Ni nadie confiscaría la hacienda solariega de Radíschev. Pese a todo esto, en una breve instrucción de dos semanas, este hombre ilustre abjuró de sus convicciones, de su libro y pidió clemencia.

Nicolás I no fue tan bárbaro como para detener a las esposas de los decembristas, obligarlas a gritar en el despacho contiguo, ni someter a tortura a los propios decembristas.

Tampoco tuvo necesidad de ello. La investigación del caso se llevó a cabo con entera libertad y hasta les permitieron estudiar previamente las preguntas en sus calabozos. Ningún decembrista mencionó más tarde que se hubiera dado una interpretación poco escrupulosa de sus respuestas. No se pidieron cuentas «a los que sabían de la preparación del motín y no lo habían denunciado». Con mayor razón, no cayó ni una sombra sobre los parientes de los acusados (se promulgó un manifiesto especial al respecto). Y como es natural, indultaron a todos los soldados que se vieron envueltos en el motín. Incluso el propio Ryléyev «respondió con detalle, con sinceridad, sin ocultar nada». Hasta Péstel *se escindió* del grupo y dio los nombres de los compañeros (aún en libertad) a quienes había encargado enterrar *La Verdad Rusa,* e indicó el lugar. Pocos fueron los que, como Lunin, brillaron por su irreverencia y su desdén por la comisión instructora. La mayoría se comportaron penosamente, se enredaron unos a otros, ¡y muchos pidieron clemencia de un modo humillante! Zavalishin culpó de todo a Ryíéyev. E.P. Obolenski y S.P. Tubetskói se apresuraron a señalar a Griboyédov, cosa que ni siquiera Nicolás I creyó.

En su *Confesión,* Bakunin se escupió vilmente a sí mismo ante Nicolás I y evitó con ello la pena de muerte. ¿Un espíritu mezquino? ¿Un revolucionario astuto?

Uno creería que quienes se propusieron asesinar a Alejandro II habían de ser unos titanes de la abnegación, ¿verdad? ¡Sabían a lo que se exponían! Mas he aquí que Grinevitski compartió la suerte del zar mientras que Rysakov había quedado con vida pero caía en manos de los jueces de instrucción. Y *aquel mismo día cantó* todos los pisos clandestinos y los participantes en el complot. ¡Temiendo por su joven vida, se apresuró a comunicar al gobierno más datos de los que podían suponer que poseyera! Se ahogaba de arrepentimiento y se ofrecía a «desenmascarar todos los secretos de los anarquistas».

A finales del siglo pasado y principios de éste, un oficial de gendarmes retiraba inmediatamente su pregunta si el procesado consideraba que era improcedente o violaba su intimidad. En 1938, en la prisión de Las Cruces, azotaron con baquetas de fusil al veterano presidiario político Zelenski despues de haberle bajado los pantalones como si fuera un crío. De vuelta en la celda, Zelenski se echó a llorar: «¡Un juez zarista ni siquiera se habría atrevido a tutearme!». O este otro, por ejemplo, una investigación actual (**43**) demuestra que los gendarmes se apoderaron del manuscrito del artículo de Lenin «¿En qué piensan nuestros ministros?», pero *no fueron capaces* de dar con el autor a partir del mismo:

«En el interrogatorio de Vanéyev (un estudiante), los gendarmes se enteraron de muy poco, *como era de esperar* (tanto aquí como en adelante, la cursiva es mía - A.S.). Les comunicó únicamente que los manuscritos hallados en su casa se los había dado para que los guardara unos días antes del registro, en un solo sobre, una persona *que no deseaba nombrar.* Al juez *no le quedó más recurso* (¿Cómo? ¿Y el agua helada hasta el tobillo? ¿Y la lavativa salada? ¿Y la porra de Riumin?) que someter el manuscrito a examen pericial». Y no encontraron nada. Al parecer, en cuestión de campos penitenciarios, Peresvétov también *había tenido lo suyo,* por lo que no le hubiera resultado difícil enumerar qué otros recursos le quedaban a un juez de instrucción si tuviera ante él al depositario del artículo «¿En qué piensan nuestros ministros?».

Como recuerda S.P. Melgunov: «Aquélla era una prisión zarista, una cárcel de bendita memoria que los presos políticos acaso recuerden ahora con alegría». (**44**)

Nos encontramos ante concepciones que se han visto trocadas, se trata de escalas muy diferentes. Del mismo modo que los carreteros de la época anterior a Gógol no podrían concebir la velocidad de un avión de reacción, tampoco quien no haya pasado por la picadora de carne del Gulag puede imaginarse las verdaderas posibilidades de una instrucción sumarial.

En el periódico *Izvéstia* del 24 de mayo de 1959 leemos: A Yulia Rumiántseva la llevaron a la cárcel interna de un campo de concentración nazi para averiguar dónde estaba su marido, evadido de ese mismo campo. Ella lo sabía, ¡pero se negó a responder! El lector no avezado verá en esto un modelo de heroísmo, pero el lector con un amargo pasado en el Gulag verá una torpeza modélica por parte del juez de instrucción. Yulia no murió torturada, no fue empujada a la locura, ¡simplemente, un mes después la soltaron vivita y coleando!

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Todas estas ideas sobre la necesidad de ser de piedra me eran totalmente desconocidas en aquella época. Hasta tal punto carecía de preparación para romper mis cálidos lazos con el mundo, que durante mucho tiempo estuvieron quemándome por dentro los centenares de lápices Faber, mi trofeo de guerra, que me quitaron al detenerme. Cuando desde la perspectiva que da la cárcel repasaba la instrucción de mi sumario, no encontraba motivos para sentirme orgulloso. No hay duda de que podría haberme mostrado más firme, y probablemente habérmelas compuesto con más ingenio. La ofuscación mental y la desmoralización se adueñaron de mí en las primeras semanas. Y si estos recuerdos no me remuerden la conciencia es sólo porque, gracias a Dios, no llegué a enviar a otros a la cárcel. Pero poco faltó.

Nuestra caída en la cárcel (la mía y la de Nikolái Vitkévich, encausado conmigo) nos la buscamos como crios, aunque éramos ya oficiales del frente. Durante la guerra mantuvimos correspondencia desde dos sectores del frente, y no supimos abstenernos, pese a la censura militar, de expresar en nuestras cartas, sin disimularlo apenas, nuestra indignación y blasfemias políticas contra el Sabio de los Sabios, transparentemente codificado por nosotros como el Pachá, (**T51**) en vez de Padre. (Cuando después, en las cárceles, hablaba de mi expediente, nuestra ingenuidad no hacía sino provocar risa y asombro. Me decían que era imposible encontrar a nadie más zopenco. Y yo también me convencí de ello.) De pronto, al leer un estudio sobre la causa de Alexandr Uliánov, me enteré de que los habían cogido por lo mismo, por una imprudente correspondencia, y que sólo esto salvó la vida de Alejandro III el 1 de marzo de 1887.

Andréyushkin, un miembro del grupo, envió a un amigo de Jarkov esta sincera carta: «Creo firmemente que habrá el terror más implacable [en nuestro país], e incluso en un futuro no muy lejano... El terror rojo es mi pasión... Me preocupa mi destinatario (¡No era la primera de esas cartas que escribía! - A.S.)... si a él le ocurriera lo que yo me creo, también a mí podría ocurrirme, lo que no sería deseable, pues conmigo arrastraría a mucha gente de valía». En Jarkov, la búsqueda para averiguar quién había escrito esa carta sellada en Petersburgo se hizo sin prisa alguna y se prolongó cinco semanas. El nombre de Andréyushkin no fue descubierto hasta el 28 de febrero, ¡y el 1 de marzo, los terroristas, provistos ya de sus bombas, fueron detenidos en la avenida Nevski justo antes del momento previsto para el atentado!

El despacho de mi juez de instrucción, 1.1. Yézepov era alto de techo, espacioso y claro, con un grandísimo ventanal (el edificio de la compañía de seguros Rossía no se había construido para torturar). Aprovechando la generosa altura del techo (cinco metros), se había colgado un cuadro vertical de cuatro metros con el retrato de cuerpo entero del poderoso Soberano al que yo, un granito de arena, había hecho objeto de mi odio. A veces, el juez se ponía de pie ante él y juraba histriónicamente: «¡Estamos dispuestos a dar la vida por él! ¡Somos capaces de echarnos bajo los tanques por él!». Ante este retrato, de una majestad casi sacramental, mi balbuceo sobre no sé qué de purificar el leninismo debía de parecer patético, y yo, sacrilego blasfemo, no era digno sino de la muerte.

El contenido de nuestras cartas constituía por sí solo, en aquella época, materia suficiente para condenarnos a ambos; desde el momento en que dichas cartas habían empezado a llegar a la mesa de los agentes operativos encargados de la censura, el destino de Vitkévich y el mío estaba decidido, y si nos habían dejado que siguiéramos en el frente era para que aportáramos alguna utilidad. Pero esto no era lo más grave: hacía un año que cada uno de nosotros llevaba — siempre encima, en el portamapas, para que pasara lo que pasara se conservara una copia si uno de nosotros sobrevivía — un ejemplar de la «Resolución n° 1» que habíamos redactado durante uno de nuestros encuentros en el frente. Esta «Resolución» era una densa y enérgica crítica de todos los sistemas de engaño y opresión en nuestro país, y luego, como todo programa político que se precie, describía en líneas generales un plan para la reforma de la vida pública, que concluía con la frase: «La consecución de todos estos objetivos es imposible sin la existencia de una *organización*». Incluso sin que el juez de instrucción lo tergiversara, era el documento fundacional de un nuevo partido. A eso se añadían ciertas frases de nuestra correspondencia sobre cómo después de la victoria íbamos a hacer «una

guerra después de la guerra». Por eso, mi juez no necesitaba inventar nada sobre mí, y sólo tuvo que preocuparse de echar el lazo a todos aquellos a los que yo había escrito algún día, o que me habían escrito a mí, así como de averiguar si en nuestro grupo de jóvenes había algún instigador de más edad. En mis cartas a los chicos y chicas de mi quinta yo había manifestado ideas sediciosas con una audacia que rayaba en la fanfarronería, ¡y mis amigos, no se sabe por qué, continuaban manteniendo correspondencia conmigo! Y también en sus cartas de contestación aparecían expresiones sospechosas. (45) Ahora Yézepov, como un Porfiri Petróvich, exigía de mí una explicación coherente. Si hablábamos así en unas cartas que pasaban por la censura militar, ¿que no diríamos cuando estábamos a solas? No podía pretender que se creyera que sólo manteníamos este tono agresivo en las cartas. Y he aquí que ahora, con la mente embotada, tenía que hilvanar algo muy verosímil sobre mis encuentros con los amigos (en la correspondencia se hablaba de reuniones) para que coincidieran con el tono de las cartas, y a la vez no rebasaran el límite de lo que se consideraba política para caer de pies en el Código Penal. Además, era preciso que estas explicaciones brotaran de mis labios como una exhalación y convencieran a un juez que ya había oído de todo, de que yo era un simplón muy poquita cosa y sincero de la *cabeza,* a los pies. Y que — lo más importante — mi perezoso juez no se sintiera tentado a examinar la dichosa carga que había traído en mi dichosa maleta: cuatro cuadernos de notas, junto con mi diario de guerra, escritos con lápiz pálido y firme, haciendo una letra minúscula como las cabezas de alfiler, y que empezaba a borrarse en algunas partes. Ese diario representaba mi ambición de llegar a ser escritor. No creía en la fuerza de nuestra asombrosa memoria, y mientras duró la guerra procuré anotar todo cuanto veía (aunque esto no era lo más grave) y todo cuanto oía decir a la gente. De manera temeraria, había reproducido relatos enteros de mis compañeros de regimiento sobre la colectivización, el hambre en Ucrania, el año 1937, y con la escrupulosidad de quien nunca se había pillado los dedos con el NKVD, indicaba diáfanamente los nombres de quienes me habían contado todo aquello. Desde el momento del arresto, desde que estos diarios habían sido arrojados en mi maleta por los agentes operativos y precintados con lacre, desde que se me devolvió la maleta para llevarla yo mismo a Moscú, unas pinzas candentes me atenazaban el corazón. Y todos estos relatos, tan naturales en primera línea, ante la faz de la muerte, se encontraban ahora a los pies de un Stalin de cuatro metros, olían a húmeda cárcel para mis compañeros de armas, puros, valerosos y rebeldes.

Estos diarios eran mi principal lastre durante la instrucción del sumario. Y con tal de evitar que mi juez de instrucción se obcecara y hasta sudara con ellos para dar con un filón como era la libre cofradía del frente, me arrepentí de todo cuanto fuera preciso y reconocí tantos errores políticos como fueran necesarios. Me mantuve, aunque agotado, en el filo de la navaja hasta que vi que no traían a nadie para un careo; hasta que aparecieron claros indicios de que la instrucción tocaba a su fin; hasta que, al cuarto mes, todos los cuadernos de mi «diario de guerra» fueron arrojados a las fauces infernales de la estufa de la Lubianka, hasta que no se retorcieron las rojas virutas de otra novela más asesinada en Rusia, y hasta que convertidos en negras mariposas de hollín salieron volando por la chimenea más alta.

Bajo esa misma chimenea paseábamos nosotros, en un cajón de cemento, en la azotea de la Gran Lubianka, al nivel del quinto piso. Y del sexto piso aún subían unos muros, hasta una altura de tres personas. Nuestros oídos palpaban un Moscú en el que los automóviles mantenían conversaciones a bocinazos. Pero lo que es ver, sólo veíamos la chimenea, un centinela en la garita del piso sexto, y el infeliz pedazo de cielo de Dios al que le había tocado en suerte colgar sobre la Lubianka.

¡Ay, el hollín! Durante aquel primer mes de mayo la posguerra no cesaba de caer.

Veíamos tanto en cada paseo, que entre nosotros llegamos a imaginar que la Lubianka estaba acaso quemando veintisiete años de archivos. Mi «diario de guerra» asesinado era solamente una efímera nube en medio de aquel hollín. Y me acordaba de una fría pero soleada mañana de marzo en la que estaba ante el juez de instrucción. Como de costumbre, formulaba preguntas groseras y al anotar las respuestas tergiversaba mis palabras. El sol jugaba sobre las filigranas, ya medio derretidas, que el hielo había formado en el espacioso ventanal, un ventanal por el que a veces sentía grandes impulsos de arrojarme, para así por lo menos aparecer como un destello sobre Moscú y despanzurrarme desde el quinto piso contra el pavimento, del mismo modo que — siendo yo niño — hiciera un desconocido precursor en Rostov del Don (que había saltado de la casa número «Treinta y tres»). Por los trozos deshelados del cristal podían verse los tejados de Moscú y, sobre ellos, alegres columnas de humo. Pero yo no miraba hacia allí sino hacia el montón de hojas

manuscritas que ocupaba todo el centro de aquel despacho medio vacío, de treinta metros cuadrados, un montón que acababan de descargar y que aún no habían clasificado. Cuadernos, carpetas, encuademaciones caseras, fajos cosidos o sin coser y simples hojas sueltas se apilaban como un túmulo sobre la tumba del espíritu humano. Su punta cónica superaba en altura el escritorio del juez y casi me ocultaba su figura. Sentí compasión fraternal por las cuitas de aquel desconocido al que habían detenido la noche anterior. El botín del registro lo habían apilado de madrugada sobre el parquet del despacho de las torturas, a los pies del Stalin de cuatro metros. Desde mi asiento intentaba adivinar: ¿Qué vida singular habrían traído aquella noche al martirio, al descuartizamiento y a la hoguera?

¡Cuántas ideas y trabajos habían perecido en aquel edificio!

¡Toda una civilización! ¡Ay, el hollín, el hollín de las chimeneas de la Lubianka! ¡Lo que más siento es que nuestros descendientes tendrán a nuestra generación por más estúpida, más falta de talento y más muda de lo que fue!

.-

Para trazar una recta basta con señalar dos puntos.

En 1920 como recuerda Ehrenburg, la Cheká le planteó así la cuestión: «Demuestre usted que no es un agente de Wrangel».

En 1950, uno de los más destacados coroneles del MGB, Fomá Fomich Zhelézov declaraba a los presos: «No vamos a perder el tiempo en demostrar su culpabilidad (de un acusado). Que sea *él* quien nos demuestre a nosotros que no tenía intenciones hostiles».

En esta recta, trazada por la tosca mano de un caníbal, se alinean las incontables memorias de millones de personas.

¡Qué simplificación y aceleración de la instrucción sumarial, desconocidas por la Humanidad hasta entonces! ¡Los Órganos se habían sacado de encima el engorro de hallar pruebas! ¡El borrego atrapado, tembloroso y pálido, sin derecho a escribir a nadie, a telefonear a nadie, a traer nada consigo, privado de sueño, de comida, de papel, de lápiz e incluso de botones, sentado en un simple taburete en un rincón del despacho, debía buscar y exponer al haragán del juez instructor pruebas de que no tenía intenciones hostiles! ¡Y si no las encontraba (¿de dónde podría sacarlas?) aportaba con ello al sumario pruebas *aproximadas* de su culpabilidad!

Conocí el caso de un anciano que había sido prisionero de los alemanes y que consiguió, pese a todo — sentado en la desnuda banqueta y extendiendo sus manos vacías —, demostrar al monstruo del juez que no había traicionado a la patria y que ni siquiera había albergado semejante intención. ¡Fue un caso de escándalo! ¿Y lo pusieron en libertad? ¡Faltaría más! Lo supe por él en la cárcel de Butyrki, no en un concurrido bulevar de Moscú. Al juez principal se le unió entonces un segundo juez de instrucción, pasaron con el viejo una apacible noche de recuerdos, y luego firmaron entre los dos una declaración *como testigos* afirmando que aquella noche ese anciano — muerto de hambre y de sueño — les había hecho propaganda antisoviética. ¡Nada de lo que había dicho, sin malicia, cayó en saco roto! Pusieron al viejo en manos de un tercer juez. Éste le retiró los falsos cargos por traición a la patria, pero, con toda diligencia, le impuso los mismos diez años, esta vez por propaganda antisoviética durante la instrucción.

Desde el momento en que, para los jueces, dejó de ser búsqueda de la verdad, la instrucción del sumario se convirtió, en los casos difíciles, en una labor de verdugo y, en los fáciles, en un simple pasatiempo que justificaba el sueldo que cobraban.

Casos fáciles los hubo siempre, incluso en el tristemente famoso año 1937. Por ejemplo, a Borodko se le acusó de que, dieciséis años antes, había estado de visita familiar en Polonia sin sacarse un pasaporte para el extranjero (sus padres vivían a diez verstas, pero los diplomáticos habían acordado ceder aquella parte de Bielorrusia a Polonia y, en 1921, la gente, que todavía no se había acostumbrado, continuaba yendo y viniendo como antes). La instrucción la despacharon en media hora: «¿Fuiste?». «Sí.» «¿Cómo?» «A caballo.» «Pues hala, diez años por KRD (Actividades Contrarrevolucionarias).»

Pero tanta rapidez tenía resabios de estajanovismo y no encontró seguidores entre los de la gorra azul. La ley de enjuiciamiento criminal disponía que la instrucción durara dos meses, y en caso de dificultades permitía pedir al fiscal uno o varios aplazamientos de un mes (y los jueces, naturalmente, no los denegaban). Por tanto, sólo un idiota gastaría la salud sin aprovechar esas prórrogas o, como dicen en las fabricas, hinchándose él mismo las normas de productividad. Después de trabajar, con la garganta y los puños, en la primera «semana de choque» de cada instrucción, después de *minar la voluntad y el carácter* (según palabras de Vyshinski), los jueces procuraban darle largas al sumario a partir de ese momento, de modo que hubiera el mayor número posible de causas antiguas y tranquilas, y el menor número de nuevas. Se consideraba simplemente de mal tono tener listo un sumario político en dos meses.

El sistema estatal se castigaba a sí mismo por su desconfianza y su inflexibilidad. Ni siquiera confiaba en sus más altos cuadros: seguramente los obligaba a fichar tanto a la entrada como a la salida, y desde luego fichar también a los presos llamados a instrucción, a efectos de control. ¿Qué otra cosa podían hacer los jueces para justificar las horas trabajadas? Pues llamar a alguno de sus acusados, sentarlo en el rincón, hacerle alguna pregunta aterradora, olvidarse de ella, pasarse un buen rato leyendo el periódico, hacerse un esquema para la clase de instrucción política, escribir cartas particulares, irse a visitar unos a otros (dejando de guardia en su lugar a un celador). Charlando pacíficamente en el sofá con el amigo visitante, el juez volvía de cuando en cuando a la realidad, miraba de forma amenazadora al acusado y decía:

— ¡Canalla! ¡Ahí lo tienes, un canalla como pocos! ¡No nos sabrá mal gastar *nueve gramos* con él!

Mi juez de instrucción, además, utilizaba profusamente el teléfono. Por ejemplo, llamaba a su casa y, echándome furibundas miradas, le decía a su mujer que aquella noche se la pasaría interrogando, de modo que no le esperara antes del amanecer (se me caía el alma a los pies: ¡había para toda la noche!). Pero acto seguido marcaba el número de su amante y con voz zalamera quedaba con ella para pasar la noche en su casa. («¡Menos mal, dormiremos!», se aliviaba mi corazón.)

Así pues, sólo los pecados de sus servidores hacían más llevadero aquel sistema impecable.

Había jueces de instrucción, con más inquietudes, que aprovechaban aquellos interrogatorios «vacíos» para ampliar su experiencia de la vida: hacían muchas preguntas acerca del frente (y de esos mismos tanques alemanes bajo los cuales no se echaban por falta de tiempo); sobre las costumbres de los países europeos y de ultramar en que el acusado hubiera estado; sobre las tiendas y mercancías que había allí; y en especial, sobre el funcionamiento de los burdeles extranjeros e historias de faldas.

Según la ley de enjuiciamiento criminal el fiscal velaba sin desmayo por la marcha correcta de la instrucción de cada sumario. Sin embargo, en mis tiempos nadie veía a este personaje hasta que llegaba el denominado «interrogatorio ante el riscal», es decir, cuando la instrucción tocaba a su fin. También a mí me sometieron a dicho interrogatorio.

El teniente coronel Kótov, un rubio impersonal y tranquilo, entrado en carnes, sin pizca de maldad ni de bondad, ni de ninguna otra cosa, examinaba entre bostezos, sentado a su mesa, por primera vez la carpeta con mi caso. Durante quince minutos continuó leyendo en silencio delante de mí (puesto que este interrogatorio era absolutamente inexcusable y su duración quedaba registrada, no tenía sentido hojear la carpeta en otro momento, fuera del horario controlado, ni tampoco retener en la memoria los detalles unas cuantas horas). Creo que no encontró nada coherente. Luego posó en la pared su indiferente mirada y preguntó con desgana qué tenía que añadir a mis declaraciones.

Habría debido preguntarme si tenía algo que decir sobre el curso de la instrucción, si se había coaccionado mi voluntad y quebrantado la ley, pero hacía ya mucho tiempo que los fiscales no formulaban estas preguntas. ¿Y si las hubieran formulado? En realidad, todo aquel edificio del Ministerio, con sus miles de habitaciones, así como las cinco mil dependencias judiciales, vagones, cuevas y sótanos de instrucción desparramados por toda la Unión Soviética, sólo vivían de la infracción de la ley, y ni él ni yo podíamos ponerle remedio. Además, todos los fiscales de cierta categoría debían su cargo al beneplácito de una Seguridad del Estado a la que... debían controlar.

Su indolencia y placidez, así como el cansancio que le producían estas interminables y estúpidas *causas,* se me habían pegado también a mí no sé bien cómo. Y no planteé preguntas sobre la verdad de todo aquello, sino tan sólo que se corrigiera un absurdo: los acusados éramos dos, pero la instrucción se hacía por separado (a mí en Moscú; a mi amigo, en el frente), de modo que yo figuraba *solo* en la causa, pero se me acusaba por el punto 11, es decir, como *grupo.* No me faltaba razón para pedirle que eliminara esa referencia al punto 11.

Se estuvo cinco minutos más hojeando el expediente y, como es natural, no encontró en él ninguna *organización,* pero pese a todo suspiró, hizo un gesto de impotencia con los brazos y dijo:

— ¿Qué quiere que le diga? Un hombre es un hombre, pero dos ya son gente.

Y pulsó el timbre para que se me llevaran.

Poco después, a una hora avanzada de la tarde de finales de mayo, mi juez de instrucción me llamó a ese mismo despacho del fiscal — donde sobre el mármol de la chimenea había un reloj de bronce con figuras labradas —, para el «doscientos seis». Así se llamaba, según el correspondiente artículo de la LEC, el procedimiento del expediente por parte del acusado y su firma final. Sin dudar ni un momento que obtendría mi firma, el juez se había sentado ya a redactar las conclusiones de la acusación.

Tan sólo abrir la abultada carpeta pude ver en la parte interior de la tapa un texto impreso que me dejó de piedra: durante la instrucción yo tenía derecho a presentar quejas por escrito si se habían producido irregularidades, ¡y el juez tenía la obligación de ir grapando cronológicamente todas estas quejas mías en el sumario! ¡Durante la instrucción! Pero no cuando ésta ya había terminado...

Ay, este derecho no lo conocía ni uno solo de los miles de presos con los que más tarde habría de compartir celda.

Seguí pasando hojas. Vi copias fotográficas de mis cartas junto con la interpretación totalmente aberrante que de su sentido habían dado unos comentaristas desconocidos (como un tal capitán Libin). Vi también la hiperbólica mentira con la que el capitán Yézepov había arropado mis prudentes declaraciones.

— No estoy de acuerdo. Han llevado ustedes la instrucción de manera irregular — dije sin mucha convicción.

— ¡Muy bien, pues, volvamos a empezar desde el principio! — respondió apretando los labios con una mueca siniestra—, Te vamos a largar al sitio donde tenemos a los *Polizei* .

E incluso hizo ademán de adelantar la mano para quitarme el «sumario» (lo retuve inmediatamente con el dedo).

Tras las ventanas de la cuarta planta de la Lubianka, brillaba el sol dorado del crepúsculo. En alguna parte era ya el mes de mayo. Pero las ventanas del despacho, como todas las ventanas exteriores del Ministerio, estaban cerradas a cal y canto. Aunque ya había pasado el invierno no habían despegado los burletes de papel, para que no irrumpiera en aquellas estancias escondidas el aire fresco y primaveral. El reloj de bronce de la chimenea, del que se había retirado el último rayo de sol, resonó quedamente.

¿Desde el principio? Me parecía más llevadera la muerte que empezar todo aquello de nuevo. Pese a todo, aún tenía algún tipo de vida por delante. (¡Si hubiera sabido qué vida!) Y además, estaba aquello del lugar donde encerraban a los *Polizei*. No convenía irritarlo, de ello dependía el tono con que redactaría el auto de procesamiento.

Y firmé. Firmé admitiendo también lo del punto 11 (pues el texto de nuestra «Resolución» me acusaba en esa dirección). No conocía entonces su verdadero peso, sólo me indicaron que no alargaba la pena. Por culpa del punto 11 fui a parar a un campo de trabajos forzados. Por culpa del punto 11 fui desterrado a perpetuidad después de que me hubieran puesto en libertad, sin que hiciera falta un nuevo juicio.

Quizás haya sido mejor así. Sin lo uno ni lo otro no hubiera podido escribir este libro...

Mi juez de instrucción no me aplicó más procedimiento que el del insomnio, la mentira y la intimidación, métodos completamente legales. Por eso no necesitó — como hacen otros jueces más bribones que quieren guardarse las espaldas — hacerme firmar también, según el 206, el compromiso de no divulgación: yo, Fulano de Tal y Tal, quedo obligado bajo pena de castigo penal (no se sabe por qué artículo) a no revelar los métodos que se utilizaron en la instrucción del sumario.

En algunos centros regionales del NKVD, esta medida se aplicaba en serie: el impreso de no divulgación se presentaba a la firma del acusado junto con la sentencia de la Comisión Especial. (Y más tarde, al ser puesto en libertad, firmabas que no ibas a hablar con nadie sobre el funcionamiento de los campos.) ¿Cómo podría ser? Pues porque nuestro hábito de sumisión, nuestro espinazo encorvado (o roto), no nos permitían sino acatar esta forma bandidesca de borrar las huellas. Ni tampoco indignarnos.

Hemos perdido la medida de la libertad. No tenemos forma de saber dónde empieza ni dónde termina. Nos exigen firmas, firmas y más firmas, tantas como quieran, en un interminable compromiso de no divulgación.

Ya no estamos seguros de si tenemos o no derecho a contar nuestra propia vida.

4. Los ribetes azules (T52)

Quien atraviesa este tren de laminado, quien pasa entre las muelas del Gran Establecimiento Nocturno — donde se trituran las almas y la carne pende como jirones a un pordiosero — sufre demasiado, está demasiado sumido en el propio dolor para mirar, con ojos penetrantes y proféticos, a los pálidos *verdugos* que le están dando tormento. De no haber sido por ese sufrimiento que nos rebosaba hasta nublar la vista, ¡menudos cronistas habrían tenido nuestros torturadores! Porque, lo que es a ellos, nunca se les va a ocurrir hablar de sí mismos contando la verdad. Mas, por desgracia, aunque todo ex preso recuerda detalladamente la instrucción de su sumario, cómo lo coaccionaban y qué inmundicias le sacaron, es frecuente que del juez no recuerde ni siquiera el apellido, y si no se acuerda ni de eso, ¿cómo pretender que se hubiera detenido a estudiarlo como persona? Yo mismo, por ejemplo, puedo recordar más cosas y cosas más interesantes de cualquier compañero de celda que del capitán de la Seguridad del Estado Yézepov, ante el cual tantas veces estuve sentado a solas en su despacho.

Sin embargo, todos compartimos un recuerdo, único y fiel a la realidad: era un pudridero, un espacio completamente infectado de podredumbre. Pasadas unas décadas, sin ningún rescoldo ya de rencor o de rabia, con el corazón reposado, conservamos esta firme impresión: eran hombres malvados, indignos, indecorosos, y, tal vez, descarriados.

Conocida es la ocasión en que Alejandro II — un zar fustigado por los revolucionarios, a quien por siete veces intentaron dar muerte — visitó la prisión preventiva de la calle Shpalérnaya (tía de la Casa Grande) y

mandó que lo encerraran en el calabozo 227, donde permaneció más de una hora. Quería comprender qué pasaba por la cabeza de aquellos a quienes tenía allí encerrados.

No se puede negar que, partiendo del monarca, se trataba de un gesto moral, de una necesidad e intento de ver la cuestión desde un punto de vista espiritual.

Pero sería imposible imaginar a ninguno de nuestros jueces de instrucción, desde Abakúmov hasta el mismo Beria, deseando, aunque sólo fuera por una hora, meterse en la piel de un preso, encerrarse y reflexionar en solitario.

Su cargo no les exige ser personas instruidas, de amplia cultura y espíritu abierto, y no lo son. No se les exige pensar de forma lógica, y no lo hacen. Su cargo sólo exige que cumplan minuciosamente el reglamento y que sean insensibles al sufrimiento ajeno. Eso sí saben hacerlo. Quienes hemos pasado por sus manos nos sofocamos sólo de pensar en ese colectivo, carente hasta tal punto de nociones comunes a todo el género humano, que está en los mismos cueros.

Si podía haber alguien capaz de ver claro que las *causas* se exageraban, ése era precisamente el juez de instrucción. Salvo en las reuniones de trabajo, no puede ser que los jueces dijeran en serio, entre sí y para sí mismos, que estaban desenmascarando criminales. Y pese a ello, folio a folio, iban llenando sumarios para que nos pudriéramos en los campos. Es, ni más ni menos, la ley de los bajos fondos: «¡Hoy muérete tú, que yo me espero a mañana!».

Eran conscientes de que las causas se exageraban y sin embargo seguían con ello, año tras año. ¿Cómo se explica? O bien renunciaban a pensar (con lo cual dejaban de ser personas), o bien simplemente aceptaban que así debía ser, que quien les redactaba las instrucciones no podía equivocarse.

Pero, si no me falla la memoria, los nazis también usaban esta argumentación.

Es imposible evitar la comparación entre la Gestapo y el MGB: hay demasiadas coincidencias, tanto en los años como en los métodos. Más natural aún es que las comparen quienes han pasado por la Gestapo y por el MGB, como Yevgueni Ivánovich Dívnich, un emigrado. La Gestapo lo acusó de actividades comunistas entre los obreros rusos de Alemania; el MGB de contactos con la burguesía mundial. Tras comparar, Dívnich saca una conclusión desfavorable para el MGB: aunque en ambas partes torturaban, la Gestapo buscaba la verdad y, cuando la acusación quedó refutada, soltaron a Dívnich. El MGB no buscaba la verdad y cuando agarraba a uno no estaba dispuesto a soltarlo de sus garras.

O puede que actuaran movidos por la Doctrina Progresista, por una ideología sólida como el granito. En el siniestro Orotukán (Comando Disciplinario de Kolymá, en 1938), el juez de instrucción, conmovido por la facilidad con que M. Lurié — director del complejo industrial de Krivói Rog — había accedido a firmar el sumario para una segunda condena en los campos, aprovechó el rato que le sobraba para sincerarse: «¿Acaso crees que disfrutamos empleando *medidas?* (Una forma eufemística de llamar a la tortura.) Pero debemos hacer lo que nos exige el partido. Dime tú, que eres de los viejos militantes, ¿qué harías en nuestro lugar?».

Al parecer, Lurie estuvo a punto de darle la razón (si antes había firmado sin rechistar, quizá era porque ya pensaba así). Realmente eficaz.

De todos modos, lo más habitual era el cinismo. Los ribetes azules sabían cómo funcionaba la picadora de carne y les gustaba. En los campos de Dzhidá (1944), el juez Mironenko, enorgulleciéndose de la lógica de su razonamiento, le dijo a Babich, cuya suerte ya estaba decidida: «La instrucción y el juicio no son más que formas jurídicas que ya no pueden cambiar su destino, trazado de antemano. Si hay que fusilarle, aunque sea usted absolutamente inocente le fusilaremos de todos modos. Y si es necesario absolverle (aquí, por supuesto, se refería a *los suyos* - A.S.), por más culpa que tenga usted, quedará limpio y le absolveremos». El jefe de la primera Sección de Instrucción de la Seguridad del Estado en la región del Kazajstán occidental, Kushnariov, se lo dejó así de claro a Adolf Tsivilko: «¡Cómo te voy a soltar si eres de Leningrado!». (Es decir: un veterano del partido.)

«¡Quien tiene un hombre tiene una *causa!*», así bromeaban muchos de ellos, éste era el refrán del gremio. Lo que para nosotros era tortura, ellos lo llamaban trabajo bien hecho. La esposa del juez Nikolái Grabischenko (Canal del Volga) decía enternecida en el vecindario: «Mi Kolia es muy buen funcionario. Había uno que llevaba mucho tiempo negándose a confesar y se lo dejaron a Kolia. Kolia habló con él toda la noche y el hombre confesó».

¿Por qué se lanzaron todos con tanto celo a la caza, no de la verdad, sino de cifras de individuos filtrados por la máquina y condenados? Pues porque así era más cómodo , porque así no ibas a contracorriente de todos los demás. Porque estas cifras significaban una vida apacible, pagas extras, condecoraciones y ascensos, así como el crecimiento y prosperidad de los propios Órganos. Las cifras altas permitían también haraganear y hacer chapuzas, e irse de juerga por la noche (y vaya si lo hacían). En cambio, las cifras bajas conducían al despido y a la degradación, a la pérdida de su pesebre, pues Stalin jamás habría podido creer que en un determinado distrito, ciudad o unidad militar no hubiera enemigos.

Así se explica que no se despertara en ellos un sentimiento de compasión, sino de amor propio herido e irritación cuando los detenidos, tozudos y malintencionados, no querían convertirse en cifras, no cedían ni a la privación de sueño, ni al calabozo, ni al hambre. ¡Al negarse a confesar estaban minando la posición personal del juez de instrucción! ¡Era como si quisieran tumbarlo *a él!* Puestas así las cosas, cualquier medio era válido. ¡En la guerra como en la guerra! ¡Chupa esa manguera, toma agua salada!

Apartados, por el oficio y la vida que habían elegido, de la esfera superior de la existencia humana, los funcionarios de la Institución Azul poblaban, con tanta mayor plenitud y avidez, la esfera inferior. Y en ella vivían dominados y regidos por los más fuertes instintos (después del hambre y el sexo) de dicha esfera inferior: el poder y la codicia. (Sobre todo el poder. En nuestras décadas es más importante que el dinero.)

El poder es un veneno conocido desde hace milenios. ¡Ojalá nadie pudiera jamás tener poder material sobre los demás! Sin embargo, para el hombre que cree en algo superior a todos nosotros y que tiene por tanto conciencia de sus propias limitaciones, el poder no resulta mortífero. Por el contrario, para las personas sin esfera superior es un veneno letal. No pueden escapar a su contagio.

¿Recuerdan lo que dijo Tolstói sobre el poder? En razón de su cargo al servicio del Estado, Iván Ilich (**T53**) tenía la posibilidad ¡de *causar la perdición de todo hombre que quisiera! Todos sin excepción estaban en sus manos. A cualquiera, aunque fuera la persona más importante, podían traerlo a su presencia en calidad de acusado.* (¡Pero si es igual que nuestros azules! ¡Ya está todo dicho!) La conciencia de este poder («y la posibilidad de mostrarse clemente», precisa Tolstói, aunque esto ya no tiene nada que ver con nuestros bravos mozos) constituía para él *el principal interés y el atractivo de su trabajo.*

Atractivo es poco: ¡Embriaguez! Porque es para que se te suba a la cabeza: aún eres joven, digamos entre paréntesis que un mocoso, hasta hace muy poco tus padres estaban desesperados contigo, no sabían qué hacer de un tonto que no quiere estudiar, pero tres añitos en *cierta* academia, ¡y mira cómo has adelantado! ¡Cómo ha mejorado tu posición en la vida! ¡Cómo se han transformado tus movimientos y tu mirada, el porte con que vuelves la cabeza! Hay una reunión del consejo científico de un instituto, entras tú y todos se dan cuenta, hasta tiemblan; y no te acomodas en el sillón presidencial, no, que sude la camiseta el rector. Tú te sientas a un lado, pero todos saben que el personaje principal eres tú, el de la Sección Especial.

Puedes estarte cinco minutitos y marcharte (ésta es tu ventaja sobre los profesores, a ti pueden reclamarte asuntos más importantes), pero luego, al leer su resolución fruncirás el ceño (o, mejor aún, los labios) y le dirás al rector: «Imposible. Hay *razones* que...». ¡Y no se hable más! ¡Asunto resuelto! O bien eres del SMERSH, de las Secciones Especiales, aunque sólo teniente, a pesar de lo cual el viejo y corpulento coronel, el jefe de la unidad, se pone en pie cuando tú entras, procura adularte, complacerte, y no se le ocurrirá tomarse una copa con el jefe del Estado Mayor sin antes invitarte. No importa que sólo tengas dos estrellas pequeñas, incluso resulta divertido: tus estrellitas tienen un peso del todo distinto, se miden con una escala del todo distinta de la de los oficiales corrientes (a veces, en misiones especiales, se te permitirá engancharte otras estrellas, por ejemplo las de comandante, como si fuera un seudónimo o una señal convenida). Tu poder sobre todo el personal de esta unidad militar, de esta fábrica o de este distrito llega a

tener una hondura incomparablemente mayor que el poder del comandante, del director o del secretario del comité de distrito. Ellos disponen del trabajo, el salario y el buen nombre de sus subordinados; tú dispones de su libertad. Nadie se atreverá a hablar de ti en una reunión, nadie se atreverá a escribir sobre ti en un periódico. ¡Y no solamente mal! ¡Tampoco se atreverán a hablar *bien*!¡Eres como una divinidad arcana, no se te puede ni nombrar! ¡Tú estás ahí, y todos advierten tu presencia, pero es como si no estuvieras! Ésta es la razón por la cual, desde el momento en que te cubres con esa gorra celeste, te hallas por encima del poder visible. Nadie osará controlar lo que tú haces, pero toda persona puede ser sometida a tu control. Por esto, ante los llamados ciudadanos sencillos (que para ti son simples tarugos) lo más digno es adoptar una expresión profunda y enigmática.

Porque tú eres el único que conoce las *razones* especiales, nadie más. Y por eso siempre tienes razón.

Pero no olvides nunca que tú también habrías sido un tarugo como los demás de no haber tenido la suerte de convertirte en un pequeño engranaje de los Órganos, de ese ser vivo, integral y flexible que habita en el Estado como la lombriz solitaria en el cuerpo del hombre. ¡El mundo es tuyo! ¡Para ti todo! ¡Con tal que seas fiel a los Órganos! ¡Siempre saldrán en tu defensa! ¡Y te ayudarán a tragarte a quien te ofenda! ¡Y apartarán cualquier obstáculo de tu camino! ¡Pero sé fiel a los Órganos! ¡Haz todo lo que ellos te manden! Ellos serán quienes decidan por ti qué lugar debes ocupar: hoy eres de la Sección Especial, mañana ocuparás el sillón del juez de instrucción y más tarde puede que vayas de etnógrafo a la región del lago Seliguer (como Ilin en 1931), en parte quizá para que te cuides los nervios. Puede también que te saquen de la ciudad, donde has adquirido ya demasiada fama, y te envíen al otro extremo del país como delegado para asuntos de la Iglesia (Volkopiálov, el feroz juez de Yaroslavsk, fue enviado como tal a Moldavia). O que te conviertas en vocal de la Unión de Escritores (otro Ilin, Viktor Nikolayevich, ex teniente general de la Seguridad del Estado). No te asombres de nada: el peso y valía verdaderos de cada hombre sólo lo conocen los Órganos. Y a todos los demás simplemente les están dejando que jueguen. No importa que seas un artista emérito o un héroe del agro socialista, basta un soplo para que desaparezcas. («¿Quién eres tú?», preguntó el general Serov a Timoféyev-Ressovski, un biólogo de fama mundial interrogado en Berlín. «Y tú ¿quién eres?», respondió sin desconcertarse Timoféyev-Ressovski, con esa intrepidez cosaca que le venía de familia. «¿Es usted un científico?», rectificó Serov.)

Ni que decir tiene que la labor del juez de instrucción requiere esfuerzo: hay que estar en el trabajo de día y también de noche, hay que pasarse ahí horas y horas, aunque no hasta el punto de devanarte los sesos buscando «pruebas» (para eso, que se rompa los cascos el acusado), o debatirse sobre la culpabilidad o inocencia del detenido. Basta con que hagas lo que conviene a los Órganos y todo irá a pedir de boca. De ti depende que la instrucción de la causa resulte lo más agradable posible, sin cansarse demasiado y, siempre que se pueda, sacar de ella algún provecho, o si no, pasar al menos un buen rato. ¡Cansado de estar sentado se te ocurre de pronto una nueva *medida!* ¡Eureka! Llama por teléfono a los amigos, ve a contarlo por todos los despachos, ¡vaya panzada de reír! Oye, vamos a probarlo, ¿con quién lo estrenamos, muchachos? Y es que uno se aburre de estar siempre con lo mismo, te aburres de esas manos temblorosas, esos ojos suplicantes, esa cobarde sumisión, ¡si por lo menos hubiera alguien que ofreciera resistencia! «¡Me gustan los adversarios fuertes! ¡Es un placer partirles el espinazo!» (le dijo a G.G-v. el juez de Leningrado Shítov).

¿Y si es tan fuerte que no hay forma de doblegarlo? ¿Y si ninguno de tus métodos da resultado? ¿Te saca de quicio? ¡Pues adelante, no contengas tu rabia! ¡Es un placer inmenso, es el éxtasis! ¡Dar rienda suelta a tu rabia, sin trabas! ¡En este estado es cuando le escupes en la boca al maldito acusado! ¡Le hundes la cara en una escupidera llena! (Eso es lo que le hizo Vasíliev a Ivanov-Razúmnik.) ¡En este estado es cuando arrastran a los sacerdotes por la trenza! ¡Y se mean en la cara del arrodillado! ¡Cuando has descargado tu rabia, te sientes como si fueras más hombre!

O bien interrogas a una muchacha arrestada «casada con un extranjero» (Esfir R., 1947). Tras haberle dicho todo tipo de palabrotas, le preguntas: «¿Es que tu norteamericano tenía la... de diamantes, o qué? ¿Qué te pasa, no te basta con los rusos?». Y de pronto se te ocurre una idea: alguna cosita habrá aprendido de esos extranjeros. No hay que perder la ocasión: es como ir a otro país en comisión de servicio. Y empiezas a preguntarle con ardor: *¿Cómo?* ¿En qué postura? ¿En cuál más? ¡Con detalles! ¡Hasta lo más insignificante! (¡Me servirá a mí y se lo contaré a los muchachos!) La joven, se ha puesto roja y responde entre sollozos que

eso no tiene nada que ver con el caso. «¡Sí tiene que ver! ¡Cuenta!» ¡Fíjate cuánto poder tienes! Te lo contará con pelos y señales, si quieres hasta te lo dibujará, o si quieres también te lo demostrará con el cuerpo. No tiene otra alternativa: en tus manos está su calabozo y la duración de su condena.

Si llamas a una taquígrafa para que tome el interrogatorio (el juez Pojilko, de la Seguridad del Estado de Kemerovo) y resulta que no está mal, métele mano ahí mismo, en el pecho, aunque sea ante el crío que estás interrogando (el colegial Misha B.). Los acusados no son personas, no hay que tener vergüenza delante de ellos.

Y además, ¿vergüenza de qué? Si te van las faldas (¿a quién no?), tonto serías si no aprovecharas tu posición. A unas les atraerá tu poder, otras cederán por miedo. Si en alguna parte te encuentras con una muchacha y te entra el capricho, será tuya, no tendrá otro remedio. Si pones la vista en la esposa de cualquier otro, ¡es tuya!, pues no cuesta nada quitar de en medio al marido.

Hace tiempo que tengo el argumento para un relato: «La esposa echada a perder». Pero está visto que no lo voy a escribir. Aquí está: Antes de la guerra de Corea, en una unidad aérea del Extremo Oriente, un teniente coronel se entera, al volver de un viaje en comisión de servicio, de que su esposa está en el hospital. Los médicos no le ocultan lo sucedido: su esposa tiene los genitales lesionados a causa de un trato patológico. El teniente coronel la emprende con su mujer y consigue que confiese: ha sido el teniente de la Sección Especial de su unidad (aunque, al parecer, no sin cierto consentimiento por parte de ella). Fuera de sí, el teniente coronel va al despacho de aquel hombre, saca la pistola y *amenaza* con matarle. Pero en poco tiempo el teniente consigue bajarle los humos y hacerlo salir del despacho mísero y apaleado: lo ha amenazado con enviarlo a un campo tan horrible que suplicará que le permitan morir sin más sufrimientos. Le ordena que acepte a su esposa tal como la ha dejado (con sus lesiones irreversibles), que viva con ella y que no se atreva a divorciarse ni a quejarse. ¡Ese era el precio para poder seguir en libertad! Y el teniente coronel así lo cumplió. (Me lo contó el chófer de ese teniente de la Sección Especial.)

No debieron faltar casos como éste, porque se trata del terreno donde más tentador resulta utilizar el poder. En 1944 un agente de la Seguridad del Estado obligó a casarse con él a la hija de un general del Ejército, amenazándola con encarcelar al padre. La muchacha tenía novio, pero se casó con el agente para salvar a su padre. Durante el breve tiempo que duró el matrimonio, llevó un diario íntimo, que entregó a su amado para luego suicidarse.

No, para saber lo que significa llevar una gorra azul hay que haberlo vivido. ¡Cualquier cosa que veas es tuya! ¡Cualquier vivienda a la que hayas echado el ojo, es tuya! ¡Cualquier mujer, es tuya! ¡Cualquier enemigo es barrido de tu camino! ¡La tierra bajo tus pies es tuya! ¡El cielo sobre tu cabeza es tuyo, por algo también es azul!

El afán de lucro es común a todos ellos. ¿Cómo no aprovechar semejante poder y semejante falta de control para enriquecerse? ¡Habría que ser un santo!

Si nos fuera dado conocer el móvil oculto de cada detención veríamos con asombro que, si bien *encarcelar* era una consigna general, la elección de la persona concreta *a quien* encarcelar y su destino particular dependían, en tres casos de cada cuatro, de la codicia y el espíritu de venganza, y que de estos arrestos la mitad se debía al cálculo egoísta del NKVD local (y del fiscal, naturalmente, no vamos a dejarlo aparte).

Por ejemplo, ¿cómo empezaron los diecinueve años de periplo de Vasili Grigórievich Vlásov por el Archipiélago? Pues ocurrió que, siendo Vlásov director de la cooperativa de consumo del distrito, organizó una venta de telas para los miembros del partido (nadie se indignó porque fuera una venta cerrada al público). La esposa del fiscal Rúsov se quedó sin su tela, porque no pudo estar presente y al fiscal le dio vergüenza acercarse en persona al mostrador, al tiempo que a Vlásov no se le ocurrió decirle que «ya le guardaría algo» (además, no iba con su carácter decir cosas así). Pero eso no es todo: en otra ocasión, el fiscal Rúsov había llevado a un comedor para militantes del partido a un amigo suyo que no estaba registrado en el establecimiento (porque tenía un rango inferior al exigido). Como el gerente del comedor no permitió que le sirvieran comida a su amigo, el fiscal exigió a Vlásov que le impusiera una sanción

administrativa, cosa que Vlásov no hizo. A esto hay que añadir aún otro episodio más, por el que el NKVD del distrito se sintió gravemente ultrajado. ¡Lo acusaron por oposición de derecha!

Los actos y motivaciones de los ribetes azules son tan mezquinos que uno se lleva las manos a la cabeza. El delegado operativo Senchenko le confiscó a un oficial arrestado el portamapas y la cartera de campaña y comenzó a hacer uso de ellas en su presencia. A otro arrestado le requisó unos guantes de fabricación extranjera valiéndose de una triquiñuela en el sumario. (Siempre que el ejército avanzaba, les reconcomía pensar que no eran los primeros en llegar al botín.) El agente del contraespionaje del 48º

Ejército, que me detuvo a mí, se enamoró de mi pitillera, que ni siquiera era tal, sino una cajita de la intendencia alemana, eso sí, de un llamativo color carmesí. Y para poder quedarse con esta mierda se entretuvo en montar toda una maniobra administrativa: primero no la hizo constar en el acta («esto puede usted quedárselo»), luego ordenó que me cachearan de nuevo sabiendo de sobras que no llevaba nada más en los bolsillos. «Ah, ¿esto qué es? ¡Quitádselo!» Y para que yo no protestara: «¡Al calabozo con él!». (¿Qué gendarme zarista se habría atrevido a proceder así con un defensor de la patria?) A cada juez de instrucción se le asignaba cierta cantidad de cigarrillos para premiar a los que confesaban y mimar a los chivatos. Había jueces que se los quedaban todos. Incluso hacían trampas con las horas nocturnas, que les pagaban como extras: en las actas redactadas de noche habíamos observado que estiraban las horas ahí donde ponía «desde» y «hasta». El juez Fiódorov en persona (apeadero de Reshety, apartado de correos n° 235) robó un reloj de pulsera al practicar un registro en casa de Korzujin, que ni siquiera estaba arrestado. Durante el cerco de Leningrado, el juez Nikolái Fiódorovich Kruzhkov le dijo a Yelizaveta Víktorovna Strájovich, esposa del acusado K.I. Strájovich: «Necesito una manta acolchada. ¡Tráigamela!». Ella respondió: «La habitación donde guardo la ropa de abrigo está precintada». Entonces fueron los dos a la casa y, sin romper los precintos de plomo, el juez destornilló el tirador de la puerta («¡Así trabaja el NKVD!», le decía alegremente) y empezó a sacar la ropa de invierno, metiéndose de paso en el bolsillo alguna pieza de cristalería (a su vez, Y.V. sacó también tantas cosas como pudo, al fin y al cabo eran suyas. «¡Basta de llevarse cosas!», la frenó el juez, mientras él seguía arramblando).

En 1954 esta mujer enérgica e implacable testificó en el juicio contra Kruzhkov (aunque el marido lo había perdonado todo, incluso su condena a muerte, e intentó convencerla de que desistiera). Como sea que no era el primer caso en que Kruzhkov había procedido así, y ello perjudicaba los intereses de los órganos, lo condenaron a veinticinco años. ¿Los cumplió?

Casos como éste son innumerables, podrían publicarse mil «Libros blancos» (empezando en 1918). Bastaría con entrevistar sistemáticamente a los antiguos presos y a sus esposas. Es posible que hubiera o que siga habiendo ribetes azules que nunca robaran ni se apropiaran de nada, ¡pero decididamente no soy capaz de imaginármelos! No me cabe en la cabeza que con su forma de pensar puedan sentir algún reparo si una cosa les gusta. A principios de los años treinta, cuando nosotros vestíamos el uniforme del Komsomol y trabajábamos para el primer Plan Quinquenal, ellos se pasaban las tardes en salones aristocráticos al estilo occidental — como ocurría en el piso de Koncordia Iossé — y sus damas se pavoneaban con atavíos extranjeros, ¿de dónde salía todo esto?

¡Y qué apellidos! ¡No parece sino que los reclutasen por el apellido! Por ejemplo, a principios de los años cincuenta en la Seguridad del Estado de Kemerovo el fiscal se llamaba Trútnev [zángano], el jefe de la sección de instrucción era el comandante Shkurkin [pellejo], su adjunto era el teniente coronel Balandin [bodrio] y el juez de instrucción se apellidaba Skorojvátov [agarrapronto]. ¡Ni que lo hubieran hecho a posta! ¡Y todos en un mismo sitio! (Ya hemos hablado antes de Grabíschenko [saqueador] y Volkopialov [revientalobos].) ¿Cómo no van a querer decir nada tantos apellidos así y tan concentrados?

Topamos una vez más con la mala memoria del arrestado: Iván Koméyev ha olvidado el nombre de aquel coronel de la Seguridad del Estado, amigo de Koncordia Iossé (resultó ser una conocida común), que estuvo encerrado con él en el *izoliator* de Vladímir. Este coronel era la viva encarnación del instinto del poder y el de codicia. A principios de 1945, en la época dorada del «botín», pidió el traslado a una unidad de los Órganos (encabezada por el propio Abakúmov) que controlaba el pillaje, es decir, que procuraba arrebatar cuantos más bienes mejor, pero no para el Estado sino para apropiárselos (y no se les daba nada mal).

Nuestro héroe rapiñaba por vagones enteros y se construyó varias dachas (una de ellas en Klin). Después de la guerra vivía tan a lo grande que una vez, tras llegar a la estación de Novosibirsk, mandó que echaran a todos los clientes del restaurante e hizo que les trajeran a él y a sus compañeros de juerga chicas y mujeres, a las que obligó a bailar desnudas encima de las mesas. Pero eso se lo habrían pasado por alto, de no haber infringido también — lo mismo que Kruzhkov — una ley importante: actuó contra *los suyos.* Aquél había engañado a los órganos, pero éste hizo algo quizá peor: apostó que seduciría no a las esposas de ciudadanos corrientes, sino de sus camaradas chekistas. ¡Eso no se lo perdonaron! ¡Fue encerrado en un *izoliator* político por el Artículo 58! Estaba furioso porque habían osado encerrarlo y no dudaba de que cambiarían de parecer. (Es posible que así fuera.)

Así pues, los ribetes azules también pueden dar con sus huesos en prisión, y este fatal destino no es algo tan infrecuente. Y aunque no tienen una auténtica garantía contra ello, por la razón que sea, no escarmientan con las lecciones del pasado. De nuevo, seguramente se deba a su carencia de un raciocinio superior, mientras que el raciocinio inferior les dice: sucede pocas veces, son casos aislados, a mí no me tocará, y además no creo que los nuestros me abandonen.

Efectivamente, los suyos procurarán no dejarlo en la estacada, tienen un acuerdo tácito: si va a estar en la cárcel, al menos, procurarle una situación privilegiada (como hicieron con el coronel I.Y. Vorobiov en la prisión especial de Márfino; o en la Lubianka con ese mismo V.N. Ilin, del que hemos hablado, durante más de ocho años de condena). Gracias a esta previsora política de casta los que son encarcelados individualmente por sus errores personales no suelen pasarlo mal, lo cual explica la sensación de impunidad que sienten a diario en su trabajo. No obstante, se sabe de algunos casos de delegados operativos enviados a cumplir condena en campos comunes, donde incluso se encontraron con antiguos *zeks* que habían tenido bajo su férula. Estos sí que lo pasaban mal. (Por ejemplo el *óper* Munshin, que odiaba ferozmente a los presos del Artículo 58 y se apoyaba en los delincuentes comunes. Estos mismos presos comunes se cebaron con él hasta que se refugió bajo los catres.) Sin embargo, no disponemos de medios para conocer más detalles y por tanto no nos es posible explicar estos casos.

Los que sí se lo juegan todo son los chekistas que caen en una *riada* — ¡porque también ellos tienen sus riadas propias! La riada es una fuerza de la naturaleza, algo incluso superior a los propios Órganos. Dentro de una riada nadie puede ayudarte porque también podría verse arrastrado al abismo.

Pero en el último instante, si uno dispone de buena información y de un fino olfato de chekista, es posible escapar del alud demostrando no tener ninguna relación con él. Así, el capitán Sayenko (no se trata del carpintero-chekista de Jarkov, famoso en 1918-1919 por fusilar a la gente, traspasar cuerpos con el sable, romper tibias, aplastar cráneos con pesas y provocar quemaduras, (**46**) pero, ¿será quizá algún pariente?) tuvo la debilidad de casarse, por amor, con una empleada del Ferrocarril Chino-Oriental apellidada Kojanskaya. Y de pronto, cuando la ola apenas había empezado a crecer, se enteró de que iban a detener a los del ferrocarril. En aquella época era jefe de la Sección de Operaciones en la GPU de Arjánguelsk. ¿Y saben ustedes qué es lo que hizo sin pérdida de tiempo? ¡Pues *encarcelar a su querida esposa!* Y ni siquiera como empleada del FCHO sino fabricando una causa contra ella. El no sólo salvó el pellejo, sino que ascendió en el escalafón hasta ser jefe del NKVD en Tomsk. (Otro argumento para un relato, ¡hay tantos aquí! Quizá puedan serle útiles a alguien.)

Las riadas nacían por una enigmática ley de regeneración de los Órganos, un pequeño sacrificio ritual que se ofrecía periódicamente para que quienes quedasen parecieran purificados. Los Órganos debían regenerarse con mayor rapidez con la que crecen y envejecen las generaciones humanas: del mismo modo que el esturión va a morir entre las piedras del río para dejar paso a los alevines, manadas enteras de agentes debían sucumbir con una periodicidad inexorable. Por mucho que para la razón suprema ésta fuera una ley indiscutible, los de azul eran reacios a admitirla o cuanto menos tenerla en cuenta. Mas en vano: cuando sonaba la hora designada por los astros, los reyes y ases de los Órganos, y hasta los propios ministros, no tenían más remedio que depositar la cabeza en su propia guillotina.

Yagoda arrastró consigo una de ésas manadas. Seguramente en ella cayeron muchos de aquellos hombres célebres que suscitan nuestra admiración cuando hablamos del Canal del mar Blanco. Más adelante sus nombres serían tachados de los panegíricos.

El segundo majal llegó poco después, con el efímero Ezhov. En él sucumbieron algunos de los mejores paladines de 1937 (aunque no hay que exagerar: faltó un buen trecho para que se tratara de todos). Al propio Ezhov lo golpearon durante la instrucción hasta dejarlo con un aspecto lamentable. Con estos encarcelamientos quedó huérfano el propio Gulag. Por ejemplo, junto con Ezhov entraron en prisión el jefe del Departamento Financiero del Gulag, el de la Dirección de Sanidad, el de la VOJR, (**47**) e incluso el jefe de la Sección Operativa de la Cheká en el Gulag, ¡el jefe de todos los compadres (**T54**) de todos los campos!

Luego vendría la manada de Beria.

En cuanto al obeso Abakúmov, tan seguro de sí mismo, éste ya había tropezado mucho antes él solo.

Algún día, quienes escriban la historia de los Órganos (si antes no hay quien prenda fuego a los archivos) nos lo contarán paso a paso, nos sorprenderán con cifras y nombres.

Yo sólo voy a contar aquí muy poco, algo que conocí por casualidad sobre la historia de Riumin y Abakúmov. (No voy a repetir lo que ya tuve ocasión de decir en otra de mis obras.) (**48**)

Promocionado por Abakúmov y convertido en miembro de su círculo de colaboradores, a finales de 1952 Riumin comunicó a éste una sensacional noticia: el profesor Étinguer confesaba haber prescrito a Zhdánov y a Scherbakov un tratamiento contraindicado (para asesinarlos). Abakúmov, que conocía los entresijos de la casa, se negó a darle crédito y decidió que Riumin estaba pasándose de la raya. (¡Pero en realidad Riumin percibía mejor que él los deseos de Stalin!) Para asegurarse, aquella misma noche sometieron a Étinguer a un interrogatorio cruzado del que sacaron conclusiones distintas: Abakumov, que no existía ningún «complot de los médicos», y Rjumin, que sí existía. El caso debía ser sometido a examen una vez más a la mañana siguiente, pero, a causa de las prodigiosas peculiaridades de la Institución Nocturna, ¡Étinguer *murió aquella misma noche!* Por la mañana, pasando por encima de Abakumov y sin que éste se enterara, ¡Riumin telefoneó al Comité Central y pidió audiencia con Stalin! (Creo que no fue éste su paso más audaz. Lo audaz — porque con ello se jugaba la cabeza — fue haberse mostrado en desacuerdo con Abakumov la noche antes, o quizás el asesinato nocturno de Étinguer. ¡Pero quién conoce los secretos de la Corte! ¿Y si antes ya se había puesto de acuerdo con Stalin?) Stalin recibió a Riumin, dio luz verde al asunto de los médicos y arrestó a Abakumov. A continuación, Riumin llevó la causa de los médicos con cierta independencia, ¡a despecho incluso de Beria! (Hay indicios de que, poco antes de la muerte de Stalin, Beria ya estaba en la cuerda floja, y es probable que Stalin fuera eliminado por mediación suya.) Uno de los primeros pasos del nuevo gobierno (**T55**) fue abandonar el caso de los médicos. Entonces fue arrestado Riumin (con Beria aún en el poder), ¡pero Abakumov no fue puesto en libertad! En la Lubianka se estableció un nuevo orden de cosas: por primera vez en toda su historia un fiscal (D.P. Térejov) franqueba su puerta. Riumin se mostraba inquieto a la vez que servil («soy inocente, me habéis encerrado sin motivo») y pidió que le tomaran declaración. Siguiendo su costumbre, Riumin chupaba un caramelo, pero a una observación de Térejov, lo escupió en la palma de la mano diciendo: «Disculpe». Por su parte, Abakumov, como ya hemos mencionado, estalló en carcajadas: «¡Me estáis tomando el pelo!», a lo que Térejov respondió mostrándole la autorización que había obtenido para inspeccionar la cárcel interna del MGB. «¡Certificados como éste se pueden hacer quinientos!», contestó Abakumov con un ademán. Era tal su apego a la institución, que lo que más le agraviaba no era estar en la cárcel, sino que atentaran contra los Órganos, que no debían someterse a nada de este mundo.

En julio de 1954, Riumin fue juzgado (en Moscú) y fusilado. ¡Y Abakúmov continuó preso! Durante su interrogatorio le soltó a Térejov: «Tienes los ojos demasiado hermosos, ¡qué pena me va a dar fusilarte! Apártate de mi sumario, márchate por las buenas». (**49**) En una ocasión, Térejov lo mandó llamar y le dio a leer un periódico donde se comunicaba que Beria había sido desenmascarado. Por aquel entonces, aquello era una noticia sensacional, casi cósmica. Pero Abakúmov lo leyó sin que le temblaran las cejas siquiera, pasó de hoja ¡y empezó con la sección de deportes! En otra ocasión, cuando asistía al interrogatorio un

importante funcionario de la Seguridad del Estado, hasta hacía poco subordinado de Abakúmov, éste le preguntó: «¿Cómo habéis podido consentir que el sumario de Beria no lo lleve el MGB sino la fiscalía? (¡Siempre remachando el mismo clavo!) ¿Y crees que me van a juzgar a mí, al Ministro de la Seguridad del Estado?». «Pues, sí.» «Entonces ya te puedes ir poniendo la chistera, (**T56**) ¡se acabaron los Órganos!» (Aquel inculto correo militar, qué duda cabe, se tomaba las cosas demasiado a la tremenda.) Dentro de la Lubianka, lo que Abakúmov temía no era que lo juzgaran, no, lo que temía era que lo envenenaran (¡otra muestra de que era digno hijo de los Órganos!) Por eso empezó a rechazar rotundamente la comida de la cárcel y sólo se alimentaba con los huevos que compraba en la cantina (su preparación técnica era insuficiente: creía que los huevos no se pueden envenenar). De la riquísima biblioteca de la Lubianka sólo tomaba libros... de Stalin (¡el que lo había metido en la cárcel!). Bueno, seguramente eso era una pose, o quizás un cálculo, pensando que los partidarios de Stalin acabarían tomándose la revancha. Se pasó dos años en la cárcel. ¿Por qué no lo soltaban? No es una pregunta tan ingenua. Si contamos sus crímenes contra la Humanidad, la sangre le cubría más arriba de la cabeza, ¡pero es que él no era el único! Y en cambio, todos los demás seguían como si nada. Aquí topamos con otro misterio: corre el sordo rumor de que, en su día, había dado una paliza a Liuba Sedij, la nuera de Jruschov, la esposa de su hijo mayor, condenada en la época de Stalin a un batallón disciplinario, donde murió.

Ello explica por qué Abakúmov, encerrado por Stalin, fue juzgado por Jruschov (en Leningrado) y fusilado el 18 de diciembre de 1954. (**50**)

Sus temores fueron en vano: los Órganos tampoco murieron de ésta.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Como aconseja la sabiduría popular: quien con lobos anda, a aullar aprende.

¿Y cómo surgió esta raza de lobos entre nuestras gentes? ¿Acaso no tiene nuestras mismas raíces? ¿Acaso no es de nuestra sangre?

Antes de embozarnos precipitadamente con el blanco manto de los justos, que cada cual se pregunte a sí mismo: si mi vida hubiera dado un giro distinto, ¿habría sido también yo un verdugo como ellos?

La pregunta es terrible si se pretende responder a ella con honradez.

Recuerdo el tercer curso en la universidad, en el otoño de 1938. El comité local del komsomol nos llamó hasta dos veces — a nosotros, unos críos komsomoles — y casi sin pedir nuestro consentimiento nos puso en la mano unos cuestionarios para que los rellenásemos: basta de matemáticas, de física y de química, para la Patria es más importante que ingreséis en las academias del NKVD (y es que siempre es igual: no se trata de lo que precise éste o aquél, sino la patria y lo que a ésta conviene sólo lo sabe el jefazo que en nombre de ella habla).

Un año antes, este mismo comité local había querido reclutarnos para las academias de aviación. Y también nos habíamos resistido (nos dolía abandonar la universidad), aunque no con tanta firmeza como ahora.

Pasado un cuarto de siglo uno podría pensar: naturalmente, sabíais de los numerosos arrestos que estaban prodigándose a vuestro alrededor, sabíais cómo torturaban en las cárceles y en qué inmundicia os estaban intentando meter. ¡No! Los furgones rodaban de noche, mientras que nosotros éramos los que salían de día, los de las banderas. ¿De qué íbamos a saber que había detenciones? ¿Cómo se nos podría haber ocurrido pensarlo? ¿Que habían reemplazado a todos los dirigentes regionales? A nosotros nos daba exactamente igual. ¿Que habían encarcelado a dos o tres catedráticos? Bueno, tampoco es que nosotros fuéramos de baile

con ellos, y además, tanto mejor para aprobar los exámenes. Nosotros, los veinteañeros, marchábamos en las columnas de los nacidos con Octubre y como tales nos esperaba el más radiante porvenir.

Lo que nos impedía aceptar el ingreso en el NKVD era un sentimiento íntimo y carente de fundamento lógico que no resulta fácil precisar. No venía inspirado por las lecciones sobre materialismo histórico, porque en ellas quedaba bien claro que la lucha contra el enemigo interior seguía siendo un frente abierto, una misión honrosa. Por lo demás, este sentir estaba reñido con nuestra conveniencia práctica: en aquella época, una universidad de provincias no podía ofrecernos más que una escuela rural en un rincón perdido y un parco salario, mientras que las academias del NKVD nos prometían subvenciones y un salario doble, cuando no triple. No había palabras para expresar lo que nosotros sentíamos (y de haberlas habido, por temor, no las habríamos pronunciado). Lo que se resistía dentro de nosotros no tenía que ver con la cabeza sino más bien con el pecho. Pueden gritarte por todos lados: «¡Es preciso!», e incluso tu propia mente: «¡Es preciso!», pero el pecho lo rechaza: «¡No quiero!, ¡me revuelve las tripas!». Allá vosotros, pero no contéis conmigo.

Era una sensación que venía de antiguo, quizá de Lérmontov, (**T57**) de decenios y decenios de vida rusa durante los cuales siempre se proclamó en voz alta y sin ambages que para un hombre decente no había servicio peor ni más ruin que el de gendarme. No, aún venía de más lejos. Sin saberlo, nos estábamos redimiendo — tan poco como podría nuestra calderilla de cobre contra una pieza de oro de nuestros antepasados — ante aquella época en que la moral aún no se consideraba relativa, cuando para discernir entre el bien y el mal bastaba el corazón.

Pese a todo, por entonces reclutaron a alguno de nosotros, aunque creo que, si nos hubieran presionado con mucha fuerza, todos habríamos cedido. Y ahora se me antoja imaginarme qué curso habría tomado mi vida si el inicio de la guerra me hubiera cogido llevando insignias de teniente sobre galones azules. Naturalmente, me queda el consuelo de pensar que mi corazón no lo habría soportado, que me habría rebelado y me habría marchado dando un portazo. Sin embargo, tendido en los catres de la cárcel tuve ocasión de repasar mi trayectoria de oficial tal como fue y quedé horrorizado.

No llegué a oficial directamente de las aulas, con la cabeza abotargada por las integrales, sino que antes pasé medio año oprimido como soldado raso. Ello me hizo sentir en mi propio pellejo lo que significa estar siempre dispuesto, con la barriga encogida, a someterte a personas que quizá no te parecen dignas. Luego me estuvieron martirizando otro medio año en una academia militar. Quizás el frío en la piel y los sabañones debieran haberme servido para asimilar de una vez por todas el amargo servicio del soldado, pero no fue así. Cuando me resarcieron enganchándome dos estrellitas en los galones, después una tercera y una cuarta, ¡me olvidé de todo!

¿Había conservado al menos ese amor a la libertad propio de los estudiantes? Nunca en la vida lo tuvimos: lo que nosotros amábamos eran las formaciones marchando al paso.

Recuerdo muy bien que fue precisamente en la academia militar cuando empecé a sentir alegría por la simplificación de mi existencia: era un militar y ya no tenía que pensar. La alegría de estar inmerso en una vida *común a todos,* como es habitual entre nuestros militares. La alegría de olvidar ciertas sutilezas morales inculcadas desde la infancia.

En la academia andábamos siempre con hambre, continuamente al acecho de algún cacho de más, nos vigilábamos con celo unos a otros por ver si alguien se las había apañado. Lo que más temíamos era suspender y no obtener los rombos de teniente (a los que no terminaban los estudios los mandaban a Stalingrado). Además nos adiestraban como a jóvenes fieras, para embrutecernos más y que luego nos desquitáramos con quien quisiéramos. Por si no dormíamos ya bastante poco, podían castigarte a marchar tú solo marcando el paso (bajo las órdenes de un sargento) después de la retreta. O podían levantar por la noche a todo el pelotón y formarlo alrededor de una bota deslustrada: ¡Venga! Ahora este canalla va a limpiarse la bota, y hasta que no le saque brillo aquí estaréis todos de pie.

Y mientras esperábamos con ansia los galones, íbamos ensayando los andares tigrescos de oficial y esa voz metálica con que se dan las órdenes.

¡Y por fin llegó el día en que me impusieron las insignias! Más o menos al cabo de un mes, cuando formaba mi batería en la retaguardia, ya estaba obligando a mi negligente soldadito Berbeniov a marcar el paso después de la retreta, al mando del sargento Metlin, terco a mis órdenes... (¡Lo había olvidado todo! Reconozco sinceramente que lo olvidé con los años y que no ha vuelto a mi mente hasta ahora, hasta encontrarme ante estas cuartillas...) Y cuando un viejo coronel, que estaba de inspección, afeó mi conducta, yo (¡como si no hubiera estado en la universidad!) me justifiqué diciendo que así nos lo habían enseñado en la academia. O sea: ¿cómo íbamos a andarnos con razones universales y humanas si estábamos en el Ejército?

(Tanto más en los Órganos.)

El corazón cría orgullo como grasa el cerdo.

Atosigaba a mis subordinados con órdenes indiscutibles, convencido de que mejor que mis órdenes no podía haber nada. Incluso en el frente, donde podría parecer que la muerte nos igualaba a todos, mi poder me hacía creer superior. Los escuchaba sentado, y ellos de pie, en posición de firmes. Les interrumpía, les daba indicaciones. Tuteaba a padres y a abuelos (ellos me trataban de «usted», naturalmente). Los enviaba bajo los proyectiles a empalmar cables rotos con el único fin de que no se interrumpiera la detección sonora (**T58**) y evitarme los reproches de los superiores (Andreyashin murió así). Engullía mi mantequilla y mis galletas de oficial sin pararme a pensar por qué a mí me correspondían y a los soldados no. Cada dos oficiales teníamos —faltaría más — un galopillo (hablando con propiedad, un edecán) al que yo asendereaba sin respiro, obligándolo a cuidar de mi persona y a hacernos toda la comida aparte del rancho de los soldados (mientras que, si hay que ser sinceros, a los jueces de instrucción de la Lubianka no se les puede hacer este reproche, porque no tienen ayudantes de campo). En cada nuevo emplazamiento obligaba a los soldados a doblar el espinazo y cavarme un refugio particular, cubierto con los troncos más gruesos que hubiera, para que yo estuviera cómodo y seguro. ¡Pero si es que en mi batería había hasta cuerpo de guardia!, ¡pues claro!, ¿que cómo podía ser en pleno bosque? Pues era un foso, igual o incluso mejor que el de la división de Gorojovets, pues estaba techado y en él se servía el rancho al arrestado. Ahí estuvieron encerrados Viushkov por haber perdido un caballo y Popkov por cuidar mal de su carabina. ¡Pero eso no es todo! Aún tengo otro recuerdo: me habían hecho un portamapas con unos cueros alemanes (no vayan a creer que se trataba de piel humana, no, eran del asiento de un automóvil) pero faltaba la correa y eso me consumía. De pronto le vi al comisario de un destacamento guerrillero (miembro del comité de distrito local) una correa como la que me hacía falta y se la quitamos: ¡Nosotros éramos el Ejército, teníamos que pasar siempre delante! (¿Se acuerdan de Senchenko, el óper?) Señalaré por último el mucho apego que sentía por esa pitillera carmesí, mi trofeo de guerra. Por algo no he olvidado cómo me la quitaron...

Esto es en lo que se convierte un hombre con galones. ¡Qué había sido de los consejos de mi abuela ante el icono! ¡En qué habían quedado mis sueños de pionero sobre un futuro de sagrada igualdad! Y cuando en el puesto de mando del jefe de brigada los agentes del SMERSH me arrancaron esos malditos galones y el cinturón, mientras me empujaban hacia su automóvil, con mi destino vuelto del revés, tanto más hería mi orgullo que, degradado, iba a tener que cruzar la habitación de los telefonistas. ¡Los soldados rasos no debían verme en esa situación!

Mi camino de Vladímir (**T59**) empezó a la mañana siguiente a mi arresto: desde el contraespionaje del Ejército al del frente se enviaba por etapas la pesca reciente. De Osterode a Brodnica nos hicieron ir a pie.

Cuando me sacaron del calabozo para formar, ya éramos siete detenidos, tres filas y media de parejas, todos dándome la espalda. Seis de ellos iban con unos capotes de soldado ruso, ajadísimos de tanto ver mundo. En sus espaldas llevaban escritas con pintura blanca indeleble dos grandes letras: «SU», que querían decir «Sowjet Union». Yo ya conocía este cuño, lo había visto más de una vez sobre las espaldas de nuestros prisioneros de guerra que con aire triste y culpable se arrastraban al encuentro de un ejército que los *liberaba*. Los liberaban, sí, pero en esa liberación no había alegría mutua: sus compatriotas les lanzaban

miradas más sombrías que a los alemanes, y ahora estaban teniendo ocasión de ver lo que hacían con ellos en una retaguardia no muy lejana: los metían en la cárcel.

El séptimo detenido era un civil alemán que vestía un traje negro de tres piezas, abrigo negro y sombrero del mismo color. Pasaba de los cincuenta, era alto, bien cuidado y tenía la blanca tez del que come como Dios manda.

Me colocaron en la cuarta pareja, y el jefe de la expedición, un sargento tártaro, me indicó con la cabeza que tomara mi maleta precintada, que habían puesto aparte. Aquella maleta contenía mis efectos de oficial y todo lo que había escrito, todo lo que me habían confiscado para condenarme.

¿Cómo que la maleta? ¿Él, un sargento, quería que yo, un oficial, agarrara y llevara una maleta? O sea, ¿que llevara un objeto voluminoso, algo prohibido por el nuevo reglamento interno? ¿Y que seis soldados rasos fueran a mi lado con las manos vacías? ¿Y por si fuera poco, teniendo a un representante de la nación vencida?

Al sargento no se lo expliqué de una forma tan complicada, pero sí le dije:

— Soy un oficial. Que la lleve el alemán.

Ninguno de los detenidos volvió la cabeza al oír mis palabras: estaba prohibido volverse. Sólo mi compañero de fila, uno de los «SU», me miró asombrado (cuando ellos habían abandonado nuestro Ejército, las cosas todavía eran de otra manera).

Pero el sargento del contraespionaje no se sorprendió. Aunque para él yo ya no era un oficial, los dos habíamos pasado por la misma instrucción. Llamó al alemán, que ninguna culpa tenía, y le ordenó que llevara la maleta. Menos mal que éste no había entendido nada de la conversación.

Todos los demás nos pusimos las manos a la espalda (los prisioneros de guerra no llevaban ni siquiera un petate, volvían a la patria como habían salido: con las manos vacías) y nuestra columna de dos filas de a cuatro se puso en marcha. Con la escolta sabíamos que no podíamos hablar, y charlar entre nosotros estaba terminantemente prohibido, ya fuera por el camino, en los altos o al hacer noche... Estábamos detenidos y debíamos caminar como si nos separaran unos tabiques invisibles, como si cada uno ya estuviera confinado en su propio calabozo.

Eran días inestables de primavera temprana. A veces se esparcía una ligera niebla y el barro líquido chapoteaba melancólicamente bajo nuestras botas, incluso en el firme de la carretera. Otras, el cielo escampaba y un sol suave y amarillo, inseguro aún de su poder, calentaba las colinas ya apenas cubiertas de nieve mostrándonos, diáfano, el mundo que debíamos abandonar. Otras, irrumpía en el cielo un hostil torbellino que arrancaba de los negros nubarrones una nieve que ni siquiera parecía blanca, y nos fustigaba con ella la cara, la espalda y los pies, empapando de frío nuestros capotes y peales.

Seis espaldas ante mi, siempre las mismas seis espaldas. Hubo tiempo para examinar una y otra vez las torcidas y feas estampillas «SU», y también el lustroso terciopelo negro en el cuello del alemán. Hubo tiempo para reflexionar sobre la vida pasada y tomar conciencia de la presente. Pero de esto no era capaz. Aun después del estacazo, seguía sin comprender.

Seis espaldas. En su balanceo no había ni aprobación ni reprobación.

El alemán no tardó en cansarse. Se pasaba la maleta de una mano a la otra, se llevaba la mano al pecho y hacía señas a la escolta de que no podía más con ella. Y entonces, el que iba de pareja con él, un prisionero de guerra que sabe Dios qué habría visto en su reciente cautiverio alemán (puede que hasta la misericordia), por voluntad propia asió la maleta y la llevó.

Después le relevaron otros prisioneros, sin que tampoco fuera necesaria una orden de la escolta. Y de nuevo el alemán.

Pero no yo.

Y nadie me dijo ni palabra.

En cierta ocasión nos cruzamos con una larga columna de carretas que iban de vacío. Los carreteros nos observaban con interés y algunos hasta se encaramaban en alto para vernos mejor. No tardé en comprender que tanta animación y hostilidad tenían que ver conmigo, pues destacaba claramente de los demás: mi capote era nuevo, largo, cortado a medida, las tirillas del cuello aún no se habían descosido y los botones intactos sacaban al sol naciente destellos de oro barato. Saltaba a la vista que yo era un oficial fresco aún, recién capturado. Es posible, pues, que su alegría se debiera en parte al mero hecho de toparse con un oficial caído en desgracia (era un resplandor de justicia), aunque lo más probable es que en sus cabezas, embutidas de conferencias políticas, no pudiera caber que lo mismo podría haberle ocurrido a su jefe de compañía. En cualquier caso, todos a una habían concluido que yo venía del *otro* lado.

— ¡Ya verás tú, cabrón vlasovista! ¡Hay que fusilar a este cerdo! — gritaban enardecidos los carreteros, con esa ira de la retaguardia (el patriotismo más fuerte siempre se da en la retaguardia) que aderezaban con una abundante lluvia de obscenidades.

Yo era para ellos una especie de maquinador internacional al que, pese a todo, habían echado el guante, con lo que ahora, en el frente, la ofensiva avanzaría con mayor rapidez y la guerra terminaría antes.

¿Qué les iba a responder yo? Me estaba prohibido pronunciar una sola palabra, cuando habría tenido que contar mi vida a cada uno de ellos. ¿Cómo hacerles saber que no era un saboteador? Que era amigo de ellos, que si estaba allí era por ellos. Yo sonreía... ¡Sonreía hacia ellos desde una columna de detenidos! Pero mis dientes al descubierto les parecieron la peor de las burlas, y aún se encarnizaron más sus crueles insultos y amenazas con el puño.

Yo sonreía, orgulloso de que no me hubieran detenido por ladrón, traidor o desertor, sino porque, a fuerza de intuición, había penetrado en los secretos criminales de Stalin. Sonreía porque quería y — quién sabe — quizá conseguiría arreglar un poquito nuestra vida rusa.

Y entretanto, mi maleta la llevaban otros ...

¡Ni siquiera sentía remordimientos! Y si en aquel momento mi compañero de fila — cuyo demacrado rostro estaba cubierto ya con un suave bozo de dos semanas y cuyos ojos rebosaban sufrimiento y comprensión — en ruso franco y claro me hubiera echado en cara el haber humillado mi dignidad de preso recurriendo a la ayuda de la escolta, que me colocaba por encima de los demás, que era soberbio, ¡no le habría comprendido ! Simplemente, no habría comprendido de qué estaba hablándome. ¿Acaso no era yo un oficial?

Si siete de nosotros tuvieran que morir por el camino pero la escolta pudiera salvar al octavo, no veo qué me habría impedido exclamar:

— ¡Sargento, sálveme a mí! ¡Mire, soy oficial!

¡Eso es un oficial, aun cuando no lleve galones azules!

¿Y si encima son azules? ¿Y si además le han inculcado que es la sal de la oficialidad, que a él se le confian más cosas a los demás, que conoce más que ellos, y que por todo eso debe hacer que el detenido agache la cabeza entre las piernas y en esa posición embutirlo en el alcantarillado?

¿Por qué habría de negarse?

Yo me atribuía desinterés y espíritu de sacrificio, cuando en realidad ya estaba más que listo para convertirme en verdugo. Y de haber ido a parar a la Academia del NKVD en tiempos de Ezhov, ¿no habría estado bien preparado para hacer carrera con Beria?

El lector que espere encontrar en esta obra una acusación política puede cerrarla aquí mismo.

¡Si todo fuera tan sencillo! ¡Si se tratara simplemente de unos hombres siniestros en un lugar concreto que perpetran con perfidia sus malas acciones! ¡Si bastara con separarlos del resto y destruirlos! Pero la línea que separa el bien del mal atraviesa el corazón de cada persona. ¿Y quién destruiría un pedazo de su propio corazón?

Mientras dura la vida de un corazón, esta línea se desplaza, ora acosada por el gozo del mal, ora cediendo espacio a un estallido de bondad. Una misma persona, a sus distintas edades, en distintas situaciones de la vida, es alguien totalmente diferente. Unas veces está cerca del diablo y otras del santo. Pero siempre se llama igual y siempre se trata del mismo hombre.

Ya nos lo dejó dicho Sócrates: ¡Conócete a ti mismo!

Y nos detenemos pasmados ante el foso al que nos disponíamos a empujar a nuestros perseguidores, porque en realidad si los verdugos fueron ellos y no nosotros, ello se debió tan sólo a las circunstancias.

¡Y si Maliuta Skuratov nos hubiera llamado a nosotros , probablemente no le habríamos defraudado! Dice el proverbio que del bien al mal sólo hay un paso.

Entonces, del mal al bien, otro tanto.

Apenas afloró en la sociedad el recuerdo de las iniquidades y torturas, por todas partes empezaron las marizaciones, notas y objeciones: *¡allí* (en el NKVD-MGB) también había gente buena!

Sabemos quién era esa «gente buena»: eran los que susurraban a los viejos bolcheviques «¡aguanta!», y hasta les pasaban bajo mano algún bocadillo, mientras cosían a patadas a los demás. Pero *más* allá de los partidos, en un sentido estrictamente humano, ¿es posible que hubiera personas buenas?

En general, no tenía que haberlas: al que era bueno procuraban no reclutarlo, se daban cuenta en las pruebas de ingreso. Y, por otra parte, ellos mismos se las ingeniaban para evitar ese trabajo. En Riazán, durante la guerra, un aviador de Leningrado al que habían dado de alta del hospital suplicaba en el dispensario de tuberculosos: «¡Encuéntrenme algo! ¡Me están obligando a ingresar en los Órganos!». Los radiólogos le inventaron una infiltración tuberculosa y los de la Seguridad del Estado lo descartaron de inmediato.

En cuanto a los que entraban en los Órganos por error, éstos, o se hacían a ese ambiente, o bien eran rechazados, eliminados, o incluso se echaban ellos mismos a la vía del tren. Y con todo, ¿es posible que no quedara ninguno?

En Kishiniov, un joven teniente de la Seguridad del Estado visitó a Shipoválnikov un mes antes de que detuvieran a éste: ¡Váyase, váyase, quieren arrestarle! (¿Vino por su propio impulso o fue su madre quien lo envió a salvar al sacerdote?) Después de la detención, a él mismo le tocó escoltar al padre Víktor. Y se lamentaba: ¿Por qué no se marchó usted?

O también otro caso. Tenía yo un jefe de pelotón, el teniente Ovsiánnikov. No hubo en el frente persona más allegada a mí. Nos pasamos media guerra comiendo del mismo plato y, si había ataque de artillería, nos lo pasábamos cada dos explosiones, para que la sopa no se enfriara. Era un joven campesino con un alma tan pura y una mirada tan imparcial que ni nuestra academia ni el grado de oficial lo habían estropeado. El suavizó mi carácter en muchos aspectos. Para él, ser oficial significaba una sola cosa: preservar la vida y las fuerzas de sus soldados (muchos de ellos de edad avanzada). El fue el primero en explicarme cómo estaba el campo en aquel entonces y qué eran los koljoses (hablaba de ello sin irritación ni indignación, de una

manera sencilla, como el agua del bosque refleja hasta la más pequeña rama de los árboles). Cuando me encarcelaron se sintió conmocionado, escribió el mejor de los informes militares sobre mí y lo presentó al jefe de la división para que lo firmara. Una vez desmovilizado, se puso en contacto con mi familia, buscando el modo de ayudarme (¡estábamos en 1947, un año que poco se diferenciaba de 1937!). Durante la instrucción de mi sumario temí mucho por él, temía que leyeran mi diario de guerra porque contenía relatos suyos. Cuando me rehabilitaron en 1957, sentí grandes deseos de encontrarle. Recordaba su dirección en el pueblo. Escribí una vez, escribí otra, y no hubo respuesta, hasta que di con una pista: se había licenciado en el Instituto de Pedagogía de Yaroslavl. De allí me respondieron: «Lo han destinado en los Órganos de Seguridad del Estado». ¡Vaya! Tanto más interesante. Le escribí a su dirección en la ciudad: no hubo respuesta. Pasaron algunos años, se publicó *Iván Denísovich.* ¡Bueno, ahora sí que querrá responderme! ¡Pues, no! Tres años más tarde pedí a un corresponsal que tenía en Yaroslavl que fuera a su casa y le entregara una carta en propia mano. Así lo hizo, aunque me escribió: «Me ha dado la impresión de que ni siquiera ha leído el *Iván Denísovich...'*». Bien mirado, ¿qué necesidad tenía de saber qué pasaba después con los condenados? Pero esta vez, Ovsiánnikov ya no pudo seguir guardando silencio y contestó: «Al salir del instituto me propusieron ingresar en los Órganos, y me pareció que allí también me podría cundir (¿cómo que *cundir?).* Pero el nuevo oficio no se me daba bien, había cosas que no me gustaban. Sin embargo, cumplo en el trabajo sin que haga falta andar detrás de mí con un garrote, y que yo sepa, nunca le he fallado a un compañero (vaya una justificación: ¡el compañerismo!). Ahora ya no me inquieta mi futuro».

Y nada más... Como si no hubiera recibido mis cartas anteriores. Tampoco tenía ganas de verme (de habernos encontrado, creo que este capítulo me habría salido mejor). Durante los últimos años de Stalin había llegado ya a juez de instrucción. Eran esos años en que a todos, uno tras otro, les colgaban un *cuarto* (de siglo). ¿En qué conciencia cabe todo eso? ¿Cómo pudo nublársele así? Sin embargo, al recordar a ese joven puro y abnegado de antes, ¿cómo voy a creer que no tenga remedio? ¿Que no haya quedado en él ningún brote sano.

Cuando el juez Goldman le dio a Vera Kornéyeva el formulario 206 para que lo firmara, ésta hizo valer sus derechos y empezó a leer con detenimiento la causa contra los diecisiete miembros de su «grupo religioso». El juez se enfureció, pero no podía impedírselo. Para no aburrirse con ella, la dejó en una amplia oficina donde había media docena de funcionarios diversos y se marchó. Al principio, Kornéyeva sólo leía, pero al poco se entabló una conversación, quizá porque los funcionarios querían matar el tiempo, y Vera se puso a predicar en voz alta. (Había que conocerla. Era una persona brillante, con una mente despierta y sin pelos en la lengua, aunque sólo había trabajado de cerrajera, en una caballeriza y como ama de casa.) La escucharon en silencio, aunque a veces la animaban a profundizar con alguna pregunta. Se estaba revelando ante ellos algo inesperado. Se llenó toda la habitación, llegó gente de otras dependencias. Aunque es cierto que no se trataba de jueces de instrucción, sino de mecanógrafas, taquígrafas y encuadernadoras de expedientes, todos pertenecían a ese ambiente, al mundo de los Órganos en 1946. Me sería imposible reproducir aquí su monólogo, tuvo ocasión de decir muchas cosas. Sobre los traidores a la patria también: ¿Por qué no los hubo en la guerra patria de 1812, cuando existía el régimen de servidumbre? ¡Habría sido natural que los hubiera! Pero sobre todo habló de la fe y de los creyentes. Antes, dijo, anteponíais a todo vuestras pasiones desenfrenadas («roba lo robado»), (**T60**) y, naturalmente, los creyentes os estorbaban. Pero ahora que queréis *construir* y alcanzar el bienestar en este mundo, ¿por qué perseguís a vuestros mejores ciudadanos? Los creyentes serían para vosotros el más preciado material, pues no hay necesidad de controlarlos: el creyente no roba, no escurre el bulto a la hora de trabajar. ¿Pensáis construir una sociedad justa con vividores y envidiosos? Se os vendrá todo abajo. ¿Por qué escupís en el alma de las mejores personas? Dejad que la Iglesia esté verdaderamente separada del Estado, no la toquéis, no tenéis nada que perder. Sois materialistas, ¿no? Confiad entonces en el desarrollo de la enseñanza, para que ésta acabe, como dicen, con la fe. ¿De qué sirve arrestar a la gente? En eso entró Goldman y quiso cortarla groseramente. Pero todos le chillaron: «¡Cierra el pico! ¡Anda, cállate! ¡Habla, habla, mujer!». (¿Cómo dirigirse a ella? ¿Ciudadana?, ¿Camarada? En su caso, los dos tratamientos estaban prohibidos, era un lío de convencionalismos. ¡Mujer! Tratándola como Cristo no había lugar a error.) ¡Y Vera continuó en presencia de su juez de instrucción!

Reflexionemos acerca de esos que escuchaban a Kornéyeva en la oficina de la Seguridad del Estado, ¿por qué les alcanzaron tan vivamente las palabras de una insignificante presa?

El propio D.P. Térejov, del que ya hemos hablado, aún recuerda a su primer condenado a muerte: «Me daba lástima». Alguna parte de su corazón debía guardar aquel recuerdo (pero desde entonces, a los muchos que siguieron ya no los recuerda, y ya no lleva la cuenta).

Con este Térejov me ocurrió cierto caso. Mientras me estaba demostrando las excelencias del sistema judicial de Jruschov iba dando enérgicas palmadas sobre el cristal de la mesa, hasta que se cortó la muñeca con el canto del mueble. Pulsó el timbre, el personal se puso firmes y el oficial superior de guardia vino con yodo y agua oxigenada. Al reanudar la conversación, estuvo una hora con el algodón húmedo aplicado impotentemente en la herida. Me dijo que se le coagulaba mal la sangre. ¡Dios le estaba demostrando con toda claridad las limitaciones del hombre! Y él que juzgaba e imponía penas de muerte a otros...

Por más insensibles que fueran los vigilantes de la Casa Grande, ¿es posible que en su interior no hubiera quedado un trocito de alma, como un piñón en su cascara? Cuenta N.P-va. que en cierta ocasión la conducía a interrogatorio una celadora impasible, muda, de ojos impenetrables. De pronto, las bombas empezaron a estallar al lado mismo de la Casa Grande y parecía que acto seguido iban a caer sobre ellas. La vigilante se precipitó sobre ella y la abrazó presa del pánico, ansiando calor y respaldo humanos. Pero cesó el bombardeo. Y otra vez la misma mirada ausente: «¡Las manos atrás! ¡Camine!».

Por supuesto, poco mérito hay en volverse humano a causa del horror que precede a la muerte. Como tampoco es prueba de bondad el amor de los padres por sus hijos («Es un buen padre de familia», dicen a menudo en defensa de un canalla). Suele decirse en elogio del presidente del Tribunal Supremo I.T-Goliakov, que gustaba de trabajar en su jardín, que amaba los libros y frecuentaba las librerías de viejo, que era un gran conocedor de Tolstói, Korolenko y Chéjov. ¿Pero qué asimiló de ellos? ¿A cuántos miles envió a la muerte? O por ejemplo aquel coronel, el amigo de Iossé, que encerrado en el *izoliator* de Vladímir contaba entre carcajadas cómo había metido a unos ancianos judíos en un sótano con hielo y que, sin embargo, lo único que temía de tantos excesos era que se enterara su esposa. Ella creía en él, lo consideraba un hombre noble, y él tenía en mucha estima esta opinión. Pero, ¿habrá quien se atreva a ver en este temor una cabeza de puente que el bien hubiera conquistado en su corazón?

¿A qué se debe esa obsesión — va ya para dos siglos — por llevar el color del cielo? Si en época de Lérmontov el poeta ya decía: «¡También vosotros, uniformes azules!», (**T61**) luego vendrían las gorras azules, los galones azules y los cuellos azules. Fueron recibiendo órdenes para no resaltar tanto, fue reduciéndose la superficie de azul expuesta al agradecimiento popular. Menos celeste en cabezas y hombros, hasta quedar en simples ribetes, en tiras estrechas, mas pese a todo, ¡azules!

¿Era sólo una mascarada?

¿O es que toda negrura siente necesidad, aunque sea de vez en cuando, de cierta proximidad con los cielos?

Sería hermoso pensar así, hasta que uno se entera de cómo se manifestaba por ejemplo en Yagoda esta atracción por lo sagrado... Cuenta un testigo (del círculo de Gorki, muy afecto por aquel entonces a Yagoda) que en su finca de las afueras de Moscú tenía unos iconos en la antesala del baño, colgados expresamente ahí para que Yagoda y sus camaradas, una vez desnudos, descargaran contra ellos sus revólveres, tras lo cual pasaban al baño de vapor...

¿Cómo hay que entender una palabra como *malvado?* ¿Qué queremos decir exactamente con ella? ¿Existe semejante cosa en el mundo?

Nuestra primera reacción sería responder que no puede haber malvados, que no los hay. En los cuentos es lícito hablar de ellos, porque son para niños y hay que simplificar las escenas. Pero cuando la gran literatura mundial de los siglos pasados — Shakespeare, Schiller o Dickens — nos presenta una tras otra semblanzas de malvados de un negro espeso, los malvados nos parecen casi de guiñol, poco acordes con la sensibilidad moderna. Debemos fijarnos sobre todo en cómo están caracterizados: tienen perfecta conciencia de su maldad y de su alma tiznada. Razonan así: no puedo vivir sin hacer el mal. ¡A ver si enfrento al padre contra

el hermano! ¡Qué deleite, ver padecer a mis víctimas! Yago dice sin tapujos que sus objetivos e impulsos son negros, nacidos del odio.

¡No, no suele ser así! Para hacer el mal, antes el hombre debe concebirlo como un bien o como un acto meditado y legítimo. Afortunadamente, el hombre está obligado, por naturaleza, a encontrar *justificación* a sus actos.

Las justificaciones de Macbeth eran muy endebles y por eso su conciencia acabó con él. Yago era otro corderito. Con los malvados shakespearianos bastaba una decena de cadáveres para agotar la imaginación y la fuerza de espíritu. Eso les pasaba por carecer de ideología.

¡La ideología! He aquí lo que proporciona al malvado la justificación anhelada y la firmeza prolongada que necesita. La ideología es una teoría social que le permite blanquear sus actos ante sí mismo y ante los demás y oír, en lugar de reproches y maldiciones, loas y honores. Así, los inquisidores se apoyaron en el cristianismo; los conquistadores, en la mayor gloria de la patria; los colonizadores, en la civilización; los nazis, en la raza; los jacobinos y los bolcheviques, en la igualdad, la fraternidad y la felicidad de las generaciones futuras.

Gracias a la ideología, el siglo XX ha conocido la práctica de la maldad contra millones de seres. Y esto es algo que no se puede refutar, ni esquivar, ni silenciar. ¿Y cómo después de esto podríamos atrevernos a seguir afirmando que no existen los malvados? ¿Quién, pues, exterminó a esos millones? Sin malvados no hubiera habido Archipiélago.

En 1918-1920 corría el rumor de que en la Cheká de Petrogrado y la de Odessa no fusilaban a todos los condenados, sino que a algunos los echaban (vivos) a las fieras de los zoológicos de dichas ciudades. No sé si es cierto o es un infundio. Y si se dieron casos, tampoco sé cuántos. Sea como sea, no me pondría a buscar pruebas: mejor tomemos prestado el método de los Ribetes Azules y propongámosles que sean ellos quienes demuestren que eso es imposible. Con el hambre que había durante aquellos años, ¿de dónde iban a sacar carne para los zoológicos? ¿Es que se la iban a racionar a la clase obrera? Si eran enemigos, condenados a morir de todos modos, ¿por qué no contribuir con su muerte a la cría de fieras en la república y acelerar así el advenimiento del porvenir? ¿Acaso no es *coherente?*

Esta es la raya que no podía atravesar el malvado shakespeariano, pero los malvados con ideología la atraviesan, sin que se perturbe su mirada.

En física se habla de magnitudes o fenómenos de *umbral.* Son aquellos que no se producen hasta franquear cierto umbral que la naturaleza conoce y ha codificado. El litio, por más que se ilumine con luz amarilla, no cede electrones, pero apenas se encienda una débil luz azulada éstos se desprenden (se habrá atravesado el umbral fotoeléctrico). Si enfriamos oxígeno por debajo de los cien grados, el gas soporta cualquier presión, no lograremos rendirlo. Pero si sobrepasa los ciento dieciocho se derrama, se torna líquido.

Por lo visto, la maldad también es una magnitud de umbral. Sí, el hombre vacila y se debate toda la vida entre el bien y el mal, resbala, cae, trepa, se arrepiente, se ciega de nuevo, pero mientras no haya cruzado el umbral de la maldad tiene la posibilidad de echarse atrás, se encuentra aún en el campo de nuestra esperanza. Pero cuando la densidad o el grado de sus malas acciones, o el carácter absoluto de su poder le hacen saltar más allá del umbral, abandona la especie humana. Y tal vez para siempre.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Desde tiempos remotos, los hombres conciben la justicia como una dicotomía: la virtud triunfa y el vicio se castiga.

Tenemos la dicha de haber llegado a una época en que la virtud, aunque no triunfe, tampoco se ve continuamente acosada por los sabuesos. A la virtud, apaleada y escuálida, se le permite ahora sentarse con sus harapos en un rincón con tal de que no abra la boca.

En cambio, nadie se atreve a mencionar el vicio. Sí, se burlaban de la virtud, pero no había vicio en ello. Sí, unos cuantos millones de personas rodaron por el despeñadero, pero no hay culpables. Y si alguien se atreve sólo a insinuar: «Entonces, qué pasa con *los que...»,* por todas partes le dicen con reproche, al principio de modo cordial: «¡Pero hombre, camarada! ¿Para qué abrir viejas heridas?». (Ésta era precisamente la objeción que hacían los jubilados azules a mi *Iván Denísovích:* ¿para qué hurgar en las heridas *de quienes estuvieron en los campos?* ¡Como si encima ahora hubiera que protegerlos, a *ellos!) Y* luego ya con el palo: «¡A callar, dad gracias de que seguís con vida! ¡En buena hora se nos ocurrió rehabilitaros!».

Hacia 1966, cuando en Alemania Occidental se habían condenado **ochenta *y* seis mil** criminales nazis, (**51**) nosotros, sofocados por la indignación, no escatimábamos páginas en los periódicos ni horas en la radio, e incluso después del trabajo nos quedábamos a los mítines para votar: ¡ No basta!, ¡ochenta y seis mil son pocos!, ¡veinte años de juicios no bastan! ¡Hay que seguir!

Y en nuestro país condenaron (según datos oficiales) a una treintena de personas.

Nos duele lo que ocurre más allá del Oder y del Rin, pero ni nos duele ni preocupa lo que pasa en las afueras de Moscú o de Sochi tras unas tapias verdes. No nos conmueve que los asesinos de nuestros maridos y padres recorran las calles y que tengamos que hacernos a un lado cuando pasan en sus coches oficiales, esto no nos indigna, indignarnos sería «remover el pasado».

Y sin embargo, si pasamos esos 86.000 criminales germano-occidentales a nuestra escala, ¡en nuestro país tendríamos **un cuarto de millón!**

Pero en un cuarto de siglo no hemos dado con ninguno de ellos, no hemos llevado a juicio a uno sólo, tememos reavivar *sus* heridas. Y como símbolo de todos ellos, en la calle Granóvskaya n° 3 vive Mólotov, engreído y obtuso, que hasta hoy no ha cambiado de opiniones, empapado de nuestra sangre, y que cruza con noble paso la acera para meterse en un gran automóvil.

El enigma que nosotros, los contemporáneos, nunca podremos descifrar, es el siguiente: *¿Cuál es la razón* por la que Alemania puede castigar a sus malvados y Rusia no? ¿Qué camino funesto ha de seguir aún nuestro país si no podemos sacudirnos esta inmundicia que se pudre en nuestro cuerpo? ¿Qué lección va a poder darle Rusia al mundo?

En los procesos judiciales alemanes aparece, ora aquí, ora allí, un fenómeno asombroso: el acusado se lleva las manos a la cabeza, renuncia a la defensa y no pide nada más al tribunal. El encausado dice que la lista de sus crímenes, revivida y proyectada de nuevo ante él, le llena de repugnancia. Ya no quiere seguir viviendo.

Es la más alta conquista que pueda alcanzar un tribunal: condenar el vicio hasta tal punto que sea el propio criminal quien se aparte repugnado de él.

Un país que ha condenado el vicio ochenta y seis mil veces en los tribunales (y que lo sigue condenando irrevocablemente en la literatura y entre la juventud), año tras año, peldaño tras peldaño, va purificándose de él.

¿Qué hemos de hacer nosotros? Algún día nuestros descendientes verán en varias de nuestras generaciones una estirpe de blandengues: primero permitimos sumisamente que nos mataran a millones, luego mimamos solícitamente a los asesinos en su próvida vejez.

¿Qué le vamos a hacer, si la gran tradición rusa de la contricción se les antoja incomprensible y ridicula? ¿Qué hacer si el pánico visceral a soportar aunque sólo sea una centésima parte del sufrimiento que han

causado a otros es más fuerte que el afán de justicia? ¿Qué hacer, si hay manos codiciosas que se aferran a una cosecha de bienes regados con la sangre de los muertos?

Como es natural, los que accionaban la manivela de esa picadora de carne en 1937, por ejemplo, ya no son jóvenes, tendrán de cincuenta a ochenta años. Han pasado la mejor época de su vida y no han conocido la pobreza, sino la abundancia y la comodidad. Por eso ya no se les puede aplicar un desquite *equivalente,* ya es demasiado tarde. Pero seamos magnánimos, está bien, no los fusilemos, no los atiborremos de agua salada, no los cubramos de piojos, no los embridemos con la «golondrina», no los tengamos de pie toda una semana sin dormir, no los golpeemos con las botas ni con porras de goma, no les oprimamos el cráneo con un aro de hierro, no los empotremos en una celda como si fueran maletas unas encima de las otras, ¡no hagamos nada de lo que hicieron ellos! ¡Pero ante nuestro país y ante nuestros hijos tenemos la obligación de encontrarlos y juzgarlos a todos ! Juzguemos no tanto a ellos como a sus crímenes. Logremos que cada uno de ellos diga por lo menos en voz alta:

— Sí, soy un verdugo y un asesino.

Y si esto se pronunciara en nuestro país tan sólo un cuarto de millón de veces (para no estar por debajo, en proporción con Alemania Occidental), ¿no sería ya bastante?

En pleno siglo XX ya no podemos seguir durante decenios sin distinguir entre atrocidades juzgables ante un tribunal y un «pasado» que no conviene «remover».

¡Debemos condenar públicamente la *idea* misma de que unos hombres puedan ejercer la violencia contra otros! Cuando silenciamos el vicio metiéndolo en el cuerpo para que no asome al exterior, lo estamos sembrando y acabará por brotar miles de veces más en el futuro. Si no castigamos, si ni siquiera censuramos a quien *cometió* el mal, estamos haciendo algo más que velar la vejez de un miserable, estamos privando a las nuevas generaciones de todo fundamento de justicia. Así crecen los «indiferentes», y no por culpa de una «débil labor educativa». Los jóvenes asimilan que la vileza nunca se castiga en la tierra, y que, al contrario, siempre aporta bienestar.

¡Qué desasosiego, qué horror, vivir en semejante país!

5. La primera celda. El primer amor

¿Qué tienen que ver las celdas con el amor? Ah, claro, seguramente te encerraron en la Casa Grande durante el bloqueo de Leningrado, ¿verdad? Entonces se comprende, si sigues vivo es porque te encerraron allí. Era el mejor sitio de Leningrado, y no sólo para los jueces de instrucción que hasta vivían ahí y tenían despachos en los sótanos en caso de bombardeo. Bromas aparte, en aquella época, cuando en Leningrado la gente no se lavaba y tenía el rostro cubierto por una costra negra, en la Casa Grande al preso le daban una ducha caliente cada diez días. Cierto que sólo había calefacción en los pasillos, para los vigilantes — las celdas no se calentaban —, pero también es verdad que en la celda había agua corriente y un retrete. ¿En qué otro sitio de Leningrado había de esto? Y de pan, tanto como en la calle: ciento veinticinco gramos. Pero además, una vez al día, ¡caldo de carne de caballo! ¡Y kasha líquida a diario!

¡Como para ser gato y tenerle envidia a los perros! ¿Pero y el calabozo? ¿Y la *suprema?*

No, no es por eso. No es por eso...

Hay que pararse por un momento y hacer repaso con los ojos cerrados: por cuántas celdas has pasado durante tu condena. Hasta cuesta contarlas. Y en cada una de ellas había gente, gente... En ésta, dos personas, en aquella, centenar y medio. En unas estuviste cinco minutos, en otras, un largo verano.

Pero siempre, entre todas las demás celdas de tu cuenta particular habrá una primera en la que encontraste a tus semejantes, hombres con quienes te unía un destino quebrado.

La recordarás toda la vida, y quizá sólo haya otra cosa que puedas recordar con tanta emoción: el primer amor. Y a estos hombres que compartieron contigo el suelo y el aire de aquel cubo de piedra — en unos días en que revisabas toda tu vida bajo un nuevo prisma — a estos hombres habrás de recordarlos como si fueran de la familia.

Y es que en aquellos días ellos eran tu única familia.

Lo vivido en la primera celda de tu sumario no tiene semejanza alguna con toda tu vida de *antes* ni de *después*. Aunque las cárceles hayan existido durante milenios antes de ti, y aunque las seguirá habiendo después (quisiera pensar que por menos tiempo...), la celda única, irrepetible es aquella en la que pasaste la instrucción.

Seguramente, era un lugar horrible para un ser humano. Una cija infestada de piojos y de chinches, sin ventana, sin ventilación ni catres, con el suelo sucio, una caja denominada KPZ, dependiente de un soviet rural, una comisaría de policía, un puerto o una estación. (**52**) (Diseminadas por todo el país, las KPZ y las DPZ son lo que más abunda, es en ellas donde está el grueso de la gente.) Una celda individual en la cárcel de Arjánguelsk, donde los cristales están embadurnados de minio para que la mutilada luz del Señor te llegue sólo como un reflejo purpúreo y deba arder perpetuamente en el techo una bombilla de quince vatios. O la «individual» de la ciudad de Choibalsán, donde sobre seis metros cuadrados de suelo estuvimos durante meses catorce personas pegadas unas a otras, cambiando de sitio todos a una las piernas encogidas. O una de las celdas «psíquicas» de Lefórtovo, como la n° 111, pintada de negro, también con una bombilla de veinte vatios encendida las veinticuatro horas del día; pero en lo demás, como cualquier otra celda de Lefórtovo: piso de asfalto, el grifo de la calefacción en el pasillo, en manos del celador, y, lo más importante, un desgarrador rugido durante horas (de los túneles aerodinámicos del vecino Instituto Central de Aerodinámica e Hidrodinámica, aunque es imposible creer que no fuera adrede). Este rugido hacía que la escudilla y la taza se deslizaran por la mesa con la vibración, era inútil intentar hablar, aunque sí se podía cantar a pleno pulmón sin que te oyera el vigilante. Cuando cesaba el bramido te inundaba un bienestar mucho más dulce que la misma libertad.

Pero no era ese suelo sucio, ni esas paredes siniestras, ni ese hedor de la cubeta de lo que te encariñabas, sino de aquellas personas con las que obedecías la orden de dar media vuelta; te encariñabas de algo que trepidaba en vuestras almas, de sus palabras, a veces asombrosas, y de los pensamientos libres y flotantes que nacían en ti precisamente por estar ahí, unos pensamientos que hasta hacía poco no habrías podido alcanzar por resultarte demasiado elevados.

¡Y cuánto te había costado llegar a esta primera celda! Te habían tenido en un foso, o en un box, o en un sótano. Nadie te había dirigido una palabra humana, nadie te había mirado con ojos humanos, no hacían más que picotearte el cerebro y el corazón con sus fauces de hierro. Tú gritabas, tú gemías, y ellos reían.

Durante una semana, o un mes, te encontraste solo entre enemigos, te despediste ya de la razón y de la vida; y llegaste al punto de saltar del radiador de la calefacción para partirte la cabeza contra el cono de hierro del desagüe. Y de pronto, estabas vivo y rodeado de amigos. Y la razón volvía a ti.

¡Esto es la primera celda!

Esperabas esa celda, soñabas con ella casi tanto como con la liberación, pero te sacaban de una rendija para meterte en una madriguera, de Lefórtovo a la legendaria y diabólica Sujánovka.

Sujánovka era una prisión terrible, una cárcel así sólo la podía tener el MGB. Los jueces de instrucción pronunciaban su nombre como un susurro siniestro para asustar al compañero preso. (Y a los que entraban en ella, después no había forma de preguntarles: o salían delirando incoherencias, o ya no estaban entre los vivos.)

Sujánovka era el antiguo monasterio de Santa Catalina y estaba formada por dos edificios: uno era el de condenados y el otro, de sesenta y ocho celdas, el de reclusión preventiva mientras durase la instrucción. Los furgones tardaban dos horas en llegar allí. Pocos sabían que la prisión se encontraba a pocos kilómetros de Gorki Leninskie y de la antigua hacienda de Zinaida Volkónskaya. En sus alrededores se extiende un bello paraje.

Para aturdir al recién llegado, lo metían en un calabozo donde debía estar de pie. Era tan estrecho que, sí te fallaban las fuerzas, había que sostenerse apoyando las rodillas en la pared, no había otra manera. En ese calabozo le tenían a uno más de veinticuatro horas, para que su espíritu se sometiera. En Sujánovka daban una comida delicada y sabrosa, como en ninguna otra parte del MGB, porque la traían de la casa de reposo de arquitectos y no disponían de cocina aparte para preparar bazofias de cerdo. Pero lo que se comía un arquitecto — las patatas asadas y las albóndigas — aquí alcanzaba para doce personas. Por eso, además de andar siempre con hambre, como en todas partes, el preso sentía una exasperación más dolorosa.

Las celdas del antiguo monasterio estaban calculadas para dos personas, pero a los encausados sometidos a instrucción solían tenerlos a razón de uno por celda. Las celdas eran de metro y medio por dos. (**53**) En el suelo de piedra había empotradas dos pequeñas sillas redondas, como troncos cortados. El vigilante abría una cerradura de gorjas y sobre cada silla caía de la pared — para las siete horas nocturnas (es decir, para las horas de interrogatorio, pues de día nunca llevaban a instrucción) — un estante con un jergón de paja de talla infantil. De día el asiento quedaba libre, pero estaba prohibido sentarse en él. Además, había una especie de tabla de planchar sobre cuatro tubos verticales: era la mesa. El ventanuco de ventilación estaba permanentemente cerrado y el vigilante sólo lo abría por la mañana durante diez minutos valiéndose de una clavija. La pequeña ventana era de cristal armado. Paseos no los había nunca, el retrete sólo a las seis de la mañana, es decir, cuando ningún vientre lo necesita, y por la noche no había retrete. Para cada sección de siete celdas, dos vigilantes. Por esto le observaban a uno por la mirilla con tanta frecuencia como poco tiempo necesitaba el vigilante para pasar ante dos puertas y pararse a la tercera. Éste era el objetivo de la silenciosa Sujánovka: no permitirle a nadie ni un minuto de sueño, ni un minuto robado para la vida privada. Constantemente observados, constantemente a su merced.

Pero si superabas este duelo con la locura y todas las tentaciones de la soledad, si no sucumbías, ¡entonces eras digno de tu primera celda! Entonces tu alma podía cicatrizar.

Pero aunque te hubieras rendido enseguida, aunque hubieras cedido en todo y traicionado a todos, igualmente estabas maduro para tu primera celda, si bien habría sido mejor que no llegases a ese instante feliz, sino haber muerto victorioso en los sótanos sin haber echado una sola firma.

En la celda, ves por primera vez otros hombres que no son enemigos. Coincides por primera vez con otros hombres vivos (**54**) que siguen tu mismo camino y con quienes puedes fundirte en una gozosa palabra: nosotros .

Sí, esta palabra, que quizá llegaste a detestar en la calle porque la utilizaban para suplantarte como individuo («¡Todos nosotros, como un solo hombre!» «¡Nosotros ardemos de indignación!», «¡Exigimos!», «"Juramos...!»), ahora descubres en ella un sabor dulce: ¡No estás solo en el mundo! ¡Aún quedan seres inteligentes, con alma: aún quedan personas !

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Tras cuatro días enteros de duelo cuerpo a cuerpo con mi juez de instrucción, el vigilante, habiendo esperado a que sonara el toque de retreta y me tendiera bajo la cegadora iluminación eléctrica del box, empezó a abrir mi puerta. Yo lo oía perfectamente, pero antes de que dijera: «¡Levántese! ¡A declarar!», quería permanecer tendido tres centésimas de segundo más, con la cabeza sobre la almohada e imaginarme que dormía. Pero esta vez el vigilante se salió de lo aprendido: «¡Levántese! ¡Recoja la cama!».

Desconcertado y disgustado, pues era el momento más preciado del día, me envolví los pies con los peales, me calcé las botas, me puse el capote, el gorro de invierno y abarqué el colchón de una brazada. De puntillas, haciéndome constantemente señas para que no metiera ruido, el carcelero me condujo por el pasillo — silencioso como una tumba — del tercer piso de la Lubianka. Pasamos ante la mesa del vigilante del pabellón, ante los brillantes números de las celdas y las tapas verde oliva abatidas sobre las mirillas, y me abrió la celda n° 67. Entré y él cerró de inmediato la puerta a mi espalda.

Apenas habría pasado un cuarto de hora desde el toque de retreta, pero los presos disfrutan de un tiempo de sueño tan frágil e inseguro, además de escaso, que, a mi llegada, los habitantes de la celda n° 67 ya dormían en sus camastros metálicos con las manos por encima de la manta.

En las cárceles internas de la GPU-NKVD-KGB se fueron inventando paso a paso diferentes medidas vejatorias como complemento de las normas penitenciarias ya establecidas. Los que estuvieron presos a principios de los años veinte no conocieron esas medidas, y, además, por aquel entonces de noche se apagaba la luz, como entre las personas. Lo de dejar la luz encendida empezó siguiendo un fundamento lógico: era menester poder ver a los presos en cualquier momento de la noche (si la encendían en el momento de inspeccionar la celda aún era peor). Además, había orden de que las manos se mantuvieran encima de la manta, para que el preso no pudiera estrangularse en secreto y zafarse del justo sumario. Tras un estudio experimental quedó comprobado que en invierno siempre dan ganas de meter las manos bajo la manta, para que estén calientes, y por ello la medida fue aprobada definitivamente.

Los tres presos se estremecieron al oír el ruido de la puerta al abrirse y levantaron instantáneamente la cabeza. También ellos esperaban que los llevaran a interrogatorio.

Y esas tres cabezas incorporadas por el susto, esas tres caras sin afeitar, ajadas y pálidas, me parecieron tan humanas y tan entrañables que permanecí de pie, abrazado a mi colchón, sonriendo de felicidad. Ellos también sonrieron. ¡Vaya si había olvidado esa expresión! ¡Y tan sólo en una semana!

— ¿De la calle? —me preguntaron. (La primera pregunta que suele hacerse al novato.)

— No..o —respondí. (La primera respuesta que suele dar el novato.)

Ellos se referían a que seguramente a mí me habrían arrestado hacía poco y que por tanto venía *de la calle.* Pero yo, que ya había pasado noventa y seis horas de instrucción, no me consideraba ni mucho menos un recién llegado «de la calle».

¿Acaso no era ya un preso experimentado? Pero, aunque a mí no me lo pareciera, yo venía de la calle. Y un vejete imberbe, de vivaces cejas negras, ya me estaba preguntando por las novedades de la guerra y la política. ¡Era asombroso! Aunque estábamos ya a últimos de febrero, no sabían nada de la Conferencia de Yalta, ni del cerco de la Prusia Oriental, ni de nuestra ofensiva sobre Varsovia de mediados de enero, ni siquiera tenían noticia de la deplorable retirada de los aliados en diciembre. (**T62**) Las normas estipulaban que los presos sujetos a instrucción no debían saber nada del mundo exterior. Y efectivamente, no sabían nada.

Estaba dispuesto a pasarme media noche contándoselo todo, con orgullo, como si todas las victorias y los cercos fueran obra mía. Pero el vigilante de turno entró mi cama y hubo que colocarla sin hacer ruido. Me ayudó un joven de mi edad, también militar: su guerrera y su gorra de aviador colgaban de la barra de la cama. Éste ya había tenido ocasión de preguntarme antes que el viejo, pero no por saber sobre la guerra, sino por si tenía tabaco. Sin embargo, por mucho que estuviera dispuesto a abrir mi corazón a mis nuevos

amigos, y por pocas que fueran las palabras pronunciadas en esos escasos minutos, aquel joven emanaba algo extraño, aunque fuera de mi edad y compañero de armas. Me cerré ante él de inmediato y para siempre.

(Yo aún no sabía lo que era una «clueca», (**T63**) ni que por norma debía haber una en cada celda, ni había tenido tiempo de recapacitar y decirme que aquel hombre, G. Kramarenko, no me gustaba; pero dentro de mí ya se había puesto en marcha un relé espiritual, una célula de detección que cerró para siempre el contacto con aquel hombre. De ser éste el único caso, no lo habría mencionado, mas bien pronto — con tanto asombro y entusiasmo como angustia — descubrí que este mecanismo interior tenía una cualidad natural y perenne. Pasaron los años, compartí catres, anduve en formación y trabajé en brigadas con muchos centenares de hombres, y ese misterioso relé-detector, en cuya creación no hay ningún mérito mío, siempre se ponía en funcionamiento antes de que yo me acordara de él. Se accionaba ante un rostro, unos ojos o los primeros sonidos de una voz, tras lo cual yo me abría a aquel hombre de par en par, dejaba sólo un resquicio, o bien me cerraba herméticamente. Era siempre tan infalible, que todo el trajín de los delegados operativos para proveerse de chivatos empezaba a parecerme una minucia: el que se presta a ser traidor, siempre lo lleva escrito en la cara y en la voz, algunos con hábil fingimiento, pero de todos modos se ve que no son trigo limpio. Por el contrario, mi detector me ayudaba a distinguir desde el primer momento a quién podía confiar lo más íntimo, aquellas profundidades y secretos por los cuales le cortan la cabeza a uno. Así pasé ocho años de reclusión, tres años de destierro y otros seis años de escritor clandestino, no menos peligrosos, y en estos diecisiete años me puse en manos de decenas de personas sin pensármelo dos veces, ¡y jamás di un traspié! No he leído en ninguna parte nada sobre esto, y lo escribo ahora para los aficionados a la psicología. Creo que muchos llevamos dentro estos mecanismos espirituales, aunque como personas de un siglo demasiado tecnificado e intelectual desdeñamos esta maravilla y no dejamos que se desarrolle en nuestro interior.)

Instalamos la cama, era el momento de comenzar mi relato (naturalmente, entre susurros y tendidos en los catres, para no trocar de repente todo ese confort por un calabozo), pero el tercero de nuestra celda, de mediana edad, con algunas pinchos canos en su rapada cabeza, me miró reprobadoramente y dijo con esa severidad que adorna a los norteños:

—Mañana. La noche es para dormir.

Era lo más sensato. En cualquier momento podían sacar a uno de nosotros, llevárselo a interrogatorio y tenerlo ahí hasta las seis de la mañana. Entonces el juez de instrucción se iría a dormir, pero en la celda ya no nos estaría permitido acostarnos.

Una noche de sueño sin sobresaltos era más importante que todos los destinos del planeta.

Había además otro obstáculo que no saltaba a la vista, pero que pude sentir desde las primeras frases de mi relato, aunque de momento no acertara a darle un nombre: se había producido (con la detención de cada uno de nosotros) una inversión de polos universal, cualquier concepción que tuviéramos antes había dado un giro de ciento ochenta grados. Bien podría ser que lo que yo había empezado a contar con tanto arrobamiento ahora no resultara grato a ese *nosotros* que formábamos en la celda.

Se pusieron de costado, se cubrieron los ojos con el pañuelo para protegerse de la bombilla de doscientos vatios, se envolvieron con toallas el brazo expuesto al frío encima de la manta, escondieron con disimulo el otro y se durmieron.

Y yo, rebosante de felicidad por estar entre personas. Hacía una hora no contaba con que me llevaran con otros. Mis días podrían haber acabado de un tiro en la nuca (como no se cansaba de prometerme el juez de instrucción) sin haber vuelto a ver gente. La instrucción sumarial seguía pendiendo sobre mí, pero, ¡qué poco importante me parecía ahora! Mañana yo les contaría a ellos (no de mi *causa*, naturalmente), y ellos a mi. ¡Qué interesante iba a ser el día siguiente, uno de los mejores de mi vida! (Desde muy temprano y de forma muy clara tuve la impresión de que la cárcel no iba a ser un abismo, sino un giro importantísimo en mi vida.)

Me interesaba cada insignificancia de la celda, había perdido el sueño, y cuando no observaban por la mirilla yo examinaba la habitación disimuladamente. Por ejemplo, en lo alto de una pared había una pequeña hendidura, de unos tres ladrillos, sobre la que colgaba una cortina de papel azul. Mis compañeros aún habían tenido tiempo de confirmármelo: ¡Sí, era una ventana! ¡La celda tenía ventana! La cortina era una defensa pasiva ante los ataques aéreos. Mañana habría una débil luz diurna, y en pleno día apagarían unos cuantos minutos aquella hiriente bombilla. ¡Eso era mucho! ¡Vivir de día con la luz del día!

En la celda había también una mesa. Sobre ésta, en el lugar más visible, una tetera, un ajedrez y una pila de libros. (Entonces no sabía por qué estaban puestos justo en el lugar más visible. Resultó que, de nuevo, se debía a la normativa de la Lubianka: el vigilante debía cerciorarse, observando cada minuto por la mirilla, de que no se abusaba de tanta generosidad de la Administración, que no se hacían boquetes en la pared con la tetera, que nadie se tragara las piezas de ajedrez y dejara como saldo un ciudadano menos de la URSS, que nadie prendiera fuego a los libros con la intención de incendiar la cárcel. Las gafas de los presos se consideraban un arma tan peligrosa que ni en la mesa permitían dejarlas de noche; la Administración las recogía hasta la mañana siguiente.)

¡Qué vida más confortable! Ajedrez, libros, camas de muelles, buenos colchones y ropa limpia. No recordaba haber dormido tan bien en toda la guerra. Suelo de parquet encerado. De la puerta a la ventana se podía dar un paseo de casi cuatro pasos. Digan lo que digan, la prisión política central era un auténtico balneario.

Y no caían proyectiles... Recordaba cómo susurraban punzantes al pasar sobre nuestras cabezas, su creciente silbido y el crujido de la explosión. Y el suave silbar de las minas de mortero. Y cómo se estremecía la tierra con las cuatro cargas del *chirriador*. (**T64**) Recordaba el fango líquido de Wormditt, donde me habían arrestado y donde ahora los nuestros chapoteaban en el barro y la nieve fundida para impedir que los alemanes levantaran el cerco.

¡Al diablo! ¿Ya no queréis que combata? Pues maldita la falta que me hace.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Entre las muchas pautas de referencia que hemos perdido está también la grandeza de quienes, antes que nosotros, hablaron y escribieron en ruso. Resulta extraño, pero apenas fueron descritos en una literatura anterior a la revolución que sólo muestra personas superfluas, (**T65**) o bien unos blandengues soñadores inadaptados. Con nuestra literatura del siglo XIX resulta prácticamente imposible comprender cómo pudo mantenerse Rusia en pie durante diez siglos, con qué cimientos humanos contaba. Por lo demás, ¿acaso no ha logrado superar Rusia los últimos cincuenta años gracias a estos hombres? Con mucha más razón que antes.

Y también los soñadores. Habían visto demasiadas cosas para quedarse con una sola. Tenían demasiada tendencia a lo sublime como para tocar de pies en el suelo. Cuando una sociedad está a punto de desplomarse suele aparecer un sabio estrato de gente que piensa, que piensa y nada más. ¡Mas cómo se mofaron de ellos! ¡Cómo los ridiculizaron! No merecieron más apodo que el de *podredumbre*. Esos hombres eran flores prematuras de fragancia excesivamente sutil, y por eso las segaron de raíz. Se encontraban especialmente indefensos, sobre todo en su vida privada: no sabían doblegarse, fingir ni amoldarse; cada palabra suya era una opinión, un impulso, una protesta. Esos son los que recoje la guadaña. Esos son los que acaban triturados como balas de paja. (**55**)

Habían pasado por estas mismas celdas que ahora ocupábamos. Pero sus muros — ya sin empapelado, rebozados, blanqueados y pintados más de una vez — ya no podían transmitirnos nada del pasado (al contrario, desde ellos nos espiaban con micrófonos). En ninguna parte ha quedado nada escrito ni dicho

acerca de quienes poblaron estas celdas, de las conversaciones que ahí se produjeron, de los pensamientos con que salían al paredón o a las Solovki. Seguramente, ya nunca verá la luz una obra así, tan sólo un volumen valdría tanto como cuarenta vagones de nuestra literatura.

Y los que aún viven nos cuentan toda clase de nimiedades: que si los camastros eran de madera y los jergones de paja, que si allá por 1920, antes de poner bozales (**T66**) en las ventanas, los cristales estaban embadurnados de yeso hasta arriba. Que los bozales sin duda ya estaban en 1923 (mientras que todos nosotros, sin excepción, los atribuíamos a Beria). En los años veinte, según dicen, en esta prisión se toleraba la comunicación por golpes en la pared, porque aún perduraba esa ridicula tradición de las cárceles zaristas: si un preso no daba golpes en la pared, ¿qué otra cosa podía hacer? Y algo más: en los años veinte todos los celadores, absolutamente todos, eran letones (fusileros letones, además de otros) y la comida la repartían unas letonas rechonchas.

Serán nimiedades, pero dan que pensar.

A mí me hacía muchísima falta dar en la Lubianka, el penal político más importante de la Unión, y desde aquí mil gracias a quienes hasta ella me trajeron. Pensaba mucho en Bujarin, quería hacerme una idea de todo aquello. Sin embargo, tenía la sensación de que nosotros éramos paja menuda y que nuestro lugar estaba más bien en cualquier prisión interior de provincias. (**56**) Estar en ésta era un excesivo honor.

Era imposible aburrirse con las personas que allí encontré. Había a quién escuchar y con quién comparar.

El vejete de vivas cejas (tenía sesenta y tres años muy bien llevados) se llamaba Anatoli llich Fastenko. Su presencia embellecía notablemente nuestra celda de la Lubianka, tanto como depositario de las viejas tradiciones presidiarias rusas, como por ser la Historia viva de nuestras revoluciones. Gracias a cuanto conservaba en su memoria disponíamos de una escala para valorar tanto lo ocurrido como lo que estaba ocurriendo. Tales hombres son valiosos no sólo en las celdas, también se echan mucho de menos en el seno de nuestra sociedad.

Pudimos ver el apellido Fastenko en un libro sobre la revolución de 1905 que casualmente teníamos ahí mismo, en la celda. Fastenko era un socialdemócrata tan antiguo que, al parecer, ya había dejado de serlo.

Fue condenado a prisión por primera vez en 1904, cuando aún era joven, pero tras promulgarse el Manifiesto del 17 de Octubre de 1905 fue puesto en libertad.

¿Quién de nosotros no sabe y no ha tenido que aprenderse de memoria del manual escolar de Historia, o del Curso Breve de Historia del Partido Comunista, que este «Manifiesto abyecto y provocador» era un escarnio de la libertad, que el zar había dispuesto: «libertad a los muertos, prisión a los vivos»? Pero este epigrama es mentira. Con el Manifiesto se legalizaron todos los partidos políticos, se convocó la Duma y se concedió una amnistía honesta, considerablemente amplia. En otras palabras: el Manifiesto supuso, ni más ni menos, la excarcelación de todos los presos políticos, fuera cual fuere la naturaleza y duración de su condena. Sólo permanecieron en prisión los presos comunes. En cambio, la amnistía de Stalin del 7 de julio de 1945 actuó justamente al revés: dejó en la cárcel a todos los presos políticos.

Era interesante oírle contar las circunstancias de aquella amnistía. Por aquellos años, como es natural, no tenían idea de «bozales» en las ventanas de las prisiones, y desde las celdas de la prisión de Bélaya Tsérkov, donde Fastenko estaba encerrado, los presos contemplaban libremente el patio de la cárcel, veían a los que entraban y a los que salían, observaban la calle y conversaban a gritos con cualquier transeúnte. Y he aquí que el 17 de octubre, al conocer por telégrafo la amnistía, desde la calle comunicaron la noticia a los presos. Los presos políticos empezaron a alborotar alegremente, a romper puertas y cristales, y a exigir que el director de la cárcel los pusiera de inmediato en libertad. ¿A alguno de ellos le machacaron los morros con las botas? ¿Metieron a alguno en el calabozo? ¿Privaron a alguna celda de libros o del derecho a la cantina? ¡Claro que no! El director de la cárcel, desconcertado, iba corriendo de una celda a otra y suplicaba: «¡Señores! ¡Se lo ruego! ¡Sean razonables! No tengo autoridad para ponerlos en libertad debido a un comunicado telegráfico. Debo recibir instrucciones directas de mis superiores de Kiev. Se lo ruego

encarecidamente: deberán pasar la noche aquí». ¡Y en efecto, tuvieron la desfachatez de retenerlos veinticuatro horas! (Después de la amnistía de Stalin, como veremos más adelante, a los amnistiados los retuvieron dos o tres meses, los obligaron a seguir *dándole al callo,* y a nadie le pareció un abuso.)

Recobrada la libertad, Fastenko y sus compañeros se lanzaron inmediatamente a preparar la revolución. En 1906 Fastenko fue condenado a ocho años de trabajos forzados, lo que significaba cuatro años de grilletes y cuatro de destierro. Cumplió los cuatro primeros años en la prisión central de Sebastopol, donde, por cierto, durante su estancia se produjo una fuga masiva de presos organizada desde fuera por los partidos revolucionarios: eseristas, anarquistas y socialdemócratas. Tras hacer estallar una bomba contra el muro, se abrió un boquete por el que bien hubiera cabido un hombre a caballo; dos decenas de presos (no salió todo el que quiso, sino aquellos que sus partidos habían designado, y a los que habían provisto de antemano con pistolas ¡por mediación de los propios vigilantes!) se precipitaron por la brecha y se evadieron todos excepto uno. El partido socialdémocrata había determinado que la misión de Anatoli Fastenko no sería evadirse, sino distraer la atención de los vigilantes y sembrar el desconcierto.

Sin embargo, no pasaría mucho tiempo en el destierro del Yeniséi. Confrontando su relato (y posteriormente el de otros supervivientes) con el hecho, de sobras conocido, de que nuestros revolucionarios huían del destierro por centenares, y la mayoría al extranjero, se llega a la convicción de que quien no escapaba del destierro zarista era únicamente por pereza, de tan sencillo como era. Fastenko «huyó», es decir, sencillamente, se ausentó sin pasaporte del lugar del destierro. Fue a Vladivostok calculando que con la ayuda de algún conocido podría embarcarse. Pero por la razón que fuera, no lo consiguió. Entonces, siempre sin pasaporte, atravesó tranquilamente toda la madre Rusia en tren y llegó hasta Ucrania, donde había sido bolchevique en la clandestinidad y donde lo habían detenido. Le proporcionaron un pasaporte ajeno y se dispuso a cruzar la frontera de Austria. Tan poco arriesgada era la empresa y hasta tal punto tenía descartado Fastenko que pudiera haber nadie detrás pisándole los talones, que cometió una asombrosa imprudencia: una vez en la frontera, cuando ya había entregado el pasaporte al funcionario de policía, ¡de pronto se dio cuenta de que no recordaba su nuevo apellido! ¿Qué hacer? Habría unos cuarenta pasajeros, y el funcionario había empezado ya a llamarlos en voz alta. Fastenko tuvo una idea: se hizo el dormido. Estuvo oyendo cómo devolvían todos los pasaportes y que llamaban varias veces a un tal Makarov, pero aún no estaba seguro que fuera él. Finalmente, un dragón del régimen imperial se inclinó ante el revolucionario clandestino dándole cortésmente en el hombro: «¡Señor Makarov! ¡Señor Makarov! ¡Su pasaporte, tenga la bondad!».

Fastenko marchó a París. Allí conoció a Lenin, a Lunacharski, y desempeñó no sé qué trabajos de intendencia en la escuela del partido de Longjumeau. Al mismo tiempo, estudió el idioma francés, observó cuanto había a su alrededor y le entraron deseos de correr todavía más mundo. Antes de la guerra se trasladó a Canadá, donde trabajó de obrero, estuvo en Estados Unidos. La vida en libertad que se había afianzado en aquellos países impresionó a Fastenko: llegó a la conclusión de que allí jamás habría una revolución proletaria e incluso dedujo que posiblemente tampoco les hiciera falta.

Y entonces tuvo lugar en Rusia — antes de lo que se creía — la tan ansiada revolución. Todos regresaron, y luego vino otra revolución más. Fastenko ya no sentía por esas revoluciones el mismo ardor de antes. Pero volvió, siguiendo la misma ley que rige las migraciones de las aves.

Poco después de Fastenko, volvió a la patria un conocido suyo de Canadá, un antiguo marinero del Potiomkin que había huido a dicho país, donde acabó convirtiéndose en un próspero granjero. Este vendió la granja con todo el ganado, y con el dinero y un flamante tractor se presentó en su patria chica para colaborar en la edificación del soñado socialismo. Se inscribió en una de las primeras comunas e hizo donación de su tractor. Manejaba el tractor todo el que le venía en gana y de cualquier manera, hasta que muy pronto lo estropearon. El marinero del Potiomkin empezaba a ver las cosas de manera muy distinta a como las había imaginado veinte años antes. Los que mandaban eran gente que no debería tener derecho a dar órdenes, y ordenaban cosas que al hacendoso granjero se le antojaban extravagantes y absurdas. Por si fuera poco, se quedó en los huesos, se desgastaron sus ropas y pocos eran ya los dólares canadienses que no se hubieran transformado en rublos de papel. Suplicó que le dejaran marchar con su familia, cruzó la frontera no más rico que cuando huyó del Potiomkin, atravesó el océano igual que antes, como marinero (no le llegaba el dinero para el pasaje) y empezó a vivir de nuevo en Canadá como jornalero.

Había muchas cosas en Fastenko que yo todavía no lograba entender. Para mí, lo más destacable y asombroso era que, a pesar de haber conocido personalmente a Lenin, él hablaba de este recuerdo con toda frialdad. (Para que vean cuál era mi estado de ánimo por aquel entonces: en la celda, alguno llamaba a Fastenko simplemente por el patronímico, sin emplear el nombre, es decir «¿Ilich, (**T67**) te toca a ti hoy sacar la cubeta?». Me sacaba de mis casillas, me sentía ofendido, me parecía una blasfemia — y no sólo en este contexto — llamar Ilich a alguien que no fuera ese hombre único en la Tierra.) Por esta razón aún había muchas cosas que Fastenko no podía explicarme, por mucho que él quisiera.

Me decía bien clarito y en ruso: «¡No te postrarás ante falsos ídolos!». (**T68**) ¡Y yo no lo entendía!

Al ver mi entusiasmo, insistía una y otra vez: «Usted es matemático y por tanto no se le puede consentir que olvide a Descartes: "¡Somete todo a la duda, todo ! "». ¿Cómo que «todo»? ¡Cómo va uno a dudar de todo! Me parecía haber puesto bastantes cosas ya en duda, ¡ya tenía bastante!

O bien decía: «Ya casi no quedan antiguos presos políticos, yo soy de los últimos. Han eliminado a todos los viejos presidiarios y a nuestra asociación ya la disolvieron en los años treinta». «¿Y eso por qué?» «Pues para que no nos reuniéramos y no opináramos.» Y aunque estas sencillas palabras, dichas en tono reposado, deberían clamar al cielo y hacer retumbar los cristales, yo no veía en ellas sino una fechoría más de Stalin. Veía la dureza del hecho pero no las raíces.

Es completamente cierto que no todo lo que entra por nuestros oídos consigue llegar hasta nuestra conciencia. Muchas cosas que no se avienen con nuestro talante se pierden, no sé si en los oídos, o más adelante, pero el caso es que se pierden. Y aunque recuerdo a la perfección los numerosos relatos de Fastenko, sus razonamientos han formado en mi memoria un turbio sedimento. Me dio varios títulos de libros y me aconsejó muy encarecidamente que cuando algún día estuviera en libertad, los buscara y los leyera. Por su edad y por su salud, ya no confiaba en salir vivo de allí, pero se consolaba con que algún día yo pudiera captar aquellas ideas. No había manera de anotarlos y, por lo demás, ya eran muchas las cosas de la vida penitenciaria que convenía recordar. Sin embargo, los títulos de los libros que más se acercaban a mis gustos de entonces sí los retuve: *Pensamientos inoportunos* de Gorki (a la sazón yo tenía a Gorki en un pedestal: estaba por encima de todos los clásicos rusos por el mero hecho de ser un escritor proletario) y *Un año en la patria*, de Plejánov. (**T69**)

Cuando Fastenko regresó a Rusia, como premio a sus antiguos méritos en la clandestinidad, fue objeto de continuas promociones y pudo haber alcanzado un cargo importante, pero no quiso y aceptó en su lugar un discreto puesto en la editorial *Pravda*, y después otro más modesto aún. Más tarde entró a trabajar en el consorcio Mosgoroformleniye, donde pasaba totalmente inadvertido.

Yo me asombraba: ¿Por qué una trayectoria tan evasiva? Su respuesta era incomprensible: «El perro viejo no se hace a la cadena».

Al comprender que no había nada que hacer, Fastenko deseaba, como cualquier otra persona, al menos conservar la vida. Se había jubilado con una pequeña y humilde pensión (no honorífica, desde luego, porque ello habría traído a colación su amistad con muchos de los que habían sido fusilados), y así quizás hubiera llegado al año 1953. Pero por desgracia detuvieron a su vecino de piso L. Soloviov, un escritor extraviado, borracho a todas horas, el cual, en estado de embriaguez, se jactó en alguna parte de poseer una pistola. Una pistola significaba, infaliblemente, terrorismo y por tanto Fastenko; con su pasado — aunque lejano — socialdemócrata, era un terrorista de la cabeza a los pies. Ahora, el juez de instrucción le *colgaba* terrorismo y, por extensión, como es natural, ser colaborador del espionaje francés y canadiense y, por lo tanto, confidente también de la Ojrana zarista. (**57**) En 1945 — ¡fíjense a qué alturas! —, para ganarse su buen salario, un bien cebado juez de instrucción hojeaba con toda seriedad los archivos de las gendarmerías provinciales, con la misma gravedad con que levantaba actas acerca de los interrogatorios en que habían estado sonsacando los apodos clandestinos, contraseñas, citas y reuniones habidos en 1903.

Cada diez días (el plazo permitido) la anciana esposa de Anatoli Ilich (no habían tenido hijos) le llevaba paquetes con lo que podía conseguir: un pedazo de pan negro de trescientos gramos (comprado en el

mercado, ¡a cien rublos el kilo!) y una docena de patatas mondadas y cocidas (y además pinchadas con agujas durante el registro). Sólo de ver estos míseros paquetes — ¡realmente, era una santa! — se le rompía a uno el corazón.

Era todo lo que se había merecido aquel hombre después de sesenta y tres años de honradez y de dudas.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Los cuatro catres de nuestra celda dejaban todavía en el centro un pasillo, con la mesa. Pero unos días después de mi llegada nos metieron un quinto preso y pusieron su catre de través.

Como quiera que al nuevo lo metieron una hora antes del toque de diana, en esta hora tan dulce para el cerebro, tres de nosotros ni siquiera levantamos la cabeza. Sólo Kramarenko se puso en pie de un salto para hacerse con tabaco (y quizá datos para el juez de instrucción). Empezaron a hablar por lo bajo y, aunque nosotros procuramos no escuchar, era imposible no percibir el cuchicheo del recién llegado. De tan fuerte, inquieto, tenso e incluso próximo al llanto como era, cabía entender que había entrado en nuestra celda una tragedia excepcional. El nuevo preguntaba si fusilaban a muchos. A pesar de todo eso, yo me metí con ellos y sin volver la cabeza les insté a no hacer tanto ruido.

Al toque de diana nos levantamos prestamente todos a una (a los remolones los castigaban con el calabozo) y vimos que teníamos delante de nosotros ¡a un general! Claro que ya no llevaba distintivo alguno, ni siquiera las huellas de insignias arrancadas o desatornilladas, ni siquiera galones, pero su costosa guerrera, el suave capote, toda su figura y hasta el rostro eran sin duda los de un general, un general arquetípico, indudablemente todo un general del Ejército, no un simple general de brigada. Era bajo, robusto, de torso y hombros anchos, la cara bastante gruesa, aunque esa gordura que da el buen comer no le confería un aire campechano y accesible, sino de significación y pertenencia a las altas esferas. Su rostro culminaba — no por arriba, cierto, sino por abajo — en una mandíbula de bull-dog, donde se concentraba esa energía, voluntad y autoridad que le habían permitido alcanzar semejante graduación a mediana edad.

Empezamos con las presentaciones y resultó que L.V.Z-v era aún más joven de lo que aparentaba, pues aquel año iba a cumplir los treinta y seis («si no me fusilan»), y otra cosa aún más sorprendente: no era ningún general, ni siquiera un coronel, ni militar en absoluto, sino ¡ingeniero!

¿Un ingeniero? Precisamente, yo me había educado en un ambiente de ingenieros y recordaba muy bien cómo eran en los años veinte: su inteligencia viva y brillante, su humor espontáneo e inocente, su espíritu ágil y abierto, su facilidad para pasar de un campo de la ingeniería a otro, y más en general de las cuestiones técnicas a las sociales o artísticas. Y después, su buena educación, su gusto refinado, su buen uso del idioma, uniforme y concordante, sin palabras parásitas; alguno con un poco de arte musical; algún otro con cierta destreza en la pintura; y siempre, en todos ellos, el sello de la espiritualidad en el rostro.

Cuando empezaron los años treinta perdí contacto con este ambiente y después vino la guerra. Y he aquí que ahora volvía a tener ante mí a un ingeniero, uno de los que había venido como reemplazo de la generación exterminada.

No se podía negar que éste al menos sí tenía algo a su favor: tenía mucha más fuerza y tripas que los de antes . Aunque hacía mucho tiempo que ya no le hacían falta, había conservado unos hombros y brazos firmes. Dispensado de fastidiosas cortesías, tenía una mirada abrupta y hablaba de un modo irrebatible, sin esperar siquiera que pudiera haber objeciones. Había crecido de otra manera que los de antes y trabajaba también de otra manera.

Su padre araba la tierra, en el sentido más absoluto y verdadero. Lionia Z-v era uno de esos rapaces campesinos despeinados e ignorantes cuyo talento desperdiciado tanto afligiera a Tolstói y a Belinski. No es que fuera un Lomonósov, y por sí mismo no habría llegado a la Academia, pero sí que tenía talento, y de no haber sido por la revolución, él también habría acabado como labriego, aunque acomodado, pues era despierto y sensato. Tal vez incluso hubiera llegado a comerciante.

En época soviética ingresó en el Komsomol y gracias a su filiación se promocionó por encima de otros talentos. Esto lo sacó del anonimato, de las capas bajas, de la aldea, de forma que pasó como un cohete por la Facultad Obrera hasta llegar a la Academia Industrial. En ella se matriculó en 1929, precisamente el año en que se estaban llevando al Gulag por rebaños a los ingenieros de antes . Había que formar con urgencia ingenieros propios, políticamente concienciados, devotos, cien por cien de fiar, no tanto para que ejercieran su profesión como tal, sino para que fueran capitanes de la industria, verdaderos empresarios soviéticos. Era un momento en que seguía vacante la célebre *cúspide de mando* de una industria aún por crear. Esta promoción estaba destinada a ocuparla.

La vida de Z-v se convirtió en una cadena de éxitos, trenzados como una guirnalda hacia las cumbres. En aquellos años devastadores, de 1929 a 1933, cuando en el país se libraba una guerra civil, ya no con ametralladoras, sino con perros de presa, cuando hileras de personas agónicas de hambre se arrastraban hacia las estaciones de ferrocarril con la esperanza de alcanzar la ciudad, en la que el pan crecía en cada esquina (pero no les vendían billetes, y ellos, que no sabían de qué otro modo desplazarse, morían junto a la empalizada de la estación como un dócil montículo humano de zamarras y alpargatas), en aquellos años, Z-v no sólo no se había enterado de que en las ciudades el pan se vendía por cartilla, sino que disponía de una beca *estudiantil* de novecientos rublos (un obrero no especializado ganaba por entonces sesenta). Su corazón no sufría por la aldea, de la que había sacudido el polvo de sus zapatos: su nueva vida palpitaba allí, entre los vencedores y los dirigentes.

No tuvo tiempo de ser un simple capataz: desde el principio tuvo a su mando a decenas de ingenieros y millares de obreros; se convirtió en el ingeniero jefe de unas gigantescas construcciones en las afueras de Moscú. Como es natural, desde el comienzo de la guerra quedó excluido de la movilización y fue evacuado con todo su glavkom a Alma-Ata, donde dirigió obras aún mayores en el río Ilí. La única diferencia era que ahora quienes estaban a sus órdenes eran presidiarios. La vista de aquellos hombrecillos grises le interesaba entonces muy poco, no le invitaba a recapacitar ni atraía su atención. En su brillante trayectoria lo único importante eran las cifras de cumplimiento del plan, y para ello a Z-v le bastaba con señalar un proyecto, un campo de presos y un maestro de obras. El resto ya lo harían ellos con sus propios medios, ya conseguirían que se cumplieran las cuotas; cuántas horas trabajaban y qué ración recibían eran particularidades en las que él no se metía.

¡Los años de guerra en la profunda retaguardia fueron los mejores años en la vida de Z-v! Ésta es una eterna y universal condición de las guerras: cuanto más dolor se concentra en un polo, más gozo brota por el otro. Z-v no sólo tenía una mandíbula de bulldog, sino también una garra rápida, precisa y práctica. Se acopló rápida y hábilmente al nuevo ritmo económico impuesto por la guerra: todo para la victoria. ¡Zumba y dale, y tras la guerra borrón y cuenta nueva! La única concesión que hizo al esfuerzo de guerra fue renunciar a trajes y corbatas. Se puso de caqui, se hizo unas botas de cabritilla y se agenció una guerrera de general, la misma con la que ahora aparecía ante nosotros. Estaba de moda, de esta manera iba vestido todo el mundo en la retaguardia, así no despertabas la irritación de los inválidos ni las miradas reprobadoras de las mujeres.

De todos modos, las miradas que con más frecuencia le lanzaban las mujeres eran de otro jaez: acudían a él en busca de comida, calor y diversión. El dinero corría a espuertas por sus manos, su cartera para gastos abultaba como un barril, se desprendía de los billetes de a diez como si fueran cópeks y los de mil los soltaba como rublos. Z-v no escatimaba, no ahorraba, no contaba. La única contabilidad que llevaba era la de las mujeres que había catado, y en lista aparte las que él mismo había descorchado. Esa cuenta era su deporte. En la celda nos aseguró que con el arresto se había quedado en doscientas noventa y tantas, que era una lástima que no le hubieran dejado llegar a las trescientas. Eran tiempos de guerra y las mujeres estaban solas, y él, además de poder y dinero, tenía un vigor varonil digno de Rasputin, de modo que quizá se le pudiera creer. Además, se moría de ganas de contarnos todas y cada una de sus proezas, sólo que nosotros

no estábamos dispuestos a prestarle oídos. Aunque ningún peligro lo amenazaba por ninguna parte, los últimos años los había pasado asiéndose febrilmente a las mujeres, exprimiéndolas y echándolas a un lado, del mismo modo que se coge un cangrejo del plato, se muerde, se chupa, y a por otro.

¡Estaba tan acostumbrado a la ductilidad de la materia, a trotar firme como un jabalí por los sembrados! (En los momentos de gran excitación corría por la celda igual que un enorme jabalí, capaz de tronchar un roble en estampida.) ¡Estaba tan acostumbrado a codearse con otros jefes, cuando todos son de la casa y no hay asunto al que no se le pueda quitar hierro y echar tierra! Pero olvidó que cuanto mayor es el éxito, mayor es la envidia. Ahora se enteraba, en la instrucción, de que ya en 1936 le habían abierto un expediente por un chiste que contó despreocupadamente en una tertulia de borrachos. Luego fueron filtrándose algunas pequeñas denuncias y también informes de los agentes (a las mujeres había que llevarlas de restaurantes, ¡a la vista de todo el mundo!). Hubo también una denuncia según la cual en 1941 no se había dado ninguna prisa en evacuarse de Moscú, como si esperara a los alemanes (efectivamente, se había demorado, pero, al parecer, fue por un lío de faldas). Z-v siempre se había preocupado especialmente de que sus combinaciones financieras fueran irreprochables, pero olvidó que también existía el Artículo 58. Y pese a todo, este peñasco habría podido estar mucho tiempo sin caerle encima de no ser porque, para darse aires, le denegó a un fiscal unos materiales para construirse una dacha. Fue entonces cuando resucitaron su expediente y, puesto en movimiento, rodó montaña abajo. (Otro ejemplo de que los procesos judiciales empezaban por la codicia de los de azul...)

El universo intelectual de Z-v era el siguiente: creía que existía un idioma *norteamericano;* en dos meses de celda no leyó ni un solo libro, ni siquiera una sola página entera, y si llegó a leer un párrafo fue únicamente para distraerse de los funestos pensamientos sobre la instrucción del sumario. Por su convenación se veía a las claras que en la calle aún había leído menos. Pushkin le sonaba a uno que sale en los chistes verdes y de Tolstói sólo sabría, probablemente, que era un diputado del Soviet Supremo. (**T70**)

¿Pero fue quizás, en cambio, un comunista al cien por cien? ¿Fue quizás el hombre concienciado como proletario que habían formado para reemplazar a personas como Palchinsky y von Meck? Eso era lo curioso: ¡No lo era! En cierta ocasión opinábamos con él sobre el curso de toda la guerra, y yo dije que desde el primer día ni por un instante había dudado de nuestra victoria sobre los alemanes. El miró bruscamente hacia mí, con incredulidad: «¿Pero qué estás diciendo?», se llevó las manos a la cabeza. «¡Ay, Sasha, Sasha, y yo que estaba seguro de que ganarían los alemanes! ¡Esto fue lo que me perdió!» ¡Hay que ver! Él, uno de los «organizadores de la victoria», nunca había dejado de creer en los alemanes y esperaba su inminente llegada. No porque le gustaran, no, sino porque conocía demasiado bien el estado real de nuestra economía (cosa que yo, naturalmente, desconocía; por eso yo sí tenía fe).

En nuestra celda todos estábamos con la moral por los suelos, pero ninguno llevaba el arresto tan trágicamente como Z-v. Intentaba convencerse ante nosotros de que no le aguardaba más que una condena de diez años, y que durante ese tiempo él estaría — faltaría más — de capataz en el campo penitenciario, y que no conocería pesares, como no los había conocido nunca. Pero eso no era consuelo suficiente: estaba demasiado impresionado por el desplome de su magnífica vida anterior. ¡En treinta y seis años de existencia no se había interesado por nada más que por esta vida, única en la tierra! Y más de una vez, sentado en el catre ante la mesa, con su cabeza de gruesa faz apoyada en su mano, corta y gruesa, con los ojos perdidos y nublados, canturreaba muy bajito:

“Olvidado, abandonado En mi más tierna infancia Huerfanito me quedé...” (**T71**)

¡Y nunca pasaba de aquí!, rompía a llorar. Toda esa fuerza que emanaba de él, al no poder utilizarla para horadar el muro, se transformaba en lástima de sí mismo.

Y también de su mujer. De una esposa a la que había dejado de amar hacía tiempo pero que le traía cada diez días (más a menudo no estaba permitido) paquetes abundantes y caros: pan blanquísimo, mantequilla, caviar rojo, ternera, esturión. El nos daba un pequeño bocadillo a cada uno y el tabaco justo para liar un cigarrillo, y luego se inclinaba sobre sus viandas, extendidas sobre la mesa (en comparación con las azuladas patatas del viejo revolucionario clandestino eran un festival de aromas y colores), y de nuevo le brotaban las

lágrimas, ahora el doble que antes. Recordaba en voz alta las lágrimas de su esposa, años enteros de lágrimas: por las notas amorosas que le encontraba en los pantalones, por unas bragas escondidas precipitadamente en el bolsillo del abrigo al bajar del coche y luego olvidadas. Y cuando esta ardiente autocompasión llegaba a desmoralizarlo mucho, se desprendía su coraza de maligna energía y teníamos ante nosotros a un hombre perdido, sin lugar a dudas una buena persona. Me sorprendía que pudiera sollozar de aquella manera. El estonio Arnold Suzi, nuestro otro compañero de celda, que ya peinaba canas, me explicaba: «Bajo la crueldad siempre hay un lecho de sentimentalismo. Es la ley de la complementariedad. En los alemanes, por ejemplo, esta combinación es un rasgo nacional».

Por el contrario, Fastenko era el más animado de la celda, aunque por su edad era el único que no podía pensar en sobrevivir a su condena y recobrar la libertad. Solía pasarme el brazo por el hombro y decirme:

¡No importa el precio de la libertad! ¿A sí? ¡Pues paga por ella!

O me enseñaba a cantar una vieja canción de presidiarios, con una letra que le había puesto él:

¡Y si el destino nos depara la muerte en húmedas cárceles y minas, sabed que, siempre, de nuestra suerte sabrán las generaciones vivas! (**T72**)

¡Lo creo! ¡Ojalá estas páginas sirvan para que este deseo se cumpla!

En nuestra celda, las dieciséis horas de día eran pobres en acontecimientos externos, pero tan interesantes que, por ejemplo, me resulta más fastidioso esperar dieciséis minutos el trolebús. No había sucesos dignos de atención y, sin embargo, al llegar la noche, te lamentabas porque te había faltado tiempo y porque había pasado volando un día más. Los acontecimientos eran ínfimos, pero por primera vez en la vida aprendías a observarlos con una lente de aumento.

Las horas más duras del día eran las dos primeras: al retumbar la llave en la cerradura (en la Lubianka no había «pesebres» (**58**) y no podían gritar «en pie» sin antes haber abierto la puerta) saltábamos de la cama sin demora, la arreglábamos y nos sentábamos en ella sin objeto ni esperanza, con la bombilla todavía encendida. Esta forzada vela diurna, desde las seis, cuando el cerebro aún se despereza y todo en el mundo se te antoja aborrecible, cuando ves toda tu vida perdida y no hay ni pizca de aire en la celda, resulta especialmente absurda para quienes han pasado la noche de interrogatorio y hace poco que han conciliado el sueño. ¡Pero no se te ocurra pasarte de listo! Si pese a todo procuras echar una cabezadita apoyado ligeramente contra la pared o acodado en la mesa como si jugaras al ajedrez, o relajarte ante un libro ostentosamente abierto sobre las rodillas, en la puerta sonará un golpe de advertencia dado con la llave, o lo que es peor: la puerta, que se cierra con una chirriante cerradura, de pronto se abrirá sin hacer ruido (así de bien entrenados están los celadores de la Lubianka), y cual rápida y silenciosa sombra, como un espíritu a través de la pared, el sargento se adentrará en la celda en tres zancadas y te sacará de tu modorra a porrazos; puede que además vayas al calabozo, o puede que retiren los libros de toda la celda, o que supriman el paseo — un castigo colectivo cruel e injusto —, y aún hay más en las líneas negras del reglamento de la cárcel, ¡léelo!, está colgado en cada celda. Por lo demás, si llevas gafas para leer, en ese enervante par de horas no podrás distraerte con libros ni con el sagrado reglamento: las gafas se recogen cada noche y sería un peligro que dispusieras de ellas de seis a ocho. En estas dos horas, nadie trae nada a la celda, no entra nadie, no se pregunta nada ni a nadie llaman: los jueces de instrucción aún duermen plácidamente, los jefes de la cárcel aún tienen los ojos legañosos. El único que está despierto es el *vertujái* que a cada instante levanta la tapa de la mirilla. (**59**)

Sin embargo, hay una operación que sí tiene lugar en estas dos horas: la visita matinal al retrete. Tras dar la orden de levantarse, el vigilante hace un anuncio importante: confía, a la vez que obliga, a un preso de la celda la misión de llevar la cubeta (en las prisiones ordinarias, del montón, el grado de autogestión y libertad de palabra de los reclusos es tal, que ellos mismos resuelven esta cuestión, pero en la Prisión Política Central una tarea de tanta magnitud no puede hacerse al tuntún). Y sin más tardanza os ponen en fila india con las manos atrás. Encabeza la comitiva el dignatario portador de la cubeta, que a guisa de abanderado porta sobre el pecho el balde metálico de ocho litros, con tapa. Llegados a destino, os encierran de nuevo, no sin antes

haceros entrega de tantas hojitas de papel — de una medida apenas mayor que una caja de cerillas — como personas seáis. (En la Lubianka este detalle carecía de interés: las hojas eran blancas. Pero había prisiones apasionantes, donde lo que te daban era pedazos de hojas arrancadas de libros. ¡Menudo tesoro de lectura!: adivinar su procedencia, leerlas por ambas caras, asimilar su contenido, valorar el estilo, ¡resultaba posible, pese a las palabras cortadas!, y después intercambiarlas con los compañeros. En otros sitios daban fragmentos de la enciclopedia Granat, en otro tiempo progresista, y a veces, miedo da decirlo, de los *clásicos*, y no precisamente de la literatura... (**T73**) La visita al retrete se convertía en un acontecimiento cultural.)

Pero no era cosa de risa. Se trata de una burda necesidad que no se suele mencionar en los libros (aunque sobre ello haya quedado dicho con inmortal frivolidad: «Bienaventurados los que de buena mañana...»). (**T74**) Y aunque pueda parecer natural que la jornada penitenciaria empiece así, en realidad estaba tendiéndose una trampa al preso para el resto del día, una trampa en la que cae el espíritu, eso es lo lamentable. En la cárcel, inmóvil y frugalmente alimentado, tras haber pasado la noche en un débil aletargamiento, nada más levantarse uno todavía no estaba en condiciones de rendir su tributo a la naturaleza. Te devolvían enseguida a la celda hasta las seis de la tarde (y en algunas prisiones hasta la mañana siguiente). A partir de ese momento te inquietas porque se acerca la hora de los interrogatorios diurnos y por los acontecimientos que aún pueda traer el día, porque vas a empezar a llenarte con el pan, el agua y el bodrio, pero nadie te permitirá ir a este magnífico lugar al que los hombres *libres* acceden sin trabas y sin saber apreciar su buena suerte. Esta necesidad, abrumadora y vulgar, se te podía presentar inmediatamente después del desahogo matinal y martirizarte todo el día, oprimiéndote y privándote de libertad para conversar, leer, pensar e incluso dar cuenta de la parca comida.

A veces, en las celdas, se debatía cómo había surgido el reglamento de la Lubianka y del resto de prisiones en general: ¿era una crueldad premeditada o había salido simplemente porque sí? Yo creo que según. Sin duda, el toque de diana estaba calculado con mala fe, pero muchas otras cosas habían surgido de un modo puramente mecánico (como muchas de las barbaridades de nuestra vida habitual), lo que pasa es que, luego, los de arriba vieron que eran útiles y dieron su visto bueno. Los turnos cambiaban a las ocho de la mañana y a las ocho de la tarde, por lo tanto, lo más cómodo era llevar a los presos al retrete al final de cada turno (llevarlos de día y uno a uno hubiera sido buscarse más preocupaciones y ampliar las medidas de seguridad, y no les pagan para eso). Lo mismo con las gafas: ¿para qué preocuparse desde el toque de diana? Ya las devolverán cuando acabe el turno de noche.

Ya se oye cómo las reparten, se están abriendo las puertas. Puedes darte cuenta de si hay alguien con gafas en la celda vecina. (¿Llevará gafas aquel a quién han encausado contigo? Pero no nos atrevemos a comunicarnos dando golpecitos en la pared, con eso son muy estrictos.) Ya han traído las gafas a los nuestros. Fastenko sólo se las pone para leer, pero Suzi las lleva siempre. Deja de fruncir los ojos y se las pone. Con sus gafas de concha — unas líneas rectas ante los ojos — su cara adquiría al instante un aire severo, penetrante, como imaginamos que debe ser la cara de un hombre culto de nuestro siglo. Antes de la revolución estudió en la Facultad de Letras de Petrogrado, y en los veinte años de independencia de Estonia mantuvo un ruso purísimo e irreprochable. Luego, ya en *Tarta*, se licenció en derecho. Además de su lengua materna, el estonio, también sabía el inglés y el alemán. No se perdía ni un número del *Economist* londinense y seguía las recensiones científicas de los *Berichte* alemanes. Había estudiado la Constitución y los códigos de leyes de varios países y ahora, en nuestra celda, representaba a Europa con dignidad y reserva. Había sido un destacado abogado en Estonia, donde le llamaban *kuldsuu* (pico de oro).

Un nuevo movimiento en el corredor: un parásito con bata gris — uno de esos jóvenes fornidos que no ha ido al frente — trae en una bandeja nuestras cinco raciones de pan y diez terrones de azúcar. Nuestra *clueca* no para de dar vueltas alrededor de la comida, aunque no hay vuelta de hoja: ahora mismo vamos a echarlas a suertes. Porque todo tiene su importancia: la corteza, el número de pedacitos añadidos para llegar al peso, lo pegada que esté la corteza a la miga. Que lo decida la suerte (¿es que no lo hacen así en todas partes? Será por tantos años de hambre generalizada. En el Ejército todo se repartía así. Los alemanes, a fuerza de oírnos desde sus trincheras, se cachondeaban de nosotros: «¿A quién le toca este cachico? ¡Al comisario político!».) Pero la *clueca*, con todo, hará lo posible por ser él quien sostenga las raciones y se quedará con una pátina de moléculas de pan y de azúcar en las palmas de las manos.

Esos cuatrocientos cincuenta gramos de pan húmedo, mal fermentado, de miga esponjosa como el suelo de un pantano, hecho a medias con patata, era nuestra *muleta*, (**T75**) el suceso clave de la jornada. ¡Comienza la vida! ¡Comienza el día, ahora sí que empieza de verdad! Cada uno tiene un sinfín de problemas: ¿hizo ayer buen uso de la ración?, ¿qué es mejor: cortarlo con un hilo o partirlo ávidamente en pedazos?, ¿o mejor quizás ir dándole pellizcos?, ¿esperar el té o zampárselo ahora mismo?, ¿dejar algo para la cena o sólo para la comida?, en ese caso, ¿cuánto me guardo?

Y además de estas míseras cavilaciones, ¡qué amplios debates (¡con el pan se nos soltaba la lengua, volvíamos a ser personas!) provocaba esa libra de pan en las manos, un pan con más agua que harina! Por lo demás, Fastenko nos explicaba que los obreros de Moscú comían ese mismo pan. ¿Pero había sólo trigo en aquel pan?, ¿con qué lo habrían alargado? (en cada celda había un entendido en mezclas con sucedáneos, pues, ¿quién no las había comido en aquellas décadas?). Empezaban los razonamientos y los recuerdos. ¡Qué pan más blanco se cocía en los años veinte! Eras unas hogazas esponjosas, con poros de aire en su interior, con la corteza aceitosa y tostada, casi rosada, y la suela con ceniza, con carbonilla del horno. ¡Un pan que se fue para no volver! ¡Los nacidos a partir de 1930 jamás sabrán lo que es comer pan! ¡Amigos, éste es un tema prohibido! ¡Habíamos quedado en que de comida, ni una palabra!

De nuevo movimiento en el pasillo: traen el té. Otro muchachote con bata gris y unos cubos. Sacamos nuestra tetera al pasillo y él nos sirve del cubo, que no tiene vertedor. Prácticamente cae tanto dentro como fuera, sobre la esterilla que cubre todo el pasillo. Este reluce como en un hotel de primera categoría.

Pronto, desde Berlín, habían de traer a nuestra celda al biólogo Timoféyev-Ressovski, del que ya hemos hablado. Creo que nada le ofendía tanto en la Lubianka como ese té derramado, pues veía en ello una prueba escandalosa de desidia por parte de los celadores (y de todos nosotros). Llegaría a multiplicar 27 años de existencia de la Lubianka por 730 veces al año y por 111 celdas, y coger más de una rabieta porque resultara más fácil derramar el té dos millones ciento ochenta y ocho mil veces (y otras tantas venir con un trapo a enjuagar el suelo) que hacer unos cubos con vertedor.

Éste es todo el desayuno. Las comidas calientes vendrán una pegada a la otra: a la una y a las cuatro de la tarde, y luego, a pasar veintiuna horas con el recuerdo. (Tampoco es por crueldad: el personal de cocina lo que quiere es terminar cuanto antes y marcharse.)

Las nueve. La inspección matinal. Desde mucho antes se oye cómo giran las llaves, haciendo más ruido que a otras horas, cómo dan golpes contra las puertas, también más secos que a otras horas, y cómo uno de los tenientes de guardia en la planta entra todo tieso, casi en posición de firmes, da dos pasos por la celda y mira con severidad hacia nosotros, que estamos de pie (no nos atrevíamos ni a recordar que a los presos políticos les está permitido permanecer sentados). Contarnos no le cuesta ningún trabajo, basta una ojeada, pero en este breve instante de lo que se trata es de poner a prueba nuestros derechos, porque digo yo que alguno debemos tener, aunque no los conozcamos. Su deber, en cambio, es ocultárnoslos. Si algo aprendes en la Lubianka es a alcanzar una mecanización total: ni expresión, ni tono, ni una palabra de más.

Los derechos que conocemos son: permiso para que te remienden los zapatos y para el médico. Pero no vayas a alegrarte por haber conseguido que te lleven a la enfermería, porque ahí precisamente es donde más te impresionará el trato mecánico de la Lubianka. En la mirada del médico no sólo no hay preocupación, sino que ni siquiera se ve una elemental atención. No esperes que te pregunte: «¿Qué le aqueja?», porque son demasiadas palabras, y además no es posible pronunciarlas sin ninguna expresión. Preferirá ser más abrupto: «¿Quejas?». Si empiezas a contarle tu dolencia con demasiado detalle, te cortará en seco. Ya está suficientemente claro. ¿La muela? Extracción. Tal vez arsénico. ¿Curársela? Aquí no curamos (aumentaría el número de las visitas y crearía un ambiente, digamos, humano).

El médico de la cárcel es el mejor auxiliar del juez y del verdugo. El apaleado despierta en el suelo y oye la voz del médico: «Podéis seguir, el pulso es normal». Después de cinco días de gélido calabozo, el médico examina el cuerpo yerto y desnudo del preso y dice: «Aún puede aguantar». Si golpean a uno hasta la muerte, firma el acta: defunción por cirrosis hepática, por infarto. Si le llaman urgentemente a la celda de un

moribundo, no se da ninguna prisa. El que se comporte de otra manera no durará mucho en nuestras cárceles. En los penales soviéticos el doctor Haas no se habría podido ganar la vida.

Pero nuestra *clueca conoce* sus derechos mejor que nosotros (si hay que creerle, lleva ya once meses de sumario, pero sólo lo llevan a interrogatorio de día). Hoy, por ejemplo, ha dado un paso adelante y ha solicitado que lo apunten para que lo reciba el director de la cárcel.

¿Cómo, el jefe de toda la Lubianka? Sí. Y lo apuntan. (Y por la noche, después del toque de retreta, cuando todos los jueces estén ya en sus puestos, lo llamarán y volverá con picadura. Es tosco, claro, pero de momento no han inventado nada mejor. Pasar por completo a un sistema de micrófonos sería demasiado costoso y tampoco es cuestión de pasarse días enteros escuchando a las ciento once celdas. Además, ¿quién lo haría? La *clueca* es más barata y aún la seguirán utilizando durante mucho tiempo. Pero con nosotros Kramarenko lo tiene difícil. A veces hasta suda de tanto pegar la oreja, y por su cara se ve que no está entendiendo nada.)

Otro derecho es el de presentar instancias. (¡En sustitución de la libertad de prensa, de reunión y de sufragio, que perdimos al dejar la calle!) Dos veces al mes, el vigilante de guardia pregunta por la mañana: «¿Hay alguien que quiera presentar instancias?». Y anota a cuantos lo deseen, sin rechazar a nadie. Durante el día te llaman y te encierran en un box aislado. Te puedes dirigir a quien mejor te parezca: al Padre de los Pueblos, al Comité Central, al Soviet Supremo, al ministro Beria, al ministro Abakúmov, a la Fiscalía General, a la Fiscalía General de lo Militar, a la Dirección General de Prisiones o a la Sección de Instrucción Judicial, puedes quejarte de que te hayan detenido, de tu juez de instrucción o del director de la cárcel, pero en todos los casos tu instancia carecerá de efecto alguno, no quedará grapada a ningún expediente, y lo más alto que llegará será hasta tu propio juez, aunque esto no podrás demostrarlo. Incluso lo más probable es que ni él se la lea, porque quién va a poder leerse un papelucho de siete centímetros por diez, apenas mayor que el que te dan por las mañanas para el retrete, emborronado con una caña de ave despuntada, o retorcida como un gancho. Y más con aquel tintero, lleno de cendales o rebajado con agua. Apenas hayas garrapateado «Insta...» las letras ya se habrán corrido, cada vez más, por el papel infame, de modo que «...ncia» ya no te cabrá en ese renglón, y la tinta habrá traspasado a la otra cara de la hoja.

Es posible que tengas más derechos, pero el celador de guardia guarda silencio. Probablemente no te pierdes gran cosa por no conocerlos.

Ha finalizado la inspección y comienza la jornada. Están llegando ya los jueces de instrucción. El *vertujai* nos llama con gran misterio, nombrando sólo la primera letra (y de esta manera: «¿quién empieza por "ese"?, ¿quién empieza por "efe"?, o incluso, ¿quién empieza por "am"?), y nosotros debíamos dar muestras de agilidad mental y ofrecernos en sacrificio. Esta costumbre la habían adoptado para evitar que los vigilantes se equivocasen, porque si hubieran llamado un apellido en la celda que no era, los presos se habrían enterado de quién más estaba encausado. Sin embargo, por más que estuviéramos aislados del resto de la cárcel, no por ello nos faltaban noticias de las otras celdas: como quiera que procuraban embutir al mayor número de presos, y como luego nos barajaban, cada trasladado aportaba a la nueva celda toda la experiencia que había acumulado en la anterior. De este modo, aunque estábamos encerrados en el tercer piso, conocíamos la existencia de celdas en el sótano, sabíamos que había boxes en la planta baja, estábamos enterados de la oscuridad que reinaba en el primer piso, donde se había agrupado a las mujeres, de la distribución del piso cuarto en dos galerías y de que su número más alto era el ciento once. Antes de llegar yo, mi predecesor en nuestra celda había sido el escritor de cuentos infantiles Bondarin, que había estado en el piso de las mujeres con no sé qué corresponsal polaco, quien a su vez había estado anteriormente con el mariscal de campo Paulus, por eso conocemos también todos los pormenores de Paulus.

Había pasado la racha de llamadas a interrogatorio, y a los que se quedaban en la celda se les presentaba por delante una larga y agradable jornada rica en posibilidades y no demasiado ensombrecida por las obligaciones. Entre las obligaciones nos podía tocar, dos veces al mes, repasar los hierros de la cama con la lámpara de soldar (en la Lubianka las cerillas estaban rigurosamente prohibidas y, para encender un cigarrillo, debíamos sostener pacientemente una mano en alto cuando estaba abierta la mirilla y pedirle fuego al vigilante, pero las lámparas de soldar nos las confiaban con total tranquilidad). También nos podía

tocar algo que parecía un derecho aunque lo planteaban más bien como un deber: una vez por semana nos llamaban uno a uno al pasillo y nos rapaban la barba con una maquinilla ya bastante roma. También podía caernos la obligación de restregar el parquet de la celda (Z-v evitaba siempre esta tarea porque le humillaba, lo mismo que todas las demás).

Enseguida nos quedábamos sin aliento porque estábamos hambrientos, de otro modo podríamos haber considerado este deber como un derecho, ya que era un trabajo sano y alegre: con el pie descalzo frotabas con el cepillo hacia delante, mientras el cuerpo se inclinaba hacia atrás, y luego al revés, adelante-atrás, adelante-atrás, ¡hasta que no pensabas en nada más! ¡Un parquet como un espejo! ¡Una prisión digna de Potiomkin!

Además, ya no estábamos hacinados en nuestra anterior celda n° 67. A mediados de marzo nos trajeron un sexto compañero, y como aquí no se estilaban los catres empotrados unos contra otros, ni la costumbre de dormir en el suelo, trasladaron a nuestro grupo a la preciosa celda n° 53. (La recomiendo con entusiasmo: el que no haya estado en ella tiene que verla.) ¡Aquello no era una celda! ¡Aquello era una sala palaciega destinada a dormitorio de viajeros ilustres! La compañía de seguros Rossia, (**60**) sin reparar en gastos había elevado a cinco metros la altura de los techos en aquella ala del edificio. (¡Ay, qué literas de tres pisos habría construido allí el jefe del contraespionaje del frente, le habrían cabido al menos cien hombres, sin lugar a dudas!) ¡Y la ventana! Era tan alta que un vigilante, de pie en el alféizar, apenas llegaba hasta arriba. Cada uno de los cuarterones habría sido una magnífica ventana en una vivienda. Sólo el *bozal*, con sus planchas de acero remachadas que cubrían cuatro quintas partes de la ventana, nos recordaba que no estábamos en ningún palacio.

No obstante, en los días claros, el rebote de un pálido rayo de sol alcanzaba a reflejarse en el fondo del patio de luces desde alguna ventana del quinto o del sexto piso y se colaba por encima del bozal. Para nosotros era como un sol de verdad, ¡un ser vivo y querido! Observábamos con cariño cómo trepaba por la pared, cada desplazamiento suyo estaba repleto de sentido, nos anunciaba la hora del paseo, contaba las medias horas que quedaban hasta la comida y nos dejaba antes de que llegara el rancho.

He aquí, pues, nuestras posibilidades: ¡Salir al paseo! ¡Leer libros! ¡Contarnos el pasado! ¡Escuchar y aprender! ¡Discutir y educarnos! ¡Y como premio, además, una comida de dos platos! ¡Increíble!

Para los prisioneros de la planta baja y de los dos primeros pisos, el paseo ofrecía pocos atractivos: los hacían salir al patio inferior, húmedo y reducido, como corresponde al fondo de un estrecho pozo entre edificios de la prisión. En cambio, a los presos de la tercera y cuarta planta los sacaban a un verdadero mirador de águilas: la azotea de la cuarta planta. Suelo de cemento, paredes de cemento de tres cuerpos de altura, y a nuestro lado un vigilante desarmado además del centinela de la torre, armado de metralleta. ¡Pero el aire era auténtico y el cielo también auténtico! «¡Las manos atrás! ¡De dos en dos! ¡Sin hablar! ¡Sin detenerse!» ¡Pero se les había olvidado prohibir que levantáramos la cabeza! ¡Y vaya si la levantábamos! ¡Allí ya no se veía un sol reflejado, rebotado, sino el mismísimo sol! O su oro esparciéndose entre las nubes primaverales.

La primavera promete dicha a todos, pero a un preso, diez veces más. ¡Ay, el cielo de abril! No importa que esté en la cárcel. Está visto que no me van a fusilar. En cambio, aquí voy a ganar en sabiduría. ¡Aún he de comprender muchas cosas, ¡Cielo! ¡Aún he de poder corregir mis faltas, no ante *dios*, sino ante ti, Cielo! ¡Aquí las he comprendido y aquí las corregiré!

Desde la plaza de Dzerzhinski, mucho más abajo, nos llegaba como salido de un pozo el canto incesante, ronco y terrenal de las bocinas de los automóviles. A quienes se afanan entre ellas, estas sirenas pueden parecerles el cuerno de la victoria, pero desde aquí era patente su futilidad.

El paseo no duraba más de veinte minutos, ¡pero qué emoción generaba, cuántas cosas había que tener tiempo de ver!

En primer lugar, convenía aprovechar el trayecto hasta el paseo, tanto a la ida como a la vuelta, para familiarizarse con la distribución de toda la cárcel, para saber dónde estaban esos patios elevados y así poder identificarlos algún día desde la plaza, cuando estuviéramos en libertad. Como por el camino dábamos muchas vueltas, se me ocurrió el siguiente sistema: a partir de la celda, a cada giro a la derecha sumaba un punto, y a cada giro a la izquierda restaba uno. Y por más deprisa que nos hicieran girar, no precipitarse a recomponer mentalmente la dirección, sino tan sólo preocuparse de llevar la cuenta. Y si además, por el camino, veías a través de algún ventanuco de la escalera la espalda de las náyades recostadas en la torrecilla de columnas que domina la plaza, si aún retenías la cuenta, al volver a la celda podrías situarte y saber con exactitud la orientación de tu ventana.

Otra cosa que convenía hacer durante el paseo era simplemente respirar, eso sí, con la máxima concentración posible.

Y también allí, en solitario, bajo el cielo radiante, tenías que esforzarte en imaginar una vida futura igualmente radiante, sin pecados ni errores.

Era también el lugar más cómodo para tratar temas delicados. Aunque hablar durante el paseo estuviera prohibido, ello no importaba si sabías cómo. Al menos ahí podías estar seguro de que no te escucharían ni la clueca ni los micrófonos.

En el paseo, Suzi y yo procurábamos formar siempre la misma pareja. También charlábamos en la celda, pero nos gustaba rematar aquí nuestras conversaciones importantes. No llegamos a congeniar en un solo día, sino que más bien fuimos comprendiéndonos poco a poco. Eso le dio tiempo para contarme muchas cosas. Gracias a él adquirí un rasgo nuevo: el tesón de asimilar con paciencia y lógica cosas que hasta entonces no habían figurado en mis planes y que en apariencia no tenían ninguna relación con la línea precisa que había ido trazando mi vida. Desde la infancia — no sabría decir cómo — yo tenía la certeza de que mi meta era la historia de la Revolución rusa y que todo lo demás me tenía sin cuidado. Creía desde hacía tiempo que para comprender la Revolución rusa me bastaba con el marxismo y, por tanto, había vuelto la espalda a todo lo demás, aunque tuviera que ver. Pero el destino me hizo coincidir con Suzi, cuyos pulmones habían respirado otro aire y que ahora me contaba con entusiasmo toda su vida, y su vida era Estonia y la democracia. Y aunque antes nunca se me habría ocurido interesarme por Estonia y mucho menos por la democracia burguesa, no dejaba de escuchar sus amorosos relatos sobre aquellos veinte años de libertad en esa pequeña nación discreta y laboriosa, una nación de gigantones con maneras lentas y seguras. Escuché los principios de la Constitución estonia — un extracto de las mejores experiencias europeas — y cómo se aplicaban éstos en un parlamento unicameral de cien diputados, y sin llegar a ver qué falta pudiera hacerme saber todo esto, el caso es que empezó a gustarme y a sedimentarse en mi experiencia (más tarde Suzi diría que yo era una extraña mezcla de marxista y demócrata. Lo reconozco: por entonces todo esto se conjugaba en mí de manera algo extravagante). Me sumergí con avidez en la fatídica historia de Estonia, un pequeño yunque abandonado desde tiempos remotos a los embates de dos martillos: el teutónico y el eslavo. Este y Oeste iban alternándose para descargar sus martillazos y hasta el día de hoy no se veía fin a este repiqueteo. Era la conocida historia (totalmente desconocida...) de cómo quisimos conquistarlos por sorpresa en 1918, pero ellos no se dejaron. La historia de cómo después Yudénich los despreció llamándolos *chujná* (**T76**) y nosotros los bautizamos «bandidos blancos», mientras en los liceos de bachillerato los estonios se apuntaban como voluntarios. Y el mazo volvió a caer sobre Estonia en 1940, y en 1941, y en 1944. A algunos de sus hijos se los llevaba el ejército soviético, a otros, el alemán, y los terceros se echaban al bosque. Y los viejos intelectuales de Ta-Uin advertían que era preciso escapar de esa rueda embrujada, desligarse como fuera y vivir con independencia (podemos suponer que hubieran tenido a Tiif de primer ministro, por ejemplo, y pongamos que de ministro de Educación a Suzi). Pero ni Churchill ni Roosevelt quisieron saber nada de ellos.

Quien sí se preocupó fue el «tío Joe» (Iosif). (**T77**) Y nada más hubieron entrado nuestras tropas, en las primeras noches detuvieron a todos estos soñadores en sus domicilios de Tallinn. Ahora unos quince de ellos estaban encerrados en la Lubianka, cada uno en una celda distinta, acusados, según el Artículo 58-2, de algo tan delictivo como aspirar a la autodeterminación.

Tras el paseo, el regreso a la celda se te antojaba cada vez como un pequeño arresto. Una vez de vuelta, el aire parecía viciado, incluso en nuestra regia celda. Después del paseo no habría estado mal comer algo, ¡pero era mejor *no* pensar en ello, no había que pensar! Mala cosa si alguien de los que recibían paquetes, sin tacto alguno, inoportunamente se ponía a desenvolver y empezaba a comer. ¡No importa, fortaleceremos nuestro autocontrol! Malo también que un libro te jugara una mala pasada, si su autor empezaba a describir manjares con lujo de detalles. ¡Fuera este libro! ¡Fuera Gógol! ¡Fuera también Chéjov! ¡No hacen sino hablar de comida!: «No tenía apetito y sin embargo se comió (¡el muy hijo de perra!) una ración de ternera con una cerveza». ¡Hay que leer obras más espirituales! ¡Dostoyevski! ¡Ese sí que es bueno para los presos! Pero vean también qué cosas tiene: «los niños pasaban hambre, llevaban varios días sin ver nada más que pan y *embutido*».

La biblioteca era el ornato de la Lubianka. La bibliotecaria era repulsiva, eso sí. Era una moza rubia de complexión algo caballuna que hacía todo lo posible para estar fea: llevaba la cara tan empolvada que parecía el rostro sin vida de una muñeca, los labios violáceos y las cejas depiladas, pintadas con lápiz negro. (En fin, era cosa suya, pero a nosotros nos hubiera gustado otra más coqueta. ¿Lo tenía previsto quizá expresamente el director de la Lubianka?) Pero lo asombroso es que cuando veníamos a retirar libros una vez cada diez días, ¡hacía caso de nuestros encargos! Los escuchaba con esa mecanicidad inhumana de la Lubianka y ello te impedía darte cuenta de si le sonaban o no los autores y los títulos.

¿Habría oído por lo menos nuestras palabras? Entonces se retiraba y pasábamos varias horas en una espera inquieta y alegre. Eran las horas que empleaban para hojear e inspeccionar los libros devueltos: buscaban pinchazos o puntos bajo las letras (es un sistema que se emplea en la cárcel para cartearse) o marcas de uña en los pasajes que nos habían gustado. Estábamos inquietos. Aunque no habíamos hecho de nada de eso, temíamos que vinieran y nos dijeran: hemos visto puntos. Y como ellos siempre tenían razón y nunca necesitaban pruebas, nos veríamos privados de libros durante tres meses, eso si no ponían a toda la celda en régimen de calabozo. ¡Sería una pena pasar sin libros los mejores meses de cárcel, esos meses luminosos antes del pozo de los campos! Además, no sólo era miedo. Algo palpitaba en nuestro interior, como cuando de jóvenes enviábamos una carta de amor y esperábamos respuesta. ¿Vendrá o no vendrá? ¿Cómo será? Finalmente vienen los libros, y ellos determinan cómo van a ser los diez días siguientes: podemos enfrascarnos en la lectura o, si nos han traído una porquería, dedicar más tiempo a la charla.

Traen tantos libros como personas haya en la celda, echan la cuenta como panaderos más que como bibliotecarios: un libro por cabeza; seis presos, seis libros. Las celdas con mucha gente salen ganando.

¡A veces la moza cumple nuestros encargos a las mil maravillas! Pero incluso cuando nos trae lo que a ella le parece, siempre se trata de libros interesantes, porque la de la Gran Lubianka es una biblioteca sin par. Probablemente la juntaron de bibliotecas particulares confiscadas a bibliófilos que ya habrían entregado su alma a Dios. Pero era sobre todo singular porque después de décadas de censurar y castrar todas las bibliotecas del país, la Seguridad del Estado se había olvidado de revolver en casa propia, y aquí, en la mismísima madriguera, se podía leer a Zamiatin, a Pilniak, a Panteleimón Románov y cualquier tomo de las obras completas de Merezhkovski. (Algunos decían en broma que como ya éramos hombres muertos, por qué no habrían de dejarnos leer libros prohibidos, pero a mí me parece que los bibliotecarios de la Lubianka no tenían ni idea de lo que estaban dándonos, por pura pereza e ignorancia.) En estas horas que precedían a la comida se leía con avidez. Una frase podía bastar para que te pusieras en pie, deambulando entre la ventana y la puerta y luego de nuevo hacia la ventana.

Y sentías deseos de comentar con alguien lo que acababas de leer y lo que de ello se desprendía, y así estallaba la discusión. ¡En esas horas también se discutía con avidez! Yo tenía frecuentes agarrones con Yuri Yevtujóvich .

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Al sexto nos lo metieron aquella mañana de marzo en que nos trasladaron a la regia celda n° 53.

Entró como una sombra, como si sus zapatos no tocaran el suelo. Entró, y, no muy seguro de poder tenerse de pie, recostó la espalda contra el marco de la puerta. En la celda ya no ardía la bombilla y la luz matinal aún era turbia. Sin embargo los ojos del nuevo no estaban completamente abiertos, sino entornados. Y callaba.

El paño de su guerrera y pantalón no permitía adscribirlo ni al ejército soviético, ni al alemán, ni al polaco, ni al inglés. Tenía la cara alargada, poco rusa. ¡Y lo flaco que estaba! Esa delgadez acentuaba aun más su altura.

Le preguntamos en ruso y no dijo palabra. Suzi le preguntó en alemán: silencio.

Fastenko, en francés y en inglés: silencio. Sólo poco a poco fue dibujándose una sonrisa en su rostro demacrado, amarillento y medio muerto, jamás en toda mi vida había visto una sonrisa como ésa! — Gen... te — musitó débilmente, como si volviera en sí tras un desmayo o hubiera pasado la noche a la espera del paredón. Y extendió una mano débil y esquelética. Sostenía ésta un hatillo de trapo. Nuestra *clueca* ya había comprendido lo que era, se lanzó hacia el hatillo y lo desató sobre la mesa: había unos doscientos gramos de tabaco suave. Se puso a liar un cigarrillo que abultaba lo que cuatro.

De esta manera apareció ante nosotros Yuri Nikoláyevich Yevtujóvich después de tres semanas en un box del sótano.

Desde los conflictos de 1929 en el Ferrocarril Chino-Oriental, por todo el país se cantaba una copla:

¡Arrollando enemigos, con el pecho adelante,
la Vigesimoséptima está vigilante!

El jefe de la artillería de esta 27ª División de Tiradores, formada durante la guerra civil, era el oficial zarista Nikolái Yevtujóvich (yo recordaba el apellido porque era uno de los autores de nuestro manual de artillería). En un furgón de ferrocarril, en compañía de su inseparable esposa, cruzaba el Volga y los Urales, unas veces en dirección este y otras hacia el oeste. En aquel furgón pasó sus primeros años el hijo, Yuri, nacido en 1917, coetáneo por tanto de la revolución.

Después de aquella época remota, su padre se estableció en Leningrado, en la Academia militar, donde le rodearon el bienestar y la fama, y su hijo terminó la carrera en la Escuela de Mandos. Cuando estalló la guerra de Finlandia, y Yuri ardía en deseos de combatir por la Patria, los amigos del padre consiguieron ponerlo de auxiliar en el Estado Mayor. Yuri no tuvo que arrastrarse en los ataques contra las líneas fortificadas de los finlandeses, ni cayó nunca en un cerco durante una misión de reconocimiento, ni se heló en la nieve bajo las balas de los tiradores de élite, pero la Orden de la Bandera Roja — ¡nada menos! — vino a posarse en su guerrera. Yuri terminó la guerra de Finlandia convencido de que había sido justa, y él, útil.

Pero en la guerra siguiente ya no le fue tan bien. Como Yuri dominaba perfectamente el alemán hablado, le vistieron con el uniforme de un oficial alemán, que estaba prisionero, y lo enviaron de reconocimiento con los documentos de aquél. Cumplió su misión, y para regresar se puso un uniforme soviético (tomado de un muerto), pero cayó prisionero de los alemanes y fue conducido a un campo de concentración cerca de Vilna.

En cada vida hay un acontecimiento que determina totalmente a la persona: su destino, sus convicciones y sus pasiones. Los dos años pasados en aquel campo transformaron a Yuri. Lo que era aquello no se puede describir con palabras ni aludir con silogismos: en aquel campo uno debía morir, y el que no, sacar una conclusión. Podían sobrevivir los «Ordner», o sea: la policía interior del campo, reclutada entre los nuestros, y Yuri, por supuesto, no fue uno de ellos. Sobrevivían también los cocineros. Podía igualmente sobrevivir un intérprete, porque eran muy buscados, pero Yuri ocultó su conocimiento del alemán porque comprendió que los intérpretes debían delatar a los suyos. También podía darse largas a la muerte cavando fosas, pero los había más fuertes y ágiles que él. Y Yuri dijo que era pintor. En efecto, en su variada educación casera había

recibido lecciones de pintura. Yuri pintaba bastante bien al óleo, y sólo el deseo de seguir al padre, de quien estaba orgulloso, le impidió ingresar en la Academia de Bellas Artes.

A él y a otro pintor anciano (lamento no recordar su apellido) los pusieron en un departamento aparte dentro de un barracón. Allí, Yuri pintaba gratis para los mandos del campo cuadritos de poca monta: que si el banquete de Nerón, que si el corro de los elfos. A cambio, le traían la comida. Ese rancho, por el cual los oficiales prisioneros guardaban cola desde las seis de la mañana con las escudillas en la mano y recibían palos de los Ordner y sartenazos de los cocineros, era un brebaje que no podía sustentar la vida humana. Al anochecer, Yuri podía ver por la ventana de su barracón para qué le había sido concedido el don de la pintura: una neblina vespertina sobre un prado próximo a un pantano; en el prado, rodeado de alambre espino, hay multitud de hogueras encendidas y alrededor de ellas unos hombres, antiguos oficiales soviéticos, más parecidos ahora a fieras salvajes. Los hombres están royendo los huesos de las caballerías muertas, cuecen tortas de mondas de patata y fuman cigarrillos de estiércol. Todos ellos se mueven inquietos, asediados por los piojos. Pues no han reventado aún todos esos bípedos. No han perdido aún el lenguage articulado. Bajo los resplandores violáceos de las hogueras pueden verse los últimos retazos de raciocinio surcando unos rostros que retroceden hacia el Neanderthal.

¡Aquello era un cáliz amargo! La vida que Yuri conserva ya no tiene valor por sí misma. Él no es de los que acatan fácilmente el olvido. No, a él le tocará sobrevivir, él será de los que deban sacar conclusiones.

A estas alturas los prisioneros soviéticos ya saben que la culpa no es de los alemanes, o no sólo de los alemanes; que entre tantos prisioneros de guerra de tantas nacionalidades sólo los nuestros viven y mueren así, que nadie lo pasa peor que los soviéticos. Hasta los polacos, incluso los yugoslavos, reciben un trato muchísimo más llevadero, y no hablemos ya de los ingleses y los noruegos, que, atiborrados de paquetes de la Cruz Roja Internacional y de sus propias familias, no van siquiera a buscar su ración alemana. Donde los campos colindan, los aliados, por bondad, arrojan limosnas a los nuestros por encima de la alambrada, y los nuestros se lanzan como una jauría de perros sobre un hueso.

¿Cómo se explica que los rusos, que llevan todo el peso de la guerra, reciban el peor trato? De aquí y de allá van llegando poco a poco las explicaciones: la URSS no reconoce la firma de Rusia en la Convención de la Haya sobre prisioneros de guerra, (**T78**) por tanto no contrae ninguna obligación respecto al trato de los prisioneros, ni exige ninguna protección para los suyos capturados por el enemigo. (**61**) La URSS no reconoce a la Cruz Roja Internacional. La URSS no reconoce a sus soldados de ayer: no le trae cuenta socorrerlos en el cautiverio.

Al entusiasta coetáneo de Octubre se le hiela el corazón. Ahí, en su departamento del barracón, el anciano pintor y él se enzarzan en discusiones (Yuri no atiende a razones y se resiste a entender, pero el anciano le va descubriendo una capa tras otra). ¿Qué está ocurriendo? ¿Se trata de Stalin? ¿No te parece exagerado cargárselo todo a Stalin? Ni siquiera él tiene tan larga la mano... El pretende sacar conclusiones pero se queda a medio camino, al final no saca ninguna. ¿Y los demás? ¿Y los que rodean a Stalin o están por debajo, por todos los rincones de la patria, en fin, todos aquellos a los que la patria ha autorizado a hablar en su nombre?

¿Y qué comportamiento es el justo si la madre nos ha vendido a los gitanos, o aún peor, nos ha arrojado a los perros? ¿Acaso sigue siendo nuestra madre? Si la esposa va por los garitos, ¿acaso estamos obligados a serle fieles? Una patria que traiciona a sus soldados, ¿es acaso una patria?

¡Qué giro dio todo para Yuri! ¡Él, que admiraba a su padre, ahora lo maldecía! Por primera vez pensó que su padre, en realidad, había traicionado el juramento de fidelidad al ejército en que se había formado, lo había traicionado para que se implantara un régimen que ahora era desleal a sus soldados. ¿Por qué habría de considerarse Yuri vinculado por el juramento que hiciera a este pérfido régimen?

En la primavera de 1943, cuando se presentaron los reclutadores de las primeras «legiones» rusas, algunos se alistaron para salvarse del hambre, pero Yevtujóvich se enroló por unas firmes convicciones. Mas no estuvo mucho tiempo en la legión: cuando te despellejan, ya no se echa de menos el pelo. Yuri dejó de

ocultar su buen conocimiento del idioma y, al poco, uno de los jefes alemanes oriundo de Kassel, comisionado para crear una escuela de espionaje de enseñanza acelerada, hizo de Yuri su mano derecha. Aquí empezó un giro que Yuri no había previsto: él perseguía una meta, pero se vio metido en algo muy diferente. Yuri ansiaba salvar a la patria, pero lo ponían a formar espías: los alemanes tenían sus propios planes. ¿Dónde estaba el límite? ¿Desde qué sitio no debió pasar? Yuri se convirtió en teniente del ejército alemán. Ahora iba por Alemania con uniforme alemán, viajaba a Berlín, visitaba a los emigrados rusos, leía a Bunin, Nabokov, Aldanov, antes inaccesibles... Yuri esperaba que en todos ellos, en especial en Bunin, sangraran en cada página las llagas vivas de Rusia. ¿Pero qué les pasaba? ¿En qué malgastaban su inestimable libertad? Otra vez el cuerpo femenino, las pasiones desatadas, las puestas de sol, las hermosas cabezas de las nobles, anécdotas de unos años enterrados por el polvo. Escribían como si en Rusia no se hubiera producido una revolución o estuviera fuera de su alcance explicarla. Dejaban que los jóvenes rusos buscaran por sí mismos un norte en la vida. Asi se debatía Yuri, tenía prisa por ver, tenía prisa por saber, pero al mismo tiempo, siguiendo la ancestral manera rusa, sumergía su angustia en el alcohol cada vez con más frecuencia y desgarro.

¿Cómo era esa escuela de espionaje? Nada serio, naturalmente. En seis meses apenas podían enseñarles a manejar el paracaídas, los explosivos y el radioemisor. No es que depositaran muchas esperanzas en ellos; si los arrojaban al otro lado era sólo para hacer que aumentara la moral. En cambio, según creía Yuri, para los prisioneros rusos, moribundos y abandonados a su suerte, aquellas escuelas de mentirijillas eran una buena salida: los muchachos se hartaban de comida, les daban ropa de abrigo nueva y, por si fuera poco, les atiborraban los bolsillos de dinero soviético. Los alumnos (lo mismo que los profesores) fingían creerse que todo iría así: en la retaguardia soviética se pondrían a espiar, volarían los objetivos señalados, se comunicarían por radio mediante mensajes cifrados y después regresarían. Pero para ellos la escuela era la forma de escapar de la muerte y el cautiverio, querían seguir con vida, pero no al precio de disparar contra los suyos en el frente.

Naturalmente, nuestros jueces de instrucción no admitían estos razonamientos. ¿Qué derecho tenéis a querer seguir con vida? Teníais que haber hecho como las familias con racionamiento privilegiado, en la retaguardia profunda, que viven bien sin necesidad de traiciones... A aquellos muchachos no les reconocían el haber rehusado el fusil alemán. Por haber jugado a los espías les endiñaban el durísimo Artículo 58-6, además de sabotaje «en vista a su intención». Eso significaba tenerlos entre rejas hasta que diñaran.

Los alemanes los pasaban al otro lado de las líneas y después la opción que tomaran, ya libremente, dependía de su conciencia y de su talante. Todos se deshacían de inmediato de la trilita y el radioemisor. La única diferencia estribaba en si se entregaban a las autoridades inmediatamente (como mi «espía» chato del contraespionaje del ejército) o si primero se corrían una juerga con ese dinero regalado. Lo que no se daba jamás era que alguien volviera al otro lado, con los alemanes.

De pronto, en vísperas del nuevo año de 1945, un bravo muchacho regresó e informó que había cumplido su misión (¡a ver quién era el guapo que lo comprobaba!). Era algo inaudito. El jefe no dudaba que lo habían enviado del SMERSH y decidió fusilarlo (¡ser un espía concienzudo para acabar así!). Pero Yuri insistió en que, por el contrario, debían condecorarle y ponerlo de ejemplo a los alumnos. El gran espía recién venido convenció a Yuri para que se metieran un litro entre pecho y espalda, y cuando ya tenía la cara de color lila, se inclino sobre la mesa y se sinceró: «¡Yuri Nikoláyevich! El mando soviético le promete el perdón si se pasa inmediatamente a los nuestros».

Yuri se estremeció. Su corazón endurecido, que a todo había renunciado, se inundó de calor. ¿La patria? ¡Maldita, injusta, y sin embargo todavía tan entrañable! ¿El perdón? ¿Y podría volver con su familia? ¿Y pasear por la avenida Kamenoostrovski? ¿Y por qué no? A fin de cuentas, ¿es que no somos rusos? ¡Perdonadnos y dejad que regresemos! ¡No tendréis queja de nosotros! El año y medio transcurrido desde que salió del campo de concentración no había proporcionado a Yuri ninguna felicidad. No se arrepentía, pero tampoco veía futuro. Cada vez que se reunía en torno a una botella de *schnaps* con otros rusos tan desesperanzados como él percibía con toda claridad que no tenían a dónde agarrarse, que aquella vida era una ficción. Los alemanes les habían estado haciendo bailar al son de su música. Ahora, cuando estaba claro que los alemanes habían perdido la guerra, a Yuri estaban ofreciéndole una salida: su jefe lo apreciaba y le

reveló que tenía una finca en España adonde podrían largarse juntos si el Reich se derrumbaba. Pero ahora, al otro lado de la mesa, tenía a un compatriota borracho que lo tentaba jugándose la vida: «¡Yuri Nikoláyevich! El mando soviético valora su experiencia y conocimientos y quiere conocer por usted la organización del espionaje alemán...».

Durante dos semanas, las dudas se cernieron sobre Yevtujóvich. Pero cuando los soviéticos cruzaron el Vístula, él, que estaba evacuando su escuela a la retaguardia, ordenó torcer hacia una tranquila granja polaca, mandó formar a los alumnos y les anunció: «¡Me paso a los soviéticos! ¡Cada uno tiene libre elección!». Y aquellos espías de pacotilla recién destetados que hacía una hora aún estaban aparentando lealtad al Reich alemán ahora gritaban entusiasmados: «¡Hurra! ¡Nosotros también!». (Estaban gritando «hurra» por sus futuros trabajos forzados...)

Acto seguido, la escuela de espionaje al completo se ocultó hasta que llegaran los tanques soviéticos y tras ellos el SMERSH. Yuri ya no volvió a ver a sus muchachos. Lo separaron de ellos y durante diez días lo obligaron a describir toda la historia de la escuela, los programas y las misiones de sabotaje. Él creía de veras en «su experiencia y conocimientos...». Se llegó a hablar incluso de una visita a su casa, a su familia.

Y sólo en la Lubianka comprendió que incluso en Salamanca habría estado más cerca de su querido Nevá... No podía esperar sino el fusilamiento o veinte añitos, eso como mínimo.

De esta forma incorregible acude el hombre al humo de la patria... Del mismo modo que una muela se deja sentir hasta que se le mata el nervio, así nosotros, probablemente, no dejaremos de sentir la patria hasta que hayamos bebido arsénico. Los lotófagos de la *Odisea* empleaban cierta flor de loto para olvidar...

Yuri sólo pasó en nuestra celda tres semanas, durante las cuales no dejé de discutir con él. Yo decía que nuestra revolución había sido justa y magnífica, que lo único horrible había sido que la traicionaran en 1929. El me miraba con lástima y encogía nervioso los labios: ¡Antes de hacer la revolución debíamos haber erradicado las chinches de nuestro país! (Aunque partían de posiciones tan diferentes, curiosamente, él y Fastenko coincidían hasta cierto punto.) Yo le decía que durante mucho tiempo el país de los soviets había estado dirigido exclusivamente por personas de elevadas intenciones y total abnegación. El respondía que habían sido de la misma carnada que Stalin desde el principio (Stalin era un bandido, en eso no disentíamos.) Yo ensalzaba a Gorki: ¡qué inteligente! ¡Qué opiniones tan atinadas! ¡Qué gran artista! El me rebatía: ¡qué personalidad más insignificante e insulsa! Se había inventado a sí mismo, había inventado a sus personajes y sus libros eran una patraña de cabo a rabo. Lev Tolstói, ¡ése sí que era el rey de nuestra literatura!

Estas discusiones diarias, vehementes a causa de nuestra juventud, nos impidieron intimar y descubrir en el otro algo más que lo que rechazábamos.

Se lo llevaron de la celda, y desde entonces, por lo que he podido preguntar, nadie estuvo preso con él en Butyrki, ni nadie se lo encontró en las cárceles de tránsito. A los vlasovistas, aunque fueran rasos, los hacían desaparecer sin dejar rastro, lo más probable bajo tierra; algunos hasta hoy ni siquiera tienen documentos para abandonar sus confines perdidos del norte. Además, Yuri Yevtujóvich, con su destino singular, se distinguía del resto de ellos. (**62**)

A partir de aquí utilizo la palabra «vlasovista» en el sentido impreciso con que brotó de forma espontánea, si bien su uso fue tan pertinaz que quedó implantada en el lenguaje soviético. Nunca se le ha dado una definición clara, y es que ponerse a buscar una habría sido peligroso para el ciudadano de a pie e incómodo para las personalidades oficiales: «vlasovista» era, en general, todo súbdito soviético que en esa guerra se hubiera puesto del lado del enemigo con las armas en la mano. Serán precisos muchos años y libros para analizar este concepto y establecer las diferentes categorías que abarca. Sólo entonces estaremos en condiciones de distinguir a los «vlasovistas» propiamente dichos, es decir, los partidarios o subordinados directos del general Vlásov a partir del momento en que éste, prisionero de los alemanes, prestó su nombre al movimiento antibolchevique. Durante algunos meses sus seguidores se contaron sólo por centenares y aún no había llegado a formarse un ejército vlasovista con mando unificado o siquiera como fuerza real. Pero en

diciembre de 1942 los alemanes recurrieron a una artimaña propagandística: difundieron la (falsa) noticia de que había tenido lugar la «asamblea constituyente» de un «Comité ruso» en Smolensk. El comunicado daba a entender tanto que dicho Comité aspiraba a ser algo así como un gobierno ruso como que no; jugaba con la ambigüedad y daba además unos nombres: el del teniente general Vlásov y el del capitán general Malyshkin. Los alemanes podían permitirse estos devaneos: anunciar un proyecto, anularlo después y, más tarde, actuar incluso en contra; sin embargo, las octavillas ya habían caído revoloteando de los aviones, se habían posado en los campos de batalla y también en nuestra memoria. Era natural que nos imagináramos ese «Comité Vlásov» como un movimiento o unas fuerzas armadas, y cuando vimos ante nosotros, en el seno del ejército alemán, a los primeros compatriotas armados — en forma de unidades rusas o de otras nacionalidades —, les dimos el único nombre que conocíamos: «vlasovistas», a lo que nuestros comisarios políticos no pusieron ningún reparo. De esta manera accidental, pero persistente, todo aquel movimiento quedó relacionado con el nombre de Vlásov.

¿Así pues, cuántos compatriotas nuestros se levantaron en armas contra su Patria? «Como mínimo ochocientos mil ciudadanos soviéticos se alistaron en organizaciones combativas cuyo objetivo era luchar contra el Estado soviético», — atestigua un investigador (Thorwald: *Wen sie verderben wollen...*, Stuttgart, 1952) —. Otros hacen estimaciones parecidas (por ejemplo, Sven Steenberg: *Wlassow, Verräter oder Patriot?*, Colonia, 1968). La dificultad de establecer cifras exactas se debe en parte a una pugna entre tendencias distintas dentro del mando militar y la administración alemanas. Por ello se exigía a las instancias inferiores, que veían con más realismo el curso de la guerra, que quitaran peso a estas cifras, de modo que las altas esferas no se alarmaran con el crecimiento de unas fuerzas que aunque antibolcheviques, no eran necesariamente germanófilas. Todo esto ocurría mucho antes de que se hubiera formado el Ejército Ruso de Liberación a finales de 1944.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Por fin llegaba la comida de la Lubianka. Bastante antes oíamos un alegre tintineo en el pasillo, y después, como en un restaurante, nos entraban una bandeja para cada uno con dos platos de aluminio (no eran escudillas): un cucharón de sopa y otro de *kasha* acuosa, sin grasa alguna.

Con la angustia de los primeros días de instrucción, el procesado no puede tragar nada. Algunos se pasan varios días sin tocar el pan y no saben qué hacer con él. Sin embargo, después recobras de forma gradual el apetito y pasas a un estado de hambre permanente que llega a la avaricia. Más tarde, si has logrado contenerte, el estómago se contrae, se adapta a la frugalidad y la pobre comida se convierte en la justa. Para ello hace falta autoeducarse, perder la costumbre de mirar de reojo al que come más que tú, prohibir las conversaciones sobre comida, normales en una cárcel pero peligrosas para el estómago, y elevarse tanto como sea posible a la altura de lo trascendental. En la Lubianka esto viene facilitado por las dos horas que se permite estar tendido después de comer, otra maravilla digna de un balneario. Nos tumbamos de espaldas a la mirilla, colocamos ante nosotros un libro abierto para guardar las apariencias y nos amodorramos. A decir verdad, dormir está prohibido y los vigilantes ven que transcurre mucho rato sin que pasemos hoja, pero a estas horas no suelen dar golpes en la puerta (explican este gesto humanitario con que los privados del derecho a dormir están en aquel momento en el interrogatorio diurno. Para los obstinados que no firman las declaraciones el contraste resulta incluso más fuerte porque regresan a la celda cuando los demás ya han terminado la siesta).

El sueño es la mejor medicina contra el hambre y las penas: el organismo no consume energías y el cerebro no repasa una y otra vez los errores cometidos.

En esto traen la cena: otro cucharón de *kasha*. La vida despliega ante ti todos sus tesoros demasiado deprisa. Ahora durante las cinco o seis horas que quedan hasta el toque de retreta vamos a estar sin nada que

llevarnos a la boca, pero ya no es tan terrible: de noche resulta más fácil no tener hambre. Eso lo sabe de antiguo la medicina militar: en los regimientos de reserva tampoco dan de cenar.

Llega la hora del retrete vespertino, que tú has estado esperando, más bien con estremecimiento, el día entero. Después del retrete, ¡qué leve se te antoja todo tu mundo! ¡Cómo se simplifican súbitamente todas las cuestiones sublimes! ¿Quién no lo ha experimentado? ¡Ay, aquellas apacibles noches de la Lubianka! (Bueno, siempre que no te espere un interrogatorio nocturno.) Tienes el cuerpo ingrávido, satisfecho de *kasha* lo justo para que el alma no sienta su yugo. ¡Qué pensamientos tan ligeros y libres! Es como si te hubieras elevado al monte Sinaí y allí, entre llamas, se te apareciera la verdad. ¿No era esto con lo que soñaba Pushkin?

¡Quiero vivir, para pensar y padecer!

Pues nosotros no hacemos otra cosa que sufrir y pensar. ¡Y qué fácil nos había sido alcanzar este ideal...!

Naturalmente, de noche también discutimos, hasta que dejamos de lado la partida de ajedrez con Suzi o los libros. Los agarrones más fuertes vuelven a ser los míos con Yevtujóvich, ya que todas las cuestiones que tratamos son explosivas, por ejemplo: cuál será el resultado de la guerra. Sin mediar palabra y sin la menor expresión en el rostro, el celador ha entrado en la celda y bajado el visillo azul de defensa pasiva. Al otro lado de la ventana empiezan a lanzar salvas en la noche de Moscú. (**T79**) Aunque no podemos verlas en el cielo del mismo modo que no vemos el mapa de Europa, intentamos imaginárnoslo en detalle y acertar qué ciudades han sido tomadas. Estas salvas sacan de quicio especialmente a Yuri.

Invoca al destino para que corrija sus errores, asegura que la guerra no está tocando a su fin, ni mucho menos, que el Ejército Rojo y los anglonorteamericanos se echarán unos sobre otros, que entonces empezará la guerra de verdad. La celda entera acoge esta predicción con ávido interés. ¿Y cómo terminará? Yuri asegura que con una fácil derrota del Ejército Rojo (¿o sea que nos pondrán en libertad?, ¿o quiere ello decir que antes nos fusilarán?). Aquí yo me planto y nos ponemos a discutir con más furia todavía. Sus argumentos son que nuestro Ejército está agotado, desangrado, mal pertrechado, y — lo más importante — que contra los aliados no combatirá con tanto ardor. Yo, tomando como ejemplo las unidades que conozco, defiendo que el ejército está no tanto agotado como fogueado, que ahora tiene más fuerza y fiereza, y que, de haber un conflicto, machacará a los aliados mejor aun que a los alemanes. «Jamás!», grita Yuri (pero sin levantar la voz). «¿Y qué me dices de las Ardenas?», grito yo (también sin levantar la voz). En esto interviene Fastenko y nos ridiculiza a ambos diciendo que ninguno de los dos entiende a Occidente, que ahora no hay hombre en el mundo capaz de obligar a las tropas aliadas a luchar contra nosotros.

Sea como sea, más que de discutir de noche, tenemos ganas de escuchar algo interesante, puede que hasta tranquilizador. Por una vez queremos estar todos de acuerdo en algo.

Uno de los temas preferidos en la cárcel es el de las tradiciones penitenciarias, sobre *cómo se estaba antes en prisión*. (**63**) Gracias a Fastenko tenemos testimonios de primera mano. Lo que más nos llega al corazón es que, antes, ser preso político era un orgullo, y que no sólo sus parientes no renegaban de ellos, sino que se presentaban muchachas desconocidas para conseguir una entrevista con los presos haciéndose pasar por sus prometidas. ¿Y la antigua y tan extendida tradición de llevar por fiestas paquetes a los presos? En Rusia, nadie levantaba la Cuaresma hasta haber llevado un paquete para unos presos que ni siquiera conocía, y esa comida iba a una caldera común de la cárcel. Les llevaban jamones por Navidad, pasteles, empanadas y bizcochos de Pascua. Incluso la anciana más pobre les llevaba una docena de huevos duros con la cascara pintada, con lo que aliviaba su corazón. ¿Qué había sido de esa bondad de los rusos? ¡Quedó sustituida por la *conciencia de clase!* Atemorizaron al pueblo tan brutalmente y sin remedio que se perdió la costumbre de preocuparse por el que sufre. En la actualidad una conducta así sería algo impensable. Y si ahora, en vísperas de una festividad, propusieras en tu empresa una colecta en favor de los presos de la cárcel local, los más vigilantes se lo tomarían casi como una revuelta antisoviética. Hasta tal punto nos hemos convertido en fieras.

¡Y cuánto representaban aquellos regalos de fiestas para un preso! Eran mucho más que buena comida, creaban la cálida sensación de que en la calle pensaban en él, de que les preocupaba su suerte.

Fastenko nos cuenta que la Cruz Roja política también había existido en época soviética. No es que no nos lo creamos, ¡pero es que cuesta tanto de imaginar! Dice que E.P. Peshkova, valiéndose de su inmunidad personal, viajaba al extranjero para recaudar fondos (aquí no estaba el horno para bollos). Luego, con el dinero compraba alimentos para los presos políticos que no tenían familiares. ¿Para todos los políticos, sin distinción? Y entonces nos aclara que no, que a todos *me*nos a los *KR*, es decir, a los contrarrevolucionarios (o sea a los del Artículo 58), que eso sólo era para los miembros de los extintos partidos socialistas. ¡Pues haberlo dicho, hombre! Además, de todas formas, bien pronto enchiqueraron a casi toda la Cruz Roja, menos a Peshkova...

Otro tema agradable para tratar de noche, cuando no te espera un interrogatorio, es el de la puesta en libertad. Sí, hay quien dice que se dan casos asombrosos en que sueltan a alguien. Por ejemplo, a Z-v se lo llevaron «con sus efectos personales», ¿para ponerlo en libertad? La instrucción no podía haber terminado tan pronto. (Regresó al cabo de diez días: lo habían trasladado a Lefórtovo. Allí por lo visto empezó a firmarlo todo sin rechistar, y lo devolvieron con nosotros.) «Si acaban poniéndote en libertad, escucha, tu asunto es una tontería, tú mismo lo dices, prométeme que irás a ver a mi mujer, y para que yo lo sepa, que me ponga en el paquete, digamos, un par de manzanas...» «¡Pero si ahora no hay manzanas en ninguna parte!» «Pues entonces, tres rosquillas.» «¿Y si resulta que en Moscú ya no hay ni rosquillas?» «Bueno, pues entonces cuatro patatas.» (Se ponen así de acuerdo, y después un buen día, efectivamente, a N se lo llevan «con sus efectos personales» y M encuentra cuatro patatas en su paquete. ¡Extraordinario! ¡Asombroso! Si a él lo han puesto en libertad y su caso era muchísimo más grave que el mío, ¿me soltarán a mí quizá también muy pronto? Pero en realidad lo que ha ocurrido es que a la esposa de M se le ha deshecho en la bolsa la quinta patata y N navega ya rumbo a Kolymá en la sentina de un barco.)

Hablamos de todo un poco, recordamos anécdotas graciosas, y te sientes alegre y a gusto entre personas tan interesantes que no pertenecen a tu mundo ni a tu círculo de experiencias. Mientras tanto, ha pasado ya la silenciosa inspección nocturna y han retirado las gafas. La bombilla ha parpadeado tres veces. ¡Dentro de cinco minutos sonará la retreta!

¡Rápido, rápido, a por las mantas! Igual que en el frente, nunca sabes si ahora mismo, dentro de un minuto, va a lloverte una ráfaga de proyectiles a todo tu alrededor, tampoco aquí sabemos cuál será la fatídica noche de nuestro interrogatorio. Nos acostamos, asomamos un brazo por encima de la manta y procuramos quitarnos cualquier idea de la cabeza. ¡A dormir se ha dicho!

En un momento así, una noche de abril, poco después de habernos despedido de Yevtujóvich, se oyó el chirriar de la cerradura. Se nos encogió el corazón: ¿a quién se llevarían? Nos preparamos para oír el siseo del vigilante: «¡La "ese"!», «¡La "zeta"!». Pero no dijo nada y la puerta se cerró de nuevo. Levantamos la cabeza. Junto a la puerta, de pie, había un nuevo preso: flaco, joven, sencillo, con un traje azul y una gorra también azul. No llevaba objeto alguno. Miraba desconcertado a su alrededor.

— ¿Qué número tiene esta celda? —preguntó alarmado.

— La cincuenta y tres.

El se estremeció.

— ¿De la calle? —le preguntamos.

— No-o... —meneó la cabeza con expresión de dolor.

— ¿Cuándo te arrestaron? — Ayer por la mañana.

Nos echamos a reír. Tenía un rostro muy dulce e ingenuo, las cejas casi blancas.

— ¿Y por qué?

(Es una pregunta desleal, a la que no cabe esperar respuesta.)

—No sé... Por nada, por una tontería...

Es lo que responden todos, todos están presos por bagatelas. Sobre todo le parecen tonterías al propio procesado.

— Bueno, ¿pero qué exactamente?

— Yo... es que escribí una proclama. Al pueblo ruso.

— ¿¿¿Cómo??? (Nunca habíamos oído hablar de «tonterías» como aquélla.)

— ¿Me van a fusilar? — se alargó su cara. Palpaba la visera de la gorra, que aún no se había quitado.

— Seguramente no. — lo tranquilizamos — Ahora no fusilan a nadie. Diez años, seguro.

— ¿Es usted obrero? ¿Funcionario? — preguntó el social-demócrata, fiel a sus principios de clase.

— Obrero.

Fastenko le tendió la mano y exclamó triunfante, dirigiéndose a mí:

— Ahí lo tiene, Alexandr Isáyevich, ¡cómo están los ánimos entre la clase obrera!

Y se dio la vuelta para dormir, convencido de que ya estaba dicho todo y de que no hacía falta escuchar más.

Pero se equivocaba.

— ¿Y cómo se le ocurrió eso de la proclama? ¿Así por las buenas? ¿En nombre de quién?

— En el mío propio.

—¿Pero quién es usted?

El nuevo sonrió compungido:

— El emperador Mijaíl.

Fue como si nos hubiera dado una descarga. Nos incorporamos en las camas para fijarnos en él. No, su cara era tímida y propia del pueblo llano. No tenía ningún parecido con la de Mijaíl Románov. Además, la edad...

Nos dormimos saboreando por anticipado las dos horas de mañana antes del rancho, dos horas que no iban a ser nada aburridas.

Trajeron la cama y la ropa para el emperador y éste se acostó silencioso al lado de la cubeta.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

En 1916, en casa de Belov, un maquinista de tren de Moscú, entró un corpulento anciano desconocido, con una barba rubia y anunció a la piadosa esposa del maquinista: «¡Pelagueya! Tienes un hijo de un año. Cuídalo para el Señor. Cuando sea la hora, volveré». Y se marchó.

Pelagueya no sabía quién era aquel anciano, pero sus palabras habían sido tan precisas y duras que subyugaron su corazón de madre. Y empezó a cuidar al hijo como a la niña de sus ojos. Víktor crecía callado, obediente, piadoso, y a menudo tenía visiones de los ángeles y de la Virgen. Después, con menos frecuencia. El anciano no apareció más. Víktor estudió para chófer y en 1936 fue llamado a filas y destinado a Birobidzhán con una compañía motorizada. No era muy desenvuelto, pero quizás esa modestia y dulzura, impropia de los chóferes, enamoraron a una voluntaria civil e hicieron sombra a su jefe de sección, que intentaba conquistar a la moza. Por aquellas fechas vino de maniobras el mariscal Blücher, y una vez allí su chófer personal cayó gravemente enfermo. Blücher ordenó al jefe de la compañía motorizada que le enviara a su mejor chófer, y éste mandó llamar al jefe de la sección, quien inmediatamente vio la ocasión de sacarse de encima a su rival Belov enviándolo al mariscal (en el Ejército es frecuente: no se promociona al que lo merece, sino a aquel de quien conviene librarse).

Belov fue del agrado de Blücher y se lo quedó. Al poco tiempo al mariscal lo llamaron a Moscú con un pretexto plausible (antes de arrestarlo había que alejar a Blücher del Extremo Oriente, donde tenía personas fieles) y se llevó consigo a su nuevo chófer. Al quedarse sin valedor, Belov fue a parar al garaje del Kremlin y estuvo haciéndole de chófer a Mijaílov (el del Komsomol), a Lozovski, a algunos otros y, finalmente, a Jruschov. Belov tuvo ocasión de ver (y después de contarnos a nosotros) sus festines, costumbres y precauciones. Como representante de la masa proletaria de Moscú, asistió al proceso de Bujarin en la Casa de los Sindicatos. De todos sus amos, sólo de Jruschov hablaba con cariño: su casa era la única en la que sentaban al chófer a la misma mesa que toda la familia, no aparte, en la cocina; sólo en su casa, en aquellos años, se había conservado una sencillez obrera. El jovial Jruschov también se encariñó con Víktor Alekséyevich, y cuando se trasladó a Ucrania en 1938 insistió varias veces para que le acompañara. «¡Ojalá hubiera seguido con Jruschov!», decía Víktor Alekséyevich. Pero algo lo retuvo en Moscú.

En 1941, casi al comienzo de la guerra, su trabajo había quedado interrumpido. Como ya no estaba en el garaje del Gobierno, inmediatamente después de haber quedado indefenso, el Comisariado Militar lo movilizó. Sin embargo, debido a su delicada salud no lo enviaron al frente, sino a un batallón de trabajo: primero lo mandaron a pie a Inza, (**T80**) a cavar trincheras y construir carreteras. Después de haber pasado los últimos años sin preocupaciones y bien comido, ahora estaba mordiendo el polvo, y eso, sin duda, dolía. Conoció necesidades y padecimientos a manos llenas y vio a su alrededor que en vísperas de la guerra el pueblo no sólo no vivía mejor — como se decía —, sino que estaba en la miseria. Belov salió adelante a duras penas, hasta que lo libraron por mala salud, regresó a Moscú, donde volvió a colocarse bien: fue chófer de Scherbákov. (**64**) Después, de Sedin, el Comisario del Pueblo para el Petróleo. Pero Sedin robaba a mansalva (en total treinta y cinco millones) y lo retiraron evitando armar ruido. Sin comerlo ni beberlo, Belov volvía a perder su trabajo con los jefes y se puso a trabajar de chófer en una base de transportes y reparaciones. En sus horas libres completaba el salario con chapuzas, haciendo viajes a Krásnaya Pajrá.

Pero pronto habría de tener sus pensamientos puestos en otra parte. En 1943 fue un día a casa de su madre, ella estaba lavando y había salido con los cubos a la fuente. En esto se abrió la puerta y entró en la casa un anciano desconocido, corpulento, de barba blanca. Se persignó ante el icono, miró con severidad a Belov y le saludó: «¡Buenos días, Mijaíl! ¡Dios te bendiga!». «Yo me llamo Víktor», respondió Belov. «¡Pero serás Mijaíl, emperador de la Santa Rusia!», insistía el anciano. Entró entonces la madre, del miedo se quedó de una pieza y derramó los cubos: era el mismo anciano que se había presentado hacía veintisiete años. Había encanecido, pero era él. «Dios te salve, Pelagueya, has sabido cuidar de tu hijo», exclamó el anciano. Y se quedó a solas con el futuro emperador, como si fuera el Patriarca y estuviera ciñéndole la corona. Comunicó al conmocionado joven que en 1953 habría un cambio de poder (¡por eso le había impresionado tanto que el número de la celda fuera el 53!) y que él sería proclamado Emperador de Todas las Rusias, (**65**) pero para ello debería empezar a recabar el apoyo del pueblo a partir de 1948. No le dio el anciano más instrucciones sobre cómo reunir estas fuerzas y se marchó. Y Víktor Alekséyevich no cayó en la cuenta de preguntárselo.

¡A partir de entonces se acabó la paz y la vida sencilla para el joven! Seguramente, cualquier otro se habría quitado de la cabeza una idea tan descabellada, pero Víktor había estado con los más altos cargos, había visto a todos esos Mijailov, Scherbakov, Sedin, y de los demás había escuchado lo que contaban sus propios chóferes. Había comprendido que no se requería ser un hombre extraordinario, sino más bien al revés.

El recién ungido zar, callado, escrupuloso y sensible como Fiódor Ioánnovich, el último de los Riúrikov, sentía sobre sí el peso aplastante del gorro de Monómaco. (**T81**) La miseria y el dolor del pueblo que había visto a su alrededor sin sentirse especialmente responsable de ello, ahora pesaban sobre sus hombros y, si se prolongaban, él sería el culpable. Le pareció extraño tener que esperar hasta 1948, y en otoño de aquel mismo año de 1943 redactó su primer manifiesto al pueblo ruso y se lo leyó a cuatro empleados del garaje del Comisariado del Pueblo para el Petróleo...

...Desde por la mañana rodeamos a Víktor Alekséyevich y él nos contó todo esto con dulce modestia. Todavía no habíamos descubierto su credulidad infantil, estábamos cautivados ante un relato tan fuera de lo común y — ¡nuestra fue la culpa! — no tuvimos tiempo de ponerle en guardia contra la *clueca*. Además, ¡nunca se nos habría ocurrido pensar que lo que estaba contándonos con tanta ingenuidad no lo supiera todavía el juez de instrucción! Al terminar el relato, Kramarenko pidió que lo llevaran «al jefe de la cárcel para pedirle tabaco» o «al médico», no recuerdo, el caso es que lo llamaron al poco rato. De esta manera *empapeló* a los cuatro empleados del Comisariado del Pueblo para el Petróleo, de cuya existencia nadie se habría enterado nunca... (Al día siguiente, al volver del interrogatorio, Belov estaba sorprendido: ¿cómo se había enterado el juez? Fue entonces cuando caímos en la cuenta...) Asi pues, los del Comisariado del Pueblo para el Petróleo habían leído el manifiesto, los cuatro le habían dado su aprobación ¡y ninguno denunció al emperador! Pero se dio cuenta de que se había precipitado, ¡demasiado pronto! Y quemó el manifiesto.

Pasó un año. Víktor Alekséyevich estaba ahora de mecánico en el garaje de esa base de transportes. En otoño de 1944, redactó otro manifiesto y se lo hizo leer a diez personas, tanto chóferes como mecánicos. ¡Todos lo aprobaron! ¡ Y nadie le traicionó ! (Ni uno sólo de los diez: ¡Hecho muy raro para aquella época de denuncias! Fástenko no se había equivocado, pues, al diagnosticar «cómo estaban los ánimos entre la clase obrera».) Cierto que el emperador había recurrido a tretas muy ingenuas: daba a entender que tenía mucha mano en el Gobierno y prometía a sus partidarios enviarlos a misiones oficiales para cohesionar a las fuerzas monárquicas en provincias.

Pasaron los meses. El emperador se confió aun a dos chicas del garaje. Pero esta vez le salió el tiro por la culata, porque las muchachas dieron pruebas de madurez ideológica. A Víktor Alekséyevich se le encogió el corazón, presentía la desgracia. El domingo siguiente a la Anunciación iba por el mercado con el manifiesto en el bolsillo. Topó por casualidad con un viejo obrero, uno de sus partidarios, y éste le advirtió: «Víktor, ¿no te parece que por ahora sería mejor quemar ese papel, eh?». Víktor comprendió en lo más profundo que tenía razón, que se había precipitado, que había que quemarlo. «Es verdad, ahora mismo lo quemo.» Y con esa idea, se dirigió a su casa. Pero dos simpáticos jóvenes lo llamaron allí mismo, en el mercado: «¡Víktor Alekséyevich, acompáñenos!». Y se lo llevaron en un utilitario hasta la Lubianka, donde andaban tan ajetreados y azorados que no lo cachearon según el ritual establecido, y hubo incluso un momento en que el emperador a punto estuvo de destruir el manifiesto en el retrete. Pero le pareció que aún le apretarían más las clavijas para saber dónde lo ocultaba. Enseguida lo metieron en el ascensor para llevarlo ante un general asistido por un coronel. Fue el propio general quien le arrebató el manifiesto, que asomaba abultando en su bolsillo.

Sin embargo, bastó un solo interrogatorio y la calma volvió a la Gran Lubianka: resultó que no era para tanto. Diez detenciones en el garaje de la base de transportes. Cuatro en el garaje del Comisariado del Pueblo para el Petróleo. Pasó a encargarse del sumario un simple teniente coronel, que se partía de risa estudiando la proclama:

— Aquí Su Majestad escribe: «Daré instrucciones a mi ministro de Agricultura para que disuelva los koljoses con la primera primavera». ¿Pero cómo va a repartir los aperos y el ganado? Esto no lo tiene muy elaborado... Después escribe: «Haré que aumente la construcción de viviendas y estableceré a cada persona

cerca de su lugar de trabajo..., elevaré el salario de los obreros...». ¿Y de dónde sacará la pasta, Majestad? Se pondrán a fabricar el dinero en las imprentas, ¿verdad? ¡Claro, como ha abolido los *empréstitos!* Además, fíjese: «Borraré el Kremlin de la faz de la tierra». ¿Y dónde piensa instalar su propio Gobierno? ¿Sería de su gusto el edificio de la Gran Lubianka? ¿Le conviene quizás echarle una ojeada?

También los jueces jóvenes acudían a reírse del Emperador de Todas las Rusias. No supieron ver en él otro aspecto que el cómico.

A veces tampoco nosotros, los de la celda, podíamos contener una sonrisa. «Cuando llegue 1953 no se olvide de nosotros, ¿eh?», decía Z-v guiñándonos el ojo.

Todos se reían de él....

Víktor Alekséyevich, ingenuo, de cejas blancas y manos callosas, recibía algunas patatas cocidas de su desdichada madre Pelagueya y nos invitaba, sin reparar en lo tuyo y lo mío: «Comed, comed, camaradas...».

Sonreía con timidez. Comprendía perfectamente que Emperador de Todas las Rusias era algo ridículo, pasado de moda. ¿Pero qué le iba a hacer si la elección del Señor había recaído sobre él? No tardaron en llevárselo de nuestra celda. (**66**)

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

La víspera del 1 de Mayo retiraron de las ventanas las cortinas de defensa pasiva. Ahora percibíamos, también con los ojos, que la guerra estaba terminando.

Aquella noche la Lubianka estaba más silenciosa que nunca, además creo que ya era el segundo día de Pascua, las fiestas coincidían. Todos los jueces de instrucción estaban de fiesta por Moscú y no llamaban a nadie a declarar. En medio del silencio pudimos oír que alguien protestaba de algo. Se lo llevaron de la celda y lo metieron en un box (habíamos aprendido a establecer de oídas la situación de cualquier puerta) y con el calabozo abierto estuvieron golpeándolo durante mucho rato. El silencio reinante permitía distinguir perfectamente cada golpe, descargado sobre algo blando y sobre una boca que se atragantaba.

El 2 de mayo sonó en Moscú una salva de treinta cañonazos, lo que significaba que habíamos tomado una capital europea. Sólo quedaban dos: Praga y Berlín. Teníamos que adivinar de cuál se trataba.

El 9 de mayo (**T82**) nos trajeron a un mismo tiempo el almuerzo y la cena, cosa que en la Lubianka sólo se hacía el primero de mayo y el 7 de noviembre.

Sólo por esto pudimos adivinar que la guerra había terminado.

Al anochecer dispararon otra salva de treinta cañonazos. Ya no quedaban capitales por tomar. Y aquella noche dispararon otra salva más — creo que de cuarenta disparos —, que era el final de todos los finales.

Por encima del bozal de nuestra ventana, de las demás celdas de la Lubianka, y de todas las ventanas de todas las cárceles de Moscú, también nosotros — antiguos prisioneros de guerra y ex combatientes en el frente — contemplábamos el cielo de Moscú, engalanado por los fuegos artificiales y sesgado por los reflectores.

Borís Gammercv, un joven artillero de una sección antitanques, licenciado por invalidez (una herida incurable de pulmón) y más tarde encerrado con un grupo de estudiantes, se hallaba aquella noche en una celda multitudinaria de Butyrki donde había tantos prisioneros de guerra como simples ex combatientes.

Esta última salva fue descrita por él en ocho parcos versos, una octava de lo más sencillo: cómo se acostaron en los catres y se taparon con los capotes; cómo los despertó el ruido y levantaron la cabeza entornando los ojos hacia el bozal; ¡ah, es una salva! y se acostaron otra vez.

Y volvieron a cubrirse con sus capotes

Aquellos capotes con barro de las trincheras, con ceniza de las hogueras, con jirones hechos por los proyectiles alemanes.

No era para nosotros aquella Victoria. No era para nosotros aquella primavera.

6. Aquella primavera

En junio de 1945, cada mañana y cada tarde, llegaba el sonido de los bronces hasta las ventanas de la cárcel de Butyrki; las orquestas no podían estar muy lejos de allí, por la calle Lesnáya o Novoslobódskaya.

Nos poníamos de pie ante las ventanas de la prisión, abiertas de par en par — aunque por ellas no pasaba ni un soplo de aire —, tras los verduzcos bozales de cristal armado y escuchábamos. ¿Eran unidades militares las que desfilaban? ¿O eran obreros que dedicaban gustosos sus horas de ocio a marcar el paso? No lo sabíamos, pero había rumores, que habían llegado incluso hasta nosotros, acerca de que se preparaba un gran desfile de la Victoria en la Plaza Roja. Tendría lugar un domingo de junio (**T83**) coincidiendo con el cuarto aniversario del comienzo de la guerra.

Las piedras que forman los cimientos han sido puestas para crujir y hundirse en el suelo, no son ellas las que deben coronar el edificio. Pero hasta el honor de yacer en los cimientos les fue denegado a los que, abandonados insensatamente, habían sido sacrificados para recibir, en la frente y en las costillas, los primeros golpes de esta guerra e impedir la victoria al enemigo.

¿Qué son para el traidor los sones de la dicha?... (**T84**) En nuestras prisiones, la primavera de 1945 fue ante todo la primavera de los *prisioneros* rusos.

Pasaban por las cárceles de la Unión formando bancos inmensos, compactos y grises, como arenques en el océano. Yuri Yévtujóvich había sido para mí el primer atisbo de aquel majal. Y ahora me rodeaba por todas partes su movimiento seguro y sincronizado, como si conocieran su punto de destino.

No eran sólo prisioneros de guerra los que pasaban por aquellas celdas, discurría también el torrente de cuantos habían estado en Europa: emigrados de la guerra civil; los *Ostarbeiter* de la reciente guerra contra Alemania; oficiales del Ejército Rojo que habían ido demasiado lejos en sus conclusiones, y de quienes Stalin pudiera temer que de su campaña europea trajeran la libertad europea, como ocurriera ciento veinte años atrás. (**T85**) Pero con todo, la mayoría eran prisioneros de guerra. Y aunque de diversas edades, la mayoría eran mis coetáneos, no tanto míos como *coetáneos de Octubre,* de los que habían nacido con la Revolución, los que en 1937 habían desfilado imperturbables en las manifestaciones del vigésimo aniversario, y cuya quinta al comenzar la guerra constituyó el Ejército regular, aventado en unas semanas.

Así pues, aquella primavera en que languidecíamos en la cárcel al son de las marchas de la Victoria fue la primavera expiatoria para los de mi generación.

Nosotros que, en vez de nanas, oímos en la cuna: «¡Todo el poder para los soviets!». Nosotros, que tendíamos nuestras bronceadas manitas infantiles hacia la trompeta de pioneros y al grito de: «¡Estad alerta!», saludábamos: «¡Siempre alerta!». Nosotros, que introducíamos armas en Buchenwald e ingresábamos en el partido ahí mismo, en el campo de concentración. Y ahora estábamos en la lista negra por el solo hecho de haber quedado con vida (a los supervivientes de Buchenwald los encarcelaban en

nuestros campos *precisamente por eso:* ¿Cómo pudiste sobrevivir en un campo de exterminio? ¡Aquí hay gato encerrado!).

Cuando cortamos la Prusia Oriental del resto de Alemania pude ver columnas cabizbajas de prisioneros que regresaban — los únicos que estaban apenados cuando todo a su alrededor era regocijo — y ya entonces su tristeza me anonadó, aunque todavía no conocía sus causas. Yo me bajaba del vehículo y me acercaba a esas columnas formadas voluntariamente (¿para qué vais en columnas? ¿Por qué formáis en fila si nadie os obliga a ello? ¡Los prisioneros de todas las naciones volvían dispersos! Pero los nuestros querían que su llegada fuera lo más sumisa posible...). Llevaba yo a la sazón galones de capitán, pero a pesar de ellos y por más que yo me encontrara en su camino, me era imposible averiguar por qué marchaban tan apesumbrados. Pero el destino hizo que yo también siguiera su suerte y hube de caminar con ellos desde el contraespionaje del Ejército al del frente, donde escuché por vez primera sus relatos, todavía incomprensibles para mí. Después, Yuri Yevtujóvich me haría una exposición completa, y más tarde, bajo las bóvedas de ladrillo rojo del castillo de Butyrki, habría de sentir aquella historia sobre varios millones de prisioneros rusos atravesada para siempre en mis entrañas, como un escarabajo prende de su alfiler. La propia historia de mi caída en la cárcel ahora me parecía fútil y dejé de llorar los galones arrancados. Si ahora no me encontraba donde todos los jóvenes de mi edad, ello se debía tan sólo al azar. Comprendí que mi deber era arrimar el hombro por una punta de su fardo común y acarrearlo hasta el fin de mis fuerzas, hasta que me aplastara. Ahora me sentía como si yo también hubiera caído prisionero con aquellos muchachos en el paso del Dniepr por Soloviovo, en el cerco de Jarkov o en las canteras de Kerch; como si con las manos atrás, hubiera pasado con orgullo soviético tras las alambradas de los campos de concentración; como si hubiera esperado al gélido relente horas enteras un frío cucharón de *kawa* (sucedáneo del café) y hubiera caído desfallecido antes de llegar hasta la cazuela; como si en el campo de concentración para oficiales n° 68 hubiera cavado con las manos y la tapa de la fiambrera un hoyo en forma de embudo (con la parte superior más estrecha) para no pasar el invierno al raso; como si un prisionero, convertido ya en animal, se hubiera arrastrado hasta mi cuerpo paralizado por el frío para roer mis carnes, aún tibias en el codo; y como si a cada nuevo día, con aguda conciencia de mi hambre, en el barracón de los tíficos, junto a la alambrada del campo vecino de los ingleses, una idea clara fuera penetrando en mi moribundo cerebro: la Rusia soviética renegaba de sus hijos agonizantes. «Los hijos orgullosos de Rusia» (**T86**) sólo le habían sido necesarios mientras se arrojaban bajo los tanques, mientras se les podía lanzar al ataque. ¿Pero darles de comer en el cautiverio? Eran bocas inútiles. Y testigos inútiles de vergonzosas derrotas.

A veces queremos mentir, pero la lengua nos lo impide. A estos hombres los acusaron de traición, pero jueces instructores, fiscales y magistrados cometieron un apreciable error sintáctico que los propios acusados, los periódicos y el pueblo entero habrían de repetir y consolidar. Sin querer, estaban diciendo la verdad: pretendían condenarlos por traición **A** LA PATRIA, pero en ninguna parte se dijo ni escribió — ni siquiera en los documentos procesales — de otra manera que no fuera «traición **DE** LA PATRIA».

¡Tú lo has dicho! No había sido traición a ella sino de ella con los suyos. No fueron ellos, desdichados, quienes cometieron traición, sino su calculadora Patria, y por si fuera poco, tres veces .

La primera vez los traicionó por incuria, en el campo de batalla, cuando nuestro Gobierno, predilecto de la patria, hizo cuanto estuvo en su mano para perder la guerra: desmanteló las líneas de fortificaciones, expuso la aviación al desastre, desmontó tanques y piezas de artillería, aniquiló a los generales competentes y prohibió a las tropas que resistieran. (**67**) Quienes cayeron prisioneros fueron precisamente los que habían parado el golpe con sus cuerpos y detuvieron a la Wehrmacht.

Por segunda vez, la patria los traicionó, por crueldad, al dejarlos morir en cautiverio.

Y ahora los traicionaba por tercera vez, por cinismo, engatusándolos con amor maternal («¡La Patria os ha perdonado! ¡La Patria os llama!») para echarles la soga al cuello en la misma frontera. (**68**)

¡Una gigantesca infamia contra millones de personas: traicionar a sus soldados y declararlos traidores!

Y con qué facilidad los dejábamos de lado: ¡traición!, ¡vergüenza!, ¡dadlos de baja! Pero antes que nosotros, ya los había dado de baja el Padre de la patria cuando lanzó a la flor y nata de la intelectualidad moscovita al matadero de Viazma con carabinas de un disparo, modelo de 1866, y encima una para cada cinco hombres. (¿Habrá un nuevo Lev Tolstói capaz de describirnos este Borodinó?) Lo mismo que cuando en diciembre de 1941 el Gran Estratega ordenó con un torpe gesto de su dedo corto y grueso (sin razón alguna, sólo por dar una noticia espectacular para Año Nuevo) que **ciento veinte mil** de nuestros muchachos — casi tantos como rusos hubo en Borodinó — cruzaran el estrecho de Kerch, para entregarlos a los alemanes sin presentar combate.

Y pese a todo, váyase a saber por qué, el traidor no fue él, sino ellos.

¡Y con qué facilidad les colgamos un sambenito, con qué facilidad accedimos a tildar de traidores a quienes habían sido traicionados! Aquella primavera estaba en una de las celdas de Butyrki el anciano Lébedev, un metalúrgico con título de profesor universitario pero con aspecto de obrero, uno de aquellos robustos operarios del siglo pasado, o incluso de hace dos siglos, de cuando las fabricas Demídov. Era ancho de espaldas, de frente amplia, con una barba a lo Pugachov y una manaza hecha para agarrar un cangilón de fundidor de cinco arrobas. En la celda vestía una bata de obrero de un gris desteñido que se ponía directamente sobre la ropa interior, iba desaliñado y uno podría haberlo tomado por un funcionario auxiliar de la cárcel, aunque sólo hasta que se sentaba a leer e iluminaba su rostro esa poderosa majestad que da la costumbre de pensar. Los presos se reunían a menudo en torno a él. De lo que menos hablaba era de metalurgia, prefería explicarnos con su voz grave de timbal que Stalin era un energúmeno como Iván el Terrible: «¡Disparad! ¡Estrangulad! ¡Sin cuartel!», que Gorki era un mandilón y un charlatán, un justificador de verdugos. Me entusiasmaba ese Lébedev: era como si todo el pueblo ruso estuviera encarnado ante mí en aquel torso recio, de cabeza inteligente y brazos y piernas de labrador. ¡Había reflexionado sobre tantas cosas! ¡De él aprendí a comprender el mundo! Pero un buen día, dejando caer su manaza tajante, proclamó que los del *uno-be* eran traidores a la patria y que no tenían perdón. Y los del *uno-be* abarrotaban precisamente los catres alrededor.

¡Qué heridos se sintieron los muchachos! El anciano sentenciaba con firmeza en nombre de la Rusia campesina y obrera, y a ellos les resultaba difícil y embarazoso tener que defenderse en este nuevo frente. A dos chiquillos inculpados por «el punto diez» y a mí nos tocó interceder por ellos y discutir con el viejo. ¡Pero a qué grado de ofuscación puede llevarnos la monótona mentira del Estado! Hasta los más receptivos entre nosotros sólo éramos capaces de abarcar aquella parte de verdad con la que nos habíamos dado de morros.

Sobre esto trata, de un modo más general, Vitkovski (hablando de los años treinta): es asombroso que los falsos saboteadores, aun sabiendo perfectamente que no lo eran, dijeran que si estaban sacudiendo a los militares y a los sacerdotes, por algo sería. Por su parte, los militares, aunque conscientes de no haber estado al servicio del espionaje extranjero ni pretendido destruir el Ejército Rojo, creían de buen grado que los ingenieros eran saboteadores, y los sacerdotes, dignos del paredón. El hombre soviético encerrado en prisión razonaba de esta manera: en lo que a mí toca, yo soy inocente, pero con ésos, con los enemigos, todos los métodos son buenos. No les habían iluminado ni las lecciones de la instrucción judicial ni de la celda. Incluso una vez condenados, seguían tan cegados como los que están en la calle: creían que por todas partes había confabulaciones, envenenamientos, sabotajes y espías.

Con la de guerras que ha sostenido Rusia (ojalá hubieran sido menos...), ¿acaso hubo muchos traidores en todas ellas? ¿Se ha podido observar que la traición sea inherente al espíritu del soldado ruso? Mas he aquí que bajo el régimen más justo del mundo estalla la más justa de las guerras y aparecen de pronto millones de traidores entre la gente más sencilla. ¿Cómo se entiende eso? ¿Cómo se explica?

A nuestro lado combatía contra Hitler la capitalista Inglaterra. La pobreza y los padecimientos de su clase obrera ya fueron expuestos con suma elocuencia por Marx. ¿Por qué en esta guerra no apareció entre ellos más que un sólo y único traidor: el comerciante «Lord Haw-Haw»? ¿Y por qué en nuestro país aparecieron millones?

Da realmente miedo abrir la boca, pero ¿no será por culpa de nuestro sistema político?

Uno de nuestros antiguos proverbios ya justificaba la rendición: «El cautivo puede gritar, el muerto jamás». En tiempos del zar Alexéi Mijaílovich ¡concedían títulos nobiliarios *por haber sufrido cautiverio!* En todas las guerras siguientes, la sociedad se impuso la tarea de canjear sus prisioneros, darles cuidado y calor. Toda evasión del cautiverio se celebraba como una gran heroicidad. Durante toda la primera guerra mundial, hubo colectas en Rusia para socorrer a nuestros prisioneros, se permitió que nuestras hermanas de la caridad fueran hasta Alemania a visitarlos, y cada periódico recordaba a diario al lector que había compatriotas languideciendo en cruel cautiverio. Todos los pueblos occidentales hicieron lo mismo en esta última guerra también: paquetes, cartas, todas las formas de apoyo circulaban con libertad a través de los países neutrales. Los prisioneros occidentales no se rebajaban a comer del rancho alemán, trataban con desprecio a los guardianes alemanes. A los militares que habían caído prisioneros, los gobiernos occidentales les contaban el cautiverio como años de servicio, y les concedían los ascensos correspondientes e incluso un sueldo.

¡Sólo los soldados del Ejército Rojo, único en el mundo, *no se rinden!* Así está escrito en el reglamento *(«Ivan píen nicht»*, nos gritaban los alemanes desde sus trincheras), ¿pero quién podría haberse imaginado todo lo que de esto se desprendía? Hay guerra, hay muerte, ¡pero no hay rendición! ¡Qué descubrimiento! Eso significa: anda y muérete, que nosotros seguiremos viviendo. Pero si tú, aunque hayas perdido las piernas, vuelves del cautiverio, con muletas pero vivo (como el leningradense Ivanov, jefe de una sección de ametralladoras en la guerra de Finlandia, que después estuvo preso en el campo de Ust-Vym), te vamos a juzgar.

Sólo nuestro soldado, aborrecido por la patria, despreciable a los ojos de enemigos y aliados, anhelaba la bazofia que le servía el Tercer Reich por el portón de atrás. Sólo él tenía cerrada a cal y canto la puerta de la patria, aunque los más jóvenes se resistieran a creer que había cierto Artículo 58-1-b según el cual, en tiempo de guerra, no había pena inferior al fusilamiento. ¡Por no haber querido morir de una bala alemana, tras el cautiverio el soldado debía morir de una bala soviética! Otros mueren de las balas del enemigo, nosotros de las nuestras.

(Sería ingenuo preguntarse: *por qué.* Los gobiernos de todas las épocas tienen muy poco de moralistas. Si han encarcelado y ejecutado a la gente, jamás ha sido *por* algo. ¡Encarcelan y ejecutan *para que no! A* todos estos prisioneros los encarcelaron, claro está, no por traición a la patria, pues hasta el más imbécil veía claramente que sólo a los vlasovistas se los podía condenar por traición. Los encerraron para que no evocaran a Europa entre sus paisanos. Ojos que no ven, corazón que no sueña...)

Así pues, ¿qué caminos se le ofrecían al prisionero de guerra ruso? Legal, sólo uno: tenderse y dejarse pisotear. Cualquier brizna de hierba procura vivir, abriéndose camino con su endeble tallo. Pero tú, tiéndete y déjate pisotear. Aunque sea ya algo tarde, puedes morirte ahora, ya que no lograste morir en el campo de batalla, entonces no se te juzgará.

Duermen los soldados. Han dicho su palabra. Y con ellos, la razón. Por siempre jamás.

Todos, todos los demás caminos que pueda inventar tu desesperado cerebro, todos conducen a enfrentarse con la Ley.

La evasión para alcanzar la patria atravesando las alambradas del campo, cruzando media Alemania y luego por Polonia o los Balcanes, conduce al SMERSH y al banquillo de los acusados: ¿Cómo has logrado evadirte si los demás no lo consiguen? ¡Esto huele a chamusquina! Di, canalla, con qué *misión* te han enviado (Mijaíl Bumatsev, Pável Bondarenko y muchos, muchos otros).

En nuestra crítica literaria ha quedado establecido que Shólojov, en su inmortal relato *El destino de un hombre*, expuso la «verdad amarga» sobre esta «faceta de nuestra vida», que «puso al descubierto» este problema.

Nos vemos obligados a replicar que en dicho relato, por lo demás muy flojo, donde las páginas de guerra son pálidas y poco convincentes (es evidente que el autor no conoció la última guerra), donde se caracteriza a los alemanes de una manera tópica, como en las estampillas populares hasta convertirlos en figuras cómicas (el único personaje logrado es la esposa del protagonista, que es una mujer piadosa típica de Dostoyevski), en este relato, pues, sobre el destino de un prisionero, el verdadero problema del cautiverio queda escamoteado o tergiversado:

1. Se ha elegido el caso de cautiverio más inocuo: el protagonista había perdido el conocimiento, con lo que éste queda «fuera de toda duda» y el autor pasa de puntillas sobre el *quid* de la cuestión: y si se hubiera rendido sin haber perdido el conocimiento, como sucedió con la mayoría, ¿qué habría pasado entonces?

2. Según el relato, el problema fundamental del cautiverio es que entre los nuestros surgen traidores y no que la Patria nos haya abandonado, negado y maldecido (Shólojov no dice de ello una palabra), cuando es esto precisamente lo que nos sumía en una situación sin salida. (Si eso es lo principal, pues entonces profundiza y explica de dónde han podido salir esos traidores, un cuarto de siglo después de una revolución apoyada por todo el pueblo.)

3. El autor inventa una evasión rocambolesca, de novela policiaca, una serie de patrañas para que la fuga no desemboque en el obligatorio e ineludible proceso de recepción de los que vienen del cautiverio: el SMERSH y el Campo de Control y Filtrado. A Sokolov no sólo no lo ponen tras las alambradas, como exige el reglamento, sino que — ¡menudo chiste! — ¡recibe del coronel un mes de permiso! (¿o sea que le dan tiempo para que pueda cumplir la «misión» que le ha encomendado el espionaje fascista? ¡Entonces, el coronel hubiera ido derechito detrás de él!).

Si huías a donde los partisanos del Frente Occidental para alcanzar las fuerzas de la Resistencia, no estabas haciendo más que aplazar el pago de toda tu deuda con los tribunales, y además ello aún te hacía más peligroso: al vivir libremente entre los europeos podías haberte contagiado de un espíritu muy nocivo. Y si tú no temiste escapar y después combatir, es que eres un hombre decidido, doblemente peligroso para la patria.

¿Y sobrevivir en el campo de concentración a costa de tus compatriotas y de tus camaradas? ¿Y convertirte en policía de campo, en jefe de barracón, en ayudante de los alemanes y de la muerte? La ley de Stalin eso no lo castigaba con mayor severidad que la participación en las fuerzas de la Resistencia: era el mismo Artículo y la misma condena. (No cuesta adivinar el porqué: ¡hombres así aun son menos peligrosos!) Pero una ley íntima inexplicablemente arraigada en nuestro interior, vedaba este camino a todos, excepto a la escoria.

Excluidos estos cuatro caminos, fuera de tu alcance o inaceptables, quedaba una quinta vía: esperar a los reclutadores y ver qué proponían.

A veces, por suerte, venían delegados de los Bezirk (distritos) rurales a reclutar jornaleros para los Bauer (o sea, los granjeros); o de las empresas, para llevarse a ingenieros y obreros. Por alto imperativo «estaliniano» también a esto debías negarte, tenías que ocultar que eras ingeniero u obrero especializado. Si eras ingeniero-aparejador o electricista, la única forma de conservar tu patriotismo inmaculado era quedarte en el campo de concentración a cavar, a pudrirte y a rebuscar en el basurero. En este caso, por simple traición a la Patria podías contar con una condena de diez años de cárcel y cinco de *bozal*, (**T87**) eso sí, con la cabeza bien alta. Pero si tu caso era traición a la Patria con el agravante de haber trabajado para el enemigo y además en tu especialidad profesional, te caían ¡los mismos diez años de cárcel y cinco de *bozal!* — eso sí, con la cabeza bien gacha.

Era la fina mano de un hipopótamo metido a relojero por la que tanto se distinguía Stalin.

A veces llegaban reclutadores totalmente distintos: solían ser rusos, hasta hacía poco comisarios políticos, pues los guardias blancos no se prestaban a estos quehaceres. Los reclutadores organizaban un mitin en el

campo de concentración, echaban pestes contra el régimen soviético e invitaban a inscribirse en las escuelas de espionaje o en las unidades de Vlásov.

El que no haya pasado el hambre de nuestros prisioneros de guerra, el que no haya roído los murciélagos que llegaban volando al campo de concentración, el que no haya cocido viejas suelas de zapato, difícilmente llegue a comprender qué irresistible fuerza material adquiere cualquier llamada, cualquier argumento, si tras él, tras las puertas del campo, humea una cocina de campaña y todo aquel que da su consentimiento puede comer inmediatamente tanta *kasha* como quiera, ¡aunque sea una vez!, ¡aunque sólo sea una vez más antes de morir!

Pero además de la *kasha* humeante, había en la convocatoria del reclutador un espejismo de libertad y de vida de verdad. ¡No importaba para qué los llamaran! A los batallones de Vlásov. A los regimientos cosacos de Krasnov. A los batallones de trabajo, a echar hormigón en la futura Muralla Atlántica. A los fiordos noruegos. A las arenas de Libia. A los «Hiwi» —*Hilfswillige*— auxiliares voluntarios de la Wehrmacht alemana (en cada compañía alemana había 12 Hiwis). O, por último, a hacer de policías rurales, a perseguir y cazar guerrilleros (de muchos de los cuales había renegado también la patria). Daba igual adonde los enviaran, todo era preferible a estirar la pata como una res abandonada.

¡Cuando hemos hecho que un hombre se degrade hasta roer murciélagos, nosotros mismos lo hemos eximido de todo deber, no ya ante la patria, sino ante la humanidad misma!

Y si algunos de nuestros muchachos en los campos de prisioneros se enrolaban en los cursos acelerados para espías, era tan sólo porque todavía no habían llegado hasta el fondo en las conclusiones que cabía sacar de su abandono, y por tanto su comportamiento seguía siendo más que patriótico. Veían en ello el medio menos oneroso para escapar del campo de concentración. Casi todos, del primero al último, imaginaban que nada más los pusieran los alemanes en territorio soviético, ellos se presentarían a las autoridades, entregarían el equipo y las instrucciones recibidas, y junto con los afables mandos soviéticos se burlarían de los estúpidos alemanes, vestirían de nuevo el uniforme del Ejército Rojo y se reintegrarían con entusiasmo en las filas de los combatientes. Decidme, *humanamente, ¿quién podía esperar otra cosa? ¿cómo podía ser de otra manera?* Eran muchachos sinceros — yo vi a muchos de ellos —, con caras redondas y francas, con un cautivador deje de Viatka o de Vladímir. Se metían animosamente a espías sin haber pasado del cuarto o quinto curso en la escuela rural, sin ningún hábito en el manejo de la brújula y del mapa.

Uno podría creer que para los prisioneros ésta era sin duda la única salida acertada. Uno podría pensar que para el mando alemán ésta era sin duda una empresa estúpida y costosa. ¡Mas de ninguna manera! ¡Hitler sabía de qué pie cojeaba su déspota gemelo! La demencia de Stalin se distinguía, entre otros rasgos, por la espiomanía. Stalin creía que el país estaba infestado de espías. A todos los chinos que vivían en el Extremo Oriente soviético les colgó el Artículo 58-6 (espionaje) y se los llevó a los campos del norte, donde sucumbieron. La misma suerte corrieron los chinos que habían tomado parte en la guerra civil y no se largaron a tiempo. Varios centenares de miles de coreanos fueron desterrados a Kazajstán, sospechosos todos a una de lo mismo. Todos los soviéticos que habían estado en alguna ocasión en el extranjero, que alguna vez aminoraron el paso ante un hotel de «Inturist», que alguna vez aparecieron en una fotografía junto a una fisonomía extranjera o que fotografiaron algún edificio de su ciudad (las Puertas de Oro de Vladímir), eran acusados de lo mismo. Los que miraban demasiado rato las vías del tren, un puente de la carretera, las chimeneas de una fábrica, caían bajo la misma acusación. Los muchos comunistas extranjeros, atrapados en la Unión Soviética, los funcionarios, fueran importantes o no, del Komintern, todos ellos, sin hacer distingos individuales, fueron acusados ante todo de espionaje. (**69**) ¡Hasta los fusileros letones, las más fieles bayonetas de los años tempranos de la Revolución, cuando los arrestaban en masa en 1937, también eran acusados de espionaje! Era como si Stalin hubiera invertido el célebre aforismo de Catalina II, dándole además creces: él prefería que se pudrieran en la cárcel novecientos noventa y nueve inocentes antes que dejar escapar a un solo espía de verdad. Siendo así, ¿cómo iban a confiar en unos soldados que, encima, habían estado realmente en manos del espionaje alemán? ¡Y cómo facilitaba el trabajo a los verdugos del MGB que los miles de soldados regresados de Europa no ocultasen que se habían alistado voluntariamente como espías! ¡Qué sobrecogedora confirmación de las predicciones del Sabio entre los Sabios! ¡Venid, venid, cretinos! ¡Hace tiempo que os tenemos preparados un artículo y una recompensa!

Y viene al caso preguntar: y sin embargo, hubo quien no se prestó a ningún reclutamiento; ni trabajó para los alemanes en su profesión; ni fue Ordner en el campo de concentración; *hubo quien se pasó toda la guerra en un campo de prisioneros sin asomar la nariz*, y sin embargo no murió, ¡aunque sea casi increíble! Hubo quien, por ejemplo, hacía mecheros con trozos de chatarra, como los ingenieros eléctricos Nikolái Andréyevich Semiónov y Fiódor Fiódorovich Kárpov y comía gracias a eso. ¿Es posible que a éstos la patria no les perdonara el haber caído prisioneros?

¡No, no los perdonó! A Semiónov y a Kárpov los conocí en Butyrki, cuando a los dos ya los habían sentenciado a los correspondientes... ¿cuántos?, el sagaz lector lo sabe ya: *diez años de cárcel más cinco de bozal*. ¡A ellos, que eran brillantes ingenieros y habían rechazado el ofrecimiento alemán de trabajar en su especialidad! ¡A Semiónov, que en 1941, siendo alférez, había ido al frente de voluntario! Semiónov, que en 1942, por falta de pistolas, todavía andaba con una cartuchera vacía (el juez de instrucción no comprendía por qué, antes que entregarse, no se había pegado un tiro con la funda). Semiónov, que se había evadido tres veces y que en 1945, cuando fue liberado del campo de concentración, como medida disciplinaria lo subieron a un tanque (durante un ataque de blindados), participó en la conquista de Berlín y recibió la orden de la Estrella Roja. Y después de todo esto fue encarcelado al fin y sentenciado. Éste es el espejo de nuestra Némesis.

Pocos fueron los prisioneros de guerra que cruzaron la frontera soviética como hombres libres, y si en medio del barullo alguno consiguió colarse, más tarde le echarían el guante, aunque fuera en 1946- 1947. A unos los arrestaban ya en Alemania, en los puntos de reagrupamiento. A otros, aunque en apariencia no estuvieran detenidos, al llegar a la frontera los metían en vagones de mercancías y los llevaban escoltados hasta uno de los numerosos Campos de Control y Filtrado (PFL) desparramados por todo el país. Esos campos no se diferenciaban en nada de los Campos de Trabajo Correccional, salvo que los reclusos entraban en ellos cuando aún no les habían condenado y no oían sentencia hasta que se encontraban en ellos. En estos PFL nadie permanecía de brazos cruzados — todos estaban situados junto a una fabrica, una mina o una edificación — y los ex prisioneros de guerra, contemplando la patria recobrada a través de las mismas alambradas que en Alemania, podían incorporarse desde el primer día a la jornada laboral de diez horas. En las horas de asueto — de noche y de madrugada — se interrogaba a los internados, y para ello había en los PFL gran cantidad de agentes operativos y jueces de instrucción. Como siempre, la instrucción partía del supuesto de que eras culpable de antemano. Y tú, sin salir de las alambradas, debías demostrar que *no* eras culpable. Para ello sólo podías basarte en tus testigos, otros prisioneros de guerra, que podían haber ido a parar a otro PFL, en el quinto pino. Por ello los agentes operativos de Kemerovo solicitaban informes a los de Solikamsk, éstos tomaban declaración a los testigos y enviaban las respuestas junto a nuevas peticiones, y entonces también te interrogaban a ti como testigo.

Es cierto que para esclarecer tu caso podía hacer falta un año y hasta dos, pero ello no significaba perjuicio alguno para la patria: mientras tanto, tú ibas sacando carbón todos los días. Y si alguno de los testigos declaraba algo desfavorable sobre ti, o si éstos ya no estaban vivos, entonces ¡despídete!: ya eras un «traidor de la patria» y la sesión del tribunal itinerante te estampillaba tus diez años. Y si por más vueltas que le dieran a tu caso, resultaba que al parecer no habías servido a los alemanes, y lo que es más importante, no habías tenido tiempo de ver estadounidenses ni ingleses en carne y hueso (que te hubieran liberado ellos y no los nuestros se consideraba circunstancia enormemente agravante), entonces los agentes operativos decidían de qué grado de aislamiento eras digno. A algunos les prescribían un cambio de residencia (esto siempre destruye los vínculos del hombre con su entorno y le hace más vulnerable). A otros les proponían noblemente que ingresaran en la VOJR, es decir, en la guardia militarizada de los campos penitenciarios: aunque en apariencia quedaba libre, el hombre perdía toda libertad individual y partía hacia lugares apartados. A los terceros les daban un apretón de manos, y aunque merecían el paredón por haberse rendido, dejaban humanamente que se fueran a casa. ¡Pero se alegraban antes de tiempo! Mucho antes que ellos, por los misteriosos canales de las Secciones Especiales, su *expediente* ya había llegado al país. Esos hombres dejaban definitivamente de ser de *los nuestros* y con la primera ola de arrestos masivos (como la de los años 1948-1949) los encarcelaban por propaganda antisoviética o por lo que más les cayera a mano. Con esa gente también estuve preso.

«¡Ay, si lo hubiera sabido...!»: éste era el estribillo en las celdas esa primavera. «¡Si hubiera sabido que me iban a recibir así!, ¡que me iban a engañar así! ¡que me esperaba esta suerte! ¿Iba a volver yo a la patria ? ¡Por nada del mundo! ¡Hubiera hecho todo lo posible por llegar a Suiza, a Francia! ¡Habría cruzado el mar! ¡El océano! ¡Hasta la otra punta del mundo!»

Sin embargo, aunque los prisioneros lo supieran, con frecuencia obraban igual. Vasili Alexandrov cayó prisionero en Finlandia. Ahí dio con él un viejo mercader de San Petersburgo quien, después de preguntar su nombre y patronímico, le dijo: «El año 1917 quedé en prenda con su padre de usted por una importante suma que después no tuve ocasión de pagar. ¡Tenga usted a bien cobrármela!». ¡Menuda ganga! Después de la guerra, Alexandrov fue admitido en el círculo de los emigrados rusos, ahí conoció a una chica a la que amaba y con la que se comprometió muy en serio. Para contribuir a su formación, el futuro suegro le dio a leer una colección de Pravda auténtica, tal como se publicó de 1918 a 1941, sin amaños ni enmiendas. Al mismo tiempo le puso al corriente de la historia de las riadas , más o menos como en el capítulo 2. Y pese a todo... Alexandrov abandonó novia y bienes, volvió a la URSS y le cayeron, como es fácil colegir, diez años de cárcel más cinco de bozal. En 1953, en un campo especial, se sentía feliz de poder engancharse como jefe de cuadrilla...

Los más juiciosos ahora rectificaban: ¡Nuestro error fue mucho antes! ¡Quién me mandaba a mí meterme en primera línea en 1941! Si no quieres mal comercio, no te metas en el tercio. Debí haberme hecho un huequecito en la retaguardia desde el principio, ahí sí que se estaba tranquilo. A ésos ahora los tienen como héroes. Y aun mejor hubiera sido desertar: seguramente habríamos conservado el pellejo entero y no nos caerían diez años, sino siete u ocho; en los campos el desertor puede tener el cargo que le dé la gana, y es que ya se sabe, no es un enemigo, un traidor o un político, es de los nuestros, un preso *común.* Otros objetan exaltados: sí, pero los desertores tendrán que cumplir integramente la condena, hasta que se pudran, no habrá perdón para ellos, mientras que nosotros tendremos pronto una amnistía y nos soltarán a todos. (¡Aún desconocían el principal privilegio del desertor!)

Los que habían sido detenidos por el punto 10, en su casa o en el Ejército Rojo, solían envidiar a los prisioneros de guerra: ¡Qué diablos, *por el mismo precio* (por los mismos diez años), cuántas cosas interesantes habría visto, en cuántos sitios habría estado! Y nosotros vamos a estirar la pata en un campo sin haber visto más que el pestilente portal de casa. (De todos modos, los del 58-10 apenas lograban ocultar su ilusionado presentimiento de que serían amnistiados en primer lugar.)

Los únicos que no suspiraban diciendo «¡Ay, si lo hubiera sabido!» (porque sabían a lo que iban), los únicos que no esperaban clemencia ni amnistía, eran los vlasovistas.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Mucho antes de nuestro inesperado encuentro en los catres de las cárceles, yo tenía conocimiento de su existencia, aunque no sabía qué pensar de ellos.

Primero fueron unas octavillas, mojadas muchas veces por la lluvia y muchas veces secadas por el sol, perdidas en una franja del frente de Orel, entre altas hierbas que llevaban tres años sin conocer la siega. Las octavillas llevaban una fotografía del general Vlásov, acompañada de su biografía. En esa fotografía borrosa, su cara parecía la de un hombre bien comido y que había triunfado, como la de todos nuestros generales formados ya en época soviética. (En realidad no era así. Vlásov era alto y delgado, y en fotografías más detalladas puede verse que parecía un campesino que hubiera estudiado y se hubiera puesto unas gafas de concha.) La biografía parecía confirmar su brillante carrera: en los años de los encarcelamientos masivos estuvo de asesor militar con Chiang Kai-chek. ¿Pero a qué frases de aquella biografía podía darse crédito?

Andréi Andréyevich Vlásov nació en 1900, en una familia campesina de la región de Nizhni-Nóvgorod. Bajo el tutelaje de su hermano, maestro rural, estudió en la academia eclesiástica de Nizhni-Nóvgorod, pero antes de pasar al seminario le sorprendió la Revolución. En la primavera de 1919 fue movilizado por el Ejército Rojo y al final del mismo año ya era jefe de pelotón en el frente contra Denikin. Al terminar la guerra ascendió a jefe de compañía y se quedó en el Ejército. En 1928 siguió los cursos «Vystrel» y más tarde se incorporó al Estado Mayor. En 1930 ingresó en el VKP(b), lo que le abrió nuevas posibilidades de ascenso. En 1938, ya con el grado de jefe de regimiento, fue enviado como asesor militar a China. Al no estar relacionado con las altas esferas militares o del partido, Vlásov se vio dentro de esa «segunda promoción» que Stalin ascendió para relevar a los jefes de Ejército, de división y de brigada que habían sido liquidados. En 1939 recibió el mando de una división, y en 1940, en la primera hornada de nuevos (antiguos) grados militares, obtuvo el de mayor general. Por lo que siguió después se puede concluir que entre los generales de aquel reemplazo, muchos de ellos completamente obtusos e inexpertos, Vlásov resultó ser uno de los más capacitados. Su división de tiradores n° 99, que hasta entonces era el furgón de cola del Ejército Rojo, ahora era citada como ejemplo en el *Estrella Roja* y en la guerra no fue cogida por sorpresa cuando Hitler atacó, al contrario: cuando nuestro retroceso hacia el Este se hizo general, la división avanzó hacia Occidente, recuperó Przemysl y lo mantuvo durante seis días. Después de pasar fugazmente por el cargo de jefe de cuerpo del Ejército, en 1941 Vlásov ya dirigía, en Kiev, el 37º Ejército. Cogido en la enorme bolsa de Kiev, logró abrirse paso al frente de un gran destacamento. En noviembre Stalin le confió el 20º Ejército e inmediatamente entró en combate en Jimki, tras lo cual lanzó una contraofensiva que llegó hasta Rzhev y se convirtió en uno de los salvadores de Moscú.

(En un parte de la Oficina de Información del 12 de diciembre, la enumeración de generales era la siguiente: Zhúkov, Leliushenko, Kuznetsov, Vlásov, Rokossovski...) Con el ritmo precipitado de aquellos meses, Vlásov tuvo tiempo de convertirse en adjunto del comandante del Frente del Voljov (general Meretskov), y en marzo, de tomar el mando del Segundo Ejército de choque que había quedado cercado en un imprudente avance para romper el bloqueo de Leningrado. Vlásov asumió el mando ahí mismo, en el interior de la bolsa. Aún estaban practicables los últimos caminos de invierno, pero Stalin prohibió la retirada y, al contrario, ordenó a las tropas, que ya estaban peligrosamente adentradas, seguir adelante por parajes pantanosos que empezaban a deshelarse, sin víveres, sin armamento y sin apoyo aéreo. Tras dos meses de hambre y agonía (con posterioridad, aquellos soldados me contarían en las celdas de Butyrki que raspaban los cascos de los caballos muertos, en descomposición, que cocían aquellas virutas y se las comían), el 14 de mayo de 1942 los alemanes lanzaron una ofensiva concéntrica sobre el ejército rodeado (y en el aire, como es natural, sólo había aviones alemanes). Y sólo entonces, como una burla, recibieron permiso de Stalin para retroceder a la otra orilla del Voljov. ¡Y aún hubo intentos desesperados de romper el cerco! Hasta comienzos de julio.

Así (como si repitiera la suerte del Segundo Ejército de Samsónov, arrojado insensatamente a una bolsa) sucumbió el Segundo Ejército de Choque de Vlásov.

¡Estaba bien claro que aquello había sido traición a la patria! ¡Por supuesto que había sido una cruel traición! Pero.... del propio Stalin. Traicionar no es necesariamente venderse. La ignorancia y la negligencia en la preparación de la guerra, el desconcierto y la cobardía en su comienzo, el absurdo sacrificio de ejércitos y regimientos sólo para seguir luciendo un uniforme de mariscal, ¿acaso puede cometer traición más grave un Comandante Supremo?

A diferencia de Samsónov, Vlásov no se suicidó. Perdido su ejército, erró por bosques y pantanos hasta rendirse el 12 de julio en la región del río Síverskaya. Pronto se encontró en Vínnitsa, en un campo especial para oficiales prisioneros de alta graduación creado por el conde Von Staufenberg, futuro participante en una conspiración contra Hitler. Los siguientes dos años de la vida de Vlásov transcurrieron bajo la protección de los círculos militares oposicionistas (más tarde, muchos de sus integrantes saldrían a relucir y morirían en la confabulación contra Hitler). En las primeras semanas de cautiverio, él y el coronel Boyarski, ex comandante de la 41ª División de la Guardia, redactaron un informe: la mayoría de la población soviética, tanto civiles como militares, vería con agrado el derrocamiento del Gobierno soviético si Alemania reconociera a la nueva Rusia en pie de igualdad (quizás influyera en este apresurado dictamen la experiencia personal de Vlásov: sus suegros habían sido «colectivizados» y su esposa obligada a renegar oficialmente de

sus padres, aunque los ayudaba bajo cuerda. Mas ahora, ella y su hijo iban a ser inmolados por ese cambio de actitud del general en cautiverio: un buen día desaparecieron en las fauces del NKVD).

Con aquella octavilla en la mano resultaba difícil creer de buenas a primeras que se tratara de un hombre eminente, que toda su vida hubiera servido con fidelidad al régimen soviético, o que sintiera profundamente y desde hacía tiempo inquietud por los destinos de Rusia. La siguiente remesa de octavillas, que anunciaba la creación del ROA, el «Ejército Ruso de Liberación» del general Vlásov, no sólo estaba escrita en un pésimo ruso, sino que además rezumaba un espíritu extranjero, claramente alemán, e incluso cierto desinterés por el asunto. En cambio, las octavillas mostraban una grosera jactancia al hablar de gachas suculentas y de la alegría reinante entre los soldados. Costaba creer en la existencia de aquel Ejército. Y si en verdad existía, ¿de qué podían estar tan alegres? Solo un alemán podría mentir así.

En realidad no hubo tal ROA casi hasta al final de la guerra. Lo que sí hubo todos esos años fue unos cuantos cientos de miles de auxiliares voluntarios — los Hilfwillige— diseminados por todas las unidades alemanas, con los mismos derechos que un soldado, ya fuera total o parcialmente. Existieron además formaciones de *voluntarios* antisoviéticos compuestas por hombres que habían sido hasta hacía poco ciudadanos de la URSS, pero al mando de oficiales alemanes. Los primeros en brindar apoyo a los nazis fueron los lituanos (¡tantas faenas les habíamos hecho en sólo un año!). Luego aparecerían una división de voluntarios de las SS compuesta por ucranianos y unos destacamentos, también de las SS, formados por estonios. En Bielorrusia se reclutó una *milicia popular* contra los guerrilleros (¡que llegó a tener cien mil hombres!). Un batallón turkestano. Otro, tártaro, en Crimea. (Y todo esto lo habían sembrado los propios soviets. Por ejemplo, en Crimea, con la estúpida persecución de las mezquitas, cuando en otro tiempo la perspicaz Catalina la Grande afianzaba sus conquistas asignando recursos del Estado para construirlas y ampliarlas. También los hitlerianos, al llegar, tuvieron el acierto de proteger las mezquitas.)

Cuando los alemanes conquistaron nuestro sur, el número de batallones de voluntarios aumentó todavía más: uno georgiano, uno armenio, uno norcaucásico y dieciséis kalmucos (mientras que en el Sur casi no aparecieron guerrilleros soviéticos.) Cuando los alemanes se retiraron del Don, marchó con ellos una columna de unos quince mil cosacos, de los que la mitad eran aptos para el combate. En los alrededores de Lokot (región de Briansk), en 1941, los habitantes del lugar abolieron los koljoses antes de que llegaran los alemanes, se armaron contra los guerrilleros soviéticos y crearon una región autónoma que tenían previsto que durara hasta 1943 (presidida por el ingeniero K.P. Voskobóinikov), con una brigada armada de veinte mil hombres (bajo la bandera de San jorge), que se autodenominaba RONA, Ejército Popular Ruso de Liberación. Sin embargo, no llegó a constituirse un auténtico ejército de liberación de toda Rusia, por más que abundaran intentos y proyectos, tanto por parte de los propios rusos que ansiaban empuñar las armas para liberar a su país, como de grupos de militares alemanes — con escasa influencia y puestos de mediana importancia — realistas y conscientes de que con la política hitleriana de colonización a ultranza no se podía ganar la guerra contra la URSS.

Entre dichos militares había bastantes alemanes del Báltico, y entre ellos veteranos del antiguo Ejército del zar que percibían con especial sensibilidad la situación en que se encontraba Rusia, como por ejemplo el capitán Strick-Strickfeldt. Este grupo intentaba en vano hacer comprender a la cúpula hitleriana que era necesaria una alianza germano-rusa. A su fantasía se debe el nombre de ese ejército, el futuro estatuto que se esperaba conferirle y el bordado en la bocamanga (sobre campo de San Andrés) que se llevaría sobre el uniforme alemán. En 1942, en la aldea Osintorf, cerca de Orsha, se creó con la ayuda de algunos emigrados rusos (Ivanov, Kromiadi, Igor Sájarov, Grigori Lamsdorf) una «unidad experimental» con prisioneros nuestros: llevaban uniformes y armas soviéticos, pero con los antiguos galones y escarapela rusos. A finales de 1942 esta formación contaba con siete mil hombres; eran cuatro batallones destinados a convertirse en regimientos, conscientes además de que eran el germen de un futuro RNNA, un Ejército Popular Nacional Ruso. Había más voluntarios de los que la unidad podía admitir, pero no tenían ninguna seguridad, pues no podían fiarse de los alemanes, y ello con razón. En diciembre de 1942 la unidad se vio afectada por una orden de reforma: debía disolverse en batallones separados, vestir uniforme alemán e incorporarse a las unidades alemanas. Aquella misma noche trescientos hombres se pasaron a la guerrilla soviética.

En otoño de 1942, Vlásov dio autorización para que se utilizara su nombre para la unificación de todas las formaciones antibolcheviques, el mismo otoño de 1942 en que el Gran Cuartel General de Hitler rechazó las propuestas de los mandos intermedios del Ejército para que Alemania renunciara a los planes de colonización del este y emprendiera en su lugar la creación de fuerzas nacionales rusas. De este modo, apenas tomada esta decisiva elección, apenas dado ya el primer paso por la senda elegida, Vlásov se veía privado de todo papel que no fuera la propaganda, y así iba a ser hasta el final. Los círculos militares que protegían a Vlásov pensaron que su proyecto se vería fortalecido si lograban ponerlo en movimiento. De ahí que lanzaran esa proclama diciendo que se había constituido un «Comité de Smolensk» (la esparcieron por el frente soviético el 13 de enero de 1943) prometiendo todas las libertades democráticas, así como la abolición de los koljoses y del trabajo forzoso. (Era el mismo enero de 1943 en que se prohibía toda unidad rusa por encima de los batallones...) Aunque no había sido autorizada, la proclama se difundió también en las regiones ocupadas por los alemanes, donde provocó muchas emociones y expectación. Los guerrilleros la desmentían diciendo que no había ningún Comité de Smolensk, ni tampoco ningún Ejército Ruso de Liberación, que aquello eran mentiras de los alemanes. El plan inicial estaba haciendo necesario un segundo proyecto: unas giras de propaganda de Vlásov por las regiones ocupadas (de nuevo estaban obrando según su albedrío, sin conocimiento ni consentimiento del Gran Cuartel General ni del mismo Hitler; a nuestro espíritu, sometido al totalitarismo, le habría sido difícil concebir semejante espontaneidad, en nuestro país no se podía dar un solo paso importante sin autorización desde lo más alto, pero es que en nuestro país el sistema era incomparablemente más rígido que el nazi, llevábamos con él un cuarto de siglo y los nazis sólo diez años).

Con un capote confeccionado de forma artesanal, que no pertenecía a ningún ejército — marrón, con solapas rojas de general pero sin distintivos de graduación — Vlásov llevó a cabo el primero de esos viajes en marzo de 1943 (Smolensk-Moguiliov-Bobruisk) y un segundo en abril (Riga-Pechori-Pskov-Gdov-Luga). Estos viajes enardecieron a la población rusa, creaban la impresión tangible de que estaba naciendo un movimiento ruso independiente, de que podía renacer una Rusia independiente. Vlásov pronunció discursos en los teatros de Smolensk y de Pskov, llenos hasta los topes, habló de los objetivos del movimiento de liberación, y dijo abiertamente que el nacionalsocialismo era inaceptable para Rusia, pero que era imposible derribar al bolchevismo sin los alemanes. Con la misma franqueza, el público le preguntaba si era cierto que los alemanes tenían la intención de convertir Rusia en una colonia y al pueblo ruso en animales de labor. ¿Por qué seguía sin haber nadie que explicara qué iba a pasar con Rusia después de la guerra? ¿Por qué los alemanes no permitían que los rusos se autogobernasen en las regiones ocupadas? ¿Por qué los voluntarios antiestalinistas no podían luchar si no era bajo mando alemán? Vlásov respondía con apuro, aunque con más optimismo del que pudiera quedarle a esas alturas. Por su parte, el Gran Cuartel General Alemán respondió con una orden del mariscal de campo Keitel: «En vista de las irresponsables y vergonzosas declaraciones del general ruso prisionero Vlásov durante su viaje al Grupo de Ejército del Norte, que ha tenido lugar sin conocimiento del Führer ni mío, se dispone su inmediato traslado a un campo de prisioneros». Sólo se permitía utilizar el nombre del general con fines propagandísticos, y si el general volvía a hablar a título personal, debería ser entregado a la Gestapo y neutralizado.

Corrían los últimos meses en los que millones de soviéticos todavía estaban fuera del alcance de Stalin, aún podían tomar las armas contra la esclavitud bolchevique y aún les era posible organizar una vida independiente, pero el mando alemán no tenía dudas a este respecto: el 8 de junio de 1943, antes de la batalla de Kursk-Orel, Hitler confirmó que jamás sería creado un ejército ruso independiente y que a los rusos, Alemania sólo los necesitaba como obreros. Hitler era incapaz de comprender que la única posibilidad histórica de derribar al régimen comunista era un movimiento de su propia población, la rebelión del pueblo atormentado.

Pero una Rusia así y una victoria así eran para Hitler mucho más temibles que cualquier derrota. Ni siquiera después de Stalingrado y de haber perdido el Cáucaso advirtió Hitler que algo hubiera cambiado. Mientras Stalin se arrogaba el papel de defensor supremo de la patria, reinstauraba los antiguos galones rusos, restablecía la Iglesia ortodoxa y disolvía la Komintern, Hitler hizo cuanto estuvo en su mano para ayudarle y dispuso en septiembre de 1943 *que se desarmara a todas las unidades de voluntarios* y se mandara a sus integrantes a las minas de carbón. Luego cambió de parecer: mejor que se los llevaran a la Muralla Atlántica, contra los aliados.

Puede decirse que desde este momento el proyecto de un ejército ruso independiente se había ido al traste. ¿Qué hizo Vlásov? Por una parte, no sabía lo mal que pintaba el asunto (e ignoraba que después de sus viajes se le consideraba de nuevo prisionero de guerra y que por tanto corría peligro), y por otra, emprendió de manera irreversible un camino funesto de esperanzas infundadas y acuerdos con la Bestia, toda vez que ante las bestias del Apocalipsis sólo podemos salvarnos si somos tenaces y no damos el brazo a torcer, desde el primer minuto hasta el último. Pero, ¿es que acaso dispuso alguna vez el Movimiento de Liberación de los ciudadanos rusos aunque fuera de un minuto? Desde el principio estuvo condenado a morir, como víctima tardía en el ara, aún caliente, de 1917. Estas víctimas se extenderían como un rosario de huesos durante el primer invierno de guerra, el de 1941-1942, que aniquiló a varios millones de prisioneros soviéticos. Era un rosario que había empezado ese verano, con el reclutamiento de una milicia popular de hombres desarmados que debían salvar al bolchevismo.

Se impone aquí la comparación entre Vlásov y el general-mayor Mijaíl Lukin, comandante del 19º Ejército, que en 1941 aceptó luchar contra el régimen estalinista pero exigió garantías de independencia nacional para una Rusia sin comunistas, y al no recibirlas, no se movió del campo de prisioneros. En cambio, Vlásov cedió a unas esperanzas que nada garantizaban y, puesto ya en este camino, claudicó en más de una ocasión ante los argumentos apaciguadores de sus asesores. Cada vez que intentaba detenerse, echarse atrás o romper con todo, le presentaban un argumento: «desarmarán a todas las unidades de voluntarios», «no habrá salida para los prisioneros de guerra», «empeorará la situación de los *Ostarbeiter*» (es decir: de los rusos que trabajaban en Alemania). Y atenazado por estas razones, en octubre de 1943 Vlásov firmó una carta abierta a los voluntarios trasladados, ya sin armas, al Frente Occidental: era una medida provisional, había que someterse...

Y así fue como ese acerbo voluntariado perdió la poca razón de ser que le quedaba: fueron enviados como carne de cañón contra los aliados y contra la Resistencia francesa, es decir: contra los únicos que despertaban sincera simpatía entre los rusos de Alemania, aquellos rusos que habían sufrido en propia piel tanto la crueldad como la autosuficiencia de los alemanes. Con ello quedaban soterradas las secretas esperanzas que los círculos vlasovistas habían estado acariciando con respecto a los anglonorteamericanos: si los aliados habían apoyado a los comunistas, ¿cómo no iban a apoyar, contra Hitler, a una Rusia democrática, no comunista? Con más razón aún, cuando cayera el Tercer Reich y se manifestara a las claras el ansia de los soviéticos por extender su régimen a Europa y por todo el mundo, ¿cómo iba a continuar Occidente apoyando la dictadura bolchevique?

A este respecto existía un abismo entre los puntos de vista ruso y occidental, una divergencia que hasta el día de hoy sigue sin haberse superado. Para Occidente se trataba de una guerra *sólo* contra Hitler, y en esta lucha consideraba buenos *todos* los medios y *todos* los aliados, en especial los soviets. Más que no poder, Occidente no quería admitir — hubiera sido un engorro y un obstáculo — que los pueblos de la URSS pudieran tener aspiraciones *propias*, no *coíncidentes* con los objetivos del Gobierno comunista. Veamos, si no, este tragicómico botón de muestra: cuando llegaron al Frente Occidental los voluntarios de los batallones antibolcheviques, ¡los aliados difundieron proclamas en las que prometían a los que se pasaran al bando aliado el regreso inmediato a la Unión Soviética! En sus sueños y esperanzas, Vlásov y los suyos se veían a sí mismos como una «tercera fuerza», es decir: ni Stalin ni Hitler. Sin embargo, tanto Stalin como Hitler — lo mismo que Occidente — arrancaron este cimiento de bajo sus pies: para Occidente los vlasovistas nunca fueron más que una extraña categoría de colaboracionistas nazis sin mayor mérito que los demás.

Que era verdad que había rusos luchando contra nosotros y que combatían con más redaños que cualquier SS es algo que bien pronto pudimos comprobar. En julio de 1943, por ejemplo en Orel, un pelotón de rusos con uniforme alemán defendía la aldea de Sobákinskie Vyselki. Luchaban tan denodadamente como si aquellos caseríos los hubieran levantado ellos mismos.

A uno de ellos lo acorralaron en un sótano y aunque empezaron a echarle granadas de mano, seguía ahí sin decir ni pío; pero apenas intentaron bajar, contestó con ráfagas de metralleta. Sólo cuando le arrojaron una carga anticarro pudieron ver que dentro del sótano había un lagar en el que se había guarecido de las granadas. Cabe imaginarse hasta qué punto debería estar aturdido, conmocionado y desesperado pero dispuesto a seguir combatiendo.

También estuvieron defendiendo una inexpugnable cabeza de puente en el Dniepr, al sur de Tursk, donde se libraron dos semanas de infructuosos combates por unos centenares de metros, allí la lucha era terrible y el frío otro tanto (era diciembre de 1943). En esta encarnizada batalla invernal de varios días de duración, tanto ellos como nosotros íbamos vestidos con batas blancas de camuflaje que ocultaban el capote y los gorros de piel. Cerca de Máíye Kozlóvichi, según me contaron, ocurrió el siguiente caso: dando cortas carreras de pino a pino, dos hombres se despistaron y, tumbados uno junto a otro, seguían disparando, aunque ya no sabían muy bien contra qué o contra quién. Ambos llevaban metralletas soviéticas. Compartían la munición, se elogiaban cada vez que uno daba un tiro certero y maldecían en el ruso más soez el aceite de la metralleta, que se espesaba con el frío. Cuando las armas se encallaron definitivamente, decidieron echar un pitillo, abatieron las capuchas blancas y entonces descubrieron que en los gorros uno llevaba un águila y el otro una estrella. ¡Vaya bote que pegaron! ¡Y encima las metralletas no funcionaban! Empezaron a perseguirse uno a otro usándolas como garrotes. Ya no se trataba de política ni de la madre patria, sino de una elemental y primitiva desconfianza: si le perdono la vida, me mata.

En la Prusia Oriental, a pocos pasos de donde yo estaba, conducían a tres vlasovistas prisioneros por el arcén de la carretera, en la que retumbaba también un tanque T-34. De pronto, uno de los prisioneros dio un respingo y de un salto se escurrió como un conejo bajo el tanque. El blindado torció, pero no pudo evitar aplastarlo con el borde de la oruga. La víctima aún se retorcía y una espuma roja asomaba por sus labios. ¡Se le podía comprender! Había preferido una muerte de soldado a que lo ahorcaran en una mazmorra.

No les habían dejado elección. No podían combatir de otra manera. Les habían privado de toda posibilidad de luchar con más cuidado de sí mismos. Si el «simple» cautiverio se consideraba en nuestro país como una traición imperdonable a la patria, ¿qué no pensarían de aquellos que habían empuñado las armas del enemigo? Nuestra tosca propaganda sólo era capaz de explicar la conducta de esta gente como: 1) traición (¿biológica?, ¿que se lleva en la sangre?), o 2) cobardía. ¡Cualquier cosa menos cobardía! El cobarde va allá donde haya indulgencia, condescendencia. Y a los destacamentos «vlasovistas» de la Wehrmacht sólo podía llevarles una angustia extrema, una desesperación más allá de todo límite, la imposibilidad de seguir soportando el régimen bolchevique, además del desprecio por la propia integridad. ¡Bien sabían ellos que aquí no les alcanzaría ni un fugaz rayo de clemencia! Al caer prisioneros los fusilaban apenas oían salir de su boca la primera palabra rusa inteligible. (En Bobruisk me dio tiempo a parar y advertir a un grupo que iba a entregarse. Les aconsejé que se disfrazaran de campesinos y se dispersaran por las aldeas a pedir cobijo.) Los prisioneros rusos, ya fuera en el cautiverio ruso o en el alemán, siempre eran los que lo pasaban peor.

En general, esta guerra nos descubrió que no hay nada peor en la Tierra que ser ruso.

Recuerdo avergonzado que durante la conquista (es decir, en el pillaje) de la bolsa de Bobruisk iba yo por la carretera entre vehículos alemanes despanzurrados patas arriba y a cuyo alrededor se desparramaba un exuberante botín de guerra, cuando escuché gritos de socorro en una hondonada, allí, en medio de coches y carros atascados deambulaban sin rumbo los caballos de tiro alemanes y humeaban unas hogueras hechas con trofeos apilados. «¡Señor capitán! ¡Señor capitán!», en un ruso perfecto estaba pidiéndome protección un soldado que marchaba a pie, con pantalones alemanes, desnudo de cintura para arriba, con la cara, el pecho, los hombros y la espalda ensangrentados, mientras un sargento de la Sección Especial montado a caballo, lo acosaba con el látigo y le echaba el animal encima. Fustigaba sus carnes desnudas a latigazos y no permitía que se diera la vuelta ni que pidiera auxilio, le iba empujando a golpes, marcando en su piel nuevas cicatrices rojas. ¡No estábamos en las guerras púnicas ni en las médicas! Cualquier persona que tuviera autoridad, cualquier oficial de cualquier Ejército del mundo, tenía la obligación de detener aquella tortura arbitraria. Cualquier oficial, de cualquier Ejército, sí. Pero, ¿también del nuestro? ¿Con la feroz y absoluta dicotomía con que veíamos la Humanidad? (Si *no estás con nosotros*, si *no eres de los nuestros*, etcétera, o sea, sólo mereces el desprecio y la muerte.) Pues bien, me *acobardé* de defender a un vlasovista ante un sargento de la Sección Especial, *no dije ni hice nada, pasé de largo como si no lo hubiera oído* para que esa peste, de todos conocida, no se me pegara a mí (¿Y si el vlasovista fuera un supercriminal? ¿Y si el sargento se cree que yo...? ¿Y si...?). Más sencillo aún para el que conozca el ambiente de entonces en el Ejército: ¿qué caso le habría hecho un sargento de la Sección Especial a un capitán del Ejército?

Con cara brutal, el sargento continuó azotando y acosando a aquel hombre indefenso como si fuera ganado.

Esta escena se me quedó grabada para siempre. En realidad, es casi un símbolo del Archipiélago, podría ilustrar la portada del libro.

Y ellos, que presentían, que sabían todo esto de antemano, se cosían pese a todo el escudo con el campo de San Andrés y las siglas ROA en la manga izquierda de su uniforme alemán.

La brigada de Kaminski, formada en Lokot, en la región de Briansk, se componía de cinco regimientos de infantería, un grupo de artillería y un batallón de tanques. En julio de 1943 se encontraba en una franja del frente cercana a Dmitrovsk-Orlovski. En otoño uno de sus regimientos defendió firmemente Sevsk hasta perder el último hombre: las tropas soviéticas remataron a los heridos y al jefe del regimiento lo llevaron a Ostras, atado a un tanque, hasta matarlo. Cuando la brigada hubo de retarse de Lokot, su región natal, lo hizo en una sola columna, con sus «millas y sus carros, formando un éxodo de más de cincuenta mil personas (¡ya podemos imaginarnos cómo peinaría el NKVD esta región autónoma antisoviética nada más entrar en ella!). Más allá de Briansk les aguardaba un largo y amargo periplo: esperaron en forma humillante a las puertas de Lepel, los utilizaron contra los guerrilleros y más tarde tuvieron que replegarse a la Alta Silesia, donde Kaminski recibió la orden de aplastar la insurrección de Varsovia y no fue capaz de desobedecer.

Partió con 1700 hombres solteros que llevaban uniforme soviético y brazaletes amarillos. Así era como entendían los alemanes todas esas escarapelas tricolores, el campo de San Andrés y la efigie de San Jorge Victorioso. Entre el ruso y el alemán era imposible que hubiera traducción, ni comunicación, ni entendimiento.

Los batallones formados a partir de la disuelta unidad de Osintorf también estaban llamados a combatir a los guerrilleros o ser trasladados al Frente Occidental. En 1943 la «brigada de la guardia» del ROA, compuesta por algunos centenares de hombres, se encontraba acantonada cerca de Pskov (en Stremutka) y mantenía contactos con la población rusa de los alrededores, pero el mando alemán impidió que creciera.

Los míseros periódicos de las unidades de voluntarios eran sometidos al machete de la censura alemana. A los vlasovistas no les quedaba más que batirse a vida o muerte, y, en los ratos de ocio, beber vodka y más vodka. La perdición irremediable, ésa fue la tónica de esos años de guerra y exilio. Sin ninguna salida, sin ningún sitio adonde ir.

Incluso cuando ya estaban retrocediendo en todos los frentes y se hallaban en vísperas del desastre, Hitler y sus adláteres no pudieron superar su contumaz desconfianza hacia las formaciones rusas autónomas, ni decidirse a tolerar un asomo de independencia en una Rusia que no estuviera sometida a ellos. No fue hasta que todo se derrumbaba crujiendo a su alrededor, en septiembre de 1944, cuando Himmler dio su aprobación a la creación de un ROA compuesto por divisiones íntegramente rusas, incluso con su pequeña aviación, y en noviembre de 1944 se permitió un espectáculo que de todos modos llegaba tarde: la convocatoria de un Comité de Liberación de los Pueblos de Rusia. Sólo en el otoño de 1944 obtuvo el general Vlásov la primera posibilidad, con visos creíbles, de actuar, aunque a sabiendas de que ya era tarde. Añadamos a esto que el principio federal atraía a pocos: Bandera, puesto en libertad por los alemanes (también en 1944) rehusó una alianza con Vlasov; las unidades separatistas ucranianas veían en Vlásov a un imperialista ruso y no querían caer bajo su férula; por parte de los cosacos rehusó el general Krasnov. Hubo que esperar al décimo día antes del desplome definitivo de Alemania — ¡el 28 de abril de 1945! — para que Himmler permitiera que un cuerpo de cosacos se pusiera a las órdenes de Vlásov. El mando nazi ya estaba dominado por el caos: unos jefes permitían que se retiraran del frente unidades de voluntarios rusos para integrarlas en el ROA, y otros lo impedían. Además, en la práctica resultaba difícil arrancar de primera línea a los batallones rusos en pleno combate, como tampoco era tarea fácil encontrar a Ostarbeiter rasos dispuestos a dejar sus trabajos en la retaguardia para alistarse en el ROA. Tampoco los alemanes se dieron prisa en poner en libertad prisioneros rusos para el ejército de Vlásov: al revés la máquina no funcionaba tan bien.

Pese a todo, en febrero de 1945 se formó la Primera División del ROA (la mitad eran soldados procedentes de Lokot) y empezó la formación de la Segunda. Ya era demasiado tarde para confiar que esas divisiones fueran a entrar en combate como aliadas de Alemania; en el mando vlasovista se encendía ahora la esperanza, largo tiempo acariciada en secreto, de un conflicto entre los soviets y los aliados. Lo señalaba

también un informe del Ministerio de Propaganda alemán (febrero de 1945): «el movimiento de Vlásov no se considera ligado a vida o muerte con Alemania, hay en él fuertes simpatías anglofilas e ideas sobre un cambio de rumbo. El movimiento no es nacionalsocialista y no reconoce en absoluto el problema judío».

Esta ambigüedad se reflejó también en el Manifiesto del Comité de Liberación de los Pueblos de Rusia publicado en Praga (para que fuera en tierra eslava) el 14 de noviembre de 1944. El documento no podía evitar una mención a «las fuerzas del imperialismo, encabezadas por los plutócratas de Inglaterra y EE.UU, cuya grandeza se basa en la explotación de otros países y pueblos» y «ocultan sus miras criminales bajo consignas de defensa de la democracia, la cultura y la civilización», pero al mismo tiempo no contenía sumisión alguna al nacionalsocialismo, al antisemitismo ni a la Gran Alemania. A lo máximo que llegaba era a llamar «pueblos amantes de la libertad» a todos los enemigos de los aliados, aplaudía «la ayuda alemana, recibida en condiciones que no perjudican el honor ni la independencia de nuestra patria» y decía anhelar una "Paz honrosa con Alemania».

De hecho, por deshonrosa que fuera, no Podría ser peor que la de Brest-Litovsk, y en las condiciones de entonces, puede que hasta fuera mejor, aunque de todos modos siguiera siendo preciso un cambio en el equilibrio de fuerzas europeo. En el Manifiesto se veía un intenso esfuerzo por presentar un proyecto demócrata y federalista (otorgando a las naciones libertad de secesión), mientras que con pie cauteloso tanteaba una doctrina social de resabios soviéticos, todavía inmadura e insegura de sí misma: el «fenecido régimen zarista», «el retraso cultural y económico de la antigua Rusia», «la revolución popular de 1917...». El Manifiesto sólo era consecuente en su antibolchevismo.

Todo esto se celebró en Praga a muy modesta escala, con la presencia de representantes del «Protectorado de Bohemia», es decir: funcionarios alemanes de tercer orden. Todo el Manifiesto, así como las emisiones radiofónicas que lo acompañaron, lo escuché entonces por radio en el frente, y la impresión que me causó fue que se trataba de un espectáculo fuera de época y condenado al fracaso. En el mundo occidental este Manifiesto pasó completamente desapercibido y no ayudó lo más mínimo a comprender al Este. Sin embargo tuvo un gran éxito entre los Ostarbeiter: dicen que llovieron las peticiones de ingreso en el ROA (según Sven Steenberg, 300.000) y eso en los meses de mayor desesperanza, cuando Alemania se derrumbaba a ojos vistas y esos desdichados ciudadanos soviéticos, abandonados a su suerte, sólo podían confiar en su fuerte aversión al bolchevismo para hacer frente al Ejército Rojo, perfectamente templado y a punto ya de irrumpir como un alud.

¿Qué planes podía tener ese ejército en formación? Al parecer, abrirse paso hasta Yugoslavia, unirse allí con los cosacos, con el cuerpo de emigrados y con Mihajlovic, y defender a Yugoslavia del comunismo. Pero veamos antes: ¿cómo iba a permitir el mando alemán, en aquellos difíciles meses, que se formara en su retaguardia, sin obstáculos, un ejército ruso autónomo? El mando exigía con impaciencia movimientos hacia el Frente Oriental, ora un destacamento antitanque hacia Pomerania (I. Sájarov-Lamsdorf), ora la Primera División entera hacia el Oder. ¿Y qué hacía Vlásov? Los entregaba obedientemente — como siempre ocurre cuando se empieza con concesiones — aunque la entrega de la única división que había de momento privara de sentido a todo su plan para formar un ejército. Siempre había argumentos a mano: «Los alemanes no confían en nosotros, pero cuando hayan visto el comportamiento de la Primera División bajo el fuego quedarán convencidos y entonces la formación del ROA irá más deprisa». Pero en realidad iba muy mal.

La Segunda División, junto con la brigada de reserva, veinte mil hombres en total, siguió siendo hasta mayo de 1945 una muchedumbre desarmada, no sólo sin artillería, sino casi sin armas ligeras de infantería, e incluso mal uniformada. Así pues, la Primera División (16.000 efectivos) fue enviada a una muerte cierta en una operación desesperada, y sólo gracias al desmoronamiento general de Alemania pudo Buniachenko, su comandante, retirarla de primera línea por propia decisión y abrirse paso hasta Bohemia, a pesar de la resistencia de los generales. (Por el camino liberaron a prisioneros de guerra rusos que se les unieron «para que los rusos estuvieran juntos».) Llegaron a las inmediaciones de Praga a principios de mayo. Y los checos, que se habían sublevado en la capital el 5 de mayo, pidieron su ayuda. El 6 de mayo la división de Buniachenko entró en Praga y el 7 de mayo, tras encarnizados combates, salvaba la insurrección y la ciudad. Como una burla que confirmara la sagacidad de los alemanes menos sagaces, la primera y última acción autónoma de la Primera División de Vlásov fue un combate precisamente contra los alemanes, en el que se

desbordaron toda la rabia y la hiél acumuladas en el pecho de los rusos, oprimidos durante tres años de crueldad e inepcia. (Los checos los recibieron con flores y se dieron cuenta de todo, ¿pero supieron guardar todos ellos después memoria de qué rusos habían salvado su ciudad?

En nuestro país sigue considerándose hoy día que Praga fue liberada por las tropas soviéticas, cuando lo cierto es que, cumpliendo los deseos de Stalin, Churchill no tuvo prisa entonces por repartir armas entre los habitantes de Praga, que los norteamericanos contuvieron su avance para dejar que fueran los soviéticos quienes tomaran la ciudad, y que el dirigente comunista de Praga Jozef Smrkovsky por aquel entonces, ignorando lo que le esperaba a su país en un futuro todavía lejano, echaba pestes de los traidores vlasovistas y no ansiaba más liberación que la que protagonizaran los soviéticos.)

Durante todas esas semanas, Vlásov no se comportó como un caudillo militar, sino que se mostró cada vez más confuso y encerrado en su callejón sin salida. Durante la operación de Praga no dio instrucciones a la Primera División y dejó sumida en la incertidumbre a la Segunda, así como a las pequeñas unidades, mientras se iba agotando el tiempo y nadie encontraba fuerzas para llevar a cabo la proyectada fusión con los cosacos. El único acto consecuente de Vlásov fue negarse a una fuga en solitario (tenía un avión esperándole para llevarlo a España), pues por lo demás, tenía la voluntad paralizada y dejó que el fin llegara por sí mismo. Su única actividad en las últimas semanas fue el envío de delegaciones secretas a la busca de contactos con los anglonorteamericanos. Otros miembros de su Estado Mayor (los generales Trujin, Meándrov, Bo-yarski) hicieron lo mismo.

Sólo la idea de que, ahora que se acercaba el final, los vlasovistas quizá fueran de utilidad a los aliados podía iluminar de algún sentido su largo pender de la soga alemana. Nunca habían dejado de acariciar — mejor digamos asirse — a esta esperanza: terminaba la guerra y había llegado la hora de que los poderosos anglonorteamericanos exigieran de Stalin un cambio en su política interna. Cada vez había menos distancia entre los ejércitos del Este y el Oeste ¡iban a encontrarse sobre el cadáver de Hitler! ¿Cómo no va a estar Occidente interesado en aprovechar y utilizar *nuestra fuerza?* ¿Cómo no van a comprender que el bolchevismo es el enemigo común de toda la Humanidad?

¡Pues no, no lo comprendían, ni mucho menos! ¡Ay, la necedad de la democracia occidental! ¿Cómo? ¿Dicen ustedes que constituyen la oposición política? ¿Pero desde cuándo existe oposición en su país? ¿Y entonces, por qué no se ha manifestado nunca públicamente? Bueno, si no les gusta Stalin, vuelvan a casa y en la primera campaña electoral le niegan el voto, ése es el camino honesto. Pero es que recurrir a las armas, y encima alemanas... No, ahora tenemos la obligación de entregarlos, otra cosa no sería correcta y además, se resentirían nuestras relaciones con nuestro valeroso aliado.

En la segunda guerra mundial, Occidente defendió su libertad y la defendió para sí mismo, pero a nosotros (y a la Europa del Este) nos hundió en una esclavitud dos veces más profunda.

La última tentativa de Vlásov fue la siguiente declaración: el mando del ROA estaba dispuesto a comparecer ante un tribunal internacional, pero la entrega del ejército a las autoridades de la URSS, donde les esperaba una muerte cierta, era tanto como entregar un movimiento de oposición, lo cual contravenía el Derecho Internacional. Nadie oyó este grito desesperado, e incluso la mayoría de jefes militares estadounidenses se quedaron estupefactos al enterarse de que había rusos no soviéticos; lo más natural era ponerlos en manos soviéticas.

El ROA no sólo capituló ante los norteamericanos, sino que *suplicó* que aceptaran su rendición y les garantizaran, aunque sólo fuera, que no iban a ser entregados a los soviets. Y a veces, por simpleza, había oficiales medios estadounidenses que no estaban versados en la gran política y accedían a hacer esta promesa (todas las promesas fueron incumplidas más tarde, engañaron a los prisioneros). La Primera División al completo (el 11 de mayo cerca de Pilsen) y casi toda la Segunda toparon con una muralla de armas erigida por los norteamericanos, quienes se negaron a hacerlos prisioneros y admitirlos en su zona. En Yalta, Churchill y Roosevelt se habían comprometido con su firma a repatriar a todos los ciudadanos soviéticos, en particular los militares, pero no se había dicho si esta repatriación sería voluntaria o forzosa,

pues ¿qué país puede haber en el mundo cuyos hijos no deseen volver voluntariamente a la patria? Toda la miopía de Occidente se condensó en las rúbricas de Yalta.

Los norteamericanos no aceptaban la capitulación y los tanques soviéticos recorrían ya los últimos kilómetros. Sólo quedaba como solución o bien librar un último combate o bien... como decidieron al unísono Buniachenko y Zvérev (de la Segunda División): que no hubiera lucha. (Eso también es propio del carácter ruso: ¿ quién sabe si...? Pese a todo, son los nuestros... En la cárcel he podido oír muchos relatos sobre casos de rendición irreflexiva o en estado de embriaguez porque eran los nuestros. El 12 de mayo, en un bosque, la Primera División, todavía armada y al completo, recibió orden de dispersarse. Unos se vistieron de paisano, otros se arrancaron las insignias, otros quemaron la documentación y otros, en fin, se pegaron un tiro. Por la noche comenzó la batida de las tropas soviéticas. Cayeron cerca de diez mil hombres, entre muertos y prisioneros, y el resto se abrió paso hacia la zona estadounidense, aunque la mayor parte de ellos serían entregados a las tropas soviéticas, como sucedió con los soldados de la Segunda División, la aviación y los batallones aislados. Para algunos la detención en los campos norteamericanos se prolongó durante muchos meses (el grupo de Meándrov). Fuera por menosprecio o para darles a entender que se evadieran, el caso es que los norteamericanos les hacían pasar hambre, como hicieran los alemanes, y que los empujaban a golpe de culata, aunque los vigilaban sin mucho celo. Alguno se evadió, ¡pero la mayor parte se quedó! ¿Confiaban quizás en Estados Unidos?, ¿o creían imposible que los norteamericanos los traicionaran? Se quedaron a esperar su terrible destino, cercenados ya por la propaganda soviética, por la desmoralización y el sentimiento de culpa. Entre 1945 y 1946 fueron entregados grupo tras grupo, para que la Unión Soviética pasara cuentas con generales, oficiales y soldados. (El 2 de agosto de 1946 la prensa soviética publicó la sentencia que la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo había impuesto a Vlásov y a once de sus más próximos colaboradores: pena de muerte a ejecutar en la horca.)

En aquel mismo mayo de 1946, en Austria, Inglaterra tuvo un gesto parecido de lealtad hacia su aliado (aunque debido a nuestra habitual modestia, no se hizo público en nuestro país) al entregar al mando soviético un cuerpo de Ejército cosaco (de cuarenta y cinco mil hombres) que se había abierto paso desde Yugoslavia. Esta entrega tuvo un carácter artero, en el espíritu tradicional de la diplomacia inglesa. Hay que decir que los cosacos estaban dispuestos a luchar hasta la muerte o cruzar el océano, ya fuera a Paraguay o a Indochina, todo con tal de no entregarse vivos. Los ingleses comenzaron por darles mayor ración, les entregaron unos soberbios uniformes ingleses, les prometieron incorporarlos a su Ejército y llegaron incluso a hacerles pasar revista. Por esta razón no recelaron cuando les propusieron entregar las armas con el pretexto de unificarlas. El 28 de mayo convocaron a todos los oficiales de grado igual o superior al de jefe de escuadrón (más de dos mil hombres) en la ciudad de Judenburg, sin los soldados. El pretexto era que iban a tratar con el mariscal Alexander sobre los futuros destinos del Ejército.

El engaño se desencadenó por el camino, cuando los oficiales fueron puestos bajo fuerte escolta (los ingleses los apalearon hasta hacerles sangrar). Luego la columna motorizada fue adentrándose gradualmente por un corredor de tanques soviéticos hasta que al entrar en Judenburg fueron a dar a un semicírculo de furgones celulares, junto a los cuales ya había una escolta esperándolos con unas listas. Los cosacos ni siquiera podían pegarse un tiro o clavarse un puñal: les habían quitado todas las armas. Algunos se arrojaron desde un alto viaducto contra las rocas o derechos al río. La mayoría de los generales entregados eran emigrados, habían sido, pues, aliados de aquellos mismos ingleses en la primera guerra mundial. Durante la guerra civil los ingleses no habían encontrado tiempo para darles las gracias y ahora saldaban su deuda.

En los días siguientes, los ingleses» tan mendaces como antes, entregaron a los soldados rasos cargados en vagones envueltos en alambre de espino. (El 17 de enero de 1947 los periódicos soviéticos difundieron el ahorcamiento de los generales cosacos Petr Krasnov, Shkuró y algunos más.)

Al mismo tiempo, llegaba de Italia el convoy «Campamento Cosaco», con treinta y cinco mil hombres, y se detenía en el valle de Lienz, junto al Drava. Había en el convoy cosacos combatientes, pero también muchos ancianos, niños y mujeres, de los cuales ninguno deseaba volver a sus ríos cosacos ancestrales. Sin embargo, no temblaron los corazones ingleses ni se enturbió su mente democrática. El mayor inglés Davis, que dirigía la operación — ahora por lo menos su nombre entrará en la historia rusa —, capaz de una cordialidad deleznable cuando era necesario, mas implacable cuando era preciso, después de apoderarse con engaños de

los oficiales, anunció fríamente que serían entregados por la fuerza el 1 de junio. La respuesta fueron millares de gritos: «Jamás iremos!». El campo de los refugiados se cubrió de banderas negras y en la iglesia de campaña no dejaron de oficiarse servicios religiosos: ¡Los vivos asistían a su propio funeral! Llegaron soldados y tanques ingleses. Ordenaron con altavoces que los cosacos montaran en los camiones. La multitud cantaba el oficio de difuntos, los sacerdotes llevaban las cruces en alto. Los jóvenes formaron una cadena alrededor de los ancianos, las mujeres y los niños. Los ingleses les golpeaban con las culatas y con palos, los agarraban y los arrojaban a los camiones como fardos, aunque estuvieran heridos. El entarimado donde estaban los sacerdotes cedió bajo la presión de los que retrocedían, se derrumbó luego la valla del campo y la multitud se precipitó hacia el puente sobre el Drava. Los tanques ingleses les cortaron el paso, familias enteras de cosacos se arrojaron al río aun sabiendo que era una muerte segura y una unidad inglesa peinó los alrededores para capturar y abatir a los fugitivos. (En Lienz aún se conserva el cementerio donde enterraron a los fusilados o aplastados.) En aquellos mismos días, de la misma manera pérfida e implacable, los ingleses hicieron entrega a los comunistas yugoslavos de los enemigos de su régimen (¡sus propios aliados de 1941!) para que fueran fusilados sin juicio previo y exterminados.

Y después de veinticinco años, en la libre Gran Bretaña, con su prensa independiente, nadie ha deseado contar esta traición ni alarmar a la opinión pública. (**T88**)

(En sus respectivos países, Churchill y Roosevelt están considerados modelos de sabiduría estatal, y puede que con el tiempo Inglaterra llegue a cubrirse de monumentos a tan insigne varón. Pero nosotros, en nuestras conversaciones entre presidiarios rusos, percibíamos con toda claridad la pasmosa y sistemática miopía de ambos dirigentes y hasta su necedad. ¿Cómo pudieron dejarse llevar entre 1941 y 1945 sin obtener garantía alguna de independencia para la Europa del Este? ¿Cómo pudieron, por ese juguete ridículo de un Berlín cuatrizonal (su futuro talón de Aquiles), entregar las extensas regiones de Sajonia y Turingia? ¿Qué sentido militar o político podía tener para ellos entregar a la muerte en manos de Stalin a varios centenares de miles de ciudadanos soviéticos que habían tomado las armas y que decididamente no querían rendirse?

Suele decirse que era el precio a pagar para que Stalin no pudiera negarse a participar en la guerra contra el Japón. ¡Tenían en sus manos la bomba atómica y sin embargo debían recompensar a Stalin para que no se negara a ocupar Manchuria, entronizar en China a Mao Tse-tung y en una mitad de Corea a Kim Il Sung!... ¿Cabe imaginar cálculo político más errado? Cuando, más adelante, ya habían desplazado a Mikolajczyk y habían muerto Benes y Masaryk, establecieron el bloqueo de Berlín, Budapest ardió y se ahogó en el silencio, humeaba Corea y en Suez los conservadores ponían pies en polvorosa... ¿Es posible que ni entonces los occidentales más dotados de memoria recordaran, por lo menos, este episodio de los cosacos entregados?)

Y eso no fue más que el principio. Durante todo 1946 y 1947 los fieles aliados occidentales continuaron entregando a Stalin, para que saldara cuentas con ellos, a ciudadanos soviéticos, contra su voluntad. Había tanto ex combatientes como simples civiles, pero lo único que les importaba era sacarse de encima cuanto antes esa confusa maraña humana. Entregaron a los que estaban en Austria, en Alemania, en Italia, en Francia, en Dinamarca, en Noruega, en Suecia y en las zonas norteamericanas. Durante esos años hubo en las zonas inglesas unos campos de concentración que no tenían nada que envidiar a los de Hitler (por ejemplo, el campo de Wolfsberg, en Austria, donde obligaban a las mujeres, inclinadas pero no en cuclillas, a que cortaran briznas de hierba con unas tijeritas, una a una, y que ataran cada once hojas con la que hacía doce formando una «gavilla», y así durante horas. (**70**) Que un pueblo como el inglés, con toda su tradición parlamentaria, pueda concebir algo así hace que surjan serias dudas sobre si la cáscara de nuestra civilización es lo bastante consistente). Numerosos fueron los rusos que vivieron en Occidente esos largos años de posguerra con documentación falsa, atenazados por el miedo de ser repatriados a la URSS, temerosos de la administración angloamericana como temieron en otro tiempo al NKVD. Y donde no eran entregados, acudían sin obstáculo gran cantidad de agentes soviéticos que secuestraban a quien quisieran sin impedimento alguno, en pleno día, incluso en las calles de las capitales europeas.

En 1945, además del ROA todavía en proceso de formación, en las entrañas del Ejército alemán había no pocas unidades rusas que seguían en salmuera, bajo el anonimato del uniforme alemán. Estos terminaron la guerra en diferentes sectores y de modo muy diverso.

Pocos días antes de mi arresto, las balas de los vlasovistas también silbaron sobre mi cabeza. En la bolsa que habíamos cercado en Prusia Oriental también había rusos. Una noche de finales de enero una de sus unidades intentó romper el cerco a través de nuestras líneas en dirección oeste, sin preparación artillera, en silencio. Como el frente no era compacto, la unidad profundizó rápidamente su avance y rodeó en tenaza mi batería de detección sonora, que estaba muy avanzada. A duras penas tuve tiempo de retirarla por el último camino que quedaba expedito. Pero después volví por un camión averiado y, antes del amanecer, pude ver cómo se habían concentrado con sus batas blancas sobre la nieve y cómo se lanzaron gritando «¡hurra!» sobre nuestra división de artillería de 152 milímetros, cerca de Adlig Schwenkitten, y arrojaron una lluvia de granadas sobre doce de nuestros cañones pesados sin permitirles hacer un solo disparo. Perseguidos por sus balas trazadoras, nuestros últimos hombres tuvieron que retroceder tres kilómetros corriendo por la nieve virgen hasta un puente en el riachuelo Pasarge. Allí los contuvieron.

Poco después fui arrestado, y ahora, en vísperas del desfile de la Victoria, estábamos encerrados juntos en los catres de Butyrki. Yo apurababa sus cigarrillos, lo mismo que ellos mis colillas, y a medias con alguno de ellos sacaba la cubeta metálica de cinco arrobas.

Muchos de los «vlasovistas» y de los «espías por un día» eran jóvenes nacidos entre 1915 y 1922, eran aquella «joven generación desconocida» que el inquieto Lunacharski se apresuró a saludar en nombre de Pushkin. (**T89**) La mayoría de ellos había ido a parar a las formaciones militares por el mismo azar caprichoso que había transformado a sus compañeros del campo de al lado en espías: todo dependía de qué reclutador se presentara.

Los reclutadores pretendían ser sarcásticos (pero de hecho, no estaban sino diciendo la verdad): «¡Stalin ha renegado de vosotros! ¡A Stalin le importáis un comino!».

La ley soviética ya los había convertido en criminales antes de que ellos mismos pudieran ponerse fuera de la ley soviética.

Y se alistaban... Algunos sólo para escapar del campo de la muerte. Otros, con la idea de pasarse a los guerrilleros. (¡Y se pasaban! ¡Y combatían después de su lado! Pero según el rasero de Stalin, eso no atenuaba en un ápice la sentencia.) Sin embargo, para algunos seguía abierta la herida del vergonzoso año cuarenta y uno, de una anonadora derrota después de tantos años de petulancia; no podía faltar quien considerara que el primer culpable de aquellos campos inhumanos era Stalin. Y se empeñaron en hacer oír su voz, en dar a conocer su terrible experiencia: ellos también eran átomos de Rusia, querían influir en su futuro y no ser juguetes de errores ajenos.

En nuestro país, la palabra «vlasovista» suena algo parecido a la palabra «inmundicia», y parece que nos ensuciamos la boca con sólo pronunciarla, por esto nadie se atreve a decir dos o tres frases seguidas que lleven «vlasovista» como sujeto.

Pero la Historia no se escribe así. Hoy, un cuarto de siglo después, cuando la mayoría de ellos han perecido en los campos y los que han sobrevivido están terminando sus días en el extremo norte, he querido recordar en estas páginas un fenómeno tan inusitado en la historia mundial como que algunos cientos de miles de jóvenes, entre los veinte y los treinta años, empuñaran las armas contra su patria, en alianza con su más feroz enemigo. Quizá debamos meditar sobre esto: ¿quién fue más culpable, esa juventud o la canosa patria? Quizá debamos recordar que no se puede explicar su conducta como una tendencia biológica a la traición, que ésta debió obedecer a determinadas causas sociales.

Pues, como dice un antiguo proverbio, los caballos nunca huyen del pienso.

Así es precisamente como me lo imagino: un campo por el que deambulan, abandonados y famélicos, unos caballos enloquecidos.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Aquella primavera también pasaron por las celdas muchos emigrados rusos.

Aquello parecía un sueño: era el retorno de la historia perdida. Hacía ya mucho tiempo que habían sido escritos y cerrados los volúmenes de la guerra civil, que se habían resuelto sus enigmas y todos sus acontecimientos se habían inscrito en la cronología de los manuales escolares. Las figuras del movimiento blanco ya no eran nuestros contemporáneos en la tierra, sino fantasmas de un pasado que iba difuminándose. En nuestra mente soviética, la emigración rusa — desperdigada con más crueldad que las tribus de Israel — iba consumiendo su vida en alguna parte como pianistas en restaurantes de baja estofa, como lacayos, lavanderas, pordioseros, morfinómanos, cocainómanos, como cadáveres en descomposición. Antes de la guerra de 1941, nada en nuestros periódicos, nuestras bellas letras, ni en boca de los críticos artísticos nos ofrecía indicios (y nuestros cebados maestros tampoco nos ayudaban a imaginárnoslo) de que la Diáspora rusa fuera un gran mundo espiritual, de que allí se desarrollara la filosofía rusa, que allí estuvieran Bulgákov, Berdiáyev, Frank, Losski, que el arte ruso estuviera cautivando al mundo con Rajmáninov, Shaliapin, Benois, Diáguilev, Pávlova o el coro cosaco de Zhárov, que se realizaran sesudos estudios sobre Dostoyevski (en aquella época proscrito en nuestro país), que existiera un escritor tan extraordinario como Nabokov-Sirin, que aún viviera Bunin y que hubiera escrito algo en esos veinte años, que se publicaran revistas de arte, se montaran espectáculos, se celebraran congresos de compatriotas en los que sonaba el idioma ruso, y que los emigrados varones no hubieran perdido la capacidad de tomar esposa entre las emigradas, ni éstas la de traer niños al mundo, es decir, rusos de nuestras mismas edades.

En nuestro país se creó una imagen de los emigrados tan aberrante, que los soviéticos nunca hubieran podido creer que hubiera emigrados combatiendo en España, y no a favor de Franco sino de los republicanos; o que en Francia, Merezhkovski y Hippius se encontraran en aislada soledad entre los demás emigrados por no haberse apartado de Hitler. Y aunque suene a chiste, va muy en serio: Denikin tuvo el propósito de combatir por la Unión Soviética contra Hitler, y hubo un tiempo en que Stalin estuvo a punto de permitirle el regreso a la patria (no como fuerza de combate, naturalmente, sino como símbolo de unión nacional). Al igual que le ocurría a Occidente en conjunto, la emigración rusa, separada del país durante veinticinco años, nunca había vivido bajo el régimen soviético y no podía por tanto interpretar cabalmente los acontecimientos. De ahí que se enturbiara el razonamiento de los emigrados: «¿Cómo vamos a estrecharle la mano a un vlasovista?» (unos porque, pasara lo que pasara, había que «estar del lado de Rusia» y otros «de la democracia»). Entre los antiguos emigrados y los nuevos soviéticos hubo muchas divergencias e incomprensión, tanto durante la guerra, bajo los alemanes, como en nuestros campos penitenciarios de posguerra. Si bien es cierto que entre los emigrados se formó un cuerpo de fusileros voluntarios (quince mil hombres) que debía ser enviado al Frente Oriental, también lo es que los alemanes lo mandaron contra Tito y que no combatió, sino que mantuvo una política neutral de no intervención. Durante la ocupación de Francia muchos emigrados rasos, tanto jóvenes como viejos, se unieron a la Resistencia y, liberada París, acudieron en tropel a la embajada soviética con instancias para volver a la patria.

No importaba qué Rusia fuera, ¡seguía siendo Rusia!, ése era su lema, y con ello demostraron que no habían mentido antes cuando afirmaban amarla. (En las cárceles de 1945-1946 se sentían poco menos que felices de estar entre rejas y guardianes rusos, y se asombraban cuando los chavales soviéticos se rascaban la nuca: «¿Para qué diablos habremos regresado? ¿Acaso Europa nos quedaba estrecha?».)

Pero si según la lógica de Stalin, todo ciudadano soviético que hubiera estado en el extranjero debía acabar encerrado en un campo, ¿cómo iban a escapar de esta suerte los emigrados? En los Balcanes, en Europa central, en Jarbín, eran detenidos inmediatamente, nada más llegar las tropas soviéticas. Los detenían en sus viviendas y por la calle, como si se tratara de subditos soviéticos. En un principio sólo detuvieron a los hombres, y de momento no a todos, sino a los que se habían destacado políticamente. (Luego sus familias fueron trasladadas por etapas hasta los lugares de destierro ruso, salvo algunas que dejaron permanecer en Bulgaria y en Checoslovaquia.)

En Francia nuestra embajada les concedía la ciudadanía soviética con honores y flores y los conducía con comodidad a la patria, donde finalmente les echaban el guante. Con los emigrados de Shanghai la operación se dilató más: hasta ahí no alcanzaban las manos en 1945. Pero se presentó un plenipotenciario del gobierno soviético e hizo público un decreto del Presidium del Soviet Supremo: ¡Perdón para todos los emigrados! ¿Cómo no iban a creérselo? ¿Acaso el Gobierno podía mentir? (Independientemente de que existiera o no en realidad tal decreto, los Órganos habrían estado por encima de él.) Los de Shanghai estaban entusiasmados. Les propusieron que trajeran consigo todo lo que quisieran (partieron incluso con automóviles, por si podían ser útiles a la patria), que se establecieran en el lugar que quisieran de la Unión Soviética y que trabajaran, por supuesto, en el oficio que desearan. Se los llevaron de Shanghai en buques de vapor. Una vez a bordo, corrieron suertes distintas: en algunos barcos, no se sabe por qué, no les dieron comida alguna. Diferente fue también su destino a partir del puerto de Najodka (uno de los principales puntos de transbordo del Gulag).

A casi todos los montaban en vagones de mercancías escoltados, como presos, sólo que la escolta aún no era rigurosa ni se empleaban perros. A algunos los llevaron a lugares habitados, a ciudades, y, en efecto, durante dos o tres años los dejaron vivir. A otros el convoy los traía directamente al campo penitenciario: los llevaban a alguna parte al este del Volga y los descargaban en un bosque por un alto terraplén, con sus blancos pianos de cola y sus jardineras. En los años 1948-1949 arramblaron con los últimos repatriados de Extremo Oriente que aún quedaban libres.

Cuando yo tenía nueve años leía, con más gusto que a Julio Verne, unos libritos azules de V.V. Shulguín, que en aquel entonces se vendían en las casetas de libros como si fuera lo más normal. Eran la voz de un mundo tan irremisiblemente perdido que ni la fantasía más desbordada habría podido suponer que, menos de veinte años después, mis pasos y los del autor se cruzarían, en una línea invisible, por los silenciosos pasillos de la Gran Lubianka. Lo cierto es que él y yo no coincidimos en persona en la primavera de 1945, sino que aún habrían de pasar otros veinte años, sin embargo, ya entonces tuve ocasión de observar a muchos otros emigrados, viejos y jóvenes.

Con el capitán de caballería Borsch y el coronel Mariushkin coincidí en el curso de una revisión médica en la cárcel y me quedó grabado en la retina el penoso aspecto de sus cuerpos desnudos, arrugados y de un amarillo oscuro, como reliquias. Los habían arrestado al borde ya de la tumba, los trajeron a Moscú recorriendo vanos miles de kilómetros, y aquí, en 1945, completamente en serio, estaban sometiéndolos a instrucción sumarial... ¡por su lucha contra el régimen soviético en 1919! Estamos tan acostumbrados al cúmulo de desafueros sumariales y judiciales que ya no sabemos matizar. Aquel coronel y aquel capitán habían sido militares de carrera del Ejército imperial. Ambos pasaban de los cuarenta años y llevaban unos veinte de servicio cuando el telégrafo trajo la noticia de que en Petrogrado habían derrocado al emperador. Habían servido veinte años bajo juramento al Zar, pero, haciendo de tripas corazón (y hasta puede que mascullando para sus adentros: «¡Vade retro, Satanás!»), juraron también fidelidad al Gobierno provisional. Y después ya no hubo que jurar fidelidad a nadie más, pues se había desmoronado todo el Ejército. No les gustabaese régimen que les arrancaba los galones y mataba a los oficiales, y como es natural, se unieron a otros oficiales para combatir al nuevo poder. Era natural que el Ejército Rojo luchara contra ellos y los arrojara al mar. Pero en un país con un pensamiento jurídico, aunque sea rudimentario, ¿qué razón podría haber para *juzgarlos*, habiendo transcurrido además un cuarto de siglo? (Todo ese tiempo habían vivido como simples particulares: Mariushkin lo era hasta el momento de su arresto; a Borsch, es cierto que lo habían capturado en un convoy cosaco procedente de Austria, pero no con las unidades armadas, sino entre los viejos y las mujeres.)

No obstante, en 1945, en el centro meca de nuestra jurisdicción se les estaba acusando: de acciones tendentes a *derrocar* el régimen de los soviets obrero-campesinos; de *irrupción* armada en territorio soviético (es decir: de no haberse marchado de inmediato de Rusia, proclamada soviética en Petrogrado); de prestar ayuda a la burguesía internacional (a la que no habían visto ni en pintura); de haber estado al servicio de gobiernos contrarrevolucionarios (o sea: de servir a sus generales, a los que toda su vida habían estado subordinados).

Y todos estos puntos (1-2-4-13) del Artículo 58 pertenecían **a** un Código Penal adoptado en... 1926, ¡seis o siete años *después de acabada* la guerra civil! (¡un ejemplo clásico y desvergonzado de ley de efectos

retroactivos!). Además, el Artículo Segundo del Código señalaba que dicha ley sólo era aplicable a los ciudadanos detenidos en el territorio de la RSFSR. ¡Pero la mano de la Seguridad del Estado agarraba también a quienes no eran subditos soviéticos, en cualquier país de Europa y Asia! (**71**) De la *prescripción* de un delito ya no hablamos: con mucha mano ancha, la ley había previsto que la prescripción no fuera extensible al Artículo 58. Con nuestro sistema, de la prescripción sólo se han beneficiado los verdugos por él engendrados («no hay que remover el pasado»), por más que hayan aniquilado muchos más compatriotas que toda una guerra civil.

Mariushkin, al menos, se acordaba de todo perfectamente y nos contaba detalles de la evacuación de Novorosibirsk. Borsch, en cambio, parecía haber vuelto a la infancia y balbuceaba ingenuamente que estaba observando la Pascua en la Lubianka: durante toda la semana de Ramos y Semana Santa se había comido sólo media ración de pan, acumulando la otra mitad y sustituyendo de forma gradual los trozos duros por pan fresco. Al terminar la Cuaresma había juntado siete raciones y estuvo dándose un festín los tres días de Pascua.

Que hoy día estuvieran instruyéndoles sumario y fueran a juzgarlos no demostraba que, efectivamente, hubieran sido culpables, ni siquiera en un pasado remoto. Eso no era más que una venganza del Gobierno soviético por haberse opuesto al comunismo hacía un cuarto de siglo, aunque desde entonces hubieran llevado una vida de proscritos, sin trabajo ni hogar.

De esas indefensas momias emigrantes se distinguía el coronel Konstantín Konstantínovich Yásevich. Para él, la lucha contra el bolchevismo no había terminado con la guerra civil. Con qué armas, dónde y de qué manera había luchado, eso jamás me lo contó. Sin embargo, creo que hasta dentro de la celda conservaba la sensación de estar aún en filas. Entre aquel embrollo de conceptos y puntos de vista difusos, zigzagueantes, que había en la mayoría de nosotros, saltaba a la vista que él sí tenía una opinión clara y precisa sobre cuanto le rodeaba y que esta nítida posición ante la vida era la que daba a su cuerpo una fortaleza, agilidad y actividad constantes.

No tendría menos de sesenta años, la cabeza calva del todo, sin una pelusilla, ya había pasado por la instrucción (esperaba la sentencia, como todos nosotros) y, como es natural, no había recibido ayuda de nadie; no obstante conservaba una piel joven, incluso rosada, era el único de la celda que hacía gimnasia por las mañanas y se remojaba bajo el grifo (mientras nosotros ahorrábamos las calorías de la ración de pan). No dejaba escapar el momento en que quedaba libre el paso entre los catres y se ponía a recorrer esos cinco o seis metros una y otra vez marcando el paso, firme la silueta, los brazos cruzados sobre el pecho, mirando con sus ojos jóvenes y claros más allá de las paredes.

Todos nosotros seguíamos estupefactos por lo que nos había caído encima; para él, en cambio, todo cuanto había en derredor era tal como había esperado; en una celda como la nuestra tenía que sentirse solo a la fuerza.

Al cabo de un año tuve la posibilidad de apreciar su comportamiento en prisión: otra vez me hallaba en Butyrki, y en una de aquellas setenta celdas fui a parar con unos jóvenes que figuraban en el mismo sumario que Yásevich, con condenas de diez y de quince años. No sabría decir cómo habían llegado a sus manos, pero tenían escritas a máquina, en papel cebolla, las sentencias de todo su grupo. El primero de la lista era Yásevich, condenado a fusilamiento. ¡Eso era pues lo que veía, lo que vislumbraba más allá de las paredes, con esos ojos que aún no habían envejecido, en sus paseos de la mesa a la puerta y vuelta a empezar! Pero era imposible que pudiera retractarse: estaba convencido de que su vida había seguido la senda correcta y eso le confería una fuerza extraordinaria.

Entre los emigrados había un joven de mi edad, Igor Tronko. Hicimos amistad. Estábamos los dos debilitados, enflaquecidos, con los huesos apenas cubiertos por un pellejo amarillo grisáceo (en realidad, ¿por qué decaíamos tanto? Creo que por desasosiego espiritual). Los dos delgados y larguiruchos, bamboleados por las rachas del viento estival, paseábamos siempre emparejados por los patios de Butyrki con ese andar cauteloso de los ancianos y opinábamos sobre el paralelismo de nuestras vidas. Habíamos nacido el mismo año en el sur de Rusia. Aún éramos niños de teta cuando el destino hurgó en su ajado

zurrón y me sacó a mí la paja corta y a él la larga. Y el destino quiso llevarlo allende los mares, aunque su padre, un «guardia blanco», no fuera en realidad más que un simple telegrafista sin una perra.

Me resultaba fascinante imaginarme, a través de su vida, a toda una generación de compatriotas que vivían allí. Habían crecido bajo la mirada atenta de sus padres, con unos ingresos modestos, incluso parcos. Estaban todos muy bien educados, y tenían, en lo posible, una sólida cultura. Habían crecido sin conocer el terror ni la opresión, aunque sobre ellos pesó el dirigismo autoritario de las organizaciones blancas hasta que adquirieron fuerzas propias. Fueron educados de tal modo que los males del siglo, que se adueñaron de toda la juventud europea (actitud frívola ante la vida, irreflexión, despilfarro, elevada criminalidad), no les afectaron, pues habían nacido a la sombra, por así decirlo, de una desgracia imborrable acaecida asus familias. De todos los países donde habían crecido, sólo a Rusia consideraban patria. Su educación espiritual se basó en la literatura rusa, tanto más entrañable cuanto que *no* tenía como fondo una patria física y era por tanto para ellos la única que existía. Tenían a su alcance las publicaciones modernas más variadas y en mayores cantidades que nosotros, pero les llegaban pocas ediciones soviéticas y esta carencia era la que sentían con más profundidad; creían que así no llegarían a entender la Rusia Soviética en lo más esencial, transcendental y bello, y que lo que llegaba hasta ellos era lo tergiversado, lo mendaz, lo incompleto. La imagen que tenían de nuestra auténtica vida era muy tenue, pero su añoranza de la patria era tal que, si en 1941 los hubieran llamado, habrían acudido todos al Ejército Rojo y les habría parecido más dulce la idea de ir a Rusia para morir que para vivir. A los veinticinco-veintisiete años, esta juventud ya tenía opiniones propias y las defendía con firmeza. Así, el grupo de Igor era «no-apriorista». Afirmaban que quien no hubiera compartido con la patria las pasadas décadas, con toda su complejidad y rigor, no tenía ahora derecho a decidir el futuro de Rusia, ni siquiera a proponer nada, sólo a ir allí y contribuir con todas sus fuerzas a lo que el pueblo decidiera.

Pasamos muchos ratos tendidos en los catres uno junto a otro. Yo capté en todo cuanto pude su mundo y aquel encuentro me descubrió (después otros encuentros habrían de confirmarlo) que el reflujo de una considerable parte de nuestras fuerzas espirituales acausa de la guerra civil nos había privado de una amplia e importante rama de la cultura rusa. Y que todo aquel que en verdad ame nuestra cultura aspirará a la unión de ambas ramas, la de la metrópoli y la de la Diáspora. Sólo entonces llegará a su plenitud, sólo entonces revelará su capacidad para desarrollarse sin deterioro.

Sueño con ver llegar ese día.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

El hombre es débil, débil. Al fin y al cabo, aquella privavera hasta los más tozudos deseaban el perdón. Corría el siguiente chascarrillo: «¡Diga su última palabra, acusado!». «¡Ruego me envíen a cualquier parte con tal de que haya poder soviético! Y sol...» Del poder soviético no había riesgo de desprendernos, pero sí corríamos peligro de vernos privados del sol... Nadie deseaba ir más allá del Círculo Polar, donde el escorbuto y la distrofia hacían estragos. Y por alguna razón especial floreció en las celdas la leyenda del Altai. Los pocos que habían estado allí, y sobre todo los que no habían estado, inspiraban a sus compañeros de celda sueños melodiosos: ¡Qué país el Alui! Grandes espacios siberianos pero un clima suave. Riberas de trigales y ríos de miel. Estepa y montañas. Rebaños de ovejas, caza, pesca. Aldeas muy ricas y pobladas...

Los sueños de los presos sobre el Altai, ¿no serían el eco del viejo sueño campesino sobre esa misma región? En el Altai se encontraban unas tierras denominadas «del Gabinete de Su Majestad», y por eso estuvo más tiempo cerrado a los colonos que el resto de Siberia, pero era allí precisamente donde ansiaban instalarse los campesinos (y no cejaban). ¿No será herencia de entonces esta leyenda tan arraigada?

¡Quién pudiera cobijarse en aquel sosiego! ¡Escuchar el canto puro y sonoro del gallo en el aire impoluto! ¡Acariciar el careto de un caballo, serio y bonachón! ¡Al diablo los grandes problemas, que contra vosotros

se rompa la crisma otro más tonto que yo! Poder descansar de los insultos del juez, del fatigoso deshilvanar toda tu vida ante él, del estrépito de las cerraduras de la cárcel, del bochorno viciado de la celda. ¡Sólo se nos ha dado una vida, breve e insignificante! Y nosotros nos lanzamos criminalmente contra las ametralladoras, o la zambullimos, inmaculada como era, en el sucio basurero de la política. Creo que en el Altai habría vivido en la isba más baja y oscura, a las afueras de una aldea, cerca del bosque. Y habría ido al bosque, no a por ramas secas o setas, sino porque sí, para abrazarme a un par de troncos y decirles: ¡Amados míos! ¡Ya no quiero nada más!

Aquella misma primavera invitaba a la clemencia: ¡Era la primavera del fin de una guerra tan enorme! Veíamos que nosotros, los presos, afluíamos por millones, y que más millones aún estaban esperándonos en los campos. ¡No podía ser que dejaran en la cárcel a tanta gente después de la más grande de las victorias mundiales! Si nos tenían retenidos aún era sólo para meternos miedo, para que lo recordáramos mejor. Habría grandes amnistías, naturalmente, y pronto nos soltarían a todos. Alguno juraba, incluso, haber leído en el periódico que Stalin, había respondido a un corresponsal estadounidense (¿Que cómo se llamaba?, No recuerdo...), que después de la guerra habría una amnistía como nunca se había visto en el mundo. A otros el propio juez de instrucción les había dicho que era seguro que pronto habría una amnistía general. (Estos bulos eran útiles para la instrucción sumarial, porque debilitaban nuestra voluntad: ¡A la porra, firmemos; total, para lo que nos queda...!) *Mas la clemencia nace de la cordura.*

No hacíamos caso a las pocas personas sensatas que había entre nosotros y los tomábamos por pájaros de mal agüero cuando vaticinaban que nunca habría una amnistía política, como nunca la había habido en un cuarto de siglo (pero siempre saltaba algún docto entre los chivatos que decía: «Pues en 1927, para el décimo aniversario de Octubre, se vaciaron todas las cárceles, ¡y de ellas *pendían banderas blancas!* La sobrecogedora imagen de las banderas blancas — ¿y por qué precisamente blancas? — era lo que más conmovía los corazones). (**72**) Hacíamos oídos sordos a los más lúcidos de entre nosotros cuando decían que si éramos millones en prisión era precisamente porque había terminado la guerra, porque ya no éramos necesarios en el frente y en retaguardia éramos peligrosos, mientras que en las lejanas construcciones sin nosotros no habría quien pusiera un ladrillo. (Nos faltaba desapego a nosotros mismos, si no para penetrar en el cálculo perverso de Stalin, por lo menos para comprender sus simples cálculos económicos: ¿quién iba a querer ahora, recién desmovilizado, dejar la familia y el hogar para irse a Kolymá, a Vorkutá, a Siberia, donde aún no había carreteras ni casas? ¡Si es que casi debiera haber sido competencia del Plan Estatal fijarle al NKVD una cifra obligatoria de presos!) ¡La amnistía! ¡Una amnistía amplia y magnánima! Y nosotros que la esperábamos y la ansiábamos. ¡Dicen que en Inglaterra, hasta en los aniversarios de la coronación, es decir, cada año, promulgan una amnistía!

Cuando el tricentenario de los Románov, habían amnistiado a muchos presos políticos. ¿Sería posible que ahora, después de una victoria de importancia secular — si no mayor — el Gobierno de Stalin fuera tan mezquino y vengativo, que pudiera guardar rencor por cada tropiezo y cada desliz del último de sus subditos? Es una verdad bien simple, pero para comprenderla hay que haberla sufrido: ¡en las guerras Dios bendice con la derrota, no con la victoria! Las victorias son necesarias a los gobiernos, y las derrotas, a los pueblos. Después de una victoria entran deseos de más, mientras que después de una derrota se quiere la libertad, y habitualmente se consigue. Los pueblos necesitan de las derrotas como las personas precisan del sufrimiento y la desdicha, pues obligan a concentrarse en la vida interna y elevan el espíritu.

La victoria de Poltava fue una desgracia para Rusia: acarreó dos siglos de grandes tensiones, de ruina y de falta de libertad, y trajo más y más guerras. En cambio, para los suecos la derrota de Poltava fue una salvación: perdido el deseo de guerrear, los suecos se convirtieron en el pueblo más próspero y libre de Europa. (**73**)

Tan acostumbrados estamos a enorgullecernos de nuestra victoria sobre Napoleón que hemos olvidado que precisamente por su culpa la emancipación de los siervos no se produjo medio siglo antes (mientras que para Rusia la ocupación francesa no hubiera sido una amenaza real). En cambio la guerra de Crimea nos trajo la libertad.

Aquella primavera creíamos en la amnistía, y no es que fuéramos originales. Al hablar con los viejos presidiarios, poco a poco vas averiguando que esta sed de gracia y esta fe en la clemencia jamás abandona los grises muros de las cárceles. Decenio tras decenio, los diferentes torrentes de arrestados siempre han esperado y siempre han creído ya fuera en una amnistía, en un nuevo código penal o en un sobreseimiento general de sentencias (y los Órganos siempre han avivado esos rumores con hábil cautela). Cualquier aniversario de Octubre que cayera en cifra redonda, el aniversario de Lenin, el día de la Victoria, el día del Ejército Rojo o la Comuna de París, cada nueva sesión del VTsIK, el fin de cada plan quinquenal, cada pleno del Tribunal Supremo: ¡cualquier efeméride alimentaba la ilusión de que iba a descender el ansiado ángel libertador! ¡Y cuanto más rudos fueran los presos, cuanto más homérico y frenético fuera el caudal de las riadas, tanta menos cordura mostraban y más fe tenían en la amnistía!

Todas las fuentes de luz pueden compararse con el sol en mayor o menor grado. Pero el sol no es comparable con nada. Así todas las esperas de este mundo pueden compararse a la espera de una amnistía, pero la espera de una amnistía no es comparable con nada.

En la primavera de 1945, a todos los que acababan de llegar a la celda lo primero que les preguntaban era si habían oído hablar de una amnistía. Y cuando se llevaban a dos o tres de la celda *con los efectos*, los peritos de la misma cotejaban de inmediato sus causas penales y concluían que eran de las más leves y que por lo tanto si los habían sacado era para soltarlos. ¡Así pues, había empezado! En los retretes y en el baño — verdaderas listas de correos para los presos — nuestros sabuesos buscaban señales o inscripciones sobre la amnistía. Y de pronto, en el célebre vestíbulo morado, a la salida de los baños de Butyrki, leímos a principios de julio una enorme profecía escrita con muescas de jabón sobre los azulejos liláceos, a una altura muy superior a la cabeza de un hombre (se habían encaramado unos sobre otros para que se mantuviera más tiempo):

«¡¡¡Hurra!!! ¡El 17 de julio, amnistía!». ([74])

¡Qué alborozo hubo entre nosotros! («¡Si no lo supieran seguro, no lo habrían escrito!») Todo lo que palpitaba, todo lo que pulsaba y fluía por nuestro cuerpo, se detuvo ante ese latido de alegría, pronto se abriría la puerta y...

Mas la clemencia nace de la cordura.

A mediados de julio, el vigilante del pasillo envió a un anciano de nuestra celda a fregar el retrete, y allí, a solas (ante testigos no se hubiera atrevido), le preguntó mirando con compasión su cabeza cana: «¿Qué artículo te han echado, padre?». «¡El cincuenta y ocho!», se alegró el anciano, al que en casa lloraban tres generaciones. «Pues no te va a tocar...», suspiró el vigilante. «¡Tonterías!», decidieron en la celda. Lo que pasa es que el guardián ese no sabe leer.

En aquella celda había un preso natural de Kiev, Valentín (no recuerdo su apellido), de ojos grandes y hermosos, como de mujer, muy asustado por la instrucción del sumario. Sin lugar a dudas, tenía dotes de vidente, aunque quizá sólo fuera mientras se encontraba en ese estado de agitación. Más de una vez había recorrido la celda por la mañana señalando con el dedo: hoy te toca a ti y a ti, lo he visto en sueños. ¡Y se los llevaban! ¡Precisamente a ellos! Por lo demás, el alma del preso es tan propensa a la mística que acepta las profecías casi sin asombrarse.

El 27 de julio, Valentín se me acercó: «¡Aleksandr! Hoy nos toca a ti y a mí». Y me contó un sueño con todos los atributos de los sueños de los presos: un puentecillo sobre un turbio riachuelo, una cruz. Empecé a prepararme, y no fue en balde: después de repartir el agua caliente del desayuno nos llamaron a los dos. La celda nos despidió con ruidosas expresiones de buenos deseos, muchos aseguraban que salíamos a la calle (daba pie a ello la comparación de nuestras causas «leves»).

Uno se puede decir sinceramente que no lo cree, uno se puede prohibir a sí mismo dar crédito a algo así e incluso puede responder con burlas, pero unas tenazas candentes — no las hay más ardientes en la tierra — de pronto te oprimen el alma: ¿y si fuera verdad...?

Reunieron a unos veinte presos de diferentes celdas y nos condujeron primero al baño (en cada quiebro de su vida el preso debe pasar antes que nada por el baño). Allí tuvimos tiempo — una hora y media — de entregarnos a conjeturas y reflexiones. Luego, reblandecidos y relajados, nos llevaron por el jardincillo esmeralda de un patio interior de Butyrki, donde cantaban ensordecedores los pájaros (probablemente no fueran más que gorriones). El verdor de los árboles tenía para nuestros ojos desacostumbrados un fulgor insoportable. Jamás mis ojos captaron con tanta fuerza el verdor de las hojas como aquella primavera! Jamás había visto nada más parecido al paraíso divino que aquel jardincillo de Butyrki, cuyos senderos asfaltados podían recorrerse en menos de treinta segundos! (**75**)

Nos llevaron a la *estación* de Butyrki (el lugar a donde llegan y de donde parten los presos; un nombre muy acertado, pues el vestíbulo principal era parecido al de una gran estación de ferrocarril) y nos metieron en un box grande y espacioso. Había en él penumbra y el aire era puro y fresco: su único ventanuco, bastante pequeño, estaba muy alto y no tenía bozal. Daba a ese mismo jardincillo soleado, y a través del cuarterón superior, que estaba abierto, nos ensordecía el trinar de los pájaros. En el espacio abierto del cuarterón cimbreaba una rama de color verde vivo que prometía libertad y regreso al hogar para todos. (¿Lo ves? ¡Nunca nos han metido en un box tan bueno como éste! ¡Cómo va a ser una casualidad!)

¡Y además, teníamos que pasar todos por la OSO! (**76**) O sea, que a todos nos habían arrestado por nada.

Durante tres horas nadie nos importunó, nadie abrió la puerta. Paseábamos una y otra vez por el box hasta que, agotados, nos sentábamos en los bancos de azulejos. Y la rama no dejaba de oscilar por el resquicio, y los gorriones trinaban en un diálogo de locos.

Retumbó la puerta y llamaron a uno de nosotros, a un pacífico contable de unos treinta y cinco años. Salió. Se cerró la puerta. Ahora recorríamos aún con más frenesí nuestro cajón, estábamos en ascuas.

Otro portazo. Llamaron a otro y devolvieron al anterior. Nos abalanzamos sobre él. ¡Pero ya no era él! En su rostro la vida se había quedado paralizada. Tenía los ojos abiertos, pero estaban como vacíos. Con movimientos inseguros se movía tambaleante sobre el liso suelo del box. ¿Estaría contusionado? ¿Le habrían pegado con una tabla de planchar?

— Bueno, ¿qué? ¿Cómo ha ido? — le preguntábamos ansiosos. (Si no venía de la silla eléctrica, por lo menos le habían anunciado una sentencia de muerte.) Con la misma voz con que comunicaría el fin del Universo, el contable dijo a duras penas:

— ¡Cinco! ¡Años! Volvió a golpear la puerta: regresaban tan pronto como si se los hubieran llevado al retrete a hacer aguas menores. Éste volvía radiante. Eso tenía que ser que lo ponían en libertad.

— ¿Y bien? ¡Venga, cuenta! — nos agolpamos a su alrededor con renovada esperanza. Hizo un ademán con la mano ahogándose de risa: — ¡Quince años! Aquello era demasiado absurdo para creerlo de golpe.

7. En la sala de máquinas

Ahora no había nadie en el box contiguo a la «estación» de Butyrki, el conocido *box del pasamanos* (donde se cacheaba a los recién llegados, y cuyas amplias dimensiones permitían a cinco o seis guardianes trasegar hasta veinte zeks de una tacada). Las toscas mesas utilizadas para dejar los objetos estaban vacías. Sólo había, sentado en un rincón, un comandante del NKVD, bien aseado, de cabello negro, tras una improvisada mesita con una lámpara. La expresión que dominaba en su rostro era de un aburrimiento resignado. Estaba perdiendo el tiempo vanamente mientras traían y retiraban a los zeks de uno en uno. Se habrían podido recoger sus firmas con muchísima mayor rapidez.

Me señaló una banqueta frente a él, al otro lado de la mesa y preguntó por mi apellido. A derecha e izquierda del tintero había dos montoncitos de papeletas blancas todas idénticas, de un tamaño de media

cuartilla, como el que se emplea en los bloques de viviendas para administrar el combustible, o en los organismos oficiales para extender los vales con que se encarga el material de oficina. El comandante hojeó la pila de la derecha y halló el papelito que se refería a mí. Lo extrajo y lo leyó de carrerilla con indiferencia (alcancé a entender que me caían ocho años), y acto seguido empezó a escribir con su estilográfica en el reverso que el texto se me había dado a conocer en fecha de hoy.

Mi corazón no dio ni medio latido más deprisa, hasta tal punto me era todo ya familiar. ¿Era aquello mi condena, el vuelco trascendental de mi vida? Me habría gustado emocionarme, sentir con intensidad ese instante, pero la verdad es que no pude. El comandante me alargó la hoja con el reverso hacia mí. Ante mí había un portaplumas escolar de siete cópeks con una plumilla de lo más malo, que encima tenía un cendal pescado del tintero.

—No, debo leerlo yo mismo.

—¡A ver si encima se cree que voy a engañarle! — objetó indolente el comandante — Tenga, lea.

Y, con desgana, soltó el papel. Le di la vuelta y empecé a examinarlo poco a poco, adrede, no por palabras, sino letra a letra. Estaba escrito a máquina, pero no era el original, sino una copia.

EXTRACTO de la resolución tomada por la OSO del NKVD de la URSS el 7 de julio de 1945. (77) Seguía luego una línea de puntos horizontal y luego, a ambos lados de una línea vertical, también de puntos:

Hemos oído : De la acusación de Fulano de Tal (nombre, fecha y lugar de nacimiento).

Es copia fiel

Disponemos : Condenar a Fulano de Tal (nombre, apellidos), por propaganda antisoviética y tentativa de crear una organización antisoviética, a 8 (ocho) años en un campo de trabajo correccional.

El secretario...

¿Cómo iba a firmar y retirarme en silencio? Eché una mirada al comandante. ¿Me diría algo, me aclararía algo? No, no tenía esa intención. Había hecho ya una seña con la cabeza al vigilante de la puerta como para indicarle que preparara al siguiente.

Para darle al menos alguna importancia a ese instante, le pregunté en tono trágico:

— ¡Pero esto es terrible! ¡Ocho años! ¿Por qué?

Yo mismo noté que mis palabras sonaban en falso: lo de «terrible» no lo sentíamos ni él ni yo.

— Aquí — volvió a indicarme el comandante dónde debía firmar.

Firmé. Realmente no se me ocurrió qué otra cosa hacer.

— Entonces permítame que interponga recurso ahora mismo. Ya ve que la sentencia es injusta.

— Sólo según el procedimiento establecido — me espetó de forma mecánica el comandante, y pasó mi papelito a la pila de la izquierda.

—¡Pase! — me ordenó el vigilante.

Y yo pasé.

(Yo fui de los menos ingeniosos. Gueorgui Tenno, al que por cierto le dieron un papelito con veinticinco años, respondió esto: «¡Pero si es cadena perpetua! En tiempos remotos, cuando condenaban a un hombre a cadena perpetua redoblaban los tambores y convocaban a la multitud. Aquí es como ir a intendencia a por jabón: ¡Veinticinco años, y ahueca el ala!».)

Arnold Rappoport tomó la pluma y escribió en el reverso: «Protesto enérgicamente contra esta sentencia arbitraria y terrorista, y exijo mi inmediata puesta en libertad». El funcionario que comunicaba la condena había esperado pacientemente, pero al leer esto montó en cólera y desgarró el papel, extracto incluido. Pero no importaba, la condena seguía en pie: aquello era sólo una copia.

Vera Kornéyeva, que se esperaba quince años, vio entusiasmada que en el papel sólo ponía cinco. Con esa risa radiante que tenía, se apresuró a firmar antes de que se lo quitaran. El oficial no acababa de verlo claro: «¿Ha entendido usted lo que le acabo de leer?», «¡Sí, sí, muchísimas gracias.»

¡Cinco años de campo correccional!».

Al húngaro Janos Rózsás le leyeron su condena de diez años en ruso, en el mismo pasillo. Firmó sin saber que aquello era la sentencia y siguió esperando el juicio durante largo tiempo. (Mucho más tarde, ya en el campo penitenciario, se acordaría vagamente del caso y caería en la cuenta.)

Regresé al box con una sonrisa. Es curioso, me sentía cada vez más alegre y aliviado. Todos volvían con *billetes de a diez,* también Valentín. Aquel día la condena más liviana de todo el grupo recayó en el trastornado contable (que aún seguía aturdido).

Salpicada de sol, la ramita de la ventana se cimbreaba bajo la brisa de julio con la alegría de antes. Nosotros charlábamos animadamente. La risa estallaba cada vez más a menudo en uno u otro rincón del box. Nos reíamos de que todo hubiera pasado sin contratiempos; nos reíamos del aconjogado contable; nos reíamos de las esperanzas que aún teníamos por la mañana y de cómo, al despedirnos, quienes quedaban en la celda nos habían encargado paquetes en clave: ¡Cuatro patatas! ¡Dos rosquillas!

— ¡Pues claro que va a haber amnistía! — aseguraban algunos —. Esto que están haciendo ahora es puro trámite, quieren que nos achiquemos y que no se nos olvide. Stalin le dijo a un corresponsal estadounidense...

—¿Cómo se llamaba el corresponsal? —¿El nombre?, pues no lo sé...

Nos hicieron recoger las cosas, nos formaron en fila de a dos y nos hicieron cruzar de nuevo aquel maravilloso jardincillo rebosante de verano. ¿Adonde nos llevarían ahora? ¡Al baño otra vez!

Aquello solo bastó para provocarnos un estallido de carcajadas: ¡pero, serán chapuceros! En medio de risotadas, nos desnudamos, volvimos a colgar la ropa de los mismos ganchos de antes, y se la llevaron a desinfección, aunque ya lo hubieran hecho por la mañana. Mientras seguíamos riendo, nos dieron una pastilla de jabón asqueroso y pasamos a la amplia y sonora sala de baño, a lavarnos hasta el pecado original. Allí chapoteamos, nos baldeamos con agua caliente y limpia, retozando como si fuéramos escolares tras los exámenes finales. Creo que ni siquiera era morbosa aquella risa, sino más bien un alivio, una purificación. Era una protección activa del organismo, su salvación.

Mientras se secaba, Valentín me dijo con voz tranquilizadora y sosegada:

— No importa, aún somos jóvenes, nos queda vida por delante. Ahora lo que cuenta es no pisar en falso. Cuando lleguemos al campo, ni una palabra a nadie, ¡a ver si nos van a alargar la condena! Ahora, a trabajar honradamente y a callar, sobre todo a callar.

¡Tenía tanta fe en este programa, tanta esperanza, ese inocente granito de trigo atrapado en las muelas de molino de Stalin! Y no es que me faltaran ganas de darle la razón, de que había que cumplir la condena sin buscarse complicaciones y luego borrar esas vivencias de la cabeza.

Pero yo ya empezaba a sentir dentro de mí: si para poder vivir era preciso *no vivir*, ¿acaso merecía la pena?

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

No puede decirse que la OSO la inventaran después de la Revolución. Catalina II ya le echó quince años a Nóvikov, un periodista, que le resultaba incómodo, y podemos afirmar que fue como si hubiera pasado por la OSO, pues no fue llevado ante un tribunal. Y en cuanto a todos los demás emperadores del otro sexo, digamos que éstos desterraban paternalmente, sin que mediara juicio, a cualquiera que les estorbara. En los años sesenta del siglo XIX tuvo lugar una profunda reforma judicial. Era como si soberanos y súbditos hubieran empezado a formarse una especie de criterio jurídico de la sociedad. No obstante, en los años setenta y ochenta Korolenko refiere casos de represalias administrativas en lugar de sentencias judiciales. En 1876, él mismo, y dos estudiantes, serían desterrados sin juicio por disposición del viceministro del Tesoro Estatal (un caso típico de OSO). Korolenko fue deportado por segunda vez, también sin juicio, en esta ocasión a Glazov, junto con su hermano.

Korolenko nos habla de Fiodor Bogdán, un delegado de los campesinos que llegó hasta la presencia del zar y que luego fue desterrado; cita también el caso de Piankov, absuelto por el tribunal pero desterrado por orden de Su Majestad; y algunos otros.

Así pues, existía una tradición, pero ésta seguía una línea intermitente. Además, aquella impersonalidad: ¿quién era la OSO? Unas veces el zar, otras un gobernador, otras un ministro. Aunque, perdonen ustedes, si se pueden *enumerar* nombres y casos, es que aquello carecía de magnitud suficiente.

Lo que se llama magnitud, empezó a adquirirla en los años veinte, cuando se crearon las *troikas* permanentes para eludir los juicios, también en forma permanente. Al principio, hasta lo recalcaban con orgullo: ¡la troika de la GPU! Lejos de ocultar los nombres de sus miembros, ¡se les daba publicidad! ¿Quién no conocía en Solovki la famosa troika de Moscú, compuesta por Gleb Boki, Vul y Vasíliev? Además, ¡vaya palabrita!, ¡troika! Tenía algo de tiro de caballos con cascabeles, titiritaina de carnaval y un halo de misterio a la vez: ¿Y por qué «troika»? ¿Qué quería decir eso? ¡Como si los tribunales fueran cuadrigas! ¡Ah, pero es que una troika no es un tribunal! Y aun resultaba más enigmático que actuara en ausencia del acusado. Sin haber estado ahí, sin haber visto nada, te alargaban un papelito: firme usted. La troika resultaba más terrible que el tribunal revolucionario. Y más tarde se aisló, se arrebujó, se encerró en una habitación aparte, se hicieron secretos los apellidos de sus miembros. Y así nos hicimos a la idea de que los miembros de la troika no bebían, no comían ni se movían entre los mortales. Y desde aquel día en que se retiraron a deliberar y desaparecieron para siempre sólo nos llegan sus sentencias... a través de las mecanógrafas. (Pero con devolución obligatoria: semejante documento no se puede dejar en manos ajenas.)

Las troikas (empleamos el plural por si acaso, pues, lo mismo que con las deidades, no se puede saber a ciencia cierta en qué lugar están manifestando su omnipresencia) respondían a una nueva e imperiosa necesidad: no soltar a ningún arrestado (venía a ser como un departamento de control de calidad dentro de la GPU, para que no se produjeran deficiencias). Y si resulta que el detenido es inocente, que no hay manera de plantarlo ante un tribunal, pues que pase por la troika y que al menos le endilguen sus «menos treinta y dos» (capitales de provincia) o un destierro de nada (dos o tres añitos), y ya estás listo, quedas herrado para siempre y de ahora en adelante serás un «reincidente».

(Perdone el lector que se nos haya escapado otra vez este «oportunismo de derechas»: que si el concepto de culpabilidad, que si culpable, que si inocente... Si ya nos lo tienen requetedicho, de lo que aquí se trata no es

de la *culpabilidad personal, sino de la peligrosidad social:* a un inocente se le puede encerrar si es socialmente adverso, lo mismo que se puede soltar a un culpable si es socialmente afín. Pero no se nos puede echar en cara a nosotros, a los que no hemos hecho estudios jurídicos, con tanta más razón cuando el propio Código de 1926 — que rigió patriarcalmente nuestras vidas durante veinticinco años — fue objeto de crítica por su «inadmisible criterio burgués», «insuficiente criterio de clase» y cierto «modo aburguesado de medir las penas en función de la gravedad del hecho».) (**78**)

Lamentablemente, no nos tocará en suerte escribir la apasionante historia de este Órgano; ni establecer si fue o no siempre potestad de la troika de la GPU, durante todos sus años de existencia, el condenar a las personas sin verlas siquiera, aunque se tratara de la pena capital (como en 1927 al príncipe Pável Dolgorúkov, destacado kadeté, como a Palchinski, Von Meck y Velíchko en 1929); ni saber si se recurría a las troikas exclusivamente cuando no bastaban las pruebas contra personas de clara peligrosidad social, o bien su campo de acción era más amplio. Ni explicar por qué más tarde, en 1934, cuando la OGPU fue tristemente rebautizada como NKVD, la troika de la blanca Moscú empezó a llamarse «Comisión Deliberativa Especial», mientras que las de provincias pasaban a llamarse «Magistratura Especial del tribunal de distrito», o lo que es lo mismo: tres de entre sus jueces permanentes que deliberaban sin la intervención de observadores de ninguna clase, siempre a puerta cerrada; o que a partir del verano de 1937, en los distritos y en las provincias autónomas se añadieran otras troikas formadas por los jefes del lugar: el secretario del comité local del partido, el jefe del NKVD y el fiscal del distrito (mientras que en Moscú los superiores a escala nacional de estas nuevas troikas eran solamente dos: el comisario del pueblo del interior y el fiscal general de la URSS. ¡Pues claro, como que iban a pedirle a Iosif Vissariónovich qué ocupara el tercer puesto!).

A finales de 1938 fueron disolviéndose discretamente tanto las troikas como el Diunvirato de Moscú (aunque hay que decir que para entonces Nikolái Ezhov ya había largado amarras). Pero ello no hizo sino afianzar tanto más nuestra querida OSO, que adquirió la prerrogativa de dictar sentencia sin juicio ni comparecencia del encausado, primero con penas de hasta diez años, después más largas, hasta llegar finalmente a la pena capital. Y siguió nuestra entrañable OSO su fructífera existencia hasta 1953, cuando le llegó el turno a Beria y nuestro benefactor tropezó.

La OSO existió, pues, diecinueve años, pero ahora vete tú a saber cuáles de nuestros ufanos dirigentes formaron parte de ella; ¿con cuánta asiduidad y duración deliberaban?; cuando se reunían, ¿les servían té, quizá con algo para acompañar?; ¿cómo transcurría la vista de las causas: intercambiaban opiniones o ni siquiera hablaban? No escribiremos nosotros su historia porque no la conocemos. Lo único que hemos oído decir es que la esencia de la OSO era trina, y aunque por ahora no dispongamos de los nombres de sus celosos integrantes, sí conocemos los tres órganos que tenían en ella delegados permanentes: uno era del Comité Central, otro del MVD, y el tercero, de la fiscalía. Pero no nos asombremos si un día nos enteramos de que no había tales sesiones, sino tan sólo una plantilla de expertas mecanógrafas que componían extractos de procesos verbales inexistentes, al frente de un gerente que las dirigía. ¡Porque mecanógrafas las había, de eso podemos estar seguros!

La OSO no se menciona en ninguna parte — ni en la constitución ni en el Código — y sin embargo resultó ser una picadora de albóndigas de lo más práctico: una máquina obediente y poco antojadiza que no precisaba ser lubricada con leyes. Una cosa era el Código y otra la OSO, que rodaba estupendamente, sin aquellos doscientos cinco artículos del Código, artículos que ni utilizaba ni mencionaba.

Como decían, ya en el campo penitenciario: si no has hecho *nada,* nada tienes con la Ley, ¡para algo está la Comisión Especial!

Naturalmente, para su mayor comodidad la OSO necesitaba establecer algún tipo de codificación para gestionar las entradas, y para ello se elaboró ella misma unos *artículos-sigla* que facilitaban enormemente la operación (así no tenían que devanarse los sesos, ni andar ajustándose a las formulaciones del Código); y como eran tan pocos, recordar estos artículos era cosa de niños (algunos ya los hemos mencionado):

— ASA: Propaganda Antisoviética.

— NPGG: Cruce Ilegal de la Frontera Estatal.

— KRD: Actividades Contrarrevolucionarias.

— KRTD: Actividades Contrarrevolucionarias Trotskistas (esta letrita «T» hacía mucho más dura la vida del zek en un campo).

— PSH: Sospecha de Espionaje (en cambio, si había más que sospecha, la cosa ya iba a los tribunales).

— SVPSH: Relaciones Conducentes a Sospecha (!) de Espionaje.

— KRM: Ideas Contrarrevolucionarias.

— VAS: Abrigo de Ánimos Antisoviéticos.

— SOE: Elemento Socialmente Peligroso.

— SVE: Elemento Socialmente Nocivo.

— PD: Actividades Criminales (si no encontraban otra cosa a que agarrarse, éste se lo colgaban, ni cortos ni perezosos, al que ya hubiera estado en un campo).

Y finalmente, una sigla que abarcaba mucho:

— CHS: Miembro de la Familia (de un condenado por alguno de los artículos anteriores).

No olvidemos que estas siglas jamás se repartieron uniformemente de año en año, de persona en persona, sino que a semejanza de los artículos del Código y los apartados de los decretos brotaban como súbitas epidemias.

Entendámonos bien: ¡la OSO no pretendía, ni mucho menos, imponer *condenas* a nadie! ¡No dictaba sentencias judiciales, sino que *imponía sanciones administrativas*, eso era todo! ¡Es natural que gozara de libertad jurídica!

Pero aunque la sanción administrativa no pretendiera ser una sentencia judicial, podía llegar a los veinticinco años y a la pena de muerte, e incluir:

— desposesión de grados y distinciones;

— confiscación de todos los bienes;

— régimen de reclusión penitenciaria;

— privación del derecho a correspondencia, con lo cual la persona desaparecía de la faz de la tierra con mucha mayor garantía que con una de esas primitivas sentencias judiciales.

Otra importante ventaja de la OSO era que no cabía interponer recurso de apelación contra sus decisiones, puesto que simplemente no había dónde apelar al no existir ninguna otra instancia, ni superior ni inferior. La OSO sólo estaba subordinada al ministro del Interior, a Stalin y a Satanás.

Otra gran virtud de la OSO era su rapidez, limitada sólo por la velocidad de las mecanógrafas.

Finalmente, la OSO no necesitaba ver al acusado en carne y hueso (con lo que se descongestionaba el transporte entre cárceles), y ya puestos a pedir poco, ni siquiera requería una fotografía del mismo. En un período en que las cárceles estaban atiborradas, la OSO ofrecía aun una ventaja más: al término de la

instrucción sumarial el preso dejaba inmediatamente de ocupar sitio en el suelo de la prisión y de comer la sopa boba, y era trasladado al campo de penitenciario a ganarse la vida con honradez. La copia del extracto de su sentencia ya tendría tiempo para leerla mucho más tarde.

El caso ideal era cuando descargaban a los presos en la estación de destino, los ponían de rodillas al ladito de la vía (para impedir que se fugaran, aunque en realidad más parecía que estuvieran rezándole a la OSÓ) y ahí mismo les leían las sentencias. Pero también podía ocurrir de esta manera: en 1938 en los convoyes que llegaban a Perebory nadie sabía ni su artículo ni su condena, pero el escribiente que salía a recibirles ya estaba al corriente y enseguida te encontraba en su lista: SVE, cinco años.

Otros trabajaban en un campo durante muchos meses sin saber cuál era su condena. Después (cuenta I. Dobriak), los formaban solemnemente — no ún día cualquiera sino el 1 de Mayo de 1938, cuando ondeaban banderas rojas por todas partes — y les comunicaban las sentencias de la troika del distrito de Stalino: de diez a veinte años cada uno. El que habría de ser más tarde mi jefe de brigada en el campo, Sinebriujov, fue enviado aquel mismo 1938 de Cheliabinsk a Cherepovets en un convoy de presos aún no condenados. Pasaban los meses y los zeks seguían trabajando ahí, hasta que de pronto, un invierno, en un festivo (¿se dan cuenta ustedes de cómo escogían el día? ¿qué salía ganando la OSO con ello?), con un frío terrible los sacaron al patio a formar. Se presentó un teniente venido de fuera y dijo que lo habían enviado para que les comunicara lo que había dispuesto la OSO. Resultó que el muchacho no era tan malvado; miró de reojo todos esos pies mal calzados, echó un vistazo hacia el sol, envuelto en un halo de frío, y dijo lo siguiente:

—Bien mirado, muchachos, ¿para qué vais a estar aquí pasando frío? Pues bien: la OSO os ha echado diez años a todos, y sólo a algunos pocos, ocho. ¿Está claro? ¡Rompan filas!

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Cuando se llega a utilizar sin disimulos un mecanismo como la Comisión Especial, ¿qué falta pueden hacer ya los tribunales? ¿Para qué montarse en un ómnibus de caballos si hay tranvías más modernos y silenciosos, de los cuales además no se puede saltar en marcha? ¿Será quizá para que los jueces no se mueran de hambre?

No, lo que ocurre es que se estima indecoroso que un Estado carezca de tribunales. En 1919, el VIII Congreso del Partido añadió a su programa: «lograr que *toda la población obrera, sin excepción, se incorpore a la función judicial*». «A todos sin excepción» no se les pudo incorporar, porque la administración de justicia es un asunto delicado, ¡pero tampoco era cuestión de pasarse sin tribunales!

Por lo demás, nuestros tribunales políticos (las magistraturas especiales de los tribunales de distrito, los tribunales militares regionales y todos los Tribunales Supremos) seguían unánimemente el ejemplo de la OSO y evitaron como ella el engorro de celebrar vistas judiciales públicas o debates entre las partes litigantes.

Su rasgo primero y fundamental era el secreto. Eran tribunales a puerta cerrada, ante todo por propia conveniencia.

Y tan acostumbrados estamos a que millones y millones de personas hayan sido juzgadas a puerta cerrada, hasta tal punto nos hemos hecho ya a la idea, que siempre te encuentras con alguien, el hijo, el hermano o el sobrino de un acusado, intoxicado de propaganda, capaz de espetarte convencido: «¿Pues qué querías? Si es a puerta cerrada, será porque el caso *se las trae*... ¡Sería información para el enemigo! No se puede permitir...».

Y así, por temor a dar «información al enemigo», escondíamos la cabeza entre nuestras propias rodillas. ¿Acaso en nuestro país alguien recuerda, excepto las ratas de biblioteca, que a Karakózov, el que disparó contra el zar, le designaron un abogado defensor? ¿Que a Zheliábov y a todos los miembros de *Naródnaya Volia* los juzgaron a puerta abierta, sin temer que ello revelara «información a los turcos»? ¿O que a Vera Zasúlich, que disparó — por traducir a nuestra terminología actual — contra el jefe de la Dirección del MVD en la capital del Estado (faltó poco para que la herida fuera mortal, pero no acertó, aunque el calibre del arma era como para cazar osos) no sólo no la liquidaron en una mazmorra, no sólo no la juzgaron a puerta cerrada, sino que tuvo un juicio público conjurado (y no una troika), salió absuelta , y se marchó en carroza entre ovaciones?

Con estas comparaciones no quiero decir que en otro tiempo la administración de justicia en Rusia fuera perfecta. Probablemente, una justicia digna es el fruto más tardío de la más madura de las sociedades, o si no, hace falta tener un rey Salomón. Vladímir Dal ya señalaba que en la Rusia de antes de la reforma «no había un solo refrán favorable a los tribunales». ¡Por algo será! Tampoco llegó a ver la luz ningún proverbio favorable a los jefes de los zemstvos. Pero la reforma judicial de 1864 puso a los rusos, por lo menos a la parte urbana de nuestra sociedad, en el camino hacia el modelo inglés.

Digo esto, pero no olvido lo que dejó escrito Dostoyevski contra nuestros tribunales con jurado (en *Diario de un escritor),* concretamente, sobre el abuso de la elocuencia por parte de los abogados: («¡Señores del jurado! ¿Qué mujer sería ésta si no hubiera degollado a su rival? ¡Señores del jurado! ¿Quién de ustedes no habría arrojado a ese niño por la ventana?») y el hecho de que en los jurados un impulso efímero pudiera pesar más que la responsabilidad cívica. (**79**) ¡Pero aquello que temía Dostoyevski no era lo que había que temer! ¡Él creía que el juicio público se había impuesto para siempre! (¿Quién de sus contemporáneos habría podido pensar que en el futuro llegara a existir algo como la OSO?) En otro lugar escribe Dostoyevski: «Es mejor equivocarse en la misericordia que en el castigo». ¡Cuánta, cuánta razón tenía!

El abuso de la elocuencia es una enfermedad que aqueja no sólo a los sistemas judiciales adolescentes, sino que, en un sentido más amplio, puede afectar a las democracias hechas y derechas (que, una vez consolidadas, han perdido sus propósitos morales). La misma Inglaterra nos ofrece ejemplos de cómo, para conseguir la supremacía de su partido, el líder de la oposición no repara en culpar al Gobierno por el lamentable estado en que está la nación, aunque en realidad la situación no sea tan grave.

El abuso de la elocuencia es un mal. Sí, ¿pero qué palabra emplear entonces para el abuso de la puerta cerrada? Dostoyevski soñaba con unos tribunales en los que todo lo que hubiera que decir *en defensa* del acusado lo dijera el fiscal. ¿Cuántos siglos habremos de esperar aún? De momento, todo lo más, nuestra experiencia social se ha enriquecido infinitamente con unos abogados defensores que *acusan* al encausado («como ciudadano soviético de pro y verdadero patriota que soy, no puedo por menos de sentir repugnancia al oír de estos crímenes...»).

¡Con lo cómodo que es juzgar a puerta cerrada! No hace falta ni la toga, y hasta puede uno ir en mangas de camisa. ¡Asi da gusto trabajar! Ni micrófonos, ni corresponsales de prensa, ni público. (Bueno, público sí hay, pero son los jueces de instrucción. Por ejemplo, en el Tribunal regional de Leningrado los jueces iban de día a escuchar qué tal se portaban sus reos, y después, de madrugada, visitaban en la cárcel a los que fuera preciso *llamar la atención.)*

El segundo rasgo esencial de nuestros tribunales políticos era la previsibilidad del trabajo. Es decir, las sentencias predeterminadas.

Esa misma recopilación *De las cárceles...* demuestra que la predeterminación de las sentencias viene de antiguo, que ya en 1924-1929 las sentencias de los tribunales obedecían únicamente a razones administrativas y económicas. Que, a partir de 1924, a causa del desempleo que sufría el país, los tribunales redujeron las condenas a trabajos forzados correccionales con residencia en el propio domicilio y aumentaron las penas de reclusión menor (hablamos, naturalmente, de delitos comunes). Esto hizo que las cárceles quedaran atestadas de presos con penas inferiores a seis meses, lo cual impedía aprovecharlos para las colonias penitenciarias. A principios de 1929, el comisario del pueblo de justicia de la URSS criticaba en

su circular n° 5 la imposición de penas de corta duración, y el 6 de noviembre de 1929 (en vísperas del doce aniversario de Octubre, cuando el país entraba ya en la edificación del socialismo) un decreto del TsIK y del Sovnarkom prohibía a los tribunales imponer penas inferiores al año.

El juez sabe de antemano qué condena es la más apropiada, ya sea para tu caso concreto, o porque sigue unas instrucciones generales (¡y si no, para algo hay un teléfono en el despacho del juez!). A imagen y semejanza de la OSO, hay incluso sentencias escritas a máquina por anticipado a las que sólo falta añadir a mano el apellido que convenga. Y si a un tal Strájovich durante un juicio se le ocurre gritar: «¿Cómo iba a reclutarme Ignatovski, si yo tenía diez años!», el presidente del tribunal (Región Militar de Leningrado, 1942) se limitaba a gruñir: «¡Le prohibo que calumnie a los servicios de inteligencia soviéticos!». De todos modos, hace tiempo que ya está decidido: a todo el grupo de Ignatovski lo van a fusilar. (**80**) Pero en el grupo ha aparecido un tal Lípov: *nadie lo conoce ni él tampoco conoce a nadie.*

Bueno, pues a ese tal Lípov, diez años.

¡Cómo alivia al juez su camino de espinas la decisión previa de las condenas! Es un alivio no tanto mental — no hay nada que discurrir — cuanto espiritual: así no se consumen pensando que, si dictan mal una sentencia, van a dejar huérfanos a sus propios hijos. Hasta a un juez-asesino tan encarnizado como Ulrich — ¿habrá algún fusilamiento sonado que no haya sido anunciado por boca suya? — esta predeterminación de la sentencia le predisponía a la benevolencia.

Por ejemplo, en 1945, cuando llegó a la Magistratura Militar el caso de los «separatistas estonios». Preside el buenazo de Ulrich, tan bajito y rechoncho él. No pierde ocasión de bromear, no sólo con sus colegas, sino también con los acusados (¡eso sí que es humanidad!, ¡un nuevo rasgo!, ¿en qué otro país puede verse algo así?). Al enterarse de que Suzi es abogado, le dice con una sonrisa: «¡Pues le va a ser muy útil su profesión!».

A ver, ¿por qué tendrían que discutir? ¿Por qué enfurecerse? El juicio transcurre en un ambiente muy agradable: se fuma en la propia mesa del tribunal, y cuando apetece, se hace una buena pausa para comer. Cuando llega la noche, hay que ir a *deliberar*. ¿Pero a quién se le ocurre deliberar de noche? Dejaron a los acusados sentados ante la mesa toda la noche y ellos se marcharon a sus casas. Por la mañana, a eso de las nueve, se presentaron fresquitos y afeitaditos: «¡En pie! ¡El Tribunal!». Y *diez* por cabeza.

Bueno, y para acabar, un tercer rasgo de nuestros tribunales: la *dialéctica* (antes, cuando se era más bruto, solían decir: «el carro va a donde tuerzas la vara»). El Código no debía ser una piedra inamovible en el camino de los jueces. Los artículos del Código tenían ya diez, quince, veinte años de una vida efímera, y, como decía Fausto:

Si el mundo entero cambia, avanza, ¿no he de osar yo romper mi palabra?

Todos los artículos habían quedado envueltos en interpretaciones, indicaciones, instrucciones. Si los actos del reo no están tipificados en el Código, también puede condenársele:

— por *analogía* (¡qué de posibilidades!);

— simplemente, *por su origen social* (7-35, pertenencia a un medio socialmente peligroso);

— por tener *relación con individuos peligrosos.* (¡Eso sí que era amplio! Qué persona era peligrosa y qué cabía considerar relación era sólo cosa del juez.)

Pero no vayamos ahora a exigir tanta precisión a las leyes que se promulgan. Por ejemplo, el 13 de enero de 1950 se reinstauró por decreto la pena de muerte (aunque motivos hay para creer que en los sótanos de Beria siempre había seguido vigente). (**81**) Estaba escrito: se puede ajusticiar al que *atente o sabotee.* ¿Y eso qué significaba? No se explicaba en ninguna parte. A Iósif Vissariónovich le gustaba decir las cosas a medias, tan sólo sugerirlas. ¿Se trataba sólo de los que vuelan los raíles del ferrocarril con cartuchos de dinamita? No

estaba escrito. Porque lo que se dice «sabotear», hace ya tiempo que sabemos lo que es: el que fabrica productos de mala calidad, ése es un saboteador. ¿A qué se llama entonces «atentar»? ¿Se puede, por ejemplo, *atentar* contra la autoridad del gobierno en una conversación en un tranvía? ¿Y la que se casa con un extranjero? ¿Acaso no ha *atentado* contra la grandeza de nuestra patria?

Pero no son los jueces los que juzgan, los jueces se limitan a cobrar a fin de mes. ¡Las que juzgan son las instrucciones emitidas desde arriba! Instrucciones de 1937: **diez años -veinte años - fusilamiento.** Y éstas son las de 1943: **veinte años de trabajos forzados - la horca.** Las de 1945: a todo el mundo **diez años, más cinco de pérdida de los derechos** (mano de obra para tres planes quinquenales). (**82**) Instrucciones de 1949: a todos, **veinticinco años.** (De este modo, un verdadero espía — Schultz, Berlín 1948 — pudo recibir una condena de diez años, mientras que Günter Waschkau, que jamás lo había sido, fue condenado a veinticinco. Porque le pilló la ola de 1949.)

La máquina de condenar ha puesto su estampilla. Cuando un ciudadano es arrestado, queda privado de todos sus derechos en cuanto le arrancan los botones en el umbral de la GB, y ya nada puede evitar que le impongan una condena. Tanto se habían acostumbrado a ello nuestros *administradores* de Justicia, que en 1958 se pusieron ellos mismos en ridículo al publicar en los periódicos el proyecto de las nuevas «Bases de procedimiento penal en la URSS», en las que olvidaron incluir un epígrafe que contemplara el posible contenido de una sentencia absolutoria. El periódico gubernamental *(Izvéstia*, 10 de septiembre 1958) los amonestó suavemente: *«Podría crearse la impresión* de que nuestros tribunales sólo dictan sentencias condenatorias».

Pongámonos en el lugar de los juristas: ¿Por qué un juicio ha de tener dos posibles desenlaces, si en las *elecciones* generales se elige a *un solo* candidato? ¡Además, económicamente, una sentencia absolutoria sería un despropósito! Significaría que tanto los confidentes, como los agentes operativos, los jueces de instrucción, los fiscales, los celadores de la cárcel, los soldados de escolta, ¡tantos engranajes estarían girando en falso!

He aquí una causa penal tan típica como simple. En 1941, cuando nuestras tropas estaban estacionadas inactivas en Mongolia, las secciones operativas de la Cheká debían mostrar su diligencia y vigilancia. El practicante sanitario Lozovski, a quien cierta mujer había dado motivos para sentirse celoso del teniente Pável Chulpeniov, supo valerse de la situación. A solas con Chulpeniov le hizo tres preguntas:

1) ¿Por qué crees que retrocedemos ante los alemanes? (Chulpeniov: porque tienen más material de guerra y se movilizaron antes. Lozovski: No, es una maniobra nuestra para que se adentren en el país.)

2) ¿Crees en la ayuda de los aliados? (Chulpeniov: creo que nos ayudarán, pero, desde luego, no va a ser a cambio de nada. Lozovski: nos engañan, no nos ayudarán en absoluto.)

3) ¿Por qué han puesto a Voroshílov al mando del frente noroeste?

Chulpeniov contestó y no volvió a pensar en ello, pero Lozovski formuló una denuncia por escrito. Chulpeniov fue llamado a la sección política de la división y expulsado del Komsomol: por derrotismo, por sus alabanzas al material de guerra alemán, por despreciar la estrategia de nuestros mandos.

Quien más peroró en este asunto fue el secretario del Komsomol, Kaliaguin (en Jaljin-Gol se había comportado como un cobarde en presencia de Chulpeniov, y ahora veía la ocasión propicia para deshacerse para siempre de un testigo).

Y vino el arresto. Y un único careo con Lozovski. El juez de instrucción no somete a examen su conversación. Tan sólo una pregunta: «¿Conoce usted a este hombre?». «Sí.» «El testigo puede retirarse.» (El juez teme que la acusación se le venga abajo.) (**83**)

Abatido tras un mes de encierro en un foso, Chulpeniov comparece ante el tribunal de la 36ª División motorizada. Están presentes: el comisario político de la División Lébedev y el jefe de la sección política

Slesariev. El testigo Lozovski ni siquiera es convocado por el tribunal. (Sin embargo, después del juicio, se requirirá la firma de Lozovski y del comisario Serioguin para legitimizar sus falsos testimonios.) Preguntas del tribunal: ¿mantuvo usted alguna conversación con Lozovski? ¿Qué le preguntó a usted? ¿Qué le respondió usted? Chulpeniov declara con llaneza, aún no ve su culpa. «¡Pero si hay muchos que dicen lo mismo!», exclama ingenuamente. El tribunal está muy atento: «¿Quién concretamente? ¡Dé nombres!». ¡Pero Chulpeniov no está hecho de esa madera! Le conceden la última palabra. «Ruego al tribunal que ponga otra vez a prueba mi patriotismo, ¡que me confíe una misión con peligro de muerte!». Y aun añadió el candido gigantón: «¡A mí y al que me ha calumniado, iremos juntos!».

¡Ah, eso sí que no!. Nosotros estamos aquí para erradicar en el pueblo estos gestos de hidalguía, Lozovski a su botica, y Serioguin a educar a sus soldados. (**84**) ¿Qué importa que mueras o no mueras? Lo importante es que *nosotros* nos hemos mostrado vigilantes. Salieron, fumaron un cigarrillo y volvieron: diez años más tres de privación de derechos.

Durante la guerra, asuntos como éste hubo más de diez en cada división (de otro modo habría salido un poco caro mantener un tribunal). ¿Que cuántas divisiones había en total? El propio lector puede echar la cuenta.

...Las sesiones de los tribunales son siniestramente parecidas entre sí. Los jueces, siniestramente impersonales e insensibles: como unos guantes de goma. Las sentencias, fabricadas en cadena.

Todos ponen cara seria, pero todos saben que aquello es una caseta de feria, sobre todo los muchachos de la escolta que tienen mucha menos picardía. En 1945, en la prisión de tránsito de Novosibirsk, la escolta ordenaba a los presos que llegaban llamándolos por sus respectivos *artículos:* «¡Fulano de Tal!, 58-1a, veinticinco años». El jefe de la escolta estaba intrigado: «¿Y a ti por qué te han echado veinticinco años?». «Pues, por nada.» «¡Mentira. *Por nada, lo que te cae son diez!*»

Si el tribunal tiene prisa, la «deliberación» dura un solo minuto: lo que tardan en entrar y salir. Cuando la jornada de trabajo del tribunal se alarga dieciséis horas seguidas, por la puerta de la sala de reuniones puede verse un mantel blanco, una mesa puesta y unos centros con frutas. Si no tienen mucha prisa, gustan de echarle «psicología» a la lectura de la sentencia: «...condenar a la medida suprema...». Una pausa. El juez mira al condenado a los ojos, le resulta interesante saber cómo lo está encajando, qué debe sentir en un momento así; «...Mas, teniendo en cuenta su sincero arrepentimiento...».

Todas las paredes de la sala de espera del tribunal están llenas de inscripciones, arañadas con clavos o a lápiz: «Me han condenado a muerte», «me han condenado a veinticinco años», «me han condenado a diez años». Estas muescas no las borraban: eran edificantes. Teme, baja la cabeza, no pienses que puedes cambiar algo con tu conducta. Aunque pronunciaras un discurso digno de Demóstenes para defenderte ante un puñado de jueces en la sala vacía (Olga Sliozberg en el Tribunal Supremo, 1938), no te serviría de nada. Lo único que puedes conseguir es elevar tu pena de diez años a la capital si por ejemplo les gritas: «¡Sois unos fascistas! ¡Me avergüenzo de haber militado varios años en vuestro partido!». (Nikolai Semiónovich Daskal, ante la Magistratura Especial de la región del mar Negro y del mar Azov, presidida por Jelik, en Maikop, 1937), entonces te endilgan un nuevo proceso y ya estás perdido.

Chavdárov recuerda un juicio en el que los acusados, ya ante el tribunal, se retractaron de las falsas declaraciones que habían hecho durante la instrucción del sumario. ¿Y qué pasó? Pues que si hubo una interrupción, ésta no duró más que algunos segundos, lo justo para que los jueces intercambiasen unas miradas, y que el fiscal exigió un receso sin explicar por qué. Los jueces de instrucción llegaron volando desde sus respectivas cárceles, acompañados de los correspondientes maceros. Propinaron una buena paliza a todos los acusados, repartidos por los boxes, y les prometieron que si volvían a interrumpir la vista los matarían a palos. Finalizado el receso, el juez volvió a interrogarles: esta vez todos se declararon culpables.

Mucho más hábil se mostró Alexandr Grigórievich Karétnikov, director de un instituto de investigación de la industria textil. En el momento en que debía inaugurarse la vista de su caso en la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo (¿y por qué habían de pasar por un tribunal de lo militar los civiles, si no eran sujetos de

Derecho castrense? Ya nada nos sorprende, ya no hacemos preguntas), anunció por medio de la escolta que quería hacer declaraciones *complementarias.* Esto, naturalmente, suscitó interés.

Le atendió el propio fiscal. Karétnikov le mostró la clavícula infectada, partida a golpes de taburete por el juez de instrucción, y declaró: «Todo lo he firmado bajo tortura». El fiscal maldijo su afán de obtener declaraciones «complementarias», pero ya era tarde. Cada uno de ellos es intrépido mientras se siente una pieza anónima en una maquinaria general, pero tan pronto como recae sobre ellos una responsabilidad personal, tan pronto como se concentra directamente sobre ellos un haz de luz, palidecen y comprenden que tampoco ellos son nadie, que también ellos pueden resbalar sobre cualquier monda echada al suelo.

Karétnikov había atrapado al fiscal y éste no se atrevió a echar tierra al asunto. Empezó la sesión de la Sala de lo Militar, Karétnikov lo repitió todo, y entonces... ¡Entonces sí que los togados se retiraron a deliberar de verdad! La sentencia sólo podía ser absolutoria y tendrían que poner a Karétnikov de inmediato en libertad. Por eso el tribunal... ¡no dictó sentencia alguna ! Como si tal cosa, metieron a Karétnikov de nuevo en la cárcel, le hicieron una pequeña cura y lo retuvieron tres meses. Vino un nuevo juez de instrucción muy cortés y extendió una nueva orden de arresto (¡si la Sala no hubiera tenido segundas intenciones, Karétnikov al menos habría podido disfrutar de tres meses en libertad!), y le formuló las mismas preguntas que el primer juez. Karétnikov tenía la corazonada de que iban a ponerlo en libertad, por eso se mantuvo firme y no se confesó culpable de nada. ¿Y qué pasó? Pues que lo condenaron por disposición de la OSO a ocho años de prisión.

Este ejemplo demuestra bien a las claras cuáles son las posibilidades del detenido y cuáles las de la OSO. Como decía Derzhavin:

Tribunal parcial es peor que bandido.
Do la ley duerme, enemigos son jueces.
A un ciudadano con el pescuezo extendido
¿Qué le han de valer ni amparo ni preces? (**T90**)

Sin embargo, en la Sala de lo Militar del Tribunal Supremo estos contratiempos con civiles se daban en contadas ocasiones. Y en general, también era raro que se dignaran restregarse sus ojos legañosos y llamar ante sí al soldadito de plomo arrestado en solitario. En 1937, a A.D. Románov, ingeniero eléctrico, se lo llevaron a rastras por las escaleras hasta el tercer piso, del brazo de dos guardias y a toda prisa (seguramente, el ascensor funcionaba, pero con tal trasiego de presos arriba y abajo, ni siquiera los funcionarios habrían podido utilizarlo). Se cruzaron con un preso recién condenado e irrumpieron en la sala. Los tres magistrados de lo Militar trabajaban tan deprisa que aún estaban de pie, no habían tenido tiempo de sentarse. Recuperando el aliento con dificultad (la larga instrucción sumarial le había dejado sin fuerzas), Románov apenas pudo farfullar su nombre, patronímico y apellido. Los jueces murmuraron algo, intercambiaron unas miradas y Ulrich —¡siempre él!— proclamó: «¡Veinte años!». De nuevo se llevaron a rastras a Románov, a toda prisa, y metieron al siguiente.

Fue como un sueño: en febrero de 1968 se me presentó la ocasión de subir yo por aquella misma escalera (renuncié adrede al ascensor para poder verla bien), aunque a mí me acompañaba un amable coronel de la sección política del Ejército. ¡El destino quiso que fuera yo, de todo el Archipiélago! Y en una sala circular con columnas, donde según dicen se reunía el pleno del Tribunal Supremo de la Unión Soviética, en una enorme mesa en forma de herradura que rodeaba otra mesa circular con siete sillas antiguas, ahora me escuchaban setenta miembros de la Sala de lo Militar, la misma que en otro tiempo había juzgado a Karétnikov, a Románov y a tantos otros. Yo les dije: «¡Qué día tan memorable! Condenado primero a un campo penitenciario y después al destierro perpetuo, jamás había visto a un juez en persona. ¡Y ahora los veo a todos ustedes aquí juntos!». (Con los ojos como platos, ellos estaban viendo, también por primera vez, a un zek de carne y hueso.)

¡Pero resultó que ya no eran aquéllos! Sí, ahora decían que no habían sido ellos. Me aseguraban que *aquéllos* ya no estaban ahí. Algunos se habían jubilado con todos los honores y a otros los habían destituido. (Resulta que Ulrich, el más notorio de los verdugos, había sido revocado en vida de Stalin, en 1950, por...

¡lenidad!) A otros (podían contarse con los dedos de las manos) hasta los juzgaron, en tiempos de Jruschov, y desde el banquillo de los acusados, amenazaban: «¡Hoy nos juzgas tú a nosotros, pero mañana nosotros te juzgaremos a ti, ándate con cuidado!». Pero como todas las iniciativas de Jruschov, este movimiento, muy enérgico al principio, pronto cayó en el olvido y fue abandonado. Por tanto, no llegó a asentar un cambio irreversible, es decir: todo siguió dentro de los cauces de siempre.

Ahora esos veteranos de la jurisprudencia evocaban ante mí, uno tras otro, sus muchos recuerdos, proporcionándome sin querer abundante material para este capítulo. (¿Qué pasaría si ellos se decidieran a hacer memoria y publicarlo todo? Pero pasan los años — cinco van ya cuando escribo esto — y nada está más claro.) (**85**) Recordaban que, en las conferencias de magistrados, los jueces se vanagloriaban de haber conseguido eludir el Artículo 51 del Código Penal relativo a las circunstancias atenuantes, con lo que lograban colgar ¡veinticinco años en lugar de diez! O la humillante *subordinación de los tribunales a los Órganos*. A un juez le llegó al tribunal la siguiente causa: un ciudadano que había vuelto de los Estados Unidos afirmaba calumniosamente que ahí había buenas carreteras. Nada más. ¡Y en el sumario tampoco había nada más! El juez tuvo el atrevimiento de devolver el expediente para que se siguiera con las diligencias previas, con objeto de obtener «un material antisoviético plenamente válido», es decir, para que torturaran y golpearan a ese detenido. Pero no se le tuvo en cuenta al juez sus nobles intenciones y le respondieron con indignación: «¿Así que usted no confía en nuestros Órganos?», y al juez... ¡lo enviaron de secretario judicial a la isla de Sajalín! (En cambio, en tiempos de Jruschov serían más benignos: esos jueces a los que procesaban por «haber caído en falta» los mandaban..., ¿a qué dirían ustedes?, ¡a trabajar de abogados defensores!). (**86**)

De la misma manera claudicaba ante los Órganos la fiscalía. Cuando en 1942 salieron clamorosamente a la luz los desmanes de Riumin en el contraespionaje de la flota del norte, la fiscalía no se atrevió a intervenir ni a hacer uso de su poder, sino que se limitó a informar de forma respetuosa a Abakúmov de que sus mozos andaban haciendo de las suyas. ¡No es extraño que Abakúmov se creyese que los Órganos eran la sal de la tierra! (Fue entonces cuando Abakúmov llamó a Riumin y lo ascendió a lo más alto, para su propia desgracia.) Sencillamente faltó tiempo, pues de otro modo me habrían contado diez veces más. Pero con lo que había quedado dicho, para mí ya había motivo suficiente de reflexión. Si el tribunal y la fiscalía no eran más que peones del ministro de la Seguridad del Estado, quizá no valiera la pena dedicarles un capítulo aparte.

Hablaban a porfía y yo los contemplaba admirado: ¡Pero si eran personas! ¡Personas de verdad! ¡Si hasta sonreían y se sinceraban, diciendo que su único deseo era hacer el bien. ¿Pero y si las cosas se tuercen y tienen que volver a juzgarme? Por ejemplo, en esa misma sala (se disponían a mostrarme la sala principal).

Pues nada, que sería un reincidente más.

¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? ¿Los hombres o el sistema? Durante varios siglos hemos tenido un proverbio: no temas la Ley, sino al juez.

Me parece, sin embargo, que la Ley ha rebasado a los hombres, que en crueldad, éstos han quedado a la zaga. Ya va siendo hora pues de darle la vuelta al proverbio: No temas al juez, sino a la Ley.

La de Abakúmov, naturalmente.

Ahora han empezado a subir a la tribuna. Opinan sobre el *Iván Denísovich* y confiesan gozosos que este libro alivió sus conciencias (son sus propias palabras...). Reconocen que en él suavicé mucho las tintas, que *cada uno* de ellos ha conocido campos mucho peores. (O sea que, ¿lo sabían?) De los setenta hombres sentados por todo el perímetro de esa herradura, intervienen algunos versados en literatura, los hay que hasta son lectores de *Nóvy Mir* ansían reformas, manifiestan una viva repulsa ante nuestras llagas sociales, el abandono del campo...

Y yo, en mi silla, pienso: si la primera y diminuta gota de verdad ha estallado como una bomba psicológica, ¿qué ocurrirá en nuestro país el día en que la Verdad caiga como una cascada?

Y ese día ha de llegar, sin falta.

8. La infancia de la ley

Todo lo olvidamos. No recordamos lo acontecido, la historia, sino tan sólo esa línea punteada de trazo uniforme que han querido estamparnos en la memoria con insistente machaconería.

No sé si será éste un rasgo común a toda la humanidad, pero sí puedo afirmar que lo es de nuestro pueblo. Un rasgo desagradable. Puede que hijo de la bondad, mas desagradable de todos modos. Nos convierte en presa de los embusteros.

De este modo, cuando conviene que olvidemos hasta los procesos judiciales públicos, nosotros dejamos de recordarlos. Esos juicios se habían celebrado sin reservas y de ellos habló la prensa, pero como no nos cincelaron los sesos con ellos, ahora no los recordamos. (Para que algo nos quede grabado en el cerebro hay que darlo cada día por la radio.) No hablo de la juventud, que, como es natural, no lo sabe. Me refiero a los contemporáneos de dichos procesos.

Basta con pedirle a cualquier hombre en la calle que enumere los juicios públicos que levantaron más expectación y recordará el de Bujarin y el de Zinóviev. Y después de fruncir el ceño, quizás el del Partido Industrial. Y eso es todo, no hubo más juicios públicos.

¿Qué vamos a decir entonces de los que no fueron públicos? ¡Cuántos tribunales funcionaban ya a pleno rendimiento en 1918! Y eso que todavía no había leyes ni códigos: la única referencia de los jueces eran las necesidades del régimen obrero-campesino. ¿Habrá alguna vez quizá quien escriba su historia detallada?

Entretanto, no podemos prescindir de un breve resumen, aunque para ello debamos buscar a tientas entre las ruinas calcinadas, ocultas en la niebla de esa alba, tierna y rosácea.

En aquellos años febriles los sables de la guerra no se oxidaban en las vainas, como tampoco se enfriaron en sus fundas las pistolas de la represión. Lo de disimular los fusilamientos utilizando la noche y los sótanos, lo de los tiros en la nuca son inventos posteriores: en 1918, el conocido chekista de Riazán, Stelmaj, fusilaba en pleno día, en el patio, y lo hacía de manera que desde las ventanas de la prisión pudieran observarlo los que esperaban la muerte.

Había por aquel entonces un término oficial: *represión extrajudicial.* Y no porque aún no hubiera tribunales, sino porque ya existía la Cheká.

Trotski incubó con su aliento a ese polluelo cuando no tenía aún el pico firme: «La intimidación constituye un poderoso instrumento político, y el que diga no comprenderlo es que se las da de santurrón». También Zinóviev, ajeno al fin que le aguardaba, decía entusiasmado: «GPU y VChK son las siglas más populares a escala mundial».

Era extrajudicial porque así resultaba más eficaz. Pues claro que había tribunales que juzgaban y condenaban a muerte, pero no debemos olvidar que además, paralela e independientemente de ellos, discurría por sus propios derroteros la represión extrajudicial. ¿Cómo hacernos una idea de su envergadura? En su popular exposición divulgativa sobre las actividades de la Cheká, M. Latsis nos da unas cifras (**87**) referidas solamente a año y medio (1918 y la primera mitad de 1919) y que abarcan tan sólo veinte gubernias de la Rusia central («las cifras que presentamos aquí *distan de ser completas*», una parcialidad que quizá pueda deberse a esa modestia tan propia de los chekistas).

Estos son los datos: fusilados por la Cheká (es decir, extrajudicialmente, al margen de los tribunales), 8.389 personas (ocho mil trescientas ochenta y nueve); organizaciones contrarrevolucionarias descubiertas, 412 (una cifra quimérica si tenemos en cuenta nuestra secular incapacidad para cualquier clase de organización, además del desánimo y la falta de cohesión entre la gente que caracterizan aquellos años); detenidos en total: 87.000 (esta cifra, en cambio, huele a rebaja).

¿Hay algo con lo que podamos confrontar estos datos? En 1907 un grupo de activistas sociales publicó una recopilación de artículos titulada *Contra la pena de muerte* (dirigida por Ghernett). Contenía una lista de todos los condenados a muerte entre 1826 y 1906. Los redactores concedían que la lista no era completa (aunque no presenta más lagunas que los datos recogidos por Latsis durante la guerra civil).

La relación aportaba 1.397 nombres, de los que había que descontar 233 (por conmutación de pena) y los 270 que seguían con orden de búsqueda y captura (principalmente, insurgentes polacos que habían huido a Occidente). Quedaban, pues, 894 personas. Teniendo en cuenta que dicha lista cubre un periodo de ochenta años, la cifra es 255 veces menor que la de los chekistas, quienes, además, incluyen menos de la mitad de las gubernias (y encima no tienen en consideración los abundantes fusilamientos del Cáucaso Norte y del Bajo Volga). Cierto que los autores de la recopilación dan a continuación una segunda cifra, esta vez *estimada* (seguramente de manera que corrabore sus propósitos), según la cual fueron condenadas a muerte (aunque ello no implica que fueran ejecutadas, porque con frecuencia se concedían indultos) 1.310 personas tan sólo en el año 1906. Se trataba precisamente del momento en que la famosa reacción de Stolypin cobró más intensidad (en respuesta a un terror revolucionario que se había desbordado). Sobre este periodo existe además otra cifra: 950 ejecuciones en seis meses. (La época de los consejos de guerra de Stolypin duró exactamente eso: seis meses justos.) (**88**) Resulta horrible decirlo, pero para unos nervios tan templados ya como los nuestros la cifra se queda corta, porque si calculamos la cantidad que correspondería a la Cheká en medio año, nos seguiría dando *el triple*, y eso sólo en veinte gubernias, y además sin contar el resto de juicios y tribunales que también dictaban condenas a muerte.

¿Cómo que tribunales?

¡Pues claro que sí! Entre los órganos que se crearon al mes de la Revolución de Octubre había también tribunales. En primer lugar, los *tribunales populares* libremente elegidos por los obreros y campesinos, pero siempre a condición de que los jueces contaran con «experiencia política en las organizaciones proletarias del partido», y sólo después de que en los soviets de distrito los comités ejecutivos llevaran a cabo una «meticulosa comprobación de que los candidatos estaban a la altura de las funciones asignadas», funciones de las que, por otra parte, esos mismos comités podían separarlos en cualquier momento. (Decreto sobre Tribunales n° 1, 24 de noviembre/7 de diciembre de 1917, artículos 12 y 13.) De esta manera, los tribunales populares dejaron de elegirse por sufragio universal y simplemente pasaron a ser designados por los comités ejecutivos del soviet, lo que venía a ser lo mismo, pues, como se sabe, los soviets encarnan los intereses de las masas trabajadoras.

En segundo lugar — aunque también podríamos decir aquí que en primer lugar —, ese mismo decreto de 24 de noviembre/7 de diciembre de 1917 instituía los *Tribunales Revolucionarios de Obreros y Campesinos* en comarcas y distritos. Habían sido concebidos como instrumento de la dictadura del proletariado, por lo que de manera en cierto modo espontánea estos tribunales revolucionarios proliferaron instantáneamente por todas partes, mientras que los tribunales populares, después de muchos meses, todavía no se habían constituido, sobre todo en los lugares más apartados. Ésta es la razón por la que los tribunales revolucionarios pasaron a entender de todas las causas, incluso las penales.

Pero que esto no nos inquiete: la diferencia entre los tribunales populares y los revolucionarios no era tan grande. Más tarde, en 1919, cuando aparecieron los fundamentos del Derecho penal de la RSFSR, las características de ambos tipos de tribunal llegarían casi a coincidir: las penas impuestas por unos y otros no conocían límites, porque ambos debían poder trabajar con las manos absolutamente libres.

La Ley no tipificaba sanciones penales de ninguna clase y los tribunales tenían plena libertad para elegir las medidas represivas, al tiempo que gozaban de derecho ilimitado para aplicarlas (la privación de libertad

podía ser indefinida, es decir, hasta que se dispusiera expresamente lo contrario). Lo mismo que el tribunal revolucionario, el popular tenía por única guía su sentido de la legalidad revolucionaria y su conciencia revolucionaria. Las sentencias eran inapelables en ambos casos y no procedía interposición de recurso ante ninguna instancia. La actividad de los tribunales populares y revolucionarios no estaba sujeta a ninguna obligación de forma; su único criterio de apreciación era el grado de perjuicio ocasionado por los actos del acusado a la causa de la lucha revolucionaria. La sentencia se dictaba obedeciendo a los intereses de la defensa del régimen proletario y de la edificación socialista. (En un principio, los tribunales revolucionarios disponían de vocales nombrados por los soviets locales, pero luego adoptaron una forma más definida como troikas permanentes, en las que uno de los jueces procedía de la Cheká de esa gubernia. De este modo se conseguía una simbiosis, en todos los niveles, entre los tribunales revolucionarios y la Cheká.)

El 4 de mayo de 1918 se publicó el decreto de creación del Tribunal Revolucionario Supremo, adjunto al VTsIK, y ya se creían que aquello era el colmo de la ciencia tribunalística. ¡Pero cuánto les faltaba aún!

Resultó necesario crear aún un sistema unificado, para todo el país, de *Tribunales Revolucionarios de Ferrocarriles,* para asegurar el funcionamiento de las vías férreas.

Y más tarde, un sistema unificado de *Tribunales Revolucionarios de las Tropas de Seguridad Interior* (VOJR).

En 1918 todos estos sistemas ya estaban actuando al unísono e impedían que en todo el territorio de la RSFSR pudiera haber refugio para el crimen y los actos hostiles a la lucha revolucionaria de las masas. Sin embargo, el penetrante ojo del camarada Trotski descubrió imperfecciones a pesar de toda esta plenitud, y el 14 de noviembre de 1918 firmó un decreto para que se formara otro nuevo escalafón: los *Tribunales Militares Revolucionarios.*

Completamente absorbido por las preocupaciones del Consejo Militar Revolucionario de la RSFSR y la necesidad de defender la república de sus enemigos exteriores, nuestro prócer e inspirador no acompañó este proyecto de un plan mas detallado, pero en cambio sí tuvo un acierto excepcional al elegir como presidente del Tribunal Militar Revolucionario Central de la república al camarada Danishevski.

Éste no solamente creó y desarrolló con brillantez todo un sistema de tribunales, completamente nuevos, sino que incluso sentó el fundamento teórico de los mismos en forma de folleto, (**89**) del cual ha llegado a nuestras manos un ejemplar conservado por milagro. Cierto que el librito lleva el sello de «confidencial», pero en vista de los muchos años transcurridos puede perdonárseme que divulgue aquí algunos de los datos que contiene (todo lo dicho anteriormente acerca de los tribunales también se ha extraído de ahí).

Inmediatamente después de la Revolución de Octubre, según se desprendía de sus consignas y como ya era práctica en el Ejército desde la Revolución de Febrero, se daba por sentado que en los regimientos y las divisiones del nuevo Ejército Rojo seguirían funcionando unos tribunales electos. Pero no hubo tiempo para deleitarse con una institución tan democrática, porque bien pronto los suprimieron. Además, por todas partes ya habían surgido de forma espontánea los consejos de guerra y las troikas, toda vez que en el frente también funcionaban (fusilaban) los órganos de la Vecheká, que iban completamente por su cuenta, lo mismo que los órganos del contraespionaje, precursores de las Secciones Especiales. En estos meses de frenesí en la república, cuando el camarada Trotski decía en el VTsIK: «Nosotros, los hijos de la clase trabajadora, hemos hecho un pacto con la muerte, y por tanto con la victoria», era preciso obligar a todos y a cada uno a que se atuvieran a la disciplina y cumplieran con su deber.

«Los Tribunales Militares Revolucionarios son en primer término órganos para aniquilar, aislar, neutralizar y aterrorizar a los enemigos de la patria Obrera y Campesina, y sólo en segundo término tribunales que establezcan el grado de culpabilidad de un sujeto» (pág. 5).

«Los Tribunales Militares Revolucionarios son órganos con mayor carácter de excepción que los tribunales revolucionarios, insertos en nuestro armónico sistema general de tribunales populares unificados» (pág. 6).

¿Cómo podían ser «órganos con mayor carácter de excepción»? Es algo que te deja sin aliento, y al principio casi no puedes ni creerlo: ¿qué puede tener mayor carácter de excepción que un tribunal revolucionario? Nos lo *aclara* un veterano de la institución, a quien se deben muchas sentencias de aquella época: «Junto a los órganos judiciales deben existir órganos, por así decirlo, de represión judicial» (pág. 8).

¿Lo entiende ahora el lector? Por una parte está la Cheká, que representa la represión extrajudicial. Por otra parte, el tribunal revolucionario, con un funcionamiento muy rudimentario, muy poco clemente, eso sí, pero que de todos modos, no deja de ser algo así como un tribunal. ¿Y entre ellos? ¿Lo adivinan? A medio camino entre los dos faltaba precisamente un *órgano de represión judicial*, ¡y eso era ni más ni menos el Tribunal Militar Revolucionario!

«Desde el primer día de su existencia, los Tribunales Militares Revolucionarios fueron los órganos combativos del régimen revolucionario... Adoptaron de inmediato un tono y una orientación inflexibles, que excluían toda vacilación... Tuvimos que aprovechar hábilmente la experiencia acumulada por los tribunales revolucionarios y proceder a su ulterior desarrollo» (pág. 13).

Estas frases fueron escritas antes de que aparecieran las primeras normativas, que no se dictaron hasta enero de 1919. Otro rasgo adquirido a partir de experiencias anteriores, esta vez para mantener un vínculo más estrecho con la Cheká, fue que uno de los miembros del tribunal revolucionario fuera designado por la Sección Especial del Frente. Cierto que los frentes se mantenían abiertos durante un tiempo limitado, pero, cuando se extinguía uno de ellos, los Tribunales Militares Revolucionarios, lejos de desaparecer con él, permanecían en aquellas mismas regiones y distritos nacionales «para mantener la lucha y la represión inmediata en caso de insurrección» (pág. 19).

Los Tribunales Militares Revolucionarios juzgaban casos de «deserción laboral», la cual era «en las circunstancias actuales, un acto tan contrarrevolucionario como la insurrección armada contra obreros y campesinos» (pág. 21). ¿Acaso había alguien tan numeroso como para alzarse contra obreros y campesinos a la vez? E incluso juzgaban casos de «trato grosero a los subordinados, negligencia de los deberes relativos al cargo, incuria en el trabajo, desconocimiento de sus competencias...» etcétera, etcétera (pág. 23).

Los Tribunales Militares Revolucionarios no se limitaban a juzgar únicamente al personal militar, ni mucho menos: también pasaban por ellos todos los civiles que vivieran en la zona del frente. Eran el instrumento mediante el cual el pueblo trabajador ejercía la lucha de clases. Para que no hubiera conflictos con los Tribunales Militares Revolucionarios que actuaban en las proximidades, se estableció el siguiente reparto de competencias: entendía del caso el tribunal que lo hubiera incoado, sin que procedieran revisiones ni recursos de apelación. Las sentencias estaban en función de la situación bélica: después de vencer a los blancos en el sur, en la primavera de 1920 se envió una normativa a los Tribunales Militares Revolucionarios para que redujeran los fusilamientos, y, efectivamente, en la primera mitad del año sólo hubo 1426 (¡sin contar los de los Tribunales Revolucionarios! ¡Ni los de los Tribunales de Ferrocarriles! ¡Ni los de los tribunales de la VOJR! ¡Ni la Cheká! ¡Ni las Secciones Especiales! Recordemos las 950 condenas a muerte con las que Stolypin detuvo la anarquía de asesinatos en toda Rusia. Recordemos también los 894 condenados a muerte en Rusia en ochenta años). Pero en 1920 empezaría la guerra contra Polonia, y sólo en lo que va de julio a agosto, los Tribunales Militares Revolucionarios (de nuevo ellos solos, sin contar el resto de tribunales) dictaron 1976 fusilamientos (pág. 43; no se dan cifras de los meses siguientes).

Los Tribunales Militares Revolucionarios tenían derecho a ejercer la *represión directa e inmediata* contra desertores y todo aquel que hiciera propaganda contra la guerra civil (es decir, los pacifistas, pág. 37). En caso de homicidio, tenían que distinguir entre asesinato penal (que era delito común y no comportaba fusilamiento) y asesinato político (que sí llevaba al paredón, pág. 38); en caso de robo, si éste se había cometido contra un particular («los tribunales deberán mostrarse comprensivos y clementes», pues las riquezas burguesas empujan a la gente al robo) o si el robo había sido de bienes del pueblo («todo el peso del castigo revolucionario»). «No es posible codificar las penas y sería una insensatez», pero «no se puede prescindir de normativas e instrucciones» (pág. 39). «Muy a menudo los Tribunales Militares Revolucionarios deben actuar en unas circunstancias en las que es difícil determinar si el Tribunal actúa como tal o como un destacamento de combate. A menudo [...] el trabajo del Tribunal transcurre

paralelamente en la sala de sesiones y en la calle.» El fusilamiento «no puede considerarse un castigo; no es más que la aniquilación física de un enemigo de la clase obrera», y «puede ser aplicado con objeto de intimidar (terror) a este tipo de criminales» (pág. 40). «El castigo no es una venganza por la "culpa", ni tampoco su expiación...» El Tribunal «establece la verdadera personalidad del criminal, ya que [...] es posible dilucidarla basándose en su modo de vida y en su pasado» (pág. 44).

En los Tribunales Militares Revolucionarios «el derecho de apelación establecido por la burguesía pierde todo sentido. [...] Bajo el régimen soviético, a nadie le hace falta tanto papeleo» (pág. 46). «Sería totalmente inadmisible establecer la práctica de la apelación», «no se reconoce el derecho a presentar recursos de casación» (pág. 49). «La sentencia debe ejecutarse casi inmediatamente, de modo que su efecto represivo sea lo *más* fuerte posible» (pág. 50), «es indispensable privar a los criminales de toda esperanza de revisar o retirar la sentencia del Tribunal Militar Revolucionario» (pág. 50). «El Tribunal Militar Revolucionario es instrumento fiel e indispensable de la Dictadura del Proletariado y debe conducir a la clase obrera, por encima de una devastación inaudita, por encima de océanos de sangre y de lágrimas [...], al mundo del trabajo libre, de la felicidad de los obreros y de la belleza» (pág. 59).

¡Podríamos seguir citando más y más, pero ya basta! Dejemos que nuestros ojos se adentren en ese pasado, que recorran el mapa de nuestro país en llamas, que imaginen esos lugares repletos de vidas humanas, lugares que no aparecen en ese folleto. En el curso de nuestra guerra civil, la toma de cada ciudad vino marcada no sólo por el humo de los fusiles en el patio de la Cheká, sino también por las noches en vela del tribunal. Y para que te metieran una bala en los sesos no era imprescindible ser un oficial blanco, un senador, un hacendado, un fraile, un kadeté o un eserista. En aquellos años, para que te condenaran a muerte bastaba con tener las manos blancas, suaves y sin callos. Y no es difícil adivinar que en Izhevsk y Votkinsk, Yaroslavl y Murom, Kozlov y Tambov, las revueltas costaron muy caro también a quienes sí tenían las manos llenas de callos.

Y si la crónica de la represión — judicial y extrajudicial — llega alguna vez a desplegarse ante nosotros como un pergamino, lo que nos dejará más sorprendidos será el gran número de simples campesinos consignados en ellos. Porque entre 1918 y 1921 fueron innumerables las agitaciones y revueltas campesinas, aunque no adornen las polícromas páginas de la *Historia de la guerra civil*, aunque no se fotografiara ni filmara a esas multitudes excitadas que se lanzaban con palos, horcas y hachas contra las ametralladoras, y que luego, con las manos atadas, formaban —*¡diez campesinos por cada soldado caído!*— para ser fusilados en hileras. Y así ocurre que el levantamiento de Sapozhok sólo lo recuerdan en Sapozhok y el de Pitélino sólo en Pitélino. La obra divulgativa de Latsis que hemos citado también nos permite conocer el número de insurrecciones sofocadas en veinte gubernias en el referido año y medio: 344 (**90**) (A partir de 1918 los levantamientos campesinos fueron calificados de insurrecciones de «kulaks», pues ¡cómo iban a ser *campesinos* los que se sublevaban contra el poder del proletariado y el campesinado! Pero entonces, ¿cómo se explica que cada vez que se producía un levantamiento no se tratara de tres isbas aisladas, sino del pueblo entero? ¿Por qué la masa de campesinos empobrecidos, en vez de dar muerte a los «kulaks», insurrectos con las mismas horcas y hachas, se unía a ellos para lanzarse contra las ametralladoras? Cito a Latsis: «a fuerza de promesas, difamaciones y amenazas [los kulaks] obligaban a los demás campesinos a tomar parte en esas insurrecciones». (**91**) ¿Pero qué podía ser más prometedor que las consignas del Comité de Campesinos Pobres? ¿Y qué más amenazador que las ametralladoras de las ChON (Unidades de Destinos Especiales)?

¿Y cuántas personas arrastró el azar a ese engranaje? Me refiero a personas sin arte ni parte, a esas que inevitablemente componen la mitad de la esencia de toda revolución sangrienta?

Veamos ahora, contado hoy día por el propio protagonista, el caso del tolstoyano I. E-v, en 1919. Por mucho que estemos ya en 1968, me sigue siendo imposible hacer público su apellido.

Al declararse la movilización general y obligatoria del Ejército Rojo (un año antes aún decían: «¡Abajo la guerra! ¡Bayonetas a tierra! ¡Todos a casa!»), tan sólo en la gubernia de Riazán para septiembre de 1919 «se capturaron y enviaron al frente 54.697 desertores» (**92**) (más algunos otros fusilados sin juicio, como escarmiento). E-v no había desertado, ni mucho menos, simplemente se había negado abiertamente a prestar el servicio militar por motivos religiosos. Movilizado a la fuerza, en el cuartel se negaba a empuñar arma

alguna o a hacer la instrucción. Indignado, el comisario de la unidad lo puso a disposición de la Cheká con una nota: «no reconoce el régimen soviético». Lo llevaron a interrogatorio.

En la mesa, tres hombres, y ante cada uno de ellos, una pistola. «¡Ya nos las hemos visto antes con héroes como tú, ya verás qué pronto te pones de rodillas! ¡O aceptas inmediatamente prestar servicio militar o te pegamos un tiro aquí mismo!» Pero E-v seguía en sus trece: no podía combatir porque era adepto del cristianismo libre. Su causa pasa entonces al tribunal revolucionario de la ciudad de Riazán.

El juicio es público. Hay un centenar de personas en la sala. El abogado defensor es un amable viejecito. El docto acusador Nikolski (la palabra «fiscal» estuvo prohibida hasta 1922) es también un letrado veterano. Uno de los vocales intenta que el acusado precise sus convicciones («¿Cómo es posible que usted, un representante del pueblo trabajador, pueda compartir las ideas del conde Tolstói, un aristócrata?»). El presidente del tribunal le corta la palabra y le prohibe que siga. Discuten.

VOCAL: Así que usted no quiere matar personas y procura convencer a los demás para que actúen como usted. Pero la guerra la han comenzado los blancos. Tenemos que defendernos y usted nos está poniendo obstáculos. ¡Le enviaremos a Kolchak, allí es donde debe usted predicar contra la violencia!

E-V: Estoy dispuesto a ir adonde ustedes me envíen.

ACUSADOR: Este tribunal no debe ocuparse de delitos comunes en general, sino sólo de actividades contrarrevolucionarias. En vista de las circunstancias que concurren en el delito, exijo que el caso sea visto por el tribunal popular.

PRESIDENTE: ¡Ja! ¡Conque delitos comunes! ¡Fíjate qué escrupuloso! Aquí no nos guiamos por las leyes, sino por nuestra conciencia revolucionaria!

ACUSADOR: Insisto en que conste en acta mi petición.

DEFENSOR: Me adhiero a la petición del acusador. Esta causa ha de ser vista por un tribunal ordinario.

PRESIDENTE: ¡Viejo chiflado! ¿De qué cementerio lo habéis sacado?

DEFENSOR: En cuarenta años de ejercicio profesional jamás había oído un agravio semejante. Ruego que conste en acta.

PRESIDENTE *(a carcajadas):* ¡Eso, que conste! ¡Que conste! Risas en la sala.

El tribunal se retira a deliberar. Se oyen gritos de desacuerdo procedentes de la sala de deliberaciones. Regresan con la sentencia: fusilamiento .

En la sala se oye un rumor de indignación.

ACUSADOR: ¡Protesto contra la sentencia e interpondré recurso ante el Comisariado de Justicia!

DEFENSOR: ¡Me adhiero a las palabras del acusador!

PRESIDENTE: ¡Despejen la sala!

Los guardias que condujeron a E-v a la cárcel le dijeron: «¡Ojalá todos fueran como tú, hermano! ¡No habría ninguna guerra, ni blancos ni rojos!». Cuando volvieron al cuartel, convocaron una asamblea de soldados del Ejército Rojo. La asamblea condenó la sentencia y envió una protesta a Moscú. E-v pasó treinta y siete días en prisión esperando cada día la muerte y viendo los fusilamientos con sus propios ojos. Y llegó la noticia: pena conmutada a quince años de *riguroso aislamiento.*

Es un ejemplo edificante. La legalidad revolucionaria había obtenido un triunfo parcial, pero ¡cuántos esfuerzos exigió del presidente del tribunal! ¡Cuánto desorden, indisciplina y falta de conciencia política revela este caso! La acusación y la defensa están del mismo lado, la escolta metiéndose en lo que no le importa y enviando resoluciones. ¡Oh, qué difíciles comienzos los de la dictadura del proletariado y la nueva justicia! Naturalmente, no todas las sesiones eran tan caóticas, pero tampoco fue éste un caso aislado. ¡Cuántos años habrían de transcurrir aún hasta que apareciera, se orientara y afirmara una línea adecuada, para que la defensa actuara de consuno con el fiscal y el tribunal, y con ellos el acusado, y con todos ellos las resoluciones unánimes de las masas! Para un historiador sería una gratificante tarea analizar todo este largo camino. ¿Pero cómo hemos de avanzar nosotros en medio de estos años nublados por un color de rosa? ¿A quién podemos preguntar? Los fusilados no nos contarán nada, los testigos dispersos tampoco. ¿Y los acusados, los abogados defensores, los guardianes o los espectadores? Incluso aunque siguieran con vida, no se nos permitiría que los buscáramos.

Es evidente que sólo podemos valernos de *la acusación.*

Gracias a personas bien intencionadas ha llegado a nuestras manos un ejemplar — escapado a la destrucción — de la recopilación de discursos acusatorios de un ardiente revolucionario, quien fuera el primer titular del Comisariado del Pueblo para la Guerra de la república Obrero-Campesina, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas y más tarde creador del Departamento de Tribunales de Excepción del Comisariado del Pueblo para la Justicia (tenían pensando instituir el título de tribuno expresamente para él, pero Lenin se negó), (**93**) glorioso acusador en los más grandes procesos, y más tarde desenmascarado como feroz enemigo del pueblo. Me refiero a N.V. Krylenko. (**94**) Y si seguimos dispuestos a exponer un breve cuadro de conjunto de los procesos públicos, si nos seguimos sintiendo tentados a respirar la atmósfera judicial de los primeros años que siguieron a la Revolución, estamos obligados a leer el libro de Krylenko. No hay otro camino. Lo que falta en él, todo lo que se refiere a los juicios en provincias, habrá que suplirlo con la imaginación.

Por supuesto, habríamos preferido ver las copias taquigráficas de aquellos procesos, oír, venidas de ultratumba, las voces trágicas de aquellos primeros encausados y abogados defensores, cuando nadie podía prever en qué implacable sucesión se perderían todos los actores, incluidos los propios jueces.

Sin embargo, explica Krylenko, publicar las versiones taquigráficas *«habría sido poco práctico, por una serie de consideraciones de orden técnico»* (pág. 4). Lo práctico era publicar sólo los discursos acusatorios y las sentencias de los tribunales, que por aquel entonces ya coincidían plenamente con las peticiones fiscales.

Si hay que creerle, los archivos del Tribunal de Moscú y del Tribunal Revolucionario Supremo «distaban (en 1923) de estar en el orden debido [...]. En muchas de las causas la versión taquigráfica [...] estaba escrita de manera tan ilegible que habría sido preciso suprimir páginas enteras o reconstruirlas de memoria» (¡!), y «en una serie de procesos importantísimos» (entre ellos el alzamiento de los eseristas de izquierda, el caso del almirante Shchastni y el del embajador inglés Lockhart) «no hubo presencia de taquígrafos» (págs. 4 y 5).

Es curioso, porque la condena de los socialistas revolucionarios de izquierda no fue ninguna nadería; después de las revoluciones de Febrero y Octubre, fue el tercer nudo determinante de nuestra historia: el paso a un sistema estatal monopartidista. Y no fueron pocos los fusilamientos. Y sin embargo, no hubo taquígrafos.

En cambio, la «conjura militar» de 1919 «fue liquidada por la Cheká en forma de represión extrajudicial» (pág. 7), «con lo que quedó más que probada su existencia» (pág. 44). (Fueron detenidas en total más de mil personas, (**95**) ¿iban acaso a incoarle una causa a cada una de ellas?)

Así pues, ¿cómo va a poder nadie contar de forma ordenada y veraz los procesos judiciales de aquellos años...?

Sin embargo, hemos podido aprender sus principios esenciales. Así, por ejemplo, el supremo acusador nos comunica que el VTsIK estaba facultado para intervenir en cualquier proceso judicial. «El VTsIK tiene derecho *ilimitado* a indultar o *condenar a muerte*, según su propio criterio» (pág. 13, la cursiva es mía. - A.S.). Por ejemplo, una sentencia de seis meses de cárcel podía convertirse en diez años (como comprenderá el lector, para esto no se reunía la plana mayor del VTsIK sino que bastaba con que corrigiera la sentencia en su despacho Sverdlov, pongamos por caso). En esto, explica Krylenko, «nuestro sistema se distingue y aventaja a la errónea teoría de la separación de poderes» (pág. 14), y a la teoría de la independencia del poder judicial. (Exactamente, coreaba Sverdlov: «Menos mal que en nuestro país los poderes legislativo y ejecutivo no están separados por un muro infranqueable, como ocurre en Occidente; así, todos los problemas *pueden resolverse con rapidez*». Especialmente por teléfono.)

Con mayor franqueza y precisión si cabe expone Krylenko, en sus discursos ante aquellos tribunales, *el cometido general de la justicia soviética*, en la que el tribunal es «a la vez **creador de jurisprudencia** (el resaltado es de Krylenko)... e **instrumento político** » (pág. 3, el resaltado es mío. - A.S.).

Creador de jurisprudencia porque durante cuatro años no existió código alguno: habían derogado la legislación zarista y aún no habían creado una propia. «Y que no me vengan con que nuestro Derecho penal debe atenerse de forma exclusiva a normas escritas existentes. Vivimos inmersos en un proceso de revolución...» (pág. 407). «Nuestros tribunales no serán una especie de tribunales de justicia, en ellos no van a cobrar vida las sutilezas y astucias jurídicas... Estamos creando un Derecho nuevo y *unas normas éticas nuevas*» (pág. 22, la cursiva es mía. - A.S.).

«Por más que se hable de la ley secular del Derecho, de la justicia *y demás monsergas*, ya sabemos [...] lo caro que nos ha costado todo eso» (pág. 505, la cursiva es mía. - A.S.).

(En realidad, si comparamos la duración de vuestras penas con las de antes, tal vez no os haya salido tan caro. ¿Os lo parece quizá porque la justicia secular tenía más miramientos con el condenado?) Si las sutilezas jurídicas se han vuelto superfluas es porque ya no hay que esclarecer si el acusado es culpable o inocente: la noción de *culpabilidad* es una noción burguesa y caduca, hoy día abandonada ya (pág. 318).

Así pues, hemos oído de labios del camarada Krylenko que el tribunal revolucionario no es *una especie de* tribunal de justicia. En otra ocasión le oiremos incluso decir que el tribunal revolucionario no es en realidad *ningún* tribunal de justicia: «El Tribunal es el instrumento mediante el cual la clase obrera dirige su lucha contra sus enemigos», debe regirse «por los intereses de la Revolución [...] y perseguir los resultados que más convengan a las masas obreras y campesinas» (pág. 73): Las personas no son personas sino «determinados portadores de determinadas ideas». «Sean cuales sean sus cualidades personales [del acusado], para someterlo a valoración no se debe aplicar sino un criterio: su utilidad desde una perspectiva de clase» (pág. 79).

Es decir, que podrás seguir existiendo sólo si tu vida le parece útil a la clase obrera. «Y si este criterio exige que la espada punitiva caiga sobre la cabeza de los acusados, pierde todo valor cualquier [...] intento de persuasión a través de la palabra» (pág. 81); o sea: los argumentos de los abogados, etcétera. «Nuestro tribunal revolucionario no se guía por artículos del código, ni por el peso de las circunstancias atenuantes; nuestro Tribunal debe regirse por el criterio de utilidad» (pág. 524).

En aquellos años, a muchos les ocurrió que, después de haber vivido años y más años, de repente se enteraron de que su existencia no era útil.

Y es que debemos comprender una cosa: lo que pesa sobre el acusado no es lo que haya hecho, sino lo que podría hacer si no lo fusilan ahora. «No nos protegemos sólo del pasado, sino también del futuro» (pág. 82).

Las declaraciones del camarada Krylenko son claras y universales. Nos aproximan a todo un periodo judicial en todo su relieve. De pronto, los vapores de la primavera han abierto paso a una transparencia otoñal. ¿Ha llegado el momento quizá de detenernos? ¿Está quizá de más hojear proceso tras proceso? A fin de cuentas, no vamos a ver más que todos estos principios aplicados de forma implacable.

Basta con entornar los ojos para imaginarnos la pequeña sala de la audiencia, aún sin molduras de oro. Los miembros del tribunal, amantes de la verdad, visten sencillas guerreras, son flacos, aún no han echado barriga. Y donde se halla la *autoridad acusadora* (como gusta llamarse a sí mismo Krylenko) vemos a alguien con una chaquetita de paisano y, a través del cuello desabrochado, una camiseta de marinero a rayas blancas y azules.

Miren qué bien habla el supremo acusador: «¡Me interesa la cuestión del hecho!»; «¡Concretice el momento de esa tendencia!»; «Operamos en el plano analítico de la verdad objetiva». De vez en cuando — ¡lo que son las cosas! — brilla también un proverbio latino (cierto que siempre es el mismo, proceso tras proceso, y que no se aprende otro hasta al cabo de algunos años). Hay que decir honestamente que en medio de todo el trajín revolucionario, se las arregló para terminar la carrera en dos facultades. Lo que predispone hacia él es que habla de los acusados con el corazón en la mano: «¡Canallas profesionales!». Y jamás se permite una hipocresía. Por ejemplo, si no le gusta la sonrisa del acusado, le espeta de manera amenazadora, antes de que se haya dictado sentencia: «¡A usted, ciudadana Ivánova, con esa sonrisita, pronto sabremos lo que vale, ya encontraremos la forma de que no vuelva a sonreír *nunca más!*» (pág. 296, la cursiva es mía. - A.S.).

Así pues, ¿manos a la obra?

El proceso contra *Russkie Vedomosti* (Noticias rusas).

Este juicio, uno de los primeros y más antiguos, fue un proceso contra la palabra. El 24 de marzo de 1918 este conocido «periódico de los profesores» había publicado un artículo de Savínkov titulado «De viaje». Las autoridades de buena gana le habrían echado el guante al propio Savínkov, pero ¿dónde iban a buscarlo si el maldito estaba de *viaje?* Así que tuvieron que contentarse con clausurar el periódico, sentar en el banquillo de los acusados a su anciano director, P.V. Yegórov, y pedirle a él las explicaciones: ¿Cómo se había atrevido? Hacía ya cuatro meses que el país había entrado en una Nueva Era, ¡ya era hora de que se fuera acostumbrando!

Yegórov se justifica ingenuamente: dice que «el artículo lo ha escrito un político eminente cuya opinión, con independencia de que fuera o no compartida por la redacción, tiene un interés general». Más adelante añade que no ve difamación alguna en las afirmaciones de Savínkov: «no olvidemos que Lenin, Natanson y Cía. llegaron a Rusia vía Berlín, es decir, que las autoridades alemanas les ayudaron a regresar a la patria», puesto que así ocurrió realmente: la Alemania del Kaiser, a la sazón en guerra, había ayudado al camarada Lenin para que regresara.

Krylenko exclama que no pretende acusar al periódico de difamación (¿pues entonces de qué?), que están juzgando al periódico *¡por intento de influir en la opinión!* (¡Habráse visto: un periódico con semejantes intenciones!) Tampoco se hace responsable al periódico por la frase de Savínkov: «hay que ser un criminal insensato para afirmar con toda seriedad que el proletariado mundial nos va a brindar apoyo», pues no hay duda de que acabarán apoyándonos...

La condena fue exclusivamente por el intento de influir en la opinión: un periódico que se publicaba desde 1864, que había sufrido todos los períodos de reacción imaginables: el de Uvárov, Pobedonóstsev, Stolypin, Kasso y un sinnúmero más, ¡ahora quedaba cerrado por siempre ! (¡Por un solo artículo, por siempre! ¡Así es como hay que gobernar!) En cuanto al redactor Yegórov... — ¿cómo no les da vergüeza tanta clemencia? ¡Ni que estuviéramos en Grecia! —, tres meses en una celda incomunicada. (Pero, en fin, sólo estábamos en 1918. Si el viejo sobrevivía, ya volverían a encerrarlo, ¡y después, aun tantas veces más como hiciera falta!)

En aquellos procelosos años, por extraño que parezca, los sobornos se daban y recibían con la mayor exquisitez, como siempre fue en la antigua Rusia, y como siempre será en la Unión Soviética. Las ofrendas llegaban incluso — y sobre todo — a los organismos judiciales. Y — ¿nos atrevemos a decirlo?— también a la Cheká. Los tomos de historia encuadernados en rojo, estampados con letras de oro, guardan silencio, pero los viejos, que fueron testigos, recuerdan que en los primeros años tras la Revolución — a diferencia de lo

que ocurriría en época de Stalin — la suerte de los presos políticos dependía enormemente de los sobornos: los aceptaban sin sonrojo y después cumplían con honestidad y soltaban a los detenidos a cambio del dinero. Hasta Krylenko, que sólo recoge una docena de procesos en cinco años, habla de dos en los que hubo soborno. ¡Qué descorazonador!, los tribunales revolucionarios, tanto el Supremo como el de Moscú, avanzaban hacia la perfección por tortuosos vericuetos: ambos habrían de ver empañada su honradez.

El proceso contra tres jueces de instrucción del Tribunal Revolucionario de Moscú (abril de 1918).

En marzo de 1918 fue detenido un tal Beridze, que traficaba con lingotes de oro, y su esposa, como era habitual en aquella época, se puso a buscar el modo de comprar su libertad. A través de una serie de amistades logró dar con uno de los jueces de instrucción, quien a su vez metió a otros dos en el ajo. Tuvieron una reunión secreta y le exigieron a la mujer 250.000 rublos, que se redujeron a 60.000 tras algunos regateos. Había que pagar la mitad por adelantado y mantener el resto de contactos a través del abogado Grin. Todo habría discurrido en silencio — al igual que se culminaban sin tropiezos tantos cientos de arreglos semejantes — y no habría llegado a la crónica de Krylenko, y por tanto a estas páginas (¡ni tampoco a una sesión del Consejo de Comisarios del Pueblo!), de no haber empezado la esposa a tacañear. En efecto, en lugar de los 30.000 rublos acordados como anticipo, la mujer sólo le entregó a Grin 15.000. Pero más importante aún es que, dejándose llevar por una inquietud muy femenina, decidió que el abogado ese no era de confianza, así que a la mañana siguiente se dirigió a otro, apellidado Yakúlov. Aunque la crónica no dice exactamente quién aireó el asunto, parece que fue Yakúlov el que decidió apretarles las clavijas a los jueces de instrucción.

Lo interesante de este proceso es que todos los testigos, empezando por la infeliz esposa, hicieron lo posible por declarar en provecho de los jueces acusados y desarmar a la acusación (¡algo imposible en un proceso político!). Krylenko explicaba así esta actitud: aquellos testigos tenían una mentalidad pequeñoburguesa y veían a nuestro Tribunal Revolucionario como algo ajeno. (Permítase que supongamos, también desde una mentalidad pequeñoburguesa, que acaso tras medio año de dictadura del proletariado los testigos hubieran aprendido a *tener miedo.* Porque si el Tribunal Revolucionario había decidido hundir a sus propios jueces de instrucción, era que iban a por todas. Y si ellos declaraban culpables a los suyos, ¿qué podían esperar los testigos?)

También resulta interesante la argumentación del acusador. Téngase en cuenta que hasta hacía un mes los acusados habían sido sus compañeros de lucha, sus aliados y auxiliares, personas firmemente adictas a la Revolución. Uno de ellos, Leist, había sido incluso «un acusador severo, capaz de lanzar rayos y truenos sobre cualquiera que atentara contra los cimientos del socialismo». ¿Qué iban a decir ahora contra ellos? ¿Dónde iban a encontrar algo que pudiera mancharlos? (porque por sí sólo, el cohecho no manchaba lo bastante). Pues muy fácil: ¡en *su pasado!,* ¡en su curriculum!

«Si se examina más de cerca» a ese Leist «aparecen datos extraordinariamente dignos de atención.» ¡Menuda intriga!: ¿se tratará de un empedernido arribista? Pues no, ¡pero su padre era catedrático de la Universidad de Moscú! Y no un catedrático cualquiera, ¡sino uno que había mantenido su puesto durante veinte años a pesar de todos los periodos de reacción, y sólo porque la política le resultaba indiferente! (En realidad, también pese a la reacción, al propio Krylenko lo habían admitido en la universidad como alumno externo...) ¿A quién podía extrañar, pues, que el hijo de ese catedrático estuviera haciendo un doble juego?

Otro de los jueces, Podgaiski, era hijo de un funcionario judicial, que como mínimo debía de haber militado en las Centurias Negras. De no ser así, ¿cómo habría podido servir durante veinte años en los órganos judiciales? Y su criaturita también estaba preparándose para la carrera judicial, pero vino la Revolución y se tuvo que enchufar en el Tribunal Revolucionario. ¡Esta trayectoria, que hasta ayer se entendía noble, ahora resultaba repugnante! Sin duda alguna, el caso más abominable de los tres era el de Guguel, un antiguo editor. ¿Qué alimento espiritual había ofrecido a obreros y campesinos? Este hombre «abastecía a las masas con obras de ínfimo valor», no les ofrecía Marx, sino libros de profesores burgueses de renombre universal (no tardaremos en verlos también a ellos en el banquillo de los acusados).

Krylenko está colérico, no da crédito a sus ojos: ¿Qué clase de personas se ha infiltrado en el tribunal? (No crean, también a nosotros nos desconcierta: ¿dónde están los obreros y campesinos que dan nombre a estos tribunales? ¿Cómo ha podido el heroico proletariado poner la destrucción de sus enemigos en manos de estas gentecillas?)

Y por último, el abogado Grin, que antes andaba por la sección de instrucción como Pedro por su casa y podía poner en libertad a quien quisiera, resultó ser: «un típico espécimen de esa variedad del género humano que Marx denomina *sanguijuelas* del sistema capitalista», especie de la que formaban parte los gendarmes, los sacerdotes y... los notarios (pág. 500), además de todos los abogados, como es natural.

Parece, pues, que Krylenko no escatimó esfuerzos y exigió una sentencia dura e implacable que no tuviera en consideración «los matices individuales de culpabilidad». Pero esta vez el tribunal, en otras ocasiones siempre alerta, se hallaba sumido en un indolente sopor y se pronunció apenas susurrando: seis meses de cárcel para los jueces de instrucción y una multa para el abogado. (Sólo recurriendo al VTsIK «con derecho *ilimitado* a condenar» pudo Krylenko conseguir, en el hotel Metropol, que a los jueces les endigaran diez años, y cinco al abogado-sanguijuela, más la total confiscación de sus bienes. Krylenko cobró fama por su celo y poco faltó para que lo nombraran *Tribuno.)*

Somos conscientes de que este desafortunado proceso no puede por menos de quebrantar la fe — de los lectores de ahora y de las masas revolucionarias de entonces — en la integridad del tribunal. Por eso con tanto mayor recelo pasamos a examinar el siguiente proceso, por cuanto afectó a una instancia todavía más elevada.

El caso Kósyrev (15 de febrero de 1919).

F.M. Kósyrev y sus buenos amigos Liebert, Rottenberg y Soloviov habían prestado sus servicios en la Comisión de Abastos del Frente Oriental (cuando se luchaba contra las tropas de la Asamblea Constituyente, antes de Kolchak). Más tarde, las pesquisas judiciales habían de revelar que se las habían ingeniado para hacerse con sumas de entre 70.000 y un millón de rublos, que se paseaban a lomos de los mejores caballos y que montaban juergas con las enfermeras. La Comisión adquirió una casa yun automóvil, y su intendente se daba festines en el restaurante Yar. (Nosotros no estamos acostumbrados a imaginarnos así el año 1918, pero esto es lo que atestigua el Tribunal Revolucionario.)

Sin embargo, no era éste el meollo de la causa. Es más, a ninguno de ellos se le acusaba por los hechos del Frente Oriental, que incluso les fueron perdonados. Apenas disuelta la Comisión de Abastos — ¡esto es lo prodigioso! —, los cuatro, junto con un tal Nazarenko — un antiguo vagabundo siberiano que había trabado amistad con Kósyrev en presidio, cuando ambos eran presos comunes —, fueron designados para constituir... ¡el Consejo de Inspección y Control de la VChK!

Vean ustedes lo que era este Consejo: ¡¡¡ una institución con *plenos poderes para verificar la legalidad de las actividades de todos los demás órganos de la VChK*, facultada también para reclamar y examinar cualquier sumario sin importar en qué fase de procedimiento se hallara y con derecho a suspender las resoluciones adoptadas por cualquier otro órgano de la VChK, con la única excepción del Presidium!!! (pág. 507). ¡Casi nada! ¡La segunda autoridad dentro de la Cheká en toda Rusia después del Presidium! ¡La segunda hilera de prohombres, justo detrás de Dzerzhinski-Uritski-Peters-Latsis-Menzhinski-Yagoda!

Y sin embargo, los compinches mantuvieron el tren de vida de antes: el éxito no se les había subido a la cabeza ni los había separado del resto de mortales. Entre sus amigotes había un tal Maksimych, un tal Lionka, alguien llamado Rafailski ycierto Mariupolski, todos ellos «sin relación alguna con las organizaciones comunistas». Se instalaron en apartamentos particulares y en el Hotel Savoy, en «ambientes de lujo [...] en que reinaban los naipes (la banca cubría apuestas de mil rublos), la bebida y las mujeres». Por su parte, Kósyrev adquiere un ostentoso mobiliario (70.000 rublos) y no vacila en escamotear de la VChK cucharas y tazas de plata (¿y ellos, de dónde las habían sacado?) e incluso vasos normales y corrientes. «He

aquí en qué concentra su atención [...], he aquí con qué reemplaza la lucha ideológica, he aquí cómo busca medrar sirviéndose del movimiento revolucionario.» (Cuando le llega el turno de defenderse, este prominente chekista negará haber aceptado sobornos y, sin que le tiemble una sola pestaña, tendrá la desfachatez de soltar un embuste como que dispone de... ¡una herencia de 200.000 rublos en un banco de Chicago! Por lo visto cree que es perfectamente posible compaginar una situación personal así con la revolución mundial.)

¿Cual era la mejor forma de utilizar ese poder sobrehumano que le permitía arrestar o poner en libertad a su antojo? Evidentemente, había que ir sólo a por los peces que ponen huevas de oro, y en 1918 bastaba echar la red para llenar el capazo. (La Revolución se había hecho con demasiada premura y era mucho lo que se había pasado por alto. Las damas burguesas habían escondido a tiempo gran cantidad de piedras preciosas, collares, pulseras, sortijas y pendientes.) Y ya con el pez en la mano, no había más que ponerse en contacto con los parientes del detenido a través de un testaferro.

Y vean qué otros personajes encontramos en este proceso. Tenemos por ejemplo a Uspénskaya, una joven de veintidós años que acabó el bachillerato en San Petersburgo pero no logró acceder a los cursos superiores. Se proclamó entonces el régimen soviético y, en la primavera de 1918, Uspénskaya se presentó en la Vecheká para ofrecerse como delatora. Como tenía un físico adecuado, la aceptaron.

El concepto de delación (por aquel entonces *seksotstvo:* «colaboración secreta») merece el siguiente comentario de Krylenko: *«en mi opinión, nosotros* no vemos en ello nada vergonzoso, lo consideramos un deber; [...] dedicarse a esta actividad no debe avergonzar a nadie; desde el momento en que una persona reconoce que esta labor es indispensable a la causa de la Revolución, no debe sustraerse a ella» (pág. 512. La cursiva es mía. - A.S.).

¡Mas Uspénskaya no tenía credo político alguno, eso sí que es lamentable! Ella misma lo dice: «Acepté que me pagaran un determinado tanto por ciento» por cada caso descubierto y «partir los beneficios» con una persona que el Tribunal evita mencionar y cuyo nombre ordena se silencie. A lo que Krylenko añade: «Uspénskaya no figuraba en nómina, sino que cobraba *a tanto la pieza»* (pág. 507). Debemos mostrarnos humanos y comprender su situación, como nos explica el acusador: se había acostumbrado a gastar sin contar el dinero; ¿qué significaba para ella su mísero sueldo de quinientos rublos en el VSNJ si con un asuntillo (ayudar a un comerciante para que retiraran los precintos de su tienda) se ganaba 5000 rublos, y otro (con Meshcherskaya-Grews, esposa de un detenido) le reportaba 17.000? En todo caso, Uspénskaya no estuvo mucho tiempo de simple «colaboradora secreta», ya que con la ayuda de chekistas importantes en unos pocos meses ingresó en el partido y se convirtió en juez de instrucción.

Pero seguimos sin haber llegado aún al fondo de este asunto. A.P. Meshcherski, un gran industrial, había sido arrestado por negarse a hacer concesiones durante las negociaciones económicas con el gobierno soviético (representado por Y. Larin). Los chekistas empezaron a chantajear a su esposa, E.I. Meshcherskaya-Grews, a la que sospechaban poseedora de valiosas joyas y dinero. Se apersonaban en su casa y cada vez le pintaban la situación de su marido más próxima al fusilamiento, tras lo cual le exigían grandes sumas para rescatarlo. Presa de la desesperación, Mescherskaya-Grews cursó denuncia por chantaje (al abogado Yakúlov, el mismo que ya se había cargado por cohecho a tres jueces de instrucción y que por lo visto sentía un odio de clase por todo el sistema de justicia-injusticia proletaria).

A su vez, el presidente del tribunal mostró un comportamiento impropio, también en términos de clase: en lugar de advertir simplemente al camarada Dzerzhinski y arreglarlo todo en familia, dispuso que entregaran a Meshcherskaya dinero para el soborno, anotar la numeración de los billetes y poner una taquígrafa en la habitación, tras una cortina. Se presentó cierto Godeliuk, amigo íntimo de Kósyrev, para negociar el montante del rescate (¡les pedía 600.000 rublos!). Fueron taquigrafiadas todas las menciones que hizo Godeliuk de Kósyrev, de Soloviov y de otros comisarios, y también todos sus comentarios sobre funcionarios de la Vecheká y de cuántos miles era el bocado de cada uno. La taquígrafa recogió también la entrega a Godeliuk del anticipo establecido y cómo a cambio Meshcherskaya recibía unos pases de entrada en la Vecheká previamente firmados por Liebert y Rottenberg, de la Comisión de Control e Inspección (que es donde debían proseguir las negociaciones). Pero a la salida a Godeliuk le echaron el guante y, en su

confusión, lo desembuchó todo. (Entre tanto, Mescherskaya ya se había presentado en la Comisión de Control e Inspección a exigir el expediente de su marido *para revisión.*)

¡Pero, permítanme! ¡Son revelaciones como éstas las que empañan el inmaculado manto de la Cheká!

¿Está en sus cabales ese presidente del Tribunal Revolucionario de Moscú? ¿No se estará metiendo donde no le llaman?

¡Se pasaba entonces por un momento especial, un punto de inflexión que ha quedado oculto a nuestras miradas bajo los pliegues de nuestra majestuosa Historia! Resulta que el primer año de actividad de la Cheká provocó algunas reacciones de rechazo hasta en el partido del proletariado, que todavía no se había acostumbrado a tales modos de obrar. No había pasado más que un año, el primer paso de un glorioso camino, y sin embargo, según manifestaba Krylenko de manera algo confusa, había surgido ya «un conflicto entre los tribunales y sus funciones, por una parte, y las funciones extra-judiciales de la Cheká..., una discusión que en aquella época dividía al partido y a los distritos obreros en dos bandos» (pág. 14). Por esto pudo darse un caso como el de Kósyrev (cuando hasta entonces había reinado la impunidad general), por eso tuvo resonancia a nivel del Estado.

¡La Vecheká está en peligro! ¡Hay que salvar a la Vecheká! Soloviov pide al tribunal que se le permita visitar a Godeliuk, encerrado en la prisión de Taganka (¡qué lástima que no estuviera en la Lubianka!) para mantener *una conversación.* El tribunal deniega el permiso. Entonces, Soloviov se *introduce en la celda* de Godeliuk sin permiso del tribunal. Y, vaya casualidad: Godeliuk cae gravemente enfermo. («Difícilmente puede admitirse que Soloviov albergara malas intenciones», observa con disciplina Krylenko.) Y al sentir de repente la proximidad de la muerte, a Godeliuk le invade un profundo arrepentimiento por haber osado calumniar a la Cheká, pide papel y se retracta: ahora resulta que todos sus comentarios sobre Kósyrev y otros comisarios de la Cheká son mentira, y también todo lo taquigrafiado tras la cortina, ¡todo mentira!

¡Oh, cuántos argumentos! ¡Oh, Shakespeare! ¿Dónde estás? Soloviov atravesando los muros, las celdas en débil penumbra, Godeliuk retractándose apenas ya con pulso... Y a nosotros, que siempre nos presentan en el teatro y en el cine los años de la Revolución al canto de *La Varsoviana* en las calles...

«¿Pero quién extendió los pases?», insiste Krylenko. Porque a Mescherskaya el pase no le habrá llovido del cielo, ¿verdad? Pero no, el acusador «no quiere afirmar que Soloviov tenga parte en este asunto porque... no hay suficientes pruebas», aunque supone en voz alta que «existen ciudadanos que siguen en libertad aunque tengan las manos manchadas», que pudieron haber enviado a Soloviov a la prisión de Taganka.

Era el momento propicio para interrogar a Liebert y a Rottenberg, que habían sido citados a declarar. ¡Pero no habían comparecido! Así de sencillo: no se presentaron, se habían quedado en casa. ¡Bueno, pues entonces, como mínimo había que interrogar a Mescherskaya! ¡Imagínense, también esa aristócrata apolillada tuvo la desvergüenza de no comparecer ante el Tribunal Revolucionario!

Cobrado el soborno, Mescherski fue puesto en libertad avalado por Yakúlov y huyó con su mujer a Finlandia. Así que cuando empezó el proceso contra Kósyrev, se resarcieron encerrando a Yakúlov bajo custodia, quizá por haber concedido ese aval, o quizá por ser un reptil chupasangres. Lo condujeron bajo escolta a testificar en el juicio y hay motivos para pensar que al poco lo fusilaron. (Y ahora nos admiramos: ¿Cómo pudo llegarse a tanta ilegalidad? ¿Por qué nadie se rebeló contra ella?)

Godeliuk se ha retractado y está moribundo. ¡Kósyrev no admite nada! ¡Soloviov no es culpable de nada! Y no hay a quién interrogar...

¡Vean, en cambio, qué testigos comparecen ante el tribunal por voluntad propia! El camarada Peters, vicepresidente de la Vecheká, y hasta Félix Edmúndovich en persona, muy consternado. Su alargado y apasionado rostro de asceta está dirigido a los petrificados miembros del tribunal. Y con verbo conmovedor da testimonio de la inocencia de Kósyrev y de sus altas cualidades morales, revolucionarias y profesionales. Por desgracia, no han llegado hasta nosotros sus declaraciones textuales, pero Krylenko dice al respecto:

«Soloviov y Dzerzhinski han trazado una magnífica semblanza de las cualidades de Kósyrev» (pág. 552). (¡Ah, imprudente alférez! ¡Veinte años más tarde en la Lubianka te habrían de ajustar cuentas por este proceso!) Es fácil adivinar lo que pudo haber dicho Dzerzhinski: que Kósyrev era un férreo chekista, implacable con los enemigos; que era un buen *camarada.* Corazón ardiente, cabeza fría y manos limpias.

Y así de entre los escombros, de entre tanta difamación, surge ante nosotros un Kósyrev-caballero de bronce. ¡Pero si sólo fuera eso! Su biografía demuestra una vitalidad fuera de lo común.

Antes de la Revolución había sido juzgado varias veces, las más de ellas por asesinato: por haber entrado arteramente en casa de una anciana de Kostromá, apellidada Smirnova, con el propósito de robar y *haberla estrangulado con sus propias manos;* más tarde, por haber intentado dar muerte a su propio padre y por haber matado a un compañero con el propósito de utilizar su pasaporte. En los restantes casos, Kósyrev había sido juzgado por estafa, y en total había pasado muchos años en presidio (¡así se entiende su afición a la buena vida!), del que sólo salía gracias a las amnistías de los zares.

Llegado este punto, el acusador se ve interrumpido por las severas y justas voces de preclaros chekistas, quienes le indican que todas esas causas precedentes habían sido vistas portribunales de burgueses y hacendados y no podían ser tenidas en cuenta por nuestra nueva sociedad. ¡Pero, escucha! Completamente desbocado, nuestro alférez descarga desde el banco de la acusación una perorata tan viciada ideológicamente que apenas nos atrevemos a citarla, pues perturba la armonía con que siempre se han desarrollado los procesos ante nuestros tribunales:

«Si algo había en la antigua justicia zarista que fuera positivo y merezca nuestra confianza era únicamente el jurado... Siempre podía uno fiarse de la sentencia del jurado, pues con él, el número de errores judiciales se reducía al mínimo» (pág. 522).

Tanto más mortificante resultaba oír semejantes afirmaciones de labios del camarada Krylenko, cuanto que hacía tres meses, durante el proceso contra el provocador Román Malinovski — antiguo favorito de Lenin, miembro del Comité Central designado a dedo y enviado a ocupar un escaño en la Duma, todo ello a pesar de haber sido condenado cuatro veces por delitos comunes —, la propia Autoridad Acusadora había adoptado una posición de clase irreprochable: «A nuestros ojos, todo delito es producto del sistema social existente, y en este sentido, toda sentencia por delitos comunes dictada con arreglo a las leyes de la sociedad capitalista y del régimen zarista, no constituye para nosotros un hecho que deje para siempre una mancha indeleble... Conocemos *muchos ejemplos de hombres que se encuentran en nuestras filias y en cuyo pasado existen hechos semejantes,* pero jamás hemos creído por ello que fuera necesario rechazarlos. *Una persona conocedora de nuestros principios* no debe temer que la existencia de antecedentes penales pueda apartarlo de las filas revolucionarias...» (pág. 337. La cursiva es mía. - A.S.).

¡Ya ven con qué elocuencia sabía plasmar el camarada Krylenko el espíritu comunista! Pero ahora acababa de mancillar la imagen caballeresca de Kósyrev con unos razonamientos viciados. Tan tensa era la situación en la sala, que el camarada Dzerzhinski se vio obligado a decir: «Por un segundo (¡vaya, sólo por un segundo! - A.S.) ha pasado por mi mente la idea de que acaso el camarada Kósyrev esté siendo víctima de las pasiones políticas que se han desatado últimamente alrededor de la Cheká».

Krylenko cae en la cuenta del desliz cometido: «No es ni ha sido mi intención convertir este proceso contra Kósyrev y Uspénskaya en un proceso contra la Cheká. ¡No sólo no puedo quererlo, sino que debo oponerme a ello con todas mis fuerzas! [...] Al frente de la Cheká han sido puestos los camaradas más responsables, honestos y firmes. Ellos han aceptado el duro deber de acabar con el enemigo, *aun a riesgo de cometer errores* [...]. Por ello, la Revolución está obligada a darles las gracias [...]. Recalco este aspecto para que más adelante [...] nadie pueda decir de mí: "¡Fue el instrumento de una traición política!"» (pág. 509-510. La cursiva es mía. - A S.). (¡Y eso fue, ni más ni menos, lo que dijeron!)

¡El Acusador Supremo estaba haciendo equilibrios sobre el filo de la navaja! Pero por lo visto aún le quedaban contactos de la época de la clandestinidad (no olvidemos que había sido de los próximos de Lenin) y por ellos podía saber de qué lado soplaría el viento al día siguiente. Es algo que se nota en bastantes

procesos, y también en éste. A principios de 1919 se alzaban algunas voces diciendo que ¡ya basta, que había que poner freno a la Vecheká! Esta tendencia fue «expresada magníficamente en un artículo de Bujarin, diciendo que la *legitimidad* de la Revolución debía dejar paso a la *legalidad* revolucionaria».

¡Con la dialéctica hemos topado! Y encima a Krylenko se le escapan estas palabras: «El Tribunal Revolucionario está llamado a relevar a la Cheká» (¿ Relevar ?) . Por lo demás, este tribunal «debe ser [...] no menos terrible en la aplicación de nuestro sistema de coacción, terror y amenaza de lo que ha sido la Cheká» (pág. 511).

¿Ha sido? ¿O sea que ya la da por muerta y enterrada? Un momento, vamos a ver: vosotros queréis tomar el relevo, pero ¿qué pasa entonces con los chekistas? ¡Malos tiempos! Se comprende que los propios jefes se apresuren a testificar, que se presenten en la sala con su capote militar que les llega hasta los pies.

¿No será que se equivocan sus fuentes de información, camarada Krylenko?

De hecho, aquellos días el cielo de la Lubianka estaba cubierto de nubarrones. Y este libro podría haber seguido otro derrotero. Pero, supongo yo, el férreo Félix debió de visitar a Vladímir Ilich para darle explicaciones y poner las cosas en claro. Y las nubes se desvanecieron, aunque dos días después, el 17 de febrero de 1919, una disposición especial del VTsIK privaba a la Cheká de sus derechos judiciales (es decir, ¿que preservaba los extrajudiciales?), «aunque, ciertamente, no por mucho tiempo» (pag 14).

Surge ahora una nueva complicación en esta única jornada de debate judicial: el comportamiento indecoroso de la abyecta Uspénskaya. Desde el banquillo de los acusados se dedicó a «salpicar de lodo» a otros destacados chekistas no implicados en el proceso, ¡hasta al propio camarada Peters! (Por lo visto, aquella mujer había utilizado ese inmaculado nombre en sus operaciones de chantaje; hasta ese momento había gozado de total libertad para presenciar en el despacho de Peters sus conversaciones con otros confidentes.) La mujer hace unas alusiones al oscuro pasado prerrevolucionario del camarada Peters en Riga. ¡En qué víbora se había convertido en tan sólo ocho meses! ¡Y eso que todo ese tiempo lo había pasado rodeada únicamente de chekistas! ¿Qué hay que hacer con una persona así? Krylenko se muestra del todo de acuerdo con los chekistas: «mientras el régimen no se haya afianzado —y para ello falta aún mucho tiempo (¡no me digas!)— [...], con miras a defender la Revolución... no hay ni puede haber para la ciudadana Uspénskaya otro castigo que su *aniquilación*». ¡No ha dicho «fusilamiento», sino «aniquilación»! ¡Pero si es una criatura, camarada Krylenko! Ande, échele diez años, un cuarto de siglo si quiere, ¿no cree que para entonces el régimen ya se habrá afianzado? Es una lástima, sí, pero: «en interés de la sociedad y de la Revolución la respuesta no es ni puede ser otra y tampoco puede plantearse la cuestión de otra manera. *Ante un caso así*, ninguna medida de aislamiento surtiría efectos» (pág. 515).

Y es que Uspénskaya se había pasado de la raya... Debía de saber demasiado...

Hubo que sacrificar también a Kósyrev. Lo fusilaron. Todo con tal de que los demás quedaran incólumes.

¿Podremos leer algún día los antiguos archivos de la Lubianka? No, los quemarán. Los han quemado ya.

Como habrá visto el lector, éste fue un proceso de poca monta que bien podríamos no haber relatado. Pero a ver qué les parece éste:

El proceso contra «el clero» (11-16 de enero de 1920)

Este proceso ocupará, en palabras de Krylenko, «el lugar que le corresponde en los anales de la Revolución rusa». ¡Nada menos que en los anales! O sea que no es casualidad que lo de Kósyrev lo despacharan en un solo día y que en cambio a éstos los tuvieran cinco días en salmuera.

He aquí los principales acusados: A.D. Samarin, hombre muy conocido en Rusia, procurador general del Santo Sínodo, celoso defensor de la independencia de la Iglesia frente al régimen zarista, enemigo de Rasputin, quien hizo que lo depusieran de su cargo (pero el acusador pensaba: Rasputin o Samarin, ¿qué más da?); Kuznetsov, profesor de derecho Canónico de la Universidad de Moscú; y, finalmente, dos arciprestes de Moscú: Uspenski y Tsvetkov. (De Tsvetkov diría ese mismo acusador: «es una importante personalidad pública, quizá la mejor que haya podido dar el clero; un filántropo».)

Su delito: haber constituido un «Consejo Parroquial de Moscú», que a su vez había creado (con feligreses voluntarios de cuarenta a ochenta años) una escolta para el Patriarca — naturalmente, desarmada — cuya misión era hacer guardia día y noche ante su residencia, de manera que la comunidad, en caso de que el Patriarca se viera amenazado por las autoridades, pudiera ser alertada tocando a rebato y por teléfono. Tras ello, tenían previsto ir en grupo detrás del Patriarca a donde lo llevaran, y suplicar al Sovnarkom (¡por ahí asoma la cabeza la contrarrevolución!) que lo dejaran en libertad.

¡Qué idea tan propia de la antigua Rusia, de la santa Rusia. ¡Tañer campanas e ir en multitud a presentar una súplica!

El acusador no salía de su asombro: ¿Qué amenaza podía pender sobre el Patriarca? ¿Qué necesidad había de protegerlo?

En realidad, ninguna; únicamente que la Cheká practica desde hace dos años la represión extrajudicial contra quienes le resultan incómodos; únicamente, que hace poco cuatro soldados del Ejército Rojo han asesinado en Kiev al metropolita; únicamente, que «el expediente del Patriarca ya está terminado y sólo falta remitirlo al Tribunal Revolucionario» y «sólo el trato cuidadoso que requieren las amplias masas de obreros y campesinos, aún influidas por la propaganda clerical, hace que *de momento dejemos en paz* a estos enemigos de clase» (pág. 67). ¿Qué inquietud podían sentir los ortodoxos por su Patriarca? Durante esos dos años, el Patriarca Tijon no se había mantenido callado: había cursado epístolas a los Comisarios del Pueblo, al clero y a los fieles. Y como las imprentas las rechazaban, tenían que escribirlas a máquina (¡he aquí el primer caso de *samizdat*!). Y si dichas cartas pastorales denunciaban el exterminio de inocentes y la ruina del país, ¿qué alarma podían sentir ahora los creyentes por la vida de su Patriarca?

Veamos el segundo delito de los acusados. Por todo el país se estaba procediendo al registro e incautación de los bienes de la Iglesia (tras el cierre de monasterios y la confiscación de tierras, ahora iban a por las patenas, cálices y candelabros). El Consejo Parroquial difundió una proclama a los fieles: debían oponerse a las requisas tocando a rebato. (¡Era la reacción más natural! ¿No fueron defendidos de este modo nuestros templos cuando los tártaros?)

Y la tercera falta: la incesante presentación de *denuncias* impertinentes al Sovnarkom de las vejaciones infligidas a la Iglesia por parte de los funcionarios de cada lugar, de los groseros sacrilegios y ultrajes a la ley de libertad de conciencia. Aunque no se les diera curso, estas denuncias (según afirma Bonch-Bruyévich, secretario general del SNK) hacían que los funcionarios quedaran desacreditados ante los parroquianos.

Una vez examinadas todas las acusaciones, ¿qué condena cabría pedir para tan abominables crímenes? ¿Qué le susurra al lector su conciencia revolucionaria? Exacto: ¡sólo la pena de muerte! Y ésta fue precisamente la petición de Krylenko (para Samarin y Kuznetsov).

Y en plena lucha a brazo partido por respetar la maldita legalidad, mientras soportaban aquellos discursos, demasiado extensos, de unos abogados burgueses demasiado numerosos (discursos que no han llegado a nosotros por razones de orden técnico), se supo que... ¡se había abolido la pena de muerte! ¡Chúpate ésa! No puede ser, ¿cómo es posible? Resulta que Dzerzhinski lo había dispuesto así en la Vecheká (¿La Cheká sin fusilamientos?) ¿Y alcanza la abolición a los tribunales dependientes del Consejo de Comisarios del Pueblo? Todavía no. Krylenko cobró nuevos ánimos y continuó exigiendo el fusilamiento, basándose en lo siguiente:

«Incluso aunque admitiéramos que se ha afianzado la situación de la república y que ya no la amenaza peligro directo alguno que pudiera proceder de estas personas, me parece indudable que en este periodo de

edificación [...] la purga [...] de estos viejos camaleones [...] es una exigencia dictada por la necesidad revolucionaria». «La disposición de la Cheká sobre la abolición de los fusilamientos... es algo que enorgullece al régimen soviético.» Pero esto «no nos obliga a suponer que la cuestión haya quedado zanjada de una vez por todas [...] ni que vaya a ser extensiva a cualquier otra época del régimen soviético distinta a la actual» (págs. 80-81).

¡Muy profético! ¡Volverían los fusilamientos, claro que volverían, y además muy pronto! ¡Con la de gente que aún habría que liquidar! Toda una hilera (entre ellos el propio Krylenko y muchos de sus hermanos de clase...)

Pues bien, el tribunal tuvo en consideración estas observaciones y condenó a Samarin y a Kuznetsov a ser fusilados, aunque de forma que pudieran acogerse a la amnistía: ¡los mandaron a un campo de concentración hasta *la victoria total sobre el imperialismo mundial!* (O sea, que aún deben seguir allí...), y para «el mejor hombre que el clero había sido capaz de dar», quince años conmutados a cinco.

Para que la acusación contara con algo más sólido, se había implicado en el caso a otros acusados: unos frailes y unos profesores de Zvenígorod relacionados con el «caso Zvenígorod» del verano de 1918, que por alguna razón llevaban año y medio a la espera de juicio (aunque quizá ya estuvieran condenados y si los juzgaban ahora por segunda vez, era porque convenía al caso). Aquel verano, unos *agentes de los soviets* se presentaron ante el abad Jonás (**96**) en el monasterio de dicha población y le exigieron (¡muévase! ¡deprisa!) que les entregara las reliquias del venerable Sawa. Los agentes no sólo estaban fumando en el templo (y evidentemente ante el altar) además, como es natural, de no haberse quitado la gorra, sino que encima, el que tenía en sus manos el cráneo del venerable Sawa escupió en su interior para demostrar así que su santidad era imaginaria. No fue éste el único sacrilegio.

Todo ello dio lugar a que las campanas tocaran a rebato, tras lo cual en el pueblo se organizó una revuelta que terminó con la muerte de uno de los agentes. Los restantes se obstinaron después en negar que hubieran cometido sacrilegios ni escupido en la calavera y Krylenko se contentó con sus declaraciones.

¿Quién no recuerda tales escenas? La primera impresión de toda mi vida — tendría yo tres o cuatro años — fue en la iglesia de Kislovodsk, cuando entraron los capirotes (chekistas con gorras de punta a lo Budionni), se abrieron paso entre la multitud orante, muda de estupefacción, y fueron derechos hacia el altar a interrumpir el servicio divino, sin quitarse la capucha.

Así pues, los llevaron ante el tribunal ¿A los agentes? No hombre, no... a los frailes.

Rogamos al lector que siempre tenga presente que ya a partir de 1918 se implantó en nuestro país una nueva práctica judicial: entender cada proceso celebrado en Moscú (excepto, como es natural, el injusto proceso contra la Cheká) no como el examen de un caso particular surgido de unas circunstancias fortuitas, sino como una señal de la política judicial; un modelo puesto en el escaparate igual al que desde el almacén se servirá a provincias; un patrón, una solución que se presenta como muestra a los alumnos antes de plantearles una serie de problemas de aritmética, y por la cual deberán resolver por sí mismos el resto.

Así, aunque hablemos de un «proceso contra el clero», debemos entender que los hubo a manos llenas. Por si hubiera dudas, el propio Acusador Supremo nos lo explica de buen grado: *«En casi todos los tribunales de la república se desencadenaron»* procesos similares (pág. 61). Hace muy poco los hubo en los tribunales de Severodvinsk, Tver, Riazán, y también en Sarátov, Kazan, Ufa, Solvychegodsk y Tsarevokokshaisk. Llevaron a juicio a los clérigos, a los sacristanes y a los feligreses más activos de esa desagradecida «Iglesia ortodoxa *liberada por la Revolución de Octubre*».

El lector creerá haber visto aquí una contradicción: ¿entonces por qué muchos de estos procesos fueron anteriores al juicio de Moscú que iba a servir como pauta? No es más que un defecto de nuestra exposición. La persecución judicial y extrajudicial de la «Iglesia liberada por el socialismo» había empezado ya en 1918, y a juzgar por el asunto de Zvenígorod había alcanzado ya cierta dureza. En octubre de 1918, el Patriarca Tijon envía una epístola al Consejo de Comisarios del Pueblo denunciando la falta de libertad de apostolado

y que «muchos valerosos predicadores de la Iglesia ya han pagado el sangriento tributo del martirio [...]. Habéis puesto las manos sobre los bienes de la Iglesia, reunidos por generaciones de creyentes, no habéis vacilado en violar su postrera voluntad». (Los comisarios del pueblo, como es natural, no leían la epístola, pero sus jefes de negociado debieron partirse de risa: ¡Fíjate qué cosas tienen: la postrera voluntad! ¡A la m... nuestros antepasados! Nosotros sólo trabajamos para las generaciones venideras.) «Se ajusticia a obispos, a sacerdotes, a frailes y a monjas que no han hecho ningún mal, acusándolos sin fundamento de no se sabe qué espíritu contrarrevolucionario vago e indeterminado.»

Es cierto que ante el avance de Deníkin y Kolchak contuvieron la persecución para hacer más fácil a los ortodoxos la defensa de la Revolución. Pero así que la guerra civil empezó a decaer, la emprendieron de nuevo con la Iglesia, y como se ve, la persecución *se desencadenó* en los tribunales. Y en 1920 asestaron un golpe contra el monasterio de la Trinidad y se llevaron las reliquias del patriotero San Sergio de Radonezh a un museo de Moscú.

El Patriarca cita a Kliuchevski: «Sólo cuando hayamos dilapidado por completo el patrimonio espiritual y moral que nos legaron los grandes edificadores de la tierra rusa, como el venerable Sergio, sólo entonces se cerrarán las puertas de su monasterio, sólo entonces se extinguirán las candelas sobre su sepulcro». No imaginaba Kliuchevski que por bien poco no iba a ser testigo en vida de esta pérdida.

El Patriarca pidió audiencia al Presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo para persuadirle de que se respetasen el monasterio y las reliquias, dado que la Iglesia estaba separada del Estado. Se le respondió que el Presidente — el camarada Lenin — estaba ocupado con asuntos muy importantes y que no podría recibir al Patriarca en los próximos días. Ni tampoco más adelante.

El Comisariado de Justicia distribuyó una circular (25 de agosto de 1920) relativa a la destrucción de todo género de reliquias sagradas, pues eran ellas, precisamente, las que obstaculizaban nuestro radiante avance hacia una nueva sociedad más justa.

Continuamos con los casos elegidos por Krylenko y examinaremos también una causa vista por el *Tríbsup* (entre ellos, emplean siempre estas abreviaturas afectuosas, mientras a nosotros, los gusanos, nos gritan: ¡En pie! ¡Se abre la sesión!).

El proceso contra el «Centro Táctico» (16-20 de agosto de 1920):

Veintiocho acusados, más unos cuantos prófugos contra los que se procede en rebeldía.

Al principio de su enardecido discurso, cuando todavía no tiene la voz ronca, el Acusador Supremo, iluminado por el análisis de clase, nos comunica que además de hacendados y capitalistas «existe y continúa existiendo una capa social cuya existencia como tal es, *desde antiguo, objeto de reflexión* por parte de los representantes del socialismo revolucionario. [...] Se trata de *lo que se ha dado en llamar intelectualidad* [...]. Durante este proceso *las actividades de la intelectualidad rusa van a ser sometidas al juicio de la Historia*» y de la Revolución (pág. 34).

Los límites que la especialización impone a nuestro estudio no nos permiten examinar con detalle cómo *reflexionaban* los representantes del socialismo revolucionario sobre el destino de lo que se ha dado en llamar intelectualidad, ni tampoco cuáles fueron sus conclusiones. Sin embargo, nos sirve de consuelo saber que estos documentos han sido publicados, que están al alcance de todo el mundo y pueden ser consultados tan en profundidad como se desee. Por esto, para comprender mejor la situación general de la república, nos limitaremos a mencionar la opinión de quien fuera presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo en esos años de tribunales revolucionarios.

El 15 de septiembre de 1919, en una carta a Gorki (que ya hemos citado), Vladímir Ilich respondía a las gestiones de éste en favor de los intelectuales detenidos. A propósito de la masa fundamental de la

intelectualidad rusa de entonces (los denominados «simpatizantes de los kadetés») escribía: «en realidad, no son el cerebro de la nación, sino la mierda». ([97]) En otra ocasión, le dijo a Gorki: «será culpa suya (de los intelectuales) si rompemos demasiados cántaros... Si buscan la justicia, ¿por qué no acuden a nosotros? De los intelectuales sólo me han llegado balas» ([98]) (es decir, de Fanny Kaplan).

Lenin califica a los intelectuales de «liberales podridos» y «santurrones»; habla de «un desorden, muy habitual entre las personas "instruidas"». Considera que la intelectualidad nunca llega hasta el fondo en sus razonamientos y que ha «traicionado la causa obrera». (Como si alguna vez los intelectuales hubieran jurado defender la causa de la clase obrera...)

Esta burla y desprecio de la intelectualidad fueron firmemente asumidos por los periódicos de los años veinte e impregnaron la vida cotidiana hasta acabar empapando a los propios intelectuales, que maldecían su eterna incapacidad de llegar al fondo de las cosas, su eterno nadar y guardar la ropa, su eterna falta de un órgano vertebrador, así como su irreparable *retraso respecto al siglo.*

¡Y con toda la razón del mundo! De nuevo retumba bajo las bóvedas del Tribsup la voz de la Autoridad Acusadora que nos aplasta contra los bancos:

«Durante los últimos años, esta capa social [...] ha experimentado una revisión general de valores.» Eso de «revisión de valores» era algo que se decía con mucha frecuencia por aquel entonces.

Veamos, pues, si lograron superar la prueba: «La intelectualidad rusa entró en la fragua de la Revolución enarbolando el estandarte del poder popular, pero salió como aliada de generales negros (¡si al menos fueran los blancos!), como mercenario (¡!) y agente sumiso del imperialismo europeo. La intelectualidad ha pisoteado y arrojado al fango sus propias banderas» (Krylenko, pág. 54).

Y si «no hay necesidad de rematar individualmente a sus representantes» es sólo porque «este grupo social ha agotado sus días».

¡En los comienzos del siglo XX! ¡Qué fuerza profética! ¡Oh, científicos revolucionarios! (Pero de todos modos, hubo que *rematarlos.* En los años veinte no se dedicaron a otra cosa.)

Contemplamos con repugnancia a los veintiocho aliados de los generales negros, a esos mercenarios del imperialismo europeo. Lo que nos saca particularmente de quicio es la existencia de un *Centro,* un Centro Táctico, para ser exactos, un Centro Nacional, un Centro de la Derecha (y nuestra memoria, que recuerda dos décadas de procesos nos evoca centros y más centros: de ingenieros, de mencheviques, trotskistas-zinovievistas, derechistas-bujarinistas, todos liquidados, todos, y sólo gracias a ello ustedes y yo seguimos con vida). Y donde hay un Centro, se esconde, naturalmente, la mano del imperialismo.

Ciertamente, nos alivia un poco el corazón oír más adelante que el Centro Táctico ahora en el banquillo *no era una organización,* ya que carecía de: 1) estatutos; 2) programa; 3) cuotas. ¿Qué había entonces? Pues sólo esto: ¡que se reunían ! (siente uno escalofríos). Y que en esas reuniones ¡ intercambiaban puntos de vista ! (se nos hiela la sangre en las venas).

Estas graves acusaciones se fundamentan en pruebas: exactamente dos (2) para los veintiocho procesados (pág. 38). Se trata de dos cartas de activistas ausentes (estaban en el extranjero): Miakotin y Fiódorov. Bueno, están ausentes ahora, pero antes de Octubre habían formado parte de los mismos comités que los comparecientes, y eso ya da derecho a identificarlos con los presentes. Las cartas tratan de lo siguiente: las *divergencias* con Deníkin sobre cuestiones tan insignificantes como la agraria (aunque no nos dan detalles, es evidente que aconsejan a Deníkin que entregue la tierra a los campesinos), la cuestión judía, la cuestión nacional y federal, la administración del Estado (instaurar una democracia y no una dictadura), y varias más. ¿Y qué conclusión es la que sacan de las pruebas? Muy sencillo: queda demostrada la existencia de una correspondencia epistolar, así como ¡la *unanimidad de puntos de vista entre los presentes y Deníkin!* (Brrr... ¡guau! ¡guau!)

Hay además cargos que recaen directamente sobre los presentes: ¡intercambio de información con amistades que viven en regiones periféricas del Estado no sometidas al régimen soviético! (en Kiev, por ejemplo). Antes había sido parte de Rusia, aunque luego — en aras de la revolución mundial, naturalmente — habíamos cedido este flanco a Alemania. Pero es de suponer que no por ello va a dejar de enviarse cartas la gente: ¿Cómo va eso, Iván Iványch, qué tal anda usted? Pues nosotros, ya ve... Y en el banquillo de los acusados N.M. Kishkin (miembro del Comité Central de los kadetés) aún tiene la cara dura de justificarse: «el hombre no quiere ser ciego y procura enterarse de todo lo que ocurre en todas partes».

¿Enterarse de todo lo que ocurre en todas partes? ¿No querer estar ciego? ¡Con razón califica el acusador sus actividades de traición! *¡Traición al régimen soviético!*

Ahora vienen sus peores delitos: en lo más encarnizado de la guerra civil... redactaban obras, notas y proyectos. Sí, esos «expertos en derecho constitucional, en ciencias financieras, en relaciones económicas, en jurisprudencia y en instrucción pública», *¡redactaban obras!* (Y como es fácil adivinar, sin apoyarse en absoluto en los trabajos precedentes de Lenin, Trotski o Bujarin...) El profesor S.A. Kotliarevski escribe sobre la organización federal de Rusia; V.I. Stempkovski, sobre la cuestión agraria (y probablemente, sin hablar de colectivización...); V.S. Muralevich, sobre la instrucción pública en la Rusia del futuro; el profesor Kartashov, acerca de un proyecto de ley sobre la libertad de culto, y el (gran) biólogo N.K. Koltsov (a quien la patria no ofreció más que persecuciones y finalmente el patíbulo) había puesto su Instituto a disposición de esos burgueses sabelotodo para que se reunieran. (Allí fue a parar también N.D. Kondratiev, con quien acabarían definitivamente en 1931 por el asunto del TKP.)

Nuestro corazón acusador bate cada vez más fuerte, impaciente por oír la sentencia. ¿Qué castigo hay que imponer a estos esbirros de los generales? ¡ El paredón ! ¿Qué otra cosa si no? La voz que oímos ya no es la del acusador, sino ¡la sentencia del tribunal! (Desgraciadamente, después vino la rebaja: campo de concentración hasta el final de la guerra civil.)

Eran culpables de no haberse quedado quietos en su rincón chupando su cuarto de kilo de pan. No. Tuvieron que «reunirse y concertar qué régimen debía implantarse tras la caída del poder soviético».

En el lenguaje científico moderno esto se denomina estudiar posibilidades alternativas.

Truena la voz del acusador, pero advertimos en ella cierta vacilación, como si sus ojos buscaran algo por la mesa: ¿algún otro papel? ¿alguna cita? ¡Un momento! Hay que dársela al instante. ¿Es ésta, Nikolai Vasílych? Tome: «Para nosotros... la noción de *tortura* reside ya en el mero hecho de tener presos políticos en la cárcel...».

¡Eso es! ¡Tener presos políticos en la cárcel se considera tortura! ¡Y lo dice el acusador! ¡Qué amplitud de miras! ¡Emerge una nueva justicia! Sigamos:

«...la lucha contra el gobierno zarista fue una segunda naturaleza para ellos [los políticos]; *no podían dejar de combatir el zarismo»* (pág. 17).

Lo mismo que los que ahora comparecen no podían dejar de estudiar posibilidades alternativas. A fin de cuentas, pensar es seguramente la primera naturaleza del intelectual, ¿o no?

¡Ay, qué torpes somos! ¿Pues no le hemos alargado una cita de otro proceso? ¡Menuda plancha! Pero Nikolai Vasílievich vuelve a trinar:

«Y aun cuando los acusados no hubieran movido ni un dedo aquí en Moscú (daba la impresión de que así había sido...), da lo mismo: [...] en momentos como éste, hasta las conversaciones alrededor de una taza de té sobre qué régimen debe sustituir al soviético, dando por supuesto que éste va a derrumbarse, constituyen un acto contrarrevolucionario [...]. Durante la guerra civil no sólo es delictivo cualquier acto [contra el régimen soviético]. *Es delictiva la inactividad en sí.* (pág. 39)».

Ahora ya está todo claro. Se les condenaba a muerte por inacción. Por una taza de té.

Por ejemplo, los intelectuales de Petrogrado decidieron, en caso de que Yudénich entrara en la ciudad, «esforzarse ante todo por convocar una Duma municipal democrática» (es decir, para hacer frente a la dictadura del general).

Krylenko: Pues yo les gritaría: «¡Vuestra primera obligación era pensar cómo ofrendar vuestra vida para que la ciudad no cayera en manos de Yudénich!».

Pero ellos no la ofrendaron.

(Ni tampoco Nikolai Vasílievich.)

Había también personas acusadas porque *estaban al corriente pero guardaron silencio* (hablando en claro: «por saberlo y no decirlo»).

Y luego estaban los que no se habían limitado a permanecer inactivos, sino que habían tomado parte activa y criminal: algunos acusados, por mediación de L.N. Jruschova — miembro de la Cruz Roja Política y también en el banquillo — habían *ayudado a los presos de Butyrki* con dinero (podemos imaginarnos todo ese capital corriendo a mares en la cantina de la cárcel) y prendas de vestir (y encima, seguramente de lana).

¡Sus crímenes sobrepasaban toda medida! ¡Tampoco tendría freno el castigo proletario!

Los rostros de veintiocho hombres y mujeres de antes de la revolución pasan ante nosotros como filmados por una cámara que cae al vacío: la cinta arremolinada desentraña una secuencia indescifrable. ¡No podemos distinguir qué expresión hay en sus rostros! ¿Se trata de miedo?, ¿desdén?, ¿orgullo?

¡Porque sus respuestas no constan en acta! ¡Ni tampoco sus últimas palabras! Por motivos de orden técnico... Mas el acusador subsana esta carencia cantándonos de nuevo: «Hemos presenciado una total autoflagelación, el total arrepentimiento por los errores cometidos. Hemos visto una intelectualidad, políticamente enclenque, de una naturaleza intermedia... (¡ya estamos otra vez con eso de la naturaleza intermedia!)... que corrabora plenamente la apreciación marxista de la intelectualidad que siempre han sostenido los bolcheviques» (pág. 8).

¿Y quién es esa joven que aparece de manera fugaz?

Es una de las hijas de Tolstói, Alexandra Lvovna. Krylenko le preguntó: ¿Qué hacía usted en esas reuniones? Respondió la joven: «Preparaba el samovar». ¡Tres años de campo de concentración! Gracias a la revista *En tierra extraña,* publicada en Occidente, podemos establecer lo que realmente pasó.

En el verano de 1917, bajo el Gobierno provisional, surgió una Unión de Activistas Sociales cuyo objetivo era lograr que la guerra siguiera hasta alcanzar un fin victorioso, y oponerse a las corrientes socialistas, especialmente a los eseristas. Después del golpe de Estado de Octubre, muchos de sus miembros destacados abandonaron el país, pero otros se quedaron. Ya no era posible convocar más asambleas ni mantener una actividad organizada, pero toda vez que los intelectuales estaban habituados a pensar, valorar los acontecimientos e intercambiar ideas, les resultaba difícil renunciar a ello de la noche a la mañana. Su proximidad con el mundo académico les permitía hacer pasar sus reuniones por coloquios científicos. Por aquel entonces había mucho sobre qué opinar: la paz de Brest-Litovsk, renunciar a la guerra a costa de enormes territorios, las nuevas relaciones tanto con antiguos aliados como con antiguos enemigos... Y mientras tanto, en Europa la guerra continuaba.

Algunos, en nombre de la libertad y la democracia, y también por el respeto al compromiso contraído como aliados, consideraban que era preciso continuar ayudando a los aliados, que la paz de Brest-Litovsk la habían concertado unas personas a las que el país no había otorgado poderes. Otros acariciaban la esperanza de que el régimen soviético rompiera con los alemanes cuando el Ejército Rojo se hubiera consolidado.

Unos terceros confiaban, por el contrario, en los alemanes, y pensaban que éstos, convertidos por un tratado en dueños de media Rusia, eliminarían a los bolcheviques. (Por su parte, los alemanes consideraban — y con razón — que colaborar con los kadetés era hacerle el juego a los ingleses, y que el único gobierno que no reanudaría la guerra contra Alemania era el de los bolcheviques.)

Estas divergencias hicieron que de la Unión de Activistas Sociales se escindiera en el verano de 1918 un Centro Nacional. Éste era en esencia un simple círculo de opinión ferozmente aliadófilo, compuesto por kadetés, que temían más que al fuego reconstituirse en partido político y desafiar la tajante prohibición bolchevique. Este círculo no tuvo otra actividad que unas asambleas encubiertas en el instituto del profesor Koltsov. De vez en cuando enviaban a alguno de sus miembros a Kubán para recoger información, pero al llegar ahí se desvanecían y parecían olvidarse de sus compañeros de Moscú. (Hay que decir también que los aliados no mostraron más que un débil interés por el Ejército Voluntario.) Pero en lo que más concentró sus esfuerzos el Centro Nacional fue en la pacífica elaboración de proyectos de ley para la futura Rusia.

Al mismo tiempo que se fundaba el Centro Nacional, se había fundado, más a la izquierda, la Unión del Renacimiento (formada básicamente por eseristas, reacios a unirse a los kadetés: volvían a surgir las tendencias e ideas propias de los partidos políticos), que se proponía luchar tanto contra los alemanes como contra los bolcheviques. Pero como les parecía imposible organizar esta lucha en territorio bolchevique, se limitaron a enviar emisarios al sur. Sin embargo, cuando llegaban a los distritos dominados por el Ejército Voluntario, eran rechazados por el espíritu reaccionario de dichas tropas.

En la primavera de 1919 las tres organizaciones — la Unión de Activistas Sociales (reducida ahora a Consejo), el Centro Nacional y la Unión del Renacimiento —, sofocadas por el aire enrarecido del comunismo de guerra, decidieron mantener una coordinación sistemática, y para ello designaron a dos hombres cada una. El sexteto se reunió algunas veces en el curso de 1919 y posteriormente quedó paralizado hasta dejar de existir. Las detenciones de estos hombres no empezaron hasta 1920, y fue entonces, durante la instrucción del sumario, cuando el sexteto recibió el pomposo nombre de «Centro Táctico».

Las detenciones se debieron a la denuncia de un anodino miembro del «Centro Nacional», N.N. Vinogradski, que más tarde continuó desempeñando una fructífera labor como «clueca» en la celda de la Sección Especial. Por ella pasaron muchos de sus compañeros, los cuales, con la ingenuidad propia de aquellos años dignos de un Krylov, contaban abiertamente entre sus cuatro paredes lo que pretendían ocultar a los jueces de instrucción.

El conocido historiador ruso S.P. Melgunov, que se encontraba entre los detenidos y era uno de los más importantes (como integrante del sexteto), escribió, ya desde el exilio y muy a su pesar, sus memorias sobre el proceso, notas que quizá nunca hubiera escrito de no haberse publicado el libro de Krylenko con ese impetuoso discurso acusador. (**99**) Airado consigo mismo y con sus compañeros de banquillo, Melgunov nos describe el conocido cuadro de la instrucción judicial soviética: la acusación no disponía de ninguna prueba, «en el sumario no figuraba ningún documento. Todos los argumentos de la acusación salieron de las declaraciones de los propios acusados... Durante la instrucción previa, ninguno de los futuros acusados mantuvo la táctica del silencio... Me parecía que si me negaba a hablar por principio estaba comprometiendo sin necesidad mi propia suerte y quizá la de los demás... Cuando se está ante la posibilidad del paredón no siempre se piensa en la Historia».

El *Libro Rojo de la Vecheká* (tomo II, Moscú. 1922) cita textualmente muchas declaraciones de los acusados, y éstas, ay, son deplorables.

Sin ánimo de mostrarse irónico, Melgunov reprocha al juez de instrucción Yákov Agránov (el que los hizo pasar a todos por el aro) el *engaño* que usó con él y con los demás acusados, su hábil forma de tomarle el pelo, que él considera «el más bajo ultraje que podía haberme hecho», algo peor, según dice, que cualquier presión física. Y Melgunov, un historiador que más tarde analizaría con tanta perspicacia numerosas figuras de la Revolución, se dejó echar el lazo: confirmó que eran miembros de la Unión del Renacimiento una serie de personas cuya supuesta confesión por escrito le dieron a leer. Y acto seguido empezó a hacer «unas declaraciones más o menos hilvanadas» casi en forma de relato, sin ceñirse a las preguntas del juez. (Estas

declaraciones dejaron atónitos y desmoralizados a sus compañeros cuando les fueron mostradas: parecía que tuviera unas ganas incontenibles de contarlo todo, sin necesidad de que se lo sonsacaran.)

Agránov consiguió que todos «picaran» diciéndoles también que aquello era «agua pasada», que todos estos centros ya no se reunían desde hacía tiempo, y que por lo tanto los acusados no corrían ningún peligro, que si la Cheká quería esclarecer el caso era sólo por su interés histórico. Yákov Saúlovich, el juez instructor, sedujo a muchos con su amabilidad, pero a otros les planteaba de modo abrupto la igualdad «régimen soviético = Rusia», y añadía que era un crimen luchar contra el primero si se amaba a la segunda. Y de este modo obtuvo de algunos unas declaraciones humillantes y serviles. (En parte, el artículo de Kotliarevski que hemos reseñado a pie de página trata de la instrucción de un detenido por orden de Agránov.)

¿Y qué pasó ante el tribunal? Escuchemos a Melgunov: «La tradición revolucionaria [de la intelectualidad] exigía este heroísmo, pero no había en mi alma el ardor necesario. Convertir el juicio en una demostración de protesta habría significado agravar no sólo mi propia situación, sino también la de los demás».

Ya ven con qué facilidad mordía el anzuelo de la Cheká, se rendía y perecía la intelectualidad rusa, otrora tan amante de la libertad, tan intransigente, tan inflexible... cuando los zares, cuando nadie la emprendía con ella.

Otro éxito de Agránov, aun más fulgurante y terrible, fue el «caso Tagántsev» de 1921 (aunque no tiene relación con este capítulo, pues no hubo juicio) .El profesor Tagántsev se mantuvo heroicamente callado durante cuarenta y cinco días de interrogatorios. Pero después, Agránov lo convenció para que firmara el siguiente pacto:

«Yo, Tagántsev, me comprometo conscientemente a prestar declaración sobre nuestra organización sin ocultar nada [...], ni ninguna persona que haya tomado parte en dicho *grupo,* en el bien entendido de que con ello aliviaré la suerte de todos los encausados.

»Yo, Yákov Saúlovich Agránov, delegado de la Vecheká, con la ayuda del ciudadano Tagántsev me comprometo a poner fin con prontitud a la instrucción sumarial y, una vez concluida la misma, hacer que el sumario sea visto en juicio público . . . Doy mi palabra de que ninguno de los acusados será condenado a la pena suprema».

Resultado del caso Tagántsev: 87 personas fusiladas por la Cheká.

Así salía el sol de nuestra libertad. Así fue creciendo, traviesa y bien cebada nuestra Ley, hija de Octubre.

Pero hoy ya lo hemos olvidado todo por completo.

9. La adolescencia de la ley

Nuestro esbozo se ha alargado demasiado. Y sin embargo puede decirse que ni siquiera hemos empezado. Los procesos más importantes y célebres están aún por llegar. Pero ya han empezado a perfilarse unas lineas maestras.

Nuestra ley aún es joven, está en edad de pertenecer a la Organización Juvenil de Pioneros. Sigamos sus pasos.

Empecemos por mencionar un proceso hace tiempo olvidado, y que ni siquiera tuvo carácter político, el **proceso contra la Glavtop** (Mando supremo de Combustibles) en mayo de 1921, que afectó a ingenieros, o *spets* como decían entonces.

Había terminado el más cruel de los cuatro inviernos de la guerra civil, ya no quedaba combustible alguno, los trenes quedaban detenidos entre estaciones y sobre las ciudades se cernían el frío, el hambre y una oleada de huelgas en las fábricas (huelgas ahora borradas de la Historia). Y la célebre pregunta: ¿quién tiene la culpa? (**T91**)

Bueno, por descontado, no la tenía la Dirección General. ¡Ni siquiera los dirigentes locales! Esto era lo importante. ¡Mientras que «los camaradas con frecuencia procedentes de otras actividades» (es decir: los dirigentes comunistas) no tenían una idea exacta de cuál era su cometido, a los especialistas se les exigía en cambio que «abordaran correctamente la cuestión»! (**100**) En suma: «La culpa no es de los altos cargos... sino de quienes calculan, recalculan y establecen el plan» (cómo alimentar y dar calor a la gente cuando sobre el papel no hay más que ceros). ¡El culpable no era el que *imponía* el plan sino el que *se encargaba de realizarlo*! ¿Que el plan resultaba un fracaso? ¡La culpa era de los *spets!* ¿Que no cuadraban los números? «Es culpa de los *spets*, y no del Consejo del Trabajo y Defensa», y ni siquiera de los «cargos responsables de la Glavtop». ¿Que faltaba carbón, leña y petróleo? Era «porque los *spets* habían creado una situación confusa y caótica». Y eran culpables además de no haberse resistido a los urgentes mensajes telefónicos de Rykov, de haber cedido y haber abastecido combustible, fuera de plan, a determinadas personas.

¡Los especialistas tienen la culpa de todo! Pero el Tribunal Proletario se muestra clemente con ellos y las sentencias son benignas. Naturalmente, a los proletarios les queda en el pecho cierto rencor contra esos malditos especialistas, pero no se puede prescindir de ellos, todo se iría abajo. Por tanto, el Tribunal no los acosa. Krylenko llega incluso a decir que desde 1920 «no puede hablarse de sabotaje».

Los *spets* tienen culpa, sí, pero no obran por malicia, sino simplemente porque son unos incompetentes que no saben más, que no pudieron aprender más durante el capitalismo, o quizá simplemente por egoísmo y corrupción.

Así pues, a comienzos del período de reconstrucción se observa una sorprendente condescendencia con los ingenieros.

El año 1922, el primer año de paz, fue pródigo en procesos judiciales públicos, tanto que vamos a dedicar este capítulo casi por entero a este único año. (Ello puede sorprender a más de uno: ¿Por qué esta animación en los tribunales justo después de la guerra? Pero es que también en 1945 y 1948 iba a resurgir de manera extraordinaria la actividad del Dragón. ¿Se trata quizá de una ley natural?)

Aunque, en diciembre de 1921, el IX Congreso de los Soviets dispuso «limitar las competencias de la Chekà» (**101**) — y a tenor de este proyecto redujo sus atribuciones y pasó a llamarse GPU —, en octubre de 1922 fueron ampliados de nuevo los derechos de la GPU, y en diciembre, Dzerzhinski declaraba a un reportero de *Pravda* (17.12.1922): «ahora debemos vigilar con especial celo a los grupos y tendencias antisoviéticos. La GPU ha reducido su aparato pero lo ha fortalecido cualitativamente».

A comienzos de aquel año, no debemos pasar por alto: **el caso del suicidio del ingeniero Oldenborger** (Tribunal Revolucionario Supremo, febrero de 1922); un proceso que nadie recuerda, insignificante y nada característico. No es nada característico porque abarca una sola vida humana y porque ésta ya había terminado. Pero de no haber muerto, en el banquillo de los acusados se habría sentado aquel ingeniero, y con él una decena de hombres más, con quienes habría constituido un *centro*, y entonces el proceso se habría ajustado de lleno a los cánones. En cambio, quienes estaban ahora sentados en el banquillo eran el camarada Sedelnikov — un preeminente miembro del partido —, dos inspectores de la Rabkrin y un par de sindicalistas.

A pesar de todo, como ocurre con la cuerda que se parte a lo lejos en la pieza de Chéjov, (**T92**) hay algo inquietante en este proceso contra ese precoz precursor de los acusados en el caso Shajty o en el proceso contra el «Partido Industrial».

V.V. Oldenborger había trabajado treinta años en la Compañía de Aguas de Moscú y según parece, a principios de siglo ya era su ingeniero jefe. El país había conocido la Edad de Plata del arte, (**T93**) cuatro

Dumas estatales, tres guerras y tres revoluciones, y a pesar de ello, todo Moscú seguía bebiendo el agua que suministraba Oldenborger. Acmeístas y futuristas, reaccionarios y revolucionarios, junkers y guardias rojos, SNK, Cheká y RKI, todos bebían el agua pura y gélida de Oldenborger. No estaba casado, no tenía hijos, en toda su vida no había más que aquella red de suministro de aguas. En 1905 no había consentido que los soldados enviados a montar guardia se acercaran a las instalaciones porque «al no ser entendidos, los soldados podrían dañar las cañerías o las máquinas». (Y en aquel entonces, nadie pudo impedir que la red se declarara en huelga; en 1905 Moscú estuvo sin agua, por tanto, ¿fue Oldenborger en persona quizás el que cerró los grifos?) A la mañana siguiente de la Revolución de Febrero, dijo a sus obreros que la revolución había terminado, que ya era suficiente, que cada cual volviera a su trabajo, que el agua debía correr. Durante los combates de Octubre en Moscú, su única preocupación fue mantener el suministro de agua. Sus empleados, en huelga en respuesta al golpe de Estado de los bolcheviques, le pidieron que se uniese a ellos. Pero él respondió: «Perdonen ustedes, pero hay cuestiones técnicas que me impiden sumarme a la huelga. Por lo demás..., por lo demás, yo estoy con ustedes...». Tomó en custodia los fondos del comité de huelga, extendió un recibo, eso sí, pero una vez hecho esto, corrió en busca de una junta para una tubería averiada.

Mas poco importa: ¡era un enemigo! He aquí lo que le había dicho a un obrero: «El régimen soviético no se mantendrá ni dos semanas». En la nueva situación que precede a la NEP, Krylenko se permite una indiscreción ante el Tribunal Revolucionario Supremo: «No eran los especialistas los únicos que entonces lo pensaban, *también nosotros lo creíamos a veces*» (pág. 439, la cursiva es mía. - A.S.).

Mas poco importa: ¡era un enemigo! Como nos enseña el camarada Lenin: para vigilar a los especialistas burgueses necesitaremos al perro guardián de la RKI.

Desde entonces Oldenborger contó con dos de esos perros guardianes que no lo dejaban ni a sol ni a sombra. (Uno de ellos, Makárov-Zemlianski, un vivales empleado de oficinista en la Compañía de Aguas y más tarde despedido por «conducta improcedente», ingresó en la RKI porque «pagaban más», ascendió hasta llegar a la sede del Comisariado Popular en Moscú porque «la paga era todavía mejor», y tuvo así ocasión de controlar a su antiguo jefe y vengar su afrenta con toda su alma.) Pensemos que además el Comité Sindical, como es de suponer, tampoco dormía, por algo era el mejor defensor del obrero. Y que los comunistas se habían hecho los amos de la Compañía de Aguas. «Los altos cargos deben ser desempeñados exclusivamente por obreros, sólo los comunistas deben detentar el mando en toda su plenitud. Este proceso confirma la validez de esta afirmación» (pág. 433). Añadamos que la organización del partido en Moscú tampoco le quitaba la vista de encima a la Compañía de Aguas. (Y detrás de ella, estaba además la Cheká.) *«Con sana hostilidad de dase* sentamos, en su día, las bases de nuestro Ejército; y en nombre de esta misma hostilidad, no confiaremos ahora ni un sólo puesto de responsabilidad a personas ajenas a nuestro bando, sin poner a su lado a un [...] comisario» (pág. 434).

Inmediatamente empezaron a enmendarle la plana al ingeniero jefe, a darle orientaciones, a reprenderle y cambiarle el personal técnico sin su consentimiento («limpiaron a fondo aquel nido de negociantes»).

¡Mas no lograron salvar la Compañía de Aguas! ¡El suministro, en lugar de mejorar, empeoraba! Así de astuta era la camarilla del ingeniero, que de forma artera seguía adelante con sus malévolos designios. Es más, abandonando su naturaleza intermedia de intelectual, que hasta entonces le había impedido elevar el tono, Oldenborger se atrevió a calificar de despotismo la actuación del nuevo director del servicio, Zeniuk («una figura enormemente simpática — según Krylenko — por su estructura interna»).

Para entonces no cabía ya duda de que «el ingeniero Oldenborger traicionaba deliberadamente los intereses de los trabajadores y que era enemigo directo y declarado de la dictadura de la clase obrera». Empezaron a desfilar por la red de distribución de agua las comisiones de control, pero se encontraban con que todo estaba en orden y que el agua circulaba con normalidad. Pero los de la Rabkrin no se daban por satisfechos y no dejaban de enviar denuncias a la sede de la RJCI: Oldenborger no busca sino «entorpecer, dañar y destruir el suministro de aguas con fines políticos». Pero no se salió con la suya porque le estaban asediando sin cesar y no le permitían derroches como reparar las calderas o reemplazar los depósitos de madera por unos de hormigón. En las asambleas, los guías del proletariado empezaron a decir sin recato alguno que el

ingeniero jefe era «el alma del sabotaje técnico organizado», que no debían confiar en él, sino pararle los pies.

¡Y pese a todo el trabajo no marchaba mejor, sino peor! Lo que más hería «la psicología proletaria hereditaria» (**T94**) de los miembros de la Rabkrin y del sindicato era que en las centrales de bombeo la mayoría de obreros estuviera «contagiada por la psicología pequeñoburguesa», que se hubieran puesto de parte de Oldeborger y no vieran sabotaje alguno. En esto llegaron las elecciones al Consejo Municipal de Moscú y los obreros de la Compañía de Aguas postularon como candidato a Oldenborger, al que la célula del partido opuso, como es natural, un contrincante. Sin embargo, el candidato del partido no tenía la menor posibilidad, debido a la autoridad que el ingeniero jefe había sabido usurpar ilegítimamente entre los trabajadores. Con todo, la célula del partido informó al comité de distrito y a todas las demás instancias del partido de una moción que también proclamó en la asamblea: «Oldenborger es el eje y el alma del sabotaje. ¡En el Consejo Municipal de Moscú será nuestro enemigo político!». Los obreros respondieron con alboroto, al grito de «¡Embusteros!», «¡Mentira!». Entonces, el secretario del Comité del Partido, el camarada Sedelnikov, declaró abiertamente a la cara de aquellos miles de proletarios: «¡Con gente de las Centurias Negras yo no me trato!», que era tanto como decir: ya tendremos ocasión de hablar más adelante.

El partido tomó las siguientes medidas: el ingeniero jefe Oldenborger fue expulsado de... la Junta Directiva de la Compañía de Aguas, y luego, rodeado de una atmósfera de continua vigilancia, lo citaron una y otra vez ante numerosas comisiones y subcomisiones, lo interrogaban y le encargaban tareas que debía cumplir con plazos mínimos. Cada incomparecencia se anotaba en un expediente «en previsión de un futuro proceso judicial». Por mediación del Consejo del Trabajo y Defensa (presidido por el camarada Lenin) consiguieron que se constituyera una «Troika Extraordinaria» para la Compañía de Aguas (Rabkrin, Consejo de Sindicatos y camarada Kuibyshev).

Pero el agua hacía cuatro años que continuaba corriendo por las cañerías como si nada. Y los moscovitas la bebían y no advertían lo que pasaba...

El camarada Sedelnikov publicó entonces en el diario *Vida Económica* un artículo «Acerca de los rumores sobre el estado catastrófico de la red de distribución de aguas y la alarma que originan en la opinión pública». En él sembraba una serie de nuevos rumores no menos inquietantes y decía incluso que la Compañía bombeaba agua subterránea «erosionando deliberadamente los cimientos de todo Moscú» (que databan de los tiempos de Iván Kalita). Se constituyó una comisión del Consejo Municipal de Moscú que dictaminó: «el estado de la red es satisfactorio y su dirección técnica, racional». Oldenborger refutó todas las acusaciones. Tras esto, Sedelnikov se mostró magnánimo: «Yo sólo me había propuesto *levantar la liebre*, pero desde luego, se trata de un asunto que compete en exclusiva a los *spets*».

¿A qué podían recurrir entonces los guías de la clase obrera? ¿A qué último, pero infalible recurso? ¡Una denuncia a la Cheká! ¡Y eso es lo que hizo Sedelnikov! Él «estaba viendo con sus propios ojos la consciente destrucción de la red de suministro por parte de Oldenborger», no tenía duda de que «en la Compañía de Aguas, en el corazón del Moscú rojo, existía una organización contrarrevolucionaria». Y para colmo, ¡había que ver en qué estado catastrófico se encontraba la torre de aguas de Rubliovo!

Pero en este punto, Oldenborger se permitió una falta de tacto, un paso en falso digno de una capa intermedia e invertebrada como es la intelectualidad: le habían «cargado» un pedido de nuevas calderas extranjeras (las viejas era imposible repararlas en Rusia) y él se suicidó. (Eran demasiadas cosas para un hombre solo, al que, además, le faltaba preparación.)

Pero no dieron carpetazo al asunto.; incluso sin Oldenboger sería posible descubrir a la organización contrarrevolucionaria, ya se encargarían de desenmascararla los de la Rabkrin. Y así transcurren dos meses entre sordas maniobras. Pero el espíritu de la incipiente NEP exige «una de cal y otra de arena», de modo que cuando el caso llega al Tribunal Revolucionario Supremo, Krylenko se muestra severo, pero moderado a la vez; implacable, pero moderado a la vez. Y también comprensivo: «Naturalmente, el obrero ruso tenía razón al ver un enemigo más que un amigo en todo el que *no era su igual*», pero «habida cuenta de las modificaciones que va a seguir experimentando nuestra política, tanto en la práctica como en términos

generales, tal vez nos veamos obligados a hacer mayores concesiones, a retroceder y a pactar; es posible que el partido se vea obligado a optar por una línea táctica a la que se opondrá la primitiva lógica de quienes han sido luchadores sinceros y dispuestos a todo sacrificio (pág. 458)».

Ciertamente, el tribunal prefirió «no tomarse a la tremenda» las declaraciones contra el camarada Sedelnikov, formuladas tanto por los obreros como por los de la Rabkrin. Y tampoco el acusado Sedelnikov parecía amedrentado cuando replicaba a las amenazas del acusador: «¡Camarada Krylenko! Conozco esos artículos; mas eso se refiere a enemigos de clase y *aquí no se está juzgando a enemigos de clase*».

Pero en cambio, ahora Krylenko se complace en cargar las tintas. Denuncias contra organismos estatales intencionadamente falsas... con circunstancias agravantes (rencor personal, ajuste de cuentas)..., abuso de las atribuciones del cargo..., irresponsabilidad política..., uso indebido del poder y de la autoridad de funcionarios soviéticos y miembros del RKP (b)..., desorganización del trabajo en la Compañía de Aguas..., perjuicio al Consejo Municipal de Moscú y a la Rusia Soviética dada la escasez de especialistas en suministro de aguas... que resultan insustituibles... *«Por no hablar ya de la pérdida personal...*

En nuestra época, en la que la lucha constituye el contenido esencial de nuestras vidas, en cierto modo nos hemos acostumbrado a no conceder importancia a las pérdidas, por irreparables que éstas sean... (pág. 458). El Tribunal Revolucionario Supremo debe hacer oír su voz con fuerza... ¡Debe imponerse con todo rigor el castigo previsto por la Ley! ¡No estamos aquí para bromas!»

¿Dios mío, qué va a ser de ellos? ¿Será posible que la sentencia sea...? El avezado lector susurra ya: fu ...

Exacto: fu...nambulesca. En vista de su sincero arrepentimiento, se impone a los acusados... ¡una amonestación pública! Dos raseros diferentes...

Sedelnikov, según dicen, fue condenado a un año de prisión.

Permítanme ustedes que no me lo crea.

¡Oh, trovadores de los años veinte, que nos los pintábais como un radiante estallido de alegría! Mas nosotros, aunque sólo los vimos de refilón y con ojos de niño, ¿cómo habremos de olvidarlos? Aquellas jetas, aquellos morros que acosaban a los ingenieros empezaron a criar grasa precisamente en los años veinte.

Pero ahora sabemos que todo había empezado en 1918...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

En los dos procesos siguientes tendremos que arreglárnoslas sin nuestro queridísimo acusador general: está ocupado con los preparativos del gran proceso contra los eseristas. (En provincias ya se habían visto procesos contra socialistas revolucionarios, como por ejemplo el de Sarátov de 1919.)

Este grandioso proceso había despertado desde el primer momento cierta inquietud en Europa, y el Comisariado del Pueblo para la Justicia de pronto reparó en que contaba con tribunales desde hacía cuatro años, eso sí, pero que aún no tenía un Código Penal, ni viejo ni nuevo. Seguramente, Krylenko también andaba preocupado con esto del Código: antes de ponerse manos a la obra había que dejar todos los cabos bien sujetos.

En cambio, los procesos eclesiásticos en ciernes eran de índole *interna* y carecían de interés para la progresista Europa. Así pues, podían seguir adelante, aunque no hubiera código.

Ya hemos visto que según entendían las autoridades la separación entre Iglesia y Estado, todos los templos y todo cuanto había en ellos colgado, expuesto o pintado, pasaba al Estado, y que a la Iglesia la única casa de Dios que le correspondía era la que, según las Sagradas Escrituras, llevaban los hombres *en el alma*. Y en 1918, cuando parecía haberse alcanzado la victoria política — más rápida y fácilmente de lo que se esperaba — se dispuso la confiscación de los bienes de la Iglesia. Sin embargo, este primer asalto provocó demasiada indignación popular. En plena vorágine de la guerra civil hubiera sido una imprudencia abrir otro frente interior, esta vez contra los creyentes. No hubo más remedio que aplazar el diálogo entre comunistas y cristianos hasta mejor ocasión.

Al final de la guerra civil, y como consecuencia natural de la misma, hubo en la región del Volga la peor ola de hambre de todos los tiempos. Como esta situación no es precisamente una perla en la corona del vencedor, no suele dedicársele más que un par de líneas. Y sin embargo, fue una hambruna que llevó a los hombres a la antropofagia, hubo padres que se comieron a sus propios hijos, fue un hambre como Rusia no había conocido ni en el Periodo de los Desórdenes (pues entonces, según atestiguan las crónicas, las gavillas de trigo pasaron varios años bajo la nieve y el hielo sin que nadie las tocara). Bastaría una sola película sobre esta hambre para arrojar luz sobre todo cuanto hemos visto y sobre todo cuanto sabemos de la Revolución y la guerra civil. Pero no hay películas, ni novelas, ni estadísticas: es mejor olvidar, no es una visión agradable.

Además, cuando hablamos de oleadas de hambre y de sus causas , estamos acostumbrados a echarle la culpa a los *kulaks,* ¿pero cómo iba a haber kulaks si todo el mundo estaba muriéndose de hambre? V.G. Korolenko, en sus *Cartas a Lunacharski* (que a pesar de la promesa del destinatario, nunca se publicaron en nuestro país), (**102**) explicaba que el hambre y la miseria generalizados se debieron al total desmoronamiento de la producción (los obreros habían sido llamados a filas) y a la pérdida de confianza de los campesinos, que no contaban con poder conservar ni siquiera una parte de la cosecha. Además, ya llegará el día en que alguien calcule cuántos fueron los interminables trenes cargados de alimentos que — en virtud del Tratado de Brest-Litovsk — estuvimos enviando durante meses desde una Rusia privada hasta del derecho a protestar, vagones procedentes de las regiones que sufrirían el hambre, a la Alemania del Kaiser, que libraba sus últimos combates en Occidente.

Estamos ante una cadena de causas y consecuencias concisa y directa: si en el Volga llegaron a comerse a sus hijos fue porque antes los bolcheviques se habían apoderado del poder por la fuerza provocando una guerra civil.

Pero el político de talento ha de saber sacar partido de las desgracias del pueblo. Fue como un arrebato de inspiración, como matar tres pájaros de un tiro: *¡Pues que los popes den de comer a las gentes del Volga!* ¿O es que no son almas cristianas y compasivas?

1) Si se niegan, les cargamos a ellos toda la culpa del hambre y acabamos con la Iglesia.

2) Si acceden, dejamos limpios los templos.

3) De un modo o de otro, llenamos de divisas las arcas del Estado.

Es probable que este plan se inspirara en el comportamiento de la propia Iglesia. Como atestigua el patriarca Tijon, ya en agosto de 1921, cuando empezaba el hambre, la Iglesia creó unos comités diocesanos y panrusos de auxilio a los hambrientos e inició una cuestación. Pero permitir la ayuda directa de la Iglesia a las bocas hambrientas era tanto como poner en entredicho la dictadura del proletariado. Se prohibieron los comités y el dinero pasó al erario público. El Patriarca recurrió hasta al Papa de Roma y al Arzobispo de Canterbury, pero también en esto le cortaron las alas, pues sólo el régimen soviético tenía potestad para mantener negociaciones con extranjeros. Además, ¿a qué venía ir dando voces de alarma?: el régimen — decían los periódicos — disponía de recursos propios y suficientes para atajar el problema del hambre.

Pero en el Volga la gente estaba comiendo hierba y suelas de zapato, y royendo los marcos de las puertas. Al final, en diciembre de 1921, el Pomgol (Comité Estatal de Auxilio a los Afectados por el Hambre) propuso a

la Iglesia que hiciera donación de sus tesoros a beneficio de los hambrientos — no todos, sino de los que no fueran canónicamente necesarios para la liturgia —. El Patriarca accedió y el Pomgol dictó una normativa: ¡Toda donación debía ser voluntaria! El 19 de febrero de 1922 el Patriarca hizo pública una carta pastoral que autorizaba a los consejos parroquiales a donar los objetos no sacramentales.

Una vez más, todo podía irse al garete y acabar en un compromiso conciliador que neutralizara la voluntad proletaria.

¡Idea: fulminarlos con un rayo! ¡Idea: lanzarles un decreto! Decreto del VTsIK de 26 de febrero: ¡Incautar todos los tesoros de la Iglesia para socorrer a las víctimas del hambre! El Patriarca escribió a Kalinin y éste no le respondió. El 28 de febrero el Patriarca publicó una nueva epístola que resultaría fatal: la Iglesia consideraba semejante acto un sacrilegio y no podía consentir la requisa.

Hoy, medio siglo después, es fácil reprochárselo al Patriarca. Posiblemente los altos dignatarios de la Iglesia no debieran haberse detenido a pensar en cosas como: ¿es que acaso el régimen soviético no dispone de otros recursos, ¿quién había provocado, a fin de cuentas, el hambre en el Volga?; no debieron haberse aferrado a sus riquezas, pues ellas no podían ser la base sobre la que renaciera una fe con renovado vigor (si es que ello llegaba a ocurrir). Pero imaginemos la situación del infeliz Patriarca, elegido justo después de Octubre, y que en los pocos años que habría de estar al frente de la Iglesia no conocería sino acosos, persecuciones y fusilamientos. Y era él quien tenía que protegerla.

Acto seguido, seguros de su éxito, los periódicos iniciaron una campaña contra el Patriarca y los altos dignatarios de la Iglesia, que estaban ¡estrangulando la región del Volga con la descarnada mano del hambre! Y cuanto más se empecinaba el Patriarca en su negativa, tanto más difícil se hacía su situación.

En marzo surgió en el seno del clero un movimiento que abogaba por la entrega de los tesoros y la negociación de un acuerdo con las autoridades. Los temores que aún había que vencer se los manifestaba a Kalinin el obispo Antonin Granovski, que había entrado a formar parte del Comité Central del Pomgol: «los fieles temen que los tesoros de la Iglesia puedan ser utilizados para *otros fines*, mezquinos y ajenos a sus corazones». (El versado lector, conocedor ya de los principios generales de la Doctrina Progresista, convendrá que ello era más que probable. Y es que las necesidades de la Komintern y de un Oriente que sacudía sus cadenas no eran menos acuciantes que las de la cuenca del Volga.) En Petrogrado, el metropolita Benjamín daba también muestras de firmeza: «Esto es de Dios y lo entregaremos de buen grado». Pero sin confiscación, como una ofrenda voluntaria. También él pedía cierto control por parte del clero y de los fieles: quería la custodia de los objetos hasta el momento en que éstos se convirtieran en pan para los hambrientos. Le atormentaba pensar que, a pesar de todo, su postura pudiera poner en entredicho la enérgica condena del Patriarca.

En Petrogrado todo parecía indicar que se había alcanzado un acuerdo amistoso. En la reunión del Pomgol en dicha ciudad, el 5 de marzo de 1922, imperó, según cuenta un testigo, un ambiente cordial.

Benjamín manifestó: «La Iglesia ortodoxa está dispuesta a darlo todo en ayuda de las víctimas del hambre», y sólo ve sacrilegio en la confiscación forzosa. ¡Pero si no va a ser necesaria ninguna requisa! El presidente del Pomgol, Kanátchikov, declaró que esta actitud suscitaría la benevolencia del régimen soviético hacia la Iglesia. (¡Faltaría más!) Todos los presentes se pusieron en pie emocionados. El metropolita dijo entonces: «Nada puede pesarnos más que la discordia y la hostilidad. Pero llegará el día en que todos los rusos vuelvan a convivir en paz. Yo personalmente, al frente de mis fieles, tomaré en mis manos el icono de la Virgen de Kazan, desprenderé su montura y la entregaré, bañada en nuestro dulce llanto». Dio la bendición a los bolcheviques miembros del Pomgol y éstos lo acompañaron hasta la puerta con la cabeza descubierta. El periódico *Petrográdskaya Pravda* del 8, 9 y 10 de marzo (**103**) confirmó que las negociaciones habían llegado a buen puerto pacíficamente y dedicó amables palabras al metropolita.

«En Smolny se acordó que los cálices y las monturas de las imágenes sean fundidos en presencia de los fieles».

¡De nuevo está urdiéndose un pacto! El hálito pestilente del cristianismo envenena la voluntad revolucionaria. ¡Los hambrientos del Volga no necesitan *esa* concordia ni *esa* donación! El equipo del Pomgol en Petrogrado es objeto de depuración por su falta de vertebración, mientras los periódicos arremeten contra los «malos pastores» y los «príncipes de la Iglesia» hasta acabar diciéndoles muy claramente: ¡No necesitamos vuestras dádivas! ¡No necesitamos pactar con vosotros! *Todo es del Estado,* y éste tomará lo que estime necesario.

Y empezó en Petrogrado, como en todas partes, la requisa forzada y los incidentes.

Ahora ya se disponía de fundamento legal para dar inicio a los procesos eclesiásticos. (**104**)

Proceso eclesiástico de Moscú (26 de abril-7 de mayo 1922),

En el Museo Politécnico, Tribunal Revolucionario de Moscú, presidente: Bek; fiscales: Lunin y Longuinov; acusados: diecisiete arciprestes y seglares, inculpados todos ellos de haber difundido la epístola del Patriarca. Esta acusación pesa más que la entrega o no de los objetos preciosos. El arcipreste A.N. Zaozerski había entregado de forma voluntaria los tesoros de su templo, aunque, por principios, respaldaba la proclama del Patriarca y consideraba sacrilegio los actos de confiscación. Se convirtió en la figura central del proceso y, acto seguido, fue fusilado . (Lo que demuestra que lo importante no era dar de comer a los hambrientos, sino aprovechar la ocasión para destruir la Iglesia.)

El 5 de mayo se cita como testigo al Patriarca Tijon. Aunque el público había sido convenientemente cribado y repartido por la sala (en esto, el año 1922 no se diferenciaba mucho de 1937 y de 1968), el fermento de la vieja Rusia estaba aún tan arraigado y tan delgado era el barniz de la sovietización, que más de la mitad de los presentes se pusieron en pie cuando entró el Patriarca, para recibir su bendición.

El Patriarca asume toda la responsabilidad por la redacción y distribución de la epístola, pero el presidente del tribunal intenta llevar más lejos el asunto: ¡Pero esto no puede ser! ¿No querrá hacerme creer que la escribió de su puño y letra, de cabo a rabo? Usted seguramente no hizo más que firmarla, pero *¿quién la escribió? ¿Quienes le asesoraron?* Y después: ¿A qué viene mencionar en su proclama la campaña de la prensa contra usted? (Si, como dice, se trata de una campaña contra usted , ¿qué tenemos que ver con ella nosotros ?) ¿Qué ha querido decir con eso?

EL PATRIARCA: Habría que preguntar a quienes la iniciaron, saber qué objeto persiguen.

EL PRESIDENTE: ¡Eso nada tiene que ver con la religión!

EL PATRIARCA: Reviste carácter histórico.

EL PRESIDENTE: ¿Acaso no dice usted textualmente que durante sus negociaciones con el Pomgol, se publicó un decreto «a sus espaldas»?

EL PATRIARCA: Sí.

EL PRESIDENTE: Por tanto, ¿opina usted que el régimen soviético ha obrado de manera irregular?

¡Imputación fatal! ¡Nos la repetirán aún millones de veces en los interrogatorios nocturnos con los jueces de instrucción! Pero nosotros nunca osaremos responder con tanta sencillez:

EL PATRIARCA: Sí.

EL PRESIDENTE: ¿Se considera usted o no sujeto a las leyes vigentes en el Estado?

EL PATRIARCA: Sí, me considero sujeto a ellas *en todo lo que no contravenga las reglas de la piedad.*

(¡Si todos hubieran respondido así! ¡Cuan distinta hubiera sido nuestra Historia!) Sigue una discusión sobre cuestiones canónicas. El Patriarca puntualiza: no hay sacrilegio si la Iglesia entrega voluntariamente sus tesoros, pero si éstos le son arrebatados contra su voluntad, entonces hay sacrilegio. En la epístola no se dice que no deban entregarse en ningún caso, sólo se condena la incautación forzosa.

EL PRESIDENTE DEL TRIBUNAL, EL CAMARADA BEK *(expresando sorpresa):* A fin de cuentas, ¿qué es más importante para usted, los cánones de la Iglesia o el punto de vista del Gobierno soviético? (¿qué respuesta les hubiera gustado oír?: ...del Gobierno soviético.)

— Muy bien, admitamos que sea sacrilegio según los cánones de la Iglesia —exclama el ACUSADOR —, pero ¿qué sería desde el punto de vista de la caridad?

(Por primera y última vez en cincuenta años, un tribunal se acuerda de nuestra tullida caridad...)

Seguidamente emprenden un análisis filológico. «Sviato-tatstvo» (sacrilegio) viene de «sviato» (sacro) y «tat» (ladrón).

EL ACUSADOR: ¿O sea que nosotros, los representantes del régimen soviético, somos ladrones de objetos sagrados?

(Alboroto en la sala. Se interrumpe la sesión. Los alguaciles cumplen su cometido.)

EL ACUSADOR: ¿De manera que usted tacha de ladrones a los representantes del régimen soviético y al VTsIK?

EL PATRIARCA: No hago más que remitirme a los cánones.

Acto seguido se discute sobre el término «profanación». En la requisa de la iglesia de San Basilio de Cesárea la montura del icono no cabía en la caja y la doblaron a puntapiés. Pero el Patriarca no estaba allí, ¿no es así?

EL ACUSADOR: ¿Entonces cómo lo sabe? ¡*Comuníquenos el nombre* del sacerdote que se lo ha contado! (= ¡que enseguida lo metemos entre rejas!) El Patriarca no da el nombre.

O sea, ¡que es mentira!

EL ACUSADOR *(insiste triunfante):* Entonces, ¿quién ha difundido esa vil calumnia?

EL PRESIDENTE: ¡Díganos cómo se llaman quienes pisotearon la montura! (Porque sin duda dejarían una tarjeta.) ¡De lo contrario el tribunal no puede dar crédito a sus palabras!

EL PATRIARCA: No puedo dar sus nombres.

EL PRESIDENTE: O sea, ¡que sus acusaciones carecen de fundamento!

Falta aún demostrar que el Patriarca pretendiera derribar el régimen soviético. He aquí cómo queda demostrado: «la propaganda es una tentativa de preparar a la *opinión* para que de este modo sea posible *derrocar* el poder».

El tribunal decide incoar una causa penal contra el Patriarca.

El 7 de mayo se dicta sentencia: de los diecisiete acusados, once fueron condenados a muerte. (Fusilaron a cinco.)

Como había dicho Krylenko: «¡No estamos aquí para bromas!».

Una semana después, el Patriarca es desposeído de su cargo y detenido. (Pero esto no es todo. De momento lo conducen al monasterio Donskoi, donde lo mantendrán en rigurosa reclusión hasta que los fieles se acostumbren a su ausencia. ¿Recuerdan ustedes el asombro de Krylenko poco antes?: «¿De qué peligro pretendían defender los fieles al Patriarca?». Y tiene razón: cuando el peligro acecha, no hay campanas ni teléfonos que valgan.)

Al cabo de dos semanas, en Petrogrado, le llega el turno al metropolita Benjamín. Lo arrestaron, aunque no era un alto dignatario de la Iglesia y aunque no había sido investido por designación, como ocurría con los demás metropolitas. En la primavera de 1917, por primera vez desde los tiempos de la antigua república de Ñóvgorod, se *había elegido* a los metropolitas de Moscú (Tijon) y Petrogrado (Benjamín). Accesible a todo el mundo, afable, visitante asiduo de fábricas y talleres, querido entre el pueblo y el bajo clero, Benjamín salió elegido con los votos de todos. Sin comprender los tiempos que corrían, Benjamín se planteó como misión mantener a la Iglesia apartada de la política «pues en el pasado había sufrido mucho por culpa de ésta». Contra este metropolita se instruyó el

Proceso eclesiástico de Petrogrado (9 de junio-5 de julio de 1922). Los acusados (por haberse resistido a la requisa de los tesoros de la Iglesia) eran unas cuantas docenas de personas, entre ellas profesores de teología, de derecho canónico, archimandritas, sacerdotes y seglares. Preside el tribunal Semiónov (según rumores, un panadero), de veinticinco años de edad. El acusador principal es P.A. Krásikov, miembro de la Dirección Colegial del Comisariado del Pueblo para la Justicia, de la misma edad de Lenin y amigo suyo, primero en el destierro en Krasnoyarsk y más tarde en la emigración. A Vladímir Ilich le gustaba escucharle cuando tocaba el violín.

En la Avenida Nevski, y en la esquina por donde debía girar la comitiva, no había día que no se congregara una densa multitud; cuando traían al metropolita muchos se postraban de rodillas y cantaban «¡Salva a tu pueblo, Señor!». (**T95**) (Como es natural, tanto en la calle como dentro del edificio se detenía a todo el que demostrara excesiva devoción.) El grueso del público en la sala estaba compuesto por soldados, pero hasta ellos se ponían de pie cuando entraba el metropolita con su mitra blanca. Sin embargo, para el acusador y el tribunal se trataba de un *enemigo del pueblo* (observemos, por cierto, que ya habían empezado a emplear esta palabreja).

De proceso en proceso los abogados defensores habían ido perdiendo terreno y ahora podía advertirse cuan precaria era su situación. Krylenko nada nos dice de esto, pero nos lo cuenta un testigo presencial. El tribunal amenazó airadamente a Bobrishchev-Pushkin, primer abogado de la defensa, con *encerrarlo también a él.* Hasta tal punto entraba esto en los usos de la época y era una posibilidad tan real, que Bobrischev-Pushkin se apresuró a confiar su reloj de oro y su cartera a su colega Gurovich... Al profesor Egórov, uno de los testigos de la defensa, el tribunal decidió ponerlo de inmediato bajo custodia por haber declarado en favor del metropolita. Resultó, sin embargo, que Egórov venía preparado: traía un abultado portafolios con comida, ropa interior y hasta una pequeña manta.

Como habrá advertido el lector, el aparato judicial va adquiriendo poco a poco las formas que nos resultan familiares.

Se acusa al metropolita Benjamín de haber obrado con alevosía al entablar negociaciones con... el régimen soviético y de pretender con ello la suavización del decreto de confiscación de los tesoros de la Iglesia; de haber difundido aviesamente entre el pueblo el texto de su llamamiento al Pomgol (¡samizdat!), y de haber actuado en connivencia con la burguesía mundial.

El sacerdote Krasnitski, uno de los principales representantes de la Iglesia Viva y agente de la GPU, declaró que el clero se había conjurado para provocar un levantamiento contra el régimen soviético aprovechando el hambre como pretexto.

Sólo se escucharon los testigos de cargo. Los de la defensa no fueron admitidos. (¡Cómo se parece! Cada vez más y más...)

El acusador Smirnov pidió «dieciséis cabezas». El acusador Krásikov exclamó: «Toda la Iglesia ortodoxa es una organización contrarrevolucionaria. En realidad, *¡habría que meter en la cárcel a toda la Iglesia!*».

(Un programa plenamente realista que bien pronto casi llegaría a materializarse. Una excelente base para el diálogo entre comunistas y cristianos.)

Aprovechemos la rara oportunidad que se nos brinda para citar algunas de las frases que han quedado del abogado defensor (el letrado S.Y. Gurovich):

«No existen pruebas de culpabilidad, no existen hechos, ni existe una acusación... ¿Qué dirá la Historia? — (¡fíjate tú, qué miedo! ¡Nadie recordará, nadie dirá nada!) — En Petrogrado la incautación de los tesoros de la Iglesia se ha llevado a cabo sin el menor incidente y, sin embargo, el clero de la capital se halla en el banquillo de los acusados y hay voces que exigen su muerte. El principio fundamental en que ustedes hacen hincapié es la salvaguarda del régimen soviético. Pero no olviden que la Iglesia crece con la sangre de sus mártires — (¡menos en este país!) —. No tengo nada más que decir, y sin embargo me cuesta ceder el uso de la palabra. Mientras duren los debates, los acusados seguirán con vida. Pero cuando éstos terminen, terminarán sus vidas...».

El tribunal condenó a muerte a diez de los acusados. La ejecución se hizo esperar más de un mes, hasta que concluyera el proceso contra los eseristas (como si quisieran fusilarlos a todos juntos). Más tarde, el VTsIK indultaría a seis y los otros cuatro (el metropolita Benjamín, el archimandrita Sergui, ex delegado de la Duma estatal; el profesor de derecho Y.P. No-vitski y el abogado Kovsharov) serían fusilados en la noche del 12 al 13 de agosto.

Rogamos encarecidamente al lector que no olvide el principio de la multiplicación a escala provincial. Si hemos consignado aquí dos procesos eclesiásticos, es que hubo veintidós.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Urgía disponer de un Código Penal para juzgar a los eseristas: ¡Ya iba siendo hora de esculpir la Ley en moles de granito! El 12 de mayo, como se había previsto, se inaguró la sesión del VTsIK, pero el proyecto de código aún no estaba terminado. Aún tenía que revisarlo Vladímir Ilich, que se encontraba en Gorki. Seis de los artículos del código preveían el fusilamiento como pena máxima, pero a Lenin le sabía a poco. El 15 de mayo Ilich añadió en los márgenes del proyecto otros seis artículos punibles con pena de muerte (entre ellos el Artículo 69: propaganda y agitación..., en particular la incitación a la resistencia pasiva ante el Gobierno y a la objeción colectiva frente a los deberes militares y fiscales). (**105**)

Y otro caso más de pena de muerte: por regresar del extranjero sin autorización (como antaño, cuando todos los socialistas entraban y salían del país a su antojo). Y aun se agregaba otra pena equiparable a la de muerte: la expulsión al extranjero. (Vladímir Ilich estaba convencido de que en un día no muy lejano de toda Europa llegarían sin cesar gentes en busca de cobijo, una época en que ya no sería posible conseguir que alguien abandonase de forma voluntaria nuestro país para irse a Occidente.) Veamos cómo expone Ilich su principal conclusión al Comisario de Justicia:

«Camarada Kurski:

»A mi entender, hay que ampliar la aplicación de la pena de muerte... (conmutable por la expulsión al extranjero) para penar todo género de actividad menchevique, eserista, etc.; **debemos hallar una fórmula**

que establezca una relación entre estos hechos delictivos y la **burguesía internacional** » (La cursiva y el espaciado son de Lenin). (**106**)

¡Ampliar la aplicación de la pena de muerte! ¿Tan difícil es de entender? (¿Es que acaso expulsaron a muchos al extranjero?) El *terror es un medio de persuasión,* (**107**)¡parece que está bien claro! Pero Kurski no acababa de comprender. Seguramente, lo que no llegaba a ver claro era cómo hallar la fórmula, cómo establecer esa *relación.* De manera que al día siguiente se fue a ver al presidente del SNK para que se lo aclarase. No conocemos el contenido de dicha conversación pero sí sabemos que el 17 de mayo, de resultas de ésta, Lenin le envió desde Gorki una segunda carta:

«Camarada Kurski:

»A modo de complemento a nuestra conversación le envío un bosquejo del párrafo que hay que añadir al Código Penal... Espero que pese a todas las deficiencias del borrador, la idea fundamental quede clara: se trata de exponer abiertamente una tesis, políticamente válida (más allá de lo meramente jurídico), que motive *la esencia y la justificación* del terror, su necesidad y sus límites.

»La justicia no debe abolir el terror; prometer tal cosa sería engañarse a sí mismo y a los demás. Hay que fundamentarlo y legitimarlo, de manera clara, sin falacias ni adornos. Hay que hallar una fórmula lo más amplia posible, ya que sólo la noción de justicia revolucionaria y la conciencia revolucionaria pueden establecer las condiciones idóneas para una más o menos extensa aplicación práctica.

»Un saludo comunista, »Lenin». (**108**)

No osamos comentar tan importante documento. Aquí se imponen el silencio y la reflexión.

Este documento es especialmente importante por ser una de las últimas instrucciones dadas por Lenin en este mundo, cuando aún no estaba postrado por la enfermedad, una parte significativa de su testamento político. Nueve días después de esta carta sufrió su primer ataque, del que se recuperó parcialmente y por poco tiempo, en los meses de otoño de 1922. Posiblemente, ambas cartas a Kurski fueron escritas en esa luminosa estancia de mármol blanco utilizada a medias como despacho y aposentos, situada en una esquina del primer piso, donde ya estaba preparado el futuro lecho mortuorio del Guía.

A continuación, se incluye el *borrador* en cuestión y dos variantes del párrafo adicional, del que con los años surgirían tanto el Artículo 58-4 como el Artículo de los Artículos: el 58. Es imposible leerlo sin exclamarse: ¡Ahora ya sabemos qué quiere decir *hallar una fórmula lo más amplia posible!* ¡Eso es lo que significa *la más extensa aplicación práctica!* Al leerlo, te acuerdas de lo mucho que abarcaba nuestro querido 58...

«[...] propaganda y agitación, o bien militancia en organizaciones o respaldo (manifiesto o *potencial*) [...]a organizaciones o personas cuyas actividades tengan carácter [...]»

¡Tráiganme ustedes aquí a San Agustín, que con un artículo así lo meto entre rejas en un santiamén!

Todo fue debidamente agregado al texto y pasado a limpio, la pena de muerte quedó ampliada y en la segunda quincena de mayo el VTsIK, reunido en sesión, lo aprobó, hecho lo cual, dispuso que el Código Penal entrara en vigor el 1 de junio de 1922.

Y ahora, ya con una base requetelegal, dieron comienzo los dos meses del

Proceso contra los eseristas (8 de junio-7 de agosto de 1922). Tribunal Revolucionario Supremo. Su presidente habitual, el camarada Karklin (¡menudo apellido para un juez!), fue substituido, en este trascendental proceso, por el astuto Piatakov.

Si el lector y yo no estuviéramos suficientemente avisados de que en todo proceso judicial lo más importante no es lo que se ha dado en llamar «culpabilidad» del acusado, sino la utilidad del castigo, quién sabe si de buenas a primeras no habríamos acogido este proceso con reservas. Pero cuando uno se guía por la *utilidad* nunca hay sorpresas: a diferencia de los mencheviques, los socialistas revolucionarios todavía eran considerados peligrosos, aún no estaban dispersos ni exterminados, por lo cual había utilidad en rematarlos y fortalecer así la recién creada dictadura (del proletariado).

Sin conocer este principio, uno podría creer equivocadamente que este proceso fue una venganza del partido.

Se quiera o no, las acusaciones formuladas en este juicio dan mucho que pensar si las proyectamos sobre la larga historia de los Estados, que se prolonga hasta nuestros días. Con excepción de contadas democracias parlamentarias, y en contadas décadas, la historia de las naciones no es más que una sucesión de golpes de Estado y usurpaciones de poder. Quien logra hacerse con el poder con más agilidad y afianzarse más sólidamente en él se ve arropado desde ese mismo instante por el brillante manto de la Justicia, y sus actos, tanto pasados como venideros, serán legítimos y encomiables, mientras que los del adversario vencido aparecen como criminales, enjuiciables y punibles.

El Código Penal llevaba tan sólo una semana en vigor, pero ya pesaban sobre él los cinco años transcurridos desde la Revolución. Hacía veinte años, o incluso menos: diez o cinco años atrás, el PSR había sido un partido revolucionario, hermano en la lucha contra el zarismo, un partido que cargó sobre sus hombros (debido a las tácticas terroristas que le eran propias) el peso principal de los presidios, que apenas hicieron mella en los bolcheviques.

Veamos cuál era ahora el principal cargo contra ellos: ¡los socialistas revolucionarios habían instigado la guerra civil! ¡Sí, ellos la empezaron! Se les acusaba de haberse enfrentado con las armas al golpe de Estado de Octubre. Cuando el Gobierno Provisional — que ellos sostenían y en parte habían ayudado a formar — fue legítimamente barrido por las ametralladoras de los marineros, los eseristas, despreciando la legalidad, intentaron defenderlo. (Que sólo hubieran presentado una débil resistencia, que enseguida mostraran vacilaciones, o que bien pronto renunciaran, eso ya era harina de otro costal.

No por ello quedaba atenuada su culpa.) E incluso respondieron a los disparos abriendo fuego y hasta llegaron a movilizar a los junkers, que estaban al servicio del gobierno amenazado.

Aunque derrotados por las armas, no mostraron el menor arrepentimiento político. No se hincaron de rodillas ante un Consejo de Comisarios del Pueblo autoproclamado como Gobierno. Se obstinaron en afirmar que el único Gobierno legítimo había sido el precedente. Se negaron a reconocer de inmediato el fracaso de una línea política que habían estado siguiendo durante veinte años (no hay duda de que había resultado un fracaso, pero por entonces aún no era patente), no pidieron clemencia, ni ser disueltos o dejar de ser considerados un partido. (Según este mismo principio, también serían considerados ilegales los gobiernos locales y de las regiones fronterizas: Arjánguelsk, Samara, Ufa u Omsk, Ucrania, Don, Ku-bán, Urales o Transcaucasia, ya que se constituyeron en gobiernos después de que el Sovnarkom se erigiera como tal.)

Veamos la segunda acusación. Habían abierto aún más la brecha de la guerra civil al manifestarse en las calles los días 5/18 y 6/19 de enero de 1918, en abierta rebelión contra el poder legítimo del Gobierno obrero-campesino: habían defendido su ilegal Asamblea Constituyente (elegida por sufragio universal, indistinto, secreto y directo) ante unos marinos y guardias rojos que, con pleno derecho, arremetieron tanto contra la Asamblea como contra los manifestantes. Por eso había empezado la guerra civil, porque no toda la población se había sometido obedientemente y a la vez a los legítimos decretos del Sovnarkom.

Tercera acusación: no reconocían la paz de Brest-Litovsk, una paz legítima y redentora que no había descabezado a Rusia, que tan sólo le había arrancado un trozo de su cuerpo. Concurren pues — decía el pliego de acusaciones — «todas las circunstancias de *alta traición al Estado* y actos criminales tendentes a empujar al país a la guerra».

¡Alta traición al Estado! La traición es una peonza, no importa las vueltas que dé... siempre acaba cayendo del mismo lado.

Y de ahí dimanaba otra grave acusación, la cuarta: en verano y otoño de 1918, cuando la Alemania del Kaiser sostenía a duras penas sus últimos meses y semanas de combates contra los aliados, cuando el Gobierno soviético, fiel al Tratado de Brest-Litovsk, respaldaba a Alemania en esa dura lucha con trenes de víveres y entregas mensuales de oro, los socialistas revolucionarios prepararon a traición (a decir verdad no prepararon nada, porque lo que más se avenía con su modo de obrar era, en todo caso, estudiar qué pasaría si...) un plan para volar las vías al paso de uno de los convoyes, de modo que el oro no saliera de la patria. O lo que es lo mismo: «tentativa de destrucción criminal del patrimonio del pueblo: las vías férreas». (Todavía no les daba vergüenza: no ocultaban que, efectivamente, estaba enviándose oro ruso hacia el futuro imperio de Hitler, y no se le ocurrió a Krylenko, con sus dos carreras, la de historia y la de derecho — ni ninguno de sus colaboradores se lo insinuó —, que si los raíles de acero eran bienes del pueblo, ¿qué no serían entonces los lingotes de oro?) Este cuarto cargo de la acusación conducía de forma inexorable al quinto: los socialistas revolucionarios esperaban hacerse con los medios técnicos para volar las vías gracias al dinero recibido de los representantes de los aliados (para no entregar el oro a Guillermo tomaban dinero de la Entente).

¡Eso era ya el colmo de la traición! (Por lo que pudiera venir después, Krylenko dejó caer algo sobre ciertas relaciones entre los socialistas revolucionarios y el Estado Mayor de Ludendorff, pero la piedra no dio en el blanco y hubo que dejar el tema. **{Probablemente porque se hubiera destapado que Lenin estaba en ese mismo negocio ya que había llegado a Rusia gracias a los alemanes – D.M.}**) De ahí a la sexta acusación no había más que un paso: ¡en 1918 los eseristas habían sido *espías* de la Entente! ¡Ayer revolucionarios y hoy espías! En aquel entonces, esta acusación debió de sonar como una bomba. Pero ahora, después de tantos procesos, ya estamos de ella hasta la coronilla.

En fin, del séptimo al décimo punto de la acusación se hablaba de colaboración con Savínkov, o con Filonenko, o los kadetés, o la «Unión para el Renacimiento», o con los del forro blanco o hasta con los Guardias Blancos.

Hasta aquí la cadena de acusaciones, desgranadas con minucia por el fiscal (le habían restituido esta denominación con ocasión del proceso). Ya fuera a fuerza de cavilar a solas en su despacho, o fruto de súbitas inspiraciones en el estrado, el caso es que supo dar con un tono cordial y compasivo, amistosamente reprobador, que iría cultivando en los procesos siguientes con más aplomo y profusión, y que en 1937 habría de proporcionarle un éxito apoteósico. Su tono buscaba una comunión entre jueces y acusados frente al resto del mundo. Era una melodía que se tocaba con la cuerda más sensible del acusado. Desde el estrado de la acusación, decían a los socialistas revolucionarios: *¡A fin de cuentas tanto nosotros como vosotros somos revolucionarios!* (¡Vosotros y nosotros es como decir sólo nosotros!) ¿Cómo pudisteis caer tan bajo para uniros a los kadetés? (¡A uno se le parte el corazón!) ¿O para uniros a los oficiales? ¡E iniciar a los del forro blanco en vuestra elaborada y brillante técnica de lucha clandestina! (Es éste un rasgo peculiar del golpe de Estado de Octubre: declarar, de buenas a primeras, la guerra a todos los partidos a la vez e impedir acto seguido que unan sus fuerzas: «si la cosa no va contigo, no te metas donde no te llaman».)

¡Cómo no había de rompérseles el corazón a algunos de los acusados!: ¿cómo habían podido caer tan bajo? Y es que la compasión del fiscal en una sala iluminada impresiona mucho al preso recién sacado de la celda.

Krylenko encontró aún otro derrotero lógico (que resultaría muy útil a Vyshinski contra Kámenev y Bujarin): al entrar en alianzas con la burguesía aceptasteis su ayuda financiera. Primero la tomasteis por la causa, de ningún modo para los fines del partido, pero *¿dónde está la frontera? ¿Quién puede trazar la línea divisoria?* ¿No es también la causa un objetivo de partido? Así, pues, ved adonde habéis llegado: ¡Vosotros, el partido de los socialistas revolucionarios, vivís mantenidos por la burguesía! ¿Qué se ha hecho de vuestro orgullo revolucionario?

Tantas acusaciones colmaban ya con creces la medida y el tribunal habría podido retirarse a deliberar, a cargarle a cada uno el castigo merecido, pero se habían metido en un embrollo:

— todos los hechos imputados al partido eserista habían tenido lugar en 1917 y 1918;

— en febrero de 1919, el consejo del PSR dispuso el cese de hostilidades contra el régimen bolchevique (ya fuera porque estaban agotados por la lucha o persuadidos por la conciencia socialista). Tras lo cual, el 27 de febrero de 1919 el gobierno soviético decretó la amnistía de los socialistas revolucionarios por todo su pasado. El partido fue legalizado y salió de la clandestinidad, pero al cabo de dos semanas empezaron las detenciones en masa y le echaron el guante a toda la cúpula del partido (¡eso sí es hacer las cosas a la soviética!);

— desde aquellos tiempos los eseristas no habían vuelto a la lucha en la calle, y menos aún tras ser puestos en prisión (su Comité Central se encontraba encerrado en Butyrki y por alguna razón no se había fugado, como era costumbre en tiempos del zar), de modo que después de la amnistía no habían hecho nada hasta el presente 1922.

¿Cómo salir del atolladero?

¡Por si fuera poco, no sólo habían renunciado a la lucha, sino que habían reconocido al régimen soviético! (Es decir, que habían abjurado del extinto Gobierno Provisional y también de la Asamblea Constituyente.) Sólo pedían que se celebraran elecciones a los soviets y que los partidos tuvieran libertad para hacer campaña. (Y todavía ante el tribunal, el acusado Hándelman, miembro del Comité Central, se atrevería a pedir: «Dadnos la posibilidad de gozar de toda la gama de lo que se conoce como derechos civiles y nosotros no infringiremos ninguna ley». ¿Pero qué se habrán creído?, ¡Vamos, hombre! ¡Y además «toda la gama»!)

¿Pero han oído ustedes? ¡Por ahí se ve despuntar el repugnante morro de la burguesía! ¿Pero será posible? *¡En un momento tan grave! ¡Estando como estamos rodeados de enemigos!* (Y sería lo mismo dentro de veinte, cincuenta o cien años.)

¿Y encima queréis que los partidos tengan libertad para hacer campaña, hijos de perra?

Toda persona políticamente sensata — afirma Krylenko — no podía sino responder echándose a reír o encogiéndose de hombros. De ahí esta justa decisión: «impedir inmediatamente, con todos los medios represivos de que dispone el Estado, que dichos grupos tengan la posibilidad de hacer propaganda contra el régimen» (pág. 183). ¡Por esto, todo el Comité Central del PSR (al menos los que habían podido agarrar) estaban en la cárcel!

¿Pero de qué acusarlos ahora? «La instrucción judicial no ha investigado este período en igual medida», se lamenta nuestro fiscal.

De todos modos, existía una acusación plenamente fundada: la de que, en febrero de 1919, los socialistas revolucionarios habían adoptado la resolución (que no se llevó a la práctica, aunque con el nuevo Código Penal esto carecía de importancia) de dedicarse a la propaganda encubierta en el Ejército Rojo para que los soldados *se negaran a tomar parte en las expediciones de castigo* contra los campesinos.

¡Apartar a los soldados de las expediciones de castigo era la más ruin y pérfida de las traiciones a la Revolución!

También se les podía acusar de todo cuanto decía, escribía y hacía (hablar y escribir, más que nada) la denominada «Delegación Extranjera del Comité Central» del PSR, es decir, los miembros destacados del partido que habían logrado huir a Europa.

Pero aún era muy poca cosa. Y he aquí lo que discurrieron: «muchos de los acusados aquí presentes no estarían ahora encausados de no haber contra ellos cargos por... ¡organización de actos terroristas!», porque, según decían, cuando se promulgó la amnistía de 1919, «a ningún funcionario de la justicia soviética le había pasado por la cabeza» que aquellos socialistas revolucionarios la aprovecharían para organizar actos

terroristas, esta vez contra los dirigentes soviéticos. (Y es que, claro, ¿cómo se le iba a ocurrir a alguien — así, de repente — relacionar a los socialistas revolucionarios con el terrorismo? Esto quiere decir que si alguien hubiera reparado en ello, entonces también se habrían beneficiado de la amnistía los inculpados por terrorismo. Pues desde luego, fue una suerte que en aquellos momentos nadie cayera en ello. No les pasó por la cabeza porque no les interesó, al contrario de lo que ocurría ahora.) Así pues, esta acusación no estaba contemplada en la amnistía (que únicamente abarcaba la *lucha).* Y ahora Krylenko la estaba esgrimiendo.

Veamos en primer lugar qué habían dicho los líderes del socialismo revolucionario (¡la de cosas que habrían dicho en su vida esos charlatanes!) en los primeros días que siguieron al golpe de Estado de Octubre. El líder actual de los acusados, y líder también del partido, Abram Gotz, había amenazado en aquella ocasión: «Si los autócratas de Smolny atentan contra la Asamblea Constituyente..., el PSR habrá de retomar sus antiguas y acreditadas tácticas».

Era natural esperar algo así de los indómitos eseristas. Y, ciertamente, era difícil creer que pudieran haber renunciado alguna vez al terrorismo.

«En este ámbito de la instrucción», se lamenta Krylenko, «la clandestinidad hace que haya pocas... "declaraciones de testigos".» «Esto ha dificultado extraordinariamente mi tarea... En este terreno, en ciertos momentos, es preciso errar entre tinieblas» (pág. 236. ¡Vaya lenguaje!).

Dificultaba también la tarea de Krylenko el que en 1918 el Comité Central del PSR hubiera debatido en tres ocasiones el empleo del terrorismo contra el régimen soviético y que *lo hubiera rechazado las tres veces* (pese a la disolución de la Asamblea Constituyente). Y ahora, años después, había que demostrar que habían practicado el terror.

En 1918 los eseristas decidieron: esperemos a que los bolcheviques empiecen a ejecutar a los socialistas. Y en 1920: el partido tomará las armas si los bolcheviques atentan contra la vida de los rehenes eseristas. (Y a los demás que los zurzan...)

¿Cuál era el porqué de tantas matizaciones? ¿Por qué no renunciaron a las armas inmediata y definitivamente? «¿Por qué no emitieron una declaración de clara renuncia?»

Que el PSR no había llevado a cabo actividad terrorista alguna se ve claramente hasta en el discurso acusatorio del propio Krylenko. Pero se adujeron los hechos siguientes: uno de los acusados había concebido un plan para volar la locomotora del tren del Sovnarkom durante el traslado de éste a Moscú, de lo cual se desprende que el Comité Central del PSR era culpable de terrorismo. La encargada de ejecutar el plan, Ivanova, estuvo apostada toda una noche cerca de la estación con un cartucho de explosivos, lo que equivale a un atentado contra el tren de Trotski, y por lo cual el Comité Central del PSR también es culpable de terrorismo. O bien: Donskoi, miembro del Comité Central del PSR advirtió a F. Kaplan que si disparaba contra Lenin sería excluida del partido. ¡Y aún les parecía poco! ¿Por qué no se lo prohibió de manera terminante! (o mejor aún: ¿Por qué no la denunció a la Cheká?). De todos modos, la militancia de Kaplan en el PSR les resultaba un engorro.

Tras vérselas y deseárselas, Krylenko no pudo sacar en claro más que esto: los socialistas revolucionarios no habían tomado medidas para impedir que sus militantes, hartos de inactividad, cometieran actos terroristas individuales. (Por otra parte, bien poco es lo que hicieron dichos militantes. Semiónov no fue sino la mano que guió a Serguéyev — el que mató a Volodarski — pero el Comité Central del PSR quedó libre de toda sospecha y completamente al margen del asunto, que incluso condenó en público. Luego, tanto la GPU como el tribunal iban a ponerse las botas con ese mismo Semiónov y su compañera Konopliova, sospechosamente predispuestos a hacer declaraciones voluntarias; por si no estuviera ya bastante claro, estos peligrosísimos terroristas comparecían ahora ante los jueces sin alguaciles y después de cada sesión iban a dormir a casa.)

Krylenko comenta así uno de los testimonios: «Si este individuo hubiera tenido la intención de inventárselo todo, difícilmente podría haberlo hecho de manera que diera precisamente en el blanco mismo» (pág. 251).

(¡Qué convincente! Lo mismo podría decirse de cualquier falso testimonio.) El caso de Konopliova es justo el contrario: la verosimilitud de su testimonio estriba en que no declara todo lo que necesita la acusación. (Pero sí lo suficiente para fusilar a los reos.)

«Si nos planteamos la cuestión de si Konopliova ha inventado todo esto..., la respuesta no puede estar más clara: puestos a inventar, lo inventamos todo» (¡bien lo sabe él!), mientras que ella se queda a mitad de camino. Puede argumentarse también así: «¿Hubiera podido producirse ese encuentro? No puede excluirse tal posibilidad». ¿No puede excluirse? ¡Luego se produjo ! ¡Pues a por todas!

Veamos ahora qué hay del «grupo subversivo». Tras hablar de él largo y tendido, de pronto oímos: «disuelto por haber dejado de ser activo». Pues entonces, ¿por qué nos llenáis las orejas con él? Habían «expropiado» algún dinero en instituciones soviéticas (de otro modo los socialistas revolucionarios no hubieran tenido con qué emprender acciones, alquilar pisos o desplazarse entre ciudades). Pero, antes, semejantes actos se veían como elegantes y nobles *«expros»,* según expresión de todos los revolucionarios. ¿Y qué eran ahora ante los tribunales soviéticos? Pues: «pillaje y encubrimiento».

Los documentos de este proceso, a la luz amarillenta del farol de la Ley, turbio e impasible, revelan la trayectoria tambaleante, indecisa y zigzagueante de un partido tras la Revolución, un partido de patéticos charlatanes y en esencia desorientado, indefenso y hasta inoperante, que no supo hacer frente a los bolcheviques. Y ahora cada una de sus decisiones o indecisiones, cada uno de sus movimientos, avances o retrocesos, se transforma en culpa, única y exclusivamente en culpa.

En septiembre de 1921, diez meses antes de que empezara el proceso, el antiguo Comité Central del PSR, encarcelado en Butyrki, escribía al Comité Central en libertad recién elegido, diciendo que no estaba de acuerdo *con cualquier forma* de derribar a la dictadura bolchevique, y que sólo consentiría que se produjera por medio de las masas trabajadoras unidas y de una labor de agitación política (es decir: ¡ni siquiera en la cárcel estaba el Comité Central dispuesto a recurrir al terrorismo, a las conjuras o a la insurrección armada!), pero ahora esto se volvía contra ellos convertido en cargo de primera magnitud: ¡Aja, conque estáis de acuerdo en derribar a los bolcheviques!

¿Y si a pesar de todo no eran culpables de haber querido derrocar al régimen, y si a duras penas eran culpables de terrorismo, o de unas «expropiaciones» prácticamente inexistentes? ¿Y si por todo lo demás habían sido absueltos hacía ya tiempo? Nuestro querido fiscal recurriría entonces a su arsenal secreto: «En todo caso, *la no denuncia* es de por sí constituyente de delito, y se da en todos los acusados sin excepción, y debe darse por probada» (pág. 305).

¡El Partido Socialista Revolucionario era culpable por el mero hecho de no haberse denunciado a sí mismo ! ¡Un planteamiento así no podía fallar! Era un descubrimiento de esa nueva doctrina jurídica plasmada en forma de Código, era el camino empedrado por el que habrían de discurrir, sin tregua, hacia Siberia nuestros agradecidos descendientes.

Y, además, en un momento de irritación espeta Krylenko: «Son nuestros enemigos encarnizados e irreconciliables». ¡Eso son los acusados! Ya no hace falta un proceso para saber qué hacer con ellos.

El Código es tan reciente que Krylenko no ha tenido tiempo de aprenderse por su número cada artículo referente a actividades contrarrevolucionarias, ni siquiera los principales. ¡Pero hay que ver cómo los maneja! ¡Con qué profundidad los cita e interpreta! Uno creería que ellos y sólo ellos han sostenido durante décadas el pendiente filo de la guillotina. Y he aquí lo más innovador e importante: ¡La distinción entre *métodos* y *medios,* que reconocía el antiguo código zarista, ya no existe en nuestro país! ¡Ya no tiene la más mínima incidencia a la hora de formular cargos o dictar sentencia! ¡Para nosotros lo mismo son propósito y acción! ¿Que habéis tomado una resolución? Pues por ella os juzgamos. Que «haya sido puesta o no en práctica carece de importancia sustancial» (pág. 185). Murmurar a la esposa en el lecho qué bien estaría derribar al régimen soviético, hacer propaganda durante las elecciones, o haber puesto bombas, ¡todo es lo mismo! —*¡El castigo era el mismo!*

Del mismo modo que a un pintor penetrante le bastan unos pocos y rápidos trazos de carboncillo para hacer brotar de súbito un retrato, en este esbozo que es 1922 cada vez se perfila con mayor nitidez todo el panorama de 1937, 1945 y 1949.

Fue la primera experiencia de proceso público ofrecido a la vista de Europa y también la primera experiencia de «indignación popular». Una indignación particularmente lograda.

Veamos cómo transcurrió. Las dos Internacionales Socialistas — la segunda y la «segunda y media» (la Unión de Viena) —; durante cuatro años habían estado presenciando, si no con entusiasmo, al menos con toda imperturbabilidad, cómo los bolcheviques degollaban, quemaban, anegaban, fusilaban y oprimían a su país en aras del socialismo, y no veían en ello más que un grandioso experimento social. Pero cuando en la primavera de 1922 Moscú anunció que iba a llevar a cuarenta y siete socialistas revolucionarios ante el Tribunal Revolucionario Supremo, los líderes socialistas europeos se inquietaron y alarmaron.

A principios de abril se celebró en Berlín una conferencia de las tres Internacionales (estando representada la Komintern por Bujarin y Radek) con objeto de constituir «un frente unido» contra la burguesía, y los socialistas exigieron de los bolcheviques que renunciaran a este juicio. Como quiera que el «frente unido» era muy necesario en interés de la revolución mundial, la delegación de la Komintern decidió — por cuenta propia — contraer los siguientes compromisos: el proceso sería público, a él podrían asistir representantes de todas las Internacionales y levantar actas taquigráficas, se permitiría a los acusados designar abogados defensores, y lo más importante, arrogándose las competencias del tribunal (lo cual para los comunistas era una cosa sin importancia, y a lo que los socialistas tampoco pusieron inconveniente): en este proceso no se dictarían sentencias de muerte.

Alegría entre los líderes socialistas, que deciden, sin pensárselo dos veces, actuar como defensores de los acusados. Pero Lenin (quien ignoraba estar viviendo sus últimas semanas antes del primer ataque de parálisis) replicó con severidad en *Pravda:* «Hemos pagado un precio demasiado alto». ¿Cómo han podido prometer que no habrá penas de muerte y permitir que suban a nuestros estrados esos socialtraidores? Por lo que siguió después, vemos que Trotski estaba completamente de acuerdo con él y que Bujarin no tardó en arrepentirse.

El periódico *Die Rote Fahne*, órgano de los comunistas alemanes, manifestó que muy idiotas habrían de ser los bolcheviques para creerse obligados a respetar los compromisos contraídos: y es que en Alemania, el «frente unido» se había roto, por lo cual aquellas promesas habían perdido todo valor. Pero los comunistas ya habían empezado a comprender la ilimitada fuerza de su proceder histórico. En vísperas del proceso, en mayo, *Pravda* decía: «Cumpliremos rigurosamente los compromisos contraídos. Pero, más allá del marco del proceso judicial, esos señores deberán verse sometidos a unas condiciones que amparen a nuestro país de las tácticas incendiarias propias de esos infames». Al son de esta música, a fines de mayo los famosos socialistas Vandervelde, Rosenfeld y Teodor Liebknecht (hermano del asesinado Karl) partieron hacia Moscú.

Desde la primera estación fronteriza, y en cada una de las paradas siguientes, el vagón de los socialistas se vio asaltado por obreros airados que les pedían cuentas por sus intenciones contrarrevolucionarias, y a Vandervelde por haber firmado el expoliador Tratado de Versalles. En ocasiones hasta les rompían los cristales del vagón y prometían partirles la cara. No obstante, la recepción más calurosa la tuvieron en la estación Vindava de Moscú: les esperaba una plaza atiborrada de manifestantes cantando, con banderas y orquestas. Enormes pancartas decían: «¡Señor ministro de la Corona Vandervelde! ¿Cuándo comparecerá usted ante el Tribunal Revolucionario?», «Caín, Caín, ¿dónde está tu hermano Karl?». Cuando los extranjeros salieron a la calle, les gritaron, silbaron, abuchearon y amenazaron, mientras un coro cantaba:

Ahí viene, viene Vandervelde.
Nos visita el rufián más redomado.
¡Qué alegría tenerlos de invitados!
Pero, amigos, ¿no echáis a faltar
una soga para poderlo ahorcar?

(Y se produjo una escena incómoda: Rosenfeld distinguió entre la multitud al propio Bujarin silbando alegremente con los dedos en la boca.)

Durante los días siguientes unas farándulas de payasos recorrieron Moscú en camiones engalanados. En un entarimado, cerca del monumento a Pushkin, se había montado un espectáculo permanente para representar la traición de los socialistas revolucionarios y de sus defensores. Trotski y otros oradores iban por las fábricas exigiendo con inflamados discursos la pena de muerte para los socialistas revolucionarios y organizaban votaciones tanto entre los obreros comunistas como entre los no militantes. (Ya en aquella época no eran pocas las soluciones de que disponían para los disconformes: despedirlos de la fábrica en una época en que abundaba el desempleo, privar al obrero de acceso al economato, eso sin hablar de la Cheká.) Y vaya si votaron. Luego hicieron circular por las fábricas unas peticiones exigiendo la pena de muerte y llenaron los periódicos con esas peticiones y el número de firmas recogidas. (Cierto que aún podía encontrarse quien no estuviera de acuerdo y quien incluso se atreviera a manifestarlo en público; no hubo más remedio que practicar algunos arrestos.)

El 8 de junio empezó el juicio. Se juzgaba a treinta y dos personas, de las que veintidós eran presos de Butyrki y diez, arrepentidos, iban sin alguaciles de escolta y eran defendidos por el propio Bujarin y unos cuantos miembros de la Komintern. (Bujarin y Piatakov disfrutaron mucho con esta parodia de la justicia, sin presentir la burla que les deparaba el destino. Pero el destino también había de darles tiempo para reflexionar: aún les quedan quince años de vida por delante a cada uno, y también a Krylenko.)

Piatakov se comportaba con rudeza y no dejaba que los acusados se expresaran. Sostenían la acusación Lunacharski, Pokrovski, Clara Zetkin. (El pliego de cargos llevaba también la firma de la esposa de Krylenko, que había estado al frente de la instrucción sumarial: el trabajo de una familia unida.)

No había poca gente en la sala: unas mil doscientas personas, pero de éstas sólo veintidós eran parientes de los también veintidós acusados. Los demás eran todos comunistas, chekistas de paisano y personas escogidas. A menudo, el público interrumpía con sus gritos a los acusados y a sus defensores. Los intérpretes transmitían tergiversadamente a los defensores la palabras del tribunal y a los jueces, las palabras de los abogados defensores, cuyas peticiones el tribunal rechazaba con burlas; no se admitía la comparecencia de los testigos de la defensa y las actas taquigráficas se llevaban de tal modo que resultaba imposible reconocer en ellas hasta los discursos propios.

En la primera sesión, Piatakov declaró que el tribunal descartaba por anticipado un examen imparcial de los hechos y que tenía la intención de interpretarlos ateniéndose exclusivamente a los intereses del régimen soviético.

Una semana después los abogados extranjeros cometieron la indelicadeza de elevar una queja al tribunal, porque, según ellos, estaban incumpliéndose los acuerdos de Berlín. El tribunal respondió de forma altanera diciendo que la administración de justicia no podía estar ligada a ningún acuerdo.

Los abogados socialistas quedaron definitivamente desmoralizados, su presencia en aquel juicio no estaba sirviendo más que para crear la ilusión de que se trataba de un proceso judicial normal, por lo que renunciaron a la defensa y ya no querían más que volverse a casa, a Europa, pero no les dejaban partir. ¡Los honorables invitados se vieron obligados a *declararse en huelga de hambre!* Sólo después de esto se les permitió abandonar el país, el 19 de junio. Y fue una lástima, porque se perdieron el espectáculo más impresionante: el del 20 de junio, el aniversario del asesinato de Volodarski.

Reunieron columnas de obreros de las fábricas (en algunas cerraron las puertas para que no se dispersaran antes, en otras les retiraron las tarjetas de fichar, en unas terceras, por el contrario, les ofrecieron una comida), con banderas y pancartas en las que se leía «muerte a los acusados» y como es de suponer, se les unieron columnas de soldados. Dio comienzo un mitin en la Plaza Roja. Habló Piatakov, que prometió un castigo ejemplar, hablaron Krylenko, Kámenev, Bujarin y Radek, la flor y nata de la oratoria comunista. Luego los manifestantes se dirigieron al edificio del tribunal, en cuyo interior, Piatakov, que había vuelto a entrar en él, ordenó colocar a los acusados ante las ventanas abiertas bajo las que rugía la multitud. Allí

permanecieron soportando una granizada de insultos y burlas, y a Gotz le alcanzó una pancarta de esas que decían «muerte a los socialistas revolucionarios». Todo esto, en conjunto, duró cinco horas desde el cierre de las fábricas, hasta el crepúsculo (era la época de las noches semi-blancas de Moscú).

Piatakov declaró en la sala de la audiencia que una delegación de manifestantes pedía ser admitida. Krylenko argumentó que, si bien ello no estaba contemplado por la ley, el espíritu del régimen soviético lo permitía plenamente. Así pues, la delegación irrumpió en la sala y estuvo un par de horas pronunciando discursos insultantes y amenazadores, así como exigiendo la pena de muerte. Los jueces escuchaban, repartían apretones de manos, daban las gracias y prometían ser implacables. El ambiente estaba tan caldeado, que los acusados y sus parientes temían que los lincharan allí mismo.

(Gotz, nieto de un rico comerciante de tés que simpatizaba con la revolución, brillante terrorista en tiempos del zar, ejecutor de atentados y asesinatos — Durnovo, Mien, Rieman, Akímov, Shuválov, Rachkovski — ¡nunca en toda su carrera armada se había encontrado en una situación como aquélla!) Pero la campaña de ira popular terminó aquí, por más que el juicio había de continuar todavía mes y medio. Al día siguiente, se marcharon también los jueces y abogados soviéticos (les esperaban el arresto y la deportación).

Aquí pueden reconocerse ya muchos de los rasgos futuros que ahora nos son familiares, pero todavía faltaba un buen trecho para que la voluntad de los acusados estuviera sometida, o para que éstos se vieran obligados a declarar contra sí mismos. Además, aún encontraban apoyo en la tradicional ilusión de los partidos de izquierda que se creen defensores de los intereses de los trabajadores. Tras tantos años perdidos en pactos y concesiones, habían recobrado una firmeza tardía. El acusado Berg recriminaba a los bolcheviques que hubieran disparado contra los manifestantes que defendían la Asamblea Constituyente; el acusado Liberov decía: «me reconozco culpable de no haber hecho lo bastante para derribar el régimen de los bolcheviques en 1918» (pág. 103). Evguenia Ratner afirma lo mismo, y de nuevo Berg: «Me considero culpable ante la Rusia obrera de no haber sabido luchar con todas mis fuerzas contra el sedicente régimen obrero-campesino, aunque espero que aún no haya pasado mi hora». (Pues ha pasado, amiguito, ha pasado.) Mantenían la vieja pasión por las frases altisonantes, ¡pero también una gran firmeza!

Argumenta el fiscal que los acusados son un peligro para la Rusia soviética porque *consideran beneficioso todo cuanto hicieron.* «Quizás alguno de los acusados hasta se consuele pensando que algún día las crónicas tendrán palabras de elogio hacia él o su conducta ante el tribunal.»

El acusado Hándelman dio lectura a una declaración: «¡No reconocemos vuestro tribunal!». Era jurista y se distinguió por sus discusiones con Krylenko sobre la manipulación de las declaraciones de los testigos, sobre «los desacostumbrados métodos en el trato de los testigos antes del proceso» (léase: el evidente tratamiento preparatorio de los mismos por parte de la GPU). (¡Y es que ya lo tenían todo! Sólo faltaba apretar un poco más para obtener una confesión ideal.) Pudo saberse que la fase previa a la instrucción la había supervisado el fiscal (el mismo Krylenko) y que en el curso de la misma se habían nivelado conscientemente algunas declaraciones que no cuadraban.

Bueno, ¿y qué? ¿Qué, si había asperezas? ¿Qué, si la labor estaba incompleta? A fin de cuentas... «es nuestro deber decir con toda claridad y sangre fría [...] que lo que nos preocupa no es cómo vaya a juzgar la Historia la obra que hemos llevado a cabo» (pág. 325).

Entretanto, Krylenko, para superar el trance, trae a colación las *diligencias previas,* ¡seguramente por primera y última vez en la historia de la jurisprudencia soviética! ¡Las diligencias previas que preceden a la instrucción! Y fíjense con qué habilidad sale del paso: todo lo que escapó a la observación del fiscal — que vosotros consideráis instrucción sumarial — no fueron más que diligencias previas. Y lo que consideráis revisión de la instrucción bajo la supervisión del fiscal (cuando se ataron todos los cabos y se apretaron todas las clavijas), ¡eso es precisamente la instrucción sumarial! Toda esa maraña de «materiales que han presentado los órganos encargados de las diligencias previas, *no confirmados* en la instrucción sumarial, poseen ante el tribunal un valor probatorio mucho menor que los obtenidos durante la instrucción» (pág. 238) siempre y cuando estos últimos sean utilizados como debe ser.

¡Menudo lince! ¡Éste sí que no se chupa el dedo! Y es que desde un punto de vista profesional, a Krylenko le disgustaba haber perdido medio año en preparativos, dos meses desgañitándose en la sala y quince horas deshilvanando su discurso de acusación, tanto más cuando todos aquellos acusados «habían estado en manos de los órganos extraordinarios no una vez ni dos, en una época en que dichos órganos disponían de poderes excepcionales; pero gracias a unas u otras circunstancias *habían logrado salir indemnes*» (pág. 322), y ahora correspondía a Krylenko el trabajo de llevarlos de forma legal al paredón.

Naturalmente, la sentencia no podía ser otra: «¡Fusilarlos a todos, del primero al último!» Pero, magnánimo — los ojos de todo el mundo estaban puestos en este juicio —, Krylenko concede: la petición fiscal «no constituye una directiva para el tribunal», por lo cual éste no «está obligado a considerarla ni a satisfacerla» (pág. 319).

¡Pues vaya un tribunal si hacía falta explicarle esto! Después de esta incitación a la pena de muerte por parte del fiscal, se propuso a los acusados que manifestaran su arrepentimiento y que renegaran de su partido. Todos se negaron.

El tribunal tuvo la audacia de no condenar a muerte a todos, «del primero al último», sino sólo a doce de ellos. A los demás les aguardaban la cárcel y los campos penitenciarios. Se decidió asimismo incoar causas contra un centenar de personas más.

Y recuerde el lector, recuerde: «todos los tribunales de la república tienen puestas sus miras en el Tribunal Revolucionario Supremo, [que] les proporciona instrucciones normativas» (pág. 407), toda sentencia del Tribunal Revolucionario Supremo se utiliza «como directriz normativa» (pág. 409). Que cada cual eche, pues, la cuenta de los que despacharon en provincias.

Pero, como medida del valor que tal vez quepa dar a todo este, proceso, hallamos la casación del Presidium del VTsIK. Las sentencias son sometidas a revisión durante una conferencia de dirigentes del RKP(b), en la que se propone conmutar la pena de muerte por la de destierro en el extranjero. Pero intervienen Trotski, Stalin y Bujarin (¡Vaya troika! ¡Y los tres al unísono!): concédanles veinticuatro horas para que abjuren y denles, si lo hacen, cinco años de destierro dentro del país; de otro modo, que sean fusilados inmediatamente. Al final se aceptó una proposición de Kámenev, que se convirtió en resolución del VTsIK: confirmar la sentencia a muerte pero suspender su ejecución. El destino de los condenados pasa a depender del comportamiento de los socialistas revolucionarios que quedaban en libertad (comprendidos, evidentemente, los que hay en el extranjero). Si los eseristas persistían en su conducta, aunque sólo fuera con propaganda y actividades clandestinas — y con mucha mayor razón si reemprendían la lucha armada —, aquellos doce hombres serían fusilados.

Y los sometieron a un suplicio de muerte: cualquier día podía ser el día del fusilamiento. Los sacaron de la accesible prisión de Butyrki y los trasladaron a las entrañas de la Lubianka; les prohibieron las entrevistas, las cartas y los paquetes. Por lo demás, detuvieron también a algunas de sus esposas y las mandaron fuera de Moscú.

En los campos de Rusia se recogía ya la segunda cosecha de la paz. Ya no había disparos en ninguna parte, salvo en los patios de la Cheká (Perjurov, fusilado en Yaroslav; el metropolita Benjamín, en Petrogrado; y tantos otros, sin tregua y sin fin). Bajo un radiante cielo azul, como azuladas olas, se embarcaban hacia el extranjero nuestros primeros diplomáticos y periodistas, pero el Comité Ejecutivo Central del Consejo de Diputados Obreros y Campesinos se guardaba en prenda estos rehenes de por vida.

Los miembros del partido en el poder habían leído los sesenta números de *Pravda* que cubrieron el proceso (porque todos leían los periódicos) y todos habían dicho: «sí, sí, sí». Ni uno sólo dijo «no».

¿De qué se extrañaron después, en 1937? ¿De qué podían quejarse? ¿No se habían sentado todas las bases de la arbitrariedad judicial, primero con la represión extrajudicial de la Cheká más la represión judicial de los tribunales militares revolucionarios, y después con estos primeros procesos según el joven Código? ¿Acaso 1937 no iba también a *ser de utilidad* (a los objetivos de Stalin y — quién sabe — a los de la Historia)?

A Krylenko se le escaparon unas palabras proféticas: no estamos juzgando el pasado sino el futuro.

Al segar, lo más difícil es el primer golpe de guadaña.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Hacia el 20 de agosto de 1924, Boris Viktorovich Savínkov cruzó la frontera soviética. Inmediatamente fue detenido y llevado a la Lubianka.

Sobre este regreso se han hecho muchas conjeturas. Pero hace poco, la revista soviética *Nevá* (1967, n° 11) confirmó la explicación dada en 1933 por Búrtsev (*Byloye* [El pasado], París. Nueva época II, biblioteca de *la Rusia Ilustrada*, vol. 47). La GPU, tras haber inducido a la traición a varios agentes de Savínkov y engañado a otros, lanzó con su ayuda un anzuelo seguro: ¡En Rusia había una gran organización clandestina que languidecía por carecer de un jefe que estuviera a la altura! ¡Imposible imaginar un cebo más apetitoso! Además, Savínkov no podía terminar apaciblemente en Niza su turbulenta vida.

La instrucción del proceso se redujo a un solo interrogatorio, que abarcaba únicamente las declaraciones voluntarias del encausado y una evaluación de sus actividades. El 23 de agosto el auto de procesamiento ya obraba en poder del tribunal. (Una rapidez increíble, pero que surtió su efecto. Alguien había calculado con acierto que torturar a Savínkov para arrancarle una penosa y falsa declaración habría echado por tierra la verosimilitud del caso.)

En el pliego de acusaciones, redactado en una terminología perfeccionada para volver cualquier cosa del revés, se culpaba a Savínkov de todo lo imaginable: de haber sido un «pertinaz enemigo del campesinado más pobre»; de «ayudar a la burguesía rusa en sus aspiraciones imperialistas» (es decir, de haber estado en 1918 a favor de continuar la guerra contra Alemania); de «haber mantenido contacto con representantes del mando aliado» (¡en la época en que era administrador del Ministerio de la Guerra!); de «haber entrado a formar parte, con fines provocativos, de los comités de soldados» (es decir: de haber sido elegido por los soldados diputados); o bien — ¡ésta sí que es buena! — de haber abrigado «simpatías monárquicas». Pero todo esto no es más que lo viejo; había además acusaciones nuevas que en lo sucesivo no podrían faltar en ningún proceso: aceptar dinero de los imperialistas, espionaje en favor de Polonia (¡ya se habían olvidado del Japón!) e intención de envenenar con cianuro potásico a todo el Ejército Rojo (no había envenenado a un solo soldado).

El proceso empezó el 26 de agosto. Presidía el tribunal Ulrich (es la primera vez que lo encontramos), y no había ningún acusador, como tampoco defensor. Savínkov no hizo grandes esfuerzos por defenderse, casi se mostró apático y apenas intentó rebatir las pruebas. Al parecer, el acusado se vio muy turbado al oír la consabida cantinela, que esta vez, ciertamente, venía como anillo al dedo: *¡pero si es usted tan ruso como nosotros!* ¡Usted y nosotros, es decir: nosotros ! No hay duda de que usted ama a Rusia, y nosotros respetamos este sentir suyo. ¿Acaso no profesamos también nosotros ese mismo amor? ¿Y no somos ahora nosotros la fuerza y la gloria de Rusia? ¿Y contra nosotros quería usted luchar? ¡Arrepiéntase!

Pero lo más sorprendente fue la sentencia: «La salvaguardia del orden revolucionario no hace indispensable la aplicación de la medida suprema de castigo y, dado que el ánimo de venganza es contrario al sentido de la justicia de las masas proletarias», se conmuta la pena de fusilamiento por diez años de privación de libertad.

Esto causó revuelo y, en aquella época, conmovió muchas mentes: ¿Relajación del poder? ¿Metamorfosis? Ulrich incluso se sintió obligado a dar explicaciones y justificó en las páginas de *Pravda* la concesión de gracia a Savínkov. ¿Cómo vamos a tener miedo de un Savínkov cualquiera tras siete años de régimen soviético cada vez más fortalecido? (No nos lo tomen a mal si para su vigésimo aniversario al régimen le viene un achaque de debilidad y tenemos que fusilar a cientos de miles.)

Así pues, envuelto en ese primer misterio que era su regreso al país, aparecía un segundo enigma: una sentencia que no era a muerte (la cual Búrtsev explica así: a Savínkov le habían hecho creer que dentro de la GPU existían corrientes opositoras dispuestas a aliarse con los socialistas, y que acabarían poniéndolo en libertad y confiándole algún papel activo; por esto llegó a un acuerdo con los jueces de instrucción). Después del juicio, permitieron a Savínkov... enviar cartas abiertas al extranjero, entre otras a Búrtsev, y en esas cartas Savínkov intentaba persuadir a los revolucionarios emigrados de que el régimen soviético se sostenía en la voluntad popular y que era inadmisible combatir contra él.

Pero en mayo de 1925 estos dos misterios se vieron eclipsados por un tercero: sumido en la depresión, Savínkov se arrojó por una ventana no enrejada a un patio interior de la Lubianka sin que los ángeles custodios de la GPU hubieran sido capaces de agarrarlo y detenerlo. Sin embargo, por lo que pudiera ser (para que no tuvieran tropiezos en su carrera), Savínkov les dejó una carta eximitoria en la que explicaba el por qué de su decisión. Estaba escrita con tanta sensatez y coherencia, era tan fidedigna y tanto se ajustaba al estilo y a la palabra de Savínkov, que todos quedaron convencidos de su autenticidad, de que nadie que no fuera Savínkov habría podido redactar aquella carta y de que éste había puesto fin a su vida tras tomar conciencia de su quiebra política. (Hasta una persona tan sagaz como Búrtsev no vio en todo este asunto más que una traición de Savínkov, sin que la autenticidad de la carta ni del suicidio le plantearan duda alguna. Hasta el acto más perspicaz tiene sus limitaciones.)

Y nosotros, los cretinos, los presos llegados más tarde a la Lubianka repetíamos como crédulos loros que las mallas metálicas en cada hueco de escalera de la Lubianka se habían instalado a raíz de que Savínkov saltara al vacío. Hasta tal punto nos subyugaba esa bella leyenda que olvidábamos una cosa: ¡la práctica de los carceleros es internacional! Mallas como aquéllas las había ya en las prisiones estadounidenses a principios de siglo, ¿cómo podía ir a la zaga la técnica soviética?

En 1937, en uno de los campos de Kolymá, justo antes de morir, el antiguo chekista Arthur Schrübel contó a uno de sus compañeros que él fue uno de los cuatro hombres que arrojaron a Savínkov al patio de la Lubianka por la ventana del cuarto piso. (Lo cual no se contradice con lo que relata actualmente la revista *Nevá* cuando dice que el antepecho de la ventana era bajo, casi como la puerta de un balcón. ¡Qué habitación más bien escogida! Sólo que, según el autor soviético, el hecho se debió a una distracción de los ángeles custodios, mientras que según Schrübel lo lanzaron todos a la vez.)

Y el segundo enigma, el de la sentencia desproporcionadamente clemente, queda aclarado por el tercer misterio, mucho mas rudimentario.

Se trataba de un rumor sin confirmar, pero había llegado hasta mí y yo, a mi vez, lo transmití en 1967 a M.P. Yakubóvich, quien exclamó con ese brío juvenil que conservaba, y con brillo en los ojos: «¡Ya lo creo! ¡Concuerda! ¡Y yo que no había querido creer a Bliumkin porque me parecía que se estaba pavoneando!». Esto es cuanto pudimos aclarar: a finales de los años veinte, Bliumkin contó a Yakubóvich, de manera estrictamente confidencial, que él había escrito la supuesta carta postuma de Savínkov por encargo de la GPU. Según ha podido saberse, mientras Savínkov estuvo preso, Bliumkin tuvo libre acceso permanente a la celda de aquél y le «distraía» por las tardes. (¿Presintió Savínkov que era la muerte quien lo visitaba con frecuencia, una muerte zalamera y cordial en la que no era posible advertir signos de fatalidad?) De este modo Bliumkin pudo captar de Savínkov su manera de pensar y de expresarse, hasta llegar a sus últimos pensamientos.

Habrá quien se pregunte: ¿Y por qué arrojarlo por la ventana? ¿No habría sido más sencillo envenenarlo? Quizás es que mostraron el cadáver o creyeron que podría hacerles falta.

En qué otra parte mejor que en ésta podemos contar el final de Bliumkin, intrépidamente acorralado por Mandelstam (**T96**) en pleno cénit de su gloria en la Cheká. Ehrenburg había comenzado a escribir sobre Bliumkin, pero luego se avergonzó de ello y lo dejó. Y no es que falte qué contar. Después de haber aplastado en 1918 a la izquierda eserista, el asesino de Mirbach no sólo no fue castigado, no sólo no compartió la suerte de todos sus compañeros eseristas de izquierdas, sino que se convirtió en el protegido de Dzerzhinski (que también quiso echarle una mano a Kósyrev) y adoptó la apariencia externa de un

bolchevique. Si querían conservarlo era, evidentemente, para encargarle asuntos de sangre de gran responsabilidad. En cierta ocasión, en vísperas de los años treinta, fue enviado en secreto al extranjero para cometer un asesinato. . Sin embargo, movido por su espíritu aventurero, acaso por su admiración hacia Trotski, Bliumkin se llegó a las islas de los Príncipes, para preguntarle al Doctor Jurisconsulto si tenía algún recado para la URSS. Trotski le dio un paquete para Radek, Bliumkin lo trajo y lo entregó a su destinatario, y esta visita a Trotski no se habría descubierto de no ser porque el brillante Radek ya se había convertido en un soplón.

Radek hundió a Bliumkin, y éste desapareció en las fauces del monstruo que él mismo había alimentado dándole, de su propia mano, la primera leche ensangrentada.

Pero los procesos más importantes, los más célebres están aún por llegar...

10. La madurez de la ley

¿Pero dónde estaban aquellas muchedumbres que en la locura de la desesperación iban a arrojarse desde Occidente contra el alambre de espino de nuestra frontera y que nosotros íbamos a fusilar a tenor del Artículo 71 por regreso no autorizado a la RSFSR? A despecho del pronóstico científico, no había tales muchedumbres y seguía sin tener objeto el artículo que Lenin dictara. En toda Rusia, a nadie salvo al extravagante Savínkov se le había ocurrido regresar, y encima ni siquiera llegaron a aplicarle el mencionado artículo. En cambio, la pena contraria (la expulsión al extranjero como conmutación de la pena de muerte) se puso en práctica sin tardanza y en más de una ocasión.

Por aquellos días, en plena redacción del código, Vladímir Ilich seguía desarrollando su brillante proyecto y, el 19 de mayo de 1922, escribía con mano febril: «¡Camarada Dzerzhinski! A propósito de la expulsión al extranjero de escritores y profesores que hayan colaborado con la contrarrevolución, debo decir que este asunto ha de prepararse con toda cautela. Sin preparación haremos muchas tonterías... Hay que organizar el asunto de tal modo que podamos capturar a esos "espías militares", y seguir capturándolos, y enviarlos al extranjero de manera constante y sistemática. Le ruego que muestre esta carta confidencialmente a los miembros del Politburó sin sacar copias». (**109**)

El carácter confidencial, natural en este caso, venía determinado por la importancia y ejemplaridad que había de revestir la medida. La división de clases en la Rusia soviética, diáfanamente clara, sólo quedaba alterada por ese borrón gelatinoso e impreciso que representaba la antigua intelectualidad *burguesa*, que, en el terreno ideológico, desempeñaba un papel de verdaderos *espías militares.* Nada mejor podía ocurrírseles que barrer cuanto antes aquel poso de ideas y arrojarlo más allá de la frontera.

El propio camarada Lenin yacía ya enfermo, pero es evidente que los miembros del Politburó dieron su aprobación, de modo que el camarada Dzerzhinski organizó la batida. A finales de 1922, cerca de trescientos prominentes hombres de letras rusos fueron embarcados... ¿en una barcaza quizá? Nada de eso: a bordo de un vapor, y enviados al vertedero europeo. (Entre los nombres de quienes culminaron su trayectoria en Occidente y alcanzaron la fama figuraban los filósofos: N.O. Losski, S.N. Bulgakov, N.A. Berdiáyev, F.A. Stepún, B.P. Vysheslávtsev, L.P. Karsavin, I.A. Ilin; los historiadores: S.P. Melgunov, V.A. Miakotin, A.A. Kizevetter, I.L. Lapshin; los literatos y periodistas: Y.I. Aijenvald, A.S. Izgóyev, M.A. Osorguin, A.V. Peshejónov. Enviaron pequeños grupos también en 1923, por ejemplo el secretario de Lev Tolstói, V.F. Bulgakov. Por haber andado con malas compañías fueron expulsados también algunos matemáticos como D.F. Selivánov.)

Sin embargo, la batida no llegó a ser *constante y sistemática.* Quizá fuera el clamor de los emigrados — que agradecían ese «regalo» — quién sabe, pero el caso es que se dieron cuenta de que no era la medida más oportuna, que estaban desaprovechando un buen material para el paredón y que en aquel vertedero podían

acabar creciendo flores venenosas. Y abandonaron esta medida. A partir de entonces mandarían toda la basura *a juntarse con Dujonin* o bien al Archipiélago.

Promulgado en 1926 (y en vigor hasta la época de Jruschov), el Código Penal mejorado entretejió las hilachas de los artículos políticos anteriores para formar una única y sólida red, la del Artículo 58, que fue lanzada a la pesca. Las capturas se extendieron con rapidez a ingenieros y técnicos, tanto más peligrosos porque ocupaban una fuerte posición en la economía nacional y eran difíciles de controlar con la sola ayuda de la Doctrina Progresista. Ahora resultaba evidente que el juicio en defensa de Oldenborger había sido un error (¡pues menudo Centro se había formado a su alrededor!) y precipitada la declaración absolutoria de Krylenko: «en 1920-1921 ya no cabía hablar de sabotaje por parte de los ingenieros». (**110**) Ahora ya no se trataba de sabotaje, sino de algo todavía peor: *empecimiento* (al parecer fue un oscuro juez de instrucción del caso Shajty quien dio con esta palabra).

Apenas había quedado claro de qué andaban detrás — el empecimiento —, acto seguido, pese a lo inusitado de dicho concepto en la historia de la humanidad, empezaron a descubrirlo sin dificultad en todas las ramas de la industria y en cada una de las empresas. Sin embargo, estos hallazgos esporádicos no respondían a un plan único, a una ejecución perfecta, mientras que la naturaleza de Stalin y todo cuanto había de investigación en nuestro sistema judicial tendían manifiestamente a ello. ¡Mas la Ley por fin había alcanzado la madurez y ya podía mostrar al mundo algo realmente perfecto!: un proceso unitario, grande, bien conjuntado, esta vez contra los ingenieros. Así es como tuvo lugar

el caso Shajty (18 de mayo-15 de julio de 1928).

Sesión extraordinaria del Tribunal Supremo de la URSS, presidente A.Y. Vyshinski (todavía rector de la Primera Universidad Estatal de Moscú), principal acusador N.V. Krylenko (¡un mano a mano memorable! Como si uno pasara el relevo al otro), (**111**) cincuenta y tres acusados, cincuenta y seis testigos. ¡Grandioso!

¡Mas ay!, esta grandiosidad fue precisamente el punto flaco del proceso: si había que tirar de cada acusado con tres hilos, aunque sólo fuera con tres, ya sumaban 159, frente a los diez dedos de Krylenko y los otros diez de Vyshinski. Como es natural, «los acusados se esforzaron en descubrir sus graves crímenes ante la sociedad», pero no todos, sino sólo dieciséis de ellos. Otros trece estuvieron escabulléndose y veinticuatro no admitieron en absoluto su culpabilidad. (**112**) Ello fue causa de una discordancia inadmisible que las masas no podían comprender de ninguna manera. Junto a los aspectos positivos del proceso (que, por lo demás, eran herencia de vistas anteriores) — la indefensión de los acusados y sus abogados, su incapacidad para eludir o desviar la implacable losa de la sentencia —, saltaban a la vista los defectos de este nuevo proceso, especialmente imperdonables para un hombre con la experiencia de Krylenko.

En el umbral de la sociedad sin clases éramos, por fin, capaces de emprender un *proceso judicial sin conflictos* (que reflejara la ausencia de conflictividad interna en nuestro orden social) de modo que no sólo el tribunal y el fiscal, sino la defensa y los acusados persiguieran colectivamente un mismo objetivo.

Además, las proporciones del caso Shajty — que sólo abarcaba la industria hullera, y sólo en la cuenca del Donets — no estaban a la altura de la época.

Sin duda fue entonces, el mismo día en que concluyó el caso Shajty, cuando Krylenko empezó a cavar una nueva fosa de mayores proporciones (en la que caerían incluso dos de sus colegas del proceso de Shajty: los acusadores públicos Osadchi y Schein). Huelga decir con qué ganas y habilidad le ayudaría todo el aparato de la OGPU, que ya había pasado a las firmes manos de Yagoda. Había que crear y descubrir una organización de ingenieros que abarcase todo el país. Para ello se necesitaban algunas figuras «empecedoras» importantes que figuraran en primer término. ¿Acaso podía haber alguien en los círculos de los ingenieros que no conociera a semejante personaje, indiscutiblemente fuerte e insoportablemente orgulloso?

Esta figura era Piotr Akímovich Palchinski. Ingeniero de minas, muy conocido ya a principios de siglo, había sido durante la guerra mundial vicepresidente del Comité de la Industria Militar, es decir, había

dirigido el esfuerzo de guerra de toda la industria privada rusa. Después de la Revolución de Febrero fue viceministro de Industria y Comercio. Sufrió persecución bajo el zarismo por sus actividades revolucionarias. Después de la Revolución de Octubre había estado tres veces en la cárcel (en 1917, en 1918 y en 1922), y en 1920 había sido nombrado profesor del Instituto de Minería y asesor del Plan Estatal. (Para más detalles sobre él, véase el capítulo décimo de la Tercera Parte.)

Así pues, escogieron a este Palchinski como acusado principal para un nuevo y grandioso proceso. Sin embargo, el imprudente Krylenko se adentraba en el mundo de los ingenieros — para él desconocido — sin tener ni idea no ya sobre resistencia de materiales, sino incluso sin sospechar que también las almas pudieran ofrecer resistencia, y ello pese a sus diez años de ya célebre actividad como fiscal. La elección de Krylenko resultó un error: Palchinski resistió todos los procedimientos que conocía la OGPU y no cedió; de hecho, murió sin haber firmado ninguna idiotez. Junto a él pasaron la prueba, y al parecer tampoco cedieron, N.K. von Meck y A.F. Velichko. Seguimos sin saber si murieron a consecuencia de las torturas o si fueron fusilados, pero demostraron que era posible resistirse, que era posible mantener la firmeza, y con ello desaparecieron dejando tras de sí una ardiente estela de reproche para los ilustres reos que les sucedieron.

El 24 de mayo de 1929, para no tener que reconocer su derrota, Yagoda publicó un breve comunicado de la OGPU en el que se daba a conocer el fusilamiento de los tres hombres por empecimiento a gran escala y la condena de otros muchos cuyos nombres no se mencionaban. (**113**)

¡Y cuánto tiempo perdido en vano! ¡Casi un año entero! ¡Cuántas noches de interrogatorios! ¡Qué derroche de imaginación por parte de los jueces de instrucción! Y todo para nada. Krylenko se vio obligado a empezar de nuevo desde cero: buscar otra figura que fuera fuerte y prestigiosa, al tiempo que totalmente débil y manejable. Pero tan mal comprendía a aquella maldita raza de ingenieros, que perdió otro año en pruebas infructuosas.

Desde el verano de 1929 se dedicó a Jrénnikov, pero también Jrénnikov murió sin haber aceptado tan ruin papel. Al viejo Fedótov sí consiguieron doblegarlo, pero era del ramo textil y les hubiera cundido bien poco. ¡Otro año echado a perder! El país esperaba un proceso general contra los empecedores, lo mismo que el camarada Stalin, pero Krylenko no daba pie con bola. Y así hasta el verano de 1930, cuando a alguien se le ocurrió proponer: ¡Ramzin, el director del Instituto Termotécnico! Y lo arrestaron. Bastaron tres meses para ensayar y representar un magnífico espectáculo, una verdadera obra maestra de nuestra justicia y un modelo inasequible para la justicia mundial:

Proceso contra el «Partido Industrial» (25 de noviembre-7 de diciembre de 1930).

Sesión extraordinaria del Tribunal Supremo, el mismo Vyshinski, el mismo Antónov-Sarátovski, el mismo Krylenko, nuestro amigo entrañable.

Ahora ya no existen «razones de índole técnica» que impidan ofrecer al lector el acta taquigráfica completa del proceso — de hecho, obra en mis manos (**114**) — o admitir corresponsales de prensa extranjeros.

Una iniciativa por todo lo grande: sentar en el banquillo de los acusados a toda la industria del país, todas sus ramas y todos sus órganos de planificación. (Sin embargo, sólo el ojo del escenificador podía advertir que había resquicios, por los cuales ya habían desaparecido la industria minera y el transporte ferroviario.) Y al propio tiempo, parquedad en el material utilizado: los acusados eran únicamente ocho (se habían tenido en cuenta los errores del proceso de Shajty).

Exclamaréis: ¿Y ocho hombres habían de representar a toda la industria? ¡Pues sí, y eran más que suficientes! Tres de los ocho representaban exclusivamente al sector textil, la más importante rama para la defensa nacional. ¿Pero será entonces que había multitud de testigos? Pues siete personas, tan empecedores como los acusados y también arrestados. ¿Pero habrá entonces al menos una montaña de documentos inculpatorios? ¿Planos?, ¿proyectos?, ¿normativas?, ¿extractos?, ¿propuestas?, ¿informes?, ¿notas

particulares? ¡Nada de nada! O sea, ¡ n i un miserable papelucho ! ¿Pero en qué andaba pensando la GPU? ¿Detener a tanta gente y no guardarse ni un solo papel? «Había muchos», pero «todos han sido destruidos», ya que: «¿dónde íbamos a meter tantos archivos?» Se presentaron al tribunal, únicamente, unos breves artículos publicados tanto en nuestra prensa como en la de la emigración. ¿Y cómo montar la acusación? Por algo estaba ahí Nikolai Vasílievich Krylenko. Por algo habían recurrido a alguien que no era un primerizo. «En toda circunstancia, el mejor indicio continua siendo la confesión de los acusados.» (**115**)

¡Y vaya confesiones! ¡No eran forzadas, sino que salían sinceramente del alma, con ese remordimiento que arranca del pecho monólogos inagotables en que el acusado desea hablar y hablar, desenmascarar, fustigar! Al anciano Fedótov hasta tuvieron que pedirle que se volviera al banquillo: ya tenían suficiente; ¡pero él se empeñaba en dar más y más explicaciones e interpretaciones! Durante cinco sesiones seguidas el tribunal ni siquiera tuvo necesidad de hacer ninguna pregunta: los acusados hablaban, hablaban y daban explicaciones, y pedían de nuevo la palabra para completar lo que se les hubiera olvidado. Sin necesidad de ninguna pregunta se lanzaban a explicar por deducción todo cuanto necesitara la acusación.

Después de sus prolijas explicaciones, Ramzin ofreció para mayor claridad hasta un breve resumen, como si se encontrara ante unos alumnos de pocas luces. Lo que más temían los acusados era que quedara algo por aclarar, alguna persona por desenmascarar, algún apellido por mencionar, alguna intención perniciosa por dilucidar. ¡Y cómo se injuriaban a sí mismos!: «Soy un enemigo de clase», «soy un vendido», «nuestra ideología burguesa». El fiscal: «¿Fue una equivocación de usted?». Charnovski: «¡Y mi crimen!». Krylenko no tuvo que trabajar nada; se pasó las cinco sesiones tomando té con pastas o lo que le trajeran.

¿Pero cómo sobrellevaron los encausados tamaño estallido emocional? No contamos con una transcripción magnetofónica de sus palabras, pero Otsep, el abogado defensor, nos da cumplida cuenta: «Las palabras de los acusados fluían diligentes, frías, con serenidad profesional». ¡Esa sí que es buena! Semejante afán de confesión ¿y nos salen ahora con que el discurso era diligente?, ¿frío? Y eso no es todo: murmuraban tan quedamente su espontáneo arrepentimiento, que a menudo Vyshinski amonestaba a los acusados para que hablaran más alto y con más claridad, ya que no se les entendía nada.

Tampoco la defensa perturbó en lo más mínimo la elegante armonía del proceso: se mostró de acuerdo con todas las propuestas planteadas por el fiscal; calificó de histórico su discurso de acusación, y en cuanto a sus propias alegaciones, reconoció que eran muy exiguas y admitió que la defensa las formulaba contra los deseos de su corazón, pues «un defensor soviético es ante todo un ciudadano de la URSS» que «como el resto de trabajadores experimenta una sensación de indignación» ante los crímenes de sus patrocinados *(Proceso contra el Partido Industrial*, pág. 488).

Durante la instrucción sumarial la defensa formuló alguna que otra pregunta, tímida y vacilante, que era retirada tan pronto como metía baza Vyshinski. Los abogados defendieron únicamente a dos ingenieros textiles inofensivos, pero sin atreverse a discutir la materia de los cargos ni la calificación de los actos punibles. Ésta fue su única petición: «¿No podría mi defendido evitar la ejecución? ¿Qué es más productivo, camaradas jueces, su cadáver o su trabajo?». (**T97**)

¿Cuáles habían sido los repugnantes crímenes de estos ingenieros burgueses? Pues fíjense ustedes: planearon un ritmo de crecimiento retardado (por ejemplo, un incremento anual de la producción de tan sólo el 20-22 %, aunque los obreros estaban dispuestos a llegar hasta un 40 y un 50 %). Se retardaba el ritmo de extracción de combustibles. No habían desarrollado con suficiente rapidez la cuenca hullera del Kuznets. Aprovecharon los debates sobre teoría económica (sobre si era preciso suministrar a la cuencia hullera del Donets electricidad procedente de la central del Dniéper; si se debía construir un gran eje de comunicación entre Moscú y la cuenca del Donets) para postergar la solución de problemas importantes. (Todas las obras están manga por hombro, y los ingenieros, venga a discutir, venían a decir.) Retrasaban el examen de los proyectos técnicos (o sea, que no los aprobaban de buenas a primeras). En sus conferencias sobre *resistencia de materiales* se atenían a una *postura antisoviética.* Mandaban instalar maquinaria anticuada. Inmovilizaban capitales (invirtiéndolos en proyectos costosos y a largo plazo). Llevaban a cabo reparaciones superfluas (!). Utilizaban mal los metales (pero era porque algunas clases de hierro no se podían conseguir). Creaban desequilibrios entre los centros de producción, la materia prima disponible y las posibilidades de

procesarla (lo que se ponía especialmente de manifiesto en el sector textil, en el que se habían construido un par de fábricas más de lo que exigía la cosecha de algodón). Luego, el salto brusco de los planes mínimos a los máximos, con lo que se daba inicio a un claro y dañino desarrollo *acelerado* de la sufrida industria textil. Y lo más importante: se planearon actos de sabotaje (ni una sola vez fueron puestos en práctica, en ninguna parte) contra las instalaciones de suministro energético. De esta manera, el empecimiento no se traducía en daños o desperfectos concretos, sino que apuntaba contra la planificación y la capacidad productiva, y debía haber conducido en 1930 a una crisis general e incluso a la completa paralización de la economía. Y, si no se llegó a eso, fue sólo gracias a los contraproyectos de producción y financiación propuestos por las masas (¡que duplicaban siempre las cifras previstas!).

-ya oigo murmurar al escéptico

— ¡Venga ya, venga ya!... lector.

¿Pero cómo? ¿Es que le parece poco? Y si además durante el juicio repetimos y machacamos cada punto de cinco a ocho veces, quizá ya no resulte tan poco, ¿verdad?

—¡Venga ya, venga ya!... —sigue en sus trece el lector de los años sesenta —. ¿Y no pudo deberse todo esto precisamente a esos contraproyectos? ¿Cómo no va a haber desequilibrios, si cualquier asamblea sindical puede trastocar todas las proporciones como le venga en gana sin consultar siquiera con el Plan Estatal?

¡Oh, qué amargo es el pan de los fiscales! Pues ¿no han decidido que se publique cada palabra? Por consiguiente, también los ingenieros van a poder enterarse de todo. ¡No era momento de salirse por peteneras! Y Krylenko se lanzó impávido a disertar y a hacer preguntas sobre detalles técnicos. Y tanto las páginas interiores como los sueltos de los enormes periódicos se llenaron de sutilezas técnicas en letra menuda. Contaban con que cualquier lector quedaría atontado, que las noches y los días festivos se le harían cortos para leerse todo aquello, de modo que lo dejaría correr, salvo acaso el estribillo introducido regularmente cada cuantos párrafos: ¡Empecimiento! ¡Empecimiento! ¡Empecimiento!

¿Y si a pesar de todo alguien empezaba a leérselo? ¿Y si seguía renglón tras renglón?

Entonces vería — a través de esa maraña de banales auto-inculpaciones, pergeñadas con tanta estulticia e ineptitud — que la Lubianka había echado su nudo corredizo en un asunto que le venía grande, en una tarea que no era de su competencia; que el pensamiento del siglo XX escapaba a ese tosco dogal batiendo fuerte sus alas. Los reos estaban ahí, cautivos, sumisos, con las cabezas gachas, sí; ¡pero su espíritu levantaba el vuelo! Y aunque extenuadas y aterrorizadas, las lenguas de los acusados conseguían contárnoslo todo y llamar a cada cosa por su nombre.

Veamos en qué ambiente habían tenido que trabajar. Kalinnikov: «Debemos reconocer que ha surgido entre nosotros un clima de desconfianza en el terreno técnico». Lárichev: «Tanto si queríamos como si no, era preciso extraer esos 42 millones de toneladas de petróleo (es decir, que habían recibido la orden desde arriba)... ya que 42 millones de toneladas de petróleo son imposibles de extraer en ninguna circunstancia». *(Proceso contra el Partido Industrial,* pág. 325.)

El trabajo de esta desdichada promoción de ingenieros se encontraba encajonado entre estas dos imposibilidades. El Instituto Termotécnico se enorgullecía del principal resultado de sus investigaciones: había aumentado de modo espectacular el coeficiente de rendimiento del combustible, por lo cual se habían previsto necesidades de combustible menores, *¡es decir: empecimiento,* porque con ello había disminuido el nivel de extracción de combustible!

El plan para el sector de transportes preveía equipar todos los vagones con enganche automático, *¡es decir: empecimiento,* porque con ello estaban inmovilizando capital! (Ya que toda inversión en enganches automáticos no se amortiza sino a largo plazo, ¡pero nosotros todo lo queremos para mañana!) Para aumentar el rendimiento de los trayectos de vía única decidieron aumentar el gálibo de locomotoras y

vagones. Así pues, ¿una modernización? *¡no, empecimiento!,* pues habría que invertir recursos en reforzar el balasto en puentes y vías.

Partiendo de un razonamiento económico tan profundo como que en Estados Unidos, al revés que en nuestro país, el capital es barato y la mano de obra cara, y que por tanto no podíamos andar siempre imitándolos como monos, Fedótov concluyó que no tenía sentido adquirir costosas cadenas de montaje norteamericanas, que en los próximos diez años sería más provechoso comprar otras inglesas menos complejas y costosas y destinar más obreros a ellas, y que dentro de diez años, cuando fuera inevitable renovar la maquinaria — cara o barata —, entonces ya podríamos permitirnos las más caras. ¡Pues era *empecimiento,* porque escudándose en el ahorro querían privar a la industria soviética de las máquinas más avanzadas!

Comenzaron a construirse fabricas de hormigón armado, en vez de hormigón más barato, argumentando que en cien años la inversión se habría amortizado más que de sobra. ¡Pues era *empecimiento!* ¡Inmovilización de capitales! ¡Derroche de armadura, tan escasa como era, (¿Para qué la guardaban entonces, para dientes postizos?)

En el banquillo de los acusados, Fedótov admite de buen grado:

— Naturalmente, si hoy día cada cópek cuenta, hay que ver en ello empecimiento. No en vano dicen los ingleses: no soy tan rico que pueda permitirme cosas baratas...

Le intenta explicar con amabilidad al testarudo fiscal:

— Cualquier enfoque teórico establece unas normas que siempre acaban por resultar (¡ser declaradas!) empecedoras... (pág. 365).

¿Acaso podría haberlo expuesto con mayor claridad un acusado aterrorizado? ¡Lo que para nosotros es teoría, para vosotros es empecimiento Porque vosotros necesitáis tenerlo todo hoy, sin pensar lo más mínimo en el día de mañana...

El anciano Fedótov intentaba aclarar cómo se pierden centenares de miles y hasta de millones de rublos por culpa de las prisas frenéticas del plan quinquenal: el algodón no se selecciona en origen de modo que cada fabrica reciba la calidad que precisa, sino que se envía de cualquier manera, todo mezclado.

¡Pero el fiscal no escucha! Con la terquedad de un busto de piedra, a lo largo del proceso, vuelve que te vuelve, y vuelta a repetir decenas de veces una cuestión de mucho más efecto, simple como un jueguecito de cubos de madera apilables ¿Por qué construían «fábricas como palacios», de techos altos, amplios pasillos y una ventilación excesivamente buena? ¿No era esto un claro *empecimiento?* ¡Cuánto capital inmovilizado! ¡Irrecuperable! Los empecedores al servicio de la burguesía explican que el Comisariado del Pueblo para el Trabajo deseaba que en la patria del proletariado se construyeran para los obreros naves espaciosas y bien aireadas (por tanto, en el Comisariado del Pueblo para el Trabajo también había empecedores, ¡hay que tomar nota!). Loa médicos recomendaban que la altura de los techos fuera de nueve metros, pero Fedótov los había rebajado a seis. ¿Y por qué no a cinco? ¡Por consiguiente, empecimiento! (Y de haberlos rebajado a cuatro y medio habría sido también un flagrante *empecimiento:* por haber querido someter a los libres obreros soviéticos a las espantosas condiciones de las fábricas capitalistas.)

Le argumentan a Krylenko que esto no representaba más que un tres por ciento del coste de toda la fábrica y equipamientos, pero él, erre que erre, ¡siempre con la dichosa altura del techo! Y además: ¿Cómo habían osado poner ventiladores tan potentes? Es que estaban calculados para los días más calurosos del verano... ¿Y por qué para los días más calurosos? ¡Pues en los días de más calor que los obreros suden un poco!

Y entretanto: «las desproporciones eran inherentes..., tenían su origen en la negligencia de los superiores, mucho antes de que hubiese un "centro de ingenieros"» (pág. 204). «No había necesidad de ninguna actividad empecedora..., bastaba con atenerse a *lo previsto* para que todo llegara a término por sí solo» (pág. 202). ¡Charnovski no podía expresarse con mayor claridad! Téngase en cuenta que había pasado ya muchos

meses en la Lubianka y que pronunciaba estas palabras desde el banquillo de los acusados. Bastaba con atenerse a lo *previsto* (es decir, a las indicaciones de los negligentes *de arriba)* para que el absurdo plan se desmoronara por *si solo.* Este era su empecimiento: «Teníamos capacidad para producir, por ejemplo, mil toneladas, pero nos exigían (según el estúpido plan) tres mil, y no hicimos nada por cumplir esta obligación».

Convendrán ustedes que no es poco para un acta taquigráfica oficial, revisada y censurada, de aquellos años.

Muchas veces, Krylenko fatigaba tanto a sus actores que el tono de sus voces denunciaba cansancio por los sinsentidos que les obligaba a machacar una y otra, vez, y hasta sentían vergüenza por el autor, pero tenían que seguir representando su papel si querían alargar un poco más sus vidas.

KRYLENKO: ¿Está usted de acuerdo?

FEDÓTOV: Estoy de acuerdo..., aunque en general no creo que... (pág. 425).

KRYLENKO: ¿Lo corrobora usted?

FEDÓTOV: A decir verdad..., en algunos detalles... creo que en general... sí (pág. 356).

Los ingenieros (los que aún estaban en libertad, los que no habían sido todavía encarcelados y tenían que trabajar con afán después de la injuria judicial inferida a su profesión) no tenían salida alguna.

Todo estaba mal. Mal si decían *sí,* mal si decían *no.* Mal si avanzaban, mal si retrocedían. Si trabajaban apresuradamente, era una precipitación empecedora; si trabajaban metódicamente, una empecedora alteración de los ritmos. Si se actuaba con prudencia durante el desarrollo de un sector de la industria, se trataba de un retraso premeditado, un sabotaje; si se sometían a los saltos caprichosos, una empecedora desproporción. Las reparaciones, las mejoras, la preparación a fondo eran inmovilización de capitales; aprovechar los equipos hasta el fin de su vida útil ¡era sabotaje! (Además, los jueces instructores se enteraban de todo esto por los propios acusados: tras haber estado sometido al insomnio y al calabozo, hasta usted mismo citaría ejemplos convincentes de dónde pudo empecer.)

— ¡Déme usted un ejemplo bien evidente! ¡Déme un ejemplo evidente de su actividad empecedora! —apremiaba Krylenko impaciente.

(¡Y vaya si os van a dar ejemplos evidentes! ¡Pronto hasta habrá quien escriba una historia de la técnica de aquellos años! Él os dará todos los ejemplos, buenos y malos. Os dará testimonio de todas las convulsiones de vuestros epilépticos planes quinquenales a cumplir en cuatro años. Entonces sabremos cuántas riquezas y fuerzas nacionales se dilapidaron en vano. Sabremos que se desecharon los mejores proyectos y que se ejecutaron los peores, con los peores medios. ¿Cómo va a salir nada bueno si unos ingenieros puros como diamantes se hallan a las órdenes de unos Hun-vei-bin cualesquiera? Los entusiastas advenedizos causaban más estragos que sus aún más estúpidos jefes.)

Ya ven, mejor no entrar en detalles. Un exceso de detalles hace que estas fechorías sean menos dignas del paredón.

¡Pero esperen, esto aún no es todo! ¡Todavía faltan los crímenes más importantes! ¡Ahí están, ahí están, tan claros y evidentes que hasta un analfabeto los comprendería! El Partido Industrial: 1) preparaba una intervención extranjera; 2) recibía dinero de los imperialistas; 3) practicaba el espionaje; 4) había repartido las carteras de un futuro Gobierno.

¡Punto final! Todas las bocas se cerraron. Todos los que protestaban agacharon la cabeza. Sólo se oían el ruido de pasos de los manifestantes y su rugir al otro lado de la ventana: *«¡Al paredón!, ¡Al paredón!, ¡Al paredón!».*

¿Y no es posible dar más detalles? ¿Para qué hacen falta más detalles? Bueno, está bien, si usted se empeña... Aunque va a ser todavía peor. Todos estaban bajo el mando del Estado Mayor francés.

¡Como si Francia no tuviera sus propias preocupaciones, ni otras dificultades, ni conflictos entre partidos, como si le bastara con silbar para que las divisiones marcharan hacia la intervención! Primero la habían previsto para 1928. Pero no se pusieron de acuerdo, no estaban coordinados. De acuerdo, la aplazaron para 1930. De nuevo no hubo acuerdo. Bueno, pues para 1931. En realidad, iba a tratarse de lo siguiente: Francia no lucharía, sólo se reservaría (a cambio de asumir la organización general de la intervención) una parte de Ucrania occidental, la orilla derecha del Dniéper. Inglaterra, con mayor razón, tampoco lucharía, pero prometía enviar su flota al mar Negro y al mar Báltico como intimidación (a cambio, obtendría el petróleo del Cáucaso).

Los principales combatientes serían los siguientes: primero, cien mil emigrados rusos (desperdigados desde hacía tiempo por diversos lugares, pero listos para reunirse al instante al primer toque de silbato); después, Polonia (que se quedaría con la mitad de Ucrania), Rumania (conocida por sus brillantes victorias en la primera guerra mundial, un temible adversario), ¡Letonia!, ¡y Estonia! (Estos dos pequeños países abandonarían con gusto las preocupaciones propias de un joven Estado aún por estructurar y se lanzarían en masa a la conquista.) Y lo más terrible era la dirección de la ofensiva principal. ¿Pero cómo? ¿Ya se sabía? ¡Pues claro! La intervención empezaría en Besarabia y, apoyándose en la orilla derecha del Dniéper, (**116**) seguiría directamente hasta Moscú. Y en este momento crucial, en todos los ferrocarriles... ¿habría voladuras? No, *¡se producirían congestiones!* Y en las centrales eléctricas, el Partido Industrial desenroscaría los plomos, de suerte que toda la Unión quedaría sumida en las tinieblas y todas las máquinas se pararían, ¡incluidas las de la industria textil! Se producirían actos de sabotaje por doquier. (Atención, acusados. ¡Hasta que se excluya al público no mencionen los métodos de sabotaje! ¡No mencionen las fábricas! ¡No mencionen los puntos geográficos! ¡No mencionen apellidos, ni extranjeros ni rusos!)

¡A todo esto hay que añadir el golpe mortal que para entonces ya habrán asestado contra la industria textil! ¡Añadir que en Bielorrusia los empecedores ya están construyendo dos o tres fábricas textiles para que sirvan de *base logística a los intervencionistas!* (pág. 356, no es ninguna broma). Ya en posesión de las fábricas textiles, ¡los intervencionistas avanzarían inexorablemente hasta Moscú!

Pero su más taimada conspiración era la siguiente: habían previsto (pero les faltó tiempo) desecar las tierras bajas del Kubán, las marismas de Polesie y los pantanos cercanos al lago Limen (Vyshinski ha prohibido dar nombres concretos, pero uno de los testigos se ha ido de la lengua) y así tender caminos más cortos a las tropas intervencionistas para que llegasen a pie enjuto hasta Moscú, sin que sus caballos se mojasen tampoco los cascos. (¿Por qué a los tártaros se les hizo tan difícil? ¿Por qué Napoleón se quedó a las puertas de Moscú? Pues precisamente por las marismas de Polesie y de Limen. ¡Drenarlas era tanto como dejar expuesta la ciudad de piedra blanca!) Y añadan, añadan además, que se levantaron unos hangares so pretexto de construir unos aserraderos (¡no revelen el lugar, es secreto!), para que los aviones de los intervencionistas no estuvieran bajo la lluvia y pudieran guarecerse.

Y que se construyeron también (¡nada de nombres!) *¡albergues para las tropas intervencionistas!* (y en todas las guerras anteriores, ¿cómo se las apañaba el invasor para cobijarse?). Los acusados habían recibido todas las instrucciones pertinentes de dos misteriosos caballeros extranjeros: K. y R. (¡Y sobre todo, nada de nombres! ¡Y mucho menos países!) (pág. 409). Más recientemente, hasta habían pasado a «preparar movimientos de traición en unidades aisladas del Ejército Rojo». (¡No digan en qué arma del Ejército! ¡No mencionen en qué unidades! ¡Ni un solo apellido!) Aunque es verdad que no llegaron a materializar ninguno de estos proyectos, tenían, no obstante, un plan (también infructuoso) para infiltrar en algún organismo central del Ejército una célula de economistas que habían sido oficiales del Ejército Blanco. (¿Ah, sí? ¿Del Ejército Blanco? ¡Tomen nota! ¡Arrestadlos!) Y una célula de estudiantes de tendencia antisoviética... (¿Conque estudiantes? ¡Tomen nota! ¡Arrestadlos!) (De todos modos, hay que saber tirar de la cuerda sin llegar a romperla. No vaya a ser que los obreros se desmoralicen y crean que todo está perdido, que han pillado dormido al régimen soviético.

Pero también esto queda aclarado: *fue mucho lo que se tramó, pero poco lo perpetrado. ¡Ninguna de las industrias había sufrido pérdidas considerables!*

Entonces, ¿por qué no se produjo la intervención extranjera? Pues por diversas y complejas razones. Una vez porque, en Francia, Poincaré no había salido elegido, otra porque nuestros industriales emigrados consideraban que los bolcheviques todavía no habían reconstruido del todo sus antiguas empresas: ¡que sigan trabajando los bolcheviques! Y para colmo, no había forma de entenderse con Polonia y Rumanía.

Muy bien, no había habido intervención, ¡pero existía el Partido Industrial! ¿Oís ese ruido de pisadas? ¿No oís el murmullo de las masas trabajadoras?: *«¡Al paredón!, ¡Al paredón!, ¡Al paredón!»*. Ahí abajo desfilan «aquellos que, en caso de guerra, deberán pagar con su vida, con privaciones y sufrimientos los atropellos de estos sujetos» (pág. 437 - del discurso de Krylenko).

(Era como si lo hubiera visto en una bola de cristal: ¡en 1941 serían esos crédulos manifestantes quienes pagaran con sus vidas, privaciones y sufrimientos los atropellos de *estos sujetos!* ¿Pero dónde señala usted con el dedo, fiscal? ¿A quién?)

¿Por qué un *Partido* Industrial? ¿Por qué precisamente un partido y no un Centro de técnicos e ingenieros, si ya estábamos acostumbrados a hablar de «centros»?

Pero es que también había habido un «Centro». Lo que ocurre es que decidieron transformarse en un «partido», que tiene mucho más empaque. Así también les resultaría más fácil batirse por las carteras ministeriales en el futuro Gobierno. Con ello se «movilizaba a las masas de ingenieros y técnicos en su lucha por el poder». ¿Luchar, pues, contra quién ? ¡Pues contra los demás partidos! En primer lugar, ¡contra el Partido Obrero y Campesino, que ya tenía doscientos mil militantes! ¡En segundo lugar, contra el Partido Menchevique! ¿Y qué había entonces del centro? Pues que los tres partidos debían juntarse para formar un Centro Unificado. Pero la GPU lo desmanteló todo. ¡Y qué suerte que nos desmantelara! (Los acusados se alegran todos.)

(¡Para Stalin era un halago haber desmantelado otros tres partidos! ¿Acaso hubiera habido mucha gloria en desarticular tres simples «centros»?)

Y si había un partido, entonces había un comité central, sí, ¡un comité central propio! Cierto que nunca se celebró una sola conferencia, ni elecciones de ningún género. Había entrado en el comité central todo el que había querido, unas cinco personas en total. Entre ellos se deshacían en cortesías, Y hasta se cedían por turno el sillón presidencial. Tampocco hubo reuniones, ni en el Comité Central (nadie puede acordarse de eso, pero Ramzin sí se acuerda muy bien, ¡ya nos dará él todos los nombres!), ni en los grupos sectoriales. Resultaba hasta despoblado...

Charnovski: «No, *no hubo* una constitución formal del Partido Industrial». ¿Y cuántos militantes había? Lárichev: «Es difícil calcularlo, el número exacto de afiliados se desconoce». ¿Y cómo empecían? ¿Cómo se transmitían las consignas? Pues muy sencillo: según cada cual coincidiera con alguien en una administración, le transmitía las directivas de palabra. Y después cada uno empecía según su conciencia. (Ramzin adelanta sin pestañear una cifra de dos mil militantes. Y por cada dos militantes arrestarán a cinco ingenieros. Según datos del tribunal, en la URSS hay de treinta a cuarenta mil. Por lo tanto, uno de cada siete acabará entre rejas y los otros seis muertos de miedo.) ¿Y sus contactos con el Partido Obrero y Campesino? Pues cuando coincidíamos con ellos en el Gosplán o en el VSNJ «se planificaban acciones sistemáticas contra los comunistas rurales»...

¿Dónde habremos visto esto? Ah, sí, naturalmente: en *Aída*. Radamés parte en campaña entre vítores, retumba la orquesta, alrededor hay ocho guerreros con casco y picas, y otros dos mil pintados en el fondo de lienzo.

Eso era el Partido Industrial.

¡Pero no importa, ya está bien así, la obra es representable! (Hoy día nadie creería lo serio y amenazador que todo aquello parecía entonces, cómo nos atosigaba.) Y además nos lo inculcaban todo a base de repetir. Cada episodio nos lo escenificaban varias veces. Y con ello se multiplicaban las horribles visiones. Además, para que no resultara tan soso, los acusados «olvidaban» de vez en cuando alguna futesa o «intentaban eludir testimonio», pero enseguida los «cercaban con pruebas entrecruzadas» y al final conseguían un espectáculo vivo, digno del Teatro del Arte de Moscú.

Pero Krylenko forzó la nota. Se le ocurrió emprenderla contra el Partido Industrial bajo otro aspecto: pretendía desenmascarar su base social. Moviéndose en el terreno de la lucha de clases, el análisis no podía fallar; y así Krylenko se apartó del método Stanislavski, no asignó papeles y se puso en manos de la improvisación. Para entendernos: que cada uno cuente su vida, su actitud hacia la Revolución y cómo llegó al empecimiento.

Y esta imprudente apuesta, esta única escena humana, dio al traste de un soplo con los cinco actos de la obra.

En primer lugar, nos enteramos con asombro de que estos ocho pilares de la intelectualidad burguesa proceden todos de familia humilde. El hijo de un campesino, el hijo de un oficinista con prole numerosa, el hijo de un artesano, el hijo de un maestro rural, el hijo de un buhonero... Los ocho estudiaron con cuatro cuartos en el bolsillo, la educación se la pagaron con su trabajo. ¿Desde qué edad? ¡Desde los doce, los trece o los catorce años! Unos dando clases, otros en una locomotora. Y he aquí lo monstruoso: ¡Nadie, bajo el zarismo, les impidió el acceso a la educación! Terminaron con toda normalidad la enseñanza media en las Reales Academias, y tras ingresar en escuelas técnicas superiores se convirtieron en importantes y reputados profesores. (¿Cómo es posible? Si siempre nos han dicho que... sólo los hijos de los hacendados y de los capitalistas... ¿Cómo van a mentir las lecturas divulgativas en el reverso de los almanaques?)

En cambio ahora , en época soviética, los ingenieros sí que estaban pasando grandes apuros: casi les era imposible procurar a sus hijos una enseñanza superior (recordemos que los hijos de los intelectuales eran la última categoría). El tribunal no lo niega. Krylenko tampoco. (Los acusados se apresuran a matizar con espontaneidad que, naturalmente, teniendo en cuenta todos los logros alcanzados, esto carece de importancia.)

Empezamos también a distinguir entre los acusados (hasta entonces todos habían dicho más o menos lo mismo). La línea de edad que los separa es también el umbral de la decencia. Las explicaciones de quienes rondan los sesenta o más inspiran compasión. En cambio Ramzin y Larichev, de cuarenta y tres años, y Ochkin, de treinta y nueve (el mismo que en 1921 había denunciado a la Dirección General de Combustibles), son los más gallardos y desvergonzados y todas las declaraciones importantes sobre el Partido Industrial y la intervención extranjera salen de sus labios. Ramzin era un individuo de tal ralea (con sus precoces y desproporcionados éxitos), que toda la profesión le había retirado el saludo, ¡y no se le caía la cara de vergüenza! Ahora, en el juicio, coge al vuelo cualquier alusión que haga Krylenko y la arropa con formulaciones precisas. A fin de cuentas, todas las acusaciones se basan en la memoria de Ramzin. Tiene tanto dominio de sí mismo y energía, que bien podría haber sido capaz (por encargo de la GPU, claro está) de viajar a París con plenos poderes para entablar conversaciones sobre la intervención. También a Ochkin le había sonreído el éxito: a los veintinueve años ya «gozaba de la ilimitada confianza del Consejo de Trabajo y Defensa y del Sovnarkom».

Del profesor Charnovski, de sesenta y dos años, no podía decirse lo mismo: unos estudiantes anónimos lo calumniaron en el periódico mural; después de veintitrés años dando clase, lo convocaron a una asamblea general de estudiantes para que «rindiera cuenta de su trabajo». No se presentó.

El profesor Kalínnikov había encabezado en 1921 una rebelión abierta contra el régimen soviético: en concreto ¡una huelga de profesores! Recordemos cómo defendían los estudiantes la autonomía de la universidad. (**117**) En 1921 los catedráticos de la Universidad Técnica Superior de Moscú reeligieron a Kalínnikov como rector para un nuevo mandato, el Comisariado del Pueblo no lo aceptó y nombró un candidato propio. Entonces se declararon en huelga tanto los estudiantes (no había aún auténticos

estudiantes proletarios) como los profesores, y Kalinnikov ejerció de rector un año entero a despecho del régimen soviético. (Hasta 1922 no consiguieron suprimir su autonomía y ello después de muchas detenciones.)

Fedótov tiene sesenta y seis años, y once de antigüedad como ingeniero en una fábrica, más que los que tiene de existencia todo el POSDR. Ha trabajado en todas las fabricas de hilados y tejidos de Rusia. (¡Qué odiosas resultan personas así! ¡Qué ganas dan de deshacerse de ellas cuanto antes!) En 1905 abandonó el puesto de director de la fábrica Morozov, sin que le importara su sustancioso salario, y prefirió unirse al «funeral rojo» que acompañaba el ataúd de los obreros asesinados por los cosacos. Ahora está enfermo, anda mal de la vista, no puede salir de casa por las noches, ni siquiera para ir al teatro.

¿Y éstos son los que habían preparado una intervención extranjera? ¿El desmoronamiento de la economía?

Durante muchos años, Charnovski no había tenido una sola tarde libre, tan ocupado estaba con la enseñanza y con el desarrollo de nuevas disciplinas (organización de la producción, principios científicos de la racionalización del trabajo). Desde la infancia conservo en la memoria la imagen de esos ingenieros profesores exactamente así: asendereados cada tarde con memorias de fin de carrera, proyectos o tesis doctorales del alumnado, no volvían a casa hasta dadas las once de la noche. Y es que al principio de los planes quinquenales no eran más que treinta mil en todo el país, ¡tenían que trabajar hasta el límite!

¿Y éstos son los que habían querido provocar una crisis? ¿Los que espiaban por una propina?

La única frase honesta de todo el juicio la pronunció Ramzin: «El camino del empecimiento es ajeno a la *estructura interna* del ingeniero».

Durante todo el proceso, Krylenko obliga a los acusados a humillarse pidiendo excusas por ser «poco versados» en política, cuando no «analfabetos» ¡La política es algo mucho más difícil y elevado que cualquier metalurgia o construcción de turbinas! En política de nada sirve tener cabeza ni estudios. Conque dígame usted, acusado, ¿cuál fue su actitud ante la Revolución de Octubre? De escepticismo. O sea, ¿hostil desde el primer momento? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Krylenko los acosa con sus preguntas teóricas, pero gracias a los lapsus simples y humanos de los acusados, que se salen de unos papeles aprendidos de memoria, vislumbramos el núcleo de la verdad, qué había ocurrido realmente, a partir de qué habían llegado a hinchar toda aquella pompa de jabón.

Lo primero que los ingenieros vieron en el golpe de Estado de Octubre fue la ruina del país. (Y, efectivamente, años y años de ruina se abatieron sobre nosotros.) Vieron también la supresión de las libertades más elementales. (Libertades que ya nunca más habrían de volver.) ¿Cómo iban a aceptar lo ingenieros la *dictadura de los trabajadores,* de sus propios subordinados en la industria, menos calificados, que no dominaban las leyes físicas y económicas de la producción, pero que sin embargo ahora ocupaban los principales despachos y dirigían a los ingenieros? ¿Por qué los ingenieros no habrían de considerar más natural una estructura social en la que tuvieran el mando aquellos que pueden dirigir de forma racional su actividad? (Y excluyendo únicamente la dirección *ética,* ¿no tiende a esto, hoy día, toda la cibernética social? ¿No son los políticos profesionales unas pesas colgadas al cuello de la sociedad que impide a ésta mover con libertad la cabeza y agitar los brazos?) ¿Y por qué habían de renunciar los ingenieros a tener opiniones políticas? Pues la política ni siquiera constituye una disciplina científica, sino que es un terreno empírico que no puede ser descrito por medio de ningún sistema matemático y, además, está sometida al egoísmo humano y a las ciegas pasiones. (Charnovski lo dice incluso ante el tribunal: «Pese a todo, la política debe regirse hasta cierto punto por las enseñanzas de la técnica».)

La desmedida presión del comunismo de guerra no podía sino repugnar a los ingenieros. Un ingeniero no puede tomar parte en algo que carece de sentido, y por esta razón, hasta 1920 la mayoría de ellos estuvieron de brazos cruzados, a pesar de que ello los sumiera en una pobreza digna del hombre de las cavernas. Comenzó la NEP, y los ingenieros se pusieron de buen grado manos a la obra: entendieron la NEP como un síntoma de que el régimen había entrado en razón. Mas ¡ay!, las condiciones ya no eran las de antes: los

ingenieros no sólo eran considerados una capa socialmente sospechosa, privada incluso del derecho a dar una educación a sus hijos, no sólo sus sueldos estaban muy por debajo de lo que representaba su aportación productiva, sino que se les exigían éxitos en la producción y también disciplina, al tiempo que se les privaba del derecho a hacer respetar dicha disciplina. Ahora, cualquier obrero podía no sólo incumplir las instrucciones de un ingeniero, sino también ofenderle de forma impune e incluso pegarle, y como representante de la clase dirigente tendría siempre razón

Objeta KRYLENKO: ¿Recuerda usted el proceso contra Oldenborger? (Es decir: ¿acaso no recuerda usted cómo lo defendimos?)

FEDÓTOV: Sí, para dirigir vuestra atención hacia la situación de los ingenieros, uno de ellos hubo de perder la vida.

KRYLENKO *(decepcionado):* Bueno, no fue así como se planteó la cuestión.

FEDÓTOV: Murió, *y no fue el único. El se quitó la vida voluntariamente, pero a muchos otros los mataron*. (Proceso contra el Partido Industrial, pág. 228.)

Krylenko guardó silencio. Por tanto era verdad. (Volved a hojear las actas del proceso contra Oldenborger e imaginad el acoso que sufrieron los ingenieros. Y para rematar, la frase: «a muchos otros los mataron».)

Así pues, el ingeniero es culpable de todo, aun antes de cometer falta alguna. Y si alguna vez, en efecto, se equivoca — a fin de cuentas, es un ser humano, ¿no? — acaba siendo despedazado, a menos que sus colegas encubran su error. ¿Cómo van a tenerles en cuenta *ellos* la sinceridad? Por tanto, ¿se ven forzados quizá los ingenieros a mentir a los jefes del partido?

Para restablecer la autoridad y el prestigio de la profesión, los ingenieros necesitaban ciertamente unión y apoyo mutuo, pues todos estaban amenazados. Sin embargo, para alcanzar esa unión, no se requerían asambleas ni carnets. Como sucede siempre que se produce un entendimiento entre personas inteligentes, que razonan con lógica, bastaban unas pocas palabras lanzadas en voz baja, quizás hasta fortuitamente. Las votaciones eran del todo superfluas. Sólo las mentes mediocres necesitan de resoluciones y de la vara del partido. (¡Esto era lo que de ninguna manera podían comprender ni Stalin, ni los jueces de instrucción, ni toda esa taifa! Nunca habían experimentado relaciones humanas parecidas, jamás se había visto nada semejante en toda la historia del partido!) Esta unidad entre los ingenieros rusos en el seno de un enorme país analfabeto venía de muy antiguo y durante muchas décadas había resistido cualquier embate. Ahora, al darse cuenta de ello, el nuevo régimen se sentía alarmado.

Y llegó el año 1927. ¿Qué había quedado de la sensatez de la NEP? Quedó bien patente que toda la NEP había sido un cínico engaño. Se empezaron a proponer proyectos delirantes e irreales para alcanzar de un salto la superindustrialización, se dieron a conocer planes y objetivos imposibles. En tales condiciones, ¿qué debía hacer la sensatez colectiva de los ingenieros, la cúpula de ingenieros del Gosplán y del Consejo Supremo de Economía Nacional? ¿Someterse a la locura? ¿Hacerse a un lado? A ellos poco les importa: sobre un papel puede escribirse cualquier cifra, pero «a nuestros camaradas, que trabajan en el terreno de lo concreto, jamás les será posible realizar lo que se les exige». Por lo tanto, había que intentar moderar dichos planes, someterlos al control de la razón y suprimir por completo los proyectos más descabellados. Los ingenieros tenían que contar, por así decirlo, con un Gosplán propio que paliara la estupidez de los dirigentes en *propio* interés de la clase en el poder (esto es lo más gracioso) y también de toda la industria y el pueblo, pues ello permitiría obstaculizar toda decisión ruinosa y recuperar los millones tirados por la ventana. Tenían que defender la calidad, que es «el alma de la técnica», en medio del clamor general que no hacía sino hablar de la cantidad, del plan y el superplán. Y educar a los estudiantes en este espíritu.

Éste era el sutil y delicado lienzo de la verdad.

¿Pero cómo expresar esto en voz alta en 1930? ¡Si ello conducía al paredón!

¡Y al mismo tiempo, era demasiado poco, demasiado imperceptible para provocar la ira de las masas!

Por eso era necesario repintar este consenso de los ingenieros — tan tácito como redentor para toda la nación — con óleos mas burdos de conjura empecedora e intervención extranjera.

Así pues, con este cuadro falsificado se nos brindó una imagen de la verdad descarnada, ¡y falta de propósito! Toda la labor del director de escena se viene abajo: a Fedótov se le escapa algo acerca de noches de insomnio (¡!) durante los ocho meses que ha pasado en prisión; y también acerca de cierto alto funcionario de la GPU que *le ha estrechado la mano* (¿?) hace poco (así pues, ¿habían llegado a un pacto: haced bien vuestro papel, que la GPU mantendrá su palabra?). Y los testigos, aunque su papel es muchísimo menos importante, empiezan a mostrarse confusos.

KRYLENKO: ¿Formaba usted parte de ese grupo?

El testigo KIRPOTENKO: Asistí a las reuniones dos o tres veces, cuando se trató sobre la intervención extranjera.

¡Esto es justo los que necesitamos!

KRYLENKO: *(animándole):* ¡Continúe!

KIRPOTENKO *(tras una pausa):* Aparte de esto, no sé nada más.

Krylenko le apremia, intenta hacerle recordar.

KIRPOTENKO *(cortante):* Aparte de la intervención extranjera no sé nada más (pág. 354).

Y luego, durante un careo con Kupriánov, los hechos ni siquiera concuerdan. Krylenko se enfurece y grita a los ineptos acusados: «*¡Pues entonces, hagan que sus respuestas coincidan!*» (pág. 358).

Pero en el entreacto, entre bastidores, todo vuelve a la normalidad. De nuevo cada acusado pende de su respectivo hilo y queda a la espera de que tiren de él. Y Krylenko tira de los ocho a la vez: los industriales emigrados han publicado un artículo según el cual no sostuvieron negociaciones de ninguna clase con Ramzin ni con Lárichev, que no saben nada de ningún «Partido Industrial», y que lo más probable es que las declaraciones de los acusados hayan sido arrancadas mediante tortura. Bueno, y vosotros ¿qué tenéis que decir a esto?

¡Dios mío! ¡Cómo se indignan los acusados! ¡Sin respetar los turnos de palabra, piden todos que se les deje hablar cuanto antes! ¿Qué ha sido de aquella atormentada resignación con la que durante día a día han estado humillándose a sí mismos ya sus colegas? ¡Su indignación contra los emigrados se desborda! ¡Arden en deseos de hacer una declaración por escrito dirigida a los periódicos! ¡Una declaración colectiva *en defensa de los métodos de la GPU!* (¿Qué? ¿No me dirán que no queda bonito? ¿Que no es una verdadera perla?)

RAMZIN: ¡Nuestra sola presencia en esta sala demuestra que no hemos sido sometidos a torturas ni suplicios! ¿De qué serviría torturar si después la víctima no estuviera en condiciones de comparecer ante el tribunal?

FEDÓTOV: Mi estancia en prisión me ha resultado *provechosa,* y no sólo a mí... Hasta me siento mejor en prisión que en libertad.

ÓCHKIN: ¡Y yo! ¡Yo también me siento mejor!

Fue necesaria toda la nobleza de Krylenko y Vyshinski para renunciar a esa carta colectiva.

¡Porque la habrían escrito! ¡La habrían firmado! Y por si aún hay alguien que albergue alguna duda, Krylenko nos brinda una muestra de su brillante lógica: «Supongamos, aunque sólo sea por un segundo, que estas personas estén mintiendo, pero entonces *¿por qué las han arrestado precisamente a ellas?* y ¿por qué de pronto todos ellos *se han decidido a hablar?»* (pág. 452).

¡Oh, la fuerza del intelecto! Ni en mil años se les había ocurrido a los acusadores: ¡El hecho mismo de la detención ya es prueba de culpabilidad! Si los acusados fueran inocentes, ¿por qué los habrían detenido? ¡Y si los han detenido, señal de que son culpables!

Y realmente: ¿por qué se han decidido a hablar?

«¡Dejemos al margen la cuestión de la tortura! Planteemos mejor la cuestión psicológicamente: ¿Por qué confiesan? A lo que yo contesto: *¿y qué otra cosa les queda?»* (pág. 454).

¡Qué cierto es! ¡Qué psicológico! Quienes hayan estado encerrados en este establecimiento, hagan memoria: ¿y qué otra cosa quedaba?

(Ivanov-Razúmnik relata (**118**) que en 1938, cuando compartió celda con Krylenko, en Butyrki, el lugar de Krylenko estaba bajo los catres. Puedo imaginármelo muy vivamente [yo mismo me vi obligado a meterme allí debajo]. Los catres son tan bajos que sólo sobre la barriga puede uno arrastrarse por el sucio piso asfaltado, pero al principio, el novato no da con la postura adecuada e intenta meterse a gatas. Puedes llegar a meter la cabeza, desde luego, pero el trasero no entra y se te queda ahí fuera levantado. Creo que para el Fiscal Supremo debió de ser especialmente difícil encontrar la postura adecuada, y que debió de permanecer mucho tiempo con el trasero, aún no enflaquecido, erguido, a mayor gloria de la justicia soviética. Pecador que soy, me imagino con malsana alegría ese trasero atascado bajo el catre, y la estampa hasta cierto punto me consuela mientras escribo la larga crónica de estos procesos.)

Es más — desarrolla su argumento el fiscal — si todo esto fuera verdad (lo de las torturas), no se comprende qué puede haberles inducido a esta confesión unánime, a coro, sin divergencias ni desacuerdos. A ver, ¿dónde habrían podido llegar a tan gigantesco consenso? ¡Ya saben que no podían comunicarse entre sí durante la instrucción del sumario!

(Unas páginas más adelante, un testigo superviviente nos dirá dónde...)

No voy, ahora, a revelar al lector en qué consiste el famoso «enigma de los procesos de Moscú de los años treinta» (primero causó intriga el propio «Partido Industrial», y luego el enigma se centró en los procesos contra los máximos dirigentes del partido). Ahora le toca al lector explicármelo a mí.

Porque no es que fueran dos mil los implicados en este asunto, ni siquiera doscientos o trescientos los que comparecieron ante el tribunal, sino tan sólo ocho personas. Y dirigir un coro de ocho personas no es nada del otro mundo. Sobre todo si Krylenko, que tuvo a miles donde elegir , si pasó dos años seleccionando a sus actores. ¿Que Palchinski no se doblega? Pues, fusiladlo (y declaradlo «dirigente del Partido Industrial» a título póstumo; así es como se le cita en las declaraciones, aunque no se haya conservado ni una sola de sus palabras).

Luego esperaban obtener cuanto les hacía falta de Jrénnikov, pero éste tampoco cedió. De ahí que sólo figure una sola vez, y encima en letra menuda: «Jrénnikov murió durante la instrucción del sumario». Esto, escribídselo en letra menuda a los tontos, que nosotros al menos esto sí lo sabemos y vamos a escribirlo con letras bien gordas: ¡TORTURADO / MUERTE DURANTE LA INSTRUCCIÓN DEL SUMARIO! (También a él lo declararon «dirigente del Partido Industrial» a título póstumo. Y si por lo menos hubiera la más mínima prueba contra él, una sola declaración en medio del coro general: pero no hay ninguna. ¡Y no la hay porque jamás hizo ninguna !)

Y de pronto el gran hallazgo: ¡Ramzin ¡Qué energía, qué garra! ¡Está dispuesto a todo con tal de vivir! ¡Y qué talento! Lo detuvieron a finales del verano, cuando el proceso estaba a punto de comenzar, y no sólo le

dio tiempo a meterse de lleno en su personaje, sino que hasta parece que hubiera sido él quién compusiera todo el libreto, se hizo con un montón de materiales interrelacionados y los sirvió todos primorosamente compuestos; cualquier apellido, cualquier hecho. A veces hasta hacía gala de una lánguida ampulosidad: «Las actividades del Partido Industrial estaban hasta tal punto ramificadas que ni en once días de juicio sería posible descubrirlas en todo su detalle» (es decir: ¡Buscad! ¡Seguid buscando!). «Estoy firmemente convencido de que en los círculos de ingenieros se mantiene todavía un pequeño poso antisoviético.» (¡Venga, a por más! ¡Aún faltan unos cuantos!) Y qué dotes: sabe que se trata de un enigma y que a los enigmas hay que darles una explicación artística. Y, tan carente de sentimientos como una estaca, descubre de pronto en sí mismo «los rasgos del criminal ruso, cuya remisión exige arrepentimiento público».

Ramzin ha sido injustamente olvidado por los rusos. Cínico y deslumbrante, creo que merece convertirse en el arquetipo del traidor. ¡El fuego de Bengala de la traición! Cierto que no fue el único en su época, pero fue un caso eminente.

En suma, toda la dificultad de Krylenko y de la GPU estribaba únicamente en no equivocarse al escoger a las personas. De todos modos, el riesgo no era tan grande: cualquier mercancía que se les estropeara durante la instrucción podían enviarla a la tumba. Y en cuanto a los que pasaran por la criba y el cedazo, ¡a curarlos, a cebarlos un poco, y a presentarlos en el proceso!

¿En qué consistía, pues, el enigma? ¿En el tratamiento que les aplicaban? Pues nada más simple: ¿quiere usted vivir ? (Aunque a uno no le preocupe su propia vida, es posible que tenga hijos o nietos en que pensar.) ¿Es que no entiende que no nos cuesta nada fusilarlo sin salir siquiera del patio de la GPU? (Sin duda alguna. Y al que todavía no lo haya comprendido le aplican un tratamiento de extenuación en la Lubianka.) Pero será más provechoso tanto para usted como para nosotros que se avenga a representar cierto espectáculo cuyo texto escribirá usted mismo, como especialista; nosotros, los fiscales, nos estudiaremos el papel y nos esforzaremos en retener los términos técnicos. (En el juicio, Krylenko confundía a veces el eje de los vagones con los de la locomotora.)

Puede que le resulte desagradable y deshonroso tomar parte en el espectáculo, pero ¡hay que hacer de tripas corazón! ¡Es la vida lo que está en juego! ¿Y cómo sé yo que después no me fusilarán? ¿Y por qué íbamos a vengarnos de usted? Ustedes son unos especialistas magníficos que no han cometido ningún crimen, nosotros los valoramos. Fíjese, además, en los muchos procesos por empecimiento que llevamos, y a todo el que se comportó correctamente lo hemos dejado con vida. (Conceder gracia a los acusados que habían sido obedientes era un requisito importante para el éxito de futuros procesos. Así, como una cadena, fue transmitiéndose esta esperanza hasta Zinóviev-Kámenev.) ¡Pero eso sí, debe cumplir todas nuestras condiciones, hasta la última! ¡El proceso debe redundar en provecho de la sociedad socialista!

Y los acusados cumplen todas las condiciones...

Toda la sutileza de la oposición intelectual de los ingenieros es reducida a sucio empecimiento, para que resulte accesible hasta al último de los alumnos en curso de alfabetización (¡Pero no se hablaba todavía de vidrios triturados en el plato de los obreros! A la fiscalía aún no se le había ocurrido.)

Luego venía el tema de la ideología. ¿Por qué habían empezado a empecer? A causa de una ideología hostil. ¿Y por qué ahora confesaban todos a una? Pues también por motivos ideológicos, ¡habían quedado subyugados (en prisión) por un Plan Quinquenal entrado ya en su tercer año, con su faz llameante entre altos hornos! En sus últimas declaraciones, piden ciertamente que se les conserve la vida, pero para ellos esto ya no es lo más importante. (Fedótov: «¡No hay perdón para nosotros! ¡El acusador tiene razón!».) En el quicio de la muerte lo más importante para estos extraños acusados es convencer al pueblo y a todo el mundo de la infalibilidad y clarividencia del Gobierno soviético.

Ramzin, encomia de forma particular «la conciencia revolucionaria de las masas proletarias y de sus guías», que «han sabido abrir a la política económica caminos incomparablemente más seguros» que los científicos, y que han calculado con mucho más acierto los ritmos de desarrollo económico. Ahora «he llegado a

comprender que es necesario dar una zancada adelante, que hay que dar un salto, (**119**) que hay que tomar al asalto...» (pág. 504), etcétera, etcétera.

Lárichev: «La Unión Soviética no puede ser vencida por un mundo capitalista en decadencia».

Kalínnikov: «La dictadura del proletariado es una necesidad inevitable ...Los intereses del pueblo ylos del régimen soviético se funden en una sola dirección». Por cierto, también en el agro: «La línea general del partido — eliminar a los kulaks — es la correcta». Mientras esperan oír su condena, les da tiempo a opinar sobre todo... y por la garganta de estos intelectuales arrepentidos se abre paso, hasta una profecía: «A medida que se vaya desarrollando la sociedad, la vida individual deberá restringirse... La voluntad colectiva constituye una forma superior» (pág. 510).

Así, gracias al esfuerzo de estos ocho hombres uncidos a un mismo yugo, se alcanzaron todos los fines del proceso:

1. Todo lo que no anda en el país, el hambre, el frío, la carencia de ropa de abrigo, el caos y la estulticia patente, se carga en la cuenta de los ingenieros-empecedores.

2. Se intimida al pueblo con la amenaza de intervención extranjera y se le dispone para nuevos sacrificios.

3. Se destruye la solidaridad entre los ingenieros, la intelectualidad queda atemorizada y dividida.

Y para que no quede la menor duda sobre este tercer objetivo del proceso, Ramzin proclama una vez más, con gran precisión: «Quisiera que, como resultado de este proceso contra el Partido Industrial, se pudiera poner punto final de una vez por todas... al *oscuro e infame pasado de toda la intelectualidad*» (pág. 49).

Lo mismo dice también Lárichev: «Esta casta debe ser *destruida*... ¡No hay ni puede haber lealtad entre los ingenieros!» (pág. 508). Y Ochkin: la intelectualidad «es algo viscoso y, como dijo el acusador del Estado, carece de espina dorsal, la intelectualidad está indiscutiblemente invertebrada... ¡Cuánto mayor no es el olfato del proletariado!» (pág. 509). (No sé por qué, lo más importante del proletariado es siempre el olfato... Como si fuera una cuestión de narices.)

¿Cómo iban a fusilar a quienes tanto habían puesto de su parte? Primero se dictó sentencia contra el principal de ellos: pena de muerte, conmutada acto seguido por diez años de cárcel. (Y a Ramzin lo mandaron a organizar una «sharashka» de ingenieros termodinámicos.) Así se escribió durante décadas la historia de nuestra intelectualidad, desde el anatema de los años veinte (recuerde el lector: «no son el cerebro de la nación sino la mierda», «aliada de los generales negros», «agente a sueldo del imperialismo») hasta el anatema de los años treinta.

¿Cabe asombrarse de que la palabra «intelectualidad» se haya consolidado en nuestro país como un insulto?

¡He aquí cómo se fabricaban los procesos judiciales públicos! La inquieta mente de Stalin había alcanzado por fin su ideal. (Ya les hubiera gustado algo así a esos envidiosos de Hitler y Goebbels, pero los muy chapuceros se cubrieron de ridículo con su incendio del Reichstag...)

Se había conseguido un patrón, un espectáculo que podía mantenerse en cartel muchos años y repetirse incluso cada temporada, según indicara el Gran Director. Y en esto que tuvo a bien ordenar que la próxima función fuera dentro de tres meses. Queda poco tiempo para ensayar, los plazos son precipitados, pero no importa. ¡Pasen y vean! ¡Sólo en este teatro. Todo un estreno.

Proceso contra el Buró Central de los mencheviques (1-9 de marzo de 1931).

Sesión extraordinaria del Tribunal Supremo. Presidente, por la razón que sea, Shvernik. Los demás, todos en sus puestos habituales: Antónov-Saratovski, Krylenko, y su asistente Roguinski. Los directores de escena, mucho más seguros de sí mismos (ya que en esta ocasión no se trata de un asunto técnico, sino de partidos políticos, algo que tienen más por la mano), sacan esta vez a escena a catorce acusados.

Y todo se desarrolló como la seda, hasta tal punto, que era como para quedarse con la boca abierta.

Tenía yo entonces doce años y hacía tres que leía con atención todo lo que tuviera que ver con la política en las enormes páginas de *Izvéstia*. También me había leído, renglón a renglón, las actas taquigráficas de ambos procesos. En el proceso contra el «Partido Industrial», mi corazón infantil percibía ya claramente el exceso, la mentira y la manipulación, pero por lo menos allí había unos decorados impresionantes: ¡Varios países tramando una intervención! ¡Paralización de toda la industria! ¡Reparto de carteras ministeriales! En cambio, en el proceso de los mencheviques, los decorados lucían menos, por más que fueran exactamente los mismos, y los actores articulaban las palabras sin entusiasmo. El espectáculo era tan aburrido que entraban ganas de bostezar, era una reposición insípida y sin talento.

(¿Podía sentirlo hasta Stalin a pesar de su piel de rinoceronte? ¿Cómo explicar, si no, que no siguiera adelante con el proceso contra el Partido Obrero y Campesino y que durante unos cuantos años no hubiera juicio alguno?)

Sería aburrido ponernos de nuevo a interpretar los hechos por medio de las notas taquigráficas. En este caso disponemos de un testimonio, más fresco, de uno de los principales inculpados en este proceso: Mijaíl Petróvich Yakubóvich. La instancia que presentó para conseguir la rehabilitación, en la que se exponen los amaños habidos, se ha filtrado al Samizdat, nuestro salvador, y la gente ya puede leer qué sucedió en realidad. (**120**)

La rehabilitación le fue denegada: el proceso ya había sido cincelado en las tablas de oro de nuestra historia, y ya se sabe, no se puede tocar ni una sola piedra, ¡no sea que se venga todo abajo! M.P. Yakubóvich sigue, pues, teniendo antecedentes penales, pero a guisa de consolación ¡se le ha otorgado una pensión *honorífica* por sus actividades revolucionarias! La de monstruosidades que se han hecho en nuestro país.

Su relato explica documentalmente toda la cadena de procesos que se celebraron en Moscú en los años treinta.

¿Cómo se organizó el inexistente «Buró Central»? A la GPU se le había encomendado una tarea que respondía a un plan: demostrar que los mencheviques se hallaban hábilmente infiltrados, con fines contrarrevolucionarios, en importantes puestos del Estado. No obstante, la verdadera situación no se correspondía con este esquema, porque los mencheviques de verdad no ocupaban puesto alguno. Pero no fueron los auténticos los que tuvieron que vérselas con el tribunal. (V.K. Ikov, según dicen, sí había formado parte de un buró menchevique en Moscú, una organización ilegal, de plácida e inactiva existencia, pero en el proceso ni siquiera esto se supo. En el juicio, Ikov no pasó de un segundo plano y fue condenado a *ocho años*.)

La GPU había ingeniado la trama siguiente: debía haber dos miembros procedentes del VSNJ, dos del Comisariado de Comercio, dos del Banco Estatal, uno de La Unión Central de Cooperativas de Consumo, uno del Gosplán. (¡Qué poca imaginación!) Y por esto, *los elegían* según el cargo que ocuparan. Y en cuanto a si eran o no mencheviques en realidad, se procedió de oídas. Otros fueron detenidos sin ser en absoluto mencheviques, pero se les ordenó comportarse como tales. A la GPU no le interesaban en absoluto las verdaderas convicciones políticas de los acusados. Ni siquiera se conocían todos entre sí.

Arrambaron también, como testigos, con los mencheviques que encontraron. (Y todos los testigos salieron del proceso con una condena.) Uno de ellos fue Kuzmá Antónovich Gvózdev, hombre de aciago destino. Aquel mismo Gvózdev, presidente del grupo obrero del Comité de la Industria de Guerra, que fue liberado de la prisión de las Cruces por la Revolución de Febrero y fue convertido en ministro de Trabajo. Gvózdev devino uno de los mártires de *larga permanencia* en el Gulag. Los chekistas lo cogieron por primera vez en

1919, pero él se las ingenió para escabullirse (tuvieron largo tiempo sitiada a la familia, como si estuviera bajo arresto, y no dejaban que los niños fueran a la escuela). Luego levantaron la orden de arresto, pero en 1928 lo prendieron definitivamente, y desde entonces estuvo encerrado sin interrupción hasta 1957, año en que volvió a casa, enfermo de gravedad, tras lo cual no tardó en morir.

Ramzin volvió a actuar de testigo, con tanto servilismo como locuacidad. Pero las esperanzas de la GPU estaban depositadas en el principal acusado, Vladímir Gustávovich Grohman (miembro tristemente famoso de la Duma Estatal) y en el agente provocador Petunin.

Presentemos ahora a M. Yakubóvich. Comenzó a hacer de revolucionario tan pronto que ni siquiera llegó a terminar la escuela. En marzo de 1917 era ya presidente del Soviet de Diputados de Smolensk. Era un orador elocuente y muy escuchado, gracias a la fuerza de sus convicciones (que sin cesar lo arrastraban a alguna parte). En una asamblea del Frente Occidental calificó imprudentemente de *enemigos del pueblo* a los periodistas que exigían la continuación de la guerra — ¡en abril de 1917! — y por poco lo sacan de la tribuna a punta de bayoneta. Se disculpó, y supo dar a su discurso tales giros, de tal modo se metió al público en el bolsillo, que, al final de su intervención, volvió a acusar de enemigos del pueblo a esos periodistas, pero ahora ya entre tumultuosos aplausos, tras lo que fue elegido miembro de una delegación que iban a enviar al Soviet de Petrogrado. Apenas llegado, con la informalidad habitual en aquella época, fue designado miembro de la comisión militar del Soviet de Petrogrado, donde ejerció una gran influencia en los nombramientos de los comisarios del Ejército. (**121**) Al final él mismo se incorporó al ejército del Frente Sudoeste como comisario, y en Berdichev procedió en persona a la detención de Deníkin (tras el pronunciamiento de Kornílov). Más adelante lamentaría enormemente (también durante el proceso) no haberlo mandado fusilar de inmediato.

De ojos claros, siempre muy sincero y en todo momento muy imbuido en sus ideas, realistas o no, se le tenía por uno de los miembros más jóvenes del partido menchevique, y en efecto lo era. Esto no le impedía proponer, con audacia y pasión, sus proyectos a la dirección del partido. Los proyectos eran por el estilo de los siguientes: formar un Gobierno socialdemócrata en la primavera de 1917, o que los mencheviques entraran en la Komintern en 1919 (todas sus propuestas eran rechazadas sistemáticamente por Dan y los demás). En julio de 1917 sintió un enorme pesar y consideró un error fatal que el Soviet — socialista — de Petrogrado aprobara el uso de tropas contra los bolcheviques por parte del Gobierno Provisional, aunque los primeros hubieran tomado las armas. Así que se produjo el golpe de Estado de Octubre, Yakubóvich propuso que su partido apoyara por entero a los bolcheviques y les brindara su participación activa para mejorar el régimen estatal que aquéllos crearan. Al final se ganó la maldición de Martov, y en 1920 abandonó de forma definitiva a los mencheviques, perdida ya la esperanza de poder encarrilarlos en la senda del bolchevismo.

Si cuento todo esto con tanto detalle es para que quede clara una cosa: durante toda la Revolución, Yakubóvich no fue un menchevique, sino un bolchevique muy sincero y totalmente desinteresado. En 1920 era todavía comisario de abastos de la gubernia de Smolensk (el único de los comisarios que no era bolchevique), ¡y fue elogiado como el mejor de todo el Comisariado del Pueblo de Abastos! (Aseguraba no haber recurrido a las expediciones punitivas contra los campesinos; no lo sé; pero en el juicio sí mencionó haber empleado destacamentos antiestraperlo.) En los años veinte dirigió el periódico *Diario del Comercio* y ocupó otros cargos destacados. Y cuando en 1930, a tenor del plan de la GPU, hubo que retirar a esos mencheviques «infiltrados», lo detuvieron.

Y como todos, fue a parar a manos de carniceros metidos a jueces de instrucción, y le enseñaron todo el *muestrario:* el calabozo helado, la celda calurosa sin ventilación, los golpes en los genitales.

Torturaron tanto a Yakubóvich y a Abram Guinsburg, encausado junto con él, que ambos, desesperados, se abrieron las venas. Una vez restablecidos, ya no los torturaron ni apalearon, solamente los sometieron a dos semanas de insomnio forzado. (Yakubóvich dice: «¡Con tal de poder dormir! ¡Ni la conciencia, ni el honor...».) Y encima tenían careos con otros que ya habían cedido y que les conminaban a «confesar», a chirlar disparates. Y hasta el propio juez de instrucción (Aleksei Alekséyevich Nasedkin) decía: «¡Lo sé, lo sé, no hubo nada de todo esto! ¡Pero es lo que nos exigen!».

Un día, llamado a presencia del juez de instrucción, Yakubóvich encontró allí a un detenido que había sido torturado. El juez sonrió: «Le presento a Moisei Isáyevich Teitelbaum con el ruego de que lo acepte en su organización antisoviética. Hablarán con más libertad sin mí. Les dejo solos un instante». Y se fue. Efectivamente, Teitelbaum le suplicó: «¡Camarada Yakubóvich! Se lo ruego, ¡acépteme en su Buró Central Menchevique! Me acusan de "haber aceptado sobornos de empresas extranjeras", me amenazan con el paredón. ¡Prefiero morir como un *contra* que como un preso común!». ¿Y no sería que le habían prometido clemencia si aceptaba ser un *contra?* (Resulta que tenía razón: lo sentenciaron a una pena pueril, cinco años.) ¡Tan corta andaba de mencheviques la GPU que tenía que reclutar voluntarios para acusarlos!

En realidad, a Teitelbaum le esperaba un papel importante: ¡contacto con los mencheviques del extranjero y con la Segunda Internacional! (Pero fueron honestos y se atuvieron a lo convenido: cinco años.) Con el beneplácito del juez, Yakubóvich *admitió* a Teitelbaum en el Buró Central.

También «admitió» a otros que no se lo habían pedido, por ejemplo, a I.L. Rubin. Éste logró refutar su pertenencia en un careo con Yakubóvich. Después lo marearon durante mucho tiempo, lo «investigaron a fondo» en el *izoliator* de Suzdal. Allí se encontró en una misma celda con Yakubóvich y con Sher, que habían declarado contra él (y cada vez que volvía del calabozo a la celda, ellos le cuidaban y compartían los víveres). Rubin le preguntó a Yakubóvich: «¿Cómo se le ocurrió inventar que yo era del Buró Central?». Y Yakubóvich le lanzó una respuesta asombrosa que contiene todo un siglo de tradición intelectual rusa: «Todo el pueblo está sufriendo, y nosotros, los intelectuales, también debemos sufrir».

Pero en la instrucción sumarial de Yakubóvich hubo también momentos inspirados como éste: lo citó a interrogatorio el propio Krylenko. Resulta que se conocían perfectamente, pues en los años del «comunismo de guerra» (entre dos de sus primeros procesos) Krylenko había sido enviado a la gubernia de Smolensk a *reforzar la campaña de quejas,* e incluso había compartido habitación con Yakubóvich. Y he aquí lo que ahora le dijo Krylenko:

— ¡Mijaíl Petróvich, se lo diré sin rodeos: sigo teniéndole por un comunista! (esto animó y espoleó mucho a Yakubóvich). Y no albergo ninguna duda sobre su inocencia. Pero tanto usted como yo tenemos un deber ante el partido: debemos llevar a cabo este proceso. (Para Krylenko se trataba de una orden de Stalin, mientras que Yakubóvich palpitaba por la causa como el fogoso caballo que se apresura a meter la cabeza en la collera.) Ruego, pues, su colaboración y que haga cuanto esté en su mano para que podamos ir siempre un paso por delante de la instrucción sumarial. Y durante el juicio, en caso de que surja alguna dificultad imprevista, le pediré al presidente que le conceda a usted la palabra.

Y Yakubóvich dio su promesa. Lo prometió consciente de su deber. En todos sus años de servicio es posible que el régimen soviético no le hubiera confiado jamás una misión más importante.

Unos días antes de que se iniciase el proceso, en el despacho del juez de instrucción principal, Dmitri Matvéyevich Dmítriev, se convocó la primera reunión organizativa del Buró Central Menchevique: para coordinarlos a todos y para que cada uno comprendiera mejor cuál era su papel. (¡Así es como había sesionado también el Comité Central del «Partido Industrial»! He aquí donde los acusados «habían podido reunirse», incógnita que había dejado perplejo a Krylenko.) Pero se había acumulado tal cantidad de embustes que no había cabeza que pudiera con tanto; los reunidos lo confundían todo y resultaron incapaces de asimilar tanto en un solo ensayo, por lo que hubo que reunirse una segunda vez.

¿Con qué estado de ánimo se presentó Yakubóvich ante el tribunal? ¿Cómo no iba a montar en el juicio un escándalo mundial por todos los martirios sufridos, por tanta falsedad como le oprimía el pecho? ¡Pero, ojo!:

1. ¡Sería una puñalada por la espalda contra el régimen soviético! Sería negar el objetivo de toda la existencia de Yakubóvich, negar todo el camino que había seguido hasta desligarse del error menchevique y llegar al correcto bolchevismo;

2. Después de semejante escándalo no dejarían que muriera, no se contentarían con fusilarlo, sino que lo torturarían de nuevo, ahora por venganza, hasta llevarlo a la locura, y su cuerpo ya había conocido bastantes torturas. ¿Dónde encontrar apoyo moral para estos nuevos suplicios? ¿De dónde sacar el coraje?

(Mientras voy anotando estos argumentos, sus palabras siguen retumbando en mis oídos: estamos ante un caso, muy poco frecuente, en que es posible, por así decirlo, obtener explicaciones «postumas» de alguien que tomó parte en dicho proceso. Yo diría que es tanto como si Bujarin o Rykov nos estuvieran explicando el motivo de su enigmática sumisión en el juicio: la misma sinceridad, la misma entrega al partido, la misma debilidad humana, la misma falta de sostén moral para la lucha, debido a la carencia de una postura *independiente*.)

Y en el proceso, Yakubóvich no sólo repitió con docilidad esa gris sarta de mentiras — la más alta cumbre de la fantasía de Stalin, de sus aprendices y de los atormentados acusados —, sino que representó su inspirado papel como había prometido a Krylenko.

La denominada delegación en el extranjero de los mencheviques (en esencia, la cúpula de su comité central) hizo público en *Vorwärts* su distanciamiento de los acusados. En el artículo se decía también que aquello era una vergonzosa comedia judicial montada sobre las declaraciones de agentes provocadores y de unos infelices acusados a los que se había intimidado. Se afirmaba asimismo que la aplastante mayoría de los acusados hacía más de diez años que habían abandonado el partido y nunca se habían reincorporado a sus filas. Que en el proceso se mencionaban sumas ridiculamente grandes, que ni siquiera el partido entero había dispuesto nunca de tanto dinero.

Y Krylenko, después de dar lectura al artículo, rogó a Shvernik que permitiera a los acusados hacer declaraciones (la vieja técnica de tirar de todos los hilos a la vez, como en el proceso contra el «Partido Industrial»). Y todos declararon. Y todos defendieron los métodos de la GPU en contra del comité central menchevique...

¿Qué recuerda hoy Yakubóvich de aquella «réplica» suya y de su última palabra? Pues que no habló meramente por atenerse a la promesa dada a Krylenko, que no se puso en pie sin más, sino que se levantó con ímpetu, llevado por un arrebato de indignación y elocuencia. ¿Indignación contra quién? Él, que había conocido torturas, que se había abierto las venas y había estado más de una vez a las puertas de la muerte, estaba ahora sinceramente indignado, ¡no contra el fiscal! ¡No contra la GPU! ¡No! ¡Contra la delegación en el extranjero! ¡Ahí está la inversión de la polaridad psicológica! Rodeados de seguridad y confort (desde luego, comparado con la vida en la Lubianka incluso el más mísero exilio se antoja cómodo), aquellos desvergonzados tan pagados de sí mismos, ¿cómo podían no compadecerse de quienes habían quedado aquí, entre tormentos y sufrimientos? ¿Cómo podían renegar de ellos con tanto cinismo y abandonar a estos desgraciados a su suerte? (Su réplica fue enérgica y un gran triunfo para los que habían montado el proceso.)

Al contarme esto en 1967, la voz de Yakubóvich seguía temblando de rabia contra la delegación en el extranjero, por su perfidia, su renuncia, su traición a la revolución socialista, lo mismo que ya les había reprochado en 1917.

Durante nuestra conversación no disponíamos de las actas taquigráficas, pero más tarde las conseguí y pude por tanto leerlas: ¡En ese proceso Yakubóvich afirmó públicamente que la delegación en el extranjero *les había dado consignas de empecimiento* por encargo de la Segunda Internacional! Y manifestaba su cólera contra ellos con palabras retumbantes. Pero resulta que el artículo de los mencheviques del extranjero no había sido desvergonzado ni autocomplaciente; al contrario: en él se compadecían de las desgraciadas víctimas del proceso, si bien puntualizaban que hacía tiempo que ya no eran mencheviques, y ésa era la pura verdad. ¿A qué se debía, pues, la obstinada cólera de Yakubóvich? ¿Y cómo podrían los mencheviques extranjeros *no* haber abandonado a los acusados a su suerte?

Nos gusta descargar nuestra cólera contra los débiles, contra quienes no pueden responder. Es la naturaleza del hombre. Y siempre surgen de manera espontánea argumentos para demostrar que tenemos razón.

Por su parte, Krylenko dijo en su discurso de acusación que Yakubóvich era un fanático de la idea contrarrevolucionaria, ¡y pidió para él *la pena de muerte!*

Y no fue sólo ese día cuando Yakubóvich sintió asomar a sus ojos una lágrima de agradecimiento, sino que en el día de hoy, después de recorrer muchos campos y más de un *izoliator*, continúa agradeciendo a Krylenko que no lo humillara, que no lo agraviara ni ridiculizara en el banquillo de los acusados, sino que lo hubiera llamado acertadamente *fanático* (aunque de una idea contraria a la que profesaba en realidad) y que hubiera exigido un simple y noble fusilamiento que pusiera fin a todos sus sufrimientos. El propio Yakubóvich, al pronunciar sus últimas palabras, se mostró de acuerdo: «los crímenes que he confesado (él le daba una gran importancia a este acertado giro: *"que he confesado"* dando a entender a todo quien tuviera oídos la diferencia con *"que he cometido")* son dignos de la pena suprema, ¡y no pido clemencia! ¡No pido por mi vida!». (A su lado, en el banquillo, Grohman exclamó aterrado: «¿Se ha vuelto usted loco? ¡No tiene derecho a hacer esto, piense en sus compañeros!».)

Bueno, ¿no era esto un verdadero hallazgo para la fiscalía? (**122**)

¿Y acaso no quedan suficientemente explicados los procesos de 1936-1938?

¿Acaso no fue justo este proceso el que dio a Stalin la certeza y seguridad de que podía acorralar completamente a sus mayores enemigos — esos charlatanes — y escenificar con ellos un espectáculo igual?

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

¡Perdóneme el indulgente lector! Hasta ahora mi pluma ha ido escribiendo sin zozobra y no se encogía mi corazón, de tal suerte que nos hemos deslizado por esta época con despreocupación, pues estos quince años se encontraban bajo una infalible protección: ora la de la legítima revolución, ora la de la legitimidad revolucionaria. Pero en adelante va a sernos más doloroso, ya que como recordará el lector — y como nos han explicado decenas de veces, empezando por Jruschov —, «hacia 1934 se empezaron a infringir los principios leninistas de la legalidad».

¿Cómo vamos a entrar en este abismo de ilegalidad? ¿Cómo vamos a vadear este amargo trecho de río?

Por otra parte, dada la celebridad de los acusados, estos juicios estuvieron a la vista de todo el mundo. No fueron pasados por alto, se escribió sobre los mismos, fueron objeto de interpretaciones. Y seguirán siéndolo. Nosotros nos limitaremos a rozar sólo algunos de sus *enigmas.*

Una reserva, aunque de poca relevancia: las actas taquigráficas publicadas no coinciden plenamente con lo que se dijo en los procesos. Un escritor que disponía de pase y figuraba entre el público escogido tomó unas notas rápidas y pudo convencerse más tarde de esta falta de coincidencia.

Tampoco escapó a los corresponsales lo ocurrido con Krestinski, cuando fue preciso anunciar un receso para ponerlo de nuevo en la senda de las declaraciones acordadas. (Me imagino que ocurriría de la siguiente manera: antes del proceso se compuso una tablilla de emergencia. En la primera columna iría el nombre del acusado; en la segunda, qué procedimiento aplicar durante el receso si se había salido del guión en el juicio; en la tercera, el chekista responsable de aplicar el procedimiento en cuestión. Y si Krestinski se aturullaba, ya se sabía de antemano quién debía acudir a él y qué debía hacer.)

La imprecisión de las notas taquigráficas, sin embargo, no altera el cuadro ni supone disculpa alguna. El mundo contempló asombrado tres obras de teatro seguidas, tres suntuosos y costosos espectáculos en los que importantes líderes del intrépido partido comunista, que había aterrorizado y vuelto del revés al mundo, se presentaban ahora como abatidos y dóciles chivos balando todo cuanto les habían ordenado, escupiendo

sobre sí mismos, humillando servilmente sus personas y sus convicciones y confesando unos crímenes que de ningún modo podían haber cometido.

Nunca se había dado nada igual en la Historia desde que el hombre tiene memoria. Resultaba especialmente asombroso en contraste con el reciente proceso contra Dimitrov en Leipzig: Dimitrov había respondido a los jueces nazis como un rugiente león, mientras que aquí, los camaradas de esta misma inflexible cohorte ante la que temblaba todo el mundo, los más importantes de ellos, aquellos a los que llamaban la «guardia de Lenin», comparecían ahora ante el tribunal empapados por sus propios orines.

Y aunque desde entonces pudiera creerse que ya se han aclarado muchas cosas (con especial acierto por parte de Arthur Koestler), el *enigma* sigue siendo moneda corriente.

Se ha especulado sobre el empleo de una hierba tibetana que paraliza la voluntad, se ha hablado incluso de hipnosis. Si pretendemos dar con una explicación, no podemos rechazar de plano nada de esto, porque suponiendo que el NKVD dispusiera de estos medios, no cabe concebir norma ética alguna que pudiera impedirles el recurrir a ellos. ¿Por qué no debilitar y enturbiar la voluntad? Sabido es que en los años veinte, hubo grandes hipnotizadores que dejaron de dar giras para entrar al servicio de la GPU. Se sabe de manera fehaciente que en los años treinta el NKVD contaba con su propia escuela de hipnotizadores. A la esposa de Kámenev se le permitió entrevistarse con su marido justo antes del proceso y lo encontró abotargado, muy distinto a como era normalmente. (La esposa tuvo tiempo de contar todo esto antes de que la detuvieran también a ella.)

Pero entonces, ¿por qué no doblegaron a Palchinski ni a Jrénnikov mediante un filtro tibetano o hipnosis?

No. Resulta imprescindible una explicación de índole superior, psicológica.

Si surgen dudas es porque se ha presentado a estos hombres como antiguos revolucionarios que no habían temblado en las cámaras de tortura zaristas, como luchadores forjados, fogueados, curtidos, etcétera, etcétera. Pero esto es un simple error. No se trataba de aquellos viejos revolucionarios, sino de otros que habían heredado esa fama por su vecindad con el «Naródnaya Volia», el socialismo revolucionario, el anarquismo. Aquéllos arrojaron bombas, conspiraron, conocieron el presidio con trabajos forzados y supieron qué era cumplir una *sentencia*, aunque ni en sueños llegaron a ver una auténtica e implacable *instrucción sumarial* (porque, simplemente, no existía en la Rusia zarista).

En cambio, éstos no habían conocido ni instrucciones sumariales ni sentencias. Los bolcheviques no habían pasado por ninguna «mazmorra» de tortura, por ninguna isla de Sajalín, por ningún presidio especial en Yakutia. Se sabe de Dzerzhinski que le tocó un destino más duro que a los demás, que se había pasado toda la vida de cárcel en cárcel. Pero medido con nuestro rasero resulta que cumplió los diez años de rigor, que no le cayó más que *un billete de a diez*, como, en nuestra época, a cualquier campesino de un koljós. Cierto sin embargo, que de los diez años cumplió tres de presidio central con trabajos forzados, pero hoy en día esto tampoco es nada del otro jueves.

Los líderes del partido que nos presentaron en los procesos de los años 1936-1938 tenían en su pasado revolucionario encarcelamientos breves y leves, así como destierros de poca duración. En cuanto al presidio con trabajos forzados, ni siquiera lo habían olido. Bujarin tenía en su haber una cantidad de pequeños arrestos, pero eran cosa de broma; es evidente que nunca estuvo encerrado en parte alguna durante un año entero y que apenas permaneció en su destierro en la península de Onega. (**123**)

Pese a sus largos años de agitación por todas las ciudades de Rusia, Kámenev sólo estuvo dos años en algunas prisiones, y año y medio en el destierro. Pero ahora, en nuestro país, hasta a críos de dieciséis años les han endilgado cinco años de golpe.

Zinóviev — pero si resulta ridículo decirlo — *¡no estuvo encerrado ni tres meses!* ¡Nunca le cayó *ni una sola condena!* Comparados con los habitantes corrientes de nuestro Archipiélago, no fueron sino niños de teta, no vieron las cárceles.

Rykov y I.N. Smirnov fueron detenidos varias veces, estuvieron entre rejas unos cinco años cada uno, pero en cierto modo sus estancias en prisión fueron leves, huyeron sin dificultad de todos sus destierros o se acogieron a alguna amnistía. Antes de que los encerraran en la Lubianka no se imaginaban siquiera lo que era una verdadera cárcel ni lo que significaban las tenazas de una injusta instrucción sumarial. (No hay fundamento para suponer que si Trotski hubiera caído bajo esas tenazas no se hubiera comportado de la misma forma humillante, ni tampoco para suponer que su espinazo fuera más fuerte: ¿por qué iba a ser él distinto a los demás? Él tampoco había conocido sino prisiones suaves, nunca pasó por instrucciones sumariales severas y a lo sumo tuvo dos años de destierro en Ust-Kut. El aura terrible de Trotski como presidente del Consejo Militar Revolucionario y creador de los tribunales revolucionarios la había adquirido a bajo precio y no acreditaba una verdadera firmeza de espíritu: ¡quienes han mandado fusilar a muchos a menudo se estremecen ante su propia muerte! El que alguien sea firme para lo uno no implica que lo sea para lo otro.)

Radek era un provocador. (¡Y no fue el único en los tres procesos!) Y Yagoda un delincuente común manifiesto.

(A este asesino de millones no podía caberle en la cabeza que en el último instante el corazón del Asesino — que aún lo era más que él — no albergara solidaridad alguna para con él. Como si Stalin se hallase sentado en la sala, Yagoda le pidió clemencia directamente a él, con aplomo e insistencia: «¡A usted recurro! ¡Dos grandes canales he construido para usted ! ». Cuenta uno de los presentes que, en aquel momento, tras una pequeña ventana del primer piso de la sala, en la penumbra, como tras una muselina, se encendió una cerilla, y mientras ésta alumbraba pudo verse la sombra de una pipa. Quién haya estado en Bajchisarái recordará este refinamiento oriental: en la sala de sesiones del Consejo de Estado, a la altura del primer piso, había unas ventanas cubiertas con planchas de hojalata en las que se habían practicado diminutos orificios y tras las cuales discurría una galería sin iluminar. Desde la sala nunca era posible adivinar si había alguien tras la ventana. El Kan permanecía invisible y era como si estuviese presente en cada reunión del Consejo. Dado el declarado carácter oriental de Stalin, me siento muy inclinado a creer que estuvo observando las comedias en la sala de Octubre. Me resisto a admitir que se privara de semejante espectáculo, de semejante placer.)

En realidad, toda nuestra perplejidad se debe a que seguimos viendo a estos individuos como personas fuera de lo común. Lo cierto es que cuando se trata del sumario habitual de un ciudadano del montón no vemos ningún enigma en por qué se denigra tanto a sí mismo y a los demás. Lo aceptamos como algo comprensible: el hombre es débil, el hombre da su brazo a torcer. Pero de antemano tomamos por superhombres a Bujarin, Zinóviev, Kámenev, Piatakov e I.N. Smirnov, y sólo de esto, en el fondo, proviene nuestra perplejidad.

Cierto que, en esta ocasión, a los directores de escena parece costarles más trabajo la selección de los actores que cuando se trataba de procesos contra ingenieros: si entonces tenían cuarenta barricas donde elegir, ahora el elenco es poco numeroso, todo el mundo conoce a los actores principales y el público desea que sean precisamente ellos quienes salgan a escena.

¡Mas pese a todo hubo una selección! De entre los designados, los más perspicaces y resueltos no se entregaron, sino que se suicidaron antes de su detención (Skrypnik, Tomski, Gamarnik). Sólo se dejaron arrestar *los que querían vivir*. ¡Y con los que quieren vivir se puede hacer lo que se quiera! Sin embargo, hubo entre ellos quienes se comportaron de manera distinta durante la instrucción del sumario, se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo, se obstinaron y perecieron en silencio aunque sin deshonor. Por algo no presentaron en el proceso público a Shliapnikov, Rudzutak, Postyshev, Enukidze, Chubar, Kosior, y al propio Krylenko, aunque sus nombres habrían adornado mucho aquellos procesos.

¡Presentaron a los más débiles! Hubo, pese a todo, una selección.

Los seleccionados tenían menos empaque, pero en contrapartida el bigotudo Director conocía muy bien a cada uno de ellos. Sabía que eran todos seres débiles y conocía además la debilidad de cada uno en particular. En esto estribaba su siniestra superioridad, el rasgo maestro de su psicología y el mayor logro de su vida: saber ver la debilidad de las personas en el plano más bajo de su ser.

Y también a aquel que, pasado el tiempo, aparece como la mente más elevada y brillante de todos los líderes deshonrados y fusilados — N.I. Bujarin (al que, evidentemente, dedicó Koestler su inteligente investigación) —, Stalin lo veía por dentro, como si fuera transparente, también en el plano más bajo, en el que el hombre se une con la tierra, y lo tuvo largo tiempo bajo su garra mortal, jugando incluso con él como con un ratoncito, aflojando a veces la pata. Bujarin había redactado de cabo a rabo nuestra Constitución en vigor (sin vigor), tan agradable al oído. Retozaba alegremente por encima de las nubes y pensaba que se la había jugado a Koba: le había endosado una Constitución que le obligaría a suavizar su dictadura. Pero ya estaba cogido en las fauces de la fiera.

A Bujarin no le agradaban ni Kámenev ni Zinóviev, y cuando los juzgaron por primera vez, después del asesinato de Kírov, manifestó a sus íntimos: «¿Y por qué no? Esa gente es así. Por algo será...». (La fórmula clásica de todo hijo de vecino aquellos años: «Por algo será... En nuestro país no encierran a nadie porque sí», ¡en 1935 en boca del principal teórico del partido!) El segundo proceso contra Kámenev-Zinóviev, en el verano de 1936, se lo pasó de caza en la cordillera del Tian-Shan, sin enterarse de nada. Al bajar de las montañas, supo por los periódicos en Frunze de la sentencia de muerte para ambos y vio unos artículos que referían las demoledoras declaraciones que los dos habían formulado contra Bujarin. ¿Corrió a detener el castigo? ¿Advirtió al partido de que se iba a cometer algo monstruoso? No, se limitó a enviar un telegrama a Koba: que detuviera la ejecución de Kámenev y Zinóviev para... que Bujarin pudiera tener un careo con ellos y demostrar su inocencia.

¡Demasiado tarde! A Koba le bastaba con el sumario. ¿Para qué necesitaba careos con personas de carne y hueso?

Sin embargo, tardaron bastante en echarle el guante a Bujarin. Éste se quedó sin *Izvéstia*, y sin ninguna actividad o cargo en el partido, y así vivió medio año, como en prisión, en su apartamento del Kremlin, sito en el Palacio de Recreo de Pedro el Grande. (A decir verdad, en otoño solía ir a su dacha, y al salir, los centinelas del Kremlin le presentaban armas como si nada.) No obstante, nunca recibía visitas ni llamadas telefónicas. Todos esos meses los pasó escribiendo cartas sin cesar: «¡Querido Koba...! ¡Querido Koba...! ¡Querido Koba...!», cartas que quedaron todas sin respuesta.

¡Buscaba todavía el contacto cordial de Stalin!

Mientras, su *querido Koba* entornaba los ojos y empezaba ya con los ensayos...

Después de tantos años distribuyendo papeles, Koba sabía de antemano que *Bujarincete* representaría el suyo magistralmente. A fin de cuentas, ya había renegado de sus discípulos y correligionarios (poco numerosos, ésa es la verdad) ya encarcelados y deportados, y había consentido su aniquilación. (**124**) Había consentido también que fueran destruidas y denigradas las líneas maestras de su pensamiento, aun antes de que hubiera podido madurar como es debido. Y ahora, como director de *Izvéstia* y miembro aspirante del Politburó, había admitido como justo el fusilamiento de Kámenev y Zinóviev. Su voz no se había alzado indignada, ni tan siquiera había emitido un murmullo. ¿Acaso había necesidad de seguir haciéndole pruebas?

Ya antes de todo esto, hacía tiempo, cuando Stalin había amenazado con expulsarlo del partido (¡a todos ellos los *ha*bía amenazado en distintas ocasiones!), Bujarin (¡como todos ellos!) renegó de sus puntos de vista con tal de seguir en sus filas. ¿No había sido eso también una prueba? Si se había comportado de tal modo cuando aún estaban en libertad, en la cumbre de la gloria y del poder, ¿qué no harían cuando sus cuerpos, su alimento y su sueño estuvieran en manos de los apuntadores de la Lubianka? No cabía duda: seguirían al pie de la letra el texto del drama.

¿Qué era lo que más temía Bujarin en los meses que precedieron a su detención? Se sabe con toda certeza: ¡Que le expulsaran del partido! ¡Quedarse sin el partido! ¡Seguir con vida pero excluido de sus filas! Y en este rasgo de Bujarin (de todos ellos!) apuntaló el querido Koba su juego desde que él mismo se erigió en el Partido. Bujarin (¡y todos ellos!) no tenían *un punto de vista independiente,* no tenían una ideología realmente de oposición que los separase y afirmase respecto al resto del partido. Stalin los declaró oposición

antes de que lo fueran, y con ello les arrebató toda la fuerza. Y entretanto todos sus esfuerzos se orientaban a aferrarse al partido. ¡Y al propio tiempo, a no perjudicarlo!

¡Eran demasiadas prioridades para poder gozar de independencia!

En esencia, a Bujarin se le había reservado el papel estelar por lo que no podían permitirse cabos sueltos ni omisiones en el trabajo preparatorio que el Director iba a realizar con él (también había que permitir que el tiempo hiciera su labor que el protagonista se metiera en el papel). Incluso el mandarlo a Europa a por los manuscritos de Marx ese último invierno fue algo previsto como una necesidad, no sólo como indicio externo que corroborara una trama de acusaciones por contactos en el extranjero, sino de manera que aquella libertad sin objeto, propia de una gira teatral, anunciara aún más inexorablemente su regreso a la escena principal. Y ahora, los negros nubarrones de las acusaciones, aquella larga e interminable espera que precedía al arresto, el mortificador letargo entre cuatro paredes, minaban mejor la voluntad de la víctima que la presión directa de la Lubianka (de la que tampoco iba a librarse: se pasaría ahí un año).

En cierta ocasión, Kaganóvich citó a Bujarin para un careo con Sokólnikov en presencia de importantes chekistas. Sokólnikov se refirió en sus declaraciones a un «Centro Derechista paralelo» («paralelo» al centro trotskista, se entiende), y a las actividades clandestinas de Bujarin. Kaganóvich llevó el interrogatorio de una manera agresiva, luego mandó que se llevaran a Sokólnikov y le dijo amistosamente a Bujarin: «¡No hace más que mentir, el muy hijo de p...!».

Sin embargo, los periódicos continuaban haciéndose eco de la indignación de las masas. Bujarin llamó por teléfono al Comité Central. También escribió cartas: «¡Querido Koba...!», rogando que se le permitiera desmentir en público los cargos. Entonces se publicó un vago comunicado de la fiscalía: «no se han encontrado pruebas materiales que sostengan los cargos contra Bujarin».

En otoño lo llamó Radek, que deseaba tener una entrevista con él, pero Bujarin puso objeciones: ambos estamos bajo sospecha, ¿para qué crear una nueva sombra? Mas sus dachas, propiedad de *Izvéstia*, eran contiguas, y un anochecer se presentó Radek: «Diga lo que diga yo después, has de saber que soy completamente inocente. De todos modos, tú saldrás indemne: nunca has tenido nada que ver con los trotskistas».

También Bujarin creía que saldría sano y salvo, que no lo expulsarían del partido, ¡eso sería monstruoso! Ciertamente, siempre había estado en malas relaciones con los trostkistas: ellos mismos se habían colocado fuera del partido, ¡y ya se sabe cómo acabaron! Hay que permanecer unidos, y si se yerra, hay que errar también unidos.

Asistió con su esposa al desfile de noviembre (su adiós a la Plaza Roja) en la tribuna de invitados con un pase de la redacción. De pronto vieron acercarse a ellos un soldado armado. ¡Se quedó helado! ¿Aquí? ¿En este momento? Pero no; el soldado les saludó: «El camarada Stalin está sorprendido de verle en este sitio. Le ruega que ocupe su puesto en el mausoleo».

Así, durante medio año le fueron dando una de cal y otra de arena. El 5 de diciembre fue aprobada con gran júbilo la Constitución de Bujarin, que fue bautizada por los siglos de los siglos como «la Constitución de Stalin». Al pleno de diciembre del Comité Central trajeron a Piatakov con los dientes rotos, completamente irreconocible. A su espalda permanecían de pie unos chekistas que no dijeron esta boca es mía (eran hombres de Yagoda, que también estaba pasando su prueba y preparaba su papel). Piatakov hizo unas declaraciones de lo más abyectas contra Bujarin y Rykov, sentados allí entre los líderes. Ordzhonikidze se llevó la mano a la oreja (era algo duro de oído): «Dígame, ¿está usted haciendo estas declaraciones *voluntariamente?*». (¡Qué observación! Ordzhonikidze también tendría su bala en la nuca.) «Voluntariamente, por completo», balbuceó Piatakov. En el receso, Rykov le dijo a Bujarin: «Tomski sí que tuvo fuerza de voluntad, en agosto y lo comprendió todo y puso punto final. Y nosotros dos, como un par de tontos, continuamos viviendo».

Entonces habló Kaganóvich, furioso, imprecando (¡Tenía tantos deseos de creer en la inocencia de Bujarin! Pero no, no podía ser...), y después de él Mólotov. ¡Y Stalin! ¡Qué gran corazón! Qué memoria para las buenas obras: «Considero pese a todo, que no se ha demostrado la culpabilidad de Bujarin. Rykov quizá sea culpable, pero no Bujarin». (¡Alguien está acumulando cargos contra Bujarin al margen de mis deseos!)

Una de cal y otra de arena. Así es como se paraliza la voluntad. Así va encarnándose uno en el papel de héroe convicto.

Y entonces empezaron a llegar a su casa sin interrupción las actas de los interrogatorios: de los antiguos alumnos del Instituto del Profesorado Rojo, de Radek, y de todos los demás: todos presentaban duras pruebas de la negra traición de Bujarin. Las actas no le llegaban a casa en calidad de acusado, ¡oh, no!, sino como miembro del Comité Central, para su conocimiento...

Las más de las veces, al recibir nuevos documentos, Bujarin decía a su esposa (que tenía veintidós años y aquella primavera acababa de darle un hijo): «¡Léelo tú, yo no puedo!». Y metía la cabeza debajo de la almohada. Tenía dos revólveres en casa (¡y Stalin le estaba dando tiempo!), pero no acabó con su vida.

¿Acaso no se había impregnado del papel que ya le habían asignado?

Hubo aún **otro** proceso público y fusilaron aún a otra hornada... Pero Bujarin seguía al margen, no venían a prenderlo...

A principios de febrero de 1937 decidió declararse en huelga de hambre, en su propia casa: hasta que el Comité Central estudiara el caso y se retiraran los cargos contra él. Así se lo manifestó en una carta al querido Koba y se mantuvo dignamente. Acto seguido se convocó un pleno del Comité Central con este orden del día: 1): Los delitos del Centro Derechista; 2): La conducta hostil al partido del camarada Bujarin, expresada en forma de huelga de hambre.

Y Bujarin vaciló: ¿Habría ofendido realmente al partido de alguna manera? Sin afeitar, demacrado, con aspecto ya de presidiario, llegó a rastras hasta el pleno. «¿Qué ocurrencias son éstas?», le preguntó cordialmente el querido Koba. «¿Y qué quieres que haga cuando se barajan tales acusaciones? Quieren expulsarme del partido...» Stalin frunció el ceño ante este absurdo: «¡A ti nadie va a echarte del partido!».

Y Bujarin le creyó, se animó, se arrepintió de buen grado ante el pleno y ahí mismo anunció que ponía fin a la huelga de hambre. (En casa: «¡Anda, córtame un trozo de salchicha! ¡Koba dice que no me van a expulsar!».) Pero en el curso del pleno, Kaganóvich y Mólotov (¡qué atrevimiento!, ¡sin haber consultado a Stalin!) (**125**) llamaron a Bujarin mercenario fascista y exigieron que se le fusilara.

Bujarin se desmoralizó de nuevo, y en sus últimos días empezó a redactar una «carta al futuro Comité Central». Aprendida de memoria — y conservada de esta manera — ha pasado, recientemente, a conocimiento de todo el orbe. Pero no ha conmovido a nadie. (Como tampoco conmovió al «futuro Comité Central». ¡Y fíjense en el destinatario! ¡El Comité Central como autoridad moral suprema!) Además, ¿qué decidió comunicar a la posteridad, en sus últimas palabras, este brillant e incisivo teórico? De nuevo un lamento para que lo reintegraran en el partido. (¡Cuánto deshonor le costó esta fidelidad! Y además, la afirmación de que «aprobaba plenamente» cuanto había sucedido hasta entonces, año 1937 incluido. O sea, no sólo todos los anteriores procesos caricaturescos, ¡sino también: las fétidas riadas de nuestro gran alcantarillado penitenciario.)

Habiendo firmado algo así, él mismo pasaba a ser digno de sumergirse en ellas...

¡Por fin había llegado el momento de poner a este hombre musculoso, cazador y luchador en manos de los apuntadores, de los ayudantes del director! (¡En peleas de broma ante otros miembros del Comité Central cuántas veces no habría hecho aterrizar a Koba de espaldas contra el suelo! Seguramente, tampoco esto pudo perdonarle Koba.)

Preparado y molturado ya de tal modo que ni siquiera la tortura era necesaria, ¿en qué podía ser más fuerte su posición que la de Yakubóvich en 1931? ¿Acaso no era igual de vulnerable ante aquellos mismos dos argumentos? Era incluso más débil que Yakubóvich, pues aquél ansiaba morir, mientras que Bujarin temía la muerte.

Faltaba solamente un diálogo nada complicado con Vyshinski según el siguiente esquema:

«¿Conviene usted en que toda oposición al partido equivale a una lucha contra el partido?» «En general, sí. Prácticamente, sí.» «Y puesto que se trata de una lucha contra el partido, cabe esperar que ésta crezca necesariamente hasta convertirse en una guerra contra el partido, ¿verdad?» «Conforme a la lógica de las cosas, sí.» «O sea que las convicciones oposicionistas acaban por empujar a cualquier vileza contra el partido (asesinato, espionaje, traición a la patria), ¿no es así?» «Permítame, pero no se han cometido tales crímenes.» «Pero *¿podrían haberse cometido?*» «Bueno, hablando en teoría... (¡Y es que estamos entre teóricos!)» «¿Sigue considerando usted los intereses del partido por encima de todo?» «¡Sí, naturalmente, naturalmente!» «Así pues, no queda más que superar una pequeña distinción: debemos tomar por realidad aquello que es eventual, y para poder desacreditar en lo sucesivo toda idea oposicionista será preciso que admitamos como *cometido* lo que teóricamente *habría podido* suceder. ¿Porque habría podido suceder, verdad?» «Sí, claro...» «Así pues, hay que admitir como real aquello que tan sólo es posible, no es más que esto. Una pequeña inferencia filosófica. ¿De acuerdo?

¡Ah sí, otra cosa! Bueno, no hay ni que decirlo: si en el juicio se retracta y dice algo diferente, ya comprende, no estará sino haciéndole el juego a la burguesía mundial y daño al partido. Bueno, y como es natural, en ese caso tampoco va a poder contar usted con una muerte fácil. Pero si todo sale bien, nosotros, naturalmente, le dejaremos con vida: lo llevarán en secreto a la isla de Monte-Cristo y allí podrá trabajar en la economía del socialismo.» «Pero en los anteriores procesos, si no me equivoco, hubo fusilamientos.» «¡Vamos!, ¿cómo va a comparar a esa gente con usted ? Además, a muchos los dejamos con vida, los fusilamientos son cosa de los periódicos.»

¿Es posible que jamás existiera, pues, ese enigma impenetrable?

Y de nuevo esa cantinela persistente oída ya en tantos procesos con distintas variaciones: *¡pero si usted, como nosotros, es comunista!* ¿Cómo pudo usted descarriarse y levantarse contra nosotros? ¡Arrepiéntase! ¡Pero si usted y nosotros formamos un único nosotros !

En una sociedad, la comprensión de la Historia va madurando poco a poco. Pero una vez madura, resulta ser de lo más sencillo. Ni en 1922, ni en 1924, ni en 1937 pudieron los acusados afirmarse tanto en sus puntos de vista como para responder a esta hechizadora y paralizante melodía gritando con la cabeza bien alta:

— ¡No, no somos revolucionarios *como vosotros!* ¡No, no somos rusos *como vosotros!* ¡No, no somos comunistas *como vosotros!*

¡Y ahora nos parece que sólo habría bastado con gritar eso! Y se habrían derrumbado los decorados, se habrían deshecho los maquillajes, habría huido el director por la escalera de servicio y los apuntadores se habrían refugiado como ratas en sus madrigueras. ¡Y habría llegado de un soplo la década de los sesenta!

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Aunque muy bien logrados, estos espectáculos resultaban caros y daban muchos quebraderos de cabeza. Por ello Stalin decidió que no volvería a recurrir a los procesos públicos.

Más exactamente: en 1937 tuvo la intención de montar un gran programa de procesos públicos *en provincias,* para que el alma negra de la oposición apareciera claramente ante las masas. Pero faltaban buenos directores escénicos, era imposible una preparación minuciosa y los acusados no eran tan cultivados. Stalin se llevó un buen chasco, aunque esto es algo que pocos conocen. Tras varios procesos que fracasaron, se abandonó la idea.

Parece aquí oportuno dar cuenta de uno de tales procesos, el *caso Kady,* del que se empezaron a publicar informes detallados en el periódico regional de Ivánovo.

A finales de 1934, en un lejano y perdido rincón de la región de Ivánovo, en la conjunción de las actuales regiones de Kostromá y Nizhni-Nóvgorod, se había creado un nuevo distrito. Su capital era el antiguo y soñoliento pueblo de Kady. Fueron nombradas nuevas autoridades procedentes de diversos lugares, que no se conocían entre sí antes de coincidir en Kady.

Llegados ahí, se encontraron con una región mísera, triste y perdida, esquilmada por las requisas de trigo, cuando lo que hubiera hecho falta, por el contrario, hubiera sido que la ayudaran con dinero, máquinas y una administración sensata. Resultó que el primer secretario del comité del distrito, Fíodor Ivánovich Smirnov, era un hombre con un firme sentido de la justicia, y que el responsable agrario del distrito, Stavrov, era campesino por los cuatro costados y antiguo *intensivnik* es decir, uno de aquellos campesinos celosos e instruidos que en los años veinte habían llevado sus haciendas con métodos científicos (por lo cual el régimen soviético los alentaba en aquel entonces, ya que todavía no se había decidido aniquilar a todos esos *intensivniks*).

Cuando eliminaron a los kulaks, Stavrov salió ileso, pues había ingresado en el partido, (¿eliminaría él, quizás, a otros kulaks?). Desde sus nuevos cargos intentaron hacer algo por los campesinos, pero les llegaban instrucciones de arriba y cada una de ellas contravenía sus iniciativas: como si la superioridad se dedicara adrede a inventar todo cuanto pudiera para hacer más dura y amarga la vida de los campesinos. Un día, los dirigentes del distrito de Kady enviaron un informe a la capital de la región diciendo que era indispensable rebajar las cuotas de suministro de trigo: el distrito no podía cumplirlas, de otro modo se empobrecería hasta un límite peligroso. Sólo quien recuerde cómo estaban las cosas en los años treinta (¿sólo en los años treinta?) podrá comprender qué gran sacrilegio era éste contra el Plan, ¡y qué rebelión contra el régimen! Pero siguiendo los usos de la época, la represión no se desencadenó directamente desde arriba, sino que fue confiada a la iniciativa local.

Cuando Smirnov estaba de vacaciones, su segundo en el escalafón, el secretario adjunto Vasili Fiódorovich Románov, impuso al comité de distrito la siguiente resolución: «los éxitos del distrito serían aún más brillantes (?) de no ser por el trotskista Stavrov». Así comenzó el «caso» Stavrov. (Interesante sistema: *¡dividir!* Primero amedrentar a Smirnov, neutralizarlo, hacer que se eche atrás, y luego ya leecharemos el guante. A pequeña escala, era precisamente la táctica de Stalin en el Comité Central.)

Sin embargo, hubo tumultuosas asambleas del partido en las que quedó claro que Stavrov tenía tanto de trotskista como de jesuíta. El presidente de la Cooperativa de Consumo del Distrito, Vasili Grigórievich Vlásov, hombre de educación incompleta y conseguida un poco al azar, pero poseedor de esas cualidades innatas que tanto llaman la atención en los rusos, cooperativista autodidacta, elocuente e ingenioso en los debates, enardecido al máximo cuando trataba de algo que él consideraba justo, convenció a la asamblea del partido para que expulsaran a Románov por calumnia. ¡Y llegaron a darle una amonestación a Románov! Las palabras finales de Románov son características de esa clase de gente, que se saben conocedores de la situación general: «Aunque aquí hayan demostrado que Stavrov no es trotskista, yo estoy seguro de que lo es. *Ya se ocupará de esto* y de mi amonestación también *el partido*».

Y el partido tomó cartas en el asunto: casi inmediatamente, el NKVD del distrito arrestó a Stavrov y, al cabo de un mes, al estonio Univer, presidente del comité ejecutivo de distrito del partido, cargo en el que fue reemplazado por Románov. A Stavrov se lo llevaron al NKVD de la región y allí confesó que era trotskista, que toda la vida se había confabulado con los eseristas, que en su distrito era miembro de una organización clandestina *de derechas* (un ramillete digno también de aquella época, sólo le faltaba un contacto directo con

la Entente). O puede que no lo confesara, es algo que nunca se sabrá, pues murió bajo las torturas en la prisión interior de Ivánovo. De todos modos, las hojas de las actas ya estaban redactadas. No tardaron en detener también al secretario del comité de distrito, Smirnov, jefe de la supuesta organización derechista, al encargado de las finanzas, Sabúrov, y otro más.

Es interesante la forma en que se decidió la suerte de Vlásov, quien en otro tiempo había propuesto expulsar del partido a Románov, ahora nuevo presidente del comité del distrito. Vlásov había ofendido gravemente al fiscal del distrito, Rusov, como ya hemos relatado en el capítulo cuarto. Había afrentado también a N.I. Krylov, jefe del NKVD del distrito, al interceder por dos cooperativistas sensatos y capaces pero de dudosa extracción social, a quienes querían encerrar por imaginario empecimiento. (Vlásov siempre contrataba a toda clase de «ex», pues no sólo dominaban su especialidad, sino que además ponían empeño en el trabajo; en cambio los proletarios a los que estaba aupándose no sabían hacer nada y, más que otra cosa, no querían hacer nada.) ¡Y a pesar de todo, el NKVD aún estaba dispuesto a hacer las paces con la cooperativa! El número dos del NKVD en el distrito, Sorokin, fue en persona a la cooperativa y le propuso a Vlásov que entregara gratuitamente al NKVD («luego ya echaremos cuentas») tejidos por valor de setecientos rublos. (¡Los muy siseros! Para Vlásov representaba poner de su bolsillo dos meses de salario, pues nunca se llevaba ilegalmente ni una migaja.) «Si te niegas, lo lamentarás.» Pero Vlásov lo puso de patitas en la calle: «¿Cómo os atrevéis a proponer tales componendas a un comunista?».

Al día siguiente, Krylov se presentó en la cooperativa, esta vez ya como presidente del comité de distrito del partido (¡esta mascarada y estas pequeñas astucias son el alma del año 1937!) y *ordenó* que se convocara una asamblea del partido con el siguiente orden del día: «La actividad empecedora de Smirnov y Univer en la cooperativa de consumo». Informe del camarada Vlásov. ¡Cada procedimiento era una perla! ¡Nadie acusaba todavía a Vlásov! Pero habría bastado que dijera tan sólo dos palabras sobre los actos de sabotaje del anterior secretario del comité ejecutivo, cometidos en su distrito (también el de Vlásov), para que el NKVD le interrumpiera: «¿Y *usted* dónde se encontraba? ¿Por qué no acudió a nosotros a su debido tiempo?».

En tales circunstancias muchos habrían perdido la cabeza y se hubieran dejado atrapar. ¡Pero no Vlásov! Este respondió al instante: «¡Yo no voy a dar ningún informe! ¡Que sea Krylov quien lo haga! ¡El ha practicado las detenciones y lleva el caso Smirnov-Univer!». Pero Krylov rehusó: «Yo no estoy al corriente». Vlásov: «¡Si ni siquiera *usted* está al corriente, es que los dos fueron detenidos sin motivo!». En resumidas cuentas, la asamblea del partido no llegó a celebrarse. ¿Pero es que acaso eran muchos los que se atrevían a defenderse? (No estaríamos describiendo con justicia el ambiente de 1937 si perdiéramos de vista a esas personas firmes y a su valiente decisión, si no mencionáramos que aquel día, ya entrada la noche, el contable jefe de la cooperativa, T., y su ayudante, N., se presentaron en el despacho de Vlásov con diez mil rublos: «¡Vasili Grigórievich! ¡Huya esta misma noche! ¡Esta noche, o está perdido!», pero Vlásov consideró que huir no era propio de un comunista.)

Por la mañana apareció en el periódico del distrito una dura nota contra la actuación de la cooperativa (ya se sabe que nuestra prensa siempre fue del brazo del NKVD), y por la tarde requirieron a Vlásov para que rindiera cuentas de su trabajo ante el comité de distrito. (¡A cada paso los procedimientos típicos que se repetían en toda la Unión Soviética!)

Corría 1937, el segundo año de la «Mikoyan Prosperity» en Moscú y en otras grandes ciudades. Hoy día, topamos a veces con memorias de periodistas y escritores que nos hacen creer que empezó entonces una época de vacas gordas. Así ha quedado escrito en las páginas de la Historia y existe el peligro de que así permanezca en ella. Y sin embargo, en noviembre de 1936, dos años después de que se hubieran suprimido las cartillas de racionamiento de pan, se emitió en el distrito de Ivánovo (y en otros) una disposición secreta *que prohibía la venta de harina.* En aquel entonces, en los pueblos pequeños, pero sobre todo en las aldeas, el pan se cocía en las casas, pues no había tahonas. ¡La prohibición de vender harina significaba no comer pan! En Kady, capital del distrito, se formaron enormes colas, como jamás se habían visto, para comprar pan. (Y por si fuera poco, descargaron un nuevo golpe: en febrero de 1937 se prohibió que se cociera pan negro en las capitales de distrito, sólo podía hacerse pan blanco, más caro.) Como en el distrito de Kady no

había más panadería que la de la capital, ahora la gente acudía allí de todas las aldeas por pan negro. En los almacenes de la cooperativa había harina, ¡pero la doble prohibición impedía que la gente accediera a ella!

Y pese a las inspiradas ordenanzas estatales, Vlásov encontró la manera de que el distrito pudiera comer aquel año: fue por los koljoses y acordó con ocho de ellos la creación de tahonas comunales en las isbas que los kulaks habían dejado vacías (es decir, llevarían hasta allí la leña y pondrían a las mujeres en los hornos de las estufas rusas. De esta manera, los hornos serían públicos, no privados). Por su parte, la cooperativa se comprometía a proporcionar la harina. ¡Toda solución parece sencilla después de que alguien haya dado con ella! Sin construir hornos de pan (carecía de recursos para ello), Vlásov erigió ocho en un solo día. Sin comerciar con la harina, hizo que ésta saliera continuamente de su almacén y pidió más a la capital de la región. Sin vender pan negro en la capital de distrito, llenaba las aldeas de pan negro. Cierto, no había infringido la letra de la disposición, pero sí el espíritu de la misma — ahorrar harina, atosigar al pueblo —, había, pues, motivo suficiente para *criticarle* en el comité de distrito.

Tras ser sometido a esta crítica pasó todavía una noche, y al día siguiente fueron a detenerlo.

Siempre severo, parecía un pequeño gallo de pelea (pues era de baja estatura y andaba con la cabeza erguida, lo que le daba un aire arrogante), y procuró no tener que entregar el carnet del partido (¡En la reunión del comité del distrito, la víspera, no se había decidido su expulsión!) ni su acta de diputado (había sido elegido por sufragio popular y el comité ejecutivo del distrito no había suprimido su inmunidad parlamentaria). Pero los policías no sabían de tales formalidades, se arrojaron sobre él y le quitaron los papeles por la fuerza. De la cooperativa lo llevaron al NKVD por la calle mayor de Kady, en pleno día, y su joven almacenero, miembro del Komsomol, pudo verlo desde la ventana del comité del distrito. Entonces no toda la gente había aprendido a pensar una cosa y decir otra (especialmente en los pueblos, por aquello de la sencillez). El almacenero exclamó: «¡Qué canallas! ¿Pues no se llevan también a mi patrón?». Acto seguido, sin que hubiera tenido tiempo de salir de la habitación, lo expulsaron tanto del comité del distrito como del Komsomol, y siguiendo el camino de todos conocido, fue a parar a la fosa.

Vlásov fue detenido más tarde que el resto de encausados con él y se encontró con un pliego de cargos ya casi terminado que sólo quedaba transformar en un proceso público. Lo llevaron a la prisión interior de Ivánovo, pero, al ser el último, no ejercieron sobre él una presión enconada, se le practicaron tan sólo dos breves interrogatorios y no se convocó a un solo testigo. Se limitaron a rellenar el auto de procesamiento con informes de la cooperativa y recortes del periódico del distrito.

Se acusaba a Vlásov: 1): de haber provocado las colas para el pan; 2): de no haber garantizado un mínimo surtido de productos (como si hubiera mercancía en alguna parte y alguien la hubiera ofrecido a Kady); 3): de haber almacenado sal en exceso (cuando de hecho se trataba de la reserva obligatoria «en caso de movilización». Ya se sabe que desde tiempos antiguos en Rusia siempre temen quedarse sin sal si estalla una guerra).

A finales de septiembre llevaron a los acusados a Kady, donde debía tener lugar el juicio público. El camino no era corto (¡con lo baratos que salían la OSO y los juicios a puerta cerrada!): de Ivánovo a Kineshma en un vagón-zafe, de Kineshma a Kady, ciento diez kilómetros en automóvil; más de una decena de automóviles formando una insólita columna por una vieja pista desierta, provocando a su paso por las aldeas asombro y terror, suscitando el presentimiento de una guerra.

El responsable de que el proceso transcurriera de manera irreprochable e intimidatoria era Kliuguin (jefe de la sección especial secreta del NKVD regional, encargada de organizaciones contrarrevolucionarias). Del 24 al 27 de septiembre la guardia, compuesta por cuarenta reservistas de la policía montada, condujo cada día a los acusados por Kady a punta de sable y pistola en mano. Los llevaba desde el NKVD del distrito hasta un club a medio edificar y luego de vuelta, cruzando ese mismo pueblo que hasta hacía poco habían gobernado. En el club los vidrios de las ventanas ya estaban puestos, pero quedaba por terminar el estrado y no había electricidad (como no la había en todo Kady), por lo que al anochecer el juicio seguía a la luz de quinqués de petróleo.

Al público lo traían de los koljoses formando grupos que se alternaban. Y acudía también en tropel todo Kady. No sólo llenaban los bancos y el antepecho de las ventanas, sino que también se agolpaban en los pasillos, de modo que en total habría unos setecientos asistentes en cada sesión. Los bancos de primera fila, sin embargo, se destinaban siempre a los militantes del partido, para que el tribunal pudiera contar siempre con un apoyo de fiar.

Se había constituido una sesión extraordinaria del tribunal regional, compuesta por el vicepresidente de la audiencia regional, Shubin, y los vocales Biche y Zaoziorov. Llevaba la acusación el fiscal regional Karasik, licenciado por la universidad regional de Dorpat (aunque todos los acusados habían renunciado a la defensa, se les asignó un abogado de oficio para que quedara justificada la presencia del fiscal). El extenso, solemne y amenazador escrito de la acusación se reducía a lo siguiente: en el distrito de Kady actuaba un grupo clandestino de bujarinistas de derechas, creado en Ivánovo (en otras palabras: también allí iba a haber detenciones) con el propósito de derribar al régimen soviético en Kady por medio del empecimiento. (¡Los de *derechas* no podían haber elegido un lugar más recóndito para ponerse manos a la obra!)

El fiscal presentó una interpelación: aunque Stavrov hubiera muerto en la cárcel, sus declaraciones previas a la muerte debían ser leídas en el juicio y consideradas como hechas ante el tribunal (¡todos los cargos contra el grupo se basaban en el testimonio de Stavrov!). El tribunal admitió que se incluyeran las declaraciones del interfecto como si siguiera con vida (con la ventaja, además, de que ninguno de los acusados sería capaz de impugnarlas).

Pero los rústicos habitantes de Kady no percibían estas eruditas sutilezas y sólo les interesaba oír lo que venía a continuación. Se dio lectura y se incluyeron de nuevo en el acta las declaraciones del que había sido torturado hasta la muerte durante los interrogatorios. Empezaron a tomar declaración a los acusados y —¡menudo chasco! — todos ellos se retractaron de las confesiones que habían hecho durante la instrucción.

Quién sabe qué habrían hecho en semejante caso en Moscú, en la sala Octubre de la Casa de los Sindicatos, ¡pero aquí, sin sonrojarse, decidieron seguir adelante! El juez les reprocha: ¿Cómo es que declararon ustedes otra cosa durante la instrucción del sumario? Univer, muy maltrecho, con un hilo de voz apenas perceptible: «Como comunista, no puedo referir en un juicio público los métodos que utiliza el NKVD en los interrogatorios». (¡He aquí el modelo del proceso de Bujarin! Esto era lo que los paralizaba: procuraban ante todo que el pueblo no llegara a pensar mal del partido. En cambio, los jueces se habían deshecho de estos escrúpulos hacía tiempo.)

Durante el receso Kliuguin recorrió las celdas de los acusados. A Vlásov le dijo: «¡Ya has visto en qué par de putas se han convertido Smirnov y Univer, los muy cabrones! ¡Pero tú debes confesarte culpable y contar toda la verdad!». «¡Eso, la pura verdad!», acepta de todo corazón Vlásov, al que aún quedan redaños. «¡Sólo la verdad: que no os distinguís en nada de los fascistas alemanes!» Kliuguin se puso furioso: «¡Ten cuidado, hijo de perra, porque vas a pagarlo con sangre!». (**126**) Desde ese momento, Vlásov pasa de un papel secundario a un papel de protagonista como *inspirador ideológico* del grupo.

La multitud agolpada en los pasillos empieza a entenderlo todo mejor desde este preciso instante: el momento en que el tribunal se lanza a hablar impertérrito de las colas del pan, algo que duele a cada uno en lo más hondo (aunque, naturalmente, antes del proceso se vendiera el pan sin escatimarlo y ahora ya no hubiera colas). Pregunta al acusado Smirnov: «¿Tenía usted conocimiento de la existencia de colas para comprar pan en el distrito?». «Sí, naturalmente, se extendían de la panadería hasta el propio edificio del comité del distrito.» «¿Y qué medidas adoptó usted?» Pese a las torturas, Smirnov conservaba un sonoro timbre de voz y la serena certeza de tener razón. Aquel hombre rubio y corpulento, de rostro franco, respondía sin prisas, y la sala podía oír cada una de sus palabras: «Como quiera que ya había recurrido en vano a los organismos regionales, encargué a Vlásov que redactase un informe al camarada Stalin». «¿Y por qué no llegaron a escribirlo?» (¡Todavía no lo saben! ¡Ésta se les ha escapado!) «Sí que lo escribimos, y yo mismo lo cursé directamente con un mensajero al Comité Central, sin que pasara por las autoridades de la región. Una copia del mismo obra aún en los archivos del comité del distrito.»

La sala contuvo la respiración. El tribunal estaba desbordado, no debía haber seguido con las preguntas, pero uno de ellos, pese a todo, quiso saber más:

— ¿Y qué pasó entonces? Todos en la sala tenían esa pregunta en los labios: «¿Y qué pasó entonces?».

Smirnov no solloza ni gime por el ideal perdido. (¡Eso era lo que se echaba a faltar en los procesos de Moscú!) Responde con voz fuerte y tranquila:

— Nada. *No hubo respuesta.*

Y su voz cansina daba a entender: tampoco esperaba yo otra cosa.

¡No hubo respuesta! ¡No hubo respuesta del Padre y Maestro! ¡El proceso público había llegado a su punto culminante! ¡Había descubierto ya a las masas las negras entrañas del Caníbal! ¡El juicio ya podía clausurarse! Pero no, les faltaba tacto e inteligencia para ello, aún pasarían tres días pateando el suelo enfangado.

El fiscal se enfureció: ¡Conque seguíais un doble juego! ¡Así es como sois vosotros: con una mano empeciendo y con la otra os atrevíais a escribir al camarada Stalin! ¿Y encima esperabais que os respondiera? Que nos explique el acusado Vlásov: ¿Cómo se pudo llegar a tanto empecimiento, a esta pesadilla, a interrumpir la venta de harina, a impedir que se cociese pan de centeno en la capital del distrito?

A Vlásov, el gallo de pelea, no había que ayudarlo a levantarse, él mismo se puso de pie de un salto y gritó para que se le oyera en toda la sala:

— Estoy dispuesto a contestar a todo ante el tribunal si usted, fiscal Karásik, baja del estrado, ¡y viene a sentarse junto a mi!

Confusión general. Ruido, alboroto. Que pongan orden en la sala, ¿pero dónde se ha visto?

Tras hacerse con el uso de la palabra gracias a este arranque, Vlásov explica ahora de buen grado:

— La prohibición de vender harina y cocer pan llegaron por imposición de la Presidencia del Comité Ejecutivo regional, presidencia de la cual es miembro de número el fiscal regional Karásik. Si esto era un acto de empecimiento, ¿por qué como fiscal no hizo uso de su veto? Por lo tanto, ¿no actuó usted como elemento empecedor antes que yo?

El fiscal se atragantó, el golpe había sido ágil y certero. Tampoco sabían qué decir los jueces.

Uno de ellos balbucea: —Si es preciso (?) juzgaremos también al fiscal. Pero hoy lo estamos juzgando a usted.

(Dos raseros distintos. ¡Todo depende del rango!)

— ¡Entonces exijo que se le obligue a abandonar el estrado! — lanza de nuevo una puya el indómito Vlásov.

Se anuncia un receso...

¿Qué valor educativo podía tener un juicio semejante para las masas?

Pero ellos seguían en sus trece. Después de tomar declaración a los acusados empezaron con los testigos. El contable N.

— ¿Qué sabe usted de las actividades empecedoras llevadas a cabo por Vlásov?

— Nada.

— ¿Cómo es posible?

— Yo estaba en la habitación de los testigos y no he podido oír lo que se ha hablado aquí.

— ¡Ni falta que hacía que oyese usted nada! Por sus manos han pasado muchos documentos, no es posible que no estuviera al corriente.

— Todos los documentos estaban en orden.

— Aquí tenemos un fajo de ejemplares del periódico del distrito. Hasta en ellos se habla de las actividades empecedoras de Vlásov. ¿Y dice usted que no sabe nada?

— ¡Pregúntele entonces a quienes escribieron esos artículos!

La encargada de la panadería.

— Dígame, ¿dispone de pan suficiente el régimen soviético?

(¡Caramba! ¿Qué le vas a responder? ¿Quién se atrevería a contestar: nunca me he puesto a contarlo?)

— Sí, mucho...

— ¿Y entonces por qué hay colas en su panadería?

— Lo ignoro...

— ¿De quién depende que las haya o no?

— Lo ignoro...

— ¿Cómo que lo ignora? ¿Quién era su jefe?

— Vasili Grigórievich.

— ¡Qué Vasili Grigórievich ni qué ocho cuartos! ¡Era el acusado Vlásov! Por lo tanto, dependía de él.

La testigo guarda silencio.

El presidente dicta al secretario: «Respuesta: Como consecuencia de las actividades empecedoras de Vlásov se formaban colas ante la panadería pese a las enormes reservas de cereales de que dispone el régimen soviético».

Sobreponiéndose a su temor, el fiscal pronunció un largo y airado discurso. Por su parte, el defensor se dedicó más que nada a defenderse a sí mismo, abundando en que los intereses de la patria le eran tan caros como pudieran serlo para cualquier otro ciudadano de pro.

En sus palabras finales Smirnov no suplicó ni se arrepintió de nada. Por lo que hoy sabemos de él, era un hombre demasiado íntegro y firme, por eso no podía acabar el año 1937 con la cabeza intacta.

Cuando Saburov pidió que le perdonaran la vida «no para mí, sino por mis hijos de corta edad», Vlásov le tiró de la chaqueta indignado: «¡No seas imbécil!».

Y Vlásov no desaprovechó su última oportunidad de lanzar un desafío:

— No os tengo por un tribunal, sino por unos comediantes que representan el vodevil de un juicio según los papeles que os han escrito. Sois los ejecutores de una repugnante provocación del NKVD. No importa lo que yo diga: me condenaréis a muerte. ¡Pero de una cosa estoy seguro: ha de llegar el día en que ocupéis nuestro lugar! (**127**)

El tribunal estuvo redactando la sentencia desde las siete de la tarde hasta la una de la madrugada. En la sala del club ardían los quinqués, los acusados permanecían sentados bajo la custodia de los sables, el pueblo zumbaba y no abandonaba el edificio.

Si larga fue la redacción de la sentencia, larga fue también su lectura, recargada con el fárrago de toda clase de fantásticas acciones, relaciones y proyectos perniciosos. Smirnov, Univer, Sabúrov y Vlásov fueron condenados al paredón, otros dos a diez años, y uno a ocho años. Además, las conclusiones del tribunal permitían desenmascarar en Kady a una organización saboteadora infiltrada en el Komsomol (los arrestos tardaron bien poco: ¿recuerdan al joven encargado de almacén?), y en Ivánovo conducían hasta un centro de organizaciones clandestinas que a su vez, cómo no, estaba subordinado a Moscú (ya estaban cavándole a Bujarin bajo los pies).

Después de las solemnes palabras: «¡A muerte!», el juez hizo una pausa en espera de aplausos, pero en la sala reinaba una tensión tan sombría (se oían los suspiros y el llanto de gente ajena a los condenados, así como los gritos y desvanecimientos de los allegados) que no hubo aplausos ni siquiera en los dos primeros bancos, ocupados por militantes del partido. Y eso sí que era una verdadera vergüenza.

«¡Ay, Señor! ¿Pero qué estáis haciendo?», le gritaban a los jueces desde la sala. La esposa de Univer lloraba desconsoladamente. Se produjo un revuelo entre la multitud, en la penumbra de la sala. Vlásov increpó a los de los bancos de delante:

— ¿Y vosotros, por qué no aplaudís, canallas? ¡Comunistas!

El comisario político del pelotón de alguaciles se le acercó al instante y le aplastó la boca de la pistola contra la cara. Vlásov intentó hacerse con el arma, acudió corriendo un policía y separó violentamente a su comisario político, que acababa de cometer un error. El jefe de la escolta ordenó: «¡A sus armas!», y las treinta carabinas de la policía de escolta, así como las pistolas de los miembros del NKVD del lugar, apuntaron hacia los condenados y la multitud (hasta tal punto parecía que iban a echárseles encima para liberar a los reos).

Sólo unos pocos quinqués de petróleo alumbraban la sala, y la penumbra añadía aún más confusión general y temor. Definitivamente persuadida — si no por el proceso, sí por las carabinas que la estaban apuntando — la muchedumbre, apretujándose y presa del pánico, se precipitó hacia la calle por puertas y ventanas. Crujió el piso de madera, tintinearon los cristales. La esposa de Univer, a punto de morir pisoteada, permaneció hasta la mañana siguiente tendida sin conocimiento bajo las sillas.

Así que no hubo aplausos...

Quisiera ahora dedicar una pequeña nota a la niña de ocho años Zoya Vlásova. Amaba a su padre con locura. No pudo seguir yendo a la escuela (la pinchaban: «¡Tu padre es un empecedor!», pero ella les hacía frente: «¡Mi papá es bueno!»). Después del juicio ya sólo vivió un año (nunca antes había estado enferma), y en este año *no rió una sola vez,* siempre andaba cabizbaja y las ancianas predecían: «anda mirando a la tierra, pronto morirá». Murió de meningitis, y en su agonía no cesaba de gritar: «¿Dónde está mi papá? ¡Devolvedme a mi papá!».

Cuando contamos los millones que murieron en los campos de reclusión, siempre olvidamos multiplicar por dos o por tres...

A los condenados no sólo no podían fusilarlos acto seguido, sino que ahora era preciso vigilarlos con más celo aún, puesto que ya nada tenían que perder. Para el cumplimiento de la sentencia debían ser escoltados hasta la capital de la región.

La primera tarea — la de conducirlos de noche al NKVD por la calle — la organizaron de la manera siguiente: cada reo iba acompañado por cinco hombres. Uno llevaba un farol. Otro iba delante pistola en mano. Dos llevaban del brazo al condenado a muerte y sostenían sendas pistolas en la mano libre. El quinto iba detrás apuntando al condenado por la espalda.

El resto de los policías estaba distribuido uniformemente a lo largo del camino para impedir cualquier asalto de la multitud.

Visto este caso, cualquier persona sensata convendrá que, si el NKVD hubiera tenido que malgastar su tiempo con juicios públicos, nunca habría podido cumplir su alto cometido.

Precisamente por esto, los procesos políticos públicos jamás llegaron a cuajar en nuestro país.

11. La medida suprema

En Rusia la historia de la pena de muerte describe sinuosos altibajos. Si el Código de Alexéi Mijáilovich preveía la pena de muerte en cincuenta casos, en las Ordenanzas Castrenses de Pedro I éstos llegaban ya a doscientos artículos. Por su parte, la emperatriz Isabel, aunque no llegó a abolir dichos artículos, no los aplicó una sola vez: cuentan que al subir al trono hizo voto de no ejecutar a nadie, y lo mantuvo en los veinte años que duró su reinado. ¡Y no tuvo necesidad de recurrir al cadalso, a pesar de la guerra de los siete años! Es un ejemplo digno de asombro, teniendo en cuenta que ello ocurría a mediados del siglo XVIII, cincuenta años antes de la guillotina de los jacobinos.

Ciertamente, siempre nos las hemos sabido ingeniar para ridiculizar nuestro pasado; nos negamos a reconocer que pueda haber buenos actos o intenciones en nuestra historia. Y así, tampoco es difícil encontrar razones para poner a Isabel de vuelta y media, ya que sustituyó la pena de muerte por el chasquido del látigo, los desnarigamientos, las marcas corporales a fuego con la palabra «ladrón» y los destierros perpetuos a Siberia. Sin embargo, digamos en descargo de la emperatriz: ¿Cómo podría haber ido más lejos sin contravenir las ideas establecidas? Hoy día, quizá prefiriera de buena gana el condenado a muerte, con tal de seguir viendo el sol, todo este complejo de suplicios que nosotros, por humanidad, no le ofrecemos. Tal vez, a medida que se adentra en este libro, el lector se incline a pensar que veinte y hasta diez años en nuestros campos penitenciarios son más rigurosos que los castigos de Isabel.

Con arreglo a nuestra terminología actual, debiéramos decir que Isabel se había atenido a un punto de vista universal, mientras que Catalina II siguió unos planteamientos de clase (y por consiguiente, más justos). No podía prescindir de la pena capital, porque ello le hubiera hecho sentirse inquieta y desprotegida. Y de este modo admitía la pena de muerte como algo plenamente justificado siempre que se tratara de defender a su persona, su trono y su régimen, es decir: para penar delitos políticos (Mirovich, la revuelta de la peste en Moscú, Pugachov). En cuanto a los delincuentes comunes, ¿por qué no darla por abolida?

Durante el reinado de Pablo I se confirmó la abolición de la pena de muerte. (Y no es que faltaran guerras, pero los regimientos carecían de tribunales militares.) En cuanto al largo reinado de Alejandro I, la pena máxima se aplicó sólo para crímenes cometidos por militares en campaña (1812). (Y aquí habrá quién objete: ¿Y los azotes con baquetas, que acababan necesariamente con la muerte? Nada podemos decir, hubo, es cierto, muertes anónimas, ¡pero es que para matar a un hombre puede bastar una asamblea sindical! Y pese a todo, durante medio siglo, desde Pugachov hasta los decembristas, ni siquiera los reos de Estado tuvieron que entregar su alma a Dios como resultado de una votación entre jueces.)

Desde que fueron ahorcados los cinco decembristas, en nuestro país la pena de muerte por crímenes de Estado nunca más fue abolida. Al contrario, quedó refrendada en los códigos de 1845 y 1904, y completada con los códigos castrenses de Infantería y de Marina. Sin embargo, sí fue abolida para todos los crímenes que competieran a los tribunales ordinarios.

¿Y cuántos fueron ajusticiados en Rusia durante este periodo? Ya hemos presentado (capítulo VIII) los cálculos de los liberales en los años 1905-1907: 894 ejecuciones en ochenta años, es decir, unas once personas al año por término medio.

Añadiremos ahora las cifras más rigurosas de N.S. Tagantsev, especialista en derecho penal ruso. (**128**) Hasta 1905, la pena de muerte en Rusia era una medida de excepción. En los treinta años que van de 1876 a 1905 (la época de «Naródnaya Volia», de actos terroristas reales, y no de *intenciones* manifestadas en la cocina de un apartamento comunal; tiempos de huelgas masivas y revueltas campesinas; tiempos en los que se fundaron y consolidaron todos los partidos de la futura revolución) fueron ejecutadas 486 personas, es decir, unas 17 personas por año en todo el país (incluidos presos comunes). (**129**)

El número de ejecuciones se disparó en los años de la primera revolución y su aplastamiento, lo cual impresionó la imaginación de los rusos, provocó las lágrimas de Tolstói, la indignación de Korolenko y de muchos y muchos más: de 1905 a 1908 fueron ejecutadas unas 2200 personas. (¡Cuarenta y cinco personas por mes!) Pero las ejecutaron fundamentalmente por terrorismo, asesinato o bandolerismo. Aquello fue una *epidemia de ejecuciones*, en palabras de Tagántsev (pero cesó de inmediato).

Produce extrañeza leer que en 1906, cuando se implantaron los tribunales militares de campaña, uno de los problemas más complejos fuera el siguiente: ¿Quién debía llevar a efecto las ejecuciones? (Se exigía que fuera dentro de las veinticuatro horas siguientes a la sentencia.) Si se encargaba el fusilamiento a la tropa, esto producía una desfavorable impresión entre los hombres. Y a menudo era imposible encontrar verdugos voluntarios. Las mentes precomunistas no habían descubierto que basta un solo verdugo disparando en la nuca para matar a tantos como haga falta.

El Gobierno Provisional, al hacerse cargo del poder, abolió la pena de muerte del todo. Pero en julio de 1917 la restableció — en el ámbito del Ejército en activo y en las zonas del frente — para delitos cometidos por militares: asesinato, violación, bandolerismo y pillaje (crímenes que abundaban mucho, entonces, en aquellas regiones). Fue una de las medidas más impopulares y llevó a la perdición al Gobierno Provisional. Una de las consignas de los bolcheviques en el golpe de Estado fue: «¡Abajo la pena de muerte restablecida por Kerenski!».

Se cuenta que en Smolny, en la misma noche del 25 al 26 de octubre, (**T97**) surgió una discusión sobre si uno de los primeros decretos no habría de ser la abolición de la pena de muerte por siempre jamás.

Lenin ridiculizó entonces el idealismo utópico de sus camaradas, pues sabía que sin pena de muerte sería imposible dar un solo paso hacia una nueva sociedad. Sin embargo, como formaba un gobierno de coalición con los socialistas revolucionarios, hubo de ceder ante sus erróneas concepciones y, a partir del 28 de octubre de 1917, la pena de muerte quedó, por fin, abolida. Naturalmente, no podía esperarse nada bueno de este viraje hacia la «blandura». (Además, ¿de qué manera fue abolida? A principios de 1918, Trotski ordenó que se juzgara a Alexéi Schastni, recién promocionado a almirante, por haberse negado a hundir la flota del Báltico. El presidente del Tribunal Revolucionario Supremo, Karklin, sentenció rápidamente en su imperfecto ruso: «fusilar en veinticuatro horas». Agitación en la sala: «¡La pena de muerte está abolida!». Pero precisó el acusador Krylenko: «¿De qué os inquietáis? Pues claro que está abolida la pena de muerte. A Schastni no le vamos a aplicar la pena de muerte, lo vamos a fusilar». Y lo fusilaron.)

A juzgar por los documentos oficiales, la pena capital fue restablecida en toda su extensión a partir de junio de 1918, aunque mejor dicho no es que fuera «restablecida», sino que se instauró como una nueva era de ejecuciones. Si damos por supuesto que Latsis (**130**) no calcula por lo bajo, sino que simplemente dispone de datos incompletos, y que los tribunales revolucionarios trabajaron en el terreno judicial como mínimo con tanta intensidad como la Cheká en el extrajudicial, llegamos a la conclusión de que en dieciséis meses (de

junio de 1918 a octubre de 1919) en las veinte gubernias centrales de Rusia se fusiló a más de 16.000 personas, (lo que equivale a *más de mil personas al mes*). (**131**) (Por cierto, fueron fusilados entonces el presidente del primer soviet ruso de diputados [el de Petersburgo, 1905], Jrustaliov- Nosar, y el pintor que diseñó el uniforme medievalizante que llevaron los soldados rojos durante toda la guerra civil.)

Tenemos, además de todo esto, los tribunales revolucionarios militares, con sus cifras de millares de condenados por mes. Y los tribunales revolucionarios de ferrocarriles (véase el capítulo 8, pág. 358.)

En cualquier caso, quizá no fueran estos fusilamientos aislados — precedidos o no por una sentencia —, y que luego ascendieron a millares, los que abrieran en 1918 esa nueva era de ejecuciones que habría de dejar a Rusia ebria y helada.

Más espantosa se nos antoja la práctica, puesta de moda por ambos bandos combatientes y después por los vencedores, de *hundir gabarras* cargadas con centenares de personas sin recuento, sin registro ni listas, especialmente oficiales y otros rehenes, en el golfo de Finlandia, en los mares Blanco, Caspio y Negro, y también en el lago Baikal. Aunque ello no forme parte estrictamente de nuestra crónica judicial, es la historia de unos usos de los que deriva todo lo demás. ¿En qué otro siglo ruso, desde el primer Riurik, se dio algún periodo con tal sinnúmero de crueldades y asesinatos como cometieron los bolcheviques tanto durante como acabada la guerra civil?

Estaríamos pasando por alto un característico altibajo si no citáramos la abolición de la pena capital... en enero de 1920. ¡Sí! Algún historiador puede quedarse atónito ante esta muestra de credulidad e indefensión por parte de una dictadura que prescinde de su espada justiciera en unos momentos en que Deníkin todavía estaba en el Kubán; Wrangel en Crimea, y cuando la caballería polaca comenzaba a ensillar los caballos para lanzarse a la campaña. Pero, en primer lugar, hay que decir que con este decreto estaban curándose en salud porque *no se extendía a los tribunales revolucionarios militares*, sino tan sólo a la Cheká y a los tribunales de la retaguardia. Por ello, los que estaban destinados al paredón podían ser trasladados previamente a zona militar. Así, por ejemplo, se ha conservado este documento para la Historia:

«Confidencial. Circular.

»A los presidentes de las chekás locales, y de la Cheká de la URSS.

»A la atención de las Secciones Especiales.

»En vista de la abolición de la pena capital, se sugiere que todos aquellos individuos a los que, por razón de los distintos delitos que les hayan sido imputados, corresponda aplicar la medida suprema sean trasladados a las zonas de combate, en las que no está en vigor el decreto de abolición de la pena de muerte.

»15 de abril de 1920.

»n° 325/16.756

»El jefe de la Sección Especial de la Cheká de la URSS,

«/firmado/

»Yagoda».

En segundo lugar, el decreto fue *preparado* mediante una *purga previa de las cárceles* (numerosos fusilamientos de reclusos que podrían haberse beneficiado del «decreto»). Se ha conservado en los archivos una declaración de los presos de Butyrki hecha el 5 de mayo de 1920:

«En la cárcel de Butyrki, donde estamos recluidos, después de firmado el decreto de abolición de la pena de muerte, han sido fusiladas de noche 72 personas. Ha sido una ruindad horrorosa.»

Pero en tercer lugar, y esto es lo más consolador, el decreto estuvo en vigor por corto plazo: cuatro meses (hasta que las cárceles volvieron a llenarse). Un decreto del 28 de mayo de 1920 devolvía a la Vecheká el derecho a fusilar.

La Revolución se apresuró a cambiar el nombre de las cosas para que así todo pareciera nuevo. Así, la «pena de muerte» fue rebautizada con el nombre de *medida suprema*, y no ya «de castigo», sino de *protección social.* Por los fundamentos del Derecho penal de 1924 nos enteramos de que dicha medida suprema se establece de manera transitoria hasta su *total abolición por el Comité Ejecutivo Central.*

Y, efectivamente, en 1927 empezaron con la *abolición:* la empleaban *sólo* para los delitos contra el Estado y el Ejército (Artículo 58 y Código Castrense), y también, cierto es, se aplicaba por bandolerismo (aunque ya se sabe la amplia interpretación política que daban al término «bandolerismo» en aquellos años, y aun ahora: desde el *basmach* centroasiático hasta el guerrillero lituano de los bosques, todo nacionalista armado disconforme con el régimen central era un «bandido». ¿Cómo iban a pasarse sin ese artículo del código? Tanto el que se amotinaba en un campo penitenciario como el que participaba en una algarada urbana era un «bandido»). En el décimo aniversario de la Revolución abolieron la pena de muerte en todos los artículos del código relacionados con la protección del individuo: asesinato, pillaje, violación.

Y en el decimoquinto aniversario de la Revolución se añadió un nuevo supuesto de pena capital: la ley «siete del ocho», piedra angular del socialismo incipiente, una ley que prometía una bala a cada súbdito que se apropiara de una migaja perteneciente al Estado.

Como ocurre siempre, al principio, en 1932-1933, se echó mano de esta ley con especial avidez, y con especial encono se fusiló a mucha gente. En este *tiempo de paz* (aún en vida de Kírov...), en diciembre de 1932, sólo contando en la leningradense prisión de las Cruces, había **doscientos sesenta** y **cinco condenados que esperaban la muerte. (132)** Es posible, pues, que en todo un año, en dicha prisión, su número pasara del millar.

¿Qué criminales eran ésos? ¿De dónde habían salido tantos conspiradores y alborotadores? Por ejemplo, se encontraban encerrados en aquella prisión seis campesinos de un koljós cercano a Tsárskoye Seló cuyo crimen había sido el siguiente: después de la siega colectiva (¡hecha con sus propios brazos!) fueron al campo e hicieron una segunda siega para sus vacas repasando al ras los terrones. **¡Ninguno de los seis koljosianos fue indultado por el VTsIK y se cumplió la sentencia!**

¿Qué Saltychija, qué repugnante y repulsivo enemigo de la liberación de los siervos habría sido capaz de matar a seis campesinos por unas briznas de heno? Con sólo que les hubiera soltado un vergajazo nos lo hubieran hecho estudiar en la escuela y habríamos maldecido su nombre. (**133**) Pero ahora, ojos que no ven, corazón que no siente. Sólo queda la esperanza de que algún día se confirme documentalmente el relato de este testigo vivo. ¡Aunque Stalin no hubiera matado a nadie hasta entonces, ni matara a nadie en adelante, sólo por estos seis campesinos de Tsárskoye Selo yo lo consideraría digno de ser descuartizado! Y aún se atreven a gritarnos: «¿Cómo osáis acusarle?», «¿Cómo osáis turbar su magno recuerdo?», «¡Stalin pertenece al movimiento comunista mundial!».

Sí. Y también al Código Penal.

¿Qué más da un Lenin que un Trotski? ¿En qué es mejor uno que otro? Con ellos empezó todo.

Sin embargo, volvamos a la moderación, a la objetividad. Qué duda cabe que el VTsIK habría acabado por «abolir totalmente» la medida suprema — ¿o es que acaso no lo había prometido? —, pero desgraciadamente en 1936 el Padre y Maestro lo que decidió «abolir totalmente» fue... al propio VTsIK. Y el *Soviet Supremo* que lo reemplazó seguía más bien los pasos de aquel que había cuando Anna Ioánnovna. Y a partir de este punto la medida suprema dejó de ser una verborreica «medida de protección» para convertirse a las claras en *medida de castigo.* Los fusilamientos de 1937-1938 no podría haberlos entendido ya como «protección» ni siquiera el oído de Stalin.

¿Habrá algún jurista o algún historiador criminalista que pueda aportarnos una estadística rigurosa de estos fusilamientos? ¿Dónde estará ese *archivo secreto* en el que podamos penetrar y calcular las cifras? No existe ni existirá jamás. Por esto sólo podemos atrevernos a repetir las cifras que una vez alcanzamos a oír como un susurro, como rumores que no hace tanto tiempo, en 1939-1940, corrían de primera mano bajo las bóvedas de Butyrki, cifras aportadas por importantes y no tan importantes sicarios de Ezhov caídos en desgracia, que poco antes habían pasado por aquellas mismas celdas (¡no iban a saberlo ellos!). Decían esos esbirros que en dos años se había fusilado en toda la URSS a medio millón de «políticos» y a 480.000 delincuentes comunes (que entraban en el Artículo 59-3: fusilados «por apoyar a Yagoda»; con ello asestaron un golpe mortal a la «antigua y noble cofradía de los ladrones»).

¿Les parece inverosímil? Si tenemos en cuenta que los fusilamientos no duraron dos años, sino año y medio, podemos calcular (por el Artículo 58) un promedio de 28.000 fusilados al mes. En toda la Unión Soviética. ¿Pero cuántos lugares había donde se llevaran a cabo fusilamientos? Pongamos como cifra muy modesta unos ciento cincuenta. (Aunque había más, naturalmente. Por hablar sólo de Pskov, en muchas iglesias el NKVD utilizó las antiguas celdas de ermitaños que había en las criptas como cámaras de tortura y de ejecución. En 1953 dichas iglesias seguían cerradas al turismo: decían que «eran archivos», cuando de archivos, lo único que tenían era que en diez años nadie había quitado las telarañas. Antes de empezar los trabajos de restauración tuvieron que llevarse los huesos en camiones.) De lo cual se desprende que en cada lugar habrían sido llevadas al paredón seis personas por día. ¿Resulta acaso tan fantástico? ¡Pero si es hasta una cifra baja! En Krasnodar atestiguan que, en el edifico central de la GPU de la calle Proletárskaya, en 1937-1938, ¡cada noche fusilaban a más de doscientas personas! (Según otras fuentes, el 1 de enero de 1939 habían ejecutado ya 1.700.000 personas.)

En los años de la gran guerra patria la aplicación de la pena de muerte fue extendiéndose por diversas razones (por ejemplo, al militarizar los ferrocarriles) y se enriqueció con nuevas formas (el decreto de abril de 1943 que instauraba la horca).

Todos estos acontecimientos iban postergando en cierta medida la prometida abolición total y definitiva de la pena capital, pero la paciencia y la fidelidad de nuestro pueblo acabaron siendo recompensadas: un día de mayo de 1947, Iosif Vissariónovich se probó una pechera almidonada ante el espejo, le gustó, y dictó al presidium del Soviet Supremo la abolición de la pena de muerte en tiempos de paz (que quedaba reemplazada por los veinticinco años: el *cuartillo).*

Pero nuestro pueblo es ingrato, criminal e incapaz de apreciar un gesto magnánimo. Por ello, entre gemidos y lamentos, nuestros dirigentes, privados dos años y medio de la pena de muerte, publicaron el 12 de enero de 1950 un decreto en sentido opuesto: «en vista de las peticiones recibidas de las repúblicas nacionales (¿Ucrania?), de los sindicatos (¡benditos sindicatos!, siempre sabían lo que era necesario), de las organizaciones campesinas (esto lo escribiría un sonámbulo, pues el Magnánimo había pisoteado todas las organizaciones campesinas ya en el año de la Gran Ruptura), y también de las personalidades de la cultura (eso sí es perfectamente verosímil)» se volvía a restablecer la pena de muerte para los «traidores a la patria, espías y saboteadores», cuyo número iba en aumento.

Una vez restablecido nuestro habitual corte de pescuezos, la cosa ya vino rodada: en 1954, por homicidio premeditado; en mayo de 1961, también por robo de bienes del Estado, por falsificación de moneda y por terrorismo en los lugares de reclusión (esto para el que mataba chivatos o amedrentaba a la administración del campo penitenciario); en julio de 1961, por infracción de la legislación en materia de operaciones con divisas extranjeras; en febrero de 1962, por tentativa (levantar la mano) contra la vida de policías y milicianos; y en esta misma época, por violación; y acto seguido también por prevaricación.

Todo esto *transitoriamente, hasta la abolición definitiva.* Así es como continúa escrito hasta hoy día.

Resulta, pues, que el periodo más largo sin pena de muerte fue el reinado de Elizabeta Petrovna.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Desde nuestra existencia ciega y acomodada, los condenados a muerte se nos antojan unos pocos seres aislados en manos de la fatalidad. Tenemos el convencimiento instintivo de que *nosotros* jamás podremos ir a parar a la celda de los condenados, de que para ello es preciso, si no una culpa muy grave, por lo menos haber llevado una vida excepcional. Por tanto, si antes no nos replanteamos a fondo todo cuanto hay en nuestra mente, es imposible que podamos concebir que en las celdas de los condenados han estado multitud de personas de lo más vulgares, por actos de lo más cotidianos, que han corrido distinta suerte, si bien las más de las veces no han obtenido clemencia, sino *la supre* (así es como llaman los presos a la medida suprema, pues no pueden sufrir las palabras altisonantes y todo lo nombran de la manera más ruda y concisa posible).

Un agrónomo, responsable agrario de un distrito, fue condenado a muerte ¡por haberse equivocado al analizar el trigo del koljós! (¿No sería porque los resultados de su análisis no complacieron a sus superiores?) Sucedió en 1937.

Mélnikov, presidente de una cooperativa de artesanos (¡fabricaban canutillos para hilo!), fue condenado a muerte porque en el taller una máquina de vapor soltó una pavesa y se declaró un incendio. Fue en 1937. (Aunque lo cierto es que le conmutaron la pena por diez años.)

En la referida prisión de las Cruces esperaban la muerte: Feldman, por posesión de divisas; Faitelevich, alumno del conservatorio, por vender flejes de acero para fabricar plumillas. ¡El comercio ancestral, pan y pasatiempo de los judíos, también se había hecho merecedor de la muerte!

Así pues, ¿cómo maravillarnos de que condenaran a muerte a un joven como Gueraska? El día de San Nicolás, en primavera, este joven campesino de Ivánovo había andado de juerga en un pueblo vecino, bebió más de la cuenta y golpeó con una estaca el trasero... ¡no de un policía!, sino del caballo de un policía. (Cierto que, para mayor indignación del agente del orden, desclavó un listón de la fachada del soviet rural y arrancó el cable del teléfono al grito de: «¡Mueran esos diablos!».)

El que uno dé con sus huesos en la celda de los condenados a muerte no depende de lo que haya hecho o dejado de hacer, sino del giro de una gran rueda movida por poderosas circunstancias externas. Por ejemplo, cuando el cerco de Leningrado. ¿Qué iba a pensar el jefe supremo de la ciudad, el camarada Zhdánov, si en unos meses tan duros no constaban penas de muerte en las actas de la Seguridad del Estado? Pues que los Órganos estaban de brazos cruzados, ¿o qué si no? ¿No debían haberse descubierto grandes conjuras dirigidas desde fuera por los alemanes? ¿Cómo podía ser que en 1919, bajo el mando de Stalin, se descubrieran tantas conjuras y que ahora, en 1942, con Zhdánov, no las hubiera? Y de este modo, ni cortos ni perezosos, ¡se descubren diversas e intrincadas conspiraciones!

Mientras uno duerme en su habitación de Leningrado, en la que hace tanto frío como en la calle, una zarpa negra de largas uñas desciende ya sobre su persona. Y desde ese momento nada depende de él. Se designa a una persona cualquiera, al teniente general Ignatovski, por ejemplo. Sus ventanas dan al Nevá, ha sacado un pañuelo blanco para sonarse: ¡es una señal! Además, Ignatovski, como ingeniero que es, gusta de hablar con los marineros sobre el material náutico. ¡Ya es nuestro! Detienen a Ignatovski. ¡Ha llegado el momento de pasar cuentas! Díganos el nombre de cuarenta miembros de su organización. Y los desembucha. De modo que si uno es acomodador del teatro Alexandra, pongamos por caso, no tiene muchas probabilidades de que salga su nombre, pero si es profesor del Instituto Técnico Superior tiene todos los números para aparecer en la lista. ¿Usted qué hubiera hecho? Así que todos los de lista van derechitos al paredón.

A todos los fusilan. Pero veamos cómo logra conservar la vida Konstantín Ivánovich Strájovich, un destacado ingeniero ruso del campo de la hidrodinámica: cierto personaje de la Seguridad del Estado situado en un escalafón aún más alto anda descontento porque la lista es demasiado corta y son pocos los fusilados. Y se fijan en Strájovich porque les puede servir como centro de una nueva organización que desenmascarar.

Lo llama a comparecer el capitán Altschuller: «¿Qué se ha creído usted? ¿Es que cree que vamos a tolerar que confiese todo rápidamente para poder largarse cuanto antes al otro mundo y encubrir a su gobierno clandestino? ¿Qué cargo ostentaba usted en él?».

¡Y así, sin salir de la celda de los condenados, Strájovich entró en un nuevo ciclo de interrogatorios! Les propone que le consideren ministro de Instrucción Pública (¡con tal de terminar cuanto antes!), pero Altschuller no se da por satisfecho. Mientras la instrucción del sumario sigue su curso, van fusilando a los de la lista de Ignatovski. En uno de los interrogatorios, Strájovich monta en cólera: no porque quiera vivir, sino porque está cansado de esperar la muerte y sobre todo, porque la mentira le produce ya náuseas. De modo que en un interrogatorio cruzado en presencia de un oficial de alta graduación, descarga un puñetazo sobre la mesa: «¡A vosotros es a quien acabarán fusilando! ¡No voy a mentir más! ¡Me retracto de todas mis declaraciones!». Y este estallido sirvió de remedio, no sólo dejaron de interrogarle sino que lo tuvieron olvidado durante mucho tiempo en la celda de los condenados.

Sin duda, un estallido de desesperación en medio de tanta sumisión siempre sirve de algo.

Ya ven lo mucho que se fusiló: primero miles, luego centenares de miles. Dividimos, multiplicamos, suspiramos, maldecimos. Y pese a todo, se trata sólo de cifras, que al principio estremecen, pero que más tarde caen en el olvido. Mas si algún día los parientes de los ajusticiados llevaran a una editorial las fotografias de los ejecutados, si se editara un álbum con esas fotografías, un álbum de varios tomos, entonces podríamos pasar las hojas y de esa última mirada de sus ojos apagados quedaría en nosotros algo muy útil para lo que nos resta de vida. Esta lectura, casi sin letras, se depositaría sobre nuestros corazones como una capa perenne.

Una familia que conozco, en la que hay varios antiguos zeks, observa el siguiente rito: cada 5 de marzo, el día en que murió el Asesino Supremo, ponen por las mesas las fotografías de quienes fueron fusilados o cayeron en los campos. Son unas cuantas docenas, tantas como han podido reunir. Y el día entero reina en la casa un ambiente solemne: a veces recuerda un templo, a veces un museo. Suena música fúnebre. Vienen los amigos, contemplan las fotografias, guardan silencio, escuchan, conversan en voz baja; se van sin despedirse.

Si hicieran así en todas partes... Al menos quedaría en nuestros corazones una pequeña cicatriz.

¡Y así, todas estas muertes *no habrían sido en vano*!

¿Cómo sucede *todo esto?* ¿Cómo es la *espera* de esos hombres? ¿Qué sienten? ¿En qué piensan? ¿Qué decisiones maduran en ellos? ¿Cómo van a *buscarlos?* ¿Cuáles son las sensaciones en los últimos minutos? ¿Y cómo..., bueno, cómo los... exactamente?

Es natural ese enfermizo afán de los hombres de mirar tras la cortina (aun estando convencidos de que a ninguno de *nosotros* jamás nos ha de ocurrir esto). Es natural también que los relatos de los supervivientes acaben siempre antes de llegar a los últimos instantes, puesto que fueron indultados.

Lo que ocurre en los últimos instantes lo saben los verdugos. Pero ellos no hablarán. (¿Para qué va a querer contar nada el famoso tío Liosha, de la prisión de las Cruces, que retorcía para atrás los brazos de los condenados, que les ponía las manillas, y que embutía un trapo en la boca del desgraciado si éste gritaba al cruzar de noche el pasillo «¡Adiós, hermanos!»? Seguramente ande todavía por Leningrado, muy bien vestido él. ¡Si os lo encontráis en una cervecería de las islas o en el fútbol, preguntadle!)

Pero tampoco los verdugos lo conocen todo hasta el final. Cuando descarga en la nuca del condenado la bala de su pistola, silenciada por el estruendo de motores de automóvil que siempre acompaña a las ejecuciones, el verdugo está estúpidamente condenado a no entender lo que está haciendo. ¡Ni siquiera él sabe lo que ocurre *en el último instante!* Eso sólo lo saben los muertos; por tanto, nadie.

A decir verdad, tenemos al escritor, que, aunque de manera vaga y confusa, algo sabe de lo que ocurre hasta el momento mismo en que se descerraja el tiro, en que el dogal ahoga.

Y con ayuda de los indultados y de los literatos nos hemos formado un cuadro aproximado de la celda de los condenados. Sabemos, por ejemplo, que de noche no duermen, sino que *esperan.* Que sólo se sosiegan por la mañana.

Narokov (Márchenko), en su novela *Las grandezas imaginarias,* muy perjudicada por haberse impuesto el autor la tarea de escribir al estilo de Dostoyevski — y aun de desgarrar y conmover el corazón del lector más que el propio Dostoyevski —, sin embargo, describe muy bien, a mi entender, la celda de los condenados y la escena misma del fusilamiento. (**134**) No es algo que hayamos podido comprobar, claro está, pero tiene visos de verosimilitud.

En cambio, las conjeturas de literatos anteriores, por ejemploLeonid Andréyev, tienen ahora, lo quieran o no, un resabio de los tiempos de Krylov. Pero es que por otra parte ninguna persona, por desbordada que fuera su imaginación, habría podido imaginarse, por ejemplo, las celdas de los condenados de 1937. No hay duda de que en caso de intentarlo, el escritor habría recurrido a procedimientos psicológicos: ¿cómo era la espera?, ¿cómo aguzaban el oído? Pero nadie habría podido prever — ni mucho menos describir — las inesperadas sensaciones de quienes esperan la muerte:

1. Los condenados padecen *frío.* Tienen que dormir sobre un suelo de cemento, y esto, si te toca junto a la ventana, significa estar a tres grados bajo cero (Strájovich). Mientras esperas que vengan a por ti, te hielas de frío.

2. Los condenados a muerte padecen *estrechez y sofoco.* En una celda individual embuten a siete (menos no suelen ser) , cuando no diez, quince y hasta veintiocho condenados (Strájovich, Leningrado, 1942). ¡Y allí los tienen apretujados durante semanas y meses! ¡Valiente pesadilla, pues, la de tus siete ahorcados! (**T98**) Los reos ya no piensan en la ejecución, ya no les atormenta la muerte, sino cómo estirar las piernas, volverse del otro lado, cómo conseguir un poco de aire.

En 1937 en las cuatro prisiones de Ivánovo — la Interior, la n° 1, la n° 2 y la KPZ — había llegado a haber hasta cuarenta mil presos al mismo tiempo, siendo así que estas cárceles estaban calculadas, como máximo, para tres o cuatro mil. En la prisión n° 2 estaban mezclados: los reclusos en prisión preventiva, los condenados a campo penitenciario, los condenados a muerte, los condenados a muerte ya indultados, y, además, los simples rateros. Y todos ellos pasaban *varios días* en una gran celda, de pie, unos contra otros, *tan apretujados* que era imposible levantar o bajar el brazo, y el que se encontraba presionado contra los catres podía romperse la rodilla. Era invierno, pero los presos rompieron los cristales de las ventanas para no asfixiarse. (En aquella celda esperaba la muerte Alalykin, de cabellos blancos como la nieve, militante del partido socialdemócrata desde 1898 y que abandonó el partido bolchevique en 1917, después de promulgarse las tesis de abril.)

3. Los condenados a muerte padecen *hambre.* Tanto tiempo esperan la ejecución de la sentencia que su máximo tormento ya no es el miedo al pelotón, sino las punzadas del hambre: ¿de dónde van a sacar algo para comer? En 1941, en la cárcel de Krasnoyarsk, Alexandr Bábich pasó en la celda de los condenados a muerte... ¡setenta y cinco días! Se había resignado ya completamente y no esperaba más que el fusilamiento como el único final posible a su desgraciada vida. Y entonces le conmutaron la pena por diez años, pero estaba hinchado por la desnutrición, y en este estado empezó su periplo por los campos. ¿Y cuál es el récord de días pasados esperando la muerte? ¿Quién podría saberlo? Vsévolod Petróvich Golitsyn, síndico electo por los reclusos (!) de su celda, permaneció en ella ciento cuarenta días (1938). ¿Es éste, sin embargo, el récord? El académico N.I. Vavílov, orgullo de nuestra ciencia, esperó el fusilamiento varios meses, quién sabe si no un año entero; como condenado a muerte fue evacuado a la cárcel de Sarátov, donde estuvo encerrado en un calabozo subterráneo sin ventanas, y cuando en el verano de 1942 lo indultaron y lo trasladaron a una celda común, era incapaz de andar. A la hora del paseo había que sacarlo en brazos.

4. Los condenados a muerte padecen *la privación de asistencia médica.* Tras una larga permanencia en la celda de los condenados (1938), Ojrimenko cayó gravemente enfermo. No sólo no lo ingresaron en el hospital, sino que la doctora se hizo esperar. Y cuando por fin acudió, no entró siquiera en la celda: le tendió unos polvos a través de las rejas sin practicarle un reconocimiento ni hacerle pregunta alguna. Strájovich estaba aquejado de una hidropesía en los pies, así se lo dijo al celador y le enviaron... a un dentista.

Y aunque el médico intervenga, ¿debe curar al condenado a muerte, es decir, prolongar su espera? ¿O actuaría quizá de forma más humana si insistiera en que lo fusilen cuanto antes? He aquí otra escena vivida por Strájovich: entró el médico, y conforme hablaba con el oficial de guardia apuntaba con el dedo a los condenados diciendo «¡Difunto! ¡Difunto! ¡Difunto!». (Así indicaba insistentemente al oficial qué reclusos estaban distróficos, como diciéndole que no se podía llevar a la gente hasta ese punto, ¡que ya era hora de fusilarlos!)

Eso mismo, ¿por qué los retenían tanto tiempo? ¿Es que andaban cortos de verdugos? Habría que tener en cuenta este otro hecho: a muchos condenados les proponían, e incluso les *rogaban,* que firmaran una petición de indulto, y si se obstinaban en su negativa, hartos ya de trapicheos, entonces las firmaban en su nombre. Y claro, es natural que transcurrieran meses hasta que los papeles pasaran por todos los recovecos de la máquina.

Seguramente sucedía lo siguiente: se trataba del punto en que confluían dos organismos oficiales. La administración encargada de la investigación penal y la función procesal (como hemos podido saber por los miembros de la Sala de lo Militar, se trata de un mismo organismo) se desvivía por descubrir crímenes espantosos y no podía por menos de imponer a los criminales el castigo que merecían: la muerte. Pero así que las sentencias se habían pronunciado, así que las condenas a muerte obraban ya en los estadillos de la autoridad investigadora-procesal, esos mamarrachos — alias condenados — dejaban de interesarles: en realidad, no se había perpetrado ninguna sedición, y el hecho de que los condenados siguieran con vida o murieran en nada iba a alterar la marcha del Estado. De modo que quedaban a la entera disposición de las autoridades penitenciarias. Y éstas, estrechamente vinculadas con el Gulag, contemplaban a los presos desde un punto de vista económico: las cifras que debían alcanzar ya no se referían a personas fusiladas, sino a mano de obra mandada al Archipiélago.

Justo así es como vio Sokolov, jefe de la prisión interior de la Casa Grande, a Strájovich cuando éste, que había acabado por *aburrirse* de esperar en su celda, pidió papel y lápiz para dedicarse a los estudios científicos. Primero llenó todo un cuaderno, al que puso por título *La interacción entre un líquido* y *un cuerpo sólido que se mueve en él*, después vino *Cálculo de ballestas, resortes* y *amortiguadores*, y más tarde *Fundamentos de la teoría de la estabilidad.* Entonces lo trasladaron a una celda «para científicos» separada de las demás, donde daban mejor de comer y empezaron a llegarle encargos desde el frente de Leningrado. Y les elaboró un sistema de «defensa antiaérea con armas volumétricas». Al final, Zhdánov le conmutó la pena de muerte por quince años de reclusión (pero como el correo entre Leningrado y el territorio fuera del cerco iba lento, antes le llegó el acostumbrado *indulto* de Moscú, que, aunque común y corriente, fue más generoso que el de Zhdánov: una decena nada más).

Todos los cuadernos de Strájovich se han conservado en buen estado. Su «carrera científica» entre rejas no había hecho más que empezar. Más adelante dirigiría uno de los primeros proyectos soviéticos sobre motores de turborreacción.

Por su parte, el juez de instrucción Kruzhkov (sí, sí, el mismo, el que robaba) decidió explotar con fines particulares a N.P., un profesor de matemáticas condenado a muerte: ¡y es que Kruzhkov seguía cursos por correspondencia! Así pues, sacaba a N.P. de la celda y lo ponía a resolver los problemas de teoría de funciones con variable compleja que figuraban en sus hojas de examen (y sin duda, no sólo las suyas).

Así pues, ¿qué podrá saber la literatura universal de los sufrimientos que preceden a la ejecución?

Por último (relata Chavdarov), la celda de los condenados podía ser utilizada como *elemento de la instrucción sumarial*, como medio de persuasión. A dos reclusos de Krasnoyarsk que no habían querido

confesar los llevaron súbitamente ante un «tribunal», los «condenaron» a muerte y fueron recluidos en la susodicha celda (decía Chavdarov: «su juicio no fue sino una puesta en escena». Pero dado que todo juicio era de por sí una puesta en escena, ¿qué palabras podríamos utilizar para distinguir este pseudojuicio de los restantes? ¿Decir quizá que era un escenario dentro de otro escenario, una representación dentro de otra representación?). Y luego hicieron que tragaran una buena ración del vivir cotidiano del condenado a muerte. Más adelante introdujeron unas *cluecas* que también eran «condenados a muerte». Los nuevos empezaron a manifestar su arrepentimiento por haber sido tan tozudos durante los interrogatorios, y a través del celador hicieron saber al juez que estaban dispuestos a firmarlo todo. Les dieron a firmar una declaración y luego se los llevaron de la celda. Los fueron a buscar de día, es decir, que no iban al paredón.

Y los verdaderos condenados a muerte, los que habían servido de comparsas en este juego del juez de instrucción, ¿no sospecharían algo cada vez que alguien obtenía el perdón con sólo «arrepentirse»? Bueno, eso ya entra en lo que sería el capítulo de gastos, inevitables en toda puesta en escena...

Se dice que en 1939 a Konstantín Rokossovski, el futuro mariscal, lo llevaron dos veces de noche al bosque para una supuesta ejecución. Llegaron a ponerlo frente a los fusiles, pero luego los bajaron y lo condujeron de nuevo a la prisión. Es también la medida suprema utilizada como procedimiento sumarial. Pero bueno, no hay que dramatizar: salió adelante, sigue vivito y coleando y no tiene queja.

Un hombre casi siempre acepta con sumisión que otro lo mate. ¿Por qué hipnotiza de tal manera la pena de muerte? En la mayoría de los casos, los indultados no recuerdan que en su celda alguien se haya resistido. Pero hubo casos. En 1932, en la prisión de las Cruces de Leningrado, los reos de muerte se hicieron con el revólver del celador y abrieron fuego. A partir de entonces cambiaron de táctica: antes de ir a por uno, observaban por la mirilla, irrumpían en la celda cinco hombres, sin armas, y caían sobre el condenado. En la celda habría ocho o diez, pero todos habían apelado a Kalinin y esperaba el perdón. Por esto, cada uno pensaba: «¡Hoy muérete tú, que yo me espero a mañana!». Se hacían a un lado y contemplaban con indiferencia cómo reducían al condenado, cómo éste gritaba pidiendo auxilio mientras le metían en la boca una pelotita infantil. (Cuando miras una de estas pelotitas, ¿cómo se te van a ocurrir todos los usos posibles que tiene? ¡Qué ejemplo más acertado para una disertación sobre el método dialéctico!)

¡Esperanza! ¿Nos haces más fuertes o más débiles? Si en cada celda los condenados se unieran para estrangular a los verdugos que entran, ¿no cesarían las ejecuciones más fácilmente que con apelaciones al VTsIK? ¿Por qué no oponer resistencia, si ya se está de todos modos con un pie en la tumba?

¿Acaso no estaba ya la suerte echada desde el mismo momento del arresto? Y sin embargo, no hay detenido que no deje de arrastrarse de rodillas, como si le hubieran cortado las piernas, por el páramo yermo de la esperanza.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Vasili Grigórievich Vlásov recuerda que en la noche que siguió a la sentencia, cuando lo conducían por las oscuras calles de Kady con cuatro pistolas apuntándole por los cuatro costados, no dejaba de pensar: a ver si éstos me van a pegar un tiro aquí mismo, como provocación, por supuesta tentativa de fuga. ¡O sea que todavía no se creía que su sentencia era una realidad! Todavía tenía esperanzas de vivir...

Luego lo tuvieron en un cuartelillo de la policía y lo acostaron sobre una mesa de escritorio, mientras dos o tres policías montaban guardia sin cesar a la luz de una lámpara de petróleo. Y decían entre sí: «Cuatro días escuchando, y aún no puedo entender por qué los han condenado», «¡Bah, déjalo! ¿Qué entendemos nosotros de estas cosas?».

Vlásov pasó cinco días en aquel cuarto: esperaban a que se confirmara la sentencia para poder fusilarlos allí mismo, en Kady, pues mandarlos a otra parte bajo escolta era más aparatoso. Alguien había enviado en su nombre un telegrama pidiendo gracia: «No me considero culpable y suplico que se me conserve la vida». No hubo respuesta. Durante estos días, a Vlásov le temblaban tanto las manos que no podía sostener la cuchara y sorbía la sopa directamente del plato. Kliuguin fue a visitarlo para burlarse de él. (Poco después del caso Kady, a Kliuguin lo trasladaron de Ivánovo a Moscú. Ese año cruzaban el cielo del Archipiélago fugaces astros de luz encarnada. Había sonado su hora: también a ellos iban a arrojarlos a la fosa, pero ni lo sospechaban.)

No llegó ni confirmación ni indulto, y no hubo más remedio que transportar a los cuatro condenados a Kineshma. Los trasladaron en cuatro camiones desentoldados, uno por condenado, con siete policías en cada uno de ellos.

En Kineshma los encerraron en la cripta del monasterio (la arquitectura monacal, despojada de toda ideología monástica, les fue de perlas). Desde allí fueron transportados en un vagón para reclusos hasta Ivánovo junto con otros condenados a muerte.

En pleno patio de vías de la estación de Ivánovo separaron a tres de ellos del resto de la partida: Sabúrov, Vlásov y uno del otro grupo. A los restantes se los llevaron inmediatamente — o sea, los fusilaron — para no sobrecargar la prisión. Así fue cómo Vlásov se despidió de Smirnov.

A los tres que quedaban los tuvieron cuatro horas en el patio de la cárcel n° 1 al húmedo raso de octubre, mientras entraban, salían o eran cacheados presos de otros traslados. En buena ley, nada podía asegurarles todavía que no los fueran a fusilar aquel mismo día. ¡Esas cuatro horas tuvieron que pasárselas sentados en el suelo, cada cual con sus pensamientos! Hubo un momento en que Saburov creyó que se los llevaban al paredón (pero los condujeron a una celda). No gritó, pero se agarró tan fuerte al brazo de su vecino que fue éste el que gritó de dolor. La escolta tuvo que llevarse a Saburov a rastras, pinchándolo con las bayonetas.

En aquella prisión había cuatro celdas reservadas a los condenados a muerte. ¡Y compartían pasillo con las celdas de los niños y los enfermos! Las celdas de los condenados a muerte tenían dos puertas: una normal, de madera, con una mirilla, y otra con reja de hierro y dos cerraduras (el celador y el jefe de bloque tenían llaves distintas, para que ninguno de los dos pudiera abrir la puerta en ausencia del otro). La celda n° 43 compartía pared con el despacho del juez de instrucción, y por las noches, mientras los condenados esperaban que vinieran por ellos en cualquier momento, los gritos de los torturados les perforaban los oídos.

Vlásov fue a parar a la celda n° 61. Era una celda individual de cinco metros de largo, de un ancho apenas superior a un metro. Había dos camastros de hierro firmemente sujetos al suelo mediante una gruesa barra de hierro, y en cada cama yacían dos condenados, pies con cabeza. Otros catorce estaban tendidos de través sobre el suelo de cemento.

¡Dejaban a cada uno menos de una arshina cuadrada para esperar la muerte! Aunque se sabe desde hace tiempo que hasta un difunto tiene derecho a *tres arshinas* de tierra, y a Chéjov aún le parecía poco...

Vlásov preguntó si le fusilaban a uno enseguida. «Pues ya lo ves, nosotros llevamos tiempo aquí y todavía seguimos con vida...»

Y empezó la espera, que ya conocemos bien: nadie duerme en toda la noche, sumidos en la más completa postración, esperan que vengan a buscarlos, escuchan con atención los murmullos del pasillo (la larga espera debilita la capacidad de la persona para resistirse). Las noches más agitadas eran aquellas en que de día le había llegado el indulto a alguien: el indultado se había marchado dando gritos de alegría, pero entre quienes quedaban en la celda se había extendido el miedo, pues junto con el indulto habría llegado también de las alturas alguna petición desestimada, y esa noche vendrían por alguien...

A veces de noche rechinan las cerraduras y se encogen los corazones — ¿Vendrán por mí? ¡No, no soy yo! — y no es más que el celador que ha decidido abrir la primera puerta, la de madera, por cualquier tontería:

«¡Retiren todo eso del alféizar de la ventana!». Quién sabe si los catorce envejecían un año de golpe cada vez que les abrían así la puerta. ¡Quizá si la abrieran unas cincuenta veces hasta podrían ahorrarse la bala! Y sin embargo, ¡qué agradecidos quedaban de que fuera tan sólo un susto!: «¡Ahora mismo lo quitamos, ciudadano jefe!». (**T99**)

Hechas las necesidades de la mañana, dormían ya liberados del temor. Luego el celador les entraba una jofaina de sopa aguada y les decía: «¡Buenos días!». Las ordenanzas establecían que la segunda puerta, la enrejada, sólo podía abrirse en presencia del oficial de guardia. Pero, ya se sabe, el ser humano es mejor y más perezoso que cualquier norma o reglamento, y el celador entraba cada mañana en la celda sin el oficial, y de un modo totalmente humano, no, más que esto, ¡más que simplemente humano!, les dirigía un «¡Buenos días!».

¡Para quién en este mundo podía ser el día mejor que para estos hombres! Agradecidos por el calor de aquella voz y el calor del sopicaldo, dormían hasta mediodía. (¡No comían más que por la mañana! Al despertar en pleno día, muchos ya no eran capaces de comer. Algunos recibían paquetes — a veces los parientes sabían que los habían condenado a muerte, pero a veces no —, y estos paquetes pasaban a ser un bien común, aunque acababan echándose a perder en la humedad de la celda.)

Pasado el mediodía, había aún cierta animación en la celda. Venía el jefe de bloque — el sombrío Tarakánov o el amable Makárov — y les ofrecía papel para instancias, les preguntaba si querían — el que tuviera dinero — encargar tabaco del economato. Uno no sabía si tomar esas preguntas por demasiado sarcásticas o por excesivamente humanas: ¿o es que querían aparentar que no eran condenados a muerte?

Los condenados arrancaban el fondo de las cajas de cerillas, les pintaban puntos y jugaban al dominó. Vlásov se desahogaba contando historias de la cooperativa, que siempre resultaban de lo más cómico. (Son relatos que valen la pena y merecen ser expuestos aparte.) Yákov Petróvich Kolpakov, presidente del Comité Ejecutivo del distrito de Súdogda, que se había hecho bolchevique en el frente, en la primavera de 1917, se pasaba sentado decenas de días sin cambiar de posición, la cabeza recogida entre las manos, los codos sobre las rodillas y siempre mirando hacia el mismo punto de la pared. (¡Seguro que recordaba la primavera de 1917 como un tiempo alegre y fácil! Pero a algunos — a los oficiales — también los mataban entonces.) Le irritaba la verborrea de Vlásov: «Pero ¿cómo puedes...?». «¿Y tú qué, te estás preparando para ir al Cielo?», le espetaba Vlásov, con su acento del norte, pronunciando las «o» muy abiertas hasta cuando hablaba rápido. «No tengo pensada más que una cosa, y es decirle al verdugo: ¡Tú solo! Ni los jueces ni los fiscales. Tú solo eres culpable de mi muerte. ¡Y ahora intenta vivir con este peso sobre tu conciencia! ¡De no ser por vosotros, los verdugos voluntarios, no habría sentencias de muerte! ¡Y después que me mate, el canalla!»

Kolpakov fue fusilado. También lo fue Konstantín Serguéyevich Arkádiev, ex responsable agrario en el distrito de Alexandrov (región de Vladímir). En la despedida de este hombre hubo algo que les resultó especialmente duro. En mitad de la noche vinieron por él seis carceleros, le metieron prisa sin andarse con monsergas, mientras que él, un hombre afable y bien educado, manoseaba su gorra, dándole vueltas para demorar el momento de salir, de dejar a las últimas personas que vería en este mundo. Cuando pronunció el último «adiós», casi había perdido por completo la voz.

En el primer momento, cuando señalan a la víctima, los demás respiran aliviados («¡no soy yo!»), pero tan pronto como se han llevado al condenado, apenas pueden sentirse mejor que él. Durante todo el día siguiente, los que quedan no sentirán deseos de hablar ni de comer.

Gueraska, (**T100**) el mozo que había hecho destrozos en el soviet rural, era el único que no había perdido su apetito y sueño abundantes; como buen campesino había sabido adaptarse hasta a un lugar como aquél. Daba la impresión de que no acababa de creerse que fueran a fusilarlo. (Y no se equivocaba: le conmutaron la pena por diez años.)

Otros, en cambio, encanecían en dos o tres días, ante los ojos de sus compañeros de celda.

Cuando uno espera la muerte durante tanto tiempo, acaba por crecerle el cabello, y por esta razón a los de la celda los llevan a cortarles el pelo y a tomar un baño. Hasta en la cárcel la vida sigue su curso, nada sabe de sentencias.

Si alguno dejaba de hablar de manera coherente o perdía la facultad de comprender, permanecía, a pesar de todo, en esa misma celda común esperando su suerte. Y al que se volvía loco en la celda de los condenados, loco lo fusilaban.

No fueron pocos los indultos. Precisamente en aquel otoño de 1937 se implantaron por primera vez desde la Revolución las penas de quince y veinticinco años, que en muchos casos reemplazaron a las ejecuciones. También conmutaban a diez años, e incluso a *cinco.* En el país de las maravillas también son posibles tales prodigios: anoche merecías la pena capital, pero hoy por la mañana te cae una sentencia de juguete; y como ahora eres un delincuente menor, cuando llegues al campo penitenciario tienes muchas posibilidades de quedar dispensado de escolta.

Había en la celda de Vlásov un tal V.N. Jomenko, de sesenta años, antiguo capitán del ejército cosaco y natural del Kubán. Era «el alma de la celda», si es que una celda de condenados a muerte puede tener alma: gastaba bromas, siempre con una sonrisa bajo sus bigotes, y no dejaba traslucir su amargura. Como tras la guerra ruso-japonesa lo declararon inútil para el servicio, se especializó en la cría de caballos. Más tarde trabajó para el consejo del zemstvo de la gubernia, y en los años treinta estaba empleado en la administración agraria de la región de Ivánovo como «inspector del fondo caballar del Ejército Rojo», es decir, en cierto modo debía procurar que los mejores caballos fueran reservados al Ejército. Lo habían encerrado y condenado a muerte porque había recomendado, con ánimo empecedor, que se castrara a los potros menores de tres años, con lo que «socavaba el potencial militar del Ejército Rojo».

Jomenko envió un recurso de casación, pero pasados cincuenta y cinco días el jefe de bloque vino para decirle que no lo había dirigido a la instancia competente. Allí mismo, apoyándose en la pared, con un lápiz que le prestó el jefe de bloque, Jomenko tachó el nombre del organismo y anotó en su lugar el otro, como si se tratara de solicitar un paquete de cigarrillos del economato. Rectificada de tal guisa, la instancia siguió su curso otros sesenta días, de modo que Jomenko llevaba ya cuatro meses esperando la muerte. (Pero aunque hubiera tenido que esperar un año o dos, ¿acaso no aguardamos también todos nosotros durante años la venida de la guadaña? ¿No es nuestro mundo una celda de condenados a muerte?) Y al final, ¡fue *plenamente rehabilitado!* (En el tiempo transcurrido, Voroshílov había dispuesto que se castrara a los potros de menos de tres años.)

¡Hoy latigazos, y mañana agasajos! No eran pocos los indultos, y en muchos condenados crecía la esperanza. Pero Vlásov, que tenía en cuenta su causa en comparación con la de otros, y sobre todo su actitud ante el tribunal, creía que su caso era de los peores. Al fin y al cabo, a alguno tendrían que fusilar, y probablemente como mínimo a la mitad de los condenados. Así pues, contaba con que lo fusilarían y lo único a que aspiraba era a mantener la cabeza erguida cuando ocurriera. Habiendo recuperado y visto crecer ese arrojo propio de su carácter, resolvió que iba a mostrarse insolente hasta el final.

Y no tardó en presentarse la ocasión. Chinguli, jefe de la sección de instrucción del NKVD en Ivánovo, recorría un día la prisión cuando, no se sabe por qué (quizá porque gustaba de las emociones fuertes), ordenó que abrieran la puerta de la celda de Vlásov y se puso en el umbral. Tras hacer algunos comentarios, preguntó:

— ¿Quién hay aquí del caso Kady?

Vestía una camisa de seda de manga corta, de las que acababan de aparecer por aquel entonces y a muchos todavía parecían femeninas. Además su persona, o quizás esa camisa, despedía un perfume dulzón que se esparcía por la celda.

Vlásov dio un ágil brinco, se puso en pie sobre la cama y gritó con estridencia:

—¡Fíjate, pero si tenemos aquí un auténtico oficial *de colonias!* ¡Largo de aquí, asesino! — y desde lo alto, escupió con fuerza a la cara de Chinguli.

¡Y dio en el blanco! Chinguli se limpió el salivazo y retrocedió; pues no podía entrar en aquella celda si no era acompañado de seis celadores, y aún en ese caso, no se sabe si tenía derecho a ello.

Los borregos prudentes no deben comportarse así. ¿Y si resulta que este Chinguli tiene tu expediente sobre la mesa y que de él precisamente depende dar el visto bueno a tu indulto? En realidad, no podía ser casual que hubiera preguntado si había alguien del caso Kady. Quizás hasta había venido para eso.

Sin embargo, llega un momento a partir del cual uno siente repugnancia y ya no desea seguir siendo un borrego prudente. En ese momento se ilumina la mente del borrego y éste comprende, como el resto de la especie, que todos están destinados a perder la carne y la lana, y que no es ya la vida lo que pueden ganar, sino sólo un aplazamiento. Entonces se sienten deseos de gritar: «¡Malditos seáis todos, disparad ya de una vez!».

Durante los cuarenta y un días que Vlásov estuvo aguardando la muerte, se apoderó de él cada vez con mayor fuerza este sentimiento de rabia. En la prisión de Ivánovo le propusieron dos veces que firmara un recurso de gracia y las dos veces se negó.

Pero cuando llegó el día número cuarenta y dos, lo llevaron a un box y le comunicaron que el Presidium del TsIK de la URSS conmutaba la medida suprema por veinte años de reclusión, a cumplir en campos de trabajo correccionales, seguidos de otros cinco de privación de derechos civiles.

Vlásov, lívido, sonrió con una mueca e incluso tuvo ánimos para responder:

— Qué raro. Me condenaron porque no creía en la victoria del socialismo en un solo país. Pero parece que tampoco confía en ello Kalinin, si es que piensa que dentro de veinte años aún precisaremos de campos penitenciarios.

Entonces veinte años parecían una eternidad. Lo curioso es que iba a haber necesidad de ellos aún pasados cuarenta.

12. Tiurzak (135)

¡Ay, qué buena palabra rusa esa de *ostrog* (penal), y qué recia! ¡Qué bien construida! Parece hacernos sentir la misma solidez de esos muros, de los que no hay modo de escapar. Son seis letras que lo reúnen todo: el rigor *(strógost),* el arpón *(ostrogá),* la púa *(ostrotá)* — como las púas del erizo cuando se te clavan en los morros, como la ventisca que azota tu rostro aterido y te echa la nieve en los ojos, como las estacas puntiagudas que delimitan el perímetro del campo, y, una vez más, como el alambre de espino — y tampoco anda lejos la precaución *(os-torozhnost)* — la de los presos —, ¿y por qué no el asta *(rog)?* ¡El cuerno inhiesto, prominente, que apunta en nuestra dirección!

Cuando contemplamos en conjunto los usos y costumbres del penal ruso, la vida de esta institución durante los últimos noventa años, pongamos por caso, no vemos un asta, sino dos: los de «Naródnaya Volia», los populistas, estrenaron el asta por la punta, por la parte que se clava, ahí donde el golpe resulta más punzante, aunque lo recibas en el esternón; luego todos los contornos fueron redondeándose, suavizándose hasta que sólo quedó una base roma; aquello ya no parecía un asta ni mucho menos, era más bien un espacio abierto y velludo (estamos a principios del siglo XX).

Pero bien pronto (a partir de 1917) empiezan a insinuarse las aristas de un segundo hueso. La nueva asta se deja adivinar cuando palpamos por la abertura, cada vez que oímos «¡No está permitido!», (**T101**) y empieza a crecer, se estrecha y se afila hasta que se convierte en cuerno, para clavarse de nuevo, en 1938, en esta cavidad situada encima de la clavícula, en la base del cuello: ¡Tiurzak! Y desde entonces, una vez al año, suena un bordón en la noche, como si una campana tañera desde su lejana atalaya: ¡TON-N-N!... (**136**)

Si completamos esta parábola valiéndonos de las vivencias de un recluso de Schlisselburg *(El trabajo grabado*, de Vera Figner), al principio sentiremos pavor: al preso le asignaban un número y nadie se dirigía a él por su apellido; los gendarmes parecían adiestrados en la Lubianka: no soltaban palabra; si el preso se atrevía a murmurar: «nosotros...», le respondían: «¡Hable sólo en propio nombre!». El silencio, sepulcral. La celda, en perpetua penumbra; los cristales, esmerilados; el suelo, asfaltado. El postigo de la ventana se abría cuarenta minutos al día. Para comer, sopa de coles sin carne, y *kasha*. En la biblioteca, las obras científicas están excluidas de préstamo. Dos años seguidos sin ver un alma. Hasta cumplidos tres años de condena no daban hojas de papel, y aun entonces, numeradas.

Más tarde, el asta va perdiendo punta poco a poco y se ensancha: aparece el pan blanco, té con azúcar por raciones; y si había dinero se podía comprar algo más; tampoco fumar estaba prohibido; se colocaron cristales transparentes; el cuarterón de la ventana puede estar abierto continuamente, las paredes pintadas de colores más claros; y de pronto también libros, que podían retirarse de las bibliotecas de San Petersburgo mediante suscripción; los huertos estaban separados por verjas, de modo que los reclusos podían charlar entre sí, e incluso dar o escuchar conferencias.

A estas alturas los presos comenzaban a exigir: ¡Dadnos más tierra, más! Y se parcelaron dos espaciosos patios para dedicarlos al cultivo. ¡Pronto tuvieron cuatrocientas cincuenta variedades de flores y hortalizas! Y hubo quien hasta empezó colecciones científicas. Se montó un taller de carpintería, de herrería, se ganaba dinero, se compraban libros, incluso sobre política, (**137**) y se recibían revistas del extranjero. Y podían mantener correspondencia con los familiares. ¿Y qué hay del paseo? Pues tanto como les apeteciera, como si querían estarse todo el día.

Y poco a poco, recuerda Figner, «ya no era el celador el que nos increpaba, sino nosotras a él».

En 1902 uno de los vigilantes se negó a dar curso a una queja de Figner y ella *¡le atrancó los galones!* ¿Y cuáles fueron las consecuencias? Pues que vino un juez de instrucción militar y *¡pidió mil disculpas* a Figner por la conducta del guardián!

¿A qué se debieron aquel ensanchamiento del asta, aquella suavización? Figner los atribuye en parte a la humanidad de algunos alcaides aislados, y en parte al hecho de que «los gendarmes se hicieron a los presos», de que se acostumbraron a ellos. En mucho se debió a la entereza de los presos, a su dignidad y su firme actitud. De todos modos, yo creo que estaba en el aire de aquellos tiempos, en aquella humedad y frescor general que disipaba los nubarrones de la tormenta, en aquella brisa de libertad que ya empezaba a soplar sobre la sociedad, ¡aquello dio el primer impulso! De no ser por esto, los lunes los habrían puesto a estudiar el Curso Breve junto con los gendarmes (bueno, aún no lo tenían) y les hubieran seguido apretando las clavijas, hubieran seguido tirando de la cuerda.

Y Vera Figner, por arrancarle los galones a un guardián, hubiera recibido, en lugar de la oportunidad de escribir sus memorias, *nueve gramos* de plomo en un sótano cualquiera.

Naturalmente, el sistema penitenciario zarista no se tambaleaba ni llegó a relajarse porque sí, sino debido a que toda la sociedad, solidaria con los revolucionarios, ponía su empeño en zarandearlo y ridiculizarlo. El zarismo perdió la cabeza no en los tiroteos callejeros de febrero de 1917, sino algunas décadas antes, cuando la juventud de las familias acomodadas empezó a tener por un honor haber estado en la cárcel, y cuando los oficiales del Ejército (y hasta los de la Guardia) comenzaron a considerar deshonroso estrechar la mano de un gendarme.

Y cuanto más se relajaba el sistema penitenciario, con más nitidez prevalecía la «ética de los presos políticos», y los militantes de los partidos revolucionarios tanto más claramente tomaban conciencia de su fuerza y la de sus propias leyes, no dictadas por el Estado.

Así entraba Rusia en el año Diecisiete, y con él a cuestas, en el Dieciocho. Y si aquí pasamos inmediatamente al año 1918 es porque el objeto de nuestro análisis no nos permite detenernos en 1917: a partir de marzo se quedaron vacías todas las cárceles políticas (y también las de los comunes), así como las

de prisión preventiva, las de reclusión y los presidios. Resulta asombroso cómo pudieron sobrevivir los funcionarios de prisiones y presidios, seguramente tuvieron que llegar a fin de mes a base de patatas cultivadas en pequeños huertos. (A partir de 1918 las cosas les irían mejor, y en la prisión de Shpálernaya, en 1928, servían sus últimos años con el nuevo régimen, como si nada.)

A partir del último mes de 1917 empezó a verse claro que sin cárceles no se iba a ninguna parte, que ciertas personas no podían estar más que entre rejas (véase el capítulo II), sencillamente porque en la nueva sociedad no había lugar para ellas. Así se salvó el espacio mullido entre las astas y pudo empezar a palparse la segunda protuberancia.

Como es natural, de inmediato se pusieron a proclamar que no se repetirían nunca más los horrores de las cárceles zaristas, que no podría darse ninguna clase de «reeducación coercitiva», ni imposición de silencio, ni incomunicación, ni aislar a los reclusos en los paseos, ni hacerles marcar el paso en fila india, y ni siquiera mantener las celdas cerradas con llave, (**138**) o sea, reuníos, estimados huéspedes, charlad cuanto queráis, quejaos unos a otros de los bolcheviques.

Mientras, los esfuerzos de las nuevas autoridades penitenciarias se concentraban en mejorar la eficacia de la guardia en el perímetro exterior de las cárceles y en integrar en el nuevo sistema de prisiones los establecimientos zaristas que habían heredado (ésta era precisamente *aquella parte* de la máquina estatal que no convenía destruir y reorganizar). Por fortuna, se descubrió que la guerra civil no había causado destrozos ni en las casas centrales ni en los *ostrog* — las penitenciarías — y que lo único que hacía falta era erradicar los nombres mancillados por el pasado. De modo que ahora los llamaban *polítizoliatori* (centros de aislamiento político), una denominación en la que se aunaban dos nociones: primero, el reconocimiento de los antiguos partidos revolucionarios como adversarios políticos, y segundo, que el confinamiento no tenía carácter punitivo, sino que se trataba simplemente de aislar (evidentemente, de manera provisional) a esos revolucionarios pasados de moda del avance de la nueva sociedad. Así pues, las bóvedas de las antiguas casas centrales volvieron a acoger a los socialistas revolucionarios, anarquistas y socialdemócratas (la de Súzdal parece que ya empezó a recibirlos durante la guerra civil).

Pero todos volvían a presidio conscientes de sus derechos de preso, que sabían defender según una antigua tradición ya puesta a prueba. Consideraban una legítima conquista (arrancada a los zares y confirmada por la Revolución): la *ración especial de los políticos* (que incluía medio paquete de cigarrillos al día); la posibilidad de encargar género en el mercado (requesón, leche); los paseos diarios sin limitaciones, y tantas horas como quisieran; el tratamiento de «usted» por parte de la guardia (en tanto que ellos no se levantaban a la entrada de las autoridades de la cárcel); que marido y mujer compartieran celda; poder tener consigo periódicos, revistas, libros, recado de escribir y objetos personales, incluso navaja y tijeras; poder enviar y recibir cartas tres veces al mes; una entrevista mensual; y, naturalmente, que nada tapara las ventanas (por entonces aún no habían inventado los «bozales»); ir con libertad de celda en celda; tener plantas y lilas en los patinillos de paseo; elegir libremente a los compañeros de paseo y poder arrojar saquitos de correspondencia de un patio a otro; y por último, que las embarazadas (**139**) pudieran abandonar la cárcel dos meses antes de salir de cuentas para ser enviadas al simple destierro.

Todo esto no era sino el antiguo *régimen de los políticos.* Sin embargo, nuestros presos de los años veinte recordaban algo aún más excelso: el autogobierno de los presos políticos, y en consecuencia la sensación de sentirse, aun en la cárcel, como parte de un todo, como miembros de una comunidad. El autogobierno (elección libre de un síndico responsable y portavoz ante la administración de los intereses de todos los presos) mitigaba la opresión que ejerce la cárcel en el individuo aislado, pues les permitía hacer causa común, y reforzaba cada protesta porque todos hablaban como un solo hombre.

¡Y se propusieron la tarea de defender todos estos derechos! ¡Y las autoridades penitenciarias se propusieron hacer lo posible por retirárselos! Y empezó una lucha silenciosa, un combate sin artillería, en el que sólo de vez en cuando sonaban disparos de fusil y el estrépito de cristales rotos, que como ya se sabe, no se oyen a más de medio kilómetro de distancia. Se había entablado una lucha queda por unos vestigios de libertad, por lo que pudiera haber quedado del derecho a opinión, y esta lucha duró casi veinte años, aunque jamás se editaron sobre ella grandes volúmenes repletos de ilustraciones. Y todos sus altibajos, las listas de victorias y

derrotas, ahora casi nos son inaccesibles, pues ya sabemos que en el Archipiélago no existe la lengua escrita y que en él la muerte interrumpe la tradición oral. De vez en cuando, todo lo que nos llega es un retazo casual de aquella lucha, iluminado por un claro de luna, una luz indirecta que no ilumina lo bastante.

Además, ¡qué soberbios nos hemos vuelto desde entonces! Ahora que hemos conocido batallas de tanques y explosiones nucleares, ¿cómo va a parecernos una lucha que cuando echaron la llave en las celdas los presos ejercitaran su derecho a comunicarse dando golpecitos en la pared?, ¿que hablaran a gritos por las ventanas?, ¿que descolgaran mensajes de un piso a otro con un hilo, o que insistieran en que por lo menos el síndico de cada fracción política pudiera recorrer las celdas a su antojo? ¿Qué lucha puede parecernos que cuando entró en una celda el director de la Lubianka, la anarquista Anna G-va. (1926) o la socialista revolucionaria Katia Olítskaya (1931) se negaran a levantarse? (Y aquel salvaje inventó entonces este castigo: privarlas del derecho... a salir a la letrina.) ¿Qué lucha puede parecernos que dos muchachas, Shura y Vera (1925), para protestar contra una orden de la Lubianka — la de hablar sólo en voz baja, dirigida a aplastar la personalidad — se pusieran a cantar en voz alta en la celda (únicamente sobre las lilas en primavera) y que entonces el jefe de la prisión, el letón Dukes, las arrastrara por todo el pasillo hasta el retrete llevándolas del pelo? ¿O que en un vagón penitenciario (1924), procedente de Leningrado, los estudiantes se pusieran a cantar canciones revolucionarias y que por ello el policía de escolta les suprimiera el agua? ¿Y que ellos le gritaran: «¡Esto no lo habría hecho ni una escolta zarista!», y que el policía entonces los apaleara? ¿O que el socialista revolucionario Kozlov, en el traslado a Kem, llamara en voz alta verdugos a los de la escolta, y que por ello se lo llevaran a rastras y lo golpearan?

La verdad es que nos hemos acostumbrado a entender por valentía sólo la militar (bueno, y quizá la del que navega en una nave espacial); en todo caso, sólo la valentía que viene acompañada por un tintineo de condecoraciones. Pero hemos olvidado otra valentía, la cívica, ¡y es ésta y sólo ésta la que necesita nuestra sociedad! ¡Y cuánta falta nos hace!

En 1923, en la prisión de Viatka, el socialista revolucionario Struzhinski y sus compañeros (¿Cuántos eran? ¿Cómo se llamaban? ¿Por qué protestaban?) se parapetaron en su celda, rociaron de petróleo los colchones y se autoinmolaron, dentro de la mejor tradición de Schlisselburg, por no remontarnos más lejos. ¡Pero menudo alboroto se armaba *entonces*, cómo se conmocionaba la sociedad rusa por entero! Y ahora, en cambio, no supieron nada ni en Viatka, ni en Moscú; ni la Historia llegó a enterarse. ¡Y sin embargo, se trataba de carne humana, crepitando igual que antaño bajo las llamas!

En esto consistía la primera idea que dio lugar a Solovki: es un buen lugar todo aquel que permanece medio año aislado del mundo exterior. Desde aquí nadie te oirá gritar, y si quieres puedes hasta quemarte vivo. En 1923 trasladaron hasta ahí a presos socialistas de Pertominsk (península del Onega) y los repartieron por tres ermitas aisladas.

Por ejemplo, la ermita de San Sawa, que consistía en los dos edificios de la antigua hospedería de peregrinos y parte del lago que penetraba en la zona penitenciaria. Los primeros meses todo parecía normal: se observaba el régimen de los presos políticos, varios parientes habían conseguido entrevistas y las autoridades de la prisión tenían como únicos interlocutores a los tres síndicos electos de los partidos políticos. Además, el área de la ermita era una zona libre, dentro de ella los presos podían hablar, pensar y hacer lo que les pareciera.

Pero ya entonces, en los albores del Archipiélago, corrían graves e insistentes rumores (todavía no se les daba el nombre de «parasha») (**T102**): van a suprimir el régimen penitenciario de los políticos..., a los políticos los van a privar del régimen especial...

Y efectivamente, Eichmans, (**140**) jefe del campo de Solovki, esperó hasta mediados de diciembre, cuando quedaba interrumpida la navegación y todo contacto con el mundo exterior, para anunciar que se habían recibido nuevas instrucciones relativas al régimen penitenciario. ¡Naturalmente, no queda del todo suprimido, claro que no! Sólo se restringe el derecho a correspondencia y alguna cosilla más, pero el más duro golpe se deja sentir desde hoy mismo: a partir del 20 de diciembre de 1923 prescribe el derecho de

entrar y salir libremente de los edificios a cualquier hora del día; desde ahora sólo estará permitido en horas diurnas, hasta las 6 de la tarde.

Los grupos políticos decidieron protestar y reclutaron voluntarios entre los socialistas revolucionarios y los anarquistas: el primer día de prohibición saldrían a pasear justo a las seis de la tarde.

Pero Nogtiov, el jefe de campo en la ermita de San Sawa, estaba tan ansioso por darle al fusil, que *antes* de que dieran las seis (¿o quizás es que los relojes no andaban a la par? En aquel entonces no daban la hora oficial por la radio) los soldados de escolta entraron en la zona con sus fusiles y abrieron fuego contra los que, todavía legalmente, estaban paseando. Tres descargas. Seis muertos y tres heridos graves.

Al día siguiente se presentó Eichmans: había sido un triste malentendido. Nogtiov sería destituido (o sea, trasladado y ascendido). En el entierro de las víctimas el coro de reclusos elevó un cántico en el profundo silencio de Solovki:

Víctimas caídas en combate fatal... (**T103**)

(¿No sería ésta la última vez que se permitía entonar esta solemne melodía por los compañeros recién caídos?) Sobre la tumba depositaron una gran piedra y grabaron en ella los nombres de los difuntos. (**141**)

No puede decirse que la prensa ocultara el acontecimiento. En *Pravda* hubo una nota en letra menuda: los presos *habían atacado* a los guardianes y seis personas habían resultado muertas. En cambio, el honesto periódico *Rote Fahne* habló de una *revuelta* en Solovki.

Entre los socialistas revolucionarios de la ermita de San Sawa estaba Yuri Podbelski, quien reunió los documentos forenses de la matanza de Solovki por si podía publicarlos algún día. Al cabo de un año, sin embargo, durante un registro en la prisión de tránsito de Sverdlovsk descubrieron el doble fondo de su maleta y se apoderaron de lo que había en el escondrijo. Otro tropiezo de la Historia rusa...

¡Pero habían logrado que se mantuviera el régimen especial! Y durante un año entero nadie volvió a hablar de cambiarlo.

Eso se refiere al año 1924. Pero cuando éste estaba tocando a su fin, de nuevo corrieron insistentes rumores de que en diciembre se disponían otra vez a implantar un nuevo régimen. El dragón volvía a tener hambre y exigía nuevas víctimas.

Y he aquí que los tres eremitorios donde estaban confinados los socialistas — San Sawa, la Trinidad y Muksalma — a pesar de hallarse dispersos en distintas islas, fueron capaces de ponerse de acuerdo a escondidas. El mismo día, las fracciones políticas de las tres ermitas hicieron llegar una declaración y un ultimátum a Moscú y a la administración de Solovki para que los sacaran a todos de allí antes de que quedara interrumpida la navegación, o que el régimen continuara sin cambios. El plazo del ultimátum era de dos semanas y en caso de negativa, las tres ermitas se declararían en huelga de hambre.

Semejante unidad hizo que se les escuchara. Un ultimátum como aquél no podía dejarse de tener en cuenta. Sin embargo, la víspera de cumplirse el plazo se presentó Eichmans en cada una de las ermitas e informó de que Moscú había rechazado las demandas. El día señalado empezó en las tres ermitas (que habían perdido ahora la posibilidad de comunicarse) una huelga de hambre (aunque no era un ayuno «en seco», pues agua sí bebían). En San Sawa secundaron la huelga alrededor de doscientos hombres, salvo los enfermos, a quienes dispensaron del ayuno. Uno de los presos, que era médico, visitaba cada día a los hombres en huelga. Siempre es más difícil la huelga de hambre colectiva que la individual, puesto que la primera debe regirse por los más débiles y no por los más fuertes. Una huelga de hambre sólo tiene sentido si existe una determinación implacable, si cada hombre conoce personalmente a los demás y está seguro de ellos. Dada la existencia de diversas fracciones políticas, y tratándose de varios centenares de hombres, las discordias eran inevitables, así como la carga moral de unos sobre otros. Después de quince días, en San Sawa hubo que

proceder a una votación secreta para decidir si se continuaba la huelga o se desconvocaba (la urna fue pasando por las habitaciones).

Moscú y Eichmans se mantenían a la expectativa: a fin de cuentas, ellos estaban bien comidos, los periódicos de la capital no habían puesto el grito en el cielo por lo de la huelga, y los estudiantes no convocaban mítines ante la catedral de la Virgen de Kazán. (**T104**) Un hermético silencio había comenzado a conformar de forma inexorable nuestra historia.

Las ermitas cesaron la huelga. Por tanto no alcanzaron ninguna victoria. Pero, según se vio después, tampoco habían perdido: durante el invierno se mantuvo el antiguo régimen, al que sólo se añadió la tarea de recoger leña en el bosque, lo cual no estaba exento de cierta lógica. En la primavera de 1925 pareció, por el contrario, que la huelga se había ganado: ¡Se llevaron de Solovki a los presos de las tres ermitas que habían tomado parte en la huelga! ¡Se los llevaban al continente! ¡Se acabaron la noche polar y los seis meses anuales de incomunicación!

Pero la escolta que debía conducirlos era tan rigurosa (para lo que era aquella época) como exiguos eran los víveres previstos para el viaje. Pronto fueron víctimas de un pérfido engaño: los separaron de sus dirigentes con el pretexto de que los síndicos estarían más cómodos en el vagón de «intendencia», que transportaba los pertrechos y provisiones. El vagón de los síndicos fue desengachado en Viatka y enviado al *izoliator* de Tobolsk. Hasta llegar a este punto no comprendieron que la huelga de hambre del pasado otoño había fracasado: los separaban de sus síndicos, fuertes e influyentes, para poder someter al resto al nuevo régimen penitenciario. Yagoda y Katanián dirigieron en persona el traslado de los antiguos reclusos de Solovki a un centro penitenciario que ya existía desde hacía tiempo pero que hasta entonces no había estado habitado, el *izoliator* de Verjne-Uralsk, que este grupo «inauguró» en la primavera de 1925 (Dupper fue el alcaide) y que en décadas sucesivas sería un célebre y temido lugar.

En el nuevo lugar los veteranos de Solovki perdieron inmediatamente su libertad de movimiento, pues las celdas se cerraban con llave. Consiguieron pese a todo elegir a unos nuevos síndicos, pero éstos no estaban autorizados para ir de celda en celda. Se prohibió el derecho, hasta entonces ilimitado, a intercambiar dinero, objetos y libros entre celdas. Los reclusos se hablaban a gritos por las ventanas, hasta que un día el centinela disparó contra las celdas desde su torre. Aquellos veteranos respondieron organizando lo que denominaban una «protesta por obstrucción»: rompieron los cristales y dañaron el material de la prisión. (Pero en nuestras cárceles hay que pensárselo muy bien antes de romper una ventana, pues puede que no las reparen en todo el invierno, no tendría nada de extraño. En tiempos del zar sí se podía, porque el vidriero acudía al instante.) La lucha continuó, pero ya con desesperación y llevando las de perder.

Hacia el año 1928 (según cuenta Piotr Petróvich Rubin), hubo algún motivo que provocó una nueva huelga de hambre colectiva de todo el *izoliator* de Verjne-Uralsk. Pero ahora ya no había esa atmósfera rigurosa y solemne, ni el aliento de los compañeros, ni la atención de un médico propio. Un día, en plena huelga de hambre, los carceleros irrumpieron en las celdas en número muy superior al de los reclusos y la emprendieron a estacazos y patadas contra aquellos hombres debilitados. Los apalizaron a conciencia y se terminó la huelga de hambre.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Aquella fe ingenua en la efectividad de la huelga de hambre nos venía de la experiencia del pasado y de la literatura de antaño. No obstante, la huelga de hambre es un arma meramente moral y presupone que el carcelero conserve aún un vestigio de conciencia. O bien que tema a la opinión pública. Sólo entonces puede ser eficaz.

En esto, los carceleros zaristas aún no habían madurado; en cuanto un preso se declaraba en huelga de hambre se mostraban muy inquietos, lanzaban exclamaciones, cuidaban de él, lo ingresaban en un hospital. Abundan los ejemplos, pero no son ellos el propósito de esta obra. Hasta da risa decir que a Valentínov le bastaron doce días de huelga de hambre para conseguir... no algún privilegio en el régimen de reclusión, sino el *levantamiento total* de la prisión preventiva y el sobreseimiento del sumario (partió para Suiza para unirse a Lenin).

Hasta en el Presidio Central de Orel, los que hacían huelga de hambre siempre se salían con la suya. En 1912 consiguieron suavizar el régimen carcelario; y en 1913 nuevos privilegios, entre ellos que a la hora del paseo pudieran salir a la vez todos los presos políticos, a los que — según se deja ver — vigilaban tan poco, que consiguieron redactar y enviar a la calle un llamamiento «Al pueblo ruso» (¡de parte de los presidiarios de una casa central!). Y por si fuera poco, encima lo publicaron (¡Cosas así le dejan a uno de piedra! ¿Quién se ha vuelto loco, ellos o nosotros?) en 1914, en el primer número del *Heraldo del Presidio y el Destierro.* (**142**) (¿Y qué les parece la existencia misma de este *Heraldo?* ¡A ver quién intenta publicar uno ahora!)

En 1914, con sólo cinco días de huelga de hambre — aunque debemos reconocer que sin agua —, Dzerzhinski y cuatro de sus compañeros vieron completamente satisfechas sus numerosas exigencias (relativas todas a las condiciones materiales.) (**143**)

En aquellos años, una huelga de hambre no presentaba para el preso más peligro ni molestia que los sufrimientos propios del ayuno. Por una huelga de hambre no lo podían apalizar, ni juzgar de nuevo, ni prolongarle la pena, ni fusilarlo, ni trasladarlo. (Todo esto vino después.)

Durante la revolución de 1905, y en los años que siguieron, los presos se sentían tan dueños de la cárcel que ya ni se molestaban en declarar huelgas de hambre. En vez de eso, practicaban la «protesta por obstrucción» (destruir material de la prisión) o bien organizaban una simple *huelga,* aunque ello pueda parecer un sinsentido tratándose de presos. Pero veamos: en 1906, en la ciudad de Nikoláyev, 197 presos se declararon en «huelga», no sin antes haberse puesto de acuerdo con *los de fuera.* Sus camaradas en el exterior difundieron octavillas acerca de la huelga y convocaron mítines diarios ante la cárcel. Con los mítines (y las voces de los propios presos, que como se comprenderá, se asomaban a las ventanas desprovistas de «bozales») la administración no tuvo más remedio que prestar oídos a las reivindicaciones de los «huelguistas». Después de los mítines, todos juntos, los de la calle y los que estaban tras las rejas, entonaban cánticos revolucionarios. ¡Y así durante ocho días! (¡Sin que nadie levantara un dedo! ¡Y eso en el año de represión reaccionaria que siguió a la revolución!) ¡Al noveno día, fueron satisfechas todas las reivindicaciones de los presos! Por aquel entonces hubo episodios semejantes en Odessa, Jérson y en Elisavetgrado. ¡Qué fácil era entonces conseguir la victoria!

Sería curioso comparar, de pasada, cómo se hacían las huelgas de hambre durante el Gobierno Provisional, pero los pocos bolcheviques que estuvieron encerrados entre julio y el pronunciamiento de Kornílov (Kámenev, Trotski y Raskólnikov, este último un poco más) no tuvieron motivos para declararse en huelga de hambre, pues aquello no era un régimen penitenciario, ni mucho menos.

En los años veinte empieza a ensombrecerse este cuadro de las huelgas de hambre hasta ahora tan animado (bueno, animado según desde qué ángulo se mire...). Este medio de lucha, bien conocido de todos y que con tanta gloria había demostrado su efectividad, pasa a ser empleado no sólo por los presos reconocidos como «políticos», sino también por los «KR» (los del Artículo 58) que no entraban en dicha categoría, así como por toda clase de reclusos de diversa adscripción. Sin embargo, esas flechas, antes tan penetrantes, tenían ahora la punta algo roma, o bien una mano de hierro las cazaba al vuelo. Cierto que todavía se admitían declaraciones de huelga de hambre por escrito y que no se veía en ellas nada subversivo. Pero se impusieron nuevas y muy molestas condiciones: el preso en huelga de hambre debía ser aislado en un calabozo especial (en Butyrki está en la Torre de Pugachov); de la huelga de hambre no podían tener conocimiento ni los camaradas de la calle, tan propensos a organizar mítines, ni los reclusos de las celdas vecinas, y ni siquiera los de aquella celda en la que había estado el preso hasta entonces, pues también ellos son opinión pública de la que conviene aislarlo. Se justificaba esta medida diciendo que la administración debía tener la certeza

de que se observaba el ayuno sin trampas, que los compañeros de celda no proporcionaban comida al preso. (¿Y antes cómo se cercioraban? ¿Les bastaba con su «palabra de honor»?)

De todos modos, en aquellos años con una huelga de hambre aún era posible ver satisfechas reivindicaciones individuales.

Mas a partir de los años treinta la doctrina oficial respecto a las huelgas de hambre da un nuevo viraje. Porque por mucho que estuvieran debilitadas, aisladas y medio sofocadas, ¿qué bien podían hacerle al Estado aquellas huelgas de hambre? ¿Acaso no era una concepción más idónea ver en los presos unos seres sin pizca de voluntad ni determinación por los que debía pensar y decidir la administración? Tanto más que tal vez fuera ésta la única clase de presos con derecho a existir en la nueva sociedad.

De modo que a partir de los años treinta dejaron de admitirse las declaraciones de huelga de hambre, que hasta entonces habían tenido carta legal: «¡La huelga de hambre como medio de lucha *ya no existe!*», le anunciaron a Ekaterina Olitskaya y a otros muchos en 1932. ¡El régimen ha abolido vuestras huelgas de hambre! ¡Y basta! Pero Olitskaya no obedeció y cesó de comer. Los primeros quince días la dejaron hacer en su calabozo aislado, pero luego la llevaron al hospital y la tentaron con leche y *sujarí*. Sin embargo, ella se mantuvo firme, hasta que al decimonoveno día consiguió la victoria: obtuvo paseos más prolongados y el derecho a recibir periódicos y paquetes de la Cruz Roja política. (¡Cuántos sinsabores para conseguir ese auxilio que por derecho le correspondía!) En resumidas cuentas, había sido una victoria insignificante y el precio, excesivo.

Olitskaya recuerda las huelgas de hambre de otros presos, igualmente insensatas: veinte días de ayuno para conseguir la entrega de un paquete o para poder cambiar de compañero de paseo. ¿Acaso valía la pena? Porque en la Prisión de Nuevo Modelo no había modo de recuperar las fuerzas perdidas. Koloskov, miembro de una secta religiosa, estuvo veinticinco días haciendo huelga de hambre hasta que murió. ¿Cómo iba uno a permitirse una huelga de hambre en la Prisión de Nuevo Modelo? Porque hay que pensar que dadas las nuevas condiciones de silencio y secreto, ahora los carceleros disponían de poderosos medios para combatir las huelgas de hambre:

1. La paciencia de la administración. (La hemos visto suficientemente en los anteriores ejemplos.)

2. El engaño. Una vez más, amparado en el silencio, porque no se puede mentir durante mucho tiempo si los periódicos informan de cada paso que se da. Pero aquí, en nuestro país, ¿qué puede impedir el engaño?

En 1933, en la prisión de Jabarovsk, S.A. Chebotariov llevaba diecisiete días en huelga de hambre exigiendo que se comunicara a su familia dónde se encontraba. (Se habían presentado unos hombres del Ferrocarril Chino-Oriental y Chebotariov «desapareció» de repente. Le inquietaba lo que pudiera pensar su esposa.) En el decimoséptimo día fueron a verle el vicepresidente de la OGPU regional, Západni, y el fiscal de la región de Jabarovsk (por su alta graduación podía verse que las huelgas de hambre prolongadas no era cosa frecuente) y le mostraron el resguardo de un telegrama (¿ves?, tu esposa ya está informada), con lo que le convencieron para que tomara un caldo. ¡Pero el resguardo era falso! (Y de todos modos, ¿por qué se preocupaban unas personas de tan alta graduación? Desde luego, no sería porque les importara la vida de Chebotariov. A todas luces, en la primera mitad de los años treinta el administrador que permitía que una huelga de hambre se prolongase seguía teniendo cierta responsabilidad personal.)

3. La alimentación forzada, un procedimiento tomado indiscutiblemente de los jardines de fieras. Para poder aplicarlo es imprescindible que haya secreto. No hay duda de que en 1937 la alimentación artificial estaba a la orden del día. Por ejemplo, en la prisión central de Yaroslavsk, a los socialistas en huelga de hambre colectiva se les aplicó a todos alimentación artificial a partir del decimoquinto día.

Este acto tiene mucho de violación, y en el fondo no es otra cosa: cuatro forzudos se precipitan sobre un ser debilitado para conseguir que rompa su voto una sola vez, luego ya no importa lo que sea de él. Es una violación porque se somete una voluntad ajena: no serás tú, sino yo quien se salga con la suya, así que tiéndete y sométete. Te abren la boca con un disco plano, te separan los dientes y te introducen un tubo: «¡A

tragar!». Y si no tragas, te meten el tubo más adentro, de manera que el líquido alimenticio vaya a parar directo al esófago. Luego te dan un masaje en el vientre para que no recurras al vómito. Uno siente su alma profanada, y también un dulce sabor de boca y una succión jubilosa en el estómago, casi voluptuosa.

La ciencia ha hecho progresos y ha desarrollado otros procedimientos de alimentación, como la lavativa en el recto o las gotas en la nariz.

4. Una nueva forma de entender la huelga de hambre: dado que se trata de la continuación de la actividad contrarrevolucionaria dentro de la cárcel, debe ser sancionada con una prolongación de la pena. Ello prometía dar lugar a una nueva y riquísima categoría de prácticas en la Prisión de Nuevo Modelo, pero en esencia no pasó del terreno de las amenazas. Y si esta práctica no siguió adelante, evidentemente no fue por desenfado, sino tal vez por simple pereza: ¿Para qué complicarse la vida si podemos recurrir a la paciencia? Paciencia y más paciencia. La paciencia del harto frente al hambriento.

Hacia mediados de 1937 llegaron nuevas directivas: ¡En adelante, la administración de las cárceles *quedaba exenta de toda responsabilidad por las defunciones debidas a huelga de hambre!* ¡Había desaparecido la última responsabilidad personal de los funcionarios de prisiones! (Ahora, el fiscal del distrito ya no hubiera visitado a Chebotariov.) Es más: para ahorrar preocupaciones a los jueces de instrucción, se propuso que los días pasados en huelga de hambre fueran descontados del plazo de prisión preventiva, es decir, que se considerara no sólo que no había habido tal huelga, sino incluso que aquellos días de retraso en la instrucción contaran ¡como pasados en libertad! ¡La única consecuencia perceptible de una huelga de hambre había de ser la extenuación del preso!

En otras palabras: ¿Conque quieres reventar? ¡Pues venga, adelante!

Arnold Rappoport tuvo la mala fortuna de iniciar su huelga de hambre justo cuando llegaron las nuevas directivas a la prisión interior de Arjánguelsk. Había escogido la forma más severa y, al parecer, más eficaz: un ayuno «en seco» del que llevaba ya trece días (comparen ustedes con los cinco días que aguantó en seco Dzerzhinski, que además probablemente no estaba en una celda aislada. Y su victoria fue total). En esos trece días, sólo un enfermero asomó alguna vez por la celda aislada donde lo tenían metido, ni siquiera fue a verle el médico, ni nadie de la administración se interesó, al menos, por saber qué pretendía con aquella huelga de hambre. No llegaron a preguntárselo... La única atención que le prestaron fue la de registrar a fondo la celda y quitarle un poco de tabaco barato y algunas cerillas que tenía escondidas.

Pues bien, lo que exigía Rappoport era que cesara el trato vejatorio de que estaba siendo objeto durante la instrucción del sumario. Se había preparado científicamente para la huelga de hambre: del paquete que había recibido antes de iniciarla sólo había comido la mantequilla y las roscas blancas, mientras que llevaba una semana sin probar el pan negro. Llegó a tal extremo su ayuno que las palmas de las manos le transparentaban. Recuerda que tenía una gran sensación de ligereza y lucidez mental. Un día entró en su celda Marusia, una celadora amable y sonriente, que le susurró: «Abandone la huelga, no conseguirá nada, sólo morirse. Debió haberla empezado usted una semana antes...».

Él le hizo caso y rompió el ayuno sin haber conseguido nada. Bueno, al menos le dieron tinto caliente y un panecillo, que ya es algo, y después los carceleros se lo llevaron en brazos a la celda común. Al cabo de unos días se reanudaron los interrogatorios. (No obstante, la huelga de hambre no había sido del todo inútil: el juez comprendió que Rappoport tenía una voluntad de hierro y que estaba dispuesto a morir, por lo cual suavizó el procedimiento de instrucción. «¡Me han dicho que eres un lobo!» — le dijo el juez —. «Cierto, un lobo», confirmó Rappoport, «pero nunca vuestro perro».)

Rappoport inició otra huelga de hambre, esta vez en la prisión de tránsito de Kotlás, pero ésta tuvo un carácter más bien cómico. Anunció que exigía una nueva instrucción sumarial y que se negaba al traslado. Al tercer día fueron a buscarlo: «¡Prepárese para partir!», «¡No tienen derecho», les respondió, «estoy en huelga de hambre!» Entonces, cuatro bravos mozos lo levantaron, lo llevaron en volandas y lo arrojaron al baño. Después del baño se lo llevaron, también en brazos, al puesto de guardia. No hubo nada que hacer,

Rappoport se puso de pie y se incorporó a la columna de presos: téngase en cuenta que ya tenía los perros y las bayonetas a la espalda.

Así triunfó la Prisión de Nuevo Modelo sobre la burguesa huelga de hambre.

Ni siquiera los fuertes tenían forma de resistirse a la máquina penitenciaria, quizá sólo el suicidio. ¿Pero acaso es resistencia el suicidio? ¿No será sumisión?

La socialista revolucionaria Y. considera que los trotskistas y los comunistas que les siguieron en la cárcel desprestigiaron gravemente la huelga de hambre como medio de lucha, pues recurrían a ella con excesiva ligereza, y con la misma facilidad la abandonaban. Cuenta Olitskaya que incluso I.N. Smirnov, su dirigente, después de una huelga de hambre de cuatro días, antes del proceso de Moscú, claudicó enseguida y rompió el ayuno. Dicen que los trotskistas hasta 1936 rechazaban por principio toda huelga de hambre *contra el régimen soviético,* y que nunca brindaron apoyo a los eseristas ni a los socialdemócratas que las declaraban.

En cambio, siempre solicitaron el apoyo de los SR y SD. En 1936, durante un traslado de presos de Karagandá a Kolymá, tacharon de «traidores y provocadores» a los que se negaron a firmar un telegrama que habían escrito a Kalinin en protesta «por el destierro de la *vanguardia de la Revolución* (o sea, los trotskistas) a Kolymá». (Relato de Makotinski.)

Que juzgue la Historia hasta qué punto estaba justificado este reproche. Sin embargo, nadie pagó un precio más alto por las huelgas de hambre que los trotskistas (en la tercera parte tendremos ocasión de hablar de las huelgas de hambre y las protestas que protagonizaron en los campos).

Lo de declarar y abandonar las huelgas de hambre tan a la ligera probablemente fuera propio de unos caracteres impulsivos, que manifiestan sus sentimientos con demasiada precipitación. Tales personalidades se habían dado también entre los viejos revolucionarios rusos, y lo mismo ocurría en Italia y en Francia. Sin embargo, en ningún otro lugar — ni en la Rusia de antes de la Revolución, ni en Italia, ni en Francia — se consiguió que los presos le perdieran el gusto a las huelgas de hambre de forma tan drástica como aquí, en la Unión Soviética. Con toda seguridad, en los segundos veinticinco años de nuestro siglo los presos mantenían las huelgas de hambre con el mismo sacrificio físico y firmeza de ánimo que en el primer cuarto de siglo. ¡Pero es que en nuestro país ya no había opinión pública! Por esto se consolidó la Prisión de Nuevo Modelo, por eso en lugar de victorias fáciles, los presos sufrieron derrotas a un alto precio.

Pasaron las décadas y el tiempo puso las cosas en su sitio. La huelga de hambre pasó de entenderse como el primer y más natural derecho en una prisión a ser vista por los reclusos como algo ajeno e incomprensible, de manera que cada vez fueron menos los dispuestos a declararla. Por su parte, los funcionarios de prisiones empezaron a ver en ella una muestra de estupidez o infracción grave.

En 1960, cuando el delincuente común Guennadi Smelov mantenía una larga huelga de hambre en una prisión de Leningrado, entró en su celda el fiscal (quizás es que estuviera haciendo una ronda por las celdas) y le preguntó:

— ¿Por qué se martiriza usted a sí mismo?

Smelov respondió:

— ¡Aprecio más la verdad que la vida!

Tanto impresionó al fiscal esta frase y su incoherencia que al día siguiente trasladaron a Smelov al Hospital Especial de Leningrado para presos (léase manicomio), donde un doctor le anunció:

— Sospecho que pueda padecer usted esquizofrenia.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

A principios de 1937, siguiendo las vueltas del asta llegamos al punto en que ésta empieza a afinarse y encontramos las antiguas casas centrales, que hoy reciben el nombre de *izoliator esperíal*. Con ellos quedaba eliminado todo vestigio de indulgencia, los últimos restos de aire y de luz. La huelga de hambre de los socialistas, cansados y diezmados, a principios de 1937 en el *izoliator* disciplinario de Yaroslavl, fue un último y desesperado intento.

Continuaban exigiendo lo mismo que antes: la elección de un síndico y el libre tránsito entre las celdas; sí, lo exigían, pero lo más seguro es que ni ellos mismos esperaran conseguirlo. Tras quince días en huelga de hambre, que concluyeron con alimentación por tubo, consiguieron al parecer salvar una parte de su régimen penitenciario: el paseo de una hora, la lectura del periódico regional y cuadernos para notas. Esto sí lo consiguieron, pero acto seguido los despojaron de sus objetos personales y les arrojaron al interior de la celda el uniforme reglamentario, como en cualquier otro *izoliator* especial. Y poco tiempo después les recortaron media hora del paseo. Y más tarde, otro recorte hasta dejarlo en quince minutos.

Eran los mismos hombres que habían pasado ya por una serie de cárceles y destierros como naipes del Gran Solitario. Los había que no sabían lo que era una vida normal desde hacía diez o hasta quince años y que sólo conocían el parco rancho penitenciario y las huelgas de hambre. Aún vivían algunos que antes de la Revolución habían vencido más de una vez a los funcionarios penitenciarios. Sin embargo, en aquella época el tiempo había sido su aliado y luchaban contra un enemigo cada vez más débil. Ahora, en cambio, tenían el tiempo en su contra, aliado esta vez con un enemigo que se iba fortaleciendo. Los había también jóvenes, que se consideraban socialistas revolucionarios, socialdemócratas o anarquistas aun después de que esas formaciones políticas hubieran sido disueltas y hubieran dejado de existir. Eran nuevos afiliados sin más perspectiva que la cárcel.

Alrededor de toda esta lucha — cada año más desesperada — de los socialistas en las prisiones, el aislamiento fue intensificándose hasta crear un vacío. Ya no era como en tiempos del zar, cuando bastaba abrir las puertas de la cárcel para que la sociedad les echara flores. Ahora, cada vez que abrían un periódico veían que se les estaba cubriendo de oprobio, incluso de sucias calumnias (pues los socialistas le parecían a Stalin, precisamente, los más peligrosos enemigos de su socialismo), y que el pueblo callaba. ¿Qué podía pues hacerles pensar que el pueblo simpatizara con los presos?

Más adelante dejaron incluso de publicarse esos baldones en los periódicos: hasta tal punto eran ya inofensivos e insignificantes, incluso inexistentes, los socialistas rusos. Fuera de la cárcel sólo se les recordaba como algo pasado y remoto. La juventud ni siquiera podía imaginar que en alguna parte quedaran eseristas o mencheviques de carne y hueso. En la serie de destierros de Chim-kent y de Cherdyn, metidos en un *izoliator* en Verjne-Uralsk o Vladímir, dentro de un oscuro calabozo incomunicado, ahora ya con bozales en las ventanas, ¿cómo no iba a azorarles la idea de que quizá los líderes y sus idearios se hubieran equivocado, de que tal vez hubieran existido errores en sus tácticas o acciones? Y toda su actividad pasada empezaba a antojárseles una rotunda pérdida de tiempo. Y toda su vida, en la que no había habido más que sufrimiento, una fatal equivocación.

Si el velo de la soledad se extendió sobre ellos, también se debió en parte a que, tras haber aceptado en los primeros años que siguieron a la Revolución que la GPU les obsequiara con el título de *políticos* — por otra parte bien merecido —, con la misma naturalidad accedieron a que la GPU considerara a todos quienes quedaban a su «derecha», (**144**) empezando por los kadetés, no como políticos, sino como contrarrevolucionarios — KR, *contras* —, la hez de la Historia. Y el que sufría por su fe en Cristo también era un KR. Y el que no sabía de «derechas» ni de «izquierdas» (¡en el futuro esto nos ocurriría a todos nosotros!), también resultaba ser un KR. Así pues, a fuerza de ponerse al margen y marcar las distancias, en parte queriendo y en parte sin querer, los socialistas bendijeron de antemano el futuro artículo cincuenta y ocho, una grieta en que también ellos habrían de desaparecer.

Los objetos y los actos cambian totalmente de aspecto según desde donde se miren. En este capítulo hemos descrito la resistencia de los socialistas en prisión desde *su* punto de vista, y como hemos podido ver, está iluminada por una luz pura y trágica. Pero aquellos KR de Solovki, a quienes los *políticos* trataban con desdén, los recuerdan de otra manera:

«¿Los *políticos?* ¡Vaya una gente desagradable! Miraban a todos por encima del hombro, siempre estaban en un grupo aparte, exigiendo raciones especiales y privilegios. Y peleándose entre sí a todas horas».

¿Cómo no ver que aquí hay también verdad? Y esas disputas infructuosas, interminables y hasta ridículas. ¿Y ese exigir raciones suplementarias cuando la mayor parte de prisioneros padecía hambre y miseria? En la época soviética, el honroso título de «político» se había convertido en un regalo emponzoñado. Y de pronto, surge aún otro reproche: ¿Por qué los socialistas, que en tiempos del zar *se fugaban* por las buenas se habían aplacado tanto en las cárceles soviéticas? ¿Qué había sido de sus fugas? En general, no es que hubiera pocas evasiones, ¿pero quién recuerda haber oído que tomara parte en ellas un socialista?

Y a su vez, los trotskistas y los comunistas guardaban las distancias con los socialistas, de quienes estaban más a la «izquierda», y los consideraban tan contrarrevolucionarios como a los demás, y así cerraban en círculo el foso de su aislamiento.

Trotskistas y comunistas estaban convencidos de que su orientación política era la más pura y noble y por tanto desdeñaban e incluso odiaban a los socialistas (así como se odiaban entre sí), por más que todos estuvieran encerrados tras las mismas rejas y pasearan por los mismos patios. Recuerda E. Olitskaya que en 1937, en la prisión de tránsito de la bahía de Vanino, los socialistas gritaban por encima de la tapia que separaba las secciones de hombres y de mujeres preguntando por los suyos o comunicándose noticias. Las comunistas Liza Kótik y María Krútikova estaban indignadas, pues creían que este comportamiento irresponsable de los socialistas podía atraer sobre todos el castigo de la administración. Esto es lo que decían: «Todos nuestros males vienen de esta chusma socialista (¡vaya una profunda explicación, y además qué dialéctica!). ¡Habría que estrangularlos a todos!». Y si aquellas otras dos muchachas que en 1925 se pusieron a cantar en la Lubianka habían elegido una coplilla sobre las lilas, era sólo porque una era socialista revolucionaria y la otra de la «oposición» (trotskista), y por tanto no tenían himnos en común. Además, en teoría, la oposicionista no tendría que haberse unido a una socialista revolucionaria en una protesta conjunta.

Y si en las prisiones zaristas los partidos a menudo habían hecho causa común (recordemos la evasión de la Casa Central de Sebastopol), en las cárceles soviéticas cada corriente creía defender la pureza de su bandera manteniéndose apartada de las demás. Los trotskistas luchaban al margen de los socialistas y de los comunistas, y los comunistas simplemente no luchaban, pues, ¿no hubiera sido intolerable luchar contra su propio régimen, contra sus propias cárceles?

Por esa misma razón, en cada *izoliator*, en cada cárcel, los comunistas fueron oprimidos antes y en mayor medida que los demás. En 1928, en la Central de Yaroslavl, la comunista Nadezhda Súrovtseva salía al paseo en una fila india de presos sin derecho a conversar, mientras los socialistas aún formaban ruidosos corrillos en el patio. Ya no se le permitía cuidar las flores que habían plantado en el patinillo los reclusos anteriores, los que habían luchado por sus derechos. Y también la privaron de los periódicos. (En compensación, la Sección Política Secreta de la GPU le permitía tener en la celda las obras completas de Marx, Engels, Lenin y Hegel.) Le concedieron una entrevista con su madre en una sala casi a oscuras. Desmoralizada, la madre murió al poco tiempo. (¿Qué podía pensar de las condiciones en que su hija cumplía condena?)

Esta diferencia en el trato penitenciario duró muchos años y se profundizó hasta llegar a convertirse en una diferencia en las recompensas. En 1937-1938 a los socialistas los encerraban como a todos los demás y también les caían los diez años de rigor. Pero por lo general, no les obligaban a autoinculparse, ya que ellos jamás habían ocultado que pensaban de manera diferente, y eso bastaba para que les cayera una condena. Pero a un comunista que no tenía *ideas propias,* ¿de qué iban a acusarlo si antes no le arrancaban una confesión?

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Aunque el gran Archipiélago ya se extendía por todo el país, no por ello se marchitaron las antiguas penitenciarías de reclusión mayor. La larga tradición del *ostrog* zarista no quedó sin celosos continuadores. Todo lo que de bueno y valioso había en el Archipiélago para la edificación de las masas no era suficiente. Había que alcanzar mayor plenitud y ésta se consiguió con las Cárceles de Régimen Especial (TON) y, de manera más general, con las prisiones de reclusión mayor.

No todo el que era engullido por la Gran Máquina debía mezclarse con los nativos del Archipiélago. Los extranjeros de renombre, las personas demasiado conocidas y los recluidos en secreto o incluso los chekistas degradados de ninguna manera podían ser exhibidos en los campos: todas las carretillas que hubieran sido capaces de empujar no habrían compensado la divulgación ni el perjuicio *moral-político* (**145**) ocasionado. Igualmente, de ningún modo podía consentirse que los socialistas, con su lucha constante por sus derechos, se fundieran con la masa; al contrario, so capa de preservar sus derechos y privilegios, había que encerrarlos y ahogarlos aparte. Como veremos más adelante, posteriormente, en los años cincuenta, las Cárceles de Régimen Especial servirían para aislar a quienes alborotaban en los campos.

En los últimos años de su vida, cuando ya había desistido de «enmendar» a los ladrones, Stalin dispuso que a los *pachas* se les condenara sólo a penas de reclusión y no a los campos. Finalmente, el Estado hubo también de velar por aquellos que dada su debilidad hubieran muerto enseguida en un campo penitenciario, con lo cual se habrían librado de purgar su pena. Y también por aquellos que en modo alguno eran aptos para el trabajo en los campos, como Kopeikin, un invidente de setenta años, que se pasaba el día en el mercado de Yurevets (a orillas del Volga). Sus coplas y chascarrillos le valieron diez años por KRD, pero hubo que conmutarle el campo por una pena de reclusión. La antigua herencia penitenciaria, legada por la dinastía de los Románov y a la cual se añadían ahora los monasterios, se conservaba, renovaba, reforzaba y perfeccionaba según las necesidades.

Algunas de las casas centrales, como la de Yaroslavl, tenían una dotación tan sólida y adecuada (puertas chapadas de hierro, mesa, banqueta y catre fijados al suelo de cada celda) que sólo hizo falta poner bozales en las ventanas y vallar los patios de paseo para reducirlos a las medidas de una celda (para 1937 talaron todos los árboles de las prisiones, arrasaron las huertas y zonas ajardinadas y las inundaron de asfalto).

Otros establecimientos, como el de Súzdal, requirieron la renovación de unas dependencias que habían sido concebidas como monasterio, aunque en realidad la mortificación de la carne por voto monacal o por ley estatal buscan propósitos físicamente análogos, y por ello el acondicionamiento de estos edificios nunca presentó grandes dificultades. Del mismo modo fue adaptado como centro de reclusión mayor uno de los edificios del monasterio de Sujánov: de algún modo había que compensar las pérdidas que había sufrido el legado zarista, pues las fortalezas de Pedro y Pablo, así como la de Schlisselburg, habían sido abiertas al público.

Ampliaron y remozaron la Casa Central de Vladímir (se edificó un gran bloque en tiempos de Ezhov), y fue de las más frecuentadas. ¡La de gente que pasó por ahí en aquellas décadas! Ya hemos hablado antes de la Central de Tobolsk, y de cómo se inauguró la de Verjne-Uralsk en 1925, fecha a partir de la cual tendría un uso tan continuado como abundante. (Para nuestra desgracia, en el momento en que se escriben estas líneas todos estos establecimientos todavía *funcionan,* continúan abiertos como *izoliators.)* En cuanto a la Central de Alexandrovsk, del poema de Tvardovski *Una lejanía tras otra* se deduce que en tiempos de Stalin tampoco estuvo vacía. Menos noticias tenemos acerca de la de Orel, aunque es de temer que resultara muy dañada durante la gran guerra patria. Pero de todos modos, siempre ha contado con un anexo bien cerquita: el centro de reclusión mayor de Dmitrovsk, estupendamente equipado.

En los años veinte, en los *izoliators* políticos (o *chiqueros políticos,* como los llamaban los presos) la comida aún era decente; al mediodía siempre daban carne, la verdura cocida era fresca y en el economato hasta se podía comprar leche. La alimentación empeoró drásticamente en 1931-1933, pero es que fuera de la cárcel tampoco se comía mejor. En esa época, en los chiqueros el escorbuto y los desvanecimientos por hambre no eran nada raro. Después volvió a haber comida, pero ya nunca fue como antes.

En 1947 en la TON de Vladímir, I. Kornéyev recuerda haber pasado hambre cada día: 450 gramos de pan, dos terrones de azúcar y dos platos calientes de un caldo de poco alimento; lo único que servían «a discreción» era el agua hirviendo (de nuevo habrá quien objete diciendo que éste fue un año fuera de lo común, porque también pasaba hambre todo el país y que precisamente por eso ese año se permitió de forma magnánima que los de fuera alimentaran a los de dentro, pues no hubo limitaciones a la recepción de paquetes).

La luz en las celdas siempre estuvo racionada, tanto en los años treinta como en los cuarenta. Gracias a los bozales y a los cristales esmerilados reforzados con rejilla metálica las celdas estaban en una penumbra constante (la oscuridad es un factor importante para inducir la depresión). Y por si fuera poco, a menudo ponían encima de los bozales una tela metálica, que en invierno se cubría de nieve y cerraba del todo el paso a la luz. La lectura se convertía en un suplicio y estropeaba la vista. En la TON de Vladímir, esta falta de luz se compensaba por las noches: dejaban encendida una potente bombilla que impedía dormir. En cambio, en la prisión de Dmitrovsk (N.A. Kózyrev), en 1938, a partir de la tarde había por toda luz un candil en un estante a ras de techo que consumía el escaso aire; en 1939 aparecerían las bombillas a medio voltaje que desprendían una luz rojiza.

El aire también estaba racionado: los ventanucos de ventilación, cerrados con candado, se abrían tan sólo cuando los presos salían a la letrina, según recuerdan quienes estuvieron en las prisiones de Dmitrovsk y Yaroslavl (cuenta E. Guinzburg que el pan repartido por la mañana se había enmohecido ya a la hora del almuerzo, que las mantas se humedecían y las paredes se cubrían de verdín). En Vladímir, por el contrario, no había en 1948 restricción de aire: el cuarterón de la ventana estaba abierto día y noche.

El paseo, en diferentes prisiones y en diferentes años, oscilaba entre los quince y los cuarenta y cinco minutos. Se había suprimido todo contacto con la tierra: como en Schlisselburg o en Solovki, no había planta que no hubiera sido cortada, pisoteada o cubierta con cemento o asfalto. Incluso se prohibió levantar la cabeza hacia el cielo durante los paseos: «¡La vista en los pies!», recuerdan Kózyrev y Adámova (prisión de Kazan).

Las entrevistas con los parientes quedaron prohibidas en 1937 y ya no volvieron a autorizarse. Las cartas: se podían enviar o recibir dos al mes y sólo si se trataba de parientes próximos. Esto fue así la mayoría de años (pero en Kazan, las cartas recibidas, una vez leídas, había que entregarlas a las veinticuatro horas a los celadores). El economato se podía visitar también dos veces al mes y gastar en él el poco dinero que autorizaban a recibir.

El mobiliario también era una parte nada desdeñable del régimen penitenciario. Adámova describe muy emotivamente su alegría cuando retiraron los catres y las sillas atornilladas al suelo, y descubrió, de vuelta en la celda (en Súzdal), una modesta cama con jergón de heno y una sencilla mesa, ambas de madera. En la TON de Vladímir, I. Kornéyev pasó por dos regímenes diferentes: en 1947-1948 se podían conservar en la celda los objetos personales, era posible acostarse de día y el *vertujái* no estaba a cada momento con el ojo en la mirilla; pero en 1949-1953 la celda tenía dos cerraduras (la del *vertujái* y la del oficial de guardia), estaba prohibido tenderse y hablar en voz alta (¡en la prisión de Kazan, sólo se podía susurrar!), había que entregar todos los objetos personales y era obligatorio llevar un uniforme a rayas confeccionado con tela de colchón; cartas, sólo dos veces al año, en las fechas fijadas por el alcaide sin previo aviso (si se dejaba pasar ese día ya no había posibilidad de escribir) y sólo podía llenarse una hojita que hacía la mitad de un papel de carta normal; se hicieron frecuentes los registros , incursiones violentas, durante las cuales había que enseñarlo todo y quedarse completamente desnudo. La comunicación entre celdas estaba tan vigilada que después de cada turno de letrinas los carceleros inspeccionaban el retrete iluminando cada agujero con una lámpara portátil. Por una inscripción en la pared metían a toda la celda en el calabozo, el azote de las

Prisiones de Régimen Especial. Se podía ir a parar al calabozo por una tos («si quiere toser, échese una manta sobre la cabeza!»), por deambular por la celda (que se consideraba «alborotar», como ocurrió con Kózyrev), por el ruido que hacía el calzado (en Kazan a las mujeres les habían dado zapatos de hombre del n° 44).

Guinsburg deduce acertadamente que no se condenaba al calabozo por las faltas cometidas, sino ateniéndose a un programa: uno tras otro, todos debían pasar por él, para saber lo que era. La normativa incluía además un punto de gran flexibilidad: «En caso de indisciplina en el calabozo, el alcaide se reserva el derecho de prolongar la estancia hasta veinte días». ¿Y qué se entendía por «indisciplina»? Veamos lo que le sucedió a Kózyrev (en todas las fuentes la descripción de los calabozos y muchos otros detalles coinciden hasta tal punto que el régimen penitenciario deja traslucir un único cuño de fábrica).

Pues bien, por pasear por la celda le habían echado cinco días de calabozo. Era otoño, en esa ala no había calefacción y hacía mucho frío. Lo habían dejado en paños menores y descalzo. El suelo era de tierra batida, polvorienta (pero a veces era de barro húmedo, y en la prisión de Kazan incluso estaba encharcado). Kózyrev disponía de una banqueta (pero Guinsburg no). Al principio Kózyrev estaba convencido de que se moriría de frío. Pero poco a poco empezó a sentir un misterioso calor interno y ésa fue su salvación. Aprendió a dormir sentado en la banqueta. Tres veces al día le traían una jarrita de agua hirviendo que se le subía a la cabeza. Un día encontró en su ración de trescientos gramos de pan un terrón de azúcar que el celador de guardia le había puesto a escondidas. Kózyrev llevaba la cuenta del tiempo por las raciones que le iban entrando y por la luz de una minúscula ventana que daba al dédalo de pasillos.

Los cinco días habían pasado, pero no lo soltaban. Se le había aguzado el oído y advirtió unos cuchicheos en el pasillo: hablaban de seis días o quizá decían algo de un sexto día. Era una provocación: esperaban que protestara, que dijera que los cinco días ya habían terminado, que ya era hora de que lo sacaran de allí, y entonces, por indisciplina, prolongarle el castigo. Pero aguantó un día más, sumiso y en silencio, y entonces lo sacaron como si nada hubiera ocurrido. (¿Sería que el director de la cárcel, también por turno, ponía a prueba la docilidad de los presos? Porque si te mandan al calabozo es que todavía no te has doblegado.)

Después del calabozo, la celda le parecía un palacio. Kózyrev estuvo durante medio año sordo y le salieron abscesos en la garganta. Uno de sus compañeros de celda perdió el juicio después de repetidas estancias en el calabozo, y Kózyrev estuvo más de un año encerrado con él. (Nadezhda Súrovtseva recuerda muchos casos de locura en los *izoliator* políticos. Ella sola enumera tantos como Novorrusski en su crónica de Schlisselburg, que cubre veinte años.)

¿No tiene el lector la impresión de que gradualmente hemos llegado a la punta de la segunda asta, quizá más larga y afilada que la primera?

Pero hay opiniones diversas. Los veteranos de los campos coinciden todos en que en los años cincuenta la TON de Vladímir era un *balneario.* Así lo creen Vladímir Borísovich Zeldóvich, que llegó a Vladímir desde el punto kilométrico de Abez, y Anna Petrovna Skrípnikova, que fue a parar allí (1956) procedente de los campos de Kemerovo. A Skrípnikova le impresionó, en especial, que las peticiones se recogieran con regularidad cada diez días (ella empezó a escribir una... a la ONU) y la magnífica biblioteca, en la que hasta había libros en lenguas extranjeras: te traían a la celda el catálogo completo y podías pedir para todo el año.

Y no olvidemos lo flexible de nuestra Ley. Habían condenado a reclusión a miles de mujeres (arrestadas en calidad de «esposas»), pero de pronto, como a toque de silbato, todas vieron transformadas sus penas por la de campos de trabajo. (¡Hacía falta gente en los lavaderos de oro de Kolymá!) Y ahí las mandaron a todas. Sin que hubiera un nuevo juicio.

Visto todo esto, ¿podemos decir que existe el *tiurzak* como tal? ¿O es la reclusión penitenciaria sólo una antesala de los campos?

En este punto precisamente y en ningún otro debiéramos haber empezado el capítulo. Hubiéramos debido hablar de ese halo — como aura de santidad — que siempre acaba irradiando del alma del preso

incomunicado, tan absolutamente apartado del ajetreo mundanal que le basta con medir los minutos que fluyen para entrar en íntima comunión con el Universo. El preso incomunicado debe purificar toda imperfección, todo cuanto en su vida anterior enturbiaba su ser y le impedía sedimentar el alma con nítido poso. ¡Cuánta grandeza en esos dedos que palpan la tierra del huerto y estrujan los terrones! (¡Pero si es asfalto!) ¡Cómo se alza sola la cabeza hacia los Cielos Eternos! (¡Pero si está prohibido!) ¡Cómo le conmueve ese pajarillo que avanza a saltos por el alféizar! (¡Pero si hay puesto el bozal y la tela metálica, eso sin contar el ventanuco de ventilación, que está cerrado con candado!) ¡Qué lúcidos pensamientos, qué asombrosas a veces las ideas plasmadas en esas cuartillas que le han entregado! (¡Pero si papel sólo hay en el economato y una vez usado se lo queda para siempre la administración...)

Mas no permitamos que tanta objeción quisquillosa nos haga perder el hilo. No dejemos que cruja y se desmorone el objeto de este capítulo, porque si no, ya no podremos estar seguros: ¿en la Prisión de Nuevo Modelo, en la Prisión de Régimen Especial (¿y por qué «especial»?), el alma del hombre se purifica o se destruye definitivamente?

Si lo primero que ves cada mañana son los ojos de tu compañero de celda que ha perdido el juicio, ¿con qué auxilio vas a sobrellevar el día que empieza? Para Nikolái Alexándrovich Kózyrev, cuya brillante carrera de astrónomo se vio truncada por el arresto, el único socorro fue elevar su pensamiento hasta lo eterno y lo infinito: el orden del universo y su Espíritu Supremo; las estrellas y su composición interna; la noción de tiempo y su curso.

Y así se abrió ante él un nuevo campo de la Física. Sólo gracias a esto pudo sobrevivir en la cárcel de Dmitrovsk. Pero sus razonamientos se atascaron por unas cifras que había olvidado, no podía seguir construyendo su sistema, necesitaba una gran cantidad de cifras. ¿Cómo iba a procurárselas desde aquella celda iluminada de noche por un pequeño candil en la que no podía entrar ni un gorrión? Y el sabio suplicó: ¡Señor! Yo ya he hecho cuanto he podido. ¡Ayúdame! ¡Ayúdame a seguir adelante!

En aquel entonces tenía derecho a un libro cada diez días (ya se había quedado solo en la celda).

En la modesta biblioteca de la prisión había varias ediciones del *Concierto Rojo,* de Demián Bedni, que no cesaban de llegarle una y otra vez. Media hora después de que pronunciara su oración entraron para cambiarle el libro. Sin preguntar, como siempre, le arrojaron... ¡un *Curso de astrofísica!* ¿De dónde habría salido? ¡Nunca hubiera imaginado que tuvieran un libro así en la biblioteca! Presintiendo que este encuentro no duraría mucho, Nikolái Alexándrovich se lanzó sobre el libro y empezó a aprenderse de memoria todo lo que necesitaba inmediatamente y todo lo que pudiera precisar más tarde. Habían pasado sólo dos días — disponía, pues, de ocho más — cuando de forma inesperada el alcaide pasó revista a las celdas. Con su mirada de lince no tardó en caer en la cuenta: «¿No es usted astrónomo de profesión?». «Sí.» «¡Pues fuera ese libro!» Sin embargo, con la enigmática aparición de aquel volumen el camino quedó desbrozado y Kózyrev continuaría su labor en el campo de Norilsk.

De manera que ahora tendríamos que empezar el capitulo hablando del alma que se enfrenta a las rejas.

¿Pero qué es esto? Chirría insolente la llave del carcelero en la cerradura. Aparece un siniestro jefe de bloque con una larga lista: «¿Apellido? ¿Nombre y patronímico? ¿Fecha de nacimiento? ¿Artículo penal? ¿Plazo de reclusión? ¿Fecha en que expira la pena? ¡Recoja *sus efectos!* ¡Aprisa!».

¡Ay, amigos, el traslado! ¡El traslado por etapas! ¡A saber adonde nos llevan! ¡Bendícenos, Señor! ¿Quién sabe si dejaremos allí los huesos? ¡Ea, pues! Si aún estamos vivos, ya acabaremos de contarlo en otra ocasión. En la cuarta parte.

Si aún estamos vivos para entonces...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

Segunda parte

Perpetuum mobile
(T105)

Tampoco las ruedas se detienen, Las ruedas...
Giran y danzan las muelas. Y ruedan...
Wilhelm Müller

1. Las naves del Archipiélago

Del estrecho de Bering hasta el Bósforo, o poco menos, miles de islas diseminadas forman un Archipiélago encantado. Son invisibles, mas existen, y del mismo modo imperceptible pero constante, hay que trasladar de isla en isla a los esclavos, también ellos invisibles, por mucho que tengan cuerpo, volumen y peso.

¿Por dónde se les conduce? ¿Con qué?

Hay para ello grandes puertos — las prisiones de tránsito —, y también puertos menores — los campos de tránsito —. Hay para ello naves cerradas de acero — los *vagones-zak* —. En las ensenadas, en lugar de chalupas y lanchas, los reciben los *cuervos*, asimismo de acero, cerrados y raudos. Los *vagoneszak* siguen un escrupuloso horario, pero en caso de necesidad se expiden también vagones de ganado que cruzan el Archipiélago formando trenes encarnados, caravanas enteras que unen los puertos como trazos diagonales.

¡Todo un sistema perfectamente sincronizado! No en vano se emplearon décadas para crearlo, sin premura alguna. No en vano se encomendó su creación a hombres de uniforme, bien alimentados y parsimoniosos. Los días impares a las 17.00 horas el tren con destino a Kíneshma debe recibir en la estación del norte de Moscú los cuervos de las cárceles de Butyrki, Presnia y Taganka. A su vez, el convoy de Ivánovo debe estar en la estación los días pares a las seis de la mañana para recibir y escoltar a quienes deban trasladarse a Nérejta, Bezhetsk y Bologoye.

Y todo esto sucede junto a ti, rozándote, como quien dice, pero te resulta invisible (aunque también podrías cerrar los ojos). En las grandes estaciones este sórdido cargamento se descarga y reexpide lejos de los andenes; sólo lo ven los guardaagujas y el personal de vía. En las estaciones de menor importancia también se prefiere un lugar perdido entre dos tinglados, de manera que los cuervos puedan arrimarse por atrás, estribo contra estribo con el vagón-zak. El preso nunca tiene tiempo de ver la estación, ni de verle a usted, ni de echar una ojeada al tren; sólo consigue ver los estribos (a veces, el más bajo llega hasta la cintura del preso, que carece de fuerzas para encaramarse), y a los hombres de la escolta que flanquean el estrecho pasillo entre cuervo y vagón rugiendo y aullando: «¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Venga! ¡Venga!». Y uno puede darse por contento si no hacen uso de las bayonetas.

Y usted, que se apresura por el andén con los niños, asiendo maletas y bolsas de malla, no está como para fijarse: ¿por qué habrán enganchado al tren un segundo furgón de equipajes? No lleva rótulo alguno y se parece mucho a cualquier otro coche de equipajes, con esa misma reja de varillas oblicuas tras las que sólo se ve oscuridad. ¿Pero por qué van montados en él unos soldados, los defensores de nuestra Patria? ¿Por qué en cada parada, dos de ellos se pasean silbando a ambos lados, mirando bajo el vagón con el rabillo del ojo?

El tren se pone en marcha y cientos de destinos cautivos y apretujados, cientos de corazones mortificados, empiezan a discurrir por los mismos serpenteantes raíles que usted, siguiendo el mismo penacho de humo, pasando ante los mismos campos, postes y almiares, incluso algunos segundos por delante de usted. Pero el pasajero no puede ver nada de eso: el sufrimiento pasa veloz ante la ventanilla y de él queda en el aire menos rastro que de unos dedos hundidos en el agua. Y en la consabida rutina del tren — el paquete de sábanas para la litera, el té servido en vasos con asa metálica — ¿cómo imaginar que tres segundos antes haya pasado por ese mismo punto de espacio euclidiano que ahora usted atraviesa semejante horror, sombrío y opresivo? Usted, que se queja de las estrecheces en el compartimiento porque las cuatro plazas van ocupadas, ¿cómo podría creer — o es que acaso creerá cuando lea esta línea — que en cabeza de tren, en un compartimiento como el suyo, van catorce personas? ¿Y si le digo que veinticinco? ¿O treinta?

«Vagón-zak», ¡qué horrible abreviatura! Como todas las que inventan los verdugos. Con ella quieren decir que se trata de un vagón de presos, de *zakliuchónie.* Pero el vocablo no ha cuajado en ninguna parte, como no sea en la documentación penitenciaria. Para referirse a este vagón los presos han hecho suyo el nombre de «vagón Stolypin» o simplemente «stolypin».

A medida que el transporte ferroviario fue implantándose en nuestro país, el traslado de presos adquirió nuevas formas. En el siglo pasado, hasta la década de los noventa los presos todavía eran trasladados a Siberia a pie o en coche de caballos. Pero en 1896 Lenin ya iba al destierro siberiano en un vagón ordinario de tercera clase (entre simples pasajeros) aunque, eso sí, se quejaba a gritos al revisor de que se estaba estrecho, de que aquello era insoportable. El cuadro de Yaroshenko *Vida por doquier,* conocido por todos, nos muestra un coche de cuarta clase transformado en vagón de prisioneros cuyo acondicionamiento hoy nos parece de una ingenuidad infantil: todo se había dejado como estaba y los presos viajaban como cualquier pasajero; la única diferencia era que el vagón llevaba rejas a ambos lados.

Estos coches circularon durante mucho tiempo por los tendidos rusos y algunos aún recuerdan haber sido trasladados en ellos en 1927, los hombres separados de las mujeres. Por otra parte, el socialista revolucionario Trushin asegura que en tiempos del zar él ya había sido trasladado en un «stolypin», sólo que — de nuevo con la inocencia propia de aquellos años dignos de un Krylov — a la sazón sólo metían a seis por compartimiento.

La historia del vagón es la siguiente: fue puesto en servicio durante el mandato de Stolypin, efectivamente, pero es que había sido construido en 1908 para los colonos que iban a poblar las regiones orientales del país, en un momento en que estaba desarrollándose un fuerte movimiento migratorio y escaseaba el material rodante. Este tipo de vagones era más bajo que un coche de pasajeros convencional, pero mucho más alto que uno de mercancías y disponía además de compartimientos auxiliares para guardar aves o enseres (los «semi-compartimientos» actuales, que sirven de calabozo), pero, como es natural, no tenía rejas ni en el interior ni en las ventanillas. Las rejas seguramente se deban a alguna mente inventiva que me inclino a creer sería bolchevique. Y a este vagón le pusieron «stolypin», como el ministro que retara en duelo a un diputado por haber dicho aquello de «la corbata de Stolypin». Sin embargo, como quiera que ya había muerto, esta vez no pudo detener esa calumnia.

Realmente, no se puede acusar a las autoridades del Gulag de emplear el término «stolypin», porque ellos siempre han dicho «vagón-zak». Fuimos los *zeks* los que, por instinto de contradicción, rechazamos el nombre oficial, y por querer llamarlo a nuestra manera, de la forma más grosera posible, nos dejamos atraer de forma equivocada por el mote que habían acuñado los presos de las generaciones anteriores, los de los años veinte, como es fácil de calcular. ¿Quiénes pudieron haberse inventado el mote? No serían los «contras», desde luego, pues nunca se les habría ocurrido asociar al primer ministro del zar con los chekistas. Desde luego, sólo pudieron ser los «revolucionarios», que se vieron inesperadamente atrapados en

el matadero chekista: o los socialistas revolucionarios, o los anarquistas (siempre que el apodo surgiera a principios de los años veinte), o bien los trotskistas (si es que fue a finales de la década). Después de haber asesinado al gran hombre de Estado, esas víboras ultrajaron su memoria con una infame mordedura postuma.

Pero dado que este vagón no se convirtió en el medio preferido de transporte hasta los años veinte y que se le dio una aplicación exclusiva y generalizada a principios de los treinta, cuando toda nuestra existencia se vio invadida por la uniformidad (tanto más que probablemente por entonces se construyeron muchos otros vagones como ésos), sería más justo llamarlos «stalin» y no «stolypin».

El vagón-zak es un coche ordinario dividido en nueve compartimientos, de los cuales cinco están destinados a los presos (aquí, como ocurre en todos los rincones del Archipiélago, la mitad siempre corresponde al personal auxiliar). Los compartimientos no están separados del pasillo por un tabique macizo, sino por una reja que permite la vigilancia. Dicha reja está formada por barras oblicuas en aspa, como las de las verjas que delimitan el pequeño huerto que hay en las estaciones, y llega hasta el techo, razón por la cual no encontramos la acostumbrada repisa para el equipaje que sale del compartimiento hacia la parte superior del corredor. Las ventanillas del pasillo son las habituales, pero con esas mismas rejas oblicuas por la parte de fuera. En los compartimientos de los presos no hay ventanas, sólo una pequeña mirilla, también enrejada, a la altura de la segunda litera (no hay ventanillas exteriores, por eso en las estaciones confunde usted el stolypin con un cocherón de equipajes). Cada compartimiento tiene una puerta corredera, que no es sino un marco de hierro también enrejado.

Visto desde el lado del pasillo, todo este conjunto recuerda vivamente un jardín de fieras: rodeadas de rejas, unas desgraciadas criaturas de apariencia humana se retuercen por el suelo y las literas, y nos miran con lástima pidiendo de comer y de beber. Sin embargo, en un jardín de fieras nunca se hacina a los animales hasta tal punto.

Según calculan los ingenieros, que viven en libertad, en el compartimiento de un stalin caben seis hombres sentados abajo, tres tendidos en las literas centrales (que se han unido en un solo catre, con una escotadura junto a la puerta para subir y bajar) y dos arriba del todo, en los estantes para equipajes. Si además de estos once hombres embutimos en el compartimiento otros once (a los últimos los guardianes tienen que meterlos a patadas, si no sería imposible cerrar la puerta) se alcanza un aforo completamente normal para el compartimiento de un stalin. Dos hombres arqueados — apenas podría decirse que sentados — en cada uno de los dos estantes superiores de equipajes, cinco tendidos en la plataforma del medio (son los más afortunados; estos sitios se ganan a brazo partido, y si en el compartimiento hay *cofrades* éstos serán siempre quienes los ocupen), y abajo quedan trece personas: diez sentadas en las literas, a razón de cinco en cada una, y tres en el pasillo que dejan sus piernas. En alguna parte, mezclados con los presos, encima de ellos y también debajo, van sus bártulos. Así, con las piernas encogidas al máximo, los presos permanecen sentados varios días seguidos.

¡No, no es que lo hagan expresamente para martirizarlos! El condenado es el soldado raso del trabajo socialista. ¿Para qué martirizarlo si se necesitan sus brazos? Pero por otra parte, si está en este tren no es porque vaya de visita a casa de unos parientes, ¿no? Así que no hay que acomodarlo bien, ¡a ver si encima van a tenerle envidia los que están en libertad! Ya se sabe que tenemos dificultades con el transporte, pero llegará a destino, no estirará la pata.

A partir de los años cincuenta, cuando se establecieron horarios regulares, los presos ya no tuvieron que pasar tanto tiempo en estas condiciones, pongamos que un día y medio o dos a lo sumo. Peor había sido durante la guerra y después de ella: de Petropavlovsk (Kazajstán) a Karagandá un vagón-zak podía tardar siete días (¡con veinticinco presos en el compartimiento!); y ocho de Karagandá a Sverdlovsk (con veintiséis por compartimiento). En agosto de 1945 Suzi viajó varios días en un stalin de Kúibyshev a Cheliabinsk, y había en el compartimiento *treinta* y *cinco* personas echadas simplemente unas sobre otras, revolviéndose y luchando entre sí. (**146**) Y en otoño de 1946, N.V. Timoféyev-Ressovski hizo el trayecto Petropávlovsk-Moscú en un compartimiento ¡con *treinta* y *seis* presos! Durante varios días estuvo *suspendido* entre los demás sin que sus pies tocaran el suelo. Luego empezaron a morir algunos, a los que había que sacar de

debajo de aquella masa de pies (aunque no inmediatamente, por cierto, sino al cabo de dos días), y de este modo se ganó espacio. En total, su viaje hasta Moscú duró tres semanas . (Al llegar a Moscú, con arreglo a las leyes del país de las maravillas, varios *oficiales* sacaron en brazos a Timoféyev-Ressovski y se lo llevaron en un automóvil: ¡Venía a contribuir al progreso de la ciencia!) (**T106**)

¿Era treinta y seis la cifra límite? No tenemos testimonio alguno que hable de treinta y siete, pero ateniéndonos a nuestro método científico socialista — el único posible y veraz — y educados como estamos en la lucha contra los «partidarios de la restricción», debemos responder: ¡No, no y no! ¡No existe límite! ¡Tal vez lo haya en alguna parte, pero no en nuestro país! ¡Mientras un compartimiento contenga algunos decímetros cúbicos de aire no desplazado, aunque sea bajo las literas, entre los hombros, cabezas y pies, dicho compartimiento estará todavía en condiciones de acoger más presos! Sin embargo, convencionalmente podemos establecer que el límite equivale al número de cadáveres no desmembrados que pueda contener el volumen total del compartimiento, si se cumple la condición — claro está — de poder apilarlos a voluntad.

V.A. Koméyeva partió de Moscú en un compartimiento en el que había *treinta mujeres*, la mayoría de ellas ancianas decrépitas desterradas por su fe religiosa (a su llegada, todas ellas, excepto dos, fueron internadas directamente en un hospital). Si no hubo muertes, fue gracias a que también viajaban algunas jóvenes bonitas y desenvueltas, condenadas por «relaciones con extranjeros» que se pusieron a sermonear a la escolta: «¿No os da vergüenza transportarlas así? ¡Pudieran ser vuestras madres!». La escolta recibió con oído atento aquellas palabras — seguramente no tanto por los razonamientos morales de las muchachas como por sus atractivos — y algunas ancianas fueron trasladadas... al calabozo. Pero en un vagón-zak el «calabozo» no es un castigo, sino una bendición. De los cinco compartimientos celulares, sólo cuatro se utilizan como celdas comunes, el quinto está dividido en dos mitades, dos estrechos semicompartimientos con una litera inferior y otra superior, como suelen tener los revisores de los expresos.

El calabozo tiene como finalidad la incomunicación; cuando lo ocupan sólo tres o cuatro personas, es el colmo de la comodidad y el espacio.

No, no era con la intención de martirizarlos a base de sed si durante esos días que pasaban en el vagón, extenuados y apretujados, los alimentaban exclusivamente con arenques o *vobla* ahumada en lugar de darles una ración caliente (así fue todos los años, la década de los treinta y de los cincuenta, en invierno y en verano, en Siberia y en Ucrania, y estaría de más presentar ejemplos). No, no era para martirizarlos, porque además, díganme ustedes, ¿y cómo había que dar de comer a esa chusma estando en pleno viaje? Las ordenanzas no decían nada de comidas calientes (cierto que el vagón-zak contaba con una cocina en uno de los compartimientos, pero estaba reservada al cuerpo de guardia), tampoco iban a darles sémola sin hervir, ni mucho menos bacalao al natural. ¿Carne en conserva? ¡Sí, hombre! ¡Y encima que engorden! Nada mejor que arenque y un pedazo de pan, ¿pero qué más quieren?

¡Toma, toma tu medio arenque, ahora que puedes, y alégrate! Si eres listo, no darás cuenta de él ahora mismo, sino que te lo guardarás pacientemente en el bolsillo hasta llegar a la prisión de tránsito, donde hay agua. Peor es cuando te dan anchoas del mar de Azov recubiertas de sal gorda y tan húmedas que no se te conservarían en el bolsillo. Hay que recogerlas enseguida en el faldón del chubasquero, en un pañuelo o en la palma de la mano y comérselas. Las anchoas se distribuyen sobre el chubasquero de alguno, mientras que si se trata de *vobla*, el centinela la echa directo al suelo y los presos se las reparten en las literas o sobre las rodillas.

P.F. Yakubóvich (En *el mundo de los proscritos*, Moscú, 1964, tomo 1) comenta a propósito de los años noventa del siglo pasado que en aquella época espantosa, durante las etapas de tránsito hacia Siberia se asignaban a cada preso diez copeks diarios para su alimentación, cuando el precio de una hogaza de pan de trigo — ¿de tres kilos? — era de cinco copeks, y una jarra de leche — ¿dos litros? — costaba tres copeks. «Los presos viven en la abundancia» observa el autor. En cambio, en la gubernia de Irkutsk, los precios estaban más altos: una libra de carne costaba diez copeks, de modo que «los presos, simplemente, vivían en la miseria). ¿A que una libra de carne diaria por persona no es lo mismo que medio arenque?

Pero si te han dado pescado, tampoco te negarán el pan, e incluso es posible que te echen un poco de azúcar. Lo peor es cuando se presentan los centinelas y anuncian: hoy no habrá de comer porque *no nos han entregado* nada para vosotros. Y puede que sea cierto, que de verdad no les hayan entregado nada porque en alguna contabilidad penitenciaria se han olvidado de incluir una cifra en la partida correspondiente; aunque también podría ser que sí hayan recibido la entrega pero que al cuerpo de guardia no le alcance la ración (la verdad es que ellos tampoco van muy bien servidos) y hayan decidido *pellizcar* el pan. Dar a los presos el medio arenque sin el pan hubiera sido sospechoso.

Naturalmente, tampoco se pretende martirizar a los presos si no se les da después del arenque ni agua hirviendo (eso nunca, por descontado) ni del grifo. Hay que ser comprensivos: la escolta es escasa, unos vigilan el pasillo y otros la entrada del vagón; además en las estaciones deben meterse debajo del coche y encaramarse al techo para cerciorarse de que no hayan abierto algún boquete. Otros limpian las armas, y además en determinados momentos deben atender a la instrucción política y al estudio de las ordenanzas militares. Entretanto, el tercer relevo duerme. Les corresponden ocho horas, pues ya no estamos en guerra.

Además, el agua hay que traerla de lejos, a base de cubos, y llevarlos es indigno: ¿Por qué un soldado soviético habría de acarrear agua como un mulo para un puñado de enemigos del pueblo? A veces, para clasificar los vagones o engancharlos a otro convoy, el vagón-zak está una docena de horas en un apartadero fuera de la estación (oculto a la vista) de modo que hasta la cocina de los soldados se queda sin agua.

Bueno, hay ciertamente una solución: llenar cubos para los zeks en el ténder de la locomotora. Por más que se trate de agua turbia y amarillenta en la que flota el aceite lubricante, se la beben de buen grado; tampoco es que importe mucho, ya que en la penumbra del compartimiento no se ve demasiado, pues no hay ventana ni bombilla, y la única luz viene del pasillo. Pero también hay que tener en cuenta esto: repartir ese agua requiere mucho tiempo, pues los presos no tienen vasos — al que tenía se lo han quitado ya — por lo tanto hay que darles de beber con dos cazos de la administración, y mientras ellos sacian su sed, tú ahí al lado, sacando cazos y escanciando agua, una y otra vez. (Y por si fuera poco, de los presos se emperran en que primero beban los sanos, ¡luego los tuberculosos y por último los sifilíticos! Como si no volviera a empezar todo de nuevo en el compartimiento contiguo: primero los sanos...)

Todo esto lo soportarían aún los de la escolta, acarrearían el agua y la repartirían, si encima esos puercos no pidieran ir al retrete apenas satisfecha su sed. Porque la verdad es que si no les das agua durante veinticuatro horas, no pedirán ir al retrete; si les das una sola vez, también una vez querrán ir al retrete; pero si te compadeces y les das agua dos veces, dos veces querrán salir a orinar. Las cuentas están bien claras: no darles agua y sanseacabó.

Y no es porque les sepa mal que desahoguen el cuerpo ni porque les ensucien el urinario, sino porque es una operación de responsabilidad — uno hasta diría que una operación militar — que moviliza por largo rato al cabo y a dos soldados. Primero hay que colocar dos centinelas: uno ante la puerta del retrete y otro en el extremo opuesto del pasillo (para que no se precipiten hacia allí). Mientras tanto, el cabo abre y cierra sin cesar la puerta del compartimiento, primero para meter al que regresa y luego para dejar salir al siguiente. El reglamento sólo permite dejarlos salir de uno en uno, no vaya a ser que se echen sobre la guardia y se declare un motín. ¡Así resulta que el preso que sale al retrete tiene inmovilizados a los otros treinta de su compartimiento y a los ciento veinte en todo el vagón, eso sin contar al cuerpo de guardia!

Por el camino el cabo y los soldados le azuzan: «¡Venga! ¡Venga! ¡Aprisa! ¡Aprisa!», y el preso se apresura, tropieza, como si se dispusiera a robarle al Estado la luna del retrete. En 1949, en el stalin Moscú-Kúibyshev, Schulz, un alemán cojo que ya comprendía las voces rusas de apremio, cubría el camino de ida y vuelta hasta el retrete saltando sobre su única pierna mientras la guardia se reía a carcajadas y le exigía que saltara más aprisa. En una de estas idas, al llegar a la plataforma del final del pasillo, un centinela lo empujó ante el retrete, y Schulz cayó de bruces. Entonces el soldado, furioso, empezó a darle golpes y Schulz, incapaz de levantarse mientras le seguían pegando, se metió a rastras en el inmundo urinario. El resto de guardias se desternillaba de risa. (**147**)

Para atajar todo intento de huida durante los segundos pasados en el retrete, y para aligerar, además, la circulación, la puerta no se cierra, de manera que el soldado pueda observar desde fuera el proceso y acuciar al reo: «¡Venga, venga! ¡Ya está bien, basta!». A veces, se trata de una orden previa: «¡Sólo aguas menores!», y en este caso, el centinela no permite nada más. Y naturalmente, uno no se lava las manos jamás: esos depósitos de pared no tienen bastante agua, ni tampoco se dispone de tiempo.

Apenas el preso roza la válvula del agua, ruge el soldado desde la plataforma: «¡Venga ya, no toques, fuera!». (Si alguien guarda en el saco un poco de jabón o una toalla procura no sacarlos por pura vergüenza: ello sería *actuar como un panoli.*) El retrete rebosa inmundicia. Pero no importa, — ¡rápido, rápido! — el preso vuelve a embutirse en el compartimiento. Con las suelas empapadas de heces líquidas, trepa hacia arriba pisando manos y hombros, hasta que finalmente sus sucios zapatos cuelgan de la tercera litera y gotean sobre la segunda.

Cuando las mujeres hacen sus necesidades, las ordenanzas y el sentido común requieren también que la puerta del retrete permanezca abierta, pero no todos los centinelas se empeñan en ello, los hay permisivos: está bien, de acuerdo, cierre si quiere. (Cuando ya han pasado todas, una de las detenidas debe fregar el retrete y de nuevo habrá un soldado a su vera para que no intente evadirse.)

A pesar de este ritmo trepidante, llevar al retrete a ciento veinte personas requiere más de dos horas, ¡más de la cuarta parte de lo que dura un relevo de tres soldados! ¡Y pese a todo, los presos no se dan por satisfechos! Siempre hay algún vejestorio incontinente que a la media hora ya está lloriqueando y pidiendo que le vuelvan a dejar salir; naturalmente, no se lo permiten y acaba haciéndoselo en el mismo compartimiento, lo que de nuevo trae de cabeza al cabo: ahora habrá que obligarle a recogerlo todo con las manos y a sacarlo fuera.

Conclusión: ¡cuanto menos retrete, mejor! O sea: ¡cuanta menos agua, mejor! Y también poca comida, así no se quejarán de diarrea ni apestarán el aire. ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Si es que ni respirar se puede en el vagón!

¡Cuanta menos agua, mejor! ¡Pero los arenques, tantos como toquen! No dar agua es una medida sensata, pero escatimar el arenque sería una grave falta disciplinaria.

¡Nadie, absolutamente nadie se había propuesto como meta martirizarnos! ¡El proceder de la guardia era del todo sensato! Y sin embargo, estábamos encerrados en una jaula como los primeros cristianos y nos echaban sal en nuestras lenguas laceradas.

La guardia tampoco se habia propuesto como meta (aunque a veces sí) mezclar en un mismo compartimiento a reos del artículo cincuenta y ocho con cofrades del hampa y simples delincuentes: sencillamente, los presos eran muchos, mientras que escaseaban los vagones y los compartimientos, y además, el tiempo apremiaba. ¿Cuándo si no iban a clasificarlos? Con uno de los cuatro compartimientos reservado a las mujeres, si había que clasificar los tres restantes, lo más conveniente era hacerlo por estaciones de destino y agilizar así la descarga.

¿Acaso crucificaron a Cristo entre dos ladrones porque Pilato quisiera humillarlo? Simplemente, era el día reservado a las crucifixiones, Gólgota no había más que uno, y tiempo, poco. *Y fue contado entre los malvados*. (**T107**)

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Siento temor de sólo pensar cuánto habría sufrido de encontrarme en la situación de un preso común... Durante el traslado por etapas, tanto los soldados como los oficiales se dirigían a mí y a mis compañeros con

atenta cortesía... Como preso político, viajé hasta la penitenciaría con relativa comodidad: en las prisiones de tránsito disfruté de un local aparte, separado del grupo de delincuentes comunes, tuve a mi disposición un carro en el que iban mis cerca de veinte kilos de equipaje...

...No he querido poner comillas en este párrafo para que el lector penetrara mejor en su sentido.

¿Verdad que sin comillas el párrafo resulta chocante? Lo escribió P.F. Yakubóvich en los años noventa del siglo pasado. Ahora que han reeditado el libro para sermonearnos sobre aquellos tiempos tenebrosos, podemos enterarnos de que los presos políticos tenían un cuarto especial hasta en las gabarras, además de una zona especial en cubierta para dar paseos. (Lo mismo que en *Resurrección*, donde, además, el príncipe Nejliúdov, una persona ajena a la penitenciaría, tiene la posibilidad de visitar a los presos políticos y mantener conversaciones con ellos.) (**T108**) Y sólo porque en la lista de presos «olvidaron poner frente al apellido Yakubóvich la inscripción *"preso político", esa palabra mágica»* (así lo escribe el autor), en Ust-Kara fue «recibido por el inspector del penal... como un vulgar delincuente común: con grosería, provocación e insolencia». Por lo demás, el equívoco se solucionó felizmente.

¡Qué tiempos increíbles! ¡Mezclar presos políticos con delincuentes comunes casi les parecía un crimen! A los presos comunes los conducían a pie hasta la estación por el centro de la calzada para público escarnio, pero en cambio los presos políticos podían ir en coche (como el bolchevique Olminski en 1899). A los presos políticos no les daban de comer del caldero común, sino que les pagaban unas dietas que les permitían encargar las comidas en algún figón. El mismo bolchevique Olminski rechazó hasta el rancho del hospital porque le pareció basto. (**148**) Y en Butyrki un jefe de bloque presentó disculpas a Olminski porque un carcelero le había tuteado: es que aquí, vino a decir, nos llegan muy pocos presos políticos. ¿Cómo iba a saber el carcelero que usted...?

¡Muy pocos presos políticos! ¡En Butyrki! ¿Estaré soñando? ¿Pues dónde los metían? ¡Tanto más que todavía no existían ni la Lubianka ni Lefórtovo!

Rádischev fue conducido con grilletes y como el tiempo era frío le echaron por encima «la repugnante zamarra» de un guardián. Sin embargo, apenas supo esto, Catalina II dispuso que se le quitaran los grilletes y que se le proveyera de todo lo necesario para el viaje. En cambio, en noviembre de 1927, Anna Skrípnikova fue conducida desde Butyrki a Solovki ataviada con un sombrero de paja y ropa estival (llevaba el mismo vestido que cuando la habían detenido ese verano; desde entonces su habitación había quedado precintada y nadie quiso extenderle una autorización para recoger su ropa de abrigo).

Distinguir a los presos políticos de los comunes significa respetarlos como adversarios en pie de igualdad, equivale a reconocer que cualquier persona puede tener *opiniones.* ¡Así, aunque esté el preso en prisión se siente libre políticamente!

Pero desde el momento en que todos nosotros pasamos a ser «KR» — y a partir de que los socialistas no supieron defender su categoría de «políticos» — no podías esperar sino carcajadas de los presos y el desconcierto de los celadores si se te ocurría protestar pidiendo que a ti, un preso político, te disgregaran de los reos de delito común. «Aquí, comunes lo sois todos», respondían los vigilantes con toda sinceridad.

Esta mezcla, este primer e impresionante encuentro, se produce dentro del «cuervo» o en el vagón-zak. Hasta entonces, por más que te hayan vejado durante la instrucción sumarial, por más que te hayan torturado y oprimido, sabes que todo se debía al trato con los de azul, a quienes no se debe confundir con la humanidad y a quienes hay que ver sólo como unos arrogantes esbirros. En cambio, tus compañeros de celda, aunque sean muy distintos a ti por su cultura y su experiencia, por mucho que discutas con ellos, aunque *se chiven* cosas sobre ti, forman parte pese a todo de un género humano, ordinario, pecador y cotidiano, entre el que has pasado tu vida.

Cuando te embanastan en el compartimento del stalin crees encontrarte entre compañeros de infortunio, piensas que todos tus enemigos y opresores han quedado al otro lado de las rejas, no esperas encontrarlos también a este lado. Mas de pronto, cuando alzas la cabeza hacia esa escotadura cuadrada troquelada en la

litera central, hacia ese único cielo que se abre sobre ti, puedes ver encima de ti tres o cuatro..., ¡no, no diremos rostros!, ¡ni tampoco caras de mono, pues hasta los simios tienen una expresión más apacible e inteligente!, ¡semblantes repulsivos también sería quedarse cortos, puesto que no guardan ninguna semblanza humana! Ves jetas crueles y abyectas que expresan mofa y ruindad. Cada una te observa como la araña al acecho de la mosca. La reja es su telaraña, ¡y tú has caído en ella! Retuercen los morros como si fueran a picarte en un costado. Cuando conversan, sisean, y disfrutan más con este siseo que con el sonido de vocales y consonantes propio del habla. No se asemeja su garla al ruso más que en los sustantivos y las desinencias verbales: es una auténtica jerigonza.

Esos extraños goriloides las más de las veces sólo visten camiseta, pues en el compartimiento el calor es sofocante. Tienen el pescuezo rojizo y nudoso, los hombros musculosos y abultados, el pecho moreno y tatuado. Jamás han experimentado la opresión que provoca la cárcel. ¿Quiénes son? ¿De dónde proceden? Y de repente, ves una cruz colgando de uno de aquellos cuellos, sí, una pequeña cruz de aluminio prendida de un cordel. Esto te impresiona y te causa cierto alivio: entre ellos hay creyentes.

¡Qué conmovedor! ¡Nada terrible ha de sucederte! Pero justo este «creyente» suelta de pronto una sarta de obscenidades mentando la cruz y la fe (para maldecir sí que emplean algo de ruso) y te mete en los ojos dos dedos separados en forma de «V». No es ninguna amenaza, te los está clavando como diciendo: «¡Te voy a sacar los ojos, carroña!». ¡Esta es toda su fe y toda su filosofía! Y si son capaces de aplastarte los ojos como se aplasta una babosa, ¿qué misericordia vas a esperar para ti y para lo que llevas contigo? La cruz se balancea, y tú diriges los ojos — aún no aplastados — hacia esa salvaje mascarada, y todo tu sistema de orientación se resquebraja: ¿Quién de vosotros ya ha perdido el juicio? ¿Quién está a punto de perderlo?

Crujen y se desmoronan en un instante los hábitos de trato humano que has seguido hasta ahora. En toda tu vida anterior — sobre todo antes de tu detención, pero también después e incluso, en parte, durante la instrucción del sumario — has proferido palabras a otros seres humanos y has escuchado *palabras* de ellos, y estas palabras producían un efecto; con ellas se podía convencer, rechazar o ponerse de acuerdo. Recuerdas diferentes tratos humanos — el ruego, la orden, el agradecimiento —, pero ahora te ves sumido en algo que queda fuera de estas palabras y de estos tratos. Desciende ahora hacia ti un emisario de las jetas. Suele ser un jovenzuelo mal encarado cuya desenvoltura e insolencia lo hacen tres veces más repugnante, y ese aprendiz de demonio desata tu saco y te escamotea los bolsillos, pero no registrando, sino palpando, ¡como si hurgara en sus propios bolsillos! A partir de este instante, nada tuyo es ya tuyo, y tú mismo ya no eres más que un maniquí de gutapercha en el que se han colgado cosas superfluas que están ahí para que te las quiten. Nada puedes explicar con palabras a este diminuto y perverso hurón, ni a las jetas de allá arriba. ¡De nada sirve rechazar, prohibir ni rogar! No son personas, de esto has podido darte cuenta en sólo un minuto. ¡Lo único que vale es emprenderla a golpes!

¡Acometerlos a golpes, sin más demora, sin perder tiempo articulando la lengua! Zurrar a ese niñato o a los energúmenos de arriba.

¿Pero cómo vas a poder darle a los tres estando tú abajo? Y a ese chiquillo, por más que sea un hurón asqueroso, ¿cómo vas a pegarle? ¿No bastaría un leve empujón? Pero tampoco lograrías hacerle a un lado, porque de un mordisco el mocoso te arrancaría las narices en menos que canta un gallo, eso si antes los de arriba no te rompían el cráneo (y además llevan navajas, sólo que no las van a sacar para ensuciarlas contigo).

Miras a tus vecinos, a tus compañeros — ¡Adelante, resistámonos o presentemos una protesta! —, pero todos tus camaradas, todos los del cincuenta y ocho, ya han sido saqueados de uno en uno antes de que tú llegaras y ahora permanecen sumisos y acuclillados. Y aún gracias si desvían los ojos, porque si no es así, te miran con toda naturalidad, como si aquello no se tratara de violencia ni de pillaje, sino tan sólo de un fenómeno de la naturaleza, como la hierba que crece o la lluvia que cae.

¡Y es que, señores, camaradas y hermanos, dejasteis escapar la ocasión! Debierais haber reaccionado y recordado quiénes erais mucho antes, cuando Struzhinski se prendió fuego en su celda de Viatka, y antes aún, cuando os declararon «contrarrevolucionarios».

De modo que dejas que te despojen del abrigo; que palpen tu chaqueta y desgarren — junto con un jirón del forro — un billete de veinte rublos que llevabas cosido; que arrojen tu saco arriba y lo registren. Ahí se queda todo lo que tu sentimental esposa recogió, una vez dictada la sentencia, para tu largo viaje. Y sólo te devuelven el cepillo de dientes, echado dentro del saco...

En los años treinta y cuarenta no todos se sometieron así. No todos, pero desde luego se rajaban noventa y nueve de cada cien. (Me contaron algunos casos, por ejemplo, el de tres hombres sanos y robustos, resueltos a hacer frente juntos a los cofrades, pero no en defensa de la justicia en general, no en defensa de todos los que eran saqueados a su alrededor, sino sólo en defensa de sí mismos. En otras palabras: mantuvieron una neutralidad armada.) ¿Cómo pudieron llegar a esto? ¡Eran hombres! ¡Oficiales! ¡Soldados! ¡Habían combatido en el frente!

Para combatir con arrojo, el hombre ha de estar dispuesto para el combate, esperarlo, comprender su sentido. Mas aquí no se daba ninguna de estas premisas. Un hombre que nunca antes haya estado en contacto con el hampa no cuenta con tener que librar ese combate y — lo que es más importante aún — no ve la necesidad, pues hasta entonces siempre ha creído (equivocadamente) que sus enemigos son sólo los del ros azul. Todavía harán faltan unas cuantas lecciones hasta que comprenda que ver esos pechos tatuados es verles el trasero a los de azul, hasta que se le revele un principio que los galones nunca exponen en voz alta: «¡Hoy muérete tú, que yo me espero a mañana!».

El preso novato desea considerarse preso político, es decir: él está por el pueblo, y con él contra el Estado. Y de pronto, sin esperarlo, empieza a verse cubierto por detrás y por los lados de una roña vivaz, y todas las categorías se mezclan, y las ideas que tuviera tan claras acaban hechas añicos. (Mucho más tarde, el preso recapacita y llega a comprender que esa gentuza va del brazo de los carceleros.)

Para combatir con arrojo, el hombre ha de sentir las espaldas cubiertas, los flancos defendidos y el sostén de la tierra bajo los pies. Mas con los del artículo cincuenta y ocho no se daba ninguna de estas premisas. Después de pasar por una máquina de trinchar como es la instrucción de un sumario político, el hombre queda físicamente aplastado: ha pasado hambre, no ha dormido, se ha helado en los calabozos, ha rodado por los suelos apaleado. ¡Y si sólo fuera el cuerpo! También está quebrado de espíritu. Se le ha inculcado y demostrado que son erradas todas sus opiniones, su conducta durante su vida anterior y su relación con los demás, pues ello le ha causado la perdición. Esa pelota sobada que sale expelida de la sala de máquinas del tribunal, lista para el traslado, no guarda más que ansias de vivir y ni rastro de entendimiento. Aniquilar definitivamente, aislar definitivamente; ésa es la tarea de la instrucción sumarial cuando se trata de encausados por el Artículo 58.

Los condenados deben comprender que la mayor culpa que cometieron en libertad fue intentar, de una forma u otra, comunicarse, unirse unos con otros al margen del secretario del partido, del jefe sindical, de la administración. De este modo, una vez en la cárcel los presos llegan a sentir terror ante cualquier clase de *acción colectiva:* ya sea presentar una queja a dos voces o firmar en el mismo papel que otro hombre. Disuadidos desde hace tiempo de cualquier idea de asociación, los pseudo-políticos no están ahora dispuestos a unirse en contra de los cofrades. Y mucho menos les pasa por la cabeza procurarse un arma — un cuchillo o una porra — para el vagón o el traslado.

En primer lugar, ¿para qué? ¿Contra quién? En segundo lugar, si la utilizas, puedes verte en un nuevo juicio por el implacable Artículo 58 tras el que te condenarán a muerte. En tercer lugar, ya antes de embarcar, si te encuentran una navaja, te castigarán con más dureza que a un cofrade: en manos de un criminal un cuchillo es simple indisciplina, una tradición, una inconsciencia; si te lo encuentran a ti, es terrorismo.

Por último, casi todos los del artículo 58 son gente pacífica (a menudo, ancianos y enfermos) que toda la vida se las han arreglado con palabras, sin emplear jamás los puños, y ahora no están más dispuestos que antes a recurrir a ellos.

Los cofrades han pasado por otro tipo de instrucción sumarial. Su instrucción se reduce a un par de interrogatorios, un juicio fácil y una condena benigna que ni siquiera cumplen hasta el final: antes los

amnistían o se fugan. (**149**) A los delincuentes comunes nunca se les ha prohibido, incluso durante lo que dura la instrucción, que reciban los paquetes admitidos por la ley, paquetes abundantes comprados por los cofrades en libertad con su parte del botín. No adelgazan, ni un solo día han enflaquecido sus fuerzas, pues como podemos ver durante el traslado, se alimentan a costa de los *panolis*. (**150**) Los artículos del Código sobre hurto y pillaje no sólo no les cohiben, sino que son causa de orgullo, y todo jefe con galones o ribetes azules les confirma en ello: «No importa, eres un bandido y un asesino, pero al menos tú no has traicionado a la patria. Eres *de los nuestros.* Te enmendarás». Los artículos penales sobre robo carecen de punto undécimo, el de la organización.

Y es que a los cofrades no les está prohibida la organización — ¿por qué había de estarlo? ¿Acaso no contribuye a educarlos en el espíritu colectivo, tan indispensable para un miembro de nuestra sociedad? La tenencia de armas es como un juego, no les castigan por ello, respetan su *ley* («ellos son lo que son»).

Y un nuevo asesinato en la celda no añade años de condena al asesino, al contrario, le ciñe nuevos laureles.

(Todo esto viene de lejos. Marx no reprocha al lumpen del proletariado más que cierta volatilidad y talante inconstante. Pero Stalin siempre sintió atracción por el hampa, ¿quién, si no, desvalijaba bancos para él? (**T109**) En 1901 sus compañeros de partido y de cárcel ya lo habían acusado de utilizar a delincuentes comunes contra sus adversarios políticos. Y en los años veinte crearía para ellos una benévola expresión: *socialmente afines.* Andaba en esto también Makarenko: a éstos sí que se les puede enmendar. Según Makarenko, el único foco de criminalidad era la «contrarrevolución encubierta», o sea: esos otros a los que no se puede corregir: ingenieros, sacerdotes, pequeño-burgueses, mencheviques...)

¿Y por qué no habrían de robar, si no hay nadie que les pare los pies? Así ocurre que tres o cuatro granujas bien compenetrados y que no retroceden ante nada tienen a su merced a varias docenas de pseudo-políticos asustados y abatidos.

Con el beneplácito de la autoridad. Con arreglo a la Doctrina Progresista.

Y si las víctimas no se defienden a puñetazos, ¿por qué al menos no intentan quejarse? A fin de cuentas, desde el pasillo se oye todo y justo ahora pasa sin prisa un soldado al otro lado de la reja.

En efecto, la pregunta no es baladí. Se oye hasta el menor ruido, se percibe cada gemido de queja y siempre hay un soldado recorriendo el pasillo, ¿pero por qué no interviene? A un metro suyo, en un compartimiento oscuro como una gruta, están robando a un hombre, ¿por qué, pues, no interviene este guerrero, defensa del Estado?

Pues por todo cuanto llevamos dicho hasta ahora. También él ha sido adoctrinado.

Es más: tras tantos años de tomar partido por los rateros, el soldado ha acabado simpatizando con ellos. El centinela *se ha convertido, él mismo, en ladrón.*

Entre mediados de los años treinta y mediados de los cuarenta, en esa década del más flagrante desenfreno de los bajos fondos y de máxima opresión contra los presos políticos, no hay quien recuerde un solo caso en el que un centinela impidiera a un cofrade desvalijar a un preso político en la celda, en el vagón o dentro del «cuervo». Pero en cambio sí pueden oírse numerosos casos en que un soldado ha aceptado de los ladrones enseres robados a cambio de vodka, viandas (más apetitosas que el rancho) o tabaco. Son ejemplos ya antológicos.

¿Y es que acaso son muchas las posesiones de un sargento de guardia?: el arma, un capote arrollado en bandolera, la fiambrera y su rancho de soldado. Sería cruel exigirle que escoltara a un enemigo del pueblo ataviado con pelliza cara y zapatos de charol, o quién sabe si incluso con *una arroba* (es decir, un saco) a cuestas llena de trastos caros traídos de la ciudad, y encima pedirle que se conforme con esta desigualdad. ¿O es que no es una forma de lucha de clases despojarlo de tanto lujo? ¿Es que acaso hay alguna norma escrita?

En 1945-1946, cuando nos llegaban los presos, no de cualquier parte, sino ¡de Europa!, presos que vestían y llevaban en sus sacos artículos europeos nunca vistos hasta entonces, no pudieron resistir la tentación ni los propios oficiales de guardia. Por razón del servicio se habían librado de combatir en el frente, pero al acabar la guerra eso significaba también que estaban lejos del botín. ¿Acaso era aquello justo?

Así pues, no era por casualidad, ni por premura, ni por falta de espacio, sino sólo por codicia, el que la guardia decidiera mezclar a la cofradía con los presos políticos en cada compartimiento del vagónzak a su cargo. Y los cofrades nunca les defraudaban: dejaban limpios a los *castores* (**151**) y todo iba a parar a las maletas de los centinelas.

¿Pero qué hacer cuando el vagón iba repleto de «castores», el tren ya se había puesto en marcha y no había ni un solo ladrón a mano, ni podía contarse con que lo hubiera, ya que aquel día no había estaciones que los expidieran? También se dieron casos de éstos.

En 1947 llevaban a un grupo de extranjeros de Moscú a Vladímir para cumplir condena en la Central de dicha localidad. Los extranjeros llevaban objetos de valor, según quedó claro apenas abiertas las maletas. Visto esto, *la propia escolta* emprendió una requisa sistemática de objetos y, para que no se les escapara nada, pusieron a los presos *totalmente desnudos* en el suelo del vagón, cerca del retrete, mientras ellos registraban y confiscaban. Pero la guardia no reparó en que no los estaban conduciendo a un campo penitenciario cualquiera, sino a una cárcel de verdad. Nada más llegar, L.A. Kornéyev presentó una queja por escrito denunciando lo ocurrido. Dieron con la escolta y la sometieron a un registro. Parte de los objetos aún no había desaparecido y fue devuelta a sus propietarios, y por todo lo que no reapareció se indemnizó a los presos en metálico. Según se decía, a los centinelas les impusieron penas de diez a quince años, aunque de todos modos, es imposible verificarlo. Y aún así, las condenas por robo no suelen cumplirse íntegramente.

De todos modos, ése había sido un caso excepcional. Si el jefe de la escolta hubiera sabido dominar a tiempo su codicia, habría comprendido que no le convenía meterse en semejante brete. Veamos ahora un caso más sencillo, tan simple que cabe esperar que hasta fuera corriente. En agosto de 1945 en el vagón-zak Moscú-Novosibirsk (en el que trasladaron a A. Suzi) tampoco había rateros a mano. De todos modos, como tenían por delante un largo trayecto — en vista de lo lentos que iban los trenes de entonces — el jefe de la escolta pudo elegir sin precipitarse el momento más oportuno para llevar a cabo un registro.

Los arrestados debían salir al corredor de uno en uno con sus enseres personales. Siguiendo el reglamento de prisiones cada uno debía desnudarse, pero el verdadero sentido del registro no era encontrar cuchillos u objetos prohibidos, ya que los presos volvían de inmediato a su atiborrada celda, donde los otros podían perfectamente haberles guardado todo lo que quisieran. El verdadero objeto del registro era escudriñar sus enseres personales, tanto los que llevaba encima como los de los sacos. El jefe de la escolta, un oficial, y su ayudante, un sargento, permanecieron altivos e imperturbables al lado mismo de los sacos durante el largo registro sin mostrar asomo de aburrimiento. Su pecadora codicia pugnaba por manifestarse, pero el oficial la ocultaba bajo una fingida indiferencia. Era la misma situación que la de un viejo carcamal que se come a las muchachas con los ojos pero que se siente intimidado por los presentes — y también por las propias muchachas — y no sabe cómo comportarse. ¡Qué bien le habrían venido unos cuantos ladrones! Mas, ¡ay!, no los había en ese traslado.

Ladrones no habría, pero sí hombres a los que ya había rozado e infectado el hálito de la cárcel. Ya se sabe, el ejemplo de los ladrones es aleccionador y predispone a la imitación: demuestra que existe una manera fácil de darse la buena vida en prisión.

En uno de los compartimientos viajaban dos ex oficiales, Sanin (de la Marina) y Merezhkov. Ambos eran condenados por el Artículo 58, pero eso no impedía que se hubieran adaptado ya al medio. Con el apoyo de Merezhkov, Sanin se había autoproclamado síndico electo del compartimiento y, por mediación de un soldado, pidió ser recibido por el jefe de la guardia (había sabido descifrar su actitud altiva: ¡no era más que necesidad de conchabarse con alguien!). Fue un hecho insólito, pero a Sanin lo llamaron y en alguna parte

tuvo lugar la entrevista. Siguiendo el ejemplo de Sanin, uno de otro compartimiento pidió una entrevista. Y también fue recibido.

Por la mañana dieron a los detenidos, no los quinientos cincuenta gramos de pan que en aquella época era la ración normal durante un traslado, sino doscientos cincuenta.

Cuando distribuyeron las raciones empezó a oírse un ligero murmullo. Fue sólo un murmullo, porque aquellos presos políticos temían las «acciones colectivas» y no movieron un dedo. Sólo hubo uno que preguntó en voz alta al que hacía el reparto:

— ¡Ciudadano jefe! ¿Cuánto pesa esta ración?

— ¡Pesa lo establecido! — le respondieron.

— ¡Exijo que me la vuelvan a pesar, o de lo contrario me negaré a aceptarla! — anunció el temerario con voz fuerte.

El vagón entero contuvo la respiración. Muchos no tocaron sus raciones con la esperanza de que también se las volvieran a pesar. Apareció entonces el oficial, ese dechado de pureza. Todos guardaban silencio, con lo cual sus palabras resonaron aún más rotundas y categóricas:

— ¿Quién se ha levantado aquí contra el régimen soviético? Se quedaron todos de piedra. (Me replicarán que es una técnica habitual, que también entre los libres cualquier jefe puede hacerse pasar por el «régimen soviético» y a ver quién se lo discute. Pero hay una diferencia: aquí era mucho más amedrentador, porque se trataba de gente aterrorizada a la que acababan de condenar por actividades antisoviéticas.)

— ¿Quién es el que ha organizado este *motín* por lo del pan? — no cejaba el oficial.

— Ciudadano teniente, yo sólo quería... — empezaba ya a disculparse el alborotador, ahora ya el único culpable de todo.

— ¿Conque eres tú, bastardo? ¿Conque no te gusta el régimen soviético?

(¿Y para qué sublevarse? ¿Para qué discutir? ¿No hubiera sido más fácil comerse la ración aunque la hubieran pellizcado, aguantarse y tener la boca cerrada? Ahora, en cambio, ya estaba armada...)

— ...¡Carroña apestosa! ¡Contra! ¡Debían haberte colgado, y aún pides que te pesen la ración! ¡Rata! ¡El régimen soviético te da de comer y de beber, ¿y todavía no estás contento?! ¿Sabes lo que te has ganado por esto? — Orden a los soldados —: ¡Lleváoslo! — Retumba la cerradura —. ¡Sal con las manos atrás! — Y se llevan al infeliz —. ¿Quién más tiene queja? ¿Quién más quiere que le pesen el pan?

(¡Como si hubiera forma de demostrar algo! Como si hubiera donde quejarte de que sólo te han dado doscientos cincuenta gramos y te fueran a creer a ti y no al teniente que insiste en que había quinientos cincuenta.)

Gato escaldado del agua fría huye. Los demás se dieron todos por satisfechos, y así se impuso aquella ración de castigo para *todos los días* del largo viaje. Tampoco les dieron azúcar, ¡se lo quedaba la escolta!

(Ocurría esto en el verano de las dos grandes victorias — contra Alemania y contra el Japón — que engrandecen la historia de nuestra patria y que estudiarán nuestros nietos y biznietos.)

Pasaron hambre el primer día, pero al segundo día de lo mismo empezaron a espabilar. Sanin dijo a los de su compartimiento: «Mirad amigos, si seguimos así estamos perdidos. A ver, si alguien tiene objetos de valor que me los dé yo los cambio y traigo de comer». Con toda desfachatez se puso a aceptar y rechazar piezas (aunque no todos estaban dispuestos a entregarlas, ¡cualquiera diría que os estoy obligando!). Luego pidió

permiso para salir en compañía de Merezhkov y, cosa curiosa, la escolta les abrió la puerta. Se presentaron con el botín en el compartimiento de la guardia y volvieron con unas hogazas de pan rebanado y tabaco barato. Eran los siete kilos de pan que habían escamoteado a diario a los del compartimiento, sólo que ahora no se repartirían a todos por igual sino únicamente a los que habían entregado algún objeto.

Y era perfectamente justo: ¿o no habían dicho todos estar satisfechos con la ración pellizcada? Y era justo también, porque los objetos algo valían y era menester pagar por ellos. Y también era justo desde una perspectiva más remota: eran objetos demasiado buenos para tenerlos en un campo penitenciario y de todos modos acabarían siendo requisados o robados.

El tabaco era el de la escolta. Los soldados estaban compartiendo las preciadas briznas con los presos y también esto era justo, pues ellos se estaban zampando el pan de los presos y echaban al té su azúcar, demasiado bueno para dárselo a los enemigos del pueblo. Por último, también era de justicia que Sanin y Merezhkov, aunque no se hubieran desprendido de nada, se quedaran con la parte del león, pues sin ellos no habría sido posible el trueque.

Sentados y hacinados en la penumbra, ahora unos masticaban unos mendrugos que pertenecían a sus vecinos, mientras éstos debían contentarse con mirar. La guardia no les daba lumbre uno a uno, porque sólo se podía fumar — todos a la vez — cada dos horas, y entonces el vagón quedaba envuelto en humo como si se hubiera calado fuego. Los que no habían querido desprenderse de sus enseres ahora lamentaban no haberlos entregado y le rogaban a Sanin que los aceptara, pero éste les respondía secamente: «Más tarde».

Esta operación no se habría desarrollado tan bien, no habría tenido un remate tan perfecto, de no ser por la lentitud de aquellos trenes de posguerra, por aquellos vagones-zak que se enganchaban y desenganchaban de los trenes y que sufrían largas paradas en las estaciones. Por otra parte, de no haber sido en la posguerra, no habría habido objetos que codiciar. Estuvieron una semana para llegar a Kúibyshev y en todo ese tiempo no recibieron del Estado más que doscientos cincuenta gramos de pan (que, bien mirado, era el doble de la ración establecida durante el cerco de Leningrado), *vobla* seca y agua. El resto de la ración de pan había que comprarla con lo que uno tuviera. Bien pronto la oferta superó a la demanda y el cuerpo de guardia empezó a hacerle cada vez más ascos a los objetos. La escolta se había vuelto más caprichosa...

En la prisión de tránsito de Kúibyshev los desembarcaron, los llevaron a lavar y los devolvieron al mismo tren y al mismo vagón. Esta vez la escolta era nueva, pero era obvio que al tomar el relevo les habían explicado cómo hacerse con los objetos de valor, porque hubo que seguir pagando la propia ración hasta Novosibirsk. (Es fácil imaginar con qué rapidez se propagó esta práctica contagiosa por todas las divisiones de vigilancia.)

Al llegar a Novosibirsk los desembarcaron entre las vías y acto seguido apareció un nuevo oficial, quien les preguntó: «¿Hay quejas contra la escolta?». Todos se quedaron con un palmo de narices. Ninguno respondió.

El cálculo del primer jefe de escolta había sido certero.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Los viajeros del vagón-zak se distinguen también del común de pasajeros que ocupa el resto del tren en que desconocen adonde va el convoy y en qué estación se apearán: y es que no llevan billete ni pueden leer los horarios que cuelgan en los vagones. En Moscú los embarcan tan lejos del andén que a veces ni los propios moscovitas se hacen idea de cuál de las ocho estaciones es aquélla. Los presos aguardan horas soportando apreturas y hedor a que llegue la locomotora de maniobras. Y cuando llega, engancha el vagón-zak a un tren ya formado. En verano llega hasta los presos la megafonía de la estación: «El Moscú-Ufa va a efectuar su

salida por la tres... El Moscú-Tashkent continúa estacionado en la vía uno. Los pasajeros con destino...». Por tanto, se trata de la estación de Kazan, e inmediatamente los entendidos en la geografía y los caminos del Archipiélago explican a sus compañeros: Vorkutá y el Pechora quedan descartados, pues hacia allá se sale de la estación de Yaroslavl; también podemos descartar los campos de Kírov y de Gorki.

Así se cubren de cizaña los frutos de la gloria. ¿Y si en realidad fuera cizaña? Porque a decir verdad no hay ningún campo penitenciario que se llame «Pushkin», «Gógol» o «Tolstói», ¡pero cuántos no habrá que se llamen «Gorki»! E independientemente del sistema de campos existen además unas minas penitenciarias llamadas «Maxim Gorki» (a 40 km de Elguen). Sí, Alexéi Maximich... «por vuestro corazón, camarada, y en vuestro nombre...». «Si el enemigo no se rinde...» Bastan unas palabritas fuera de lugar, y en un abrir y cerrar de ojos... tu nombre traspasa los límites de la literatura... (**T110**)

También sabemos que desde Moscú nunca se expiden presos a Bielorrusia, Ucrania o al Cáucaso, porque en esos lugares ya no saben dónde meter a los suyos. Continuamos escuchando. El tren de Ufa ha salido ya, pero el nuestro ni se ha movido. Ha partido también el de Tashkent y nosotros seguimos donde antes. «En breves momentos el tren Moscú-Novosibirsk... Se ruega a los acompañantes... los billetes de los pasajeros...» Y el tren da una sacudida. ¡Es el nuestro! ¿Y qué certeza nos da esto? De momento ninguna, porque pueden hacernos bajar en el curso medio del Volga o el sur de los Urales. Puede que nos lleven a Kazajstán, donde las minas de cobre de Dzhezkazgán. Puede ser Taishet, con su fábrica de impregnación de traviesas ferroviarias (donde, según dicen, la creosota acaba filtrándose a través de la piel para depositarse en los huesos, mientras los vapores saturan los pulmones hasta la muerte). También tenemos como posible destino toda Siberia, hasta Soviétskaya Gaván. Y también Kolymá. Y Norilsk.

Si es invierno, el vagón permanece cerrado y no pueden oírse los altavoces. Si la escolta se atiene a las ordenanzas, será imposible oírles ni una alusión a la ruta. Así pues, emprendemos la marcha, nos dormimos entre cuerpos entrelazados, bajo el golpeteo de las ruedas sin saber si a la mañana siguiente veremos bosques o bien estepa por la ventanilla, la del pasillo, naturalmente. Desde las literas centrales — a través de la reja, del pasillo, del doble cristal y de la reja exterior — se ven, pese a todo, los patios de vías de las estaciones y el trozo de espacio que corre junto al tren. Si los cristales no están empañados, a veces hasta es posible leer el rótulo de alguna estación: nombres como Avsiutino o Undol. ¿Por dónde queda esto? Nadie del compartimiento ha oído hablar de estos parajes. Otras veces es posible calcular por el sol si nos llevan hacia el norte o al este. Otras, en una estación cualquiera — Tufanovo, pongamos por caso — meten en el compartimiento a un delincuente astroso, y éste explica que lo llevan a juicio a Danílov y que teme que le echen un par de años. Sabes así que esta noche habéis pasado Yaroslavl y que, por tanto, la primera prisión de tránsito que encontraréis será la de Vólogda. Y siempre habrá en tu compartimiento alguno que ya se conoce el paño y que pronunciará con sombría expresión el célebre dicho, marcando las oes muy abiertas: «¡En Vólogda, pocas bromas con la escolta!».

Pero aun después de haber averiguado la dirección seguís sin saber nada: en adelante habrá prisiones y más prisiones de tránsito, como nudos en tu camino, y en cualquiera te pueden bifurcar. No sientes deseo alguno de ir a parar a Ujtá, Intá, o Vorkutá, ¿pero es que acaso te crees que el campo de construcción n° 501 va a ser más placentero? ¿Un ferrocarril que atraviesa la tundra por el norte de Siberia? Pues vete enterando de que es mucho peor que todos los demás destinos juntos.

Unos cinco años después de la guerra, cuando las riadas de detenidos finalmente volvieron a su cauce (o tal vez fuera que el MVD amplió su plantilla), pudo ponerse orden a los millones de rimeros con *causas* acumulados en el Ministerio. A partir de entonces comenzó a expedirse a cada preso con su expediente penitenciario en un sobre lacrado con una ventanita que permitía a la escolta ver únicamente su itinerario. (No era conveniente que la guardia conociera más detalles, ya que el contenido del expediente podría haber ejercido una influencia perniciosa.) Así pues, si ocupabas la litera central y el sargento se detenía precisamente a tu lado, si eras capaz de leer cabeza abajo, era posible ingeniárselas para leer que a Fulano lo llevaban a Kniazh-Pogost, y a ti a Kargopol-lag.

¡Ahora es cuando empieza la desazón! ¿Qué es eso de Kargopol-lag? ¿Quién ha oído hablar de ese sitio? ¿En que consistirán ahí los *trabajos comunes?* (Los hay que matan, pero en otros campos son más suaves.) ¿Sería uno de esos campos de los que ya jamás se vuelve?

¿Y por qué, por qué con las prisas de la partida habré olvidado advertir a la familia, que aún se cree que estoy en el campo de Stalinogorsk, cerca de Tula? Si son grandes tu ingenio y tu quebranto, es posible que también encuentres solución a este problema: alguno habrá que tenga un pedazo de mina de lápiz — con un centímetro basta — y algún otro que te dé un papelucho estrujado. Procurando que no se entere el soldado del pasillo (porque además no está permitido tenderse con los pies hacia la puerta, sino que hay que estar con la cabeza contra el pasillo), te retuerces y te vuelves de espalda, y escribes a la familia entre sacudidas del vagón. Les cuentas que inesperadamente te han sacado del lugar donde estabas y que te trasladan, que en el nuevo lugar quizá sólo te dejen enviar una carta al año, que vayan haciéndose a la idea. Pliegas la carta en forma de triángulo (**T111**) y te la escondes para escamotearla cuando os lleven al urinario. Será cuestión de suerte: bien puede ser que os saquen al retrete al entrar en una estación o saliendo de ella, o que de pronto el centinela que hay en la entrada del vagón esté pensando en las musarañas. Entonces habrá que pisar rápidamente el pedal para que se abra el agujero por donde baja toda la porquería y, haciendo sombra con el cuerpo, arrojar tu mensaje. La carta quedará sucia y mojada, pero puede que salte hacia fuera y caiga entre las vías. Incluso puede que caiga seca y que el tiro de aire bajo el vagón la haga revolotear hasta caer bajo las ruedas, aunque también puede que las evite y se pose suavemente en el declive del terraplén. Puede que permanezca allí hasta que lleguen las lluvias o las nieves, hasta que desaparezca, pero también puede ser que la recoja una mano humana. Y si aquel hombre no tiene la cabeza llena de *ideología,* repasará la dirección completando las letras o meterá tu mensaje en un sobre y entonces tu carta —¡figúrate!— llegará a destino. A veces han llegado cartas así, sin franqueo, ajadas, descoloridas, estrujadas, mas claramente salpicadas de sufrimiento...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Más te valdría dejar cuanto antes de ser un *panoli,* un ridículo novato, víctima y presa. Porque de cada cien veces, noventa y cinco la carta no llega a destino. Y en caso de que llegue, no será alegría lo que traiga a tu casa. ¡Se acabó el medir tu vida, tu respiración por horas y días! ¡En el país donde acabas de entrar todas las dimensiones son épicas! Entre el momento en que uno entra y hasta que sale transcurren décadas, cuartos de siglo. ¡Jamás volverás a tu mundo anterior! Cuanto antes te acostumbres a estar sin los tuyos, y ellos sin ti, tanto mejor. Tanto más fácil será.

Poseed cuantas menos cosas mejor y no tendréis que temblar por ellas. No tengáis maleta, y los guardias no podrán destrozárosla al entrar en el vagón (cuando en un compartimiento van veinticinco personas, ¿se le ocurriría a usted algo mejor?). No llevéis botas nuevas ni zapatos de moda, y menos todavía un traje de lana, porque en el vagón-zak, en el cuervo o nada más entrar en la prisión de tránsito os los robarán de todos modos, o si no os los requisarán, escamotearan o cambiarán. Si los entregas sin resistencia, la humillación te envenenará el alma. Si te los quitan con lucha, acabarás con la boca ensangrentada por aferrarte a tus bienes. Bien sé que os resultan repulsivas esas jetas insolentes, esas mañas burlonas, esos adefesios de dos patas, ¿pero no os parece que la posesión de bienes y el temor a perderlos os privan de una oportunidad excepcional para observar y comprender? ¿O es que creéis que los filibusteros, los piratas, los grandes capitanes cantados por Kipling y Gumiliov, no eran malhechores como éstos? Pues sabed que eran de la misma especie... Y si en los cuadros románticos siempre os han parecido seductores, ¿por qué han de pareceros aquí repulsivos?

También hay que comprenderlos a ellos. La prisión es *su único hogar.* Por más que el régimen los mime, por más que atenúe sus sentencias, por más que los amnistíe, su hado interno los hace volver una y otra vez... ¿Acaso no les correspondía, pues, decir la primera palabra en la legislación del Archipiélago? Si fuera de la cárcel hubo un tiempo en que se persiguió — con mucho éxito — el derecho a la propiedad (después, a los

propios abolicionistas les entró el gusto por *poseer).* ¿Por qué habría de tolerarse ese derecho entre rejas? Si estás en babia, si no te comes a tiempo tu tocino, si no has querido compartir con los amigos el azúcar y el tabaco, vendrán los cofrades a vaciar lo que guardes en *la arroba* y así corregir tu falta de ética. Cuando te dan unos míseros y desgastados zapatos *por troca* de tus botas de moda, un grasiento jubón a cambio de tu jersey, no es porque quieran quedarse con tus pertenencias para siempre: tus botas servirán para perderlas y ganarlas a las cartas cinco veces, y tu jersey lo *colocarán* mañana por un litro de vodka y una ristra de salchichas. Veinticuatro horas después ya no tendrán nada, lo mismo que tú. Es el segundo principio de la termodinámica: la diferencia entre niveles debe quedar compensada.

¡No poseáis! ¡No poseáis nada! — nos enseñaron Buda y Cristo, los estoicos y los cínicos. ¿Por qué no alcanzamos a entender, en nuestra codicia, esta sencilla admonición? ¿Por qué no comprendemos que las posesiones corrompen nuestras almas?

Deja, pues, que el arenque se caliente en tu bolsillo hasta llegar a la prisión de tránsito, así no tendrás que mendigar agua aquí. Y si dan ración de pan y azúcar para dos días, cómetelos de una sola vez. Entonces, nadie podrá robártelos y no tendrás preocupaciones. ¡Vivid como las aves del cielo!

Debes poseer sólo cuanto puedas llevar siempre contigo: tu conocimiento de lenguas y de países, tu conocimiento de los hombres. Que tu memoria sea tu hato de viaje. ¡Recuérdalo todo! ¡Recuerda! Estas amargas semillas son las únicas que quizás algún día germinen.

Mira en torno tuyo: estás rodeado de seres humanos. Quizá más adelante recordarás a uno de ellos durante toda tu vida y te comerás las uñas por no haberle hecho preguntas. Cuanto menos hables, más escucharás. Las vidas humanas se extienden como finas hebras de isla en isla del Archipiélago. Se entremezclan, se rozan unas a otras por espacio de una noche en vagones semioscuros y bamboleantes como éste, y luego se separan para siempre. Aplica, pues, el oído a su leve susurro y a ese traqueteo regular, porque es el huso de la vida lo que repiquea bajo el vagón.

¡Cuántas historias prodigiosas no oirás aquí!, ¡cuántos relatos que te harán reír!

Por ejemplo, ese francés menudo e inquieto junto a las rejas. ¿Por qué está tan agitado? ¿De qué se asombra todavía? ¿Qué es lo que aún le queda por aprender? ¡Expliquémosle! Y de paso, preguntémosle cómo es que está aquí. Gracias a uno que conoce su idioma, podemos saber que se llama Max Santerre y que es un soldado francés. Cuando estaba en libertad, en su *douce France*, era igualmente vivaz y curioso. Se lo habían advertido con educación, pero él no dejaba de merodear junto al punto en que concentraban a los rusos que iban a repatriar. Un buen día los soviéticos lo invitaron a echar un trago, y a partir de un determinado momento ya no recordaba nada. Cuando despertó estaba echado en el piso de un avión, vio que ahora vestía pantalones y guerrera del Ejército Rojo, y que por encima de su cabeza pendían las botas de un soldado. Le comunicaron entonces que lo habían condenado a diez años de campo penitenciario, ¿se trataría de una broma pesada, sin duda se aclararía todo? ¡Oh sí, claro que lo aclararán, amiguito, tú espera y verás! (Aún le esperaba otro juicio, por el que le cayeron veinticinco años más de campo; no saldría de Ozior-lag hasta 1957.) En fin, casos como éste no tenían nada de extraordinario en 1945-1946.

Visto este argumento franco-ruso, pasemos ahora a uno ruso-francés. Bueno, aunque quizá sea una historia genuinamente rusa, porque ¿a quién, si no un ruso, puede aplicársele mejor aquello de «días de mucho, vísperas de nada»? En todas las épocas ha habido en Rusia gente así, personas que *no encuentran su sitio*, como el desterrado Ménshikov en su isba de Beriózov, pintado por Súrikov. De ésos era precisamente Iván Koverchenko, un hombre que no cabía en ningún sitio, a pesar de que era enjuto y más bien tirando a bajito. Y como encima era un fortachón de rostro sanote y colorado — leche y sangre, que decimos en ruso —, el diablo decidió añadir aguardiente a la mezcla.

Koverchenko contaba su historia con sumo gusto y hasta se le escapaba la risa. Relatos así son verdaderos tesoros, merece la pena escucharlos. Claro que, al principio no había quien entendiera por qué lo habían arrestado y cuál era la razón por la que se le consideraba preso político. Pero es que no hay que obsesionarse en sacar brillo a la categoría de «político». ¡Ni que fuera una medalla! ¿No da lo mismo con qué rastrillo te

hayan cogido? Como todo el mundo sabe, eran los alemanes, y no nosotros, quienes se preparaban en secreto para la guerra química. Por ello resultó muy embarazoso descubrir que por culpa de unos soldados manazas del servicio de avituallamiento habíamos dejado montones de bombas químicas en un aeródromo cuando nos retiramos del Kubán. Aquello podía servir a los alemanes para provocar un escándalo internacional. Fue entonces cuando al teniente Koverchenko, natural de Krasnodar, le asignaron veinte paracaidistas y lo lanzaron al otro lado de las líneas alemanas para que enterrara aquellas bombas tan perniciosas. (Los oyentes de Koverchenko han adivinado ya el resto y no reprimen un bostezo: total, que los alemanes lo hicieron prisionero y ahora es un traidor a la patria. ¡Y un cuerno!) Koverchenko cumplió su misión a las mil maravillas, volvió cruzando el frente con sus veinte hombres sin sufrir una sola baja y fue propuesto para la estrella de Héroe de la Unión Soviética.

Pero una cosa es que te propongan para una medalla y otra el proceso de nominación, que puede alargarse un mes o dos, ¿y si resulta que el título de héroe también te viene estrecho? Porque el título de «héroe» se lo dan a los buenos chicos, a los que sobresalen en preparación militar y política, ¿pero qué pasa si a uno le arde el alma, necesita un trago inmediatamente, pero no hay nada que meterse entre pecho y espalda? Yo, nada menos que un héroe de toda la Unión Soviética..., ¿y a estos cerdos les duele darme otro litro de vodka? Así que Iván Koverchenko montó su caballo y — desde luego, sin haber oído nunca hablar de un tal Calígula — se subió con él por la escalera hasta el primer piso, al despacho del comandante militar de la ciudad, o algo por el estilo: ¡A ver, un vale para vodka! (El se creía que aquello le daba empaque, que era más al estilo de un héroe y que así no habría quien le dijera que no.) ¿O sea que por eso lo encerraron? ¡Qué va! No, por esto sólo le rebajaron la condecoración: la medalla de héroe se quedó en una orden de la Bandera Roja.

Koverchenko era un bebedor empedernido, pero como no siempre había con qué mojarse el gaznate, no quedaba más remedio que estrujarse el magín. En Polonia había impedido que los alemanes volaran un puente, y desde ese momento se sintió como si aquel puente fuera propiedad suya. Así que decidió exigir a los polacos un peaje, tanto si iban a pie como en coche, y pensaba cobrarles hasta que llegara nuestro Alto Mando: ¡Si no fuera por mí, aquí ya no habría puente, piojosos! Veinticuatro horas les estuvo cobrando (para gastárselo en vodka) hasta que se cansó. ¡No iba a pasarse allí la vida entera! Entonces, el capitán Koverchenko propuso a los lugareños de ambas orillas una solución ecuánime: que le *compraran* el puente. (¡Ah, pues por esto lo trincaron! ¡Nooo!) Y no es que pidiera mucho, pero los polacos se mostraron tacaños y no juntaron el dinero. Entonces, nuestro Pan capitán (**T112**) dejó correr el asunto: ¿conque sí?, pues al demonio, podéis cruzar gratis.

En 1949 estaba en Polotsk de jefe de Estado mayor de un regimiento de paracaidistas. La sección política de la división estaba muy descontenta con el comandante Koverchenko, porque se *cagaba* en la educación política. Un día pidió una copia de su hoja de servicios para solicitar el ingreso en la Academia, pero cuando se la dieron y le echó un vistazo, la arrojó furioso sobre la mesa: «¡Pues vaya hoja de servicios! ¡Con esto más vale que me meta en los banderistas antes que en la Academia!». (¿Entonces fue por esto? Por esto podían echarle diez años tranquilamente, pero no llegó la sangre al río.)

Hay que añadir, sin embargo, que se había saltado las ordenanzas dándole permiso a un soldado. Y que estando borracho había cogido un camión y lo había hecho trizas. Y entonces sí que le cayeron diez... días en el *trullo*. Por lo demás, los centinelas eran sus propios soldados y como lo llevaban en palmitas, lo soltaban para que se diera una vuelta por el pueblo. Es decir: que habría soportado el calabozo sin problemas, ¡pero ahora la sección política empezaba a andarle detrás amenazándole con un juicio! Esta amenaza dejó estupefacto a Koverchenko y le sentó como un agravio: O sea, que cuando hay que enterrar bombas «Venga Iván, salta del avión». ¿Y ahora por una mierda de camioneta, a la trena? De noche se deslizó por la ventana, llegó hasta la orilla del Dvina, donde sabía que un amigo escondía una motora, y se esfumó.

Resultó que no era un curda desmemoriado, ¡qué va!. Quería vengarse de todos los disgustos que le había ocasionado la sección política. En Lituania abandonó la lancha y pidió a los lugareños: «¡Hermanos, conducidme hasta la guerrilla! ¡Aceptadme, no os arrepentiréis, les vamos a enseñar lo que es bueno». Pero los lituanos creyeron que lo mandaban los rusos.

Iván llevaba una carta de crédito cosida a la ropa. Tomó billete para el Kubán, pero para cuando el tren había llegado a Moscú, había cogido una gran borrachera en el vagón restaurante. Salió de la estación y, entornando los ojos en dirección a la ciudad le ordenó a un taxista: «¡Venga, a la embajada!».

«¿A cuál?» «La que te parezca, ¡qué coño!» El chófer obedeció. «¿Y ésta cuál es?» «La francesa» «¡Pues hala!» Es posible que tuviera las ideas confusas o que ya no albergara esa primera intención de ir a una embajada, pero en todo caso, su maña y su fuerza no habían menguado un ápice. En silencio, para no alertar al policía de la puerta dio un rodeo por el callejón y saltó por el muro liso, el doble de alto que él.

En el patio de la embajada todo resultó más fácil: nadie lo vio, nadie le dio el alto. Iván entró en el edificio, atravesó una habitación, luego otra, y llegó hasta una mesa servida. Aunque en ella había de todo, lo que más le llamó la atención fueron las peras, que ya echaba de menos, y se llenó con ellas los bolsillos de los pantalones y de la guerrera. Entonces entraron a cenar los dueños de la casa. «¡Eh, franceses!», los acometió Koverchenko, a gritos. Le vino a la cabeza que Francia no había hecho nada bueno en los últimos cien años. «¿Por qué no hacéis una revolución? ¿O es que os habéis propuesto darle el poder a De Gaulle? ¡Como si en el Kubán no tuviéramos nada mejor que aprovisionaros de trigo! ¡Pues os equivocáis de medio a medio!» «¿Pero quién es usted? ¿De dónde ha salido?», le preguntaron estupefactos los franceses. Adoptando inmediatamente el tono adecuado, a Koverchenko se le ocurrió decir: «Soy un comandante del MGB». Los franceses se alarmaron: «Aun así, usted no debería irrumpir aquí. ¿Qué asunto le trae?». «Me c... en tus muertos», respondió Koverchenko, ya sin ambages, con toda su alma. Y todavía estuvo haciéndose el gallito un rato ante ellos, pero observó que en la estancia contigua ya había alguien al teléfono dando parte sobre él. Aún tuvo sangre fría para emprender la retirada, ¡pero entonces empezaron a caerle peras de los bolsillos! —y salió dejando tras de sí unas carcajadas humillantes...

De hecho, aún le quedaron fuerzas no sólo para irse de rositas de la embajada, sino para seguir haciendo de las suyas. A la mañana siguiente despertó en la estación de Kiev (**T113**) (¡Y no me diga usted que no se dirigía a la Ucrania occidental!), donde no tardaron en echarle el guante.

Durante la instrucción del sumario estuvo atizándole Aba-kúmov en persona y las cicatrices de la espalda se le hincharon hasta alcanzar el grueso de una mano. Las palizas del ministro no eran por lo de las peras, como es natural, ni tampoco por el justo reproche lanzado a los franceses, sino para que cantara quién le había reclutado y cuándo. Y le cayeron veinticinco años.

Muchos eran los relatos como éste, pero igual que todos los vagones, el de los presos enmudece al llegar la noche. Hasta la mañana no habrá ni pescado, ni agua, ni retrete. Y entonces, como si fuera cualquier otro vagón común y corriente, todo lo invade el ruido monótono de las ruedas, pero el silencio no se ve perturbado lo más mínimo. Y entonces, siempre que el soldado ya no esté en el pasillo, es cuando desde el tercer compartimiento, masculino, se puede conversar en voz baja con las mujeres del cuarto.

En prisión, las conversaciones con una mujer son algo muy especial. Hay en ellas un no sé qué noble, aunque no se hable más que de artículos del Código y de condenas.

Una de estas conversaciones duró toda la noche, y he aquí en qué circunstancias. Fue en julio de 1950. El compartimiento de las mujeres iba casi vacío, lo ocupaba una sola muchacha joven, hija de un médico moscovita, condenada por el 58-10. En cambio, en los compartimientos masculinos había un gran revuelo: la escolta había metido a los presos de tres compartimientos en sólo dos (y más vale no preguntarse cuántos se apelotonaban allí). Acto seguido metieron en el compartimiento desalojado a un criminal que no tenía aspecto de preso. Para empezar, no iba rapado: sus rubios y claros cabellos ondulados con auténticos rizos se ensortijaban desafiantes sobre una cabeza grande, de buena casta. Era joven y tenía buena percha, llevaba un traje inglés de corte militar. Lo habían conducido por el pasillo con un aire de respeto (y es que la escolta estaba intimidada por las instrucciones contenidas en el sobre que le acompañaba). La joven había tenido tiempo de observar todo esto. Pero en cambio, él a ella ni la había visto. (¡Y cómo lo lamentaría después!)

Por el ruido y el trajín, la muchacha comprendió que estaban desocupando para él el compartimiento de al lado. Estaba claro que debía permanecer incomunicado, lo cual acrecentó su deseo de dirigirle la palabra. En

un vagón-zak no es posible que los presos de un compartimiento vean a los del resto, pero sí que se oigan cuando hay silencio. Avanzada la noche, cuando empezaron a amortiguarse los ruidos, la muchacha se sentó en el extremo de su banco, cabe la reja y le llamó con voz queda. (O puede que empezara a cantar con un hilo de voz. Ambas cosas le hubieran valido un castigo, pero la guardia se había recogido ya y en el pasillo no quedaba nadie.) El desconocido oyó su susurro y, siguiendo sus instrucciones, se sentó del mismo modo. Estaban ahora espalda contra espalda, recostados contra el mismo tabique de tres centímetros, murmurando a través de la reja, haciendo llegar su voz alrededor del tabique. Sus cabezas y sus labios estaban tan cerca como si se besaran, y sin embargo no podían tocarse ni verse siquiera.

Erik Arvid Andersen comprendía ya el ruso muy aceptablemente, y aunque hablaba con muchas incorrecciones, a fin de cuentas se hacía entender. Le contó a la muchacha su sorprendente historia (que nosotros conoceremos en la prisión de tránsito) y ella a él la suya, la sencilla historia de una estudiante de Moscú condenada por el 58-10. Arvid estaba fascinado. Le preguntó sobre la juventud soviética, sobre la vida en la URSS y oyó una visión muy distinta de todo cuanto antes había leído en los periódicos izquierdistas occidentales o visto durante su visita oficial a nuestro país.

Toda la noche estuvieron hablando. Y aquella madrugada todo habría de fundirse para Arvid en un sólo recuerdo: el insólito vagón de presos en un país extranjero; el traqueteo nocturno del tren, como una armonía que siempre encuentra eco en nuestro corazón; la voz melódica, el susurro, el aliento de una muchacha junto a su oído: junto a su oreja, y no podía siquiera mirarla! (Y llevaba año y medio sin oír una voz femenina.)

Y unido a esa invisible (y seguramente, naturalmente, necesariamente) hermosa muchacha, por primera vez penetró en la verdadera Rusia, que con su propia voz estaba contándole la verdad durante aquella larga noche. También así es posible descubrir un país... (Al alba habría de ver por la ventanilla los oscuros techos de paja mientras le llegaba, triste, el murmullo de su oculto guía.) Pues todo esto es Rusia: vagones con presos que ya no protestan; una muchacha tras el tabique, en el compartimiento de un stalin; la escolta que se ha acostado ya; peras que caen de los bolsillos, bombas sepultadas y un caballo galopando hasta un primer piso.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

— ¡Son gendarmes! ¡Son gendarmes! — exclamaban alegres los presos. Su alborozo se debía a que en adelante iban a ser conducidos por solícitos gendarmes en lugar de soldados.

Una vez más se me han olvidado las comillas. Esto lo cuenta el propio Korolenko. (**152**) Porque a nosotros, la verdad, los de azul no nos causaban ninguna alegría, a menos que uno tuviera la mala fortuna de quedar atrapado en «el péndulo», porque entonces sí se alegraba uno de ver a quien fuera.

Para el común de los viajeros lo difícil es subirse al tren en una pequeña estación de paso y poder ocupar un asiento, pero, en cambio, apearse resulta lo más sencillo del mundo: uno echa sus bártulos al andén y salta. Para el preso es bien distinto. Si la policía o la guardia de la prisión del lugar no vienen a buscarlo o llegan un par de minutos tarde, ¡tut-tut!, el tren reemprende la marcha y se lleva al pobre diablo hasta la siguiente prisión de tránsito. Y menos mal si es ahí donde te llevan, porque de nuevo tendrás comida. Y es que a veces, te toca seguir en el vagón hasta final de trayecto, te tienen dieciocho horas a ti solo en el compartimiento vacío y luego te mandan de vuelta con un nuevo grupo de presos. Y entonces puede ser que otra vez no se presenten a buscarte, y de nuevo te encerrarán esperando en una vía muerta, ¡y todo este tiempo no te darán de comer! Porque tu ración estaba asignada hasta el transbordo previsto y de hecho tú ya cuentas como si comieras en Tulún. ¿Qué culpa van a tener en contabilidad si a los de la prisión se les ha olvidado venir por ti? Y la escolta no tiene por qué alimentarte de su propio pan.

Y así pueden zarandearte hasta seis veces (¡como que no ha habido casos!): Irkutsk-Krasnoyarsk, Krasnoyarsk- Irkutsk, Irkutsk-Krasnoyarsk. De modo que cuando llegas de nuevo a Tulún y ves en el andén un ros azul celeste, hasta querrás echarte en sus brazos: ¡Gracias, amigo, gracias por sacarme de aquí! Un par de días en un vagón-zak bastan para dejarte tan agotado, tan sofocado, tan hecho trizas, que cuando el tren pasa por una gran ciudad no sabes qué prefieres: si sufrir un poco más y llegar cuanto antes a destino o bien que te dejen recuperar fuerzas en la prisión de tránsito.

Pero de pronto la escolta se pone en movimiento, empieza a correr de un lado para otro. Los soldados llevan puesto el capote y golpean el suelo con las culatas. O sea, que van a descargar todo el vagón.

Primero, la escolta se pone en semicírculo ante el estribo del vagón y, apenas has salido rodando, resbalando y dando trompicones por él, los soldados te gritan al unísono y a todo pulmón (así los han adiestrado): «¡Siéntate! ¡Siéntate! ¡Siéntate!». Esto surte un gran efecto cuando son varias las voces que gritan y además no te permiten alzar la vista. Es como si estuvieras bajo el fuego de proyectiles: sin darte cuenta te retuerces y avanzas a toda prisa (¿adonde te hace falta llegar tan deprisa?), te mantienes pegado al suelo y cuando alcanzas a los que salieron antes te sientas.

«¡Siéntate!», es una orden bien clara, pero cuando eres novato todavía no la comprendes. En una playa de vías de Ivanovo, al oír esta orden corrí abrazado a mi maleta (porque si no es una maleta fabricada en los campos, sino en libertad, siempre se le partirá el asa en el momento más crítico), la dejé en el suelo sobre el lado largo y, sin fijarme en qué habían hecho los primeros, me senté sobre ella. ¡Yo, que llevaba un capote de oficial, que aún no estaba tan mugriento como el de los demás y conservaba los faldones enteros, no podía sentarme encima de las traviesas, sobre aquella arenilla oscura y grasienta! El jefe de la escolta — una cara sonrosada, un rostro ruso donde los haya — se me acercó a la carrera, sin que me diera tiempo a figurarme qué querría ni por qué, aunque al parecer su intención era plantar su sagrada bota en mi cochina espalda, pero algo lo contuvo. No obstante, no le dolió ensuciar la reluciente puntera y le pegó tal patada a la maleta que le rompió la tapa, al tiempo que me dejaba bien claro: «¡Que te sientes! ». Y sólo entonces caí en la cuenta de que yo me alzaba como una torre entre los zeks, y antes de que me diera tiempo a preguntar: «¿Y cómo he de sentarme?», ya había comprendido. Con mi preciado capote me senté como los demás, como los perros junto al portal, como los gatos ante la puerta.

(Todavía conservo aquella maleta, e incluso ahora, cada vez que la veo, paso los dedos por ese deshilachado agujero. Éste, claro, no puede cicatrizar como cicatrizan las heridas del cuerpo y del corazón. Los objetos tienen más memoria que nosotros.)

Era una posición bien calculada. Sentado en el suelo con las rodillas en alto, el centro de gravedad se desplaza hacia atrás, es difícil levantarse e imposible dar un respingo. Además, nos ponían lo más juntos posible, para que cada uno estorbara el máximo a los demás. De haber querido arrojarnos de pronto sobre la escolta, nos habrían cosido a tiros mucho antes de que llegáramos a levantarnos.

Los presos deben sentarse para esperar a que venga el cuervo (que se lleva a los presos por tandas, pues todos no caben de una vez) o para que los conduzcan a pie. Procuran que la espera transcurra en un lugar apartado, de modo que los hombres en libertad vean lo menos posible, pero a veces, aunque resulte más embarazoso, los hacen sentar directamente en el andén o en cualquier espacio abierto (en Kúibyshev fue así). Ello pone a prueba a cualquier persona en libertad: nosotros los observábamos con plena conciencia de nuestro derecho, con nuestro mirar más sincero, pero ellos..., ¿cómo debían mirarnos ellos a nosotros? ¿Con odio? La conciencia no se lo permitiría (ya se sabe, sólo los escritores y periodistas soviéticos creen que la gente está encerrada «con razón»). ¿Con compasión? ¿Con lástima? ¿Y si su nombre va a parar a una lista? ¡Nada más fácil que imponerles una condena también a ellos! A nuestros orgullosos y libres ciudadanos soviéticos («Anda, leed y envidiadme, soy ciudadano de la Unión Soviética»), (**T114**) que ahora agachan la cabeza con culpa y pretenden no verlos, como si el lugar estuviera desierto.

Las ancianas tienen más coraje: ya no pueden corromperlas y además creen en Dios. Parten trozos de su escuálido pan y los arrojan hacia nosotros. Tampoco sienten miedo los veteranos de los campos, los

delincuentes comunes, naturalmente. Bien saben ellos que: «Quien no ha estado aquí, acabará por entrar; y quien ya ha estado no podrá olvidar». (**T115**)

A veces nos lanzaban un paquete de cigarrillos, esperando que alguien hiciera lo mismo por ellos en la siguiente condena. La mano de las ancianas era débil y los mendrugos caían al suelo antes de llegar hasta nosotros; en cambio, los paquetes de cigarrillos revoloteaban por el aire hasta posarse en medio del grupo. Los soldados hacían chasquear los cerrojos de los fusiles y apuntaban contra la vieja, contra la bondad, contra el pan: «¡Hala, circula, abuela!».

Y ese pan sagrado, yacía desmigajado en el polvo hasta que nos sacaban de allí.

En general, esos minutos que pasábamos sentados en el suelo de una estación eran los mejores.

Recuerdo que en Omsk nos hicieron sentar sobre las traviesas, entre dos largos convoyes de mercancías. Por aquel espacio no pasaba nadie (seguramente habían puesto soldados a cada extremo: «¡Prohibido el paso!». Y es que el soviético, incluso en libertad, está educado para someterse al hombre de uniforme). Caía la tarde. Estábamos en agosto. El grasiento balasto de la estación, expuesto al sol toda la jornada, no había tenido tiempo de enfriarse y nos calentaba las posaderas. La estación no se veía, pero quedaba muy cerca, detrás de los trenes. Desde ahí nos llegaba el sonido de un gramófono con música alegre entre un compacto bullicio de multitud. Y no sé por qué, no parecía humillante estar sentados en la tierra, con suciedad y apreturas, en aquel rincón; no parecía un escarnio oír los bailes de una juventud que nos era ajena, unos bailes que nosotros ya nunca bailaríamos; imaginar que había gente esperando o despidiendo a alguien en el andén, e incluso quizá con un ramo de flores. Fueron veinte minutos pasados casi en libertad: iba oscureciendo la tarde, parpadeaban las primeras estrellas, brillaban luces rojas y verdes sobre las vías, sonaba la música. La vida continuaba sin nosotros, y ya ni siquiera nos importaba.

Atesorad estos minutos y la prisión os será más leve. De otro modo os desgarrará la rabia.

Siempre que sea peligroso llevar a los zeks hasta el cuervo porque, por ejemplo, hay cerca carreteras y gente, las ordenanzas prevén esta magnífica orden: «¡Agarrados del brazo!». ¿Y qué tiene de humillante ir del brazo? ¿Pues no se anda del brazo de ancianos y crios, muchachas y ancianas, sanos e inválidos? Si una de tus manos está ocupada acarreando los bártulos, te pasarán el brazo por ese lado y tú asirás por el otro a tu vecino. De este modo, el grupo cierra filas hasta andar el doble de apiñados que si marcharais en formación ordinaria. De repente os sentís más pesados, os transformáis en cojos que intentan equilibrar el peso de los trastos, os tambaleáis agobiados por ellos. Sois criaturas torpes, sucias y grises, que avanzan como ciegos, unidas con aparente afecto. ¡Una parodia del género humano!

También puede ser que no haya ningún cuervo esperando y que el jefe de la escolta sea un miedica que teme no llegar a destino con todos. Y así, como plomos, a trompicones, tropezando con vuestros bártulos, deberéis arrastraros hasta la misma prisión aunque haya que atravesar la ciudad.

Hay también otra orden, parodia esta vez de los gansos: «¡Cogidos de los talones!». Significa que quien tenga las manos libres debe agarrarse las piernas a la altura de los tobillos. Y ahora: «¡En marcha, ar!». (A ver, querido lector, deja un momento este libro y paséate así por la habitación. ¿Qué tal? ¿A que vas rápido? Has podido ver mucho a tu alrededor, ¿verdad? ¿Qué me dices de una fuga?) ¿Quién es capaz de imaginarse dos o tres docenas de gansos de éstos? (Kiev, en 1940.)

Pero no siempre es agosto, podía ser diciembre (de 1946) y que os lleven sin furgón, a cuarenta grados bajo cero, hasta la prisión de tránsito de Petropávlovsk. Como es fácil imaginar, la escolta del vagón-zak, para no ensuciarse, no se habrá tomado la molestia de llevaros al retrete en las últimas horas, antes de llegar a la ciudad. Debilitados por la instrucción sumarial, atenazados por la helada, apenas podéis conteneros ya, especialmente las mujeres. Bueno, ¿y qué? Eso de detenerse y separar los remos es para los caballos, y cosa de perros hacerse a un lado y levantar la pata contra una cerca. Vosotros que sois personas, os lo podéis hacer encima mientras camináis, ¿qué vergüenza ha de daros si estáis en vuestra patria? Ya se secará todo en la prisión de tránsito... Vera Kornéyeva se agachó para ajustarse el zapato y quedó un paso rezagada; un

soldado le lanzó su perro pastor. Desgarrando su gruesa ropa de abrigo el perro le alcanzó la nalga. ¡Nada de quedarse atrás! A un uzbeko que cayó al suelo le pegaron con las culatas y las botas.

No es ninguna tragedia, ¡ni que hubieran sacado una fotografía para el *Daily Express!* Y el jefe de escolta alcanzará la edad provecta sin que nadie jamás haya intentado llevarlo ante un tribunal.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Los cuervos son también un legado histórico. ¿O no es cuervo la carreta penitenciaria descrita por Balzac? (**T116**) La única diferencia es que al ser de tiro iba más lenta, y que no la atiborraban tanto de presos.

Cierto que en los años veinte todavía conducían a los presos a pie, en columnas que cruzaban las ciudades, incluso Leningrado, y que al llegar a un cruce interrumpían el tránsito («¡Así aprenderéis, ladrones!», les imprecaban desde las aceras. Nadie había pensado aún en esa gran invención que fue alcantarillado...)

Pero, siempre alerta a las nuevas corrientes de la técnica, el Archipiélago no tardó en adoptar el *cuervo negro* o, más afectuosamente, el «cuervo». Hicieron su aparición en nuestras calles aún adoquinadas al tiempo que los primeros camiones. Llevaban pésimas ballestas, por lo que daban fuertes sacudidas, pero a fin de cuentas, los presos no eran de cristal. En cambio, el embalaje sí que era sólido: ya entonces, en 1927, no había una sola rendija, ni una bombilla eléctrica en el interior, no era posible ver, ni tampoco respirar aire fresco. Ya entonces abarrotaban de presos la caja del furgón a más no poder. Y no es que obraran así con premeditación, era simplemente que había escasez... de ruedas.

Durante muchos años los cuervos fueron grises, acerados, declaradamente penitenciarios. Pero acabada la guerra, en las capitales se les ocurrió pintarlos de vistosos colores y añadirles rótulos como PAN (el preso era, en efecto, el pan de la reconstrucción), CARNE (mejor le hubieran puesto «Huesos») y a veces hasta: ¡BRINDAD CON CHAMPÁN SOVIÉTICO!

Por dentro, el cuervo puede ser simplemente una caja blindada, un espacio vacío. Pero también es posible que haya bancos alrededor de las paredes, lo que no está previsto como una comodidad, ¡qué va! Al contrario, que haya bancos es mucho peor, porque en ese caso introducen a tantos hombres como quepan de pie, pero entonces irán unos sobre otros, como equipajes, como fardos sobre fardos. Los cuervos pueden llevar también un box en su parte trasera: un angosto armario de acero para una sola persona. También pueden estar divididos completamente en boxes, que entonces son unos armaritos individuales a derecha e izquierda, cerrados con llave como las celdas, con un pasillo central para el *vertujái*.

Difícilmente puede alguien siquiera imaginarse esa estructura, compleja como una colmena, cuando ve desde fuera a la risueña moza alzando una copa: ¡BEBA CHAMPÁN SOVIÉTICO!

A uno siempre lo meten en el cuervo gritándole por todos lados: «¡Venga! ¡Venga! ¡Aprisa!». Para evitar que puedas mirar alrededor y urdir una fuga se prodigan en golpes y empellones, que también sirven para que te atasques con el saco en la estrecha portezuela y te golpees la cabeza contra el tejadillo. Con gran esfuerzo empujan la puerta de acero hasta que cierre y ¡en marcha!

Naturalmente, el transporte en cuervo pocas veces dura horas, todo lo más veinte o treinta minutos. Pero qué zarandeo, qué molienda de huesos, qué dolor en los costados en esa media hora, y si eres alto, encima con la cabeza agachada. Quizás hasta eches de menos el confortable vagón-zak.

Además, en el cuervo los presos se barajan de nuevo, se producen nuevos encuentros, de los cuales los que dejan una impresión más viva son, naturalmente, aquellos con cofrades. Es posible que no hayas tenido

ocasión de ocupar con ellos un mismo compartimiento, es posible que tampoco en la prisión de tránsito os hayan puesto en la misma celda, pero en el cuervo te encuentras indefectiblemente en sus manos.

A veces hay tanta estrechura que ni siquiera los *del gremio* son capaces de *apandar*. Tus piernas y tus brazos están aprisionados entre los cuerpos y los sacos como en un cepo. Sólo puedes cambiar su posición cuando llega un bache y todo se sacude, incluidas tus tripas.

Otras veces hay más espacio y los del gremio aprovechan esa media hora para examinar el contenido de todos los sacos y quedarse con los *bacilos* y los mejores *cachivaches*. Lo más probable es que no les plantes cara, porque aún te riges por ideas pusilánimes y sensatas (poco a poco, grano a grano, irás perdiendo tu alma inmortal, pues crees siempre que los combates y enemigos decisivos están aún por venir y que conviene por tanto reservarse para poder hacerles frente). Pero puede ser también que uno alce la mano a la primera de cambio y le metan un cuchillo entre las costillas. (No habrá investigación alguna, y si la hubiera no sería ninguna amenaza para los cofrades: sólo quedarían retenidos en la prisión de tránsito en vez de seguir viaje hasta un campo lejano. Convendrán ustedes conmigo en que si un elemento socialmente afín y otro socialmente ajeno se hallan enfrentados, el Estado no puede tomar partido por éste último.) En 1946, en una celda de Butyrki, el coronel retirado Lunin, que ocupaba un cargo importante en la Osoaviajim, relataba lo siguiente: el 8 de marzo, (**T117**) durante el traslado desde la Audiencia municipal a la prisión de Taganka, presenció en el cuervo cómo unos cofrades violaban por turno a una muchacha casadera (ante la pasividad silenciosa de los demás ocupantes). Aquella misma mañana la muchacha había comparecido ante el tribunal con sus mejores galas, aún como mujer libre (la juzgaban por abandono del puesto de trabajo sin autorización, pero estos cargos eran una repulsiva maquinación de su jefe, sediento de venganza porque ella se había negado a vivir con él bajo un mismo techo). Media hora antes de que la subieran al cuervo la habían condenado a cinco años, a tenor de vete a saber qué decreto, y la habían embutido en aquel vehículo. Y ahora, en pleno día, en las calles de Moscú («¡Brindad con champán soviético!») la habían convertido en una prostituta de campo. ¿Cómo podríamos decir que el mal se lo causaron los cofrades? ¿Y qué hay de los carceleros o del jefe de la muchacha?

¡Ay, la delicadeza de los cofrades! Acto seguido, saquearon a la muchacha, le quitaron los zapatos de domingo con los que creía que habría impresionado a los jueces y la blusa, y lo arrojaron todo a los guardianes. Estos detuvieron el cuervo, bajaron a comprar vodka y la compartieron con los de dentro. De modo que, encima, los cofrades bebieron a costa de la muchacha.

Cuando llegaron a la cárcel de Taganka la muchacha se deshacía en lágrimas y expresaba su quebranto. Tras escucharla, un oficial dijo bostezando:

— El Estado no puede proporcionar un medio de transporte individual a cada uno de vosotros. Nuestros recursos son escasos.

Efectivamente, los cuervos son el «cuello de botella» del Archipiélago. Si en un vagón-zak no hay posibilidad de segregar a los presos políticos de los comunes, en los cuervos tampoco hay posibilidad de separar a hombres y mujeres. ¿Cómo no van a aprovechar los cofrades el traslado entre prisiones para «echar una cana al aire»?

Aunque bueno, si no fuera por la presencia de los cofrades, habría que agradecer el traslado en cuervos y los fugaces encuentros con mujeres que nos brinda. ¿Dónde, si no, sería posible verlas, escucharlas, rozarlas, durante nuestra vida de presidio?

En cierta ocasión, en 1950, nos llevaron de Butyrki a la estación con mucha generosidad de espacio: éramos unos catorce hombres en un cuervo con bancos. Todos estábamos sentados, y de pronto añadieron un último preso: una mujer, sola. Al principio se sentó temerosa contra la puerta, pues en una oscura caja como aquella no había defensa posible contra catorce hombres. Pero después de cambiar algunas palabras quedó claro que estábamos en familia, que a todos nos habían condenado por el Artículo 58.

La mujer nos dio su nombre: Repin, esposa de un coronel, detenida después que su marido. Y de pronto, un taciturno militar joven y enjuto con aspecto de teniente, le preguntó: «¿Dígame, no habrá estado usted en prisión con Antonina Ivánovna?». «¿Cómo? ¿No será usted su marido? ¿Oleg?» «Sí.» «¿El teniente coronel Ivanov? ¿De la Academia Frunze?» «¡Sí!»

¡Fue un «sí» digno de oírse! Salía de una garganta tensa, pues el miedo a *saber* era mayor que la alegría. Se sentó al lado de ella. Por las diminutas rejas de las dos puertas traseras pasaban difusos los destellos crepusculares de aquel día estival, recorriendo una y otra vez los rostros de la mujer y del teniente coronel, en pos con la marcha del vehículo. «Pasé los cuatro meses de la instrucción encerrada en la misma celda que ella.» «¿Y dónde está ahora?» «¡En todo este tiempo no ha tenido más pensamiento que usted! No temía por ella, sino por usted. Primero, que lo detuvieran. Después, que la sentencia fuera despiadada.» «¿Pero qué ha sido de ella?» «Se sentía culpable de que le hubieran detenido a usted. ¡Qué mal lo pasaba!» «¿Dónde está ahora?» «No se asuste», la señora Repin le puso la mano en el pecho, como a un íntimo conocido. «No pudo resistir tanta tensión. Se la llevaron a otra parte. Estaba un poco..., no coordinaba..., ¿Entiende usted?»

Y esta minúscula tempestad, contenida en una caja de chapa de acero, avanzaba pacíficamente por uno de los seis carriles, se detenía ante los semáforos y señalizaba cada giro con los intermitentes.

A Oleg Ivanov acababa de conocerlo minutos antes en Butyrki, he aquí en qué circunstancias: nos habían llevado al box de «la estación» (**T118**) y habían sacado nuestros enseres de la consigna. Los dos salimos del box a la vez. Ya en el pasillo, pudimos ver al otro lado de una puerta abierta una celadora en bata gris que revolvía la maleta de Oleg. En esto, se le cayó al suelo un galón dorado de teniente coronel — no se sabe por qué se había conservado uno solo —. La mujer no se había dado cuenta y tenía puesto el pie sobre las grandes estrellas.

Su zapato pisaba la hombrera igual que en una escena de cine.

Se lo hice notar a Oleg: «¡Fíjese usted, camarada teniente coronel!».

El rostro de Ivánov se ensombreció. Sin duda, para él la noción de un servicio intachable seguía teniendo importancia.

Y ahora, estaba lo de su esposa.

Todo esto tuvo que asimilarlo en el espacio de una hora escasa.

2. Los puertos del Archipiélago

Desplegad sobre una gran mesa un mapa de nuestra patria lo suficientemente extenso. Poned gruesos puntos negros en todas las capitales regionales, en todos los nudos ferroviarios, en todos los puntos de transbordo, ahí donde termina la vía férrea y empieza un río, o bien donde el río forma un recodo y se inicia un sendero. ¿Qué sucede? ¿Ha quedado todo el mapa cubierto de cagadas de mosca? Pues bien, tenéis ante vosotros el majestuoso mapa de los puertos del Archipiélago.

No se trata, ciertamente, de aquellos puertos de ensueño que tan seductoramente nos presentaba Aleksandr Grin, puertos en que se bebe ron en las tabernas y se hace la corte a bellas mujeres. Tampoco encontraréis aquí el azul cálido del mar (aquí, para lavarse hay un litro de agua por cabeza; o para que resulte más cómodo, ¡cuatro litros para cuatro personas, que deben lavarse a la vez en un mismo barreño!). Salvo esto, todo aquello que confiere a los puertos una atmósfera novelesca — la suciedad, los parásitos, las blasfemias, el trasiego, la babel de lenguas y las riñas — lo encontraréis de sobra.

Raro es el preso que no haya pasado por tres, cuatro o hasta cinco prisiones de tránsito, muchos recuerdan una decena de ellas, y los *hijos* del Gulag enumeran sin esfuerzo incluso medio centenar. Sólo que todas

ellas se confunden en la memoria de tan semejantes como son: los ignaros centinelas; el caótico pasar lista por orden de expediente; las largas esperas a pleno sol o bajo la llovizna otoñal; *el pasamanos* a cuerpo desnudo, aún más largo que la espera; el rapado sin higiene alguna; las salas de baño frías y resbaladizas; las letrinas apestosas; los pasillos mohosos; las celdas siempre repletas y sofocantes, y las más de las veces oscuras y húmedas; el calor de los cuerpos humanos a ambos lados, tanto en el suelo como en el catre; las cabeceras de la cama, hechas de tablas; el pan mal cocido, casi pasta liquida; *la balanda* que parece un cocido de forraje fermentado.

Pero quien tenga una memoria precisa y pueda discernir unos recuerdos de otros ya no tiene por qué viajar por el país, porque gracias a las prisiones de tránsito su mente habrá asimilado toda su geografía. ¿Novosibirsk? Lo conozco, he estado allí. Hay unos barracones muy sólidos, hechos de gruesos troncos. ¿Irkutsk? Es donde se han tapiado varias veces las ventanas con ladrillos, puede verse cómo eran en tiempos del zar, se aprecia cada reforma y los agujeros que han dejado para ventilación. ¿Vólogda? Sí, un viejo edificio con torreones. Los retretes están unos encima de otros, pero los entretechos de madera están podridos y gotean sobre los de abajo. ¿Usman? ¡Y cómo no! Un penal hediondo y piojoso, una construcción antigua, con bóvedas. La atiborran tanto que cuando empiezan a sacar a presos para un traslado, cuesta creer que hayan podido caber todos allí. La columna ocupa media ciudad.

No se le ocurra ofender a uno de estos especialistas diciéndole que conoce una ciudad en la que no hay prisión de tránsito. Le demostrará de manera irrefutable que ciudades así no existen y estará en lo cierto. ¿Salsk, dice usted? Pues allí a los presos en tránsito los encierran en las celdas de preventiva junto con los que están en plena instrucción sumarial. Y en cada capital de distrito, tres cuartos de lo mismo.

¿En qué se diferencia, pues, de una prisión de tránsito? ¿En Sol-Iletsk? ¡Hay una! ¿En Rybinsk? ¿Y entonces cómo llamar a la prisión n° 2, la del antiguo monasterio? ¡Ah, eso sí!, es muy tranquila, con sus patios pavimentados y desiertos, sus viejas losas cubiertas de musgo, y los barreños de madera en el baño, todo muy limpito. ¿Y en Chita? Pues la prisión n° 1. ¿Y en Naushki? Eso no es una cárcel, sino un campo de tránsito, pero tanto da. ¿En Torzhok? Pues en la montaña, también un monasterio.

¡Compréndalo, alma de Dios, no puede haber ciudad sin prisión de tránsito! ¿Es que no sabe que en cualquier parte hay tribunales sesionando? ¿Y cómo van a llevarse a los condenados hasta el campo? ¿Por el aire?

Naturalmente, hay prisiones y prisiones. Pero es imposible dilucidar cuál es mejor y cuál peor. No falla, cuando se juntan tres o cuatro zeks, cada uno de ellos presume de «la suya»:

— La prisión de tránsito de Ivánovo no será de las más célebres, pero preguntadle a cualquiera que pasara por ella en el invierno de 1937 a 1938. No había calefacción , pero no sólo no se helaba la gente, sino que en las literas de arriba los había que se tendían desnudos. Hubo que romper todos los cristales de las ventanas para no asfixiarse. En la celda n° 21, en lugar de los veinte hombres que le correspondían, había... *¡trescientos veintitrés!* Como había agua bajo los catres, pusieron unas tablas y a algunos les tocó acostarse sobre ellas. Y era hacia allá abajo precisamente adonde iba a parar la helada corriente de aire que entraba por las ventanas, ya sin cristal. En pocas palabras, bajo los catres reinaba la noche polar: no había luz alguna, toda quedaba tapada por los que se acostaban en los catres y por los que estaban de pie junto a ellos. Era imposible pasar por el corredor hacia la cubeta, más bien había que deslizarse por el canto de los catres. No daban la comida de uno en uno sino a cada diez hombres.

Si alguno de la decena moría, lo metían bajo el catre y lo tenían allí hasta que empezaba a oler mal. Porque así podían comerse su ración. Esto aún podía soportarse, si no fuera porque a los *vertujáis* parecía que les hubieran frotado con ortigas: no paraban de mandar a la gente de una celda a otra, una y otra vez. Y apenas te habías instalado: «¡En pie! ¡Cambio de celda!». Y de nuevo a buscar sitio. ¿Y por qué se había sobrecargado tanto la prisión? Pues porque estuvieron tres meses sin llevar a los presos al baño, se extendieron los piojos, y los piojos provocaron llagas en los pies y luego vino el tifus. Y por causa del tifus se impuso una cuarentena, y en cuatro meses no salió de ahí ningún traslado.

— Pero esto que cuentas no es porque fuera la prisión de Ivánovo, sino porque así eran los tiempos que corrían. Porque en 1937-1938 en las prisiones de tránsito no es que gimieran sólo los zeks, sino hasta las mismísimas piedras. La de Irkutsk tampoco era ninguna prisión fuera de lo corriente, pero en 1938 ni los médicos se atrevían a examinar las celdas. Sólo recorrían los pasillos mientras el *vertujái* bramaba en cada puerta: «¡El que haya perdido el conocimiento, que salga!».

— En 1937, amigos míos, todos discurrían por Siberia en dirección a Kolymá, pero acababan atascados en el mar de Ojotsk y hasta en el mismo Vladivostok. Los barcos no conseguían transportar hasta Kolymá más de treinta mil hombres por mes, pero desde Moscú, venga a enviar más y más gente, sin cumplimientos. Bueno, y llegaron a juntarse hasta cien mil hombres, ¿qué te parece?

— ¿Y quién pudo contarlos?

— Pues el que tuviera que contarlos.

— Si es a la prisión de tránsito de Vladivostok a la que te refieres, en febrero de 1937 no habría ahí más de cuarenta mil hombres.

— Y allí estuvimos empantanados unos cuantos meses. ¡Las chinches brincaban como saltamontes por los catres! Agua, medio vaso al día: ¡No había agua, ni nadie para ir a buscarla! Para los coreanos había una zona aparte: ¡Todos murieron de disentería, todos! En nuestra zona, cada mañana se llevaban a un centenar de hombres. Estaban construyendo un depósito de cadáveres y los zeks acarreaban la piedra enganchados a unos carros. Hoy tiras tú y mañana te llevarán a ti. Y además en otoño se declaró el tifus exantemático. Nosotros también nos quedábamos los muertos hasta que hedían, y despachábamos sus raciones. No había medicamento alguno. Si nos acercábamos a la alambrada — ¡Dadnos medicamentos! —, nos respondían con una ráfaga desde la atalaya. Luego trasladaron a los enfermos de tifus a un barracón aparte. Hubo bastantes que no resistieron el traslado y de los que sí lo soportaron, muy pocos volvieron. Las literas de ese barracón eran de dos pisos, y como los presos de arriba no podían bajar a hacer sus necesidades por causa de la fiebre, ¡mojaban directamente a los de abajo! Unos mil quinientos habría allí tendidos. Los enfermeros eran cofrades, a los muertos les arrancaban los dientes de oro. Tampoco tenían reparo en sacárselos a los vivos...

— ¡Venga, y dale con el treinta y siete, siempre a vueltas con el treinta y siete! ¿Y qué me decís del cuarenta y nueve, en la bahía de Vánino, en la quinta zona? ¡Pues éramos treinta y cinco mil! ¡Y durante varios meses! ¡Porque, como siempre, no daban abasto con los barcos a Kolymá. Y cada noche, vayase a saber por qué, nos cambiaban de barracón, de una zona a otra. Como en los campos de los nazis: ¡qué de silbidos y de gritos! «¡Fuera todos *y que no haya último!*» (**T119**) ¡Y todos salían en estampida! ¡Siempre corriendo! Cien hombres a buscar pan, ¡venga, corriendo! A buscar el rancho, ¡corriendo! ¡No había ninguna clase de cuencos! ¡Coge el rancho con lo que te parezca, con los faldones, con las palmas de la mano! Traían el agua en cisternas, no había nada con qué distribuirla, por tanto la echaban a chorro, el que ponía la boca, agua tenía. Si empezaba una riña junto a la cisterna, ¡abrían fuego desde la atalaya! Sí, igualito que con los fascistas. Cuando vino de inspección el general-mayor Derevianko, jefe de la USVITL, un aviador militar salió a su encuentro y se desgarró la guerrera ante la multitud: «¡Tengo siete medallas de combate! ¿Quién les ha dado derecho a disparar sobre la zona?». Derevianko dijo: «Disparamos y *continuaremos disparando* hasta que aprendáis a comportaros». (**153**)

— No, muchachos, no. Todo esto que contáis no son prisiones de tránsito. ¡Para prisión de tránsito, la de Kírov! Tomemos un año que no tenga nada de particular, tomemos el año 1947, cuando para poder cerrar la puerta de la celda los carceleros tenían que embutir a la gente a golpe de bota. En septiembre (y Viatka no está precisamente a orillas del mar Negro), en las literas de tres pisos todos permanecían sentados, sin nada de ropa, debido al calor, y si estaban *sentados* era porque no había sitio para tenderse: una fila ocupaba el lugar donde debieran haber ido las cabezas, y otra la parte de los pies.

Y en el pasillo había dos hileras más sentadas en el suelo, y entre éstas, aún otra, y todas iban intercambiándose. Guardaban los sacos en la mano o sobre las rodillas, pues no había dónde dejarlos. Sólo los cofrades yacían a sus anchas en las literas centrales, junto a las ventanas; y es que *por ley*, aquellos sitios

eran suyos. Las chinches eran tantas que picaban hasta de día y se lanzaban en picado desde el techo. Y así había que aguantar una semana, un mes.

En esto me entran ganas de meter baza, de contar lo ocurrido en Krásnaya Presnia en agosto de 1945, el verano de la Victoria, pero siento vergüenza: nosotros, al fin y al cabo, podíamos estirar las piernas por la noche y las chinches se comportaban con moderación, aunque de noche, tendidos bajo las potentes bombillas, nos comían las moscas, pues estábamos desnudos y cubiertos de sudor de tanto calor como hacía. Pero todo esto eran menudencias y hasta me daba vergüenza jactarme de ello. Nos cubríamos de sudor al menor movimiento, y después de la comida sudábamos sencillamente a chorros. En una celda algo mayor que una habitación normal de una vivienda había cien hombres, tan hacinados que uno no sabía dónde poner los pies. En las dos pequeñas ventanas había bozales de plancha de hierro, y como daban al sur, no sólo impedían la circulación del aire, sino que, al darles el sol, actuaban como radiadores.

Esta prisión de tránsito, que ostenta un glorioso nombre revolucionario, es poco conocida de los moscovitas, pues en ella no se organizan visitas comentadas, además, ¡qué turistas va a haber si todavía *está, jun-dottúndo!* ¡Mas quien quiera contemplarla por fuera no tiene que desplazarse muy lejos! Desde la carretera de Novojoróshevski, siguiendo el ferrocarril de circunvalación, queda a un tiro de piedra.

Como las prisiones de tránsito son un cajón de sastre, también lo es cualquier conversación sobre ellas, y seguramente esa misma impresión va a dar este capítulo: uno no sabe a qué ceñirse, qué contar, por dónde empezar. Y cuantas más personas se juntan en una prisión de tránsito, tanto mayor es esta mezcolanza. Para el hombre resulta insoportable, para el Gulag, antieconómica, pero la gente pasa en ella meses y meses. Y de este modo la prisión de tránsito se transforma en una verdadera fábrica: las raciones de pan llegan a montones en una carretilla de llevar ladrillos. La *balanda* humeante la acarrean en cubas de madera de setenta y cinco litros con un barrote que atraviesa las asas.

El punto de tránsito de Kotlás era de los más febriles y sin recato alguno. Febril, porque era la puerta a todo el nordeste de la Rusia europea, y sin recato, porque se encontraba ya en las profundidades del Archipiélago y en él era innecesario andarse con tapujos. Era sencillamente un pedazo de tierra vallada y dividida en jaulas siempre cerradas con llave. Era el mismo lugar donde en 1930 habían instalado a una densa multitud de campesinos — todos ellos deportados — (y aunque no haya quedado nadie para contarlo, debemos dar por supuesto que no había techo alguno sobre sus cabezas).

Sin embargo, en 1938 eran tantos los internos, que no todos, ni mucho menos, podían disponer de alojamiento en aquellos frágiles barracones de sólo planta baja, hechos de tablones de desecho y cubiertos — ahora sí — con... lonas. Bajo la húmeda nieve de otoño, bajo los primeros fríos, la gente vivía entre la tierra y el cielo. Cierto que no dejaban que se congelaran en la inmovilidad: constantemente los sometían a recuento o mantenían alta su moral por medio de controles (en la prisión podía haber hasta veinte mil hombres), o con súbitos registros, siempre de noche. Más tarde plantaron tiendas de campaña dentro de las jaulas y en algunas hasta levantaron cabañas de troncos con planta y primer piso. Sin embargo, para abaratar la construcción, no pusieron una solera entre las dos plantas, sino que instalaron directamente literas de a seis, hasta arriba, con escaleras de mano a los lados, por las cuales incluso los que estaban ya en las últimas debían trepar como grumetes (un artilugio más propio de un barco que de un puerto).

En el invierno de 1944-1945, cuando ya todos estaban bajo techado, quedaban sólo siete mil quinientos presos, de los que morían cada día unos cincuenta. Las parihuelas que los llevaban al depósito no conocían descanso. (Se me objetará que una mortalidad por debajo del uno por ciento diario es perfectamente tolerable, y que con esta tasa un hombre puede resistir hasta cinco meses. Cierto, pero tengan en cuenta que la principal guadaña — los trabajos forzados — aún no había empezado. Así pues, esta pérdida del 0,66 por ciento diario no era más que la pura *mortandad por desecación.* ¿Cuántos almacenes de hortalizas tolerarían esta tasa?)

Cuanto más se adentra uno en el Archipiélago, tanto más se estremece al ver cómo desaparecen los puertos de hormigón para convertirse en simples amarraderos de pilotes.

Karabás, un campo de tránsito cercano a Karagandá, cuyo nombre se ha convertido en palabra de uso común, ha visto pasar en varios años a medio millón de personas (cuando Yuri Karbe estuvo ahí en 1942, ya iban por el número 433.000). El campo consistía en unos barracones bajos, de tierra apisonada, con el suelo de tierra. La distracción diaria era hacerlos salir a todos con sus trastos mientras unos pintores blanqueaban el suelo y hasta dibujaban alfombras. Por la noche, los zeks se acostaban en el mismo suelo y borraban con sus costados el blanqueado y los tapices.

Más que cualquier otro lugar, Karabás habría sido el más merecedor de convertirse en museo. Pero ¡ay!, ya no existe: en su lugar hay ahora una fábrica de piezas de cemento armado.

La prisión de tránsito de Kniazh-Pogost (sesenta y tres grados de latitud norte) se componía de un montón de chozas ¡asentadas sobre un cenagal! Las chozas consistían en un armazón de palos recubierto por una lona que no llegaba hasta el suelo. Dentro de la choza había unas literas de dos pisos, hechas también de palos (mal desbastados) y como pasillo entre ellas un piso igualmente de varas. De día, el cieno líquido salpicaba a través del suelo y de noche se congelaba. En diferentes lugares de la zona había que pasar sobre varas endebles e inestables y por todas partes la gente, que a causa de la debilidad no estaba para equilibrios, caía al cieno o a la aguacha. En 1938 en Kniazh-Pogost daban cada día lo mismo de comer: un cocido de alforfón y salvado con espinas de pescado. Resultaba ser lo más práctico, pues como el punto de tránsito carecía de escudillas, vasos y cucharas — y los presos con mayor razón —, llamaban a los presos por decenas al caldero y con unos cucharones les echaban esa masa en la gorra, los gorros de abrigo o en los faldones de la propia vestimenta.

O veamos, si no, el punto de tránsito de Vogvózdino (a pocos kilómetros de Ust-Vym), donde había cinco mil hombres. (¿Quién había oído hablar de Vogvózdino antes de leer estas líneas? ¿Cuántos puntos de tránsito desconocidos habrá? ¡Multiplicad los que se conocen por cinco mil!) Ahí hacían un cocido muy líquido, pero tampoco disponían de escudillas. Sin embargo supieron salir del paso (¡adonde no llegará el ingenio humano!): servían el bodrio en una *palangana de baño* para cada diez hombres. ¡A ver quién comía más aprisa! (Esto también se vio en Kotlás.)

Cierto que en Vogvózdino nadie permanecía más de un año. (Y si alguien pasaba ahí tanto tiempo era porque estaba ya en las últimas y no lo querían en ningún campo.)

La vida cotidiana de los nativos del Archipiélago supera con creces la imaginación del literato. Cuando quiere describir la vida en prisión y hacer patente su máximo reproche e indignación, el escritor siempre recurre a *la cubeta.* ¡La cubeta! La literatura la ha convertido en el símbolo de la cárcel, en el símbolo de la humillación y del hedor. ¡Cuánta frivolidad! ¿Es que creéis que la cubeta es un mal para el preso? ¡Pero si es el más misericordioso invento de los carceleros! Porque el horror empieza desde el instante mismo en que no hay cubeta en una celda.

En 1937 en algunas prisiones de Siberia no había cubeta, ¡no tenían bastantes! No se habían fabricado con antelación tantas como hubiera hecho falta y la industria siberiana no daba abasto ante tamaña avalancha de población reclusa. De modo que los depósitos estatales no podían atender la demanda de zambullos para tanta celda recién inaugurada. En las celdas antiguas sí los había, pero eran viejos y de poca capacidad. El sentido común aconsejaba retirarlos, pues, ante tal alud de reclusos, ahora eran tanto como nada. Así, en la prisión de Minusinsk, construida en otros tiempos para albergar quinientos presos (Vladímir Ilich no estuvo en ella, y es que Lenin llegó hasta su lugar de destierro por su propio pie), se apiñaban ahora diez mil reclusos, ¡o sea que cada cubeta debiera haber aumentado de capacidad veinte veces! Pero los zambullos no crecen...

Nuestras plumas rusas sólo escriben con trazo grueso. Con tanto como hemos vivido, sin embargo bien poco es lo que ha llegado a ser descrito o nombrado por su nombre. En cambio, en manos de los escritores occidentales, acostumbrados a examinar con lupa las células de la existencia, a agitar bajo los focos un matraz de boticario, un tema así se convertiría en epopeya, serían diez tomos más de *En busca del tiempo perdido:* ¡contar la turbación del alma humana en una celda atiborrada veinte veces más de lo normal, cuando no hay cubeta y llevan a los presos al retrete una sola vez al día!

Naturalmente, mucho es lo que desconocen de este tejido vivo: ¡Nunca se les ocurriría como solución orinarse en la capucha del impermeable, ni llegarían a entender como un consejo la voz de su vecino de celda: ¡pues oríname en las botas! Y sin embargo es un sabio consejo, producto de la experiencia, y no acarrea en modo alguno daño a la bota, ni rebaja tampoco su papel al de un orinal. Significa simplemente que hay que quitarse la bota, ponerla boca abajo y volver la caña del revés: ¡Y ya tenemos nuestro ansiado recipiente, en forma de cilindro!

¡Ay, como enriquecerían su literatura los autores occidentales, cuántos recovecos psicológicos que explotar (sin ningún riesgo de plagiar banalmente a los maestros famosos)! No les haría falta sino conocer los usos y normas de la prisión de Minusinsk: para repartir la comida, una escudilla para cada cuatro, y en cuanto al agua, un vaso al día por preso (vasos sí había). Imaginen ahora que a uno de los cuatro se le ocurre valerse de la escudilla común para aliviar su presión interna, pero a la hora de comer se niega a entregar su ración de agua para lavar la escudilla. ¡Qué conflicto! ¡Qué choque entre cuatro caracteres! ¡Qué matices! (No estoy bromeando. Es así como sale a relucir el fondo de una persona. Sólo que las plumas rusas están demasiado ocupadas para describir lances así, y el ojo ruso no tiene ocasión de leerlo. No bromeo, pues los médicos pueden decirnos cómo unos meses en semejante celda minan la salud de un hombre para toda la vida, aunque no lo fusilaran cuando Ezhov, por más que lo rehabilitaran cuando Jruschov.)

¡Caramba, y nosotros que soñábamos con descansar y desentumecernos al tocar puerto! Después de unos días encogidos y retorcidos en el compartimiento de un vagón-zak, ¡cómo soñábamos con la prisión de tránsito! Soñábamos que allí podríamos estirar los miembros, desperezarnos. Que tendríamos todo el tiempo del mundo para ir al retrete. Que beberíamos agua fría, que habría agua caliente hasta saciarnos. Que no nos obligarían a comprar a la escolta nuestra propia ración a cambio de nuestros enseres. Que soplaríamos la cuchara. Y, finalmente, que nos llevarían al baño, que nos ducharíamos con agua caliente y se acabaría tanto rascarse. Y cuando en el cuervo se nos clavaban otros hombros en los costados, cuando nos zarandeábamos de un lado a otro, cada vez que nos gritaban: «¡Agarrados del brazo!», «¡Agarrados de los talones!», nosotros nos animábamos pensando «¡No importa! ¡No importa! ¡Pronto llegaremos a la prisión de tránsito! Allí sí que...».

Y allí, aunque alguno de nuestros sueños se haga realidad siempre habrá, de todos modos, algo que lo eche a perder.

¿Qué te aguarda en los baños? Nunca se sabe. De pronto empiezan a rapar al cero a las mujeres (Krásnaya Presnia, noviembre de 1950). O bien a nosotros, los hombres, nos mandan desnudos y en hilera a que nos rapen unas peluqueras. En Vólogda la tía Motia, la gorda, gritaba en el baño de vapor «¡A formar, muchachos!», y rociaba toda la fila con un chorro de vapor. En la prisión de tránsito de Irkutsk son de otra opinión: creen que resulta más natural, que en los baños el personal sea masculino, y que sea un hombre quien se ocupe de untar de pomada desinfectante la entrepierna de las mujeres. O bien, en la prisión de tránsito de Novosibirsk, donde en pleno invierno, en los fríos baños, de los grifos sólo salía agua helada; los presos se decidieron a exigir la presencia de un responsable; vino un capitán y puso impertérrito la mano bajo el grifo: «Pues yo digo que el agua sale caliente, ¿estamos?».

Aburre ya contarlo, pero también había baños sin agua, en los que al secar las cosas con vapor se quemaban, lugares donde después del baño obligaban a los presos a que corriesen desnudos y descalzos por la nieve en busca de sus enseres (Contraespionaje del Segundo Frente Bielorruso en Brodnica, 1945. Yo mismo hube de correr así.)

Nada más dar los primeros pasos en un centro de tránsito, el preso comprende que aquí no se haya bajo la férula de los celadores, de unos galones, ni tampoco de los de uniforme, no; todos éstos, mal que bien, aún se someten a alguna ley escrita. En la prisión de tránsito caes en manos de los *enchufados*. Como el sombrío bañero que sale a recibir al convoy en que llegas a la prisión: «¡Venga, a lavarse, señores fascistas!». Como el capataz que asigna el trabajo en su tablilla de contrachapado, que escruta vuestra hilera y siempre os mete prisas; (**T120**) como el *educador*, una cabeza rapada con tupé, que va dándose golpecitos en la pierna con un periódico enrollado mientras mira de reojo los sacos con que han entrado los reclusos; y como otros enchufados que el preso aún no conoce, pero cuya mirada ya está atravesando las maletas como rayos X.

¡Cómo se parecen todos! ¿O es que no has tropezado ya con ellos durante tu corto viaje al centro de traslado? ¿Dónde los habrás visto ya? Claro que entonces no iban tan pulcros ni relamidos, aunque sus jetas de bruto son las mismas, idéntico su rictus despiadado.

¡Mira por dónde! ¡Pero si son los cofrades de nuevo! ¡Son de nuevo los del gremio, que ya cantara Utiosov! Son Zhenka Zhogol, Serioga el *Animal* y Dimka el *Revientatripas,* sólo que ya no están entre rejas, ahora van limpitos, visten el ropaje de aquellos en que el Estado deposita su confianza y velan *con prosapia* (**154**) por la disciplina — nuestra disciplina, claro está —. Si observamos sus jetas detenidamente, con un poco de imaginación podemos llegar a reconocer en sus rostros unas fisonomías rusas como las nuestras; en otro tiempo hubieran sido muchachos campesinos cuyos padres se llamarían Klim, Prójor o Guri. (**T121**) Además, están hechos igual que nosotros: dos fosas nasales, dos círculos irisados en los ojos y una lengua rosada para tragar alimento y pronunciar algunos sonidos del ruso, aunque — eso sí — hilvanados en forma de palabras que nunca antes habíamos oído.

Más tarde o más temprano, todo director de prisión de tránsito acaba teniendo la siguiente idea: con las nóminas del personal en plantilla se puede pasar un sueldo a los propios parientes sin que éstos tengan ni que salir de casa, o también se pueden repartir entre los jefes de la cárcel. Porque les basta dar un silbido para que se presenten tantos elementos *socialmente afínes* como sea necesario, dispuestos a ejecutar esos trabajos, a cambio de quedarse *escaqueados* en la prisión de tránsito, de no salir a las minas, a los yacimientos o a la taiga.

Todos esos capataces, escribientes, contables, educadores, bañeros, peluqueros, responsables de almacén, cocineros, lavaplatos, lavanderas, sastres remendones de ropa interior, son presos en tránsito perpetuo, reciben su ración y obran en los registros con un número de celda. El resto de sopa y de manduca se lo procuran — sin ayuda de los jefes — en el perol común o en *la arroba* de los zeks en tránsito. Todos esos enchufados de la prisión de tránsito consideran con fundamento que en ningún campo van a estar mejor. Caemos en sus manos cuando aún no nos han desplumado a fondo y ellos nos despachan a placer. Aquí son ellos los que cachean en lugar de los carceleros, pero antes te proponen que les entregues tu dinero para guardártelo, y con toda la seriedad del mundo llevan una lista, ¡y acto seguido se esfuman, tanto la lista como el dinero! «¡Hemos entregado dinero!» «¿A quién?», se asombra el oficial que acaba de personarse. «¡Bueno, era uno así...!» «¿Sí, pero a quién exactamente?» Los enchufados tampoco han visto nada... «¿Y por qué se lo dieron?» «Es que pensábamos...» «¡Andaba pensando el pavo...! (**T122**) ¡Pues a ver si pensáis menos!» Y se acabó.

O bien te aconsejaban que dejaras la ropa en la antesala del baño: «¡Nadie os va a quitar nada! ¿Pero quién quieres que se lleve eso?». Y ahí dejábamos la ropa. De todos modos, no se podía entrar con prendas al baño. Y al salir faltaban los jerseys, las manoplas de piel. «¿Cómo era tu jersey?» «De color gris...» «¡Bueno, pues será que ha ido él solito a que lo laven!» También pueden quitarte las cosas *honradamente:* a cambio de guardarte la maleta en el almacén, por conseguirte una celda donde no haya cofrades, para que te trasladen cuanto antes, o al contrario, para que tarden más en expedirte. Lo único que no hacen es desvalijarte directamente.

«¡Pero si éstos no son cofrades!», aclaran los expertos en la materia que hay entre nosotros. «Ésos son los *perros,* los que se han dejado comprar y se la tienen jurada a los *ladrones decentes.* Los decentes están en las celdas.» Pero es algo que cuesta comprender a nuestros cerebros de borrego. Las maneras son las mismas, los tatuajes también. Puede que sí, que sean enemigos de los ladrones decentes, pero tampoco son amigos nuestros, ya ven...

Entretanto, nos hacen sentar en el patio, bajo las ventanas de las celdas. En las ventanas hay bozales que impiden ver quién hay dentro, pero sí dejan llegar una voz ronca y amistosa que nos aconseja: «¡Muchachos! Aquí esto funciona así: durante *el pasamanos* te quitan todo lo que va suelto, como el té o el tabaco. Así que el que lleve algo de eso que nos lo *arrime* por la ventana, y nosotros se lo devolvemos después». ¿Y nosotros qué sabemos? Somos *panolis,* borregos. Quizá sea verdad que confiscan el té y el tabaco. ¿Y no habla la gran literatura de la solidaridad universal entre los reclusos? ¡Un presidiario no puede engañar a otro! Además, se han dirigido a nosotros con afecto: «¡Muchachos!». Así que les *arrimamos* las petacas con

el tabaco. Y al otro lado, aquellos ladrones de pura casta pescan el botín y al punto se mofan de nosotros: «¡Fascistas, anda que no sois primos!».

He aquí los eslóganes con que nos acoge la prisión de tránsito, aunque no cuelguen de sus muros: «¡No busques aquí la justicia!», «¡Tendrás que entregar todo lo que tengas!», «¡Tendréis que entregarlo todo!», nos repiten también los carceleros, los soldados de la escolta y los cofrades. Estás anonadado por tu condena interminable y tu mente sólo piensa en cómo recuperar el aliento, mientras a tu alrededor todos se las ingenian para desvalijarte. Todo se conjura para oprimir aún más al preso político, ya de por sí bastante abatido y abandonado a su suerte. «Tendréis que entregarlo todo...», sacude desconsoladamente la cabeza un carcelero de la prisión de tránsito de Gorki, y Ans Bernstein le entrega aliviado su capote de oficial, no por las buenas, sino a cambio de dos cebollas.

¿Pero cómo vas a quejarte de los cofrades si ves que todos los celadores de Krásnaya Presnia llevan unas botas de cuero pulido que no forman parte del uniforme reglamentario? Todo esto lo han *apandado* los cofrades en las celdas para *colocárselo* a los carceleros. ¿Cómo vas a quejarte de los cofrades si el «educador» de la Kaveché (**155**) es uno de ellos, facultado además para redactar informes sobre los presos políticos? (Centro de tránsito de Kemerovo) ¿Cómo vas a pretender que metan en cintura a los cofrades de la prisión de tránsito de Rostov si están en su feudo ancestral?

Cuentan que en 1942, en la prisión de tránsito de Gorki, unos oficiales presos (Gavrílov, el ingeniero militar Schebetin y otros más) pese a todo les hicieron frente, les dieron una paliza y les bajaron los humos. Pero esta historia siempre ha sonado a leyenda: ¿Acaso sometieron también a los cofrades de las otras celdas? ¿Y cuánto tiempo les duró el correctivo? ¿Y dónde tenían los ojos los del ros azul cuando unos elementos socialmente ajenos estaban vapuleando a otros socialmente afines? En cambio, si te cuentan que en 1940, en la prisión de tránsito de Kotlás, los delincuentes comunes que estaban en la cola del economato arrancaban el dinero de las manos de los presos políticos, que éstos respondieron atizándoles y no había quien los detuviera, y que entonces entró en la zona la guardia con ametralladoras para proteger a los cofrades, no te quepa la menor duda: ¡Es la pura verdad!

¡Los familiares insensatos! Van de acá para allá, en el mundo de los libres, pidiendo dinero prestado (pues en casa no disponen de tanto) para enviarte algunas cosas, para enviarte comida. Es el último óbolo de la viuda, pero es un regalo envenenado, pues te convierte de un preso hambriento, pero sin ataduras, en una persona inquieta y cobarde. Te priva de esa lucidez que empezaba a nacer en ti, de tu incipiente firmeza, te priva de las dos únicas cosas que necesitas antes de precipitarte en el abismo. ¡Oh cuan sabia es la parábola del camello y el ojo de la aguja! Tus posesiones te impedirán entrar en el reino de los cielos, en el reino de las almas libres, lo mismo que a todos cuantos te acompañaban en el cuervo que también han entrado con su saco a cuestas.

«¡Hatajo de cerdos!», nos maldecían ya los cofrades en el furgón. Pero entonces ellos eran dos y nosotros medio centenar, y de momento no nos pusieron la mano encima. Y ahora que llevamos ya dos días en el suelo de la *estación* de Krásnaya Presnia, con las piernas encogidas de tanta estrechez, ninguno de nosotros tiene ojos para la vida que se desenvuelve a nuestro alrededor, todos andamos preocupados con la forma de que nos acepten las maletas en consigna. Porque por más que guardar los enseres sea uno de nuestros derechos, si los encargados acceden a ello es sólo porque la prisión está en Moscú y nosotros aún no hemos perdido nuestra apariencia de moscovitas.

¡Qué alivio! Nuestros enseres ya están a buen recaudo (aunque eso sólo quiera decir que no los *entregaremos* en esta prisión de tránsito, sino más adelante). Ahora sólo cuelgan de nuestras manos los hatillos con unos alimentos a los que aguarda un amargo destino. Como se les han acumulado demasiados de los nuestros, demasiados castores, ahora empiezan a repartirnos por celdas. A mí me meten en la misma celda que Valentín, ese que firmó la sentencia de la OSO el mismo día que yo y que con tanta contricción se había propuesto empezar una nueva vida en cuanto llegara al campo penitenciario. La celda todavía no está atiborrada: aún queda sitio en el pasillo y bajo los catres.

De acuerdo con la distribución clásica, los cofrades ocupan las literas de arriba: los más veteranos junto a las ventanas, y los jovenzuelos un poco más lejos. Por las literas inferiores se extiende una masa gris e indefinida. Nadie se nos echa encima. Sin fijarnos, sin reflexionar, en nuestra inexperiencia nos deslizamos bajo los catres sobre el piso de asfalto, creyendo que hasta vamos a estar cómodos. Los catres son muy bajos y si un hombre es corpulento debe arrastrarse pegado al suelo como un soldado que avanza tras las líneas enemigas.

Logramos meternos. Ahora podremos tendernos tranquilamente y conversar en voz baja. ¡Pero no! En la penumbra, con silencioso susurro, gateando, como grandes ratas, se nos acercan a hurtadillas los *cachorros* desde todas partes. Todavía son unos críos, incluso los hay de doce años, pero en el Código también hay sitio para ellos. Ya han sido condenados por robo y ahora están ampliando sus estudios junto a los ladrones. ¡Los han lanzado contra nosotros! Se deslizan en silencio, por todos lados. Una docena de manos tira y nos despoja de nuestras posesiones. ¡Y todo en completo silencio, sólo se oyen unos resoplidos malignos! Nos hemos metido en una ratonera: no podemos levantarnos ni movernos siquiera.

No ha pasado un minuto y ya nos han quitado el hatillo donde guardábamos el tocino, el azúcar y el pan, y nosotros seguimos ahí tendidos como idiotas. Ahora que hemos entregado los víveres sin resistencia, por lo menos podríamos seguir tendidos tranquilamente, pero se nos antoja imposible. Arrastrando las piernas de una forma ridicula nos salimos de bajo el catre con el trasero por delante.

¿Soy un cobarde? Hasta entonces siempre había creído que no. Me había expuesto a un bombardeo en la estepa abierta. No había dudado en meterme por un camino forestal a sabiendas de que estaba infestado de minas antitanque. Había sabido mantener la sangre fría al sacar mi batería del cerco, y aun volví para recoger un camión, un Gasik averiado. ¿Por qué en ese momento no había agarrado a una de estas ratas humanas? ¿Por qué no le había aplastado su rosado hocico contra el negro asfalto? ¿Porque era demasiado pequeño? ¡Pues haberme metido con los mayores! No, no era eso... En el frente existe algo más, un sentimiento (quizá mera ilusión) que nos hace sacar fuerzas: ¿Era quizás el espíritu de pertenencia a una colectividad militar? ¿La convicción de que era ahí donde había que estar? ¿La noción del deber? En cambio, aquí no existe una línea de conducta trazada de antemano, no hay reglamento, todo hay que ir descubriéndolo a tientas.

Puesto en pie, me vuelvo hacia su cabecilla, el *pacha.* En la litera del segundo piso, junto a la ventana, tiene ante él todo lo que nos han quitado: los cachorros no han probado ni una migaja, guardan la disciplina. Esta parte anterior de la cabeza, que en los bípedos se acostumbra a llamar cara, la naturaleza la había modelado en el pacha con repugnancia y desagrado, a menos que hubiera sido su vida depredadora quien la hubiera hecho así: torcida y flácida, con la frente estrecha, una cicatriz primitiva y unos modernos puentes de acero en los dientes delanteros. Sus ojillos, del tamaño justo para reconocer los objetos familiares sin asombrarse ante la belleza del mundo, me miraban como el jabalí al ciervo, consciente de que podía derribarme cuando quisiera.

Está esperando. ¿Y qué hago yo? ¿Doy un salto hacia él para golpear esa jeta con el puño por lo menos una vez antes de desplomarme sobre el pasillo? ¡Ay de mí!, no.

¿Es que me he convertido en un canalla? Hasta entonces siempre había creído que no. Pero me ofende tener que arrastrarme de nuevo sobre la panza para meterme bajo los catres después de haber sido saqueado y humillado y por eso le digo indignado al pacha que al menos podría hacernos un sitio en las literas a cambio de las vituallas que nos han quitado. (A ver, ¿no es una queja muy natural en una persona de ciudad, en un militar?)

¿Y qué pasa entonces? Pues que el pacha accede. ¿O es que con ello no le estoy entregando el tocino, acatando su autoridad y revelando de paso una manera de ser cercana a la suya? ¿No entendería con ello que yo también tengo por costumbre cebarme en los más débiles? El pacha ordena a dos de aquellas figuras grises e indefinidas que abandonen su sitio en las literas inferiores cercanas a la ventana y que nos las cedan a nosotros. Ellos acatan sumisamente y nosotros nos tendemos en los mejores sitios.

Aún lamentamos nuestras pérdidas durante un rato (los cofrades no ponen los ojos en mis pantalones *gállifet* de oficial, no es ése su uniforme, pero uno de los ladrones está palpando ya los pantalones de paño de Valentín, se ve que le han gustado). Y no es hasta el anochecer que llega hasta nosotros el murmullo de nuestros vecinos. Nos están reprobando: ¿Cómo hemos podido pedir protección a los cofrades y enviar bajo los catres a dos *de los nuestros?* Y sólo entonces empieza a remorderme la conciencia por mi bajeza y se me suben los colores (durante muchos años enrojeceré de vergüenza sólo de pensar en ello).

Aquellos seres grises de las literas inferiores son mis hermanos del Artículo 58-1-b, son prisioneros de guerra. ¿Acaso hace tanto tiempo que me juré a mí mismo que compartiría su suerte? Y ahora ya estoy metiéndolos bajo los catres. Cierto que no han salido en nuestra defensa ante los cofrades, pero ¿por qué debían defender nuestro tocino si nosotros tampoco lo hacíamos? Siendo prisioneros de guerra, ya han visto suficientes reyertas como para creer en las acciones nobles. Ellos no me han hecho ningún daño, pero yo a ellos sí.

Y así debemos darnos golpes una y otra vez, en el costado y en los morros, para convertirnos al fin aunque sea a fuerza de años, en personas... Para convertirnos en personas...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Y sin embargo, aunque pierda hasta la camisa, el novato necesita pasar por la prisión de tránsito. ¡Sin lugar a dudas! La prisión le permite ir acostumbrándose gradualmente al campo penitenciario. No habría corazón humano capaz de soportar un paso así de un solo golpe. No habría conciencia que pudiera orientarse tan de inmediato en este embrollo. Hay que meterse en ello poco a poco.

Además, la prisión de tránsito le brinda la ilusión de seguir en contacto con su familia. Desde aquí escribirá la primera carta a que tiene derecho. A veces para decir que no lo han fusilado, a veces para indicar adonde lo mandan, en todo caso son siempre las primeras y chocantes palabras que dirige a los suyos un hombre trillado ya por la investigación judicial. En casa le siguen recordando como era, pero él ya nunca volverá a ser el mismo. Es una certeza que de pronto estalla como un rayo en alguna de esas líneas retorcidas. Retorcidas porque por más que esté permitido enviar cartas desde una prisión de tránsito, por más que en el patio haya colgado un buzón, no hay quien consiga papel ni lápices, y mucho menos algo que sirva para sacar punta. De todos modos, siempre se podrá alisar un envoltorio de tabaco o de un paquete de azúcar, y en la celda alguien habrá que tenga un lápiz. Con esos garabatos indescifrables se escriben las líneas que han de traer la paz o el desasosiego a las familias.

Hay mujeres que tras recibir una de esas cartas pierden la cabeza y corren en pos de su marido hasta la prisión de tránsito, aunque jamás les concederán una entrevista y lo único que van a conseguir será traerle nuevas preocupaciones. Una de esas mujeres proporcionó, a mi entender, una idea para lo que habría de ser el monumento a todas las esposas. E incluso indicó el lugar para erigirlo.

Fue en la prisión de tránsito de Kúibyshev, en 1950. La prisión estaba en el fondo de un valle (desde el que, sin embargo, se divisaban las Puertas de Zhiguli del Volga), y sobre éste, cerrándolo por el este, se alzaba una alta y extensa colina cubierta de hierba. La colina estaba detrás de la zona y quedaba por encima de ésta, por lo cual, desde abajo, no podíamos ver por dónde podría acceder a la cima alguien que viniera desde fuera. Pocas veces podía verse a alguien en la colina, en ocasiones pastaban unas cabras o correteaban unos niños. Y de pronto, un día nuboso de verano apareció en la escarpada pendiente una mujer con ropas de ciudad. La mujer empezó a escudriñar nuestra zona desde arriba cubriéndose del sol con el hueco de la mano y girando despacio la cabeza. En aquel momento, tres populosas celdas estaban de paseo en varios patios. ¡Y entre aquellos tres densos centenares de hormigas sin rostro ella pretendía encontrar a su marido! ¿Esperaba quizá que se lo dijera el corazón? Seguramente le habían denegado la entrevista y había decidido trepar por aquella pendiente. Desde los patios, todos habían advertido su presencia y se pusieron a mirarla. Nosotros,

en lo bajo del valle, no teníamos viento, pero arriba soplaba con fuerza. El viento levantaba y tiraba de su largo vestido, de su chaqueta y sus cabellos, ponía al descubierto todo el amor y la angustia que la invadían.

Creo que una estatua de aquella mujer, colocada precisamente allí, en la colina que domina la prisión de tránsito, de cara a las Puertas de Zhiguli como ella estaba, podría por lo menos explicar algo a nuestros nietos. (**156**) Vete a saber por qué, estuvo ahí un buen rato sin que nadie la alejara, seguramente la guardia tendría pereza de trepar hasta allí. Luego subió un soldado, se puso a gritar y a agitar los brazos, y la obligó a marcharse.

Además, la prisión de tránsito brinda al preso una visión general, amplía sus horizontes. Como suele decirse, bien se está san Pedro en Roma, aunque no coma. En el movimiento incesante de este lugar, en ese ir y venir de decenas y centenares de individuos, en la franqueza de los relatos y de las conversaciones (en el campo ya no se habla tan abiertamente, todos temen caer en las garras del *oper)*, tu mente se refresca, se airea, se aclaran tus ideas, empiezas a comprender mejor lo que está sucediendo, lo que ocurre con el pueblo y hasta en el mundo. Hasta puede que coincidas en la celda con algún personaje estrafalario dispuesto a contarte cosas que jamás habrías podido leer en ninguna parte.

Un buen día entra en nuestra celda un auténtico prodigio: un joven militar de alta estatura, perfil romano, pelo rizado de color rubio claro, uniformado como un inglés, como si lo hubieran traído directo de las costas de Normandía, como un oficial de las tropas del desembarco. ¡Menudos aires se dio al entrar! Como si esperara que todos nos alzáramos en su presencia. Pero la verdad es que, sencillamente, esperaba encontrarse con una celda hostil: llevaba ya dos años encerrado y aún no había estado en ninguna celda común, y hasta llegar a la prisión de tránsito siempre lo habían transportado en secreto, en un compartimiento para él solo. De pronto, inesperadamente — por descuido o con toda la intención — lo habían introducido en nuestro establo. Recorre la celda, descubre a un oficial de la Wehrmacht por su uniforme y se *enzarza*, con él en alemán. Al poco rato ya están discutiendo acaloradamente. Se diría que están a punto de hacer uso de las armas, de haberlas tenido, claro. Han pasado ya cinco años desde la guerra y además siempre nos han inculcado que si Occidente tomó parte en la contienda fue sólo por guardar las apariencias. Nos extraña, pues, contemplar tanta furia recíproca: al fin y al cabo, el alemán lleva mucho tiempo aquí, y nosotros, los rusos, nunca hemos discutido con él.

Nadie habría creído el relato de Erik Arvid Andersen de no haber visto su cabeza, a la que habían perdonado el rapado, un milagro único en todo el Gulag; de no ser por su porte extranjero; de no ser por la conversación fluida en inglés y en alemán. Si hemos de dar crédito a sus palabras, era hijo de un sueco acaudalado, no ya millonario sino multimillonario (bueno, admitamos que exageraba), y sobrino por parte de madre del general inglés Robertson, jefe de la zona inglesa de ocupación en Alemania.

Ciudadano sueco, había servido como voluntario en el Ejército inglés durante la guerra y, efectivamente, había tomado parte en el desembarco de Normandía. Después de la guerra pasó a ser oficial de carrera en el Ejército sueco. Sin embargo, siempre sintió inquietud por las cuestiones sociales y su sed de socialismo acabó pudiendo más que el apego a las riquezas de su padre. Seguía la evolución del socialismo soviético con profunda simpatía, e incluso tuvo ocasión, durante una visita a Moscú como miembro de una misión militar sueca, de convencerse con sus propios ojos de que estaba floreciendo. Aquí les dieron banquetes y los tuvieron en dachas. No tuvo obstáculo alguno para cambiar impresiones con sencillos ciudadanos soviéticos y con hermosas actrices que no temían llegar tarde al trabajo y siempre estaban dispuestas a pasar el rato con él, incluso a solas. Convencido definitivamente del triunfo de nuestro orden social, a su regreso a Occidente, Erik publicó artículos en la prensa defendiendo y elogiando el socialismo soviético.

Aquí fue cuando traspasó el umbral y se buscó la perdición. Precisamente en aquellos años de 1947-1948 estaban buscando por todos los rincones de Europa jóvenes occidentales progresistas dispuestos a renegar en público de Occidente (parecía que bastaba reunir una veintena para que Occidente se tambaleara y se derrumbara). Por los artículos que había publicado, Erik parecía la persona apropiada. En aquella época, Erik prestaba servicio en el Berlín Occidental, su esposa se había quedado en Suecia, y por una venial debilidad masculina solía visitar a una joven soltera alemana en Berlín Oriental. Allí fue donde una noche lo prendieron. (¿No es esto lo que se dice «ir a por lana y salir trasquilado»? Hace ya tiempo que se dan casos

así, no fue éste el primero.) Se lo llevaron a Moscú, donde Gromyko, que le conocía de otro tiempo por haber almorzado en casa de su padre en Estocolmo y ahora tenía ocasión de corresponder a tanta hospitalidad, le propuso al joven que renegara públicamente del capitalismo entero y de su propio padre, a cambio de lo cual se le prometía vivir entre nosotros a cuerpo de capitalista hasta el fin de sus días.

Aunque Erik no perdía nada en el plano material, con gran asombro de Gromyko, se indignó y le cubrió de improperios. Como creían que acabaría cediendo, lo encerraron en una dacha de los alrededores de Moscú y le estuvieron dando de comer como a los príncipes que salen en los cuentos (a veces le aplicaban «horribles medidas de represión»: no le dejaban encargar el menú del día siguiente, o de repente le traían un filete en lugar del pollo que había pedido). Le llevaron las obras de Marx-Engels-Lenin-Stalin y esperaron un año hasta que se reeducara. Pero, sorprendentemente, ello no surtió efecto alguno. Entonces trajeron a vivir con él a un ex general de brigada que ya había cumplido dos años en Norilsk.

Probablemente, contaban con que a Erik se le bajarían los humos cuando oyera del general los horrores de los campos. Pero el general no supo — o no quiso — cumplir la misión encomendada. En los diez meses que pasó encerrado con él, Erik no hizo más que aprender un ruso muy rudimentario y confirmarse en la repulsión que ya había empezado a sentir por los de azul. En el verano de 1950 lo llevaron de nuevo ante Vyshinski, y otra vez volvió a rehusar (¡sacrificando así la propia existencia a su conciencia, en contra de todos los dogmas!). Entonces, el propio Abakúmov le leyó a Erik una disposición que lo condenaba a veinte años de prisión (¿por qué delito?). En realidad estaban ya hartos de bregar con aquel zoquete, pero tampoco podían dejar que volviera a Occidente. Fue entonces cuando lo trasladaron en un compartimiento de tren aparte, cuando escuchó a través del tabique el relato de aquella muchacha de Moscú, para ver a la mañana siguiente por la ventanilla la Rusia de Riazán, con sus techos de paja podrida.

Aquellos dos años habían fortalecido muchísimo su lealtad a Occidente. Ahora tenía una fe ciega en Occidente, no quería reconocer sus debilidades, consideraba invencibles los ejércitos occidentales, e infalibles a sus políticos. No quiso creernos cuando le contamos que, durante su reclusión, Stalin se había atrevido a bloquear Berlín y que Occidente le había dejado salirse con la suya. El pálido cuello de Erik y sus mejillas cremosas enrojecían de indignación cuando nos burlábamos de Churchill y de Roosevelt.

Tanto menor era su duda de que Occidente no consentiría que él, Erik, siguiera encarcelado; de que los servicios secretos tendrían noticia de la prisión de tránsito de Kúibyshev y descubrirían que no se había ahogado en el Spree, sino que estaba prisionero en la Unión Soviética, de que pagarían un rescate o lo canjearían. (Esta creencia en la peculiaridad de *su propio* destino frente al del resto de presos recordaba a la fe de los buenos comunistas que habían ido a dar con sus huesos en prisión.) Pese a nuestras acaloradísimas discusiones, nos invitó a Panin y a mí a Estocolmo si se presentaba la oportunidad («Allí nos conoce todo el mundo», decía con una sonrisa cansina, «mi padre mantiene a la Casa Real, o poco menos»). Pero entretanto, el hijo del multimillonario no tenía con qué secarse, y yo le regalé una toalla desgarrada que tenía de sobras. No tardaron en llevárselo de traslado. (**157**)

¡Y mientras tanto, el trasiego prosigue infatigable! Llegan nuevos reclusos, se llevan a otros, ya sea de uno en uno o en partidas, y los mandan por etapas hacia alguna parte. Pero bajo esa apariencia expedita y planificada, la irracionalidad llega a tal extremo, que hasta cuesta de creer.

En 1949 se crearon los Campos Especiales y por designio de las altas esferas mandaron enormes contingentes de mujeres de los campos del norte europeo y del este del Volga, hacia Siberia, Taishet y Ozior-lag con tránsito en la prisión de Sverdlovsk. Pero llegado 1950, ese Alguien pensó que era más práctico confinar a las mujeres no en Ozior-lag, sino en Dubrov-lag, en Temniki (Mordovia). Y estas mismas mujeres, con todas las comodidades propias de los desplazamientos dentro del Gulag, tuvieron que volver a pasar por la misma prisión de tránsito de Sverdlovsk, esta vez en dirección oeste.

En 1951 se crearon nuevos Campos Especiales en la región de Kemerovo (Kamysh-lag), ¡o sea que finalmente se habían decidido por un sitio para ponerlas a trabajar! Pues bien, de nuevo martirizaron a esas pobres mujeres enviándolas esta vez a los campos de Kemerovo, pasando por Sverdlovsk y su maldita prisión de tránsito. Llegó entonces la época de las excarcelaciones, ¡pero no para todas! Y a las mujeres que

continuaron cumpliendo condena, a pesar de que con Jruschov se había suavizado el régimen, fueron martirizadas enviándolas otra vez de Siberia a Mordovia, pasando por Sverdlovsk. Les parecía más seguro tenerlas a todas en el mismo sitio.

A fin de cuentas, la nuestra es una economía autártica, todos los islotes son nuestros y los rusos no se arredran ante las grandes distancias.

Lo mismo podía ocurrirles a presos aislados, ¡pobres diablos! Shendrik, un joven alegre y corpulento, cuya cara no daba muestras de grandes complicaciones, cumplía, por así decirlo, como un honesto trabajador en uno de los campos de Kúibyshev y no presentía la desgracia que se le venía encima.

¡Y vaya si se avalanzó sobre él! Llegó al campo una orden urgente, y no de cualquier fulano, sino del propio ministro del Interior (¿cómo podía conocer el ministro la existencia de Shendrik?): había que conducir inmediatamente a este tal Shendrik a la prisión n° 18 de Moscú. Así que lo atraparon, lo llevaron a la prisión de tránsito de Kúibyshev y lo enviaron a Moscú sin más dilación. Pero resultó que la prisión n° 18 no fue tal, sino la tan afamada Krásnaya Presnia, y ahí lo metieron con todos los demás de su partida. (De todos modos, al propio Shendrik ese número no le decía nada y nadie le había puesto en antecedentes.) Pero su desgracia aún no había dicho la última palabra: no habían pasado dos días cuando lo *empaquetaron* de nuevo en un convoy, esta vez al Pechora. La naturaleza que discurría ante la ventanilla era cada vez más rala y sombría. El joven empezó a sentir miedo: sabía que su orden de traslado la había dictado el ministro en persona y que, por tanto, si lo enviaban tan expeditivamente hacia el norte sería porque obraba en sus manos un estremecedor *expediente* contra él. Por si fueran pocas las fatigas del viaje, a Shendrik le robaron durante el trayecto la ración de pan de tres días y, cuando llegó al Pechora, apenas podía tenerse sobre las piernas.

La acogida no fue nada hospitalaria: lo enviaron de inmediato a trabajar sobre la nieve húmeda, sin darle tiempo a comer o instalarse. A los dos días, antes de que la camisa se le hubiera secado una sola vez, antes de que hubiera tenido tiempo de rellenarse el colchón con ramas de abeto, le ordenaron que entregara cuantos enseres pertenecieran a la administración, lo sacaron del campo y lo llevaron aún más lejos, a Vorkutá. Todo indicaba que el ministro se había propuesto acabar con Shendrik, bueno, no sólo con él, sino con toda su partida de traslado. Ya en Vorkutá, Shendrik pasó un mes entero sin que le molestaran. Iba a los trabajos comunes y aunque todavía no se había repuesto de tanto traslado, empezaba a resignarse a su destino en el ártico.

Pero un día fueron a buscarlo repentinamente a la mina cuando aún no había anochecido, lo llevaron al campo a toda prisa para que entregara todos los efectos de la administración y, una hora después, ya lo estaban enviando hacia el Sur. ¡Esto ya olía a venganza personal! Lo llevaron a Moscú, a la prisión n° 18, donde lo tuvieron un mes encerrado en una celda. Pasado este tiempo lo llamó un teniente coronel y le preguntó: «¿Pero dónde se había metido usted? ¿Es cierto que es técnico de construcción de maquinaria?». Shedrik contestó que sí. Y entonces se lo llevaron... ¡a las islas paradisiacas! (¡Sí, hay unas islas en el Archipiélago que reciben este nombre!) (**T123**)

Este fugaz ir y venir de la gente, estos destinos y estos relatos, embellecen sobremanera las prisiones de tránsito. Los que ya han pasado por los campos aconsejan al primerizo: ¡Tú dale al catre y no te compliques la vida! Aquí se come *a garantía* (**158**) y no hay que partirse el espinazo. Y cuando no estamos estrechos, hasta puedes dormir a pierna suelta. Conque despedázate bien y échate entre una balanda y la siguiente. Comer, no se come, pero lo que es dormir.... Sólo el que ha conocido los trabajos comunes de un campo comprende que la prisión de tránsito es una casa de reposo, un alto feliz en nuestro camino. Y otra ventaja más: si duermes de día, el plazo de reclusión se te hace más corto. Es de día cuando hace falta matar el tiempo, de noche ni te enteras.

También es cierto que los amos de las prisiones de tránsito, recordando que el trabajo hace al hombre y que al criminal sólo se le corrige por el trabajo, utilizan a veces esta mano de obra, yacente y de paso, ya sea porque hay tareas suplementarias o porque se procuran brazos que refuercen sus ingresos por otros medios.

Antes de la guerra, en esta misma prisión de tránsito de Kotlás, el trabajo no era más suave que en los campos. En un día de invierno, seis o siete presos extenuados, enganchados con arreos a un remolque-trineo para tractor (!), debían arrastrarlo doce kilómetros por el Dvina hasta la desembocadura del Vychegda. Se encenagaban, caían en la nieve, se atoraba el trineo. ¡Al parecer, era imposible idear un trabajo más agotador!

Pues resulta que no era en esto en lo que consistía el trabajo, sino que se trataba de un ejercicio para desentumecerse. Al llegar a la desembocadura del Vychegda debían cargar en el remolque diez metros cúbicos de leña, y arrastrar el trineo hasta la prisión — ¡hogar, dulce hogar! — con el mismo tiro, ni un solo hombre más. (Repin se nos fue y a los nuevos pintores ya no les parece éste un tema pictórico, sería un burdo apunte del natural.) ¡Así que no me hablen de los campos! Antes de llegar a los campos ya habremos estirado la pata. (En estos trabajos hacía de jefe de cuadrilla Kolupayev; y de remonta de caballos, el ingeniero eléctrico Dmitriev, el teniente coronel de intendencia Beliá-yev, nuestro antiguo conocido Vasili Vlásov y otros más que ya no es posible recordar.)

Durante la guerra, en la prisión de tránsito de Arzamás agasajaban a los presos con hojas de remolacha, pero a cambio de ello, el trabajo había tomado carta permanente. Había talleres de costura y de abatanado para la fabricación de botas (trataban la lana en una mezcla de agua caliente y ácidos).

En el verano de 1945, en Krásnaya Presnia nos ofrecíamos voluntarios para el trabajo con tal de salir de aquellas celdas sofocantes y enrarecidas; por gozar del derecho a respirar aire puro el día entero; por poder sentarnos sin prisas ni impedimentos en la plácida cabaña de tablas que servía de retrete (¡vean qué estímulo más eficaz y sin embargo qué pocas veces lo tienen en cuenta!) recalentado por el sol de agosto (eran los días de Potsdam y de Hiroshima), (**T124**) atento al pacífico zumbido de una abeja solitaria; por fin, por el derecho a recibir cien gramos más de pan al acabar la jornada. Nos conducían hasta un muelle en el río Moskva donde se descargaba madera. Debíamos coger los troncos de una pila, arrastrarlos hasta otra y amontonarlos de nuevo. El jornal no compensaba en modo alguno las fuerzas que gastábamos, y sin embargo disfrutábamos con ello.

A menudo hay recuerdos de mis años jóvenes que me hacen enrojecer (años que pasaron en el Gulag). Pero siempre podemos aprender de nuestro pesar. Habían bastado dos años de mimar y mecer sobre mis hombros los galones de oficial para que mi huero costillar se llenara de un ponzoñoso polvo dorado. En aquel muelle de carga fluvial — también un pequeño campo penitenciario, con su zona cercada y sus torres alrededor —, nosotros éramos forasteros de paso, obreros temporeros, y no había conversación ni rumor alguno que pudiera hacernos pensar que fuéramos a permanecer en aquel campo a cumplir condena. No obstante, cuando nos formaron por primera vez y el capataz recorrió la fila buscando con la mirada a los que iban a ser — provisionalmente — jefes de cuadrilla, mi nimio corazón batía como si quisiera saltárseme de aquella camiseta militar de lanilla: ¡A mí! ¡A mí! ¡Escógeme a mí! No me escogieron. ¿Pero por qué lo deseaba? En realidad, no me habría servido más que para acumular nuevos errores vergonzosos.

¡Oh, qué difícil es deshabituarse al poder! Hay que saberlo comprender.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Hubo un tiempo en que Krásnaya Presnia era poco menos que la capital del Gulag, en el sentido de que fueras donde fueras era imposible evitarla, lo mismo que Moscú. De la misma manera que, en la Unión Soviética, para ir de Tashkent a Sochi o de Chernigov a Minsk lo más práctico es pasar por Moscú, también los presos eran enviados desde todas partes a través de Krásnaya Presnia. Mi conocimiento de la prisión es precisamente de esa época, cuando el exceso de reclusos sobrecargaba las dependencias y hubo que construir un edificio auxiliar. Moscú sólo la pasaban de largo los trenes con vagones de ganado, que llevaban a los condenados por los servicios de contraespionaje. Estos trenes directos pasaban por el

ferrocarril de circunvalación, justamente al lado de Presnia, a la que quizás enviaban saludos con sus silbatos.

Cuando un viajero llega a Moscú para hacer transbordo, siempre lleva billete y cuenta con que más tarde o más temprano seguirá viaje en la dirección que se ha propuesto. En cambio, en Presnia, al final de la guerra y los años que siguieron, no sólo los recién llegados, sino también los altos mandos e incluso los jefes del Gulag no tenían idea de adonde iba a ir cada cual. No habían cristalizado todavía los procedimientos penitenciarios, como ocurriría en los años cincuenta, y no había instrucciones escritas en cuanto a itinerarios ni destinos; en todo caso, sólo recomendaciones de servicio: «¡Estricta vigilancia!», «¡Destinar exclusivamente a trabajos comunes!».

Los sargentos a cargo de las escoltas llevaban los rimeros de expedientes penitenciarios — unas carpetas reventadas, atadas de cualquier manera con un bramante deshilachado o su sucedáneo, un cordón de papel trenzado — hasta un edificio de madera separado de la prisión donde estaban las oficinas, y allí los tiraban en cualquier repisa, sobre las mesas, bajo las mesas, debajo de las sillas o sencillamente en el suelo del pasillo (exactamente igual a como se amontonaban sus titulares en las celdas). Y una vez allí, los cordeles acababan desatándose, se desparramaba el contenido y todo se mezclaba. Había una, dos y hasta tres habitaciones atiborradas de expedientes revueltos.

Las secretarias de la oficina de la cárcel — mujeres en libertad, perezosas y bien comidas, con vestidos de vivos colores — sudaban de tanto calor, ocupaban el tiempo en abanicarse y pelar la pava con los oficiales de la cárcel y de la escolta. Ninguna de ellas quería meterse en aquel caos, ni tenía fuerzas bastantes para ello. ¡Pero había que dar salida a los trenes, un convoy de vagones rojos varias veces por semana! Y también había que expedir cada día un centenar de hombres en camiones a los campos vecinos. Y cada zek tenía que ser enviado junto con su *expediente.* ¿Quién iba a ocuparse de aquel barullo? ¿Quién iba a clasificar los expedientes y seleccionar los presos para cada traslado?

Se confiaba este trabajo a varios capataces, que eran *perros* o *aguachirris* (**159**) escogidos entre los enchufados. Estos recorrían con libertad los pasillos de la cárcel o el edificio de oficinas, y de ellos dependía poner tu carpeta en un mal traslado o estarse un rato más con la espalda doblada y rebuscar hasta conseguirte uno bueno. (Los novatos no se equivocaban al suponer que había campos mortales, pero sí andaban errados al creer que posiblemente los hubiera buenos. Lo que podía ser «bueno» no eran los campos, sino algunas de las tareas, y eso era algo que había que trabajárselo sobre el terreno.) Que tu futuro dependiera de otro preso, con el que quizás hasta había que buscar la manera de hablar (aunque fuera a través del bañero) y al que quizá se debiera *untar la pata* (aunque fuera a través de un almacenero), resultaba peor que si tu suerte la decidieran ciegamente los dados. Esta posibilidad invisible y ya perdida de antemano — la de ir a Nalchik en lugar de a Norilsk a cambio de una cazadora de cuero, o a Serebriany Bor en lugar de a Taishet por un kilo de tocino (o quizá la oportunidad de perder la cazadora y el tocino a cambio de nada) — no hacía sino aguijonear y agitar a aquellas almas abatidas. Es posible que alguno lo consiguiera, es posible que alguien se colocara de esta manera. Sin embargo, dichosos aquellos que no tenían nada que ofrecer o quienes sabían guardarse de semejante ansiedad.

La sumisión al destino, la renuncia absoluta a toda veleidad de organizar la propia existencia, la conciencia de que no nos es dado adivinar qué será mejor o peor, pero de que es fácil dar un paso del que algún día haya que arrepentirse, todo esto libera de modo parcial al preso de su yugo, le confiere serenidad e incluso cierta nobleza.

Así pues, los presos yacían apilados unos sobre otros en las celdas, sus destinos se amontonaban por las habitaciones del bloque administrativo en fajos imposibles de revolver y los capataces tomaban las carpetas del rincón más accesible. Y así ocurría que unos zeks tenían que marchitarse dos o tres meses en aquella maldita Presnia, mientras que otros pasaban por ella con velocidad meteórica.

En Presnia (lo mismo que en otras prisiones de tránsito), el hacinamiento, la prisa y la confusión daban lugar a veces a una *permuta de condenas.* Los del Artículo 58 no corrían ese peligro, pues sus plazos de reclusión, por emplear la expresión de Gorki, eran Condenas con «C» mayúscula, concebidas con tanta envergadura

que, si alguna vez llegaba a parecer que se acercaba su final, éste de todos modos nunca llegaba. En cambio, para los grandes ladrones y para los asesinos sí tenía sentido cambiarse de condena con algún delincuente común de poca monta. El cofrade se ponía en contacto con la víctima personalmente o a través de uno de sus sicarios y, muy solícito, se interesaba por él. Y éste, sin saber que un preso condenado a reclusión menor no debe hacer confidencias en una prisión de tránsito, contaba con toda inocencia que se llamaba, supongamos, Vasili Parfiónich Evrashkin, nacido en 1913, y que vivía en Semidub, su lugar de nacimiento; que su pena era de un año, que lo habían condenado por negligencia en el trabajo, con arreglo al Artículo 109. Luego, ese tal Evrashkin estaría durmiendo — o puede que permaneciera despierto, pero que en la celda hubiera barullo y muchos presos agolpados junto a la rendija por donde meten la comida — y no tendría forma de abrirse paso hasta la puerta y oír qué nombres estaban susurrando en el pasillo, la lista de los que iban de traslado. Después aún gritarían una vez más algunos de los apellidos desde la puerta para que se oyeran al fondo de la celda, pero no el de Evrashkin, porque apenas su nombre había sonado en el pasillo un cofrade, muy servicial (como que no saben serlo cuando es preciso), había metido los morros por la ventanilla y había respondido rápidamente en voz baja: «Vasili Parfiónich, 1913, aldea Semidub, Artículo 109, un año», y había corrido por sus cosas. Mientras, el auténtico Evrashkin bostezaba, se tendía en el catre y esperaba resignado a que lo llamaran al día siguiente, la semana siguiente, el mes siguiente, hasta que al final se atrevía a importunar al jefe de bloque: ¿Y a mí por qué no me trasladan? (Durante todo este tiempo han estado llamando cada día a un tal Zviaga por todas las celdas.) Y cuando al cabo de un mes, o de medio año, tienen a bien pasar lista por expedientes, resulta que hay un historial de más: el de un tal Zviaga, reincidente, doble asesinato, robo en un almacén, diez años. Y sobra también un tímido preso que se hace llamar Evrashkin, pero como la fotografía es un tanto borrosa, hará las veces de Zviaga y habrá que encerrarlo en el campo disciplinario de Ivdel-lag, de otro modo habría que reconocer que en la prisión de tránsito han cometido un error.

(Ahora ya no había modo de saber adonde se habían llevado al otro Evrashkin, pues las listas acompañan al convoy. Con una pena de un año, es probable que fuera a parar a un campo de trabajos agrícolas, donde trabajaría sin vigilancia y le descontarían tres días de condena por cada día trabajado, o se habría evadido y llevaría ya tiempo en casa, o — esto es más seguro — en la cárcel con una nueva condena.) Había también tipos extravagantes con penas cortas que las vendían por uno o dos kilos de tocino. Se hacían el cálculo de que luego habría una comprobación y se establecería su verdadera identidad. En parte no les faltaba razón. (**160**)

En los años en que el lugar de destino no figuraba en los expedientes penitenciarios, las prisiones de tránsito se convirtieron en mercados de esclavos. Se recibía muy bien en las prisiones de tránsito a los *compradores*, un término que, sin el menor matiz de sorna, se oía cada vez con mayor frecuencia en pasillos y celdas. Del mismo modo que la industria no podía permitirse esperar apáticamente a que llegaran los recursos asignados por la administración central y prefería enviar a sus propios corredores para acelerar y dar un espaldarazo a los trámites, las autoridades del Gulag debían procurarse refuerzos por su cuenta, pues en las islas los nativos morían como moscas. No es que valieran un rublo, pero es que seguían constando en los estadillos y ello ponía en entredicho el cumplimiento del plan.

Los compradores debían poseer ingenio y un buen ojo para saber escoger lo que se llevaban, no fuera a ser que les endosaran, entre las demás cabezas, a inválidos y enfermos desmedrados. Mal comprador era aquel que elegía las partidas guiándose por los expedientes: un mercader concienzudo debía exigir que hicieran desfilar ante él la mercancía en carne y hueso, más aún, en cueros. Así mismo era como lo decían, sin sonreír: *la mercancía.* «¡Vamos a ver qué mercancía os han traído!», decía un comprador en «la estación» de Butyrki mientras examinaba a conciencia a Ira Kalina, una muchacha de diecisiete años en la que había puesto los ojos.

Si es que llega a evolucionar la naturaleza humana, no lo hace mucho más deprisa que el perfil geológico de la Tierra. Y aquella curiosidad, delectación y ansias de probar que sentían los tratantes hace veinticinco siglos en los mercados de mujeres con toda seguridad dominaba también, en 1947, a los funcionarios del Gulag en la prisión de Usman, cuando una veintena de hombres con uniformes del MVD se colocaban tras unas mesas cubiertas con sábanas (para darle a aquello alguna ceremoniosidad, pues pese a todo les resultaba incómodo) mientras un grupo de reclusas después de haberse desnudado por completo en un box

contiguo, pasaba ante esos oficiales sin calzado siquiera, teniendo que darse la vuelta, detenerse y responder preguntas. «¡Baja las manos!», ordenaban a las que habían adoptado la púdica pose de las estatuas clásicas (y es que no podían elegir a la ligera a sus concubinas y a las de quienes les rodeaban).

Distintas manifestaciones anunciaban al recién llegado la lucha del mañana en los campos y esta pesada sombra ocultaba al novato los inocentes goces espirituales de la prisión de tránsito.

Durante un par de noches tuvimos en nuestra celda de Presnia a un *preso con destino especial* que estuvo echado a mi lado. Ir con destino especial quería decir que la administración central había expedido al preso con una cédula que le seguía de un campo a otro y en la que se hacía constar que, por ejemplo, era técnico de la construcción y que sólo como tal se le podía utilizar en el nuevo lugar de reclusión. El preso con destino especial viaja en un vagón-zak como todos los demás y en las prisiones de tránsito lo encierran en las celdas comunes, pero su alma no tiembla: la cédula lo protege, no lo llevarán a talar bosques.

Una expresión cruel e intrépida era el rasgo principal de este presidiario, que había cumplido ya la mayor parte de su condena. (No sabía yo aún que con el tiempo en todos nuestros rostros se grabaría la misma expresión, pues ésas son las facciones nacionales de los isleños del Gulag. Las personas con expresión dulce y benévola mueren pronto en las islas.) Contemplaba él nuestros primeros forcejeos con una sonrisa irónica, como se contempla a unos cachorros de dos semanas.

¿Qué nos espera en el campo? Compadecido de nosotros, decidió instruirnos:

— Desde el primer momento en el campo, todo el mundo procurará engañaros y robaros. ¡No os fiéis de nadie más que de vosotros mismos! Estad siempre vigilantes, no sea que tengáis a la espalda a alguien dispuesto a echaros una dentellada. Hace ocho años llegué yo al campo de Kargopol tan ingenuo como ahora vosotros. Nos bajaron del tren y la escolta se dispuso a conducirnos: diez kilómetros hasta el campo sobre nieve profunda y mullida. Se acercaron tres trineos. Un hombre fuerte, de mediana edad, al que la guardia no impidió acercarse, nos anunció: «¡Amigos, dadme vuestras cosas, que os las llevaremos!». Nosotros recordamos que en los libros siempre llevan la impedimenta de los presos en carros, así que pensamos: bueno, pues no son tan inhumanos en este campo, mira, alguien hay que se preocupa. Dejamos nuestras cosas. Partieron los trineos. Eso fue todo. Nunca más volvimos a ver nada. Ni siquiera los sacos vacíos.

— ¿Pero cómo puede ser esto? ¿O es que allí no hay ley?

— No hagáis preguntas estúpidas. ¡Pues claro que hay ley! La ley de la taiga. Pero justicia nunca la ha habido en el Gulag ni la habrá. Este caso en Kargopol es justamente el símbolo del Gulag. Y acostumbraos también a otra cosa: en el campo nadie hace nada porque sí, nadie mueve un dedo por buena voluntad. Por todo hay que pagar. Si os ofrecen algo desinteresadamente, sabed que es una trampa, una provocación. Y lo más importante: ¡Guardaos de los trabajos comunes! ¡Rehuidlos desde el primer día! Quien va a los comunes el primer día está perdido para siempre.

— ¿Los trabajos *comunes?*

— Es el trabajo principal que se lleva a cabo, la base de la vida en el campo. Con ellos se ocupa al ochenta por ciento de los presos. Y revientan todos, todos. Y cuando llegan otros nuevos, derechitos a los «comunes». Ahí dejaréis vuestras últimas fuerzas. Y siempre estaréis hambrientos. Siempre calados. Sin calzado. Y os timarán con el peso de la ración. Y con cualquier otra cosa que pueda medirse. Os darán los peores barracones. Y nadie os atenderá si caéis enfermos. En un campo sólo puede *vivir* el que no va a los comunes. ¡Evitad a cualquier precio que os manden a los comunes! ¡Desde el primer día!

¡A cualquier precio! ¿A cualquier precio...? En Krásnaya Presnia tomé buena nota de estos consejos, nada exagerados, de aquel cruel preso con destino especial. Olvidé sólo preguntarle: ¿Cuan alto es el precio? ¿Hasta qué extremo podía pujar?

3. Las caravanas de esclavos

Viajar en un vagón-zak es un vía crucis, ir en un cuervo, un calvario, y pronto se convierte también en un suplicio la prisión de tránsito. ¡Cuánto mejor sería ahorrarse todo esto y llegar al campo directamente en los vagones rojos!

En este caso, como siempre, los intereses del Estado coinciden con los del individuo. Para el Estado también resulta preferible expedir a los condenados hacia los campos por ruta directa, sin sobrecargar los ferrocarriles que enlazan los grandes centros urbanos, la red de carreteras y el personal de las prisiones de tránsito. Hace ya tiempo que el Gulag lo ha comprendido y asimilado perfectamente: son las caravanas *rojas* (compuestas de vagones de ganado rojos), caravanas de gabarras, y donde no haya vía férrea ni fluvial, caravanas a pie (no se permite a los presos explotar el trabajo de los caballos y los camellos).

Los trenes rojos son rentables siempre que en algún lugar cercano haya tribunales sesionando a marchas forzadas, o cuando alguna prisión de tránsito está llena hasta los topes, es decir, siempre que puedan expedirse grandes masas de presos de una sola vez. Así fueron trasladados millones de campesinos en los años 1929-1931. Así se arrancó a todo Leningrado de Leningrado. Así se pobló Kolymá en los años treinta.

Todos los días la capital de nuestra patria, Moscú, (**T125**) vomitaba uno de estos trenes en dirección a Soviétskaya Gavan, hacia el puerto de Vanino. Y cada capital de provincia enviaba igualmente trenes rojos, aunque no cada día. Así deportaron en 1941 a toda la República de los alemanes del Volga hacia Kazajstán, y a partir de entonces hicieron lo mismo con los demás pueblos. En esos mismos trenes trajeron en 1945 a los hijos e hijas pródigos de Rusia, desde Alemania, Checoslovaquia, Austria, o simplemente a aquellos que habían llegado por sus propios medios hasta nuestras fronteras occidentales. Y en 1949 transportaron así a los del Artículo 58 hasta los Campos Especiales.

Los vagón-zak se atienen al horario gris de los ferrocarriles, toda vez que los vagones rojos circulan al amparo de una orden que cae de las alturas y viene firmada por algún importante general del Gulag. El vagón-zak no puede tener como destino un lugar deshabitado, su final de trayecto ha de ser una estación, y aunque se trate de un lugarucho de mala muerte, ha de poder descargar en una prisión preventiva techada. En cambio el tren rojo puede llegar hasta un lugar desierto y ahí donde se detenga, inmediatamente habrá surgido del mar — el mar de la estepa o de la taiga — una nueva isla del Archipiélago.

Carece de importancia que un vagón rojo no sea apto en absoluto para el transporte de presos, o que no lo sea de inmediato, porque se puede acondicionar, aunque no del modo que tal vez imagine el lector, es decir, barriéndolo y limpiando el carbón o el yeso que transportaba antes de cargar personas en él. Esto no siempre se hacía. Tampoco nos referimos a que fuera invierno y hubiera que taponar las rendijas e instalar una estufa. (Cuando ya se había tendido el tramo de Kniazh-Po-gost a Ropcha, pero aún no se había incorporado a la red general de ferrocarriles, empezaron a transportar presos por este ramal en furgones sin estufa ni literas. En pleno invierno, los zeks yacían sobre el suelo cubierto de nieve helada y no se les daba comida caliente, ya que el tren era capaz de cubrir el trayecto en menos de veinticuatro horas. Imagine el lector que está tendido en esas condiciones y que resiste las dieciocho o veinte horas, ¡habrá sobrevivido!)

Veamos en qué consiste el acondicionamiento de los vagones: se comprueba la integridad y resistencia de suelos, paredes y techos; se enrejan a conciencia las pequeñas ventanillas; se perfora un desagüe en el suelo y se refuerza especialmente con una chapa de hierro, sin escatimar clavos; se distribuyen de forma uniforme por el convoy, intercalándolos cada cuanto sea necesario, unos vagones-plataforma (en los que irán los puestos de guardia con ametralladoras), y si se dispone de pocas plataformas, se construyen tantas como falten; se instalan escalas para acceder a los techos; se estudia el emplazamiento de los reflectores y se asegura un suministro eléctrico a toda prueba; se fabrican mazas de madera de mango largo; se engancha un coche de pasajeros, o en su defecto, un vagón de mercancías bien acondicionado y caldeado, para el jefe de la guardia, el *oper* y la escolta; se montan unas cocinas para la escolta y para los presos. Sólo después de llevadas a cabo estas operaciones se puede ir vagón por vagón y escribir con tiza, de cualquier manera: «mercancías especiales», o bien «productos perecederos». (En *El vagón N° 7*, Evguenia Guinzburg ofrece una viva descripción de un traslado en vagones rojos, por lo que podemos evitarnos aquí entrar en detalles.)

Concluida la preparación del convoy, llega el momento de embarcar a los presos, una compleja operación militar. Durante la misma deben alcanzarse obligatoriamente dos importantes objetivos: ocultar el embarque a la población y aterrorizar a los presos.

Ocultar el embarque a los ciudadanos es necesario porque el tren transporta unos mil presos de una sola vez (por lo menos se enganchan veinticinco vagones), no se trata, pues, del pequeño grupo de un vagón-zak, que puede cargarse en público. Por supuesto, nadie ignora que se producen detenciones cada día y a cada hora, pero no se debe horrorizar a la gente con el espectáculo de tantos presos juntos . En 1938, en Orel ya era imposible ocultar que no había casa donde no se hubieran llevado a alguien; además, la plaza de delante de la cárcel estaba inundada de carros con mujeres que lloraban, igual que en el cuadro *La mañana de la ejecución de los streltstí* de Súrikov. (¡Ah, quién nos pintará estas escenas algún día! Pero no cuentes con ello: no está de moda, no es lo que se lleva...)

Sin embargo, no había que mostrar a nuestros ciudadanos soviéticos que bastaban veinticuatro horas para llenar un convoy (y en Orel, aquel año, lo conseguían día tras día). Y mucho menos debía ver esas cosas la juventud: los jóvenes son nuestro futuro. Por ello, sólo de noche, cada noche, todas las noches, y así durante meses, se enviaba de la cárcel a la estación una oscura columna de reclusos a pie (los cuervos estaban ocupados practicando nuevos arrestos). Pero las mujeres lo advertían, de algún modo se enteraban y acudían de noche a la estación desde todos los rincones de la ciudad, estaban al acecho del convoy, que permanecía en una vía de estacionamiento, corrían a lo largo de los vagones tropezando con las traviesas y los rieles, y gritaban junto a cada vagón: ¿Está aquí Fulano de Tal? ¿Habéis visto a Fulano? Corrían hasta el siguiente y llegaban nuevas mujeres ante ese mismo vagón: ¿Está aquí Mengano? Y de pronto llegaba una respuesta del interior del vagón precintado: «¡Soy yo! ¡Estoy aquí!». O bien: «¡Siga buscando! ¡Va en otro vagón!». O también: «¡Escuchadme, mujeres! ¡Mi mujer vive aquí mismo, cerca de la estación, corred a decírselo!».

Estas escenas, indignas de nuestro tiempo, sólo servían para denunciar la incapacidad de quienes organizaban los embarques. Pero hay que saber aprender de los errores: a partir de cierta noche un generoso cordón de perros que gruñían y ladraban rodeaba los convoyes.

También en Moscú, ya se trate de la vetusta Srétenka (ahora ya ni los presos la recuerdan), o de Krásnaya Presnia, el embarque en los trenes rojos se hace exclusivamente de noche, es toda una ley.

Sin embargo, por más que la escolta haya decidido prescindir del astro de la mañana y su brillo innecesario, no por ello renuncia a emplear unos soles nocturnos: los reflectores. Resultan cómodos porque se pueden concentrar ahí donde hace falta: en el racimo de presos atemorizados, que esperan sentados la orden: «¡Los cinco siguientes, en pie! ¡Al vagón, paso ligero!». (¡Siempre a paso ligero! Para que el preso no mire a su alrededor, para que no reflexione, para que corra como si lo persiguiera una jauría, para que su único pensamiento sea no tropezar y caerse.) A paso ligero. Por ese senderillo desigual. Por la escalerilla por la que trepan al vagón. Los haces de luz fantasmagóricos y hostiles no se limitan a iluminar: son parte importante de la escenografía de la intimidación, al igual que los gritos estridentes, las amenazas, los golpes de culata sobre los rezagados; al igual que la orden: «¡Sentados en el suelo!». (Y a veces, como en la plaza de la estación del mismo Orel: «¡De rodillas!», y mil hombres se arrodillan cual una nueva especie de peregrinos); al igual que la carrerilla hacia el vagón, completamente inútil pero muy importante para lograr el efecto de terror; al igual que el fiero ladrido de los perros; al igual que los cañones apuntando (de fusil o de metralleta, según la década). Lo esencial es aplastar y aniquilar la voluntad del preso, para que ni siquiera piense en la huida, para que tarde aún mucho en darse cuenta de que tiene una nueva ventaja: haber pasado de una cárcel de piedra a un vagón de escuálidas tablas.

Para embarcar de noche a un millar de hombres en vagones con tanta precisión, es preciso que antes, en la cárcel, los hayan sacado de las celdas y preparado para el traslado, empezando la mañana del día anterior. Por su parte, la escolta debe hacerse cargo de ellos en la propia cárcel, un riguroso procedimiento que se alarga todo el día, pues hay que mantenerlos apartados durante largas horas fuera de las celdas, en el patio, sentados en el suelo, para no confundirlos con los que se quedan. Por tanto, para los presos el embarque nocturno no es sino alivio tras una jornada agotadora.

Además de lo que ya es habitual — pasar lista, controles, rapados, desinfecciones y baños —, la preparación para el traslado consiste fundamentalmente en un *pasamanos* (es decir, un cacheo) general. De éste no se encargan los guardias de la cárcel, sino la escolta que recibe a los presos. De acuerdo con el reglamento de traslados en vagones rojos, y también según sus propias consideraciones estratégicas, tras el registro a los presos no debe quedarles nada que pueda contribuir a una fuga: hay que quitarles todo objeto punzante o cortante; todo lo que sea polvo (dentífrico, azúcar, sal, tabaco, té) para que no puedan cegar con ello a los soldados de escolta; todo cordel, bramante, cinturón o similar que pueda ser utilizado para evadirse (por tanto, también las correas. De ahí que corten las correas que sujetan la prótesis de un cojo y que el inválido deba echarse al hombro la pierna artificial y avanzar a saltos aguantado por sus vecinos). Según el reglamento, lo demás — los objetos de valor y las maletas — se carga en un furgón-consigna especial y se devuelve a su propietario al final del trayecto.

Mas poco obligan las débiles instrucciones llegadas de Moscú a una escolta que se encuentran en Vólogda o Kúibyshev. No así el poder de la escolta sobre los presos, que sí es bien tangible y resulta crucial para la consecución del tercer objetivo de toda operación de embarque: confiscar, en buena justicia y en beneficio de los hijos de las masas populares, todo cuanto de valor puedan poseer los enemigos del pueblo. «¡Sentados en el suelo!», «¡De rodillas!», «¡Desnudarse!», en estas órdenes reglamentarias de la escolta se condensa un principio de poder ineluctable. Un hombre desnudo pierde todo el aplomo, no puede erguirse orgullosamente y dirigirse de igual a igual a un hombre que va vestido .

Y empieza el registro (Kúibyshev, verano de 1949). Los hombres desnudos avanzan con sus enseres y ropa en las manos. A su alrededor, una multitud de soldados armados y en estado de alerta. No parece que los lleven de traslado, sino que vayan a fusilarlos o a pasarlos por la cámara de gas, y en este estado de ánimo una persona deja de preocuparse por sus propiedades. La escolta actúa con expresa brutalidad, con grosería, sin pronunciar una sola palabra con sencillo timbre humano; su objetivo es asustar y oprimir. Se sacuden las maletas (las cosas salen rodando por los suelos) y se apilan en un montón aparte. Las pitilleras, billeteros y otros míseros «objetos de valor» que pueda llevar un preso son apartados y arrojados anónimamente en un barril que hay al lado. (El hecho de que no sea una caja fuerte, ni un baúl, ni una caja, sino precisamente un barril, desmoraliza en particular a los hombres desnudos — vaya uno a saber por qué — y hace que parezca vana toda protesta.) Y no le queda más al hombre desnudo que apresurarse a recoger del suelo sus harapos ya cacheados, hacer con ellos un hatillo o envolverlos en la manta. ¿Las botas de fieltro? ¡Puedes entregarlas, échalas aquí y firma en la lista! (¡No te dan ningún recibo, eres tú quien debe certificar que las has arrojado al montón!) Y cuando, ya al anochecer, sale del patio de la cárcel el último camión de presos, éstos pueden ver cómo los soldados de escolta se precipitan sobre el montón para escoger las mejores maletas de piel, cómo eligen las mejores pitilleras del barril.

Después vendrán por su botín los carceleros, y, tras ellos, *los enchufados* de la prisión.

¡En esto consisten, pues, las veinticuatro horas que preceden a la carga en un vagón de ganado! Pero ahora por fin se encaraman aliviados los presos y pueden apoyar sus cabezas en las astillosas tablas a guisa de literas. ¡Pero de qué alivio puede hablarse! ¡Qué vagón caldeado, ni qué ocho cuartos! El preso se encuentra de nuevo atrapado en una tenaza, entre el frío y el hambre, la sed y el terror, los cofrades y la escolta.

Si en el vagón hay cofrades (naturalmente, en los convoyes rojos tampoco viajan separados), éstos ocupan como siempre los mejores sitios, en las literas superiores junto a la ventanilla. Esto en verano. ¿Y dónde creen que se instalan en invierno? Pues alrededor de la estufa, naturalmente, formando un estrecho círculo alrededor. Como recuerda el ex ladrón Mináyev, (**161**) en 1949 con un frío de perros entregaron a su «vagón acondicionado» *tres cubos* de carbón para todo el camino de Vorónezh a Kotlás (se tardaban varios días). Los cofrades no sólo ocuparon su sitio alrededor de la estufa, no sólo quitaron a *los panolis* toda la ropa de abrigo para ponérsela ellos, sino que tampoco le hicieron ascos a los peales de *los panolis* y se los sacaron para enrollárselos en sus pies de ladrón. «¡Hoy muérete tú, que yo me espero a mañana!» Pero aún peor es con la comida: los cofrades administran la ración de todo el vagón y se quedan con lo mejor o lo que más les convenga. Loschilin recuerda un traslado Moscú-Perebory de tres días, en 1937. Al tratarse de sólo tres días no se guisó nada en el tren y sólo distribuyeron comida fría. Los ladrones se quedaban todo el *caramelo* pero permitían que los presos se repartieran el pan y los arenques: eso quiere decir que no estaban hambrientos.

Pero cuando hay rancho caliente, los ladrones *chupan el bote* y se hacen cargo de la *balanda* (como en el traslado Kishiniov-Pechora en 1945, que duró tres semanas). Los cofrades tampoco desdeñan el simple pillaje en ruta: a un estonio le vieron los dientes de oro, lo derribaron y se los arrancaron con un hurgón.

Los zeks consideran que una de las ventajas de los trenes rojos es la comida caliente. Los convoyes se detienen en estaciones apartadas (siempre en un lugar donde el pueblo no se entere) y entonces distribuyen *balanda* y *kasha* por los vagones. Pero hasta la comida caliente saben darla de modo que se te amargue el alma. Unas veces (como en ese convoy de Kishiniov) vierten el bodrio en los mismos cubos con que reparten el carbón. ¡Y no hay con qué lavarlos! Porque en el tren el agua potable va racionada, es un bien aún más escaso que la *balanda*. De modo que hay que comérsela apartando las partículas de carbón. Otras veces, al traer la *kasha* y la *balanda* dan bastantes escudillas de menos, por ejemplo, veinticinco en lugar de cuarenta, y ordenan acto seguido: «¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Aún nos quedan más vagones, no sois los únicos en el tren!». ¿Cómo comer? ¿Cómo repartir? Es imposible distribuir equitativamente por escudillas, por lo tanto hay que poner menos, a ojo, para no pasarse. (Los primeros gritan: «¡Remuévelo bien, remuévelo!»; en cambio, los últimos callan: lo que quede en el fondo será más espeso.) Los primeros comen y los últimos esperan: ¡a ver si se dan prisa! Están hambrientos y el bodrio que queda en el cubo está enfriándose. Entretanto los de fuera ya les están metiendo prisa: «¿Qué, habéis terminado? ¿O es que aún tenéis para rato?». Pero todavía hay que servir a los del segundo turno, ni más ni menos, ni más espeso ni más claro que a los del primero. Ahora se trata de medir bien el sobrante y repartirlo en una escudilla para cada dos. Durante todo este tiempo, más que comer, los cuarenta hombres vigilan el reparto y se consumen de impaciencia.

No se preocupan de calentar el vagón, no hay protección contra los cofrades, apenas dan de beber ni de comer..., pero es que ni dormir dejan siquiera.

Durante el día, los centinelas puede ver perfectamente todo el tren y el trecho de vía que va quedando atrás, pueden cerciorarse de que nadie haya saltado por un lado y se haya tendido entre los raíles. En cambio, por la noche la vigilancia los trae de cabeza: en todas las paradas los centinelas golpean ruidosamente cada tablero del tren con mazas de madera de mango largo (el modelo estándar en todo el Gulag): ¿A ver si los habrán aserrado? En algunas paradas hasta abren de par en par la puerta del vagón y enfocan el interior con una linterna, cuando no con el haz del reflector: «¡Inspección!». Esto significa: ponte de pie de un brinco y prepárate a correr hacia la derecha o hacia la izquierda, según te manden. Se precipitan al interior del vagón unos soldados con mazas (mientras, otros forman fuera un semicírculo con las metralletas al brazo) y ordenan: ¡A la izquierda! O sea, que los de la izquierda se quedan en su sitio y los que están en la parte derecha deben venir corriendo, saltando como pulgas y amontonarse unos sobre otros, como mejor puedan. Al que no esté ágil, al que se distraiga, le propinan un mazazo en los costados, en la espalda, ¡para que le eche más ánimo! Y las botas de los soldados pisotean los míseros camastros, revuelven entre los harapos, iluminan y golpean con las mazas para ver si han serrado alguna tabla. ¿Que no? Pues en ese caso, los soldados se ponen en el centro del vagón y hacen pasar a los presos de izquierda a derecha para hacer un recuento: «¡Uno! ¡dos! ¡tres!...». Para contarlos bastaría simplemente irlos señalando con el dedo, pero es que así no daría miedo. No, la cuenta es más evidente, más exacta, enérgica y rápida si viene acompasada con otros cuantos mazazos, esta vez en los costados, en los hombros, en la cabeza, donde sea. Termina el recuento: hay cuarenta.

Queda ahora revolver, iluminar y volver con los mamporrazos en la parte izquierda. Ya está, ya se han marchado, ya han cerrado el vagón. Ahora podremos dormir hasta la próxima parada. (No se puede decir que el celo de la escolta carezca de fundamento, porque algunos, los más hábiles, logran evadirse de los vagones rojos. A veces el soldado que va golpeando los tableros descubre uno que ya han empezado a aserrar. O bien, por la mañana, cuando distribuyen la balanda, el soldado advierte entre tantos rostros sin afeitar algunos bien rasurados. De inmediato rodean el vagón, armados con metralletas: «¡Venga, los cuchillos!». Y es que, en el fondo, cofrades y aguachirris son un poco presumidos y les «fastidia» ir mal afeitados. Pero ahora van a tener que pasarse sin el *rapabarbas* (la navaja, para entendernos).

El convoy rojo se diferencia de los demás trenes directos de largo recorrido en que los que suben a él nunca saben si llegarán a apearse. Cuando en Solikamsk (en 1942) descargaron un convoy procedente de las

cárceles de Leningrado, todo el terraplén quedó cubierto de cadáveres, sólo unos pocos habían llegado vivos. En los inviernos de 1944-1945 y de 1945-1946, los transportes de presos procedentes de los territorios liberados — ya fueran del Báltico, Polonia, Alemania o rusos de Europa — iban sin estufas y llegaban a la aldea de Zhelez-Nodorozhni (Kniazh-Pogost), así como a todos los nudos ferroviarios importantes del norte, desde Izhma a Vorkutá, con un vagón o dos de cadáveres. Esto significa que por el camino los retiraban meticulosamente de cada vagón y los trasladaban a otros, reservados a los muertos.

Aunque no siempre era así. Con frecuencia, en la estación de Sujobezvódnaya (Unzh-lag) no se sabía cuántos habían quedado con vida hasta que abrían las puertas al detenerse el tren. El que no salía por su propio pie era que estaba muerto.

Un traslado en invierno es terrible y mortal, porque bastante tiene la escolta con mantener la vigilancia para encima andar acarreando carbón para veinticinco estufas. Pero es que cuando hace calor los traslados tampoco son ninguna delicia: de las cuatro pequeñas ventanillas, dos están cerradas a cal y canto, el techo del vagón se recalienta y el cuerpo de guardia no va a romperse el espinazo trayendo agua para mil hombres cuando, recordemos, son incapaces de dar de beber ni a un solo vagón-zak. Por ello, en opinión de los presos, abril y septiembre son los mejores meses para los traslados. Pero hasta la mejor estación del año resulta corta cuando el viaje dura *tres meses* (Leningrado-Vladivostok, 1935).

Cuando se calcula que el viaje va a ser largo, debe organizarse la educación política de los milites, así como la curación de las almas cautivas: en esta clase de trenes viaja en vagón aparte un *compadre*, un delegado operativo. Éste ha hecho sus preparativos ya en la cárcel, con mucha antelación, y el resultado es que los presos no se embuten al tuntún en los vagones, sino con arreglo a unas listas que llevan su visto bueno. Es él quien confirma al síndico de cada vagón. Es él quien instruye y sitúa en cada uno a un soplón. En las paradas largas encuentra cualquier pretexto para hacer salir del vagón a uno o al otro para enterarse de qué se habla ahí dentro. Un *oper* se sentiría avergonzado si concluido el viaje no pudiera presentar algún resultado concreto, y por ello, durante el trayecto somete a alguno de los trasladados a una nueva instrucción sumarial. Y así, sin comerlo ni beberlo, el infeliz llega a destino con una nueva condena a cuestas.

Pensándolo mejor, ¡malditos sean también los trenes rojos de ganado! ¡Malditos sean, por más que te lleven directo y te eviten los transbordos! Quien haya viajado en ellos no los olvidará. ¡Así lleguemos al campo cuanto antes! ¡Ay si hubiéramos llegado ya! El ser humano está hecho de esperanza y de impaciencia. ¡Ni que en el campo fueran los *oper* más condescendientes o los soplones tuvieran más escrúpulos! ¡Al contrario! Como si no fueran a recibirnos arrojándonos al suelo con las mismas amenazas y acosándonos con perros: «¡Sentados!». Como si no fuera a haber tanta o más nieve en el suelo del campo que la que ya se ha estado colando en el vagón. Como si al llegar desembarcáramos ya en nuestro punto de destino y no debieran transportarnos aún en plataformas descubiertas por un ferrocarril de vía estrecha. (¿Y cómo llevar a los presos en vagones abiertos? ¿Cómo vigilarlos? Toda una tarea para la escolta.

Pues así es como se hace: nos ordenan tendernos muy juntos unos con otros, y nos cubren con una gran lona, como a los marineros del *Potiomkin* (**T126**) antes de ametrallarlos. ¡Y aún gracias que nos echen una lona! En un mes de octubre, en el norte, Oleniov y sus compañeros tuvieron que pasarse un día entero sentados en esas plataformas porque los habían embarcado pero no había llegado la locomotora. Primero les llovió y después bajó la temperatura, de modo que a los zeks se les congelaron los harapos encima.)

Una vez puesto en marcha, el pequeño tren se bambolea, los tablones que bordean la plataforma crujen y se parten. Con el vaivén, alguno acaba siendo arrojado bajo las ruedas. Y ahora un acertijo: si a partir de Dudinka hay que recorrer cien kilómetros de vía estrecha en plataformas descubiertas bajo un frío polar, ¿dónde se instalarán los cofrades? Respuesta: en el centro de cada plataforma, porque así el ganado los calienta por todas partes y no hay riesgo de caer a la vía. Correcto. Otra adivinanza: ¿Qué es lo que pueden ver los presos al término de su viaje en ese tren de vía estrecha (1939)? ¿Algún edificio quizá? No, no hay ni uno solo. ¿Refugios excavados bajo tierra? Sí señor, pero ya están ocupados, no son para ellos. ¿O sea que lo primero que tienen que hacer nada más llegar es cavarse un hoyo? No, hombre, ¿cómo se puede cavar la tierra durante el invierno polar? A cavar se va a la mina, a extraer metal. Y entonces, ¿dónde van a vivir? ¿Cómo que vivir? Ah, sí, vivir... Vivir, vivirán en tiendas de campaña.

Pero no siempre habrá que seguir viaje en un tren de vía estrecha, ¿verdad? Claro que no.

Veamos cómo también es posible llegar directo al lugar de destino: estación de Ertsevo, febrero de 1938. Abren los vagones en plena noche. Se encienden hogueras a lo largo del tren. Junto a ellas, sobre la nieve, tiene lugar la descarga, el recuento, la formación y de nuevo un recuento. Temperatura: treinta y dos grados bajo cero. El traslado viene de la cuenca del Donets, los presos han sido detenidos en verano y por tanto calzan zapatos, escarpines o sandalias. Intentan acercarse a la lumbre para entrar en calor pero los echan de allí: las fogatas no están para eso, sino para dar luz. Desde el primer momento se les entumecen los dedos. La nieve se introduce en su calzado ligero y ni siquiera se funde. No hay compasión. Se oye una orden: «¡Firmes! ¡A formar! Un paso a la derecha... un paso a la izquierda... sin previo aviso, (**T127**) ¡En marcha!».

Los perros ladran, tensan las cadenas al oír su orden preferida, al sentir aquel momento emocionante La columna se pone en movimiento — abrigados con pellizas cortas los soldados, con sus ropas de verano aquellos infelices — y empiezan a caminar por un sendero de nieve profunda, que nadie ha pisado hasta ahora, hacia algún lugar de la oscura taiga. Por delante no se ve ni una sola luz. Llamea la aurora boreal, la primera que ven y seguro que también la última... El hielo hace crujir los abetos. Y esos hombres prácticamente descalzos hollan la nieve, abriéndose camino con las plantas de los pies, con las pantorrillas entumecidas.

O por ejemplo, la llegada al Pechora en enero de 1945. («¡Nuestros ejércitos han tomado Varsovia! ¡Nuestras tropas han aislado la Prusia Oriental!») Un desierto campo nevado. Arrojados de los vagones, los presos se sientan en la nieve de seis en seis, los están contando durante un buen rato, pero se equivocan y vuelven a empezar. Les hacen levantar y recorrer seis kilómetros por la nieve virgen. El traslado viene también del sur, de Moldavia, y todos llevan calzado de cuero. Dejan que los perros vayan por detrás, pegados a la columna, de modo que azuzen a los zeks de la última fila poniéndoles las patas en la espalda, echándoles en la nuca su aliento de mastín (entre los últimos marchaban dos sacerdotes: el padre Fiódor Floria, un canoso anciano, y el joven padre Víktor Shipo-válnikov, que lo sostenía). ¡Pues vaya una forma de usar los perros! Pues no, más bien habría que decir ¡vaya autodominio el de los mastines, con lo que les gusta hincar el diente!

Finalmente, llegan a destino. Sala de baños antes de ingresar en el campo. Deben desnudarse en una caseta, atravesar el patio en cueros, a la carrera, y lavarse en otro barracón. Pero ahora ya se puede aguantar lo que sea: ¿O no han terminado ya los peores tormentos? ¡Lo importante es que ya hemos llegado! Anochece. De pronto se sabe que no hay sitio en el campo, que no están preparados para hacerse cargo de los nuevos. Así que después del baño, vuelta a formar, otra vez recuento, de nuevo rodeados de perros y a cubrir los mismos seis kilómetros arrastrando sus bártulos, sólo que ahora en la oscuridad, pateando la nieve de regreso hasta el tren. Pero durante esas horas las puertas de los vagones han estado abiertas y se ha helado su interior. En los vagones no queda ni rastro del mísero calor de antes y, además, como han llegado al final del trayecto, ya se ha quemado todo el carbón y no hay de dónde sacar más.

Pasan, pues, la noche ateridos. Por la mañana les dan de comer gobio seco (el que quiera beber que mastique nieve) y los conducen de nuevo por el mismo camino.

¡Pero, de todos modos, éste fue un caso *afortunado!* Porque el campo existía, y si no los admitían hoy los admitirían mañana. Dado que los trenes rojos se caracterizaban por la posibilidad de tener un lugar desierto como punto de destino, no era raro que la llegada de los trasladados equivaliera a la inauguración de un nuevo campo. Así pues, bajo la aurora boreal, un tren puede simplemente detenerse en plena taiga y alguien clavar una tablilla en un abeto: «OLP N° 1» (Puesto de Campo Avanzado). Y allí se pasarían una semana a base de *vobla* seca y gachas de harina y nieve.

Pero si el campo al que llegas lleva ya funcionando aunque sólo sea un par de semanas, aquello significa cierto confort, pues ya están en condiciones de dar comida caliente. Y aunque no haya escudillas, al menos ponen el primero y segundo plato juntos en una palangana de baño para cada seis. Los seis hombres formarán un círculo (tampoco hay mesas ni sillas), dos sostendrán la palangana por el asa con la mano izquierda, y con la derecha comerán cuando llegue su turno. ¿Que me estoy repitiendo, dice usted? ¿No era

eso en Vogvózdino? Sí, pero también en Perebory en 1937 y es Loschilin quien ahora lo cuenta. No me repito yo, se repite el Gulag.

...Y más adelante pondrán a los novatos a disposición de unos jefes de cuadrilla escogidos entre los veteranos del campo, y en un abrir y cerrar de ojos éstos les habrán enseñado a *buscarse la vida*, a escurrir el bulto y engañar a los demás. Y desde la primera mañana irán al trabajo, pues el reloj de la Época marcha siempre adelante y no puede esperar. ¡Ni que fuera esto el presidio zarista de Akatúi, con sus tres días de descanso para los recién llegados! (**162**) Poco a poco van floreciendo los bienes del Archipiélago, van tendiéndose nuevos ramales ferroviarios y los presos llegan ya en tren a muchos lugares hasta no hace mucho sólo accesibles por agua.

No obstante, aún viven indígenas que cuentan cómo navegaron por el Izhma, igual que en la antigua Rusia, en galeras de cien hombres, y cómo ellos mismos remaron. Y cómo llegaban hasta el campo remontando el Pechora y el Usa en canoas. También enviaban zeks a Vorkutá en gabarras: hasta Adzvavom, el centro de transbordo de Vorkut-lag, en barcazas grandes y de allí se seguía diez días en lanchas de poco calado. La embarcación estaba infestada de piojos, hasta tal punto que la escolta permitía a los presos subir a cubierta de uno en uno para sacudirse los parásitos y echarlos al agua. Había también traslados fluviales que no eran directos, pues había que hacer transbordos, sirgar las barcas desde la orilla o cubrir etapas a pie.

También tenían allí sus propias prisiones de tránsito, a base de estacas y lonas o a veces con tiendas: Ust-Usá, Pomózdino, Shchelia-Yur. En estos ribazos (**T128**) regían usos propios. Cada uno de ellos tenía sus normas de vigilancia y, naturalmente, órdenes particulares y mañas propias ideadas por cada cuerpo de guardia, así como penalidades peculiares para los zeks. Pero no es éste lugar para describir esos lugares exóticos, y por tanto preferimos no abordar el tema.

El Dvina septentrional, el Obi y el Yeniséi saben bien cuándo llegaron los primeros presos en gabarras: durante la liquidación de los kulaks. Por ríos que fluyen directamente hacia el norte, en barcazas panzudas de gran capacidad: era el único modo de verter en las tierras muertas del norte toda aquella masa gris de la Rusia viva. Echaban a los hombres al casco de la barcaza, cual si fuera un barreño, y allí se amontonaban unos sobre otros y se movían como cangrejos en una cesta. Y los centinelas estaban arriba, en las bordas, como parapetados en un altozano. A veces transportaban toda esa masa a cielo abierto, a veces la cubrían con una gran lona, ya fuera para no verla o para vigilarla mejor, aunque desde luego no para resguardarla de la lluvia. Un trayecto en semejantes barcazas ya no era un transporte, sino una muerte a plazo fijo.

Además, apenas les daban de comer, y una vez arrojados a la tundra ya no les daban alimento alguno. Los dejaban para que murieran a solas con la naturaleza.

A partir de 1940 los traslados en barcaza por el Dvina septentrional (y por el Vychegda) no sólo no disminuyeron, sino que cobraron muchísimo auge: por allí pasó la población *liberada* de Ucrania y Bielorrusia occidentales. En la sentina, los presos estaban *de pie* unos contra otros, y no sólo por espacio de veinticuatro horas. Orinaban en recipientes de vidrio que se pasaban de mano en mano hasta vaciarlos en los tragaluces; si se trataba de algo más serio, se lo hacían en los pantalones.

Durante décadas, el cabotaje en gabarras por el Yeniséi fue consolidándose hasta convertirse en práctica permanente. En los años treinta se construyeron en Krasnoyarsk unos tinglados a la orilla del río y, bajo estos cobertizos, en las frías primaveras siberianas, los presos temblaban todo un día y hasta dos esperando el embarque. (**163**) Las barcazas del Yeniséi destinadas al traslado de presos tienen como instalación fija una oscura sentina de tres plantas. Sólo la escotilla, donde está la escalerilla, deja pasar un poco de luz difusa. Para el cuerpo de guardia hay una caseta en cubierta. Los centinelas vigilan las salidas de la sentina y observan el agua, por si aparece alguien en la superficie. Los guardias no bajan jamás a la sentina, por más gemidos o gritos de socorro que oigan. Y nunca sacan a los presos a pasear por cubierta.

En los traslados de 1937-1938 y de 1944-1945 (y es de suponer que también entre estas fechas) no se prestaba ayuda médica alguna a los de la bodega. En los «pisos», los presos yacían unos sobre otros en dos hileras: una hilera con la cabeza contra la borda y la otra con la cabeza en los pies de la primera hilera. En

los pisos sólo se puede llegar hasta la cubeta pasando por encima de la gente. Y como no siempre permiten sacar los zambullos cuando es tiempo (¡imagínese subir a cubierta un barril lleno de inmundicias por una escalerilla empinada!), la porquería se desborda, el líquido se derrama por el suelo y gotea en los pisos inferiores. Y la gente sigue tendida en ese mismo suelo.

La comida es balanda distribuida por los pisos en unos toneles, y allí, en la perpetua oscuridad (tal vez hoy tengan ya electricidad), unos presos ayudantes la reparten alumbrándose con lamparillas de petróleo. En un traslado así, a veces para llegar a Dudinka hacía falta un mes. (Ahora, naturalmente, el viaje puede hacerse en una semana.) No era extraño que debido a los bancos de arena y a otras dificultades de la navegación fluvial el viaje se alargara más de lo previsto, por lo cual los víveres embarcados no bastaban, y entonces no daban comida alguna durante varios días (y como es natural, después nadie les compensaba «lo perdido»).

Mi avisado lector puede adivinar el resto sin mi ayuda: vista la situación, los cofrades ocupan el piso superior de la sentina, cerca de la escotilla, o sea, donde hay más aire y luz. Controlan la distribución del pan siempre que les haga falta y si el traslado está siendo duro no se andan con remilgos y *bañan el santo chusco* (es decir, se hacen con la ración del gris rebaño). Durante el largo camino, los ladrones matan el tiempo jugando a los naipes, que ellos mismos se fabrican. Sacan para apuestas sometiendo a los *panolis* al *pasamanos*, o sea, cacheándolos a todos a fondo, tanto a los de su sector de la gabarra como a los de cualquier otro. Durante cierto tiempo las cosas robadas se ganan y pierden varias veces a las cartas, pero luego se envían arriba, a la escolta. Sí, el lector lo ha adivinado: los cofrades *echan alpiste a* los guardianes y éstos se quedan los objetos robados o los venden en los embarcaderos y entregan a cambio comida a los ladrones.

¿Resistencia? Sí la hay, aunque muy pocas veces. He aquí un episodio cuyo recuerdo se ha conservado. Ocurrió en 1950, en una barcaza de ésas, dispuesta de modo semejante, sólo que más grande, una barcaza de cabotaje marítimo. Durante un transporte Vladivostok-Sajalín, siete muchachos desarmados, condenados por el Artículo 58, plantaron cara a los cofrades (todos *perros),* alrededor de ochenta (y como siempre, no iban desprovistos de cuchillos). Los perros ya habían registrado a toda la partida de presos en la prisión de tránsito «Tres-Diez» de Vladivostok. Los habían cacheado con minucia — no peor que los carceleros, porque se conocen todos los escondrijos — pero sabían también que en un *pasamanos* siempre se escapa algo. Conscientes de esto, una vez en la sentina anunciaron arteramente: «El que tenga dinero puede comprar tabaco». Y Misha Grachov sacó tres rublos que llevaba escondidos en la cazadora guateada. Entonces uno de los perros, Volodka (**T129**) «el Tártaro», le increpó: «¿Qué pasa, bujarrón, es que tú *no pagas impuestos?»*. Y se echó sobre él para quitarle el dinero. Pero Pável (no se ha conservado el apellido), brigada del ejército, lo apartó de un empujón. Volodka «el Tártaro» le hizo *la horquilla* en los ojos, pero Pável lo derribó. En esto acudieron otros perros, unos veinte o treinta, pero en torno a Grachov y Pável se levantaron Volodia Shpakov, ex capitán del ejército, Seriozha Potápov, Volodia Reunov, Volodia Tre-tiujin, también ex brigadas del ejército, y Vasia Kravtsov. ¿Y qué pasó? El lance no pasó de unos cuantos puñetazos por ambos bandos.

Los cofrades habían hecho gala de su ancestral e intrínseca cobardía (que siempre camuflan bajo una máscara de dureza y desapego), o quizá fue que les estorbaba la proximidad del centinela (ocurrió debajo mismo de la escotilla), o tal vez que se reservaban para otra tarea de más trascendencia social: se proponían adelantarse a los *ladrones decentes* y hacerse con el control de la prisión de tránsito de Aleksandrovsk (la misma que describe Chéjov) (**T130**) y de las obras de Sajalín (pero, naturalmente, no para ponerse ellos a trabajar). Lo cierto es que acabaron retrocediendo y que todo quedó en amenazas: «¡Cuando desembarquemos os vamos a hacer *picadillo!*». (En resumen, que no hubo pelea ni hicieron «picadillo» a nadie. En la prisión de tránsito de Aleksandrovsk esperaba a los perros un contratiempo: ya estaba en manos de los «decentes».)

Los barcos de vapor que van a Kolymá están organizados de manera semejante a las gabarras, si bien en ellos todo es a mayor escala. Por extraño que parezca, todavía siguen con vida algunos presos que en la primavera de 1938 partieron hacia allá en la célebre expedición del *Krasin,* que abría paso entre los hielos primaverales a un puñado de viejos cascarones: el *Dzhurma,* el *Kulu,* el *Nevostrói* y el *Dneprostrói,* todos de vapor.

Las sucias y frías sentinas se dividían también en tres plantas, pero además, en cada una había literas de dos pisos hechas de estacas. No todo estaba a oscuras: había algún que otro farol o candil. Permitían a los presos de cada sector salir a cubierta por turno para pasear. Cada vapor transportaba a tres o cuatro mil hombres. Como el viaje duró más de una semana, el pan cargado en Vladivostok se enmoheció, por lo cual hubo que reducir la ración de seiscientos gramos a cuatrocientos. Para comer también les daban pescado, y en cuanto al agua potable..., pues no hay nada que criticar, porque no la había, estaban atravesando dificultades *temporales.* A los rigores de un traslado fluvial, aquí había que añadir tempestades, mareos, hombres debilitados y abatidos que vomitaban. Carecían de fuerzas para levantarse y yacían entre los vómitos, todo el suelo estaba cubierto de una capa nauseabunda.

Por el camino se produjo cierto episodio político. Los barcos debían atravesar el estrecho de La Perouse, muy próximo a las islas japonesas. Y he aquí que desaparecieron las ametralladoras de las torres, los soldados de escolta se vistieron de paisano, se cerraron las sentinas y se prohibió salir a cubierta. Ya en Vladivostok se había tenido la previsión de reseñar en los documentos de embarque que transportaban — ¡no prisioneros, Dios nos libre! — sino mano de obra contratada para trabajar en Kolymá. Los buques avanzaron entre un enjambre de barcas y pequeñas embarcaciones japonesas ajenas a toda sospecha. (En otro viaje, en 1939 sucedió el siguiente caso en el *Dzhur-ma:* los cofrades salieron de la sentina y consiguieron llegar al almacén, lo saquearon y luego le prendieron fuego. Ocurría esto precisamente cerca de las costas japonesas. Al ver que salía humo del *Dzhurma* los japoneses ofrecieron su ayuda, pero el capitán la rehusó y ¡ ni siquiera abrió las escotillas ! Cuando los japoneses se perdieron de vista, arrojaron por la borda los cadáveres de los asfixiados. No así los víveres, chamuscados y casi estropeados, que entregaron en el campo para rancho de los presos.)

Han pasado algunas décadas desde entonces, ¡y cuántas catástrofes no habrán sufrido nuestros buques en todos los mares del mundo! Y eso, en circunstancias en que al parecer no transportaban zeks, sino simples ciudadanos soviéticos ¡Pero siempre rechazan la ayuda, por culpa del secreto, vestido de orgullo nacional! ¡Que nos devoren los tiburones antes de aceptar vuestra mano! El secreto, ése es nuestro cáncer.

Ante Magadán, el convoy quedó atorado en el hielo y ni siquiera el *Krasin* sirvió de nada (era demasiado pronto para la navegación, pero tenían prisa por entregar la mano de obra) El 2 de mayo desembarcaron a los presos sobre el hielo, lejos de la orilla. Ante los recién llegados se abría el poco halagüeño panorama del Magadán de aquel entonces: montículos volcánicos desiertos, ni un solo árbol, ni un matorral, ni pájaros siquiera, sólo algunas casitas de madera y el edificio de Dalstrói, de un único piso. Sin embargo, seguían con esa farsa de la *reeducación,* seguían aparentando que no traían sacos de huesos para pavimentar Kolymá — el nuevo Dorado —, sino ciudadanos soviéticos provisionalmente aislados de los demás, ciudadanos que volverían a la vida creadora, y los recibieron con música. La orquesta Dalstrói tocaba marchas y valses mientras aquellos hombres colmados de sufrimiento, más muertos que vivos, se arrastraban por el hielo formando un gris cortejo, con sus enseres de moscovitas a cuestas (aquella enorme remesa, compuesta íntegramente de presos políticos, no había tenido aún ningún encuentro con los cofrades) y llevando en hombros a otros presos agonizantes, reumáticos o con sólo una pierna (ni los mutilados se libraban de los campos).

Observo ahora que estoy a punto de empezar a repetirme, que se me hará tedioso escribir y que tedioso será leer, puesto que el lector sabe ya lo que viene a continuación: que ahora los llevarán en camiones a centenares de kilómetros y después les harán cubrir a pie unas decenas más. Que allí inaugurarán un nuevo campo y que empezarán a trabajar desde el primer momento. Que comerán pescado y harina sazonados con nieve. Que dormirán en tiendas.

Cierto, eso fue lo que ocurrió. Pero antes, los primeros días, los instalarán en Magadán, en unas tiendas de campaña. Allí los comisionarán, es decir, los examinarán desnudos, y por el estado de su trasero determinarán su capacidad para el trabajo (a todos los declararán aptos). (**T131**) Además, como es natural, los llevarán al baño y les ordenarán que dejen en el vestíbulo sus abrigos de cuero, sus pellizas forradas, sus jerseys de lana, sus trajes de paño fino, sus capas caucásicas, sus botas de cuero y de fieltro (pues no se trataba de unos ignorantes campesinos, sino de la cúpula del partido: directores de periódico, de fábricas y consorcios estatales, funcionarios de comités regionales, profesores de economía política, gente toda ella que

a principios de los años treinta sabía apreciar las buenas prendas). «¿Y quién va a estar aquí vigilando?», preguntarán escépticos los recién llegados. «¿Y quién va a querer estas cosas?», responderá el personal del baño fingiendo ofensa. «Entrad y lavaos con toda tranquilidad.» Y ellos entrarán. Y saldrán por otra puerta, donde les darán unos pantalones y unas camisetas de algodón ennegrecidas, chaquetas guateadas sin bolsillos — modelo campo penitenciario — y unas botas de piel de cerdo. (¡Oh, no es un detalle insignificante! Eso es tanto como decir adiós a la vida anterior, a los títulos, a los cargos, a la soberbia.) «¿Y nuestras cosas?», exclamarán. *«¡Vuestras* cosas se quedaron en casa!», les rugirá cualquier jefe. «¡En el campo ya no habrá nada *vuestro!* ¡Aquí en el campo hay comunismo!

¡Los de delante, en marcha!»

Si de comunismo se trataba, ¿qué podían ellos objetar? Al comunismo habían consagrado su vida...

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Había también traslados en carro o simplemente a pie. ¿Recuerdan el traslado desde la cárcel a la estación bajo un sol abrasador descrito por Tolstói en *Resurrección*? (**T132**) Pues bien, en Minusinsk, en mil novecientos cuarenta y pico, después de haber estado encerrados un año entero sin salir siquiera a pasear, los presos habían perdido la costumbre de andar, de respirar aire libre y de ver la luz del sol. Entonces los sacaron, los formaron y les hicieron recorrer a pie *veinticinco kilómetros* hasta Abalean. Por el camino murieron unos diez. Y nadie escribirá una gran novela que trate de esto, ni siquiera un capítulo: si vives en un cementerio no puedes llorar por todos.

El traslado a pie es el precursor del traslado ferroviario, el abuelo del vagón-zak y de los trenes rojos. En nuestros días se utiliza cada vez menos, sólo en aquellos lugares donde todavía es imposible el transporte mecánico. Cuando el cerco de Leningrado, en algunos sectores del lago Ladoga conducían a los presos a pie desde la ciudad hasta los vagones rojos (a las mujeres las llevaban con los prisioneros de guerra alemanes, y a nuestros hombres los ahuyentaban con las bayonetas para que no les quitaran el pan a ellas. A los que caían se les despojaba de inmediato del calzado y se los echaba a un camión, estuvieran muertos o no). En los años treinta, enviaban cada día de esta manera un convoy de cien hombres desde la prisión de tránsito de Kotlás a Ust-Vym (unos trescientos kilómetros), y a veces a Chibiu (más de quinientos). Una vez, en 1938, enviaron también una expedición de mujeres por el mismo procedimiento.

En estos traslados se recorrían veinticinco kilómetros al día. La escolta llevaba uno o dos perros y a los que se rezagaban los apremiaban con las culatas. Cierto que los efectos personales de los presos, la cocina y las provisiones seguían a la columna en carros, con lo que esas caravanas recordaban los clásicos traslados del siglo pasado. Había también las denominadas isbas de final de etapa: eran casas en ruinas que habían pertenecido a los kulaks desterrados, con las ventanas destrozadas y las puertas arrancadas. La contabilidad de la prisión de tránsito de Kotlás entregaba a la expedición una cantidad de víveres calculada teóricamente en el supuesto de que durante el viaje no se presentarían contratiempos, y jamás (según el principio general de todas nuestras oficinas de contabilidad) preveía un día de más. Si había retrasos durante el camino se hacían durar más los víveres, les daban papillas de harina de centeno sin sal y a veces ni eso. En este punto sí se aprecia una desviación de los cánones clásicos.

En 1940, al grupo en que iba A.Y. Oleniov lo hicieron desembarcar de la gabarra y lo condujeron a pie por la taiga (de Kniazh-Pogost a Chibiu) sin comida alguna. Los hombres bebían agua empantanada y pronto la disentería hizo mella en ellos. Los perros desgarraban los vestidos de los que caían desfallecidos. En Izhma pescaron peces con los pantalones y se los comieron vivos. (Y al llegar a un claro les anunciaron: ¡En este lugar construiréis el ferrocarril Kotlás-Vorkutá!)

En otros lugares de nuestro norte europeo los traslados a pie continuaron hasta que empezaron a recorrer aquellos trechos trenes de un rojo alegre. Transportaban en segunda condena a los mismos presos, por las líneas tendidas con sus manos.

Los traslados a pie requieren su técnica y ésta se elabora en aquellos lugares donde sea necesario transportar a menudo a mucha gente. Supongamos que están conduciendo a un grupo por un sendero de la taiga, de Kniazh-Pogost a Vesliana, y que de repente cae un preso y no puede seguir adelante, ¿qué hacer con él? Piénsenlo racionalmente, ¿qué se puede hacer? No van a detener a todo el grupo, ¿verdad? Tampoco van a dejar a un soldado junto a cada caído y cada rezagado: soldados hay pocos, y presos, muchos. ¿Entonces...? Pues el soldado se queda atrás un momento y luego corre hasta alcanzar a los demás, ya solo.

Durante largo tiempo se llevaron a cabo continuos traslados a pie de Karabas a Spassk. Serían unos treinta y cinco o cuarenta kilómetros, pero era preciso cubrirlos en un solo día, con un millar de hombres a la vez, entre ellos algunos muy debilitados. Es de prever que muchos caerán y se rezagarán con esa astenia e indiferencia que precede a la muerte, que no caminen aunque les peguen un tiro. Ya no temen a la muerte, ¿pero temen quizás aún al palo? ¿Quizá teman al palo incansable que cae sobre ellos una y otra vez, indiscriminadamente? ¡Al palo sí que le temen! ¡Vaya si caminarán! Nunca falla. Y así la columna queda rodeada no sólo por el habitual cordón de soldados con metralletas a unos cincuenta metros, sino también por un cinturón interior de soldados que en vez de fusiles llevan garrotes. Los que queden atrás recibirán los palos (como ya había profetizado el camarada Stalin), (**T133**) más y más palos, y los presos consumen sus últimas fuerzas, ¡y caminan! ¡Y milagrosamente muchos de ellos llegan a destino!

Ellos no saben que acaban de pasar *la prueba del garrote*. Los que no caminan ni a palos, los que continúan tendidos en el suelo, son recogidos por unos carros que cierran la columna. ¡Toma ya experiencia organizativa! (No faltará quien se pregunte: ¿y por qué no los suben a todos en los carros de buenas a primeras? ¿Y de dónde iban a sacar tantos carros? ¿Y los caballos? A fin de cuentas, son tractores lo que hay a mano. Y además, al precio que está la avena...)

Estos traslados fueron numerosos durante los años 1948-1950. En los años veinte los traslados a pie eran una de las formas de transporte fundamentales. Yo aún era un niño, pero recuerdo muy bien cómo los llevaban sin recato por las calles de Rostov del Don. Por cierto, la célebre orden «¡...se abrirá fuego sin previo aviso!», se formulaba entonces de otra manera, porque la tecnología de aquellos tiempos también era otra: a menudo los centinelas iban armados sólo con sables. Por tanto, la orden era así: «¡Un paso al lado y se actuará a fuego y estoque!».

Impresionaba mucho eso de «actuar a fuego y estoque». A uno le parecía estar viendo cómo le partían la cabeza en dos de un sablazo por detrás.

En febrero de 1936 aún pudo verse en Nizhni-Nóvgorod a una columna de ancianos venidos del este del Volga que eran conducidos a pie. Sus luengas barbas, sus vestidos de estameña tejidos a mano, albarcas de corteza de abedul y peales recordaban «la Rusia que se va...». (**T134**) Y de pronto cruzaron tres automóviles, en uno de los cuales iba Kalinin, el presidente del VTsIK. Detuvieron la columna. Kalinin pasó ante ella sin mostrar ningún interés Cierra los ojos, amigo lector. ¿No oyes un retumbar de ruedas? Son los vagones-zak que pasan.

Son también unos vagones rojos. Cada minuto del día. Cada día del año. Y ahora, ¿oyes el chapoteo? Son las gabarras de presos. Y ahora, ¿no oyes cómo ruge el motor de los cuervos? Continuamente encerrando, embutiendo, trasladando. ¿Y ese rumor? Son las celdas atiborradas de las prisiones de tránsito. ¿Y aquel aullido? Es el llanto de los que han sido expoliados, violados, apaleados.

Hemos pasado revista a todos los procedimientos de transporte y cada vez que hemos hablado de uno hemos concluido que era el peor. Hemos echado un vistazo a las prisiones de tránsito y no hemos encontrado ni una sola que fuera buena. Y hasta la última esperanza humana de que por delante algo mejor nos espera, de que todo será mejor en el campo, es una esperanza vana.

En el campo aún será peor.

4. De isla en isla

En el Archipiélago también se transporta a los zeks de isla en isla por medio de canoas individuales. Se conocen como *escoltas especiales.* Son la forma de traslado menos opresiva y casi no se diferencian de un viaje en libertad. Pocos son a quienes cae en suerte trasladarse de esta manera. Sin embargo, en toda mi vida de presidiario me tocó en tres ocasiones.

La escolta especial se organiza cuando así lo dispone un alto personaje. No hay que confundirla con el *destino especial,* aunque también provenga de las altas esferas del Gulag. Al preso con destino especial se le suele incluir en convoyes ordinarios, pero a lo largo de su trayecto tiene ocasión de vivir algunos tramos fuera de lo común (y por tanto impactantes). Por ejemplo, el letón Ans Bernstein viaja con destino especial desde el norte hasta el curso bajo del Volga; le han destinado a algún trabajo relacionado con la agricultura. Lo transportan con todas las humillaciones y apreturas que ya hemos descrito, le ladran los perros, lo rodean de bayonetas, le gritan aquello de «un paso a la derecha, un paso a la izquierda...», pero de pronto le hacen apearse en la pequeña estación de Zanzevatka y sale a recibirle un solo celador, muy apacible y sin ninguna clase de armas. Y le dice bostezando: «Venga, pasarás la noche en mi casa y mañana te llevaré al campo. De momento, puedes pasearte hasta mañana». ¡Y Ans se va a pasear!

¿Comprendéis lo que significa *pasear* para un hombre condenado a diez años, un hombre que ya ha dicho adiós a la vida varias veces, que esta mañana aún estaba en un vagón-zak y que al día siguiente ingresará en un campo penitenciario? Y ahora se pasea, contempla cómo escarban las gallinas en el huerto de la estación, cómo se disponen a marcharse las campesinas, que no han logrado vender la mantequilla y los melones a los del tren. Ans da tres, cuatro, cinco pasos de costado y nadie le grita «¡alto!». Acaricia con dedos incrédulos las hojitas de las acacias y está al borde del llanto.

La escolta especial es una maravilla del principio al fin. No conocerás traslados comunes, no tendrás que andar con las manos a la espalda, no te dejarán en cueros, no te harán sentar con el trasero en el suelo y ni siquiera habrá ninguna clase de cacheo. La escolta será amable contigo y hasta te tratará de «usted». Pero que quede claro — te advertirá el soldado — que ante cualquier intento de fuga dispararé, como de costumbre. Llevamos las pistolas cargadas, las tenemos en el bolsillo. Aparte de eso, iremos con *normalidad,* compórtese con naturalidad y no dé a entender que es un preso. (Ruego encarecidamente al lector que observe cómo también en este caso los intereses del Estado, como siempre, coinciden plenamente con los del individuo.)

Mi vida en el campo penitenciario sufrió un vuelco un día que me dirigía cabizbajo al trabajo con los dedos agarrotados (de tanto asir la herramienta, ya no podía enderezarlos). El capataz me separó del resto de la cuadrilla de carpintería y me dijo con súbito respeto: «¿Sabes qué? El ministro del Interior ha dispuesto...».

Me quedé de una pieza. Se alejó la columna y quedé en la zona, rodeado por los enchufados. Unos decían: «Eso es que te endiñan una nueva condena»; otros aseguraban: «Ya verás cómo de ésta te sueltan». Pero en lo que todos estaban de acuerdo era en que no podría librarme de lo que dispusiera el ministro Kruglov. Mi pensamiento también oscilaba entre una nueva condena y la puesta en libertad.

Había olvidado por completo que medio año antes había venido a nuestro campo un tipo que nos hizo rellenar ciertos impresos censales del Gulag (después de la guerra habían empezado este trabajo en los campos más cercanos, pero era poco probable que llegaran a terminarlo). La casilla más importante de aquel cuestionario era una titulada «especialidad». Los zeks, deseosos de realzar su valía, se atribuían las profesiones más cotizadas en un campo: «barbero», «sastre», «almacenero», «panadero». Sin embargo, yo escribí frunciendo el entrecejo: «físico nuclear». Nunca en la vida había trabajado como físico nuclear, pero antes de la guerra había seguido algún curso en la universidad, conocía los nombres de las partículas

atómicas y sus parámetros, y me decidí por esta respuesta. Era el año 1946, cuando nos hacía falta una bomba atómica a toda costa. Pero yo no le di la menor importancia a aquella ficha y me olvidé de ella.

Existe una leyenda vaga, en absoluto verosímil ni confirmada por nadie, que puede oírse una y otra vez en los campos: en algún lugar del Archipiélago existen diminutas islas paradisiacas. Nadie las ha visto, nadie ha estado en ellas, y si alguien las ha visto guarda silencio, no habla de ellas. Dicen que en aquellas islas fluyen ríos de leche entre orillas de jalea, que en ellas los zeks se alimentan como mínimo con crema de leche y huevos; dicen que allí reina la limpieza, que siempre se está caliente, que el trabajo es de tipo intelectual y super-secreto.

Y a una de esas islas paradisiacas (denominadas *sharashka* en el argot de los presos) fui a parar en mitad de mi condena. A ellas debo el haber salido con vida, pues en el campo no habría sobrevivido el plazo que me restaba. A ellas debo el poder escribir este ensayo de investigación literaria, aunque no tengo previsto en él un espacio para ellas (ya escribí una novela sobre este tema). Fue yendo de isla en isla, de la segunda a la tercera y luego a la cuarta, cuando tuve ocasión de ser trasladado con escolta especial: éramos dos guardias y yo.

Si es cierto que a veces las almas de los muertos flotan entre nosotros, que nos ven y pueden leer sin dificultad nuestros insignificantes anhelos, mientras nosotros no podemos verlas ni sospechamos su presencia incorpórea, lo mismo ocurre con los transportes bajo escolta especial.

Te sumerges en el *mundo de los libres* en lo más profundo, te codeas con la gente en el vestíbulo de la estación. Examinas con mirada ausente los anuncios, completamente seguro de que ya no te atañen. Te sientas en un banco de estación de los de antes y escuchas conversaciones extrañas e intrascendentes: que cierto marido le pega a su mujer, o que la ha abandonado; que, no se sabe por qué, la suegra no se aviene con la nuera; que los vecinos del apartamento comunal dejan encendida la luz del pasillo y no se restriegan los zapatos en el felpudo; que alguien le está haciendo la vida imposible a otro de su trabajo; que a uno le ofrecen un buen puesto en otra ciudad pero no acaba de decidirse: ¡como si fuera tan fácil mudarse! Y mientras escuchas todo esto, unos escalofríos de rechazo te recorren la espalda y la cabeza: ¡Hasta tal punto percibes ya con toda claridad la auténtica medida de las cosas en el Universo, la medida de todas las debilidades y de todas las pasiones! Y a esos pecadores les está vedada esta percepción. Sólo tú, incorpóreo, estás auténticamente vivo, estás verdaderamente vivo, y esos otros creen estar vivos, pero se equivocan.

¡Y entre vosotros hay un abismo infranqueable! No es posible gritarles, ni llorar por ellos, ni sacudirlos por el hombro, pues tú eres un espíritu, un espectro, y ellos, cuerpo material.

¿Cómo iluminarlos? ¿Con una inspiración? ¿Con una aparición? ¿Con un sueño?: ¡Hermanos! ¡Hombres! ¿Para qué se os ha dado la vida? En el silencio de la medianoche las celdas de los condenados se abren de par en par y se arrastra hasta el patíbulo a personas con una gran alma. En este preciso momento, en esta hora, por todos los ferrocarriles del país hay hombres que pasan su lengua amarga por los labios, resecos de haber comido arenques, hombres que sueñan con la felicidad de poder estirar las piernas, con el alivio de que les dejen hacer sus necesidades. Cuando el verano llega a Kolymá, la tierra se deshiela hasta un metro escaso de profundidad y sólo entonces entierran los huesos de los que murieron en invierno. Pero vosotros gozáis del derecho a determinar vuestro destino, tenéis sobre vuestras cabezas el cielo azul y el sol ardiente, os está permitido ir a beber agua, estirar las piernas, ir sin escolta a donde se os antoje. ¿Qué importa la luz del pasillo? ¿Qué pinta aquí la suegra? ¿Queréis que os revele ahora mismo la esencia de la vida y sus secretos? No persigáis fantasmas, ni posesiones, ni honores: sólo se consiguen tras años, decenios de nervios y se confiscan en una sola noche. Vivid con serena superioridad sobre la vida, no os asuste la desdicha, ni languidezcáis tras haber conocido la felicidad, pues ambas no importan: jamás lo amargo es para siempre, ni lo dulce colma nunca la medida. Consideraos afortunados si no pasáis frío, si el hambre y la sed no desgarran vuestras entrañas. Si no se ha partido vuestra espalda, si caminan ambas piernas, si ambos brazos siguen articulándose, si ven ambos ojos y oyen vuestras orejas, ¿a quién podéis envidiar? ¿De qué os serviría? Envidiar al prójimo corroe ante todo a uno mismo. Frotaos los ojos, limpiad vuestro corazón y valorad por encima de todo a quienes os aman y desean vuestro bien.

No los ofendáis, no los injuriéis, no os separéis de ellos sin antes haber hecho las paces: porque, quién sabe, ése puede ser vuestro último acto antes de que os arresten, ¡y el último recuerdo que quede en su memoria! Pero mis guardianes acarician en sus bolsillos las negras cachas de sus pistolas. Estamos sentados los tres juntos, como muchachos abstemios, como sosegados amigos.

Me froto la frente, cierro los ojos y cuando los abro de nuevo veo el mismo sueño: una masa de gente a la que nadie vigila. Recuerdo claramente que la última noche la he pasado en una celda y que mañana estaré de nuevo en otra. En esto aparecen unos revisores con sus pinzas de picar: «¡El billete!». «¡Lo tiene mi compañero!»

Los vagones van llenos (bueno, «llenos» según se entiende en libertad: nadie se acurruca bajo los asientos ni va sentado en los espacios libres en el suelo). Me han dicho que me comporte con naturalidad, y con la mayor naturalidad del mundo me comporto: veo en el compartimiento contiguo un asiento libre junto a la ventanilla y lo ocupo. Los guardianes no encuentran sitio en mi compartimiento y deben seguir sentados donde están, siguiendo mis movimientos con ojos enamorados. (**T135**) En Perebóry queda libre el asiento que hay delante de mí, al otro lado de la mesita, pero un joven de rudo rostro consigue ocuparlo antes que mi escolta. Lleva pelliza corta, gorro de piel y una maleta de madera sencilla pero sólida. Reconozco la maleta: fabricada en los campos, *made in* Archipiélago.

«Uf», resopla el joven. La luz es escasa, pero alcanzo a ver que tiene el rostro enrojecido, que ha tenido que luchar a brazo partido para subir al tren. Saca una cantimplora: «¿Un trago de cerveza, camarada?». Sé que a esas alturas en el compartimiento contiguo mi escolta estará sobre ascuas: ¡No debo tomar alcohol, está prohibido! Pero debo comportarme con naturalidad. Y le respondo con indiferencia:

«Bueno, quizá sí, échame un poco». (¿Cerveza? ¡Cerveza! ¡Tres años sin probar un trago! Mañana podré jactarme en la celda: ¡He bebido cerveza!) El joven me sirve un poco y yo me la bebo temblando.

Entretanto, ya ha oscurecido. El vagón carece de electricidad, es el desarreglo de la posguerra. Un solo cabo de vela arde en el viejo farol que hay en el tabique de entrada y alumbra cuatro compartimientos a la vez: los dos que quedan delante y los dos de detrás. El joven y yo conversamos amistosamente, aunque apenas podemos vernos las caras. Por más que mi guardián se contorsione, no alcanza a oír nada debido al golpeteo del vagón. Llevo escondida en el bolsillo una postal para casa. Voy a explicarle al bueno de mi interlocutor de dónde he salido yo y le pediré que la eche en un buzón. A juzgar por la maleta él habrá estado en los campos. Pero se me adelanta: «Tú no sabes lo que me ha costado conseguir este permiso. Llevo dos años sin vacaciones, menudo trabajo de perros!». «¿Dónde es eso?» «Ah claro, si es que no te lo he dicho. Soy un asmodeo, un ribetes azules, ¿es que nunca has visto ninguno?» Uf, qué mala pata, ¿cómo no habré caído antes?: Perebóry es el centro del Volgo-lag, la maleta la habrá conseguido por extorsión, ¡se la habrán fabricado los zeks de balde! ¡Cómo se ha infiltrado todo ese mundo en nuestra existencia: dos *asmodeos* para dos compartimientos aún son pocos, tiene que haber un tercero! ¿Quién sabe si habrá un cuarto disimulado en alguna parte? ¿O puede que uno en cada compartimiento? ¿Hay más presos quizá viajando con escolta especial?

Mi joven sigue gimoteando, maldiciendo su suerte. Entonces le replico enigmáticamente: ¿Y tú qué te has creído, que lo pasan mejor aquellos a quienes vigilas, los que han cobrado diez años sin culpa alguna? Y sólo oír esto, pone punto en boca y enmudece hasta la mañana siguiente. Aunque hayamos estado en la penumbra, ha podido ver de forma vaga mi atuendo casi militar, mi guerrera, mi capote. Seguramente hasta ahora había pensado que yo era un simple soldado. Pero ahora, vete tú a saber: ¿Y si soy un agente de la seguridad? ¿O uno de esos que van por ahí cazando fugitivos? ¿Qué estaré haciendo en este vagón? Y él que ha estado echando pestes de su campo...

La vela del farol ya casi se ha derretido pero continúa alumbrando. En la tercera repisa, la de equipajes, yace un joven que cuenta con voz agradable historias de la guerra, la de verdad, la que no sale en los libros. Estuvo de zapador y cuenta casos auténticos, fieles a la verdad. ¡Qué agradable oír que la verdad, pese a todo, llega sin barreras a oídos de alguien!

También yo habría podido contar muchas cosas... ¡Incluso me gustaría! No, quizá ya no quiera. Mis cuatro años de guerra se han esfumado sin dejar rastro. Ya no tengo la impresión de que aquello ocurriera en realidad y no me agrada rememorarlo. Dos años *aquí*, en el Archipiélago, han eclipsado para mí todos los caminos del frente, lo han eclipsado todo. Un clavo saca otro clavo.

Y ahora, tras haber pasado sólo algunas horas entre los libres, siento que mis labios están mudos, que nada tengo que hacer entre ellos, que me siento cohibido. ¡Siento ansias de poder conversar libremente! ¡Añoro mi patria! ¡Quiero volver a casa, al Archipiélago!

Por la mañana *olvido* la postal en la repisa de equipajes: a fin de cuentas, la responsable del vagón tendrá que limpiar y la echará a un buzón, si es un ser humano...

Salimos a la plaza de la estación de Yaroslavl. Una vez más me han caído en suerte unos guardianes novatos que no conocen Moscú. Tomaremos el tranvía «B», decido yo por ellos. El centro de la plaza y la parada del tranvía son un bullicio de gente, es la hora de ir al trabajo. Uno de los guardias sube donde el conductor, por la puerta de salida, y le muestra el carnet del MVD. Durante todo el trayecto iremos de pie en la plataforma delantera, como si fuéramos diputados del Consejo Urbano de Moscú, sin necesidad de sacar billetes. Se rechaza a un anciano que intenta subir también por ahí: no eres un inválido, ¡monta por la puerta de detrás!

Llegamos a Novoslobódskaya y nos apeamos. Por primera vez tengo ocasión de ver la prisión de Butyrki desde fuera, aunque ya es mi cuarto ingreso allí y podría dibujar un plano de su interior sin dificultad alguna. ¡Ay, ese alto e imponente muro de dos manzanas de largo! A los moscovitas se les paraliza el corazón cuando ven aquellas fauces de acero, aquel portalón abriéndose. Pero yo dejo sin pena las aceras de Moscú y cuando entro en la torre abovedada del cuerpo de guardia, me siento como si hubiera vuelto a casa. Sonrío al llegar al primer patio, reconozco la familiar puerta tallada, la puerta principal y no me incomoda saber que van a ponerme — ya me han puesto — de cara a la pared para preguntarme: «¿Apellido? ¿Nombre y patronímico? ¿Año de nacimiento?».

¿Mi apellido? ¡Soy el viajero de las estrellas! (**T136**) Han amortajado mi cuerpo, pero no tienen poder sobre mi alma.

Sé que dentro de algunas horas emprenderán los inevitables procedimientos que tienen que ver con mi cuerpo: el box, el cacheo, la entrega de recibos, rellenar la ficha de entrada, la desinfección y el baño; que seré introducido en una celda con dos cúpulas separadas por un arco (aquí todas las celdas son así), con dos amplios ventanales y una larga mesa-armario; pero sé también que encontraré a personas a las que aún no conozco, aunque sin duda serán sagaces, interesantes y amigables, y que empezarán a contarme cosas, y yo a ellos, y que al anochecer no querremos dormirnos enseguida.

En las escudillas habrán grabado un «BuTiur» (para que no se las lleven en los traslados). El balneario Butiur, así lo llamábamos en broma la última vez. Un balneario poco conocido entre los obesos jerarcas que desean adelgazar. Porque ellos van con sus panzas a Kislovodsk, donde caminan por senderos rotulados, hacen flexiones, se pasan un mes entero sudando para perder dos o tres kilos. En cambio, en el balneario de Butiur, a la vuelta de la esquina, cualquiera de ellos enflaquecería unos diez kilos en una semana sin necesidad de ninguna gimnasia.

Es cosa probada. Nunca falla.

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

Una de las verdades que se aprenden en prisión es que el mundo es pequeño, sencillamente, muy pequeño. Cierto que, el Archipiélago Gulag, que se extiende sobre la misma superficie que la Unión de los Soviets,

está por debajo de ésta en cuanto a número de habitantes. La cifra exacta de población del Archipiélago es un dato para nosotros insondable. Podemos dar por válido que en los campos nunca hubiera simultáneamente más de doce millones de reclusos (cuando a unos se los tragaba la tierra, la Máquina iba trayendo otros). Y de ellos, la mitad escasa serían presos políticos. ¿Seis millones? Pues bien, entonces es como un país pequeño, como Suecia o Grecia, donde mucha gente se conoce. Por tanto, no debe sorprender que cuando vas a parar a cualquier celda de cualquier prisión de tránsito, escuches y hables y siempre acabes descubriendo que tus compañeros de celda y tú tenéis conocidos comunes. (Nada tiene de extraño que Dolgun, tras un año de incomunicación, después de haber estado recluido en Sujánovka, después de las palizas de Riumin y del hospital, al ir a parar a una celda de la Lubianka diese su nombre y el perspicaz F. saliera de inmediato a su encuentro: «¡Ah-ah, pero si yo a usted le conozco!». «¿De qué me conoce?», se puso en guardia Dolgun. «Se equivoca.» «Nada de eso. Usted es Aleksander Dolgun, ese americano del que la prensa burguesa afirmaba falazmente que había sido secuestrado, lo cual desmintió la agencia TASS. Por aquel entonces yo estaba en libertad y pude leerlo en los periódicos.»)

Me gusta el momento en que meten a uno nuevo en la celda (siempre que no sea un primerizo — pues entran desmoralizados, abatidos —, sino un zek veterano). También a mí me gusta entrar en una nueva celda (aunque, Dios misericordioso, haz que no tenga que entrar más en ninguna otra); una sonrisa desenfadada, un amplio gesto: «¡Salud compañeros!». Mi pequeño saco arrojado sobre el catre. «¿Qué hay de nuevo por Butyrki desde el año pasado?»

Empezamos a entablar relaciones. Hay cierto joven, Suvórov, condenado por el Artículo 58. A primera vista, nada de particular, pero siempre hay que buscar, siempre hay que inquirir: había en su celda de la prisión de tránsito de Krasnoyarsk cierto Majotkin...

—Permítame, ¿no será el aviador polar? —Sí, sí, ahora lleva su nombre...

—...una isla del golfo de Taimyr. Y en cambio él está encerrado por el Artículo 58. ¿Y sabe si al final lo enviaron a Dudinka?

— Pues sí. ¿Cómo lo sabe?

Magnífico, otro eslabón en la biografía de Majotkin, un hombre que me es totalmente desconocido. Jamás me he encontrado con él, y es posible que nunca tenga ocasión, pero mi activa memoria guarda todo lo que he oído de él: a Majotkin le habían echado un *cuarto de siglo,* pero ya no era posible ponerle otro nombre a la isla, pues figuraba en los mapas de todo el mundo (como no es una isla del Gulag...). Lo llevaron a la *sharashka* aeronáutica de Bolshevo, y allí languidecía, era un aviador entre ingenieros, no le permitían volar. Entonces, la *sharashka* fue dividida en dos. Majotkin fue a parar a la mitad que se trasladó a Taganrog, y al parecer se perdió toda pista sobre él. En la otra mitad, la de Rybinsk, me contaron que el joven se había ofrecido para hacer vuelos al extremo norte. Y ahora me entero de que se lo permitieron. No es que a mí me trajera cuenta todo esto, pero procuraba recordarlo de todos modos. Dentro de diez días me encontraré con un tal R. en el mismo box de baños (son unos boxes encantadores con un grifo y un cubo que hay en Butyrki para no colapsar la gran sala de baño). A este R. tampoco lo conozco, pero resulta que ha estado medio año internado en la enfermería de Butyrki y que ahora lo envían a la *sharashka* de Rybinsk. Dentro de tres días, incluso en Rybinsk, en esta caja cerrada donde los zeks tienen cortada toda relación con el mundo exterior, se sabrá que Majotkin está en Dudinka y adonde me han llevado a mí. Así es el telégrafo de los presos: dotes de observación, memoria y encuentros casuales.

O esa otra vez, aquel hombre simpático de las gafas de concha. Se pasea por la celda canturreando con agradable voz de barítono algo de Schubert:

De nuevo me oprime mi juventud, Largo es el camino hasta la tumba...

—Tsarapkin, Serguei Románovich.

—Permítame, yo a usted le conozco muy bien. Es usted biólogo, ¿a que sí? De los que se negaron a volver. ¿Verdad que se quedó en Berlín?

— ¿Y cómo lo sabe?

— ¡Qué quiere usted, el mundo es un pañuelo! En el cuarenta y seis estuve yo con Nikolái Vladímirovich Timoféyev-Ressovski...

...¡Ah, aquello sí que era una celda! Quizá la más radiante en toda mi vida de presidiario. Estábamos en julio. Me habían trasladado del campo hasta Butyrki en cumplimiento de una enigmática «disposición del ministro del Interior». Había llegado a Butyrki después del almuerzo, pero la prisión estaba tan sobrecargada que los trámites de ingreso duraron once horas, y hasta las tres de la madrugada, agotado de tanta permanencia en los boxes, no me metieron en la celda, la n° 75, Bajo las dos cúpulas, iluminados por dos potentes bombillas, los ocupantes de la celda dormían hacinados, revolviéndose inquietos bajo el calor sofocante: el aire tórrido de julio no podía penetrar por las ventanas, tapadas con bozales. Zumbaban moscas insomnes y se posaban sobre los durmientes, que manoteaban convulsivamente. Alguno se había puesto el pañuelo en los ojos para protegerse de aquella luz lacerante.

El zambullo despedía un hedor insufrible, el calor aceleraba la descomposición. La celda, prevista para veinticinco hombres, estaba abarrotada, aunque por debajo de los límites: éramos unos ochenta. Yacían apretujados sobre las literas a derecha e izquierda y también en las tarimas adicionales que habían puesto a través del pasillo; por todas partes salían piernas de debajo de los catres. Habían apartado la mesa-armario, tradicional en Butyrki, y la habían arrimado al zambullo. Justo en aquel espacio quedaba aún un pedacito de suelo y ahí me tendí. Los que se levantaban para ir hasta el barril estuvieron pasando sobre mí hasta la mañana.

A la orden de «¡en pie!», gritada por la rendija por donde meten la comida, toda la celda se puso en movimiento: empezaron a retirar las tarimas del pasillo y desplazaron la mesa hacia la ventana. Vinieron a entrevistarme para ver si venía de un campo o acababan de condenarme. Y así supe que en aquella celda confluían dos torrentes: la corriente habitual de los recién condenados, a quienes esperaba el campo penitenciario, y una contracorriente de presidiarios salidos del campo, compuesta exclusivamente por especialistas técnicos: físicos, químicos, matemáticos, ingenieros-proyectistas, cuyo destino se desconocía, aunque sí estaban seguros de que iban a ser institutos de investigación científica en los que no faltaba de nada. (Eso me tranquilizó: el ministro no me iba a *endosar* un suplemento de condena.) Se me acercó un hombre en lo mejor de la edad, ancho de hombros (pero muy enflaquecido), con una nariz ligeramente curvada hacia abajo, como la de un halcón.

— Profesor Timofeyev-Ressovski, presidente de la sociedad científico-técnica de la celda n° 75. Nuestra sociedad se reúne a diario, después del rancho de la mañana, junto a la ventana izquierda. ¿Sería usted tan amable de darnos a conocer alguna comunicación científica? ¿Sobre qué versaría exactamente?

Ahí estaba yo, ante él, pillado de improviso, con mi largo capote raído y con mi gorro de abrigo (los detenidos en invierno no tienen más remedio que llevar la ropa de abrigo incluso en verano). Desde buena mañana mantenía los dedos recogidos, pues aún estaban cubiertos de rasguños. ¿Qué comunicación científica iba a exponer yo? Entonces recordé que, recientemente, en el campo, había tenido durante dos noches un libro traído de fuera: el informe oficial del Departamento de Defensa de los EE.UU. sobre la primera bomba atómica. El libro se había publicado aquella primavera. ¿Lo habría visto alguien de la celda? La conjetura era ociosa: pues claro que no. Era una broma del destino, iba a tener que meterme en esa misma física atómica que yo había indicado en las fichas censales del Gulag.

Después del rancho se congregaron junto a la ventana izquierda unos diez miembros de la sociedad científico-técnica. Expuse mi comunicación y fui admitido en la sociedad. Había olvidado algunos detalles, y otros simplemente no los había comprendido, pero Nikolái Vladímirovich palió en más de una ocasión las lagunas de mi informe, a pesar de que llevaba un año en la cárcel y nada podía haber oído de la bomba atómica. Un paquete de cigarrillos vacío fue mi encerado; en la mano sostenía un pedacito de mina de lápiz,

entrada de matute. Nikolái Vladímirovich los tomaba una y otra vez, dibujaba esquemas y me interrumpía con tanta seguridad como si fuera uno de los físicos del equipo de Los Alamos.

A decir verdad, él había trabajado con uno de los primeros ciclotrones europeos, aunque lo que hacían era irradiar moscas drosofilas. Era uno de los mayores genetistas de esos tiempos. Estaba ya en la cárcel cuando Zhebrak, que no tenía conocimiento de ello (o quizá sí), tuvo la temeridad de escribir en una revista canadiense: «La biología rusa no es responsable de Lysenko, la biología rusa es Timoféyev- Ressovski» (cuando en 1948 la emprendieron contra los biólogos, Zhebrak tuvo que pagar por esto). Por su parte, en su ensayo *¿Qué es la vida?*, Schrödinger encontró espacio para citar dos veces a Timoféyev- Ressovski, que ya llevaba mucho tiempo encarcelado.

Y ahora estaba ante nosotros resplandeciendo con sus conocimientos en todas las ciencias imaginables. Poseía una universalidad que los científicos de generaciones posteriores ni siquiera consideran deseable (o quizá sea que ya no hay posibilidad de abarcar tanto). Sea como fuere, ahora estaba tan abatido por el hambre que conlleva la instrucción sumarial que esos ejercicios no le resultaban fáciles. Por línea materna procedía de una familia de nobles venidos a menos originarios de Kaluga, del río Ressa, y por la parte del padre pertenecía a una rama de los descendientes de Stepán Razin. En él se dejaba ver ostensiblemente ese vigor del cosaco: su enorme osamenta, su aplomo, su firme defensa ante el juez, pero también su vulnerabilidad ante el hambre, más fuerte en él que en nosotros.

Su historia era la siguiente: en 1922, el científico alemán Vogt, que había fundado en Moscú el Instituto del Cerebro, solicitó que se le enviaran dos estudiantes capacitados que hubieran terminado la carrera para que le asistieran con carácter permanente. De este modo, Timoféyev-Ressovski y su amigo Tsarapkin fueron enviados en viaje de estudios por tiempo ilimitado. A pesar de que allí no se les daba instrucción ideológica, hicieron grandes progresos en el terreno científico, y cuando en 1937 (¡!) les ordenaron volver a la patria, les resultó imposible acatar la orden, por la mera inercia de su trabajo: no podían abandonar ni la lógica continuación de sus investigaciones, ni sus aparatos, ni sus alumnos. Tal vez también les impidiera el regreso pensar que, una vez en su patria, deberían cubrir públicamente de mierda todo su trabajo de quince años en Alemania. Sólo así habrían tenido derecho a la existencia (eso con suerte). Y de este modo se convirtieron en prófugos a pesar de que nunca habían dejado de ser unos patriotas.

En 1945 las tropas soviéticas entraron en Buch (un barrio periférico al nordeste de Berlín). Timoféyev-Ressovski los acogió con alegría y les entregó su instituto intacto. Todo estaba sucediendo de la mejor manera posible, ¡ahora ya no tendría que separarse de su Instituto! Llegaron unos representantes del gobierno, se dieron una vuelta por las instalaciones y dijeron: «Hum, embálelo todo en cajas y nos lo llevaremos a Moscú». «Esto es imposible», saltó Timoféyev, retrocediendo sorprendido. «¡Se echará todo a perder! ¡Han hecho falta años para reunir estas instalaciones!» «Hum-m-m...», se asombraron los jefes. Y no tardaron en detener a Timoféyev y a Tsarapkin y llevarlos a Moscú. En su ingenuidad, creían que sin ellos el Instituto dejaría de funcionar. ¡Pues que no funcione, siempre que triunfe la línea general del partido! En la Gran Lubianka no les costó grandes esfuerzos demostrar a los detenidos que eran traidores a la patria, les echaron diez años, y ahora el presidente de la sociedad científico-técnica de la celda n° 75 se reconfortaba pensando que no había cometido ningún error.

En las celdas de Butyrki, las patas arqueadas que sostienen los catres son muy cortas: ni siquiera a la administración de la cárcel le había pasado por la cabeza que algún día también ahí debajo dormirían presos. Por ello, primero hay que tenderle el capote al que va a ser tu vecino para que te lo extienda ahí abajo, luego hay que tenderse en el pasillo contra el suelo y arrastrarte hasta debajo del catre. El pasillo es un lugar de paso y bajo los catres se barre a lo sumo una vez al mes, las manos sólo te las puedes lavar cuando te llevan de noche al retrete, y encima sin jabón. No puede decirse que uno se sienta tan inmaculado como el Santo Cáliz. ¡Y sin embargo, yo era feliz! Debajo de los catres, en el suelo asfaltado, arrastrándome como un perro, con polvo y migas de los catres cayendo sobre mis ojos, yo era feliz, absolutamente feliz, sin restricción alguna. Con razón dijo Epicuro: la falta de variedad puede darnos satisfacción después de una variedad de insatisfacciones. Atrás quedaba el campo, que ya creía que nunca se acabaría, atrás quedaban las jornadas de diez horas, el frío, la lluvia y la espalda dolorida, ¡ah, qué felicidad pasarse días enteros

tumbado! Dormir, y que te den cada día, pase lo que pase, seiscientos cincuenta gramos de pan y dos comidas calientes, pienso para el ganado, carne de delfín. En una palabra: el balneario BuTiur.

¡Dormir! Es algo muy importante. ¡Dormir, con la barriga por colchón y la espalda por toda manta! Durante el sueño no gastas energías ni atormentas tu corazón, ¡y la condena va pasando, consumiéndose! Cuando nuestra vida crepita y chispea como una antorcha, maldecimos la necesidad de dormir ocho horas sin sacarles partido. Pero cuando lo hemos perdido todo, cuando no queda esperanza, ¡benditas sean catorce horas de sueño!

Dos meses me tuvieron en aquella celda, pude dormir por todo el año pasado y por todo el año siguiente, y en todo ese tiempo fui avanzando bajo los catres hasta llegar a la ventana, y de nuevo volví a dormir al lado del zambullo, pero esta vez ya en un catre, y siguiendo sobre los catres llegué hasta los de arriba, hasta el arco medianero del techo. Ahora ya dormía poco, sorbía el elixir de la vida y gozaba. Por la mañana, sesión de la sociedad científico-técnica, después ajedrez, libros (libros juiciosos, tres o cuatro para ochenta personas, siempre había cola), y veinte minutos de paseo: ¡un acorde en tono mayor!

Nunca renunciábamos al paseo aunque estuviera lloviendo a cántaros. Pero lo más importante era que me encontraba entre gente, ¡gente, gente! Nikolái Andréyevich Semiónov, uno de los creadores de la central eléctrica del Dniéper. Y Fiódor Fiódorovich Kárpov, de quien se hizo amigo ya en cautiverio. El sarcástico e ingenioso Víktor Kagan, físico. El compositor y estudiante del conservatorio, Volodia Klempner. Un leñador y cazador de los bosques de Viatka, insondable como un lago forestal. Un militante del NTS venido de Europa, Evgueni Ivánovich Divnich, que era al mismo tiempo un predicador ortodoxo, aunque no se limitaba al marco de la teología sino que atacaba el marxismo y nos anunciaba que en Europa ya hacía tiempo que nadie se tomaba en serio esta doctrina. Y yo salía en defensa del marxismo, pues a la sazón era marxista. ¡Sólo un año antes, con qué aplomo le habría bombardeado con citas, con cuánto desprecio me habría burlado de él! Pero en aquel primer año de prisión se habían depositado en mí tantos sedimentos... —¿cuándo sucedió? No pude darme cuenta —, eran acontecimientos, perspectivas e interpretaciones nuevas, que ya no me permitían replicar: ¡todo eso no existe! ¡Son invenciones burguesas! Ahora estaba obligado a reconocer: sí, existen. Y con ello se debilitaba el hilo de mis argumentos, y vencerme era casi un juego.

Y de nuevo llegan prisioneros de guerra, siempre prisioneros de guerra; la riada de Europa lleva ya dos años sin cesar. Y de nuevo emigrados rusos, de Europa y de Manchuria. Y entre los emigrados buscamos a conocidos comunes: ¿De qué país viene usted? ¿Conoce a Fulano de Tal? Y siempre los conocían, naturalmente. (Así pude saber que habían fusilado al coronel Yásevich.) (**T137**)

Y ese anciano alemán, aquel rechoncho alemán — ahora flaco y enfermo — al que en otro tiempo (¿haría ya doscientos años?) yo había obligado a llevar mi maleta en la Prusia Oriental. ¡Oh, qué pequeño es el mundo! ¡Quién iba a decir que volveríamos a vernos! El anciano me sonríe. Él también me ha reconocido y hasta parece alegrarse del encuentro. Me ha perdonado. Tiene diez años de condena, pero le queda muchísimo menos de vida... Y ese otro alemán, joven y grandullón, pero privado del habla, quizá porque no sabe ni palabra de ruso. A primera vista nadie diría que es alemán: los cofrades le han despojado de todas sus prendas alemanas y le han dado *por troca* una guerrera soviética descolorida. Es un famoso as de la aviación alemana. Su primera campaña: la guerra entre Bolivia y Paraguay, (**T138**) la segunda en España, la tercera en Polonia, la cuarta, la batalla de Inglaterra, la quinta en Chipre, y la sexta en la Unión Soviética. ¡Al ser un as de la aviación, era inevitable que hubiera ametrallado desde el aire a mujeres y niños! Criminal de guerra, diez años y cinco de bozal.

Y, naturalmente, tampoco falta un leal en la celda (como por ejemplo, el fiscal Kretov): «¡Bien está que os hayan metido entre rejas, atajo de puercos, contrarrevolucionarios! ¡La historia triturará vuestros huesos, serviréis de abono!». «¡Y tú también, perro, más que perro!», le contestan a gritos. «¡No, yo no! ¡Mi caso lo revisarán, porque soy inocente!» Toda la celda lo abuchea escandalosamente. Un canoso profesor de lengua rusa se pone de pie sobre un catre, descalzo, y abre los brazos cual Cristo resucitado: «¡Hijos míos, reconciliaos! ¡Hijos míos!». A él también lo abuchean: «¡A tus hijos vete a buscarlos a los bosques de Briansk! (**T139**) ¡Nosotros ya no somos hijos de nadie! ¡Sólo somos hijos del Gulag!».

Después de la cena y del retrete vespertino, la noche asoma en las mordazas de las ventanas y se encienden las agobiantes bombillas que penden del techo. Si el día divide a los reclusos, la noche los acerca. De noche no había discusiones, sino que se organizaban conferencias o conciertos. Y de nuevo resplandecía Timoféyev-Ressovski: dedicaba veladas enteras a Italia, Dinamarca, Noruega, Suecia. Los emigrados hablaban de los Balcanes, de Francia. Uno daba una conferencia sobre Le Corbusier, otro sobre la vida de las abejas, otro sobre Gógol. ¡Se fumaba a más no poder! El humo flotaba como niebla por toda la celda, pues la ventana no ofrecía tiro alguno por culpa del bozal. Cierta vez Kostia Kiula, que tenía mi misma edad, cara redonda, ojos azules, desmañado hasta la comicidad, se adelantó hacia la mesa y recitó unos versos que había compuesto en prisión. Los versos se titulaban: «El primer paquete», «A mi esposa», «A mi hijo». Cuando en prisión tu oído coge al vuelo versos escritos en cautiverio, no te preocupa si su autor ha observado el sistema tónico-silábico o si la rima es asonante o consonante. Esos versos son sangre de tu corazón, lágrimas de tu propia esposa. En la celda los presos lloraban. (**164**)

En aquella celda fue donde me decidí a componer también yo versos sobre la prisión. Empecé por recitar versos de Esenin, poeta casi prohibido antes de la guerra. El joven Bubnov, uno de los prisioneros de guerra que al parecer no había podido terminar sus estudios, miraba con fervor a los que recitaban y se le iluminaba el rostro. No era ningún especialista técnico, no venía de un campo, sino que se dirigía a él por primera vez: lo más probable es que ahí le aguardara la muerte, pues en los campos no hay sitio para personas con tanta pureza y rectitud de carácter. Para él y para tantos otros aquellas veladas en la celda n° 75 significaban — en su pausado descenso hacia la muerte — una súbita revelación de un mundo maravilloso que existe y existirá, un mundo que el cruel destino les impedía disfrutar, aunque fuera un solo año, uno solo de sus años jóvenes.

Se abrió la tapa de la rendija para la comida y rugió el hocico del carcelero: «¡Toque de silencio!». No, ni siquiera antes de la guerra, cuando estudiaba en dos institutos a la vez, cuando además ganaba algún dinero dando clases y hacía mis pinitos de *escritor*, creo que ni siquiera entonces viví unos días tan plenos, tan desgarradores y tan densos como los de aquel verano en la celda n° 75...

— Permítame — le digo a Tsarapkin —, pero en aquella ocasión cierto Deul, un chico que a los dieciséis años ya había sacado un *cinco* (**T140**) (y no precisamente en la escuela) por «propaganda antisoviética»...

—¿Cómo, también usted lo conoce? Iba con nosotros en un traslado a Karagandá...

—...me dijo que usted estaba de auxiliar en un laboratorio de análisis clínicos y que a Nikolái Vladímirovich lo mandaban constantemente a los trabajos comunes...

— Y aquello lo debilitó mucho. Cuando lo trasladaron a Butyrki iba medio muerto en el vagón.

Ahora lo tienen en la enfermería y la Cuarta Sección Especial (**165**) le facilita mantequilla e incluso vino, pero es difícil decir si llegará a restablecerse.

— ¿Entonces, fue la Cuarta Sección Especial la que los convocó a ustedes?

— Sí. Nos preguntaron si nos creíamos capaces, después de seis meses en Karagandá, de reconstruir nuestro Instituto en suelo patrio.

— Y ustedes aceptarían entusiasmados, ¿no?

— ¡Faltaría más! Ya sabe, ahora hemos comprendido nuestros errores. Y además, lo quisiéramos o no, todos los aparatos se los habían llevado de ahí embalados en cajas y ya estaban aquí.

— ¡Qué devoción a la ciencia por parte del MVD! ¡Un poco más de Schubert, se lo ruego! Y Tsarapkin, que mira melancólico hacia la ventana (en sus gafas se reflejan los oscuros bozales y la franja clara, en lo alto de las ventanas), canturrea:

Vom Abendrot zum Morgenlicht
War mancher Kopf zum Greise.
Wer glaubt es?
Meiner ward es nicht
Auf dieser ganzen Reise. (**T141**)

.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-.-

El sueño de Tolstói se ha hecho realidad: ya no se obliga a los presos a asistir a un oficio religioso intrínsecamente perverso. (**T142**) Las capillas de las prisiones permanecen cerradas. Los edificios se han conservado, eso sí, pero han sido adaptados con eficacia para ampliar el espacio de confinamiento. De esta manera, la capilla de Butyrki permite encerrar dos mil presos más, lo que significa cincuenta mil por año, si calculamos que cada partida permanece ahí un par de semanas.

Cuando me ingresan en Butyrki por cuarta o quinta vez, mientras atravieso con paso firme y presuroso el patio de la cárcel, rodeado de bloques penitenciarios, camino de la celda que me han asignado, adelantándome incluso una cabeza a mi guardián (como el caballo que galopa diligente hacia casa donde le espera la avena, sin necesidad de fusta ni riendas), a veces me olvido de volver la cabeza hacia esa iglesia cuadrangular, rematada por un octaedro. Se alza aislada en el centro de un patio cuadrado. En sus ventanas no hay bozales reglamentarios ni cristales armados como en los edificios principales, sino unas tablas grises y podridas que definen su categoría de anexo. Alberga una especie de prisión de tránsito, en el interior de Butyrki, para los recién condenados.

Pero en otro tiempo, en 1945, viví allí grandes e importantes momentos: después de ser condenados por disposición de la OSO, nos llevaron a la iglesia (¡era el momento oportuno, no estaría mal rezar!), nos hicieron subir al primer piso (encima había aún un segundo piso) y a partir de un vestíbulo octogonal nos distribuyeron por distintas celdas. A mí me metieron en la del sudeste.

Era una espaciosa celda cuadrada que en aquella época daba cabida a doscientos hombres. Como en todas partes, los presos dormían en los catres (eran de un solo piso), debajo de ellos, o simplemente en los pasillos, sobre un suelo cubierto de tarimas de madera. No sólo eran de segunda categoría las mordazas de las ventanas, sino que todo cuanto había allí parecía destinado, más que a los hijos de Butyrki, a los hijastros: no había libros, ni damas, ni ajedrez para aquel hormigueo humano; las escudillas de aluminio y las cucharas de palo, melladas y aporreadas, se retiraban después de cada comida hasta la siguiente, quizá por temor de que se las llevaran con las prisas de los traslados. Incluso les dolía dar vasos a los hijastros: después de la balanda había que lavar las escudillas para poder beberse en ellas, a lengüetazos, el té aguado. La falta de vajilla propia en la celda afectaba en especial a los que tenían la suerte — o la desdicha — de recibir un paquete de casa (cuando faltaba poco para el traslado a confines distantes los familiares siempre hacían un esfuerzo para enviar algo, a pesar de sus parcos recursos). Pero los parientes carecían de formación carcelaria y en la oficina de recepción nadie iba a aconsejarles, por lo cual nunca se les ocurría utilizar recipientes de plástico — los únicos permitidos —, sino de vidrio o de metal. Y toda esa miel, la confitura o la leche condensada se rebañaba de los botes sin misericordia y la vertían — por la rendija de la comida — sobre lo que tuvieran los presos. Pero como en las celdas de la iglesia los reclusos no tenían nada con que recoger el contenido, había que echárselo directamente en el hueco de la mano, en la boca, el pañuelo o el faldón del vestido, algo completamente normal en el Gulag, ¿pero en pleno centro de Moscú? Y además el carcelero les acuciaba: «¡Aprisa, aprisa!», como si fuera a perder el tren (si tenía prisa era porque contaba con lamer — él también — los botes confiscados).

En las celdas de la iglesia todo era provisional, falto de esa ilusión de continuidad que existía en las celdas de los presos sujetos a instrucción sumarial o pendientes de juicio. Como carne picada, como un producto semimanufacturado listo para el Gulag, se retenía allí a los presos en una espera inevitable hasta que quedara

algún espacio libre en Krásnaya Presnia. Aquí había sólo un privilegio: los presos tenían que ir ellos mismos a buscar el rancho tres veces al día (nunca daban *kasha*, pero a cambio teníamos tres platos de *balanda* diarios, lo cual era todo un acto de misericordia: más frecuente, más caliente y llenaba más el estómago). Si concedían este privilegio era porque en la iglesia no había ascensores como en el resto de la cárcel y los vigilantes no querían esforzarse. Había que cargar durante un buen trecho unos bidones grandes y pesados, cruzar el patio y luego subirlos por una escalera empinada, lo que resultaba muy penoso dadas las escasas fuerzas de que disponíamos, pero íbamos gustosamente con tal de salir una vez más al verde patio y oír el canto de los pájaros.

Las celdas de la capilla tenían una atmósfera peculiar: algo en ellas anunciaba las futuras corrientes de aire de las prisiones de tránsito y hacía presentir los vientos árticos de los campos. En esas celdas se celebraba un rito de aclimatación: al hecho de que ya se había dictado sentencia y que no se trataba de ninguna broma; al hecho de que por cruel que fuera este periodo que se abría en tu vida, la mente debía digerirlo y asumirlo. Era una aclimatación difícil.

Además, no había aquí un contingente fijo de presos como solía haberlo en las celdas preventivas, que así se convertían en algo semejante a una familia. Día y noche introducían y sacaban hombres de uno en uno y por decenas, con lo que siempre íbamos cambiando de sitio en el suelo y en los catres y era raro tener a alguien de vecino más de dos noches. Cuando coincidías con alguien interesante, había que interrogarlo sin demora, de otro modo podías perderlo para toda la vida.

Así dejé escapar al mecánico de automóviles Medvédev. Cuando entablé conversación con él, recordé que el emperador Mijaíl había mencionado su nombre. (**T143**) Sí, era uno de los encausados con él, uno de los primeros que leyó la «Proclama al pueblo ruso» y no lo denunció. A Medvédev le habían impuesto una pena muy corta: ¡Sólo tres años! ¡Habráse visto qué poca vergüenza, por un delito así resulta imperdonable! Y eso que le habían aplicado el Artículo 58, por el cual hasta cinco años hubieran sido una condena de juguete. Por lo visto, concluyeron que el emperador estaba loco y por consideraciones de clase no se quisieron ensañar con los demás. Pero apenas me disponía a averiguar qué opinaba Medvédev de todo aquello, se lo llevaron «con los efectos». Determinadas circunstancias hacían pensar que se lo llevaban para ponerlo en libertad. Esto confirmaba los primeros rumores sobre la amnistía de Stalin que habían llegado hasta nosotros aquel verano. Una *amnistía para nadie,* tras la cual las celdas siguieron igual de abarrotadas, incluso bajo los catres. (**T144**)

Se llevaron de traslado a mi vecino de litera, un antiguo militante de la Schutzbund. (En 1937 a todos los de la Schutzbund, que creían asfixiarse en la Austria conservadora, la patria del proletariado mundial acabó de *asarlos* con diez años cada uno. Todos ellos encontraron su fin en las islas del Archipiélago.) Ocupó su lugar un hombrecillo moreno, de cabello azabache, ojos femeninos como oscuras cerezas, aunque con una nariz ancha y gruesa que afeaba su rostro convirtiéndolo en una caricatura. Yacimos lado a lado un día entero sin decirnos nada, pero al segundo día encontró ocasión para preguntarme: «¿De dónde diría que soy yo?». Hablaba el ruso con soltura, aunque tenía acento. Dije sin mucha seguridad que tenía algo de caucasiano. Sonrió: «Me he hecho pasar fácilmente por georgiano. Me llamaban Yasha. Todos se reían de mí. Recaudaba las cuotas del sindicato». Lo examiné con mayor detenimiento. Sin lugar a dudas, era una figura cómica: un retaco con la cara desproporcionada, una sonrisa sin malicia. Pero de improviso se puso tenso, su facciones se hicieron más duras y se le contrajeron los ojos, que ahora me perforaban como el mandoble de un sable negro:

— ¡Pues sepa que soy un agente secreto del Estado Mayor General rumano, el *lukotenant* Vladimirescu!

Llegué a estremecerme: aquello era dinamita. Después de haber conocido a dos centenares de pretendidos espías, nunca supuse que toparía con uno de verdad. Hasta pensaba que no existían.

Según me contó, procedía de una familia aristocrática, que decidió, cuando tenía tres años, que hiciera carrera en el Estado Mayor, y a los seis años se confió su educación al departamento de inteligencia. Al convertirse en adulto eligió la Unión Soviética como campo de sus futuras actividades, pues creía que aquí había el contraespionaje más implacable del mundo y que en un país como éste resultaría particularmente

difícil trabajar, debido a que todos sospechaban unos de otros. Haciendo balance, ahora creía que su trabajo no había estado nada mal. Antes de la guerra pasó algunos años en Nikoláyev, donde al parecer hizo posible que las tropas rumanas tomaran los astilleros intactos. Luego estuvo en la fábrica de tractores de Stalingrado y más tarde en la fabrica Uralmash. En una ocasión, cuando estaba recaudando las cuotas del sindicato, entró en el despacho del jefe de unos importantes talleres, cerró la puerta y su sonrisa de bobo se esfumó de sus labios al tiempo que aparecía aquella expresión de sable cortante de momentos antes: «¡Ponomariov! (éste había adoptado otro apellido en Uralmash). Le estamos vigilando desde Stalingrado. Abandonó allí su puesto (había sido un cargo importante en la fabrica de tractores de Stalingrado) y se colocó aquí con nombre falso. Usted escoge: que lo fusilen los suyos o trabajar para nosotros». Ponomariov eligió trabajar para ellos, como cabía esperar de uno de esos prósperos pancistas. El teniente dirigió su trabajo hasta que Vladimirescu fue trasladado al mando del jefe del espionaje alemán en Moscú, quien lo envió a Podolsk para dedicarse a su especialidad.

Según me explicó Vladimirescu, a los espías-saboteadores se les daba una preparación polifacética, si bien cada uno de ellos tenía además una especialidad concreta. La de Vladimirescu era cortar imperceptiblemente el amarre de suspensión principal de los paracaídas. En Podolsk, salió a recibirle a la puerta del almacén de paracaídas el jefe de la guardia (¿quién sería?, ¿qué clase de nombre debía de ser?), le dejó entrar y permitió que el *lukotenant* permaneciera encerrado allí ocho horas, durante la noche.

Vladimirescu fue recorriendo con una escalerilla las pilas de paracaídas y, sin deshacer el embalaje, separaba el amarre trenzado y cercenaba con unas tijeras especiales las cuatro quintas partes de cada cuerda, dejando sólo una quinta parte que se desgarraría en el aire. Vladimirescu había estado muchos años entrenándose y preparándose para aquella sola noche. Trabajando de forma febril, inutilizó — según contaba — dos mil paracaídas en ocho horas ! (¿uno cada quince segundos?), «¡He destruido yo solo toda una división aerotransportada soviética!», decía malignamente con un brillo en sus ojos como cerezas.

Cuando lo arrestaron se negó a declarar y durante los ocho meses que pasó incomunicado en Butyrki no dejó escapar una sola palabra. «¿Y no le torturaron?» «No-o», respondió torciendo los labios, como si semejante posibilidad fuera inconcebible no tratándose de un súbdito soviético. (¡Apalea a los tuyos, que así los extraños te cogerán miedo! El espía es un lingote de oro, quizás algún día convenga canjearlo.) Llegó un día en que le mostraron los periódicos: Rumanía ha capitulado, ahora ya puedes declarar. Él continuó mudo: los periódicos podían ser una falsificación. Le dieron a leer una orden del Estado Mayor General rumano: basándose en las condiciones del armisticio, se ordenaba a todos los agentes que depusieran las armas. Él continuó callado: la orden también podía haber sido falsificada. Al final lo sometieron a un careo con su inmediato superior en el Estado Mayor, quien le ordenó que se quitara la máscara y se rindiera. Entonces, Vladimirescu hizo sus declaraciones con gran frialdad, y ahora que ya no tenía ninguna importancia, aprovechando el lento paso del tiempo; en la celda, también me contaba a mí alguna cosilla suelta. ¡Ni siquiera lo juzgaron! No le impusieron ninguna condena. (¡Claro, como que no era de los nuestros, no era de casa! «Soy un oficial de carrera y lo seguiré siendo hasta la muerte. Me van a guardar como oro en paño.»)

— Pero usted se ha sincerado conmigo — le indiqué —. He visto su cara y puedo recordarla. Imagínese que un día nos encontramos en la calle...

— Si tengo la seguridad de que no me ha reconocido, seguirá usted con vida. Pero si me reconoce, lo mataré o le obligaré a trabajar para nosotros.

Él no tenía la más mínima intención de enemistarse con su vecino de litera. Esto me lo había dicho con toda sencillez, plenamente convencido. Y yo le creí perfectamente capaz de matar a alguien a tiros o cortarle el pescuezo.

En esta larga crónica de presidio no aparecerá ningún otro espía de verdad. En once años de cárcel, campo penitenciario y destierro, éste fue mi único encuentro de esta especie, y otros presos ni siquiera tuvieron uno solo. En cambio, nuestros cómics de gran tirada meten en la cabeza de la juventud que los Órganos sólo detienen a esa clase de personas.

Bastaba echar una mirada a la celda de la iglesia para comprender que a quienes antes cogían los Órganos era a esa misma juventud. La guerra había terminado, podían permitirse el lujo de detener a tantos jóvenes como se les antojara: ya no les hacían falta como soldados. Se decía que de 1944 a 1945 había pasado por la Pequeña Lubianka (la de la región de Moscú) el «Partido Democrático». Según rumores, se componía de medio centenar de chavales, tenía sus estatutos y hasta carnets. El mayor de ellos, un alumno de décimo curso de una escuela moscovita, era el «secretario general». En el último año de la guerra aparecieron también en las cárceles moscovitas algunos estudiantes de más edad. Pude coincidir con ellos en diversos lugares. No es que yo fuera viejo, pero ellos aún eran más jóvenes...

¡Qué sutilmente había ocurrido todo aquello! Mientras nosotros — quiero decir, los jóvenes de mi edad, los que habían encausado conmigo — combatíamos esos cuatro años en el frente, ¡había crecido una nueva generación! ¿Tanto tiempo había pasado desde que pisábamos el parquet de los pasillos universitarios y nos creíamos los más jóvenes, los más inteligentes del país y de la tierra? ¡Y de pronto, unos pálidos adolescentes se acercan orgullosos a nosotros por el suelo enlosado de las celdas y descubrimos atónitos que los más jóvenes e inteligentes ya no somos nosotros sino ellos! Pero yo no me sentía ofendido, me alegraba poder hacerles un sitio, aunque tuviera que apretujarme. Aquella pasión por ponerlo todo en duda, por descubrirlo todo, me resultaba familiar. Comprendía que estuvieran orgullosos de que les hubiera tocado la mejor parte y que no tuvieran remordimientos. Y a mí se me ponía la piel de gallina de ver aquel aura de presidiario sobre esas cabecitas tan pagadas de sí mismas, tan inteligentes.

Un mes antes, en otra celda de Butyrki, que era casi una enfermería, apenas había puesto yo el pie en el espacio entre los catres, mucho antes de que hubiera podido encontrarme un sitio, salió a mi encuentro un joven pálido y amarillento, de una manera que hacía previsible, si es que no la estaba implorando, una enconada conversación. Tenía el rostro dulce de los judíos, y pese a que estábamos en verano iba envuelto en un capote de soldado ajado y lleno de balazos: estaba tiritando. Se llamaba Boris Gammerov. Empezó a hacerme preguntas y nuestra conversación acabó encauzándose por un lado hacia nuestras biografías, y por otro, hacia la política. No recuerdo por qué, traje a colación una oración que rezaba el presidente Roosevelt, entonces ya difunto, que habían publicado en nuestros periódicos; y añadí, como si cayera por su propio peso, esta valoración:

— Bueno, esto es mojigatería, naturalmente.

Temblaron las claras cejas del joven, mientras contenía sus pálidos labios — creo que se incorporó — y me hizo esta pregunta:

— ¿Por qué? ¿Por qué no cree usted posible que un hombre de Estado pueda creer sinceramente en Dios?

¡Y no dijo ni una palabra más! Poco importaba aquí Roosevelt, sino más bien ¡de dónde venía esa recriminación! ¡Semejantes palabras en labios de alguien nacido en 1923! Habría podido responderle con frases muy convincentes, pero en las cárceles mi seguridad había empezado a tambalearse y había además algo capital: en nosotros vive un sentimiento puro, ajeno a las convicciones, y éste sentimiento estaba diciéndome que esa opinión mía no era producto de mi convicción, sino de algo inculcado desde fuera. Y no fui capaz de replicarle. Sólo pregunté:

— Y usted, ¿cree en Dios?

— Naturalmente — me respondió con serenidad.

¿Naturalmente? Naturalmente... Sí, la juventud del Komsomol se estaba deshojando, estaba deshojándose en todas partes. Y el NKGB fue de los primeros en advertirlo.

Pese a su juventud, Boria (**T145**) Gammerov había servido como sargento en una batería antitanque de esas piezas de cuarenta y cinco milímetros bautizadas «¡Adiós Patria mía!», había sufrido una herida en un pulmón, una herida mal curada que le había producido un proceso de tuberculosis. Tras ser licenciado por invalidez, Gammerov ingresó en la Facultad de Biología de la Universidad Estatal de Moscú y de este modo

se trenzaron en él dos hilos: uno, el de su vida de soldado, el otro, la vida estudiantil de finales de la guerra, una vida que nada tenía de estúpida ni de ociosa. Tenían un círculo de estudiantes que se reunía para pensar y reflexionar sobre el futuro (aunque nadie se lo había encomendado), y el ojo experimentado de los Órganos se fijó en tres de ellos y los apresó. En 1937 el padre de Gammerov había muerto apaleado en la cárcel o lo habían fusilado, y ahora el hijo andaba por el mismo camino. Durante la instrucción sumarial recitó al juez algunos de sus versos con mucho sentimiento. (Lamento mucho no haber memorizado ninguno de ellos ni saber cómo dar con ellos ahora, de otro modo los habría reproducido aquí.)

En el curso de unos meses, mi camino se cruzó con el de los tres encausados en ese mismo sumario: en otra celda de Butyrki conocí a Viacheslav Dobrovolski. Después, en la iglesia de Butyrki se incorporó a esa misma celda Gueorgui Ingal, el mayor de todos ellos. Pese a su juventud era ya miembro aspirante a la Unión de Escritores. Su pluma era muy atrevida y su estilo estaba lleno de fuertes contrastes. De haber sido más dócil políticamente se habrían abierto ante él unos caminos literarios tan brillantes como vanos. Tenía ya casi lista una novela sobre Debussy. Pero los primeros éxitos no lo habían castrado y en los funerales de su maestro Yuri Tiniánov tomó la palabra para decir que lo habían matado de tanto hacerle la vida imposible, y con esto se ganó ocho años de condena.

En la iglesia se nos unió finalmente Gammerov, y a la espera del traslado a Krásnaya Presnia tuve que enfrentarme con tres puntos de vista que hacían causa común. Fue un choque que no me resultó nada fácil. En aquella época yo era muy devoto a cierta concepción del mundo incapaz de admitir un hecho nuevo ni de tener en cuenta otras opiniones sin antes haberles encontrado una etiqueta al uso: ora «la vacilante duplicidad de la pequeña burguesía», ora «el nihilismo combativo de la intelectualidad desclasada». No recuerdo que Ingal y Gammerov atacaran a Marx en mi presencia, pero sí recuerdo cómo arremetían contra Lev Tolstói, ¡y desde qué flancos! ¿Que Tolstói rechaza la Iglesia? ¡Claro, como que no se detiene a considerar su papel místico y organizador! ¿Que rechaza la doctrina bíblica? ¡Como si la ciencia más moderna hubiera podido descubrir contradicciones en la Biblia! ¡Ni siquiera en las primeras líneas en que se habla de la creación del mundo! ¿Que rechaza el Estado? ¡Pero no se da cuenta de que sin Estado sobrevendría el caos! ¿Que aboga por que en el hombre se aunen el trabajo intelectual y el trabajo físico? ¡Pero si esto sería una nivelación absurda de facultades! Y por último, que la arbitrariedad de Stalin había demostrado que un personaje histórico puede convertirse en un ser omnipotente, ¡mientras que Tolstói se mofaba de esa idea!

En los años que precedieron a mi encarcelamiento y en los que pasé en prisión, yo también mantuve durante mucho tiempo la opinión de que con Stalin la evolución del Estado soviético había tomado una dirección funesta. Mas he aquí que Stalin muere pacificamente, ¿y ha cambiado mucho el rumbo de la nave? Si Stalin dejó un sello propio y personal en los acontecimientos fue tan sólo su inepcia desconsoladora, el despotismo y la autoglorificación. En lo demás siguió exactamente, paso a paso, el camino trazado por Lenin, y lo hizo guiándose por los consejos de Trotski.

Aquellos chavales me recitaban sus versos y exigían a cambio oír los míos, pero por entonces yo no tenía. Me leían sobre todo muchos poemas de Pasternak, al que idolatraban. En otro tiempo había leído *Mi hermana la vida* y no me había gustado, lo encontré demasiado alejado de los sencillos caminos humanos. Pero gracias a ellos descubrí las últimas palabras de Schmidt ante el tribunal. Y me llegaron al corazón, podría haberlas pronunciado cualquiera de nosotros:

Treinta años me ha inspirado la devoción a mi suelo. Quedaos con vuestra indulgencia. No la espero, ...no la quiero. Ingal y Gammerov compartían ese fulgurante estado de ánimo: ¡No necesitamos vuestra indulgencia! No nos pesa estar *encerrados*, ¡nos enorgullece! (Aunque ¿quién era realmente capaz de no apesadumbrarse? La joven esposa de Ingal renegó de él a los pocos meses y lo abandonó. Gammerov, absorbido por sus búsquedas revolucionarias, aún no había encontrado a la persona amada.) ¿No es aquí, en las celdas de una cárcel, donde se nos revela la auténtica verdad? Estrecha es la celda, ¿pero no es más estrecho aún *el mundo libre?* ¿No es nuestro pueblo, martirizado y traicionado, el que yace a nuestro lado, bajo los catres y en los pasillos?

Más hubiera de pesarme no alzarme con los míos. ¿Cómo he de arrepentirme del camino recorrido?

La juventud encerrada en celdas por artículos políticos nunca es la juventud media de un país, sino una juventud que va muy por delante. En aquellos años, al grueso de la juventud le aguardaba la «descomposición», la desilusión, la indiferencia, el gusto por la buena vida, y luego quizá, pudiera ser, desde tan cómodo asiento — ¿al cabo de veinte años? — emprender la amarga ascensión hacia nuevas cimas. En cambio, los jóvenes presos del año 1945, condenados por el Artículo 58-10, habían salvado de un solo paso todo ese futuro abismo de indiferencia y ya levantaban orgullosos la cabeza bajo el hacha.

En la capilla de Butyrki los estudiantes moscovitas, ya condenados, arrancados y proscritos de la sociedad, habían compuesto una canción que entonaban al anochecer con sus voces aún poco asentadas:

Tres veces al día a recoger el forraje
matamos las tardes cantando coplillas
y nos cosemos la arroba para el viaje
con una aguja entrada a hurtadillas.
Ya no me importa lo que guarde el azar
¿Pues no firmé para acabar cuanto antes?
Sólo me inquieta poder regresar,
de Siberia, de esos campos distantes.

Dios mío, ¿cómo no nos habíamos dado cuenta? Mientras nos arrastrábamos por el lodo en las cabezas de puente, mientras nos acurrucábamos en los cráteres que dejaban los proyectiles, mientras sacábamos los binoculares periscópicos entre las matas, ¡otra juventud había crecido y había echado a andar! ¿Y no era *otra dirección* la que habían tomado? ¡Una dirección que nosotros ni siquiera habríamos osado tomar! Porque a nosotros nos habían educado de otra manera...

Volvería nuestra generación, entregaría las armas con tintineo de medallas y contaría orgullosa sus vivencias en el frente. Pero nuestros hermanos más jóvenes no tendrían por contestación más que un mohín de desprecio: ¡Pobres bobos!

-.-.-.-.-.-.-.- FIN -.-.-.-.-.-.-.-

Notas del Autor y del Traductor

T1)- En febrero de 1956, tras la clausura del XX Congreso del PCUS, Jruschov dio lectura *a su* célebre *Informe secreto* ante una asamblea cerrada a los delegados extranjeros y a la prensa. Jruschov, que en 1938 había participado en las purgas estalinistas como primer secretario del partido en Ucrania, denunciaba ahora los abusos de su predecesor. Este informe denunciaba el terror masivo desde 1934 (no salía, pues, en defensa de Trotski, Bujarin, etcétera), sin poner en peligro la integridad del sistema y a los colaboradores de Stalin. A los 1436 delegados soviéticos que tuvieron acceso al documento se les prohibió hablar de su existencia o divulgar su contenido. «No debemos proporcionar municiones al enemigo, no debemos lavar nuestra ropa sucia ante sus ojos», diría Jruschov ante los convocados. El informe no llegó a publicarse en la URSS y se difundió exclusivamente dentro del PCUS. De éste pasó a los partidos comunistas hermanos y acabó filtrándose a Occidente. En marzo el *New York Times* publicaba los primeros extractos.

T2)- En sus memorias el autor relata su entrevista con Diómichev, el máximo responsable de Agitprop, el departamento de censura (Agitación y propaganda). La entrevista se celebra en julio de 1965, cuando ya se ha publicado *Un día de la vida de Iván Denísovich* (al que dio luz verde Jruschov) y ya está bastante avanzado el Archipiélago (que el autor aún mantiene en secreto). Tras una insinuación de Solzhenitsyn acerca de la necesidad de profundizar en el tema, Diómichev responde: «No es conveniente! ¡No es necesario hablar más sobre los campos! Es penoso y desagradable».

T3)- El autor se refiere a una *komunalka*, un piso compartido por varias familias, algo que sigue siendo común en Rusia. En los pisos comunales el cuarto de aseo, la cocina y, de haberlo, el teléfono eran compartidos y se encontraban en un mismo pasillo. Con frecuencia la denuncia contra un vecino era un medio para hacerse con su habitación. La mayoría de las referencias a viviendas en esta obra conviene entenderlas bajo este prisma.

1)- En 1937, cuando saquearon el instituto del doctor Kazakov, la comisión destruyó las vasijas de los «lisatos», medicamentos descubiertos por él, pese a que a su alrededor se agitaban los minusválidos, curados o en tratamiento, suplicando que se conservara el milagroso remedio. (Según la versión oficial, los «lisatos» eran considerados veneno. ¿Por qué, pues, no los conservaron como pruebas materiales?)

T4)- El *otdel zakízov*, que solía haber en la trastienda de los almacenes (no sólo en los *Gastronom)* y donde los trabajadores de ciertas empresas podían encargar semanal-mente alimentos de venta restringida.

T5)- El autor alude al retorno masivo de los que habían caído prisioneros o habían sido deportados por los alemanes durante la guerra.

T6)- En el pasaporte (documento de identidad) consta la filiación habitual de un ciudadano, aparte de la etnia a que pertenece, las inscripciones del registro civil (matrimonio, hijos, etcétera) y, desde 1932, el permiso de residencia (que limita la libre elección del lugar de residencia y de trabajo).

T7)- Durante los meses siguientes al asesinato de Serguéi Kírov, dirigente del partido en Leningrado, el 1 de diciembre de 1934, a manos de Nikoláyev, el chekista encargado de su seguridad personal. Según la primera declaración de Nikoláyev, éste mató a Kírov al sorprenderlo con su esposa Nina, que era a la vez secretaria del dirigente comunista. Años después Nikita Jruschov señalaría como circunstancia especialmente sospechosa que, de camino hacia el segundo interrogatorio el 2 de diciembre, Nikoláyev muriera en un accidente de coche. El mismo día del asesinato se anunció una conspiración trotskista y entró en vigor la denominada *ley Kírov* en virtud de la cual la policía y los órganos judiciales debían actuar con más agilidad (aplicar la tortura) en los casos por terrorismo y ejecutar la pena de muerte inmediatamente después de leído el veredicto.

2)- Es curioso: ¡Pese a todo, se puede ser un hombre! Travkin no sufrió represalias. Recientemente tuvimos la alegría de encontrarnos y reconocernos. Ahora es un general retirado, inspector en una sociedad de cazadores.

T8)- El artículo 121 (9) de la Constitución Soviética otorgaba al Presidium la facultad de decretar la concesión de órdenes y medallas, distinciones honoríficas, etcétera.

T9)- Este es el caso de Shújov, protagonista de *Un día de la vida de lván Denkovich.* En febrero de 1942 el regimiento en que sirve Shújov se ve cercado en el frente nordeste, a pesar de lo cual la aviación no les lanza víveres ni municiones para resistir en los bosques ante los alemanes.

3)- *Véstnik NKVD* [El Mensajero del NKVD], n° 1 (1917), pág. 4.

4)- Lenin, *Sobranie Sochineni* [Obras completas], 5ª edición, t. 35, pág. 68.
5)- *Ibídem*, pág. 204.
6)- *Ibídem*.
7)- *Ibídem*, pág. 203.

T10)- La puerta de algunos edificios está situada en la fachada lateral y se accede a ella Por unas escaleras o un porche. Desde la calle ya no podía verse al que «se lo llevaban detrás del porche».

T11)- El 30 de agosto de 1918 la eserista Fanny Kaplan intentó asesinar a Lenin.

8)- *Véstnik NKVD*, n.º 21-22 (1918), pág. 1.

9)- *Dekréty sovétskoi vlasti* [Decretos del Régimen Soviético], t. 4, Moscú, 1968, pág. 627.

10)- M.Ya. Latsis, *Dvagoda borby na vnútrennemfronte* [Dos años de lucha en el frente interior], panorámica popular de las actividades de la Cheká GIZ, Éditions de État, Moscú, 1920, pág. 61.

11)- Lenin, *op. cit.*, t. 51, págs. 47, 48.

12)- Ibídem.

13)- Ibídem, pág. 49.

14)- Tujachevski, Borbá s kontrrevoliutsiónnymi vostániami [La lucha contra las insurrecciones contrarrevolucionarias], Guerra y Revolución, n° 7/8 (1926).

T12)- El Instituto Técnico Superior Bauman de Moscú. Uno de los centros politécnicos más antiguos, cuyos orígenes se remontan a 1830.

T13)- La palabra rusa *pasians* (solitario) proviene del francés *patience.*

T14)- Las dos citas de Mayakovski proceden del poema *Llamamiento*, escrito en 1927 con motivo del asesinato de Voikov.

15)- Por lo visto, el monárquico Borís Koverda quiso vengarse de Voikov personalmente: al ser el comisario regional de abastos en los Urales, P.L. Voikov había dirigido en julio de 1918 el fusilamiento de la familia imperial y, seguidamente, la destrucción de todo rastro de la matanza (despedazó y aserró los cadáveres, los quemó y esparció las cenizas).

T15)- Es decir: los antiguos alumnos de los liceos, o centros de enseñanza superior a los que las clases más

acomodadas enviaban a sus hijos para que pudieran ingresar después en el Ejército o la Administración pública.

16)- A.F. Velichko, ingeniero militar, ex profesor de la Academia Militar del Estado Mayor General y teniente general. Fue jefe de la Dirección General de Transmisiones del Ministerio de la Guerra en tiempo del Zar. Lo fusilaron. ¡Con la falta que nos hubiera hecho en 1941!

T16)- Félix Dzerzhinski.

T17)- En junio de 1927 algunos acontecimientos, como el asesinato del embajador soviético en Varsovia y la explosión de una bomba en Leningrado pocos días después, motivaron un fuerte clamor popular y la exigencia de «medidas de defensa social» contra los provocadores y agentes de gobiernos extranjeros. Con ello aumentó el prestigio y el poder de los órganos de seguridad en unos momentos en que Stalin liquidaba toda disidencia dentro del partido. En diciembre, el décimo aniversario de la Cheká fue motivo de grandes desfiles, poco después del también décimo aniversario de la Revolución.

17)- Stalin trasnochaba hasta altas horas y no le gustaba madrugar. Con frecuencia sus ministros y asesores eran convocados en el Kremlin bien avanzada la noche para debatir grandes cuestiones de Estado.

T18)- Condenado a un *izoliator* penitenciario, Kondrátiev enfermó mentalmente y murió. También murió Yurovski. Chayánov, después de cinco años de *izoliator,* fue desterrado a Almá-Atá y encarcelado de nuevo en 1948.

T19)- El verso proviene del aria de Mefistófeles («El becerro de oro siempre estáen pie»), en el libreto raso de la ópera *Fausto,* de Charles Gounod (1859).

T20)- Pedro I promulgó en 1722 una *Tabla de rangos,* por la que se clasificaban los cargos en la Administración, el Ejército, la Iglesia y la Corte en catorce rígidas divisiones sin capas intermedias. La adscripción a algunos de los rangos conllevaba el derecho a título nobiliario hereditario, mientras que para desempeñar altos cargos estatales era imprescindible pertenecer a las clases altas. Ambos factores aumentaron la influencia de la nobleza.

T21)- La alusión a los «insectos intermedios» se refiere a la definición que hiciera Lenin de la intelectualidad como «clase intermedia», es decir: carente de «personalidad económica».

T22)- Este era el apodado «método uralsiberiano» para la recaudación de grano. Después de las primeras campañas de requisación, en los Urales y en Siberia se había establecido un sistema mediante el cual Moscú proponía a las autoridades de cada pueblo fijar una cuota de entrega e imponerla a los campesinos. Pronto el sistema se extendió a otras regiones como medio de coerción.

T23)- El Código Penal de 1926 se componía de una Parte General (sobre principios legislativos) y una Parte Especial. Esta última tipificaba los distintos delitos y se abría con el Articulo 58.

T24)- Alusiones a dos poemas: *La lengua rusa*, de Iván Turguéniev (1882), y *Quién vive bien en Rusia*, de Nikolái Nekrásov (1877).

18)- Oi *tiúrem k vospitátelnym ucherezhdeniam* [De las cárceles a los establecimientos educativos], Manual del Instituto de Política Penal redactado por Vychinski. Ed. Legislación Soviética, Moscú, 1934, pág. 36.

T25)- Durante la guerra ruso-japonesa (1904-1905), cuando los 300.000 efectivos rusos estaban ya en retirada, Rusia perdió 120.000 hombres en una sola batalla. Al llegar al Pacífico después de un largo viaje casi alrededor del mundo, la flota rusa del Báltico fue destrozada por lanchas torpederas cuando trataba de aproximarse a Vladivostok a través del estrecho de Tsushima, entre Corea y Japón. De los veinte barcos de guerra de la Flota Báltica fueron hundidos diecisiete. Los tres restantes escaparon hacia puertos chinos neutrales.

En abril de 1915 las tropas alemanas y austro-húngaras (126.000 hombres) atacaron la región de Galitzia, con gran superioridad en artillería. Las líneas rusas, defendidas por 60.000 hombres con escasa munición, retrocedieron 40 km desde la localidad de Gorlítt. Rusia perdió Galitzia en junio al precio de quinientos mil prisioneros. En julio los alemanes, que ya habían tomado antes la región báltica, formaron un corredor y obligaron a los rusos a ceder Polonia. Alemania abrió en agosto una nueva brecha, tomó Vilnius y avanzó hacia Minsk.

En 1223 los mongoles penetran en Rusia. En 1240 Kiev es tomada por los mongoles y muere el primer Estado ruso. Los mongoles no serían expulsados hasta 1480, fecha de su primera derrota.

19)- Lo del espionaje quizá fue algo más que una manía obtusa de Stalin. Enseguida resultó cómoda para todos los que gozaban de privilegios. Proporcionaba una justificación natural del secretismo general que iba madurando, de la prohibición de información, de la política de puertas cerradas, del sistema de pases, de los chalets vallados y de las tiendas cerradas al público. Tras el escudo protector de la espiomanía, el pueblo no podía enterarse de nada ni ver cómo la burocracia se conchababa, holgazaneaba y se equivocaba, cómo se alimentaba y cómo se divertía.

20)- Lenin, *op. cit.*, pág. 190.

T26)- En 1878 la revolucionaria Vera Zasúlich (1849-1919) disparó contra el gobernador de San Petersburgo. Éste es también el caso del emperador Alejandro II (1818-1881), quien sufrió cinco atentados, el último de los cuales le causó la muerte, cuando miembros de *Naródnaya Volia* dinamitaron su carruaje.

T27)- En 1925 Zinóviev, al frente del partido en Leningrado y junto con Kámenev, había desafiado la jefatura de Stalin. Esta oposición se denominaba «nueva» en contraste a la «vieja oposición», ya liquidada, que había encabezado Trotski.

T28)- Este era el cliché periodístico empleado exclusivamente para las intervenciones públicas de Stalin.

T29)- En los años treinta las etnias china y coreana del Extremo Oriente y las regiones centrales de Rusia fueron acusadas de espionaje en favor de Japón.

T30)- El poder soviético se proclamó en Estonia en octubre de 1917, pero en 1919 los blancos establecieron una república calificada por los soviéticos como «burguesa, nacionalista y contrarrevolucionaria». El régimen soviético fue restablecido en julio de 1940.

21)- Cinco de ellos, torturados durante los interrogatorios, murieron antes del juicio. Veinticuatro perecieron en los campos de reclusión. El trigésimo, Iván Aristalovich Punich, volvió y fue rehabilitado. (De haber muerto, habríamos pasado por alto a los treinta, como hemos pasado por alto a millones.) Los numerosos «testigos» de este juicio siguen viviendo en Sverdlovsk, en próspero estado: son funcionarios de la nomenklatura o jubilados con pensiones especiales. Esto es la selección de Darwin.

T31)- Además de los receptores de radio convencionales, en la Unión Soviética se vendían aparatos más baratos provistos únicamente de un altavoz con regulador de volumen. El aparato, que a veces permitía también seleccionar unas pocas emisoras, se conectaba (como un televisor) a una toma de antena en el interior de la vivienda, con lo cual se obtenía una mejor recepción.

22)- Oi tiúrem k vospitátelnym ucherezhdeniam, pág. 63.

23)- En 1946 se hizo necesaria una disposición especial del Pleno del Tribunal Supremo (12 de julio de 1946, n.° 8/5/u): «Sobre la posibilidad de imponer castigo sólo a las personas que hubieran cometido un determinado crimen (!)». Pero posteriormente esta disposición también podría ignorarse sin problemas.

T32)- La República Soviética de Ucrania se estableció el 12 de diciembre de 1917, tras lo cual se unificó con Ucrania Occidental el 1 de enero de 1919. Sin embargo, en 1920 la franja occidental pasó a soberanía polaca. En 1939 Ucrania occidental, ya reunificada, se integró en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

La República Soviética de Bielorrusia se creó el 1 de enero de 1919, pero en 1921 la franja occidental pasó a dominio polaco. En 1939 Bielorrusia occidental, ya reunificada, se adhirió a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

En 1940 pasaron a formar parte de la URSS: Moldavia (2 de agosto), Lituania (3 de agosto), Letonia (5 de agosto) y Estonia (6 de agosto).

T33)- Tras la guerra con Rusia (1939-1940), Finlandia cedió el istmo de Carelia (situado entre el golfo de Finlandia y el lago Ladoga). A su población se le dejó escoger entre quedarse en el territorio o pasar a Finlandia.

T34)- El apellido proviene de *ókorok* (jamón).

T35)- De *káverza.* Significa, por tanto, farsante, intrigante.

T36)- Durante las grandes purgas de los años treinta Stalin había formulado la tesis según la cual la lucha de clases se intensificaría a medida que el país fuera avanzando hacia el socialismo. Con esta idea se pretendía justificar la condena y eliminación de individuos y categorías humanas enteras. Por otra parte, la ideología oficial ensalzaba a Stalin como «gran teórico» de las relaciones interétnicas (fue Comisario de las

Nacionalidades en el primer gobierno de Lenin). Con motivo de su quincuagésimo cumpleaños (1929), *Pravda* había declarado a Stalin «el más eminente teórico del leninismo».

24)- Es asombroso que en Occidente, donde es imposible guardar secretos políticos por mucho tiempo, pues inevitablemente se abren paso hasta las páginas de los periódicos y se hacen del dominio público, los gobiernos británico y estadounidense hayan logrado guardar celosamente el secreto de *esta* traición, que con toda seguridad constituye el último secreto de la segunda guerra mundial, o uno de los últimos. Después de haber trabado conocimiento con estos hombres en cárceles y campos penitenciarios, me resulta difícil creer que pudiera haber transcurrido un cuarto de siglo sin que la sociedad de Occidente supiera nada de esta extradición — de proporciones gigantescas — por la que los gobiernos occidentales entregaron a gentes sencillas de Rusia al ensañamiento y la muerte. Sólo en 1973 *(Sunday Oklahoman*, 21 de enero) se coló un artículo de Julius Epstein, a quien me permito hacer llegar desde aquí mi gratitud en nombre de una masa de muertos y de unos pocos vivos. Y aun así, tan sólo se publicó un pequeño documento tomado aisladamente de los muchos volúmenes del expediente — hasta hoy secreto — sobre la repatriación forzosa a la Unión Soviética.

«Después de vivir dos años en poder de las autoridades británicas con una engañosa sensación de seguridad, los rusos fueron pillados desprevenidos, tanto que ni siquiera se figuraban que iban a repatriarlos... Se trataba, principalmente, de simples campesinos que sentían un amargo rencor personal hacia los bolcheviques.» Por su parte, las autoridades inglesas procedieron con ellos «como si fueran criminales de guerra: los entregaron contra su voluntad en manos de quienes no se podía esperar un juicio justo». Fueron enviados todos al exterminio del Archipiélago. ¿En qué parte del mundo, contra qué colectividad humana, se habrían atrevido a actuar así los gobiernos occidentales sin temer la ira de su propia opinión pública? (Nota de 1973).

T37)- Los primeros españoles llegaron a la Unión Soviética en 1936. En su momento hubo en la URSS unos cuatro mil españoles entre exiliados políticos, «niños de la guerra», pilotos y marinos republicanos. Cuando al acabar la guerra civil española muchos solicitaron trasladarse a México, Francia y otros países, se produjeron internamientos en Kazajstán. Los comunistas soviéticos los veían como un grupo cerrado, nacionalista e indisciplinado y se quejaban de que los representantes del PCE recordaban cada día a los jóvenes que eran españoles y que se encontraban temporalmente en la URSS.

T38)- Es decir, tantas marcas con cuantas señalaban en una tablilla el número de tareas realizadas y, a partir de éstas, el número de jornales a contabilizar. En época de Stalin, los trabajadores de un koljós recibían su paga una sola vez al año, y la mayoría de las veces en especie.

25)- La pena capital tan sólo estaba poniéndose un velo temporalmente en el rostro, para arrojarlo enseñando los dientes dos años y medio después (enero de 1950).

T39)- Alusión a la concepción marxista de la relación entre personajes y su necesidad histórica. Tenemos un ejemplo en Plejánov: «Una personalidad histórica no puede tener grandeza salvo si viene acompañada por una necesidad histórica» (en *Acerca del papel de la personalidad en la Historia).*

T40)- A partir de 1948 empezó en el Báltico y Moldavia una intensa campaña de liquidación total de los kulaks como clase hostil», cuando en el resto de la URSS ésta ya había concluido hacía años.

T41)- Durante la guerra civil griega (1946-1949), en la cual las facciones rivales eran apoyadas por Gran Bretaña y la URSS.

26)- Al doctor S..., según testimonio de A.P.K-v.

27)- J.S. T-e.

T42)- La extracción de oro en Kolymá fue organizada por Dalstrói, una gigantesca empresa del Estado adscrita al Primer Plan Quinquenal. Lo mismo sucedió con el Canal del mar Blanco.

T43)- El séptimo jueves de Pascua las aldeanas iban al bosque a trenzar ramas de abedul mientras formulaban un deseo. El día de la Santísima Trinidad volvían al bosque para destrenzar las coronas y engalanarlas. Si las ramas no se habían secado, sus deseos se cumplirían.

T44)- Ironía con respecto a la teoría marxista, según la cual el advenimiento del comunismo hará innecesario cualquier gobierno (pues los gobiernos se basan en las estructuras de clases sociales, que ya habrán desaparecido). A la desaparición del gobierno seguirá la del Estado.

28)- Primera parte, capítulo 8.

29)- A. A. Ajmátova me dio el nombre del chekista que descubrió el asunto: Yákov Agránov.

30)- El Artículo 93 del Código de Enjuiciamiento Penal decía así: «Las declaraciones anónimas *pueden* dar lugar a la incoación de un proceso penal» (no hay que sorprenderse de la palabra «penal», pues todos los presos políticos se consideraban comunes).

31)- N.V. Krylenko, *Za píat let* [En cinco años], Editora Estatal, Moscú-Petrogrado, 1923, pág. 401.

32)- Y. Guínsburg escribe que las «medidas físicas» se autorizaron en abril de 1938. V. Shalámov considera que las torturas se permitieron desde mediados de 1938. Mitrovich, un preso veterano, está seguro de que hubo «una orden para simplificar los interrogatorios y sustituir los métodos psíquicos por los físicos». Ivanov-Razúmnik señala «mediados de 1938 como la época más cruel de los interrogatorios».

T45)- La doctrina Vyshinski sentaba las bases jurídicas para la fabricación de procesos. Según Vyshinski, el juez no debía establecer la verdad absoluta, sino la probabilidad de los hechos. Era posible dictaminar culpabilidad incluso sin haber quedado demostrada la intención de cometer daño, así como condenar a un ciudadano por un delito cometido por *otros*, aunque él mismo no hubiera tomado parte e incluso si no tenía conocimiento de los hechos. La confesión era considerada prueba irrefutable. En 1946 Vyshinski resumiría estos argumentos en *Teoría de las pruebas judiciales en el Derecho soviético,* obra por la que obtuvo el Premio Stalin 1947. En 1956, tras el Vigésimo Congreso del Partido, la doctrina fue repudiada como «atentado a la legalidad socialista y a los fundamentos de la jurisprudencia».

T46)- La frase corresponde al juicio contra Kámenev y Zinóviev en 1936.

33)- Compárese con la 5ª Enmienda a la Constitución de EE.UU.: «Nadie puede ser obligado a declarar contra sí mismo en un proceso penal».

T47)- El «éxito» hace referencia a la campaña de colectivización agraria decidida el 5 de enero de 1930, que había puesto en peligro la siembra de primavera. En este artículo del 2 de marzo de 1930 Stalin detiene la colectivización y critica los abusos en la requisa de grano. Como consecuencia disminuyó la presión contra los campesinos, a muchos se les permitió abandonar los koljoses y volvió a autorizarse la explotación de parcelas particulares. La cosecha de 1930 fue la mejor desde la revolución. A finales de año Stalin reemprendería la colectivización. Las *cosechas de* 1931 y 1932 fueron desastrosas de nuevo.

34)- Según las crueles leyes del Imperio Ruso, los parientes próximos podían negarse rotundamente a declarar. Y si declaraban durante las diligencias previas, podían, a voluntad, retirar sus declaraciones del sumario, e impedir que llegaran al tribunal. Ni que decir tiene que la amistad o el parentesco con un delincuente, por raro que hoy nos parezca, no se consideraba entonces una prueba.

35)- Y ahora dice: «Pasados once años, cuando me rehabilitaron, me dieron a leer aquellas declaraciones y me invadió una sensación de náusea espiritual. ¿Cómo pude sentirme orgullosa? En cuanto a mí, al concedérseme la rehabilitación, experimenté esa misma sensación cuando escuché extractos de mis declaraciones antiguas. No me reconocía a mí misma: ¿Cómo fui capaz de firmar aquello y creer al mismo tiempo que no había salido tan mal parada e incluso que había triunfado?».

T48)- Los rusos denominan "Gran Guerra Patria" al conflicto con Alemania (1941-1945). La denominación "Segunda Guerra Mundial" abarca todos los frentes y países implicados.

36)- Por lo visto se trata de una inspiración mongola. En la revista *Nivá* del 15 de marzo de 1914, pág. 218, aparece el dibujo de una cárcel mongola: cada preso está encerrado en un arca, con un pequeño agujero para la cabeza o la comida. El carcelero pasea entre las arcas.

37)- Más de uno habrá que haya empezado así de joven, de centinela junto a un hombre arrodillado. Ahora, seguramente, tendrán un buen cargo e hijos mayores...

T49)- *Ganas de dormir*, de Chéjov (1888), cuenta la historia de una muchacha que sirve en una familia. Además de abrumarla con trabajos durante todo el día, por la noche la obligan a velar a un bebé, al que acaba por estrangular.

38)- Por lo demás, una inspección era algo tan imposible — no se realizaba jamás — que cuando en 1953 entró una comisión en la celda de Abakúmov, el ex ministro de la Seguridad del Estado entonces en prisión, estalló en carcajadas creyendo que le tomaban el pelo.

39)- En 1918, el Tribunal Revolucionario de Moscú juzgó a Bondar, el antiguo celador de una prisión zarista. Como ejemplo máximo de su crueldad se le acusaba de que «en *una* ocasión golpeó a un preso político con tal fuerza que le reventó un tímpano». (N.V. Krylenko, *op.* Cit., pág.16.)

T49)- En Rusia las toallas de baño son más largas y estrechas que las occidentales.

40)- Y la instrucción de los sumarios duraba de ocho a diez meses. «A lo mejor, a Klim Voroshílov lo tuvieron a él solito en esta celda individual», decían los muchachos. (Si es que en realidad estuvo alguna vez preso.)

41)- ¡Y en la prisión «interior» de Vladímir nunca había menos de treinta personas de pie en una celda de tres metros de ancho por tres metros de largo! (S. Potápov). En la GPU de Krasnodarsk, en 1937, había cuatro personas por metro cuadrado de suelo.

42)- En realidad, dirigió su brigada al desfile, pero por la razón que fuera no la lanzó contra la tribuna. Pero eso no se lo tuvieron en cuenta y después de exhaustivas torturas fue condenado a... diez años en aplicación de la OSO. Tan poca fe tenía la policía en las declaraciones que ellos mismos obtenían.

T50)- La «reclusión sin derecho a correspondencia» era el eufemismo oficial con que se comunicaba la ejecución del arrestado.

43)- *Nóvy* Mr, n.° 4 (1962), N. Peresvétov.

44)- S.P. Melgunov, *Vospominania i dnevnikí* [Recuerdos y diarios], vol. I, París, 1964, pág. 139.

T51)- *Pacha* (en ruso *pajón)* es como se denomina en gemianía al jefe de una banda de delincuentes; aunque también, el delincuente que goza de respeto y autoridad entre los del oficio, el padre, o el criminal veterano. En la segunda parte Solzhenitsyn abunda en la afinidad de Stalin con el mundo del hampa; él mismo fue arrestado por llamar Pacha a Stalin.

45)- A punto estuvimos entonces de arrastrar con nosotros a otro amigo de la escuela, K. Simoniánts. ¡Qué peso se me quitó de encima al saber que continuaba en libertad! Pero he aquí que al cabo de veintidós años me escribe: «Al leer tus obras publicadas uno saca la conclusión de que haces una valoración muy poco imparcial de las cosas... Objetivamente, te conviertes en abanderado de los reaccionarios fascistoides de Occidente, por ejemplo, de Alemania Federal y de EE.UU... Lenin, a quien estoy seguro de que respetas y amas como antes, y también los viejos Marx y Engels, te censurarían de la forma más severa. ¡Piensa en eso!». Y pienso yo: «¡Qué lástima que no te metieran entonces en la cárcel! ¡No sabes lo que te has perdido!».

T52)- El uniforme de los agentes de la Seguridad del Estado lleva ribetes y galones azules.

T53)- Iván Ilich desempeña un cargo en la Administración de Justicia en La *muerte de Iván Ilich* (1886).

46)- Román Gul, *Dzerzhinski,* París, 1936.

47)- VOJR, guardia militarizada. Antes: Guardia Interior de la República.

T54)- El «compadre» (*kum* en ruso) era el delegado operativo del campo.

48)- En *El primer círculo* [trad. española en Tusquets Editores (Andanzas 175), Barcelona, 1992].

T55)- El gobierno que sucedió al gabinete de Stalin estaba dirigido por Málenkov.

49)- D.P. Téjerov era un hombre de una voluntad y un valor singulares (juzgar a los estalinistas destacados en aquella situación inestable requería que lo tuviera), además de una mente lúcida. Si las reformas de Jruschov hubieran sido consecuentes, Téjerov habría podido distinguirse. Así pierden su ocasión en nuestro país las personalidades históricas.

T56)- Es decir, que vuelva a la vida civil, simbolizada por la chistera.

50)- Otra de sus excentricidades de gran señor: se vestía de paisano e iba a pie por Moscú — acompañado de Kuznetsov, jefe de su escolta — repartiendo limosnas a capricho, con el dinero de la Cheká. ¿Limosnas en sufragio de su alma?

T57)- En 1840, al partir hacia su destierro en el Cáucaso, Lérmontov se despide con un poema que caracteriza a Rusia como una nación sumisa de esclavos, dominada por señores y gendarmes (policía política) uniformados de azul.

T58)- El autor tenía a su mando una batería de reconocimiento fonotelemétrico, es decir: la localizadora de los emplazamientos artilleros del enemigo a partir de sus disparos. Los equipos de detección tenían que estar dispuestos en tierra de nadie, por delante de las avanzadillas soviéticas y expuestos a los obuses. El Ejército Soviético no introdujo el radar hasta finales de la guerra.

T59)- El camino de Vladímir *(vladímirka)* era el que seguían a pie en el siglo XIX, a través de dicha localidad, los deportados a Siberia.

T60)- Eslogan de los bolcheviques durante la Revolución *(grab nagrabliennoye).*

T61)- La frase corresponde al poema de Lérmontov camino del exilio *(vid. supra).*

51)- Nada parecido hemos oído de la Alemania Oriental, es decir: los han reeducado, aprecian sus servicios al Estado.

52)- KPZ (DPZ) *Kámery (Dom) predvarítelnogo zakliuchenia:* celdas (casa) de prisión preventiva. En ellas no se cumple condena, sino que tiene lugar la instrucción judicial.

53)- Más exactamente 156 cm por 209 cm. ¿Que cómo se sabe? Pues es el triunfo del cálculo de ingeniería y de un espíritu fuerte que Sujánovka no quebró: lo midió Alexander Dolgun. Luchó para no volverse loco ni desmoralizarse y por eso procuraba hacer el mayor número posible de cálculos. En Lefórtovo contaba los pasos, los convertía a kilómetros, recordando los mapas calculaba la distancia de Moscú a la frontera, cuántos kilómetros había después hasta el otro extremo de Europa, y cuántos hasta cruzar el océano

Atlántico. Su estímulo era regresar mentalmente a casa, a Estados Unidos; tras un año de incomunicación en Lefórtovo, cuando se lo llevaron a Sujánovka había descendido al fondo del Atlántico.

Una vez en Sujánovka, al comprender que difícilmente habría quien hablara después de aquella prisión (nuestro relato procede íntegramente de él), se inventó un método para medir la celda. En el fondo de una escudilla de la cárcel vio un quebrado 10/22, y dedujo que 10 indicaba el diámetro del fondo, y 22 el del borde. Luego sacó un hilo de la toalla, hizo un metro y con él lo midió todo. Más tarde inventó la manera de dormir de pie apoyando la rodilla en la silla, pero de forma que el vigilante creyera que tenía los ojos abiertos. Sólo gracias a tanta inventiva conservó la razón. (Pviumin lo tuvo un mes en régimen de insomnio.)

54)- Si era en la Casa Grande durante el bloqueo de Leningrado, a lo mejor con antropófagos: los había encerrado por comer carne humana y por vender hígados humanos robados de las salas de disección. No sé por qué, el MGB los encerraba con los presos políticos.

T62)- En las Ardenas (véase el índice alfabético).

T63)- Soplón, en la jerga carcelaria rusa.

T64)- Los rusos denominaban *chirriadores* a los morteros alemanes de cuatro tubos (los Doktor- Goebbels-Minenwerfer).

T65)- Personas superfluas *(líshnie liudi).* El término lo acuño Turguéniev *(El diario de un hombre superfluo,* 1850). Son el arquetipo de personajes decadentes e inútiles a la sociedad, muy abundantes en la narrativa rusa del XIX. Son ejemplo de ello Pushkin *(Evgueni Oneguin,* 1823-30) o Pechorin (Lérmontov: *Un héroe de nuestro tiempo,* 1841)-También son ejemplos de personalidades mezquinas *Obbmov* (Goncharov, 1859) y *El tío Vania* (Chéjov, 1897). Esta tendencia se rompe con Gorki y el realismo socialista, que retoma los protagonistas vigorosos.

55)- Me asusta decirlo, pero en vísperas de los años setenta de este siglo estos dos tipos de personas parecen emerger de nuevo. Es sorprendente. Es algo que casi no cabía esperar.

T66)- *Namordnik:* pantalla de madera o metal fijada al exterior de la ventana, de manera que desde dentro sólo pudiera verse una estrecha franja de cielo.

56)- *Vnutrianka* (prisión interna), es decir, una cárcel de la Seguridad del Estado.

T67)- El uso a secas del patronímico (derivado del nombre del progenitor) denota una relación de amistad respetuosa. Ilich era también el patronímico de Vladímir Lenin. El pueblo podía referirse así a Lenin como muestra de veneración (o con sarcasmo).

T68)- Yavé a Moisés, en el libro del Éxodo (20, 3-6).

T69)- En los primeros meses del régimen soviético, Gorki, el «gran escritor proletario» rechazaba la Revolución porque opinaba que la clase obrera no podía ejercer eficazmente el poder en un país atrasado.

Hasta 1918 Gorki caracterizó a los bolcheviques como fanáticos desalmados, lanzados de forma precipitada a una revolución social. Plejánov, cofundador del POSDR y principal teórico del marxismo en Rusia, regresó al país tras la revolución de febrero de 1917. Opuesto a la revolución socialista y a la toma del poder por parte de los bolcheviques, brindó apoyo al gobierno provisional.

57)- Era la cantinela favorita de Stalin: imputar a cada detenido de su partido (y, en general, a todo antiguo revolucionario) el servicio en la Ojrana zarista. ¿No podía soportar la sospecha quizás? ¿O era por un sentimiento interno? ¿Por analogía?

T70)- Z-v confunde a dos escritores, sin saber siquiera que lo son: Lev Tolstói y Alexéi Tolstói, éste último diputado desde 1937.

T71)- Se trata del principio de una canción popular.

T72)- Corresponde a la última estrofa de un poema de Mijaíl Mijailov (1829-1865) Perito en la fortaleza de Pedro y Pablo, tras lo que se convirtió en un himno revolucionario: «¡Ánimo amigos! No perdáis coraje en este combate desigual».

58)- Una gran trampilla en la puerta de la celda, que al caer formaba una especie de mesilla. Por ella hablaban, ponían la comida y daban a firmar los documentos penales.

59)- En mi época, esta palabra estaba ya muy extendida. Decían que procedía de los vigilantes ucranianos: «¡Quieto ahí y no *te gires (Stoi, ta ne vertujais)*». Pero también viene a cuento recordar el inglés *turnkey* (gira-llaves = vigilante). ¿Acaso en ruso *vertujái* sea también el que hace girar las llaves (*vertit ldiuch*)?

T73)- Es decir, los clásicos del marxismo.

T74)- Se trata de un verso atribuido — sin fundamento — a Pushkin.

T75)- En argot penitenciario, la muleta *(kostyl)* era la ración diaria de pan.

60)- Esta compañía se había establecido en un solar que había visto mucha sangre: al otro lado del callejón Furkasovski, cerca de la casa de Rostopchin, el inocente Vereschaguin fue linchado en 1812, y al otro lado de la calle Gran Lubianka vivía (y asesinaba a sus siervos) la siniestra Saltychija. *Po Moskvé* [Por Moscú], redacción de N.A. Heinike y otros, Editorial Sabashnikov, Moscú, 1917, pág. 231.

T76)- Despectivo para bálticos, carelios y finlandeses.

T77)- Así llamaba Roosevelt a Stalin en su ausencia.

T78)- La Haya, 1907. Renegociada en Ginebra en 1929.

61)- No reconocimos la Convención hasta 1955.

62)- En 1974 *(Russkaya Mysl,* 27.6), un ex *zek* atestiguaba que a Yuri lo condenaron a 25 años de campo penitenciario, y que los cumplió en Sajalín, en la Construcción N.º 505.

T79)- La toma de cada ciudad se celebraba con una salva.

63)- En el ajetreo de la Revolución de febrero, el periodista radical Er. Pecherski se jactaba (en el número de *Por la mañana temprano,* del 7/20 de marzo de 1917) de que cuando estaba encerrado en el departamento moscovita de la Ojrana había podido observar todo el trasiego de dicho departamento día tras día a través de la mirilla. Con ello pretendía asustarnos describiendo los horrores de la Ojrana. ¡Menudo miedo! Ni siquiera tenían en las celdas una tapa exterior que cubriera la mirilla.

T80)- Pequeña población a unos 700 km al sudeste de Moscú.

64)- Contaba que al obeso Scherbákov no le gustaba ver gente cuando llegaba a su Oficina de Información y que sus subordinados eran desalojados a toda prisa de las salas que debía atravesar. Gimiendo por el peso de su obesidad, se agachaba para levantar una esquina de la alfombra. ¡Ay de toda la oficina si descubría polvo allí!

65)- ¡Salvo el pequeño error de confundir al chófer con uno de sus pasajeros, puede decirse que el profético anciano no se equivocó!

T81)- Tocado de marta cebellina guarnecida con oro y diamantes. Atributo de la autocracia desde Iván el Terrible (1530-1584), el primero de los zares rusos. Según la leyenda, era un legado del gran príncipe de Kiev Vladímir Monómaco (1053-1125) - En el *Borís Godunov,* de Pushkin, simboliza la pesada carga del poder.

66)- Cuando me presentaron a Jruschov en 1962, tuve en la punta de la lengua: «¡Nikita Serguéyevich! Usted y yo tenemos un conocido común». Pero le dije otra frase, más necesaria, en nombre de todos los que habían sido arrestados.

T82)- En Rusia la victoria se conmemora el 9 de mayo (y no el 8 como en Occidente), porque el armisticio entró en vigor a las 0:00 horas del día 9. El 7 de noviembre es el aniversario de la Revolución de Octubre (25 de octubre según el viejo calendano).

T83)- El 22 de junio de 1945.

T84)- Se trata de un verso de Alexandr Blok (1912).

T85)- La conspiración de los decembristas en 1825, protagonizada por antiguos oficiales de la campaña europea de 1813-1815 contra Napoleón.

T86)- La expresión se inspira en Alexandr Pushkin, en el epílogo de *El prisionero del Cáucaso* («Los hijos orgullosos del Cáucaso»).

67)- Se están multiplicando los libros que hablan honestamente de esta guerra, y ninguno llama al gobierno de Stalin de otro modo que no sea Gobierno de dementes y traidores.

68)**-** Uno de los principales criminales de guerra, el capitán general Golikov, ex jefe del Departamento de Inteligencia del Ejército Rojo Obrero Campesino, dirigía ahora las operaciones para atraer y echar el guante a los repatriados.

T87)- En argot, privación de los derechos civiles, políticos y profesionales. Incluía prohibición de ocupar determinados cargos o desempeñar determinados oficios.

69)- Iosif Tito escapó por los pelos de esta suerte. Pero Popov y Tanev, compañeros de Dimitrov en el proceso de Leipzig, cargaron con sendas condenas. Al propio Dimitrov, Stalin le preparaba otro destino.

T88)- Con posterioridad apareció una obra en Gran Bretaña: Nicholas Bethell, *The Last Secret*, Londres, André Deutsch, 1974.

70)- Este campo se describe en el libro *Wolfsberg-373,* de Ariadna Delianich, que estuvo encerrada allí. (El libro se editó en ruso en San Francisco, en la tipografía *Russkaya Zhizn* [Vida rusa].)

T89)- Lunacharski en una semblanza de Pushkin en 1930, en la que aparece un joven komsomol.

71)- Así las cosas, ningún presidente africano puede tener garantías de que dentro de diez años no promulguemos una ley con la que podamos juzgarlo por actos cometidos hoy.

72)- El libro *De las cárceles a los establecimientos educativos* da la siguiente cifra: en la amnistía de 1927 fue puesto en libertad un 7,3 por ciento de los presos. Se puede creer, aunque es poca cosa para un décimo aniversario. De los presos políticos amnistiaban a las mujeres con hijos, y a los que les quedaban pocos meses. En el *izoliator* de Verjne-Uralsk, por ejemplo, soltaron a una docena de los doscientos presos que había. Sin embargo, se arrepintieron sobre la marcha y empezaron a aguar esta roñosa amnistía: á unos los retuvieron, a otros, en lugar de ponerlos en libertad «sin más», lo que hicieron fue ponerles un «menos» en el pasaporte, es decir, limitaron los lugares donde podían residir.

73)- Es probable que, de creer lo que cuentan, tanta hartura y sosiego les haya acabado produciendo una llaga moral al llegar el siglo XX.

74)- ¡En realidad, los hijos de perra se equivocaron tan sólo en un palote! Para más detalles sobre la gran amnistía estaliniana del 7 de julio de 1945, véase la tercera parte, capítulo 6.

75)- Muchos años después, ya como turista, tuve ocasión de ver en el Bastión Trubetskói de la fortaleza de

Pedro y Pablo un jardincillo semejante, sólo que más pequeño, aunque más acogedor. Los visitantes lanzaban exclamaciones ante la lobreguez de pasillos y celdas, pero yo pensaba que disponiendo de ese jardincillo para pasear, los presos del Bastión Trubetskói no eran hombres perdidos. A nosotros sólo nos sacaban a pasear a unos pozos ciegos de piedra.

76)- Comisión Deliberativa Especial de la GPU-NKVD.

77)- Habían deliberado el mismo día de la amnistía. El trabajo apremia.

78)- De las cárceles..., Moscú, 1934.

79)- Así puede verse actualmente en Occidente y ello no da motivos para el entusiasmo. Eso era lo que temía Dostoyevski, cuyo espíritu estaba muy por delante de la sociedad de entonces.

80)- El grupo de Ch-n.

81)- Esto no lo sabíamos. Lo supimos por el periódico *Izvéstia* en julio de 1957.

82)- Como les gritó Babáyev, que por cierto era un delincuente común: «¡El *bozal* podéis colgármelo aunque sea por trescientos años! ¡No pienso votar por vosotros ni que me muera, filántropos». (Aquí, «bozal» significa privación de los derechos políticos.)

83)- Lozovski es actualmente doctor en medicina, vive en Moscú y todo le va de maravilla. Chulpeniov es conductor de trolebús.

84)- Víktor Andréyevich Serioguin se encuentra ahora en Moscú, trabajaba en una empresa de servicios domésticos dependiente del Ayuntamiento. Vive bien.

T90)- De su poema *Retrato de Felitsa* (1789). Felitsa era Catalina II.

85)- Y ahora ya son diez, y de nuevo ¡qué niebla tan impenetrable! (1978).

86)- *Izvéstia* del 9 de junio de 1964. ¡Un interesante planteamiento de la defensa en los juicios! Añadamos que en 1918 Lenin exigía que se expulsara del partido a los jueces que impusieran penas demasiado leves.

87)- M.Ya. Latsis (Sudrabs), *op. cit.*, pág. 74-76.

88)- Revista *Byloye* [El pasado], n.ü 2/14 (1907), San Petersburgo, pág. 80.

89)- KJ. Danishevski, *Revoliutsiónnye voyénnye tribunaly* [Los tribunales militares revolucionarios], editado por el Tribunal Revolucionario de la República, Moscú. 1920.

90)- M.Ya. Latsis, *op. cit.,* pág. 75.

91)- *Ibídem,* pág. 70.

92)- *Ibídem*, pág. 74.

93)- Lenin, *op. cit.*, t. 36, pág. 210.

94)- N.V. Krylenko, *En cinco años (1918-1922).* Discursos acusatorios en los más grandes procesos vistos por el Tribunal Revolucionario de Moscú y por el Tribunal Revolucionario Supremo. GIZ, Moscú-Petrogrado, 1923.

95)- M.Ya. Latsis, *op. cit.,* pág. 46.

96)- Se trataba de Firguf, antiguo oficial de caballería de la Guardia Imperial, que, «tras una súbita metamorfosis espiritual, entregó todos sus bienes a los pobres y se retiró a un monasterio; por lo demás, ignoro si se produjo realmente esta entrega de bienes». Pero si admitimos las transformaciones espirituales ¿qué queda entonces de la teoría de las clases?

97)- Lenin, *op. cit.*, t. 36, pág. 48.

98)- *V.I. Lenin y A.M. Gorki,* Ediciones de la Academia de Ciencias, Moscú, 1961, pág. 263.

99)- Na *chuzhói storoné* [En tierra extraña], recopilaciones histórico-literarias dirigidas por S.P. Melgunov, Berlín-Praga.
S.P. Melgunov, Sud istorii nad intelliguentsiei, III, 1923.
S.A. Kotliarevski, «Natsionalni tsentr» v Moskvé v 1918, VIII, 1924.

T91)- *¿Quién tiene la culpa?* es el título de una famosa novela de Alexandr Herzen (1812-1870).

100)- N.Y. Krylenko, *op. cit.,* pág. 381.

101)- *Sobranie Uzakoneni RSFSR* [Compendio de disposiciones legislativas de la RSFSR], N.° 4 (1922), pág. 42.

T92)- En el segundo acto de *El jardín de los cerezos,* cuando «se oye un sonido lejano, como si bajase del cielo, el sonido de un cable que se rompe, un sonido muriente, triste». El ruido sirve de presagio a la inminente desgracia y se repite en la escena final, cuando la finca ha sido vendida y empiezan a talar los árboles (cita según la traducción de Augusto Vidal).

T93)- Se denomina así el periodo de renacimiento plástico, literario y filosófico en Rusia entre finales del siglo XIX y el comienzo de la primera guerra mundial. Fue un periodo de reacción al positivismo que había imperado hasta entonces.

T94)- Como quien habla, por ejemplo, de «nobleza hereditaria».

102)- *Zadruga*, París, 1922, y *Samizdat*, 1967.

103)- En los artículos «Tsérkov i gólod» [La Iglesia y el hambre], y «Kak búdut izyaty tserkóvnye tsennosti» [Cómo serán requisados los tesoros de la Iglesia].

104)- He sacado los materiales de *Ócherki po istorii tserkovnoi smuty* [Ensayo sobre la historia de los motines religiosos], de Anatoli Krasnov-Levitin, Parte I, Samizdat, 1962; y «Zápisi doprosa patriarja Tíjona» [Acta del interrogatorio del patriarca Tijon], tomo V, Actas Procesales.

T95)- Invocación tomada del Libro Primero del Salterio (Salmo 27, 9) con la que empiezan muchos cantos litúrgicos, en particular éste: «Salva a tu pueblo, Señor, bendice tu heredad, lleva al pueblo ortodoxo hasta la victoria sobre sus adversarios y guarda con la cruz ésta tu morada».

105)- Es decir, como la proclama de Vyborg, que el gobierno castigó con tres meses de cárcel.

106)- Lenin, *op. cit.*, t. 45, pág. 189.

107)- *Ibídem*, t. 39, pág. 404-405.

108)- *Ibídem*, t. 45, pág. 190.

T96)- Mandelstam había manifestado su indignación después de que Bliumkin se hubiera jactado ante el poeta — a principios de julio de 1918 — de poder disponer de la vida y la muerte de cualquier persona.

109)- Ibídem, t. 54, pág. 265-266.

110)- N.V. Krylenko, op. cit., pág. 437.

111)- Los miembros del tribunal eran los antiguos revolucionarios Vasiliev-Yuzhin y Antonov Saratovski. Predisponía hacia ellos el mero sonido popular de sus apellidos. Son de los que se recuerdan. De pronto, en 1962, al leer en Izvéstia una necrológica sobre las víctimas de la represión, uno se fija en la firma. ¡El longevo Antonov-Saratovski! ¿Fue él mismo objeto de represión? Pero de sus propias víctimas, ni una palabra.

112)- *Pravda*, 24 de mayo de 1928, pág. 3.

113)- *Izvéstia*, 24 de mayo de 1929.

114)- *Protsés Prompartii* [El proceso contra el Partido Industrial], Editorial Legislación Soviética, Moscú, 1931.

115)- *Ibídem*, pág. 453.

T97)- Juego de palabras entre *truá* (trabajo) y *trup* (cadáver).

116)- ¿Quién le dibujaría esta flecha a Krylenko en un paquete de cigarrillos? ¿No sería el mismo que concibió nuestra defensa en 1941?

117)- Primera parte, capítulo 2.

118)- Ivánov-Razúmnik, *Tiúrmy i ssylki* [Cárceles y destierros], editorial Chéjov, Nueva York, 1953.

119)- Así se hablaba en nuestro país en 1930, cuando Mao todavía era un mozalbete.

120)- Carta de M. Yakubóvich al fiscal general de la URSS, 1967. (Archivo del Samizdat, Munich, n.º AC 150.)

121)- No confundir con el coronel Yakubóvich del Estado Mayor, que en aquellos días y en aquellas mismas sesiones era el representante del Ministerio de la Guerra.

122)- Y este funesto destino, de sincero y forzoso auxiliar de nuestros verdugos, recayó de nuevo en Yakubóvich, ya anciano, en 1974: los chekistas fueron a visitarle en el asilo de inválidos de Karagandá y obtuvieron de él una conversación, un artículo y hasta una película en la que descalificaba el *Archipiélago.* Sin embargo, atados por sus mismos procedimientos, los chekistas no dieron al caso excesiva difusión, pues Yakubóvich continuaba siendo una figura indeseable. De todos modos, en 1978 aún lo mezclaron en una falsedad contra mí. (Nota de 1978.)

123)- Todos estos datos proceden del tomo 41 del Diccionario Enciclopédico Granat, que recoge los artículos autobiográficos — o fidedignamente biográficos — de los activistas del RKP(b).

124)- Sólo defendió a Yefim Tseitlin, y aun por poco tiempo.

125)- ¡Cuánta y qué rica información estamos perdiéndonos al mimar la provecta vejez de Molotov!

126)- ¡Pronto, bien pronto correrá la tuya, Kliugoin! Caerá con el resto de agentes del NKVD de Ezhov, y ya en el campo penitenciario morirá a golpes de hacha, a manos del chivato Gubaidulin.

127)- Bien mirado, sólo se equivocó en esto.

128)- N.S. Tagántsev, *Smértnaya kazn* [La pena de muerte], S. Pe-tersburgo, 1913. (Ya hemos visto «el caso Tagántsev» en el capítulo 8.)

129)- De 1884 a 1906, fueron ejecutadas en Schlisselburg... 13 personas.

T97)- La noche del 7 al 8 de noviembre (25 al 26 de octubre según el viejo calendario). Es decir, la noche siguiente a la Revolución en la que los bolcheviques tomaron el Palacio de Invierno.

130)- M.Ya. Latsis, *op. cit.*, pág. 75.

131)- Puestos a comparar, ahí va otra: en los ochenta años culminantes de la Inquisición (1420- 1498) fueron condenadas a la hoguera diez mil personas en toda España, es decir, unas diez por mes.

132)- Según testimonio de B., que distribuía la comida por las celdas de los condenados a muerte.

133)- Lo que no se dice en las escuelas es que Saltychija, condenada por un tribunal (clasista), purgó su barbarie con once años de celda subterránea en el monasterio Ivánov de Moscú (A.S. Prugavin, *Monastfrskie tiúrmy* [Las cárceles de los monasterios], Editorial Posrédnik, 1906, pág- 39).

134)- Editorial Chéjov, Nueva York, 1952.

T98)- Referencia a *Los siete ahorcados*, de Leonid Andréyev (1908), en que relátala última noche de cinco terroristas y dos asesinos.

T99)- «Ciudadano jefe», «ciudadano coronel», etcétera, era la forma de trato usual por parte de un preso. Un enemigo del pueblo ya no podía dirigirse al resto de soviéticos llamándoles «camaradas».

T100)- Diminutivo de Guerasim.

135)- Término oficial en forma de abreviación: *Tiurmnoyc Zatíiuchenie* (Reclusión penitenciaria).

T101)- La expresión que más veces oye un preso a los celadores en todo su plazo de reclusión. No está permitido dormir durante el día, cantar en la celda, poner los brazos bajo la manta, etcétera...

136)- TON es la abreviación, también oficial, de *Tiurmá Osóbovo Naznachenia* (Prisión de régimen especial).

137)- P.A. Krasikov (el mismo que condenaría a muerte al metropolita Benjamín) leía *El Capital* en la fortaleza de Pedro y Pablo (pero sólo fue un año, luego lo soltaron).

138)- Colección Oí tiúrem k vospitátelnym ucherezdéniam.

139)- A partir de 1918 no vacilaron en encerrar a las embarazadas si eran eseristas.

T102)-En ruso, *parasha:* en las celdas abarrotadas, el barril-urinario era el centro de información y propagación de rumores.

140)- ¡Qué nombre tan parecido al del nazi Eichmann!

T103)- *Vy zhéríboyu pali v borbé rokovoi*... Primer verso de un poema anónimo compuesto entre 1870 y 1880. A finales de siglo se había convertido en una marcha fúnebre de los revolucionarios.

141)- En 1925 giraron la piedra y quedó enterrada la inscripción. Quien vaya de excursión a Solovki, ¡que intente encontrarla, que abra bien los ojos!

T104)- Alusión a los militantes de *Narodnaya Volia* que se manifestaban ante dicha catedral de San Petersburgo contra la autocracia zarista. Uno de los mítines más célebres fue aquel en el que intervino Plejánov con un enardecido discurso en 1876.

142)- Guernelt, *¡storia tsarskoi üurmy* [Historia de las cárceles zaristas], Moscú, 1963, t. V, cap. 8.

143)- Ibídem.

144)- No me gusta eso de «derechas» e «izquierdas»: me parecen convencionalismos intercambiables y carentes de contenido.

145)- ¡La palabreja existe! Es como hablar de un color celeste-pantanoso.

T105)- Desde el siglo XIII se denomina así a todo mecanismo — hipotético — capaz de mantenerse indefinidamente en movimiento una vez puesto en marcha.

146)- Esto para satisfacción de quienes se sorprenden y nos reprochan: *¿Porqué no luchasteis?*

T106)- Recordemos que en el capitulo 4 de la primera parte se ha explicado que era un biólogo capturado en Berlín.

147)- ¿Se refieren a esto cuando hablan de «Stalin y el culto a la personalidad?

T107)- Evangelio según San Marcos: 15, 28: «Crucificaron con él a dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Así se cumplió la Escritura que dice: "Fue contado entre los malvados"».

T108)- Las visitas a presos políticos del príncipe Nejliúdov, principalmente en la tercera parte de *Resurrección* de Lev Tolstói (capítulos VI y XI).

148)- La verdad es que a causa de esto, la chusma (la masa de delincuentes comunes) llamaba «sarnosos aristócratas» a los revolucionarios profesionales (P.F. Yakubóvich).

149)- V.I. Ivánov (actualmente en Ujta) fue condenado nueve veces por el Artículo 162 (robo), y cinco por el 82 (evasión). En total treinta y siete años de reclusión que «cumplió» en cinco o seis años.

150)- *Panoli (Jráyer)* designa en germanía a todo *el que no roba;* es decir: al que no es un *Chelovek* (un Ser Humano, así, con mayúsculas). En una palabra, el *panoli* es el resto del género humano, los que no son «de la cuerda», ajenos al submundo delictivo y sus leyes.

T109)- Durante la campaña de «expropiaciones» en el Cáucaso entre 1900 y 1910, Stalin había encargado atracos a bancos para nutrir los fondos del partido. El golpe más célebre inspirado por Stalin fue el protagonizado por su paisano Kamo el 25 de junio de 1907 en Tbilisi, con un botín de 250.000 rublos. Algunos bolcheviques (como Sara Rávich) fueron detenidos en Munich cuando intentaban cambiar parte de los billetes. De esa época proviene precisamente el apodo revolucionario de Stalin: «Koba».

151)- Los «castores» son los presos ricos, poseedores de «cachivaches» y de *bacilos*, es decir, materias grasas.

T110)- Referencia a una mina de oro en Kolymá.
Alexéi Maximich: forma coloquial de Alexéi Maxímovich, el verdadero nombre y patronímico de Gorki.
«Por vuestro corazón, camarada, y en vuestro nombre..», son palabras que Gorki dirigiera a Stalin.
«Si el enemigo no se rinde, se le extermina.» Gorki puso esta consigna en manos de Stalin. Corresponde al título de un artículo del escritor en *Pravda* el 15 de noviembre de 1930.

T111)- Durante la guerra el correo soviético había empezado a aceptar los denominados «triángulos», enviados en la mayoría de ocasiones por los soldados desde el frente, donde no siempre disponían de sobres o sellos siquiera. Acabada la guerra, durante los años cincuenta. Correos siguió aceptando este tipo de cartas.

T112)- El señor capitán, en polaco.

T113)- La estación de Kiev, en Moscú.

152)- *Istoria moyegó sovreménnika* [Historia de mi contemporáneo], Obras completas, Moscú, 1955, tomo VII, pág. 166.

T114)- Cita del final del Poema al pasaporte soviético, de Mayakovski (1929).

T115)- De un tema clásico del folclore penitenciario: Quien entre aquí, no pierda la esperanza y que no se alegre tampoco el que salga. Quien no ha estado aquí, acabará por entrar; y quien ya ha estado no podrá olvidar.

T116)- En el comienzo de la tercera parte de Esplendores y miserias de las cortesanas.

T117)- Día Internacional de la mujer. En la URSS no era laborable (día de la Mujer Trabajadora).

T118)- Recordemos que, al final del capítulo 6 de la primera parte Solzhenitsyn ha referido que en Butyrki se denominaba «la estación» al amplio vestíbulo con celdas para la recepción y expedición de presos tras oír sentencia.

T119)- Esta orden significa que el último será fusilado, o como mínimo azotado.

153)- ¡Eh, *Tribunal de Crímenes de Guerra* de Bertrand Russell! ¿Por qué no utiliza esto como argumentación? ¿O es que no le conviene?

T120)- En la posguerra los cofrades, que paradójicamente eran leales al régimen, llamaban fascistas a los presos políticos. Desde principios de los años cincuenta, más conocedores de lo que ocurría en el país, dejarían de usar el mote. El capataz *(nariádchik)* era siempre un enchufado. Distribuía los trabajos y estaba directamente supeditado al compadre *(kum)*, por lo cual se presumía que era un soplón. La delación no suponía para él violar ningún código de honor, porque los políticos no eran cofrades.

154)- *Spontom* en ruso. Dándose (falsos) aires de importancia.

T121)- Nombres típicamente campesinos.

T122)- Alusión al dicho ruso: «Andaba pensando el pavo y acabó metido en la sopa».

155)- Sección Cultural y Educativa, departamento de la administración de los campos.

156)- En realidad, algún día también deberá tomar forma en los monumentos la historia de nuestro Archipiélago, una historia secreta y ya casi perdida. Yo, por ejemplo, imagino siempre este otro

monumento: en algún lugar de Kolymá, en un lugar elevado, un descomunal Stalin, tan enorme como él siempre se soñaba, con bigotes de varios metros, con el rictus característico del jefe de campo, con una mano tirando de unas riendas, y con la otra blandiendo un látigo para fustigar al atelaje, un tiro formado por centenares de hombres uncidos de cinco en cinco que tiran de los arreos. En la región de Chukotka, junto al estrecho de Bering, también sería de gran efecto. (Había escrito ya todo esto cuando leí *Bajorrelieve en la roca*, de Aldan-Semiónov, un relato que a pesar de haber pasado censura muestra los campos en forma verosímil. Cuentan que en Zhiguli, en el monte Mogutova que domina el Volga, a un kilómetro del campo penitenciario, se pintó al óleo sobre una roca un gigantesco Stalin para que lo vieran desde los barcos.)

157)- Desde entonces siempre he preguntado a cualquier sueco al que conociera por casualidad o a todo aquel que viajara a Suecia cómo podría dar con esa familia, o si habían oído hablar de aquel desaparecido. La respuesta era siempre una sonrisa: Andersen, en Suecia, es lo mismo que Ivánov en Rusia, y no había tal multimillonario. Sólo ahora, al cabo de veintidós años, al releer este libro, he caído en la cuenta: ¡Es que le habían prohibido dar su nombre y apellido verdaderos! ¡Abakúmov, como es natural, le habría advertido que si revelaba su identidad lo liquidarían! Y ocurrió que fue por las prisiones de tránsito como un Ivánov sueco. Y sólo gracias a algunos detalles menores de su biografía que sí podía divulgar, pudo dejar huella aquella existencia arruinada en la mente de los interlocutores, que el azar le deparaba. O mejor dicho, todavía esperaba salvarse, como cualquier persona, como los millones de borregos que aparecen en este libro: ahora estaba encerrado, pero Occidente, indignado, conseguiría su liberación. No comprendía la fuerza del Este. Y no comprendía que un testigo como él, que había puesto de manifiesto una firmeza nunca supuesta en un Occidente blandengue, jamás podría ser puesto en libertad. Quién sabe si aún vive hoy día. (Nota de 1972.)

T123)- Véase *sharashka* en el glosario.

158)- La ración reglamentaria garantizada en el Gulag aunque no haya trabajos que realizar.

T124)- La conferencia de Postdam se celebró del 17 de julio al 2 de agosto de 1945. La primera bomba atómica fue lanzada sobre Hiroshima el 6 de agosto del mismo año.

159)- El *aguachirri* se siente próximo en espíritu al mundo de los ladrones, aunque todavía no está integrado en el gremio y sus leyes.

160)- Por lo demás, como indica P. Yakubóvich, «los del bollo», quienes se dedican a la compraventa de condenas a cambio de alimentos, ya existían en el siglo pasado. Es un viejo truco de los penales.

T125)- «La capital de nuestra Patria, Moscú», era la fórmula habitual empleada en los servicios de megafonía de estaciones y aeropuertos.

161)- Véase la carta que me dirigió en *Literatumaya Gazeta*, 29 de noviembre de 1962.

T126)- En la película El acorazado Potiomkin de Eisenstein (1925).

T127)- Solzhenitsyn no repite completa, por conocida, la orden clásica: «Un paso a la derecha o un paso a la izquierda, y la escolta disparará sin previo aviso». Todo paso fuera de la columna se consideraba intento de fuga.

162)- P.F. Yakubóvich, *V mire otuérzhennyj*, [En el mundo de los proscritos], Moscú, 1964.

T128)- Alusión al último topónimo: *shchelia,* significa «ribazo», una orilla fluvial de lajas lisas en declive.

163)- En 1897 Lenin embarcó en el San Nicolás en el muelle de pasajeros, como un hombre libre.

T129)- De Volodia (Vladímir).

T130)- En su libro-reportaje *La isla de Sajalín* (1895).

T131)- Al preso enflaquecido que ya apenas tenía glúteos se le consideraba demasiado débil para los trabajos más rigurosos. El examen médico de ingreso en el campo se limitaba prácticamente a esto.

T132)- En el capítulo 35 y siguientes de la segunda parte. Unos setecientos presos, debilitados por la estancia en la cárcel, son obligados a caminar bajo un calor sofocante. Cinco de ellos morirán en el trayecto.

T133)- De un discurso de Stalin el 4 de febrero de 1931 en que se refería a los países más rezagados.

T134)- *Rus ujodiáshchaya* serie de cuadros de inspiración religiosa y campesina pintada entre 1929 y 1937. Se deben a P.D. Korin (1892-1967).

T135)- Se trata de un «vagón común», en el que a diferencia de los coches-cama, no es obligatoria la reserva de asiento. En estos coches, más anchos que los convencionales, los compartimientos no tienen puerta ni están separados por tabiques. Enfrente de cada«compartimiento», al otro lado del pasillo y bajo la ventanilla, hay dos asientos, uno frente al otro, separados por una mesita.

T136)- El protagonista de *El viajero de las estrellas,* de Jack London, es un prisionero metido durante semanas en una camisa de fuerza. Sin embargo, a base de concentración, consigue huir del mundo corpóreo y viajar en el tiempo y el espacio.

T137)- Yásevich ya aparece como condenado a muerte en el capiculo 6 de la primera parte.

T138)- La guerra del Chaco (1932-1935).

T139)- Renombrados por sus lobos.

164)- Kostia Kiula no da señales de vida, ha desaparecido. Me temo que ya no esté entre los vivos.

T140)- Cinco sobre cinco: la nota máxima en las escuelas.

165)- Departamento del MVD, organizaba investigaciones científicas utilizando el trabajo de los presos.

T141)- Versos de W. Müller para el lied de Schubert *Der Greise Kopft* (n° 14 del ciclo *Wintetreise):* Los hay que se han hecho viejos de la noche a la mañana. Mi pena viene de lejos, pero mis sienes no están canas.

T142)- Alusión a *Resurrección* (primera parte, capítulos XXXIX y XL).

T143)- Véase el final del capítulo 5 de la primera parte.

T144)- La amnistía del 7 de julio de 1945, con motivo del fin de la guerra, que no acogió a los presos políticos. Véase el capítulo 6 de la primera parte.

T145)- Diminutivo de Boris.

Glosario de nombres propios y conceptos

VERSALITAS: nombres de persona
negrita: nombres geográficos y topográficos
cursiva: otros nombres y referencias cruzadas importantes

ABAKÚMOV, Viktor Semiónovich (1908-1954): tras ingresar en el NKVD como simple recadero, fue nombrado jefe de la *SMERSH* cuando ésta se creó (1943). Ministro de la Seguridad del Estado en 1946, fue destituido y encarcelado en 1952, en vida de Stalin, a raíz del *complot de los médicos.* Condenado y fusilado por Jruschov en diciembre de 1954.

Abez: zona de campos penitenciarios en el extremo NE de la Rusia Europea y población homónima surgida en 1942 con la construcción del ferrocarril a *Vorkutá.* En Abez la línea cruza el círculo polar.

Academia Frunze: academia del Estado Mayor General situada en Moscú. Fundada en 1918, está dedicada a la formación de oficiales.

Actneísmo: corriente en la poesía rusa alrededor de 1910 (Gorodetski y Kuzmín, así como *Gumiliov, Ajmátova* y *Mandelstam* en sus primeros tiempos). Se aleja del anhelo simbolista hacia un mundo ideal y metafórico y se centran en la tierra, el objeto, los hechos concretos.

AGRÁNOV, Yákov Pávlovich (1893-1938): antiguo *eserista,* bolchevique desde 1915. Vicecomisario del pueblo del interior bajo Yagoda y Ezhov. Desempeñó un importante papel durante la escenificación de los falsos procesos de 1936-1938. Fusilado.

aguachirri (polutsvetnoi): en gemianía, el delincuente mediatinta, el que se siente próximo y conoce la *cofradía* y sus leyes, si bien aún no está integrado en el gremio y no ha adoptado plenamente su código. Por extensión: el aprendiz.

AIJENVALD, Yuli Isáyevich (1872-1928): crítico literario y ensayista. Tradujo a Schopenhauer al ruso. Desterrado en 1922.

AJMÁTOVA, Anna Andréyevna (1888-1966): poetisa rusa, su verdadero apellido era Gorenko. Célebre por su *Réquiem* (1935-1940), que durante veinticinco años guardó en secreto. Perseguida en 1946 como «elemento ajeno al pueblo». El poemario no se publicó oficialmente en la URSS hasta 1987, aunque en 1956 vieron la luz fragmentos de algunas obras suyas.

Akatúi: presidio zarista en Siberia oriental al este de Chita. Actualmente «Novi Akatúi».

ALDÁN-SEMIÓNOV (pseudónimo de Semiónov, Andréi Ignátievich) (1908-1985): escritor, estuvo en los campos del Lejano Oriente entre 1938 y 1953. Autor de unas memorias. Aldan es el nombre de un afluente del Lena (en Yakutia) y de una población en sus orillas.

ALDÁNOV, Mark Alexándrovich (1889-1957): autor de novelas históricas, su verdadero apellido era Landau. Exiliado desde 1919, murió en París.

ALEJANDRO I Pávlovich (1777-1825): primogénito de *Pablo I*, emperador desde 1801. Por iniciativa suya se convocó el Congreso de Viena (1814-1815) y se formó la Santa Alianza, reflejo del conservadurismo que caracterizó sus últimos años de reinado. En ellos se dedicó a la represión interna de la mano de su favorito Arakchéyev, quien crea los primeros campos de reclusión militarizados.

ALEJANDRO II Nikoláyevich (1818-1881): primogénito de Nicolás I. Proclamado emperador en 1855. A él se deben la Reforma Territorial (1864) y la emancipación de los siervos (1861), que dio inicio a un primer capitalismo. Tras sufrir varios atentados, murió a manos de *Naródnaya Volia,* que dinamitó su carruaje.

ALEJANDRO III Alexándrovich (1845-1894): segundo hijo de Alejandro II. Proclamado emperador en 1881, consiguió la anexión de Asia Central a Rusia en 1855. A su reinado se debe también la denominada Contrarreforma en la década de 1880, que deshizo los avances conseguidos por su padre, además de limitar el poder de los *zemstvos* introduciendo la figura del *jefe del zemstvo* y la creación de la *ojrana*, la primera policía política.

ALEXANDER, Harold (1891-1969): mariscal británico, comandante en jefe de las fuerzas aliadas en el Mediterráneo en 1944-1945.

Alexandra (teatro): en San Petersburgo. Actualmente, Teatro Pushkin. Drama y comedia.

Alexandrovsk: en la isla de Sajalín, en frente del continente.

Alexandrovsk (central de): prisión construida alrededor de 1870 a 75 km al noroeste de Irkutsk.

ALEXÉI Mijáilovich, el zar Alexéi (1629-1676). Desde 1645, segundo zar de la dinastía Románov. Padre de Pedro I, Iván V y Fiódor III, que le sucedería en el trono. Promulgó en 1649 el primer código legislativo de Rusia (que sometía al campesinado a un *régimen de servidumbre).* Para Solzhenitsyn se trata de una figura particularmente funesta, puesto que reprimió los *zemstvos* e impuso un sistema de administración central *(prikaz)* representada por pequeños tiranos locales *(voyevodas).* Ésta es —según Solzhenitsyn— la causa del atraso económico-social de Rusia hasta el siglo XX. El reinado de Alexéi se caracteriza por revueltas campesinas (Stepán *Razin)* y el cisma de la Iglesia Ortodoxa (represión y tortura de los «viejos creyentes»).

Altai: vasto macizo montañoso en la frontera entre Kazajstán, China, Mongolia y Siberia. Separa el Asia musulmana del Asia rusa.

ANDERS, Wladyslaw (1892-1970): general polaco, prisionero de los soviéticos desde septiembre de 1939. En 1941 fue puesto en libertad para que agrupara los restos del contingente polaco deportado en la URSS. Cuando por orden de *Sikorski* reclamó a sus oficiales, Stalin — que ya había liquidado a quince mil en *Katyn* — sólo le entregó 448 y le dio largas al asunto. En verano de 1942 consiguió trasladar su ejército a Irán para llegar al norte de África. Su ejército se distinguiría en 1944 en la batalla de Monte Cassino.

ANDRÉYEV, Leonid Nikoláyevich (1871-1919): escritor ruso, célebre por su dramatismo, pesimismo y obsesión por la muerte. En *Los siete ahorcados* narra la última noche de unos condenados. Murió en Finlandia.

ANDRÉYUSHKIN, Pajomi Ivánovich (1865-1887): miembro de *Naród-naya Volia,* participó en el asesinato de Alejandro II y, junto con *Uliánov,* en la tentativa contra Alejandro III. Ejecutado en la prisión de *Schlisselburg.*

ANNA Ioánnovna (1693-1740): sobrina y sucesora de *Pedro I.* Emperatriz desde 1730. Propuesta para el trono por el más alto órgano del Estado desde la muerte de Pedro, el Consejo — en ruso *Soviet* — Superior Secreto de la nobleza, que pretendía recortar los poderes del monarca y reafirmar la influencia oligárquica de la aristocracia (los viejos boyardos). Tras acatar estas condiciones la duquesa Anna accedió al trono, pero las rechazó al cabo de un mes y disolvió el Consejo.

ANTÓNOV-SARATOVSKI, Vladímir Pávlovich (1884-1965): miembro del partido desde 1902. Alto funcionario de la Justicia soviética. Actuó como juez en los casos Shajty (1928) y contra el Partido Industrial (1930).

archimandrita: segundo rango ante el epíscopo. Suelen estar al cargo de un monasterio.

Ardenas: escenario de la última ofensiva alemana en el frente Oeste. Iniciada el 16 de diciembre de 1944, fue repelida rápidamente.

Amia Krajowa (Ejército Nacional): dirigido por el general Bor-Komorowski, actuó clandestinamente entre 1942 y 1945 en la Polonia ocupada, al mando del gobierno de *Mikolajczyk* en el exilio. El 1 de agosto de 1944 la AK organizó un levantamiento armado en *Varsovia.*

arroba (sidor): enjerga penitenciaria, el saco con ropa, alimentos, etcétera, que llevan los presos.

arshina: medida de longitud equivalente a 0,71 metros.

ASA (Antisoviétskaya Agitátsiya): Agitación Antisoviética, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

Asamblea Constituyente: órgano legislativo pluralista de mayoría antibolchevique previsto por el *Gobierno provisional,* debía haberse reunido en noviembre de 1917, si bien antes tuvo lugar el golpe de Estado de Octubre. Tras algunos aplazamientos, llegó a reunirse el 6/19 de enero de 1918, pero el *VTsIKh* disolvió a las pocas horas de iniciarse los debates, pues se negó a ratificar los decretos del Segundo Congreso de los Soviets.

asmodeo: en gemianía, vigilante de prisiones. En el Libro de Tobías, Asmodeo es un demonio que liquida a sus enemigos. Enamorado de Sara, hacía morir a sus maridos.

aúl: aldea de montaña en el Cáucaso.

BÁBUSHKIN, Iván Vasílievich (1873-1906): entre 1905 y 1906 tomó parte activa en el movimiento revolucionario. En 1906, tras haber encabezado una sublevación en Chita, dirigió un cargamento de armas desde dicha ciudad a Irkutsk. Por el camino fue capturado y fusilado junto a cinco compañeros en la ciudad buriata que pasó a llevar su nombre. Lenin lo consideraba un héroe nacional.

bacilos (batsili): en germanía, alimentos, en especial carne, grasas, embutido y *azúcar*. Por extensión, las provisiones robadas a los *costóte*.

Bajchisarái: antigua capital de los kanes de Crimea (s. xvi-1783).

BAJTÍN, Mijaíl Mijáilovich (1895-1975): crítico literario de tendencia formalista. Especialista en Dostoyevski y Rabelais. Vivió mucho tiempo deportado. Entre 1930 y 1963 sus obras no se publicaron en la URSS. Rehabilitado en 1967.

BAKUNIN, Mijaíl Alexándrovich (1814-1876): revolucionario anarquista, tomó parte en la revolución de 1848 en Alemania, tras la que se desplazó a Rusia al año siguiente. Procesado en 1850, se retractó de sus ideas y publicó una Confesión (1851) dirigida al zar. Escapó a Siberia y posteriormente a Gran Bretaña.

balanda: bodrio, sopa clara (no es jerga propiamente penitenciaria, sino habla coloquial).

BAM (Baikalo-Amúrskaya zheleznodorózhnaya maguistral): vía férrea entre el lago Baikal y el río Amur, con un recorrido de 4300 km y tres enlaces con el Transiberiano.

BANDERA, Stepán Andréyevich (1909-1959). Su auténtico apellido era Popiel. Nacionalista ucraniano dirigente de la Organización de Nacionalistas Ucranianos, surgida en los años veinte. Deportado por los alemanes a Sachsenhausen, fue asesinado en Munich por un agente soviético.

banderistas: partidarios de *Bandera*. Mantuvieron la resistencia hasta los años cincuenta mediante asaltos y la ayuda de los campesinos.

basmach: movimiento armado en Asia Central, surgido tras la Revolución en defensa de la ley islámica. Obtuvo apoyo de Turquía, China y Afganistán. Fueron aplastados por el Ejército Rojo en 1922, si bien quedaron destacamentos aislados hasta 1933.

BELINSKI, Vissarión Grigórievich (1811-1848): crítico literario, ardiente liberal. Paladín de la literatura socialmente comprometida y padre espiritual de la intelectualidad rusa.

BEDNI, Demián (pseudónimo de Pridvórov, Efim Alexéyevich) (1883-1945): versificador satírico furibundamente antirreligioso. Miembro del partido desde 1912, sus epigramas fueron muy populares durante la guerra civil.

BENES, Eduard (1884-1948) político checoslovaco. Ministro de AA.EE. (1918-1935), presidente (1935-1938), desde 1940 presidente en el exilio. Presidió de nuevo el país entre 1946 y 1948.

BENJAMÍN (Kazanski) (1873-1922): metropolita de Petrogrado. Fusilado.

BENOIS, Alexandr Nikoláyevich (1870-1960): pintor, crítico de arte y especialista en historia del arte. Emigrado a París en 1926.

BERDIÁYEV, Nikolái Alexándrovich (1874-1948). Pensador y filósofo cristiano. Opuesto al ateísmo y al materialismo, fue expulsado de la URSS en 1922. Fundador en París de la revista *Put* y director de la editorial YMCA-Press. Ejerció una notable influencia en el existencialismo y el personalismo.

BERIA, Lavrenti Pávlovich (1899-1953): antiguo menchevique, ingresó en el PC en 1917. Dirigente de la Cheká en Georgia entre 1921 y 1931, primer secretario del partido en Georgia. Reprimió duramente toda resistencia a la colectivización y todo brote de nacionalismo georgiano. Desde 1938 sucesor de *Ezhov* al

frente de la Seguridad del Estado, finalizó la gran purga iniciada con los años treinta y depuró a quienes la habían comenzado, con lo cual adquirió fama de liberal. En 1953 *Jruschov* organizó contra él un juicio a puerta cerrada tras el que fue fusilado.

Belomorkanal: véase *canal del mar blanco.*

Bielorrusia occidental: arrebatada a Polonia en septiembre de 1939 en virtud del pacto Hitler-Stalin.

Besarabia: capital Kishiniov. Territorio turco desde el siglo XVI, conquistada por Rusia en 1812, tomada por Rumania en 1856-1878 y 1920-1940. Anexionada por la URSS el 28 de junio de 1940, su incorporación a la URSS se hizo definitiva en 1945, cuando fue dividida entre las repúblicas de Moldavia y Ucrania.

Bielomorstrói: empresa estatal constructora del *canal del mar blanco.*

Birobidzhán: capital de la república autónoma de los judíos en el extremo orienal de Siberia.

BIRON (1690-1772): nombre en ruso de Ernst Johann Bühren, duque de Curlandia. Favorito de la emperatriz *Anna loánnovna.* Detentó durante su reinado el poder real en Rusia y estableció un régimen de terror totalitario y corrupto

blanca Moscú, la: en 1367 Dmitri Donskói, hijo de Iván II, mandó construir en Moscú una fortaleza de piedra blanca.

blancos, los: durante la guerra civil rusa, las tropas adversarias al Ejército Rojo, apoyadas por la Entente.

BLIUMKIN, Yákov Grigórevich (1898-1929): Socialista revolucionario de izquierdas. En 1918 asesinó al embajador alemán *Mirbach* en Moscú durante la breve revuelta de los *eseristas* contra los bolcheviques. Ingresó más tarde en la Cheká. Ejecutado tras haber transmitido un mensaje de *Trotski* a *Rádek.*

BLOK, Alexandr Alexándrovich (1880-1921): el mayor poeta simbolista ruso.

BLÜCHER, Vasili Konstantínovich (1889-1938): destacado jefe militar durante la guerra civil y, tras 1928, comandante de las tropas del Extremo Oriente. Mariscal desde 1935, venció a los japoneses *enjassan.* Revocado de su cargo en agosto de 1938, fue ejecutado tras un juicio a puerta cerrada organizado por *Ezhov.*

BOKI, Gleb Ivánovich (1879-1941): miembro del partido desde 1900, alto funcionario de la Cheká y más tarde de la OGPU. Arrestado en 1937. Fusilado.

BONCH-BRUYÉVICH, Vladímir Dmítrevich (1873-1955): veterano militante del partido comunista (desde 1895), historiador y etnógrafo (especialista en sectas religiosas). Entre 1917 y 1920 secretario general del *Sovnarkom,* fundador del Museo Literario de Moscú, director del Museo de la Religión y el Ateísmo de Leningrado. Fue también miembro del *VTslK.*

BONDARIN, Serguéi Alexándrovich (1903-1978): escritor infantil.

holló, los del (sujárniki): los que compran o venden una pena de reclusión menor, o, ya en el campo, permutan trabajos más leves a cambio de alimentos.

Borodinó: la batalla contra los franceses (1812) descrita por Tolstói en *Guerra y Paz.*

borsch: sopa de carne y remolacha.

box: calabozo individual.

Brest-Litovsk (fortaleza de): desprovista de tropas, oficialmente «de maniobras», hizo frente más de un mes con los restos de la guarnición a los ataques alemanes a partir del 22 de junio de 1941.

Brest-LItovsk (tratado de): entre los Imperios Centrales y Rusia, el 3 de marzo de 1918. Estipulaba condiciones humillantes a una Rusia impotente (reparaciones de guerra, cesión del Báltico, Polonia, parte de Bielorrusia y del Cáucaso). Moscú lo denunció en noviembre de ese mismo año.

Briansk: provincia al sudeste de Smolensk.

brigadas-laboratorio: desde finales de los años veinte se aplicaba en la enseñanza técnica superior. Los alumnos se organizaban en brigadas para resolver tareas planteadas por el profesor y someterse a pruebas de autoevaluación. El profesor no explicaba la materia y sólo intervenía si había dificultades. Una vez cumplido el programa se realizaba un ejercicio colectivo final en el que la brigada, dirigida por uno de los alumnos, daba cuenta de su trabajo. El Comité Central del PCUS desechó este método el 25 de agosto de 1932 estimando que mermaba los conocimientos del alumno a la vez que producía falta de organización, despersonalización e indisciplina.

Brodnica (hasta 1920: Strasburg-in-Preussen): localidad polaca en el sudoeste de Prusia Oriental.

BUDIÓNNY, Semión Mijáilovich (1883-1973): héroe de las dos guerras mundiales y la guerra civil, cuando luchó contra los generales *Wrangel* y *Denikin.* Jefe de la caballería soviética y mariscal desde 1935, su tumba se encuentra en la Plaza Roja.

BUJARIN, Nikolái Ivánovich (1888-1938): alto dirigente del partido y economista. Miembro del Politburó (1924-1929) y secretario general de la Komintern desde 1926. Expulsado del partido en 1929 por «desviacionismo de derechas». Fusilado tras el tercer proceso de Moscú.

Bukovina: territorio austríaco (1774-1918). Posteriormente provincia rumana en el noroeste de *Besarabia.* Anexionada por la URSS en 1940 y luego repartida entre Rumania y Ucrania.

BULGÁKOV, Mijaíl Afanásevich (1891-1940): escritor ruso, autor de *La guardia blanca* y *El maestro y Margarita.* Sus obras fantásticas y satíricas fueron prohibidas a partir de los años treinta. Algunas, como *Corazón de perro,* no se publicaron en la URSS hasta los años ochenta.

BULGÁKOV, Serguéi Nikoláyevich (1871-1944): economista y posteriormente filósofo y teólogo (en 1918, tras haber abandonado el marxismo, adoptó el sacerdocio). Arrestado en 1918 y desterrado en 1922, en 1923 se exilió a París.

BULGÁKOV, Valentín Fiódorovich (1886-1966): escritor y autor de memorias, secretario de Lev Tolstói en 1910. Emigrado a Praga en 1923, regresó a la URSS en 1949.

BUNIN, Iván Alexéyevich (1870-1953): célebre escritor de procedencia noble. Durante la guerra civil rompe con Gorki y se incorpora al ejército blanco que tenía sus bases en Crimea. En 1920 parte de Odessa para exiliarse en Francia, donde sigue escribiendo a base de sus recuerdos de Rusia. En 1933 obtuvo el premio Nobel de literatura.

BÚRTSEV, Vladímir Lvóvich (1862-1942): historiador y publicista próximo a *Naródnaya Volia* y después a los *eseristas.* Director o codirector de numerosas publicaciones tanto rusas como extranjeras. Emigrado a Francia tras la Revolución.

Butyrki: gran prisión en el área Oeste de Moscú.

Butiur (Butírskaya Tiurmá): prisión de Butyrki.

Byloye: revista histórica del movimiento revolucionario ruso (principalmente narodnik). Publicada en Londres (1900-1904), San Petersburgo (1906-1907), París (1908), Petrogrado-Leningrado (1917-1926). Dirigida o co-dirigida en múltiples ocasiones por *Búrtsev.*

cachivaches (barajlo): en germanía, objetos personales de procedencia ajena. Los objetos robados a los *castores.*

Canal del mar Blanco: inaugurado en 1933, comunica el mar Blanco con San Petersburgo y el mar Báltico a través del lago Onega. Gran obra faraónica (227 kilómetros y 19 esclusas) del Primer Plan Quinquenal, fue construido por presos condenados a trabajos forzados en veinte meses. Por encargo del Estado, Maxim *Gorki* produjo en 1934 un libro laudatorio *(El canal «Stalin» entre el Mar Báltico y el Blanco. Historia de su construcción),* en cuya redacción colaboró entre otros el destacado crítico literario Leopold Averbach (fusilado en 1938).

campo de San Andrés: la cruz de San Andrés (un aspa azul) sobre fondo blanco.

capataz (nariádchik): uno de los *enchufados* en el campo, repartía las faenas y se supeditaba directamente al *compadre,* por lo que se presumía que era un confidente. No debe confundirse con el jefe de *cuadrilla,* que era un preso ordinario.

caramelo (karamel): enjerga penitenciaria, los terrones o simples pedazos de azúcar, de ínfima calidad, que se distribuye a los presos.

carnet amarillo: nombre popular con que se conocía antes de la Revolución el documento de identidad expedido a las prostitutas.

Casa de los Sindicatos: bello palacio construido a finales del siglo XVIH en Moscú para las asambleas de la nobleza y reconstruido en 1812. Albergaba en su interior una gran sala de baile (sala de las columnas o *Sala Octubre),* que tras la Revolución fue escenario de actos políticos, culturales y sociales.

Grande de Leningrado: el antiguo Palacio de Justicia, incendiado en febrero de 1917. Albergó el KGB, el departamento de orden público del Ministerio del Interior y el soviet urbano (Ayuntamiento).

castor (bobra): en germanía, todo preso que no es delincuente común y al que se considera como mero portador de *cachivaches* y *bacilos.*

CATALINA II LA GRANDE (Ekaterina) (1729-1796): emperatriz desde 1762, tras un golpe que costó la vida a su marido, Pedro III. Mantuvo un vivo contacto con Voltaire y los enciclopedistas franceses, a los que invitó a su corte para asesorar diversas iniciativas legislativas (la Instrucción de 1767) para mejorar la situación del pueblo y proteger sus derechos. En su etapa tardía reprimió con dureza el pensamiento liberal.

Centurias Negras: organización nacionalista antisemita fundada en 1905. Hasta 1907 asesinó a revolucionarios y organizó atentados contra los intelectuales de izquierda.

CHAYÁNOV, Andrei Vasílievich (1888-1939?): especialista en economía agrícola, escritor (autor de una célebre novela de utopía campesina, 1920). Arrestado en 1929, deportado a Almá-Atá, arrestado de nuevo y desaparecido en el Gulag. Rehabilitado *post mortem* en época de Gorbachov.

Chembar: ciudad en la Rusia Central (entre Tambov y Penza). A partir de 1948 se llamó Belinski.

Chervónets: Diez rublos-oro. En 1921 se crea el Banco Estatal. A partir del año siguiente el *Gosbank* da inicio a la emisión de billetes de entre diez y quinientos rublos-oro. La estabilidad del chervónets sólo duró hasta 1927.

Choibalsán: ciudad en el este de Mongolia Exterior. Lleva el nombre del dictador comunista, el mariscal Choibalsán (1895-1952). En 1990 recuperó su antiguo nombre de Bayán-Tumén.

CHON (Chast Osóbovo Naznachéniya): Unidades de Destinos Especiales. Destacamentos punitivos.

CHS (Chlén Semi): Miembro de la familia, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

chusco (kostyl): en germanía, la mínima ración posible de pan.

CHUBAR, Vías Yákovlevich (1891-1939): bolchevique ucraniano, vicepresidente del *Sovnarkom.* Miembro suplente (1926) y después de número (1935) del Politburó. Fusilado durante las purgas.

club: en pueblos y aldeas, sala polivalente destinada a actos culturales, políticos y recreativos, así como a servicios administrativos.

cofrade (blatar, blatnoi): en germanía, toda persona que pertenece al hampa y se atiene a la ley y códigos de honor de la profesión. No debe confundirse con *compadre.*

colaborador secreto: eufemismo para designar a los delatores al servicio de los Órganos. Véase *seksot.*

comisario político (polítícheski rukovoditel, politruk): representante del partido en toda unidad militar inferior al regimiento (1935-1942). En octubre de 1942 fueron asimilados por el Ejército.

Comité de Auxilio a los Afectados por el Hambre: véase *Pomgol.*

Comités de Campesinos Pobres (Komiteti bednotí, kombedi): organizados en la Rusia europea por decreto del *SNK* el 11 de junio de 1918, en muchas regiones se convirtieron en auténticos órganos de poder. Distribuían las tierras y aperos expropiados, requisaban el grano de los *kulaks* y se encargaban del llamamiento a filas. Disueltos entre diciembre de 1918 y enero de 1919.

Comité de Planificación Estatal: véase *Gosplán*.

complot de los médicos del Kremlin: en noviembre de 1952 la doctora jefe del Kremlin denuncia a quince de sus médicos, seis de ellos judíos, de conspirar para envenenar a los comandantes del Ejército y a los dirigentes del partido (entre ellos Stalin). En enero *Pravda* denuncia la existencia de un complot sionista contra la URSS. Se trataba al parecer del inicio de una nueva campaña de terror, aunque no llegó a tener consecuencias gracias a la muerte de Stalin. *Beria* intentó desmarcarse de la conspiración anunciando que

había sido una farsa fabricada mediante torturas. A los pocos meses *Beria* sería expulsado del PCUS acusado, a la antigua usanza, de manejos criminales a favor del capitalismo extranjero.

Consejo de Trabajo y Defensa (Soviet Trudá i Oboroni): Formado en la *RSFSR* en 1920 y presidido por Lenin, era un órgano comisionado por el *Sovnarkom* para organizar la reconstrucción y la defensa de la joven república. Entre 1923 y 1936 desempeña sus labores a nivel de toda la URSS.

contingente checoslovaco: tras la ocupación nazi (marzo de 1939) los checos habían organizado una resistencia que acabó huyendo a Polonia en verano de 1939. Al ser ocupada ésta simultáneamente por nazis y soviéticos, en septiembre pasaron a la URSS. En 1942 Stalin formó con ellos un batallón «voluntario» de infantería al mando del general checo Svoboda que se enfrentó por primera vez a los alemanes en marzo de 1943 en Sokolovo (Ucrania). Ese mismo año participó en los combates de la región de Kiev.

comunismo de guerra: rígida centralización política y económica que equivalió a la militarización de la vida del país durante la guerra civil. Estuvo en vigor hasta el advenimiento de la *NEP*.

Consejo Supremo de Economía Nacional: véase *VSNJ*.

contra (kontrik): contrarrevolucionario.

cosmopolitismo: acusación (opuesta al *internacionalismo proletario).* Designaba la falta de patriotismo, el socavamiento de la soberanía soviética y el servicio al imperialismo «norteamericano-sionista». Quizá no fuera incorrecto pensar que los ánimos antisemitas de Stalin tuvieran que ver con los días en que se enfrentó a la «nueva oposición» de *Zinóviev, Kámencv* y *Trotski* (los tres de origen judío).

Crimea (guerra de): en plena contienda (1854-1856), perdida ya ante el resto de potencias europeas, empieza el reinado de *Alejandro II,* quien emprenderá importantes reformas.

Cruces (prisión de las): la principal prisión de Leningrado. Debe su nombre a la planta de sus edificios.

Cruz Roja Política: se conocía por este nombre a la unión de varias organizaciones rusas de ayuda a los presos y exiliados políticos. En la década de los ochenta del siglo XIX — unos veinte años después de que en Ginebra se fundara la Cruz Roja Internacional — los *naródniki* habían fundado varias organizaciones de socorro material y político a los adversarios del zarismo. Estas organizaciones, semilegales, obtenían parte de sus recursos de la burguesía filantrópica. Tras la disolución de *Naródnaya Volia*, los socialdemócratas toman el control de la Cruz Roja, que empieza a financiarse exclusivamente con donaciones de los obreros. A partir de 1922 pasa a llamarse Pompolit (Comité de ayuda a los presos políticos). Disuelta por Ezhov en 1937.

cuadrilla: unidad de base para los *trabajos comunes* en los campos penitenciarios. El jefe de cuadrilla gozaba de ciertos privilegios, pero no era un *enchufado.*

cuervo (voronók): era el nombre popular de los coches, pintados en negro, empleados por la policía para arrestos discretos. Por extensión, todos los furgones policiales destinados al transporte de detenidos.

Curso Breve de historia del Partido Comunista: o más exactamente «Historia del Partido Comunista de la URSS. Curso breve»: publicado en 1938 por una comisión del VKP(b) y aprobado por su Comité Central. Constituía todo un «catecismo» que debía recitarse de memoria y en el que Stalin tuvo una participación directa. Fue la historia oficial del partido hasta la muerte de Stalin.

dacha: casa de campo destinada al recreo.

DAL, Vladímir Ivánovich (1801-1872): escritor y lexicógrafo, autor de un refranero y de un extenso *Diccionario razonado de la lengua rusa viva* (1863-1866).

Dalstrói (Glávnoye Upravléniye stroítelstva Dálnevo Severa): Dirección general para la edificación del Extremo Norte. Administraba las zonas de reclusión de *Kolymá.*

DAN (pseudónimo de Gúrvich), Fiódor Ilich (1871-1947): médico, dirigente menchevique, arrestado y deportado en 1922.

DANISHEVSKI, Karl Jristiánovich (alias Germán) (1884-1938): miembro del partido comunista desde 1900, participó en las Revoluciones de 1905yde 1917. Viceprimer ministro de Letonia en 1919.Entre 1918 y 1919 fue miembro destacado de los tribunales revolucionarios. Desde 1921, secretario del Comité Central en Siberia y, de 1932 a 1936, vicecomisario del pueblo de industria maderera hasta su arresto. Rehabilitado *post mortem.*

Dashnaktsutiún (Unión): partido nacionalista armenio fundado en 1890.

decembristas: oficiales de la nobleza, organizadores de una conspiración constitucionalista que desembocó en una rebelión en San Petersburgo del 14 al 26 de diciembre de 1825. Tras la súbita muerte de *Alejandro I,* los decembristas se alzaron en armas para impedir que *Nicolás 1* accediera al trono.

décimo curso: el último curso de escuela, antes de ingresar en el instituto (16 años).

Decreto sobre la Tierra: promulgado el 27 de octubre/9 de noviembre de 1917, fue una de las primeras disposiciones del régimen soviético. Los bolcheviques, que todavía tenían poco poder en el campo, convirtieron 150 millones de hectáreas expropiadas al clero y los terratenientes en patrimonio del pueblo administrado por el Estado. Prometieron, además, que las tierras de los pequeños campesinos y cosacos no serían nacionalizadas, aunque toda la tierra dejaba de ser propiedad privada y quedaba por tanto prohibida su venta, arriendo o préstamo. El derecho a explotar la tierra se reservaba a las familias o comunidades que pudieran trabajarla sin ayuda asalariada. El decreto liquidaba asimismo las deudas de los campesinos a los bancos.

delegado operativo: representante de la policía política en el interior de un campo penitenciario. Era el funcionario a cargo de velar por la disciplina. También llamado *óper* o *compadre.*

Demidov: dinastía de empresarios metalúrgicos de los Urales desde principios del siglo XVIII. En el siglo XIX ingresaron en la alta nobleza.

DENIKIN, Antón Ivánovich (1872-1947): Distinguido general del Ejército Imperial, arrestado por los bolcheviques tras la revolución de octubre. Puesto en libertad, ganó el territorio de los cosacos del Don,

donde organizó el denominado «Ejército Voluntario» anticomunista (150.000 hombres) que ocupó el Cáucaso del norte, Jarkov y Kiev. La resistencia del Ejército Rojo le obligó a replegarse hacia el sur. En marzo de 1920 los restos de su «Ejército Voluntario» fueron evacuados desde el puerto de Novorossiisk, en Crimea. Cedió el mando a *Wrangel* y emigró a Occidente.

DERZHAVIN, Gavril Románovich (1743-1816): el gran poeta clasista del siglo XVIII. Ocupó altos cargos estatales al servicio de tres emperadores y fue poeta de la corte durante el reinado de Catalina II.

Desórdenes (periodo de): empieza en 1584 con la muerte de Iván IV el Terrible, momento en que el país se sume en la anarquía *(smuta):* el boyardo Borís Godunov es nombrado regente en 1588. Tras el asesinato del hijo de Iván IV, Dmitri, y de la muerte del último Rurikida (el demente Feódor Ivánovich) en 1598 Borís Godunov es elegido zar. Entre 1601 y 1603 se extiende un periodo de hambre y agitación: un aventurero apoyado por Polonia, el falso Dmitri, se hace pasar por el hijo de Iván IV y se levanta contra el «usurpador» Borís Godunov. En 1605 las tropas polacas ocupan Moscú. A partir de 1606 cosacos y campesinos aclaman a un segundo «falso Dmitri», pero los boyardos (Sko-pín-Shuíski) se enfrentan con éxito al impostor. En 1611 Polonia reivindica la corona rusa, pero en 1612 un levantamiento patriótico (organizado por Dmitri Pozharski) expulsa a los polacos de Moscú. Los desórdenes acaban en 1613 con la coronación de Mijaíl Fiódorovich Románov (Mijaíl III).

destacamentos antiestraperlo: destinados a impedir que los habitantes de la ciudad introdujeran en éstas productos comprados por ellos directamente a los campesinos.

DETERDING, Henri (1866-1939): uno de los reyes del petróleo, desde 1902 director general de la Royal Dutch. Fomentó activamente actividades contra el régimen soviético, entre ellas la financiación del ejército *blanco* y la asignación de grandes sumas — desde 1933 — al Partido Nacionalsocialista de Hitler, con quien compartía su ambición por el petróleo del Cáucaso.

DIÁGUILEV, Serguéi Pávlovich (1872-1929): creador en el exilio de una célebre compañía bajo el nombre de «Ballet Ruso de Diáguilev» (1911-1929).

DIMITROV, Gueorgui Mijáilovich (1882-1949): comunista búlgaro acusado, con Popov y Tanev, de haber incendiado el *Reichstag* el 25 de febrero de 1933. Absuelto tras un proceso en Leipzig (1933). Secretario general de la *Komintern* desde 1935. Primer presidente de la República Popular de Bulgaria.

distrito nacional (natsionlani okrug): territorio poblado por una etnia en concreto supeditado a una región o distrito administrativo. A partir de 1977 se sustituye por el distrito autónomo.

Dmitrovsk-Orlovski: localidad al sudoeste de Orel, prisión, en la línea de frente en 1943.

Dniéper (central eléctrica del): el primer gran pantano y central hidroeléctrica de la URSS. Construida durante el primer plan quinquenal. También denominada *Dneprogués* (Dneprovskaya guidroe-letrostantsia).

DOLGORÚKOV, príncipe Pável Dmítrevich (1866-1927): uno de los fundadores del Partido Constitucional Democrático. Arrestado por primera vez en 1917 tras la toma del poder por parte de los bolcheviques, emigró en 1920. Arrestado de nuevo en Jarkov en 1927 tras haber regresado ilegalmente a la URSS. Fusilado el 7 de abril de 1927 en represalia por el asesinato de *Vóikov.*

DOYARENKO, Alexéi Grigórevich (1874-1958): agrónomo. Arrestado en 1930 (proceso contra el *TKP).* Encarcelado en Suzdal (1932-1935), deportado a Sarátov y vuelto a perseguir en 1948 como detractor de *Lysenko.*

DOLGUN, Alexander (1926-...): ciudadano estadounidense arrestado por falsa sospecha de espionaje en diciembre de 1948. Pasó ocho años (hasta 1956) en prisiones y campos y consiguió abandonar la URSS en

1971. Autor de unas memorias: *Alexander Dolgun's Story. An American in the Gulag,* Nueva York, 1975. Solzhenitsyn se entrevistó varias veces con él en Moscú para recoger su testimonio.

Donets (cuenca del): cuenca hullera del río homónimo, en Ucrania. Conocida también por la contracción rusa Donbas.

Donskói (monasterio): monasterio de Nuestra Señora del Don, en Moscú. Devuelto a la iglesia en 1991.

Dorpat: nombre germánico de la ciudad estonia de *Tartu.* Famosa universidad fundada en el siglo xvi.

DPZ (Dom predvarítelnovo zakliuchéniya): casa de reclusión preventiva.

Dudinka: pequeño puerto cerca de la desembocadura del Yeniséi. Desde él parte un breve tramo ferroviario hasta Norilsk.

DUJONIN, Nikolái Nikoláyevich (1876-1917): comandante en jefe del Ejército Ruso en el momento de la Revolución. Se negó a acatar las órdenes del *SNK* para que depusiera las armas. Asesinado por la tropa y reemplazado por *Krylenko.* «Juntarse con Dujonin»: ser asesinado.

Duma: en el Imperio Ruso, organismo legislativo electo (parlamento) a nivel de todo el país (Duma Estatal) o de una población (Duma Municipal).

DURNOVÓ, Piotr Nikoláyevich (1844-1915): viceministro (1900-1905) y posteriormente ministro del Interior (octubre 1905-abril 1906). Partidario de la represión, escapó a numerosos atentados.

Duvrov-lag: sistema de campos en Mordovia.

DZERZHINSKI, Félix Edmúndovich (1877-1926): bolchevique de origen polaco, creador y primer presidente de la Cheká. Apodado «Félix de hierro», fue desde 1917 miembro del Comité Central del PCUS. La plaza moscovita donde estaba situado el KGB albergaba una estatua suya, que fue destruida por el gentío en agosto de 1991 tras el fallido golpe de Estado. Enterrado en la Plaza Roja.

Dzhezkazgán: centro minero y lugar de deportación y campos. Al este y nordeste del mar de Aral. Cerca del actual cosmodromo de Bai-konur.

Dzhidá: río y población al sur del lago Baikal. Zona de campos penitenciarios.

EHREMBURG, Iliá Grigórevich (1891-1967): novelista y periodista. Acuñó la expresión «deshielo» en su novela homónima (1956). Autor de memorias sobre el periodo estalinista y la guerra civil española.

EICHMANN, Adolf (1906-1962): nazi responsable de asesinatos en masa de judíos. Capturado por los israelíes, juzgado y ejecutado.

Ejército Rojo: el RKKA (Ejército Rojo Obrero y Campesino). Nombre oficial de las FF.AA. soviéticas entre 1918 y 1946.

Ejército Voluntario: formado a finales de 1917, fue el principal contingente de los *blancos* durante la 306 guerra civil. Fueron sus sucesivos comandantes *Alexéyev*, *Komílovy Denikin.* Tras ser derrotado fue evacuado desde Crimea a principios de 1920.

Elguen: zona de campos en *Kolymá.*

empecedor (vredítel): generalmente traducida como «saboteador» o «parásito», si bien el término ruso tiene connotaciones de «perniciosidad» (de ahí, *vredií:* empecer, hacer daño).

emulación socialista (sotsialistícheskoye sorevnovanie): acabaría siendo el instrumento de realización de los planes quinquenales, un singular concepto de competitividad solidaria en cuanto a la calidad y cantidad de la producción, opuesto al concepto capitalista de competencia.

enchufado (pridurok): literalmente, «el que se hace el tonto». En jerga penitenciaria, los que evitan los trabajos más duros y se emplean en las faenas auxiliares.

ENUKIDZE, Avel Safránovich (1877-1937): secretario del *VTsIK* entre 1923 y 1935. Expulsado del partido. Se negó a declarar y fue fusilado.

ESENIN, Serguéi Alexándrovich (1895-1925): poeta lírico de origen campesino. Su suicidio, sus temas de inspiración y el rumbo que dio a su vida hicieron de él un poeta poco recomendable (aunque muy popular) durante más de treinta años.

eseristas: miembros del SRP (en ruso es-er), Partido Socialista Revolucionario. Durante la lucha contra el zarismo y hasta el triunfo de la Revolución, bolcheviques y eseristas fueron aliados. Los eseristas no eran marxistas y proponían que la tierra fuera entregada al pueblo en calidad de propiedad, los bolcheviques, que fuera nacionalizada. Herederos de *Naródnaya Volia*, su programa de acción incluía el terrorismo, principalmente en la época zarista. No obstante, el 30 de agosto de 1918 Lenin sería víctima de un atentado perpetrado por Fanny Kaplán, militante del SRP.

Estajanovismo: en los años treinta, movimiento de intensificación de la producción. Su nombre se debe a un obrero célebre por superar ampliamente la cuota media de extracción en las minas.

Estrella Roja (Krásnaya Zvezdá): diario de las Fuerzas Armadas de la URSS y órgano oficial del Ministerio de Defensa. Fundado en 1924. Circulación en 1985: 2,2 millones de ejemplares.

Estrella Roja (orden de la): condecoración militar instituida en 1930.

EZHOV, Nikolái Ivánovich (1895-1939/40?): miembro del PCUS desde 1917 y dirigente de la Seguridad Estatal desde 1936. Al sospechar que Beria iba a sucederle le acusó de haber colaborado con los *mus-savatistas.* Beria se defendió desenterrando un sumario instruido por Rostov contra Ezhov como informante de la policía zarista. En 193 fue internado en un manicomio, donde se cree que se ahorcó.

Facultad obrera (rabfak): centros de enseñanza media reservados a los obreros destacados. Tres cursos (cuatro para los estudios nocturnos) daban acceso a la enseñanza superior. Existieron entre 1919 y 1940.

FChO: véase Ferrocarril Chino-Oriental.

FÉLIX EDMÚNDOVICH: véase Dzerzhinski.

Ferrocarril Chino-Oriental: el ferrocarril transmanchuriano de San Petersburgo a Vladivostok y Port Arthur. Fue construido por Rusia entre 1897 y 1903.

Finlandia (guerra de): estalló el 30 de noviembre de 1939 tras un ataque de la URSS, que se declaró «agredida». Tras más de tres meses de grandes pérdidas (muy desproporcionadas en comparación con el poderío de ambos países) concluyó con un tratado de paz, en virtud del cual Finlandia debía ceder el istmo de Carelia.

FIGNER, Vera Nikolayevna (1852-1942): miembro del comité ejecutivo de *Naródnaya Volia*, tomó parte en la preparación de diversos atentados. Estuvo veinte años encerrada en una celda de aislamiento en *Schlisselburg* (1883-1904). Exiliada en 1906, en 1915 regresó al país y simpatizó con los *eseristas.* Autora de unas memorias, su figura simboliza los sufrimientos de los revolucionarios. Gracias a su discreción gozó de plena libertad en tiempos de Stalin.

FILONENKO, Maximilián Maximiliánovich: *Socialista revolucionario* de derecha. Dirigió las fuerzas antibolcheviques en Arjánguelsk en 1918.

FIÓDOR IVÁNNOVICH (1557-1598): hijo de Iván el Terrible, zar desde 1584 hasta su muerte, con la que acaba la dinastía *Rúrikov.* Hombre débil de cuerpo y mente.

fortaleza de Pedro y Pablo: construida por *Pedro I* en San Petersburgo en 1703 en el delta del Nevá. Dos de sus seis bastiones eran prisiones políticas. Se utilizó como prisión desde 1718 hasta principios de los años veinte.

forro blanco (los del): estudiantes aristócratas antirrevolucionarios. Denominados así debido a sus abrigos con forro de seda blanca.

FRANK, Semión Liudvígovich (1877-1950): filósofo y pensador religioso, discípulo de Soloviov. Deportado en 1922.

Frunze: capital de la RSS de Kirguisia. Actualmente Bishkek (capital de Kirguistán).

fusileros letones: cuerpo de élite creado por el zar en 1915. La mayoría de fusileros eran de extracción social modesta, hecho que propició su rápida aceptación del ideario bolchevique. Desempeñaron un papel crucial durante la Revolución.

Gabinete de su Majestad: entre 1741 y 1917, organismo que administraba las tierras propiedad personal del emperador y su familia en el Altai, el Baikal y Polonia. Nacionalizadas en virtud del *Decreto sobre la Tierra.*

gallifet: pantalón militar (de montar).

GAMÁRNIK, Yan Borísovich (1894-1937): jefe de la Dirección Política del Ejército Rojo desde 1929 y más tarde vicecomisario del pueblo para la defensa. Se suicidó tras ser denunciado como «enemigo del pueblo».

GARIN, Nikolái (seudónimo de Nikolái Geórguevich Mijailovski) (1852-1906): ingeniero de transportes, colaboró en el tendido del ferrocarril transiberiano. Es autor de una tetralogía dedicada a la suerte que corrió la intelectualidad técnica formada en los liceos zaristas *(La infancia de Tioma, Los colegiales, Los estudiantes y Los ingenieros).*

GAUTIER, Yuri Vladímirovich (1873-1943): historiador y arqueólogo. Arrestado en 1929 y condenado en 1931. Al cabo de varios años regresó a Moscú. Académico desde 1939.

GB (Gosudárstvennaya Bezopásnost): Seguridad del Estado.

GHERNETT, Mijaíl Nikoláyevich (1874-1953): criminalista, científico emérito de la URSS (1928). Su obra fundamental es *Historia de las cárceles zaristas*, en 5 tomos (1841-1856).

Glavkom (Glavny Komitet): comité de dirección de cada sector económico. Casi doscientos en total, equivalían a ministerios.

Gobierno provisional: gobierno de coalición tras el derrocamiento del zarismo (marzo a noviembre de 1917). Encabezado primero por el príncipe Georgui Lvov y más tarde por *Kerenski*. Preveía la convocatoria de una *Asamblea Constituyente*. Derrocado por los bolcheviques.

GÓLIKOV, Filip Ivánovich (1900-1980): jefe militar. En octubre de 1944 organizó la repatriación de los rusos prisioneros de los alemanes. Mariscal de la Unión Soviética.

Gorki: véase Nizhni-Nóvgorod.

GORKI (pseudónimo de Péshkov), Alexéi Maksímovich (1868-1936): escritor raso próximo en sus primeros tiempos a los círculos de los *narodnik*, si bien a principios de siglo se acercó a Lenin y los bolcheviques. Acogió la Revolución con reservas y criticó ferozmente a los bolcheviques en una serie de artículos titulada *Pensamientos inoportunos* (1917-1918). Más tarde aceptó colaborar con los organismos culturales soviéticos. Vivió en el extranjero entre 1921 y 1928. Regresó a Rusia y puso su prestigio al servicio de Stalin, ensalzando los éxitos de los Órganos. Promotor de la Unión de Escritores en 1934, iniciador del realismo socialista. Muerto en circunstancias extrañas.

Gorki Leninskie: población a 35 km al sudoeste de Moscú en la que murió Lenin tras pasar en ella los últimos días de su vida.

Gosplán (Gosudárstvennyi Planovyi Komitet): el Comité de Planificación Estatal, encargado de diseñar centralizadamente el desarrollo económico y social. Creado en febrero de 1921.

GOTZ, Abram Rafaílovich (1882-1940): importante dirigente eserista, primer presidente del Soviet de Petrogrado en 1917. Condenado en 1922 y luego amnistiado. Probablemente fusilado en Almá-Atá.

Gran Guerra Patria: Denominación con que se conoce en Rusia la guerra contra Alemania, desde la invasión alemana en 1941 hasta la toma de Berlín en 1945.

Gran Ruptura, Año de la (veliki perelom): Stalin denominó así al año 1929, cuando se puso en marcha la colectivización agraria tras haber quedado desarticulada la *oposición de derechas* y haber sido exiliado *Trotski*.

Granat: diccionario enciclopédico editado entre 1910 y 1948, con una cincuentena de tomos. Sus sucesivas reediciones coincidían con periodos de liberalización. Debe su nombre a los hermanos Granat: Alexandr (1861-1933) e Ignati (1863-1941) Naúmovich, fundadores en 1892 de una editorial nacionalizada en 1917 y absorbida en 1939 por la Enciclopedia Soviética.

GRIBOYÉDOV, Alexandr Serguéyevich (1795-1829): diplomático y dramaturgo, autor de *La desgracia de tener ingenio*. Cómplice durante cierto tiempo de la conjura *decembrista*.

GRIGÓRIEV, Iósif Fiódorovich (1890-1949): Eminente geólogo soviético.

GRIN (pseudónimo de Grinevski), Alexandr Stepánovich (1880-1932): autor de novelas de aventuras.

GRINÉVITSKI, Ignati loajímovich (1856-1881): miembro de *Naródnaya Volia,* lanzó una bomba contra el carruaje de *Alejandro II* y le causó la muerte. Murió con la explosión.

GROHMAN, Vladímir Gustávovich (1874-?): menchevique, funcionario del *Gosplán.* Arrestado en 1930 y condenado al año siguiente a diez años de prisión, que empezó a cumplir en el *izoliator* de Verjni Uralsk. Su pista se pierde ahí.

GROMYKO, Andréi Andréyevich (1909-1989): hombre de Estado y diplomático, embajador en los EE.UU. durante la guera, representante permanente de la URSS ante la ONU (1946-1948), viceministro y posteriormente ministro de AA.EE. (1953-1987).

Guardia Interior: véase VOJR.

guía (vozhd): uno de los epítetos empleados para ensalzar a Stalin. Podía emplearse con otros dirigentes.

GUILLERMO: Guillermo II (1859-1941), último emperador de Alemania (1888-1918).

GUINZBURG, Evguenia Semiónova (1906-1977): periodista y escritora. Arrestada y deportada (1937-1947), confinada en Magadán (1947-1951), encarcelada de nuevo (1951-1956). Posteriormente rehabilitada. Autora de memorias: *Viaje el vértigo* (1967) y *El cielo de Kolymá* (1980) circularon durante mucho tiempo clandestinamente, hasta acabar siendo publicadas en la URSS. El capítulo «El vagón n° 7» pertenece al primer volumen y en él se describe un traslado de la prisión de Yaroslavl a los campos de *Kolymá.*

GUL, Román Borísovich (1896-1986): escritor especializado en historia. Exiliado en Nueva York, donde dirigió la revista *Novi Zhumal.*

GUMILIOV, Nikolái Stepánovich (1886-1921): poeta *acmetsta,* fusilado por supuesta conjura antisoviética. Primer marido de *Anna Ajmátova.*

GVOZDEV, Kozmá Antónovich (1883-1957): obrero y líder menchevique, ministro de Trabajo del cuarto *gobierno provisional.* Arrestado el mismo día de la Revolución de Octubre (por haber sido ministro) y puesto en libertad a los dos días. Desde 1930 (o tal vez antes) su vida transcurrió entre campos y prisiones.

HASS, Fiódor Petróvich (1780-1853): nombre ruso adoptado por Frie-drich-Joseph Gaas, médico oriundo de Alemania. Desde 1828 director médico de prisiones en Moscú. Luchó toda su vida porque mejoraran las condiciones de los presos. Creó una enfermería (1832) y escuelas para los hijos de los detenidos.

HAW-HAW (lord): William Joyce (1900-1946), sobrenombre dado por los británicos durante la segunda guerra mundial al locutor inglés de la radio nazi.

Hehalutz: el movimiento sionista que preparaba jóvenes judíos para su asentamiento en Tierra Santa. Fue el fundador de la mayoría de los *kibbutzim.*

Heraldo socialista, el: revista de los mencheviques publicada en París.

hijos del Gulag: los reclusos veteranos, máximos conocedores de su organización y secretos.

HIPPLUS, Zinaida Nikoláyevna (1869-1945): escritora y poetisa, esposa de *Merezhkovski.* Emigrada tras la Revolución.

Hiwi: Hilfswillige, los voluntarios rusos del Ejército alemán durante la Segunda Guerra Mundial.

Hun-vei-bin: jóvenes guardias rojos en la China de Mao.

Iglesia viva (1922-1945): organización dentro de la Iglesia ortodoxa rusa que abogaba por la modernización del culto y la doctrina, a la vez que manifestaba su apoyo y lealtad al régimen soviético mediante un «cristianismo comunista». Los *zhivotserkóvniki* propugnaban la supresión de las órdenes religiosas y exigían que se retirara el hábito al patriarca *Tijon.*

ILIN, Iván Alexándrovich (1882-1954): filósofo religioso. Desterrado en 1922.

intensivnik: el término, acuñado por las autoridades en los años veinte, se refería a los campesinos que querían llevar una hacienda próspera sin ayuda de jornaleros. Eran campesinos que sabían leer y que por tanto podían actualizar sus conocimientos por cuenta propia (por ejemplo con revistas como *El agrónomo autodidacta).* El gobierno los promocionó y les concedió préstamos y semillas, si bien más tarde los rebautizó como *kulaks.*

interior (prisión): las vnutriankas dependientes directamente del Ministerio del Interior.

Internacionales socialistas: Primera (1864-1876), Segunda (1891 hasta principios de los años veinte), Segunda «y media» (conciliatoria: 1921-1923), Tercera (Komintern: 1919-1943). La Segunda y la Segunda «y media» se fusionaron para crear la Internacional Obrera Socialista; la Cuarta (fundada en 1938) era Trotskista.

Inturist: organismo central para el turismo extranjero. Sovturist se ocupa del turismo nacional.

IOSIF VISARIÓNOVICH: *véase* Stalin.

ISABEL (Elizabeta Petrovna) (1709-1761): Hija de *Pedro* I y Catalina I, proclamada emperatriz en 1741 tras un golpe palaciego contra su hermano menor.

isba: vivienda tradicional del campesino ruso.

islas de San Petersburgo: las tres islas septentrionales del delta del Nevá. En ellas hay parques, zonas de recreo e instalaciones deportivas, como el estadio Kírov construido en 1950.

ITL (Ispravítelno-Trudovoi Lager): Campo de Trabajo Correccional.

Iván Kalita (P-1340): Príncipe de Moscú (Ivan I). Sentó los cimientos políticos y económicos del poderoso estado moscovita.

IVANOV-RAZÚMNIK (pseudónimo de Ivanov), Razúmnik Vasílievich (1876-1946): historiador especialista en literatura y pensamiento rusos. Sociólogo próximo a la izquierda *eserista,* pasó por las prisiones zaristas (1901). Tolerado hasta finales de los años veinte, fue ingresado en numerosas prisiones y sometido a vigilancia domiciliar. Se trasladó a Alemania en 1941 y murió allí en un campo de refugiados. Sus memorias postumas *(Prisiones y exilios)* se publicaron en Nueva York en 1953.

IZGÓYEV (pseudónimo de Lande), Alexandr Solomónovich (1872-1935): publicista, pasado del marxismo legalizado al *partido constitucional-democrático.* Desterrado en 1922, se estableció en Haapsalu (Estonia), donde murió.

IZMÁILOV, Nikolái Vasílievich (1893-1981): historiador de la literatura, especialista en Pushkin y yerno de *Platónov.* Arrestado en 1929. Encarcelado entre 1930 y 1934.

izoliator: tras la Revolución, cárcel de régimen especial destinada a presos políticos de otros partidos y comunistas de otras tendencias. A finales de los años treinta estas prisiones se integraron en el sistema general.

Jaljin-Gol: a fines de mayo de 1939 las tropas japonesas se adentraron en Mongolia, en la cuenca de este río. El 20 de agosto el ejército soviético acudió en ayuda de los mongoles. En diez días los japoneses perdieron cincuenta mil hombres (la mitad muertos) contra diez mil bajas del contingente soviético-mongol.

Jarkov (bolsa de): se formó tras una precipitada ofensiva soviética en mayo de 1942. Los alemanes tomaron más de cien mil prisioneros.

Jassán: lago en la frontera entre Siberia y Corea. Japón ocupó la región el 31 de julio de 1938. A los diez días los soviéticos, al mando del mariscal *Blücher,* recuperaban el territorio al precio de 236 vidas contra 600 de los japoneses.

jefe del zemstvo: institución creada en 1889 por *Alejandro III.* Eran designados entre los nobles y terratenientes. Los jefes de zemstvo desempeñaban funciones administrativas y de control, y se convirtieron en la primera instancia judicial para el campesinado.

Jimki: puerto fluvial al noroeste de Moscú.

JRUSCHOV, Nikita Serguéyevich (1894-1971): secretario general del partido tras la muerte de Stalin, cuyos crímenes denunció (1956, 1961). Presidente del Consejo de Ministros (1958) tras desmantelar una «conjura anti-partido» (1957). Obligado a dimitir en 1964.

JRUSTALIOV-NOSAR, Piotr Alexéyevich (pseudónimo de Nosar, Geor-gui Stepánovich) (1877-1918): menchevique, presidente del primero de todos los soviets (Soviet de diputados Obreros de Petrogrado, octubrenoviembre de 1905). En 1918 se opuso a los bocheviques en Ucrania. Fusilado a finales de 1918.

junker (del alemán): en los siglos XVIII y principios del XIX, todo joven de origen noble alistado voluntariamente. A partir de 1864 alumnos de la escuela de oficiales del Ejército Imperial.

kadetés: miembros del Partido Constitucional Democrático.

KAGANÓVICH, Lazar Moiséyevich (1893-1991): miembro del Comité Central entre 1924 y 1957. Cardenal gris de Stalin entre 1932 y 1934, dirigió la colectivización agraria y fue uno de los instigadores de la gran purga de 1936-1938.

KALININ, Mijaíl Ivánovich (1875-1946): jefe nominal del Estado tras 1919 (presidente del VTsIK y después del presidium del Soviet Supremo). En 1917 era el único dirigente de origen campesino, razón por la que se le conocía como «el stárosta de toda Rusia y de toda la Unión». (Para stárosta véase *síndico.)*

KAMENEV (Rosenfeld), Lev Borísovich (1883-1936): uno de los principales dirigentes bolcheviques. Tras la muerte de Lenin, dirigió el partido junto con *Zinóviev* y Stalin, para aproximarse más tarde a Trotski.

Expulsado del partido en 1927, readmitido y vuelto a expulsar y arrestado en 1934. Condenado a muerte en el primer proceso de Moscú y ejecutado. Rehabilitado *post mortem* en 1988.

Kamenoostrovski (avenida): prestigiosa arteria en San Petersburgo, denominada en época soviética «avenida Kírov».

Kamysh-lag: zona de campos en la región de Kemerovo (Siberia central).

KAPLAN, Fanny, alias Dora (1893-1918): militante eserista. Ejecutada tras haber intentado asesinar a Lenin el 30 de agosto de 1918.

Karagandá: localidad e inmensa zona de campos en el nordeste de Kazajstán.

KARAKÓZOV, Dmitri Vladímirovich (1840-1866): estudiante revolucionario. Intentó asesinar a *Alejandro II* el 4 de abril de 1866. Ejecutado en la horca. Sus cómplices fueron desterrados a Siberia o condenados a trabajos forzados.

Kargopol-lag: los campos de Kargopol, al este del lago Onega.

KARKLIN: presidente de uno de los tribunales revolucionarios, de nacionalidad letona (de ahí su uso incorrecto del ruso).

KARSAVIN, Lev Platónovich (1882-1952): filósofo y pensador religioso, experto en historia medieval. Desterrado en 1922, se estableció en Lituania. Arrestado y trasladado en 1949 a un campo penitenciario, donde murió.

KARTASHOV, Antón Vasílievich (1875-i952): en 1917 *procurador general* del Santo Sínodo y más tarde ministro de Cultos del *Gobierno Provisional.* Exiliado a Francia, donde murió.

kasha: cereales cocidos con agua o leche. Según la proporción de líquido y el tiempo de cocción, su consistencia puede variar entre la de una sopa o un plato de arroz.

KASSO, Lev Aristídovich (1865-1914): ministro de Instrucción Pública entre 1910 y 1914. Persiguió al profesorado progresista y al estudiantado revolucionario.

KATANIÁN, Rubén Pávlovich (1881-1966): Jurista y más tarde diplomático (1921-1923). Vicefiscal general, primero de Rusia y posteriormente de la URSS (1923-1937). Arrestado a finales de 1937, fue rehabilitado en 1953 y se le conceció una pensión a título personal.

Katyn: bosque a a catorce kilómetros de Smolensk donde el 13 de abril de 1943 los alemanes descubrieron varias fosas comunes. Contenían los cadáveres de 15.000 oficiales polacos prisioneros de la URSS desde septiembre de 1939, cuando ésta aprovechó la invasión alemana para ocupar la parte oriental de Polonia. El 20 de abril *Sikorski* exigió una investigación pero el Kremlin rompió relaciones con Polonia, la acusó de «colaboración con los nazis» y responsabilizó a Alemania. Moscú mantuvo esta postura durante cincuenta años, hasta la llegada de Gorbachov. Pudo saberse entonces que la orden de ejecución fue acordada por Stalin el 4 de marzo de 1940.

KAZAKOV, Ignati Nikoláyevich (1891-1938): médico acusado de haber asesinado a dirigentes soviéticos empleando «lisatos» (anticuerpos). Fusilado en 1938.

Kerch: localidad y península en Crimea. Teatro de una desafortunada actuación militar soviética en diciembre-enero de 1941 y mayo de 1942.

KERENSKI, Alexandr Fiódorovich (1881-1970): Dirigente *eserista.* dirigió el *gobierno provisional* desde julio de 1917 hasta llegada la Revolución. Huyó a Francia y murió en Nueva York.

KíM IL SUNG (1912-1994): desde 1948 hasta su muerte, dirigente absoluto de Corea del Norte. Sucedido por su primogénito Kim Jong II.

KÍROV, Serguéi Mirónovich (1886-1934): verdadero apellido: Kóstrikov. Primer secretario del partido en Leningrado desde 1926, miembro del Politburó desde 1930. Muy próximo a Stalin, su asesinato — seguramente provocado por el dictador — desencadenó una oleada de represión política. Desde 1936 la ciudad de *Viatka* llevó su nombre.

KISHKIN, Nikolái Mijáilovich (1864-1930): Dirigente *kadeté,* miembro del *gobierno provisional.* Juzgado tras la Revolución por «actividades contrarrevolucionarias». Uno de los fundadores del *Pomgolen* 1921. Fusilado a finales de 1918.

Kislovodsk: famosa zona de balnearios en el Cáucaso Septentrional.

KIZEVETTER, Alexandr Alexándrovich (1866-1933): historiador y dirigente *kadeté.* Exiliado en 1918, se estableció en Praga.

KLIUCHEVSKI, Vasili Osípovich (1841-1911): célebre historiador, académico (1900) y miembro honorífico (1908) de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Autor, entre otras obras, de un Curso *de Historia de Rusia.*

KLIÚYEV, Nikolái Alexéyevich (1887-1937): poeta de origen campesino, sus motivos habituales eran religiosos, arcaicos, místicos y folclóricos. Arrestado en 1933, deportado a Narym y muerto en Siberia. Rehabilitado *post mortem* y publicado por primera vez en 1987.

Koba: el pseudónimo que más había utilizado Stalin en la clandestinidad.

KOESTLER, Arthur (1905-1983): escritor inglés de origen húngaro. En su obra *El cero y el infinito,* que evoca los procesos de Moscú, el protagonista razona como *Bujarin.*

KOGAN, Lazar Iósifovich: antiguo anarquista convertido en bolchevique. Jefe adjunto de las tropas de la OGPU. Dirigió las obras del *Bielo-morkanal.*

KOLCHAK, Alexandr Vasílievich (1873-1920): almirante, comandante de la Flota del mar Negro entre 1916 y marzo de 1917, cuando dimitió a causa de la Revolución de Febrero y emigró a EE.UU. Durante la guerra civil regresó a Rusia por Siberia y dirigió entre 1918 y 1920 un régimen militar denominado Estado Ruso. Su poder como «regente supremo» se extendía desde Omsk por toda Siberia, los Urales, la región del Volga y el Extremo Oriente. Fue derrotado y fusilado por los bolcheviques.

koljós (kolektívnoye Jozaistvo): granja colectiva, menor que el sovjós o granja estatal. Los koljoses estaban constituidos por grupos de agricultores que debían percibir una parte de la producción según el número de jornadas de trabajo que hubieran aportado. Los sovjoses, en cambio, funcionaban como empresas industriales, es decir: con mano de obra asalariada.

Kolpino: localidad industrial al sudeste de San Petersburgo.

KOLTSOV, Nikolái Konstantínovich (1872-1940): eminente genetista. Adversario de *Lysenko.* Creador de una escuela biológica experimental.

Kolymá: región fluvial siberiana rica en minerales y yacimientos de oro. Fue una de las zonas más duras de reclusión, únicamente accesible desde el océano Glaciar Ártico y unos pocos meses por tierra.

Komintern: la Tercera *Internacional Socialista* (1919-1943) que agrupaba a los partidos comunistas de varios países.

Komsomol (Kommunistícheskyi Soyúz Molodiozhi): Unión de Jóvenes Comunistas. Órgano juvenil del PCUS.

KORNÍLOV, Lavr Gueórguevich (1878-1918): comandante en jefe del Ejército Ruso en 1917. En septiembre 1917 intentó derribar el gobierno provisional para implantar un régimen militar.

KOROLENKO, Vladímir Galaktiónovich (1853-1921): escritor ruso, autor, entre otras obras, de *El sueño de Makar*, *El músico ciego y Junto al río.* Defensor de la justicia social y de los ideales humanistas y democráticos.

KOTLIAREVSKI, Serguéi Andréyevich (1873-?): jurista y militante *kadeté.* Condenado en 1920 a cinco años de prisión con suspensión de sentencia. Profesor en la Universidad de Moscú. Arrestado en 1940 y desaparecido.

KPZ (Ramera Predvaritelnovo Zakliucheniya): Celda de Reclusión Preventiva.

KR (kontrrevolutsioner): contrarrevolucionario KRA (Kontrarevoliutsionaya Aguitátsiya): Agitación Contrarrevolucionaria, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

KRÁSIKOV, Piotr Ananievich (1870-1939): bolchevique y compañero de Lenin desde los primeros tiempos. Abogado y fiscal (1924-1933), más tarde vicepresidente (1933-1937) del Tribunal Supremo. Destituido y liquidado.

Krásnaya Presnia: el barrio obrero de Presnia en el oeste de Moscú, denominado «rojo» (krásnaya) para conmemorar su revuelta en diciembre de 1905.

KRASNOV (pseudónimo de Levitin), Anatoli Emanuílovich (1915-1991): escritor religioso, pasó varios años en los campos en época de Stalin. Disidente desde 1960, sufrió varios arrestos.

KRASNOV, Piotr Nikoláyevich (1869-1947): general blanco. Por orden del primer ministro *Kerenski* organizó en octubre de 1917 una revuelta antibolchevique que tuvo Petrogrado amenazado durante un mes. Durante la guerra civil fue comandante de los regimientos cosacos hasta que en 1919 los aliados le obligaron a subordinarse al general *Deníkin.* Sus diferencias con el general le hicieron emigrar a Alemania donde, entre 1939-1945, colaboraría con los nazis en la creación de nuevos regimientos cosacos. Entregado por Gran Bretaña a los soviéticos, fue condenado a la horca.

KRD (Kontrarevoliutsionaya Deiátelnost): Actividades Contrarrevolucionarias, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

KRDT (Kontrarevoliutsiónaya Trotskístskaya Deiátelnost): Actividades Trostskistas Contrarrevolucionarias, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

KRM (Kontrarevoliutsiónoye Myshléniye): Ideas Contrarrevolucionarias, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

Kronstadt (motín de): puerto base de la flota del Báltico, situado en una isla de Petrogrado. El 28 de febrero de 1921, su guarnición se rebeló contra el *comunismo de guerra,* y exigió concesiones económicas para los

obreros y campesinos, así como la libre elección de soviets (la mayoría de reclutas eran de origen campesino). Todo ello sintonizaba con el espíritu de la *oposición obrera* que ya inquietaba al partido. El 17 de marzo de 1921 el Ejército Rojo sofocó la revuelta tras un encarnizado combate. La protesta de estos marineros, que habían tenido un papel heroico durante la Revolución, fue un duro golpe para el prestigio del partido y precipitó la adopción de la *NEP*.

KRYLENKO, Nikolái Vasílevich (1885-1938): miembro del partido comunista desde 1904 y alférez del Ejército Imperial, se dedicó a la propaganda bolchevique en las filas del Ejército. Tomó parte activa en la Revolución de Octubre y reemplazó a *Dujónin* como comandante en jefe del Ejército. Desde 1918 en la administración de justicia, donde organiza los *tribunales revolucionarios*, preside el Tribunal Revolucionario Supremo y más tarde actúa como fiscal. Comisario del Pueblo de Justicia de la RSFSR (1931) y de la URSS (1936). Cuando Stalin quiso rebajar la edad penal y la pena capital a los doce años, se opuso al proyecto. Destituido y fusilado. Rehabilitado *post mortem.*

KRYLOV, Iván Andréyevich (1768-1844): célebre autor de unas doscientas fábulas en que reflejó los personajes, costumbres y sociedad de su tiempo. Legó al idioma ruso un tesoro de giros y refranes populares.

KRUGLOV, Serguéi Nikíforovich (1907-1977): número dos del *SMERSH* (1943-1946), vicecomisario del pueblo de Interior (1938-1946), sucesor de Beria como comisario del pueblo y posteriormente ministro del Interior (1946-1953). Ministro de la Seguridad del Estado (julio de 1953-marzo de 1954).

Kubán: Región del Cáucaso septentrional poblada por cosacos. Río que desemboca en el Caspio. Uno de los centros del movimiento *blanco.*

Kuibyshev: hasta 1935 *Samara.*

KUIBYSHEV, Valerian Vladímirovich (1888-1935): miembro del Polit-buró desde 1927, presidente del Gosplán desde 1930. Murió «súbitamente».

kulaks: víctimas de la colectivización agraria durante el estalinismo. Los campesinos «neos» se habían convertido gracias a la *NEP* en la clave de la economía rural, puesto que mientras el campesino pobre comía lo que cosechaba, el campesino neo producía para el mercado como pequeño empresario. En 1924, a pesar del éxito de la cosecha el Estado no recibió tanto grano como esperaba y acusó a los kulaks de escamotearlo para vender los excedentes (habían aparecido comerciantes privados y los precios se habían duplicado en cinco meses). Millones de campesinos de Ucrania y el Cáucaso septentrional fueron deportados a Siberia y Asia Central.

Kursk-Orel (batalla de): el último intento de los alemanes de recuperar la iniciativa en un saliente soviético del frente del este (5 de julio-25 de agosto de 1943). La incursiva provocó una rápida contraofensiva de los soviéticos, que recuperaron Orel y Jarkov.

KURSKY, Dmitri Ivánovich (1874-1932): jurista, bolchevique desde 1904, comisario del pueblo de Justicia (1918-1928). Posteriormente embajador en Italia (1928-1932).

KUSKOVA, Ekaterina Dmitrievna (1869-1958): antigua militante *kadeté* y *eserista.* Miembro activo del *Pomgol.* Expulsada del país en 1922. Fue esposa de *Prokopovich.*

Kusnets (cuenca del): cuenca hullera del río homónimo, en Siberia, en la región de Kemerovo. Conocida también por la contracción rusa Kusbas.

KUTÚZOV, Mijail Iliariónovich (1745-1813): comandante de las tropas rusas en la guerra contra Napoleón (1812). Durante la batalla de Moscú, aunque el ejército francés superaba al ruso en una proporción de cinco

a uno, Kutúzov consiguió la victoria retrocediendo súbitamente en el segundo día de combate y permitiendo que Napoleón tomara Moscú. Esta derrota aparente decidió, a la larga, el curso de la guerra.

Kuznetski Most: «Puente de los Herreros», calle en el centro de Moscú. Famosa en otro tiempo por sus establecimientos de modas. Desemboca en la plaza Lubianka.

KUZNETSOV, Vasili Ivánovich (1894-1964): coronel-general en 1943.

La Perouse (estrecho de): separa la isla de Sajalín del Japón (Hokaido).

LAPSHIN, Iván Ivánovich (1870-1948): filósofo desterrado en 1922. Se estableció en Praga, donde murió.

LARIN, Yuri (pseudónimo de Lourié, Mijail Alexándrovich) (1882-1932): antiguo menchevique pasado en 1917 a los bolcheviques. Economista, desde 1917 fue miembro de la presidencia del *VSNJ*. Miembro del *VTsIK.* Contribuyó a crear el sistema de planificación económica.

LATSIS, Martyn Ivánovich (alias de Sudrabs, Yan Fridrijovich, 1888-1938): de origen letón, entre 1918 y 1921 miembro de la cúpula de la Cheká y presidente en 1919 de la misma en Ucrania. Arrestado en 1937 y rehabilitado *post mortem.*

Lefórtovo: temida prisión en la zona este de Moscú.

LELIUSHENKO, Dmitri Danílovich (1901-1987): general y comandante durante la segunda guerra mundial.

Lemberg: nombre alemán de Lvov (Lviv en ucraniano, Lwow en polaco, Leopol en rumano). Capital de la Ucrania occidental.

Lemnos: isla en el mar Egeo. En 1920 pasó de Turquía a Grecia.

LÉRMONTOV, Mijaíl Yúrievich (1814-1841). Poeta ruso, desterrado varias veces al Cáucaso y privado de sus condecoraciones militares por su actitud irreverente. Muerto en un duelo provocado por sus enemigos.

LEVITÁN, Yuri Borísovich (1914-1983): locutor de la radio soviética, célebre por el sonoro timbre de su voz que llegó a asociarse con el anuncio de los triunfos en la guerra.

LEVITIN: véase *Krasnov.*

libreta de trabajo (trudováya knízhka): desde 1939, documento en que se registra todo empleo superior a cinco días. Incluye informes sobre rendimiento, disciplina, distinciones, despidos y sus causas.

LIEBKNECHT, Karl (1871-1919): dirigente de la extrema izquierda de los socialistas alemanes y uno de los fundadores (1918) del PC alemán. Organizó la insurrección espartaquista de enero de 1919. Arrestado y asesinado junto con Rosa Luxemburgo.

LIJACHOV, Dmitri Sergúeyevich (n. 1906): filólogo e historiador. Entre 1928 y 1933 estuvo recluido en *Solovki,* donde realizó dos estudios de la vida carcelaria publicados posteriormente: *Juegos de naipes de los delincuentes* (1930) y *Elementos de primitivismo en la germanía* (1935). Autor de un importante análisis de *El cantar de las huestes del príncipe Igor* yacadémico desde 1970.

LIONIA: diminutivo de Leonid.

LIUBAVSKI, Matvei Kuzmich (1860-1936): historiador, académico (1929). Arrestado el mismo tiempo que *Platónov.* Murió estando deportado en Ufa.

LOCKHART, Roben (1887-1970): diplomático y periodista británico. Entre 1912 y 1917 fue vicecónsul y más tarde cónsul general en Moscú. Entre enero y septiembre de 1918, jefe de la misión británica ante los Soviets. Arrestado en agosto y expulsado en octubre.

LOMONÓSOV, Mijail Vasílievich (1711-1765): científico, poeta, filólogo e historiador. Sentó las bases del ruso literario. A él se deben, entre otros, el primer tratado ruso de retórica, la creación del primer laboratorio de química en Rusia y el descubrimiento de atmósfera en Venus. Prototipo del genio surgido del pueblo.

Longjumeau: localidad al sur de París. Sede en 1911 de una escuela de cuadros comunistas organizada por Lenin y *Zinóviev.*

LORIS-MELIKOV, Mijail Tarpelovich (1825-1888): ministro del Interior de Alejandro II de 1880 a 1881. Iniciador de una reforma que no se llevó a término.

LOSSKI, Nikolái Onufrievich (1870-1965): filósofo y pensador religioso. Desterrado en 1922, vivió hasta 1945 en Praga.

LOZOVSKI, Solomon Abrámovich (1878-1952): miembro del partido desde 1901, diplomático y hombre de letras. Su verdadero apellido era Dridzo. Alto funcionario de la Internacional Sindical Roja, entre 1939 y 1946 vice-comisario del pueblo de AA.EE. Destituido y ejecutado. Rehabilitado *post mortem.*

Lubianka: plaza y nombre de dos calles (Gran Lubianka y pequeña Lubianka) en el centro de Moscú. En la plaza se instaló la Cheká en el edificio de una antigua compañía de seguros.

Lubianka (prisión): la sede de los Órganos y símbolo del terror policial. La «Gran Lubianka» es de carácter nacional, la «pequeña Lubianka» era la prisión política de la región de Moscú.

LUDENDORFF, Erich (1865-1937): general alemán. Uno de los ideólogos del militarismo alemán. Durante la primera guerra mundial dirigió entre 1914-1916 las operaciones en el Frente Oriental y entre 1916 y 1918 el Estado Mayor. En 1923 protagonizaría junto con Hitler el golpe de Estado de Munich.

Lugansk: localidad ucraniana en la cuenca del Donets (de 1935 a 1958 y a partir de 1970, llamada Voroshilovgrad).

LUNACHARSI, Anatoli Vasílievich (1875-1933): teórico marxista de la cultura, el arte y la estética, acuñó el término «realismo socialista». Miembro del partido desde 1895. Entre 1917 y 1929 comisario del pueblo para la Enseñanza. Nombrado embajador en España en 1933. Enterrado en la Plaza Roja.

LUNIN, Mijaíl Serguéyevich (1787-1845): decembrista condenado a veinte años de presidio en Siberia. Escribió tratados filosóficos y políticos.

LYSENKO, Trofim Denísovich (1898-1976): agrónomo favorecido por Stalin y Jruschov. Presidente de la Academia de Agronomía. (1938-1956, 1961-1962). Detractor de la genética mendeliana defendida por *Vavílov.*

Magadán: puerto en la orilla norte del mar de Ojotsk. En tiempos del Gulag era el único acceso a **Kolymá**. Construido por los presos a partir de 1933.

MAKARENKO, Antón Semiónovich (1888-1939): pedagogo y escritor, organizó colonias de trabajo para jóvenes delincuentes.

MAISKI, Iván Mijáilovich (1884-1975): diplomático e historiador del siglo XIX español, su auténtico apellido era Liajovitski. Fue embajador en Gran Bretaña y viceministro de AA.EE. (1943-1946). Se adhirió a los bolcheviques en 1921 desde la fracción menchevique (1903 a 1919).

MALINOSVSKI, Román Vatslávovich (1876-1918): agente de la policía zarista infiltrado en lo más alto del partido bolchevique. Al ser descubierto huyó al extranjero en 1914. Regresó voluntariamente a Rusia en 1918 y fue fusilado.

MANDELSTAM, Ósip Emílevich (1891-1938): poeta ruso, arrestado y desterrado en 1934, arrestado de nuevo en 1938. Muerto en un campo de tránsito de Vladivostok. Rehabilitado *post mortem.*

Manifiesto del 17/30 de octubre de 1905: por el cual *Nicolás II* anuncia una reforma política. En él se promulgaban libertades civiles, el sufragio universal y la creación de una Duma (parlamento) con iniciativa legislativa. Las incesantes huelgas y levantamientos (Kronstadt, Krasnaya Presnia) hicieron que posteriormente se redujeran las libertades otorgadas.

Márfino: población al norte de Moscú, en la que se encontraba la *sharashka* descrita en *El primer círculo.*

MARKOS VAFIADHIS (1906-...): dirigente del Ejército Popular Griego de Liberación (ELAS) durante la segunda guerra mundial y creador del Ejército Democrático de Grecia, perdedor en 1949 de una guerra civil desencadenada tras la liberación aliada.

MARTOV (pseudónimo de Zederbaum), Yuli Osípovich (1873-1923): creador de la fracción *menchevique.* Autorizado a emigrar en 1920.

MASARYK, Jan (1886-1948): hijo del primer presidente de la República Checoslovaca, ministro de AA.EE. durante la liberación. Se arrojó por una ventana al día siguiente del golpe de Estado comunista en Praga. La tesis de su suicidio sigue siendo controvertida.

MAYAKOVSKI, Vladímir Vladímirovich (1893-1930): poeta futurista. Quiso crear una nueva poesía al servicio de la Revolución. Se suicidó.

MECK, Nikolái Kárlovich von (1863-1929): ingeniero de ferrocarriles e industrial en época zarista. Tras la revolución pasó a formar parte del Comisariado del Pueblo de Transportes. Acusado de «actividades contrarrevolucionarias» y fusilado.

MELGUNOV, Serguéi Petróvich (1880-1956): historiador y publicista. Fue uno de los dirigentes del Partido Socialista Populista. Se exilió a París en 1923.

mencheviques: en ruso «minoritarios». Fracción surgida en 1903 en el *PSDR.*

mencheviques georgianos: tras la Revolución el poder en Georgia pasó a los mencheviques, que formaron el primer gobierno de la Georgia independizada del Imperio. El menchevique Noé Jordania presidió la República de Georgia desde 1918 hasta febrero de 1921, cuando ésta pasó a formar parte de la URSS.

MÉNSHIKOV, Alexandr Danílovich (1673-1729): jefe militar y estadista, favorito de *Pedro* I, organizó la edificación de San Petersburgo. Durante el reinado de *Catalina I,* fue él en realidad quién dirigió el Estado. Casó a su hija con Pedro II, pero en 1727 sus adversarios consiguieron que el monarca lo desterrara a Beriózov y lo desposeyera de sus cuantiosos bienes.

«*menos*» (marcado en el pasaporte): restricción introducida en la página de empadronamiento que limitaba el derecho de residencia a una, dos, tres, etcétera, poblaciones de la URSS (por orden decreciente de población).

MENZHINSKI, Viacheslav Rudólfovich (1874-1934): desde 1919 miembro de la presidencia de la Cheká y vicepresidente a partir de 1923. Sucede a *Dzerzhinski* entre 1926 y 1934 al frente de la *OGPU.* Enterrado en la Plaza Roja, junto a la tumba de Stalin y otros dirigentes.

MERETSKOV, Kiril Afanásevich (1897-1968): general y comandante durante la segunda guerra mundial. Mariscal de la Unión Soviética (1944).

MEREZHKOVSKI, Dmitri Serguéyevich (1865-1941): escritor, poeta simbolista y crítico literario. Esposo de *Z. Hippius*. Emigrado en 1919.

Meteji (prisión de): en la capital georgiana, Tbilisi.

Metropol (hotel): situado entre las plazas Lubianka y Sverdlov (actualmente Teatrálnaya). Sede del VTsIK a principios de los años veinte.

metropolita: hasta la creación del patriarcado moscovita en 1598, dignatario supremo de la Iglesia en la Rus y la Moscovia. Posteriormente, el máximo prelado de una ciudad.

MGB (Ministerstvo Gosudársvenoi Bezopásnosti): Ministerio de Seguridad Estatal

MIAKOTIN, Venedikt Alexándrovich (1867-1937): historiador y publicista, uno de los fundadores del Partido Socialista Populista. Emigrado en 1918. Murió en Praga.

MÍEN, G. (general): comandante del regimiento de Semiónovsk que aplastó la insurrección de Presnia en diciembre de 1905. Asesinado en agosto de 1906 por un *eserista.*

MIJAÍL (emperador): Mijail Alexándrovich (1878-1918), hermano de Nicolás II, militante del partido *kadeté.* Renunció a la sucesión en marzo de 1917. Asesinado por los bolcheviques.

MIJAÍLOV, Nikolái Alexándrovich (1906-1982): secretario general del Comité Central del *Komsomol* (1938-1952). Secretario del Comité Central del PCUS, fue más tarde embajador en Polonia e Indonesia y ministro de Cultura.

MIHAJLOVIC, Draza (1893-1946): general yugoslavo de procedencia serbia. Entre 1941 y 1945 luchó al frente de los chetniks en la guerrilla contra los alemanes, pero también contra los partisanos comunistas de Tito. Abandonado por los ingleses y norteamericanos, tras la Liberación fue condenado a muerte y fusilado.

MIKOLAJCZYK, Stanislaw (1901-1966): sucesor de *Sikorski* al frente del gobierno polaco en el exilio. Defendía la independencia de Polonia y un régimen no soviético dentro de las fronteras de 1920 (es decir, incluyendo la franja occidental de Ucrania, Bielorrusia y Lituania, territorios ocupados por la URSS en 1939). Tras haber animado la insurrección de la *Armia Krajowa,* participó en 1945 en el gobierno provisional de tendencia prosoviética y se exilió tras el triunfo comunista en las elecciones de 1947.

MICOYÁN, Anastasi Ivánovich (1895-1978): durante los años treinta dirigió numerosos departamentos económicos, en particular el de Comercio Exterior. Miembro del Politburó (1935-1966) y jefe del Estado (1964- 1965). Jubilado en 1966. En 1918 fue el único de los comisarios de Bakú que no fue fusilado por los *blancos.* Las circunstancias no están claras.

MILIUKOV, Pável Nikoláyevich (1859-1943): historiador y uno de los fundadores del *Partido Constitucional Democrático,* del que fue nombrado presidente en 1907. Entre marzo y mayo de 1917 fue ministro de AA.EE. del Gobierno Provisional. Participó activamente en la sublevación de *Kornílov.* En 1920 se exilió en París, donde dirigió varias publicaciones. Murió en EE.UU.

Minusinsk: localidad situada en el curso alto del Yeniséi. Lugar clásico de deportación.

MIRBACH, Wilheim von (1871-1918): primer embajador alemán en Moscú tras la paz de *Brest-Litovsk.* Asesinado por los *eseristas* de izquierdas Bliumkiny N. Andréyev el 6 de julio de 1918.

MIROVICH, Vasili Yákovlevich (1740-1764): joven oficial que intentó organizar una revuelta palaciega frustrada en favor de Iván IV Antónovich y contra *Catalina II*. Ejecutado.

MÓLOTOV, Viacheslav Mijailovich (1890-1986): su verdadero apellido era Skriabin. Uno de los más íntimos colaboradores de Stalin, miembro del Politburó desde 1926, presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo entre 1930 y 1941, ministro de AA.EE. (1939-1949), destituido en 1957 (como integrante del complot antipartido). Excluido del PCUS en 1962 y readmitido en 1984. Uno de los «jubilados de oro», bajo Stalin su esposa fue arrestada y encarcelada (1949-1953).

Monasterio de la Trinidad: véase *San Sergio*.

MORÓZOV: dinastía de industriales textiles, el más conocido de los cuales fue Sawa Timofiéyevich (1861-1906), amigo de Gorki y mecenas del partido bolchevique.

Mosgoroformleniye: empresa estatal de publicidad en la vía pública de Moscú.

Musavat (igualdad): partido nacionalista y panislamista fundado en 1911 en Azerbaidzhán. Con apoyo de Turquía y Gran Bretaña gobernaron entre 1918 y 1920, cuando concluye la guerra civil y la república pasa a formar parte de la URSS.

NABÓKOV, Vladímir Vladímirovich (1899-1977): célebre escritor ruso-norteamericano. Hijo del dirigente *kadeté* Vladímir Dmítrevich Sirin, en 1919 emigró a Alemania. Entre 1937 y 1940 residió en Francia y posteriormente en Estados Unidos. Utilizaba el nombre de Sirin como seudónimo.

Najodka: puerto en el mar del Japón a un centenar de kilómetros al este de Vladivostok. Punto de partida hacia Magadán y Kolymá.

Naródnaya Volia (Voluntad popular): sociedad terrorista secreta opuesta al zarismo. Existió de 1879 hasta su desmantelamiento en 1881, cuando se crea la *ojrana* tras el asesinato de *Alejandro II*.

NARÓKOV (pseudónimo de Márchenko), Nikolái Vladímirovich (1887-1969): escritor. Emigró durante la segunda guerra mundial. Residió en Alemania y más tarde en Monterrey (California).

NATANSON, Mark Andréyevich (1850-1919): miembro de *Naródnaya Volia* y más tarde *eserista*. Uno de los fundadores de la izquierda eserista, acabó aliándose con los bolcheviques durante la primera guerra mundial. Murió en Suiza.

NEP: Nueva Política Económica (Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika), establecida por Lenin en el Décimo Congreso del partido (marzo de 1921). Su objetivo era paliar el daño ocasionado por la guerra civil y el *comunismo de guerra*, mediante concesiones al campesinado que protagonizaba revueltas desde 1918. Permitía, con limitaciones, la pequeña empresa y el comercio privados. Las reformas llegaron demasiado tarde para afectar la siembra de 1921.

Ello, junto con la sequía, causó el hambre en muchas regiones. Para 1922 las siembras se ampliaron, lo que produjo enormes cosechas ese año y el siguiente. En el año 1923-1924 el 75 por ciento de las exportaciones rusas eran productos agrícolas, incluidos cereales y aceite. La NEP comenzó a verse amenazada a finales de 1923 con la fatal enfermedad de Lenin y fue liquidada por Stalin a finales de 1927.

nepman: empresarios particulares, una nueva clase surgida de los pequeños comerciantes, que con la *NEP*

había ascendido a la categoría de empresarios a gran escala (en 1922 en Moscú se había llegado a crear una Bolsa comercial).

Nevá: revista literaria publicada en Leningrado desde 1955.

NEVSKI, Nikolái Alexándrovich (1892-1945): orientalista, experto en Japón y en la etnia tanguta. Residió en Japón desde 1915 hasta 1929, cuando regresó a Rusia por petición de la Academia de Ciencias. Arrestado en 1937, desapareció en los campos. Premio Lenin a titulo postumo (1962).

NICOLÁS I Pávlovich (1796-1855): tercer hijo de *Pablo* y hermano de Alejandro II, emperador desde 1825. Sofocó la rebelión de los *decembristas* y creó la Tercera Sección (policía política) dirigida por el conde Benckendorff. El día en que se ahorcó a los conspirados promulgó un manifiesto de perdón a los familiares de los encausados.

NICOLÁS II Alexándrovich (1868-1918): último emperador ruso. Hijo de Alejandro III, sucedió a su padre en 1894. Apodado *Nikolái Krouávyi* (el Sanguinario) por los bolcheviques, consideraba la defensa del zarismo un deber moral y religioso. Con frecuencia sus decisiones políticas estuvieron influidas por su esposa Alexandra Feódorovna y por *Rasputin*, un enigmático monje que le imponía ministros. Ejecutado por los bolcheviques junto con la familia real.

NIKOLÁI VASÍLEVICH: véase *Krylenko.*

Nikoláyev: puerto y astilleros en el mar Negro. Entre 1918 y 1920 sufrió varias ocupaciones militares.

Niva: revista ilustrada muy difundida antes de la Revolución.

Nizhni-Nóvgorod: importante población en la confluencia del Volga y del Oka. Entre 1932 y 1991 denominada *Gorki,* en honor del escritor.

NKGB (Narodni Komisariat Gosudárstvenoi Bezopásnosti): Comisariado del Pueblo para la Seguridad del Estado. Creado en 1941.

NKVD (Narodni Komisariat Vnútrenij Del): Comisariado del Pueblo del Interior.

Norilsk: zona de campos mineros especialmente mortíferos. Al norte del Círculo Polar. La localidad del mismo nombre (construida por los presos a partir de 1936) se halla al este de la desembocadura del Yeniséi.

Nóvgorod (república de): en la Rusia de los siglos XV y XVI, dirigida por una asamblea popular de nobles y campesinos, aunque en realidad, el poder estaba en manos de unas treinta familias de nobles terratenientes. El amplio uso de la escritura entre la población ha contribuido a mitificarla como una democracia ejemplar.

NÓVIKOV, Nikolái Alexéyevich (1744-1818): escritor, articulista y editor. Criticó la sociedad de su tiempo. Encerrado en la fortaleza de *Schlisselburg,* fue puesto en libertad tras la muerte de *Catalina II.*

Novorossilsk: puerto en la costa nordeste del mar Negro. En 1920 embarcaron en él hacia la emigración muchos combatientes del ejército *blanco.*

NOVORUSSKI, Mijaíl Vasilievich (1861-1925): militante de *Naródnaya Volia.* Participó en el fallido atentado del 1 de marzo de 1887 contra Alejandro III.Condenado a cadena perpetua. Hasta 1905 cumplió condena en la fortaleza de *Schlisselburg,* donde escribió unas memorias.

Nóvy Mir (Nuevo Mundo): revista literaria, órgano de la Unión de Escritores desde 1925. En los años

sesenta y setenta, bajo la dirección de Tvardovski, publicó las obras más audaces del deshielo, entre las que destaca *Un día en la vida de Iván Denísovich* de Solzhenitsyn.

NPGG (Nezakonnyi Perejod Gosudárstvenoi Granitsy): Cruce Ilegal de la Frontera Estatal, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

NSh (Nedokázani Shpionazh): Espionaje No Demostrado, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

NTS (Narodno-trudovoi Soyúz): Unión Popular del Trabajo. Organización de lucha contra el régimen soviético.

OBOLENSKI, Yevgueni Petróvich (1796-1865): decembrista, dio muerte al general Milorádovich ante el Palacio de Invierno. Condenado a pena de muerte conmutada a veinte años de trabajos forzados. Amnistiado en 1856. Murió en el destierro.

obshchina: entre los siglos XIX-XX, comunidades campesinas en las que la tierra y los medios de producción eran propiedad colectiva. Disfrutaban de un grado de autogestión total o parcial. El uso de las parcelas se repartía entre las familias por plazos de tiempo determinados.

Octubre (sala): la sala de columnas en la *Casa de los Sindicatos.*

Oficina de Información (informatsiónoye biuró): entre 1947 y 1956, organismo para el intercambio de experiencia y coordinación entre partidos comunistas u obreros de Bulgaria, Checoslovaquia, Francia, Hungría, Italia, Polonia, Rumania, URSS y Yugoslavia (sólo hasta 1948).

Ojótny Riad: calle de corto trayecto en el centro de Moscú denominada en época soviética Avenida de Marx. Conduce a la plaza *Lubianka.*

Ojrana (escrito a veces también como *Okhrana*) *:* literalmente «la protección» (de Departamento para la Protección de la Seguridad y Orden Públicos): policía política y servicio de inteligencia durante el zarismo (el cuerpo de *gendarmes* era su agente ejecutivo). De ámbito estatal, tenía centros en las principales ciudades.

OLÍTSKAYA, Ekaterina Lvovna (1888-1974): militante *eserista* en la clandestinidad a principios de los años veinte, conducida a *Solovki* (1924-1925), confinada en un *izoliator* (1925-1927), deportada a Asia Central y más tarde a Riazán, encarcelada entre 1932 y 1937, enviada a *Kolymá* (en el mismo vagón que Evguenia *Guínzburg)* y finalmente desterrada a Krasnoyarsk (1947-1955). A partir de entonces vivió en Uman (Ucrania). Autora de unas memorias, que circularon clandestinamente en la URSS y se publicaron por primera vez en Occidente en 1971 (Possev, Frankfurt).

OLMINSKI (pseudónimo de Alexándrov), Mijaíl Stepánovich (1863-1933): militante de *Noródnaya Volia* y más tarde bolchevique. Editor de Lenin y Plejánov. Crítico y periodista.

OLP (Otdélni Láguerni Punkt): Puesto de Campo Avanzado. Un campo de importancia local, la unidad más pequeña de funcionamiento del Gulag.

Onega (península del): en la costa suroeste del mar Blanco. Entre las islas Soloviets y Arjánguelsk.

óper: (operativny upolnomóchenny), véase delegado operativo.

oportunismo: según el dogma marxista oficial, todo aquello que contravenga los intereses del proletariado o que conciba el movimiento obrero en forma favorable a la burguesía.

oportunismo de derechas: según el dogma marxista-leninista oficial, toda teoría conciliatoria que niegue la necesidad de la revolución socialista, defienda el entendimiento entre clases y haga apología de la democracia burguesa. Conocido también como revisionismo.

oportunismo de izquierdas: otra forma de llamar, según el dogma marxista-leninista oficial, al trotskismo.

oposición obrera: formada en 1920 como primera disidencia dentro del partido, dirigida por Alexandra Kollontái y Alexandr Shliápnikov,que propugnaban el retorno a los ideales revolucionarios así como una mayor independencia de los sindicatos frente al creciente poder de la maquinaria del partido. Esta tendencia fue rechazada en 1921 durante el Décimo Congreso del partido. Ese mismo año muchos líderes y militantes de la facción fueron expulsados.

ORDZHONIKIDZE, Grigori Konstantínovich, alias «Sergo» (1886-1937): miembro del Comité Central desde 1912, fue uno de los dirigentes políticos en el ejército durante la guerra civil. Organizó la implantación del régimen soviético en el Cáucaso. Presidente desde 1930 del *VSNJ* y a partir de 1932, tras la reestructuración del *VSNJ*, Comisario del Pueblo para la Industria Pesada. Se suicidó (o fue inducido a ello) después de que su hermano fuera arrestado y ejecutado arbitrariamente. Sus cenizas se guardan en la Plaza Roja.

Ordzhonikidze: localidad en el Cáucaso Septentrional (Osetia del Norte). Hasta 1932 y actualmente de nuevo, Vladikavkaz. De 1944 a 1954 Dzaudzhijau.

Orel: véase Kursk.

OSO: Comisión Deliberativa Especial (Osóboye Sovechánie). Tribunal del NKVD-MVD entre 1934 y 1953. Sus tres miembros dictaban sentencia en ausencia del acusado. El autor explica su funcionamiento en el capítulo 7 de la primera parte.

Osoaviajim (Obshchestvo sodéistviya oborone, aviatsiónnomu i jimí-cheskomu stroítelstvu): Sociedad de Ayuda a la Defensa y a la Construcción Aeronáutica y Química. Organización de voluntarios, entre 1927 y 1948.

OSORGUIN (pseudónimo de Ilin), Mijaíl Andréyevich (1878-1942): periodista y escritor. Exiliado en 1922.

Ost: durante la segunda guerra mundial, el mando alemán dispuso de miles de deportados convirtiéndolos en *Ostarbeiter* (obreros del este) sometidos a una explotación despiadada.

Ostarbeiter: véase Ost.

Osterode: ciudad de Prusia oriental. Actualmente polaca (Ostróda).

ostrog: penitenciaría en la época zarista.

Ozior-lag: «Campos de los lagos», zona de campos en Siberia cerca de Taishet, de donde parte el *BAM*.

PABLO I (Pavel Petróvich) (1754-1801): hijo de Pedro II y *Catalina II.* Emperador desde 1796. Murió estrangulado en su dormitorio a manos de un grupo de oficiales. En la conspiración estaba implicada la nobleza, insegura ante su carácter despótico y excéntrico.

Palacio de recreo (potéshni dvorets): edificio en que, de niño, Pedro Ise entregaba a distintas diversiones sin supervisión de los mayores.

PALCHINSKY, Piotr Akímovich (1878-1929): economista e ingeniero de minas. Fusilado en prisión.

PANIN, Dmitri Mijáilovich (1911-1987): ingeniero, permaneció en el Gulag de 1940 a 1954. Compañero de *sharashka* de Solzhenitsyn, aparece caracterizado como Solgdin en *El primer circulo.*

Partido Constitucional Democrático: (KDP) *Partido Industrial* (Prompartia): Supuesta organización clandestina (1926-1930) dirigida y financiada desde París por grandes industriales y capitalistas rusos emigrados para sabotear el desarrollo industrial de la URSS. Solzhenitsyn trata de él extensamente en el capítulo 10 de la primera parte.

Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR): escindido tras su Segundo Congreso (1903) en dos tendencias: una minoritaria (mencheviques) seguidores de Martov y la mayoritaria (bolcheviques) de los fieles a Lenin, que posteriormente (tras la revolución) daría origen al Partido Comunista de la Unión Soviética. En su libro *Un paso adelante, dos pasos atrás* Lenin expone las divergencias entre ambas facciones.

Partido Socialista Revolucionario: véase eseristas.

pasamanos, el (shmon): en jerga penitenciaria, el cacheo o registro, tanto por parte de los celadores como de los *cofrades.*

PASTERNAK, Borís Leonídovich (1890-1960): escritor. Autor entre otros de los poemas *Mi hermana la vida* (1917) y *El teniente Schmidt* (véase este apellido), así como de la novela *El doctor Zhivago.* Premio Nobel de Literatura en 1958, se le obligó a rechazar el galardón.

Patriarca: Desde 1598 el máximo dignatario de la Iglesia ortodoxa.

patronímico: en ruso el nombre completo de una persona se compone de nombre, patronímico y apellido. El patronímico deriva del nombre del padre, con la desinencia -ovich, -evich, -ich (para hombres) o bien -ovna, -evna, -inichna, -ichna (para mujeres).

PAULUS, Friedrich (1890-1957): mariscal alemán. Se rindió en Stalingrado (1943). A partir de 1944, desde el cautiverio, tomó parte en una organización de oficiales antifascistas. En 1953 pasó a la RDA.

PAVLOVA, Anna Pávlovna (1882-1931): famosa bailarina del Ballet Ruso de *Diáguilev.* Tras varias giras, abandonó definitivamente Rusia en 1913 para establecerse en Londres.

peales (portianlci): calcetín tradicional ruso en forma de venda.

Pechora: gran río en la Rusia septentrional europea. Nace en los Urales. Ciudad situada en el curso medio del río, donde éste se cruza con el ferrocarril hacia Vorkutá. Zona de numerosos campos.

Pechón: ciudad situada al oeste de Pskov, cerca de la frontera con Estonia.

PD (Prestúpnaya Deyátelnost): Actividades delictivas, artículo-sigla empleado por la *OSO*.

PEDRO I Alexéyevich (1672-1725): zar desde 1682 y primer emperador de Rusia desde 1721.

pensión honorífica (o personal): de monto más elevado que las habituales, estaba destinada a personas con méritos especiales.

PERJÜROV, Alexandr Petrovich (1876-1922): comandante del ejército, antibolchevique. Fusilado en 1922.

perros (suki): *cofrades* que han traicionado el código de honor aceptando trabajos prohibidos por el hampa (por ejemplo, ayudar a levantar muros de prisiones, colocar alambre de espino, dirigir brigadas de trabajo correctivo). Enemigos de los «ladrones honrados», quienes los odian a muerte, la administración penitenciaria los ponía en celdas aparte para evitar ajustes de cuentas.

PESHEJÓNOV, Alexéi Vasílevich (1867-1933): socialista-populista, ministro del *Gobierno provisional*. Desterrado en 1922, murió en Riga. Enterrado en San Petersburgo.

PESHKOVA, Yekaterina Pávlovna (1876-1965): de soltera Vólzhina, esposa de *Gorki* hasta 1906. Fundadora y presidenta de la *Cruz Roja Política*.

peste (revuelta de la): en Moscú, en 1771 a raíz de una epidemia. La revuelta vino provocada por la interrupción en el suministro de alimentos y por la actuación de la policía de *Catalina*, que forzaba indiscriminadamente a cuarentena tanto a enfermos como a sanos, aprovechando la oportunidad para hacerse con sus pertenencias. Se saldó con algaradas en la Plaza Roja y cuatro ejecuciones.

PÉSTEL, Pável Ivánovich (1793-1825): autor de *La verdad rusa*, el programa político de los decembristas. Murió en la horca.

PETERS, Yákov Jristóforovich (1886-1942): antiguo revolucionario letón, alto funcionario de la Cheká desde 1917, vicepresidente de la misma en 1918 y su máximo responsable en el Turkestán entre 1920 y 1922. Desde 1923 miembro de la cúpula de la OGPU. Arrestado en 1938 y muerto los campos. Rehabilitado *post mortem.*

Petrogrado: la actual San Petersburgo. El nombre de la ciudad ha sufrido diversos cambios: originariamente *Sankt Peterburg* o simplemente *Peterburg* (de 1703 a 1914), *Petrograd* (de 1914 a 1924), *Leningrad* (de 1924 a 1991) y actualmente, tras un referéndum, de nuevo *Sankt Peterburg.*

Petropávlovsk: ciudad situada en el extremo norte de Kazajstán, a más de 600 km de Sverdlovsk y dos mil de Moscú.

PFL (Provérochno-Filtratsionyi laguer): Campo de Control y Filtrado. Descritos en el capítulo 6.

PIATAKOV, Gueorgui Leonídovich (1890-1937): responsable del partido encargado de cuestiones económicas y administrativas. Excluido de sus filas en 1927, readmitido posteriormente y de nuevo excluido en 1936. Condenado a muerte en el segundo proceso de Moscú y fusilado. Rehabilitado *post mortem.*

PILNIAK, Borís Andréyevich (1894-1937): escritor ruso. Sus orígenes estaban en los alemanes del Volga y su verdadero apellido era Wogau. Uno de los renovadores de la prosa rusa *(El año desnudo, Caoba).* Arrestado en 1937 y acusado de «distorsionar la crónica de la Revolución». Fusilado o muerto en los campos. Rehabilitado *post mortem.*

Pioneros (organización de los): rama infantil del *Komsomol* para niños hasta 14 años. Dedicada al ocio, deporte y actividades al aire libre.

PLATÓNOV, Serguéi Fiódorovich (1860-1933): Historiador, académico (1920). Arrestado en enero de 1930 y expulsado de la Academia. Acusado un año más tarde de «conjura antisoviética». Desterrado a Samaa, donde murió.

PLEJÁNOV, Gueorgui Valentínovich (1856-1918): filósofo socialista. Fundó, junto con Lenin y *Mártov*, el periódico revolucionario *Iskra*. En 1903, tras el Segundo Congreso del *POSDR* se convirtió en un destacado líder menchevique. En 1917 condenó la Revolución y la toma del poder por parte de los bolcheviques, pero no tomó parte activa contra ellos.

PLETNIOV, Dmitri Dmítrevich (1872-1953?): médico y profesor. Encausado por haber supuestamente envenenado, entre otros, a *Gorki*. Condenado en 1938 a 25 años.

Pobeda: «Victoria», un modelo de automóvil de posguerra.

POBEDONÓSTSEV, Konstantín Petrovich (1827-1907): hombre de Estado, *procurador general* del Santo Sínodo y ardiente defensor de la autocracia. Ejerció una gran influencia en *Alejandro III y* los primeros años del reinado de Nicolás II.

Podrazuiorstka: tributo de alimentos, junto con el trabajo obligatorio para el frente, fue una de las medidas principales del *comunismo de guerra*.

POINCARÉ, Raymond (1860-1934): presidente de Francia entre 1913 y 1920, primer ministro en 1912-1913, 1922-1924 y 1926-1929.

POKROVSKI, Mijaíl Nikoláyevich (1868-1932): historiador marxista, bolchevique desde 1905. Vicecomisario del pueblo para la Enseñanza desde 1918 y autor de varios manuales de historia, se convirtió en un dictador en el terreno de los estudios históricos, basados exclusivamente en la lucha de clases. Tras su muerte, en un clima de retorno al patriotismo, fue rechazado como desviacionista.

Polizei: ("policía" en alemán) servicio policial reclutado por los ocupantes alemanes entre la población soviética de los lugares conquistados.

Poltava (victoria de): en 1709, cuando Pedro I derrota a las tropas de Carlos **XII** de Suecia.

Pomgol (Komitet Pomoshchi Golodayushchim): Comité de Auxilio a los Afectados por el Hambre (1921-1922).

POSTYSHEV, Pável Petróvich (1887-1940?): colaborador próximo de Stalin, secretario general del partido en

Ucrania (1930), miembro suplente del Politburó (1934). Destituido en 1938. Probablemente fallecido en prisión.

Potiomkin (acorazado) también escrito a veces como *Potemkin*: de la Flota del mar Negro, a bordo del cual se produjo la primera movilización revolucionaria en el seno de las Fuerzas Armadas (14-24 de junio de 1905).

POTIOMKIN (príncipe), Grigori Alexándrovich (1739-1791): favorito de *Catalina II*, célebre por haber preparado pueblos a guisa de decorado la noche antes de que llegara la emperatriz en viaje al sur de Ucrania. Catalina sólo vio desde su carroza campesinos alegres y pueblos inmaculados.

preálozheniye toda innovación que mejore la tecnología productiva. Los derechos del inventor estaban amparados por la Ley de Patentes.

Preobrazhenski (regimiento): regimiento de guardias creado por Pedro I en 1687. Desempeñó un papel importante en febrero de 1917. En octubre se mostró favorable a la Revolución, aunque poco activo.

Presilla: prisión y barrio en el oeste de Moscú.

Príncipes (islas de los): el archipiélago turco de Kiziladalar, nueve islas en el nordeste del mar de Mármara, entre el Bosforo y los Darda-nelos. Tras su expulsión de la URSS, *Trotski* vivió en una de ellas (1929- 1933) antes de trasladarse a México.

Priroda (Naturaleza): revista mensual de divulgación científica.

procurador general (del Santo Sínodo): en el Imperio Ruso, alto dignatario seglar designado por el zar para presidir el *Santo Sínodo.*

Profesorado Rojo (Instituto del): fundado en 1921, cuidaba de la formación marxista de los profesores universitarios de ciencias sociales, así como de los cuadros del partido y los dirigentes estatales.

PROKOPÓVICH, Serguéi Nikoláyevich (1871-1955): economista, miembro del partido *kadeté* y del *gobierno provisional*, y más tarde del *Pomgoi.* Expulsado del país en 1922, murió en Ginebra. Fue marido de E.*Kuskova.*

Przemysl: ciudad al sudeste de Polonia junto al río San, cerca de la frontera ucraniana. Durante la primera guerra mundial fue disputada entre los austríacos y los rusos, quienes la denominan Peremyshl.

PSh (Podozréniye v Shpionazhe): Sospecha de Espionaje, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

PSR: véase eseristas.

PTUJIN, Evgueni Sáwich (1900-1941): general de aviación. Ejecutado tras el ataque alemán contra la URSS.

Puerta de Oro: entrada monumental en la ciudad de Vladímir (1164), coronada por una capilla. En Kiev existió una similar.

PUGACHOV, Yemelián Ivánovich (c. 1742-1775): cosaco del Don, líder de la denominada «Guerra Campesina» que levantó en armas a unas cien mil personas de varias etnias en un amplio territorio. Pugachov llegó cerca de Moscú y pretendía crear un estado de cosacos y campesinos dirigido por un «zar bueno». *Catalina II* ordenó su decapitación en Moscú junto con cuatro de sus lugartenientes.

PUSHKIN, Alexandr Serguéyevich (1799-1837): el más célebre de los poetas rusos. Murió el 29 enero/10 febrero de 1837 en un duelo que provocaron sus numerosos enemigos en la corte.

pushkiniana: fiesta anual en honor del poeta Pushkin, que fuera alumno del liceo de *Tsárskoye Selo.* Es tradición que los antiguos liceístas se reúnan para celebrarla cada 19 de octubre.

putiovka: hoja de estancia en casas de reposo. En época soviética la *putiovka* era la única manera oficial de conseguir una reserva.

PZ (Predklonéniye péred Západom): Admiración por Occidente, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

Rabkrin: véase RKI.

Racionalización del trabajo: se conoce con el nombre de *ratsionalizátorskoye*

RÁDEK (pseudónimo de Sobelsohn), Karl Berngárdovich (1885-1939?): militante del Partido Socialdemócrata tanto en Alemania como en Rusia. Salió de Suiza con destino a Rusia en el mismo vagón blindado que Lenin. Bolchevique desde 1917, secretario del Comité Ejecutivo de la *Komintern,* miembro del consejo redactor de los periódicos *Pravda* e *Izvéstia,* miembro del Comité Central (1919-1924). Excluido del partido en 1927 por trotskismo y readmitido posteriormente, excluido de nuevo y arrestado en 1936. Condenado a diez años de prisión en el segundo proceso de Moscú, al parecer fue asesinado por un preso común. Rehabilitado *post mortem* en 1988.

RÁDISCHEV, Alexandr Nikoláyevich (1749-1802): escritor y revolucionario ruso, autor de varias obras en el espíritu de la Ilustración, entre ellas *Viaje de San Petersburgo a Moscú.* Este libro antimonárquico que condenaba el régimen de servidumbre irritó a *Catalina II* y le valió una condena a muerte, que acabó siendo conmutada por destierro a Siberia. Indultado por *Pablo I,* acabó envenenándose.

RAKOVSKI, Jrisrián Gueórguevich (1873-1941): antiguo social-demó-crata, bolchevique desde 1917. Máximo dirigente en Ucrania (1919-1923) y diplomático (1923-1927). Uno de los integrantes de la oposición unificada. Encausado en 1938 junto con Rykov y Bujarin por «conspiración trotskista». Tras ser condenado a veinte años, fue fusilado en la prisión de Orel, poco antes de que los alemanes tomaran la ciudad. Rehabilitado *post mortem.* Su hija Elena fue arrestada en 1948.

RAJMÁNINOV, Serguéi Vasílievich (1873-1943): compositor, pianista y director. Director del Teatro Bolshoi de 1904 a 1906. Se exilió en 1917 (desde 1918 en EE.UU.).

RAMZIN, Leonid Konstantínovich (1987-1948): ingeniero térmico, condenado en 1930 como líder del «Partido Industrial». Posteriormente puesto en libertad y rehabilitado. Se reincorporó a la profesión durante la guerra. Premio Stalin en 1943.

RASKÓLNIKOV (pseudónimo de Ilin), Fiódor Fiódorovich (1892-1939): periodista y diplomático soviético. Desertó a Occidente y publicó un libro de denuncia acerca de Stalin. Muerto en París a los pocos meses en extrañas circunstancias.

RASPUTIN, Grigori Efimovich (1872-1916): pope, aventurero, taumaturgo y erotómano. Gozaba de una gran influencia en la familia de *Nicolás II.* Asesinado por miembros de la corte.

RAZIN, Stepán Timofiéyevich (c. 1630-1671): cosaco del Don, cabecilla de una revuelta campesina en el sur de Rusia durante el reinado de *Alexéi Mijáilovich.* Figura legendaria de la poesía popular rusa. Murió ejecutado en la Plaza Roja, cerca de la cual una calle lleva hoy su nombre.

régimen de servidumbre: instituido por *Alexéi Mijáilovich* en 1649 permitía disponer del campesinado en

operaciones de compra-venta como parte de la hacienda y obligaba a una prestación de trabajo obligatoria (bárschina) ciertos días a la semana. La reforma agraria de *Alejandro II* lo abolió en 1861, aunque los campesinos siguieron dependiendo de los terratenientes hasta bien entrado el siglo XX. La reforma emancipó a los campesinos pero éstos debían satisfacer un elevado pago redentorio *(vykupnyi platezh)* y no obtenían derecho a poseer tierras.

Reichstag (incendio del): su autor material fue un comunista holandés desequilibrado. Los nazis se apoyaron en este pretexto para liquidar el PC alemán y montar un confuso juicio en el que compareció *Dimitrov* entre otros encausados.

REILLY, Sidney George (1874-1925): agente del Servicio de Inteligencia Británico bajo la identidad de Sigmund Grigórevich Rosenblum. Durante la guerra civil tomó parte en la tentativa golpista del general *Yudénich* y en la conspiración para asesinar a Lenin. Murió intentando cruzar la frontera soviético-finlandesa.

reincidente: mote amargo con que se conocía a los deportados amnistiados, vueltos a juzgar y condenados a una nueva pena.

REPIN, Iliá Efimovich (1844-1930): célebre pintor realista. Su lienzo *Burlakí na Volge (Los remeros del Volga*, 1870-1873) simboliza la explotación y la fuerza oculta de los oprimidos. Estos «remeros» eran hombres provistos de arneses que tiraban desde la orilla de las embarcaciones río arriba, contra corriente, por un camino de sirga. El cuadro se conserva en el Museo Ruso de San Petersburgo.

restricción, partidarios de (predélniki). Los ingenieros formados durante el zarismo, cuya prudencia y racionalidad en los cálculos eran vistas como un esfuerzo por limitar los ampulosos planes de la industria. El autor habla de ellos en los capítulos 2 de la primera parte y 1 de la segunda parte.

RIABUSHINSKI, Pável Pávlovich (1871-1924): propietario, junto con sus hermanos, de la Banca Riabushinski y la revista *Utro Rossii* (La mañana rusa). Uno de los fundadores del Partido Progresista. Organizó, junto con otros, dos revueltas antisoviéticas. La primera fue el alzamiento del comandante *Komílov* y la segunda, la revuelta de los cosacos acomodados de la región del Don (noviembre 1917), dirigidos por el atamán Kaledin y apoyada también por las potencias extranjeras. Riabushinski se exilió en París tras la Revolución.

RIUMIN, Mijaíl Dmítrevich (?-1954): tras haber ocupado un empleo anodino en una cooperativa, ingresó en las *secciones especiales* de la Marina y más tarde fue llamado por *Abakúmov* para colaborar en los servicios centrales de la *SMERSH.* Viceministro de la Seguridad del Estado entre 1946 y 1953. Fue juzgado y fusilado tras la muerte de Stalin.

RIÚRIKOV: linaje de príncipes que gobernó entre los siglos IX y XVI. Según la leyenda, la dinastía se inicia con RiÚrik, un guerrero varego (emparentado con los vikingos), llegado a Nóvgorod, y fundador en Kiev del primer Estado ruso en el año 862. El último de los Riúrikov fue *Fiador Ioánnovich,* fallecido en 1598. La consiguiente crisis dinástica es conocida como *Período de los Desórdenes.*

RKI (Raboche-Krestiánskaya Inspektsia): Inspección Obrero-Campesina (1920-1934). Organismo de control laboral y económico, fue uno de los primeros feudos de Stalin. A partir de 1923 actúa conjuntamente con la Comisión Central de Control del *VKP(b).*

RKP(b): Rossiiskaya Kommunistícheskaya Partiya (bolshevikov). Partido Comunista (bolchevique) de Rusia. Nombre del PC soviético entre 1918 y 1925.

ROKOSSOVSKI, Konstantín Konstantínovich (1896-1968): jefe militar soviético de origen polaco. Encarcelado en 1937-1940, tras su puesta en libertad llegó a ser comandante del Ejército durante la defensa de Moscú. Mariscal de la Unión Soviética (1944). Por haber contribuido a la liberación de Polonia, en 1949 le fue concedida la nacionalidad polaca. En 1949-1956 fue ministro de Defensa de Polonia, donde se convirtió en un eficaz agente de Stalin.

ROMÁNOV (dinastía): su origen data de 1613 (Mijaíl III) y se extiende hasta 1918, año en que es asesinado *Nicolás II.* Su tricentenario se celebró con gran pompa en 1913.

ROMÁNOV, Panteleimón Serguéyevich (1884-1938): autor de novelas costumbristas. Solía criticársele su excesivo naturalismo y el hacer concesiones a los enemigos de clase. Víctima de las purgas.

ROSENFELD, Kurt (1877-1943): dirigente de la izquierda socialde-mócrata alemana, defensor de los Derechos Humanos. Muerto en el exilio.

Rote Fahne, Die (La Bandera Roja): órgano del Partido Comunista alemán.

ROZHANSKI, Dmitri Apollinárievich (1882-1936): físico creador de la actual escuela rusa de radiofísica y técnica radiofónica. Miembro desde 1933 de la Academia de Ciencias de la URSS. Investigó las ondas cortas y las descargas eléctricas en los gases. A él se debe la creación de los radiolocalizadores aeronáuticos por impulsos.

RNNA: Ejército Nacional Popular Ruso (Rossiiskaya Natsionálnaya Naródnaya Armiya).

ROA: Ejército Ruso de Liberación (Rossiiskaya Osvobodítelnaya Armiya) del general *Vlásov.*

RONA: Ejército Popular Ruso de Liberación (Rossiiskaya Osvobodítelnaya Naródnaya Armiya).

RSFSR (Rossiskaya Sovietskaya Federatívnaya Sotsialisticheskaya Res-pública): República Socialista Federativa Soviética de Rusia, actualmente «Federación Rusa». Era la mayor de las 15 repúblicas soviéticas y constituía una federación de repúblicas autónomas, territorios autónomos y distritos nacionales (étnicos).

RUBÍN, Isaak Ilich: menchevique, economista y colaborador del Instituto de Marx y Engels. Arrestado varias veces en los años treinta. Desaparecido en los campos.

RUDZUTAK, Yan Ernétovich (1887-1938): alto funcionario del partido y del Estado, íntimo colaborador de Stalin. Miembro del Politburó (1927-1932), comisario del pueblo de transportes (1924-1930), vicepresidente del Sovnarkom desde 1926. Arrestado en 1938, murió en prisión. Rehabilitado *post mortem* en 1956.

Rus: el primer estado que crearon los eslavos (dinastía de los *Riúrikov)* entre el Báltico y el mar Negro en el siglo IX. Hasta principios del siglo XII su capital era Kiev.

RUSSELL, Bertrand (1872-1970): matemático, filósofo y pacifista británico. Creó en 1967, siguiendo el modelo de Nuremberg, un «Tribunal internacional de crímenes de guerra», dirigido principalmente contra los EE.UU. En él deliberaron personalidades como Sartre y Simone de Beauvoir.

Russkie Vedomosti (Las Noticias Rusas): periódico liberal fundado en 1863 en Moscú. Órgano del ala derecha del *Partido Constitucional Democrático.* Prohibido en marzo de 1918.

RYKOV, Alexéi Ivánovich (1881-1938): eminente dirigente del partido y del Estado, íntimo colaborador de Stalin. Sucedió a Lenin como presidente del *Sovnarkom* (1924-1929), miembro del Politburó (1924-1929), del que fue excluido por desviacionismo de derechas (criticó la colectivización e industrialización forzadas).

Expulsado del partido en 1937. Condenado a muerte en el tercer proceso de Moscú y fusilado. Rehabilitado *post mortem* en 1988.

RYLÉYEV, Kondrati Fiódorovich (1795-1825): poeta, uno de los dirigentes *decembristas.* Ahorcado.

RYSAKOV, Nikolái Ivánovich (1861-1881): militante de *Naródnaya Volia*, colaboró con *Grinévitski* en el atentado contra *Alejandro II.* Ejecutado.

Rzhev: población sobre el Volga, en el distrito de Kalinin.

Sajalín: gran isla situada al este de la desembocadura del Amur. Presidio zarista descrito por Chéjov.

Saltychija: mote de Dana Nikoláyevna Sáltykova (1730-1801?), célebre por haber torturado a más de cien siervos. Condenada a la pena capital, posteriormente conmutada. Desde 1768 recluida en prisión, donde falleció.

Samara: gran ciudad a orillas del Volga, al Sur de Kazan. Sede de un gobierno *eserista* en junio-octubre de 1918. Entre 1935 y 1991 se llamó *Kúibyshev.*

SAMARIN, Andréi Dmítrevich (1868-1932): destacada personalidad social y religiosa. Mariscal de la nobleza de Moscú (1908-1915), presidente de la Cruz Roja rusa durante la primera guerra mundial, *procurador general* del Santo Sínodo (julio-septiembre de 1915). A partir de septiembre de 1918 pasa el resto de sus días en prisión o en el destierro, primero en Yakutia y más tarde en Kostromá, donde muere.

Samizdat: literalmente autoedición. Durante el periodo soviético, impresión y distribución clandestina de obras literarias, políticas, religiosas, etcétera, expresamente prohibidas o ausentes en los comercios. Solían tener el aspecto de copias mecanografiadas o reproducciones a partir de clichés fotográficos. Las obras de Solzhenitsyn y muchos otros se difundieron por este medio, así como por *Tamizdat* (edición en el extranjero).

SAMSÓNOV, Alexandr Vasílevich (1859-1914): comandante de uno de los dos ejércitos rusos que invadieron Prusia Oriental en agosto de 1914. El Segundo ejército de Samsónov sucumbió cercado en territorio enemigo al no recibir apoyo del general Zhilinski, que dirigía este frente y tras haber sido abandonado por el Primer ejército del también general Rennenkampf que debía apoyarle. Samsónov se suicidó tras haber perdido 245.000 hombres entre muertos y prisioneros. Solzhenitsyn dedica a esta campaña su obra *Agosto de 1914.*

SANDOMÍRSKAYA, Lotta Borísovna (1882-1941): simpatizante del partido *eserista*, dirigió la *Cruz Roja Política* de Jarkov. Arrestada en 1937 y posteriormente puesta en libertad. Pereció a manos de los alemanes cuando éstos tomaron la ciudad.

Santo Sínodo: uno de los altos órganos estatales del Imperio Ruso (1721-1917). Se encargaba de los asuntos eclesiásticos y estaba dirigido por un *procurador general.* Tras 1917 se convierte en un simple órgano consultivo dependiente del Patriarca de la Iglesia Ortodoxa.

Sapropel (comité): creado en 1914 para el estudio y explotación del sapropelium, un cieno rico en sales minerales que contiene restos de animales acuáticos descompuestos. Se utiliza como abono y como barro medicinal.

SAWA, San (1327-1406): Santo ruso. Apodado «el venerable», fue discípulo de *San Sergio de Radonezh.*

SAVÍNKOV, Borís Víktorovich (1879-1925): desde 1903, miembro destacado del partido *eserista,* hasta su expulsión en 1917. En 1918 fundó una pequeña Organización Militar opuesta a los bolcheviques que protagonizó algunas revueltas. Tras emigrar, fue arrestado en 1924 al intentar regresar ilegalmente a la URSS. Según la versión oficial, se suicidó en la cárcel.

SCHERBÁKOV, Alexandr Serguéyevich (1901-1945): alto funcionario del partido. Entre 1934 y 1936 presidente de la nueva Unión de Escritores, en 1943 jefe de la dirección política del Ejército y más tarde director de la *Oficina de Información.*

Schlisselburg: fortaleza en la isla Orejov (manantiales del Nevá). Desde 1718, prisión política de régimen especial. Por ella pasaron entre otros los *decembristas* y Mijaíl Bakunin. En 1884 se construyó un ala especial para los miembros de *Naródnaya Volia.* La prisión fue cerrada en 1905, pero volvió a ser utilizada entre 1908-1917 como prisión central. Actualmente alberga un museo.

SCHMIDT, Piotr Petróvich (1867-1906): alférez de navio en la Flota del mar Negro. Ejecutado por su participación en el levantamiento de Sebastopol. Pasternakle dedicó un poema.

SCHRÖDINGER, Erwin (1887-1961). Físico austríaco. En 1933 compartió el Premio Nobel de Física con el inglés Dirac. Lleva su nombre la ecuación fundamental de la teoría de los *cuantum.*

Schutzbund (Liga para la defensa): organización armada de los socialdemócratas austríacos creada en 1923. Junto con los comunistas, se alzó en armas el 12 de febrero de 1934 contra la derecha en Viena y otras ciudades. Tras tres días de enfrentamientos, fueron aplastados por el Ejército y sus líderes ejecutados. Tras la derrota, la mayoría de sus miembros abandonaron el Partido Social Demócrata Austríaco e ingresaron en el comunista. Muchos se refugiaron en la URSS.

Secciones Especiales (Osóbye Otdeleniya): el departamento de la Cheká dedicado a la vigilancia política en las Fuerzas Armadas.

seksot (sekretni sotrudnik): *véase* colaborador secreto.

Serébriany Bor: zona a orillas del Moscova. Actualmente playa fluvial urbana.

SEROV, Iván Alexándrovich (1905-...): alto responsable de la Seguridad del Estado, dirigió la represión contra los sospechosos de oposición en los estados bálticos anexionados y de los presos políticos capturados al liberar las poblaciones que habían sido tomadas por los alemanes. Jefe del KGB de 1954 a 1958. Trabajó en los servicios de espionaje del Ejército (GRU) de 1958 a 1963.

SERGIO de Radonezh, San (c. 1321-1391): fundador del Monasterio de la Trinidad (que lleva su nombre) al norte de Moscú, en Sérguiev Posad (Zagorsk). Apoyó activamente el esfuerzo unificador y de liberación nacional ante los tártaros. Canonizado por la Iglesia Ortodoxa, es uno de los grandes santos rusos.

Severodvinsk: puerto del mar Blanco, cercano a la desembocadura del Dvina. Entre 1938 y 1957 se llamó Molotovsk.

Shajri: localidad industrial y minera al nordeste de Rostov del Don.

SHALÁMOV, Varlam Tijónovich (1907-1982): escritor y poeta, pasó diecisiete años en *Kolymá,* donde cumplió dos de sus tres condenas por delitos de opinión. A él se deben los *Relatos de Kolymá,* algunos de los cuales no se publicaron en la URSS hasta 1988.

SHALIAPIN, Fiódor Ivánovich (1873-1938): célebre cantante de ópera. Emigrado en 1922. Sus restos regresaron a Moscú en 1984.

sharashka: prisión de régimen especial donde los científicos, investigadores e ingenieros trabajaban para los Órganos. Bajo Stalin, se calcula que el 15 por ciento de proyectos científicos (de ellos el 50 por ciento de investigación atómica) se llevaron a cabo en sharashkas. Solzhenitsyn describe la vida en ellos en *El primer círculo,* donde define la sharashka como «el primer círculo del infierno, el más elevado, el mejor. Es casi el paraíso».

SCHASTNI, Alexéi Mijáilovich (1881-1918): almirante, comandante de la flota del Báltico entre abril y mayo de 1918. Se negó a entregar la flota a Alemania como exigía el *Tratado de Brest-Litovsk.* Trotskilo llevó ante un consejo de guerra y consiguió su fusilamiento.

Shchelia-Yur: pequeña población en Siberia. Puerto fluvial del Pe-chora a 147 km del ferrocarril Kotlás-Vorkutá.

SHEININ, Lev Románovich (1906-1967): Juez de instrucción entre 1923 y 1950, cuando al parecer fue arrestado. Puesto en libertad, se dedicó a escribir novelas de espías y policiacas. Colaboró con los hermanos *Tur.*

SHESHKOVSKI, Stepán Ivánovich (1720-1794): hombre de confianza de *Catalina II,* se encargaba personalmente de instruir los principales casos políticos, por lo que se le conocía como «el Gran Inquisidor».

SHKURÓ, Andréi Grigórievich (1887-1947): teniente-general blanco (1919). Comandante durante la guerra civil del regimiento de caballería del Ejército del Sur de Rusia. Emigrado en 1920, colaboró más tarde con los alemanes. Condenado a muerte y ejecutado.

SHLIÁPNIKOV, Alexandr Gavrílovich (1885-1937): uno de los primeros bolcheviques. Tras la Revolución, primer comisario del pueblo de Trabajo. Dirigente de la *oposición obrera,* se detractó en 1930. Arrestado en 1935, se negó a confesar. Fusilado en 1937 (según la versión oficial, pero quizá muerto en los campos en 1943). Rehabilitado *post mortem* en 1988.

SHÓLOJOV, Mijaíl Alexándrovich (1905-1984): autor de dos obras clásicas de la literatura soviética: *El Don apacible* (1928-1940), del cual se discute la autoría de la primera parte, y *Tierras roturadas* (1932-1960). Su relato *El destino de un hombre,* canon del realismo socialista, se publicó en 1957. Comunista ortodoxo, premio Nobel de Literatura en 1965.

Shpalerni (calle): en Leningrado. Corre paralela al Nevá y bordea la Casa Grande. La prisión que lleva su nombre era la más importante de la ciudad. Denominada calle Voinov a partir de 1918.

SHULGUÍN, Vasili Vitálievich (1878-1976): político, escritor y periodista de procedencia noble. Diputado de la *Duma*, opuesto tanto a Nicolás II como a la Revolución, en 1917 organizó un destacamento de voluntarios antibolcheviques. Emigrado tras la guerra civil, visitó ilegalmente la URSS en 1925-1926. Residente en Yugoslavia en los años treinta, abandonó la política en 1937. Arrestado en Yugoslavia en 1944, encausado en la URSS y puesto en libertad en 1956. Entre sus obras *Nigarmjomadas* (1925), *Í920* (1927), *Tres capitales* (1927) y *Carta a la Diáspora rusa* (1961).

SHUVÁLOV, Pavel Pávlovich (1859-1905): gobernador de Moscú. Asesinado.

SHVÉRNIK, Nikolái Mijáilovich (1888-1970): destacado miembro del partido (militante desde 1905) y colaborador de Stabn. Dirigente de los sindicatos (1930-1944, 1953-1956), presidente del Presidium del Soviet Supremo (jefe del Estado) de 1946 a 1953.

SHVETSOV, Serguéi Porfirievich (1858-1930): antiguo militante de *Na-ródnaya Volia* y posteriormente uno de los dirigentes del partido *eserista*. Delegado a la *Asamblea Constituyente*, debería haber sido quien inaugurara sus sesiones.

SIKORSKI, Wladyslaw (1881-1943): general fundador en el exilio (1939) del gobierno polaco en Londres. El 30 de julio de 1941, después de que Alemania invadiera la URSS, pactó con Moscú la creación de un ejército polaco en la URSS. La base de este ejército debían de ser los polacos deportados en 1939 por los soviéticos, al frente del general Anders. A los pocos meses de descubrirse la matanza de *Katyn*, Sikorski moría en un accidente de aviación en Gibraltar y era sucedido por Stanislaw Mikolajczyk.

síndico (starosta): responsable de una celda, portavoz de un grupo de presos. El starosta es una figura tradicional en Rusia: desde los tiempos de Iván el Terrible, eran los representantes campesinos de escala más baja en el sistema de administración y solían ser siervos.

SKRÍPNIKOVA, Anna Petrovna (?-1974): arrestada en 1919, 1922, 1925, 1927 *(Solovkiy Bielomorkanal*, 1927-1932) y 1952 (condenada a diez años de reclusión). Rehabilitada y puesta en libertad en 1959, fue hasta su muerte una activa militante por los derechos humanos.

SKRYPNIK, Nikolái Alexéyevich (1872-1933): jefe del partido y del Estado en Ucrania, presidente del *Sovnarkom* en Ucrania. Se suicidó.

SKURÁTOV, Maliuta (?-1573): su verdadero nombre era Grigori Lukiánovich Belski. Mano derecha de Iván el Terrible, jefe de la opríchina, especie de policía estatal que instauró un régimen de terror. En Rusia su nombre es sinónimo de verdugo.

SLON: Campo de Destino Especial de *Solovtets* (Solovetskyi Láger Osó-bogo Naznacheniya). Funcionó entre 1923 y 1939. En ruso, la palabra *slon* significa también elefante.

SMERSH (smert shpionam!): muerte a los espías. Sección especial de la policía militar creada en 1941 por Beria para perseguir a espías, desertores y saboteadores.

SMIRNOV, Iván Nikídch (1880-1936): alto funcionario del partido, comisario del pueblo de Transportes (1923-1927). Expulsado del partido en 1927 por trotskismo. Condenado a muerte durante el primer proceso de Moscú y fusilado.

Smólny: institución femenina de enseñanza de San Petersburgo para las jóvenes nobles. Tras la revolución de febrero de 1917, cuartel general de los bolcheviques.

SMUSHKÉVICH, Yákov Vladímirovich (1909-1941): en 1939 comandante de las Fuerzas Aéreas. Arrestado en 1941 tras la invasión alemana. Murió en prisión.

SMRKOVSKY, Jozef (1909-1974): participó en la liberación de Checoslovaquia. Posteriormente, en la primavera de Praga fue presidente de la Asamblea Nacional.

SNK: véase *Sovnarkom Sociedad libre de filosofía* (Volfila): de inspiración *eserista* de izquierda, se convirtió rápidamente en refugio del pensamiento religioso-filosófico libre. Existió de diciembre de 1919 a mayo de 1924.

SOE (Sotsialno Opaznyi Element): Elemento socialmente peligroso, artículo-sigla empleado por la *OSO*.

SOKÓLNIKOV, Grigori Yákovlevich (1888-1941): su verdadero apellido era Brilliant. Comisario del pueblo de Finanzas (1922-1926), embajador en Reino Unido (1929-1934), vicepresidente del Gosplán.

Expulsado del partido en 1936 y condenado a diez años de prisión tras el segundo proceso de Moscú. Fusilado.

Soloviets o Solovki: pequeño archipiélago en el mar Blanco prácticamente aislado en invierno. Sede de un antiguo monasterio de clausura, se convirtió en el primer campo penitenciario soviético. En él estuvieron recluidos intelectuales como Lijachovo el filósofo Pável Florenski. En la entrada un cartel decía: CON MANO DE HIERRO CONDUCIREMOS A LA HUMANIDAD HASTA LA FELICIDAD. A partir de 1929 el campo abasteció de mano de obra al *Canal del mar Blanco.*

SOLOVIOV, Leonid Vasílievich (1906-1962): novelista y dramaturgo de inspiración muy convencional.

SOLOVIOV, Vladímir Serguéyevich (1853-1900): filósofo y pensador religioso, su doctrina teosófica propugnaba una síntesis del conocimiento empírico (ciencia) y racional (filosofía) con la mística (religión). Defendía una síntesis de los credos católico y ortodoxo en el marco de un estado monárquico-eclesiástico. Sus ideas influyeron, entre otros, en Florenski y Berdiáyev.

Soloviovo: lugar donde el Dniéper cruza la ruta Smolensk-Moscú.

Soviétskaya Gaván: puerto en el extremo oriental de Siberia. Frente a las costas de *Sajalín.*

Sovnarkom: Consejo de Comisarios del Pueblo (Soviet Naródnij Komissarov o *SNK).* El primero de los gobiernos soviéticos, entre 1917 y 1946, fue el máximo órgano del poder ejecutivo. Su primer presidente fue Lenin (1917-1924). En marzo de 1946 se transformó en Consejo de Ministros.

spets: «especialista». Se denominaba así a los técnicos, ingenieros, médicos, etcétera, contratados por el joven régimen soviético ante la carencia de técnicos «proletarios». Considerados un mal necesario, heredado de la Rusia burguesa, trabajaban bajo constante sospecha de sabotaje.

SR: véase *eseristas.*

STANISLAVSKI (paseudónimo de Alexéyev), Konstantín Serguéyevich (1863-1938): célebre director de escena, fundador del Teatro del Arte de Moscú (1898). Creador de un complejo método de preparación de los actores y técnica teatral.

Stalino: entre 1934 y 1961, nombre de la actual Donetsk (hasta 1934: Yuzovka). Centro hullero en la cuenca del Donets.

Stalinogorsk: hasta 1934, Bobriki. A partir de 1961, Novomoskovski. Al este de Tula.

STAUFFENBERG, conde Klaus von (1907-1944): coronel de la *Wehrmacht*, principal responsable del atentado frustrado contra Hitler el 20 de julio de 1944 en Prusia Oriental. Fusilado.

STEENBERG, Sven: nacido en 1905 en Riga. Sirvió como intérprete del Ejército alemán durante la segunda guerra muncial. Cercano a los *vlasovistas.*

STEPÚN, Fiódor Avgustovich (1884-1965): escritor, historiador y sociólogo. Desterrado en 1922, escribió unas valiosas memorias.

STOLYPIN, Piotr Arkádievich (1862-1911): primer ministro y ministro del Interior de Nicolás II desde 1906 e iniciador de una reforma agraria, Solzhenitsyn considera a Stolypin la figura más trascendental en la historia rusa del siglo XX. En esencia, proponía disolver las *obshchinas* (comunidades campesinas) y que el gobierno vendiese a los campesinos tierras de la corona con el objeto de crear una clase de campesinos propietarios que se opondrían a las ideas revolucionarias. A partir de 1917 los bolcheviques habrían de

abolir todas sus reformas. Entre 1906 y su asesinato, Stolypin había peneguido todo movimiento contrario al régimen. El medio año en que se intensificó su política represiva se conoce como «época de la reacción».

Stolypin (corbata de): durante la época de la reacción, nombre dado a la horca.

streltsí: cuerpo militar profesional de los antiguos zares protagonistas de varias sublevaciones. La última, en 1698, pretendía derrocar a *Pedro I* y sentar en el trono a Sofía Alexéyevna, hija del zar *Alexéi.* El zar hizo ejecutar a unos doscientos en la Plaza Roja.

SUDRABS: *véase* Latsis.

SUJÁNOV (pseudónimo de Himmer), Nikolái Nikoláyevich (1882-1940): experto en agronomía y periodista menchevique. Arrestado y condenado en 1931. Puesto en libertad tras una huelga de hambre y arrestado de nuevo en las purgas de los años treinta. Autor de una pormenorizada crónica de la Revolución. Desaparecido.

Sujánovka: monasterio a una veintena de kilómetros al sur de Moscú, cerca de *Gorki Leninskie.* Convertido en prisión de máximo secreto (1937-1953).

sujarí: especie de galletas que se preparan en el horno a base de cortezas de pan seco.

suprema (la): la «medida suprema de protección social», eufemismo oficial para designar la pena de muerte.

SÚRIKOV, Vasili Ivánovich (1848-1916): pintor realista, sus cuadros sobre temas históricos son célebres por su ambiente siniestro y trágico, por ejemplo *Ménshikov en Beriozov* (1881) o *La mañana de la ejecución de los streltsí* (1883), ambos en la galería Tretiakov de Moscú.

SUVÓROV, Alexandr Vasílievich (1729-1800): príncipe y mariscal de campo. Gran estratega, célebre por sus acciones inesperadas y frecuentes incursiones en primera línea de fuego, en las que él mismo usaba el fusil y la bayoneta. Junto con *Kutúzov,* una de las figuras militares rusas de más relevancia. Condujo las campañas de Italia y Suiza contra Napoleón.

SVE (Sotsialno Opasni Element): Elemento Socialmente Peligroso, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

SVECHIN, Alexandr Andréyevich (1878-1935): historiador y teórico militar, Se unió a los bolcheviques en marzo de 1918. Profesor de la *Academia Frunze.* Fusilado.

Sverdlovsk: gran centro industrial y nudo ferroviario en los Urales. Hasta 1924 se llamó Ekaterinburg, nombre que luego recuperó en 1991.

SVPSh (Sviazi Vedúschie k Podozréniu v Shpionazhe): Relaciones Conducentes a Sospecha de Espionaje, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

SVERDLOV, Yákov Mijáilovich (1885-1919): miembro del partido comunista desde 1901 y personalidad clave dentro del mismo (fue uno de los organizadores de la Revolución en San Petersburgo). Desde 1917 secretario del Comité Central y presidente del VTsIK. Muerto repentinamente.

Taganka: prisión en la zona sudeste de Moscú, en el barrio del mismo nombre.

TAGÁNTSEV, Nikolái Stepánovich (1843-1923): penalista, detractor de la pena de muerte.

TAGÁNTSEV, Vladimir Nikoláyevich (1890-1921): profesor de geografía en la Universidad de San Petersburgo, secretario del comité *Sapwpel* (1890-1921). Arrestado y más tarde fusilado (25 de agosto de 1921) por haber «dirigido una organización terrorista y emprender negociaciones con los sublevados de *Kronstadt*».

talleres de maquinaria y *tractores* (mashino-traktórnye stantsii): los MTS fueron creados en 1927 e implantados por todo el país por Kaganóvich. Las granjas colectivas y estatales se veían obligadas a contratar la maquinaria y los servicios de mantenimiento de estos depósitos.

TARLE, Evgueni Víktorovich (1875-1955): historiador. Caído en desgracia en los años treinta.

Tartu: ciudad de Estonia, sede de una prestigiosa universidad fundada por los alemanes (véase Dorpat).

TASS (Telegráfnoye Agenstvo Soviétskovo Soyuza): Agencia Telegráfica de la Unión Soviética. Agencia de noticias.

teósofos: seguidores de la doctrina de E. Blavátskaya, fundadora en 1875 de la «Sociedad teosófica» consistente en una unión ecléctica de misticismo budista y otras doctrinas orientales. Creían en la transmigración de las almas, así como en un ideal de hermandad universal y tolerancia hacia otras religiones.

tesis de abril: programa de acción desarrollado por Lenin tras su regreso a Rusia el 17/30 de abril de 1917. Propugnaba el fin de la guerra con Alemania, la dimisión del *Gobierno Provisional* y la consigna «Todo el poder a los soviets».

Tian-Shan: «montes celestiales», cordillera que separa el Kirguistán de la República Popular China.

TIJON (Vasili Ivánovich Belavin) (1865-1925): Patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa (el primero desde 1699). Elegido en noviembre de 1917, anatemizó al régimen soviético, exhortó a los creyentes a que se opusieran a él y rechazó el decreto de separación entre Iglesia y Estado. Arrestado en 1922.

Timiriázev (Academia): el Instituto de Estudios Agrícolas de Moscú, también conocido bajo este nombre.

TIMIRIÁZEV, Kliment Arkádevich (1843-1920): especialista en la fisiología de las plantas.

TIMOFÉYEV-RESSOVSKI, Nikolái Vladímirovich (1900-1981): genetista y biólogo, trabajó entre 1924 y 1945 en Berlín (a pesar de que se le pidió que regresara a la URSS). Arrestado y enviado a un campo, más tarde a una *sharashka*. Rehabilitado en época de Jruschov, dirigió un instituto de radiología.

TKP (Trudovaya ICrestiánskaya Partiya): Partido Obrero y Campesino. Partido oposicionista inexistente.

TN (Terroristícheskie Naméreniya): Intenciones terroristas, artículo-sigla empleado por la *OSO*.

TOLSTAYA, Alexandra Lvovna (1884-1979): la hija menor de Lev Tols-tói, cuidadora del museo del escritor en Krásnaya Poliana y autora de una biografía de su padre. Tras haber ido a Japón para dar un ciclo de conferencias (1929-1931) se negó a volver a la URSS y se estableció en EE.UU., donde creó la Fundación Tolstói de ayuda a los refugiados rusos.

TOLSTÓI, Alexéi Nikoláyevich (1882/83-1945): escritor y académico, autor de biografías históricas en forma novelada. Diputado del Soviet Supremo desde 1937.

tolstoyanos: movimiento religioso-utópico surgido alrededor de 1880 siguiendo las ideas de Lev Tolstói

(gran admirador de Rousseau) contenidas en *Confesión, Mi credo,* y la *Sonata a Kreutzer.* Tolstói proponía una transformación de la sociedad mediante el perfeccionamiento moral y religioso y «responder al mal rechazando la violencia».

TOMSKI, Mijaíl Pávlovich (1880-1936): El primer dirigente de los sindicatos soviéticos. Destituido y excluido del Politburó en 1929, se suicidó al saber que Vyshinski había ordenado que se abriera un caso contra él.

TON (Tiurmá Osóbovo Naznachéniya): Prisión de régimen especial. Las siglas suenan como la palabra rusa «tonelada».

tribunal revolucionario: órgano judicial en los primeros años del régimen soviético (1917-1922) para la lucha contra el sabotaje y la contrarrevolución. El autor explica su funcionamiento y orígenes en el capítulo 8 de la primera parte.

trabajos comunes: los trabajos físicos más duros, comunes a todos los presos salvo los *enchufados* y *los del bollo.* Son la razón de ser de un campo (extracción de oro, construcción de minas, tala de bosques, etcétera).

troika: en ruso, trío o la cifra 3. Puede significar un grupo de tres personas, un tiro de caballos, el tres de la baraja, un triunvirato, un tribunal de tres miembros, etcétera.

TROTSKI (pseudónimo de Bronstein), Lev Davídovich (1879-1940): íntimo colaborador de Lenin. Primer comisario del pueblo de Defensa (hasta 1925). Expulsado del partido en 1927. Expulsado a Turquía en 1929. Asesinado en México por el agente soviético Ramón Mercader. Stalin dispuso además la muerte de los cuatro hijos de Trotski y de su primera esposa, Alexandra Bronstein.

Trubetskói (bastión): el ala sudoeste de la *fortaleza de Pedro y Pablo,* nombrado así en honor de un compañero de armas de Pedro I. Sus casamatas se utilizaron como prisión durante los dos primeros decenios del siglo XVIII. En 1873 se edificó una prisión anexa dentro del perímetro del bastión. Ocupa un lugar destacado en la historia de la resistencia al zarismo.

TRUBETSKÓI, Serguéi Petróvich (1790-1860): decembrista, condenado a pena de muerte, posteriormente conmutada a presidio. Amnistiado en 1856.

Tsárskoye Seló: ciudad y residencia de los zares al sur de San Petersburgo. Su liceo tuvo como alumno más destacado al poeta Pushkin.

TsIK: Comité Ejecutivo Central de la URSS. Máximo órgano legislativo, ejecutivo y de control. Véase *VTsIK.*

TUR (hermanos): seudónimo colectivo de los escritores soviéticos Leo-nid Tubelski (1905-1961) y Piotr Ryzhei (1908-...), autores desde 1925 de folletines y novelas de detectives. Junto con el dramaturgo Lev Sheinin publicaron en 1937 *Óchnaya stavka* (El careo), acerca de los servicios de inteligencia soviéticos. Los hermanos Tur colaboraron con Sheinin en el guión de la película *Encuentro en el Elba* (1949).

TVARDOVSKI, Alexandr Trifonovich (1910-1971): poeta, ensayista y publicista ruso. Dirigió de 1949 a 1954 y de 1958 a 1970 la revista *Nóvy Mir.* En su diario en verso *Una lejanía tras otra* (Za daliu dal) habla de vidas truncadas por los campos (1950-1960).

Tver: ciudad histórica al noroeste de Moscú, de camino a San Petersburgo. Entre 1931 y 1990 se llamó Kalinin.

TYNIANOV, Yuri Nikolayevich (1895-1943): crítico literario (formalista) y novelista (autor de obras histórico-literarias en que los personajes son escritores del siglo XIX). En los años treinta topó con numerosas prohibiciones. Muerto de una enfermedad incurable.

Ucrania occidental: la parte de Ucrania arrebatada a Polonia en virtud del pacto Hitler-Stalin de septiembre de 1939.

ULIÁNOV, Alexandr Ilich (1866-1887): hermano mayor de Lenin (alias de Vladímir Ilich Uliánov). Militante de *Naródnaya Volia,* fue ahorcado por tentativa de asesinato contra *Alejandro III.*

ULRICH, Vasili Vasílievich (1889-1951?): chekista, presidente de la sala de lo militar del Tribunal Supremo de la URSS. Presidió numerosos procesos políticos entre 1920 y 1940, entre ellos los de Moscú.

Unión para la defensa de la Asamblea Constituyente: desde noviembre de 1917, red de comités de apoyo inspirados por la izquierda eserista.

Universidades de los soldados: una especie de cursos nocturnos para los militares.

Unzh-lag: zona de campos en la cuenca del Unzha, afluente del Volga. Al este de Kostromá.

Uralmash (Uralni Zavod Tiazhólovo mashinostroyenia): fabrica de maquinaria pesada de los Urales. En Sverdlovsk (actualmente Ekaterinburg).

URITSKI, Moiséi Solomónovich (1873-1918): responsable del partido, miembro del Comité Central (1917), jefe de la *Cheká* en Petrogrado (1918) fue quien administró el terror tras la Revolución. Asesinado por Kanegiser, un estudiante *eserista* el 31 de agosto de 1918.

USVITL (Upravléniye Severo-Vostóchnimi *ITL):* Dirección del Nordeste de Campos de Trabajo Correccional. Proporcionaba la mano de obra al *Dalstrói.*

Usa: afluente del Pechora.

Ust-Kut: localidad en Siberia oriental. Durante mucho tiempo estación término provisional del *BAM* al este de Bratsk.

Ust-Vym: puerto fluvial en el estuario del río Vym, donde desemboca en el Vychegda, en el norte de la Rusia Europea, cerca del Círculo Polar.

UTIÓSOV, Leonid Osípovich (1895-1982): célebre cantante de variedades, director de orquesta y actor de cine en los años treinta y cuarenta.

UVÁROV, Serguéi Semiónovich (1786-1855): conde, desde 1818 presidente de la Academia de Ciencias de San Petersburgo. Entre 1833 y 1849 ministro de Enseñanza Pública, cargo desde el que instiga una campaña reaccionaria. A él se debe la máxima: «Iglesia, Autocracia y Nación».

VAD (Vosjvaléniye Amerikánskoi Demokratii): Elogio de la Democracia Americana, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

vagón-zak (vagón zakliuchónij): vagón destinado al transporte de presos. También denominado «vagón stolypin». En el capítulo 1 de la segunda parte el autor explica su historia.

VALENTÍNOV, Nikolái (pseudónimo de Volski, Nikolái Vladislávovich) (1878-1964): periodista, economista y bolchevique próximo a Le-nin, a quien conoció en persona. Posteriormente menchevique. Tras la Revolución dirigió un periódico económico. Emigrado en 1928, residió en Francia y EE.UU., donde escribió unas memorias sobre Lenin bajo el pseudónimo de Yurevski.

VANDERVELDE, Emile (1866-1938): socialista belga. Dirigió desde 1900 la Segunda *Internacional Socialista.*

Vánino: bahía y puerto en el Pacífico, frente a las costas de *Sajalín.* Cercano a *Soviétskaya Gaván*, en la línea marítima hacia *Kolymá.*

Varsovia (insurrección de): organizada por la *Armia Krajowa* el 1 de agosto de 1944 para adelantarse a la toma de la ciudad por los soviéticos, además de demostrar el afán de independencia de los polacos y la fuerza de la resistencia, que movilizó cerca de cuarenta mil hombres y mujeres, pobremente armados. El 2 de octubre, tras sesenta y tres días de feroz lucha, los alemanes aplastaron la insurrección. Al otro lado del Vístula, el ejército de Stalin asistió pasivo a su derrota y prohibió a los aliados que les facilitaran armas.

Varsoviana, la: himno revolucionario según la música de *La marcha de los suavos,* cantada en la insurección polaca de 1863 y traducida al ruso en 1897 por G. Krjijanovski *(vijri vrazhdénye...).*

VAS (Vynashivaniye Antisoviétskij nastroyénii): Abrigo de ánimos antisoviéticos, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

VASÍUEV-YUZHIN, Mijaíl Ivánovich (1876-1937): antiguo revolucionario y chekista. Vicepresidente del Tribunal supremo de la URSS entre 1924 y 1937.

VAT (Bosjvaléniye Amerikánskoi Téjniki): Elogio de la Técnica Americana, artículo-sigla empleado por la *OSO.*

VAVÍLOV, Nikolái Ivánovich (1887-1943): botánico fundador de la escuela genética soviética. Seguidor de Mendel, Vavílov fue objeto de una larga campaña de desprestigio dirigida por *Lysenko.* Académico desde 1920, presidente de la Academia de Agronomía (1935-1937) y director del Instituto de Genética desde 1934. Arrestado el 6 de agosto de 1940, fue sometido a más de cuatrocientos interrogatorios y murió de agotamiento en la prisión de Saratov. Rehabilitado *post mortem.*

Vecheká (Vseroíiskaya Cheká): Cheká Panrusa, es decir con jurisdicción sobre toda la *RSFSR*, por oposición a los capítulos municipales o regionales de la *Cheká.*

VERESHAGUIN: hijo de un comerciante moscovita, acusado de alta traición. El 2/12 de septiembre de 1812 (el día en que Napoleón entró en Moscú) las autoridades lo entregaron al gentío, que lo linchó salvajemente.

Versta: antigua medida rusa equivalente a 1,06 km.

vertujái: en argot penitenciario, el vigilante a cargo de las llaves. Por extensión cualquier celador.

Viatka: ciudad a unos 500 km al norte de Kazan. Desde 1936, *Kírov.*

Viazma: durante el avance alemán hacia Moscú (principios de octubre de 1941), al oeste de esta población cayeron en un cerco más de seiscientos mil soldados soviéticos.

VIKZHEL: Comité Ejecutivo del Sindicato Ruso de Ferroviarios (Vse-rossiski Ispolnitelnyi Komitet Zheléznogo Professionálnogo So-yuza). En activo del917al918. En noviembre de 1917 exigió un gobierno que incluyera no sólo a los bolcheviques, sino a todas las fuerzas de signo socialista.

Vindava (estación de): en Moscú. Actualmente estación de Riga (1942-1946, estación de Rzhev).

VKP(b): Vsesoyúznaya Kommunistícheskaya Partiya (bolchevikov). Partido Comunista (bolchevique) de toda la Unión. (1922-1952).

VLÁSOV, Andréi Andréyevich (1900-1946): general soviético. En el capítulo 6, Solzhenitsyn trata extensamente esta figura, todavía maldita en Rusia.

vobla: carpa del Caspio ahumada, muy salada.

VOGT, Oskar (1870-1959): célebre neurólogo alemán.

VÓIKOV, Piotr Lazarevich (1888-1927): miembro de la fracción menchevique entre 1903 y 1917. Ese mismo año es nombrado presidente de la Duma (Cámara municipal) de Ekaterinburgo y en 1918 comisario regional de abastos en los Urales. Tras haber ocupado otros cargos, en 1924 es nombrado embajador soviético en Varsovia, donde fue asesinado por un ruso emigrado. Su tumba se encuentra en la Plaza Roja de Moscú.

VOJR (Vnutrenaya Ojrana Respubliki): Guardia Interior (de la República).

VOKS (Vsesoyúznoye Obschestvo Kultumoi Sviazi s zagranitsei): Sociedad para las Relaciones Culturales con otros Países, creada en 1925 y reemplazada en 1958 por la Unión de Sociedades de Amistad y Relaciones Culturales con otros Países.

Volgo-lag: Zona de campos del Volga (al norte de Moscú).

VOLKÓNSKAYA, Zinaída Alexándrovna (1792-1862): personalidad pública y escritora, dirigía una tertulia literaria. Residente en Roma desde 1829, se convirtió al catolicismo.

VOLODARSKI (psedónimo de Goldstein, Moisei Márkovich) (1891-1918): miembro del Partido Comunista desde 1917, presidente del Soviet de Petrogrado desde septiembre de 1917. Asesinado por un *eserista.*

VOLOSHIN, Maximilián Alexándrovich (1878-1932): poeta simbolista, opuesto a los bolcheviques.

Vorkutá: río, población y cuenca hullera al norte del Círculo Polar y al pie de los Urales. Uno de los polos de la crueldad del Archipiélago: hasta 1950 recibió ciento cincuenta mil reclusos.

VOROSHlLOV, Kliment Yefrémovich (1881-1969): obrero metalúrgico, participó en actividades clandestinas entre 1908 y 1917, por lo que sufrió arrestos y destierro. Jefe militar durante la guerra civil, ascendería más tarde a Comisario del Pueblo para la Defensa (1925-1940), cargo en el que reveló su incapacidad durante la guerra. Viceprimer ministro desde 1947 y presidente del Presidium del Soviet Supremo (Jefe del Estado) entre 1953 y 1960. Enterrado en la Plaza Roja.

Vorwärts: Desde 1844, órgano del Partido Socialdemócrata Alemán.

VSNJ: Consejo Supremo de Economía Nacional (Vyshi Soviet Narod-nogojoziaistva). Funcionó entre 1917 y 1932.

VTsIK: Comité Ejecutivo Central de toda Rusia (Vserossiiski Tsentralni Ispolnítelni Komitet)). De 1917 a 1936, máximo órgano legislativo, ejecutivo y de control en la *RSFSR*. Elegido por el Congreso de los Soviets, era el organismo rector entre sesiones. Fueron sus presidentes Sverdlovy Kalinin. Su equivalente a escala de toda la URSS era el *TsIK*. Reemplazado en sus funciones por el Presidium del Soviet Supremo.

Vyborg (proclama de): emitida en julio de 1906 por un grupo de diputados de la *Duma* exortando a la objeción fiscal y de conciencia como protesta por la disolución de la Duma. Sus autores fueron juzgados en 1907 y condenados a tres meses de cárcel y privación del derecho a sufragio.

VYCHESLÁVTSEV, Borís Petróvich (18-77-1954): sociólogo y filósofo. Desterrado en 1922, vivió en Francia y Suiza.

VYSHINSKI, Andréi Yanuárevich (1883-1954): militante de la fracción menchevique entre 1903 y 1920, cuando ingresó en el PC. Al no tener vínculos antiguos dentro del partido, Stalin lo consideró más adecuado que *Krylenko pin* depurar sus filas. Fiscal general de la URSS entre 1933 y 1939, año en que ingresa en el Comité Central. Actuó personalmente como fiscal en los procesos de Moscú y proporcionó a Stalin la jurisprudencia necesaria para la represión política. Fue además ministro de AA.EE. y embajador soviético en la ONU.

Vystrel (cursos): para oficiales de infantería, en la ciudad de Solnechnogorsk. Creados en 1918 para la formación de comandantes y comisarios políticos.

WRÁNGEL, Piotr Nikoláyevich (1878-1928): general blanco, al mando de los restos del Ejército de *Deníkin* estableció entre abril y noviembre de 1920 el denominado «Gobierno del Sur de Rusia» que abarcaba Crimea y la Ucrania meridional. Murió exiliado.

YAGODA, Hénrich Grigórievich (1891-1938): presidente de la Cheká en 1920, comisario de seguridad del Estado (1935) y dirigente del NKVD entre 1934 y 1936. A él se debe la utilización masiva de los reclusos como mano de obra esclavizada. Stalin le encargó el desenmascaramiento del pretendido «complot contrarrevolucionario» de Trotskt y Zinóviev. Fue fusilado en 1938 y reemplazado por Ezhov.

YAKUBÓVICH, Mijail Petróvich (1881-después de 1978): bolchevique desde 1914, se pasó a los mencheviques en 1920. Arrestado en 1930 y puesto en libertad tras la muerte de Stalin. Rehabilitado en 1956.

YAKUBÓVICH, Piotr Filípovich (1860-1911): poeta, traductor de Baudelaire y militante de *Naródnaya Volia*. Pasó muchos años en presidio. Autor de *En el mundo de los proscritos*, libro de memorias sobre la represión zarista.

Yalta (conferencia de): se celebró del 4 al 11 de febrero de 1945.

Yar: lujoso restaurante de Moscú.

YARÓSHENKO, Nikolái Alexándrovich (1846-1898): militar (general de artillería) y pintor ruso. Su cuadro *Vsiudu zhizn* (Vida por doquier, 1888) muestra cinco presos — entre ellos una madre y un niño — que han echado pan desde la ventanilla a un grupo de palomas en el andén. Las ventanas llevan seis barrotes delgados y espaciados. El lienzo se conserva en la galería Tretiakov de Moscú.

Yaroslavl: ciudad a 250 km al nordeste de Moscú. Escenario de una revuelta *eserista* del 6 al 21 de julio de

1918.
***Yaroslavl* (estación de)**: la estación de Moscú de donde parten los trenes a Siberia.

YUIÓNICH, Nikolái Nikoláyevich (1862-1933): general de infantería, procedente de la nobleza y comandante del Ejército del Cáucaso. Desde 1919 comandante de las tropas blancas en el frente noroeste. Tras fracasar en su intento de tomar Petrogrado (noviembre de 1919) pasó a Estonia, de donde emigró en 1920 a Gran Bretaña. Una vez en el exilio abandonó toda actividad política.

zak: véase *vagón-zak.*

ZALYGUIN, Serguéi Pávlovich (1913-...): escritor. Destaca su novela *A orillas del Irtysh,* sobre la colectivización en Siberia.

ZAMIATIN, Evgueni Ivánovich (1884-1937): escritor, constructor de buques rompehielos, fue además profesor de ingeniería naval. Volvió a Rusia en 1917, pero se opuso a los bolcheviques hasta que en 1929 obtuvo autorización de Stalin para exiliarse en París. Su principal obra, *Nosotros* (1922), inédita en la URSS hasta 1988, describe, mucho antes que Orwell o Huxley, una sociedad futura en la que el jefe del Estado y la ciencia tienen un poder absoluto.

ZASÚLICH, Vera Ivánovna (1849-1919): Revolucionaria, hija de nobles, en 1878 disparó contra el gobernador de San Petersburgo, que había ordenado azotar al activista Bogoliovov detenido. Una vez absuelta, tras una nueva amenaza de arresto, emigró al extranjero donde propagó las ideas de *Naródnaya Volia. A* partir de 1880 se hace marxista y traduce a Marx y Engels al ruso. En 1900 se incorpora al consejo redactor de las publicaciones revolucionarias *Iskra* (La chispa) y *Zana* (El Alba). Durante la Revolución de Octubre tomó partido por los mencheviques.

ZAVALISHIN, Dmitri Irinárjovich (1804-1892): *decembrista.* Condenado a veinte años de presidio. A partir de 1863 se hizo periodista. Prototipo del tramposo, embaucador.

Zek: en argot penitenciario, recluso (a partir de la abreviación z/k, *zak-liuchonnyi).*

zemstvo: administraciones rurales autónomas creadas en 1864. Los miembros electos de los zemstvos tomaron parte en movimientos sociales entre 1890 y principios del siglo XX —principalmente dentro del *Partido Constitucional Democrático*— para extender el autogobierno desde el nivel local hasta el ámbito nacional. El sistema de zemstvos fue sustituido en 1917 por el de soviets (consejos).

ZETKIN, Clara (1857-1933): una de los fundadores del movimiento es-partaquista y posteriormente del PC alemán. Diputada del Reichstag desde 1920. Enterrada en la Plaza Roja de Moscú.

ZHDÁNOV, Andréi Alexándrovich (1896-1948): miembro del partido desde 1915, sucesor de Kírov al frente del partido en Leningrado, miembro del Politburó desde 1939. Tristemente célebre por sus denuncias y oscurantismo, el Comité Central lo denunció en 1989 como uno de los organizadores de las represiones de los años treinta.

ZHEBRAK, Antón Románovich (1901-1965): genetista, perseguido por oponerse a las teorías de Lysenko.

ZHELIÁBOV, Andréi Ivánovich (1851-1881): uno de los dirigentes y fundadores de *Naródnaya Volia.* Ejecutado por su participación en el atentado contra Alejandro II. Lenin lo consideraba una figura de tanto relieve como Robespierre y Garibaldi.

Zhiguli: macizo montañoso en el Volga. Las «puertas de Zhiguli» son un desfiladero por donde pasa el cauce.

ZHÚKOV, Gueorgui Konstantínovich (1896-1974): adquirió celebridad en los combates contra los japoneses (1939), jefe del Estado Mayor en febrero de 1941, dirigió la defensa de Moscú y la contraofensiva. Mariscal de la Unión soviética (1943).

ZINÓVIEV (pseudónimo de Radomyslski), Grigori Evséyevich (1883-1936): miembro del Comité Central desde 1907, volvió a Rusia en compañía de Lenin. Miembro del Politburó (1921), dictador en Petrogrado (luego Leningrado), secretario general de la *Komintern.* Tras la muerte de Lenin dirigió el partido junto con Stalin y Kámenev (primera troika), pero más tarde rompió con Stalin y se aproximó a Trotski (segunda troika). Expulsado del partido en 1927. Condenado durante el primer proceso de Moscú y ejecutado.

zona: todo espacio del campo penitenciario delimitado por alambre de espino. También, el perímetro de reclusión donde están los barracones y servicios, en contraposición a los emplazamientos (mina, cañera, bosque, etcétera) donde se realizan los *trabajos comunes.*